

BÁRBAROS Y HÉROES

Tomás Aguilera Durán



Recepción de la Iberia prerromana
en la España moderna

BÁRBAROS Y HÉROES
RECEPCIÓN DE LA IBERIA PRERROMANA EN LA ESPAÑA
MODERNA

Tomás Aguilera Durán

Director: Eduardo Sánchez Moreno

TESIS DOCTORAL



Universidad Autónoma de Madrid

Facultad de Filosofía y Letras

Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática

Madrid 2018

Imagen de cubierta: «El valiente lusitano», grabado de José Garrido sobre el diseño de Tomás López Enguídanos, para la adaptación española del *Compendio de historia de España* de Louis- Pierre Anquetil (1806, 96).

A quien, en la certeza, duda y, ante la realidad, lucha.

ÍNDICE DE CONTENIDO

ÍNDICE DE CONTENIDO	3
AGRADECIMIENTOS	5
RESUMEN / ABSTRACT	7
INTRODUCCIÓN	9
PARTE 1 – IDEAS Y PALABRAS: CUESTIONES PRELIMINARES	17
Nota sobre el sistema de citación, referencia y abreviaturas	19
1. Una tela de araña: reflexiones metodológicas	21
1.1. La exégesis del discurso grecolatino	25
1.2. La recepción cultural del mundo antiguo	31
1.3. El devenir ideológico de la historiografía	36
1.4. La identidad nacional antes del nacionalismo	44
1.5. Buscar las conexiones	50
PARTE 2 - CONTEXTOS Y DISCURSOS: EL DEVENIR DEL PASADO PRERROMANO	59
2. Bárbaros conquistados: visiones grecolatinas	61
2.1. Imaginar el Extremo Occidente	66
2.2. Inventar al bárbaro hispano	70
2.3. La guerra, sus razones y sus héroes	77
2.4. La reflexión filosófica y el juego de opuestos	85
2.5. El modelo etnográfico imperial	91
2.6. Hispania como tópico	98
2.7. La mirada tardoantigua y cristiana	118
3. Antepasados evanescentes: ausencias y reencuentros medievales	125
3.1. El pasado remoto y la expansión cristiana	128
3.2. Los orígenes de al-Andalus y la legitimación omeya	143
3.3. Mitología, hispanismo e imperialismo	149
3.4. Historias de discordia y frontera	163
4. Nuevos héroes: la reinención renacentista y barroca	183
4.1. Hacia una historia nacional	187
4.2. Construir una epopeya hispana	217
4.3. Escenarios y protagonistas heroicos	227
4.4. América, el teatro y los discursos alternativos	256
5. Salvajes civilizados: el racionalismo en el siglo XVIII	267
5.1. El nuevo patriotismo y la modernidad incompleta	270
5.2. El criticismo desmitificador	304
5.3. La civilización y el ingenio nacional	309
5.4. Repensar la colonización de Iberia	313
5.5. La epopeya imperecedera	328

PARTE 3 – TÓPICOS Y PARADOJAS: TEMAS DE LA ETNOGRAFÍA HISPANA	347
6. La niñez de la nación: paradojas de civilización y barbarie	349
6.1. Una vida miserable y extraña	352
6.2. El inocente y los invasores	374
6.3. El bárbaro y los civilizadores	385
6.4. Revisitar al buen salvaje	400
6.5. El aprendiz predispuesto y sus maestros	413
6.6. La nación y sus caudillos	427
7. Belígera Hispania: la guerra como esencia	443
7.1. La ferocidad de una guerra de fuego	446
7.2. Contra el caos y la rebeldía	459
7.3. Los guerreros más bravos	467
7.4. Guerrero bárbaro, guerrero instruido	475
8. Esa inquietud natural: la lacra del bandidismo	489
8.1. Una tierra poblada de bandidos	492
8.2. Los salteadores y el orden	499
8.3. La racionalización del latrocinio	507
9. Víctimas de su constancia: reflexiones sobre la lealtad	513
9.1. Entre la perfidia y la fides	515
9.2. Los guerreros más leales	529
9.3. Fidelidad y legalidad	536
10. La ceguera antigua: el desafío de la religión	547
10.1. Ritos sangrientos y aborrecibles	550
10.2. La idolatría y sus atrocidades	561
10.3. Una religión simplicísima	575
11. Morir por la patria: la sublimación del suicidio	585
11.1. El clímax bárbaro	589
11.2. Los pormenores del sacrificio	596
11.3. Suicidio y canibalismo de Estado	607
CONCLUSIONES / CONCLUSIONS	617
EPÍLOGO. Sin héroes, sin bárbaros	645
ANEXO. Tabla de fuentes	653
BIBLIOGRAFÍA	669
ÍNDICE DE FIGURAS	751
ÍNDICE DE NOMBRES	753

AGRADECIMIENTOS

Llega el momento de agradecer a aquellos que, de uno u otro modo, han contribuido a componer estas páginas. En lo que se refiere a las instituciones, en general, mi formación como historiador tiene dos lugares a los que me siento personalmente ligado, la Universidad de Salamanca y la Universidad Autónoma de Madrid; que esta tesis vea la luz el año en que ambas cumplen aniversarios significativos —una 800, otra 50— es una coincidencia que me gusta. Más concretamente, este proyecto doctoral ha sobrevivido gracias al respaldo institucional y económico de la Universidad Autónoma de Madrid, primero con la Ayuda para el Inicio de Estudios de Posgrado y después con el contrato para la Formación del Personal Investigador. Gracias a ello, el marco esencial en el que desarrollar mi trabajo ha sido su Facultad de Filosofía y Letras y su Departamento de Historia Antigua, Historia Medieval y Paleografía y Diplomática, así como quienes lo componen —personal, administración, estudiantes y profesores—. Ese mismo apoyo hizo posible dos estancias externas: una en la Durham University, bajo la dirección del prof. Richard Hingley (2014), y otra en la University of Chicago, con el prof. Frederick de Armas (2016). Previamente, una Subvención para la Movilidad de Estudiantes en Doctorados con Mención hacia la Excelencia del Ministerio de Educación me brindó otra estancia en la University of Oxford bajo la tutela del prof. Chris Gosden (2012). Asimismo, quiero mencionar otras instituciones con cuyos recursos he contado más o menos puntualmente: Universidad Complutense de Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC, Biblioteca Nacional de España y Real Academia de la Historia. Es obligado el agradecimiento a las personas que realmente hacen funcionar esas instituciones y que, con ello, han posibilitado que en esta etapa disponga de un lugar, un tiempo y unos medios con los que poder pensar y trabajar.

Sobre las aportaciones intelectuales a esta tesis, las influencias han sido variadas como la propia naturaleza del estudio y mi recorrido en los últimos años. Desde luego, ninguna deuda es tan importante como la debida al director de este proyecto, el prof. Eduardo Sánchez Moreno. A esta tesis ha aportado la inspiración de la idea en sus clases, la confianza en una propuesta difícil de asumir, el exhaustivo trabajo académico y el ánimo siendo mi amigo en el trayecto. Todas estas contribuciones han sido absolutamente imprescindibles y necesarias.

De entre los integrantes de esta Universidad, quiero mencionar los nombres de ciertas personas que de alguna manera concreta han contribuido al desarrollo de esta

investigación. Las clases de la prof^a Gloria Mora Rodríguez sobre la recepción de la Antigüedad me descubrieron un campo de estudio nuevo sobre el que querer aprender; con Alberto Pérez Rubio he hablado mucho y escrito algo sobre el sentido de nuestro trabajo más allá de la torre de marfil; Alicia Viaña Gutiérrez ha compartido conmigo los frutos de su minucioso trabajo y agudas reflexiones sobre la identidad; celebro las conversaciones sobre América con la prof^a Carolina Valenzuela Matus, las mantenidas y las pendientes; agradezco sinceramente a Jorge Elices Ocón su ayuda sobre el desconocido mundo andalusí; asimismo, Marina Solís de Ovando me ha enseñado mucho sobre literatura, ideas y rocknroll en general. Más allá de la tesis, todos los compañeros, tanto de la Universidad Autónoma como de la Universidad Complutense de Madrid, con los que he pasado tiempo de despacho, cafetería, congresos y otras cosas, han marcado un periodo que solo puede ser visto como un privilegio.

Fuera de este campus las deudas académicas son igualmente numerosas. Es de agradecer infinitamente la confianza depositada en mi al incorporarme como miembro de equipo del Proyecto de I+D «Diplomacia y comunicación política en Occidente (III-I aC)» (HAR2015-66232-P), especialmente en lo que respecta a su investigador principal, el prof. Enrique García Riaza. Asimismo, las colaboraciones con la Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea han hecho que surjan unos vínculos que espero sean duraderos con el prof. Antonio Duplá Ansuategui, Jonatan Pérez Mostazo y Oskar Aguado Cantabrana. Por otro lado, de las estancias en el extranjero guardo un aprendizaje irremplazable: a los profs. Barry Cunliffe (Oxford), Chris Gosden (Oxford) y Richard Hingley (Durham) les debo lecciones magistrales sobre los fundamentos históricos de la *britishness*; por su parte, de Chicago me llevé estimulantes conversaciones sobre cómo los estudios literarios podían abrir mi perspectiva, lo que agradezco profundamente al prof. Frederick de Armas, así como al prof. Miguel Martínez y Manuel Olmedo Gobante.

Prefiero que lo estrictamente personal no sea tan explícito en estas páginas, aunque forme parte esencial de la experiencia que las ha acompañado. Mis padres siempre han querido y sabido compartir mis inquietudes, me han seguido atentamente, me han ayudado cuando lo he permitido y todo ha sido sin condiciones. Mis amigos son sagrados y sin ellos sería imposible. El mundo es habitable por la gente a la que quiero, la que permanece en todas mis realidades: la de Candelario y Béjar, que existe desde siempre, la que marcó mi vida en Salamanca y el mosqueteril grupo de Madrid. Todo ello forma parte de esta investigación porque, con ella, han marcado unos años, una etapa de vida.

RESUMEN

Esta tesis analiza la recepción de los pueblos de la Iberia prerromana (celtíberos, lusitanos, cántabros, turdetanos, etc.) entre la Antigüedad clásica y finales del siglo XVIII. Desde un enfoque histórico-cultural de larga duración, se estudian las distintas formas de representación de aquellas culturas (literatura, arte, filosofía, etc.), incidiendo particularmente en la historiografía y atendiendo sobre todo a sus implicaciones ideológicas e identitarias. Por un lado, se aborda la manera en que la intelectualidad grecolatina caracterizó a las sociedades hispanas como una realidad periférica y bárbara en el contexto de su incorporación colonial por Roma. Por otro, se analiza cómo los estereotipos resultantes fueron interpretados, readaptados y asumidos en el proceso de definición de la identidad nacional en la España moderna.

Estos planteamientos se desarrollan desde dos enfoques complementarios. En un bloque se presenta la cuestión de manera global y diacrónica, exponiendo en cuatro capítulos cronológicos (Antigüedad, Medievo, siglos XVI-XVII y siglo XVIII) los procesos de recepción generales en su contexto político y cultural. En el siguiente bloque la cuestión se desgrana en seis temas clave a través de sendos capítulos monográficos y transversales (dualidad civilización-barbarie, fidelidad, belicosidad, bandidismo, religión y sacrificio); se profundiza así en los elementos específicos esenciales que han caracterizado a la visión etnográfica de aquellas culturas, explorando cómo sus respectivas potencialidades, complicaciones y contradicciones fueron tratadas en cada momento. En general, el análisis se guía por dos premisas fundamentales: por una parte, que la definición etnohistórica de los pueblos hispanos ha estado predeterminada por una serie limitada de tópicos recurrentes y duraderos, adaptables, no obstante, a los distintos discursos; por otra, que el análisis del papel que ha cumplido la recepción de esa parte del pasado resulta muy revelador para comprender el proceso de construcción cultural de la identidad española, en tanto que atañe a la búsqueda de sus anclajes históricos ancestrales y su particularismo esencialista.

ABSTRACT

This dissertation analyses the reception of pre-Roman peoples of Iberia (Celtiberians, Lusitanians, Cantabrians, Turdetanians, etc.) between classical antiquity and the late 18th century. It examines diverse means of representation (literature, art, philosophy, etc.), particularly historiography, from the perspective of cultural history and *longue durée*. That review emphasizes the identitary and ideological implications. On the one hand, it deals with the Graeco-Latin characterization of those societies as a peripheral reality. This discourse is contextualized in the process of colonial domination by Rome. On the other hand, it studies how the resulting stereotypes were interpreted, adapted, and assumed in the construction of Spanish national identity.

This approach is tackled from two complementary points of view. One part contains four chronological chapters (Antiquity, Middle Ages, 16-17th centuries and 18th century). They present the general dynamics of reception in their political and cultural context. Another part is divided in six ethnographic themes (civilization-barbarity, loyalty, bellicosity, banditry, religion, and sacrifice). They focus on the specific elements of the image of those cultures, as well as their potentials, challenges, and contradictions. In general, the analysis leads two main guidelines: firstly, that the ethnohistorical definition of pre-Roman Iberia has been conditioned by a limited set of commonplaces, enduring but adaptable to different discourses; secondly, that the reception of those cultures is revealing to understand the construction of Spanish identity, since the appropriation of this part of the past deals with the search for ancestral roots and essentialist definition.

INTRODUCCIÓN

«Es verdad que el ensayo aspira a la verdad; pero al igual que Saúl, que salió a buscar las asnas de su padre y encontró un reino, así también el ensayista, que es verdaderamente capaz de buscar la verdad, alcanzará al final de su camino la meta no buscada, la vida. ¡La ilusión de verdad!»

György Lukács, 1910, *Carta a Leo Popper*
(trad. de Sacristán 1975).

El camino hacia la verdad suele complicarse, de modo que parece apropiado empezar por ofrecer unas coordenadas que faciliten el punto de partida.

El propósito fundamental de esta tesis es analizar la recepción de los pueblos de la Iberia prerromana en la Antigüedad, el Medievo y la Edad Moderna, esto es, en las representaciones culturales concebidas entre el período clásico y el cambio del siglo XVIII al XIX. Se estudian de ese arco temporal ejemplos significativos de la plasmación cultural de los temas de aquella realidad histórica en un sentido amplio (arte, literatura, retórica, etc.), con especial énfasis en el ámbito académico y atendiendo particularmente a sus implicaciones simbólicas, identitarias e ideológicas. Se trata, en primer lugar, de comprender la manera en que la intelectualidad grecolatina percibió y caracterizó a las sociedades hispanas como una realidad periférica, ajena y bárbara en su proceso de integración colonial dentro de la ecúmene romana. Se analiza, por otro lado, cómo los constructos historiográficos y etnográficos establecidos entonces fueron interpretados, readaptados e incorporados como parte del proceso de autodefinición de la identidad nacional a lo largo de las Edades Media y Moderna. Dichos planteamientos generales se desarrollan desde dos enfoques complementarios que ocupan, respectivamente, los dos bloques principales de este trabajo. En el primero (Parte 2), se presenta la cuestión de manera global y diacrónica, esto es, analizando en capítulos cronológicos las características generales de ese proceso en cada etapa, encuadrándolas en sus principales circunstancias políticas y culturales. En el segundo (Parte 3), la cuestión se fragmenta en temas clave mediante capítulos monográficos y transversales (cronológica y disciplinarmente), para estudiar en profundidad y de forma específica cada uno de los componentes concretos de esos mecanismos de recepción. De todo ello derivan dos propuestas esenciales: por una parte, que la definición etnohistórica de los pueblos prerromanos de Iberia ha estado determinada por una serie limitada de tópicos recurrentes y duraderos; por otra, que el análisis del papel que han cumplido esos estereotipos básicos y sus transformaciones en los discursos históricos a lo largo del tiempo resultan muy significativos para comprender el proceso de construcción cultural de la identidad española.

El párrafo anterior requiere muchas aclaraciones, pero no las voy a hacer ahora. El desarrollo de la Parte 1 me libera aquí de afinar el planteamiento, establecer genealogías académicas y hacer precisiones terminológicas o metodológicas. Por el momento solo quiero anticipar algunas reflexiones preliminares, muy breves, sobre los puntos clave que considero más problemáticos y urgentes de explicar. Por cierto, durante todo el estudio evitaré los extractos literales de la bibliografía secundaria utilizada; considero que el texto ya está lo suficientemente enmarañado con los fragmentos de las fuentes, las menciones

a sus autores y las referencias cruzadas. Solo en esta introducción me voy a permitir ese lujo de dejar hablar.

«Mi proyecto era estudiar un particular sistema de ideas y, en ningún caso reemplazarlo por otro»¹, escribió Edward Said, uno de los intelectuales más influyentes y en una de las obras más fundamentales del siglo XX. Se pueden discutir y matizar muchos aspectos de ella, pero difícilmente se puede negar la brillantez de su análisis sobre la percepción de Oriente desde la cultura occidental. Aun así, sintió la necesidad de justificar su trabajo de esa manera. Más tarde ubicaré el lugar entre disciplinas en el que se sitúa mi enfoque, pero, en general, tiene que ver con ese tipo de deconstrucción historiográfica e histórico-cultural de la que Said y otros fueron pioneros. En efecto, como él advirtió, de ese tipo de aproximación suele esperarse una justificación adicional, pues siempre está en riesgo de ser considerada como un apéndice menor, indefinido e incompleto de las disciplinas *serias*, que en este caso serían la historia antigua, medieval o moderna. Periódicamente, sus resultados van a encontrarse, en un frente, con el estigma de ser anecdóticos eruditos y superficiales y, en otro, con la acusación de caer en un relativismo postmoderno yermo y paralizante. En general, se transmite la impresión de estar elucubrando sobre categorías intangibles que, en realidad, no aportan nada concreto al progreso del conocimiento, ese otro «sistema de ideas» sustitutivo que se pedía a Said.

Ahora bien, ¿hay algo con más consistencia histórica que estudiar la percepción del pasado y la manera que esta se incardina en su contexto? El análisis del discurso historiográfico no debe subordinarse al objetivo último de proponer un nuevo modelo que reemplace al que se ha estudiado, entre otras cosas, porque ese discurso y lo que nos dice de su época y del funcionamiento de la conciencia histórica ya es lo suficientemente valioso por sí solo. Esto atañe también a la consideración de las fuentes, pues marca la diferencia entre valorarlas en función de su utilidad para alcanzar esa verdad definitiva que deberíamos estar buscando o entenderlas simplemente en su propia historicidad. Insistiré en esta idea a menudo: no se trata de analizar la producción historiográfica o literaria con el objetivo de calibrar su grado de veracidad o su distancia respecto a los paradigmas académicos actuales, sino por la importancia que tiene en sí misma como artefacto cultural. La deconstrucción de un discurso histórico, tal y como aquí se plantea, es un ejercicio de autorreflexión sobre el papel de la intelectualidad, así como una forma de posicionamiento crítico respecto de los engranajes que le unen a la realidad. No parece una tarea tan vacía, pero aún caben otras utilidades.

«Cuando hablamos, igual que cuando escribimos, al elegir cada palabra no estamos haciendo solo una elección estética o técnica, sino moral»². Se ha hablado mucho sobre la función social del historiador y, en concreto, de su papel en la desnaturalización de los grandes sistemas identitarios, como el colonialismo o el nacionalismo, al evidenciar su

¹ Said 1990 (1978), 381.

² Lukacs 2011, 90.

carácter artificial e interesado; precisamente, en buena medida, ese es el sentido principal de su tarea deconstructiva. En todo caso, conviene recordar que esas visiones esencialistas e irracionales, que a menudo se creen exóticas y obsoletas, están en realidad muy vigentes en la actualidad, aunque muchas veces pasen desapercibidas, camufladas por la cotidianidad. Por otro lado, es evidente que en el caso español asistimos a un momento de intensificación identitaria en el que una parte importante de la controversia se dirime, precisamente, en la arena del debate histórico.

Igualmente, por mucho que también se haya hablado, cabe reincidir en la idea de que nuestra propia producción historiográfica —incluido el tema que elegimos, el enfoque que le damos y el lenguaje que empleamos— forma parte del mundo que nos rodea y actúa sobre él, que nuestras recreaciones del pasado construyen realidad presente. Siendo más concreto, creo sinceramente que el estudio de la percepción de la Antigüedad, en su complejidad multifacética y su coyuntura histórica, social e ideológica, puede servir para reflexionar críticamente sobre los modelos en los que se asienta el presente y se plantea el futuro. Por otra parte, creo que, si se descarta la posibilidad de la objetividad absoluta, el acto de explicitar la propia postura ideológica se convierte en un ejercicio sano de honestidad intelectual. Desde estas premisas, este trabajo se sitúa, desde una postura antinacionalista, como una contribución a la desmitificación sistemática de las identidades históricas, particularmente en sus versiones más injustas, excluyentes y agresivas, desde su comprensión racional y compleja, como herramienta para el fomento de concepciones sociales solidarias, progresistas y críticas acerca del pasado.

He mencionado el nacionalismo, pero me ciño a la cultura antigua, medieval y moderna. La cuestión de la terminología en torno al fenómeno nacional y sus restricciones es un asunto complejo en la que entraré después. Ahora bien, simplificando, en este estudio voy a tratar sobre identidades previas al nacionalismo, en algunos casos más difusas, pero en otros muy potentes, nítidamente delimitadas. Además, me centro en el referente prerromano, con las connotaciones que ello comporta como horizonte indígena y ancestral; todo ello sugiere asociaciones automáticas con el romanticismo y las ideologías decimonónicas. De hecho, ese es uno de los principales obstáculos con los que me he encontrado, pues la inmensa mayoría de las aproximaciones a la recepción cultural de aquellos pueblos han mirado hacia la Contemporaneidad. Si bien el nacionalismo contemporáneo, sus condicionantes, temas y formas de expresión, es de alguna manera el *elefante en la habitación* de esta tesis, eso no significa que mi análisis se conciba como un rastreo de sus antecedentes. En mi opinión, eso sería un grave error de planteamiento. Pretender la comprensión de un fenómeno cultural buscando en él los elementos que consideras que luego han de desarrollarse plenamente conlleva proyectar retroactivamente un esquema preconcebido demasiado restrictivo y forzado. En realidad, esos elementos tienen sentido solamente en su propio contexto, no como bocetos predestinados a ser otra cosa en el futuro; además, ese sentido ya es completo en relación con sus circunstancias históricas, no necesita ser acabado. En esta línea, los procesos de

intensificación del discurso identitario respecto de la Antigüedad que se dieron en los siglos XIII, XVI y XVIII, por ejemplo, son lo suficientemente significativos, complejos, interesantes y comprensibles en su propia realidad como para cometer el error de imaginarlos como el ensayo preparatorio de algo más importante. Eso no impide que los fenómenos estudiados se conciban como procesos de larga duración múltiples e interconectados, pues lo que se intenta, efectivamente, es rastrear esas conexiones a lo largo de un arco temporal de unos dos milenios, y contemplando tanto la historiografía como el arte y la literatura; de hecho, podría pensarse que el planteamiento es demasiado amplio.

«No reconozco valor absoluto al monocultivo intelectual, menos si da en cerrazón empobrecedora, ni creo tampoco que la profundidad sea consecuencia necesaria y dependa en exclusiva de la limitación ultraspecializada de los saberes»³. En efecto, como también desarrollaré, considero que la manera más estimulante de enfrentarme a este tema es, por un lado, desde una visión panorámica en el tiempo, lo que permite vislumbrar las inercias coyunturales con mayor perspectiva, y, por otro, desde una concepción orgánica de las producciones culturales, lo que lleva a comprender de una forma más poliédrica la interacción entre diferentes niveles sociales, medios de expresión y esferas intelectuales. Desde luego, es cierto que el planteamiento es muy amplio, de manera que las fuentes susceptibles de análisis son potencialmente infinitas. Con ese marco se pierde necesariamente precisión y exhaustividad: sin duda muchos autores, obras y cuestiones que son cruciales para este asunto han quedado sin analizar o no lo han sido con el detenimiento que merecen. Sin embargo, en contrapartida, el estudio gana en apertura de miras, permite rastrear dinámicas de largo recorrido y establecer conexiones entre polos temporales y culturales más lejanos.

A pesar de la amplitud, puede haber, por tanto, profundidad en los argumentos. En todo caso, el manejo de esa extensión cronológica y variedad de fuentes, incluyendo además capítulos transversales, comporta una evidente dificultad en la ordenación de las ideas y los datos. Desde el punto de vista práctico más básico, recurriré sistemáticamente a las referencias cruzadas entre epígrafes, con el cometido de visibilizar lo más claramente posible esas múltiples relaciones entre periodos y temas. Desde una perspectiva más profunda, desde luego este enfoque conlleva sortear obstáculos añadidos a la hora de proponer interpretaciones más o menos delimitadas.

«Si por doquier encontramos conexiones, ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas? Parte de esto se debe, probablemente, a la forma en que hemos aprendido nuestra propia historia»⁴. Obviamente, la cuestión es complicada. En primer lugar, como defenderé al hablar de la teoría de la recepción, una idea esencial en este trabajo es que la transmisión de temas,

³ García Iglesias 1998, 11.

⁴ Wolf 2009 (1982), 17 (trad. de Agustín Bárcenas 2009).

textos, formas o ideas de la Antigüedad en la posterioridad está muy lejos de ser una transferencia sencilla y unidireccional, sino una red de vínculos entre autores, intermediarios y referencias, en la que aportan tanto significado los emisores como los receptores. En segundo lugar, como comentaré al hablar de la perspectiva premodernista, las identidades deben ser entendidas como constructos flexibles, multifacéticos y fluidos, sometidos a diversas transformaciones, intensificaciones y adaptaciones, deliberadas e inconscientes. El resultado es una verdadera tela de araña de conexiones, en la que, necesariamente, surgen las divergencias y las fricciones entre conceptos, en la que cualquier intento de sintetizar una interpretación será fácilmente desafiado por incongruencias y contradicciones.

Voy a insistir mucho en la contradicción, lo hago desde el propio título. Me recreo en la paradoja de manera que buena parte del análisis va a pivotar en torno a dicotomías como unión/desunión, colectivismo/personalismo, imperio/independencia, civilización/barbarie, difusionismo/autoctonismo o tradicionalismo/modernidad. No es un juego estético gratuito, pues considero que contemplar las ambivalencias y tensiones discursivas en el estudio de las percepciones del pasado es precisamente la mejor manera de desarticular preconcepciones y desechar interpretaciones cerradas. Esto que está relativamente asumido en los estudios literarios y artísticos es perfectamente aplicable al estudio historiográfico, pues el texto académico nunca es plenamente coherente en sus afirmaciones y también permite múltiples lecturas posibles. No se invalida con ello la propuesta de interpretaciones generales, pero estas bien pueden formularse como un problema paradójico, pues matizando y explicando la relación entre sus dos términos hay una comprensión más profunda del proceso de fondo. ¿Es la *Numancia* de Miguel de Cervantes una obra imperialista o antiimperialista? ¿Pudo identificarse el catolicismo contrarreformista con el paganismo primitivo? ¿Cómo el canibalismo se convirtió en un signo de legalidad civilizada en la Ilustración? Las respuestas no son simples porque los fenómenos que hay tras las preguntas tampoco lo son; ya veremos si, al menos, tienen algún sentido.

PARTE 1

IDEAS Y PALABRAS

CUESTIONES PRELIMINARES

Nota sobre el sistema de citación, referencia y abreviaturas

En el presente estudio se citan fragmentos de fuentes de muy variada cronología, tipo y procedencia, con lo que conviene hacer ciertas advertencias sobre la manera en que van a ser referenciadas con el fin de facilitar el acceso e identificación de las mismas. En lo que concierne a las transcripciones, cuando se esté citando la obra en su versión original, impresa o manuscrita, sin la intermediación de ninguna edición reciente, la transcripción es propia, y se hace respetando la ortografía y puntuación original y desarrollando las abreviaturas entre paréntesis; por el contrario, si se maneja una edición y/o traducción reciente, se respetará el sistema seguido en esta, indicándose en todo caso cuando se introduzca alguna modificación.

En lo que respecta al sistema de referencias, cuando se trate de fuentes modernas publicadas de manera convencional, utilizo el mismo sistema empleado para la bibliografía secundaria (autor-fecha-localizador). No obstante, cuando se trate de manuscritos, documentos sin publicar o no utilice la edición original, empleo un sistema de citación abreviado para facilitar la localización del pasaje en cualquier edición existente. Estas abreviaturas siguen en general los convencionalismos académicos de las áreas correspondientes; en lo concerniente a los autores y obras clásicas se ajustan, con pequeñas adaptaciones, al sistema del *Diccionario Griego-Español* del CSIC (<http://dge.cchs.csic.es>). En todo caso, dada la variabilidad de las propias fuentes y los sistemas posibles, explico todas las abreviaturas de las fuentes en la tabla del Anexo.

Las demás abreviaturas institucionales, tipográficas y bibliográficas que utilizo son las siguientes:

§ = epígrafe

AAVV = autores varios

ACIP = *Ancient Coinage of the Iberian Peninsula* (Villaronga y Benages 2011)

AHMS = Archivo Histórico Municipal de Soria

a. e. c. / e. c. = antes de la era común / era común

BAV = Biblioteca Apostólica Vaticana

BNE = Biblioteca Nacional de España

ca. = *circa*

cap. / caps. = capítulo / capítulos

cfr. = *confer*

CIL = *Corpus Inscriptionum Latinarum* (AAVV 1853-2016)

cm. = centímetros

CNRS = Centre National de la Recherche Scientifique

CSIC = Consejo Superior de Investigaciones Científicas
et al. = *et alii*
ed. = edición / editor
e. g. = *exempli gratia*
e. p. = en prensa
esc. = escena
fin. = finales
fol. = folio
ibid. = *ibidem*
inc. = incunable
inv. = inventario
km. = kilómetros
lám. = lámina
ms. / mss. = manuscrito / manuscritos
n. = número
p. / pp. = página / páginas
princ. = principios
RABASF = Real Academia de Bellas Artes de San Fernando
RAE = Real Academia Española
RAH = Real Academia de la Historia
RIC = *Roman Imperial Coinage* (Mattingly et al. 1923-1994)
RRC = *Roman Republican Coinage* (Crawford 1974)
s. / ss. = siglo / siglos
s. e. = sin editorial
SEEC = Sociedad Española de Estudios Clásicos
s. l. = sin lugar
s. p. = sin página
trad. = traducción
v. / vv. = verso / versos
vol. = volumen

Capítulo 1

UNA TELA DE ARAÑA

REFLEXIONES METODOLÓGICAS

«Podemos ilustrar el camino que el pensamiento ha andado hasta aquí asemejándolo a una tela tejida [...]. Una luz débil y vacilante ilumina a lo lejos el principio del tejido. Nubes y tinieblas ocultan la otra extremidad»

James G. Frazer, 1900, *La rama dorada: un estudio de magia y religión*, vol. 3, 461
(trad. de Fraser 2011).

Parece ineludible en cualquier investigación hacer un primer repaso historiográfico que ubique el trabajo en el estado de la cuestión, reconozca la deuda intelectual heredada y presente las líneas esenciales de su concepción teórica. Es recurrente también que su contenido se restrinja a un mero listado cronológico de obras y autores inflexivos, tras el que muchas veces se adivina una cierta necesidad de justificar la propia solvencia académica. Con ánimo de evitar esto último, creo que este capítulo merece alguna explicación.

Más allá del cumplimiento del canon académico, me parece positivo explicitar los principios metodológicos sobre los que se ha estructurado un estudio; independientemente de lo que aporte al trabajo que preludia, siempre informará al lector sobre las motivaciones e inquietudes del autor y su trabajo, lo que tiene aún más sentido tratándose de un trabajo con un enfoque tan historiográfico. A esta consideración se añade el hecho de que la propuesta tenga mucho contenido metodológico, básicamente como respuesta a una necesidad: la carencia de modelos preestablecidos claros desde los que partir, temática y teóricamente, que obligan a plantear una serie de consideraciones con las que encauzar la idea.

Consecuentemente con lo dicho, lo que se presenta a continuación es en buena medida un estado de la cuestión al uso, pero con un sentido fundamentalmente reflexivo. En el repaso que se realiza de las diferentes vías de investigación no se pretende ninguna sistematicidad en el listado ni se extrema la precisión en cuanto a sus etapas. Por el contrario, lo que me interesan son las ideas de fondo fundamentales y, particularmente, las vías de revisión crítica que en mi opinión resultan más adecuadas y estimulantes para el planteamiento específico de este trabajo. En ningún caso se trata de circunscribirlo a ninguna corriente o metodología concreta y bien delimitada; las múltiples tendencias que confluyen en él se entienden en un sentido laxo, cuyo aprovechamiento es selectivo y flexible. Este capítulo trata sobre cómo articular dicha confluencia.

En síntesis, podría decirse que manejo cuatro grandes líneas de investigación en un sentido amplio que se comentarán en los próximos cuatro apartados: la interpretación de la literatura grecolatina, el estudio de la recepción clásica, la historiografía moderna y el análisis de las identidades nacionales. Entre la filología, la historiografía y la ciencia política, sus antecedentes y evoluciones son necesariamente plurales y heterogéneos, en tanto que pertenecen a tradiciones disciplinares relativamente diversas; no obstante, sí tienen en común el hecho de que, en todos los casos, en mayor o menor medida, tuvo un fuerte impacto en los años 80 la corriente renovadora propiciada desde múltiples frentes (nueva historia cultural, postestructuralismo, postcolonialismo, etc.). Se abrió entonces

un amplio espacio para la revisión y la diversificación de enfoques, tendentes precisamente a la interdisciplinariedad, que son los que aquí me interesan particularmente.

Por último, cabe tener en cuenta otra consideración general: desde el punto de vista temático, no existe ninguna tradición mínimamente consolidada. En este sentido es pertinente precisar mejor el objeto de estudio. Cuando hablo de la *Iberia prerromana* me estoy refiriendo al conglomerado de pueblos que habitaron la Península Ibérica antes de que culminase su incorporación al Imperio romano, esto es, turdetanos, íberos, lusitanos, celtíberos, cántabros, galaicos, etc. Específico que trato sobre los pueblos *indígenas* o *nativos*, siendo consciente de las connotaciones e imprecisión de estos conceptos; o bien, dicho de otra manera, excluyo del foco de análisis a otras realidades prerromanas que son obviamente coloniales, es decir, fenicios, griegos y cartagineses. A propósito de esto, advierto que no manejo esa categoría como una realidad estanca y aislada: Iberia adquirió sentido histórico precisamente como entidad inmersa en diversos procesos coloniales que implicaron a las citadas potencias y a la propia Roma durante siglos; en ese sentido, estudiar a sus pueblos *autóctonos* conlleva analizarlos en su relación con esos otros pueblos *foráneos*, con sus guerras, colonizaciones, interacciones y transformaciones. Asimismo, por último, me centro en las sociedades cuya representación en los textos grecolatinos tuvo una cierta consistencia histórica, es decir, básicamente, aquellas con las que se encontró y enfrentó Roma; descarto, por tanto, aquellas otras realidades fundamentalmente míticas situadas en los periodos más remotos —ya sean de confección antigua o moderna—, aunque puedan surgir apuntes colaterales sobre ellas. Ese es el horizonte histórico, más o menos difuso pero con cierta coherencia conceptual a lo largo del tiempo, del que estudio su recepción antigua y moderna.

Pues bien, dejando a un lado lo que concierne a las fuentes grecolatinas, no hay, particularmente en el caso español, una línea de estudio que se haya ocupado de estudiar específicamente la recepción de ese mundo prerromano de manera global, y menos aún en lo que respecta al periodo medieval y moderno; hay algunos trabajos interesantes y útiles, pero dispersos en aproximaciones puntuales. Esa circunstancia convierte a esta tesis en un trabajo difícil de encuadrar y definir, por no encajar unívoca y plenamente en ninguna línea preestablecida. No es propiamente historia antigua, aunque se valga de las herramientas de análisis de las fuentes grecolatinas; no es un estudio de recepción de la Antigüedad al uso, pues no se centra en la cultura clásica, aunque utiliza su conceptualización sobre la representación cultural del mundo antiguo; no es historiografía en un sentido restrictivo, al diversificar las fuentes, aunque aquella constituya su eje central; no puede encuadrarse en la ciencia política sobre el nacionalismo, usualmente contemporánea, pero me interesa sus modos de aproximarse a las identidades nacionales. En definitiva, la especificidad del tema, el arco cronológico y la

heterogeneidad de las fuentes, complican particularmente la tarea de encuadrar este estudio; sirvan las reflexiones siguientes para ofrecer alguna guía al respecto⁵.

1.1. La exégesis del discurso grecolatino

Es una obviedad la afirmación de que las fuentes grecolatinas han sido determinantes en la configuración de la imagen que a lo largo del tiempo se ha tenido de los antiguos hispanos —como de cualquier realidad dentro de su órbita—, pero no por eso deja de ser pertinente una cierta reflexión al respecto. De la literatura clásica deriva la narrativa histórica, la reconstrucción geográfica y la caracterización etnográfica fundamental de aquellos pueblos básicamente ágrafos. En realidad, puntualizaciones aparte, podría decirse que no existió ningún otro medio de conocimiento más allá de ese repertorio literario hasta el siglo XX, antes de que la arqueología se constituyese como una fuente alternativa verdaderamente viable para ese ámbito. Incluso entonces su posición continuó siendo hegemónica, pues el papel exclusivo que habían ejercido durante dos milenios hizo que fraguasen tan sólidamente sus tópicos que ni la evidencia material pudo contradecirlos sin dificultades, por muy discordante que resultase su contrastación. En cierto modo, y particularmente para el arco cronológico del que aquí se trata, podría decirse que la propia existencia de aquellos pueblos en la Historia ha dependido inseparablemente de esas presencias textuales. Ese legado, por tanto, no puede concebirse como una etapa más en el devenir de la representación cultural de aquellas sociedades, sino como un estadio germinal, el repositorio básico de información al que se recurrió siempre que se quiso imaginar y entender la Iberia antigua. Desde este punto de vista, tratar sobre la recepción de los pueblos prerromanos a lo largo del tiempo conlleva considerar los distintos modos en que esas noticias, desde la propia Antigüedad, han sido manejadas una y otra vez en términos de credibilidad, autoridad, criticismo o escepticismo, pues ese ejercicio continuamente ensayado ha constituido el fundamento esencial de los múltiples discursos que se han elaborado en torno a aquel periodo.

En consecuencia, si las fuentes grecolatinas han resultado tan esenciales, la comprensión de las características de esos textos resulta fundamental para entender plenamente cualquier constructo posterior; ciertamente su naturaleza específica conlleva ciertas particularidades que han sido absolutamente condicionantes en el tiempo. En este sentido, quizá el aspecto general más evidente y trascendental es el hecho de que se trate de una documentación de tipo colonial; esto es, que fue concebida, elaborada y transmitida en origen en un contexto de encuentro, aprehensión, sometimiento e

⁵ Algunas de estas reflexiones las tanteé, de una forma muy preliminar, en Aguilera Durán 2012a.

integración de una realidad geopolítica ajena, pero en proceso de ser dominada. Las consecuencias de esto son bien conocidas, pero no por ello deben dejar de ser seriamente consideradas. La más inmediata es que dichos textos son el fruto de una observación exógena, esto es, se produjeron desde un prisma mental y cultural externo a la realidad descrita, por lo que necesariamente se encuentran codificados por categorías de representación relativamente extrañas a esta, *excéntricas*⁶. Por otro lado, cabe tener en cuenta su carácter excepcional y coyuntural, en tanto que, más allá de su esencia colonial en general, es el reflejo de un proceso concreto y delimitado en el tiempo, la expansión romana en Hispania, con todos los condicionantes, inconscientes y deliberados, dependiendo del caso, que ello conllevó. Esto determinó insoslayablemente cada uno de los rasgos de aquellas representaciones por mucho que se haya pretendido reconstruir, necesariamente a partir de ellas, mediante la extrapolación y la generalización sistemáticas, la realidad de los pobladores antiguos de Iberia en un sentido laxo. En definitiva, esa literatura grecolatina que predefinió la imagen de los hispanos a lo largo de los siglos es el producto cultural específico de un proceso colonial complejo y, como tal, su comprensión debe acometerse con las herramientas de análisis adecuadas⁷.

Trazar aquí una historia de los métodos interpretativos aplicados sobre las fuentes grecolatinas sería inviable e innecesario, pero me parece importante señalar algunas de las premisas esenciales de las aproximaciones a la cuestión que he utilizado y aprovechado al plantear esa parte del estudio, ideas de fondo que pretenden caracterizar el espíritu que hay tras el tratamiento de esa parte del material analizado.

Para empezar, podría decirse que a lo largo de toda esa historia de la interpretación que no voy a trazar ha habido un punto de partida fundamental que se ha mantenido vigente: el texto conservado, por lo general escaso, tardío e incompleto, además está contaminado por defecto, es el resultado de un largo devenir en el que las copias, interpolaciones, síntesis y destrucciones han cercenado y alterado la forma y contenido de aquella primera noticia que, por su cercanía cronológica a los hechos descritos, era presumiblemente más veraz; en consecuencia, tradicionalmente, la gran tarea del filólogo-historiador ha sido desentrañar esa maraña, rastrear el texto original, su cronología y su autor, en tanto que encontrarlos era sinónimo de acercarse a la verdad; el resultado ideal de ese trabajo es la edición fiel y crítica, así como la recopilación totalizadora que ofrezca el *corpus* completo de fuentes conocidas para ser analizado y contrastado sin intermediarios ni omisiones. Esta inercia radicada en el Renacimiento y que la filología alemana sistematizó y etiquetó (*Quellenforschung*) ha constituido un

⁶ Es la manera en que han sido definidas para este caso por García Quintela 1999a, 30-51.

⁷ Sobre estas premisas generales para el caso hispano, en general, *vide* García Quintela 1990; 1991a; Gómez Espelosín et al. 1995; 1999a, 30-51; Sánchez Moreno y Gómez-Pantoja 2007; Plácido Suárez 2009.

principio aparentemente ineludible en la aproximación al texto clásico⁸. En lo que concierne a la documentación sobre Iberia, ninguna obra representa tan bien este enfoque como las *Fontes Hispaniae Antiquae*, entre otras⁹. Ni las posturas más críticas con el positivismo pueden obviar la esencial utilidad de los *corpora* o el rastreo genealógico de los textos; ahora bien, dichos cuidados eruditos no dan respuesta a esa problemática sobre los prejuicios y los condicionantes culturales que definieron aquellos textos en su concepción más profunda.

Hace ya tiempo que se impuso la necesidad de enriquecer y renovar este enfoque, de manera irrefrenable desde el último tercio del siglo XX, y desde frentes muy dispares, como la historia intelectual, la antropología o la crítica literaria. Básicamente, de lo que se trataba era de comprender el texto como discurso, como producto literario, cultural e histórico en sí mismo, con sus predeterminaciones narrativas, ideológicas y sociales más allá de las disquisiciones sobre su transmisión textual. Esto que es aplicable a cualquier producción literaria, resulta particularmente pertinente en este campo, pues no solo sirve para comprender mejor las obras clásicas en sí mismas, sino también para proponer los códigos con los que extraer la información histórica y etnográfica que contienen sobre las realidades representadas en ellas.

Sin duda una de esas vías más influyentes en ese sentido fue la aplicación de la teoría de la *percepción estética*¹⁰, que desde la década de 1980 tuvo una incidencia fundamental en el replanteamiento de la etnografía griega y latina¹¹. La asunción de este enfoque, derivado de premisas del postestructuralismo y postfuncionalismo de la sociología francesa¹², daba un verdadero giro a la interpretación de las fuentes al desechar la identificación positivista entre texto original y verdad objetiva. Desde esta perspectiva se entiende el discurso etnográfico antiguo en su inherente historicidad, como un producto cultural que solo adquiere sentido pleno si se analiza en su contexto, desde la comprensión de la mentalidad tanto de los autores que lo concibieron, como del público al que se dirigía. Con ello se pone el énfasis en los prejuicios culturales presentes en esas producciones, de forma más o menos implícita, y especialmente en lo concerniente a las dinámicas de representación y autorrepresentación, exclusión e inclusión, identidad y

⁸ Sobre la *Quellenforschung*, sus revisiones y límites, vide Most 2016.

⁹ Impulsado por Adolf Schulten y Pere Bosch i Gimpera en 1922 y finalizado, con distintos editores, en 1987. En esa línea de edición positivista de fuentes también fue esencial el trabajo de Antonio García y Bellido (1945a; 1947a); vide Sánchez Moreno e. p.

¹⁰ Desarrollada en la Universidad de Constanza por Hans R. Jauss y Wolfgang Iser en los años 60, esta teoría se erigió como el hito metodológico contra el dogmatismo positivista en los estudios literarios; vide Mayoral 2015 (1987).

¹¹ Con propulsores indiscutibles en las figuras de François Hartog, para la tradición griega (Hartog 2003 (1980); 1999 (1996); 2005) y Yves A. Dauge (1981).

¹² Han sido esenciales los referentes teóricos de Michel Foucault (2007 (1966); 1988 (1969)) y Pierre Bordieu (2008 (1984)), e. g.

alteridad. Consecuentemente —y con especial relevancia en lo que aquí nos ocupa— se han identificado en esos discursos ciertos estereotipos recurrentes en la caracterización de los pueblos periféricos al mundo grecolatino como proyección especular de aquellos elementos que se interiorizaron como definitorios de la propia autopercepción de la cultura helenística. Este planteamiento general, de manera más radical o matizada, han tenido un impacto inflexivo en las distintas aproximaciones que se han hecho a la etnografía clásica con posterioridad¹³.

Paralelamente, alrededor de esa misma problemática sobre la representatividad del Otro en las fuentes clásicas, se desarrolló una corriente interesada en la dimensión geopolítica de la cuestión, especialmente en lo que se refiere a las fuentes directamente ligadas al proceso de expansión romana. Este otro foco revisionista ha tenido un trasfondo propiciatorio fundamental en la llamada *teoría postcolonial*, que desde los años 70 ha estimulado la reflexión sobre los mecanismos que rigen las diferentes formas de proyección intelectual del colonialismo en sus más variadas ramificaciones¹⁴. Desde este punto de vista, aquellas digresiones de corte cultural e identitario se han combinado con la idea de que el discurso grecolatino debe ser entendido además como la expresión de una agenda ideológica y estratégica íntimamente vinculada con el proyecto imperialista de Roma. De esta manera, se admite que los tópicos en la representación de las sociedades periféricas a través de la etnografía, geografía e historiografía grecolatina son efectivamente una proyección de prejuicios culturales, pero también propaganda premeditada, racionalización y justificación del expansionismo militar y económico¹⁵.

De manera heterogénea y diversa, estas corrientes internacionales han tenido una representación decisiva en la historiografía española, especialmente volcada sobre las fuentes referidas a la Península Ibérica. Desde una perspectiva metodológica tradicional, desde el ejercicio del *Quellenforschung* pero con un posicionamiento revisionista, ha habido desde los años 80 y 90 contribuciones referenciales¹⁶, entre las que destaca la serie *Testimonia Hispaniae Antiqua*, que reemprendió el proyecto de las *Fontes* pero con los nuevos métodos e interpretaciones críticas¹⁷; en todo caso, en los últimos tiempos, las

¹³ Thollard 1987; Hall 1989; Boulogne y Sys 1995; Jacob 2008 [1991]; Isaac 2004; Mitchell 2007; Marein et al. 2009; Raaflaub y Talbert 2009; Adler 2011; Gruen 2011; Woolf 2011; Skinner 2012; Almagor y Skinner 2013; Vlassopoulos 2013, *e. g.*

¹⁴ A partir de autores clave como Edward Said (1990 (1978); 1993), Huomi Bhabha (1994), Gayatri Spivak (2010 (1999)) o Dipesh Chakrabarty (2008 (2000)). Un buen estado de la cuestión en Mellino 2008.

¹⁵ Webster y Cooper 1996; Clarke 1999; Ferris 2000; Dueck 2000; 2009; Dueck et al. 2005; Woolf 2011, *e. g.*

¹⁶ En este sentido abrió una senda fundamental Luis A. García Moreno (1987; 1989a; 1989b; 2002, *e. g.*, algunos de estos trabajos recopilados y reeditados en García Moreno 2001).

¹⁷ Mangas Manjarrés y Alvar Ezquerro 1994; Mangas Manjarrés et al. 1998; Mangas Manjarrés y Plácido Suárez 1999; Mangas Manjarrés y Myro Martín 2003; sobre el proyecto, *vide* López Barja de Quiroga 1995-1996.

ediciones y traducciones comentadas de dichas fuentes, sobre todo de las más usuales, son relativamente prolíficas y variadas¹⁸. Al mismo tiempo, la aplicación de los principios de la sociología cultural a la etnografía de los hispanos sirvió para romper de una forma muy contundente con las lecturas positivistas, identificando las preconcepciones discursivas que debían ser consideradas¹⁹. Esta crítica pronto se entrecruzó con la reinterpretación de las fuentes como proyección de las dinámicas geográficas coloniales en su sentido más político²⁰. En último término, todo ello ha propiciado que se generalice la idea de que esas consideraciones de tipo cultural y geopolítico sobre las fuentes literarias son básicamente insoslayables, y que deben formar parte importante en su combinación ecléctica con los aportes de la arqueología, la antropología o la religión comparada²¹. En general, entiendo que esta aproximación abierta, crítica, heterogénea y flexible es la más estimulante y fértil, además de la más coherente con el momento historiográfico actual.

En todo caso, cabe hacer una reflexión que atañe de manera muy directa a la parte sobre las fuentes grecolatinas que comprende este estudio. Si bien esos planteamientos sobre la faceta sesgada de la literatura antigua y la inoperancia del positivismo filológico están ya generalmente aceptados, el otro extremo del péndulo también comporta algunos problemas. Ciertamente, sobre ese enfoque crítico se cierne siempre el riesgo del hiperescepticismo, la inercia a interpretar las obras antiguas como un producto meramente retórico, por lo tanto, básicamente vacío de contenido veraz. Si todo en los textos es prejuicio e invención interesada, entonces se les niega gran parte de su validez como documento histórico, lo que supone desaprovechar de una manera demasiado reduccionista su potencialidad como fuente. Una de sus consecuencias ha sido el desarrollo de un cierto neopositivismo arqueológico tan limitante como el positivismo tradicional: siendo los textos vanos y engañosos, solo lo material serviría para reconstruir fidedignamente las realidades antiguas. En un razonable término medio, los acercamientos transdisciplinares de los historiadores hacia la arqueología y la antropología se han concebido a menudo como la búsqueda de un anclaje empírico con el que evitar esos excesos de la elucubración histórico-cultural, al tiempo que el

¹⁸ Por accesibilidad y actualización, tiendo a utilizar aquí las más recientes, especialmente las de las editoriales Gredos y Alianza; de todos modos, en el anexo específico la edición utilizada en cada caso.

¹⁹ Fueron pioneros en esa línea Bermejo Barrera 1986a; Gómez Espelosín 1993a; Gómez Espelosín et al. 1995, *e. g.*

²⁰ Domínguez Monedero 1984; 1988a; Plácido Suárez 1987; 1995-1996; Montero Barrientos 1995; Cruz Andreotti 1999; 2014; Santos Yanguas y Torregaray Pagola 2003, *e. g.*

²¹ Sirvan de muestra significativa, entre otros muchos, García Fernández-Albalat 1990; Ciprés 1993a; Marco Simón 1993; 2007; Salinas de Frías 1999; 2010a; García Quintela 1999a; 2007; 2012; Pérez Vilatela 2000; Sánchez Moreno 2001; 2002a; 2005a; 2006; 2015-2016; Pelegrín Campo 2003; Sánchez Moreno y Aguilera Durán 2013.

aprovechamiento cauteloso de la literatura abría las posibilidades interpretativas de los nuevos hallazgos²².

Desde luego, creo que el tipo de análisis que voy a aplicar sobre ellas obliga a hacer esa advertencia previa, aunque este trabajo no tiene como objetivo calibrar ese punto de equilibrio ideal entre criticismo y verosimilitud respecto de las fuentes grecolatinas. En cambio, su motivación es analizar el devenir de los distintos discursos que se han construido sobre los pueblos de la Iberia prerromana a lo largo del tiempo; desde esta premisa, en lo que respecta a este periodo, mi interés se centra en esas líneas de investigación enfocadas en la deconstrucción de la literatura antigua como expresión de percepciones culturales y propaganda ideológica, pues son las que mejor me permiten profundizar en esa dimensión discursiva que es la que me interesa. Eso no significa que descarte su validez como fuente ni que infravalore la potencial información histórica que sin duda contienen. Es una cuestión de enfoque y el mío se centra ahora en los condicionantes culturales que influyeron en la conformación de la imagen de los hispanos por parte de los autores grecolatinos; me interesa lo que sus tópicos y recursos retóricos nos enseñan acerca de sus intencionalidades y esquemas mentales, dejando a otros la tarea de determinar su grado de verosimilitud y sus posibilidades de contrastación empírica.

Como he comentado al principio de este subapartado, las obras grecolatinas son esenciales en este estudio porque representan la génesis de los temas sobre Iberia que luego han sido reformulados durante siglos. Sin embargo, esto no significa que vaya a considerarlas como un mero repositorio estanco e inerte de textos cuyo único sentido fue el de ser revisitado por los intelectuales modernos. Por el contrario, y de acuerdo con las líneas de análisis descritas, las abordo como el reflejo de realidades culturales dinámicas, complejas y cambiantes en el tiempo. Por eso le dedico al material antiguo un espacio particularmente extenso y compartimentado en el bloque cronológico, la Parte 2, y por eso también cada capítulo del bloque temático, la Parte 3, comienza con un subapartado en el que se estudia la manera en que las fuentes grecolatinas trataron cada una de esas cuestiones en concreto. Sin duda, de las varias perspectivas disciplinares que confluyen en esta tesis, precisamente esta —el estudio de los discursos grecolatinos— es la que cuenta ya con unos precedentes más maduros y sólidos; no obstante, acometer el reto de aproximarse a la cuestión de una manera global y explorando sistemáticamente los espacios de interrelación con sus formas de recepción moderna me parece una propuesta que puede aportar elementos interesantes a un campo que no debe dejar de ser repensado.

²² *Vide* García Quintela 1990; 1991a; 1999a; 2009, con un planteamiento especialmente explícito en esta línea, apuntando los límites y excesos del criticismo cultural y los retos de cómo complementarlo.

1.2. La recepción cultural del mundo antiguo

Otra gran línea de investigación fundamental en la que podría enmarcarse este trabajo es el conocido como estudio de la tradición o recepción clásica, esto es, simplificando, el análisis de las distintas maneras en las que los elementos de la cultura grecorromana han sido percibidos, reinventados y reproducidos a lo largo del tiempo (Edades Media, Moderna y Contemporánea) en las distintas esferas de la cultura (filosofía, política, literatura, arte, etc.). Si, como he afirmado, la literatura grecolatina es la fuente de conocimiento prácticamente única sobre la Iberia prerromana en el periodo que nos ocupa, entiendo entonces que el estudio de la percepción de esa realidad a lo largo del tiempo pasa necesariamente por el análisis de la percepción de los textos y autores que la definieron. Es cierto que ese planteamiento se acomete de una manera peculiar y específica, ya que el interés aquí no es la recepción de los autores y obras grecolatinos en sí mismos, ni la de los aspectos formales de sus producciones, sino la recepción de los datos, conceptos y valoraciones que transmitieron sobre aquellas sociedades hispanas. En cualquier caso, considero que este enfoque abre un abanico de posibilidades muy interesante para trascender los aportes de la perspectiva puramente historiográfica, desde luego para enfrentarme a las fuentes literarias y artísticas, pero también como manera de complejizar el propio análisis de la historiografía. En definitiva, en tanto que este campo tiene un peso específico en el estudio, parece pertinente trazar las pautas teóricas y metodológicas desde las que se va a manejar²³.

Tanto el concepto en sí mismo (tradición/legado/herencia clásico/a), como su consideración como objeto de estudio es relativamente reciente: nació como un apéndice de la filología clásica en el último tercio del siglo XIX²⁴, consolidándose como línea de estudio a mediados del XX²⁵. Su evolución en este período fue desde el estilo puramente enciclopédico, a modo de recopilación o catálogo de las referencias modernas a autores grecolatinos²⁶, hasta la aplicación del modelo de historia literaria, ya en forma de obra narrativa, unificada y organizada por períodos y procesos históricos. Entre los años 50 y 70 se desarrolló un período de maduración en el que se asentó una de sus tendencias más interesantes aquí: el desarrollo de un planteamiento más abierto e integral, trascendiendo

²³ Para un estado de la cuestión *vide* García Jurado 2016a, y, complementariamente, Molino García 2006; García Jurado 2007; 2013; 2016b. Como muestra de enfoques diversos en este campo, sirvan obras colectivas como las de Martindale y Thomas 2006; Kallendorf 2007; Hardwick y Stray 2008; Butler 2016.

²⁴ Laguna Mariscal 2004; García Jurado 2007. Se considera la de John E. Sandys 1903-1908) como la primera gran obra totalizadora al respecto.

²⁵ Con las obras referenciales de Ernst R. Curtius (1948) y Gilbert A. Highet (1949).

²⁶ En el caso de España representado por Marcelino Menéndez Pelayo, con su monumental *Bibliografía hispano-latina clásica*, como desarrollo de su obra previa, *Biblioteca de traductores españoles* (Menéndez Pelayo 1952-1953 (1874-1878); 1902).

el enfoque específicamente literario y abriéndose a dimensiones coyunturales, ideológicas y culturales más amplias²⁷.

En general, podría decirse que por entonces se habían sentado unas bases metodológicas y terminológicas básicas que hacían de este un campo de estudio reconocible definido por una serie de características comunes. Desde el punto de vista profesional, se consideraba indisociablemente como una rama secundaria de la filología clásica. Desde una perspectiva ideológica, se abordaba con una vocación fundamentalmente conservadora: el estudio de la transmisión de la cultura grecolatina se planteaba como una exaltación de la fecundidad del modelo clásico en la génesis, esencia, unidad y continuidad de la civilización occidental. Su puesta en valor se concebía entonces como prevención ante la amenaza de las intrusiones culturales heterodoxas y subversivas (tecnificación, orientalismo, folklore romántico, vanguardias, fascismo, comunismo, existencialismo, etc.)²⁸. Estas notas previas parecen pertinentes, en primer lugar, porque esos planteamientos tradicionales siguen definiendo de un modo significativo gran parte de la investigación en este ámbito; por otro lado, son esenciales para explicar el sentido, metodológico y teórico, de las reformulaciones recientes a las que se adhiere este trabajo.

La renovación fundamental en este campo ha derivado del impacto del nuevo marco teórico de la *estética de la recepción*, esa misma propuesta crítica que también incidió en la interpretación de los propios textos clásicos (§ 1.1). En este ámbito, la propuesta esencial consiste en alterar la dinámica unidireccional en el análisis de los referentes literarios, en este caso grecolatinos. Si en la perspectiva tradicional la obra clásica era entendida como fuente que influía sobre el receptor moderno (A en B), esa relación pasa a considerarse en un sentido multidireccional, de forma que se reconoce en los receptores (autor, lectores e intermediarios) una función creadora fundamental en la reinención de esas referencias antiguas, desechando la idea de la simple transmisión (A y B, B y A). Desde la perspectiva tradicional se privilegiaba el lugar de la obra clásica y su (supuesto) significado original y la investigación se centraba en valorar el grado de influencia y fidelidad de sus usos modernos; la teoría de la recepción, en cambio, se focaliza en el papel activo del receptor para comprender los mecanismos mentales y culturales que han actuado en su visión sobre el referente antiguo. Así, con cada

²⁷ Destacan Robert R. Bolgar (1954) y Elisabeth D. Rawson (1969). La monografía de Bolgar fue el germen de una serie de congresos en la Universidad de Cambridge fundamentales en la historia de la disciplina (Bolgar 1971; 1976; 1979). En lo concerniente a las letras hispánicas, destaca la argentina María Rosa de Lida, que reivindicó la influencia de otras tradiciones no grecolatinas en la literatura occidental, criticando duramente las limitaciones de Highet y Curtius (Lida de Malkiel 1975).

²⁸ No por casualidad nació en el cambiante fin del siglo XIX (García Jurado 2013, 4-6) y se consolidó en la Guerra Fría.

interpretación del texto su sentido es reconstruido con nuevas significaciones que tienen que ver con la coyuntura del momento, la percepción estética e ideológica del autor y lector/espectador. En el fondo, el sentido original de la fuente no podrá entenderse nunca de una manera plena, verdadera e inequívoca, pues en la comprensión que tenemos de ella hay tanto del contenido original como del que le aporta nuestra propia realidad. De hecho, ni siquiera esa relación es casi nunca un diálogo simple entre fuente y receptor, sino todo un juego múltiple de lecturas intermedias. Ediciones, interpretaciones y reproducciones anteriores y coetáneas sobre el mismo texto o idea antigua aportan sentidos añadidos al material estudiado, de manera que la relación objeto e intérprete se difumina y complejiza en lo que se ha denominado *cadena de recepciones*. Todo ello ha tenido consecuencias terminológicas: conceptos como *tradición*, *legado* o *herencia* han quedado asociados con ese planteamiento de la cuestión enfocado en la pervivencia histórica del referente antiguo en un sentido lineal; de manera alternativa, complementaria y no excluyente, se ha propuesto el uso de *recepción* para definir ese otro tipo de planteamientos multidireccionales más complejos²⁹.

Esa problematización de los viejos estudios sobre la tradición clásica ha venido acompañada por una nueva vocación interdisciplinar, una tendencia a combinar el estudio de las distintas formas de proyección del referente antiguo como un todo orgánico e interrelacionado. En este sentido, probablemente lo más interesante de la renovación de ese campo en los últimos tiempos haya sido su replanteamiento cercano a la historia cultural en un sentido amplio, abriéndose caminos de encuentro con disciplinas, fuentes y temas muy diversos. Esta inquietud ha supuesto, por ejemplo, establecer nuevos vínculos con la historia del arte y sus propuestas acerca de las continuidades y reinterpretaciones de los temas y la estética antigua en el mundo moderno, ya no solo como una mera pervivencia, sino como fenómenos culturales complejos cargados de simbolismo³⁰. Asimismo, la teoría de la recepción ha favorecido la apertura del espectro de fuentes susceptibles de análisis, transgrediendo los ámbitos tradicionales de la literatura, el arte y la academia, para considerar elementos antes inexplorados, como las formas de expresión popular o los medios de masas³¹.

²⁹ Ejemplos y reflexiones sobre esta tendencia en los estudios clásicos se desarrollan en Martindale 1993; Martindale y Thomas 2006; Hardwick 2003; Hardwick y Stray 2008; Brockliss et al. 2012; Butler 2016, e. g. Es de destacar también la revista especializada *Classical Receptions Journal*, editada en la Universidad de Oxford y dirigida por Lorna Hardwick desde 2009.

³⁰ En particular redescubriendo la visión de Aby Warburg (2005 [1932]; 2010 [2003]), desarrollada por sus discípulos (como Fritz Saxl y Erwin Panofsky) en torno a la biblioteca y el instituto que llevan su nombre; sobre ese legado y sus posibilidades *vide* Gombrich 1992; Settis et al. 2010; Levine 2013.

³¹ Lo que incluye cine, cómic, videojuegos, etc.; *vide* Lowe y Shahabudin 2009; Kovacs y Marshall 2011; España 2009; Duplá Ansuategui 2011; Pomeroy 2017, e. g. De interés en este sentido es el proyecto internacional *Images*, dedicado a la recepción de la Antigüedad en los medios audiovisuales, con encuentros periódicos y su propia serie editorial (<http://www.images-project.org/>; accedido: 17/02/2018).

En España ha habido en los últimos años un buen número de trabajos sobre legado clásico en la literatura y la cultura, universal o española, desde puntos de vista más o menos tradicionales³². Por otro lado, tanto desde el mundo anglosajón como desde el latinoamericano, ha habido una importante producción de trabajos sobre el legado de la Antigüedad clásica en la producción intelectual indiana³³. Sí se ha cultivado, no obstante, de una manera intensa, variada y verdaderamente multidisciplinar, el estudio de la representación de la Antigüedad en el cine y la televisión, también por parte de los expertos en los medios audiovisuales³⁴. Ahora bien, como he comentado al principio de este apartado, mi enfoque diverge de una manera importante de los estudios de recepción clásica propiamente dichos, pues no me ocupo de la cultura grecolatina en sí misma, sino de la manera en que la Iberia prerromana fue representada en ella.

En este sentido, es interesante atender a algunos paralelos de otras tradiciones nacionales que se han aproximado a estas cuestiones desde diferentes perspectivas transdisciplinarias (historiadores y arqueólogos que analizan arte y literatura o filólogos e historiadores del arte que contemplan la producción académica). Resulta especialmente cercano y provechoso el caso de Portugal, donde la recepción literaria y artística del pasado lusitano en general y Viriato en particular ha sido abordada tanto por arqueólogos, como por filólogos e incluso etnólogos³⁵. Cabe destacar en Reino Unido la línea trabajo historiográfico-cultural sobre la identidad céltica³⁶ y, más concretamente, en torno a la singularidad de la figura de Boudicca³⁷, cuestiones abordadas también desde la historia del arte³⁸. En Francia, la cuestión cuenta también con una cierta tradición que tiene un indiscutible punto de inflexión en el ya clásico coloquio internacional *Nos ancêtres les Gaulois*³⁹, en el que se dieron cita aproximaciones dispares derivadas de las distintas ramas de la historia cultural francesa; se sentaba así un precedente esencial, abriendo múltiples líneas sobre la identidad gala que se han desarrollado después, tanto en la

³² Una muestra son Gil Fernández 1981; 1984; 2011; Merino Jerez et al. 1996; Signes 2005; Hernández Miguel 2008; Hualde Pascual y Sanz Morales 2008; Crosas López 1998; 2010; García Jurado et al. 2013; Soriano Sancha 2013, y, como repertorio bibliográfico, González Rolán et al. 2002. Acerca del (no) impacto de la teoría de la recepción y otras nuevas tendencias en España, *vide* García-Jurado 2013.

³³ González Rodríguez 1981; Haase y Reinhold 1994; Fernández et al. 2016; Valenzuela Matus 2016, *e. g.*

³⁴ En el cine: Duplá Ansuategui y Iriarte 1990; Prieto Arciniega 2004; 2010; González Vázquez y Unceta Gómez 2007; Lapeña Marchena 2007; Castillo Pascual 2008; España 2009; Duplá Ansuategui 2011; Cueto Asín y George Jr. 2013, *e. g.*; en el cómic y otros medios gráficos: Ruiz Zapatero 1997; Tomé Martín 1999; Iguácel de la Cruz 2008; Castillo Pascual 2008.

³⁵ Guerra y Fabião 1992; Fabião y Guerra 1998; Gorges et al. 2009 (arqueología); Machado 2010 (literatura); Neves 2010 (etnología).

³⁶ Chapman 1992; James 1999; Collis 2003; Morse 2005; Hale y Payton 2000, *e. g.*

³⁷ Hingley y Unwin 2005, *e. g.*

³⁸ Smiles 1994, *e. g.*

³⁹ Viallaneix y Ehrard 1982.

historiografía francesa, como en la anglosajona⁴⁰. Desde Alemania también se ha acometido el estudio del legado germano con cierto interés en las últimas décadas, no solo desde la perspectiva ideológico-arqueológica, sino también desde la de la recepción cultural de procedencia filológica y la historia intelectual⁴¹. Incluso en el caso de Italia, cuya historiografía ha estado absorbida por la tradición clásica, encontramos en los últimos tiempos aproximaciones interesantes sobre la recepción antirromana del mundo itálico⁴².

El caso español es bastante más limitado. Sobre la representación cultural de la Iberia prerromana son muy destacables las incursiones puntuales de ciertos historiadores y arqueólogos en el ámbito de la literatura y el arte⁴³. Igualmente, aunque no enfocados como trabajos sobre la recepción de la Antigüedad, resultan extraordinariamente útiles diversos estudios literarios y artísticos sobre obras y temas clave, especialmente sobre Numancia⁴⁴ o Viriato⁴⁵, y siempre de manera colateral desde planteamientos esencialmente historiográficos. Ciertamente, para este ámbito temático la tradición es limitada y los planteamientos teóricos y metodológicos son profundamente desiguales.

La solución es hacer incursiones en los trabajos que, desde diferentes disciplinas, se han hecho sobre las fuentes literarias y artísticas que recrearon temáticas que me interesan. La gran mayoría de esos estudios no están enfocados desde los planteamientos de la tradición o recepción clásica, pues su objetivo no ha sido estudiar las percepciones de la Antigüedad, sino las obras y los autores modernos por sí mismos. Por ejemplo, hay un nutrido catálogo de obras teatrales desde finales del siglo XVI que trataron temas de la resistencia de los hispanos frente a Cartago y Roma, y la manera más viable de acercarse a ellas es a través de los estudios literarios sobre los autores y obras⁴⁶; de la misma manera, los trabajos de historia del arte son básicamente la única vía para aproximarse a las primeras representaciones pictóricas de esos episodios en el cambio del siglo XVIII al XIX⁴⁷. La cuestión es que esa bibliografía, por lo general, no se plantea

⁴⁰ Dietler 1994, se ha convertido en cita de referencia. Es de destacar la obra colectiva de Rieckhoff 2006, editado en Francia y en torno al tema galo pero con especialistas de tradiciones absolutamente heterogéneas.

⁴¹ Wiegels y Woesler 1995; Krebs 2005; 2011; Skarsten 2012; desde el ámbito arqueológico: Arnold 1990; 2002; 2004; 2006a; 2006b; Härke 2000.

⁴² Francesco 2013.

⁴³ Quesada Sanz 1994a; 1995a; 1996; 1997; 1998; Garcés i Estalló 1997a; Perea 1999; Pastor Muñoz 2004; Cortadella Morral 2005; Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005; García Cardiel 2010; 2013; Valenzuela Matus 2013, *e. g.*

⁴⁴ Vivar 2004; también, desde el interés hispanista anglosajón: Kahn 2008.

⁴⁵ Ocejo Durand 2002; Pérez Isasi 2013.

⁴⁶ Caso González 1988; Armas 2010 (1998); Kahn 2008, como muestra; citaré la bibliografía completa cuando corresponda.

⁴⁷ Reyero Hermosilla 1987; 1990; 1992; Díez García 1992; Azcárate Luxán 1994a; Pérez Vejo 1996; Díez García et al. 2015; y, específicamente, sobre temas de la Antigüedad hispana: Azcárate Luxán 1994b; Quesada Sanz 1994a; 1996; García Cardiel 2010; Herreros González 2002; Díez García 2013; Duplá

como objetivo principal el análisis de la dialéctica entre antigüedad y modernidad a la que me estoy refiriendo, esas relaciones complejas con los referentes grecolatinos que sí permiten abordar plenamente los estudios de recepción. Ahí reside uno de los retos fundamentales y uno de los vacíos más importantes que debe encarar este estudio.

En definitiva, el estudio de la representación de los pueblos hispanos en las distintas expresiones culturales se presenta, en cierto sentido, como un espacio por definir, una parcela que las aproximaciones habituales, ya sean más tradicionales o innovadoras, solo tocan de una manera muy tangencial, en el mejor de los casos. Por tanto, el campo de la tradición clásica y su renovación desde la teoría de la recepción aporta poco material concreto al desarrollo de este tema; su contribución es fundamentalmente teórica y metodológica, pues ofrece las herramientas y conceptos más estimulantes para su desarrollo: alterar el espectro documental y las compartimentaciones disciplinares, entender el referente antiguo como un fenómeno cultural complejo, dinámico e interconectado, son premisas enormemente enriquecedoras desde su planteamiento general y, además, perfectamente aplicables a la historiografía.

1.3. El devenir ideológico de la historiografía

Se trata de entender la proyección cultural en un sentido amplio pero lo cierto es que el eje vertebrador de este estudio es la historiografía; el hilo conductor es el análisis diacrónico de las distintas maneras en la que los historiadores han concebido e interpretado a las sociedades de la Iberia prerromana. En parte como justificación de este enfoque, cabe considerar el hecho de que el conocimiento de la realidad protohistórica ha sido, quizás hasta finales del siglo XIX, un coto erudito muy restringido. Podemos hablar de unas presencias casi automáticas de la cultura clásica a lo largo del tiempo, por la evidencia de sus restos materiales, la recurrencia de sus iconos y la continuidad de sus referencias. Por el contrario, el mundo prehistórico en general, intangible, mudo y cifrado en escasas referencias textuales, no fue mucho más que un objeto de interés colateral en la labor del intelectual clasicista. En consonancia con esa posición marginal, su representación en la literatura, el arte, la política o la cultura popular fue excepcional en comparación con la recurrencia de los temas grecolatinos, y se limitó a un muy escueto catálogo de episodios y personajes aislados. En este sentido, si una historia sobre la recepción de la cultura clásica en España podría tratarse desde múltiples perspectivas, en

Ansuategui 2013a; Torre Echávarri 2017, por ejemplo, aunque la mayoría se han enfocado en momentos más avanzados del siglo XIX.

el caso que nos ocupa el enfoque historiográfico es absolutamente fundamental. Para encontrar a la Iberia prerromana en la modernidad de una manera mínimamente desarrollada hay que buscar en el discurso erudito, en la obra de los historiadores que exploraron las fuentes con minuciosidad para completar cada eslabón de la Historia nacional.

En el estado de la cuestión que sigue, dejo aparte las tradicionales *historias sobre historiadores*, de tipo biográfico, para centrarme en las reflexiones teóricas y metodológicas suscitadas por la historiografía crítica y contextual aparecida en el último tercio del siglo XX. Desde finales de los años 60, dentro de un marco general de cuestionamiento y renovación en las ciencias sociales, surgió en la historiografía una nueva actitud autorreflexiva que, yendo más allá de las disquisiciones sobre las teorías y métodos, llevó a poner el foco sobre los propios historiadores y su lugar en el mundo, atendiendo a las implicaciones ideológicas y sociales de su trabajo. Múltiples corrientes incidieron en esa inquietud, pero de manera muy destacada las propuestas de la sociología acerca de la producción científica como ejercicio del poder⁴⁸ y, de manera más específica, las teorías que desde la ciencia política se postulaban sobre la construcción cultural de las identidades nacionales (§ 1.4)⁴⁹.

Esta tendencia se aplicó sobre la historiografía en general⁵⁰, pero su incidencia es perfectamente rastreable en aquella dedicada específicamente al mundo antiguo⁵¹, así como en la arqueología⁵². De esta manera, se introducían nuevas consideraciones sobre la manera en que la coyuntura sociopolítica y cultural había interactuado con las distintas aproximaciones a la Antigüedad a lo largo del tiempo, ya fuese con un planteamiento biográfico o intelectual, centrado en las instituciones o en la transformación de los conceptos y teorías, superando toda una tradición tendente a la mera relación cronística de personajes y hallazgos emblemáticos⁵³.

En efecto, sin duda el aporte más importante de esos estudios fue la consideración del contexto como una dimensión fundamental para entender la producción académica. Es lo que se ha definido como perspectiva *externalista*: el análisis de las incidencias de los factores *externos* a la disciplina (políticos, religiosos, sociales, económicos, vitales,

⁴⁸ A partir de Michel Foucault (2007 (1966); 1988 (1969)) y Pierre Bordieu (2008 (1984)), especialmente.

⁴⁹ Como las de Kedourie 2015 (1961); Gellner 2008 (1983); Anderson 1993 (1983); Hobsbawm 2013 (1990); Hobsbawm y Ranger 1992, entre otros.

⁵⁰ Georg Iggers ha sido una figura clave y pionera en este sentido (Iggers 1968; 1991; 2012 (1995), *e. g.*).

⁵¹ En el ámbito historiográfico fueron clave Arnaldo Momigliano (1977), Luciano Canfora (1980), Moses Finley (1977 [1975]; 1981) y Richard Jenkins (1980; 1992), entre otros.

⁵² En lo concerniente a la historia de la arqueología, fue inflexiva la obra de Bruce Trigger (1989) y Alain Schnapp (1993), aunque la nueva dirección crítica ya se anticipó en la Conference on the History of Archaeology de 1978 (Daniel 1981), particularmente por parte de Kristian Kristiansen (1981).

⁵³ Concebidos desde finales del siglo XIX como forma de autolegitimación de la disciplina (Moro Abadía 2012, 178-180), este estilo alcanzó su madurez con Glyn Daniel (1950; 1975).

profesionales, etc.), en contraposición con la *internalista*, que plantea su estudio como la evolución aislada de sus principios técnicos y epistemológicos⁵⁴. A partir de la década de los 80, a esa idea de fondo se unieron los estímulos de las propuestas postmodernas, tales como el postestructuralismo, el narrativismo o los estudios de género; de manera particularmente influyente en lo que aquí nos ocupa, el postcolonialismo —que también afectó de manera crucial a la interpretación de la literatura grecolatina— abrió el campo de la interpretación ideológica más allá del nacionalismo, al considerar también el peso de la conceptualización imperialista y colonialista en la producción intelectual⁵⁵. Al mismo tiempo, la llamada *nueva historia cultural* que irrumpió también en esos años, se propuso suavizar ciertos excesos más relativistas de los *postismos*, pero coincidiendo en lo relativo a la ligazón entre historiografía y literatura, la ruptura en la jerarquización de las fuentes, las transgresiones disciplinares o el rechazo al objetivismo positivista⁵⁶. Con distinto grado de influencia de todas esas propuestas, se ha producido un nutrido y diverso abanico de publicaciones en las últimas décadas, tanto de historiografía⁵⁷, como de historia de la arqueología⁵⁸.

En el caso de la historiografía española, aparte de los trabajos tradicionales de tipo cronístico y biográfico⁵⁹, lo cierto es que esa tendencia general ligada a la historia del pensamiento político ha tenido un desarrollo importante, con obras generales que han dotado de profundidad analítica a la comprensión del desarrollo de la disciplina en España⁶⁰, complementado además con importantes proyectos enciclopédicos⁶¹. Si bien es cierto que esta corriente ha sido mayoritariamente contemporaneísta —especialmente en el plano identitario que me interesa (§ 1.4)—, el enfoque ideológico también se ha implantado con fuerza en lo que concierne a la historiografía medieval y moderna que

⁵⁴ Son conceptos tomados de la historia de la ciencia y, en concreto, de Thomas Kuhn. Se hace una apuesta explícita por su aplicación a la historia de la arqueología en Díaz-Andreu García 2002, 25-31.

⁵⁵ A partir de los referentes teóricos esenciales de Said 1990 (1978); Wolf 2009 (1982); Bhabha 1994; Gosden 2004; Chakrabarty 2008 (2000); Spivak 2010 (1999), etc.

⁵⁶ Ginzburg 1999; Bermejo Barrera 2005 son excelentes ejemplos teóricos al respecto; sobre la nueva historia cultural en general, *vide* Olabarri Gortazar y Caspistegui 1996; Serna Alonso y Pons Pons 2005.

⁵⁷ Bentley 1997; Mudrovic 2005; Wang y Fillafer 2007; Iggers y Wang 2008; Tucker 2009; Bourgault y Sparling 2013, *e. g.* Particularmente impactante fue el narrativismo, propuesto por Hayden White (1992 (1973); 1992 (1987); 2003) y desarrollado por Keith Jenkins (2009 [1991]) y Alun Munslow (1997).

⁵⁸ Kohl y Fawcett 1995; Patterson 1995; 2003; Díaz-Andreu García y Sørensen 1998; Gran-Aymeric 1998; Härke 2000; Dyson 2008 [2006]; Díaz-Andreu García 2007; 2012; Moro Abadía 2007; Murray y Evans 2008; Schlanger y Nordbladh 2008, *e. g.*

⁵⁹ Por ejemplo, Sánchez Alonso 1947 (1944).

⁶⁰ Pasamar Alzuria y Peiró Martín 1987; 1996; 2002; Pasamar Alzuria 1991; 2010; Andrés-Gallego 2004 (2000); García Cárcel 2004; Álvarez Junco 2013; Peiró Martín y Frías Corredor 2016; Álvarez Junco y Fuente Monge 2017, *e. g.*

⁶¹ Pasamar Alzuria y Peiró Martín 2002; Ayarzagüena Sanz y Mora Rodríguez 2004; Díaz-Andreu García et al. 2009; así como el proyecto diccionario de catedráticos de historia de España, aún en desarrollo, coordinado por Ignacio Peiró Martín (<http://dicionariodehistoriadores.unizar.es>; accedido: 16/02/2018).

atañe al contexto intelectual de este estudio; con un fuerte impulso desde el hispanismo francés y anglosajón⁶², se ha desarrollado después ampliamente en España desde líneas diversas⁶³. Por otro lado, en general, como espacios editoriales fértiles en este sentido cabe reseñar la publicación de *Revista de Historiografía*, desde 2004, por parte del Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja de la Universidad Carlos III de Madrid, e *Historiografías*, desde 2010, por la Universidad de Zaragoza. También algunas líneas editoriales han sido especialmente propicias, como la colección de Urgoiti de reediciones de trabajos historiográficos clásicos con amplios estudios introductorios.

Específicamente, en lo relativo a la historiografía sobre el mundo antiguo, suele considerarse como hito fundacional el Congreso Internacional de Historiografía de la Arqueología y la Historia Antigua de 1988⁶⁴. La década de los 90 supone el espaldarazo definitivo con la defensa de las primeras tesis⁶⁵ y la celebración del Segundo Congreso Internacional⁶⁶, lo que se complementó con dos influyentes encuentros en Andalucía⁶⁷. Como iniciativas editoriales, aparte de las más generales ya citadas, cabe resaltar la publicación desde el año 2000 de la revista especializada *Archaiá*, por parte de la Sociedad Española de Historia de la Arqueología. Asimismo, destaca la serie Antiquaria Hispánica de la RAH, compuesta por monografías sobre personajes, yacimientos, instituciones y documentación inédita ligada al Gabinete de Antigüedades de dicha institución. Con estos antecedentes y este marco de fondo, en los últimos años han proliferado extraordinariamente las publicaciones, eventos y proyectos de investigación dedicados a esa línea de estudio.

No obstante, esa producción reciente presenta ciertas limitaciones en lo que respecta al enfoque temático concreto al que se dedica este trabajo. Por un lado, cronológicamente, un grueso importante de la investigación se ha centrado en el periodo contemporáneo⁶⁸, sobre todo en el siglo XX y con especial intensidad en el contexto de

⁶² Son de referencia obligada, entre otros, Georges Cirot (1904a; 1904; 1913; 1914; 1935; 1936; *vide* Alonso Sánchez 1948), Robert Tate (1970), Peter Linehan (2012 (1993)), Richard Kagan (2007) o Henry Kamen (2008).

⁶³ Por citar solo grandes monografías, destacan los trabajos de Antonio Mestre Sanchís (1990; 2002; 2003), Pablo Fernández Albaladejo (2007) o Alfredo Alvar Ezquerro (2014; 2016).

⁶⁴ Arce Martínez y Olmos Romera 1991.

⁶⁵ Cortadella Morral 1991; Jiménez Díez 1993; Mora Rodríguez 1994.

⁶⁶ Mora Rodríguez y Díaz-Andreu García 1997, que han tenido continuidad en otras dos ediciones recientes (Ayarzagüena Sanz et al. 2017), ya exclusivamente sobre historia de la arqueología.

⁶⁷ Beltrán Fortes y Gascó La Calle 1993; Gascó La Calle y Beltrán Fortes 1995.

⁶⁸ En ese periodo se centran proyectos de investigación como «El almacén de la historia. Repositorio de Historiografía española (1700-1939)» (HAR2011-27540) (*vide* Romero Recio y Soria Tomás 2018) y «Antigüedad, nacionalismos e identidades complejas en la historiografía occidental: aproximaciones desde Europa y América Latina (1789-1989)» (HAR2016-76940-P), por ejemplo. Dos muestras de publicaciones recientes con esa restricción cronológica son Ayarzagüena Sanz et al. 2017; Ruiz Zapatero 2017.

la Guerra Civil y el franquismo⁶⁹. Por otro lado, temáticamente, un porcentaje fundamental de trabajos está enfocado en el mundo clásico —tocando muy tangencialmente lo prerromano—, lo que, desde luego, es coherente con la cantidad y trascendencia de la documentación al respecto. En todo caso, la confluencia de ambas circunstancias limita de manera importante la bibliografía referida específicamente al campo estudiado aquí. Así, por ejemplo, desde hace tiempo se viene desarrollando una importante línea de investigación sobre la historiografía y la arqueología del siglo XVIII en España, pero esta se ha centrado básicamente en la visión de la cultura grecolatina⁷⁰; lo mismo ocurre, aunque suele haber más variabilidad, en los libros colectivos que han abarcado un arco cronológico más extenso de lo habitual⁷¹. Asimismo, hay bastantes estudios especializados sobre la recepción de los pueblos prerromanos, pero, en esos casos, con una clara predilección por el periodo entre finales del siglo XIX y el siglo XXI⁷², lo que también es lógico si se tiene en cuenta que la historia de la investigación sobre esas realidades es muy reciente. En este sentido, las referencias que atañen de una manera directa al ámbito de este estudio suelen ser muy concretas y entresacadas de trabajos con enfoques muy diversos.

En definitiva, el corpus de estudios historiográficos para este campo, aparte de trabajos tangenciales, se compone de excepciones. En este sentido, resultan esenciales las monografías que han tratado la historiografía sobre la Antigüedad en general (y no solo la clásica), ya sea desde un tratamiento diacrónico amplio⁷³, o bien centrados en una etapa⁷⁴ o en un autor⁷⁵ del periodo que nos atañe. Igualmente, son clave los estudios que se han centrado en un tema específico del ámbito prerromano llevando a cabo un repaso cronológico totalizador, como los dedicados a Tarteso, la colonización fenopúnica, el episodio de Numancia o la figura de Viriato⁷⁶.

⁶⁹ Duplá Ansuategui 1993; 1999; 2002; 2013b; Díaz-Andreu García 2002; 2012; Wulff Alonso y Álvarez Martí-Aguilar 2003; Ruiz Rodríguez et al. 2006; Gracia Alonso 2009; 2011, *e. g.*

⁷⁰ Mora Rodríguez 1998; Romero Recio 2005; 2012; Canto de Gregorio y Villena Moziño 2001; Salas Álvarez 2010; Almagro-Gorbea y Maier Allende 2012, *e. g.*

⁷¹ Aparte de algunas de las mencionadas, *vide* Ayarzagüena Sanz y Mora Rodríguez 2004; Mora Rodríguez et al. 2008; Sancho Rocher 2015; Aguilera Durán et al. 2017, *e. g.*

⁷² Ruiz Rodríguez 1993; Ortega Ortega 1999; Díaz Santana 2002; Ruiz Zapatero 2003; 2006; Ibarra Jiménez 2006; Ruiz Rodríguez et al. 2006; Aguilera Durán 2011; 2012b; 2014a; 2017; Alzola Romero y Sánchez Moreno 2011; Hernández García 2011; Renero Arribas 2011; Alonso González y González Álvarez 2013; Vizcaíno Estevan 2014; Bécares Rodríguez 2017, *e. g.*

⁷³ En ese sentido es absolutamente imprescindible la visión panorámica de Wulff Alonso 2003.

⁷⁴ Por ejemplo, Elices Ocón 2017, en lo referente a la historiografía hispanoárabe.

⁷⁵ Jiménez Vicente 1993; Álvarez Martí-Aguilar 1996; Sánchez Madrid 2002; Gómez Martos 2012; 2018; Sánchez Ferro 2016, *e. g.*

⁷⁶ Álvarez Martí-Aguilar 2005; Ferrer Albelda 1996; Torre Echávarri 2002; Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005; Pastor Muñoz 2000; 2004, respectivamente.

Dejando a un lado estas dificultades comprensibles en cuanto a la especificidad temática, cabe hacer también algunas reflexiones de tipo puramente teórico. En primer lugar, es de señalar la escisión entre los campos de la historiografía sobre la Antigüedad y la historia de la arqueología. Aunque en las primeras iniciativas hubo una voluntad de que ambas esferas confluyeran, a medida que se consolidaron sus estudios acabó instaurándose una clara distinción, aunque no sin cierta polémica⁷⁷. En general, creo que esta distinción es poco operativa en su planteamiento y sus resultados, sobre todo si tratamos sobre la recepción del mundo prerromano que es tan dependiente de la combinación de ambas disciplinas. Difícilmente puede entenderse la producción historiográfica sobre la Iberia prerromana sin considerar la incidencia que tiene en ella la arqueología, de la misma manera que no puede entenderse plenamente la interpretación arqueológica sin conocer el contexto historiográfico del que se alimenta. Es cierto que este problema me concierne muy parcialmente, pues el interés anticuarista y arqueológico sobre las sociedades prerromanas fue prácticamente nulo en periodo medieval y moderno, al contrario de lo que ocurría con el mundo clásico. No obstante, sí hay algunos temas clave en este sentido, como las disquisiciones en torno a la localización de Numancia —inseparables de su mitificación historiográfica y literaria—, el desciframiento de la escritura ibérica —muy relacionado con las teorías sobre la colonización primitiva— o la falsificación de epígrafes sobre la conquista romana —muy ilustrativa de las inquietudes humanistas sobre el papel de la Antigüedad—.

Por otro lado, es constatable un particular desequilibrio endémico en la profundidad y precisión teórica y metodológica en los resultados de estas líneas de investigación. Ciertamente, el nacimiento de la historiografía crítica sobre la Antigüedad y la arqueología en España estuvo impulsado por un posicionamiento renovador y autorreflexivo⁷⁸. Además, si bien no son mayoritarias, existen algunas propuestas importantes de reflexión puramente teórica⁷⁹. No obstante, es patente que este campo también ha atraído de manera especial una inercia más lúdica y superficial, con trabajos que derivan en anecdotarios más o menos eruditos pero de escaso calado analítico, concebidos como un pasatiempo marginal respecto de otra línea de investigación principal. Al fin y al cabo, la coexistencia de ambos tipos de aproximaciones en encuentros y publicaciones desvirtúa el sentido de este campo y lastra sus posibilidades de desarrollo y consolidación conceptual.

⁷⁷ Díaz-Andreu García 1997, 12.

⁷⁸ Bravo Castañeda 1985; Arce Martínez y Plácido Suárez 1988; Olmos Romera 1997.

⁷⁹ Como ejemplo de desarrollo teórico desde la historiografía de la Antigüedad es fundamental la figura de José Carlos Bermejo Barrera (1987a; 1989; 1991; 1994; 2004; 2005; 2018; Bermejo Barrera y Piedras Monroy 1999), así como los encuentros de Historia a Debate, en la Universidad de Santiago de Compostela.

En relación con esto, aunque trascendiendo ya el caso concreto de España, se ha advertido que en estas líneas de investigación se mantiene, en general, una cierta tendencia al positivismo, la homogeneización y el evolucionismo tradicionales⁸⁰. Así, se ha sometido a crítica la propia dicotomía externalismo-internalismo, por establecer una frontera básicamente artificial entre la esfera social y la producción científica, cuando en realidad deberían entenderse como dos aspectos consustanciales e inseparables⁸¹. Por un lado, el planteamiento externalista es esencial para extraer significaciones ideológicas a partir de los factores políticos, religiosos, vitales y profesionales de cada período, corriente o autor analizados. Por otro lado, la perspectiva internalista es fundamental para comprender en profundidad los esquemas intelectuales, el marco teórico y las herramientas metodológicas de cada momento, sin los cuales la comprensión de los textos solo puede ser superficial. Ahora bien, ninguna de estas dos dimensiones puede explicarse plenamente si se aísla de la otra, de manera que el análisis logra toda su potencialidad si se armonizan ambas o, mejor aún, se diluye dicha distinción desde una perspectiva más poliédrica y flexible. El análisis del contexto es uno de los grandes logros del criticismo historiográfico, pero su profundidad se potencia si se considera la interrelación de esos condicionantes —mal llamados *externos*— y su plasmación concreta en el material historiográfico producido a través de sus enfoques y conceptos. El hecho de que un rasgo determinado de las sociedades prerromanas se defina con uno u otro término, se generalice o concrete étnicamente u ocupe más o menos espacio, así como la manera en que se aborden las fuentes, son asuntos principalmente académicos, pero que conllevan dimensiones culturales, identitarias y políticas fundamentales.

Asimismo, se ha planteado la tendencia a caer en proyecciones excesivamente presentistas y objetivistas en el estudio de la historiografía. En el plano académico, esto supone convertir estos estudios en una constante comparativa evolucionista entre los *atrasos* del pasado y los *avances* actuales; de esta forma, lo que debería ser un análisis de la producción del conocimiento en *su* contexto, se convierte en una arbitraria evaluación científica y un mecanismo de autolegitimación del paradigma metodológico presente. En el sentido ideológico, el estudio pretendidamente objetivo puede resultar con facilidad en un mero juicio de valor político, inercia en la que concurre la focalización habitual en el nacionalismo y el colonialismo, sobre todo en sus versiones más extremas. En relación con esto, se ha apuntado el empleo generalizado y automático de expresiones como *apropiación* o *uso y abuso*; sin la pertinente reflexión epistemológica, esos términos no enriquecen el análisis, solo transmiten una valoración peyorativa, encubriendo bajo la pátina de la objetividad la animadversión del autor ante ideologías que considera

⁸⁰ En general, *vide* Moro Abadía 2007; 2010; 2012; aunque centrado en la historia de la arqueología, sus planteamientos son plenamente extrapolables en general.

⁸¹ Moro Abadía 2010.

ilegítimas o desfasadas⁸². Ese sesgo además suele conllevar una tendencia a simplificar procesos de recepción del pasado que son enormemente complejos, presentándolos como simples tergiversaciones maquiavélicas cuando, por lo general, comportan múltiples factores, matices y lecturas posibles⁸³. En definitiva, a menudo los investigadores en este campo acaban transmitiendo la idea, más o menos inconsciente, de que el discurso historiográfico o arqueológico propio, el de su presente y su realidad geopolítica, es aséptico y preciso, frente a las formas obsoletas del pasado, lo que, básicamente, supone descartar para uno mismo el principio deconstructivo que se aplica sobre el resto⁸⁴. Con esto no defiendiendo la objetividad en el análisis historiográfico —pues no creo que esta sea posible— sino que el posicionamiento ideológico de quien analiza no esté oculto bajo una pretensión científicista, sino que sea consciente, explícito y coherente.

En definitiva, estoy perfilando una historiografía crítica que contemple la multiplicidad de enfoques y perspectivas sobre la interpretación y narrativización académica del pasado, que aproveche de una manera operativa y práctica el deconstructivismo sin renunciar a la interpretación y el manejo riguroso de las fuentes⁸⁵. Igualmente, en cierta medida, creo que este tipo de aproximación también podría describirse en términos de estudio de la recepción de la Antigüedad; aplicado este concepto fundamentalmente a la literatura o a la estética en un sentido amplio, raramente es invocado en referencia al análisis historiográfico⁸⁶, pero me parece perfectamente ajustado. Ciertamente, hay grandes corrientes intelectuales y tendencias ideológicas, elementos comunes y transformaciones cruciales; sin embargo, esos procesos no son homogéneos ni simples, sino que están llenos de matices, contradicciones, ambigüedades y discrepancias, en las que conviven ideológicamente mensajes hegemónicos y alternativos, marcando divergencias entre etapas y autores, pero que también dentro de una misma obra analizada. En ese sentido, el problema no debería ser abordado en un sentido positivista, objetivista y evolucionista, esto es, entendiendo la historia de la disciplina como una sucesión simple, lineal y progresiva de paradigmas que culminan en el estado actual por estar ahora más cerca de la verdad; de hecho, si realmente se renuncia a la posibilidad de la objetividad, no tiene sentido una crítica historiográfica empeñada en calibrar el grado de subjetivismo o carga ideológica. Por contra, me parece más interesante y fructífero estudiar los movimientos intelectuales en su historicidad, como

⁸² Fleming 2006. La dialéctica uso-abuso fue popularizada por Finley 1977 [1975] en este campo.

⁸³ Meskell 2002, 287-288.

⁸⁴ Hamilakis 1996, 977-978; Díaz-Andreu García 2007, 10-11; Moro Abadía 2012, 183-185; Aguilera Durán y Viaña Gutiérrez 2016, 46-47.

⁸⁵ Domanska 2007; Telman 2007.

⁸⁶ Pueden encontrarse buenas reflexiones sobre su aplicación interdisciplinar en Molino García 2006; 2009; Guerrero Mills 2013.

un fenómeno cultural complejo, orgánico, interconectado con el resto de las esferas culturales de formas múltiples y multidireccionales.

1.4. La identidad nacional antes del nacionalismo

Esos tres pilares sintetizan de alguna manera las guías metodológicas fundamentales en torno a las que se encuadra este trabajo, pero cabe hacer un último apunte acerca de un aspecto concreto de sus implicaciones temáticas. Este trabajo atañe muy directamente al problema de la identidad, cuyas transformaciones y plasmaciones concretas reaparecerán a menudo a lo largo del análisis de las distintas fuentes. No voy a entrar aquí en cuestiones teóricas generales acerca de la definición antropológica de la identidad social, la alteridad o la etnicidad, lo que sobrepasaría ampliamente a este trabajo; baste asentar como punto de partida la idea de que las identidades, en su sentido más amplio, se entienden aquí como constructos culturales multifacéticos y fluidos, definidos por las circunstancias históricas y las agendas políticas mediante mecanismos múltiples, tanto deliberados como inconscientes, internos y externos a la colectividad⁸⁷.

Sí creo conveniente, no obstante, determe un poco más en la definición de la identidad nacional en su relación con este trabajo, pues la cuestión genera ciertos problemas específicos iniciales. Como ya he adelantado, uno de los enfoques más importantes de las líneas antes descritas, especialmente la que atañe a la historiografía y la historia de la arqueología, ha sido la inquietud por deconstruir los fundamentos culturales del nacionalismo. En efecto, el análisis de los condicionantes ideológicos en la percepción del pasado y el proceso de profesionalización de las disciplinas relacionadas ha pivotado frecuentemente en torno a la explicación del surgimiento, causalidad y fundamentos del fenómeno nacional. Este estudio, por su planteamiento y objetivos, queda indefectiblemente implicado en esa cuestión en lo que concierne al discurso histórico en la conformación de la identidad española, por lo que parece razonable hacer una breve reflexión acerca de su posicionamiento en la problemática teórica y conceptual que conlleva.

De una manera particularmente dramática, la Segunda Guerra Mundial propició, entre otras muchas incertidumbres, el desarrollo de una profunda reflexión acerca de las

⁸⁷ Sin ánimo de sistematicidad, de entre los numerosos estudios teóricos al respecto puede citarse a Jenkins 2014 [1996]; Jones 1997; 2000; Hernando 2002; Fernández Götz 2008; Ramírez Goicoechea 2011, *e. g.*; se hace una aplicación concreta de interés a la Hispania prerromana en Cruz Andreotti y Mora Serrano 2004; sobre la relación entre identidades antiguas y modernas hicimos algunas reflexiones generales en Aguilera Durán y Viaña Gutiérrez 2016.

identidades nacionales que en aquel momento habían llegado a su paroxismo. En ese contexto de crisis comenzó a analizarse el nacionalismo como fenómeno cultural e histórico, desnaturalizándolo, cuestionando su carácter inherente y ancestral para empezar a entenderlo como algo coyuntural y construido. Entre las décadas de los 40 y los 80 se asentó el canon fundamental de esa aproximación crítica desde diferentes perspectivas, pero de manera particular desde la sociología y las ciencias políticas⁸⁸. Se coincidió en asumir que el concepto de nación debía ser visto como un artefacto cultural, una ficción identitaria insostenible desde el punto de vista racional. Básicamente, ese constructo podía definirse como la asunción comunitaria de una serie de lazos (raza, costumbres, lengua, espiritualidad, etc.) que se presuponen intactos desde tiempos inmemoriales y que definen al grupo de una manera intrínseca y natural, otorgándole el derecho a gobernarse de forma autónoma y colectiva en aquel territorio en el que estaba enraizado ancestralmente (soberanía nacional). Convenientemente inculcada y asimilada masivamente, esa identidad fuertemente delimitada y excluyente habría servido a la causa de determinados intereses políticos, ya fuese para la perpetuación del Estado, su transformación radical (revoluciones liberales) o las guerras por la hegemonía, consolidando sistemas cuyos elementos constitutivos pasaban a estar fundamentados en ese vínculo esencial (estado-nación).

Estoy simplificando la cuestión, son muchos los factores y matices, pero ahora me interesa destacar uno de sus aspectos en concreto. La gran mayoría de los autores que durante décadas han ido perfeccionando esa deconstrucción del nacionalismo han coincidido en un punto esencial: la modernidad del fenómeno, la idea de que su surgimiento estaba ligado a una serie transformaciones sociales, económicas y políticas muy concretas y recientes, subrayando así su carácter artificial. Se consolidaba de esa forma la idea de que el nacionalismo era un movimiento exclusiva y característicamente contemporáneo, cuyas raíces no se extendían más allá de mediados del siglo XVIII. Desde enfoques distintos, se identificó con cierta nitidez el entramado de circunstancias que habrían hecho posible su nacimiento: la laicización, el liberalismo, la industrialización y la urbanización contribuyeron en un momento determinado a desarticular las cosmovisiones, relaciones e identidades tradicionales del Antiguo Régimen; en este caldo de cultivo, los sentimientos nacionales, convenientemente conducidos, transmitidos y asimilados, habrían cumplido la función de dar una solución convincente a ese vacío canalizando la transformación hacia los nuevos sistemas políticos.

⁸⁸ Los referentes clásicos más importantes fueron Kedourie 2015 (1961); Anderson 1993 (1983); Gellner 2008 (1983); Hobsbawm 2013 (1990); Hobsbawm y Ranger 1992, entre otros. Puede encontrarse una útil síntesis historiográfica en Álvarez Junco 2017, 1-52.

Consecuentemente, esa corriente crítica en el análisis de las naciones, consolidada ya como hegemónica, ha sido definida como *modernista*⁸⁹, recalcando su apuesta por la historicidad reciente del fenómeno frente al *esencialismo*, *primordialismo* o *naturalismo*, que defiende la realidad intrínseca y primigenia de las naciones. En relación con esto, se ha extendido el uso de términos como *invención*⁹⁰, a menudo de manera simplificadora y abusiva: si bien han servido para interiorizar la artificialidad del concepto, también conllevan que el proceso sea considerado como algo excesivamente premeditado y puntual, lo que limita las posibilidades de matizar su explicación y, sobre todo, de retrotraerlo cronológicamente⁹¹.

En efecto, esa cesura contemporánea generalmente asumida no está exenta de problemas. El debate nace cuando se propone estudiar la cuestión más allá de las revoluciones liberales y se exploran fenómenos previos que podrían encajar en la definición de identidad nacional. En ese punto, la perspectiva modernista establece una frontera clara al ligar inseparablemente el concepto de nación al de soberanía nacional, esto es, al hecho de que la comunidad imaginada se considere a sí misma la legítima detentadora del poder de manera colectiva y autónoma sobre el territorio que supuestamente le corresponde. En efecto, si se establece esa condición como necesaria, los términos de nación, nacional y nacionalismo solo son aplicables en un contexto ideológico liberal y, por lo tanto, propio de las realidades políticas derivadas de las revoluciones estadounidense y francesa, o bien, en el caso español, de la Guerra de Independencia y las Cortes de Cádiz de 1812⁹². Desde esta premisa, el nacionalismo propiamente dicho definiría un concepto contemporáneo muy específico, característico de los siglos XIX y XX, mientras que cualquier otro fenómeno anterior, por muy similar o vinculado a aquel que esté, debería ser definido en términos diferentes. Cuando esa realidad identitaria previa se reduce a la categoría de mero antecedente suele hablarse de *prenacionalismo* o *protonacionalismo*, predeterminando así su destino de culminar mediante el liberalismo; por otro lado, es frecuente el uso de *patria* y *patriotismo* o bien, para lograr más precisión, locuciones como *patriotismo étnico*, comprendiendo así dimensiones culturales más profundas⁹³.

⁸⁹ Se conoce así generalizadamente, aunque deriva de la terminología de la periodización anglosajona (*Modern Era*) y su traducción precisa al castellano sería *contemporaneísta*.

⁹⁰ El concepto de *invención* se consolidó con Kedourie 2015 (1961) y popularizó definitivamente con Hobsbawm y Ranger 1992.

⁹¹ Ballester Rodríguez 2010, 35; Álvarez Junco 2017, 18.

⁹² Para el caso español, Riquer i Permanyer 2000, por ejemplo, ha sido especialmente tajante en ese sentido; también Álvarez Junco 2001; 2017, aunque algo más flexible.

⁹³ Este último es la propuesta de Álvarez Junco 2017, 19.

Ahora bien, cabe preguntarse seriamente si esa condición política, establecida como dogma, debe asumirse de una forma tan rígida e insalvable⁹⁴. Para empezar, hay que tener en cuenta que conlleva vetar el uso de los conceptos de nación y sus derivados para analizar discursos que reivindicaban precisamente esos mismos términos de manera explícita. La diferenciación entre patriotismo y nacionalismo no se ajusta a la realidad de las fuentes históricas: en el caso hispánico, como en otros, las nociones de patria y nación se han utilizado intensamente a lo largo del tiempo, a menudo solapadas y con una particular densidad simbólica, sociopolítica y etnocultural⁹⁵. Ciertamente, el sentido de esas palabras ha sido diverso y debe ser delimitado en cada contexto, pero el simple descarte de algunas de ellas supone una incongruencia fundamental respecto de las propias fuentes. O bien, dicho de otra manera, negar la consideración de nacional a un discurso que se definía a sí mismo como nacional bien puede ser visto como una desvirtuación puramente teoricista de un fenómeno cultural cuyo funcionamiento era en realidad mucho más flexible.

Por otro lado, dejando a un lado la terminología, lo cierto es que, si se transgrede la rigidez de ese límite modernista, puede analizarse la dimensión política del fenómeno nacional sin necesidad de restringirlo al concepto de soberanía nacional. En realidad, arrebatar la condición de nacional a sistemas ideológicos con estos componentes focalizando excesivamente en la soberanía nacional conlleva excluir cualquier discurso ligado a regímenes monárquicos, teocráticos y totalitarios, por supuesto medievales y modernos, pero también contemporáneos, si se aplica en su sentido más estricto⁹⁶. Por contra, debe tenerse en cuenta que ciertos discursos identitarios ajenos al liberalismo también han contenido conceptos de solidaridad política como elemento esencial. Esto incluye ideas muy ligadas a la fórmula clásica del nacionalismo, tales como la conciencia colectiva de compartir el destino de un sistema político propio, unitario y autónomo respecto de otras naciones, así como la reivindicación y el deseo de expandir el ejercicio de ese gobierno sobre los límites precisos de un territorio al que la comunidad imaginada estaba adscrita por lazos histórico-culturales. En realidad, esa distinción modernista radical y todos los debates en torno a ella han quedado subsumidos bajo una consideración puramente terminológica que depende básicamente de la aplicación dogmática de un criterio teórico puramente politológico.

Efectivamente, la aproximación modernista al fenómeno nacional resulta muy sólida desde el punto de vista teórico, pero resiste mal el análisis historiográfico⁹⁷. Al

⁹⁴ Ballester Rodríguez 2010, 22-35.

⁹⁵ En lo que concierne a la Edad Media, *vide* Maravall 2013 (1954); Ladero Quesada 2005; sobre los siglos XVI y XVII: Gil Pujol 2004; Kagan 2007; y acerca del siglo XVIII: Donézar Díez de Ulzurrun 2004.

⁹⁶ Ballester Rodríguez 2010, 22-31. Una potencial exclusión especialmente llamativa sería el Imperio japonés de la Restauración Meiji que llegó hasta la Segunda Guerra Mundial.

⁹⁷ Ballester Rodríguez 2018, 57-59.

tiempo que se deconstruía el nacionalismo contemporáneo, aparecieron estudios que encontraron una muy variada casuística de fenómenos previos que eran susceptibles de ser analizados en términos de identidad nacional⁹⁸. En síntesis, comulgando con la idea de la artificialidad de la nación como constructo cultural, las llamadas tesis *premodernistas*⁹⁹ han defendido que el concepto de identidad nacional no tiene por qué ser exclusivo de la Contemporaneidad. Por el contrario, podría servir para definir otros tipos de sentimientos de pertenencia que comporten factores étnicos, territoriales, históricos, lingüísticos y políticos, pudiendo argumentarse también la efectiva concurrencia de transformaciones coyunturales que efectivamente conllevaron fuertes virajes en los discursos identitarios. En esta línea, se han manejado conceptos clave como el de *etnosimbolismo* para subrayar la existencia de ciertos elementos culturales (míticos, históricos, icónicos, etc.) fundamentales en la perpetuación de identidades colectivas a lo largo del tiempo mediante una constante adaptación¹⁰⁰. Todo ello no supone negar la especificidad y trascendencia del nacionalismo contemporáneo, sino abrir el espectro para considerar estas nociones como el resultado de procesos de larga duración, sometidas a constantes mutaciones, readaptaciones y momentos de intensificación, evitando así las delimitaciones demasiado teóricas que coarten las posibilidades de análisis.

Todas estas consideraciones son plenamente aplicables al caso español¹⁰¹. No es mi objetivo formular ninguna solución global sobre este debate, ni hacer una propuesta premodernista cerrada sobre el problema; no obstante, me parecen estimulantes y enriquecedoras aquellas aproximaciones que han incidido en el análisis de la identidad nacional española en los periodos que comprende este estudio. En esta línea, en lo que se refiere a la Edad Media, hace tiempo que se ha señalado el funcionamiento particularmente intenso de la ecuación territorio, pueblo y gobierno en la concepción de Hispania como espacio identitario. Entre otros condicionantes, ese vínculo estuvo particularmente favorecido por la noción de la *restauratio* del reino visigodo como referente simbólico en la conformación del discurso hegemónico de la Corona astur-

⁹⁸ Pueden encontrarse útiles repastos historiográficos en Smith 1998; Ballester Rodríguez 2010, 19-79; 2018; Álvarez Junco 2017, 17-22. Algunos ejemplos significativos en general son Seton-Watson 1982; Ballester Rodríguez 2010; Jensen 2016 (en lo que respecta a las monarquías modernas); Llobera 1996; Guibernau 1996; Geary 2002 (sobre la Edad Media) y Armstrong 1982; Hastings 2000 [1997]; Smith 1999; 2001; 2004; 2009 (con planteamientos más amplios que incursionan en la Antigüedad).

⁹⁹ En ocasiones este término se intercambia y se mezcla con el de *perennialista* y *neoperennialista* (Ballester Rodríguez 2010, por ejemplo, utiliza este último con frecuencia). No obstante, lo evito por considerar que puede resultar confuso, al situarse de forma ambigua entre el premodernismo (defender que hubo identidades nacionales antes del siglo XVIII) y el esencialismo (defender que las identidades nacionales tienen una base real).

¹⁰⁰ Este término ha sido acuñado y aplicado sistemáticamente por Smith 1999; 2001; 2004; 2009.

¹⁰¹ Desde un planteamiento teórico, *vide* Ballester Rodríguez 2010, 19-79; 2018; Morales Moya 2011a.

leonesa-castellana, a lo que habría que añadir factores clave como la eclosión urbana bajomedieval o el poder de cohesión defensiva respecto al Islam (§ 3.3)¹⁰².

Por otro lado, durante la Edad Moderna, la casuística de fenómenos que pueden ser analizados en términos de identidad nacional se vuelve mucho más amplia y nítida. En concreto, suele admitirse generalizadamente que a principios de la Edad Moderna se dieron ciertas circunstancias que fueron clave en la conformación de las identidades nacionales en Europa, tales como el uso de la imprenta para la difusión masiva de ideas, la consolidación de la economía de mercado, la formación de las estructuras estatales modernas o la Reforma religiosa como generadora de una fragmentación particularista en Europa. Específicamente, se han identificado en el caso español ciertos factores fundamentales en ese sentido que culminaron a mediados del siglo XVI: el desafío intelectual propiciado por el descubrimiento de América, la fuerza centrípeta de unión de las coronas, la asunción del contrarreformismo como emblema espiritual o la uniformización etnorreligiosa respecto del elemento judío y musulmán, actuaron como estímulos decisivos para la autodefinición de lo español en ese periodo (§ 4)¹⁰³.

Sin duda el cambio dinástico y el proceso de implantación del proyecto borbónico representó una nueva etapa de intensificación en el discurso identitario español en el siglo XVIII. Se trataba en aquel momento de dar explicación y solución a las divisiones patentes en la Guerra de Sucesión, gestionar las fricciones entre los Decretos de Nueva Planta y los particularismos heredados e intentar conciliar las contradicciones entre tradicionalismo y renovación que representaba el ideario de la Ilustración en la segunda mitad de la centuria; todo ello repercutió en un reforzamiento del discurso patriótico, perfeccionado además mediante un armazón intelectual racionalista y potenciado mediante el desarrollo de nuevas políticas culturales estatales (§ 5)¹⁰⁴.

Me parece perfectamente legítimo, operativo y fiel a las fuentes tratar sobre esas cuestiones utilizando términos como *identidad nacional*, para definir al constructo cultural definidor de esos lazos colectivos y delimitados, y *discurso nacionalista*, para referirme a la proyección social de mensajes pensados para definir, celebrar e inducir esa identidad en competencia excluyente con otras; todo ello sin perjuicio del uso de otros conceptos más ajustados cuando sea conveniente. Ciertamente, buena parte de la controversia que suscita el hecho de retrotraer esta terminología deriva de un prejuicio ideológico, pues se asocia a menudo con posicionamientos conservadores y legitimadores

¹⁰² Sigue siendo fundamental en ese sentido la obra de Maravall 2013 (1954) que, rechazando el uso del término *nacional*, profundizó en las complejas ramificaciones políticas y culturales en la visión medieval de lo hispano y los hispanos; *vide* como repaso reciente a esas cuestiones Orellana Calderón 2013.

¹⁰³ Fernández Albaladejo 2002; 2007; 2011; Kamen 2008; Ballester Rodríguez 2009; 2010; Morales Moya 2011a; 2011b; Feros 2017, *e. g.*

¹⁰⁴ Mestre Sanchís 1990; 2002; 2003; García Cárcel y Alabrus Iglesias 2001; Fernández Albaladejo 2001; 2007; Herzog 2006 [2003]; Weber 2007 [2005], *e. g.*

del nacionalismo, en contra de la tendencia, normalmente progresista, que ha preferido considerarlos como conceptos recientes¹⁰⁵. Aunque en algunos casos esa asociación esté justificada¹⁰⁶, la postura generalizadora es demasiado limitante; tal y como yo comparto la propuesta premodernista, asumo el carácter histórico y artificial de la identidad nacional, pero con la inquietud de rastrear de una manera más flexible sus fundamentos culturales.

En cualquier caso, no creo que sea tan importante la cuestión terminológica como la visión de fondo. En efecto, parece que esa antítesis entre modernistas y premodernistas es básicamente superflua¹⁰⁷, centrada en una discusión semántica que aporta poco al análisis. Realmente no hay una incompatibilidad irresoluble entre ambas perspectivas, pues lo que pretende el enfoque premodernista es explorar las transformaciones de ese tipo de fenómeno identitario en un arco cronológico más amplio, entendiéndolo como un proceso complejo de larga duración con múltiples momentos de intensificación, en vez de solo uno. Ciertamente, esta aproximación al problema es menos sólida desde el punto de vista teórico, pues difícilmente puede aportar un modelo que sustituya a la bien trabada explicación modernista que apunta a la industrialización y el liberalismo como factores coincidentes en un punto de inflexión perfectamente identificado¹⁰⁸. Ahora bien, ¿es realmente necesario buscar un esquema tan bien delimitado? Si se entienden las identidades como algo fluido, me parece más interesante analizar la cuestión como algo más vivo, abierto y flexible, en vez de intentar aislar un momento de *invención* y una causalidad cerrada. Ciertamente, esta reflexión general acerca de cómo tratar con la identidad española no me aporta un modelo teórico definido en que sostener el ensayo, pero me resulta la perspectiva más estimulante para explorar su problemática.

1.5. Buscar las conexiones

Hasta el momento he planteado cuatro líneas fundamentales, relativamente generales e inconexas; cabe concretar algunos puntos de unión que pueden ofrecer. Para empezar, cabe preguntarse cuál es el tipo de fuentes más adecuado para esos objetivos. Como ya he comentado, este trabajo no se presenta como una relación entre erudición

¹⁰⁵ Ballester Rodríguez 2018, 52-53. Por ejemplo, Álvarez Junco (2017, 21) ha considerado en general que las aproximaciones premodernistas son tendentes al primordialismo y sospechosas de nacionalistas.

¹⁰⁶ Es el caso de Azar Gat (2012), cuyo simplificador análisis sobre el origen de las identidades pretende justificar la consistencia sociobiológica de los vínculos nacionales; *vide* Hutchinson et al. 2015.

¹⁰⁷ Maíz 1996; se ha hecho una reflexión interesante sobre la compatibilidad del estudio del nacionalismo y la perspectiva de la *longue durée* en Malešević 2018.

¹⁰⁸ Ballester Rodríguez 2018, 57-59.

antigua y moderna, sino que pretende comprender de una forma más flexible la representación cultural diversa de esos temas. Es aquí donde el enfoque de la teoría de la recepción y las premisas generales de la nueva historia cultural adquieren todo su sentido, pues aportan una perspectiva integradora resultante de la desjerarquización de las fuentes y el desdibujamiento de los límites entre géneros. Parece evidente que el historiador nunca está aislado del mundo en el que trabaja; aunque habitualmente esa coyuntura condicionante suele restringirse al plano de lo ideológico, lo cierto es que el trabajo académico también está inmerso en una realidad estética y cultural muy compleja con la que interactúa necesariamente. Y viceversa, las recreaciones creativas de una determinada realidad histórica pueden ser fenómenos fundamentalmente literarios o artísticos, pero, además de estar imbuido de las mismas coyunturas institucionales e ideológicas, bebe necesariamente del conocimiento generado por la academia en su calidad de fuente de autoridad sobre el tema. Se crea lo que se promueve o se permite, lo que se demanda y espera, lo que se reivindica y simboliza, lo que se conoce y divulga. Artista, literato e historiador pertenecen a un mismo universo intelectual y sus obras son diferentes proyecciones de la consciencia sobre el pasado en un determinado contexto.

Todo esto es aplicable tanto a las fuentes antiguas como a las modernas. Ciertamente, la ruptura de la frontera entre lo literario y lo académico parece más ampliamente asumido en lo concerniente a los textos clásicos, quizá en parte por resultar más obvio lo impropio de aplicar sobre ellos los criterios del cientificismo historiográfico moderno. En todo caso, desde esta perspectiva, queda claro que la etnografía, historiografía, retórica, literatura e iconografía grecolatinas pierden, en cierta medida, la categoría de *fuentes* en el sentido positivista de documentos objetivos, para pasar a ser comprendidas como artefactos culturales inseparables de su historicidad y contexto. Además, esto es especialmente importante considerando que ocupan un lapso cronológico amplísimo (siglo II a. e. c.-V e. c.), por lo que de ninguna manera pueden ser consideradas como un corpus cultural e ideológicamente homogéneo. Es cierto que el material antiguo representa un rol preeminente en este estudio, pero no por concebirse como testimonios originales y verdaderos sobre la realidad histórica de Iberia, sino por el carácter referencial e insustituible que han tenido a lo largo del tiempo cuando se ha vuelto la mirada sobre esas culturas.

Por supuesto, la relación entre las visiones antiguas, medievales y modernas tampoco puede ser vista como un conjunto de diálogos sencillos y directos entre autores de diferentes épocas. Hay entre estos mundos abismos mentales y culturales que necesariamente definen la manera en que se establecen esos vínculos, pero es que además concurre todo un abanico de intermediarios de diversa naturaleza. Las representaciones que precedieron a un discurso dado, los referentes a los que recurrió, quiso emular, se opuso o pretendió superar, las interpretaciones previas que el autor manejó, la iconografía con la que convivió, la literatura que le inspiró, son factores esenciales en la comprensión

de ese acto de recepción en concreto, conformando lo que podría definirse como un *multílogo* cuyas conexiones son potencialmente infinitas.

Por otro lado, la diversificación de las fuentes ayuda a encarar un problema fundamental: determinar a partir de qué fuentes se construyen y cómo se difunden y asimilan las identidades. Efectivamente, esa ha sido una de las principales preocupaciones de esa línea de estudio sobre el nacionalismo a la que me he referido antes. Parece aceptado que las identidades nacionales son artificiales y responden a intereses determinados, de manera que es razonable pensar que se trata de constructos conscientemente formulados por esa parte interesada, inculcados a través de distintos medios e instrumentalizados para que contribuyan positivamente a respaldar ese proyecto político. Ahora bien, como ya he comentado, interpretar este proceso como una simple manipulación maquiavélica resulta demasiado simplista: los elementos constitutivos de ese constructo no salen de la nada, sino que se basan en un trasfondo cultural previo generalmente asumido por la gente sin el cual no resultarían creíbles ni aceptables; por otro lado, un proceso de este tipo es necesariamente complejo y multidireccional, de manera que está sometido a factores incontrolables y a fenómenos identitarios paralelos y superpuestos que adaptan y redefinen ese impulso nacionalizador según las circunstancias. El reto, por tanto, está en calibrar el papel exacto de ese agente inductor, si es que existe como tal, y comprender el equilibrio y los espacios de interacción y retroalimentación entre el mensaje emitido por las élites y las bases sociales¹⁰⁹.

En este aspecto, la diversificación de las fuentes resulta esencial, en tanto que permite considerar de una manera más panorámica la presencia de los temas analizados a diferentes niveles políticos, sociales e intelectuales, lo que sería básicamente imposible centrándose en un solo tipo. Ciertamente, la cuestión es más compleja en los periodos manejados, ya que su documentación sobre las percepciones populares es escasa y parcial, en el mejor de los casos. En relación con esto, una de las principales trabas que se han puesto a la perspectiva premodernista sobre el nacionalismo ha sido la tesis de que solo en época contemporánea puede identificarse la difusión masiva de los mensajes identitarios gracias a las nuevas comunicaciones propiciadas por la urbanización y la industrialización. Ahora bien, lo cierto es que esa interrelación compleja y multifacética entre la tradición popular y la «gran tradición» erudita puede y debe abordarse también, aunque con dificultades añadidas, para el periodo moderno¹¹⁰. Con ese objetivo, la literatura, analizada desde la historia cultural, constituye una ventana fundamental para aproximarse a los mecanismos de interacción y circularidad entre la cultura popular y la elitista, en tanto que demuestra ser un espacio particularmente permeable en ese

¹⁰⁹ Álvarez Junco 2017, 23-26.

¹¹⁰ En general, *vide* Burke 2014 (2009).

sentido¹¹¹. Así se han encontrado puntos de confluencia interesantes entre mentalidad popular, producción erudita e identidad colectiva, estudiando, por ejemplo, la literatura oral con temática histórica¹¹². Con esa orientación consideraré cuestiones como la posibilidad de que la *Estoria de Espanna* de Alfonso X se concibiese para ser transmitida oralmente como parte de una política cultural cohesionadora en el siglo XIII (§ 3); contemplaré la eclosión de los cancioneros y romanceros, así como del teatro de corral, como fenómenos inseparables de la conformación de una nueva identidad etnohistórica desde el siglo XVI (§ 4); abordaré la diferencia de tono abismal entre las comedias heroicas populares y la refinada literatura neoclásica a finales del siglo XVIII, muestra de las contradicciones inherentes de la Ilustración (§ 5); asimismo, en la tardía plasmación artística de esas tradiciones literarias en el cambio al siglo XIX, trataré de identificar una transformación crucial en las políticas culturales estatales que es clave para entender las dinámicas de proyección social del discurso histórico (§ 5).

Ahora bien, esta concepción orgánica de las representaciones culturales conlleva su propia problemática añadida, en tanto que obliga a gestionar un conjunto dispar y heterogéneo de materiales; además, para que este catálogo resulte coherente y no meramente aglutinante, la elección y el espacio otorgado a cada elemento debe estar regido por ciertos criterios debidamente argumentados. Estas reflexiones son además especialmente pertinentes en este caso, teniendo en cuenta que, dado el espectro cronológico y disciplinar que se abarca, cualquier pretensión totalizadora es simplemente inviable. En lo que se refiere a las fuentes grecolatinas, el repertorio está más o menos preestablecido, básicamente, porque su número es muy limitado, pero en lo concerniente a las fuentes posteriores, la cuestión se complica. Desde luego, hay algunas obras cuyo análisis sistemático parece obligado por su fortuna como trabajo referencial; es el caso de la *Historia* de Juan de Mariana, reeditada, leída y mencionada como fuente de autoridad durante doscientos años. No obstante, esta idea debe ser matizada considerando la originalidad, innovación y representatividad del documento. En tanto que los procesos analizados se entienden como algo polifacético, el catálogo debe enriquecerse con fuentes que sean relevantes como indicadoras de un enfoque significativo del momento, por su originalidad o innovación, aunque su proyección nunca llegase a ser hegemónica. Analizo la *Historia de la milicia española* de Joaquín Marín y Mendoza, una obra humilde en comparación con los grandes proyectos historiográficos que trato; no obstante, me interesa porque es un perfecto ejemplo de la visión típicamente ilustrada acerca de los

¹¹¹ A partir de propuestas teóricas como las de Mijail Bajtín (Mantecón Movellán 2008); sobre el planteamiento de la historia cultural a la literatura española en general, *vide* Botrel 2004.

¹¹² Hastings 2000 (1997), por ejemplo, marcó una pauta interesante a propósito del papel de la oralidad en la conformación de lazos de pertenencia a lo largo del medioevo; *vide* Álvarez Junco 2017, 20.

pormenores de la guerra antigua, un aspecto que era relativamente marginal en las historias literarias del periodo.

Volviendo sobre la cuestión identitaria, en lo que concierne al material medieval y moderno resulta obligado establecer unos ciertos límites geoculturales. En este aspecto, el estudio se plantea desde una perspectiva hispánica y nacional; el criterio es ciertamente forzado y anacrónico en muchos sentidos y, precisamente por ese motivo, creo que los parámetros aplicados deben ser explícitos y razonados. En primer lugar, esto supone descartar producciones *extranjeras*; con esta simplificación me refiero a que excluyo materiales británicos, franceses, italianos, alemanes, etc. alusivos a la Historia de Hispania. Ciertamente, este es un campo de enorme interés, esencial en lo que se refiere, por ejemplo, al impacto de la imagen estereotipada de lo hispano en la llamada *leyenda negra*, con una enorme influencia reactiva en la propia cultura española¹¹³; sin embargo, tratar esas cuestiones resultaría inabarcable. En todo caso, siendo consciente de que la producción intelectual española es inexplicable sin las interconexiones europeas, caben ciertas excepciones: sin formar parte del núcleo del análisis, considero por ejemplo la obra de los italianos Lucio Marineo Sículo o Annio de Viterbo, por su presencia fundamental en la historiografía española de los siglos XVI y XVII; de la misma manera, aparecen fugazmente ciertos autores franceses, como Louis-Pierre Anquetil, al tratar sobre la manualística del siglo XVIII.

Más arbitrario y problemático resulta el descarte de ciertas fuentes peninsulares, en particular las portuguesas. No solo la frontera política fue voluble o simplemente inexistente a lo largo de los periodos tratados, sino que además la intelectualidad hispanoportuguesa estuvo siempre ligada de una forma particularmente intensa. El caso, además, tiene una connotación especial por resultar fundamental en lo concerniente a la recepción del mundo lusitano y la figura de Viriato, un legado tan *compartido* como *disputado* entre ambas tradiciones¹¹⁴. Ahora bien, el estudio del caso portugués y las conexiones y fricciones con el español, merecería y ocuparía un trabajo análogo a este igual de amplio y complejo. De nuevo, algunos autores portugueses fundamentales son tratados tangencialmente, como el humanista André de Resende, tan ligado a la figura de Ambrosio de Morales.

Por otro lado, ese planteamiento *nacional* conlleva que no voy a tratar sobre identidades infranacionales, esto es, localistas o regionalistas, lo que abriría una casuística y variabilidad potencialmente infinita. En el plano local hay una sola excepción significativa, el caso de Numancia, cuya mitificación española moderna sería difícil de

¹¹³ Hillgarth 2000; además, se trata de una controversia de actualidad recurrente, como la suscitada recientemente con motivo de la publicación del libro de Roca Barea 2016; *vide* Martínez 2017.

¹¹⁴ Chamorro 2003; Pastor Muñoz 2009; Aguilera Durán 2014b, 178-179.

explicar sin la propaganda castellanista como mito específicamente zamorano en la Edad Media. La cuestión es más compleja cuando hablamos de realidades geoculturales más amplias, pues la realidad hispana medieval y moderna fue una realidad intrínsecamente fragmentada y heterogénea, desde el punto de vista político, lingüístico, cultural e identitario. Reconozco que, en el rastreo de esa concepción nacional de lo español, me centro de una manera bastante tradicional en el discurso castellanista, en tanto que pronto se impuso como hegemónico en la articulación de una identidad cohesiva y aglutinadora dentro del mundo hispánico. Ahora bien, sí considero como algo fundamental la variabilidad geocultural en la conformación de esa identidad compartida. Me refiero al hecho de que, desde la Baja Edad Media y de forma generalizada, la producción intelectual periférica al núcleo castellano se concibió también como *española*, compartiendo con Castilla el objetivo de definir históricamente la esencia española, aunque ofreciendo una visión alternativa, con elementos y perspectivas particulares. Esto conlleva asumir que el solapamiento de identidades es una norma incuestionable en la realidad hispánica, lo que no debe plantearse como un foco de contradicciones irresolubles, sino como la constatación de una complejidad multifacética intrínseca. En este sentido utilizo trabajos como los de Juan Fernández de Heredia, como aragonés, Esteban de Garibay, desde Guipúzcoa, Pere Antoni Beuter, con su perspectiva valenciana, o Juan Francisco Masdeu, como catalán exiliado en Italia, aparte de tener en cuenta el punto de vista andaluz de Ambrosio de Morales; son testimonio de la diversidad de inquietudes que confluyeron a lo largo del tiempo en la necesidad de configurar una caracterología esencialista de los españoles en su conjunto, interactuando muy activamente con la visión castellanocéntrica. En ese aspecto, son fundamentales las recepciones mutuas entre estas tradiciones, a menudo resultando en fenómenos de aprovechamiento y complementariedad, pero también de reacción y enfrentamiento; un ejemplo significativo es la reformulación de la identidad prerromana de los cántabros hecha por Enrique Flórez a propósito de las reivindicaciones norteñas.

En definitiva, no pretendo comprender la configuración de la identidad zamorana, vasca, aragonesa o catalana en sí mismas, pero sí contemplo el papel que estas tuvieron en la construcción de la identidad española, en sus interacciones, confluencias y fricciones. Dicha consideración tiene mucho que ver con la idea de la fluidez y complejidad de este tipo de fenómenos a la que antes me refería. Es cierto que existieron discursos hegemónicos y uniformadores, deliberadamente concebidos e inducidos en función de determinadas agendas políticas; sin embargo, estos nunca estuvieron aislados, ni siquiera fueron en sí mismos plenamente coherentes, cerrados o planos, sino que coexistieron con elementos dispares, heterogéneos y a veces contradictorios.

La identidad nacional y su construcción del pasado se entrecruzaron con otras pulsiones identitarias, y una de ellas, absolutamente esencial, fue el discurso imperial y colonial. En esta línea, las propuestas de inspiración postcolonialista contribuyen en dos

direcciones fundamentales. En primer lugar, como se ha mencionado, la perspectiva postcolonial es fundamental a la hora de analizar los textos antiguos como la expresión intelectual de una dinámica de racionalización colonial, así como el reflejo de ciertos fenómenos de competencia política y justificación militar propiamente imperialistas. Las tendencias hermenéuticas derivadas son especialmente útiles, por tanto, para interpretar los prejuicios culturales y los condicionantes ideológicos del discurso etnográfico antiguo sobre Iberia.

Por otro lado, en segundo lugar, ese enfoque también provee de herramientas analíticas fundamentales en lo que concierne al estudio del discurso imperialista moderno y su interrelación con la construcción del imaginario histórico coetáneo. No podré profundizar en el factor colonial americano; la cronística indiana queda fuera del catálogo de fuentes fundamentales, pues lo desbordaría ampliamente, aunque sí trataré de manera puntual casos significativos y ponderaré la manera en que todo ello influyó en la historiografía sobre la Historia de España, pues dicho fenómeno está indudablemente en el trasfondo de muchas ideas. Como en cualquier otra tradición, la autodefinición de la nación española se alimentó intensamente de la definición de aquel que quedaba excluido, de la caracterización del Otro, ya fuese interno (migrantes, judíos, moriscos, etc.) o externo (el nativo colonial)¹¹⁵. En este sentido, resulta clave comprender cómo el imperialismo en América transformó profundamente las nociones fundamentales de civilización y barbarie, así como la manera en que estas se ubicaban en el tiempo histórico. En ese proceso, los modelos intelectuales clásicos funcionaron como una herramienta insustituible para dar explicación a la nueva realidad y, en lo que nos atañe, los rudimentos de la etnografía grecolatina sirvieron como base desde la que reinventar la clasificación de los tipos humanos que acababa de quedar alterada. Esa inercia trajo consigo una paradoja esencial. Por un lado, aquellos estereotipos aplicados sobre los hispanos desde la distancia etnocéntrica grecolatina fueron redescubiertos para racionalizar y legitimar la dominación sobre el bárbaro americano; por otro, el encuentro con esa nueva realidad estimuló decisivamente la búsqueda de estrategias intelectuales con las que autorrepresentar el propio pasado primitivo de los españoles; a nivel discursivo, el antiguo bárbaro hispano se transfiguraba en el nuevo bárbaro americano, al tiempo que el antiguo conquistado se convertía en el nuevo conquistador. Así, la combinación del análisis de ambos constructos imperialistas, el antiguo y el moderno, en sus confluencias recurrentes a partir del siglo XVI, propicia una comprensión de los mecanismos que se activaron entonces para la comprensión del progreso cultural en la Historia.

¹¹⁵ En general, han hecho especial énfasis en esa relación Herzog 2006 [2003]; Weber 2007 [2005]; Cañizares Esguerra 2007; Feros 2017 (*vide*, complementariamente, Portillo Valdés 2018), *e. g.*

En definitiva, se trata de aplicar un enfoque que comprenda el análisis historiográfico y cultural como un todo orgánico, y que se proponga comprender la manera en que la caracterización antigua de los pueblos prerromanos fue reinventada en la configuración de la identidad nacional española en la Edad Media y la Edad Moderna. No hay muchos referentes previos, pues los enfoques tradicionales de las líneas de estudio manejadas se han concentrado en áreas temáticas (clasicismo) o cronológicas (contemporaneísmo) diferentes de las que encara este proyecto. No obstante, sus potencialidades son muchas; solo hace falta encontrar las conexiones.

PARTE 2

CONTEXTOS Y DISCURSOS

EL DEVENIR DEL PASADO PRERROMANO

Capítulo 2

BÁRBAROS CONQUISTADOS

VISIONES GRECOLATINAS

«Ninguno de nosotros ha sido distinguido, desde el
comienzo, como griego ni como bárbaro»

Antifonte, siglo V a. e. c., *Sobre la verdad*, 44, frag. I.B, Col. II
(trad. de Melero Bellido 2013).

Es evidente que en este estudio la literatura grecolatina ocupa un lugar especial, no desde luego como un reducto de verdad histórica que luego sería contaminada por sus interpretaciones modernas, al modo positivista, sino en su calidad de repositorio de información referencial al que los intelectuales de todas las épocas tuvieron que acudir necesariamente, directa o indirectamente. Asimismo, insisto en que el objetivo no es ponderar en ellas el grado de veracidad o utilidad en la reconstrucción histórica de aquellas realidades, pues lo que me ocupa ahora es exclusivamente su dimensión discursiva. En este sentido, las obras que se repasan a continuación son trabajadas como emisoras de una interpretación de la realidad hispana cargada de significación simbólica e ideológica, independientemente de la realidad del contenido. Lo que se intenta discernir, en definitiva, son los patrones culturales e ideológicos —no los formales— según los cuales la información disponible en cada momento se manejó y presentó.

En tanto que la naturaleza, variedad, cronología y método de estudio de estas fuentes es particular respecto del resto, la estructura de este capítulo es ligeramente distinta a los demás; las obras y sus autores son universalmente conocidos y estudiados, con lo que sus temas están ya más trabajados y la bibliografía al respecto es inabarcable. En consecuencia, se intenta con ello únicamente establecer las pautas esenciales, las principales líneas interpretativas y los procesos de fondo que sirvan de marco explicativo esencial. Se divide en siete apartados en los que se combina el criterio cronológico con el discursivo; algunos se solapan en cuanto a su datación, pero en cada uno de ellos resalto un aspecto ideológico o simbólico diferente que me interesa resaltar.

En el primero, se plantean de una forma muy genérica las circunstancias de las primeras fuentes sobre Iberia y las concepciones que las condicionaron. Se trata de un subepígrafe breve y superficial en tanto que su temática afecta solo de manera tangencial al objetivo central de este estudio; se acomete en esa parte la conformación de las primeras menciones míticas o semimíticas sobre el Extremo Occidente, con lo que su contenido queda en los márgenes del estudio de los pueblos prerromanos históricos que son el objeto de estudio aquí. No obstante, es cierto que ciertas ideas globales son interesantes de considerar: la condición de lugar periférico, su calidad de escenario de procesos civilizadores mitológicos o la condición utópica sobre el sur peninsular derivada de los primeros contactos coloniales helenos son elementos de fondo que reaparecen y se interrelacionan con las noticias históricas que después se desarrollen. De esta forma, se hace una sucinta reflexión acerca de las concepciones culturales que dejan traslucir fuentes como Hesíodo o Heródoto para reinventarse después en la etnografía helenística.

Ya que este estudio se focaliza en la imagen de los pueblos prerromanos históricos, esto es, aquellos de los que se ha transmitido una información historiográfica y

etnográfica mínimamente consistente, ese tipo de construcciones míticas relativas a los primeros tiempos se tratarán solo tangencialmente, remitiéndose, en todo caso, a la amplia bibliografía específica. Sin embargo, algunas ideas genéricas derivadas de esos materiales más antiguos resultan importantes para entender ciertas concepciones de fondo que reaparecerían de una manera más o menos difusa en las producciones más concretas y sólidas de los siglos siguientes; merecen por ello al menos ciertas reflexiones globales y un sucinto repaso a la bibliografía más importante al respecto.

La segunda parte se ocupa del momento en que Iberia entra de una forma plena en el foco grecolatino con motivo del desarrollo de la Guerra de Aníbal o Segunda Guerra Púnica, la Guerra Celtibérica y la Guerra Lusitana, entre finales del siglo III y mediados del II a. e. c. Desde el punto de vista intelectual, ubicar a la Península de una forma más concreta en el mapa de nueva ecúmene marcada por el imperialismo romano supuso encuadrar a sus habitantes dentro de una serie de categorías culturales propias de los modelos helenísticos, y que en último término bebía de los juegos de inversión y degradación del binomio griego-bárbaro del periodo clásico. Es el momento en que autores como Polibio, especialmente, empezaron a construir una imagen estereotipada de lo hispano para encajarlo en su relato historiográfico. Concretamente, en esa clasificación tuvo mucho que ver la aplicación del etnotipo del bárbaro céltico, caracterizado por la *ferocitas*, con lo que Hispania quedaba integrada en el *barbaricum* noroccidental.

Si Hispania *entró en la Historia* con la Guerra de Aníbal, entre ese acontecimiento y la *Pax Augusta*, en el cambio de era, se desarrolló toda una tradición historiográfica sobre los asuntos hispanos que definieron el grueso de las informaciones que pasen a la posteridad. En el tercer apartado, considerando a Livio, Floro y Apiano desde el referente polibiano, se reflexiona acerca de los grandes condicionantes que definieron ese corpus de episodios históricos. En este sentido, se analiza la manera en que el catálogo de tópicos etnográficos más o menos preestablecidos fue aplicado de manera concreta y específica a los episodios fácticos concretos de lo ocurrido en la Península, no solo en las guerras de conquista, sino también en los conflictos civiles. Elementos como la propaganda personalista y la competencia entre facciones (como la de los Escipiones), la exaltación de la victoria militar y la justificación de su problemática, incidieron de manera decisiva, por oposición y retórica, en la forma en que lo hispano apareció representado en las fuentes, como antagonista, resistente, derrotado o aliado, como agente secundario, en todo caso, de los asuntos de Roma.

El punto cuarto incide en ciertos contrapuntos que también definieron esas imágenes estereotipadas, pero este caso desde aproximaciones basadas en la autocrítica y la reflexión filosófica. En este aspecto, focalizo en la obra de Posidonio de Apamea, de finales del siglo II a. e. c. y su influencia, especialmente palmaria en Diodoro de Sicilia, como un foco desde el que se introdujo una cierta problematización de la barbarie hispana. Desde esquemas filosóficos cínico-estoicos, se introdujeron cuestionamientos de las

motivaciones y prácticas del expansionismo romano, lo que repercutió en la condescendencia, valoración e incluso idealización primitivista de la causa de la resistencia hispana a la dominación y sus formas de vida austeras e incorruptas. Junto con esa tradición filosófica, se consideran ciertos contrapuntos de tipo historiográfico y temática político-militar que también redundaron en esas imágenes positivas de lo hispanos: las reflexiones éticas sobre ciertas prácticas diplomáticas o la demonización de ciertos representantes de Roma hicieron que también en la tradición polibiana, liviana y apianeana puedan encontrarse autocríticas de gran calado.

El quinto epígrafe plantea el periodo de fundación del Principado de Augusto en el cambio de era como un momento clave en la definición etnográfica de los hispanos. Centrándome en la obra de Estrabón de Amasia, el autor del mayor tratado geoetnográfico conservado, incido en la manera en que la propaganda augustea planteó un modelo totalizador sobre los habitantes de la Península con el fin de justificar, con efecto retroactivo, el papel benefactor de Roma sobre la provincia ya conquistada y la culminación de la *Pax Augusta*. Los tópicos y temas clave legados de la tradición previa, se condensaron y simplificaron para esbozar ya un panorama completo y sistemático de Iberia en el que se estableció una gradación de la civilización-barbarie como un fenómeno dinámico condicionado por la mayor o menor acción de Roma sobre cada sociedad.

El epígrafe sexto se aparta de la historiografía, geografía y etnografía para trasladar algunas reflexiones genéricas en lo que concierne a la proyección de los estereotipos en géneros tan diversos como la literatura (en Silio Itálico u Horacio) y la filosofía (Cicerón y Séneca, especialmente), así como en la plasmación iconográfica de la numismática. Se trata de pensar acerca de cómo los grandes tópicos sobre la barbarie hispana se filtraron en los otros órdenes de la cultura grecolatina, proveyendo de recursos literarios, condicionando a lo largo de los siglos los estigmas y rasgos identitarios, siendo utilizados como *exempla* retóricos o materializándose en la propaganda plástica imperial.

Por último, se acomete el problema de la reinención del contenido historiográfico republicano y altoimperial en la tardoantigüedad. Partiendo de la obra fundamental de Paulo Orosio, y con cierta referencia a Agustín de Hipona, planteo que entre los siglos IV y V e. c., el estereotipo sobre lo hispano y los relatos sobre los grandes hitos de la resistencia se readapta a una nueva perspectiva e intencionalidad que ya nada tiene que ver con la legitimación del Imperio sino que, por el contrario, se insertaron en la justificación apologética del cristianismo frente a las ofensivas del paganismo que lo culpaba de la decadencia de la Ciudad. En ese contexto, y teniendo en cuenta la condición hispana de Orosio, al tiempo que se criticaba a Roma y algunos de los aspectos de su ejercicio del poder, se introducían nuevas idealizaciones sobre la resistencia hispana y se replanteaban algunos de sus dilemas desde un prisma cristiano.

2.1. Imaginar el Extremo Occidente

Cualquier sociedad necesita de espacios fantásticos en los que representar ideales y terrores, mundos utópicos o amenazantes que trasgredan los límites de la realidad inmediata, reglada y predecible. Como en cualquier concepción finita del mundo, la cultura griega volcó sobre los extremos de su universo esas elucubraciones cargadas de la significación escatológica propia de su condición liminal. Esos espacios casi vírgenes, como el Extremo Occidente, eran el escenario perfecto para ubicar en ellos a dioses y héroes, identificar lugares paradisiacos e imaginar expediciones fabulosas¹¹⁶.

Cuando aparezcan las primeras menciones literarias sobre el Extremo Occidente, el conocimiento que los griegos tenían de él respondía a las noticias nebulosas de las exploraciones que se habían venido desarrollando más o menos esporádicamente desde el siglo VIII a. e. c. Como todo relato marinero, durante generaciones, esas informaciones habían pasado oralmente por el tamiz de la exageración y la fábula para entremezclarse indisolublemente con conceptos trascendentes relacionados con el imaginario sobre los bordes del mundo. De ese cúmulo de experiencias puntuales y esquemas preconcebidos derivan las primeras referencias escritas de tipo mitológico, literario, geográfico e historiográfico que conciernen a las culturas y lugares al Oeste del Mediterráneo.

De ese caldo de cultivo emergió una geografía mítica recurrente: el río Océano, frontera entre hombres y dioses¹¹⁷, no podía sino engendrar en sus proximidades enclaves poblados de maravillas, caracterizados por una riqueza, fecundidad y longevidad sobrenaturales. Es el caso del catálogo de islas fantásticas que se convertirían en un lugar común de la literatura grecolatina, como las idílicas Islas de los Bienaventurados, la de las Hespérides, las Casitérides, la de las Gorgonas o la de Erítia. Ese mundo fronterizo era, en consecuencia, un escenario ideal para el desarrollo del mito: en ese fin occidental se desencadenó el combate entre Zeus y los titanes y allí Cronos y Briareo guardaban el paso al otro mundo. Además, aquel era uno de esos lugares a los que los héroes tenían que aventurarse para probar su valía: allí acudió Heracles para cumplir dos de sus hazañas, robar las manzanas del Jardín de las Hespérides y el ganado al monstruo Gerión; allí viajaron los *nóstoi* de la Guerra de Troya, como Odiseo, Anfíloco, Ocelas, etc.¹¹⁸. Esta

¹¹⁶ Romm 1992; Gómez Espelosín 1994; 1997.

¹¹⁷ Hom. *Od.* 11.13 (en *Il.* 18.607-608 aparece representado en el escudo de Heracles); Hes. *Th.* 290; Hdt. 2.23; 4.8.2.

¹¹⁸ Str. 1.2.11; 1.2.31; 3.1.9; 3.2.13; 3.4.3-4; Philostr. *VA* 5.4; Iust. 44.3.3; las referencias a estos viajes son muy tardías, pero remiten a autores helenísticos como Asclepiades de Mirlea, Artemidoro de Éfeso o Posidonio de Apamea, entre otros; *vide* García y Bellido 1947b; 1947c; García Iglesias 1979; Gómez Espelosín 1993b; 1999; Pérez Vilatela 1995; Antonelli 1997; Domínguez Monedero 1998; López Pardo 2000; 2004; Plácido Suárez 2000; 2001; 2002; Vilariño Rodríguez 2011, y la reciente revisión crítica de Domínguez Monedero 2013.

idea del viaje resulta especialmente significativa: el héroe era enviado a un lugar ignoto y sobrenatural para revelar su secreto y someter su carácter inaprehensible. Así, los héroes y, particularmente, Heracles/Hércules, se convirtieron en los civilizadores simbólicos de ese espacio extraño, perfilando con su hazaña el límite del mundo conocido; nada lo ejemplifica mejor que el hito de las Columnas de Heracles como *finis terrae*, como consecución de un límite físico y palpable, en el que concurrían la geografía cierta y la explicación mitológica.

Ciertamente esos espacios difusos se fueron concretizando por el propio impulso del conocimiento directo, de manera que se sometieron a un proceso de materialización y racionalización que, en todo caso, nunca acabó de despojarlos del todo de sus significaciones simbólicas. Con el tiempo, ese territorio continuó siendo lo suficientemente lejano y desconocido como para seguir admitiendo contenido mítico, pero estaba ya lo suficientemente cerca como para enriquecerse con una cierta verosimilitud. Ese parece ser el efecto que tuvieron las expediciones foceas de alrededor de los siglos VII-VI a. e. c. De esa nueva realidad surgieron los primeros relatos literarios derivados de los periplos de navegantes, como el de Hecateo, o el que quizá inspiró de alguna manera el poema mucho más tardío de Avieno¹¹⁹; esas informaciones se filtraban en las reelaboraciones mitológicas, como la de Hesíodo, y los nuevos tratados historiográficos y etnográficos, como el de Heródoto. Como consecuencia, los espacios legendarios se concretizaron, como la Eritía de Gerión junto a Gadeira¹²⁰. Pero, por encima de todo, de ese contexto surgió Tarteso, entelequia utópica del Extremo Occidente por excelencia¹²¹. El constructo literario de Tarteso como río/ciudad/reino del sur de Iberia, es probablemente el resultado más significativo de la conjunción de esas dos vías de representación fundamentales: por un lado, las noticias derivadas de una experiencia griega en Iberia más intensa, por otro, la aplicación del esquema mítico de liminalidad tradicional, inmanente a la percepción helena de Occidente. Tarteso conservaba los ingredientes esenciales de la geografía occidental puramente mitológica: era un espacio paradigmático de riqueza natural, prosperidad y longevidad¹²²; pero estaba ya dotado con un contenido geográfico e histórico que, aunque muy básico, le otorgaba una nueva consistencia concreta.

Heródoto fue clave en este proceso¹²³. Él desconfió de las fabulaciones poéticas y míticas sobre Occidente¹²⁴, pero le interesaron las noticias sobre los supuestos primeros

¹¹⁹ Schulten y Bosch i Gimpera 1922; Mangas Manjarrés y Alvar Ezquerro 1994; Gonzáles Ponce 1995.

¹²⁰ Hdt. 4.8.2.

¹²¹ Cruz Andreotti 1991a; 1991b; 1995; 2013; Alvar Ezquerro 2000b; Álvarez Martí-Aguilar 2005; Celestino Pérez 2014, 25-53; 2016, 16-34.

¹²² Stesich. S7 (= 184 PMG); Anacr. 19 (= 361 PMG); Hdt. 1.163; Str. 3.2.14.

¹²³ Sobre la representación de Iberia en Heródoto, vide Alonso-Núñez 1987; Nenci 1990; Gómez Espelosín 1993b; Gómez Espelosín et al. 1995, 35-39.

¹²⁴ Hdt. 2.23; 3.115.

encuentros griegos con Tarteso, el de Coleo de Samos y el de los focéos¹²⁵. Ambos relatos giraban alrededor de un esquema simple y típico: la extrema lejanía que superaron y la extrema riqueza que consiguieron de su aventura. No obstante, el segundo de los relatos alimentaba su historicidad en tanto que incluía el nombre de un personaje tartésico al que individualizar, el rey Argantonio, extremadamente rico, magnánimo y longevo, y un hecho cierto y conocido con el que vincularlo, la amenaza persa a Focea, amurallada con los beneficios de aquel encuentro. Iberia adquiriría así, aún de un modo muy precario, una cierta entidad histórica que se basaba todavía en el constructo mítico, utópico y liminal.

La única referencia herodotea que podríamos considerar como un cierto intento de definición étnica de la Península fue aquella que la englobaba en el ámbito de la Céltica. Al afirmar que los celtas habitaban más allá de las Columnas de Heracles y hasta el Istro (Danubio)¹²⁶, estaba incluyendo a la realidad ibérica en un amplio marco étnico-cultural noroccidental que, si bien en aquel momento no conllevaba una caracterización muy específica, sí sería clave en las caracterizaciones helenísticas (§ 2.2).

En cualquier caso, Iberia seguía siendo un territorio de «barbari senza etnografia»¹²⁷, un mundo lo suficientemente desconocido como para permanecer aún ajeno a caracterizaciones y curiosidades costumbristas como otros enclaves bárbaros. El ejemplo de Heródoto es muy ilustrativo a la hora de calibrar lo poco que los griegos sabían de Iberia a la altura del siglo V a. e. c.: además de la referencia geográfica a Gadeira al situar la isla mítica de Erítia, los tópicos tartésicos de riqueza y longevidad y una mención a la presencia de iberos como mercenarios, no aportó ninguna información sobre los pobladores de Iberia¹²⁸. Sus relatos se limitaron a las circunstancias y consecuencias del viaje de sus protagonistas griegos; el lugar era circunstancial, parece vacío de pobladores y costumbres. Y Heródoto no era precisamente parco en anécdotas, las habría contado de haberlas sabido. La información disponible era sin duda muy escasa y probablemente muy dependiente de la experiencia individual de exploraciones esporádicas. Iberia era todavía un lienzo en blanco en el que recrear viajes inusitados, y poco más. Solo había unas exiguas coordenadas precisas: los referentes geográficos de Gadeira, las Columnas de Heracles y la riqueza minera del sur peninsular, lo que servía para dotar a ese mundo fabuloso de una cierta especificidad¹²⁹.

Ahora bien, a pesar de su inconcreción, no se debe minusvalorar el peso que esta tradición mítica tuvo en el imaginario grecolatino posterior. Ciertamente, con el paso del

¹²⁵ Hdt. 4.152 y 1.163, respectivamente.

¹²⁶ Hdt. 2.33; *cfr.* 4.49; a propósito *vide* Fischer 1972; Freeman 1996; Koch 2014; Sims-Williams 2016.

¹²⁷ Nenci 1990; Fernández Camacho 2015.

¹²⁸ Hdt. 1.163. Sobre la figura de Argantonio, *vide* Álvarez Martí-Aguilar 2007; Padilla Monge 2014.

¹²⁹ Se podría añadir la riqueza ganadera, inscrita en el mito de Gerión, o la posibilidad de una institución monárquica tras la figura de Argantonio, pero entrando ya en un terreno más inconcreto e hipotético (Riaño Sánchez de la Poza 1997, sobre esto último, *e. g.*).

tiempo y la experiencia directa, ese contenido mítico perdió su sentido absoluto y exclusivo, pero no perdió presencia. Por el contrario, esos materiales se enriquecieron con las reelaboraciones helenísticas quedando inextricablemente vinculadas con la idea de Iberia como concepto cultural: el evemerismo y las elucubraciones racionalistas sobre los antiguos mitos, como las de Estrabón y Diodoro, se convirtieron ejercicios intelectuales habituales¹³⁰, con lo que Tarteso o el ciclo de Hércules quedaron integrados como *topoi* arraigados en las nuevas concepciones sobre la realidad ibérica.

En efecto, lo más interesante de este fenómeno es que ese componente legendario, además de revisitarse, se fundiese con las nuevas nociones etnográficas, historiográficas y geográficas sobre Iberia, dejando su impronta en los nuevos constructos sobre la Península y sus pobladores¹³¹. Esas visiones arcaicas sobre el Extremo Occidente se superpusieron y entremezclaron con los nuevos esquemas filosóficos y los conocimientos derivados del contacto directo, integrándose en los nuevos discursos retóricos sobre la irrupción de la *romanitas* en Hispania. La transposición de Tarteso en Turdetania es quizá la plasmación más evidente¹³². El concepto que representaba Tarteso adquiría en Turdetania una nueva consistencia geográfica con el conocimiento exhaustivo del sur peninsular; su inusitada riqueza se dotaba de fiables datos económicos, comerciales, artesanales y mineros, así como detalles sobre su accesibilidad; al mismo tiempo, su prosperidad y magnanimidad legendaria se enriquecía con nuevas nociones sobre su importante desarrollo cultural. Aunque resulta difícil de calibrar, probablemente Posidonio tuvo un peso esencial en esta transición, en tanto que el interés geoeconómico y la idealización utópica parecen encajar bien con su concepción estoica de Iberia (§ 2.4). Lo que sí conocemos bien es la reelaboración y culminación de esta amalgama de mito y empirismo en la *Geografía* de Estrabón. En ella se presentó una Turdetania histórica, concreta y palpable, pero en la que permanecía muy presente el espejismo idealizado de Tarteso¹³³. La Turdetania estraboniana era además una región de una entidad cultural insondable, hasta el punto de disfrutar de una literatura de 6000 años de antigüedad¹³⁴; se estaba describiendo una realidad histórica ya romanizada, pero esta seguía lindando con el terreno de lo puramente mítico.

Es compleja la manera en que ese componente fabuloso se insertaba en el discurso ideológico de fondo. Si los turdetanos gozaban de esa imagen privilegiada era por la herencia del mito tartésico, pero también para servir de contrapunto a la barbarie del resto de Iberia. Mientras que los pueblos septentrionales y occidentales habían permanecido aislados en su salvajismo, esa región meridional visitada desde antiguo por las altas

¹³⁰ Acerca de este fenómeno, en general, *vide* Saïd 2007; Sulimani 2011; Hawes 2014.

¹³¹ Gómez Espelosín et al. 1995, 104-108.

¹³² Cruz Andreotti 1993; 2007; 2010; Alonso-Núñez 1999; García Fernández 2003; 2004; Moret 2011.

¹³³ Str. 3.2.

¹³⁴ Str. 3.6.

culturas mediterráneas era el paradigma del progreso. Turdetania era un mito heredado, pero también un nuevo mito de civilización. La leyenda antigua, envuelta en un nuevo envoltorio empírico, asumía una nueva funcionalidad retórica en el mapa mental de ecúmene y el discurso de legitimación de la misión civilizadora de Roma (§ 2.5).

Turdetania es el ejemplo más palmario de esa prolongación de la mitología sobre el Extremo Occidente, pero en realidad la Península Ibérica nunca perdería su condición de frontera del mundo. Como veremos, aparte de los propios mitos, que quedan fuera de nuestro foco, nociones fundamentales que estos conllevaban implícitamente (periferia, lejanía, liminalidad, utopía, etc.) siguieron dejando su impronta en la manera de imaginar a Iberia y sus pobladores.

2.2. Inventar al bárbaro hispano

Es una afirmación común que Iberia entró en la Historia con la Segunda Guerra Púnica. Efectivamente, solo de la mano de la expansión cartaginesa y romana del siglo III a. e. c. salió Iberia de su nebulosa mitológica para empezar a representar un papel distinto en la nueva concepción ecuménica que se estaba configurando. La fascinación idealizante del territorio lejano y apenas intuido, sin desaparecer, quedaba subordinada a una experiencia y conocimiento directo, así como a una nueva necesidad pragmática, militar y política. Iberia ya no era (solo) un mito, sino un elemento importante en el nuevo juego de poderes del Mediterráneo occidental. Para lo que aquí nos ocupa, ese momento supuso un verdadero punto de partida, la génesis en la conformación de un nuevo imaginario sobre los pueblos peninsulares que se iría perfilando en los siglos siguientes.

Desde un punto de vista discursivo, esa nueva pieza del tablero que, en cierta medida, permanecía virgen, tenía que ser clasificada, caracterizada. La nueva riqueza de noticias, bélicas, diplomáticas y etnográficas que se agolparon a partir de aquel momento debían ser manejadas con una cierta coherencia, debían organizarse de manera que sirviesen para otorgar a los hispanos un papel reconocible y aprehensible como parte del relato de lo que estaba ocurriendo, aunque su presencia fuese secundaria. En este sentido, los autores grecolatinos tuvieron que adaptar los esquemas de la etnografía y la geografía cultural helenística para amoldarlos a esa realidad hispana con la que se encontraban casi por primera vez.

Esa labor intelectual fue compleja, pero, en general tuvo mucho que ver con la adaptación de la tradición griega al nuevo marco estructural impuesto por la reciente hegemonía romana. Así, en la redefinición de las realidades culturales situadas en los márgenes de ese nuevo centro, fue esencial el potente discurso de la barbarie que se había forjado en Grecia al menos desde período clásico. Se acudía al sofisticado juego de

opuestos griego-bárbaro, con todo su catálogo de estereotipos y mecanismos de inversión y comparación, sobre el que se había fundamentado en buena medida la propia identidad panhelénica¹³⁵. En cierta manera, la intelectualidad griega fue la encargada de dar solución a las tensiones ideológicas derivadas de la asunción de Roma como nuevo foco civilizador del mundo y dar sentido a su expansión imperialista¹³⁶.

No obstante, a la llegada de Roma, ese modelo ya había sido profundamente reinventado, adaptándose a la nueva coyuntura helenística. Desde la expansión alejandrina, los intelectuales griegos, como Eratóstenes, habían tenido que enfrentarse a la tarea de problematizar el esquema tradicional para definir un nuevo mundo más grande y más diverso, en el que la simple dicotomía ya no resultaba operativa: el discurso necesitaba de un nuevo dinamismo y flexibilidad para enriquecerse con nuevos matices y gradaciones. En primer lugar, se asumía el reto de encajar el problemático estatus etnocultural de Roma como tercer pilar de ese modelo. Su concepción como el nuevo agente helenizador/civilizador de la ecúmene fue fundamental en la formación de la autopercepción romana y la legitimación de su rol en la Historia. Por su parte, en la propia tradición latina existía una percepción inconcreta de la alteridad inferior del extranjero (*externae, alienus*) —como es consustancial a cualquier cultura—; no obstante, esta no era comparable con el alcance y sofisticación del concepto de barbarie griego, esto es, como una noción absoluta con implicaciones lingüísticas, políticas, económicas, étnicas, religiosas y etnográficas¹³⁷. Ese artefacto discursivo, el de *barbarus*, fue uno de los aportes más importantes del helenismo al pensamiento latino. Sin embargo, el mundo romano no fue un mero receptor pasivo; muy al contrario, la arraigada incidencia de las *virtutes* romanas, ese código ético y moral fundamental de la cultura latina, jugaron un papel clave a la hora de perfilar las nuevas inversiones alterizantes de ese trasfondo de tradición griega¹³⁸. En definitiva, nacía un nuevo discurso de la barbarie grecolatino en el que confluía una concepción de la alteridad de doble raíz grecolatina y que intentaba dar respuestas a la realidad amplia y compleja que se abría en el siglo III a. e. c. Obviamente, ese discurso fue múltiple y mutable, reinventándose en cada autor, obra y contexto.

Precisar los mecanismos concretos por los que se aplicaron estos esquemas sobre el bárbaro ibérico en los siglos III y II a. e. c. es una cuestión compleja. Es más que probable que jugaran un papel fundamental las fuentes de la Segunda Guerra Púnica, como los griegos acompañantes de Aníbal, Sósilo y Sileno, o el romano Fabio Píctor y

¹³⁵ Hartog 2003 [1980]; Hall 1989; Hall 2002; Isaac 2004; Mitchell 2007; Gruen 2011; Vlassopoulos 2013, *cfr.* Cardete del Olmo 2004.

¹³⁶ Gabba 1974; Dauge 1981, 57-73; Momigliano 1999 (1975), 29-85; Clarke 1999; Woolf 2011.

¹³⁷ Dauge 1981, 57-60.

¹³⁸ Ndiaye 2005.

otros analistas latinos posteriores, aunque su conservación casi nula hace muy difícil determinar su alcance¹³⁹.

Más sólidamente puede considerarse la influencia decisiva de Polibio. Su *Historia* fue esencial en esa transformación romanista del discurso helenístico¹⁴⁰. En su nueva reconstrucción de la historia universal, amplió los horizontes de los modelos helenísticos según la nueva escala imperial romana y, con ello, actualizó y complejizó las concepciones geoculturales tradicionales¹⁴¹. Esto afectaba muy directamente a la nueva consideración de Occidente y, en particular, a una Iberia que conoció de primera mano durante la Guerra Celtibérica¹⁴². Ciertamente, muchos matices de su perspectiva son difíciles de precisar como consecuencia de la conservación parcial de su texto y el carácter fundamentalmente fáctico de su obra, escueta en digresiones etnográficas. No obstante, en contra de la imagen tradicional de este autor como el historiador objetivo y aséptico por excelencia, parece asumido ya que en su obra subyacía efectivamente un discurso de la barbarie particular, y que este fue esencial en la definición de ese mundo occidental recientemente descubierto¹⁴³. Su visión a este respecto tuvo que ser necesariamente influyente, en tanto que su obra fue asumida en la tradición posterior como autoridad de referencia, y no solo en el plano puramente historiográfico, también en el etnográfico y cultural¹⁴⁴.

En cualquier caso, a mediados del siglo II a. e. c., a raíz de la Guerra Celtibérica y la Guerra Lusitana, parece consolidada ya una base intelectual fundamental en la caracterización del *barbaricum* hispano. Con la concurrencia de autores griegos y latinos se había generado el corpus historiográfico fundamental de los grandes conflictos desarrollados en la Península, ese que luego revisitarían Salustio, Livio, Diodoro y Apiano (§ 2.3). Asimismo, por entonces ya se había elaborado de una manera casi definitiva el mapa de etnónimos con el que se iba a sintetizar y clasificar su realidad cultural¹⁴⁵; con ello quedaba asentada la base del modelo geográfico y etnográfico de los pueblos de Iberia en el que pronto profundizarían Posidonio y Artemidoro (§ 2.4), y más

¹³⁹ Por ejemplo, sobre la posible influencia de este último, *vide* Momigliano 1966 (1960); Pelegrín Campo 2005.

¹⁴⁰ Acerca de Polibio, en general, son esenciales Walbank 2002; Baronowski 2011; Smith y Yarrow 2012; Gibson y Harrison 2013; Grieb y Koehn 2013, con la abundante bibliografía previa. Aquí se utiliza la edición de Díaz Tejera y Balasch Recort 1981; Balasch Recort 1981; 1983.

¹⁴¹ Clarke 1999, 77-128; Champion 2004; Moreno Leoni 2012.

¹⁴² En general, sobre la relación de Polibio y la Península Ibérica, *vide* Santos Yanguas y Torregaray Pagola 2003; Cruz Andreotti 2006.

¹⁴³ Berger 1992; 1995; González Rodríguez 2003; Pelegrín Campo 2004; Marcotte 2006; Martínez López 2010; 2014.

¹⁴⁴ Hoz Bravo 2000; García Moreno 2002.

¹⁴⁵ Sobre ese proceso, en general, *vide* Domínguez Monedero 1994; Pelegrín Campo 2005; Moret 2004; 2006; 2011, *e. g.*

tarde reinventarían Diodoro y Estrabón (§ 2.5). La Iberia nebulosa de los mitos ya tenía habitantes.

Por lo tanto, la visión de lo hispano se construyó en un momento relativamente tardío, con un armazón intelectual helenístico, pero ya plenamente integrado en el contexto de expansión imperial de Roma. En consecuencia, esa mencionada transformación del discurso de la barbarie tradicional afectó muy directamente en dos sentidos principales: la complejización del propio concepto de barbarie y la nueva consideración simbólica de Occidente desde el prisma romano.

En primer lugar, fue clave el proceso general de apertura y problematización de la concepción clásica de la barbarie y sus esquemas etnográficos. Pueden encontrarse tópicos tradicionales de inversión degradante en la caracterización de los hispanos, pero esa barbarización no fue simple ni cerrada. Las percepciones de los autores, tanto griegos como latinos, estuvieron siempre llenas de matices, excepciones y paradojas. Entre otros factores, fue clave la incidencia del estoicismo, que influyó decisivamente en la manera en que autores como Posidonio y Diodoro, especialmente, ponderaron e incluso idealizaron algunos aspectos de la incivilización hispana (§ 2.4). Pero también hubo factores políticos en esa complejidad, como las reflexiones éticas sobre el imperialismo que surgieron en el seno de la propia intelectualidad romana, especialmente en torno a la cuestión de la *fides* (§ 9), o los sesgos propagandísticos inscritos en los conflictos internos entre facciones (§ 2.3). Además, la consideración de que Roma era un foco difusor de progreso trastocaba el esquema griego-bárbaro como dicotomía cerrada: si Roma era legitimada por su papel civilizador, la barbarie tenía que considerarse algo provisional y reversible, y no una categoría natural e inmutable. Esto conllevaba establecer una gradación de los niveles de civilización/barbarie para aplicarla entre los distintos pueblos en función de la mayor o menor influencia que los romanos habían ejercido sobre ellos. Este modelo, culminado plenamente en la etnografía augustea, incidió en que la compartimentación de la barbarie ibérica fuese necesariamente matizada y compleja (§ 2.5).

En segundo lugar, esa transformación de fondo afectó a la imagen de los hispanos de una manera muy directa desde el punto de vista geocultural. La consideración de Roma como el nuevo nodo civilizador del mundo modificó la cosmología helenocéntrica asumida previamente. Si en la historiografía de Heródoto, las tragedias de Esquilo o los relieves de los templos griegos clásicos los persas habían sido el bárbaro por antonomasia, en el nuevo contexto ese referente tenía poco sentido. La helenización de Próximo Oriente, por un lado, y las preocupaciones militares romanas, fundamentalmente, obligaban a trasladar ese foco a Occidente. De esta forma se volcaba sobre los pueblos de

ponente, antes apenas conocidos, el nuevo rol de antagonista que otrora ocupase Oriente, convirtiendo al bárbaro noroccidental en el bárbaro por excelencia¹⁴⁶.

Ese proceso tiene mucho que ver con la concepción grecolatina de *lo celta*, pues esa nueva barbarie occidental estuvo indisociablemente vinculada con esa etiqueta étnica, al menos desde Heródoto, de forma más o menos inconcreta¹⁴⁷. No entro aquí en la problemática intrínseca del término¹⁴⁸, pero parto de la premisa, generalmente aceptada, de que, más allá de su grado de realidad etnohistórica, el término *celtas* (*keltoi*, *celtae*) funcionó en la literatura grecolatina como un concepto generalizador, aglutinador y simplificador, referido a un ámbito muy laxo y diverso del noroeste de Europa. Dejando a un lado los matices ahora, lo interesante es que esa etiqueta comportó además la configuración de un etnotipo, una caracterización estereotipada, compuesta por una serie de rasgos etnográficos que se reprodujeron a lo largo del tiempo de una manera más o menos automática.

Desde luego, el estereotipo celta bebió de la tradición etnográfica previa pero, ante todo, es un producto típicamente helenístico y muy relacionado con la nueva posición de Roma. En el imaginario griego arcaico y clásico, los celtas aparecieron de forma muy fragmentaria y diversa, pues el contacto entre ambas realidades no dejó de ser limitado. Se perfilaba como un pueblo semilegendario, cuya entidad se entretejía con la de los hiperbóreos —pueblo puramente mítico y utópico radicado en el extremo septentrional—, funcionando, en cierta medida, como su *alter ego* histórico. La visión de lo celta era entonces inconcreta y variada, pero no degradante en términos generales sino, de hecho, tendente a la idealización¹⁴⁹. Su tipificación peyorativa más reconocible, por el contrario, es un fenómeno helenístico. Nació del contacto más directo, intenso y conflictivo con estos pueblos, propiciado por una nueva presión migratoria hacia el Mediterráneo. En concreto, a nivel simbólico, la nueva imagen del celta es inseparable de dos acontecimientos clave: la invasión gala de Italia que acabó con el saqueo de Roma (387 a. e. c.) y la invasión de Macedonia, Grecia y Asia Menor que comportó el saqueo del santuario de Delfos (279 a. e. c.). Estos graves atentados supusieron auténticos traumas, físicos y simbólicos, y se convirtieron en verdaderos hitos, profundamente grabados en el

¹⁴⁶ Dauge 1981, 742-772; Marco Simón 1993; 2007; Webster 1996; González Rodríguez 2003; Lampinen 2011. Cabe matizar con el caso de los gálatas, de procedencia occidental pero convertidos en paradigma bárbaro en el Oriente mediterráneo (Plb. 18.41, *e. g.*; *vide* Mitchell 2003; Strobel 2009).

¹⁴⁷ Hdt. 2.33; *cfr.* 4.49; a propósito *vide* Fischer 1972; Freeman 1996; Koch 2014; Sims-Williams 2016.

¹⁴⁸ Es particularmente controvertido, con amplios debates abiertos acerca de su origen, su realidad etnohistórica, su función identitaria y sus implicaciones discursivas e ideológicas, tanto en lo que se refiere a su uso antiguo como moderno. En general, *vide* Chapman 1992; Brown 1996; Megaw y Megaw 1996; James 1999; Hale y Payton 2000; Collis 1997; 2003; Morse 2005; Rieckhoff 2006; Ruiz Zapatero 2010; Gibson et al. 2013; Alfayé Villa 2015, y para el caso hispano-celta, Díaz Santana 2002; Burillo Mozota 2003; Ibarra Jiménez 2006; McKevitt 2006; Ruiz Zapatero 2006; Alzola Romero y Sánchez Moreno 2011, entre otros.

¹⁴⁹ Hatt 1984; Freeman 1996; Marco Simón 2000.

imaginario grecolatino para siempre. En este sentido, cuando en el siglo III a. e. c. se empezó a articular un discurso coherente que explicase y legitimase la hegemonía de Roma en Occidente, la invocación de aquellas agresiones fue esencial, de acuerdo con la noción de *hostis ad portas* como estímulo y justificación. En buena medida, el discurso de la expansión romana en estas regiones se fraguó sobre la noción de la defensa legítima ante la amenaza nortea y, yendo más allá, sobre la misión de neutralizar ese peligro constante para el mundo civilizado mediante la dominación y domesticación de aquellas sociedades. Obviamente, esa lógica tuvo un efecto fundamental en la visión que la intelectualidad grecolatina transmitió a la posteridad sobre esas culturas que representaban ahora el rol de azote de la humanidad, acechantes y feroces¹⁵⁰.

Sobre ese trasfondo se construía el modelo básico del bárbaro noroccidental que se fundamentaba por encima de todo en el concepto de *agrius/feritas*, la marca esencial que diferenciaba el salvajismo de esos pueblos frente a la civilización política grecolatina¹⁵¹. Con la consolidación de ese extremo se definían los dos grandes polos de la barbarie a nivel ecuménico: el noroeste infracivilizado, caracterizado por la *feritas*, y el este sobrecivilizado, definido por la *vanitas*¹⁵². Por supuesto, esa concepción hundía sus raíces en la etnografía de tradición herodotea y tenía un componente de determinismo geográfico fundamental: los territorios agrestes y los climas extremos habían promovido poblaciones igualmente subdesarrolladas y particularmente feroces. Se aplicaba así una estructura dicotómica esencial que partía de los conceptos de montaña-llano, interior-costa, y que derivaba en categorías socioeconómicas y culturales como nomadismo-urbanismo, pastoreo-agricultura, barbarie-civilización¹⁵³. Este esquema estaba íntimamente imbricado en el imaginario y la identidad de la *polis* y llevaba aplicándose al estereotipo del bárbaro infracivilizado desde período griego clásico. Ahora, en el nuevo contexto, el modelo se readaptaba para ayudar a definir al bárbaro noroccidental con el que se enfrentaba el mundo romano en general: galos, britanos, germanos, hispanos, etc. Y más aún, se readaptaba para aplicarse también, a pequeña escala, en la tipificación del particular microcosmos de la Península Ibérica, en los contrastes a nivel provincial entre los pueblos del sur y las sociedades occidentales, interiores y septentrionales (§ 2.5).

Con ese punto de partida, las características propias lo celta respondían plenamente al tipo de bárbaro primitivo y peligroso¹⁵⁴, y ese fue el modelo retórico con el que se construyó al bárbaro hispano en gran medida. Probablemente el rasgo más específico era el de su natural belicosidad, el carácter agresivo inmanente a su naturaleza cercana a la

¹⁵⁰ Plb. 1.2.6-7; 3.37.11; 9.24.4, e. g.; remito de nuevo a Dauge 1981, 742-772; Marco Simón 1993; 2007; Webster 1996; González Rodríguez 2003.

¹⁵¹ Marco Simón 1993; 2007.

¹⁵² Dauge 1981, 654-662.

¹⁵³ Hartog 2003 [1980]; Shaw 1982; Antonetti 1987; Hall 1989, 51-54.

¹⁵⁴ Dauge 1981, 742-772; Marco Simón 1993; 2007; Webster 1996; González Rodríguez 2003.

de las bestias (*agrius/feritas*). Esa noción se completaba con su desmesura, el carácter masivo y caótico de sus migraciones y campañas (*tumultus*) que se cernían sobre la civilización. Asimismo, su naturaleza tumultuosa resultaba en formas de guerra arcaicas, como el combate singular (*monomachia*) o la guerra de emboscadas (*lésteia/latrocinium*), prácticas superadas en el mundo civilizado y que se oponían a la guerra de ciudadanos, estatal y regulada. Asimismo, su descontrol conllevaba que rigiese el impulso espontáneo como norma de comportamiento en la guerra: el celta podría ser el más leal y valiente de los guerreros, pero esto le podía llevar a los límites brutales del asesinato, el suicidio y el canibalismo (§ 11); igualmente, esa naturaleza caótica le convertía en un aliado traicionero e inestable, pues sus decisiones nada tenían que ver con las normas del *bellum iustum* (§ 9).

Por supuesto, la guerra fue la protagonista en la descripción de esas tendencias, pero la caracterización del bárbaro primitivo se completaba con todo un patrón de comportamiento acorde. En este sentido, seleccionando, exagerando o inventando las noticias sobre los rasgos de estas sociedades, se desarrolló un catálogo etnográfico típico que encajaba con ese trasfondo de primitivismo e irracionalidad animal. Este aspecto podía aplicarse a lo más cotidiano y anecdótico: el carácter primario de las relaciones sociales frente al protocolo, el consumo extraño de alimentos y alcohol frente a la comensalidad civilizada y ordenada, el protagonismo de la mujer frente a la preeminencia del hombre, en definitiva, la costumbre insólita frente a los usos equilibrados de la *polis* (§ 6). Y en ese catálogo, un ámbito destacó por encima de todos por la profundidad simbólica de su sentido: las prácticas religiosas opuestas al culto cívico. La religiosidad céltica ejemplificó como ningún otro elemento la antítesis salvaje de la espiritualidad civilizada, poblándose de ritos cruentos, nocturnos y aborrecibles, como el sacrificio humano, la vejación de cadáveres o los cultos más incomprensibles (§ 10).

Todos estos conceptos propios de la barbarie primitiva se reflejaron en la nueva visión de Iberia. Así se había generado el marco con el que inventar el prototipo del hispano como feroz resistente a Roma. Por supuesto, esa imagen no fue unívoca ni simple, cabían distinciones y matices, pero lo cierto es que tendió a una cierta generalización y uniformización que perduraría en el tiempo como un estereotipo imborrable. La entrada de Iberia en la Historia conllevaba, por lo tanto, ocupar su lugar en el nuevo *barbaricum* de Roma, asumir el papel de los últimos salvajes que amenazaban a la civilización en su horizonte occidental.

2.3. La guerra, sus razones y sus héroes

Desde luego, el sentido de las presencias hispanas en la literatura grecolatina fue, en esencia, un sentido bélico, bien como elementos secundarios en la guerra entre Roma y Cartago, bien como oponentes y sometidos en el proceso de provincialización, bien como acompañantes circunstanciales de las Guerras Civiles. En este sentido es obligado posar la mirada sobre el contenido puramente historiográfico que se transmitió desde la cultura grecolatina. Si Polibio y los analistas fueron en cierta manera los fundadores de la historiografía sobre Hispania y las fuentes esenciales acerca de lo acontecido en los siglos III-II a. e. c., lo cierto es que las obras que conservamos de una manera más completa deben ubicarse a partir del cambio de era.

Obligado resulta considerar como fuente esencial la *Ab Urbe condita* de Tito Livio, especialmente la parte dedicada a la Guerra de Aníbal por conservarse íntegramente¹⁵⁵. Confluyeron en su obra las informaciones de ese valioso elenco de autores previos y, desde el punto de vista discursivo e ideológico, su trabajo solo puede entenderse en el contexto transicional del régimen de Augusto. La suya es una historia de los grandes hitos que habían forjado el Imperio, pero como un catálogo de ejemplos sobre los que reflexionar acerca de las distintas maneras de ejercer el poder y sus implicaciones éticas. Mantuvo un posicionamiento conservador, partidario del reparto republicano de funciones políticas, pero su pensamiento también resultó fuertemente impactado por los efectos de las Guerras Civiles. Así, como muchos de sus coetáneos, confió en el potencial que la figura centralizadora de Augusto tenía para la restitución del orden y los viejos valores, aunque se mostró particularmente cauto acerca de los riesgos de caer en comportamientos tiránicos que comportaba la acumulación de poder. Ese trasfondo es clave para comprender su recreación de las guerras en Hispania, la manera en que planteó el papel de la *fides* (§ 9) o la legitimidad en la aplicación de la violencia extrema (§ 11). Su mensaje fue enérgicamente patriótico, justificó sin ambages la hegemonía romana; asimismo, el lugar de los hispanos fue siempre secundario, como antagonistas o acompañantes de la acción principal, y plagado de estereotipos barbarizantes reconocibles como la *ferocitas* o la *perfidia*. Sin embargo, sobre todo ello primó su rigor moral en torno a la *virtus* tradicional, lo que complejizó su discurso sobre las relaciones políticas e hizo que el reparto de roles ejemplarizantes no siempre recayese de forma simple en los conquistadores.

¹⁵⁵ Acerca de Livio, en general, *vide* Levene 2010; Sierra de Cózar 2012; Groves 2013; Mineo 2015; se tratan algunos aspectos interesantes sobre su representación de los asuntos hispanos en Martínez Gázquez 1975; Pelletier 1986; Moret 2002-2003; 2013; Bedon 2004; 2009a; 2011; Mayorgas Rodríguez 2014. Empleo aquí la edición de Villar Vidal 1990; 1993a; 1993b; 1993c, y de las *Periocas*: Villar Vidal 1995.

A su vez, la historia de Livio se convirtió en referencia, de manera que en época imperial se desarrolló toda una tradición de síntesis de su obra notablemente influyente¹⁵⁶. Probablemente el ejemplo más importante es el *Epitome de Tito Livio* de Lucio Anneo Floro, compuesto entre finales del siglo I y principios del II e. c.¹⁵⁷. Si bien puede considerarse como una obra menor, lo cierto es que resulta muy significativa aquí por dos motivos fundamentales: su particular énfasis en los asuntos hispanos y la trascendencia crucial que ha tenido su recepción moderna, dado su carácter retórico y simplificador, funcionando como correa de transmisión de algunos de los tópicos más potentes derivados de las primeras fuentes. Ciertamente, su evidente inclinación por Hispania ha hecho pensar que él mismo pudiese haber sido hispano¹⁵⁸. En este sentido, destaca la acuñación de los neologismos *eruditrix* («maestra») y *bellatrix* («guerrera») para referirse a Hispania¹⁵⁹, el hecho de que, a pesar de ser una síntesis, introdujese detalles inéditos sobre la revuelta de Olíndico¹⁶⁰ y el líder numantino Megarábico¹⁶¹. No debe confundirse esto con una simple idealización; Floro redundó en la estigmatización de la barbarie de los hispanos celebrando el proceso civilizador que conllevaba Roma. En todo caso, es llamativo que, en general, otorgase también una importancia esencial a Hispania, una vez conquistada, en el devenir de Roma, subrayando su aportación como provincia al Imperio¹⁶². Acerca de esta magnificación del proceso de integración hispana, cabe mencionar la coincidencia de Floro con lo poco que se ha conservado de la historia de Velejo Patérculo: escrita en época de Tiberio, perfiló a la Hispania del pasado como una enorme amenaza de doscientos años, por la pérdida de vidas, por su impacto en la mentalidad romana y por llegar a poner en peligro incluso la propia integridad del imperio; todo ello revertía en el mérito de una serie de héroes, fundamentalmente los Escipiones y Augusto, así como en la eficacia de un sistema imperial que había propiciado la pacificación estable¹⁶³. La historiografía altoimperial consolidaba así una imagen de Hispania como un hito esencial en la reconstrucción de la memoria histórica de Roma.

¹⁵⁶ Bessone 1977; Banchich 2007. Como ejemplo de obra tardía derivada de esos epítomes de Livio, cabe citar el muy sintético *Breviarium historiae romanae* (ca. 367-378) de Eutropio, de cierta importancia por su extenso uso tardoantiguo y medieval; está traducido y comentado en Falque Rey.

¹⁵⁷ Sobre esta obra, *vide* Alba 1953; Bessone 1996; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 7-88; en lo concerniente a su relación con temas hispanos: Alba 1953, 131-137; Santos Yanguas 1986-1987; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 61-66. Utilizo la edición de Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000.

¹⁵⁸ Bessone 1996, 51; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 11. A esto se une la tendencia a relacionarlo con Séneca por su gentilicio. Aunque la identificación de Floro en general sigue siendo problemática, el origen hispano ya está descartado. También se ha postulado que la simpatía por Hispania podría deberse a la posible publicación de su obra en época trajanea (Baldwin 1988).

¹⁵⁹ Flor. 1.22.38; *vide* Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 61.

¹⁶⁰ Flor. 1.33.13-14; *cfr.* Liv. *Per.* 43.6. Sobre esta figura, *vide* García Teijeiro 1999.

¹⁶¹ Flor. 1.34.4.

¹⁶² Alba 1953, 131-137; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 65-66.

¹⁶³ Vell. Pat. 2.90; *vide* Torregaray Pagola 2004, 307-311.

Avanzando en el tiempo, el siguiente gran referente es Apiano de Alejandría¹⁶⁴. Su historia de Roma, compuesta a mediados del siglo II e. c., pretendía ser una gran síntesis del legado historiográfico previo, incluido Livio, aunque reordenado geográfica y temáticamente. Su gran valor aquí reside en el hecho de que *Iberiké*, el tomo dedicado a las guerras en Iberia, y *Annibaliké*, sobre la Segunda Guerra Púnica, se conserven íntegramente complementando las lagunas de sus grandes antecesores. Aunque ciertamente sintético y fundamentalmente descriptivo, se trata de una obra compacta y coherente, no contradictoria con la tradición imperialista liviana, pero con la profundidad y complejidad que le aportaba su condición de griego procedente de una provincia periférica.

Vuelvo sobre estos autores más adelante porque su visión de los conflictos en Hispania está lejos de resultar una justificación maniquea y monolítica del imperialismo romano: hay matices, críticas y concesiones a la resistencia hispana que son esenciales para entenderlos plenamente (§ 2.4). No obstante, lo que me interesa por el momento es profundizar en los mecanismos por los que ese estereotipo genérico del bárbaro noroccidental se proyectó en la realidad concreta de Hispania, la manera en que esos tópicos se filtraron en la consideración de los pueblos hispanos y sus líderes como implicados circunstanciales en las guerras de Roma.

Simplificando, desde un punto de vista discursivo, es evidente que la representación historiográfica de Hispania quedó siempre subordinada al objetivo principal de dotar de argumento y legitimidad al relato de las guerras que estaban forjando el imperio. Desde esta perspectiva, buena parte de los esfuerzos de la intelectualidad grecolatina por describir la realidad hispana tiene la resonancia del *casus belli*, de la justificación razonada del marco de actuación de Roma en la Península. La cuestión es compleja, pues parece claro que los conflictos hispanos después de la Guerra de Aníbal en absoluto se ciñeron a un objetivo simple y delimitado, sino a motivos múltiples, a menudo improvisados, incoherentes y de impulso individualista¹⁶⁵. En relación con esto, también es cierto que esa búsqueda de la causa por parte de los historiadores no siempre fue autojustificativa, a veces resultó muy crítica con ciertos romanos y sus motivaciones (§ 2.4). En todo caso, la tónica general, la visión de conjunto, estuvo marcada por la legitimación discursiva de la agresión, la anexión y la pacificación, empleando para ello recursos retóricos reconocibles y recurrentes. Además, esto comportaba una dimensión etnográfica que iba más allá de la narración factual, en tanto que la caracterización de

¹⁶⁴ Acerca de la figura y obra de Apiano, *vide* Welch 2015; complementariamente, sobre su visión de la barbarie y los hispanos: Gómez Espelosín 1993c; Hernández Prieto 2011; Pina Polo 2014. En este estudio utilizo la edición de Gómez Espelosín 2016.

¹⁶⁵ Sánchez Moreno y Aguilera Durán 2013. En general, sobre el carácter no planificado, personalista, circunstancial y «anárquico» del imperialismo romano y el contexto mediterráneo del momento, es fundamental Eckstein 1987; 2006; *cfr.* Hoyos 2013.

esos pueblos aportaba una coherencia de fondo a la historia, perfilaba un marco cultural acorde para el desarrollo de la acción.

Obviamente, el argumento más sencillo fue el de la simple reacción defensiva como motor de los conflictos en Hispania¹⁶⁶. De alguna manera los galos habían inaugurado ese argumento al asaltar la propia Roma, pero con el tiempo se hizo extensible a cualquier lugar del orbe civilizado que sintiese la amenaza de la barbarie a sus puertas. Así, esa supuesta amenaza física cargaba sobre Roma la responsabilidad de asumir el papel de mediador, pacificador y domesticador del agresor con el fin de salvaguardar el orden civilizado. Este razonamiento comportaba un elemento inmediato: gran parte de los conflictos en Hispania se explicaron por la agresión previa, normalmente en forma de incursiones de saqueo, por parte de los pueblos fronterizos sobre territorios romanizados o aliados de Roma, fundamentalmente en los valles y costas. Pero, al mismo tiempo, esta acusación recurrente era inseparable de un discurso caracterológico muy claro: al representar a unos pueblos limítrofes naturalmente inestables y agresivos, con una tendencia enfermiza al conflicto, se perfilaba un trasfondo ajustado a esa causalidad recurrente, en tanto que la necesidad de una defensa activa se volvía obvia e inevitable (§ 7 y 8).

Evidentemente, la justificación del imperialismo romano fue más complicada que el mero argumento defensivo. En este sentido, se ha puesto el énfasis en un aspecto del discurso que parece tener un papel esencial en la mentalidad grecolatina y su plasmación historiográfica: el respeto a la *pistis/fides*. Esta noción conllevaba una serie de consideraciones éticas complejas que trascendían de largo el mero concepto de lealtad y transparencia. Actuar de acuerdo con la *fides* comportaba respetar una serie de deberes, a veces acordados, pero también sobreentendidos, que quedaban establecidos en el momento en que se entablaba una relación de cualquier tipo entre estados o individuos. El quebranto de la *fides* podía resultar del flagrante incumplimiento de un pacto, pero también de actitudes más sutiles, como la ingratitud ante un beneficio o la simple falta de reciprocidad. En estos casos, no responder a la transgresión era un signo de debilidad y un menoscabo del honor y el rigor ético. Desde esta perspectiva, buena parte de las justificaciones de las campañas de Roma pueden interpretarse como un comportamiento reactivo frente al socavamiento de este ideal, ya fuese con un motivo más o menos verídico o como una explicación historiográfica a posteriori¹⁶⁷. De nuevo, este trasfondo

¹⁶⁶ La controversia entre la naturaleza defensiva u ofensiva del imperialismo romano es un debate clásico, fundamentalmente en lo que concierne a su realidad histórica, pero también en su dimensión discursiva, que es a la que me refiero; *vide* Harris 1979; Albert 1980; Eckstein 2006; Erskine 2010; Edwell 2013 y, complementariamente, González Román 1991; Jiménez Rojas 2013. Acerca de la trascendencia contemporánea de ese debate: Duplá Ansuategui 2005.

¹⁶⁷ Sobre la importancia de la *fides* en el discurso historiográfico latino *vide* Barry 2005; Groves 2013. Complementariamente, puede contemplarse su dimensión jurídica (Nörr 1996 (1991)) y religiosa (Freyburger 1986). Por otro lado, se ha enfatizado el concepto en el ámbito romano, aunque resultaba

tiene una derivación esencial en la manera en que los hispanos fueron representados en el transcurso de las relaciones diplomáticas tejidas en la Península¹⁶⁸. Desde luego, fue recurrente su culpabilización inmediata ante ciertas agresiones, pero también se encuentran razonamientos más complejos y ambivalentes relacionados con el ejercicio correcto o inadecuado de la *fides* por parte de los distintos actores. En este sentido, puede identificarse cierto juego con las nociones de *fides* y *perfidia*, aplicadas en distintas direcciones a hispanos, cartagineses y romanos, como parte fundamental del marco explicativo del proceso de expansión y del papel jugado por los implicados en cada contexto específico (§ 9).

Así, la caracterización de los hispanos dependió de manera importante de la justificación del inicio de los conflictos, pero también del relato de su desarrollo. La provincialización de Hispania fue un proceso lento, difícil y sangriento. Se necesitaban argumentos para justificar la implicación de Roma, pero también razones para explicar los reveses militares, la inoperancia estratégica y el enquistamiento de los conflictos. En algunas ocasiones, esa responsabilidad se hizo recaer en la negligencia de ciertos representantes de Roma, como Galba (§ 2.4) pero, por lo general, las razones se encontraron en la propia idiosincrasia hispana. En ese punto, su naturaleza belicosa cumplió una función esencial como causa de la guerra, pero también fue clave para justificar que se prolongase o complicase demasiado. En este aspecto, el tópico adquiría un cierto valor positivo: los hispanos aparecieron plenos de virtudes marciales (lealtad, valor, fuerza, tenacidad, etc.) que les encumbraron como uno de los pueblos guerreros más afamados de la Antigüedad (§ 7). Obviamente, esta propaganda no era gratuita, el beneficio estaba en la exaltación del vencedor final, de los romanos que habían conseguido someterlos. El tópico servía para exculpar las grandes derrotas, las bajas excesivas o la prolongación de los conflictos, y al mismo tiempo convertía el resultado final en una proeza. Magnificando la dignidad y valía del enemigo se magnificaba la propia por oposición. Tanto en positivo, como en los extremos más negativos, se trataba de dibujar a un enemigo temible, indómito, impredecible e irrefrenable, lo que hacía de la gesta romana un logro casi sobrenatural.

De nuevo, esa idea tenía un componente fundamental de tipo geográfico, natural. Las explicaciones sobre los obstáculos y mérito de los conflictos estuvieron también plagadas de referencias a la orografía. Si etnográficamente el determinismo servía para entender la incivilización de aquellas sociedades, desde el punto de vista historiográfico servía también para explicar los motivos del retraso, los esfuerzos añadidos y, finalmente,

ampliamente compatible con la noción de *pistis* griega (Freyburger 1982; Gruen 1982). Para lo que concierne a los asuntos hispanos, Perley (2012) ha hecho un repaso exhaustivo de referencias, aunque limitado en su análisis. Volveré sobre esta cuestión pormenorizadamente en § 9.

¹⁶⁸ Acerca del contexto diplomático de las guerra hispanas *vide* Mangas Manjarrés 1970; García Riaza 2002; 2011; 2012; Sánchez Moreno 2011, y más en general, Burton 2011.

la hazaña lograda. Esta lógica se aplicaba especialmente a los pueblos del norte, asociados a territorios particularmente inexpugnables, pero, en general, el tópico del territorio escarpado, proclive a la emboscada impredecible, fue un absoluto lugar común. Más allá de su realidad evidente, el tópico contribuía a reforzar el argumento de la dificultad de la empresa y completaba, además, el concepto integral de Iberia como un territorio bárbaro por excelencia, tanto en un sentido cultural como físico¹⁶⁹.

Por otro lado, esa magnificación de la gesta romana en general era también una exaltación de sus héroes individuales en particular. En esta línea se ha señalado el hecho de que la tradición historiográfica hegemónica sobre las guerras en Hispania contuvo un sesgo propagandístico en favor de la familia de los Escipiones y la facción favorable, a la que, no en vano, Polibio estuvo personal y jurídicamente vinculado¹⁷⁰. En la medida en que diferentes representantes de esta familia jugaron un papel central en el desarrollo de las guerras en la Península, esa tendencia historiográfica condicionó de una manera determinante la forma de plantear los asuntos hispanos en múltiples sentidos. Para empezar, estos personajes fueron presentados como el paradigma de la virtud militar y política (*fides*, *clementia*, *continentia*, etc.), lo que repercutió decisivamente en la idealización de sus actitudes diplomáticas; un ejemplo muy célebre es el trato magnánimo hacia los hispanos atribuido a Escipión Africano durante la Guerra de Aníbal, como en la liberación de rehenes en Carthago Nova o en los acuerdos con Indíbil y Mandonio (§ 9). Asimismo, comportó una absoluta magnificación de sus logros militares: el asedio de Numancia es el ejemplo por excelencia en lo que concierne a Escipión Emiliano. En cierto sentido, la historia de la epopeya de la conquista hispana se presentó a menudo como una historia íntimamente ligada a esta familia, dependiente de sus cualidades y decisiones personales. En esa línea puede entenderse el episodio del duelo singular en Intercatia del joven Escipión Emiliano (§ 7) y, de una forma más elaborada, la implicación de Escipión Africano en la Segunda Guerra Púnica como una revancha familiar por la muerte de Publio y Cneo culpando de ello a los celtíberos (§ 9). Asimismo, ese sesgo familiar parece poder rastrearse en la visión que se trasladó de otros miembros de la *gens Cornelia*. Por ejemplo, los representantes de esta familia, Fabio Máximo Emiliano y Fanio, fueron los únicos romanos caracterizados de una manera loable en la Guerra de Viriato¹⁷¹, precisamente un conflicto en el que muchos personajes con peor prensa salieron muy mal parados en la historiografía, especialmente Galba (§ 2.4). Ni que decir tiene que ese juego de contrastes en favor de los Escipiones, que es claro en lo que respecta a los hispanos y

¹⁶⁹ Gómez Espelosín 1993a.

¹⁷⁰ Torregaray Pagola 1998; 2002; 2003; Hernández Prieto 2011; Salinas de Frías 2011a; para el contexto histórico de fondo, *vide* Bendala Galán 2016.

¹⁷¹ App. *Hisp.* 65 y 67; compárese con la manera en que este presentó al resto de romanos implicados en esa guerra: App. *Hisp.* 51-53, 58, 60, 67, *e. g.*; *vide* García Moreno 2002, 134.

a otros romanos, alcanzó su máximo potencial cuando la comparativa se establecía contra el gran enemigo: Cartago y, particularmente, Aníbal¹⁷².

Esta tradición, que parece tener en Polibio un artífice fundamental, aunque no exclusivo, marcó profundamente a la historiografía posterior. Estos estereotipos fueron revitalizados al final de la República y la época augustea, cuando las figuras de los Escipiones fueron revisitadas como parte del catálogo de los fundadores heroicos del Imperio. En este sentido, en lo que nos concierne, la tradición proescipiónica tendría su eco directo en las historias de Livio y Apiano, marcando su tratamiento de las guerras en Hispania¹⁷³. Los Escipiones, por un lado, y sus adversarios políticos, por otro, representarían un rol retórico al que recurrir para ejemplificar lo mejor y lo peor del ejercicio del poder de Roma. Estas dinámicas son fundamentales pues tuvieron su reflejo en el papel atribuido a los hispanos como parte de ese escenario de heroización-demonización del personaje romano. Solo teniendo en cuenta la tendenciosidad de la propaganda entre facciones se puede comprender plenamente la perfidia de Indíbil y Mandonio, el valor de los vacceos de Intercatia, la envergadura simbólica de Numancia o la dignidad de la revuelta de Viriato.

Pero no solo los Escipiones fueron los héroes personales de las guerras hispanas. La Guerra de Sertorio es otro buen ejemplo de cómo el sesgo propagandístico a favor o en contra de un personaje romano condicionó, de manera colateral pero decisiva, la imagen transmitida de los hispanos implicados en su historia¹⁷⁴. Es obvio que el enfrentamiento de Sertorio contra la facción de Sila está inextricablemente ligado a Hispania en general, pero también a sus propios habitantes que se constituyeron como una pieza clave de los movimientos políticos y militares del conflicto. Tanto en positivo como en negativo, lo hispano está muy presente en la imagen histórica construida sobre él en la literatura grecolatina: por un lado, su ligazón con Hispania, sus habitantes y sus formas puede relacionarse con el proceso de alterización del personaje y la negación de su *romanitas* por parte de las tradiciones adversas, como la de Diodoro y Livio; por otro, gran parte de la idealización propia de la literatura prosertoriana, como la de Salustio y Plutarco, enfatizó precisamente su capacidad de liderazgo, diplomático y militar, sobre sus aliados locales, sobre todo los lusitanos. En este sentido, tópicos habituales sobre la barbarie hispana se entrecruzaron reiteradamente en el relato de esta guerra. Sin duda, esos lugares comunes son en parte reflejo de ciertas dinámicas de interacción auténticas, propias de la inestable y compleja realidad hispanorromana tardorrepública; no obstante, esto no es incompatible con el hecho de que, al mismo tiempo, funcionasen

¹⁷² Brizzi 2011; Quesada Sanz 2013.

¹⁷³ García Moreno 1989a, 25-28; 2002, 134.

¹⁷⁴ Neira Jiménez 1986; Beltrán Lloris 1990; Manchón Zorrilla 2014; Salinas de Frías 2014; García Domínguez e. p.; acerca del proceso histórico y bélico: Schulten 2013 (1926); García Morá 1991; Sala Sellés y Moratalla 2014, entre otros.

también como complementos retóricos para completar el perfil del personaje que se estaba dibujando. Es así como en las distintas versiones del conflicto sertoriano aparecieron y se reforzaron temas típicos como la belicosidad natural de los hispanos (§ 7), su inclinación a la emboscada y la guerra informal (§ 8), su fidelidad extrema (§ 9) o su credulidad barbárica (§6). De esta forma, gran parte del catálogo de los *topoi* clásicos sobre lo hispano quedaba plenamente integrada en la transmisión historiográfica y literaria de un conflicto civil netamente romano.

Cabe una última reflexión acerca de ese fenómeno de interrelación entre la etnografía de la Península y la propaganda personalista en Roma. En efecto, el relato de la Guerra Astur-Cántabra y la caracterización de los pueblos sometidos solo puede entenderse como un elemento inseparable del proceso de glorificación individual de Augusto. De hecho, en este caso, esa motivación propagandística no es solo aplicable a su instrumentalización discursiva, sino que quizá esté incluso en el propio origen del conflicto. El inicio de la guerra del noroeste es difícil de explicar desde un punto de vista pragmático, económico o estratégico; además, no fue casualidad que se iniciase en un momento crítico en la consolidación del poder de Octaviano. Por otra parte, todo el conflicto estuvo siempre rodeado de una parafernalia propagandística desacostumbrada y desproporcionada en relación con el alcance real de la anexión en sí misma: la apertura de las puertas del templo de Jano, la presencia personal de Augusto en las campañas, el extenso despliegue de tropas o la erección de monumentos conmemorativos. Es más que razonable pensar que el propio planteamiento de la guerra estuviese diseñado como un instrumento político por dos motivos simbólicos fundamentales: por un lado, debía servir para complementar la reputación de Augusto en el plano militar (de lo que adolecía, en parte), al presentar el conflicto como una gesta personal; en términos más generales, debía ayudar a redondear el discurso de la *Pax Augusta* como la consecución definitiva de la pacificación del Imperio, lo que pasaba por completar el domino de la Península sometiendo su extremo más inhóspito¹⁷⁵.

Se acepte o no esta idea de la propia guerra como elemento propagandístico, no se puede negar, en todo caso, que sí se instrumentalizó y fomentó intensamente en ese sentido. Para empezar, el relato historiográfico de este conflicto no tiene la precisión escrupulosa con la que se narraron, por ejemplo, la Guerra Celtibérica de la tradición polibiana; el de la Guerra Astur-Cántabra es un relato básicamente literario, concebido para la exaltación épica por encima de cualquier otro objetivo historiográfico. Livio o Dion Casio transmitieron la historia del sometimiento de unos pueblos salvajes e indómitos que impedían con sus correrías el normal desarrollo del progreso en Hispania, lo que convertía a la guerra en una gesta heroica y una misión civilizadora. De nuevo,

¹⁷⁵ Salinas de Frías 1998; Marco Simón y Pina Polo 2008; Costa García 2015; sobre el trasfondo histórico: Mangas Manjarrés y Rodríguez Mayorgas 2017.

esto tuvo una dimensión etnográfica esencial que adquirió una forma particularmente acabada con Estrabón: en buena medida, el estereotipo del bárbaro norteño era invocado en su grado máximo para caracterizar a unos pueblos completamente atrasados en lo cultural y bestiales en lo militar. Esto conformaba el trasfondo de la epopeya augustea y, en su comparación con el progreso alcanzado por los hispanos ya romanizados, servía para demostrar la excelencia de la *Pax Romana* (§ 2.5). Los pueblos cantábricos pasaron a ocupar así el papel del bárbaro hispano por excelencia, el último gran bárbaro occidental.

2.4. La reflexión filosófica y el juego de opuestos

En todo caso, el bárbaro hispano no fue nunca simple ni unívoco. Como he comentado, la renovación helenística de la etnografía griega supuso una profunda complejización de la polaridad antagónica barbarie-helenidad. Esto tuvo mucho que ver con la irrupción de Roma, pero el proceso iba más allá, se inició antes, con la apertura de horizontes que supusieron las conquistas alejandrinas. Nuevas y diversas realidades culturales se conocieron e integraron en el mundo helénico de una manera mucho más intensa de lo que había supuesto cualquier proceso colonial previo. El descubrimiento directo de este nuevo universo supuso un desafío para las divisiones geoculturales sencillas, lo que necesariamente obligaba a reinventar el pensamiento etnográfico sobre lo extranjero. Esto no supuso abandonar los prejuicios culturales etnocentristas, pero sí superar la caracterización del bárbaro como mera demonización simplista para nutrirse de categorizaciones más complejas, nuevas distinciones, grados y matices, una nueva amplitud de miras que conllevaba un nuevo interés por el análisis intelectual y filosófico del Otro. Por supuesto, la nueva realidad imperial de Roma no haría sino ahondar en la transformación del modelo. Si autores como Eratóstenes habían readaptado los modelos clásicos desde el mundo heleno, la intelectualidad latina aportó sus propias concepciones y elementos: ese fenómeno general está detrás de la profundidad teórica de Cicerón al replantear la cuestión, así como en la amplitud de miras de César, alimentada por su experiencia directa, por ejemplo. En definitiva, el discurso de la barbarie que desarrolló la intelectualidad grecolatina del periodo helenístico-romano fue un discurso abierto, complejo y reflexivo¹⁷⁶. En consecuencia, el nuevo *barbaricum* occidental era un constructo polarizado y estereotipado, definido por el prejuicio y la guerra, pero no era cerrado ni sencillo, no estaba exento de divergencias y ambigüedades, tanto por reflexiones filosóficas trascendentes, como por motivos políticos concretos.

¹⁷⁶ En general, *vide* Momigliano 1999 (1975); Dauge 1981; Woolf 2011; Almagor y Skinner 2013; Lampinen 2013, entre otros.

Posidonio de Apamea es considerado el inaugurador de la etnografía hispana y su obra, en general, constituye un ejemplo paradigmático de esa visión compleja del bárbaro de época helenística¹⁷⁷. Más allá de la procedencia última de su información sobre Iberia, en parte probablemente obtenida de forma directa¹⁷⁸, parece claro que desarrolló una visión propia de su realidad en consonancia con la particular altura intelectual de su trabajo. Concibió la realidad peninsular desde un prisma etnocentrista e integrado en el contexto imperial romano del cambio del siglo II al I a. e. c., perfilando a los hispanos dentro del esquema del resistente a la civilización; no obstante, lo hizo desde un enfoque profundo incisivo y crítico. La celebridad e influencia de este autor habría generado una tradición sobre la presencia de Roma en Hispania que complejizó y dotó de una perspectiva múltiple a la imagen de sus pueblos. Ahora bien, el hecho de que no conservemos su obra hace difícil calibrar su incidencia con precisión. Está generalmente aceptado que algunas de sus informaciones y planteamientos influyeron de una forma decisiva en ciertos autores de inquietudes filosóficas comunes de corte cínico-estoico, como Estrabón, Diodoro y Apiano. En todo caso, queda abierto un debate difícil de resolver sobre la medida concreta en que esas tendencias derivaron de Posidonio, Polibio o la analística latina¹⁷⁹. Generalmente, en el plano filosófico y etnográfico al que me estoy refiriendo ahora, Diodoro suele ser señalado como el seguidor más fiel, en el sentido de conservar una mayor riqueza de matices y reflexiones hipotéticamente posidoneas. Como veremos, en este sentido se han interpretado algunas informaciones historiográficas y etnográficas sobre Iberia que se distribuyen irregularmente por su variopinta y enciclopédica *Bibliotheca Historica*, compuesta en el siglo I a. e. c.¹⁸⁰

Las *Historias* de Posidonio eran la continuación de las de Polibio, pero iban más allá del relato factual para imprimir al hecho histórico de un importante calado filosófico de raíz estoica. Según su concepción monista del mundo, las esferas naturales y humanas, materiales y espirituales, eran parte de una interacción recíproca e indivisible, de manera que sus explicaciones trascendían el hecho inmediato para integrarse en consideraciones más amplias de tipo geográfico, antropológico, biológico, económico, etc. Esa visión organicista conllevaba reflexiones antropológicas profundas relacionadas con la

¹⁷⁷ En cuanto a la obra de Posidonio *vide* Tierney 1960; Momigliano 1972-1973; Nash 1976; Clarke 1999, 129-192; Ruggeri 1999; Lampinen 2014; y en lo que concierne a su aportación sobre la Península Ibérica, Alonso-Núñez 1979; García Fernández 2002.

¹⁷⁸ Sobre el problema de las fuentes hispanas de Posidonio *vide* Alonso-Núñez 1979.

¹⁷⁹ Sobre su influencia en Estrabón y Diodoro, *vide* *Ibid.*; García Fernández 2002, y en lo que concierne a Apiano, Gómez Espelosín 1993c, 114-119; *cfr.* Hoz Bravo 2000, que descargó de Posidonio parte de la responsabilidad, apuntando a Polibio.

¹⁸⁰ En general, sobre la obra de Diodoro, *vide* Sacks 1990; Sulimani 2011; Muntz 2017; complementariamente, para algunas cuestiones concretas de especial interés aquí, son recomendables Camacho Rojo 1994; Anello 2005; Sierra Martín 2012; en lo que concierne específicamente a su relación con Iberia: Muñoz Martín 1976; Hoz Bravo 2000; Salinas de Frías 2004. Utilizo aquí las ediciones de Muñoz Martín 1976 y Torres Esbarranch 2004.

psicología y el comportamiento humano en su vínculo con los condicionantes geográficos. Un probable eco de esas consideraciones parece encontrarse en las recurrentes preocupaciones de Estrabón, Diodoro y, en menor medida, Apiano, por los asuntos relacionados con la geografía física, el aprovechamiento económico de los recursos y sus implicaciones culturales; en este sentido, encontraremos una recurrente ecuación paisaje-civilización-riqueza en la caracterización del hispano (§ 8 y 6).

Desde un punto de vista político, la visión posidonea de Iberia formaba parte de una reflexión más amplia acerca de las circunstancias de la expansión romana, pero no como simple propaganda, sino como un tratado crítico sobre su particular problemática cultural, social y económica. Esto conllevaba una orientación ética fundamental. Sin que pueda definirse como propiamente antiimperialista, sí aportó un profundo contenido crítico a la historia de la expansión romana, sus mecánicas y consecuencias. Su obra es un tratado sobre la labor civilizadora de Roma, pero también un testimonio de su crisis política, interior y exterior, y de los efectos devastadores de sus abusos coloniales. De esta reflexión parece derivar una cierta visión de Iberia, recurrente en la literatura grecolatina posterior, como un país abandonado a la explotación y la avaricia de los malos representantes de la civilización, lo que la convertía en una suerte de *exemplum* de la decadencia de Roma¹⁸¹. Desde esta perspectiva se ha interpretado, por ejemplo, el lamento de Diodoro acerca de las condiciones de trabajo de colonos y esclavos en las minas de Cartago Nova, donde se combinaban el interés geoeconómico y el criticismo ético¹⁸².

Como contraposición con esa visión del Imperio y sus efectos, el bárbaro posidoneo tenía rasgos de la virtud perdida en el proceso civilizador. Por una parte, su representación de los pueblos occidentales fue un discurso barbarizante, clave en la conformación del estereotipo céltico, y fundamentada en el determinismo natural de la Europa fría y agreste como origen de sociedades rudas y subdesarrolladas. Sin embargo, por otro lado, su primitivismo comportaba elementos ideales propios del *buen salvaje*, que funcionaban como contrapunto a la corrupción de la sobrecivilización, que era percibida como potencialmente degradante y superficial. El retrato alterizado del celta se ponderaba así con digresiones sobre su austeridad, justicia, honradez, hospitalidad y aptitudes poéticas¹⁸³. Desde esa idealización primitivista deben comprenderse ciertas apreciaciones de Diodoro sobre la Céltica peninsular: alabó la compenetración con la naturaleza de lusitanos y celtíberos, recalcando la hospitalidad de estos últimos (§ 6 y 9), y presentó a un mundo vacceo casi utópico, con un sistema económico basado en la división de la

¹⁸¹ Gabba 1974. Su criticismo también se ha interpretado como un sesgo en favor de la causa de Pompeyo (Alonso-Núñez 1979, 644-645).

¹⁸² D. S. 5.36; 5.38.

¹⁸³ Tierney 1960; Nash 1976; Rankin 1987; Ruggeri 1999; Lampinen 2014. En general, sobre la idealización primitivista en la Antigüedad, *vide* Lovejoy y Boas 1965 (1935).

tierra cultivable y el reparto equitativo de las cosechas (§ 6). Pero por encima de todo, fue su versión de la figura de Viriato el ejemplo por excelencia de la proyección del ideal estoico en Iberia (*vide infra*).

Cierto es que el legado de Posidonio es un problema historiográfico en sí mismo. El atractivo del personaje ha favorecido que tradicionalmente se le hayan atribuido automáticamente noticias sobre los pueblos occidentales cuya autoría no está exenta de dudas¹⁸⁴. Tenga o no Posidonio el peso tan fundamental que se le ha atribuido generalmente, el hecho evidente es que en la tradición etnográfica sobre Iberia circularon una serie de elementos, aparentemente inspirados por el pensamiento estoico, que aportaron una complejidad y ambivalencia importante en la representación de los pueblos hispanos, problematizando su alteridad.

Por otro lado, otras ambivalencias fundamentales fueron introducidas desde el ámbito puramente historiográfico. En general, no puede entenderse el relato de las guerras en Hispania como un discurso legitimador absolutamente cerrado. Polibio, especialmente, pero también Livio, Floro y Apiano, en mayor o menor medida influidos por el primero, introdujeron problemas en la justificación de ciertas acciones romanas, así como en la explicación de las motivaciones de los hispanos.

Desde luego, la historia de Livio es abiertamente patriótica, pero su visión no está exenta de autocrítica y reconocimiento en el Otro. Esto se nota de una manera particularmente acusada en el ámbito de la *fides*, sus implicaciones éticas y su relación con los motivos de la guerra y la resistencia; esos temas no siempre dejaron bien parada a la actuación romana: la cuestión de Sagunto o la revuelta de Indíbil y Mandonio son buenos ejemplos de ello¹⁸⁵. Aunque tradicionalmente se han achacado algunos de estos elementos al influjo de Polibio, lo cierto es que están plenamente integrados en la versión de Livio, y deben entenderse como parte de su comprensión global de las inercias del imperialismo romano desde un prisma ideológico particularmente latino (§ 9).

Una consideración similar podría hacerse sobre Floro, reforzada, de hecho, por su simpatía hacia Hispania y por su tendencia a la simplificación moralizante. En efecto, el *Epitome* no es un simple resumen, sino que responde a criterios propios de discriminación y estructuración de lo narrado¹⁸⁶, y su característica más destacada es su fuerte carácter

¹⁸⁴ Una reciente revisión crítica en este sentido en Lampinen 2014 y, para el caso de Iberia, en Hoz Bravo 2000. Por otro lado, cabe considerar la influencia de otro autor clave de este período, Artemidoro de Éfeso, aunque la información identificada de momento por los recientes hallazgos es fundamentalmente geográfica (Gangutia Elícegui 2006; Prontera 2006; Moret 2012a; 2012b), aparte de que su autenticidad esté cuestionada (Canfora 2011, *e. g.*).

¹⁸⁵ Liv. 21.19 y 29.2, *e. g.*

¹⁸⁶ Zancan 1942; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 30-42. De hecho, su título es probablemente posterior a la concepción de la obra.

retórico y didáctico¹⁸⁷. Así, sin desligarse de las líneas de Polibio y Livio, tendió a magnificar sus extremos: simplificó la valoración de los procesos históricos y su causalidad (por ejemplo, reforzando los antagonismos), exageró los datos (como el número de muertos y combatientes) y resaltó hechos anecdóticos que fomentaban el dramatismo (recreándose en el hambre, masacres y suicidios), lo que solía completarse con sentencias aleccionadoras que delimitaban el mensaje. Las reservas polibianas y livianas se transformaban así en declamaciones moralistas, en ocasiones muy empáticas con el conquistado, lo que se ha relacionado con un hipotético posicionamiento antiexpansionista, cercano a la filosofía adrianea y crítica con la política de Trajano¹⁸⁸. Si a esto le añadimos su particular inclinación por los asuntos hispanos (§ 2.3), el resultado es una revalorización dramatizada de aquellas simpatías primitivistas y alabanzas de la resistencia legadas por las tradiciones previas. Ejemplos de esa tendencia son la alabanza de Metelo por la toma pacífica de Nertóbriga, su visión maximalista de Viriato como *Hispaniae Romulus* o la absoluta reprobación por la destrucción de Numancia¹⁸⁹.

Por su parte, la obra de Apiano tiene poco de declamación retórica; muy al contrario, se caracterizó por la síntesis descriptiva. No obstante, su versión de los hechos está lejos de resultar simple. La visión griega y periférica que le era consustancial no impidió que su discurso fuese una ferviente defensa del efecto benefactor del Imperio romano, pero quizá también lo hizo especialmente proclive a contemplar ciertas ambigüedades potencialmente críticas sobre las causas, motivaciones y prácticas del expansionismo romano, en mayor o menor medida, inducidas por el legado helenístico del que se nutrió. Efectivamente, se le considera un transmisor particular de las perspectivas de Polibio y/o Posidonio, en cuestiones como el problema de Sagunto o la idealización primitivista de Viriato¹⁹⁰.

No obstante, en ocasiones este tipo de contemplaciones hacia la causa hispana tuvo también un sentido político más específico. Si la tradición historiográfica hegemónica tuvo mucho de propaganda a favor de los Escipiones (§ 2.3), también sirvió para el desprestigio de otras facciones y personajes. En este sentido, si hay un personaje desprestigiado en la historia de la romanización de Hispania, ese es Sulpicio Galba. Su masacre a traición de cientos de lusitanos sirvió de pretexto para convertirle en la personificación de todo lo negativo que podía representar la expansión romana: perfidia, codicia, crueldad e injusticia. La realidad es que el procedimiento de Galba, por muy expeditivo que resultase, no tuvo nada de extraordinario en comparación con las prácticas de otros personajes con mejor fortuna propagandística, como Escipión, Catón o Graco.

¹⁸⁷ Moreno Ferrero 1998; 1999; Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 42-52.

¹⁸⁸ Aunque la teoría es problemática; *vide* Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 51-52.

¹⁸⁹ Flor. 1.33.10; 1.33.15-17 (*vide* López Melero 1988) y 1.34, respectivamente.

¹⁹⁰ García Moreno 2002, 132-142, defendió la influencia polibiana, mientras Gómez Espelosín 1993c, 114-119; 2009, hace lo propio con la posidonea.

La excepcionalidad del caso de Galba reside en que contaba con Catón como opositor, circunstancia que propició el surgimiento de toda una tradición adversa a su figura. A través de Rutilio Rufo y Cicerón, Galba se convirtió en un estereotipo retórico, en un *exemplum* antitético del buen general romano, perpetuándose una línea historiográfica claramente sesgada en su contra, como ocurre con Apiano¹⁹¹. Sin alcanzar la celebridad de Galba, similares consideraciones pueden hacerse de otros romanos estigmatizados por sus acciones hispanas, como Licinio Lúculo o Tito Didio (§ 9).

Lo interesante de este fenómeno, de nuevo, es el efecto especular que tuvo en la representación de los hispanos implicados. Como refuerzo del discurso ejemplarizante, la injusticia de la acción de Galba se presentó de manera inversamente proporcional a la nobleza de la causa lusitana, lo que afectó a la representación de sus cualidades como pueblo, en general, y al tratamiento de la Guerra de Viriato, en particular. O, dicho de otra manera, si la sublimación de Escipión o Augusto contribuyó a la barbarización de celtíberos y cántabros, la estigmatización de Galba tuvo el efecto de matizar la barbarie lusitana.

La figura de Viriato concentra en sí misma todas estas nociones discursivas¹⁹². Por un lado, es un ejemplo excelente de la reproducción de ciertos esquemas filosóficos en lo que respecta a la idealización del primitivismo y sus valores asociados. Especialmente en la versión del personaje que transmitió Diodoro, atribuida tradicionalmente a la lectura de Posidonio, Viriato respondía al prototipo del rey-sabio ideal de la filosofía cínico-estoica: criado en la austeridad y ascesis de la naturaleza, fue fuerte, justo y equitativo, ajeno al lujo y la riqueza material, sabio, pero no corrompido por la educación reglada. El modelo de fondo queda claramente revelado cuando, de una manera absolutamente descontextualizada, se le atribuyó al lusitano el relato de una fábula de corte cínico en uno de sus discursos¹⁹³.

Por otro lado, parece que Viriato también fue objeto de una reflexión política sobre los fundamentos del poder en la otra gran tradición sobre su figura, la que transmitió Apiano, y cuya influencia última suele identificarse en Polibio. Esta caracterización incidió especialmente en la fuerza de Viriato como líder capaz de lograr para sí la lealtad de sus seguidores mediante la acción justa y ecuánime. En este caso, el lusitano parece representar un paradigma tradicional del pensamiento griego utilizado para definir el paso de una jefatura primitiva, mantenida por la fuerza, a una jefatura de consenso, lograda

¹⁹¹ García Quintela 1999b; Muñiz Coello 2004; Marco Simón 2006; 2016; García Riaza 2008; Salinas de Frías 2010b; Martínez Morcillo 2011. También existieron versiones más ponderadas, como la de Livio.

¹⁹² Más allá de su compleja realidad como personaje histórico; entre otros, *vide* Schulten 1920; Gundel 1968; López Melero 1988; García Quintela 1993; 1999a, 177-222; Pérez Vilatela 2000, 259-275; Sánchez Moreno 2001; 2002a; Pastor Muñoz 2000; 2004; Pérez Abellán 2006; Salinas de Frías 2008; Silva 2013.

¹⁹³ D. S. 33.1 y 7; *vide* Lens Tuero 1986; García Moreno 1988, y sobre estos conceptos, en general, Høistad 1948.

cuando el líder es capaz de asumir como suyos los peligros y necesidades de la comunidad¹⁹⁴. De alguna manera, ese ensalzamiento político del lusitano alcanzó su paroxismo con la definición como *Hispaniae Romulus* por parte de Floro¹⁹⁵.

Con diferentes matices y énfasis, este personaje representó en el discurso grecolatino todas las virtudes del primitivo noble y justo, y lo hizo como el contrapunto de todo lo oscuro que simbolizaba Galba. La figura de Viriato quedaba apropiada, así como el héroe ajeno que ponía en evidencia las debilidades y excesos del propio esplendor romano¹⁹⁶. Como estereotipo retórico, filosófico, político e histórico, Viriato es el ejemplo por antonomasia de cómo el bárbaro hispano era una realidad múltiple, flexible y ambivalente en la construcción del discurso grecolatino sobre Iberia.

2.5. El modelo etnográfico imperial

Hubo obras profundas, valiosas y célebres sobre Iberia en época republicana, pero lo cierto es que el grueso de las fuentes conservadas corresponde a la etapa altoimperial, entre los siglos I a. e. c. y II e. c. Más allá de los fragmentos puntuales previos y las deudas intelectuales que puedan rastrearse, la realidad más sólida es que la imagen grecolatina esencial sobre la Iberia antigua que ha llegado hasta nosotros se forjó en un contexto augusteo y debe entenderse como parte de un discurso ligado al nuevo concepto de Principado. Así, sabemos que el legado historiográfico de Polibio y los analistas es fundamental, pero los hechos los conocemos sobre todo por Livio y Apiano; podemos considerar a Posidonio como el fundador de la etnografía hispana, pero no contaríamos con ninguna descripción de estos pueblos sin Diodoro y, particularmente, Estrabón.

Efectivamente, el caso de Estrabón es particularmente importante desde el enfoque con el que se plantea este estudio. Su *Geografía* ha definido de manera decisiva la visión de la Iberia prerromana que se mantiene hasta la actualidad; probablemente ninguna otra obra ha sido tan influyente en este sentido¹⁹⁷. Dos características básicas han incidido en este hecho: la conservación íntegra del libro tercero dedicado a la Península y su concepción totalizadora. Ciertamente, muchas de las noticias transmitidas por él fueron tratadas también por Diodoro, y en ocasiones de una manera más detallada, ponderada y profunda (§ 2.4), pero la serie deslavazada de referencias de este último nunca podría competir con la fuerza de un volumen completo, sistemático y coherente sobre la realidad

¹⁹⁴ App. *Hisp.* 75; vide García Moreno 2002, 135-141, y sobre su idealización en un plano puramente militar: Iglesias Zoido 2010.

¹⁹⁵ Flor. 1.33.15; vide López Melero 1988.

¹⁹⁶ Alvar Ezquerro 1997.

¹⁹⁷ Álvarez Martí-Aguilar 1999.

cultural hispana. Por lo tanto, intentar entender la manera en que se forjó la imagen de los hispanos en las fuentes grecolatinas es inseparable del análisis de Estrabón, su obra y sus circunstancias¹⁹⁸.

Superada la imagen de su trabajo como un mero compilador de tópicos heredados¹⁹⁹, se ha impuesto de manera generalizada su revalorización como autor individual y la de su obra como un producto complejo, plenamente imbricado en su contexto cultural y político. En este sentido, se han apuntado algunos factores coyunturales que, entre otros posibles, parecen particularmente pertinentes aquí. En primer lugar, se ha incidido en su coyuntura personal, en la medida en que su origen periférico, Amasia, pudo haber influido en la manera en que concibió el mundo bárbaro. Estrabón era miembro de las élites locales de un territorio excéntrico del imperio, pero plenamente integradas en el marco estructural, administrativo y económico de la gestión romana²⁰⁰. Parece razonable pensar que esta circunstancia fuese clave en el planteamiento de su obra: el interés por las costumbres y realidades de los márgenes del imperio, por un lado, y la idea de que Roma había propiciado una transformación efectiva, palpable y provechosa en esas realidades a lo largo de las últimas generaciones. En un sentido más amplio, la concepción estraboniana no puede entenderse si no es como parte integral del aparato intelectual de legitimación imperial fraguado en tiempos de Augusto. Como un griego identificado con la causa y la misión de Roma como agente civilizador del mundo, Estrabón desarrolló un concepto del imperio romano como la nueva unidad ecuménica. Asimismo, imprimió en esta representación una dimensión dinámica, histórica, en la que se evidenciase el cambio positivo que sus pueblos habían experimentado, así como las necesidades y problemáticas particulares de cada provincia²⁰¹.

Desde el punto de vista intelectual, su obra puede enmarcarse en el general ambiente de recuperación del interés por el género geográfico y etnográfico tradicional, que había quedado relegado en los últimos tiempos y que disfrutó en el período augusteo de una nueva vitalidad²⁰². En ese aspecto, se ha identificado en Estrabón una compleja combinación de innovación y tradicionalismo. Por una parte, fue un evidente heredero de

¹⁹⁸ Se ha escrito mucho sobre Estrabón y su obra. Son imprescindibles Aujac 1966; Prontera 1984; Clarke 1999, 193-336; Dueck 2000; 2017; Dueck et al. 2005 y, para el caso hispano, Cruz Andreotti 1999; Gómez Espelosín 2007; Lowe 2017. En concreto, en lo que concierne al análisis de su discurso de la barbarie, además de los citados, fueron pioneros Clavel-Lévêque 1974; Bermejo Barrera 1986b; Domínguez Monedero 1984; 1988a; Plácido Suárez 1987; Thollard 1987, con múltiples revisiones posteriores de diferente calado y enfoque: Montero Barrientos 1995; Pelegrín Campo 2003; Castro Páez 2004; Almagor 2005; González Ballesteros 2009; García Quintela 2012; Cruz Andreotti 2014, etc. Utilizo aquí la edición de Gómez Espelosín 2007.

¹⁹⁹ Interpretación muy asociada con el clásico estudio de Aujac 1966, que fue fundamental, en todo caso, en la identificación de los modelos intelectuales que concurrían en *Geografía*.

²⁰⁰ Dueck 2000, 2-4.

²⁰¹ Clarke 1999, 10-28

²⁰² Gabba 1982.

las concepciones etnográficas clásicas, de legado herodoteo, derivadas de su formación griega; por otro, su obra no deja de ser producto de la realidad helenística en la que la polaridad simple griego-bárbaro ya se había desmantelado como dicotomía cerrada. En Estrabón esa apertura del esquema griego clásico tuvo además un sentido muy concreto, el de otorgar a Roma su papel central como nuevo foco de la civilización: la barbarie, aunque era una condición natural de las periferias, no podía ser inamovible, tenía que ser necesariamente provisional, reversible; el progreso de los pueblos era posible, y el influjo civilizador de la *romanitas* era la prueba²⁰³. Así, los esquemas tradicionales del determinismo geográfico y la polaridad barbárica eran reconducidos para dar una respuesta satisfactoria al nuevo contexto del imperialismo romano, estableciendo una gradación sobre el nivel de civilización de cada pueblo en función del tiempo que hubiesen pasado bajo influencia romana o el aislamiento respecto a ella²⁰⁴.

En este sentido, se ha tendido a considerar que Estrabón simplificó los esquemas etnográficos más complejos y equilibrados de autores como Polibio o Posidonio para acomodarlos a esa nueva retórica del discurso imperial, en lo que concierne al bárbaro en general y a Hispania en particular²⁰⁵. En todo caso, sería demasiado simplista entender este proceso como una mera vulgarización manipuladora. Se trataba de conformar un cuadro cultural e ideológicamente coherente con el nuevo contexto de la *Pax Romana*, se trataba de perfilar un marco de consolidación, estabilidad y uniformización ecuménica, en parte real y en parte pretendida. En este sentido, los viejos tópicos se reinventaron con nuevos matices u omitiendo otros, lo que, por lo general, marcó una cierta tendencia en Estrabón a recalcar el sesgo barbarizante y recurrir a la generalización. El bárbaro del pasado debía ser inconfundiblemente bárbaro para así contrastar de una manera más clara con el semicivilizado del presente.

En ocasiones el propio Estrabón explicitó la medida y el sentido de ese distanciamiento, como cuando cuestionó la noticia de Polibio sobre el número de ciudades celtibéricas por considerarlo exagerado; con ello rebajaba el nivel de urbanismo de Celtiberia en la medida en que el dato contradecía la caracterización infracivilizada que estaba perfilando de este pueblo antes de la implantación de Roma (§ 6)²⁰⁶. Esa tendencia parece también traslucirse en las discrepancias entre Estrabón y Diodoro ante las mismas noticias etnográficas, tomadas con toda probabilidad de un origen común, probablemente Posidonio (§ 2.4). En estos casos, Estrabón transmitió una versión más negativa y moralizante en el tono, más simple en los detalles y más generalizadora desde el punto de vista étnico y geográfico. Este mecanismo puede identificarse, por ejemplo, en la explicación que ambos dieron de la cuestión del bandidismo hispano: en Diodoro

²⁰³ Str. 2.3.7; 2.5.26, *e. g.*

²⁰⁴ Thollard 1987 y, en general, toda la bibliografía posterior.

²⁰⁵ Marco Simón 1993, 159-161; Gómez Espelosín et al. 1995, 118-120; Salinas de Frías 1999, *e. g.*

²⁰⁶ Str. 3.4.13.

más concreta, menos censuradora y más preocupada por los condicionantes socioeconómicos; en Estrabón más generalista, fatalista y aleccionadora (§ 8)²⁰⁷.

Esta dinámica, en todo caso, nos está hablando de la independencia y originalidad de Estrabón como autor y del sentido propio que imprimió en su consideración del mundo. Siendo este el contexto ideológico del autor (la legitimación del imperialismo provincial romano) y la base intelectual sobre la que trabajó (formación etnográfica griega, trasfondo cínico-estoico y documentación de época tardorrepública), acometió la tarea de reconstruir la realidad cultural de Iberia en su conjunto y analizar su evolución en el tiempo, y el resultado tuvo una considerable coherencia.

Desde este planteamiento, diferenció en Iberia tres grandes franjas étnico-culturales: por un lado, Turdetania, próspera, civilizada y urbanita; en el otro extremo, los pueblos del área cantábrica, montañeses, salvajes y violentos; y en una posición intermedia, la costa del Levante, Lusitania y el interior, especialmente Celtiberia, áreas en las que ya habían mejorado considerablemente sus ásperas formas de vida. En realidad, esta diferenciación no es tan simple, y caben múltiples matices²⁰⁸; en todo caso sirve como esquema general para comprender las características fundamentales de la perspectiva estraboniana.

En primer lugar, es esencial la noción de distancia, física y cultural, respecto de la civilización. Así, en cierta medida se estaba reproduciendo a pequeña escala el cuadro general de la ecúmene: el Mediterráneo templado, fértil y civilizado al sur, la Europa fría, agreste y salvaje al norte, y en el medio ciertas franjas de transición²⁰⁹. En este modelo se combinaban varios conceptos fundamentales. En primer lugar, el determinismo geográfico que condicionaba el punto de partida con el que contaba un pueblo, por el clima y la orografía, según estos fuesen favorables o adversos. De esta manera, Estrabón insistió en que las malas condiciones del norte de Iberia habían sido determinantes en sus formas de vida primarias, mientras que se recreó en las excepcionales riquezas naturales del área turdetana²¹⁰. No obstante, estos condicionantes de partida dependían de un componente étnico, es decir, la menor o mayor predisposición de los pueblos para aprovechar o no los recursos potenciales con los que contaban. Con este sentido afirmó de los iberos levantinos que, a pesar de sus condiciones favorables, su inclinación al individualismo y el bandidaje les había hecho desaprovecharlos²¹¹.

Asimismo, los dos factores de base, la naturaleza y la predisposición, podían alterarse en función de la mayor o menor comunicación que tuviesen con los focos

²⁰⁷ Para la comparativa general entre la recepción de Posidonio en Estrabón y Diodoro, *vide* Nash 1976; Tierney 1960; Clarke 1999; Ruggeri 1999.

²⁰⁸ *Vide* particularmente la revisión de Pelegrín Campo 2003, 87-120.

²⁰⁹ García Quintela 2012.

²¹⁰ *Cfr.* Str. 3.3.5; 3.4.13 y 3.2.

²¹¹ Str. 3.7.5.

difusores de civilización. Por ello, las comunicaciones y el contacto con pueblos más avanzados se revelaban fundamentales para superar las adversidades previas; así, sobre los pueblos del norte:

«su condición incivilizada y salvaje no se ha producido sólo por el hecho de hallarse en guerra, sino también a causa del aislamiento: en efecto la travesía por mar y los caminos para llegar hasta ellos son largos, y como las comunicaciones resultan difíciles, han perdido la sociabilidad y los sentimientos humanitarios»²¹².

Por supuesto, para Estrabón Roma era el gran foco civilizador de su tiempo y su presencia incluso en las regiones más periféricas marcaba la diferencia en la superación de esa barbarie original. No obstante, su perspectiva sigue siendo helenística, no hay que entenderlo de un modo cerradamente romanocéntrico, pues las miras eran más amplias; en realidad no se trataba de la influencia romana en sí misma, sino la influencia general del helenismo, ese que Roma había alcanzado en su máximo grado y ahora difundía. Pero esa dinámica se remontaba más en el tiempo, estaba ya en la llegada de los *nóstoi*, los míticos héroes de Troya, los fenicios y cartagineses, con su colonización del sur, y, por encima de todo, en las propias expediciones griegas y sus fundaciones de la costa oriental²¹³. De esta forma, Turdetania y el Levante partían de una posición privilegiada por su asimilación temprana del helenismo. A su vez, ese proceso de civilización antiguo había propiciado el surgimiento de nuevo focos regionales, como la propia Turdetania, que contagiaba la cultura a sus vecinos célticos del suroeste²¹⁴. Desde luego Roma había conducido ese proceso hasta límites insospechados. Se demostraba mediante sus fundaciones y actuaciones en Iberia²¹⁵, su erradicación de la conflictividad endémica de ciertas regiones²¹⁶, e incluso en la eliminación de plagas²¹⁷. De hecho, hasta las guerras ajenas a los hispanos eran celebradas como un elemento civilizador en tanto que conllevaba una presencia de Roma; las guerras civiles en la Bética y el conflicto sertoriano en el Valle del Ebro se presentaron como signos inconfundibles del positivo influjo itálico en estas regiones²¹⁸. Las tradiciones griegas sobre la primitiva colonización del extremo Occidente y el nuevo discurso de la *Pax Romana* se fundían para concebir una visión de conjunto unitaria sobre el progreso de Iberia.

Esos factores determinantes se insertaron además en una secuencia histórica específica del caso hispano y que, de manera implícita, contemplaba tres momentos clave:

²¹² Str. 3.3.8 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

²¹³ Str. 3.4.3 (*nóstoi*); 3.4.2-3 y 6 (fenicios y púnicos); 3.4.2, 5-6, 8-9 (griegos). Pelegrín Campo 2003, 104; Cruz Andreotti 2014, 249-250, hacen un certero hincapié en la importancia de los procesos civilizadores previos a Roma en la obra.

²¹⁴ Str. 3.2.15.

²¹⁵ Str. 3.4.1, 6, 7 y 9.

²¹⁶ Str. 3.3.5 y 8.

²¹⁷ Str. 3.2.6; 3.5.2.

²¹⁸ Str. 3.4.10; *vide* Plácido Suárez 1987, 251; Pelegrín Campo 2003, 103.

las colonizaciones míticas y primitivas, que habían afectado particularmente al sur, las guerras de expansión, que habían iniciado el proceso civilizador en gran parte de Iberia, y la Guerra Astur-Cántabra de Augusto, que muy recientemente habían logrado la pacificación del norte.

Es a partir de todos esos elementos de fondo sobre los que Estrabón reconstruyó el mapa de las áreas culturales de la Península en su presente y trazó sus diferencias. Turdetania era el culmen de la civilización en Iberia, por los inagotables recursos de sus territorios y por la antigüedad legendaria de su civilización²¹⁹. Su caracterización era el ejemplo por excelencia del aprovechamiento positivo de la riqueza natural y de los efectos de una comunicación fluida y antigua con el Mediterráneo. Desde luego, esa concepción utópica bebía del mito tartésico (§ 2.1), que de esta manera era racionalizado en términos económicos e históricos. De hecho, Turdetania continuaría siendo un espacio *sin etnografía*. No había curiosidades costumbristas que reseñar, a excepción de la desmedida referencia a su escritura de 6000 años de antigüedad²²⁰. Por lo demás, su descripción era la de un espacio geográfica y económicamente ideal: «cuando se contemplan estas regiones podría decirse que son tesoros inagotables de la naturaleza o el depósito de un imperio perpetuo»²²¹. Yendo más allá, su grado de civilización resultaba ya de hecho prácticamente indistinguible del de la Ciudad, donde había llegado al culmen:

«los turdetanos, y especialmente los que habitan junto al Betis, se han convertido completamente al modo de vida de los romanos y ya no se acuerdan ni de su propia lengua: la mayoría se han convertido en latinos y han recibido romanos como colonos de forma que falta poco para que sean todos ellos romanos»²²².

En el otro extremo se situaba el mundo cantábrico, históricamente aislado del resto del mundo y que apenas se había visto afectado aún por la romanización; el proceso allí estaba comenzando:

«Tiberio, que ha sucedido en el poder a aquél [Augusto], ha situado en estas regiones un destacamento de tres legiones, según se lo había indicado César Augusto, y no sólo los ha pacificado sino que incluso a algunos de ellos los ha hecho civilizados»²²³.

El contraste es muy ilustrativo, porque la descripción de estos pueblos precisamente sí fue muy rica en etnografía: se recalcó su incivilizado modo de vida (§ 6), su extrema y anárquica belicosidad (§ 7 y 8) y sus sanguinarios rituales (§ 10). También ocurrió lo mismo, en menor medida, con los lusitanos, los pueblos del Extremo Occidente, precisamente los más alejados del Mediterráneo, que en cierta medida representaban un

²¹⁹ Str. 3.2; *vide* Cruz Andreotti 1993; 2007; 2010; Alonso-Núñez 1999; García Fernández 2003; 2004; Moret 2011.

²²⁰ Str. 3.1.6.

²²¹ Str. 3.2.9 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

²²² Str. 3.2.15 (trad. de *Ibid.*).

²²³ Str. 3.3.8 (trad. de *Ibid.*).

estadio intermedio. Estas realidades sí reclamaban un discurso etnográfico pues se trataba de definir su alteridad. Sin embargo, este no era un tratado sobre su presente, sino sobre lo que habían sido hasta hacía poco tiempo atrás, demostrando así lo positivo de la dominación y pacificación romanas.

Por su parte, Celtiberia representaba los más logros más ilustrativos de ese proceso. Apenas incluyó algunas notas etnográficas aisladas sobre los celtíberos, pero hizo más menciones históricas sobre esta región que sobre ninguna otra, refiriéndose a los hitos de la Guerra Celtibérica y Sertorianas²²⁴. Habían estado aislados del Mediterráneo como los cántabros y los lusitanos, pero la presencia de Roma había sido especialmente intensa allí a raíz de aquellos conflictos. Con ello estaba trazando el proceso civilizador más largo y complejo de la Península. Sus efectos quedaban confirmados al situar allí los dos extremos culturales posibles; después de hablar de la romanidad de los turdetanos:

«todos los iberos que han adoptado esta forma de comportamiento son denominados *togati* [o *stolatoī*] (entre éstos se incluyen también los celtíberos, que fueron considerados en un tiempo los más salvajes de todos [*feriodéstatoi*]))»²²⁵.

Los celtíberos habían sido los más feroces, pero ya se incluían entre los más civilizados, como los turdetanos, lo que se simbolizaba con la expresión estolado/togado en referencia a la prenda romana (§ 6). Ellos eran la prueba por antonomasia del poder benefactor de la *romanitas*.

De esta manera, en su discurso geográfico, la etnografía del bárbaro o la ausencia de ella fue fundamental a la hora de establecer la gradación cultural entre las realidades peninsulares. También quedaba establecido en los términos en los que ese tratamiento etnográfico se desarrolló²²⁶. Estrabón partió de dos extremos, civilización y salvajismo (*hemeros-agrios*), lo que se expresaba en términos superlativos: celtíberos y cántabros fueron «los más fieros» (*feriodéstatoi*)²²⁷, mientras que los turdetanos eran «los más cultos» (*sofótatoi*)²²⁸. Cuando un pueblo estaba caracterizado por lo segundo, como los norteos, su descripción se pobló de notas etnográficas, a menudo calificadas con prefijos negativos (*an-*, *dis-*) que mostraban lingüísticamente su valoración peyorativa cuando esta no era explícita²²⁹. No obstante, también hay matices, como cuando ciertas costumbres fueron definidas como «quizá menos civilizada, pero no salvaje» o «no del todo civilizado», pero que no llegaban a ser salvajes²³⁰. Por lo tanto, en ese proceso

²²⁴ Str. 3.4.13.

²²⁵ Str. 3.2.15; se repite el calificativo *feriodéstatoi* en 3.4.20 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

²²⁶ Pelegrín Campo 2003, 73-78.

²²⁷ Str. 3.2.15; 3.3.8; 3.4.20.

²²⁸ Str. 3.1.6.

²²⁹ Str. 3.3.8.; 3.4.13.

²³⁰ Str. 3.4.18, e. g.; vide Pelegrín Campo 2003, 77-78.

civilizador (*hemeroutai*)²³¹, no había categorías simples y absolutas, ni caracterizaciones gratuitas, sino que se demostraba un esfuerzo por ubicar cada realidad de una manera precisa dentro del espectro complejo del progreso humano.

Estrabón se situaba intelectualmente en una posición intermedia entre el conservadurismo y la innovación que, coherente en su argumento de fondo (la exaltación de la romanización), también resulta problemático desde un punto de vista intelectual²³². Veremos cómo su obra remitía a menudo a los modelos etnográficos clásicos más tradicionales, recurriendo a tópicos y categorías propias de la tradición herodotea. Pero al mismo tiempo, las dicotomías tradicionales eran matizadas y transgredidas al plantear la concepción de la barbarie y la civilización como categorías relativas y dinámicas en función del tiempo y las circunstancias. Estrabón sintetizó Iberia poblándola de bárbaros, semibárbaros y civilizados en un tiempo cambiante, ecléctico y diverso en el que nada era simple.

2.6. Hispania como tópico

Hispania siempre fue en sí misma un ente excéntrico y secundario desde el punto de vista grecolatino, pero lo cierto es que, en su largo proceso de provincialización, se acumularon algunos hitos importantes que quedaron enclavados en la memoria colectiva y la conciencia histórica de Roma. En buena medida, esto se debe a que grandes personajes de su vida política fundamentaron en su experiencia hispana ciertos méritos y rasgos esenciales en la construcción de su imagen pública. Sea como fuere, ciertos temas y conceptos, especialmente en torno a sus guerras, reaparecieron de manera continua en el imaginario latino en formas diversas; he insistido ya en los procesos de narrativización historiográfica y reconstrucción geográfica y etnográfica de esos referentes, pero su celebridad se proyectó también en otros ámbitos intelectuales, de manera coetánea o retrospectiva, según el caso, reforzando y transformando los lugares comunes que se transmitan a la posteridad sobre los pueblos hispanos.

Ciertamente, los textos historiográficos, geográficos y etnográficos en los que se centra este capítulo y el consecuente análisis temático de la Parte 3 son las fuentes más extensas, matizadas y complejas para aproximarse a la visión grecolatina sobre los hispanos; no obstante, otras proyecciones culturales sobre las mismas cuestiones permiten ampliar la perspectiva complementariamente. Me refiero a la iconografía, particularmente la monetar, como campo desde el que explorar la manera en que se manejaron los resortes

²³¹ Str. 3.3.8, *e. g.*

²³² Almagor 2005.

de la memoria histórica sobre los asuntos hispanos en los medios más directos de la propaganda política romana. Igualmente, resulta interesante analizar las presencias de estos temas en la literatura, como la de Horacio o Silio Itálico, así como en la retórica y la filosofía, como ocurre con Cicerón, los Sénecas o Valerio Máximo. Permiten estas fuentes comprender cómo ciertos lugares comunes se filtraron en el imaginario cultural colectivo grecolatino en un sentido más amplio y diverso, en su intertextualidad con la historiografía y geografía de su tiempo y en íntimo vínculo con su contexto ideológico, pero replanteados desde diferentes focos, intencionalidades y lenguajes. En su simplificación y condensación simbólica, estos medios *alternativos* nos hablan de los mecanismos de difusión y arraigo cultural de ciertos tópicos, propiciando un enfoque más múltiple y matizado.

Cabe aproximarse, por ejemplo, a la iconografía como la proyección visual de lo hispano que formó parte fundamental del aparato propagandístico del poder institucional romano durante el proceso de provincialización. Se trata de un ámbito limitado, sobre todo si lo comparamos con la producción textual, y relativamente tardío, que comienza en un momento de proceso romanizador avanzado, pero que da ciertas claves complementarias sobre la percepción de lo hispano en Roma y su lugar en el discurso legitimador. Especialmente en la numismática, pero también en musivaria, epigrafía y estatuaria, probablemente el tema iconográfico más significativo para este análisis sea la personificación de Hispania, ilustrativa de ciertas dinámicas discursivas a partir de la transformación de sus atributos y actitudes²³³. La evolución de este icono informa acerca de la transformación del uso propagandístico de Hispania como ente geográfico, político, cultural y económico a lo largo del tiempo, y a menudo esos cambios permiten establecer conexiones con las visiones de la historiografía, la geografía y la literatura coetánea²³⁴.

La primera representación de Hispania conocida data del 81 a. e. c. y está en el anverso de una serie de denarios emitida por el cónsul Aulo Postumio Albino (Figura 1)²³⁵. La personificación consiste en una cabeza femenina velada y con el pelo suelto, y está identificada con el epígrafe HISPAN. La alusión ideológica que esta moneda estaba haciendo a Hispania es doble: por un lado, remitía al abuelo del cónsul, Lucio Postumio Albino, pretor de la Ulterior que, junto a Sempronio Graco, su pariente de la Citerior, celebró el triunfo en Roma en el 178 a. e. c. por sus campañas contra lusitanos y celtíberos; por otro lado, era una demostración del papel que el nieto estaba desempeñando como defensor del partido de los *optimates* en el conflicto sertoriano, que había estallado dos años antes de la acuñación. De esta manera, el antiguo triunfo familiar sobre la barbarie

²³³ En general, sobre el género de las personificaciones provinciales en la iconografía romana *vide* Ostrowski 1991; Méthy 1992; Houghtalin 1998, en lo que concierne al caso de Hispania, Arce Martínez 1980 y específicamente en numismática, Salcedo Garcés 1995-1996; 1996.

²³⁴ Torregaray Pagola 2004.

²³⁵ *RRC* 372.2.

hispana se utilizaba como un símbolo propiciatorio para el futuro triunfo sobre Sertorio y sus apoyos hispanos; la Hispania bárbara reaparecía como el enemigo a derrotar en favor del orden y la civilización²³⁶.



Figura 1. Denario de Aulo Postumio Albino, 81 a. e. c. (RRC 372.2)²³⁷.

Esto encaja con el prototipo que se estaba utilizando: la mujer con el pelo suelto constituía un icono convencional para representar a las provincias y grupos étnicos cuando se quería destacar de ellos, precisamente, su condición bárbara; esta recreación entroncaba así con el paradigma iconográfico romano del bárbaro en general²³⁸ y el occidental en particular, llevado a su máxima expresión en la Galia «melenuda» (*comata*) como plasmación de su naturaleza salvaje²³⁹. La ausencia de peinado es un indicativo prototípico en ese sentido, pero también el hecho de que fuese mujer, como todas las personificaciones provinciales que se elaboren con posterioridad, es significativo en sí mismo, en tanto que suponía un mecanismo de alterización y comportaba un sentido de subordinación sobre lo representado²⁴⁰. Por cierto, teniendo en cuenta este carácter convencional y genérico, de alguna manera constituye una proyección visual de las alusiones historiográficas y etnográficas sobre el papel preeminente atribuido a las mujeres hispanas en sus comunidades con sesgo barbarizante por parte de autores como

²³⁶ Salcedo Garcés 1995-1996, 182-183; 1996, 31-32.

²³⁷ Fuente:

<https://www.coinarchives.com/a/lotviewer.php?LotID=1039629&AucID=2024&Lot=651&Val=4d418acd92006e57bf573fabcf18c7> (accedido: 29/10/2017).

²³⁸ Demougeot 1984.

²³⁹ Marco Simón 2012.

²⁴⁰ Rodgers 1999; 2003; Marco Simón 2012, 188-190.

Estrabón, ya fuese en la guerra (§ 7) o en el plano socioeconómico (§ 6). La Hispania bárbara de estas primeras personificaciones es una proyección clara de la concepción bárbarica de lo hispano derivado de las guerras de conquista, aún relativamente recientes, y que de esta manera demostraban mantener una potencia referencial muy vigente.

Las siguientes personificaciones aparecieron en el contexto de la Guerra Civil de César y los pompeyanos, en las acuñaciones de uno y otro bando entre el 46 y el 45 a. e. c. Entre otras razones, sus tipos resultan especialmente interesantes porque ilustran muy bien la emergencia de una dicotomía que fue característica de este icono a lo largo del tiempo: la contraposición entre la noción iconográfica de la Hispania sometida (*Hispania capta* o *devicta*) y la Hispania aliada (*Hispania fidelis*), un desdoblamiento que, en cierto sentido, también puede entenderse como la distinción entre la Hispania bárbara y la civilizada²⁴¹. Uno u otro concepto iconográfico se reprodujo y readaptó repetidamente en distintos momentos y su rastreo demuestra la manera en que la proyección estereotipada de lo hispano fue dependiente de la intencionalidad y el contexto político en el que se incorporase en cada momento.

En lo que respecta a la *Hispania fidelis*, insistiré en ella al hablar específicamente de la *fides* como tema central en la concepción geolatina (§ 9), pero adelanto ahora la idea esencial. Aun sin tratarse de la personificación que me interesa ahora, hay un antecedente interesante en una dracma romana acuñada durante de la Segunda Guerra Púnica; en su reverso se representa el juramento entre un indígena y un romano y probablemente aludía a los pactos escipiónicos con los pueblos hispanos (Figura 27)²⁴². El primer uso del prototipo de la *Hispania fidelis* propiamente dicho se dio en las acuñaciones pompeyanas del 46-45 a. e. c.²⁴³. Básicamente, representaron a Hispania, en solitario o acompañada de otra personificación, probablemente una ciudad (Corduba o Carthago Nova), con atributos militares reconociblemente peninsulares (caetra y lanzas) y ofreciendo la mano o signos de autoridad y triunfo a un soldado romano o al propio Sexto Pompeyo (palma o corona); se celebraba así la llegada de este a la Península y su aclamación como *imperator* al encabezar la revuelta anticesariana en el 46 a. e. c. La fórmula se reactivó mucho después en las acuñaciones ligadas a la revuelta de Galba y Vindex desde Hispania y Galia y la consecuente proclamación del primero como Emperador en los años 68-69 e. c.²⁴⁴. Las personificaciones de Hispania —sola o con la de Galia— y después la de Clunia, aparecieron con sus atributos bélicos (caetra y lanzas) y económicos (espiga y cornucopia), para simbolizar la doble aportación de la provincia a la causa galbiana, lo que concuerda con el papel propagandístico esencial que Galba

²⁴¹ Se han desarrollado estas dicotomías en Salcedo Garcés 1995-1996; Torregaray Pagola 2004.

²⁴² *ACIP* 537; *vide* García-Bellido García de Diego 2000-2001, 567-570.

²⁴³ *RRC* 469 y 470.1; *vide* Amela Valverde 1990.

²⁴⁴ *RIC* I² Galba 1-3, 15-21, 50, 86, 109, 144, 154-155, 190-193, 225-226, 469-473 y 515-518; *vide* Salcedo Garcés 1995-1996, 187-190; 1996, 35-36.

otorgó a esta provincia en la fundamentación de su poder, a juzgar por lo transmitido por Suetonio²⁴⁵. De nuevo, esa representación militar y leal de Hispania se reiteró en las acuñaciones de Tarraco con Vitelio y Vespasiano en el 69-70 e. c.²⁴⁶.

Por un lado, resulta interesante el proceso de estandarización de la representación de Hispania: figura femenina, ya con el pelo recogido —en señal de civilización—, y con la caetra y las lanzas, que se mantuvieron como marcadores étnicos particularizadores en un contexto ya de plena romanización. Esto último, además, nos remite a las noticias historiográficas y etnográficas sobre el característico armamento ligero de los pueblos hispanos a modo de rasgo distintivo, retroalimentado a su vez por las propios discursos locales de autorrepresentación identitaria (§ 7 y 8). Por otro lado, es muy significativo el mensaje que esas representaciones numismáticas sugieren sobre el rol otorgado a la provincia —en alusión a sus élites—, no solo como ente aliado de Roma, sino como un agente esencial en el restablecimiento de su orden legítimo en determinadas situaciones de crisis. Se trata del concepto, simplificado en una moneda, del *consensus Hispaniarum* como factor fundamental en el transcurso de conformación del poder romano; esta idea estuvo también presente en la *Res Gestae Divi Augusti*²⁴⁷ y puede ponerse en relación, con un desarrollo mucho más matizado y complejo, con la tradición historiográfica liviana que insistió obsesivamente en el tema de la *fides*, como virtud y problema, en el desarrollo de los asuntos hispanos, por ejemplo, en todo lo que rodeó a Sagunto (§ 9)²⁴⁸.



Figura 2. Denario de Julio César, Hispania, 45 a. e. c. (RRC 468)²⁴⁹.

²⁴⁵ Suet. *Galb.* 8-10; vide Torregaray Pagola 2004, 312-313.

²⁴⁶ *RIC* I² Vitellius 41 y *RIC* II² Vespasian 1295 y 1296.

²⁴⁷ *R. G.* 25.2.

²⁴⁸ Torregaray Pagola 2004, 303-304 ha sugerido agudamente esa conexión iconografía-historiografía.

²⁴⁹ Fuente:

Volviendo a la guerra entre César y el bando pompeyano, si bien las acuñaciones del entorno de este último aludían a esa Hispania leal que sostenía su causa, el uso que hizo César del icono fue muy distinto, pues inauguraba una representación de la Hispania derrotada que conecta con otro tipo de discurso político (Figura 2). En dos series similares de denarios del 45 a. e. c. el reverso lo ocupó un trofeo de armamento galo flanqueado por dos figuras sentadas, una masculina, desnuda, barbada y con las manos atadas a la espalda, y otra femenina, con túnica y la cabeza reposando en su mano²⁵⁰. Parecen representar a Galia (quizá Vercingétorix) e Hispania, como metáfora de las dos grandes victorias recientes de César que le habían situado en la nueva situación preeminente: la Guerra de las Galias y la Guerra Civil, en concreto, la decisiva batalla de Munda. Hispania, por su filiación pompeyana, cumplía en este caso el rol de derrotada y conquistada.



Figura 3. Quinario y denario de Publio Carisio con trofeo hispano, Emerita Augusta, 25-23 a. e. c. (*RIC I*² Augustus 1a y *RIC I*² Augustus 5)²⁵¹.

<https://www.coinarchives.com/c1d5473c8ff50116c62fd2229ed23474/img/roma/014/image00544.jpg>
(accedido: 29/10/2017).

²⁵⁰ *RRC* 468; *vide* Salcedo Garcés 1995-1996, 186-187; 1996, 33-34.

²⁵¹ Fuente:

Esta concepción de la *Hispania devicta* volvió a materializarse en época de Augusto, cuando la iconografía provincial adquirió una nueva envergadura como parte de su desarrollado aparato propagandístico²⁵². En este sentido, son interesantes varias series del *legatus propraetore* en Lusitania, Publio Carisio, acuñadas en Emérita Augusta entre el 25 y el 23 a. e. c. (Figura 3). Algunas representan en el reverso trofeos con armas reconociblemente hispanas (caetras, lanzas, hacha bipennis, etc.), a veces en solitario, en otros casos con una personificación de la Victoria junto a él o un cautivo a sus pies, desnudo y atado, al modo típicamente bárbaro²⁵³. No entro en la cuestión de la dispersión, funcionalidad y cronología específicas de estas monedas²⁵⁴. Lo que, simplificando, resulta evidente, es que estos reversos simbolizaban el triunfo de Roma sobre el enemigo hispano, en este caso, en relación directa con el discurso belicista desarrollado en el contexto de la Guerra Astur-Cántabra; es igualmente obvio el mensaje que conlleva su acuñación en Emérita, inmediatamente después de su fundación con los veteranos de dicho conflicto, además de la conexión general que se establecía con Lusitania como región clave en el transcurso de las campañas del noroeste. Asimismo, se puede encontrar cierta correspondencia con algunas representaciones escultóricas coetáneas. En esta línea se ha apuntado al trofeo augusteo de *Lugdunum Convenarum*, en Saint-Bertrand-de-Comminges (Haute-Garonne, Francia), ya que una de las esculturas del monumento parece representar a la Hispania derrotada en forma de mujer afligida (Figura 5)²⁵⁵, tipo que recuerda a las monedas de César. Asimismo, en los relieves del foro augusteo de Tarraco en los que se representó una serie de cautivos, se ha identificado a una figura masculina como un bárbaro occidental y, plausiblemente, por el contexto histórico, podría tratarse de un cántabro (Figura 4)²⁵⁶. Asimismo, podría hablarse de una correspondencia epigráfica en la mención que la *Res Gestae* hizo de la derrota definitiva de Hispania y la recuperación en ella de enseñas militares²⁵⁷. Se proyectaba así en el plano público, monumental e iconográfico, el discurso de la Hispania indómita finalmente sometida que, a fin de cuentas, no era más la simplificación alegórica de aquel mensaje que Livio estaba transmitiendo desde la historiografía (§ 2.3) y Estrabón desde la geografía y etnografía (§ 2.5).

[http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).aug.1A](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).aug.1A) y [http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).aug.5](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).aug.5) (accedido: 07/03/2018).

²⁵² En general, *vide* Zanker 1992 (1988), en el caso hispano: Salcedo Garcés 1995-1996, 187; 1996, 34-35; Torregaray Pagola 2004, 301-305.

²⁵³ *RIC I*² Augustus 1 y 4-6.

²⁵⁴ Para estas cuestiones *vide* Santos Yanguas 2003.

²⁵⁵ Arce Martínez 1980, 88-89; Boube 1996.

²⁵⁶ Salcedo Garcés 1995-1996, 187; 1996, 34; Mar Medina et al. 2010, 59-60.

²⁵⁷ *R. G.* 29.1.

Figura 4. Bloque arquitectónico del Foro augusteo de Tarraco con representación de un bárbaro (abajo)²⁵⁸.

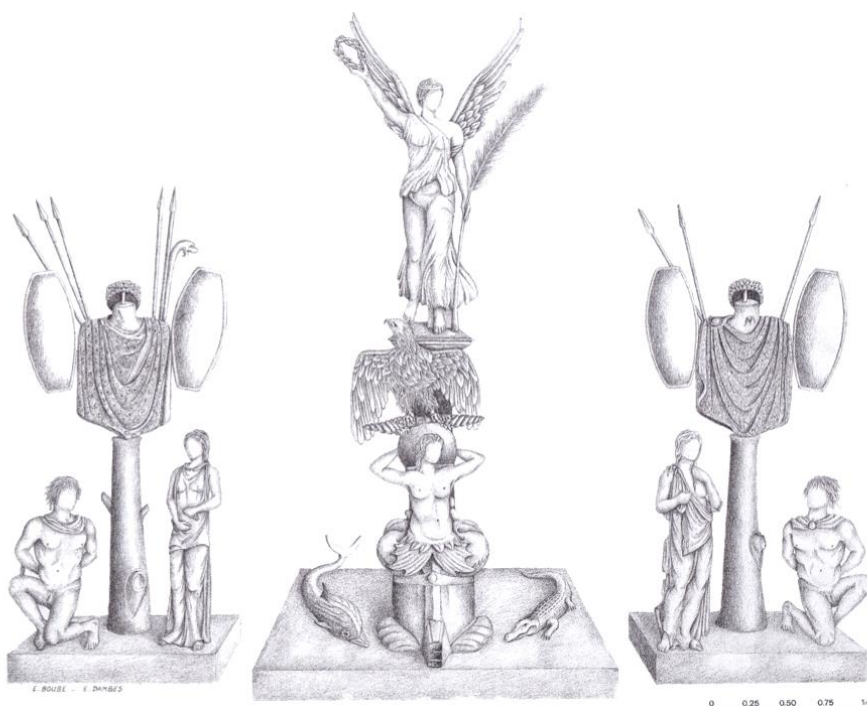


Figura 5. Trofeo augusteo de Saint-Bertrand-de-Comminges (Haute-Garonne, Francia), 13-10 a.e.c., reconstrucción del trofeo y personificación de Hispania (Les Olivétains, Conseil Départemental de la Haute-Garonne, Saint-Bertrand-de-Comminges)²⁵⁹.

²⁵⁸ Fuente: Mar Medina et al. 2010, 60.

²⁵⁹ Fuente: reconstrucción de Boube 1996 y fotografía de Christelle Molinié, https://commons.wikimedia.org/w/index.php?title=File:Troph%C3%A9e_august%C3%A9en_Captive_hi

De esta forma, el potente discurso de la victoria de Augusto sobre la barbarie hispana se argumentó en la historiografía y la geografía y se plasmó en la iconografía, pero también se filtró en la literatura. Ya desde la República media, como de la autoafirmación cultural de Roma asociada a su pujanza militar, el fenómeno imperialista tuvo una fundamental repercusión literaria, como proyección creativa de procesos como la aprehensión del Otro conquistado o las tensiones éticas sobre el expansionismo²⁶⁰. La era de Augusto supuso un hito en este sentido, emergiendo toda una corriente literaria inscrita en el ambiente político ligado a la fundación del Principado²⁶¹. Esta producción, provista de una rica referencialidad histórica en sus temas y recursos, estuvo íntimamente vinculada con las premisas historiográficas de su tiempo; Virgilio, Ovidio y Horacio se han situado tradicionalmente en el foco del análisis de esta intertextualidad y su relación con la propaganda augustea²⁶². No obstante, fue Horacio el que mencionó a Hispania y los hispanos de una manera más sistemática, y el hecho de que la composición de sus odas fuese simultánea al desarrollo de la Guerra Astur-Cántabra explica que ciertos lugares comunes al respecto apareciesen de una manera particularmente viva²⁶³.

Dos ideas fundamentales se repitieron obsesivamente en la obra horaciana en lo concerniente a Hispania: su condición como extremo occidental del mundo, lejano e inhóspito, y el carácter indómito y feroz de sus habitantes, muy especialmente de los cántabros. Así, por un lado, es frecuente la definición de Hispania como confín (*ora*), ya sea literal o simbólicamente, esto es, recurriendo a la mitología sobre el Océano y el ciclo de Hércules de la tradición griega²⁶⁴. Además, su carácter liminal se transmitía a sus habitantes: asoció automáticamente a hispanos, galos, britanos y germanos como representantes del borde occidental, muy frecuentemente estableciendo un paralelismo dicotómico con los del extremo oriental (escitas, partos e indos)²⁶⁵.

Por otro lado, esa concepción geográfica llevaba consigo el aura de tierra peligrosa e inquietante por su intrínseca dureza y ferocidad (*dura, fera*)²⁶⁶, lo que, de nuevo, se concretaba en las actitudes de sus pueblos. Reiteró la consabida ferocidad numantina²⁶⁷, pero sus referencias en este sentido se focalizaron en los cántabros: bárbaros de costumbres sangrientas (§ 10)²⁶⁸ y belicosos, caracterizados, ante todo, por su calidad de

spanique_Conseil_d%C3%A9partemental_de_la_Haute-Garonne.jpg&oldid=211888967 (accedido: 08/03/2018).

²⁶⁰ Burton 2013.

²⁶¹ West y Woodman 1984; Powell 1992; Nadeau 2004.

²⁶² Levene y Nelis 2002.

²⁶³ Acerca de la lectura política de Horacio en lo que concierne a Hispania: Recio García 1996; Bedon 2010

²⁶⁴ Hor. C. 3.8.21; 3.14.4, especialmente; *vide* Bedon 2010, 57-64.

²⁶⁵ Hor. C. 2.11.1; 2.20.20; 3.4.33-36; 3.8.22-23; 4.5.28-30; 4.14.41-42, *Ep.* 1.18.54-56.

²⁶⁶ Hor. C. 4.5.29-30; 4.14.50; 5.29.

²⁶⁷ Hor. C. 2.12.1.

²⁶⁸ Hor. C. 3.4.34.

pueblo casi imposible de someter (§ 7)²⁶⁹. En este sentido, el paredro de los cántabros con los escitas, que fue particularmente frecuente y estrecho, no solo tenía un simbolismo geográfico, como polos occidental y oriental de la ecúmene, sino también un sentido cultural, como representantes de la barbarie feroz e incivilizada de los confines más inhóspitos; realmente, la comparación cántabro-escita estaba funcionando en Horacio exactamente igual que en la obra etnográfica de Estrabón (§ 10)²⁷⁰. Además, ese carácter indómito de Hispania y los cántabros era concebido con una cierta perspectiva histórica, como un viejo lastre, lo que da sentido al hecho de que mencionase a Numancia, sobre todo si tenemos en cuenta que sus alusiones a guerras pasadas fueron muy escasas. De esta manera, reproducía esa misma percepción de Hispania como una espina clavada durante doscientos años en la Historia de Roma que Livio estaba transmitiendo desde la historiografía²⁷¹. Sin embargo, esa realidad estaba cambiando precisamente en el momento en que escribía Horacio, en ese momento en que «sometido está el viejo enemigo del confín hispano, el cántabro, por tardía cadena al fin domado»²⁷². En efecto, aquellas dos ideas (lejanía y belicosidad) confluían en un mensaje político evidente: la exaltación de la proeza de Augusto (y de Agripa) al lograr un sometimiento que parecía imposible²⁷³.

Horacio estaba plenamente inmerso en la realidad de la fundación augustea, pero aquel discurso de barbarización de los pueblos nortños tuvo ecos más tardíos y rebuscados en época flavia. A finales del siglo I e. c., Silio Itálico escribió su poema épico *Punica*²⁷⁴, sobre la Guerra de Aníbal, la que quizá sea la obra puramente literaria más influyente en la conformación moderna del imaginario sobre los antiguos hispanos. Confluyeron sus creativas licencias y tono mitificador con una valiosa documentación historiográfica y etnográfica, especialmente Livio, con lo que se constituyó como una interesante reinvención de ciertos tópicos de la recepción imperial sobre la época de la Segunda Guerra Púnica. En este plano, *Punica* es, ante todo, una importante expresión literaria de los prejuicios que se perpetuaron en la cultura latina sobre los cartagineses como el antagonista por excelencia²⁷⁵, así como de las ambivalentes actitudes latinas hacia la figura central de Aníbal²⁷⁶; no obstante, y aunque sea de manera colateral, la obra de Silio también comportó una expresión particular de la visión de los hispanos y su papel en la recreación de aquel conflicto²⁷⁷.

²⁶⁹ Hor. C. 2.6.1-2; 2.11.1; 3.8.21-22; 4.14.41; *vide* Recio García 1996, 149-152.

²⁷⁰ Str. 3.4.17.

²⁷¹ Bedon 2010, 74-76.

²⁷² Hor. C. 3.8.21-22, y muy similar en 4.14.41 (trad. de Moralejo 2007).

²⁷³ Hor. C. 1.36.4; 3.14.3-4; 4.15.15; *Epod.* 4.3; *Ep.* 1.12.26; 1.18.54-56.

²⁷⁴ En general, sobre esta obra son imprescindibles Santini 1991; Augoustakis 2010; Tipping 2011.

²⁷⁵ Thomas 2001.

²⁷⁶ Tupet 1980; Matier 1989; Cristofoli 2009; Stocks 2014.

²⁷⁷ Gozalbes Cravioto 1993; Mayorgas Rodríguez 2017.

Destaca, obviamente, el episodio de Sagunto como parte fundamental del relato y con una enorme carga simbólica alrededor de la exaltación de la *fides* y la asunción estoica del destino, lo que, en gran medida, constituía la sublimación literaria de las cuestiones planteadas por la tradición historiográfica liviana sobre el episodio (§ 9)²⁷⁸. Más allá de Sagunto, Silio reprodujo el típico elenco de tópicos sobre los hispanos consolidado previamente²⁷⁹. En ese sentido, lo más llamativo es la relevante presencia de los pueblos del norte, ya que sistemáticamente, aunque de manera anacrónica, ubicó a galaicos, astures, cántabros y vascones en las filas de Aníbal. De esta forma, mencionó puntualmente la belicosidad de los arévacos y el carácter indomable de los lusitanos²⁸⁰, pero, con diferencia, el papel guerrero atribuido a los norteños durante el conflicto fue mucho más reiterado (§ 7)²⁸¹. Es ilustrativa la figura de Laro, un colosal combatiente cántabro —aparentemente ficticio— que en el relato fue heroicamente abatido por Lucio Cornelio Escipión²⁸². Pueden identificarse aquí ecos de la tradición historiográfica proescipiónica; en este sentido, resulta especialmente demostrativo el discurso del fantasma de Cneo Cornelio Escipión que, a propósito de su propia muerte, concluía: «Pero una pena me angustia: que, al sucumbir ambos en esta doble ruina, Hispania tuvo que ceder oprimida ante el empuje de los cartagineses»²⁸³. Los destinos de Hispania y la familia escipiónica volvían a estar unidos. En todo caso, no hay duda de que esa presencia de los cántabros en el ejército anibólico, dislocada histórica y cronológicamente, constituye una resonancia literaria de la propaganda de la guerra de Augusto; recurriendo sistemáticamente al estereotipo de la ferocidad norteña ya plenamente arraigado en el imaginario colectivo, reforzaba la imagen barbárica del ejército púnico y la dimensión épica de la victoria romana.

Además, incidiendo en esa imagen barbarizante de los hispanos, Silio añadió ciertas notas etnográficas muy coincidentes con Estrabón como, por ejemplo, sus sangrientos ritos funerarios y adivinatorios (§ 10)²⁸⁴. Asimismo, insistió especialmente en su resistencia al sufrimiento, así como su facilidad para disponer libremente sobre su muerte, lo que debe interpretarse como una clara orientación estoica en la reinterpretación del célebre *topos* del sacrificio hispano. La idea se repitió en la caída de Sagunto, pero también en la resistencia a la tortura del asesino de Asdrúbal y en sus disgresiones sobre la costumbre hispana de suicidarse cuando ya no se podía portar armas (§ 11)²⁸⁵. Por otro

²⁷⁸ Vessey 1974; Schettino 2006.

²⁷⁹ Gozalbes Cravioto 1993, 678-681.

²⁸⁰ Sil. Ital. 3.362-363 y 5.335, respectivamente.

²⁸¹ Sil. Ital. 1.252; 3.326-339; 3.344-356; 3.358; 5.192-197; 5.639; 9.230-232; 10.15-16; 10.304; 12.748; 15.413; 16.44-67.

²⁸² Sil. Ital. 16.44-67; *vide* Marco Simón y Pina Polo 2008, 58-59; Aguilera Durán 2012b, 450-451.

²⁸³ Sil. Ital. 13.694-695.

²⁸⁴ Sil. Ital. 3.340-343; 3.360-361; 13.471-472.

²⁸⁵ Sil. Ital. 1.169-181; 1.225-228; 3.326-331; *vide* Marioni 1989; Ramosino 1999; Villalba Álvarez 2005, 163, nota 67.

lado, potenció el carácter épico de la participación hispana en el conflicto utilizando anacrónicamente el nombre de personajes reconocibles, como Viriato, que en su historia lideraba a los lusitanos y galaicos en su alianza con los púnicos²⁸⁶. En una línea similar, también situó trastocadamente a Indíbil en el papel de atleta en los juegos funerarios en honor a los Escipiones y a Mandonio como jefe de los aliados hispanos de Aníbal²⁸⁷. También introdujo elementos fantasiosos del ciclo troyano para adornar la genealogía de estos pueblos, puros recursos literarios, pero que luego tuvieron cierta trascendencia en su recepción moderna; es el caso del juego etimológico que hizo entre los astures y Astyr, escudero de Memnón, o el vínculo fundacional que estableció entre Tlepómeno y Lindos y los pueblos baleares²⁸⁸. En definitiva, en época flavia y en forma de poema épico, se perpetuaba y magnificaba el viejo estereotipo del hispano belicoso reinventándose la etnografía escipiónica y augustea.

Desde luego, ese tipo de imágenes, si bien no tan detalladas, fueron muy comunes en el mundo latino. Lucano, en su *Farsalia*, al describir a la Península como escenario de la Guerra Civil, fue mucho más despreocupado que Silio en lo referente a la idiosincrasia de los pueblos peninsulares, aunque puntualmente los calificó como fieros y duros²⁸⁹. Más importante fue su percepción de Hispania como extremo del mundo, recurriendo como Horacio al simbolismo liminal del Océano y las confrontaciones dicotómicas respecto del borde oriental²⁹⁰; a esto se añadía su calidad de tierra peligrosa y desafiante, de clima violento y orografía extrema, visiones que redundaban en el halo apocalíptico y la dimensión épica que imprimió a su recreación del conflicto²⁹¹. Ese mismo sentido genérico, asociado a una inconcreta naturaleza inhóspita y conflictiva, seguía vigente como tópico a la altura del siglo IV e. c. Ausonio es un buen ejemplo cuando, enfadado porque su discípulo y amigo Paulino de Nola no le contestaba a sus cartas tras consagrarse al ascetismo cristiano en Barcino, arremetió contra Hispania en su conjunto («¡Qué no diré contra ti y con razón, tierra de Iberia!») y lo hizo precisamente en los mismos viejos términos: su naturaleza dura y agreste y el recuerdo de su historial de guerras, aludiendo, de nuevo a la Segunda Guerra Púnica y la de Sertorio²⁹²; Paulino le contestó desmintiendo esa imagen pero, de hecho, rescató para ello más tópicos, como el bandidismo, aunque

²⁸⁶ Sil. Ital. 3.354-356.

²⁸⁷ Sil. Ital. 16.64 y 3.376, respectivamente.

²⁸⁸ Sil. Ital. 3.332-334 y 3.362, respectivamente.

²⁸⁹ Lucan. 2.549 y 629.

²⁹⁰ Lucan. 1.229-230; 3.453-455; 7.187-188; 7.541; 9.414-416; 10.456-457; 11.54-55, *e. g.*

²⁹¹ Lucan. 4.11-23; 4.48-55; 4.62-67; 4.76-77; 4.84-89; 4.93-95; 4.98-99; 4.430-436, *e. g.*; *vide* Chambert 2004, 59-65.

²⁹² Aus. *Ep.* 26.50-59 y, más sutilmente, en 24.23; *vide* Martínez Gázquez 1973; Alvar Ezquerro 1990, 203-204, n. 16, y, en general, sobre la visión de la barbarie en Ausonio: Dauge 1981, 359-360.

fuese para negarlo (§ 8)²⁹³. Siglos después de aquellos conflictos que se invocaban, Hispania aún seguía siendo lejana y agresiva cuando un argumento lo requería.

Ciertamente, el estereotipo de la Hispania bárbara y derrotada fue un elemento importante en la propaganda imperialista y proveyó de imágenes evocadoras a los literatos, pero más abstracta y profunda fue su recepción retórica y filosófica. Desde la tardorrepública, los grandes hitos de las guerras en Hispania y los tópicos sobre sus pobladores fueron aprovechados en su potencialidad metafórica por parte de pensadores latinos interesados en su dimensión puramente retórica, lo que denota una expansión de esos temas lo suficientemente intensa como para convertirlos en referencias claramente reconocibles. Por otro lado, más que concepciones generalizadoras como las de la literatura, en este ámbito intelectual se tendió a utilizar elementos concretos, útiles por su potencial ejemplarizante. En este sentido, se sitúan a la cabeza Sagunto y Numancia, particularmente por los detalles que rodearon a las circunstancias del sacrificio de sus habitantes. Trataré la cuestión del suicidio colectivo con más detalle en la Parte 3 (§ 11), pero cabe adelantar algunas nociones generales.

Los Séneca, Cicerón y Valerio Máximo, entre otros, acudieron de manera más o menos recurrente a los episodios hispanos de autoinmolación como pretexto para reflexionar sobre ciertos conceptos éticos, por lo general desde una clave estoica. Los ejemplos saguntino y numantino, pero también el calagurritano y cántabro, básicamente desprovistos de su contexto histórico y cultural, funcionaron como la aplicación suprema, por masivos y espectaculares, del principio de la libre disposición del ser humano ante su propia vida y muerte como expresión máxima de dignidad. Esa fue la visión que Séneca transmitió de Numancia²⁹⁴ y, a propósito de Sagunto, tanto Cicerón como Séneca el Viejo justificaron el parricidio por consagrarse a asegurar la libertad de sus progenitores²⁹⁵. Esa misma idea de Sagunto como símbolo universal de sacrificio por la libertad puede encontrarse en autores como Lucano²⁹⁶. Además, los asedios hispanos reaparecieron como antecedentes célebres en la práctica del canibalismo, como en las sátiras de Petronio (Sagunto y Numancia) y Juvenal (Sagunto, Calagurris y los cántabros), en ambos casos para desdramatizarlo y justificarlo como la respuesta natural a una necesidad extraordinaria²⁹⁷. También Ausonio recurrió al concepto de «hambre saguntina» como el hambre por antonomasia²⁹⁸.

Aunque, sin duda, Valerio Máximo fue el pensador que explotó de una forma más exhaustiva e influyente los pormenores sangrientos del sacrificio colectivo en Hispania

²⁹³ Paulin. *Ep.* 10.202.238.

²⁹⁴ Sen. *Ep.* 66.13.

²⁹⁵ Cic. *Parad.* 3.24; Sen. *Contr.* 9.4.5.

²⁹⁶ Lucan. 3.350-355.

²⁹⁷ Petron. 141.9-11; Iuv. 5.15.93-115.

²⁹⁸ Aus. *Ep.* 22.44.

en sus *Factorum et dictorum memorabilium*, partiendo de la reelaboración minuciosa de informaciones e ideas extraídas de Cicerón, Salustio, Pompeyo Trogo, Varrón y Livio²⁹⁹. Ya sea en clave positiva o negativa, tendió a subrayar su sentido barbarizante, cargando las tintas en el ya de por sí magnificado dramatismo literario de aquellos episodios. Se recreó y adornó particularmente las escenas de muerte, mutilación y canibalismo como signos inconfundibles de los extremos de la ferocidad bárbarica frente a la moderación deseable. Así, al tiempo que alababa a Escipión, Numancia era definida como «fiera y altiva»³⁰⁰. Asimismo, es el único autor que transmitió (o inventó) la noticia de que Retógenes ordenó celebrar una serie de combates singulares, con la posterior decapitación e incineración de los caídos, durante el clímax numantino³⁰¹. En la misma línea, describió muy críticamente el canibalismo en Numancia y Calagurris, recreándose en sus detalles más cruentos (§ 11)³⁰². No obstante, dentro de sus juegos retóricos, también hizo alabanzas a sus virtudes, presentadas dentro de un imaginario propiamente latino, por ejemplo, en relación a su *libertas*, como la demostrada por ciertos lusitanos al negarse a entregar sus armas a Bruto (§ 7)³⁰³, o su *fides*, al hablar de la lealtad de los celtíberos respecto a sus caudillos y amigos (§ 9)³⁰⁴.

En un sentido más tangencial, Numancia le sirvió a Séneca como ejemplo en las más variopintas reflexiones; la mencionó, junto a Babilonia, Cartago y Roma, como símbolo de fortificación difícil de tomar, aunque vulnerable, al fin y al cabo, en el transcurso de una disquisición sobre la inexpugnabilidad de las defensas abstractas del hombre sabio y virtuoso³⁰⁵. En esta misma línea, la consideró, junto a Cartago y Corinto, como una demostración de la fugacidad de los logros de los mortales³⁰⁶, perpetuando la asociación de la ciudad arévaca con el tópico del *ubi sunt* que ha sido típica en su recepción a lo largo del tiempo. Por otro lado, el episodio proveía de personajes y acciones paradigmáticos a la hora de ilustrar determinadas cualidades humanas: por su táctica, Escipión fue ejemplo de calma y contención de la ira para Séneca y de disciplina militar para Valerio Máximo³⁰⁷; como contrapunto, Mancino simbolizaba la negligencia para este último y Pompeyo la maldad astuta para Cicerón, por sus pactos vergonzantes³⁰⁸. En efecto, también fue común una cierta empatía con la causa de los hispanos y con las consecuencias que las guerras habían tenido también para ellos por culpa de las acciones

²⁹⁹ Maslakov 1984; Torregaray Pagola 2005.

³⁰⁰ Val. Max. 2.7.1 (trad. de López Moreda et al. 2003a).

³⁰¹ Val. Max. 3.2. ext.7.

³⁰² Val. Max. 7.6. ext.2-3.

³⁰³ Val. Max. 6.4. ext.1.

³⁰⁴ Val. Max. 2.6.11.

³⁰⁵ Sen. Const. 6.8.

³⁰⁶ Sen. Cons. Polyb. 1.2.

³⁰⁷ Sen. Ira 1.11.7; Val. Max. 2.7.1.

³⁰⁸ Val. Max. 2.7.1; Cic. Fin. 2.54.

inmorales de algunos romanos³⁰⁹; presente en toda la tradición historiográfica sobre Hispania, aquella idea alcanzaría su máxima expresión en las obras de Floro y Orosio (§ 2.5 y 2.7). También en esa línea de reflexión sobre la práctica del imperialismo, Cicerón hizo algunas menciones interesantes a los numantinos en relación con el concepto de guerra justa y la aplicación proporcionada de la fuerza; junto con los cimbrios y cartagineses, en este caso Numancia fue un ejemplo de cómo plantear una guerra de supervivencia en la que los límites de la guerra civilizada no tenían cabida (§ 7)³¹⁰.

A un nivel más anecdótico, es ilustrativo de la popularidad de estos acontecimientos el hecho de que se situase en ellos prodigios o sucesos curiosos, una tendencia muy arraigada en el imaginario latino. Sagunto fue objeto de esta práctica en varias ocasiones, como cuando Plinio, bebiendo de una fuente desconocida, contó que el bebé de una saguntina volvió a meterse en el útero de su madre justo después de nacer, presagiando el futuro de la ciudad³¹¹; por su parte, Silio narró que una serpiente negra había emergido del fondo del túmulo erigido por Hércules al fundador de la ciudad, Zacinto, huyendo hasta el mar, señal que empujó finalmente a los saguntinos a la destrucción³¹². El conjunto de todas estas referencias denota, a fin de cuentas, lo arraigado de estos temas y sus hechos principales como referencias convencionales con las que jugar, potenciando uno u otro aspecto según el sentido del discurso y el papel retórico o literario que se le estaba otorgando.

Desde luego, esa imagen de la Hispania indómita, su asociación automática con el hecho bélico, que radica en la Guerra de Aníbal y culminó con Augusto, tuvo un largo e influyente recorrido. Sin embargo, también es cierto que esa visión convivió con otras, utilizadas y readaptadas en paralelo. Además de esa Hispania beligerante y derrotada, ya he comentado el prototipo de la *Hispania fidelis*, que surgió especialmente en el contexto de ciertos conflictos civiles (*vide supra*), pero aún cabe tratar otra faceta igualmente relevante e influyente en el tiempo, el de la Hispania finalmente pacificada e integrada en la romanidad.

Ciertamente, la representación abstracta de Hispania en el discurso de Augusto fue multifacética, lo que tiene que ver con el carácter transicional que su propia propaganda atribuyó a su mandato: por un lado, estaba el problema de la Hispania rebelde, heredado de los últimos doscientos años; en segundo lugar, se marcaba un punto de inflexión con su final sometimiento tras la Guerra Astur-Cántabra; por último, se abría una nueva era de prosperidad bajo el Principado. La *Res Gestae* vuelve a ser ilustrativa: transmitió la idea de la Hispania derrotada y de la Hispania fiel, conceptos con una vieja tradición

³⁰⁹ Cic. *Diu. Caec.* 20.66, *e. g.*

³¹⁰ Cic. *Off.* 1.34-40; *vide* Iso 2014.

³¹¹ Plin. *N. H.* 7.3.35; *vide* Pérez Vilatela 2014-2015.

³¹² Sil. *Ital.* 2.584-591.

republicana, pero también introducía un concepto nuevo, el de la Hispania *pacata*³¹³. No obstante, más allá de la propaganda más obvia, esta idea de la transformación progresiva propiciada por Augusto, que ya he comentado en el caso del discurso geográfico y etnográfico de Estrabón (§ 2.5), tuvo su correspondiente plasmación literaria e iconográfica.

Volviendo sobre Horacio, coetáneo del proyecto augusteo, en efecto caracterizó a una Hispania bárbarica y alabó la gesta de Augusto, pero también apuntó hacia un futuro inmediato idílico. En efecto, la consecuencia de aquel proceso comportaba la paz y el progreso. «¿A quién importarán las guerras de la fiera Hiberia?»³¹⁴. Con esto se estaba refiriendo a la nueva era de tranquilidad que se inauguraba en ese momento y que sería duradera mientras se mantuviese el *statu quo* procurado por Augusto: no solo se alababa la gesta bélica, sino también los beneficios que reportaba todo un sistema. Aunque la imagen principal de Horacio sobre los asuntos hispanos tenía que ver con la barbarie y la guerra, también hubo algunas alusiones puntuales a la calidad de ciertas producciones de la provincia³¹⁵. En efecto, ningún testimonio como el económico para mostrar la potencia propiciatoria de la *romanitas*, como bien demostró Estrabón al argumentar el efecto benefactor de la conquista (§ 2.5)³¹⁶. Esta idea se desarrolló ampliamente, y esas alusiones más o menos puntuales a las bonanzas naturales y productivas de Iberia se concretizaron y estandarizaron con el tiempo como un verdadero tópico literario; es la conocida como *laus Hispaniae*, que tuvo una enorme fortuna en toda la tradición latina imperial, especialmente a partir del siglo II e. c.; ejemplo de ello son las *laudes* de Plinio, Solino y Mela³¹⁷. Entendida como una descripción geográfica idealizante, las *laudes* provinciales enlazaban la tradición mítica griega con la realidad comercial romana para esbozar una imagen de Hispania rebosante de fertilidad y metales, además de proveedora de manufacturas únicas. Con este género se traspasaba la idea de la victoria militar sobre un territorio ajeno para transmitir la visión de una provincia plenamente integrada en la ecúmene, próspera por y para la Ciudad, en una relación de simbiosis que, a fin de cuentas, comportaba la exaltación metonímica del imperio a través de cada una de sus piezas.

De esta manera, en la era de Augusto se inauguraba una nueva imagen tranquilizadora e integradora de Hispania, lo que se plasmó iconográficamente en la sustitución de elementos bélicos por otros de tipo económico, símbolos de la aportación y el reconocimiento de la provincia a Roma. Un ejemplo significativo es el mosaico del pavimento de las termas de Neptuno en Ostia (54 e. c.), en el que Hispania se representó,

³¹³ R. G. 29.1, 25.2 y 26.2, respectivamente; vide Torregaray Pagola 2004, 306-307.

³¹⁴ Hor. C. 4.5.29-30 (trad. de Moralejo 2007).

³¹⁵ Recio García 1996, 157-158.

³¹⁶ Str. 3.2.6, e. g.

³¹⁷ Fernández Chicharro de Dios 1948; Roncero López 1993; Torregaray Pagola 2004; Escribano Paño 2007; Lomas Salmonte 2007. El tópico tuvo una notable continuidad en la Edad Media y Moderna, sobre lo que volveré en los capítulos siguientes.

como parte de una serie de personificaciones provinciales, con una corona de olivo, alusiva al aceite como su gran referente comercial³¹⁸. Aunque probablemente la definitiva consolidación de esta iconografía se dio con las series de monedas de Adriano con tipos provinciales. Entre los años 122 y 137 e. c. Hispania reapareció en los reversos totalmente desprovista de atributos militares, con ramo o corona de olivo y elementos geográficos identificativos (el conejo y/o el peñón de Gibraltar), ya fuese según el tipo de *adventus* (Hispania y el emperador practicando el sacrificio), *restitutor* (el emperador elevando a Hispania) o *provincia* (Hispania recostada)³¹⁹; la idea se reprodujo poco después en una serie de Antonino Pio en el 139 e. c.³²⁰. Se buscaba con ello transmitir una imagen integradora del conjunto de regiones del imperio, consolidándose el discurso de la plena pacificación que encajaba especialmente bien con la política de estabilización adrianea³²¹.

Convivieron, por tanto, la potente visión beligerante de antaño y la nueva consideración integradora de la realidad imperial. Quizá uno de los ámbitos en los que esta dualidad fue más patente e interesante es su proyección en la conformación de la identidad hispanorromana y, concretamente, en la visión que de esta se conformó desde Roma y a partir de los estándares culturales latinos. No entraré con detalle en una cuestión tan compleja, pero merece la pena apuntar algunos ejemplos en este sentido.

En este sentido, son interesantes las alusiones al acento hispano con el que se utilizaba el latín, lo que parece traslucir siempre un tono peyorativo: Aulo Gelio identificó un particular acento hispano, que Cicerón achacó, incluso, a los poetas cordobeses; Quintiliano aludió al caso hispano y africano como ejemplos de la introducción étnica de barbarismos en el latín, mientras que Séneca identificó la herencia cántabra en el uso particular de ciertas palabras y vestidos; Marcial, por su parte, subrayó la tosquedad de los topónimos celtibéricos para el «fino lector» romano, lo que recuerda mucho a la renuncia desdeñosa de Estrabón a reproducir los impronunciabiles gentilicios cántabros³²².

Desde luego, la cuestión iba más allá de la dimensión lingüística, sino que conllevaba un estereotipo más general que definía la forma de ser del hispano. Catulo proporcionó un buen ejemplo, particularmente concreto y explícito, cuando en dos de sus poemas esgrimió los tópicos etnográficos más burdos sobre Iberia para insultar al hispano Egnacio³²³. En el primero criticaba a los clientes de un burdel en general, pero después se ceñía a insultar a su antagonista, uno de los supuestos usuarios.

³¹⁸ Arce Martínez 1980, 86-87.

³¹⁹ *RIC* II Hadrian 305, 306, 319, 326, 327, 388, 851, 852, 886, 887, 952, 953, 954, 955 y 1077.

³²⁰ *RIC* III Antoninus Pius 582.

³²¹ Salcedo Garcés 1995-1996, 190-192; 1996, 36.

³²² Aul. Gel. *N. A.* 19.9.2; Cic. *Arch.* 26; Quint. *Inst.* 1.5.7-8; Sen. *Cons. Helv.* 7.9; Mart. 4.55 (trad. de Fernández Valverde y Ramírez de Verger 2001), también en 12.28; *vide* Dauge 1981, 275; Gómez Espelosín et al. 1995, 135-136; Citroni 2002, 283-287.

³²³ Booth 1985; Katz 2000; Watson 2009.

«Sobre todo tú, uno de los de pelo largo, hijo de Celtiberia, tierra de conejos, Egnacio, a quien hacen pasar por hombre de bien una barba espesa y unos dientes frotados con orina ibera»³²⁴.

En el segundo, dedicado específicamente a este personaje, centró la burla en su «risa tonta», lo que le sirvió de pretexto para insistir en lo mismo: «cuanto más limpios estén esos dientes tuyos, tantos más orines proclamarán que has bebido»³²⁵. Pelo largo, barba e higiene con orina formaban parte del estereotipo del hispano del norte, oeste e interior peninsular que consolidara Diodoro, Estrabón o Apiano en el ámbito de la geografía y la historiografía (§ 6)³²⁶. Su presencia literaria como alusión satírica que parece evidentemente reconocible parece denotar hasta qué punto ese discurso etnogáfico de la barbarie tenía, al menos a la altura del siglo I a. e. c., un carácter convencional y culturalmente arraigado.

En esta línea, es también interesante la semblanza que Séneca el Viejo —hispano, a la sazón— hizo sobre su amigo Porcio Ladrón³²⁷. La caracterización que esbozó fue ciertamente ambivalente: por un lado, perfiló a un hombre especialmente sabio y talentoso, con una tendencia a la vida campestre que reconoció con un orgullo típicamente estoico³²⁸; ahora bien, en toda esa descripción también hubo un constante reproche a su falta de moderación, a su manera de actuar desequilibrada e impulsiva, y es ahí, precisamente, donde entraba en juego su *hispanidad*: «No podía desprenderse de esa costumbre decidida y agreste, propia de los de Hispania, de vivir como mandan las circunstancias»³²⁹, lo que remitía a aquella imprevisibilidad bárbarica prototípica.

Si Catulo presentó a un hispano indeseable y Séneca ponderó las desventajas de ese origen, Marcial es el representante del máximo grado de idealización del estereotipo hispanorromano³³⁰. Él trató a Hispania en sus *Epigrammata* desde una nostalgia particular. Él se crió en Bilbilis, pero pasó más de 30 años viviendo en Roma, y en sus últimos años de vida regresó a su ciudad natal; especialmente lo que escribió poco antes de este retiro conlleva una profunda idealización de Celtiberia como espacio literario y mental irreal, ligado a un recuerdo y un anhelo personal que lo alejaba de una Roma que sentía ya artificiosa y agobiante³³¹. En efecto, ese concreto componente personal le convierte en un caso excepcional entre el resto de intelectuales peninsulares en lo que

³²⁴ Cat. 37.

³²⁵ Cat. 39.

³²⁶ D. S. 5.33; Str. 3.4.16; App. *Hisp.* 67, e. g.

³²⁷ Sen. *Contr.* 1 pr. 13-17; sobre Séneca e Hispania en general, vide Griffin 1972.

³²⁸ *Ibid.*, 13.

³²⁹ Sen. *Contr.* 1 pr. 16.

³³⁰ Se hizo una relación exhaustiva de las menciones de Marcial a Hispania y lo hispano en Dolç i Dolç 1953; vide los análisis de Citroni 2002; Chambert 2004; Merli 2006; Alfayé Villa 2013.

³³¹ Merli 2006; Alfayé Villa 2013, 55.

conciene a la demostración de orgullo por su condición de hispano³³². Dicha idealización se transmitió a varios niveles. Tuvo, desde luego, un componente geográfico, referente las riquezas mineras y agrarias, típico de la *laus Hispaniae*, pero que, al mismo tiempo, se revestió de un peculiar realismo, por ejemplo, al contemplar la diversidad de sus climas extremos³³³. Tuvo también un componente filosófico, pues supuso la alabanza a la forma de vida que entendía como característicamente hispana, esto es, la libertad, austeridad y tranquilidad propia de un campesino, confrontándola con las obligaciones, el bullicio y la corrupción de la urbe³³⁴. Es muy interesante, en este sentido, la contraposición simbólica que estableció entre la vida asociada a la toga como símbolo de una vida cívica romana, ya fundamentalmente corrupta, y la ausencia metafórica de ella en Hispania, como liberación de todo lo que conllevaba, de manera que se reinventaba en un sentido opuesto la idea estraboniana del hispano togado como paradigma de su positivo grado civilización (§ 6)³³⁵.

Además, la visión de Marcial sobre Hispania conllevaba una fundamental dimensión etnográfica, pues la idealización de la *rusticitas* en abstracto también comportaba una exaltación de aquellos detalles de los hispanos que denotaban dicha condición. En varios epigramas apuntó ideas en este sentido que resultaban muy del gusto estoico, como la austeridad en la alimentación hispana frente a los refinamientos excesivos de Roma³³⁶. No obstante, su formulación más explícita la hizo en sus ataques al griego Carmenión, que le sirvió de pretexto para elaborar un listado antitético entre las austeras y viriles virtudes frente el afeminamiento degenerado típicamente oriental con el que asociaba la situación presente de Roma³³⁷. Así, cuando hablaba de la rudeza exótica de los topónimos celtibéricos (*vide supra*) lo hacía con orgullo patrio («nostra nomina duriora terrae»³³⁸), y lo contrastaba con la debilidad balbuciente de Carmenión³³⁹. También Séneca había hablado de la voz ronca de su amigo Ladrón, con cierta simpatía³⁴⁰; pero en el caso de Marcial no había ninguna ambivalencia, sino simple identificación y reivindicación frente a una Roma suavizada que habían perdido su autenticidad. En el mismo sentido, Marcial contrapuso la cabellera cuidada y el cuerpo depilado del griego con sus propios cabellos rebeldes y barba hirsuta³⁴¹. Encajaba esto con el tópico bárbaro transmitido Estrabón, Apiano y Catulo sobre los hispanos (*vide supra*), y probablemente conocía el poema de este último, pero invirtió su sentido: era un signo negativo de

³³² Citroni 2002 ha explorado las distintas dimensiones de esa peculiaridad en la tradición literaria latina.

³³³ Chambert 2004, 66-71.

³³⁴ Mart. 1.49.31-6; 10.18; 12.18; 12.31; 12.68, e. g.; *vide Ibid.*, 73-75.

³³⁵ Mart. 12.18.

³³⁶ Mart. 7.78.

³³⁷ Alfayé Villa 2013.

³³⁸ Mart. 4.55; también los calificó como «nomina rustica» (4.55) y «nomina crassa» (12.18).

³³⁹ Mart. 10.65.

³⁴⁰ Sen. *Contr.* 1 pr. 16.

³⁴¹ Mart. 10.65.

barbarie en Egnacio, pero una muestra de autenticidad y virilidad en Marcial³⁴². Todo ello lo completaba con la contraposición de metáforas animales: la paloma y el corzo asustado para recalcar la fragilidad femenina del griego, frente al águila y el león para subrayar la *ferocitas* celtibérica. Marcial cerraba así una simple contraposición de prototipos en la que se combinaban tópicos etnográficos muy concretos sobre Hispania y prejuicios culturales genéricos sobre la masculinidad y la homosexualidad³⁴³.

Para ser preciso, Marcial estableció distinciones de este tipo dentro de la propia Hispania, pues no era lo mismo la austeridad estoica de Celtiberia y, por ejemplo, la Gades «iocosa» e «improba» de bailarinas y lujos refinados³⁴⁴. Asumía así una específica identidad como celtíbero —entendido como la suma de celtas e íberos³⁴⁵—, artificial y anacrónica, que suponía la autoidentificación con su etnotipo físico y cultural, convirtiendo el prototipo barbárico en un modelo moral ideal. De esta forma, el discurso de la barbarie tradicional servía a finales del siglo I e. c. como un arma arrojadiza contra la supuesta deriva cultural y moral de Roma, buscando en el buen salvaje la virtud perdida; el discurso es muy similar al que Tácito esgrimió con su *Germania*, aunque en el caso de Marcial se imbuía de una experiencia personal muy específica³⁴⁶.

Ya fuese de una manera genérica —en la concepción de Hispania— o individual —en las identidades personales—, en un sentido positivo —como Marcial— o negativo —como Catulo—, la tradición etnográfica sobre la Iberia prerromana fue revisitada de manera constante a lo largo del tiempo, y no solo desde una perspectiva histórica, sino también para ser proyectada en la definición de la realidad hispanorromana. Ciertamente, lejos de tratarse de un estereotipo único, se mantuvo en funcionamiento todo un catálogo de imágenes preconcebidas al que se recurrió de manera diversa en función de la necesidad política, creativa o reflexiva para la que se diese respuesta. Hispania y sus habitantes fueron barbáricos, beligerantes, fieles o pacíficos según el discurso en que se integrasen. Sin embargo, y a pesar de la importancia de ese último sentido integrador, ciertos rasgos predeterminados relacionados de alguna manera con la idea de la infracivilización se mantuvieron vigentes, como ocurrió con otras provincias que habían evolucionado desde la barbarie, de manera que, en cierto sentido, permaneció en el imaginario grecolatino como un territorio perpetuamente alterizado³⁴⁷. Lejos quedaban ya las circunstancias políticas y militares que le otorgaban el papel de amenaza inminente, pero las viejas imágenes se reinventaron una y otra vez, se argumentaron desde la perspectiva académica, se proyectaron desde el arte, se filtraron en la literatura y el

³⁴² Alfayé Villa 2013, 57.

³⁴³ *Ibid.*, 58-59, y, sobre esos tópicos de implicaciones sexuales, en general, Williams 1999.

³⁴⁴ Mart. 1.65 y 5.78; *vide* Chambert 2004, 72-73.

³⁴⁵ Mart. 10.65; 10.78; *vide* Beltrán Lloris 2004, 132-135; Alfayé Villa 2013.

³⁴⁶ Chambert 2004, 72.

³⁴⁷ Gómez Espelosín et al. 1995, 135-136.

pensamiento y se interiorizaron como modelo con el que identificarse o definir al otro más allá de los Pirineos.

2.7. La mirada tardoantigua y cristiana

Definitivamente, el grueso de las fuentes disponibles, ya sean estas geográficas, historiográficas, literarias o filosóficas, ya resulten fragmentarias o completamente conservadas, se concentran en un periodo de entre los siglos II a. e. c. y II e. c. Con posterioridad, hubo una cierta pérdida de interés por Hispania. Más allá de la recurrencia genérica de ciertos temas y conceptos tradicionales (§ 2.6), al parecer dejó de ser acuciante la necesidad de repensar en profundidad su desarrollo histórico. Una vez plenamente provincializada, perdía los roles que en determinados momentos la pusieron en el centro de atención: su papel de antagonista en las guerras de expansión, su calidad de escenario en los conflictos civiles o con otras potencias, su condición de espacio a civilizar en la propaganda imperialista. Ya Hispania y los hispanos no eran nada de eso, lo que le restaba la pertinencia inmediata que antes tuvo, y precisamente por ello las evocaciones de los episodios clave recurrieron a una tradición manida y vulgarizada, reforzando unos tópicos cada vez más alejados de la realidad que les dio sentido³⁴⁸.

Ahora bien, en el cambio del siglo IV al V e. c. se dio un proceso interesante que sí conllevó un cierto redescubrimiento y reinención del pasado hispano que resultaría enormemente influyente con posterioridad. Dos aspectos fundamentales incidieron en ese fenómeno: la incidencia general del cristianismo en las concepciones historiográficas y etnográficas —lo que redefinió la concepción del bárbaro, el del pasado y el del presente— y el surgimiento de una nueva producción intelectual hispana —lo que propició el enfoque sobre los asuntos peninsulares—. Ambas circunstancias condicionaron esa cierta reelaboración del discurso historiográfico confluyendo en Paulo Orosio, un autor esencial para entender la recepción de lo hispano a finales de la Antigüedad.

Como fenómeno general, en ese periodo los intelectuales cristianos alcanzaron por primera vez una posición preeminente, imponiéndose progresivamente sobre la cultura y, en el caso que me ocupa ahora, la historiografía pagana. No entro en ello en profundidad, pero es evidente que este proceso conllevó ciertas transformaciones en la concepción profunda de la Historia: introducción del providencialismo, aplicación de un esquema lineal del tiempo —en sustitución del cíclico—, surgimiento de la historia sagrada, etc. Dichos cambios, en todo caso, se integraron sin estridencias ni solución de continuidad

³⁴⁸ *Ibid.*, 109-157; Pelegrín Campo 2003, 224-225.

respecto de los cánones clásicos, respetándose especialmente el legado historiográfico político-militar³⁴⁹. En todo caso, una de las consecuencias más interesantes de esas transformaciones fue la alteración del discurso de la barbarie³⁵⁰. Desde luego, el esquema básico puede seguir entroncándose con los ya lejanos modelos griegos clásico y helenístico, pero las nuevas circunstancias geopolíticas (las presencias germánicas) y perspectivas espirituales (el cristianismo) modificaron algunos de sus elementos estructurales. Simplificando, la barbarie tendió a identificarse con paganismo, ya fuese prerromano, romano o arriano; asimismo, la civilización siguió vinculada con la *romanitas*, pues el marco de eclosión cristiana había sido el Imperio, no obstante, el cristianismo se introducía en la ecuación introduciendo nuevos matices. Teniendo todo esto en cuenta, la barbarie tradicional entendida como la conjunción de externalidad e incivilización quedaba obsoleta como tal: la condición plenamente bárbara podía estar en la propia Roma y sus acciones, de la misma manera que la virtud suprema podía encontrarse en realidades periféricas e infracivilizadas.

Ese trasfondo afectó necesariamente a la manera en que se percibía el pasado prerromano hispano y su caracterización bárbara tradicional, a lo que se añadía la emergencia de una producción intelectual hispanorromana que ahondó en el cambio de prisma en este caso específico. Prudencio, en literatura, y Orosio e Hidacio en historiografía, son los máximos representantes de este fenómeno: eran romanos y cristianos, por lo que aplicaron los nuevos estándares de la barbarie contra los godos arrianos y los romanos paganos, pero además eran hispanos, con lo que tendieron a representar a Hispania como un particular reducto de civilización³⁵¹. De alguna manera, con estos autores, la Península perdía parte de su estigma bárbaro automático y se convertía en un paradigma de la virtud, periódicamente amenazada, ya fuese por el viejo bárbaro pagano, cartaginés o romano, o por el nuevo bárbaro norteño, germánico y arriano. De esta forma, en su proyección retroactiva, la conquista romana fue atacada con una nueva dureza, recuperando y reforzando las antiguas reflexiones y críticas sobre los efectos del imperialismo; a su vez, la barbarie hispana fue replanteada, de manera que la valoración moral de la resistencia, potenciada durante siglos, adquiriría nuevas connotaciones, en algunas ocasiones, con una lectura incluso martirial.

Orosio, sacerdote hispano, posiblemente de Bracara Augusta, condensa todos esos aspectos y su obra es esencial, por ser la única compuesta en ese contexto que trata extensamente sobre la conquista romana de Hispania y por constituirse como un referente

³⁴⁹ Acerca de estos procesos, en general, *vide* Momigliano 1975; 1989; Marasco 2003.

³⁵⁰ Brizzi 1962; Patlagean 1978; Dauge 1981, 307-378; Lens Tuero 1993; López Quiroga 2011; Álvarez Jiménez et al. 2013. La cuestión ha sido también estudiada específicamente para el caso de Amiano Marcelino y su replanteamiento de la barbarie desde el punto de vista pagano (Wiedemann 1986; Guzmán Armario 2006).

³⁵¹ Gómez Espelosín et al. 1995, 136-139; García Fernández 2005.

fundamental de la historiografía cristiana posterior³⁵². *Historiae adversus paganos* fue escrita en 417, y se trata de una historia universal que, en lo básico, continuó el modelo de la historiografía helenística y augustea. En concreto, hasta cierto punto forma parte de la tradición epitomista derivada de Livio (su principal fuente fue Floro u otro epítome similar), aunque trascendió con mucho el mero resumen. Aparte de manejar informaciones de autores complementarios —algunas únicas entre las fuentes conservadas—, lo más interesante es que constituye una profunda reelaboración de la Historia universal, la primera según una concepción cristiana en la que se trata de manera unitaria la historia civil y la sagrada.

Según el propio autor³⁵³, fue compuesta por encargo de Agustín de Hipona y ciertamente asumía desde la historiografía la misión que *De civitate Dei* cumplía desde la teología: defender su religión de la ofensiva pagana que estaba sufriendo a raíz de las incursiones germanas (y en particular el saqueo de Roma del 410 e. c.) y su instrumentalización como pretexto para culpabilizar al cristianismo de la crisis del Imperio. Efectivamente, el contexto, perspectiva e intencionalidad de ambos autores no puede desligarse, sin que ello conlleve presuponer una dependencia absoluta de Orosio respecto a su maestro ni negar la existencia de diferencias sustanciales entre sus planteamientos³⁵⁴. Es evidente que el género desde el que abordaron el mismo problema es muy diferente, aunque Agustín manejó ampliamente ejemplos históricos para ilustrar ciertos conceptos teológicos, incluido Sagunto³⁵⁵, y desde una perspectiva muy similar a la de Orosio en cuanto a su dramatización y simplificación moralista (*vide infra*). En todo caso, se ha apuntado una tendencia radical del discípulo que diverge sustancialmente de la visión de Agustín: según este, el triunfo de Roma fue provisto por Dios por reconocer virtudes y justicia en sus objetivos; para Orosio, la providencia propició el nacimiento de Cristo y la extensión de su palabra en el momento más brillante del Imperio, pero sus guerras nunca fueron justas. De ello derivó una particular empatía hacia los sometidos y los resistentes que transgrede de una manera decisiva el discurso tradicional³⁵⁶.

El objetivo era demostrar que los problemas que vivía la Ciudad no tenían nada que ver con el cristianismo, y el argumento historiográfico para sostenerlo era mostrar que los tiempos precristianos habían sido incluso peores a la crisis presente y que el idealizado periodo republicano, especialmente, había sido en realidad una etapa de caos, violencia y

³⁵² Sobre la obra de Orosio en general, *vide* Torres Rodríguez 1985; Fuentes de la Rosa 1990; Martínez Cavero 2002; complementariamente, hay algunas ideas interesantes en Alonso-Núñez 1993; Meseguer Gil 2017; para su relación con Hispania: Castro y Castro 1954; Alonso-Núñez 1989; García Fernández 2005; Lomas Salmonte 2007. Utilizo la edición de Sánchez Salor 1982a; 1982b.

³⁵³ Oros. 1 pr. 1.

³⁵⁴ Sobre las conexiones y divergencias entre Orosio y Agustín, *vide* Meseguer Gil 2017.

³⁵⁵ Aug. *Ciu.* 3.20.

³⁵⁶ Sánchez Salor 1982c, 21-24.

desgracias³⁵⁷. Ese leitmotiv tuvo una repercusión fundamental a la hora de representar positivamente los logros de los sometidos: se magnificaron las victorias y resistencias indígenas tanto como los errores y excesos romanos, de manera que se suavizaba el discurso de la barbarie sobre aquellos pueblos y se dramatizaban las circunstancias de su caída. Mediante ese planteamiento las glorias de la expansión romana eran relativizadas, pues habían traído consigo el sufrimiento y la decadencia de otros, por lo que no podían ser motivo de orgullo:

«Si se consideran felices aquellos tiempos porque en ellos aumentaron las riquezas de una sola ciudad, ¿por qué no se consideran más bien desafortunados porque en ellos desaparecieron poderosos reinos con lamentable pérdida de muchos y bien desarrollados pueblos?»³⁵⁸.

En esa idea pone especial empatía con la resistencia de los antiguos hispanos³⁵⁹. Ciertamente, su contenido etnográfico es casi inexistente, y el historiográfico muy escueto, pero en la selección y énfasis de los episodios y las valoraciones personales así lo transmite de una forma clara.

«Que dé Hispania su opinión de los tiempos en que, a lo largo de doscientos años, regaba con sangre todos sus campos en toda su extensión y no podía rechazar ni sujetar a un enemigo que lo turbaba todo a sus anchas por todas partes; de los tiempos en que ellos mismos, en sus distintas ciudades y lugares, rotos por los desastres bélicos y agotados por el hambre de los asedios, ponían, como remedio a sus desgracias, fin a su vida, enfrentándose y matándose unos a otros, tras haber ejecutado a su vez a sus esposas e hijos»³⁶⁰.

Desde esta premisa, y de acuerdo con el contenido fundamentalmente fáctico de la obra, la idea más recurrente en el relato orosiano sobre los asuntos hispanos fue el desastroso papel militar jugado por Roma, como una forma de minar la propaganda sobre la hazaña de la conquista. Desde luego, si la principal motivación de las *Historiae* era esbozar un periodo precristiano violento y caótico, la expansión en Hispania proveía un buen catálogo de ejemplos, especialmente si eran convenientemente aislados y potenciados. La Guerra de Viriato y Numancia, que ya en la tradición previa habían disfrutado de condescendencia y autocrítica, se convertían ahora en paradigmas de lo negativo de las motivaciones, las prácticas y las consecuencias, para propios y ajenos, del imperialismo pagano de Roma. En la línea de Floro, se engrosaron las cifras de muertos y soldados, se ahondó en la desigualdad entre los bandos, se insistió en el terror vivido por los romanos y se exageró la desgracia vivida por los hispanos. Obviamente, esto incidió en la caracterización que se transmitía de los indígenas. Colateralmente, se

³⁵⁷ *Ibid.*, 19-21; García Fernández 2005, 288-289.

³⁵⁸ Oros. 5.1.4 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

³⁵⁹ García Fernández 2005, 289-291.

³⁶⁰ Oros. 5.1.6 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

reforzaban tópicos como el de la belicosidad y la resistencia, al incidir en la dureza de los conflictos (§ 7). Igualmente, se reincidía en su lealtad y honorabilidad, en contraste con la despiadada actitud romana ejemplificada dramáticamente con personajes como Galba o episodios como el de Mancino (§ 9). Por contra, para fomentar la empatía con los vencidos, suavizó u omitió aquellos otros *topoi* concebidos originalmente para su barbarización, como todo aquello que tenía que ver con su religiosidad y formas de vida salvajes (§ 10) o los detalles más cruentos de los suicidios colectivos (§ 11).

En síntesis, la crítica a Roma se proyectaba en las virtudes hispanas para recortar la gloria del proceso de expansión que se había mantenido en los discursos patrióticos tradicionales. No había nada nuevo en esos temas, pero sí se habían sometido a un proceso de simplificación y magnificación que se reforzaba por la propia estructura sintética, selectiva y retórica de la obra. Especialmente Numancia sostuvo un enorme peso simbólico en este sentido, sirviendo de pretexto para condensar algunas de sus más significativas valoraciones de fondo:

«El dolor exige que en este momento gritemos. ¿Por qué, romanos, reivindicáis sin razón para vosotros esos grandes títulos de justos, grandes, fuertes y misericordiosos? Aprended, más bien, esas virtudes de los numantinos. ¿Tuvieron ellos necesidad de ser valientes? Vencieron en la lucha. ¿Tuvieron necesidad de ser fieles? Leales a otros como a sí mismos, dejaron libres, porque así lo habían pactado, a los que habían podido matar. ¿Había que dar pruebas de justos? Pudo comprobarlo incluso el atónito senado, cuando los propios numantinos por medio de sus legados o sólo la paz, pero sin recortes, o a todos aquellos a quienes habían dejado ir vivos como prenda de la paz. ¿Hubo necesidad en algún momento de dar pruebas de misericordia? Bastantes pruebas dieron dejando marchar al ejército enemigo con vida o no aceptando para el castigo a Mancino»³⁶¹.

Así Orosio focalizaba en Numancia el mensaje central de su obra. Paradójicamente, el catálogo de virtudes romano-cristianas se materializaban en la resistencia de unos bárbaros prerromanos, precisamente, para poner en cuestión las excelencias del Imperio pagano.

Ciertamente, esa particular simpatía que Orosio demostró hacia los hispanos en su reinterpretación de la tradición liviana, ha provocado que se plantee la posibilidad de que existiese un cierto sentido patriótico por tratarse de un autor hispano³⁶². Cabe considerar que la atención que recibió Hispania en general, y casos destacados como el de Numancia, pueda estar propiciada por su origen y su perspectiva provincial. Ahora bien, no me parece

³⁶¹ Oros. 5.5.1-4 (trad. de *Ibid.*).

³⁶² García Fernández (2005, 293, n. 39) hace un buen estado de la cuestión sobre dicho debate. Pueden diferenciarse dos líneas básicas: la que identifica en la obra un patriotismo hispanista (Torres Rodríguez 1985, *e. g.*) y la que lo descarta incidiendo en su perspectiva universalista (Castro y Castro 1954; Meseguer Gil 2017).

sostenible hablar de un sentimiento patriótico en la interpretación de ese fenómeno en base a dos motivos fundamentales: por un lado, el hecho evidente de que esa visión de la expansión romana no es exclusiva del tratamiento de los episodios hispanos, sino que se integra en una visión universal del imperialismo romano y solo así se puede entender plenamente; en segundo lugar, resulta clave su perspectiva sobre la Guerra Astur-Cántabra. Su relato sobre la conquista del norte peninsular es la historia del sometimiento necesario y legítimo de unos pueblos absolutamente salvajes desprovistos de toda cualidad deseable; es la historia de la culminación del idealizado proyecto de pacificación augusteo, aquel que hizo posible la venida de Cristo y la difusión de su doctrina.

Desde luego este último es un argumento bastante convincente para descartar cualquier tipo de motivación patriótica, provincialista o etnicista en el tratamiento que Orosio les dio a los hispanos frente a Roma. La exaltación de su resistencia se mantuvo en su obra mientras resultaba útil en el sostenimiento de su discurso de fondo (la visión distópica de la República romana) y desapareció por completo cuando dejó de ser pertinente (la divinización de la *Pax Augusta*). En efecto, los estereotipos del relato sobre la expansión romana en Hispania propios de la tradición liviana se recondujeron hacia una nueva idealización de lo indígena. Sin embargo, esto no debe entenderse como la expresión de un sentimiento hispanista, sino desde una perspectiva universalista, como parte integrante de la misión apologética de su obra, readaptando, de nuevo, el discurso de la civilización-barbarie de la tradición helenística³⁶³.

En cualquier caso, Orosio representa un punto de inflexión entre dos realidades. Pasó mucho tiempo hasta que volvió a replantearse de una manera sistemática el pasado prerromano de Iberia y su proceso de romanización. Cuando esto se hizo, las *Historiae* fueron el gran referente, y a menudo casi el único, para redescubrir esa parte del pasado. Orosio es importante por su enorme fortuna posterior, porque su perspectiva hispana fue fundamental para fraguar la visión española y porque su relectura ética y moral de proyección cristiana abría una puerta, ofrecía un nuevo abanico de posibilidades para reinventar aquel pasado bárbarico que perdía buena parte de su barbarismo.

³⁶³ García Fernández 2005, 292-298.

ANTEPASADOS EVANESCENTES
AUSENCIAS Y REENCUENTROS MEDIEVALES

«Como el devenir de las Españas, repetido bajo las sangrientas catástrofes de los distintos reyes, no sólo ha cambiado su lengua sino que ha olvidado el principio de su raza, sacudida por la diversidad de sus gobernantes, casi se desconoce ya la gente y el origen de los habitantes de España»

Rodrigo Ximénez de Rada, *ca.* 1243, *Historia de los hechos de España*, prólogo
(trad. de Fernández Valverde 1989).

Toda periodización es artificial, pero el empeño por aislar a la llamada Edad Media como una etapa homogénea es quizá uno de los fenómenos de simplificación más empobrecedores de la Historia del pensamiento historiográfico occidental. Diez siglos de transformaciones y multiplicidad difícilmente pueden clasificarse con un sencillo catálogo de características definitorias sin caer en preconcepciones vulgarizadoras³⁶⁴. Hecha esta advertencia, he aquí un capítulo generalizador sobre el Medievo.

Como justificación, cabe tener en cuenta, en primer lugar, que este periodo ha sido a menudo soslayado o solventado rápidamente a base de tópicos, tanto en los estudios historiográficos como en los trabajos sobre la recepción clásica, en parte por la peculiaridad inherente de sus fuentes, en parte por la inercia tradicional a establecer un vínculo artificialmente aislado entre Antigüedad y Renacimiento³⁶⁵. En este sentido, considerar los principales procesos de este periodo sobre unas bases mínimamente sólidas, aunque sea brevemente, puede suponer un aporte interesante a la visión de conjunto del tema que nos atañe. Por otro lado, dedicar un solo capítulo a un periodo tan amplio tiene que ver con el hecho de que el material de análisis es proporcionalmente limitado en comparación con otras épocas. En general, la Antigüedad prerromana no estuvo en el centro de las preocupaciones históricas medievales, en comparación con el pasado bíblico o gótico y, en menor medida, el romano. Entre otras consecuencias, esto propició que tuviese poco o ningún espacio en muchas obras principales, además de que esa información escasa, cuando existió, tendió a reproducirse con pocas modificaciones. Por otro lado, en la cronística medieval, por su propio enfoque fáctico, no hubo apenas contenido etnográfico, con lo que el análisis en ese aspecto, parte fundamental de este trabajo, tiene necesariamente un corto recorrido. De hecho, solo dedicaré un subepígrafe temático de la Parte 3 centrado exclusivamente en el material medieval (§ 7.2), aparte de algunas notas puntuales en otros apartados. Es obvio que el acceso a las fuentes antiguas y su información fue por lo general más restrictivo en este periodo, pero no voy a entrar en detalle en los mecanismos de transmisión textual, exceptuando cuestiones concretas; mucho más interesantes me parecen las implicaciones simbólicas e ideológicas de esos vacíos y olvidos.

Aprovecho en este sentido la vieja etiqueta del Medievo en un sentido laxo, englobando una serie de visiones sobre el mundo antiguo que fueron puntuales y escuetas en contenido, pero, precisamente por su carácter selectivo, muy valiosas para comprender fenómenos simbólicos de largo recorrido. Así, en ese extenso periodo pueden identificarse momentos de intensificación en la recepción de la Antigüedad: en lo que

³⁶⁴ Heers 2000 (1992).

³⁶⁵ En general, para ciertas nociones básicas sobre la historiografía medieval, *vide* Deliyannis 2003, y en lo que concierne al caso hispánico, Sánchez Alonso 1947 (1944), 205-290; Linehan 2012 (1993); Kagan 2010 (2009), 44-79; Álvarez Junco 2013, 12-68. En lo que se refiere al estudio de la recepción de la Antigüedad, es fundamental Crosas López 1998; 2010.

conciene al mundo hispanoárabe, en la primera mitad del siglo X, en el contexto de conformación del Califato de Córdoba (§ 3.2); en ámbito cristiano, a lo largo del siglo XIII, ligado a la proyección hegemónica de la Corona astur-leonesa-castellana (§ 3). En esos momentos inflexivos se propiciaron profundas redefiniciones del pasado como parte de la propaganda de los correspondientes proyectos políticos, lo que tuvo como punto en común el desarrollo de un interés sin precedentes por la Antigüedad remota como fuente de legitimación y escenario de reflexión política. En esos fenómenos excepcionales se formularon ciertas versiones canónicas del relato de los orígenes que se reiteraron en lo sucesivo en sus respectivas tradiciones. Las excepciones y variaciones sobre esas narrativas fundamentales evidencian procesos y coyunturas divergentes; destacan particularmente las innovaciones, ligadas a las llamadas corrientes «prehumanistas», que se introdujeron en la cronística cristiana de manera progresiva a lo largo del siglo XV, y que se concretaron en una cierta diversificación de las fuentes y un tratamiento más integrado del periodo antiguo (§ 3).

A partir de ese devenir irregular de grandes ausencias y reencuentros, puede ensayarse la definición de ciertos fenómenos ideológicos comunes de fondo (§ 3.3). Por un lado, quizá el aspecto más estudiado es la incidencia del componente mitológico, grecolatino y bíblico, en la conformación de los nuevos relatos sobre los orígenes³⁶⁶. No entraré en detalle en esta cuestión por apartarse del objetivo específico de este estudio — los pueblos históricos—, pero es importante considerar la general predisposición en este periodo a incorporar elementos anacrónicos y fantásticos como dinámica que también afectó al tratamiento de los episodios históricamente documentados. En segundo término, es esencial el desarrollo de una cierta conceptualización de *lo hispano* a lo largo de esos siglos, como objeto historiográfico, noción identitaria y espacio de proyección política y militar de corte imperialista. Esto condicionó necesariamente la manera en que se percibió el pasado peninsular y las características de sus pueblos, así como la forma en que se interrelacionaron sus distintos referentes, coloniales y autóctonos, prerromanos y romanos, especialmente, en lo que nos ocupa. En lo más concreto, lo cierto es que aquellos pueblos vieron limitada su presencia a los episodios bélicos más célebres, Sagunto, Numancia y Guerra de Viriato, fundamentalmente, a menudo de manera aislada y descontextualizada. Estos hitos emblemáticos aparecieron, no obstante, con una enorme potencia simbólica, como escenarios para la reflexión y la enseñanza sobre el ejercicio del poder, como trasunto presentista de la geografía de la frontera y el conflicto que definían la realidad política voluble y fragmentada del momento (§ 3.4).

³⁶⁶ Tate 1954; 1970, 13-32; Carlos Villamarín 1996; Matesanz Gascón 2004; Pardo 2006, 9-133; Villa Prieto 2015a.

3.1. El pasado remoto y la expansión cristiana

Isidoro, arzobispo hispanovisigodo de Sevilla, es considerado, en muchos sentidos, como un punto de inflexión entre Antigüedad y Medioevo³⁶⁷. En el cambio del siglo VI al VII, el Imperio de Roma era ya un recuerdo, muy potente, pero ajeno al mundo más inmediato, por lo que su obra se revela como un interesante enlace entre la profunda erudición grecolatina y la nueva realidad política e identitaria de los reinos germánicos. Por un lado, sus *Etymologiae* supusieron la reinención del enciclopedismo clásico desde un nuevo prisma cristiano; por otro, su *Historia Gothorum* inauguraba un género cronístico que marcó la línea de la legitimación historiográfica de las monarquías hispánicas en adelante, y que debe encuadrarse en una corriente general de historias étnicas que en la Alta Edad Media definieron los orígenes de las nuevas naciones postrromanas³⁶⁸. En efecto, Isidoro fue el referente para el desarrollo de algunos de los fenómenos más característicos de la consciencia histórica peninsular a lo largo de todo el Medioevo. Esto se debe, por una parte, al limitado acceso a las fuentes clásicas y el escaso desarrollo de la historiografía altomedieval sobre la Antigüedad, y, por otra, a su pertinencia ideológica como fuente de autoridad.

Para empezar, su escueta referencia a la conexión entre los íberos y Túbal, nieto de Noé, lo convirtió en la fuente esencial sobre la que inventar los orígenes bíblicos del poblamiento peninsular; pero su influencia en este sentido se dejó notar igualmente, de manera decisiva, en lo más peregrino y anecdótico, como la fundación de Sagunto o la etimología de Hispania y Celtiberia³⁶⁹. De manera más inmediata, su alabanza del linaje visigodo hizo que se consituyese como el fundamento de uno de los discursos ideológicos más importantes de la Historia de España: la legitimación de las monarquías hispánicas a partir de su imaginada genealogía gótica y la idea de la restitución de su reinado preislámico³⁷⁰. Ahora bien, probablemente lo más relevante es que su perspectiva geopolítica le convirtió en un precursor decisivo en la conformación de una identidad hispánica. La *Historia Gothorum* estaba pensada para la dignificación y legitimación de la monarquía visigoda, ligando su destino tanto al triunfo del cristianismo como a la pacificación peninsular. En este sentido, la de Isidoro no es una crónica de Hispania, sino la de un pueblo exógeno que había alcanzado su clímax al dominarla. No obstante, en el

³⁶⁷ Sobre su figura y su obra en general, *vide* Velázquez Soriano y Ripoll López 2015.

³⁶⁸ Martínez Pizarro 2003. Por ejemplo, los *Libri historiarum* o *Historia Francorum* de Gregorio de Tours (finales del siglo VI), el *Liber historiae Francorum* (727), la *Historia ecclesiastica gentis Anglorum* de Bede el Venerable (731) o la *Historia Langobardorum* de Paulo Diácono (787-796), *e. g.*

³⁶⁹ Isid. *Etym.* 15.68; 9.2.109 y 9. 2.114, respectivamente.

³⁷⁰ No entraré aquí en el análisis de ese discurso, para lo que remito a González Fernández 1990; 1986; Rucquoi 1992; Torrente Fernández 2002; García Moreno 2005; Le Morvan 2009; Villa Prieto 2010; Isla Frez 2011; Díaz Martínez 2013; Carbó García 2015a, 67-113; Carbó García 2015b; Fernández Gallardo 2015.

proceso, la antigua provincia se vio reforzada como ente propio, constituyéndose como un sujeto histórico ligado a una comunidad de habitantes y unos rasgos característicos³⁷¹. Esto hundía sus raíces en las concepciones romanas imperiales (§ 2.6), pero en la culminación isidoriana del género de la *laus Hispaniae*, la aplicación sistemática de la Era Hispánica o la legitimación histórica y mitológica de su constitución como reino autónomo y legítimo, lo hispano adquiría una nueva envergadura e implicaciones (§ 3.3). Isidoro perpetuó tópicos e introdujo datos que, en algunos casos, eran tangenciales y ambiguos, pero que, en las particulares circunstancias en que se concibieron y transmitieron, en las puertas de una nueva realidad política y cultural, marcaron significativamente a la percepción histórica sucesiva.

Ciertamente, entre comienzos del siglo VIII y finales del IX se desarrolló el periodo de mayor escasez de fuentes de la Edad Media hispánica, tanto en el ámbito cristiano como en el musulmán. La laguna es importante, porque en esos doscientos años sucedieron algunos hechos fundamentales (invasión árabe, inicios de la llamada Reconquista, etc.) que serían invocados posteriormente como pilares de la mitología nacional, pero cuya narración es muy tardía y bajo formas fundamentalmente legendarias³⁷².

No obstante, en el ámbito cristiano, el panorama se transformó sustancialmente a partir de la década de 880, cuando se compuso el ciclo de crónicas de Alfonso III³⁷³. Parece claro que su autoría se debe a ciertas figuras eclesiásticas cercanas a la corte y su concepción es inseparable del contexto de transformación del Reino de Asturias y el fortalecimiento del obispado de Oviedo. En el cambio del siglo IX al X, Alfonso III consolidó su dominio hasta la línea del Duero, lo que se acompañó de una intensa labor repobladora. Se estaba orquestando la que podría considerarse como la transición de la corona asturiana hacia la conformación del Reino de León y esto se apoyaba en una nueva parafernalia discursiva. Ese proyecto es el que daba sentido a la composición de las crónicas, transmisoras de una legitimidad respaldada en la genealogía gótica, el concepto de *traslatio imperii* (el rey adoptó por primera vez el epíteto de *imperator*) y la misión providencialista (restauración del cristianismo), pilares básicos sobre los que se fundamentarían las futuras monarquías hispánicas. La *Crónica Albeldense* es la más

³⁷¹ Maravall 2013 (1954), 17-27; Kagan 2010 (2009), 44-46; Álvarez Junco 2013, 12-16; la expresión «ficción histórica» la tomo de Kagan 2010 (2009), 44.

³⁷² Maravall 2013 (1954), 27-32; Álvarez Junco 2013, 17. Acerca de la historiografía hispánica altomedieval, vide Sánchez Alonso 1947 (1944), 87-204; Díaz Díaz 1976; 1983; Huete Fudio 1997. Las obras más importantes que se conocen de ese periodo son dos crónicas mozárabes sobre la conquista musulmana, la *Crónica bizantina-arábiga* de 741 y la *Crónica mozárabe* de 754; están editadas y analizadas en Blanco Silva 1999; López Pereira 2009; Martín 2006; 2010.

³⁷³ Se trata de tres obras, la *Crónica de Alfonso III*, de la que hay dos versiones (rotense y sebastiniense), la *Crónica Albeldense* u *Ovetense* y la *Crónica Profética*. Están editadas y estudiadas en Gómez-Moreno 1932; Gil Fernández et al. 1985; complementariamente, vide Ordóñez Cuevas 2016.

interesante en ese sentido, pues el marco cronológico sobre el que construyó ese discurso es mucho más amplio que en el resto: fue la única que incluyó una descripción geográfica y un repaso a los emperadores de Roma³⁷⁴, de manera que establecía una línea directa entre romanos, godos y asturianos. No obstante, se trata de un sintético listado en el que no se tratan detalles históricos.

Tras el impulso alfonsino, en el ámbito leonés y castellano se desarrolló un largo periodo, de entre el siglo X y el XII, caracterizado por obras parciales que obviaron la Antigüedad por sistema, centradas en la dinastía gótica, la crónica de los reinados recientes y la mitología cristiana (sobre Santiago, particularmente)³⁷⁵. Algo similar ocurrió en la tradición navarra; la primera gran crónica de entidad, el *Liber regum* (ca. 1194-1209), escrito en navarro-aragonés, planteó un prelude que se remontaba al Génesis y que pasaba muy sucintamente por la Historia del Imperio Romano, pero sin tratar ningún asunto hispano hasta la etapa visigoda. En la cronística catalana y aragonesa la omisión del pasado antiguo es aún más evidente: la genealogía de la Corona de Aragón y los Condados Catalanes se entroncó por lo general con la dinastía carolingia y tomó como referencia fundacional la Reconquista, de forma que el periodo prerromano y romano fue totalmente soslayado, e incluso el visigodo fue tratado marginalmente³⁷⁶; esta tendencia no se rompió hasta los siglos XIV y XV (*vide infra*). Es significativo que la gran excepción en el tratamiento de la Antigüedad dentro de la cronística latina de este periodo sea la *Chronica Gothorum Pseudo-Isidoriana*, no por casualidad, compuesta por un muladí o un mozárabe arabizado y a partir de materiales básicamente árabes (§ 3.2).

En definitiva, aunque existe una profusa cronística cristiana hasta el siglo XII, la omisión de la Antigüedad en general, y del pasado prerromano en particular, es una norma generalizada. En muchos sentidos, el siglo XIII supuso en la tradición astur-leonesa-castellana un punto de inflexión evidente, especialmente en torno a tres obras esenciales que marcaron un nuevo canon historiográfico con un largo recorrido posterior: el *Chronicon Mundi* (ca. 1230-1239) de Lucas de Tuy, *De rebus Hispaniae* (1243) de Rodrigo Ximénez de Rada y la *Estoria de Espanna* (ca. 1270-1274), dirigida por Alfonso X el Sabio³⁷⁷.

La obra de Lucas de Tuy, obispo de esta diócesis, constituyó un punto de partida decisivo³⁷⁸. Encargada por Berenguela de Castilla —posiblemente en su etapa de reina

³⁷⁴ Sobre ese listado imperial y sus fuentes, *vide* Bautista Pérez 2015, 7-14. En cambio, la *Crónica de Alfonso III* se limitó al periodo entre Wamba y Alfonso III, y la *Crónica Profética* es una interpretación de la profecía de Ezequiel sobre Gog e Ismael, antepasados míticos de godos y árabes, respectivamente.

³⁷⁵ Es el caso del *Chronicon Iriense* a finales del X, el *Chronicon Silense*, a principios del siglo XII o el *Chronicon Compostellanum*, de mediados del mismo, *e. g.*

³⁷⁶ Sirva de ejemplo la *Gesta Comitum Barcinonensium et Regum Aragonum*, de mediados del siglo XII.

³⁷⁷ De manera global, *vide* Linehan 2012 (1993); Álvarez Junco 2013, 53-62.

³⁷⁸ Utilizo la edición comentada de Falque Rey 2003. Para su estudio resulta fundamental el análisis de Jerez Cabrero 2006; complementariamente: Henriot 2001; Falque Rey 2002.

madre y consejera de Fernando III—, se trata de una crónica de la Corona castellana, aunque plenamente imbricada en la Historia universal. Recuperaba así el modelo grecolatino, rompiendo con las constricciones de la cronística inmediata: reincidió en la genealogía gótica, pero desde una perspectiva universalista inspirada en Isidoro; de hecho, Tuy pasa por ser el gran perpetuador de ese autor en el Medievo hispano. Su segundo prólogo («De excellentia Hispaniae») es una extensión de la *laus Hispaniae* isidoriana³⁷⁹ y el primer libro se dedicó por completo a la Antigüedad, desde el Génesis, la Historia bíblica y el Imperio romano, para después centrarse en el dominio godo y el linaje castellano³⁸⁰. Con omisiones, énfasis y reelaboraciones, la información sobre la Antigüedad es básicamente la que proveyó Isidoro, pero la nueva importancia otorgada a esa parte del pasado es significativa en sí misma y fue muy influyente.

El siguiente gran paso en la conformación de ese nuevo canon castellano lo dio el arzobispo de Toledo e influyente hombre de estado, Rodrigo Ximénez de Rada³⁸¹. *Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica* se compuso según su prólogo por encargo de Fernando III de Castilla y repasa las grandes etapas de dominio vividas en la Península Ibérica desde la fundación de Túbál. Esa es su gran novedad: por primera vez en la historiografía cristiana, Hispania era el objeto de análisis, resultando circunstancial la sucesión de pueblos que habían pasado por ella (§ 3.3). A esto se añade otro aporte fundamental: la diversificación de las etapas tratadas llevó consigo la diversificación de las fuentes manejadas. En ese aspecto, los datos básicos y concisos de Isidoro/Tuy se expandieron sistemáticamente con lo extraído de otras fuentes grecolatinas y crónicas cristianas y árabes, a lo que se sumaron reinterpretaciones y, quizá, invenciones propias de cierto calado. Con un notable fondo erudito bastante desprovisto de escrúpulos críticos, se construía así un pasado antiguo mucho más completo y ya plenamente enfocado en Hispania, con el objetivo de glorificarla y legitimar la consecución de una monarquía hispánica que se identificaba con la castellana. De entre los nuevos componentes de su modelo cabe destacar el papel central que le atribuyó a Hércules —mayor incluso que el del propio Túbál— y su sobrino Hispán, aplicando sobre él el modelo clásico del héroe fundador.

No obstante, una faceta particularmente interesante de la historiografía de Rada reside en sus cuatro obras menores, tratados específicos en los que desarrolló más pormenorizadamente la historia de aquellos pueblos tratados de manera sintética en su obra magna. Me interesa especialmente la *Historia romanorum*³⁸², que en cierta medida

³⁷⁹ Henriet 2001, 257-264.

³⁸⁰ Específicamente, sobre las fuentes y características de ese primer libro, vide Falque Rey 2002; 2003, XXXIII-XLII.

³⁸¹ Sobre Rada como historiador, vide Lomax 1977; Ward 2003; Crespo López 2014. *De rebus Hispaniae* ha sido estudiada y editada en Fernández Valverde 1987 y traducida en Fernández Valverde 1989.

³⁸² Puede encontrarse la edición de la obra en Fernández Valverde 1979-1980. Las otras tres son la *Historia arabum*, *Ostrogothorum historia* y *Hunnorum, vandalarum, suevorum, alanorum et silingurorum historia*.

suplió la ausencia de Roma en *De rebus Hispaniae*. Es un sucinto repaso a toda la Historia romana en la que, lamentablemente, se omitió todo lo concerniente a la conquista romana de Hispania; en la medida en que el foco se puso en el referente imperial latino, los hispanos solo tuvieron sentido como actores secundarios en ciertos momentos de la Guerra de Aníbal (la toma de Sagunto es particularmente interesante) y las luchas civiles de César y Pompeyo. Ciertamente, estas etapas seguían siendo en Rada un preludio del periodo visigodo, que no solo se mantenía, sino que se consolidaba como referente central, pero la ampliación de esa parcela pregótica del pasado es significativa en sí misma y estuvo muy cargada de significación simbólica.

Esas tendencias destacadas en Tuy y Rada fueron absorbidas, sistematizadas y consolidadas para la posteridad en la producción historiográfica del *scriptorium* de Alfonso X de Castilla³⁸³. De él salieron dos grandes proyectos complementarios, ligados muy directamente a esos precedentes inmediatos³⁸⁴: la *General estoria*, que, como Tuy, insertaba el desarrollo de la monarquía castellana en el contexto de la Historia universal³⁸⁵, y el que más interesa aquí, la *Estoria de Espanna*, que, como Rada, pero de manera más exhaustiva, se concibió como una historia integral de los diferentes dominios de la Península Ibérica³⁸⁶. Más allá de la consideración superficial de esta producción como un mero trabajo compilatorio, lo cierto es que se conformó un verdadero «modelo historiográfico alfonsí»³⁸⁷, coherente teórica y metodológicamente, además de cargado de una potente significación política. Efectivamente, estos ambiciosos proyectos (ambos quedaron inacabados) solo pueden entenderse como parte del aparato cultural que acompañó al plan político alfonsino, lo que debe sumarse al hecho probable de que el propio rey interviniese personalmente en su diseño³⁸⁸. Las *estorias* fueron concebidas para fortalecer a la institución monárquica, lanzar un mensaje de autoridad y concordia a la nobleza, reforzar simbólicamente la posición preeminente de la Corona de Castilla y justificar el expansionismo militar en la Península.

Una de las novedades más decisivas de estas obras en su proyección política es su aparente intención de alcanzar a un público mucho más amplio y diverso que las crónicas

³⁸³ Sobre la historiografía de Alfonso X, en general, *vide* Fernández-Ordóñez 1992; 2000a; Fraker 1996; Funes 1997; Martín 2000b.

³⁸⁴ Sobre las estrechas conexiones entre las obras de Tuy, Rada y Alfonso X, *vide* Martín 1989; Linehan 2000.

³⁸⁵ Está editada y estudiada en Sánchez-Prieto Borja 2009; complementariamente, *vide* Rico 1984.

³⁸⁶ Ha sido estudiada específicamente en Menéndez Pidal y Catalán Menéndez-Pidal 1977; Catalán Menéndez-Pidal 1992; Jiménez Vicente 1993. Los distintos manuscritos de la obra están editados online (Ward 2016). A lo largo de este estudio se utilizará la versión E₁ (manuscrito Y. l. 2 de El Escorial), el único ejemplar conservado del *scriptorium* de Alfonso X y el más cercano a la obra original (Fernández-Ordóñez 2000b).

³⁸⁷ Específicamente, sobre los aspectos estructurales de la historiografía alfonsí *vide* Funes 1997; Martín 2000a.

³⁸⁸ Funes 2004; Kagan 2010 (2009), 49-56, ha hecho especial énfasis en este aspecto político en general.

previas mediante el uso del castellano en lugar del latín. Las obras de Tuy y Rada habían sido traducidas rápidamente, pero el hecho de que se utilizase directamente una lengua vernácula rompía una tradición secular que puede entenderse, en parte, como una estrategia para llegar más allá de la nobleza cultivada. Por otro lado, el uso del castellano tenía un profundo carácter simbólico, pues suponía apostar por el uso particularista de una lengua propia como el idioma oficial e identificativo del reino que se estaba perfilando desde el prisma histórico, cultural y jurídico³⁸⁹. A ello cabe añadir la teoría de que estos libros estuviesen pensados para la transmisión oral de forma complementaria, tesis que se basa en la presencia de fórmulas apelativas («oyredes», «oyestes», «sabet»), el uso de un lenguaje particularmente sencillo y la aplicación de un esquema narrativo propicio. Si esto es acertado, habría que pensar en un espectro social mucho más amplio y heterogéneo, incluso iletrado, como receptor: las *estorias* se habrían concebido como lección para las élites, pero también como medio para difundir una cierta conciencia histórica en la comunidad, fomentando un orgullo o identidad cohesiva en las bases sociales³⁹⁰.

En cuanto al contenido, la *Estoria* recogió de Rada todo lo que concernía a los orígenes míticos, bíblicos y griegos, enriquecido con detalles y desarrollo literario. Pero hizo algo mucho más importante: incorporó la etapa romana como una fase integrante de la Historia hispana. Entre Hispán y los godos tuvo cabida ya la Segunda Guerra Púnica, algunos episodios significativos de las guerras de conquista (Viriato, Numancia y la campaña de Junio Bruto, fundamentalmente) y las guerras civiles de Sertorio, César y Pompeyo. Esa redescubierta Antigüedad hispanorromana bebió fundamentalmente de Orosio³⁹¹, a lo que habría que añadir a Lucano en lo relativo a la Guerra Civil. Eso no significa que su uso se limitase a la simple traducción directa, sino que fue cuidadosamente adaptado y acoplado al discurso historiográfico del conjunto³⁹². Desde luego Orosio era muy útil temáticamente, ya que la insistencia de aquel en presentar un panorama de violencia y caos durante la República romana encajaba con la intención de Alfonso de incidir en lo fatídico de la conflictividad interna y la división del poder. Por lo demás, puede decirse que aquellas reflexiones que en Orosio revestían un sentido religioso fueron reconducidas en la obra de Alfonso en un sentido mucho más pragmático: no le interesaba su faceta de apologeta, sino sus enseñanzas sobre cómo las debilidades humanas conducían al error político. Buen ejemplo de ello es su relectura de Agustín a propósito de las razones del éxito romano: lo que el teólogo expuso sobre su virtud espiritual, fue reinterpretado en la *Estoria* en términos utilitaristas, como modelo de buena

³⁸⁹ Kagan 2010 (2009), 51.

³⁹⁰ Jiménez Vicente 1993, 73-76.

³⁹¹ *Ibid.*, 43-67.

³⁹² Algunos aspectos sobre el reflejo de las fuentes latinas en la *Estoria* y las complejas dinámicas de transmisión y traducción en Badía Magarit 1958-1959; Fraker 1978a; 1996, 132-154; Jiménez Vicente 1993, 31-42.

estrategia y práctica de gobierno³⁹³. Esa es la lectura que parece poder extraerse de la manera en que fue representada en la *Estoria* las circunstancias de la Guerra de Aníbal, ciertos episodios de las guerras Lusitana y Celtibérica (los casos de Galba y Mancino, por ejemplo) y, muy especialmente, las Guerras Civiles (§ 3.4 y 7.2).

En definitiva, la secuencia que marcaron Tuy, Rada y Alfonso X es esencial para entender la cronística medieval cristiana: el primero incorporó la Antigüedad a su concepción de la Corona de Castilla, aunque desde un punto de vista universal; el segundo *hispanizó* esa tendencia, construyendo una mitología fundacional propia, de raíces bíblicas y grecolatinas, aunque desligando en buena medida la etapa romana como una realidad ajena; con el tercero se combinaron ambas de una forma acabada: los mitos originales se desarrollaron con el recurso de las fuentes árabes y Roma dejó de ser un referente imperial externo para integrarse plenamente como un factor fundamental del devenir histórico de Hispania.

Cuando se habla de la trascendencia de este modelo hay que tener en consideración la enorme repercusión que las tres obras tuvieron. El *Chronicon* de Tuy, además de su incidencia directa en los otros dos trabajos, fue difundido ampliamente, tanto en latín como en su traducción romance³⁹⁴. Por su parte, *De rebus Hispaniae* de Rada es considerada como una de las obras más influyentes de la Edad Media, convirtiéndose en un auténtico referente, enormemente popular, también en sus múltiples versiones romances en varias lenguas (castellano, portugués, gallego, etc.)³⁹⁵. En particular, la llamada *Estoria de los fechos de los godos*, básicamente una reelaboración romanizada de la obra de Rada, circuló de una manera extraordinaria durante toda la Baja Edad Media, con distintas variantes más o menos resumidas. Finalmente, el impacto de la obra alfonsina en la historiografía hispánica difícilmente puede ser comparado con cualquier otro ejemplo. Desde su misma composición y a lo largo de los siglos siguientes se desencadenó una caótica proliferación de copias completas y parciales, correcciones y refundiciones, un proceso que comenzó en el propio taller alfonsino (las llamadas *versiones*) y que se desató intensamente tras la disolución del *scriptorium* con reelaboraciones más complejas (las llamadas *crónicas alfonsinas*)³⁹⁶. En definitiva, ya fuese mediante la copia o la referencia de autoridad, estas obras marcaron el canon historiográfico durante toda la Baja Edad Media, y esto es así especialmente en lo que concierne a la Antigüedad hispana, una parcela sobre la que se innovó poco hasta la irrupción del humanismo italianizante.

³⁹³ Alfonso X *EE* 25.1, a partir de Aug. *Ciu.* 5.12.15; *vide* Jiménez Vicente 1993, 57-58.

³⁹⁴ Puyol 1926 editó y estudió una de aquellas tempranas traducciones al castellano.

³⁹⁵ Catalán Menéndez-Pidal y Jerez Cabrero 2005.

³⁹⁶ Para entender ese complejo proceso, *vide* Menéndez Pidal y Catalán Menéndez-Pidal 1977; Bautista Crespo 2000; Fernández-Ordóñez 2000b.

En todo caso, parece pertinente tratar a otro autor coetáneo que, si bien puede ser menos relevante en términos absolutos, sí es interesante para el estudio de ese nuevo papel ideológico otorgado a la Antigüedad en el siglo XIII. Juan Gil de Zamora fue un franciscano que trabajó como *scriptor* de Alfonso X y estuvo encargado de la educación de su hijo, el futuro Sancho IV de Castilla. Por lo tanto, estuvo muy cerca del ambiente cortesano cuando el infante encabezó una revuelta de la nobleza contra su padre, aunque se desconoce realmente con qué bando se posicionó el fraile, si es que se implicó directamente³⁹⁷. Por otro lado, su figura hay que entenderla como parte de una tendencia general, propia de la corte castellana en los siglos XIII y XIV, que supuso una integración habitual de intelectuales franciscanos en posiciones destacadas; buena parte de su influencia se proyectó precisamente a través de la literatura de *espejo de príncipes*³⁹⁸. La obra de Gil es abundante y diversa, propia de un polígrafo al modo isidoriano, si bien las más conocidas son sus *alabanzas*: *De praeconiis Hispaniae*, un tratado retórico sobre ciudades, personajes, acontecimientos y tópicos ejemplarizantes en relación con la Historia de España³⁹⁹, y *De praeconiis civitatis Numantinae*, una historia de Zamora, identificada con Numancia, que incluye una parte importante sobre la fundación de la ciudad y su asedio antiguo; la segunda estaba incluida en la primera, aunque tiene entidad propia y a menudo se reprodujo de forma independiente⁴⁰⁰. Escritas en algún momento entre 1278 y 1282 (año del levantamiento de Sancho), su intencionalidad es evidente: ambas están dedicadas al infante y diseñadas para su educación, siguiendo el modelo literario-político de los espejos de príncipes, aunque, en este caso, con un contenido historiográfico especialmente importante. Su manejo de las fuentes es problemático, porque citó varias fuentes grecolatinas pero, en realidad, parece que muchas las tomó de autores intermedios, especialmente Tuy y Rada; en todo caso, introdujo modificaciones e interpolaciones propias que confieren un sentido personal⁴⁰¹.

Ante todo, su principal leitmotiv fue la cuestión del desorden, la desobediencia y el conflicto civil como una lacra de terribles consecuencias. De hecho, buena parte de estas obras es un repaso de la Historia de este tipo de enfrentamientos desde Adán y Eva hasta su propio tiempo⁴⁰². Parece obvio que esta obsesión, más allá de ser un tema recurrente en el periodo, no puede desligarse del contexto particular del autor. Es evidente su función didáctica enfocada en la formación de un buen gobernante, dado el género al que pertenecen, pero con un sentido añadido si tenemos en cuenta que ambas están dedicadas

³⁹⁷ Sobre su biografía y su obra, en general, *vide* Cirot 1913; Costas Rodríguez 1994, 11-30; Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 11-37; Ferrero Hernández 2010.

³⁹⁸ Rojo Alique 2014.

³⁹⁹ Han sido traducida y analizada en Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997. Además, el texto en latín se encuentra editado en Castro y Castro 1955, con amplio estudio preliminar.

⁴⁰⁰ Se ha traducido y estudiado en Costas Rodríguez 1994. Existe también una versión reducida: *Thesis nodosa an Zamora sit Numantia*.

⁴⁰¹ *Ibid.*, 22-27; Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 26-29.

⁴⁰² Gil *Hisp.* 10; *Num.* 6-7, especialmente; *vide* Costas Rodríguez 1994, 28-30.

al infante Sancho⁴⁰³. Desde este punto de vista, es interesante su listado de personajes ejemplares de la Antigüedad, en el que incluyó a Viriato (§ 3.4), o sus reflexiones acerca de las virtudes y defectos de los españoles, en gran parte tomadas de Tuy (§ 7.2). Pero Numancia/Zamora fue su gran símbolo y ejemplo; más allá de su fervor chovinista, Gil presentó la Historia de esa ciudad como el paradigma del efecto funesto que tiene la división y el enfrentamiento frente a la unidad y la concordia (§ 3.4).

Si el siglo XIII demuestra ser decisivo en lo concerniente a la Historia antigua en Castilla, lo cierto es que se tardó mucho tiempo en aparecer novedades de un alcance comparable. Y esto es así a pesar de que los siglos XIV y XV fueron enormemente fecundos, por un lado, al abrirse una etapa crucial en la oficialización y profesionalización de la historiografía, con la aparición de la figura del cronista real; por otro lado, fue un periodo prolífico y diverso, con la ruptura del monopolio eclesiástico y el surgimiento cada vez más frecuente de proyectos autónomos, ajenos a las instituciones. No obstante, fueron otras las prioridades de la época, circunstancias más inmediatas —como el cambio de dinastía en favor de los Trastámara—, que propiciaron que el esfuerzo historiográfico se centrara en los reinados recientes, las luchas de facciones y las exaltaciones personalistas⁴⁰⁴. Cuando se volvía sobre la Historia general, se hacía reutilizando sistemáticamente los materiales previos, manteniéndose los relatos sobre los orígenes de Rada y Alfonso como una base suficiente y vigente durante mucho tiempo.

De entre las refundiciones del siglo XIV, la más importante es la llamada *Crónica de 1344*, una composición compleja y de origen incierto en la que confluyó material de procedencia árabe (§ 3.2) y elementos de la cronística cristiana del XIII. De entre sus versiones, solo una de ellas trató con detenimiento los asuntos romanos, en todo caso, de manera muy coincidente con la *Estoria* de Alfonso X⁴⁰⁵. Fuera del ámbito castellano se instauró una dinámica similar: se invocó igualmente la genealogía gótica/carolingia como el principal mito fundacional y, en los casos en los que se trató sobre los orígenes, se recurrió a los mismos materiales básicos producidos en la Castilla del siglo XIII, de manera muy resumida y adaptándolos mínimamente —atribuyendo a Hércules la fundación de ciudades locales, por ejemplo—⁴⁰⁶. Es el caso de los escuetos repasos a la

⁴⁰³ Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 18-19 y 24-25.

⁴⁰⁴ Sánchez Alonso 1947 [1944], 291-354; Tate 1970; Folger 2003; Pardo 2006, 135-233; Kagan 2010 [2009], 56-79.

⁴⁰⁵ Existe un debate clásico sobre si su ascendencia última es castellana o portuguesa, para lo que remito a Vindel Pérez 2016a, 17-124. La primera redacción ha sido editada y estudiada en Catalán Menéndez-Pidal y Andrés 1971; Vindel Pérez 2016a (complementariamente, *vide* Vindel Pérez 2016b) y la segunda redacción portuguesa en Cintra 1951. La segunda redacción castellana, que es la que nos interesa aquí y la que cito a lo largo del estudio, no está editada, por lo que manejo directamente el llamado manuscrito W (BNE MSS/10814).

⁴⁰⁶ O, en lo que respecta a la Reconquista, superponiendo a la figura de Pelayo la de Carlos Martel, en la Corona de Aragón, o la de Íñigo Arista, en la navarra (Álvarez Junco 2013, 40-52; Villa Prieto 2015b, 81-82).

Antigüedad que se incluyeron en la *Crónica de San Juan de la Peña* (ca. 1370), en la Corona de Aragón, o la *Crónica de los Reyes de Navarra* (1454), de Carlos de Viana⁴⁰⁷.

La principal excepción del periodo es la aragonesa *Grant cronica de Espanya* (ca. 1385), obra magna de Juan Fernández de Heredia⁴⁰⁸. Gran Maestre hospitalario, instalado en Aviñón con el traslado pontificio como gobernador de la ciudad, fundó allí un *scriptorium* al modo alfonsino que fue ciertamente prolífico. Especialmente interesante es la inquietud humanista que cultivó en su taller, lo que comportó la elaboración de valiosas y pioneras traducciones al aragonés, entre las que destacan Tucídides y Plutarco⁴⁰⁹. La primera partida de la *Grant cronica*, dividida en tres libros, comprende desde los orígenes hasta la caída de los visigodos, y bebió de una diversa variedad de fuentes, tanto medievales como antiguas, articulando una narración nueva y más completa sobre la Antigüedad peninsular⁴¹⁰. Además de adornar y complementar el relato de las colonizaciones míticas de la tradición alfonsina⁴¹¹, resulta especialmente pertinente aquí la parte dedicada a las guerras de Roma —muy basada en Livio, además de Orosio—, pues presentó un relato mucho más amplio, preciso y cohesionado de lo acostumbrado sobre el periodo. Quizá lo más importante es su concepción ideológica de la resistencia de los «espanyoles» frente a los romanos en general, que en cierta medida era original por tratarlo como un fenómeno único, integral y en un tono abiertamente exaltatorio y patriótico. Todo ello puede encontrarse en ciertos planteamientos puntuales de la crónística del siglo XIII, pero Heredia llevó algunos de sus elementos a un nuevo nivel, como cuando discutió la aplicación del concepto de *bárbaro* a los celtíberos por parte de las fuentes (§ 6.3), desarrolló el episodio de Tireso para incidir en la unidad de España o vinculó directamente a la figura de Viriato con la Guerra de Numancia, otorgando a estos episodios una envergadura peninsular (§ 3.3 y 3.4)⁴¹².

⁴⁰⁷ *Vide* Utrilla Utrilla 2004.

⁴⁰⁸ En general, sobre Heredia, *vide* Egido Martínez y Enguita Utrilla 1996; Marín Pina y Montaner Frutos 1996; en lo que respecta a su visión de la Antigüedad: Gómez Moreno 1996.

⁴⁰⁹ Álvarez Rodríguez 1985.

⁴¹⁰ Los dos primeros libros están editados en Geijerstam 1964, pero no el tercero, por lo que se maneja aquí el manuscrito original (BNE MSS/10133).

⁴¹¹ Por ejemplo, incorporando a la tradición historiográfica hispánica un pueblo nuevo, los «apellinos», como los antecesores tanto de los iberos como de los irlandeses.

⁴¹² Heredia 240v, 255v y 249r, respectivamente; *vide* Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 49-51.

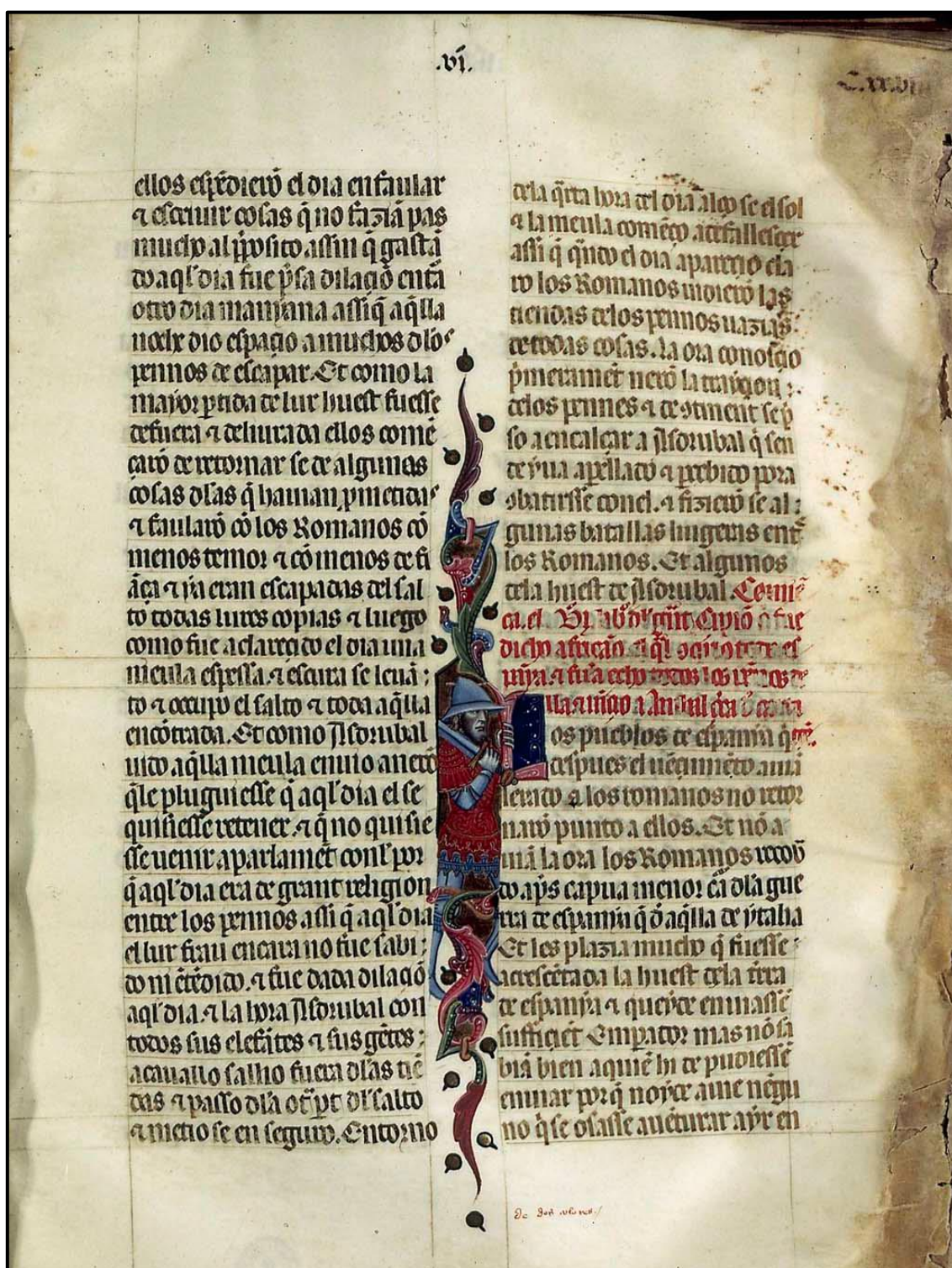


Figura 6. Extracto de la Guerra de Aníbal en la *Cronica de Heredia* (BNE MSS/10133, fol. CXXVIIIr)⁴¹³.

⁴¹³ Fuente: <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000008341> (accedido: 15/09/2017).

De manera mayoritaria, el canon castellano del siglo XIII se mantuvo vigente en las numerosas compilaciones del siglo XV⁴¹⁴; por otro lado, esta etapa se caracterizó historiográficamente, ante todo, por el reforzamiento del goticismo castellanista en la consolidación simbólica de las monarquías hispánicas en su nueva proyección internacional. Sin embargo, las nuevas circunstancias intelectuales e ideológicas propiciaron ciertos matices interesantes en esa tendencia general a medida que avanzaba la centuria. Por un lado, el influjo humanista italiano empezó a dejarse notar en algunos sectores intelectuales, propiciando un uso cada vez más extensivo de las fuentes grecolatinas y un interés nuevo por la Antigüedad clásica. Una consecuencia de esa corriente es que después de 200 años usándose primordialmente las lenguas romances, volvió a emplearse el latín en las crónicas generales, lo que debe ponerse en relación tanto con las inquietudes intelectuales como con los deseos de proyección internacional. Asimismo, este proceso se alimentó por el contexto político europeo; el enemigo musulmán era ya menos acuciante, al mismo tiempo que se abría en Europa un nuevo contexto de competencia sobre la primacía entre las naciones, enarbolándose, precisamente, el argumento de la antigüedad, especialmente con Italia en lo intelectual, a medida que despuntaba como el nuevo gran referente cultural, pero también con Inglaterra en un plano político y religioso, como se hizo patente en los concilios de Constanza (1414-1418) y Basilea (1431-1445)⁴¹⁵. Todo ello confluyó en una creciente tendencia a reforzar el papel del pasado remoto a la hora de plantear nuevas historias de la genealogía hispana.

En esta línea, destaca particularmente la llamada Escuela judeoconversa castellana⁴¹⁶. Fue iniciada por Pablo García de Santa María (o Pablo de Cartagena), rabino mayor de Burgos y después obispo tras su conversión, con una fundamental influencia política que, precisamente, le llevó a participar en el Concilio de Constanza como embajador de Alfonso V de Aragón. La continuó su hijo, Alonso García de Santa María (o Alonso de Cartagena), heredero de la carrera de su padre y, a la sazón, embajador de Juan II de Castilla en el Concilio de Basilea. De la escuela que este fundó en Burgos salieron otros dos historiadores importantes: Rodrigo Sánchez de Arévalo y Alfonso de Palencia; este último sería nombrado cronista de Enrique IV de Castilla, primero, y de Isabel I, después, actuando como promotor del proyecto de los Reyes Católicos. Pues bien, tenemos una línea de intelectuales que completaron el siglo XV, con una importante formación humanista, que estuvieron íntimamente imbricados en los asuntos políticos interiores (de Castilla y de Aragón) y exteriores (en los citados concilios) y todos ellos escribieron sendas crónicas de España. Se trató de proyectos personales, no de encargos oficiales, aunque estuvieron claramente consagrados a reforzar historiográficamente la

⁴¹⁴ Se han listado más de una veintena de refundiciones de filiación alfonsina en el siglo XV (Jardim 2000).

⁴¹⁵ Villarroel González 2016.

⁴¹⁶ En general, *vide* Álvarez Junco 2013, 62-68.

causa de las monarquías hispánicas. Con esta motivación, en sus libros el peso de la Antigüedad hispana y su sentido patriótico se desarrolló en un continuo *crescendo* muy ilustrativo de las transformaciones del periodo.

En primer lugar, Pablo de Cartagena escribió una *Suma de las crónicas de España* (1435) en la que la Antigüedad seguía teniendo un papel introductorio, poco original y muy breve⁴¹⁷. De más entidad es la obra de su hijo, la *Anacephaleosis* (1456), crónica de la Corona de Castilla que se remonta a los orígenes⁴¹⁸. Ciertamente, la estructura general y la información concreta que manejó sobre los asuntos antiguos remiten a Rada y Alfonso X sin grandes novedades, a pesar de su conocimiento de las fuentes grecolatinas⁴¹⁹; en cualquier caso, dos hechos resultan muy significativos en sí mismos: en primer lugar, que rescatase de manera sistemática ese material sobre la Antigüedad que a menudo estaba siendo ignorado o resumido en beneficio del mito gótico y, en segundo término, que la escribiese en latín. En efecto, se trataba de subrayar la Antigüedad de la monarquía hispánica y su pueblo más allá de los godos y esa idea no se formulaba para exclusivo consumo interno, sino que pretendía proyectarse internacionalmente; la coyuntura ideológica, en este caso, es obvia, puesto que el propio Alonso estuvo profundamente implicado, como intelectual y diplomático, en las polémicas culturales y políticas que enfrentaban a las coronas hispánicas con Inglaterra e Italia, a propósito, precisamente, de la legitimidad que proveía su respectiva antigüedad⁴²⁰.

Profundizó en todo ello su discípulo, Alfonso de Palencia, que en torno a 1460 escribió *De la antigüedad de España e de las fazañas de la gente española*, el primer intento castellano por replantear la Historia antigua hispana más allá de la tradición alfonsina desde la lectura sistemática de las fuentes clásicas. El proyecto, muy ambicioso, consistía en completar todos los periodos previos a 1440, punto en el que comenzaba su gran obra, la *Gesta hispaniensi*. *De la antigüedad de España* estuvo en paradero desconocido hasta que muy recientemente se hallaron dos manuscritos de la segunda parte, que comienza con el mandato de Tiberio; lamentablemente, la primera parte —que trataba desde los orígenes hasta Augusto— permanece desaparecida⁴²¹.

Sí conservamos, en cambio, la obra del otro gran discípulo de esta escuela, Sánchez de Arévalo, la *Compendiosa historia Hispanica* (1470)⁴²². Él también se esforzó por

⁴¹⁷ Sobre esta obra *vide* Valdaliso-Casanova 2016 y, en general, Fernández Gallardo 1993.

⁴¹⁸ La obra ha sido editada, traducida y estudiada en Espinosa Fernández 1989; complementariamente *vide* Fernández Gallardo 2010 y, sobre la figura en general, Fernández Gallardo 1993; 2002.

⁴¹⁹ Fernández Gallardo 1999.

⁴²⁰ Morrás 2002.

⁴²¹ En general, sobre la historiografía de Palencia, *vide* Pardo 2006, 235-342; en lo relativo a *De la antigüedad de España*: Tate 1989; Bautista Pérez 2013; Durán Barceló 2016.

⁴²² La obra está editada, traducida y estudiada en Alvar Nuño 2017a; complementariamente, *vide* Tate 1960; 1970, 74-104; Kohut 1980; Fernández Gallardo 2001-2002; Alvar Nuño 2014a; López Fonseca y Ruiz Vila 2014.

rastrear en las fuentes en busca de información complementaria al canon tradicional, lo que conllevó, por ejemplo, la incorporación de la *laus Hispaniae* clasicista en su inicio o el manejo de la obra de Estrabón, quizá por primera vez en la historiografía española⁴²³. Esto aportó una dimensión nueva a su planteamiento que, ideológicamente, se tradujo en una profundización en el autoctonismo respecto a sus predecesores (§ 3.3). Para empezar, como extensión de su alabanza física de la Península, introdujo un apartado sobre las excelencias del carácter del pueblo hispánico al estilo determinista de la geografía clásica. Esto comportaba una faceta etnográfica que, gracias a la diversificación de las fuentes, redundaba en la visión de Hispania como un reducto de virtudes morales (austeridad, fuerza, valor, lealtad, etc.) que, amenazadas por los colonizadores mediterráneos, se reactivarían después con el aporte godo⁴²⁴. Lo cierto es que esto no se plasmó en un gran desarrollo del contenido histórico, aunque sí introdujo algunos elementos muy significativos: en lo concerniente a las colonizaciones míticas, Hércules o Hispán dejaron de ser los fundadores preeminentes para retrotraerse el foco a la figura de Gerión (§ 6.2); respecto a las etapas históricas, los episodios saguntino, numantino y viriático se potenciaron en un tono exaltatorio, al tiempo que se reforzaba la imagen de los romanos como despiadados introductores de vicios afeminados y sofisticados (§ 3.4). Efectivamente, esta dimensión étnica es lo más original e interesante de la *Compendiosa historia*. Esto es fundamental, porque suponía configurar un nuevo discurso esencialista en torno a lo hispano que enraizaba de una manera más concreta con los orígenes ancestrales, basada además en una caracterización etnotípica particularista.

Un último ejemplo que cabe mencionar es la *Cronica abreviada de España* (1482), de Diego de Valera⁴²⁵. El autor no estuvo ligado a la escuela de Pablo de Cartagena, aunque también era de origen judeoconverso y desarrolló una intensa vida política, además de militar, en la Corona de Castilla. Su planteamiento es menos original que los previos pese a ser más tardía, pero fue relevante por la importancia del personaje y la repercusión de la obra. Su parte segunda se dedicó con detenimiento a la Antigüedad hispana, pero básicamente reprodujo la información derivada de Rada y Alfonso X⁴²⁶; no obstante, siendo particularmente permeable a las anécdotas y el contenido legendario, tiene cierto interés por la inclusión de algunas interpolaciones puntuales que, además, tuvieron una cierta incidencia posterior: la adscripción zamorana de Viriato (§ 3.4) y la leyenda del suicidio de un niño como colofón de Numancia, que tuvo una larga vida literaria (§ 3.4 y 11.2); se trata de elementos puntuales, pero que también ahondan en ese proceso de magnificación de los episodios de resistencia locales propio del momento.

⁴²³ Alvar Nuño 2014b.

⁴²⁴ Sánchez de Arévalo 1470, 1.1-6.

⁴²⁵ La obra está editada y estudiada en Moya García 2009.

⁴²⁶ *Ibid.*, LXXXVIII-XC.

Ciertamente, el siglo XV se revela, ante todo, como un periodo de fortalecimiento del goticismo castellanista, pero en el que fue incorporándose progresivamente un sesgo autoctonista que en gran medida resultaba nuevo, y que fue especialmente característico de la influyente escuela judeoconversa castellana. A la consolidación de la línea genealógica regia se sumaba ahora una necesidad particular por buscar un pasado propio, que transgrediese el horizonte godo, pero también el grecorromano, asentado desde luego en Italia, pero también en Francia e Inglaterra mediante los mitos troyanos (§ 3.3). En ese reencuentro con lo propiamente hispano confluyeron las inquietudes humanistas sobre las fuentes y la coyuntura de competencia internacional, a lo que se ha añadido la posible predisposición que la intelectualidad de origen judío podía tener en contra de la glorificación del Imperio romano⁴²⁷. La disyuntiva entre pasados remotos estaba lejos de solucionarse, sino que se encontraría en las siguientes décadas, cuando en el entorno de los Reyes Católicos coincidieran las corrientes clasicistas más consistentes, por un lado, y las posturas autoctonistas, por otro, como propuestas divergentes en la legitimación de la nueva unión de los reinos (§ 4).

En definitiva, la Historia de la recepción de la Antigüedad prerromana en la cronística medieval cristiana podría entenderse como una historia de grandes lagunas, unas pocas constantes y puntuales redescubrimientos. Los acontecimientos, personajes y conceptos relativos al pasado histórico de los pueblos hispanos ocuparon un lugar terciario, en el mejor de los casos. Esa parte de la Historia se vio atenazada entre el pasado gótico, fuente esencial de legitimidad dinástica, y los orígenes míticos, contemplado, solo en ocasiones, como una nebulosa fuente de prestigio bíblico e inconcreta antigüedad. Por lo demás, los pueblos hispanos permanecieron precariamente dependientes del papel que quisiera otorgársele a Roma en cada caso, por lo general limitado a acontecimientos emblemáticos con potencial ejemplarizante en torno a los conceptos del buen gobierno y la legitimidad imperialista. Esos condicionantes determinaron los grandes vacíos mantenidos en el tiempo, pero también hubo puntos de anclaje constantes; ciertos hechos emblemáticos, particularmente Sagunto, Numancia y la Guerra de Viriato, formaron parte obligada en los escuetos repasos a la Antigüedad, a veces aislados y descontextualizados, sobre fuentes e informaciones básicas y con formas estereotipadas, pero con una significación simbólica presentista muy potente. Por último, las grandes limitaciones también comportaron importantes procesos de redescubrimiento historiográfico de esa parte del pasado esencialmente olvidada. Me refiero particularmente al periodo clave de las décadas centrales del siglo XIII en Castilla, cuando el reforzamiento de la Corona promovió de manera oficial la configuración de una nueva concepción sobre el pasado más amplia de lo que la cronística dinástica ofrecía, cronológicamente (entroncando con los orígenes) y geográficamente (con Hispania como objeto historiográfico). Así, las

⁴²⁷ Álvarez Junco 2013, 68.

obras de Tuy, Rada y Alfonso X conformaron un canon sobre la Antigüedad, legendaria e histórica, que se mantendría como hegemónica, con matices, durante trescientos años. Ciertamente, esos matices fueron importantes a veces; Heredia fue una de esas excepciones en el siglo XIV, pero como proceso de entidad fue muy relevante la tendencia apuntada a lo largo del siglo XV, especialmente en su segunda mitad y desde el sector intelectual castellano judeoconverso, que introdujo importantes contribuciones a la puesta en valor del pasado pregótico desde el mejor conocimiento de las fuentes, por un lado, y con el reforzamiento de la identificación autoctonista con lo hispano y su resistencia a lo foráneo, por otro.

3.2. Los orígenes de al-Andalus y la legitimación omeya

Si queremos trascender el tópico de que el mundo árabe medieval ignoró deliberada y sistemáticamente el pasado preislámico, lo cierto es que nos encontraremos con fenómenos realmente interesantes⁴²⁸. Es verdad que la percepción árabe sobre la Antigüedad adoleció de grandes vacíos, dislocaciones cronológicas, elementos legendarios y destrucciones intencionadas, en algunos casos por motivos pragmáticos, en otros ideológicos⁴²⁹. Parte de ese proceso de olvido y tergiversación consciente comportó una tendencia a la invisibilización de lo no árabe, que en el caso hispano se tradujo en la omisión de muchos de los temas que concernían a los lugares e historias del norte cristiano. De esta manera, se transmitía la idea de que el sur peninsular había sido siempre el foco del poder y la cultura hispanos, proyectándose en la Antigüedad la perspectiva de la realidad política medieval⁴³⁰. Efectivamente, en ese mismo juego de omisiones y traslaciones presentistas puede adivinarse contenido historiográfico e ideológico muy significativo para la comprensión de la percepción andalusí del pasado.

Por otro lado, también es cierto que apenas existió en el mundo árabe interés por traducir historiografía grecolatina, al contrario de lo que sí ocurría con los tratados de ciencia y filosofía⁴³¹. Asimismo, cuando se escribieron las primeras historias universales árabes desde finales del IX, la Historia de Grecia y Roma ocupó muy poco espacio, básicamente, menciones a Alejandro y algunos emperadores integrados en la Historia sagrada. No obstante, el ámbito andalusí fue muy original en este sentido, fundamentalmente porque sus circunstancias geopolíticas eran excepcionales dentro del mundo islámico: además de disponer físicamente de acceso a fuentes distintas, sus

⁴²⁸ En lo que respecta a la recepción de la Antigüedad en la cultura hispanoárabe es imprescindible Elices Ocón 2017. Además, agradezco mucho sus sugerencias personales sobre este tema.

⁴²⁹ *Ibid.*, 271-335.

⁴³⁰ *Ibid.*, 292-296.

⁴³¹ Rosenthal 1992 (1965).

intereses y preocupaciones estaban en Occidente. Consecuentemente, los discursos identitarios y legitimadores emitidos por las élites en relación con el pasado debían integrar elementos propios de la Historia occidental para ser coherentes con sus circunstancias y resultar operativos en su competencia con el resto de las potencias circundantes. Es en ese contexto en el que debemos entender la traducción hispana de Orosio en el siglo X (*vide infra*), un caso excepcional y ejemplo por excelencia de la peculiaridad del caso andalusí a este respecto⁴³². En definitiva, la focalización selectiva en el mediodía peninsular y la referencialidad de obras grecolatinas, especialmente Orosio, deben entenderse como factores esenciales en la elaboración de un discurso particular sobre la Antigüedad hispana que, como veremos, parece estar en íntima relación con la legitimación del poder omeya de periodo califal y su proyección en el tiempo.

La historiografía del periodo emiral (756-929) resulta limitada en lo que nos concierne por el arco cronológico al que se circunscribió. Ciertamente, en torno al mandato de Abd al-Raḥmān II se dio un periodo de eclosión historiográfica interesante, en la medida en que el proceso de reordenación política conllevó un fenómeno de reelaboración del pasado preislámico de la Península. Sin embargo, ese interés se focalizó en el pasado godo y la conquista árabe por las consecuencias de legitimación política que ello tenía de manera relativamente inmediata⁴³³. Esto es lo que ocurre con las dos primeras crónicas andalusíes conocidas, escritas en latín como continuaciones de la *Historia Gothorum* de Isidoro y el *Chronicon* de Juan de Biclario⁴³⁴, así como las primeras crónicas hispánicas propiamente árabes, datadas en la primera mitad del siglo IX⁴³⁵.

El panorama se transformó profundamente en el cambio al siglo X, en el contexto de la conformación del Califato de Córdoba. En ese periodo se desarrolló un nuevo discurso sobre el pasado que tiene que ver con la propia legitimación fundacional del califato, pero que también fue resultado de la competencia política con los reinos cristianos y las facciones muladíes que desafiaban la hegemonía cordobesa⁴³⁶. En ese replanteamiento histórico, la reconsideración del pasado preislámico más remoto de al-Andalus jugó un papel esencial, y en muchos aspectos único dentro de la historiografía andalusí y la del conjunto del mundo árabe medieval. Transgrediendo la tradicional legitimación basada en la conquista, el nuevo discurso buscaba integrar el poder omeya dentro del devenir general de la Historia universal y de al-Andalus en particular. Ampliaba así el espectro de su referencialidad histórica y aplicaba una perspectiva providencialista que la entroncaba con el concepto de *traslatio imperii*, muy propio del ambiente

⁴³² Elices Ocón 2017, 92-97.

⁴³³ *Ibid.*, 48, 420-428.

⁴³⁴ Son las conocidas como *Crónica bizantina-arábiga* de 741 y *Crónica mozárabe* de 754; están editadas, traducidas y analizadas en Blanco Silva 1999; López Pereira 2009; Martín 2006; 2010.

⁴³⁵ Destaca la *Kitāb al-ta'rīj* (*Libro de la Historia*) de Abd al-Malik b. Ḥabīb, editada y estudiada en Aguadé Bofill 1991.

⁴³⁶ Elices Ocón 2017, 49-74, 438-450, especialmente.

ideológico general entre las potencias del momento. Uno de los aspectos fundamentales de ese proceso fue el empleo por primera vez de fuentes no árabes ni orientales, recurriendo también a textos peninsulares y grecolatinos (Orosio, Isidoro, Jerónimo o Biclario) con los que complementar la información de esos nuevos pasados representados.

De hecho, quizá el signo más característico de ese cambio fue la traducción al árabe de la obra de Orosio, el *Kitāb Hurūšiyūs*. Se trata de una empresa excepcional en tanto que constituye la única obra historiográfica grecolatina traducida en el mundo árabe medieval que se conozca y se conserve (solía tratarse de traducciones parciales y/u orales), lo que nos está hablando de la particularidad andalusí y la intensidad de su sentido ideológico. Aunque el contexto concreto de su elaboración es problemático, parece tratarse de una colaboración cristiana y musulmana, se data en el segundo cuarto del siglo X y está inconfundiblemente ligada al círculo cortesano del príncipe y futuro califa al-Ḥakam II. No es una mera traducción, sino que se complementó puntualmente con otras fuentes (Biblia, Honorio, Jerónimo, Isidoro y otras, algunas desconocidas), de manera que pretendía constituirse como una gran historia universal actualizada. En un sentido político, su ligazón con la corte y su contexto cronológico sugieren una relación directa con ese replanteamiento historiográfico universalista en la legitimación del poder omeya⁴³⁷.

Junto con el llamado *Orosio árabe*, la otra gran producción historiográfica del momento fue el *Ta'rīj fī ajbār mulūk al-Andalus* (*Historia de los reyes de al-Andalus*) de Aḥmad al-Rāzī, compuesta también en la primera mitad del siglo X⁴³⁸. El autor es un personaje esencial de la intelectualidad hispanoárabe, perteneciente a una familia de intelectuales persas que siempre estuvo muy ligada a los Omeya, es considerado un fundador de la historiografía andalusí. Su obra es interesante desde la perspectiva de este estudio, en primer lugar, porque su objeto historiográfico fue la propia Península Ibérica, quizá por primera vez, en lugar de plantear una historia universal (como el *Hurūšiyūs*), trazar el devenir de un pueblo (como Isidoro con los godos) o historiar un linaje dinástico (como las crónicas de Alfonso III). En segundo lugar, resulta esencial porque desarrolló una estructura propia (geografía, historia preislámica e historia islámica), que rompía con la cronística previa, tratando de manera exhaustiva el pasado prerromano en vez de comenzar en la etapa romana o goda. Esto supone que al-Rāzī, quizá por primera vez en la historiografía hispanoárabe, tuvo que manejar sistemáticamente fuentes latinas para completar notablemente la versión tradicional sobre el pasado peninsular, lo que incluía a Orosio, traducido precisamente en el mismo círculo cortesano cordobés⁴³⁹.

⁴³⁷ Está editada en Penelas 2001; complementariamente, *vide Ibid.*, 51-60.

⁴³⁸ Sobre la obra y, en concreto, su tratamiento de la Antigüedad, *vide* Molina 1982-1983; Matesanz Gascón 2003; 2003-2004; 2004; Elices Ocón 2017, 60-74.

⁴³⁹ Además de Orosio, esas fuentes serían Eutropio, Isidoro, Biclario, Jerónimo o la *Crónica mozárabe* (Elices Ocón 2017, 69-71), incluso se ha propuesto que podría haber utilizado a Apiano (Matesanz Gascón

El objetivo parece ser el de construir por primera vez una prehistoria y antigüedad de al-Andalus en las que integrar su historia reciente, lo que solo cobra pleno sentido si se atiende a su significación política. Tanto el *Hurūšiyūs* —en su proyección universalista— como al-Rāzī —en la andalusí— son los signos fundamentales de un discurso oficialista de los Omeya que conllevó un replanteamiento profundo del pasado remoto como parte de la legitimación simbólica del proyecto político del Califato⁴⁴⁰. Se trataba de superar las crónicas árabes y cristianas producidas hasta el momento, desbordando con el pasado más remoto la identificación goticista que coetáneamente estaban enarbolando sus opositores políticos, tanto los cristianos norteños (§ 3), como los mozárabes y muladíes⁴⁴¹. Además, en su focalización peninsular puede leerse una cierta carga identitaria particularista dentro del contexto árabe, lo que estaba intrínsecamente ligado a la proclamación del Califato como realidad política autónoma. Se buscaba así en las fuentes y temas occidentales los mimbres apropiados con los que procurar un nuevo prestigio para al-Andalus, rastreando su abismal antigüedad, y extraerla de su condición de región periférica al convertirla en el centro del discurso histórico. Más específicamente, se transmitía la idea del protagonismo hegemónico del sur peninsular desde los primeros tiempos y a lo largo de todo su devenir, como foco de civilización y centro del poder político, frente a las regiones del norte, que básicamente fueron invisibilizadas, cuando no degradadas como bárbaras⁴⁴².

Con esta motivación de fondo se incorporaban al relato histórico múltiples etapas pregóticas, si bien es cierto que fuertemente trastocadas cronológicamente y cargadas de elementos míticos, algunos de fuentes conocidas (Isidoro, Antiguo Testamento, etc.) y otros como resultado de reelaboraciones difíciles de determinar. Partiendo de Isidoro, se instauró en la tradición historiográfica andalusí la idea de la colonización primigenia de Túbal y tras él la periodización poco concreta de una serie de pueblos colonizadores pregóticos, los *andaluṣ* (tubalitas), *afāriqa* (africanos), *iṣbān* (hispanos), *yūnānīn* (griegos), *rumānīyyīn* (romanos) y *ṣabūnqāt* (vándalos, suevos y alanos)⁴⁴³. Se trataba de ubicar al dominio omeya en la cadena de dominios legítimos que se habían sucedido en Iberia desde el principio de los tiempos por la voluntad de Dios. De esa enorme retrospectiva providencialista me interesa la manera en que ciertos personajes y episodios históricos fueron seleccionados y reinventados con determinados papeles simbólicos. Resultan interesantes algunas concepciones generales sobre la civilización y la barbarie a propósito de las primeras colonizaciones, como las de Hércules e Hispán (§ 6.3), y muy

2003-2004; *cfr.* Elices Ocón 2017, 69, nota 147).

⁴⁴⁰ Elices Ocón 2017, 440-441, especialmente, aunque buena parte del estudio gira en torno a esta idea.

⁴⁴¹ Precisamente estos últimos, protagonistas de algunos de los desafíos más importantes contra el centralismo cordobés, se reivindicaban como herederos del sistema protofeudal visigodo (*Ibid.*, 433-437).

⁴⁴² *Ibid.*, 292-296.

⁴⁴³ No trataré en detalle aquí sobre los aspectos fundamentalmente míticos de estas colonizaciones, para lo que remito a Matesanz Gascón 2004; Elices Ocón 2017, 116-142.

especialmente los episodios bélicos relativos a Viriato, César y Augusto, por lo que traslucen acerca de las nociones de frontera, conquista y resistencia (§ 3.4 y 7.2). Estos últimos acontecimientos concretos, históricamente documentados a partir de Orosio, no formaban parte de un periodo ni de una adscripción étnica bien delimitada, sino que se introdujeron como hechos aislados e inconexos dentro de un cierto limbo pregótico. No había en la referencialidad de esos episodios la intención de establecer ninguna ligazón genealógica —pues el origen dinástico estaba en Damasco—, sino la de ubicar en esos antecedentes procesos reconocibles de la problemática de su presente (conflictos civiles, inestabilidad fronteriza, problemas de administración, etc.). Entre otras ideas, dicho planteamiento comportó la reiteración de un tópico particularmente interesante aquí, el de la endémica rebeldía hispana, que conectaba los estereotipos de la tradición grecolatina con los desafíos específicos del Califato, exaltando así el logro civilizador y pacificador omeya desde una perspectiva histórica.

El problema de ponderar este material tan interesante surge al enfrentarse a la complejísima transmisión del *Ta'rīj*, pues no se conserva ningún manuscrito original. No obstante, tuvo una enorme repercusión, de forma que materiales suyos se reprodujeron por múltiples vías (árabe, latín, portugués y castellano) en un amplio entramado de obras, cristianas y musulmanas, de entre los siglos X y XVII. Sin duda, la más importante de ellas es la llamada *Crónica del Moro Rasis*, del siglo XV, que es, teóricamente, la traducción castellana de una traducción portuguesa (tampoco conservada) del libro de al-Rāzī⁴⁴⁴. La principal incertidumbre que plantea es cuánto queda en ella realmente de la obra original, especialmente en la peculiar sección preislámica, plagada de elementos fantasiosos y anacronismos, y cuánto es resultado de interpolaciones posteriores; en todo caso, constituye la reproducción más sistemática de aquella y, por tanto, la principal vía para aproximarnos a su contenido⁴⁴⁵. Adicionalmente, las influencias de al-Rāzī se han identificado en múltiples producciones portuguesas y castellanas, de manera más o menos puntual, directa o indirectamente, lo que incluye a Rada y Alfonso X; destaca especialmente la llamada *Crónica de 1344*, con varias versiones, aunque solo una (la segunda redacción castellana) incorporó la parte dedicada a la etapa romana, y demuestra una estrecha filiación con la obra alfonsina (§ 3).

Aparte de sus ramificaciones cristianas, obviamente hay que considerar la intensa recepción de al-Rāzī en la historiografía árabe pensinsular. De hecho, en gran medida, ese material sobre la Antigüedad preislámica que se elaboró en la primera mitad del siglo X a partir de obras clave como el *Hurūšiyūs* y el *Ta'rīj* constituyó la base fundamental del conocimiento que se transmitiría en la historiografía hispanoárabe posterior sobre ese periodo⁴⁴⁶. Por los temas que manejó, me interesa especialmente la obra de Abū Marwān

⁴⁴⁴ Esta obra está editada y analizada en Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975.

⁴⁴⁵ Sobre este debate y la puesta en valor del material preislámico del *Rasis*, vide Molina 1982-1983.

⁴⁴⁶ Elices Ocón 2017, 74-80.

Ibn Ḥayyān, historiador del siglo XI, defensor de los Omeya y crítico con la descentralización de los reinos de taifas⁴⁴⁷. En sus crónicas reales (*Muqtabis*) seleccionó algunos materiales de al-Rāzī para trazar ciertos antecedentes, como los de Toledo, donde la figura de Viriato tuvo un protagonismo central (§ 3.4). También de ese periodo es el geógrafo Abū Ubayd al-Bakrī, que rescató referencias sobre las antiguas fundaciones de Iberia con cierto interés desde el punto de vista de la primitiva civilización peninsular (§ 6.3)⁴⁴⁸. En esa etapa, no obstante, el tratamiento de los datos había perdido el sentido orgánico y totalizador que tenía en el siglo X, de manera que se trata de informaciones fragmentadas, seleccionadas para ser integradas en una producción fundamentalmente heterogénea⁴⁴⁹.

Más sistemática fue la *Chronica Gothorum Pseudo-Isidoriana*, compuesta bien entrado el siglo XII, en latín, pero a partir de materiales árabes⁴⁵⁰; no obstante, por su carácter sintético, el material pertinente sobre periodo prerromano y romano es muy limitado. Por último, resulta especialmente relevante el *Dīkr bilād al-Andalus* (*Descripción de al-Andalus*)⁴⁵¹. De autor desconocido, este tratado histórico fue compuesto entre los siglos XIV y XV, y parece utilizar de una manera bastante estrecha la estructura y contenidos de al-Rāzī (incluido lo relativo a Hércules, Viriato, César o Augusto), aunque muy reelaborados y complementados con fuentes a veces inidentificables. Parece que se concibió en el norte de África, en el ámbito del Sultanato Benimerín, de manera que resulta razonable pensar que su exaltación de al-Andalus albergaba la intención de incitar a los compatriotas a apoyar al Reino Nazarí de Granada, contribuyendo, en un sentido más amplio, a la defensa del Islam en Occidente⁴⁵².

En definitiva, puede decirse que, en lo que concierne a la Antigüedad peninsular, la geografía e historiografía árabe tardía apenas añadió ninguna información novedosa. Esto sugiere que, en efecto, en la primera mitad del X se produjo una explosión de noticias al respecto que conformó los materiales básicos que se manejarían con posterioridad, ya procediesen todos o no del *Hurūšiyūs* y al-Rāzī de manera exclusiva⁴⁵³. De esta manera, parece que durante el periodo califal se consolidó una versión básica sobre los orígenes de al-Andalus que fue muy influyente a lo largo de toda la Edad Media, desde luego en el ámbito árabe, pero también en el cristiano. En la consideración de ese punto de

⁴⁴⁷ La parte de su obra con material pertinente aquí está traducida y estudiada en Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981.

⁴⁴⁸ La parte referente a la Península Ibérica está traducida en Vidal Beltrán 1982.

⁴⁴⁹ Elises Ocón 2017, 75-77.

⁴⁵⁰ Está traducida y editada en González Muñoz 2000; complementariamente, *vide* Sánchez Albornoz 1946; 1967, 337-375.

⁴⁵¹ Está editado y traducido en Molina 1983; sobre la obra y sus fuentes *vide Ibid.*, tomo 2, 301-330; 2015; en lo que respecta a su representación de la Antigüedad, Elises Ocón 2017, 77-79, especialmente.

⁴⁵² Molina 1983, 306-307.

⁴⁵³ Elises Ocón 2017, 78-79, especialmente.

inflexión es fundamental el contexto ideológico interno (la legitimación del Califato), pero también externo, pues aquel redescubrimiento omeya de la Antigüedad siguió muy de cerca a las *Crónicas de Alfonso III* que habían consolidado la genealogía goticista de la monarquía asturleonese⁴⁵⁴. En efecto, en el cambio del siglo IX al X se dio una transformación profunda en el discurso sobre el pasado en los reinos hispánicos; aunque partieron de temas y fuentes comunes (Orosio, Isidoro, etc.), su enfoque fue distinto, activaron mecanismos referenciales e identitarios diferentes, atestiguando en todo caso, en sus conexiones y divergencias, un momento de intensificación de los impulsos de legitimación política y dinástica.

3.3. Mitología, hispanismo e imperialismo

Queda claro que el Medievo es largo, diverso y complejo, y que la Antigüedad prerromana cumplió durante ese periodo un papel complicado y vacilante. No obstante, quizá puedan aislarse ciertos procesos generales, nociones más o menos difusas en torno a las que pivotaron las fuentes de este periodo con sus transformaciones y divergencias. Me parecen relevantes tres grandes ideas que se desarrollaron a lo largo de esta etapa, que son comunes a las distintas tradiciones y que marcaron de una manera significativa la recepción postclásica del pasado prerromano de una manera profunda, global y trascendente en el tiempo: primero, la tendencia a incorporar de manera sistemática el anacronismo y el elemento legendario en la construcción del pasado remoto, segundo, la delimitación de la identidad hispana como ente geográfico, político, histórico y étnico, y tercero, la lectura de la Antigüedad en clave imperialista que marcó determinadas dinámicas de competencia e interrelación entre los diferentes pasados peninsulares.

Si bien en la historiografía y la geografía grecolatina el pasado hispano ya estuvo por sí mismo enmarañado entre elementos mitológicos (§ 2.1), en la Edad Media se abrieron nuevas puertas en ese sentido. No voy a entrar en detalle en la cuestión de las colonizaciones míticas, para lo que remito a la bibliografía específica⁴⁵⁵, pero es importante tener en consideración algunas líneas básicas. En la comprensión del origen de esta mitología que tuvo después un larguísimo recorrido, es imprescindible atender a la interrelación compleja de la tradición grecolatina y mitología bíblica, la cronística árabe y la cristiana, y pueden identificarse ciertos momentos esenciales en su conformación: Isidoro como autoridad de partida, al-Rāzī como precursor desde el ámbito árabe y Rada

⁴⁵⁴ Ha sugerido agudamente esa conexión *Ibid.*, 430-432.

⁴⁵⁵ Tate 1954; 1970, 13-32; Carlos Villamarín 1996; Matesanz Gascón 2004; Pardo 2006, 9-133; Villa Prieto 2015a.

como introductor en la tradición cristiana, en gran medida partiendo él mismo del referente andalusí.

Sin duda, la obra isidoriana fue esencial en lo que atañe a la invención de los orígenes. En primer lugar, fue una pieza clave en la consolidación de la idea de que Túbal, nieto de Noé, fue el primer colonizador de la Península Ibérica pues, aunque la asociación era previa, la mención isidoriana fue la fuente de autoridad inmediata para la construcción del que se constituiría como el gran mito fundacional hispánico hasta el siglo XIX. En última instancia, el tubalismo deriva de una ambigüedad de Flavio Josefo, que, hablando de la colonización del mundo tras el Diluvio, atribuyó a este personaje el poblamiento del territorio de los íberos⁴⁵⁶. Cabe la duda de si se refería a los íberos caucásicos o los hispanos, en todo caso, como ocurrió frecuentemente durante la Edad Media, esa indefinición entre las dos *Iberias* se inclinó hacia la opción hispana. Quizá el primero en hacerlo fue Jerónimo de Estridón en el siglo V y después, a partir de él, Isidoro, con el objetivo de dar una explicación bíblica a los orígenes de la población de Hispania⁴⁵⁷. En la medida en que este último se convirtió en referente historiográfico común a todas las tradiciones hispánicas, su afirmación se generalizó y desarrolló a lo largo de los siglos siguientes. De esta manera, quedó asumido en la tradición historiográfica árabe producida desde época omeya a principios del siglo X, con distintas variantes y a veces transfigurado con otros nombres (*Andalus e. g.*), pero manteniendo su genealogía bíblica y siempre asociado a los *andaluṣ*, los primeros pobladores de la Península⁴⁵⁸. En la crónica cristiana se desarrolló a partir del siglo XIII con Tuy, que simplemente mencionó la ascendencia tubálica⁴⁵⁹, y, sobre todo, con Rada, que desarrolló ampliamente la referencia. Bautizó a aquellos primeros colonizadores como «cetúbales» (de *cetus Tubal*, «séquito de Túbal») y argumentó que la pérdida del gentilicio había sido causada por su establecimiento en torno al Ebro, con la consecuente deformación en «celtíberos» y «Celtiberia»⁴⁶⁰, ignorando la alusión a los celtas que Isidoro había recogido para explicar ese nombre⁴⁶¹. Así se constituían los cetúbales/celtíberos como el primer pueblo de la Península, fundado por el nieto de Noé, lo que, con variantes mínimas, fue reproducido por Alfonso X y la tradición derivada de ambos⁴⁶².

También Isidoro fue clave en la siguiente etapa del relato mítico, pues perpetuó la asociación de Iberia con el ciclo de Hércules enlazando con la arraigada tradición grecolatina, particularmente en lo relativo al mito de Gerión. Sus alusiones fueron muy

⁴⁵⁶ AJ 1.124.

⁴⁵⁷ Ierom. *Isaiam* 18.66; *Ezech.* 8.27. *Heb. Quaest. Gen.* 10.2.e Isid., *Etym.* 9.2.29, respectivamente.

⁴⁵⁸ *Hurūšiyūs* 48, nº 161; *Chron. Pseud.* 2.14-5 y 20-1; *Rasis* 50-51; *Dikr* 4.1, e. g.; vide Elices Ocón 2017, 116-118.

⁴⁵⁹ Tuy 2.2.15.

⁴⁶⁰ Rada *Hisp.* 1.3.

⁴⁶¹ Gil contempló ambas, los cetúbales de Rada y la etimología de Isidoro (*Gil Hisp.* 1.1).

⁴⁶² Alfonso X *EE* 4; *Gil Hisp.* 1.1, e. g.

escuetas, pero funcionaron también como punto de partida para la construcción de un relato cada vez más completo y trabado, en parte con el complemento de otras fuentes latinas y en parte con pura fantasía. El tema tuvo una importante incidencia en el mundo árabe, de modo que arraigó intensamente la imagen de Hércules como conquistador de toda al-Andalus —gobernándola desde Cádiz—, fundador de ciudades y constructor de monumentos, formando parte esencial de la etapa griega de Iberia⁴⁶³. Íntimamente unido a la figura de Hércules, surgió la figura de Iṣbān (castellanizado como Hispán o Espán), sucesor, y a veces sobrino, de Hércules, al que se le otorgó siempre una pacífica y beneficiosa labor civilizadora (§ 6.3), además de dar nombre al pueblo homónimo, los *iṣbān* (hispanos), habitantes de la Península en un laxo y cambiante período entre los orígenes y los visigodos⁴⁶⁴. Este personaje procede esencialmente de la tradición árabe, probablemente del siglo IX, de la confluencia de tradiciones clásicas y orientales, para dar explicación etimológica al nombre de Hispania⁴⁶⁵.

Rada aprovechó todo este material para introducirlo en la tradición cristiana. Retomó la idea de la conquista total de la Península por Hércules y, además, perpetuó la teoría de que ciertos pueblos hispanos tenían origen griego a partir de su presencia, como los galaicos, genealogía sugerida por Justino y, tras él, Isidoro⁴⁶⁶. También adoptó a la figura de Hispán, otorgándole, de hecho, una importancia preeminente⁴⁶⁷. En efecto, es ciertamente interesante cómo se jugó con estos mitos de una manera bastante flexible. Así, Hércules fue clave para Rada, pero no en un sentido necesariamente positivo, sino más bien crítico con su carácter destructivo y subyugador de los pobladores previos⁴⁶⁸, mientras que Hispán cumplía el papel del gran civilizador. Gil reprodujo a Rada casi literalmente en este sentido⁴⁶⁹, pero Alfonso X no solo extendió los detalles, sino que puso claramente el foco en Hércules como el auténtico fundador, lo que se transmitiría en su tradición posterior⁴⁷⁰. Otro ejemplo de viraje en este sentido lo introdujo Sánchez de Arévalo, ya en el siglo XV, cuando quiso reforzar el sesgo autoctonista sobre los orígenes; dejó a Hércules e Hispán en un segundo plano y puso el foco en Gerión como el legítimo rey autóctono que había sido agredido por los invasores y que era el verdadero predecesor último, en concreto, de la Corona de Castilla⁴⁷¹. De esta forma, más allá de los detalles

⁴⁶³ Vide Elices Ocón 2017, 128-134.

⁴⁶⁴ *Rasis* 50-51; *Dikr* 4.7-12.

⁴⁶⁵ Elices Ocón 2017, 119-127. De entre las conexiones clásicas, podría estar emparentado con el «Hispalos» isidoriano (Isid. *Etym.* 14.4.28).

⁴⁶⁶ Rada *Hisp.* 1.4-5, a partir de Isid. *Etym.* 44.3.2.

⁴⁶⁷ Rada *Hisp.* 1.7. Tuy también había mencionado escuetamente a Hispán, pero no estableció ninguna conexión con Hércules (Tuy 2.2.15).

⁴⁶⁸ Vide Fernández Valverde 1989, 45-46; *cfr.* Tate 1954, 4-5; 1970, 16-17.

⁴⁶⁹ Gil *Hisp.* 1.2-3; *Num.* 1.10.

⁴⁷⁰ Alfonso X *EE* 5-11, y tras él, *CI344* 5-8, *e. g.*; vide Domínguez Rodríguez 1989; Cárdenas 1997; Vigo Trasancos 2010; Alvar Nuño 2017b.

⁴⁷¹ Sánchez de Arévalo 1470, 1.7.

fantasiosos de estos mitos, en los que no voy a entrar, su general tratamiento en cada caso puede ponerse en relación con el matiz más difusionista o autoctonista, más clasicista o hispanista, que cada obra adoptó en su reconstrucción del proceso civilizador en Iberia (§ 6.2 y 6.3).

Por otro lado, como ya he sugerido, las fuentes y las vías por la que se compusieron y transformaron estas leyendas son bastante enrevesadas. Un ejemplo interesante es la traslación del mito de Caco, un feroz gigante del Lacio derrotado por Hércules tras la victoria sobre Gerión, según la *Eneida*⁴⁷². Pues bien, con variantes, el mito lo reprodujeron Rada, Gil y Alfonso X, pero identificando al personaje como un rey de Celtiberia que, entre otros elementos añadidos al mito clásico, habría dado nombre al Moncayo⁴⁷³. Se ha apuntado el papel de Diodoro, que ya trasladó una parte del mito a Hispania implicando a un rey celtíbero anónimo, así como a posibles tradiciones locales que habrían aportado ciertos detalles simbólicos al relato⁴⁷⁴; en cualquier caso, el mecanismo concreto por el cual el mito se trasladó a Hispania y fue provisto de tales detalles es difícil de determinar.

Túbal y Hércules (junto con Hispán) se convirtieron en los grandes ejes en la conformación medieval de una explicación sobre la más remota colonización de la Península Ibérica, manejándose como un escenario primigenio sobre el que volcar imágenes simbólicas esenciales sobre la civilización y la identidad hispana⁴⁷⁵. No era un fenómeno único, pues el rol que cumplían estos personajes lo representaban los troyanos Brutus, en Inglaterra, y Francus (Francion), en Francia. Aparecidos también en la Alta Edad Media a partir de menciones latinas poco concretas, se consolidaron como antecesores nacionales en la *Historia Regum Britanniae*, de Geoffrey de Monmouth, y las *Grandes Chroniques de France*, precisamente, como en Castilla, en los siglos XII y XIII⁴⁷⁶.

Junto con esos fundadores singulares, la gran laguna de los estadios originales se llenaba asimismo con una serie de pueblos semimíticos que se habían sucedido en la detentación del señorío de Iberia. Es el caso de los *afāriqa* (africanos) de la historiografía árabe, normalmente —pero no siempre— ubicados cronológicamente entre los *andaluṣ*, sucesores de Túbal, y los *iṣbān*/hispanos, y que habrían llegado después de una catastrófica sequía⁴⁷⁷. Se desconoce la fuente original y, a pesar de los detalles que aportaron sobre su historia, resultan imposibles de identificar y solo muy precariamente

⁴⁷² Verg. *Aen.* 8.104.

⁴⁷³ Rada *Hisp.* 1.5-6; Gil *Hisp.* 1.2.

⁴⁷⁴ D. S. 4.18.3; *vide* García Quintela y González García 2003.

⁴⁷⁵ Entre los que podrían mencionarse otros reyes, como Pirus y Rocas, en la *Estoria* de Alfonso X (12-14), a los que se atribuyen sus propias fundaciones e historias fabulosas.

⁴⁷⁶ *Vide* Summerfield 2011; Asher 1993, respectivamente, y, en general, Kersken 2003.

⁴⁷⁷ Ibn Ḥayyān, *Muqt.* 5.180-206; *Rasis* 64; *Dikr* 4.1-3.

pueden relacionarse con fenicios o púnicos⁴⁷⁸. En todo caso, el dato de la gran sequía se perpetuó después en la cronística cristiana⁴⁷⁹. Otro pueblo misterioso es el de los almuiuces o almujuces, mencionados por primera vez, que se sepa, en la *Estoria* de Alfonso X⁴⁸⁰. El origen de la noticia es complejo y oscuro, aunque parece ser un eco de las incursiones vikingas en la Península Ibérica del siglo IX, quizá a partir de un relato árabe, que en la *Estoria* habría quedado dislocado cronológicamente para encajarse como gozne entre la época mítica (el señorío de los sucesores de Hércules) y la histórica (la llegada de los cartagineses). Por otra parte, la enigmática nota etnográfica sobre su culto al fuego ha propiciado la identificación de elementos simbólicos de realidades muy diversas, como la celta o la zoroástrica⁴⁸¹, además del interés que comporta en lo referente a la visión alfonsina del paganismo primitivo (§ 10.2). En todo caso, la sequía y los almuiuces, parecen cumplir en la *Estoria* un papel importante como elementos inflexivos, de tono casi apocalíptico, a modo de transición entre dos corpus de noticias, el mitológico y el historiográfico, heterogéneos y difíciles de encajar.

Comprender la amplia aceptación y desarrollo de temas tan obviamente míticos y con un respaldo muy precario en las fuentes pasa por considerar el sentido de esa permeabilidad de la historiografía medieval hacia los contenidos inciertos. Ciertamente, esto atañe en especial a las etapas propiamente míticas, pero también puede ponerse en relación con otros fenómenos que sí afectan a la representación de elementos propiamente históricos. Me refiero al uso generalizado de etimologías *creativas*, ubicaciones erróneas y dislocaciones cronológicas, así como la incorporación de detalles legendarios o la mezcolanza deliberada y ahistórica de personajes y situaciones en el relato de hechos verídicos, como la toma de Sagunto, la Guerra de Viriato o el asedio de Numancia (§ 3.4).

Una de las grandes novedades del Renacimiento fue la inauguración del concepto de modernidad, entendido en parte como el sentido de pertenencia a un periodo particular y distinto, lo que conllevaba establecer ciertas fronteras respecto de un pasado remoto y nebuloso cuyo conocimiento estaba limitado por la incertidumbre y las lagunas de información veraz. Ese límite entre pasado y presente no fue tan acotado antes: la visión medieval de la Antigüedad fue particularmente flexible y fundamentalmente presentista, de manera que la interacción entre mito, Historia antigua y realidad inmediata fue especialmente intensa, porosa e indiscriminada. Por eso fue recurrente el anacronismo y la descontextualización en la interpretación de los esquemas sociales, por ejemplo, extrapolando al pasado directamente y sin filtro virtudes caballerescas o concepciones políticas y religiosas del momento. Igualmente, por ese mismo motivo fue frecuente la traslación cronológica de hechos conocidos o la datación ficticia de los legendarios.

⁴⁷⁸ Elices Ocón 2017, 118-119.

⁴⁷⁹ Alfonso X *EE* 14, *e. g.*

⁴⁸⁰ Alfonso X *EE* 15, y después, como «almónides», en *C1344* 49.

⁴⁸¹ Irvin 1959; 1970; Wikander 1966; Delpech 1997; González García 2001; 2012.

Desde esa concepción agustiniana del ser humano y la Historia como realidad continua e indistinta, lo inaprensiblemente antiguo o lo sobrenatural tampoco resultaban ajenos. La lectura evemerista de las divinidades y los héroes antiguos permitió integrar de una forma natural todo el legado pagano grecolatino dentro del universo historiográfico y teológico cristiano para cumplir su propio cometido en la concepción universal del devenir humano. La única condición para la incorporación de esos componentes, fuese cual fuese su naturaleza, era que mantuviesen una clara significación simbólica; todos los elementos del discurso historiográfico medieval están determinados por un fuerte sentido alegórico, ya sea político, moral, religioso o universal, lo que tiene mucho que ver con las dinámicas asumidas a partir de la exégesis del Antiguo Testamento. Esa flexibilidad en el tratamiento de la información explica la manera en que el contenido de la mitología bíblica y grecolatina fue asumido tan profundamente como parte de la Historia de Iberia, pero también ayuda a entender esos otros fenómenos más concretos que afectan a acontecimientos históricos bien documentados⁴⁸².

Es cierto que, especialmente a partir del siglo XIII, surgió una revaloración epistemológica del género histórico que se tradujo en declaraciones en favor de la veracidad, el objetivismo y la crítica a la falta de rigor de los predecesores. Desde luego, en ese periodo, el uso de las fuentes antiguas se intensificó y diversificó, ganándose en detalle y precisión, pero, en general, aquellas intenciones contrastan con los resultados finales, que en la práctica continuaron siendo muy permisibles con las fuentes literarias, el mito y la tergiversación deliberada⁴⁸³. Las primeras críticas sistemáticas y profundas respecto de las tradiciones ficticias sobre la Antigüedad deben buscarse en el cambio del siglo XV al XVI y tienen mucho que ver con la influencia del criticismo humanista italiano; sin embargo, paradójicamente, el contenido mítico continuó desarrollándose extraordinariamente de manera paralela (§ 4).

Dejando a un lado el componente fabuloso, otra de las características más interesantes en la recepción medieval de la Antigüedad es el cambio progresivo en la percepción de Hispania y lo hispano. Autores como Orosio ya habían demostrado en los siglos previos el planteamiento de una cierta perspectiva provincial, si bien plenamente partícipes aún de la identidad romana y desde una concepción universalista típicamente grecolatina (§ 2.7). En ello Isidoro también cumplió un papel importante. La *Historia Gothorum* no era una crónica de Hispania, sino la de un pueblo exógeno que había alcanzado su clímax durante en el dominio de la Península. En esa asociación, Hispania adquirió una entidad propia al aparecer, quizá por primera vez, como una «ficción histórica», al constituirse como una unidad geográfica ligada a una comunidad de

⁴⁸² Sobre estos conceptos, en general, *vide* Crosas López 1998, 19-28, 111-132; 2010, 15-33.

⁴⁸³ Ainsworth 2003. Ha insistido especialmente en esa contradicción Villa Prieto 2015b y, para el caso específico de Alfonso X, George Martin 2000, 38-39.

habitantes («hispani») y unas características definitorias⁴⁸⁴. En relación con esto último, se ha señalado la importancia simbólica de la *laus Hispaniae* que le sirvió de introducción⁴⁸⁵. En este punto, ya no se trataba solamente de la descripción geográfica idealizada de una provincia del Imperio (§ 2.6); por el contrario, era una exaltación sentimental en la que el autor se identificaba íntimamente con el territorio elogiado, que se vinculaba a una comunidad humana determinada y que servía, además, para incentivar la acción política futura al invocar la misión de conservar su gloria⁴⁸⁶. Con ello se inauguró todo un tópico retórico que se iría enriqueciendo con el tiempo. Cuando se construyó el discurso de la Reconquista, la *laus Hispaniae*, combinada con una nueva *lamentatio* por la pérdida, se convirtió en la base desde la que sostener la justificación y motivación del expansionismo contra los dominios musulmanes; más allá de la realidad completamente fragmentada de las potencias cristianas, en todas ellas se concebía a Hispania como una entidad única, vinculada con sus habitantes, con un origen prestigioso y un devenir histórico propio⁴⁸⁷. En efecto, la consolidación de la cronística hispánica vino acompañada por el ascenso de Hispania/España y sus habitantes a la categoría de sujeto histórico, convertidos en el protagonista que definía los límites del repaso historiográfico y motivaba la disquisición política; en el siglo X, esa noción tomó forma en la historiografía hispanoárabe con al-Rāzī (§ 3.2), y, en el siglo XIII, Rada y Alfonso X la consolidaron en la cronística cristiana (§ 3).

En efecto, hay un enfoque radicalmente nuevo en estos autores al convertir a Iṣbāniya/Hispania/Espanna en el objeto a historiar. El foco y el hilo conductor de sus obras era un ámbito geográfico, con sus distintos gobernantes y pobladores a lo largo del tiempo, en lugar de ser un pueblo (Isidoro con los godos), un rey o un linaje concreto (crónicas cristianas anteriores). Eso no significa que deba etiquetarse como historias *nacionales*, en el sentido de historia de un grupo étnico adscrito a un territorio y detentador de su soberanía; al fin y al cabo, es la historia de una sucesión de gobernantes que, con su ejemplo, personal o dinástico, representaban modelos de dominio. Sin embargo, en ese enfoque hispano sí existía una cierta noción de comunidad colectiva, capaz de chocar o armonizarse con su gobernante en cada caso, compartiendo con él un mismo destino político⁴⁸⁸. Esto es muy significativo, pues supuso un punto de inflexión en la concepción del pasado como un conjunto unitario en el que cada etapa de esa entidad geohistórica cumplía una función específica en el proceso de configuración de esa colectividad constante.

⁴⁸⁴ Maravall 2013 (1954), 17-27; Kagan 2010 (2009), 44-46; Álvarez Junco 2013, 12-16; la expresión «ficción histórica» la tomo de Kagan 2010 (2009), 44.

⁴⁸⁵ Sobre el tópico, *vide* Fernández Chicarro de Dios 1948; Roncero López 1993; Escribano Paño 2007; Lomas Salmonte 2007; Sánchez Ferro 2016, 73-179.

⁴⁸⁶ Maravall 2013 (1954), 21-22.

⁴⁸⁷ *Ibid.*, 19-27 y 249-295.

⁴⁸⁸ *Ibid.*, 32-48, aunque centrado en el siglo XIII cristiano.

Rada fue muy ilustrativo en ese sentido, pues aparte de contribuir decisivamente en la culminación de la genealogía dinástica goticista, al mismo tiempo se preocupó por buscar un linaje propio al conjunto de los españoles. Con ese propósito formuló una genealogía bíblica, la encontró en la mención isidoriana a Túbal y la dotó de consistencia étnica inventando a los cetúbales. A partir de ahí, acometía la tarea de describir el turbulento devenir de aquel pueblo originario atormentado por constantes invasiones:

«Pues como el devenir de las Españas, repetido bajo las sangrientas catástrofes de los distintos reyes, no sólo ha cambiado su lengua sino que ha olvidado el principio de su raza, sacudida por la diversidad de sus gobernantes, casi se desconoce ya la gente y el origen de los habitantes de España»⁴⁸⁹.

Desde luego, en la línea castellana se tendió a identificar esa España con Castilla, pero no con una pretensión excluyente, sino en términos de preeminencia y centralidad respecto del resto de reinos hispánicos. Valera lo extrapoló a la Antigüedad muy elocuentemente: «fue Hércules bien por cien años rey de España y, más propiamente hablando, rey de Castilla»⁴⁹⁰. Ahora bien, ese concepto de España delimitado, con sus connotaciones de Antigüedad y continuidad, se generalizó en todo el territorio peninsular; prueba de su pertinencia son las numerosas reediciones y traducciones de la obra de Rada en Navarra, Portugal, Cataluña o Aragón. A pesar de que en sus reelaboraciones a menudo se buscaron fuentes propias de legitimidad (fundaciones locales de Túbal y Hércules, linaje carolingio en Cataluña, etc.), no se renunciaba en ellas a esa identidad española como tronco común y conjunto en la que se distinguía su rama concreta, lo que se tradujo en una tensión entre lo particular y lo común que, obviamente, se mantendría en el tiempo⁴⁹¹.

Por otro lado, ese concepto de Rada de «habitantes de España» como realidad más allá de gobernantes y dinastías, desafiado por las guerras y desastres que estos provocaban, se aplicó, desarrollado y detallado a lo largo del siglo XIII, particularmente en la *Estoria*. Sin duda, uno de los episodios de la conquista romana que más juego dio en relación con ese sentimiento de solidaridad entre hispanos ante la invasión, fue la conversación entre el rey celtíbero Tireso y Escipión transmitida por Orosio acerca de la necesidad de concordia para la victoria y la causalidad de la discordia en la derrota (§ 3.4)⁴⁹². Este tipo de inercias se hizo aún más evidente cuando en el discurso historiográfico se quiso subrayar la faceta autoctonista. Ya he mencionado cómo Sánchez de Arévalo prefirió el reinado local de Gerión a la injerencia de Hércules (*vide supra*). Por su parte, en el plano histórico, son interesantes las claves de Heredia en el

⁴⁸⁹ Rada *Hisp.* prólogo (trad. de Fernández Valverde 1989).

⁴⁹⁰ Valera 1482, 2.4 (ed. de Moya García 2009); *vide* Maravall 2013 (1954), 45-48; Moya García 2009, LIX-LXI.

⁴⁹¹ Maravall 2013 (1954), 35-40.

⁴⁹² Alfonso X *EE* 46-50; Gil *Hisp.* 8.8; *Num.* 2, a partir de Oros. 5.7.

reforzamiento de la idea de la resistencia de los «espanyoles» frente a los romanos, en general, como un fenómeno único, integral y en un tono abiertamente exaltatorio y patriótico; en cierta medida esto era original, pues rompía con la forma episódica y aislada con la que trataron los sucesos emblemáticos Rada y Alfonso X. Más allá de su concepción global, ese sentido del discurso quedó patente en ciertos elementos puntuales, como en su desarrollo del episodio de Tireso para incidir en la unidad de los hispanos en términos españoles o en el vínculo que estableció —y que luego completó Valera— entre la figura de Viriato y la Guerra de Numancia, otorgándoles así una envergadura peninsular (§ 3.4)⁴⁹³.

Más difícil de precisar es qué conllevaba realmente esa concepción colectiva de hispanos/españoles, cuáles eran las características y límites en la definición del *Hispanus vir*⁴⁹⁴. Puede considerarse que el término se estaba utilizando con el significado de *nación*, si lo entendemos en un sentido laxo y propio del contexto. Esto es, nación como grupo humano con rasgos comunes y distintivos motivo de orgullo (adscripción a un territorio, historia común, caracteres etnográficos, identidad racial más o menos difusa, religión, etc.), siempre con una aplicación arbitraria y flexible, jugando con esos elementos en conjunto o por separado (se podía pertenecer a muchas naciones, más globales o concretas: judía, catalana y española, por ejemplo) y conteniendo una noción de destino político compartido (*vide infra*)⁴⁹⁵.

En efecto, esa identificación de lo hispano se manifestó en aspectos diversos que incluían una cierta consideración etnográfica, en la consideración de determinados modos de vida y comportamiento intrínsecos. En el ámbito cristiano, obviamente, se presentó a Hispania como un secular reducto de virtuosidad espiritual, pero esas generalizaciones también se proyectaban en esferas más prosaicas, como cuando se afirmaba que, durante la Reconquista, los españoles tenían modos de guerrear distintivos respecto del resto de naciones, y no solo la musulmana⁴⁹⁶. Aunque es cierto que la historiografía de este periodo no fue prolífica en datos etnográficos, sí se formularon algunas consideraciones generales de este tipo, en ocasiones retrayéndolas a las costumbres e inercias de los antiguos hispanos y bebiendo, precisamente, de los tópicos emanados por las fuentes grecolatinas. Tuy, por ejemplo, ya introdujo algunas observaciones de esta naturaleza en su prefacio, como parte complementaria de su *laus Hispaniae*, lo que Gil reproduciría después con añadidos propios en su *De praeconiis Hispaniae*, en un intento por definir las virtudes españolas en un tono didáctico⁴⁹⁷. Ya en el siglo XV, uno de los principales

⁴⁹³ Heredia 240v, 255v y 249r, respectivamente; *vide* Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 49-51.

⁴⁹⁴ Maravall 2013 (1954), 475-503.

⁴⁹⁵ *Ibid.*, 476-477; un destino político que, desde luego, nada tiene que ver con su formulación contemporánea como soberanía nacional.

⁴⁹⁶ *Ibid.*, 492-494.

⁴⁹⁷ Gil *Hisp.* 4.1.

aportes de Sánchez de Arévalo —más allá de su limitado detalle historiográfico— fue precisamente su apartado inicial sobre el carácter peninsular que, determinado por sus particularidades geográficas y climáticas, les conferían a los hispanos, generalizada y atemporalmente, una serie de virtudes morales que habían sido amenazadas por los colonizadores mediterráneos, y que se reactivarían después con el aporte godo; austeridad, ingenio, valor, lealtad y religiosidad⁴⁹⁸. No por casualidad, las reflexiones de este tipo que se propagaron en la Baja Edad Media, giraron por lo general en torno a los mismos temas tradicionales: austeridad, fuerza, valor y belicosidad, como los rasgos más distintivos respecto del resto de naciones. Más allá de estos tratados puntuales, lo cierto es que esos mismos tópicos se repitieron a lo largo de los discursos historiográficos sobre la Antigüedad hispana, tanto en las producciones cristianas como en las musulmanas, con el mismo sentido presentista y esencialista, demostrando la existencia de un cierto etnotipo hispano. Ciertamente, esos rasgos esenciales no siempre tenían necesariamente un sentido positivo: la belicosidad hispana era loable como demostración de valor y potencial resistencia al invasor, pero también conllevaba una tendencia a la rebeldía que suponía una lacra en contra del orden y la prosperidad, lo que, al fin y al cabo, era un trasunto de la problemática política y militar de su presente (§ 7.2).

Esto sirve para enlazar con la dimensión puramente política de este tipo de formulaciones historiográficas sobre *lo hispano*. Ciertamente, la producción historiográfica de este periodo estuvo inextricablemente ligada a la corona, sus necesidades y su propaganda, por lo que intentar aproximarse a su representación del pasado desde su prisma ideológico parece esencial. Esa singularización del concepto de *comunidad hispánica* no era una noción meramente abstracta, sino que tenía una significación política muy concreta. A nivel europeo, en la Baja Edad Media se había consolidado ya la dicotomía reino-naturaleza como una relación orgánica, sagrada e inviolable; es decir, que, a nivel teórico, a un territorio determinado, habitado por el pueblo que le era consustancial, le correspondía un gobierno único, autónomo y legítimo. Por supuesto, esto no significa que la soberanía emanase de ese pueblo natural, pero sí se establecía un nuevo vínculo entre territorio, pueblo y gobierno con implicaciones identitarias y políticas importantes. Teniendo esto en cuenta, cabe considerar que uno de los principales pilares del discurso goticista era la imagen de la Hispania unida, feliz y cristiana del pasado preislámico. Esta ficción histórica funcionaba como referente melancólico (*lamentatio*), pero también como objetivo de futuro ideal y legítimo (*restitutio*). Como es lógico, dicha concepción comportaba una inherente dimensión expansionista, desde luego en la guerra contra el *infidel*, pero también como reacción ante la fragmentación de los reinos cristianos. Es en ese contexto ideológico en el que fraguó una concepción histórica netamente imperialista en el discurso legitimador de las

⁴⁹⁸ Sánchez de Arévalo 1470, 1.4.

monarquías hispánicas cristianas y, con particular trascendencia, en la astur-leonesa-castellana⁴⁹⁹. Al tiempo que se consolidaba el referente del reino visigodo, lo hacía el concepto de *traslatio imperii*, entendido como la restitución del dominio legítimo sobre Hispania, fundamentalmente en términos bélicos, a modo de guerra justa y sagrada. Esta dirección del discurso es patente desde el reinado de Alfonso III, en el cambio al siglo X, cuando comenzó a utilizarse el título de «imperator» en la documentación privada, no por casualidad, en el mismo momento en que se escribían sus *Crónicas*. En todo caso, la idea alcanzó plena consistencia institucional, jurídica e historiográfica con Alfonso X para quedar desde entonces profundamente arraigada en la monarquía hispánica.

Uno de los objetivos primarios de la labor intelectual dirigida por Alfonso X fue reforzar el papel y prestigio de la monarquía frente a una nobleza dividida y levantisca, reforzando el centralismo y la cohesión política y legitimando como natural su proyección imperial. Si bien la dimensión jurídica de esa idea se había desarrollado en las *Siete Partidas*, esta se proyectaba claramente en el pasado mediante su producción historiográfica: el devenir de los distintos señoríos en la Historia, universal o hispana, servía como catálogo de modelos ejemplarizantes, positivos y negativos, sobre el ejercicio del poder y sus problemas. El principal leitmotiv era recordar reiteradamente a la nobleza cómo las luchas civiles habían conducido al desastre, mientras que los principados fuertes habían procurado gloria y bienestar⁵⁰⁰. Sin duda, la consolidación de ese discurso es inseparable del proceso por el cual la percepción de la Antigüedad se transformó tan profundamente en el siglo XIII.

Quizá el principal indicador de esa inercia imperialista se revela en el papel sin precedentes que comenzó a ocupar Roma en las crónicas del siglo XIII, mientras que, hasta el momento, esa etapa había sido ignorada o tratada como un antecedente inconcreto del dominio godo; la *Crónica Albeldense* es el máximo ejemplo. En cambio, en la *Estoria* —en mucha mayor medida que en las obras de Tuy y Rada—, la presencia de Roma fue central, incluso desproporcionada, con lo que puede considerarse como una tendencia definitoria del proyecto historiográfico alfonsino.

En efecto, el periodo romano ocupó un tercio de la obra (capítulos 23-371) y, además, la mayor parte corresponde al periodo imperial, cuando los asuntos hispanos son puramente tangenciales. Esto conlleva una aparente contradicción, tanto por el enfoque hispanista del libro, como por la genealogía gótica que se propugnaba. En general, tiene que ver con la orientación universalista de la concepción historiográfica alfonsina, lo que encaja bien con el proyecto paralelo de la *General estoria*. No obstante, esa preeminencia de lo romano tiene que tener además una implicación ideológica más concreta y deliberada, sobre todo si tenemos en cuenta el pragmatismo propagandístico de tipo

⁴⁹⁹ Maravall 1913 (1954), 403-472; Kagan 2010 (2009), 46-56.

⁵⁰⁰ Kagan 2010 (2009), 54-56; sobre los antecedentes generales de esa idea *vide* Rodríguez de la Peña 2008.

político al que tiende la obra en su conjunto. Me convencen quienes consideran que esa presencia especial de Roma en la *Estoria* debe interpretarse como una voluntad nueva y consciente de la Corona de Castilla de vincularse con el Imperio romano. Por un lado, este constituiría la fuente esencial del poder regio, al presentarse como el antecedente inmediato y necesario del reinado godo; por otro, sería un precedente simbólico en la extensión universalista del concepto de la autoridad real según la fórmula de la *traslatio imperii*⁵⁰¹.

Desde luego la Antigüedad de la *Estoria* está llena de nociones imperialistas. Para empezar, las guerras de dominio que se sucedieron en Hispania nunca fueron presentadas con un sesgo negativo: respondían a un uso natural y legítimo de la fuerza, servían para formar ejércitos valiosos y aportaban gloria a los reinos y sus líderes. De esta forma, la Historia de la España antigua se planteó como una sucesión de logros imperiales que supusieron una acumulación de beneficios para el territorio y sus pobladores, a nivel de hazaña militar, pero también de colonización demográfica, civilización, prosperidad económica, fundaciones y construcciones. Con matices, ese esquema se reprodujo claramente en lo que atañe a los reinados míticos, como Túbal, pero especialmente los de Hércules e Hispán, representados como los civilizadores primigenios de un reino hispano unificado y próspero (§ 6.3). Por supuesto esto se hizo extensible al periodo romano; si bien es cierto que las guerras de conquista, basadas en Orosio, no se trataron extensamente, en especial la labor de Augusto se presentó como el triunfo culminante del orden y la civilización después de un largo periodo de caos y barbarie (§ 6.3 y 7.2).

Además, aparte de ese modelo básico, el devenir histórico se concibió como un manual para el correcto ejercicio del poder. Es fácil identificar en la obra de Alfonso X, y en las crónicas medievales en general, una dimensión fundamental como *espejo de príncipes*, género que formó parte esencial de la cultura literaria bajomedieval. Obviamente, la obra de Gil de Zamora, a medio camino entre el tratado historiográfico y ensayo aleccionador, fue particularmente explícito en este sentido, al dirigirse al futuro Sancho IV de Castilla:

«Sin duda, más mueven los ejemplos que las palabras, los hechos que los dichos, los experimentos que las referencias, el ejemplo de Alejandro combatiendo que las palabras de Aristóteles discutiendo; los ejemplos de Octaviano y de Trajano que la palabra de Tulio y de Joviniano. Las palabras rozan, los ejemplos golpean; las palabras mueven, los ejemplos arrastran»⁵⁰².

⁵⁰¹ Fraker 1978b; 1996, 155-169 y, más en general, Funes 2004. Además del peso de Roma, Fraker manejó otros dos argumentos para demostrar esa dimensión imperialista: la visión destacada y positiva de Carlomagno como eslabón en la transmisión del poder romano y el uso de la cronología imperial, romano-oriental y germánica, en la última parte de la obra.

⁵⁰² Gil *Hisp.* prólogo (trad. de Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997).

Así planteó su tratamiento de la Antigüedad, y muy particularmente en el caso del asedio de Numancia, presentado como paradigma de las consecuencias funestas de la división y los conflictos internos (§ 3.4). Asimismo, en otros espejos de príncipes al uso, la figura de Viriato apareció en ocasiones, con la información básica derivada de Orosio, como un ejemplo tópico de valía militar contra un enemigo más fuerte (§ 7.3).

En cualquier caso, como es lógico dada su extensión y profundidad historiográfica, la *Estoria* fue más sutil, multifacética y compleja en este sentido, y su carácter didáctico puede ponerse en relación con ese planteamiento imperialista de fondo. Los protagonistas de aquellos procesos de conquista se mostraron según un juego de contrapuestos que sirviesen de ejemplo a príncipes y nobles: desde el líder codicioso y soberbio que se mueve por intereses personales y que consigue el poder ilegítimamente, mediante traiciones y discordia, hasta el líder magnánimo, clemente, valiente y humilde, que es el que logra granjear las alianzas y obediencia, garantizando la paz y la prosperidad⁵⁰³. Esto fue aplicado de manera sistemática en las figuras fundamentales de la conquista romana de Hispania, seleccionando, enfatizando y omitiendo elementos de las fuentes para construir estos prototipos: Escipión es el líder ejemplar que conquista con benevolencia, mientras que sus sucesores son lo contrario, perdiendo mediante la violencia injustificada la fidelidad lograda antes; por su parte, la Guerra Civil representa el peligro del poder dividido, a partir de Lucano, personificando César el impulso destructivo y Pompeyo la excelencia como caudillo; Augusto, finalmente, constituye el paradigma del rey ideal, suprimiendo la inestabilidad e implantando leyes para ordenar el Imperio pacíficamente, en un claro trasunto del propio Alfonso X⁵⁰⁴.

Lógicamente, en un discurso de este tipo, teniendo en consideración su orientación imperialista, el elemento local, aquella realidad caótica que había sido conquistada, ordenada y civilizada, tuvo necesariamente un papel secundario, pues la agencia ejemplarizante recaía precisamente en el conquistador, ya fuese mítico, romano o godo. Ahora bien, que las características de estas realidades no contasen con un espacio propio y diferenciado, no significa que su función no resultase importante para la conformación del discurso, aunque fuese como contrapunto. En su posición de conquistados legítimamente, ejemplificaban los beneficios del buen gobierno, como los cántabros con Augusto; cuando era subyugados con abusos, constituían el reverso de la mala acción del líder soberbio, como en Numancia; en su condición abstracta de hispanos, servían para volcar estereotipos, positivos o negativos, que definían las virtudes de aquellos que estaban destinados a dominar Hispania y explicaban las dificultades intrínsecas del gobierno hispánico: austeridad, belicosidad, división y rebeldía (§ 7.2).

⁵⁰³ Jiménez Vicente 1993, 78-84; ella utiliza el concepto de «over-reacher» para definir al primer tipo.

⁵⁰⁴ Fraker 1978a, 211-212; 1996, 145.

Me he centrado en la historiografía castellana en lo referente a inercia hispanista y expansionista en la recepción de la Antigüedad por resultar su discurso más potente en este sentido, más amplio y profundo en el periodo romano y más determinante en la conformación de la tradición historiográfica española con posterioridad. No obstante, planteamientos muy coincidentes pueden considerarse, salvando las distancias, en el discurso historiográfico hispanoárabe. En las premisas historiográficas sobre la Antigüedad aparentemente asentadas por al-Rāzī a principios del siglo X parece proyectarse un discurso hegemónico paralelo al que se estaba conformando desde el ámbito astur-leonés-castellano, en ese caso, como expresión de la propaganda legitimadora del Califato de Córdoba. Tres siglos antes que Rada, al-Rāzī convirtió a Hispania/al-Andalus en el objeto historiográfico, en este caso, ubicando en el sur el eje constante del que emanaba la civilización y el poder político del conjunto de la Península desde los orígenes. También esa singularización geohistórica conllevó una caracterización esencialista de lo hispano que, en un tono más crítico y negativo, reincidió en los tópicos de la belicosidad y la rebeldía intrínseca de sus habitantes. Igual que en el caso cristiano, esto tenía mucho de didactismo político, pues redundaba en la pertinencia de que un poder fuerte y centralizado garantizase el orden y la concordia (§ 3.4 y 7.2). Si bien aquel discurso canónico culminado por Rada y Alfonso X se reiteró y reforzó a medida que los reinos cristianos se encaminaban a la consecución de esa hegemonía peninsular, el canon de al-Rāzī se adaptó, por el contrario, al desmembramiento del poder andalusí. Lo que en época califal era legitimación triunfalista del proyecto omeya, en los últimos siglos de la Edad Media se convirtió en ejemplo aleccionador acerca de la división presente en los reinos de taifas y arena para la futura recuperación de la preeminencia perdida, como parecen mostrar los planteamientos de Ibn Ḥayyān y el *Dīkr*.

En definitiva, *grosso modo*, pueden aislarse tres inercias básicas y comunes que son características de la recepción medieval de la Antigüedad hispana: la incidencia de la mitología, clásica y bíblica, sobre los orígenes de la colonización peninsular y, en general, la permeabilidad a los anacronismos y elementos fantásticos en la reconstrucción de los procesos históricos; en segundo lugar, la concepción de lo hispano como entidad geohistórica, dotada difusamente de ciertos rasgos étnicos e identitarios; y, por último, la lectura política de los dominios antiguos, ficticios o históricos, como un precedente genealógico y/o simbólico de las monarquías con aspiraciones peninsulares de corte imperialista. La consecuencia general de todo ello es que Hispania se convirtió de manera progresiva en un sujeto geográfico, histórico y cultural que hundía sus raíces en un pasado ancestral, que trascendía al de las dinastías gobernantes, y que arrastraba con ella una proyección política de futuro. Como veremos a continuación, pasado, identidad y dominio se plasmaron en la reconstrucción de los episodios históricos más emblemáticos, imbricándose en los esquemas mentales de frontera, poder y expansión militar que definían la realidad política peninsular de su tiempo.

3.4. Historias de discordia y frontera

El pasado prerromano histórico, por tanto, representó un papel muy secundario en la historiografía medieval, subordinado al papel de Roma, y desarrollado en un género, la cronística, que por sus propias características era esencialmente fáctico. Ambas circunstancias tienen como consecuencia que la recepción de esas realidades se circunscriba, ciertamente, a un puñado muy reducido de episodios bélicos emblemáticos. Sagunto, Numancia y la Guerra de Viriato son fundamentalmente —y, en muchos casos, literalmente— los únicos acontecimientos en los que los pueblos o personajes prerromanos jugaron un papel destacado y activo, tanto en el ámbito cristiano, como en el musulmán. Además, por lo general, las versiones fueron bastante estereotipadas y ajustadas a la obra de Orosio, lo que significa información escueta y tono moralista; solo cabe exceptuar quizá la fundamental desviación de las crónicas árabes en lo que concierne a la Guerra de Viriato (*vide infra*). Ahora bien, lo convencional del contenido no le resta significado ideológico, sobre el que destaca una tendencia generalizada particularmente interesante: la vinculación y extrapolación de aquellos acontecimientos antiguos con lugares y hechos claves en el mapa de la conflictividad peninsular presente. La manera en que aquellos acontecimientos fueron seleccionados, interpretados y ubicados los convirtió en trasunto de los enfrentamientos que estaban marcando el momento, tanto externos —entre las distintas potencias peninsulares— como internos —inestabilidades dinásticas—. Así, en la recepción de los grandes episodios de la Segunda Guerra Púnica y la expansión romana se aplicó de manera presentista una geografía del poder y las fronteras que los conectaba simbólica y didácticamente con la particular problemática política y militar del momento.

La toma de Sagunto, como acontecimiento clave a nivel universalista más allá de las cuestiones hispanas, asumió un papel preeminente en algunas obras de ese momento inflexivo que es el siglo XIII. En lo que respecta a Rada, el episodio quedó excluido, con el periodo romano, en *De Rebus Hispaniae*, pero sí se trató en la *Historia romanorum*. La descripción fue muy sintética y condensó los conceptos básicos: el odio y la soberbia anibálicos frente a la fortaleza y fidelidad saguntina⁵⁰⁵. Quizá lo más interesante es que, adicionalmente, recogiese las citas de Cicerón y Juvenal respecto a la justificación del parricidio y el canibalismo, trasladando la reflexión filosófica antigua al dilema moral cristiano (§ 11.2)⁵⁰⁶.

También en la *Estoria* Sagunto tiene un papel muy destacado, pero con elementos que son independientes de la obra de Rada; Alfonso X no parecía tan preocupado por las cuestiones morales y religiosas, sino más bien con la ética política y la causalidad

⁵⁰⁵ Rada *Rom.* 7.9-21, a partir de Oros. 4.14.1-3.

⁵⁰⁶ Las sentencias originales son Cic. *Parad.* 3.24 y Iuv. 5.15.114-116.

histórica. El enclave capitalizó de una manera particularmente destacada (y ficcionada) todo el periodo bárquida. De esta manera, según la *Estoria*, existió un primer asedio fracasado de la ciudad por parte de Amílcar que habría terminado con su muerte. Este hecho propició una cadena de intentos de venganza familiar, frustrada en el caso de Asdrúbal y culminada por Aníbal⁵⁰⁷. Con este encadenamiento, repetido en la crónica posterior⁵⁰⁸, se llevaba hasta sus últimas consecuencias la imagen grecolatina del carácter personal, pasional y vengativo de las acciones de los cartagineses en general y de Aníbal en particular, haciendo recaer en ellos toda la responsabilidad con un sesgo claramente prorromano. Asimismo, omitiendo o ignorando que, según las fuentes más detalladas, fueron los oretanos los causantes del fallecimiento de Amílcar y el objetivo de la revancha de Asdrúbal, se focalizaba en Sagunto todos los acontecimientos que preludieron la Segunda Guerra Púnica magnificando su trascendencia universalista.

A la centralidad de Sagunto en la *Estoria* se añade, por último, la mención del prodigio transmitido por Plinio: antes del asalto, una saguntina dio a luz, pero el bebé volvió a introducirse en su cuerpo, con lo que se estaba presagiando la destrucción de la ciudad⁵⁰⁹. Es frecuente la presencia de presagios y elementos astrológicos en la obra alfonsina, con más o menos carga simbólica en cada caso. Alusiones de este tipo podrían interpretarse como signos de la intervención divina en el devenir histórico, pero lo cierto es que en la *Estoria* nunca se afirmó nada parecido; ejemplos como este parecen tener una intención básicamente anecdótica, destinada a captar la atención del lector⁵¹⁰.

De este periodo cabe mencionar también el tratamiento que Sagunto tuvo en la obra de Gil de Zamora. Siguió fielmente a Isidoro al identificarla como una fundación de Zacinto⁵¹¹, pero lo más relevante es su lectura moral, citando a Agustín de Hipona para presentar el carácter innoble y brutal de aquella matanza, aunque suavizando los detalles más explícitos de aquel (§ 11.2)⁵¹². Profundizando en esta idea fue más allá aludiendo a un episodio, también tomado de Agustín⁵¹³, pero que nada tenía que ver con Sagunto: el envío de Aníbal de un cargamento de anillos de oro a Cartago tras la batalla de Cannas para demostrar la cantidad de nobles romanos que habían caído. Gil omitió la referencia a Cannas, transmitiendo la sensación de una inconcreta ligazón con Sagunto, a lo que añadió una reflexión personal: «¿cuánta [muerte] habría producido entre la gente del pueblo y otros que no disfrutaban del uso del anillo por nobleza o privilegio?»⁵¹⁴. Subrayando la envergadura popular del desastre y la demonización de Aníbal, utilizaba el

⁵⁰⁷ Alfonso X *EE* 18 y 20.

⁵⁰⁸ *CI* 344 50-54; Valera 1482, 2.8, e. g.

⁵⁰⁹ Alfonso X *EE* 21, a partir de Plin. *N. H.* 7.3.35; sobre el pasaje antiguo *vide* Pérez Vilatela 2014-2015.

⁵¹⁰ Jiménez Vicente 1993, 96-97.

⁵¹¹ Gil *Hisp.* 8.2; *Num.* 1.9, a partir de Isid. *Etym.* 15.68.

⁵¹² Aug. *Ciu.* 3.20.

⁵¹³ Aug. *Ciu.* 3.21; previamente, el episodio se transmitió en Liv. 23.12 y, tras él, Eutr. 3.11.

⁵¹⁴ Gil *Hisp.* 8.2 (trad. de Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997), también en Gil *Num.* 1.9.

caso de Sagunto para ejemplificar uno de sus temas preferidos: el efecto destructivo de los malos líderes sobre el pueblo. Sirvan estos ejemplos para mostrar que Sagunto disfrutó de una importante potencia simbólica y moralizante en la cronística cristiana, y no como un mero tópico repetido, sino con el manejo de distintos elementos complementarios derivados de fuentes relativamente diversas.

Cabe añadir a esto la dimensión ideológica que comportaron los intentos de localizar la ciudad, una cuestión que parece particularmente problemática en este periodo. En efecto, la identidad latina de Sagunto se olvidó y quedó oculta tras la denominación árabe de la ciudad, Murbītar, y sus múltiples derivados, entre ellos, la versión romanizada, Morvedre, que fue la que se consolidó entre los cristianos⁵¹⁵. La pérdida del topónimo latino es patente a pesar de que en periodo islámico se mantuvo un cierto interés historiográfico por la ciudad⁵¹⁶, así como una inevitable consciencia y curiosidad por sus ruinas romanas, particularmente el teatro⁵¹⁷.

Olvidada la ubicación original, las identificaciones más frecuentes para Sagunto fueron la de Medinaceli y la de Sigüenza, lo que parece tener como origen un complejo equívoco etimológico. Razonablemente, los restos romanos de Medinaceli podrían identificarse con una *Segontia* nombrada en el *Itinerario* de Antonino⁵¹⁸, aunque el topónimo se habría trasladado después a una *Segontia nova*, de fundación medieval, cuyo nombre derivaría en el de Sigüenza, que está relativamente cerca (ca. 40 km.)⁵¹⁹. Si esa confluencia entre las dos Segontias y Sigüenza ya es confusa en sí misma, la semejanza con el nombre de la célebre *Saguntum* no hizo sino complicar el asunto a lo largo de la Edad Media⁵²⁰. Para empezar, el Anónimo de Rávena, del siglo VII, enormemente influyente en las reconstrucciones medievales de la geografía antigua, transformó en *Seguntia* la Segontia romana⁵²¹. La ligazón es aún más sencilla si atendemos a la traducción de estos topónimos al árabe: en el *Hurūšiyūs* el *Saguntum* de Orosio se tradujo como *Šagunsa/Šigunsa*, lo que se parece mucho a las denominaciones árabes para Sigüenza (*Šagwnsa/Šagnasa*)⁵²². Quizá esas similitudes lingüísticas fuesen el origen del error, pero el hecho es que, en algún momento difícil de definir, las antiguas Segontia y

⁵¹⁵ Barceló Torres 2006; 2009.

⁵¹⁶ Franco Sánchez 2006.

⁵¹⁷ Elices Ocón 2017, 244-248.

⁵¹⁸ De entre las muchas *Segontias* existentes, sería aquella situada entre *Caesada* y *Arcobriga* (*Itin. Ant.* 438.9-439.4).

⁵¹⁹ Pastor Reixac 2014. Como ha indicado este autor, esa circunstancia ha hecho que la investigación haya relacionado tradicionalmente a Sigüenza con la Segontia romana, aunque no hay restos antiguos conocidos en ella, ni su ubicación encaja con los itinerarios.

⁵²⁰ Costas Rodríguez 1994, 36, nota 16; Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 138, nota 422 y Pastor Reixac 2014 tratan sobre esa transmisión medieval, pero con algunas imprecisiones.

⁵²¹ Rav. 4.43.

⁵²² *Hurūšiyūs* 229.91, citado y comentado en Elices Ocón 2017, 135, nota 91.

Sagunto y las medievales Medinaceli y Sigüenza se enmarañaron de una forma muy complicada⁵²³.

Así, por un lado, Rada relacionó repetidamente a Segontia o Segoncia con Medinaceli («que nunc Medina Celim uulgariter appellatur»)⁵²⁴, lo que era exacto si aceptamos la teoría antes apuntada. Ahora bien, la cuestión es que Rada no se estaba refiriendo realmente a Segontia, sino a Sagunto, lo que deja bien claro en el contexto histórico que desarrolló en la *Historia Romanorum*⁵²⁵. Lo significativo, por tanto, es que estaba jugando con las semejanzas toponímicas —conscientemente o no— para establecer una relación directa entre el Sagunto asaltado por Aníbal y la Medinaceli del presente. Esta asociación se reprodujo, probablemente de forma directa, en las *Alabanzas* de Gil⁵²⁶ y, después, por una vía más difícil de determinar, en el *Rasis*⁵²⁷. Ahora bien, poco después, en la tradición alfonsina se desarrolló otra vinculación paralela: en la *Estoria*, Sagunto apareció inconfundiblemente como Sigüenza («Ciguença»), lo que se repitió también en las principales crónicas posteriores⁵²⁸.

En definitiva, se desarrolló una doble identidad errónea para Sagunto en la que parecen entrecruzarse las tradiciones latina, árabe y castellana —además de la portuguesa, si tenemos en cuenta su frecuente papel de mediadora— al interpretar varios topónimos antiguos y medievales muy similares. Que el eco de la existencia de una Segontia antigua en la zona acabase derivando en la identificación de Medinaceli y Sigüenza con Sagunto no deja de ser un giro sorprendente. Me resulta imposible determinar si la idea fue introducida por Rada o simplemente consolidó un error heredado, lo que no sería raro en el maremágnum de confusiones etimológicas del momento; más difícil aún es saber si se trató de una equivocación inconsciente o una manipulación deliberada. En todo caso, más allá de los detalles concretos, lo más significativo, en mi opinión, es ese empeño que los autores del siglo XIII demostraron por recalcar repetidamente dichas asociaciones; eso sí fue obviamente consciente y, además, puede ser analizado en clave política.

Para empezar, la *mezcla* entre Sigüenza y Medinaceli no es descabellada dada su cercanía física, lo que, por otro lado, les otorga un desarrollo histórico íntimamente conectado. Efectivamente, ambos eran enclaves fundamentales desde el punto de vista

⁵²³ Algunos autores renacentistas culpan de esas confusiones a un ejemplar de las *Etimologías* de Isidoro en el que, en el fragmento que mencionaba a Sagunto (Isid. *Etym.* 15.68), se habría añadido una referencia a *Segoncia* y *Medinaceli* (Valera 1482, 2.8; Zurita 1600, 590). Más especulativamente, se ha propuesto que puede deberse a que la Casa de Medinaceli extendió su señorío a Sigüenza (Costas Rodríguez 1994, 36, nota 16; Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 138, nota 422), pero lo cierto es que ese título nobiliario no apareció hasta el siglo XIV.

⁵²⁴ Rada *Rom.* 7.10-11 (ed. de Fernández Valverde 1979-1980) y, de nuevo, con ligeras variaciones, en Rada *Rom.* 10.83 y Rada *Hisp.* 4.11.

⁵²⁵ Rada *Rom.* 7.9-24; volveré sobre este pasaje en § 11.2.

⁵²⁶ Gil *Hisp.* 8.2; *Num.* 1.9.

⁵²⁷ *Rasis* 63.4.

⁵²⁸ Alfonso X *EE* 18 y 20-21; *CI344* 50; Heredia *Cron.* 4.76r-82r; Valera 1482, 2.8.

fronterizo: fueron fortificaciones defensivas esenciales desde el punto de vista árabe y objetivos militares de primera magnitud para los cristianos, hasta su toma en el siglo XII, tras la que continuaría durante cierto tiempo su función liminar. Esta condición les proveyó de una cierta relevancia eclesiástica, jurídica y política que culminó con la proclamación de su fuero de manera conjunta en 1140 por Alfonso VII, convirtiéndose en la capital dual de un extenso señorío⁵²⁹. Además, ese papel simbólico estuvo siempre rodeado de un cierto halo legendario en la cronística árabe y cristiana, especialmente en el caso de Medinaceli, lo que incluye, por ejemplo, la historia de la huida, muerte y entierro de Almanzor en aquella ciudad. A esto cabe añadir el impacto de los restos monumentales antiguos, en particular su arco de triunfo, de cuya antigüedad e importancia hay una cierta consciencia que quedó reflejada en las fuentes árabes⁵³⁰.

Desde ese punto de vista, el hecho de que Sagunto se identificase con Sigüenza o Medinaceli no parece tan incoherente, por arbitrario que pueda parecer. Al fin y al cabo, en especial en el segundo caso, se estaba hablando de una ciudad antigua, fuertemente fortificada, de significancia fronteriza, muy difícil de tomar para los cristianos y que, como resaltó Gil, ya antes había sido destruida por «los Africanos», refiriéndose a Aníbal⁵³¹. No es descartable que Rada fuese el primero en establecer ese lazo y que fuese deliberado. Si tenemos en cuenta todas estas circunstancias, la lógica aplicada parece bastante obvia: la toma de Sagunto era uno de los acontecimientos más importantes de la Antigüedad y lo era como símbolo de las consecuencias de un ataque brutal por razones injustas; en su vida ulterior como Sigüenza/Medinaceli, volvería a ser castigada por los infieles venidos de África, para ser finalmente recuperada y convertida en una floreciente potencia bajo el amparo castellano. Dinámicas de extrapolación similares a esta se repitieron en los demás episodios emblemáticos de la conquista romana.

En el caso del asedio de Numancia, se trató con relativo detenimiento tanto en la *Estoria* de Alfonso X como en la obra de Gil⁵³². Su relato fue básicamente el de Orosio, lo que supone reproducir la versión más simple y dramática de entre las fuentes grecolatinas⁵³³. De ese referente se repitieron los principales tópicos: la precariedad de la muralla para ganado («una ciudad con tanto espacio daría la impresión de dar y no de proteger a tan exigua cantidad de hombres»⁵³⁴), el énfasis en la ignominia de la anulación del pacto de Mancino, la dignidad numantina en la lucha, la inmolación total de la población y la idea de que Roma solo ganó seguridad con su destrucción, pues su sacrificio le negó cualquier otro beneficio. También de Orosio se explotaron dos

⁵²⁹ Blázquez Garbajosa 1985.

⁵³⁰ Elices Ocón 2017, 314, 406 y 509 y, con posterioridad, Abascal Palazón y Alföldy 2002.

⁵³¹ Gil *Hisp.* 8.2; *Num.* 1.9, a partir de Isid., *Etym.* 15.68.

⁵³² Alfonso X *EE* 46-50; Gil *Hisp.* 8.8; *Num.* 2.

⁵³³ Oros. 5.7.

⁵³⁴ Gil *Num.* 2.2 (trad. de Costas Rodríguez 1994).

elementos únicos de este autor y particularmente jugosos desde el punto de vista simbólico: la reflexión sobre la honorabilidad romana a propósito de Mancino y la conversación entre Escipión y el celtíbero Tireso tras la destrucción. Su utilidad discursiva era relativamente obvia y definitivamente pertinente, pues el primer pasaje hablaba del incorrecto ejercicio del poder y el segundo de la necesidad de concordia, ambas nociones centrales de la historiografía del siglo XIII (*vide infra*). Por otro lado, tanto en la *Estoria* como en la obra de Gil, también hubo ciertas omisiones interesantes respecto del texto orosiano, especialmente el tema del canibalismo, lo que parece destinado a no enturbiar el papel de los numantinos; lo mismo debió mover a Gil a ignorar la noticia de que los celtíberos salieron a la última refriega embriagados de *caelia*, detalle en el que Orosio se detuvo especialmente (§ 11.2). En general, la tradición simplificada de Orosio-Alfonso X se convirtió en la canónica en las refundiciones y crónicas posteriores; la segunda redacción castellana de la *Crónica de 1344* es un buen ejemplo⁵³⁵. Probablemente la única novedad significativa fue la vinculación del episodio con Viriato, en obras como la de Heredia y Valera (*vide infra*). Más anecdótica, pero fuertemente simbólica, fue la inclusión por parte de este último de una leyenda sobre un niño numantino que fue el último en suicidarse ante Escipión (§ 11.2)⁵³⁶.

Volviendo al problema de la localización geográfica, la de Numancia en Zamora es probablemente la ubicación errónea más significativa y consolidada en lo que respecta a este tipo de episodios. La memoria del antiguo nombre del enclave se diluyó con su despoblación tardoantigua para acabar siendo sustituido por el nuevo topónimo de Garay, surgido en el contexto de la repoblación medieval⁵³⁷. Mientras tanto, se consolidaba la idea de que la antigua ciudad asediada se correspondía con Zamora, lo que aparentemente se instituyó de manera generalizada entre los siglos X y XV⁵³⁸. Quizá ayudó a la confusión que Orosio fuese muy impreciso al respecto cuando escribió que Numancia estaba en «la Hispania Citerior, situada no lejos de vacceos y cántabros en la frontera con Galicia»⁵³⁹. No obstante, los tratados geográficos posteriores, que partían fundamentalmente del *Itinerario* de Antonino y la *Geographia* de Ptolomeo, mantuvieron la ubicación correcta; es el caso, por ejemplo, del Anónimo de Rávena, en la que se apuntaba acertadamente como punto de la vía entre Asturica Augusta y Caesaraugusta⁵⁴⁰. Por otro lado, tampoco existe, como sí ocurría en el caso de Sagunto, ninguna posibilidad de confusión etimológica evidente. Parece claro, en consecuencia, que la mera confusión geográfica es insuficiente para explicar el fenómeno.

⁵³⁵ *CI344* 68-70.

⁵³⁶ Valera 1482, 2.17-20.

⁵³⁷ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 44-45.

⁵³⁸ *Ibid.*, 42-58.

⁵³⁹ Oros. 5.7.2 (trad. de Sánchez Salor 1982b); *vide* Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 42. Por otro lado, no son raros los errores geográficos en Orosio (Janvier 1982).

⁵⁴⁰ *Rav.* 4.43.

Quizá la mención historiográfica más temprana sea la de la *Crónica de Alfonso III*, en su versión rotense (ca. 881); al hacer listado de las ciudades que había conquistado Alfonso I, se incluyó a «Numancia, que ahora se llama Zamora»⁵⁴¹. Es interesante porque con ninguna de las demás ciudades del listado se hizo un apunte similar sobre su nombre antiguo, por lo que parece evidente que la nota respondía a una intencionalidad consciente y precisa. En efecto, no parece casual si se atiende al contexto expansionista de la Corona astur-leonesa en el que se inscribe la redacción la crónica. En el cambio del siglo IX al X, Alfonso III estaba consolidando su dominio hasta la línea del Duero, reforzándola precisamente en torno a las dos plazas fuertes de Toro y Zamora, lo que se acompañó de una intensa labor repobladora y una nueva parafernalia discursiva (§ 3). Efectivamente, Zamora era una pieza clave del proceso. Su sucesor García I trasladó allí la corte, convirtiéndola en ciudad fundamental entre los dominios cristianos; al mismo tiempo, en el plano eclesiástico, la posición del enclave se reforzó mediante la fundación de su diócesis, al parecer, por Atilano, adoptando sus obispos el simbólico título de *Episcopus Numantinus*⁵⁴². De hecho, se ha propuesto que fuese concretamente esto último el motivo de una deliberada falsificación: la instauración como sede episcopal era esencial para consolidar la posición política de una ciudad, y dicha fundación era inviable sobre una ciudad que no tuviese ya antecedentes episcopales respetando la tradición visigótica; Zamora no cumplía esa condición, pero si se identificaba con la ciudad antigua podía conectarse con la diócesis numantina mencionada en la Hitación de Wamba⁵⁴³. En definitiva, parece claro que, si bien la confusión entre Numancia y Zamora pudo ser previa, su consolidación oficial culminó decisivamente en el cambio al siglo X, como elemento simbólico dentro del contexto del proyecto político de Alfonso III y su desarrollo posterior, como mecanismo con el que otorgar un pasado prestigioso a una ciudad que se había convertido en una punta de lanza militar y un centro político y religioso fundamental. Desde aquel momento, la identificación quedó consolidada, tanto a nivel local como general. Parece que la élite zamorana se arrogó de manera sistemática su condición de numantinos, como parecen demostrar el uso de esta identificación como epíteto, gentilicio o topónimo en epitafios y documentos oficiales, lo que incluye protocolos regios, de entre los siglos X y XII⁵⁴⁴.

⁵⁴¹ *Cron. Alfon. III Rot.* 13.6 (trad. de Gil Fernández et al. 1985). En la versión sebastianense, algo posterior y corregida, figuró simplemente «Zamora».

⁵⁴² Acerca de estos procesos, en general, *vide* Fernández Conde 1994; Ruiz de la Peña 1995, entre otros.

⁵⁴³ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 43; García 2013, 247-248.

⁵⁴⁴ Sobre esta documentación *vide* Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 43-44. Sin embargo, ellos remiten a la recopilación que hizo Athanasio de Lobera (1596, 348r-349v); esta obra forma parte de las polémicas renacentistas entre la ubicación zamorana y soriana (§ 4.3), por lo que no transmite una total credibilidad en los detalles, lo que no es óbice para que ese tipo de documentación exista realmente. De entre todos, el testimonio más llamativo del listado es el epitafio de Sancho II de Castilla, lo que es paradójico porque murió precisamente asediando Zamora.

Al mismo tiempo, la identificación se repitió sistemáticamente en la cronística⁵⁴⁵. Así lo reafirmó Tuy en tres ocasiones, en una de ellas achacando a los godos el cambio de nombre: «Numancia, quam nostrates Goti postea uocauerunt Zemoram»⁵⁴⁶. Sin explicación alguna, en la *Estoria* de Alfonso X, Numancia fue simplemente «Çamora» y sus defensores los «çambranos». Por su parte, las crónicas árabes ignoraron el episodio de Numancia, a pesar de que era bien conocido por la traducción de Orosio⁵⁴⁷. Únicamente en el *Rasis* se mencionó de pasada, al afirmar que solo dos ciudades habían resultado inexpugnables para Roma: Toledo y Zamora⁵⁴⁸; al hablar de Toledo se estaba refiriendo a la Guerra de Viriato (*vide infra*) y parece obvio que con Zamora aludía a Numancia. En todo caso, resulta imposible saber si esa identificación provenía de al-Rāzī o fue una interpolación de las traducciones romances⁵⁴⁹.

Aunque sin duda la tesis zamorana más desarrollada fue la de Gil; no en vano, el episodio de Numancia era el punto de partida de su tratado sobre la Historia de Zamora: «Calamidades y éxitos de la ciudad de Zamora en tiempo de los Romanos, cuando se llamaba Numancia y cómo después fue cambiado su nombre»⁵⁵⁰. Él achacó la identificación a Isidoro y Lucas de Tuy⁵⁵¹, aunque, en todo caso, su tratamiento del tema no se caracterizó por el rigor en el manejo de las fuentes. En este sentido, quizá su aporte más destacado fue su creativa disquisición etimológica sobre el origen de los dos topónimos. En primer lugar, atribuyó el nombre de Numancia al hecho de que fuese fundada por Numa, segundo rey de Roma⁵⁵². El cambio de nombre se habría debido a otro episodio romano, un asedio posterior al escipiónico llevado a cabo por Pompeyo, que no identificó, pero que parece remitir a la Guerra de Sertorio. Según Gil, durante el asedio, una hija de Pompeyo llamada Zara se empeñó en mediar con los numantinos, logrando que estos se entregasen a Roma pacíficamente. Tras la victoria, Pompeyo decidió refundar la ciudad con el nombre de Zara-Roma, lo que iría deformándose hasta convertirse en Zamora. Curiosamente, mientras defendía estas teorías, arremetía duramente contra otras similares: la «verdad histórica» frente a las «estúpidas fábulas»⁵⁵³. Sean o no estas explicaciones de invención propia⁵⁵⁴, y más allá de su ubicación geográfica, todo este

⁵⁴⁵ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 43-51.

⁵⁴⁶ Tuy 3.15.19 (ed. de Falque Rey 2003) y, de nuevo, en 3.20.27 y 4.8.9.

⁵⁴⁷ *Hurūšiyūs* 262-3 n° 28-32, donde se traduce como *Numāšia*.

⁵⁴⁸ *Rasis* 65.39 y 43.

⁵⁴⁹ Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975, LXXIII, n. 2; Elices Ocón 2017, 140 y 431-432.

⁵⁵⁰ Gil *Num.* 2, incluido de forma idéntica, aunque cambiando ligeramente el título, en *Hisp.* 8.8.

⁵⁵¹ Gil *Num.* 1.1.

⁵⁵² Gil *Num.* 2.2.

⁵⁵³ Gil *Num.* 2.5. Esas otras teorías mencionadas defendían el origen en las locuciones «César-Roma» y «vaca-mora».

⁵⁵⁴ Gil atribuyó la teoría de Pompeyo a «los historiadores romanos que confirmaba Don Gil, cardenal diácono de los santos Cosme y Damián» (Gil *Num.* 2.5; trad. de Costas Rodríguez 1994); desconozco a quién se refería.

discurso aporta ciertas claves ideológicas importantes sobre la razón de ser de Numancia/Zamora en la historiografía de este periodo.

Se ha tendido a interpretar muy a la ligera la monografía zamorana de Gil, bien como un simple entretenimiento erudito, bien como una limitada exaltación localista. Sobre lo primero, es cierto que lo afirmó así en el prólogo, pero eso es una típica declaración retórica de falsa humildad que no acota, ni de lejos, la intencionalidad política y didáctica de la obra. Sobre lo segundo, no cabe duda del orgullo localista que hay en su esfuerzo por dotar de prestigio al pasado de los zamoranos y su rol en la Historia, para lo que recurrió indistintamente a historia, ficción y pseudoerudición, resultando decisivo en la conformación de la identidad de la ciudad posteriormente⁵⁵⁵. Ahora bien, trascendiendo ese aspecto, no se puede desligar la obra de las cruciales circunstancias políticas que la rodearon: que el autor fuese preceptor del infante Sancho y que el libro estuviese dedicado y destinado a él precisamente durante los preliminares de la revuelta nobiliaria contra su padre que él mismo encabezó. La Numancia/Zamora de Gil es, ante todo, un *exemplum* político que habla de la recurrencia funesta de la división y el enfrentamiento frente a la concordia⁵⁵⁶.

Para empezar, es muy significativo que las fantasías etimológicas sobre los dos actos fundacionales de la ciudad remitiesen a la colonización de dos célebres personajes romanos como fuente de prestigio, lo que en sí mismo va radicalmente en contra de cualquier concepción de tipo autoctonista o identidad étnica particularista. En todo caso, aparte de presentar a Numancia como una ciudad originalmente romana, la historia de Pompeyo se centró en ensalzar la estrategia que había conducido a la rendición definitiva y pacífica al dominio romano. Teniendo todo esto en cuenta, y aunque el tratamiento del sacrificio de los numantinos ante el asedio escipiónico tuviese un tono claramente positivo, no creo que deba interpretarse como una simple exaltación patriótica de la resistencia frente al invasor, sino más bien como un *exemplum* histórico para la reflexión política.

Ayuda a comprender esto considerar la importancia relativa que tenía este episodio en el conjunto de la obra. La descripción del cerco de Escipión fue muy breve y, tras mencionar el asedio de Pompeyo como curiosidad etimológica, Gil afirmó que Numancia recibió otros muchos ataques en la Antigüedad, pero que no los trataría, «porque tenemos prisa por tratar otros asuntos más importantes»⁵⁵⁷. El relato antiguo era básicamente un preámbulo al núcleo de la obra: el cerco de Zamora por Sancho II de Castilla contra su hermano Alfonso VI de León (1072), que era el episodio central que marcaba el verdadero leitmotiv del ensayo. En el momento en que Gil envió la obra al infante, futuro Sancho

⁵⁵⁵ García 2013; 2017.

⁵⁵⁶ Costas Rodríguez 1994, 19-22; Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 29-30

⁵⁵⁷ Gil *Num.* 2.7.

IV (1282), este estaba fraguando la sublevación que levantaría a gran parte de la nobleza contra su padre, Alfonso X; de esta manera, parece establecerse un trasunto obvio entre el señorío natural y legítimo de Alfonso VI/Alfonso X y la peligrosa ambición rebelde de Sancho II/Sancho IV⁵⁵⁸. No por casualidad, las dos obras historiográficas escritas por Gil en esos años, tanto *De praeconiis Hispaniae* como *De praeconiis Numantinae*, trataron obsesivamente sobre deslealtades, usurpaciones, asesinatos y parricidios en la Historia universal, peninsular y local, desde Lucifer a Alfonso X. Su obra era un catálogo de ejemplos sobre cómo los desórdenes internos habían llevado a la desunión y la ruina; Zamora era un pretexto, un escenario predilecto desde el que tratar ese tema universal, y la Numancia antigua no era sino un precedente que enseñaba sobre las consecuencias funestas de un conflicto evitable pero mal gestionado. La clave en la Numancia de Gil no era la resistencia, sino la acción diplomática de Zara y el discurso de Tireso (*vide infra*), es decir, los actos que conducían a la concordia y el orden.

Algo parecido puede afirmarse de la recepción de Numancia en la *Estoria*. También se ensalzaron en ella las virtudes morales y bélicas de los numantinos/zamoranos, pero, en armonía con la línea argumental de la obra, más que la defensa antiextranjera, lo que se enfatizaba era la cuestión del incumplimiento de las normas del buen gobierno. En el manejo alfonsoino de Orosio a propósito de Mancino y el desenlace fatal pueden identificarse los ecos de otros temas recurrentes en la *Estoria*: el derecho de señorío legítimo sobre el territorio, el respeto a la legalidad, la magnanimidad y el equilibrio en la aplicación de la justicia, así como la necesidad de mantener la unidad. Numancia, como otros muchos episodios de la Historia, era un ejemplo de la fatalidad a la que conduce el incumplimiento de esas normas o la incapacidad de los dirigentes, ya sean hispanos o romanos, para aplicarlas de forma efectiva. De esta lectura política sobre la resistencia hispana —en vez de étnica—, es una muestra muy valiosa el uso que hizo el *scriptorium* de Alfonso X de dos pasajes exclusivamente orosianos. En primer lugar, destaca la reproducción del episodio de Tireso, cuya versión original ya es suficientemente explícita:

«Escipión, por su parte, cuando tras destruir Numancia apaciguaba a los otros pueblos de Hispania, consultó a un tal Tireso, príncipe celta, por qué razón el estado numantino aguantó antes sin ser vencido y por qué otra fue después arrasado. Tireso respondió: “Se mantuvo invicto gracias a la concordia; la discordia fue su ruina”. Los romanos tomaron esto como si se lo hubiera dicho acerca de ellos a modo de ejemplo, por cuanto ya les habían llegado noticias de las sediciones que dividían a toda la ciudad»⁵⁵⁹.

⁵⁵⁸ Costas Rodríguez 1994, 29-30. No debe confundirse con centralismo: Gil criticaba los impuestos abusivos, por lo que se oponía al móvil principal de los partidarios de Sancho IV, la recuperación de sus privilegios señoriales en el plano fiscal ante la regularización municipalista de Alfonso X.

⁵⁵⁹ Oros. 5.8.1-2 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

Tanto Alfonso X como Gil se hicieron eco del pasaje de manera literal⁵⁶⁰, lo que tiene todo el sentido cuando en sus discursos estaban criticando de manera sistemática los enfrentamientos civiles, la división y el desorden. Su mensaje es suficientemente obvio en sí mismo; muestra de su potencial es su enorme popularidad a lo largo de toda la época moderna y contemporánea, máxime cuando este quede integrado en los discursos centralistas y unificadores producidos en torno a la conformación y legitimación del Estado moderno (§ 4).

El otro pasaje, en este caso solo reproducido en la *Estoria*, completa ese concepto e ilustra bien la orientación política del discurso alfonsino. Tras el episodio de Mancino, Orosio incluyó ciertas reflexiones acerca de cómo aquel hecho ponía en cuestión la manera en que los romanos habían demostrado las virtudes de las que se hacían valedores, en contraste con el ejemplo intachable de los numantinos (§ 2.7). La *Estoria* reprodujo una parte de este excuso:

«Y esto fazien por que ellos tenien que ningunos omnes no auien ensi mas sennalada mientre estas quatro cosas. Justicia. e lealdad. e fortaleza. e mercet. Pero eneste fecho segund cuenta la estoria. mas las ouieron los de Çamora que ellos. La una por que guardaron naturaleza de sennorio en que fizieron derecho e lealdad. La otra que fueron firmes enel pleyto que pusieron con los romanos. e nos quisieron camiar del. E otrossi se mostraron por de mayor mercet que ellos. quando les dieron aquel pora iusticiar. e nol quisieron matar podiendo lo fazer con derecho. E por que mantouieron bien estas quatro cosas. fincaron enpaz con los romanos ya quanto tiempo»⁵⁶¹.

El pasaje de Orosio está traducido de una manera bastante literal, pero hay dos detalles divergentes que merecen especial atención. En primer lugar, se introdujo el concepto de «naturaleza de sennorio» en el punto en el que Orosio hablaba de la fuerza de los numantinos demostrada en las batallas (*fortitudine*). La *Estoria*, en cambio, obvió este aspecto —aunque lo anunció al principio, como en la versión orosiana—, y en su lugar añadió esa noción propiamente medieval, que es omnipresente en la obra y que, básicamente, describía el respeto a las normas del buen gobierno, a la rectitud en la aplicación de las reglas justas como condición para ejercer un dominio legítimo. Tal interpolación, además de actualizar la reflexión de Orosio en términos anacrónicos, la reconducía en un sentido más político. Es muy significativo que se decidiese obviar la alabanza orosiana a la valía militar de los hispanos en este fragmento tan simbólico, lo que refuerza mi impresión de que la idea de la resistencia al invasor era secundaria en estas aproximaciones, donde, por el contrario, primaban las cuestiones sobre ética de gobierno.

⁵⁶⁰ Alfonso X *EE* 50.4-6; Gil *Num.* 2.4.

⁵⁶¹ Alfonso X *EE* 47.8-13 (ed. de Ward 2016), a partir de Oros. 5.5.1-4.

En segundo lugar, es muy interesante la última frase del texto, pues es totalmente ajena al fragmento de Orosio y, de hecho, le da la vuelta por completo al mensaje que este pretendía transmitir al cuestionar la artificiosidad del imperio pagano (§ 2.7). Con esa frase, en cambio, se establece una relación de causalidad nueva: como los numantinos hicieron gala de esas virtudes, fue posible su pacificación con Roma. El razonamiento es muy forzado, e incluso incongruente, sobre todo teniendo en cuenta que estaba hablando de los numantinos, cuya masacre brutal se describía unas líneas más abajo. Así, el discurso de Orosio dejaba de ser un ataque a Roma para convertirse, precisamente, en la celebración del dominio romano; a su vez, la valoración de las virtudes numantinas pese a las adversidades se convertía en una exaltación de su sometimiento bajo el signo de la legalidad. Por declamaciones como esta, Numancia es probablemente el episodio de Orosio que tiene un mayor potencial para desarrollar en torno a él una exaltación de la resistencia de los hispanos frente al Imperio. Sin embargo, la obra alfonsina no tiene nada de eso. Incluso en acontecimientos como este, se mantuvo el leitmotiv del orden y la autoridad como la máxima en torno al que regir toda su concepción histórica. La adición de esa breve frase al final de la proclama original orosiana demuestra hasta qué punto el tema de la resistencia hispana también quedó subsumido bajo ese esquema político de fondo.

Junto con Sagunto y Numancia, la Guerra de Viriato fue otro de los escasos episodios que tuvieron un cierto reflejo en la historiografía medieval. Aún así, su presencia no fue particularmente extensa; se obvió en las aproximaciones al periodo romano más universalistas (Tuy y Rada, por ejemplo), y cuando Alfonso X y la tradición derivada la trataron, fundamentalmente reprodujeron a Orosio: hicieron referencia al origen de Viriato como pastor y bandido, listaron sintéticamente sus victorias y mencionaron su muerte a traición⁵⁶². La base del relato medieval, por tanto, fue aquella versión tardoantigua focalizada en subrayar la dinámica caótica y desastrosa de la República romana (§ 2.7), ignorándose las lecturas filosóficas de Diodoro y Apiano que propiciaron desde el siglo XVI interpretaciones morales más complejas sobre el lusitano (§ 4.3). Ello favoreció que la tradición alfonsina se centrara en la dimensión guerrera de su figura que, de hecho, se transmitió con un cierto sesgo negativo, en tanto que redundaba en esa imagen de desorden tan contraria a la línea ideológica de la obra, noción en la que incidía, además, el estigma del bandidismo (§ 8.2). Asimismo, cuando Viriato fue incluido en algunos espejos de príncipes bajomedievales, se reprodujo básicamente esa versión de Orosio/Alfonso X, limitándose la alabanza ejemplarizante en la envergadura de sus triunfos militares (§ 7.3)⁵⁶³.

⁵⁶² Alfonso X *EE* 44-46; *CI344* 65-67, e. g. a partir de Oros. 5.4.1-6, 12 y 14.

⁵⁶³ *Gil Hisp.* 5.1, e. g.

En lo que concierne a su adscripción geográfica, en el caso de Viriato es especialmente abierta, dada la indefinición de las fuentes y la amplitud de la provincia lusitana. Por su parte, la tradición alfonsina ubicó a los lusitanos, en general, y a Viriato, en particular, en torno a la ciudad de Lucena («Luzenna» o «Luçena»). Al parecer funcionó una asociación etimológica relativamente sencilla entre Lucena-Lusitania, pero, al mismo tiempo, la elección del enclave resultaba de nuevo significativa desde un punto de vista político-militar. En efecto, más allá de su importancia como ciudad andalusí, cabe tener en cuenta que había sido recientemente conquistada por Fernando III de Castilla (1240), precisamente, el padre de Alfonso X; entregada al señorío eclesiástico de Córdoba, se mantuvo como puesto militar avanzado en la frontera con el Reino de Granada hasta finales del siglo XV. De esta manera, si efectivamente el origen lucentino de Viriato se propuso por primera vez en la *Estoria*, no parece descabellado pensar que en la elección se estableciese un cierto vínculo simbólico entre el episodio antiguo y la gesta familiar. Dado el sesgo ideológico de la obra, no me refiero tanto a que se estuviese postulando una reconquista legítima de la patria perdida por Viriato, sino que, como en el caso de Numancia/Zamora y Sagunto/Sigüenza, se extrapolase la visión del enclave como foco de resistencia y área fronteriza de una manera genérica⁵⁶⁴.

La ubicación de Viriato siguió complicándose desde un punto de vista geográfico en los siglos posteriores. La aragonesa *Cronica* de Heredia dio un paso en este sentido tan importante como enrevesado: «huuo un pastor al q(ua)l dixiero(n) uariate. et era de ti(er)ra de luçena. q(ue) despues tuuo no(m)bre inhuma(n)çia. et agora es dicha Çamora»⁵⁶⁵. Con ello identificó de una manera insólita a Numancia, Lucena y Zamora como la misma ciudad, a partir de lo cual, consideró a Viriato capitán de la misma y entremezcló por completo el desarrollo de los dos episodios, pues en la obra fue «Luçena» la ciudad asediada por Escipión y destruida por sus habitantes⁵⁶⁶. Es probable que la identificación Lusitania-Lucena proviniese en última instancia de la *Estoria* y que el vínculo con Numancia fuese iniciativa del propio Heredia, dado el profundo y creativo proceso de reelaboración que hizo del episodio y del nombre de la ciudad. Aunque también se basó fundamentalmente en el relato de Orosio, lo desarrolló con todo detalle y potenció el tono dramático y legendario del asedio, formulando un mensaje muy marcadamente autoctonista. Pues bien, al forzar así la vinculación geográfica de los dos episodios más célebres, les dotaba de una nueva envergadura, una generalización hispana que trascendía la atomización típica de estos acontecimientos en la cronística coetánea. Además, es significativa en sí misma la manera en que enlazó las dos guerras: Roma habría decidido atacar a Zamora una vez que enterados de la muerte de Viriato por

⁵⁶⁴ También se ha aludido a la pujanza expansionista de Castilla en Andalucía en ese periodo al interpretar la insistencia de Rada en el sur peninsular a propósito del periodo mítico (Álvarez Junco 2013, 54).

⁵⁶⁵ Heredia *Cron.* 7.224r-224v.

⁵⁶⁶ Heredia *Cron.* 7.224r-238r; vide Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 49-51.

considerarla vulnerable, de forma que se imaginaba una relación de causalidad entre dos fases de un mismo conflicto, explotando al máximo el simbolismo del sacrificio numantino al presentarlo como el clímax de un proceso de largo recorrido.

Parece que la obra de Heredia ejerció una cierta influencia en la cronística castellana posterior, pues, un siglo después, su particular recreación de las guerras de Viriato y Numancia reaparecieron en la obra de Valera, aunque simplificada geográficamente, eliminando a Lucena de la ecuación:

«En este tiempo se levantó un pastor natural de Çamora, llamado Variato, el qual fue gran tienpo robador y tenedor de caminos. Y fizose tan rico y tan poderoso y llegó a sí tantas gentes que ovo de ser capitán de Çamora contra los romanos»⁵⁶⁷.

De esta manera, Valera se desligó definitivamente de la tradición lucentina implantada por Alfonso X para sustituirla de manera completa con la zamorana. Por lo demás repitió la misma relación entre ambos conflictos e incluyó también como colofón la leyenda del suicidio del niño numantino (§ 11.2). Me parece que la filiación entre las obras de Heredia y Valera en estos pasajes es clara⁵⁶⁸. En todo caso, fuese cuál fuese el origen y la cadena de transmisión de la idea, de alguna manera puede considerarse la versión de Valera como la culminación en la mitificación de los episodios de Numancia y Viriato en la Edad Media, ya que se concentraban así los principales —y casi únicos— episodios de la resistencia antirromana manejados en la cronística medieval. No en vano, ese vínculo se reinventó por múltiples vías en los siglos XVI y XVII, a pesar del conocimiento ya completo de las fuentes, como en la literatura de Joan Timoneda, Miguel de Cervantes y Francisco de Rojas Zorrilla (§ 4.3). Además, la genealogía zamorana de Viriato tuvo otro ámbito de consolidación localista que gozaría de un fuerte y larguísimo arraigo⁵⁶⁹. No cabe duda de que Zamora gozó de una posición privilegiada en lo que concierne al apropiación de los grandes episodios de la resistencia hispana en la Edad Media, en procesos complejos en los que parecen retroalimentarse iniciativas legitimadoras de la monarquía, las instituciones eclesiásticas y las élites locales.

Dejando atrás esta cuestión, lo cierto es que la figura de Viriato tuvo un papel muy importante en la cronística árabe, especialmente interesante si tenemos en cuenta que la mayor parte de episodios de la conquista romana, incluido el asedio de Numancia, fueron completamente ignorados. Además, de nuevo, la localización de su revuelta resulta

⁵⁶⁷ Valera 1482, 2.17 (ed. de Moya García 2009).

⁵⁶⁸ Por contra, se ha propuesto que la fuente de Valera para periodo romano pudo ser la segunda redacción castellana de la *Crónica de 1344* (*Ibid.*, XCV y 89-90), pero las divergencias entre ellas en estos temas son evidentes.

⁵⁶⁹ El mito zamorano de Viriato, entronca, de hecho, con el presente, si bien sus últimas grandes manifestaciones data del contexto de exaltación autoctonista —nacionalista, provincialista y localista— propio de la segunda mitad del siglo XIX; sirvan de ejemplo los frescos de la Diputación Provincial de Ramón Padró y Pedret, de 1882, o la estatua de Eduardo Barrón, de 1883 (*vide* Ocejo Durand 2002).

absolutamente crucial para comprender el sentido ideológico de su recepción. El episodio fue absolutamente alterado respecto de las fuentes clásicas, aunque en las dos versiones conocidas hay elementos notablemente coincidentes; quizá el más importante de esos componentes centrales es la ubicación del lusitano en Toledo como el núcleo de sus campañas. Esas concurrencias entre ambos textos, así como su carácter inédito respecto de la historiografía cristiana, hacen pensar que existió una peculiar versión árabe de la Guerra de Viriato, compuesta en algún momento temprano, y que sirvió de fuente común para las obras más tardías. Más concretamente, se ha propuesto que ese relato pudo ser concebido, o al menos consolidado, en el *Ta' rīj* de al-Rāzī, a principios del siglo X, como parte de la reelaboración del pasado propio del proyecto político del Califato de Córdoba⁵⁷⁰. La primera versión conservada es la de Ibn Ḥayyān, en el siglo XI, que citó a aquel historiador como fuente cuando, al hablar de la historia de Toledo, hizo este apunte histórico:

«cuando los generales romanos se apoderaron de al-Andalus y hallaron que la capital de los africanos era Itálica, en la región de Sevilla, no quisieron quedarse en ella por la distancia de su país, que les daba la fuerza, y trasladaron la capitalidad a Toledo, haciéndola base y principal ciudad de al-Andalus, a la que se sometieron las restantes, obedeciendo a su señor: desde allí durante algún tiempo recaudaron los tributos de las coras de al-Andalus. Pero luego se rebeló contra los generales de Roma algún tiempo antes del periodo de los Césares, poniéndose a su frente un sublevado de Lusitania de Mérida, llamado Viriato (Birbāt), que se la quitó al general que Roma tenía en al-Andalus, echando de ella a los romanos, siendo la rebelión de este Viriato la primera de los toledanos, que luego tomarían por costumbre. Los generales de Roma estuvieron efectuando aceifas contra ella año tras año, pero eran vencidos por Viriato, que superaba en la batalla a sus ejércitos, hasta que uno de sus compañeros lo traicionó, matándolo dentro de la ciudad a los siete años de rebelión, durante los cuales la protegió, frustrando a los romanos que se la disputaban y matándoles muchos hombres, hasta correr su fama. Tras su asesinato, ocupó su lugar uno de los suyos, que aseguró Toledo y siguió los pasos de Viriato en la lucha contra los romanos que, tras la muerte de aquél, habían vuelto al asedio con sus mesnadas, más se vieron nuevamente burlados por el valor de su gente en la resistencia»⁵⁷¹.

Según continúa el relato, este segundo cuadillo anónimo también fue asesinado mediante soborno, su cabeza fue enviada al general y la ciudad finalmente tomada. Sin embargo, tras cien años de paz, Toledo volvió a sublevarse bajo el liderazgo de Antonius (Antuniš). El mismo Julio César (Yūliyuš), «gran rey de Roma», puso sitio a la ciudad, pero fue incapaz de tomarla. Tras este intento frustrante y humillante,

⁵⁷⁰ Elices Ocón 2017, 138-142.

⁵⁷¹ Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.180-181 (trad. de Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981); los términos en árabe están tomados de Elices Ocón 2017.

«Toledo siguió siendo una espina para los Césares posteriores a Julius, y según otros hasta después de la natividad de Cristo, pues rara vez se sometía, antes bien seguía siendo bocado difícil, hasta extinguirse su poder en al-Andalus»⁵⁷².

Una versión muy similar y más extensa de esta creativa Guerra de Viriato se reprodujo en el *Rasis*, supuesta traducción de al-Rāzī. Hay, no obstante, algunas divergencias. Según esta crónica, la revuelta había surgido en un contexto en el que los dirigentes romanos en Hispania («alcaldes de Roma») habían establecido un sistema de provincias independientes, con su propio señor y fueros particulares. En ese punto, estalló un conflicto entre Córdoba y Toledo que derivó en una guerra a gran escala de todos los dominios hispanos contra el señor de este último, Barbate/Viriato, que los venció y mató a todos,

«E asy metio a toda España so su señorío, que non ovo en toda España omne que se osase llamar señor de villa nin de castillo mientras de Barbate fue vivo»⁵⁷³.

Tras ser asesinado y decapitado, le sucedió otro líder anónimo que fue traicionado⁵⁷⁴, y después un tercero llamado Antus que, en este caso, era un delegado de César que se acabó rebelando contra él, aguantando igualmente un asedio humillante para el romano⁵⁷⁵.

La diferencia principal entre una y otra versión es que en el *Rasis* parece tratarse básicamente de una serie de luchas entre romanos por el poder, mientras que en Ibn Ḥayyān se formuló más bien como una revuelta contra el dominio romano. De cualquier forma, el esquema básico se repitió, con detalles precisos, como los siete años de duración de la revuelta viriática, la decapitación de este o su sucesor, la existencia de un tercero de nombre latino (Antuniš/Antus) y la intervención frustrada de César. Es evidente la divergencia respecto de las fuentes grecolatinas conocidas, incluida la traducción del *Hurūšiyūs*, que se mantuvo fiel al texto orosiano; de hecho, esta narración es una de las discordancias más importantes entre esta fuente y las crónicas árabes⁵⁷⁶. Se ha propuesto a Apiano como posible referente porque habló de una duración de ocho años, de degollamiento y de la existencia de un sucesor de Viriato, Tautalo⁵⁷⁷; no obstante, me convence el argumento de que las coincidencias no son suficientes como para demostrar un vínculo tan improbable⁵⁷⁸. Por otro lado, no es probable que haya una interpolación de las crónicas cristianas, pues no hay ningún paralelo conocido. Parece que, en efecto,

⁵⁷² Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.181-182 (trad. de *Ibid.*).

⁵⁷³ *Rasis* 65.30-32 (ed. de Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975), el episodio completo en 65.30-35.

⁵⁷⁴ *Rasis* 65.39-45.

⁵⁷⁵ *Rasis* 65.55-68.

⁵⁷⁶ *Hurūšiyūs*, 255 y 257, nº 5-7, 10 y 12.

⁵⁷⁷ Matesanz, 2004, 64-75.

⁵⁷⁸ Elices Ocón 2017, 69, nota 147 y 142, nota 115.

estamos ante una reelaboración original árabe, quizá de al-Rāzī o de otra fuente común. En realidad, más que un desdibujamiento de la Guerra de Viriato, parece tratarse de un compendio de varios tópicos sobre las guerras de Roma en Hispania, en el que se mezclan elementos reconocibles de la Guerra Lusitana, el asedio de Numancia, la revuelta de Sertorio y las guerras civiles⁵⁷⁹. En cierta medida, podría considerarse como un pastiche de todos esos grandes temas de la etapa romana que fueron ignorados en crónicas andalusíes y que se habrían condensado de esta manera en torno a la ciudad de Toledo. Esto supone un ejercicio de asimilación y reelaboración tan profunda que, necesariamente, tiene que responder a una intencionalidad clara y deliberada.

Lo cierto es que el relato tiene mucho sentido en su contexto ideológico. Toledo era un centro con una enorme carga simbólica en el imaginario andalusí en muchos sentidos, político, militar, religioso e histórico. En el plano más pragmático, había sido la capital visigoda y tenía un largo historial rebelde: fue la primera ciudad que se levantó contra Abd al-Raḥmān I y que apoyó a Yūsuf Abd al-Raḥmān al-Fihrī, y la periodicidad de las sublevaciones fue endémica hasta que Abd al-Raḥmān III la pacificó en 932 tras un duro asedio de dos años. Tanto en el plano práctico como en el discursivo, Toledo era un símbolo de la precariedad del gobierno cordobés y constituía el prototipo de enclave conflictivo de frontera⁵⁸⁰. A eso se refería Ibn Ḥayyān cuando escribía que aquellos levantamientos antiguos luego los «tomarían por costumbre». El carácter levantisco y pérfido de los toledanos se concebía así como algo atemporal, que se repetía al historiar la problemática más inmediata: «ya en el reino islámico, la ciudad no cesó de revolverse contra ellos y desobedecerlos, sin que nunca les faltaran allí turbulencias ni revueltas»⁵⁸¹; una visión parecida transmitió después el *Dīkr*: «Los toledanos son hipócritas, pendencieros y rebeldes contra los soberanos»⁵⁸².

Esto encaja muy bien con el perfil histórico que esbozaron de la ciudad Ibn Ḥayyān y el *Rasis* al situar allí el levantamiento de Viriato, inventar nuevas revueltas desconocidas y presentarla triunfante ante el mismo César; se construía así la visión de una ciudad insurrecta por excelencia, proyectando la problemática presente como un continuum desde la Antigüedad⁵⁸³. Con esa percepción esencialista se explicaban los retos a los que se tenía que enfrentar Córdoba y se glorificaban los nuevos logros: en época de al-Rāzī, la pacificación forzada por Abd al-Raḥmān III tras doscientos años de inestabilidad, lo que, según su versión, ni los emperadores romanos habían conseguido. Cuando, en el siglo XI, Ibn Ḥayyān rescate el episodio, este tendría ya una pertinencia distinta: el

⁵⁷⁹ *Ibid.*, 311-313.

⁵⁸⁰ Acerca del estereotipo de Toledo como ciudad rebelde en el imaginario andalusí y su realidad histórica, vide Manzano Moreno 1991, 271-310; Fierro Bello 2005, 38-46.

⁵⁸¹ Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.183/209.

⁵⁸² *Dīkr* 2.14 (trad. de Molina 1983).

⁵⁸³ Elices Ocón 2017, 452-457.

contexto de desmantelamiento del Califato y la emergencia de Toledo como uno de los taifas más potentes.

De esta manera, el largo y complejo proceso de la romanización peninsular se condensaba en único conflicto y se centraba en uno de los principales focos de problemas para la estabilización del poder cordobés a lo largo de toda su Historia. En realidad, el hecho de que se eligiese la Guerra de Viriato, un hecho eminentemente meridional, y se ignorase totalmente, por ejemplo, la de Numancia —a pesar de conocerse bien por la traducción de Orosio— ya es muy significativo en lo que concierne a esa proyección geográfica presentista sobre la Antigüedad. Las Guerra Celtibérica o las Astur-Cántabras quedaban fuera del foco andalusí, de manera que se sumieron en el ovido como parte de una dinámica más general de invisibilización del norte peninsular⁵⁸⁴. El particularmente selectivo uso de la Antigüedad preislámica de la cronística árabe demuestra el peso esencial que tuvo en el Medievo la realidad geopolítica inmediata en los procesos de reconstrucción del pasado remoto.

Si en el caso árabe esto es especialmente claro, en realidad se trata de una tendencia general. Puede verse cómo se repitió reiteradamente el mismo proceso: un episodio antiguo, emblemático militarmente, fue ubicado en un lugar ajeno a la localización original, pero relevante en lo que concernía a las diatribas políticas del momento. En ello se plasmaban intereses específicos, como la voluntad de reforzar el prestigio de una ciudad influyente (en el caso de Numancia/Zamora) o estigmatizar su carácter problemático (en el de Viriato y Toledo); pero también se proyectaban concepciones geopolíticas más generales, como la castellanización de sucesos célebres promovida por la Corona de Castilla (en la asociación Sagunto/Sigüenza/Medinaceli, por ejemplo) o la invisibilización del norte en los relatos andalusíes. Esto se combinaba con una preocupación obsesiva por la división y conflictividad interna, demostrándose una especial inclinación por ejemplificar las consecuencias negativas de las sublevaciones y las discordias: es claro en el Toledo eternamente rebelde de la tradición de al-Rāzī y en la Numancia de Gil y Alfonso X, trasunto de las luchas nobiliarias castellanas.

En una realidad particularmente inestable, de fronteras volubles y poderes fragmentados, uno de los fenómenos historiográficos más característicos fue la traslación a la Antigüedad de una geografía del poder y la frontera que se sirvió de las imprecisiones en el conocimiento de las fuentes y la particular permeabilidad a la invención y la libre interpretación de los hechos. Mientras que en el pasado mítico parecen proyectarse las preocupaciones acerca de las dinámicas de repoblación, civilización y ordenación del territorio (§ 6.3), los pocos episodios de la resistencia hispana que fueron retratados giraban en torno a los conceptos de belicosidad liminal, indefinición política y enfrentamientos intestinos. La evanescente presencia de la Antigüedad prerromana en la

⁵⁸⁴ *Ibid.*, 292-296.

historiografía medieval fue muy selectiva y eminentemente factual y didáctica; en ella los conceptos de pertenencia ancestral y resistencia al invasor fueron vacilantes y ambiguos, pero el lugar y el conflicto, la frontera y el dominio, fueron nítidos y esenciales.

Capítulo 4

NUEVOS HÉROES

LA REINVENCION RENACENTISTA Y BARROCA

«Puede decirse que el primer valor de la historia sea narrar la verdad. De acuerdo, pero si ha de desviarse un tanto de la verdad, dado que cualquiera no puede alcanzar el punto medio, tanto más seguro y mucho más honesto será decantarse por lo más favorable»

Antonio de Nebrija, 1509, *Diuinitio in scribenda historia*

(trad. de Hinojo Andrés 1992).

El proceso de configuración de una nueva concepción historiográfica y el desarrollo de un nuevo género literario de proyección popular, el teatro, servirán como la base fundamental desde la que aproximarse a un complejo proceso de elaboración de un nuevo discurso histórico que buscó las raíces en el pasado prerromano. Tal y como desarrollo en el primer punto, si existe un momento previo a la época contemporánea que pueda considerarse en términos de construcción de identidad nacional, la propuesta más sólida sería el periodo que se extiende entre la década de los 40 y finales del siglo XVI. La producción intelectual de esa etapa marcó un periodo de inflexión clave en lo que respecta a la asunción identitaria de la Antigüedad. Desde finales del siglo XV, con propulsores fundamentales como Antonio de Nebrija, venía promoviéndose la necesidad de configurar un nuevo discurso histórico que, por un lado, superase las obsoletas formas medievales; por otro, se proponía superar el romanismo tradicional para consolidar un mensaje particularista que diese respuesta a las nuevas necesidades identitarias derivadas de la unión de las coronas. Coincidiendo con el final del reinado de Carlos I y el programa político de Felipe II, ese proyecto se consolidó plenamente y se abrió un periodo de eclosión historiográfica. La gran *Crónica de España* de Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales marcaron la nueva pauta, y la síntesis de la *Historia* de Juan de Mariana culminó la idea. En ellas se reconstruyó profundamente la Historia antigua, potenciando intensamente los mitos sobre los orígenes, pero también desarrollando la idea de que las sociedades prerromanas constituían el verdadero horizonte identitario del pueblo español, tanto desde un punto de vista histórico-cultural, como étnico y político. En consonancia y retroalimentación con la producción académica, la emergencia del nuevo teatro de tema nacional se hizo eco de la irrupción de los temas de la resistencia contra los invasores; la *Numancia* de Miguel de Cervantes y tras ella la comedia barroca, como la de Francisco de Rojas Zorrilla, inauguraban un nuevo medio de difusión acerca del pasado remoto y sus temas.

La formulación del nuevo discurso conllevaba elaborar una narrativa coherente que funcionase como referente fundacional en la construcción de esa nueva identidad. El punto segundo trata algunas de las ideas generales que definieron el redescubrimiento de los relatos de la resistencia ante las diferentes conquistas que, tratados de forma inconexa durante la Edad Media, pasaron a conformar un relato unitario constituyéndose como una auténtica epopeya nacional. Era necesario dotar a aquella historia de una estructura coherente, lo que pasaba, en primer lugar, por solucionar la paradoja que supuso el uso de las fuentes grecolatinas como fundamento del discurso de la resistencia ante Roma, reconduciendo sus mensajes y aprovechando sus potencialidades en cuanto a la excepcionalidad del proceso de conquista de Hispania y el reconocimiento del mérito de sus pueblos. Se explotaban así los tópicos de los doscientos años de resistencia, así como

la idea de que la desunión había sido la propiciadora de la derrota final, lo que servía al mismo tiempo para explicar el desenlace y enviar un mensaje de futuro.

Como detallo en el punto tercero, la formulación concreta de este relato épico en las historias modernas conllevó enriquecerlo con mayor detalle y nuevos ejemplos, tanto secundarios (Indíbil y Mandonio, Astapa, etc.), como inventados (Telongo Bachio, Bocio Capeto, etc.), transmitiendo así la idea de un proceso de resistencia generalizado. Una de las ideas más cruciales en el diseño de aquella narrativa, tanto en historiografía como en literatura, fue la combinación de la dimensión individual y colectiva de esa resistencia, una doble faceta esencial en su asunción como fenómeno nacional, necesaria en su complementariedad simbólica condensando todas sus posibles implicaciones identitarias y políticas. Así, por una parte, era pertinente concretizar la gesta en las acciones de ciertos héroes, siendo Viriato el máximo representante, pero también otros, como Indíbil y Mandonio o Retógenes y, por otra, mantenían un protagonismo esencial sucesos fundamentalmente colectivos como el de Sagunto, Numancia, Astapa o la Guerra Astur-Cántabra. Se combinaba así, por un lado, la dimensión ejemplarizante propia de una historiografía típicamente personalista y relacionada con el género de los *espejos de príncipes*, y, por otro, la exaltación del sacrificio como ejercicio de una voluntad colectiva unánime.

No obstante, como comento en el último apartado, el equilibrio entre la exaltación de la resistencia y el discurso imperial de fondo, asociado a un modelo clasicista plenamente vigente, resultó problemático. Por eso el análisis de las producciones culturales de los siglos XVI y XVII sobre la identidad prerromana ha sido especialmente controvertida, en tanto que ciertos discursos de exaltación de la resistencia han sido vistos como soterradamente subversivos respecto del régimen imperial y las políticas de la Corona. Desde este punto de vista, se ha considerado que la identificación con la gesta por la independencia pudo suponer un cuestionamiento del mito romanista y, con ello, comportó un posicionamiento antiimperialista. Así se han interpretado, particularmente, las obras de teatro de Cervantes y Rojas, pero también la recurrencia de Las Casas a las analogías entre los antiguos hispanos y los nativos americanos en la defensa de sus derechos. A proósito de este debate propongo la compatibilidad de ambos discursos, el romanista y el prerromanista, como pilares complementarios de una narrativa imperialista que estaba definiendo su particular identidad nacional.

4.1. Hacia una historia nacional

Desde el punto de vista historiográfico, el siglo XVI bien puede definirse como una época marcada por una necesidad imperiosa⁵⁸⁵. Ya desde el siglo XV se fue imponiendo progresivamente la idea de la conveniencia de una renovación historiográfica desde distintas bases metodológicas (§ 3); en el cambio al XVI, este impulso se volvió generalizado y acuciante, evidenciándose de manera cada vez más palmaria el hecho de que la mayoría de los escritos de referencia siguiesen siendo dependientes de un material medieval cada vez más obsoleto⁵⁸⁶. En esa inquietud confluía tanto el modelo cultural humanista, que calaba irregularmente en la intelectualidad hispana propiciando una nueva concepción de modernidad, como la nueva realidad política construida por los Habsburgo, que incitaba a la elaboración de un discurso oficial que reforzase las nociones de centralismo, unificación e imperialismo. Surgía así la necesidad patriótica de elaborar una historia moderna, que reflejase la nueva realidad política, las nuevas inquietudes ideológicas y se ajustase a los nuevos métodos humanistas, una obra que pudiese compararse y competir con las que se estaban publicando en el resto de Europa⁵⁸⁷. En lo formal, se trataba de elaborar una historia más narrativa y retórica, que superase definitivamente la compartimentación telegráfica medieval, explotando con ello todo su potencial ejemplarizante y moralizante al modo *magistra vitae*. En lo metodológico, se imponían los nuevos modos humanistas inculcados desde Italia, el redescubrimiento exhaustivo de las fuentes, escritas y materiales, y su aplicación crítica en las explicaciones sobre lo ocurrido y sus pormenores. Por último, en lo ideológico, la nueva historiografía debía contribuir a la legitimación del nuevo proyecto político que se abría tras la culminación de la llamada Reconquista, la unión de los reinos, el descubrimiento de América y las perspectivas de hegemonía internacional que se vislumbraban; a estas inquietudes políticas se añadiría y superpondría la justificación personalista —aunque de proyección universalista— de Carlos I o el reforzamiento de la naturaleza hispánica de la monarquía, con Felipe II⁵⁸⁸.

⁵⁸⁵ Sobre la historiografía española en los siglos XVI y XVII, *vide* Sánchez Alonso 1947 [1944], 355-466; Alvar Ezquerro 2000a; Cuatrecasas 2004; García Hernán 2004; Kagan 2007; 2010 [2009], 80-347; Álvarez Junco 2013, 69-89; en lo que concierne a la visión de la Historia Antigua, en general, Wulff Alonso 2003, 13-63.

⁵⁸⁶ Es muy llamativo que una de las primeras tareas de Florián de Ocampo como Cronista real fue editar la *Estoria* de Alfonso X (Ocampo 1541), ejemplo de la persistente tendencia a refundir y reeditar historiografía de la tradición derivada del siglo XIII.

⁵⁸⁷ En general, sobre la imagen de España en el humanismo europeo en la interrelación entre política y cultura, *vide* López Moreda 2013, entre otros y, en lo específicamente historiográfico, Álvarez Junco 2013, 91-110.

⁵⁸⁸ Aparte de lo ya citado, hizo hincapié en este aspecto político Kagan 2007; 2010 (2009), 80-347.

No obstante, no se trataba solo de propaganda política ante el exterior o las disensiones internas; lo que se demandaba a la historiografía iba mucho más allá, pues comportaba crear una nueva conciencia histórica que fomentase una idea de España como entidad y de los españoles como comunidad. Se trataba de generar una nueva concepción identitaria que se fue reforzando y delimitando con el tiempo, y que cristalizó de una forma clara en la segunda mitad del siglo XVI, cuando el concepto de *Monarquía hispánica* provea del contexto definitivamente propicio. La etapa que se abrió desde la última década del reinado de Carlos I está marcada por un proceso de reforzamiento de la identidad nacional española. Con ello me refiero a la consolidación de un sentimiento de pertenencia y de orgullo respecto de una lengua, una cultura, una historia y una idiosincrasia comunes, que eran definidas como *españolas*, y que comportaban además un sentimiento de lealtad y destino político compartido. Sin duda se trata de un fenómeno muy ligado al proyecto político de la llamada Monarquía Hispánica y fue fomentado por la Corona. Con las políticas de Felipe II para la conformación de un marco cultural propiamente hispánico se propiciaba el reforzamiento de una identidad colectiva que sirviese de aglutinante ante la realidad política de vocación centralista y las incertidumbres generadas por la transformación de ciertas relaciones de poder tradicionales. El resultado es que, entre mediados del siglo XVI y a lo largo del XVII, se intensificó y fundamentó intelectualmente una concepción de los españoles como realidad colectiva delimitada y particular, caracterizada por unos valores y rasgos intrínsecos que podían ser rastreados a través del tiempo y los avatares históricos. Se consolidaba así una identidad cohesiva, que puede calificarse de nacional, con implicaciones étnicas, culturales, históricas y políticas; esta coexistió con otras identidades —nacionales, históricas, religiosas, institucionales, populares, etc.— pero tendió a superponerse sobre las pluralidades y divisiones, pasadas y presentes, consustanciales a la realidad española (§ 1.4)⁵⁸⁹.

En este sentido, como en muchos otros, la Antigüedad, obsesión de la imaginación renacentista y barroca, tenía otorgado un papel protagonista. Una de las cosas fundamentales que la nueva historia tenía que aportar a la idea de España era la de un origen histórico compartido, que fuese además particularmente remoto y prestigioso, del que los españoles pudieran sentirse orgullosos tanto por antigüedad como por gloria. De ello dependía en gran medida su capacidad de impacto en conformación de esa nueva identidad nacional, pero también la funcionalidad de la obra para competir con el resto de historias nacionales. Esa nueva Antigüedad, por tanto, tendría que cumplir una condición esencial: ser diferente a las otras, ser particular, a la vez que compartida por todos los territorios *españoles*. Como ocurrió coetáneamente en Inglaterra, Alemania, Francia o Portugal, esa dinámica ahondó en el relato de los orígenes míticos que venían

⁵⁸⁹ Ballester Rodríguez 2009; 2010.

extrayéndose de la tradición bíblica y grecolatina; pero también propició que se volviese la mirada hacia el horizonte prerromano, presente históricamente en las fuentes clásicas, pero que durante largos siglos había ocupado un estadio intermedio, fundamentalmente marginal.

Esa parte casi olvidada del pasado tenía cosas que ofrecer que antes no habían sido tan pertinentes, pero que sí servían ahora a la causa de generar un nuevo nivel de identidad histórica, pues tenía el potencial de ayudar a marcar la diferencia y la peculiaridad desde unas bases relativamente sólidas. En efecto, el pasado prerromano podía ser considerado autóctono y particular, por lo que redundaba en la distinción respecto del resto de naciones y se constituía como un factor diferencial frente al universalismo veterotestamentario y clasicista. Además, era el estadio más antiguo del que se tenían noticias históricas concretas. Eso conllevaba que podía construirse sobre esa etapa una narración más detallada de lo que permitían los reinados míticos, y más antigua de lo que permitía el periodo gótico y la Reconquista. De esas informaciones, provenientes además de las veneradas fuentes grecolatinas, podían extraerse los relatos épicos que funcionasen como primer referente heroico y como escenario en el que demonizar a los antagonistas extranjeros. Por último, esa parte de la Antigüedad aportaba un elemento más que en la historiografía medieval no había tenido cabida ni había resultado necesario: permitía esbozar una caracterología etnográfica básica que, debidamente decantada, servía para perfilar unos rasgos nacionales primigenios con los que identificarse, especialmente a partir de las fuentes griegas que hasta el momento habían sido poco explotadas.

En cierto sentido, durante los siglos previos, el pasado prerromano —también el romano en la tradición de Rada— había quedado muy restringido, cuando no directamente omitido, entre los mitos fundacionales y el periodo godo, los grandes pilares medievales sobre el pasado remoto. En esta nueva etapa, en la que las historias fueron mucho más extensas y su elaboración literaria más abierta y flexible, más despegada de la literalidad de las fuentes y más abierta a la disquisición del autor, los episodios relativos a la romanización dispusieron de un espacio mucho más amplio y complejo en el que desarrollarse. En todo caso, desde un punto de vista simbólico, la emergencia de esos antepasados redescubiertos tuvo que hacerse hueco entre esos otros referentes hegemónicos. Esto atañe, desde luego, a la identidad goticista, que se mantuvo y se fomentó como antecedente dinástico⁵⁹⁰, pero, sobre todo, la fricción más significativa surgió de la identificación simultánea con los romanos y con los pueblos sometidos por ellos; la intelectualidad humanista se enfrentó al reto de ensalzar a Roma como referente cultural y político mientras construía, al mismo tiempo, una retórica de la resistencia autóctona al invasor (§ 4.2).

⁵⁹⁰ Redondo 1992; González Fernández 2007; Contreras Contreras 2014; Carbó García 2015a, 115-169; 2015b; 2015c.

En síntesis, los autores en el cambio al siglo XVI interiorizaron de una manera generalizada la tarea de reelaborar metodológica y temáticamente un discurso sobre el pasado más remoto que proveyera de los pilares para reforzar históricamente la identidad nacional en un contexto político cambiante. En la historiografía castellana se habían dejado notar ciertas inquietudes humanistas a lo largo del siglo XV de la mano de la llamada Escuela judeoconversa: se tendió a recuperar el latín, revalorizar la Antigüedad e introducir ciertas disquisiciones críticas; sin embargo, se mantenía en lo esencial la estructura medieval, se reincidía en los mismos focos temáticos y, además, se trataba de empresas básicamente autónomas y aisladas (§ 3).

Ahora bien, los impulsos más nítidos en esa dirección se materializaron desde la Corona de Aragón, precisamente allí donde el influjo italianizante resultó más cercano y directo. El intento más destacable fue el *Paralipomenon Hispaniae* (1484), de Joan Margarit i Pau, cardenal y obispo de Gerona formado en la Universidad de Bolonia⁵⁹¹. La obra no fue finalizada y la publicó póstumamente Sancho de Nebrija en 1545, como parte de una recopilación de varias obras inéditas, lo que, por cierto, testimonia esa general sensación insatisfecha de renovación historiográfica tan acuciente en los años 40 (*vide infra*)⁵⁹². Lo interesante de aquel libro es que se centró específicamente en la Antigüedad, llegando únicamente hasta Augusto, aunque tenía previsto avanzar en la época imperial; asimismo, suponía la aplicación de un conocimiento desacostumbrado de las fuentes grecolatinas, destacando, por ejemplo, su uso exhaustivo de los primeros libros de Diodoro. Así pretendía romper conscientemente con ciertas inercias medievales y su intención era reformular la cuestión de los orígenes de España de la única manera que podía resultar realmente digna desde una perspectiva italianizante, es decir, vinculándola política y culturalmente con Roma. Esto dejaba en un segundo plano a los godos, pero también a los pueblos prerromanos, que básicamente representaron el papel de contrapunto de la acción romana. En este sentido, primaron con mucha diferencia los episodios de mayor trascendencia universal para Roma ocurridos en suelo peninsular — Segunda Guerra Púnica y Guerras Civiles—, mientras que los conflictos con mayor potencialidad autoctonista —las guerras de conquista—, fueron repasados muy brevemente. Además, transmitió una valoración cultural muy fiel a las fuentes: los generales romanos eran los grandes protagonistas y héroes del relato, pues se postulan como el antecedente unificador, pacificador y civilizador de los Reyes Católicos, mientras que los pueblos previos aparecían como una realidad caótica afortunadamente superada⁵⁹³.

⁵⁹¹ Sobre la figura y obra de Margarit, *vide* Tate 1956; = 1976; Sobrequés Vidal 2006 [1951]; Vilallonga Vives et al. 2008 y, complementariamente, Tate 1970, 123-150; Lucero Comas 2002; 2006.

⁵⁹² Nebrija 1545; sobre esa recopilación *vide* Tate 1992.

⁵⁹³ Margarit i Pau 1545 [1484], Lr-LVr; *vide* Tate 1970, 178 y, como muestra de la importancia ejemplarizante de los generales romanos, Conde Salazar 2009.

En el mismo ambiente, aunque algo menos novedoso, cabe destacar también a Pere Miquel Carbonell⁵⁹⁴, notario público con Alfonso V de Aragón y archivero y escriba real con Juan II. Sus *Chròniques d'Espanya*, en catalán, fueron compuestas entre 1495 y 1513, aunque también se publicaron póstumamente, en 1547. Si bien temáticamente se situó en una línea tradicional —focalizando en los mitos originales y la genealogía gótica, no en el periodo romano— hay dos ideas esenciales en su aporte: la revisión de los componentes más fantasiosos de la mitología fundacional, tanto hispana como catalana⁵⁹⁵, y el uso crítico y directo de las fuentes grecolatinas, gracias a su extensa biblioteca personal⁵⁹⁶. El replanteamiento de los orígenes, más o menos espoleado por el humanismo italiano, se imponía entre ciertos intelectuales, aunque cabe subrayar que, más allá de la ligazón de estos personajes a las instituciones, sus proyectos fueron autónomos y quedaron inéditos a su muerte.

Cuando esa renovación se interiorizó de una manera plena en la política de la Corte, el intelectual encargado provenía precisamente de Italia y culminó en cierta medida la tendencia clasicista representada por Margarit. En 1497 Fernando el Católico nombró Cronista real a Lucio Marineo Sículo, que llevaba un tiempo trabajando en España. Fruto de ese vínculo personal, académico e institucional, publicó en ese momento *De Hispaniae laudibus*, que en 1530 amplió como *De rebus Hispaniae memorabilibus*, y pronto se tradujo al castellano⁵⁹⁷. Desde la tradicional *laus Hispaniae* que constituye su núcleo, la obra se expande a modo de historia general, desde los orígenes hasta la muerte de Fernando el Católico. Su enfoque es absolutamente propio del humanismo italiano, no solo en el manejo extenso de las fuentes, sino también en la recuperación de estructuras y temas. Consecuentemente, en lo que respecta a la representación de la Antigüedad, como Margarit, rompía radicalmente con la inclinación medieval a soslayar el pasado grecorromano.

Ahora bien, más que los asuntos puramente históricos, uno de los aspectos más interesantes desde la perspectiva de este estudio es el énfasis en el aspecto etnográfico de su alabanza de Hispania, lo que entrocaba muy estrechamente con la tradición antigua, pero rompía con las inercias factuales de la cronística inmediata. En la primera versión,

⁵⁹⁴ La obra está editada y ampliamente analizada en Alcoberro i Pericay 1997; complementariamente, *vide* Alcoberro y Pericay 2000.

⁵⁹⁵ Es decir, la revisión de las fuentes sobre los mitos de Túbal y Hércules, por un lado, y las del mito de Otger Cataló y sus Nueve Barones, fundadores gascones de los condados catalanes. En este sentido, articuló su discurso como polémica abierta contra la obra de Pere Tomic (1438), representante máximo de la pervivencia acrítica de la mitología medieval; *vide* Alcoberro i Pericay 1997, vols. 1, 65-70 y 112-118; Villa Prieto 2015b, 76.

⁵⁹⁶ Lo que incluye a Mela, Virgilio, Livio, Plinio, Lucano, Floro y Orosio, además de las traducciones latinas de Diodoro y Estrabón (Rubió i Balaguer 1995 (1929); Alcoberro i Pericay 1997, 88).

⁵⁹⁷ Marineo Sículo 1497; 1530; 1539. Los cinco primeros libros de la versión de 1530 han sido editados, traducidos y comentados por Rivera Martín 2000, complementariamente, *vide* Lynn 1937; Maestre Maestre 2002; Codoñer Merino 2008.

en el apartado titulado «De Hispanorum hominum moribus», se esforzó por definir la caracterología de los hispanos partiendo de los tópicos grecolatinos, como la valía guerrera, la lealtad o la austeridad⁵⁹⁸. Lo más interesante es que en el desarrollo de *De rebus*, no solo amplió esa información etnográfica, sino que estableció un paralelismo entre las características de los antiguos y los modernos españoles, con lo que introducía un explícito vínculo teleológico que en gran medida era nuevo en ese aspecto⁵⁹⁹. La clave está en el mensaje que Marineo quería transmitir con esa comparación: la influencia de las potencias foráneas, más civilizadas, habían transformado profundamente la realidad española puliéndola y mejorándola; obviamente, el gran civilizador había sido Roma (§ 6.3). Precisamente en ese argumento residía el principal problema con el que se encontró la obra de Marineo en España. Atendió a la antes obviada Antigüedad histórica, esbozó una identidad particularista de lo hispano/español a lo largo del tiempo y además aisló una caracterización de ella fundamentalmente positiva; no obstante, hizo que esta dependiese excesivamente de Roma. En ese sentido, su discurso demostró ser inadecuado para satisfacer esa dimensión autoctonista que se estaba reclamando a la reinvenición del pasado remoto. La exaltación de la dominación romana dejaba en un segundo plano la valorización intrínseca de los pueblos autóctonos y limitaba la posibilidad de construir un discurso épico en torno a la resistencia. Enseguida se hizo evidente esa incompatibilidad, pues todas las revisiones de la Antigüedad que se hicieron a lo largo del siglo XVI acabaron polemizando reiteradamente con las tesis de Marineo, por muy ajustadas a los principios académicos del humanismo que estuviesen o muy fieles a las fuentes que fuesen.

En ese sentido, dentro del mismo seno cortesano de Isabel y Fernando, desde una misma perspectiva humanista y coetáneamente a la publicación de las obras de Margarit y Marineo, se estaba gestando un modelo divergente al de estos autores, que tenía más que ver con el autoctonismo propuesto por Sánchez de Arévalo y que fue el que finalmente se impuso en la historiografía española. Antonio de Nebrija, Cronista real desde 1509, concibió con nitidez la conveniencia de dotar de unos cimientos culturales al proyecto político de los Reyes Católicos⁶⁰⁰. Advirtió que parte de esa tarea pasaba por la construcción de un discurso histórico propio sobre la Antigüedad, que combinase innovación humanística y misión patriótica, y que, en cierta medida, este debía articularse como una reacción contra el romanismo italianizante. Lo que defendió, en general, desde un plano fundamentalmente lingüístico (humanismo castellano frente al latino), se aplicaba así en la reinterpretación del pasado. En este sentido, entró en una polémica

⁵⁹⁸ Marineo Sículo 1497, 3 y 4.

⁵⁹⁹ Marineo Sículo 1530, 4.18-20, sobre etnografía antigua, y Marineo Sículo 1530, 5.1-5, sobre la moderna.

⁶⁰⁰ En general, sobre su figura, remito a Codoñer Merino y González Iglesias 1994; Lozano-Gotor Perona 2010, y, más específicamente, sobre su faceta de historiador: Tate 1957; 1970, 183-211; Bonmatí y Álvarez 1992; Hinojo Andrés 1992; 1993; Maestre Maestre 1995; 2002; Codoñer Merino 2008; González Vega 2012.

directa con esos historiadores coetáneos que estaban apostando por la visión clasicista del pasado hispano. Nebrija entendía que los esfuerzos historiográficos debían consagrarse a la construcción de un mito de los orígenes propio, lo que suponía remontarse todo lo posible en el tiempo y evitar la idealización incondicional del legado romano.

La aplicación de su propuesta al pasado remoto se materializó en *Muestra de la historia de las antigüedades de España*, publicada en 1499, dedicada a Isabel I de Castilla y, no en vano, escrita en castellano frente a la revitalización latinista promovida por autores como Marineo. Dividido en cinco partes, comprendía una descripción geográfica de la Península, una aproximación a las primitivas colonizaciones, el relato de las guerras de Cartago y Roma, incluida la conquista y los conflictos civiles, y su historia como provincia hasta la conquista goda, con un repaso de los intelectuales hispanorromanos. El libro lo antecede un listado de fuentes con treinta y seis autoridades grecolatinas que, complementadas después con ciertas notas arqueológicas, era toda una declaración de intenciones: su enfoque era un alarde netamente humanista que acudía a la documentación original, descartando básicamente toda fuente medieval o coetánea, excluyendo, incluso, a Orosio e Isidoro. Lamentablemente, la obra se ha perdido en gran parte, por lo que solo se conserva la parte geográfica y las primeras colonizaciones⁶⁰¹. El espíritu de la obra queda claro, en todo caso: lo que se diseña es una historia remota de la «nación» española, denominada como tal y concebida desde una perspectiva plenamente esencialista. El uso riguroso de las fuentes grecolatinas se aplicó precisamente a la tarea de delimitar esa particularidad autóctona, lo que es patente en su replanteamiento de las primeras colonizaciones de Iberia, en la que combinó tres premisas fundamentales muy propias de la visión renacentista: el difusionismo colonial como fuente de civilización, la existencia de un horizonte ibérico primigenio y la constatación esencialista de una idiosincrasia nacional atemporal (§ 6.3). Así, con el uso de las autoridades clásicas daba consistencia historiográfica a la definición de una realidad nacional española que podía estudiarse, ensalzarse y compararse⁶⁰².

El referente romanista, la valorización de Hispania como escenario privilegiado y la particularidad autóctona eran elementos con una nueva presencia combinados en un complejo equilibrio. Un testimonio interesante de ese ambiente de confluencia entre el proyecto de los Reyes Católicos y los recursos del humanismo italianizante es el fenómeno de la falsificación epigráfica⁶⁰³. Aunque el origen, autoría e intención a veces

⁶⁰¹ Se conservan dos ejemplares del incunable, ambos incompletos, uno en Salamanca (BGHUS I. 190(6)) y otro en Copenhague (Inc. Haun. 278 kvart), que es el más completo (en adelante, Nebrija 1499). Su estudio debe complementarse con el prólogo de las *Decades*, en el que hizo una síntesis de la Historia anterior al reinado de los Reyes Católicos, tema principal de la obra. Todos estos textos están editados y comentados en Bonmatí y Álvarez 1992.

⁶⁰² En general, sobre esa dimensión ideológica: Tate 1957; 1970, 183-211; González Vega 2012.

⁶⁰³ Sobre las falsificaciones epigráficas en la España renacentista *vide* Gimeno Pascual 1992; 1998; Stenhouse 2005, 75-98; Hernando Sobrino 2007; 2014; Carbonell Manils et al. 2012; González Germain

es difícil de determinar, y tradicionalmente se ha tendido a descargar la responsabilidad en figuras externas —sobre todo Ciriaco Anconitano—; no obstante, lo cierto es que puede identificarse una eclosión de esta práctica entre finales del siglo XV y principios del XVI, solo comparable cuantitativamente con el caso de Italia, y a menudo se apunta precisamente al círculo humanista hispánico comprometido con la unión de las coronas. La pertinencia simbólica y exhaustividad erudita hizo que gran parte de ese repertorio quedase fijada en las crónicas nacionales, en muchos casos no siendo descartadas por completo hasta el siglo XIX, a pesar de las tempranas denuncias de críticos como Antonio Agustín⁶⁰⁴. Dejando a un lado los casos más inciertos o los ligados a reivindicaciones localistas, hay algunos relacionados con las guerras hispanas que merecen cierta atención; comentaré más adelante el conjunto relativo a la Guerra de Viriato (§ 4.3), pero para ilustrar el proceso al que me estoy refiriendo ahora es especialmente simbólico el ejemplo de los Toros de Guisando (El Tiemblo, Ávila).

En la primera mitad del siglo XVI se propagó la noticia de cuatro epígrafes falsos supuestamente inscritos en los lomos de estos cuatros verracos vettones: en ellos se identificaba el territorio como bastetano, se aludía al enfrentamiento entre César y los hijos de Pompeyo y se mencionaba a Cecilio Metelo, protagonista en la Guerra de Sertorio⁶⁰⁵. Estas se unían a otra inscripción real en la que se menciona a un tal Longino, que fue identificado como Quinto Casio, el tribuno de la plebe también ligado a César⁶⁰⁶. Pronto, Pedro Medina les dio explicación histórica: los toros e inscripciones se habían levantado allí en conmemoración de la victoria César en aquel enclave durante las Guerras Civiles⁶⁰⁷; esto es, que con la referencia a Bastetania se estaba localizando allí la batalla de Munda, cuya problemática ubicación ha sido una de las más debatidas a lo largo del tiempo⁶⁰⁸. Buscando el origen de la falsificación, el rastro se pierde en un manuscrito de ca. 1525-1544, pero su asociación con otras similares podría retrotraerlas a finales del siglo XV⁶⁰⁹. Todo cobra mayor sentido si se tiene en cuenta que aquel lugar había sido el elegido para un encuentro en 1468 entre Enrique IV de Castilla y su hermanastra Isabel con el objeto de poner fin al conflicto sucesorio iniciado unos años antes mediante su nombramiento como heredera al trono; se trata de la Concordia de los Toros de Guisando, de la que, no obstante, no se conserva ningún documento más allá de las alusiones posteriores. No parece casualidad que con aquellas falsificaciones se intentase ubicar allí precisamente la batalla que puso fin al más célebre conflicto civil de Roma, aludiendo, además, a Metelo, artífice del final de otra guerra civil, la sertoriana. Teniendo todo ello

2010; 2012, aproximaciones más generales en Grafton 2001 [1990]; Alvar Ezquerro et al. 2006.

⁶⁰⁴ Su *Dialogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades* (1587) es emblemática en ese aspecto.

⁶⁰⁵ *CIL* II 278*a-d. Sobre estas falsificaciones y su transmisión *vide* Hernando Sobrino 2007.

⁶⁰⁶ *CIL* II 3052.

⁶⁰⁷ Medina 1543, LXXVIIIv.

⁶⁰⁸ Salas Álvarez 2014.

⁶⁰⁹ Hernando Sobrino 2007, 350-351.

en cuenta, parece razonable pensar que las inscripciones formaban parte del aparato legitimador orquestado en torno a la figura de la reina católica, lo que apunta al círculo de Nebrija⁶¹⁰. Esculturas prerromanas se asociaban con referentes romanos ocurridos en Hispania para crear un lugar de memoria en torno al discurso político de la concordia entre la nobleza y la centralidad castellana.

Que el rigor humanista se supeditaba a la glorificación patriótica queda claro en el siguiente paso que se dio a propósito de los orígenes de España. No este lugar para tratar en profundidad sobre la figura de Giovanni Nanni, o Annio de Viterbo, pues atañe a esa parte de la población fabulosa de Iberia que queda fuera del foco de este estudio; en todo caso, es obligado mencionarlo por su trascendencia en la cultura española de este periodo. En 1498 este dominico publicó una obra única en la historia de la pseudohistoriografía, los *Commentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquentium, eiusdem chronographia etrusca et italica*, también conocida como *Antiquitatum variarum*⁶¹¹. El libro pretendía reconstruir la Antigüedad más remota de Europa, lo ocurrido entre el Diluvio y el periodo grecorromano, con el objetivo de determinar el origen de los distintos pueblos, estableciendo una gradación entre ellos en función de su antigüedad; oportunamente, su rastreo determinaba que las ciudades de la región de Etruria —incluida la suya, Viterbo— eran las antiguas al haber sido fundadas por Noé, superando a Grecia y Roma. Con esa motivación, el viterbino manejó hábilmente los textos bíblicos y clásicos, pero su gran baza era el empleo de información inédita, tanto epigráfica como literaria, lo que en realidad consistió en un trabajo sistemático de falsificación. Citó supuesta información perdida de Fabio Píctor, Catón, Sempronio y Manetón, pero su cantera fundamental fue Beroso el Caldeo, sacerdote de Babilonia de los siglos IV-III a. e. c.; afirmó haber redescubierto su obra historiográfica, *Babyloniaca*, conocida solo por referencias indirectas, convirtiendo los datos que inventó en la clave para reconstruir el proceso de colonización postdiluviana del mundo. Nada de esto era ajeno a los usos habituales de la erudición renacentista (chovinismo, falsificaciones, competitividad, etc.); la gran diferencia de este caso la marcó la ambiciosa envergadura de su engaño y lo inusitado de su éxito. En un ambiente general de replanteamiento de los orígenes y de reconfiguración identitaria en el apuntalamiento de los nuevos estados modernos, los intelectuales de las diferentes cortes europeas vieron en los *Commentaria* un filón muy valioso: decenas de reediciones se sucedieron frenéticamente y sus informaciones comenzaron a incorporarse y reelaborarse sistemáticamente en las distintas historias nacionales; a nadie le importaba la antigüedad de la ciudad de Viterbo, lo que estaba en juego era el prestigio de las monarquías francesa, británica, alemana o española.

⁶¹⁰ Hernando Sobrino 2007.

⁶¹¹ La bibliografía sobre el personaje, la obra y su influencia es muy abundante; *vide* Weiss 1962; Tigerstedt 1964; Baffioni y Mattiangeli 1981; Ligota 1987; Stephens 1984; 1989; 2004; 2011a; 2011b; 2013; Grafton 1990; John 1994; Collins 2000; Rowland 2016, entre otros.

En efecto, la relación que esta obra tiene con España es particular gracias a un hecho circunstancial, que Garcilaso de la Vega, embajador de los Reyes Católicos en Roma, conociese allí a Viterbo y mediase para la financiación de la edición original del libro. Por eso su prefacio está dedicado a Isabel y Fernando y, lo que es más importante, decidió incorporar improvisadamente un apartado específico sobre los orígenes de la monarquía hispánica, situándola en un lugar privilegiado solo superado por los etruscos⁶¹². Recurrió para ello a un variado abanico de fuentes, históricas e inventadas, con las que construyó una secuencia completa de veinticuatro reinados, desde el mítico fundador bíblico, Túbal, hasta la irrupción cartaginesa, todos ellos adornados con diversas proezas militares y colonizadoras. De entre los monarcas había personajes bien conocidos de la tradición legendaria (Gerión, Hércules, Hispano, etc.) y otros inventados mediante juegos etimológicos (Luso, Beto, Sículo, Tago, etc.)⁶¹³. Aquella obra tuvo una enorme influencia, marcando en adelante de manera decisiva a la historiografía española⁶¹⁴, al tiempo que se posicionó como el objetivo principal de las críticas racionalistas desde el primer momento⁶¹⁵. Ese pasado mítico que se había construido en la historiografía medieval a partir de la mitología bíblica y grecolatina lograba una nueva consistencia y se convertía en un lugar común en el que debatir sobre los orígenes nacionales.

A Nebrija le fascinaron los *Commentaria* de Viterbo. Aparentemente no conoció la obra a tiempo para utilizarla en la *Muestra*, pero en el prólogo de las *Decades* lo hizo de manera exhaustiva, incluso publicó un opúsculo en el que resumía la obra⁶¹⁶. Se constituyó así como uno de los primeros y principales difusores en España de la fuente falsaria más importante de la Edad Moderna. Aquella apuesta —que luego Florián de Ocampo llevó a su máxima expresión (*vide infra*)— suponía aprovechar las posibilidades que el nuevo juego erudito brindaba en la construcción de un prestigio nacional muy competitivo; él mismo lo argumentó en una epístola dirigida a Fernando el Católico.

«Puede decirse que el primer valor de la historia sea narrar la verdad. De acuerdo, pero si ha de desviarse un tanto de la verdad, dado que cualquiera no puede alcanzar el punto medio, tanto más seguro y mucho más honesto será decantarse por lo más favorable»⁶¹⁷.

Nebrija escribía esto en los mismos años que Margarit y Marineo, de hecho, es célebre la encarnizada confrontación personal y académica con este último⁶¹⁸. Los tres compartían similar formación humanística, la misma inquietud por esa parte del pasado,

⁶¹² Además de lo citado, sobre esa implicación hispánica *vide* Mayer i Olivé 2015.

⁶¹³ *Vide* Pérez Vilatela 1993.

⁶¹⁴ Caballero López 2002; 2004a; 2004; 2004c; Grell 2007.

⁶¹⁵ Roncero López 1999; Álvarez Barrientos 2012, *e. g.*

⁶¹⁶ Tate 1957, 130-131; 1970, 190-191.

⁶¹⁷ Titulada *Diuinatio in scribenda historia*, que fue publicada póstumamente por su hijo, Sancho de Nebrija, en el prólogo de las *Decades* (Nebrija 1545; trad. de Hinojo Andrés 1992).

⁶¹⁸ Ramalho 1994; Maestre Maestre 1995; Jiménez Calvente 1998.

y trabajaron por suplir las carencias historiográficas al respecto, pero su planteamiento ideológico fue diferente. Lo que estaba en juego, en cierto sentido, era la oposición entre dos modelos distintos en la interpretación de esa Antigüedad que estaba siendo redescubierta y que se intuía como esencial en la conformación de la nueva identidad nacional. En cierta medida, la contraposición Marineo-Nebrija constituía la culminación de dos líneas divergentes que se habían ido fraguando durante el siglo XV, una que enfatizaba el factor romano mientras que la otra ponía el acento en el componente autóctono⁶¹⁹. La alabanza patriótica de Nebrija, y la que caracterizó a la historiografía posterior, pasaba por imaginar un mito original particularista, en el que la admiración por la cultura clásica de la que se alimentaba mantuviese su vigencia pero no llegase a subsumir el objetivo principal de perfilar una españolidad gloriosa y esencialmente independiente.

Con Nebrija la línea que se convirtió en dominante estaba marcada, pero seguía pendiente la composición de esa historia nacional, totalizadora y oficial, que respondiese plenamente al nuevo canon. El proyecto se mantuvo vivo como idea, tanto a nivel intelectual y político, pero sufrió un impasse, en lo que se refiere a su impulso monárquico, en la primera mitad del siglo XVI; era el momento de una historiografía de tema personalista y perspectiva imperial, netamente clasicista, acorde con las necesidades políticas particulares de Carlos I como *Emperador Romano*⁶²⁰. No obstante, más allá del entorno inmediato de la corte imperial, la carencia de una crónica de España renovada era percibida de manera generalizada como un vacío imperdonable y acuciante⁶²¹. Durante el reinado de Felipe II ese giro se dio por fin de una manera definitiva, de forma que el proyecto político de la Monarquía Hispánica generó el marco ideológico propicio para el desarrollo de una historiografía oficial de corte patriótico y ámbito nacional⁶²². La plasmación más importante es la *Crónica general de España*, encargada a la figura del Cronista real, iniciada por Florián de Ocampo en 1543 y continuada por Ambrosio de Morales en 1574⁶²³.

Esta obra tiene un lugar fundamental en este estudio en tanto que marcó un punto de inflexión definitivo en la construcción de la identidad nacional prerromana. Es relevante, en primer lugar, por su carácter oficial: la *Crónica* es un encargo regio,

⁶¹⁹ Tate 1957, 130-131; 1970, 191.

⁶²⁰ Tanner 1993, 108-130; Kagan 2010 (2009), 93-140.

⁶²¹ La demostración más palmaria son las periódicas peticiones al respecto que dirigieron al rey las Cortes de Valladolid (1523 y 1548), las Cortes de Toledo (1525) y las Cortes de Madrid (1528); *vide* Alvar Ezquerro 2000a.

⁶²² Kagan 2010 (2009), 93-179, trata en profundidad esa transición de la historiografía «propersona» y «propatria» entre ambos reinados.

⁶²³ La parte de Ocampo fue publicada en dos ediciones originales, la primera contiene los cuatro primeros libros (Ocampo 1543) y en la segunda se reeditaron estos y se incorporó el quinto (Ocampo 1553). Morales escribió los cinco libros siguientes en un volumen (Morales 1574), además de un anexo con el material epigráfico y numismático hispanorromano (Morales 1575).

promovido por las Cortes, y Ocampo y Morales desarrollaron su trabajo en calidad de cronistas reales; en consecuencia, más allá de todos los matices posibles acerca del grado de autonomía de los autores y su fundamental aportación personal, lo cierto es esta obra es lo más cerca que podemos estar de la versión oficialista e institucional de la Antigüedad hispana en la segunda mitad del siglo XVI. Por otro lado, la *Crónica* es clave por su carácter inflexivo, por su sentido renovador y por convertirse en una obra de referencia y decisivamente influyente. De entre los múltiples intentos por escribir una historia total de España, este fue el gran hito después de la *Estoria* de Alfonso X, y así fue percibido por sus coetáneos e inmediatos sucesores. En lo que nos concierne, esta empresa conllevaba la responsabilidad de reelaborar de una manera profunda y completa el conjunto de la Antigüedad hispana, lo que, según los nuevos estándares, debía contemplar el redescubrimiento sistemático de las fuentes clásicas y su minucioso tratamiento crítico. Precisamente esa ambición hizo el proyecto inviable y la obra quedó muy incompleta, cubriendo exclusivamente la Edad Antigua⁶²⁴. En todo caso, su carácter oficial y su exhaustividad la convirtieron en una obra de referencia para la posteridad.

No obstante, con el tiempo, Ocampo se ha convertido en una de las figuras más desprestigiadas de la historiografía española, y parte de la causa reside en la complicada tarea que asumió: reconstruir, por primera vez de una forma exhaustiva, los orígenes más remotos de los españoles a partir de una masa de fuentes especialmente confusa y compleja⁶²⁵. Como propuso Nebrija, tomó como base la genealogía compuesta por Viterbo, partiendo por tanto de Túbal y su listado de reyes míticos. No obstante, se propuso completar aquel sintético listado completando los huecos con informaciones de variopinta procedencia: Biblia, mitología grecolatina, leyendas, etimología y mucho material de procedencia incierta o invención propia. Todo ello fue entretejido con tópicos preconcebidos e interpretaciones pseudohistoriográficas, logrando una reconstrucción absolutamente ficticia, pero con una lograda linealidad y coherencia⁶²⁶. Él diseñó el mito de los orígenes del pueblo español que después se reprodujo y reelaboró una y otra vez durante siglos, pero que también, desde su propia época y a lo largo del tiempo, fue estigmatizado como el paradigma de la falta de escrúpulos historiográficos. No obstante, y más allá de lo fantasioso de su contenido, Ocampo resulta aquí de interés en la medida en que trató por primera vez de una forma sistemática algunos temas claves de la Historia prerromana (la configuración de los pueblos autóctonos y sus migraciones, las colonizaciones griega, fenicia y cartaginesa y el inicio de la Segunda Guerra Púnica) para darles una explicación consecuente con su propio esquema general sobre la Historia, la

⁶²⁴ La primera parte de Ocampo llega hasta la muerte de los Escipiones en el 211 a. e. c. y la continuación de Morales cubre hasta la época visigoda.

⁶²⁵ Sobre la figura de Ocampo: Cirot 1904a, 97-147; Bataillon 1923; complementariamente, Alonso Cortés 1950, 197-207; Caballero López 2004; Samson 2006.

⁶²⁶ Caro Baroja 1992; Caballero López 2004; Alvar Ezquerro y Gómez Martos 2011, 19-21.

guerra, el imperialismo y la civilización, aportando una visión esencial para comprender el imaginario historiográfico del período.

En lo que respecta a Morales, lo cierto es que su trabajo ha sido más analizado y valorado desde el punto de vista arqueológico que historiográfico, dada la trascendencia de *Las antigüedades de las ciudades de España*, un anexo a la *Crónica* que fue pionero en lo que concierne a la introducción en España de la metodología anticuaria humanista. No obstante, esa dimensión metodológica es extensible al tratamiento crítico, ponderado y minucioso de las fuentes literarias, lo que, combinado con su concepción retórica, ciceroniana, de vocación patriótica y pedagógica, convierte a su obra en uno de los trabajos más típicamente renacentistas de la historiografía española⁶²⁷. En su caso se ocupó de actualizar una parcela clave para nosotros: el desarrollo de la presencia romana en Hispania desde la Guerra de Aníbal hasta la irrupción goda. Así, si el reto de Ocampo fue dotar a la nueva historia de un mito originario, el de Morales era dar consistencia historiográfica a la epopeya de la resistencia hispana como referente de la identidad prerromana. El resultado está lejos de ser una exaltación gratuita y simplista; fiel al método, trató las fuentes de una manera rigurosa y ponderada, referenciando cada dato y subrayando lagunas y contradicciones. Desde luego, este manejo documental y sus interpretaciones finales tuvieron un objetivo muy claro: la identificación irremediable del lector con la causa de la independencia hispana y el enorgullecimiento por sus gestas. No obstante, desarrolló esta idea de una manera explícita y argumentada que tardó en igualarse, aportando a la naciente identidad hispánica una notable consistencia racionalista. Si bien su proyección a largo plazo quedó eclipsada por la de Juan de Mariana (*vide infra*), lo cierto es que su recepción coetánea fue fundamental, convirtiéndose en referente erudito por excelencia; difícilmente podemos entender sin Morales las recreaciones historiográficas y literarias de la gesta hispana a finales del siglo XVI.

Si bien la *Crónica* fue el proyecto oficial y más ambicioso del periodo, no fue el único. En esta época de eclosión historiográfica surgió además un subgénero de *compendios* de historia general, producto de iniciativas particulares que intentaron suplir esa carencia de referencias actualizadas a base trabajos de recopilación y síntesis de material previo. Quizá el más célebre de este tipo de libros es el *Compendio historial* del guipuzcoano Esteban de Garibay, publicado en 1571⁶²⁸. En ocasiones se le ha clasificado como el primer tratado moderno de Historia de España completo, aunque, como trabajo

⁶²⁷ Sobre Morales, desde el punto de vista fundamentalmente biográfico, *vide* Flórez 1765; Cobo Sampedro 1879; Redel Aguilar; Sánchez Madrid 2002, 41-76; Alvar Ezquerro 2011a, 4-13. Como historiador, en general: Alonso Cortés 1950, 207-219; Capel Margarito 1986; Mora Rodríguez 2004a; Torrens Álvarez 2007; Binotti 2009; específicamente, sobre su aportación a la epigrafía: Bonneville 1984; Sánchez Madrid 2002; Stenhouse 2005, 124-128; Rodríguez Suárez 2009; Abascal Palazón 2012a, 13-37.

⁶²⁸ Acerca de la obra de Garibay *vide* Moya Guijarro 1994; Alvar Ezquerro 2011b; 2011c.

básicamente compilatorio, su profundidad es limitada y arrastra aún pautas medievales en su estructuración; por otro lado, en lo que respecta a la Antigüedad remota es muy dependiente de Ocampo⁶²⁹. En todo caso, se trata de una obra interesante y de una notable trascendencia precisamente por su punto de vista *alternativo* en un sentido geoidentitario. Si Ocampo y Morales eran herederos naturales de la tradición castellanista de Rada y Alfonso X, y en el ámbito aragonés y catalán se habían compuesto obras importantes desde un temprano humanismo que culminaría en Margarit o Beuter, la de Garibay era la primera historia moderna que se concebía desde el ámbito vasconavarro. La cuestión no es gratuita, ya que, en efecto, si bien su información no era propiamente novedosa, en su discurso se trasluce un fuerte sentido de pertenencia y una vocación de exaltar la primacía y prestigio norteño como cimiento del sistema fuerista. Esta particularidad convirtió al *Compendio* en una referencia, casi fundacional, en el desarrollo de los discursos vascocantabristas y vascoiberistas que se desarrollen posteriormente con diversas variantes y adiciones⁶³⁰.

Así, en lo referente a la Antigüedad, la obra sentaba las bases de dicho discurso en cuatro aspectos fundamentales: la definición de los vascos como los primeros pobladores de la Península por ser los descendientes de Túbal, la consideración del euskera como una de las lenguas de Babel traídas a Iberia en aquella colonización, la integración de las provincias vascas en lo que antiguamente se definía como Cantabria y la teoría de que las mismas nunca fueron plenamente conquistadas por Roma, de forma que se habrían conservado como en ninguna otra región la lengua y los rasgos etnoculturales de origen tubálico. La asunción de estas ideas fue irregular. Por un lado, entre los principales autores del XVI, desde Ocampo, se dió por hecha la inclusión de las provincias vascas dentro de los límites de la Cantabria antigua, aunque fuese algo especialmente amplificado y explotado por Garibay⁶³¹; ahora bien, exceptuando a este último, las crónicas generales no comulgaron con el vascoiberismo, con la idea de la colonización de Túbal desde las regiones vascas y el carácter primigenio y panibérico del euskera. Ni siquiera entre los autores vascos fueron unánimes estos postulados: como muestra, el vascofrancés Arnauld Oihénart se preocupó de refutar el vascocantabristo y la idea de la antigua independencia

⁶²⁹ Sobre la interdependencia entre Garibay, Ocampo y Morales, resulta de enorme interés un manuscrito anónimo, recogido en una recopilación que data de 1680, *Miscelánea histórica y política* (BNE MSS/887), fols. 119-147, en el que se comparan sistemáticamente las informaciones de los tres cronistas.

⁶³⁰ Caro Baroja 1972; Anchustegui Igartua 2011 y, en general, sobre la vida posterior de esos planteamientos, Caro Baroja 1979; Juaristi 2000 [1987]; Duplá Ansuategui y Emborujó Salgado 1991; Andreu Pintado 2008; Duplá Ansuategui y Cortadella Morral 2014; Pérez Mostazo 2017a, entre otros. Volveré sobre ello en lo referente al siglo XVIII (§ 5.4).

⁶³¹ Ocampo 1543, CLXXXVIIv; Garibay y Zamalloa 1571, 207; Morales 1574, 196v; Mariana 1601, 186-187.

vasca respecto a Roma con un amplio manejo de las fuentes grecolatinas, aunque, por otro lado, sí defendió la extensión del vascuence en la Península⁶³².

Dejando aparte el mito bíblico, lo que más interesa aquí, es la manera en que recondujo la versión hegemónica sobre la Guerra Astur-Cántabra. Si bien en la historiografía castellana medieval se había mantenido la visión triunfalista y romanista de la tradición augustea y orosiana, por el contrario, Garibay colocaba este conflicto en el culmen de la resistencia hispana frente al invasor, en el paradigma de la dignidad de los pueblos autóctonos, pues en ese momento situaba el máximo logro de la independencia vasca (§ 4.3). Asimismo, esto se proyectó en su dimensión etnográfica, lo que suponía una revalorización de los pueblos del norte frente a la consolidada visión barbarizante que se había legado y mantenido en la tradición castellana.

Cabe mencionar también, como obra desmarcada de esa tradición castellana que se erigió como oficial y hegemónica, la del humanista valenciano Pere Antoni Beuter. Escribió una *Primera part de la història de València* en 1538 que, ante el éxito obtenido, fue traducida y ampliada como *Primera parte de la Coronica general de toda España* en 1546, con una considerable aceptación que propició su reedición en varias ocasiones a lo largo del siglo⁶³³. Particularmente interesado por los orígenes, de Valencia en concreto y de España en general, bebió largamente de la genealogía viterbina para enlazar con una tradición historiográfica grecolatina que, si bien fue utilizada con rigor y cierta asepsia humanista, se supeditó siempre a colocar el componente hispano de la nación por encima del romano⁶³⁴. Sin la profundidad ni trascendencia de la *Crónica* oficial, resulta interesante aquí, en primer lugar, porque aporta una visión complementaria de la epopeya hispana, en este caso, desde el prisma levantino. En ese sentido, es de destacar su detallado tratamiento del asalto de Sagunto, así como la emergencia de los ilergetes Indíbil y Mandonio como nuevos héroes de la resistencia hispana, en contraste con la matizada atención que recibieron en la historiografía castellana (§ 4.3); por lo demás, los *añadidos* de esa segunda obra sobre el resto de conflictos (Numancia y Viriato incluidos), fueron bastante limitados en información y trascendencia. En segundo término, la obra de Beuter es destacable también por su interesante uso de las fuentes, característicamente humanista; no solo manejó con rigor los textos, de manera profusa y referenciada, sino que además incorporó de manera sistemática elementos arqueológicos y epigráficos para complementar el relato histórico, unas notas que tuvieron una cierta influencia en la historiografía posterior a nivel nacional.

⁶³² Oihénart 1638, está traducido en Gorosterratzu 1929; *vide* Larrañaga Elorza 1996.

⁶³³ Sobre la obra de Beuter y su visión del mundo antiguo *vide* Vidal y López 1953; Ortolà y Redondo 2004; Sancho Montés 2005a; 2005b; Escartí 2010.

⁶³⁴ Escartí 2010, especialmente.

En todo caso, esa necesidad historiográfica de una nueva epopeya nacional seguía sin ser saciada plenamente. La *Crónica* quedó muy incompleta después de Morales y, además, sus grandes dimensiones y lo minucioso de su contenido limitaban su lectura a un público muy selecto; seguía siendo una historia pensada para un ambiente cortesano. Por otro lado, las historias *periféricas* como la de Garibay, no consiguieron un alcance editorial significativo ni cumplían con la función de vocación y ámbito nacional que se necesitaba. En el cambio al siglo XVII, el jesuita Juan de Mariana (1536-1624) dio con la fórmula para componer una obra con la envergadura, viabilidad y pertinencia ideológica que se estaba demandando. *Historiae de rebus Hispania* se publicó 1592, en latín, en tanto que estaba dirigida fundamentalmente a un público extranjero, con la intención de contrarrestar la propaganda protestante antiespañola. Ante el éxito que tuvo, él mismo la adaptó y tradujo como *Historia general de España*, en 1601, enfocada ya en el público patrio⁶³⁵. La obra no supuso ninguna innovación importante en cuanto a la información referente a la Antigüedad, que sintetizó directamente de Ocampo y Morales⁶³⁶: el giro de Mariana fue fundamentalmente estilístico. Supo combinar hábilmente las prerrogativas básicas del criticismo documental —convenientemente flexibilizadas—, la perspectiva totalizadora —aligerada de detalles—, y la retórica moralizante —simplificando los mensajes—. Logró así redactar una historia completa y moderna, de redacción y dimensiones digeribles y un sentido patriótico más claro y directo. En este sentido, con su obra culminaba ese concepto que se había ido construyendo previamente: la identificación de lo español con el pasado prerromano, la exaltación heroica de sus hazañas entendidas como propias y la constatación de una identidad nacional única, aglutinadora e intemporal, caracterizada por unos rasgos etnográficos inmutables y que estaba por encima de los avatares del tiempo, los períodos de desunión y, sobre todo, la corruptora injerencia extranjera que la amenazaba periódicamente. Todo ello estaba ya presente en la *Crónica* y en otras obras menores, pero Mariana consiguió darle la forma más efectiva al mensaje, llevando al clímax ese proceso que venía fraguándose y que se había acelerado en la segunda mitad del XVI. Además, su éxito supo ser encauzado aprovechando al máximo los nuevos recursos de la industria editorial, de manera que las reediciones proliferaron rápidamente: surgía así, por primera vez, una historia general de España con una difusión verdaderamente masiva, con lo que su impacto en la construcción de la identidad nacional debe considerarse esencial y le convierte en uno de los principales precursores de la visión propiamente

⁶³⁵ Sobre la figura de Mariana, *vide* Cirot 1904; Braun 2007; Mejías López 2007; en lo que concierne específicamente a su tratamiento de la Historia Antigua, resulta esencial Gómez Martos 2012; 2018.

⁶³⁶ Aunque, hasta la actualidad, es frecuente que los críticos hayan atribuido a Mariana ideas que procedían de sus antecesores, como la responsabilidad sobre la difusión del tubalismo, debida a Ocampo, o las pioneras lecturas socioeconómicas sobre ciertas costumbres prerromanas, ya formuladas por Morales (§ 8.2).

nacionalista del pasado en España⁶³⁷. No es exagerado considerar su *Historia* como la más importante de la modernidad y una de las más influyentes de la cultura española.

En definitiva, el gran reto de la historiografía del siglo XVI respecto de la Antigüedad hispana fue gestionar un volumen y variedad de documentación hasta entonces nunca manejado para este periodo; más aún, se trataba de integrar esa información de manera que se cumpliesen al mismo tiempo las modernas prerrogativas metodológicas y las expectativas de exaltación patriótica. Puede considerarse que Morales culminó ese proceso en muchos sentidos. Aplicó un rigor crítico en la lectura de las fuentes que no se repetiría en una historia general hasta finales del siglo XVIII. Cribó muchas fábulas medievales y, sobre todo, incorporó exhaustivamente fuentes cruciales para la reconstrucción de la conquista romana y su valoración simbólica en lo sucesivo; me refiero especialmente a Apiano, que hasta el momento no se habían utilizado, al menos de una manera sistemática⁶³⁸. Por otro lado, no hay incompatibilidad entre el escrúpulo humanista y la vocación patriótica: Morales representa la culminación académica renacentista en la elaboración historiográfica sobre la Antigüedad hispana, pero también el punto de inflexión en su sublimación ideológica. Como se verá, su obra consolidó el proceso de *españolización* de la resistencia, la culpabilización de los invasores y la exaltación magnificada de los acontecimientos. Mantuvo un estilo generalmente comedido y ponderado, pero con su discusión bien informada de las fuentes contribuyó decisivamente a la consolidación de ciertas simplificaciones y tópicos. De esta forma, señaló explícitamente las contradicciones entre los textos y argumentó sus opiniones pero, en definitiva, acabó optando por la versión más dramatizada de los hechos, aquella que redondeaba mejor el potencial simbólico del mito. Cumplía así con el rol que el humanismo renacentista estaba llamado a cumplir en la configuración de la mitología nacional: filtrar el material insostenible o meramente fantástico y extraer la máxima potencialidad ideológica de los documentos veraces mediante un manejo metodológicamente sofisticado. Así se consolidaba la carga moral e identitaria, reforzándola con el refrendo de un nuevo armazón científico. De esta forma, cuando Mariana retome la síntesis de aquellos episodios, su papel fundamental será el de resumir los detalles históricos, simplificar las discusiones hermenéuticas y reforzar el mensaje simbólico; en definitiva, sacrificar una parte de su consistencia erudita en beneficio de una mayor efectividad y proyección, para convertirla en la versión canónica.

Durante el siglo XVII el panorama historiográfico cambió significativamente. El carácter hegemónico de la *Historia* de Mariana se hizo incontestable, sucediéndose la publicación de reediciones, resúmenes, comentarios y críticas; ya fuese para alabarle o

⁶³⁷ Ballester Rodríguez 2010, 189-226.

⁶³⁸ Aparte de la tradición manuscrita, las primeras ediciones de la *Iberiké* de Apiano datan de la década de 1550 (Sancho Royo 1980, 27-39). Son ilustrativas las reflexiones generales sobre la importancia de este autor en la mitología nacionalista española que hizo Pina Polo 2014.

contradecirle, cualquier revisión de la Historia de España giró necesariamente en torno a aquella obra⁶³⁹. En todo caso, en este período suele identificarse un retroceso en la calidad de la historiografía en comparación con las grandes empresas del siglo XVI. Eso no significa una menor vitalidad en la producción historiográfica, pero sí un cambio significativo de enfoque. Básicamente, se perdió interés por los grandes proyectos de ámbito nacional o imperial; en su lugar, es el momento de auge de los llamados cricones, una nueva moda de historias eclesiásticas, muy ligadas al auge contrarreformista, así como por historias particularistas dedicadas a la exaltación de ciudades o linajes familiares⁶⁴⁰. Teóricamente, se mantuvieron vigentes los preceptos del criticismo renacentista, pero lo más frecuente es encontrarlos en mayor o menor medida degradados y flexibilizados en favor de planteamientos obviamente exaltatorios y cargados de contenido fabuloso. En este sentido, se impusieron planteamientos como los de Luis Cabrera en *De historia* (1611), donde básicamente defendía la supeditación del rigor a la exaltación de las glorias patrias y la institución monárquica, por ejemplo, aceptando la validez de la genealogía viterbina⁶⁴¹.

Efectivamente, en lo que nos concierne, esa tendencia propició que la producción de este período sobre la Antigüedad, tanto historiográfica como literaria (*vide infra*), sublimase los mitos de una forma acrítica, distanciándose cada vez más de los escrúpulos racionalistas de Morales. Es cierto que Mariana ya había dado un paso en esa dirección al simplificar las disquisiciones de la *Coronica* y dar una discreta cabida al contenido mítico, aunque atacase a Viterbo⁶⁴². En ese sentido, es muy ilustrativo que el jesuita se convirtiese, por sus cautelas, en un símbolo de rigurosidad, como ocurre en el caso de Francisco de Quevedo al criticar la general deriva mistificadora⁶⁴³; de hecho, para algunos, Mariana había sido incluso demasiado escéptico, hasta caer en el extremo del antipatriotismo⁶⁴⁴. Suele identificarse en todo ello un síntoma del pesimismo del momento. En un contexto de crisis económica y moral y estancamiento internacional, la imaginación histórica parece volverse más radical y exaltada, menos preocupada por conectar de forma crítica pasado y presente, y más tendente hacia una actitud evasiva y ensimismada con las glorias del pasado.

⁶³⁹ Sobre la fortuna posterior de la *Historia* de Mariana, *vide* Cirot 1904, 260-268; Gómez Martos 2012, 183-207; 2018, 183-202; Álvarez Junco 2013, 117-123.

⁶⁴⁰ Álvarez Junco 2013, 123-128; Kagan 2013.

⁶⁴¹ García López 1998; Vidal 2010.

⁶⁴² Sus ambigüedades y errores le valieron, por ejemplo, las tempranas críticas de Pedro Mantuano en sus *Advertencias a la Historia de España de Iuan de Mariana*, que publicó definitivamente en 1613, pero que fue anticipando desde 1601.

⁶⁴³ En su libro inconcluso *España defendida* (1609-1612) (Quevedo *Esp.* 94r, e. g.). Está editado en Roncero López 2012; *vide*, complementariamente, Roncero López 1999.

⁶⁴⁴ *Vide* Ballester Rodríguez 2010, 217-223.

Una figura paradigmática de las inercias de ese momento es la de Joseph Pellicer de Ossau⁶⁴⁵, cotizado genealogista a sueldo y prolífico autor sobre cualquier tema existente. Él es un claro ejemplo de los cínicos e imaginativos malabarismos llevados a cabo con el bagaje fabuloso e histórico acumulado desde el Renacimiento. Reelaboró los conocimientos ya consolidados en nuevas síntesis de historia universal y nacional con una potente defensa de la institución monárquica, como en *Aparato a la monarchia antigua de las Españas* (1673a)⁶⁴⁶ y, lo que es más interesante, jugó a dos bandas en lo relativo al falseamiento de los orígenes. Por un lado, explotó comercialmente el manejo del material pseudohistoriográfico y fue un continuador de la tradición de los cronicones; por otro, cuando estos empezaron a perder vigencia, se sumó con virulencia al carro del criticismo que emergía entonces (§ 5 y 5.2)⁶⁴⁷. En realidad, lo que pretendía era erigirse como la nueva autoridad de referencia entrando en encarnizadas polémicas y proponiendo teorías revolucionarias, como negar el origen latino del castellano o atacar a Viterbo; en este aspecto, demolió por completo la genealogía viterbina, pero para crear otra nueva y más espectacular, con un listado de más de 60 reyes primitivos extraído según él de los más variados autores antiguos⁶⁴⁸. Su afán patriótico lo completó además con una dimensión literaria, componiendo poemas épicos como *Victoria de Orisson el Grande, Monarca de las Españas* (1666) y *Theron Rey de España* (1667), en los que parece confluír su habitual exaltación monárquica con la celebración de la resistencia al invasor fenicio y púnico (§ 4.3)⁶⁴⁹.

En definitiva, dando por buenos los hitos de Nebrija, Ocampo, Morales y Mariana como columna vertebral del ámbito académico oficialista, cabe preguntarse por la manera en que el nuevo canon se filtró en otros ámbitos intelectuales más allá de historiografía. En este sentido, un campo muy sugerente lo constituye el análisis del papel de la Antigüedad en la producción intelectual sobre América. En concreto, me refiero a las interconexiones que se establecieron entre el redescubrimiento de la etnografía grecolatina sobre el pasado bárbarico y el desarrollo de una etnografía moderna sobre los nativos americanos, especialmente en este periodo que fue tan crucial en el proceso de aprehensión y representación del Nuevo Mundo. Desde luego, es este un ámbito muy amplio y complejo, objeto de una línea de estudio específica imposible de tratar aquí de una manera sistemática⁶⁵⁰; ahora bien, creo que merece la pena sondearlo, siquiera de una

⁶⁴⁵ Reyes 1919; Martín Polín 2000.

⁶⁴⁶ De la que extractó y publicó separadamente *Población y lengua primitiva de España* (1672).

⁶⁴⁷ Sobre su faceta de falsario vide Godoy Alcántara 1868, 281-290.

⁶⁴⁸ Aparte de la aplicación en su historia de España, lo desarrolló en Pellicer de Ossau y Tovar 1673b.

⁶⁴⁹ Estas obras están mencionadas en Pellicer de Ossau y Tovar 1671, vide Ferrer Albelda 1996a, 44-45.

⁶⁵⁰ En general, González Rodríguez 1981; Pagden 1988 [1982]; Grafton et al. 1992; Cro 1994; Haase y Reinhold 1994; MacCormack 1995; Lupher 2003; Fernández et al. 2016; Valenzuela Matus 2014a; 2016, e. g. También se están haciendo últimamente algunas comparativas específicas de interés entre las etnografías coloniales grecolatina y española en Alfayé Villa y Marco Simón 2016; Marco Simón 2017a.

forma más o menos puntual, con el fin de complementar esa visión panorámica del momento.

Para este periodo el análisis se enfocará en la figura del encomendero, fraile dominico y obispo de Chiapas, Bartolomé de las Casas. La elección no es gratuita: en general, es obvio que su figura es clave para entender el impacto filosófico, político y jurídico que comportó el imperialismo en América⁶⁵¹ y, en concreto, su trabajo tiene un interés particular en lo que respecta a la aplicación americanista de las fuentes antiguas⁶⁵². A propósito de la expansión española en las Indias, Las Casas se mantuvo en la línea del jurista Francisco de Vitoria, que, básicamente, proponía una limitación en el ejercicio de la violencia, mantenía un cierto relativismo respecto de la imposición cultural y defendía el respeto por la libertad e instituciones ajenas⁶⁵³. Aparte de su bien conocido historial de publicaciones polémicas, el momento culminante de Las Casas como defensor de ese posicionamiento puede situarse en la llamada Controversia de Valladolid (1550-1551), debate mantenido con Juan Ginés de Sepúlveda sobre esta cuestión, convocado por Carlos I y celebrado ante un comité de juristas, teólogos y consejeros de Indias⁶⁵⁴. Volveré sobre ello más adelante (§ 4.4), pero la idea esencial es que el dominico acometió la tarea de dar una explicación histórica al funcionamiento de las sociedades indianas con el fin de reforzar conceptualmente su postura, y que para ello recurrió sistemáticamente a la comparación con la etnografía clásica, particularmente a la relativa a Hispania. Esto entronca directamente con lo que estaba ocurriendo en la historiografía nacional y el fenómeno de redescubrimiento humanístico y potenciación identitaria del pasado prerromano. En efecto, su línea argumental se fundamentó precisamente en los vínculos históricos y emocionales que se estaban estableciendo entre los antiguos indígenas hispanos y los modernos españoles: el paralelismo que podía establecerse entre la barbarie de los propios ancestros y la de los indios fue utilizado por él como un revulsivo con el que fomentar la empatía con las realidades americanas y desdramatizar su alteridad. Desde esa perspectiva pueden rastrearse referencias muy significativas en sus libros, como la monumental *Apologetica historia sumaria* (ca. 1559)⁶⁵⁵, así como en el material derivado de la Controversia de Valladolid⁶⁵⁶. Entre sus argumentos, partiendo de la comparación, equiparación y diferenciación entre las costumbres de una y otra realidad,

⁶⁵¹ Algunas aproximaciones recientes a su figura, con el reflejo de la ingente bibliografía y debates previos, son las de Vickery 2006; Iglesias Ortega 2007; Lavallé 2009. Más específicamente, se han tratado algunos aspectos pertinentes aquí en Castañeda Salamanca 2002; Todorov 2010.

⁶⁵² Lupher 2003, 189-234; Valenzuela Matus 2016, 82-120, especialmente.

⁶⁵³ Pereña y Pérez-Prendes y Muñoz de Arracó 1967; Cuéllar Real 2013.

⁶⁵⁴ Además de lo citado, *vide* Hanke 1985 [1974]; Fernández Buey 1992; 1995a; Pérez Luño 1995; Brunstetter y Zartner 2010.

⁶⁵⁵ Obra magna que fue completada y retocada a lo largo de buena parte de su vida; utilizo la edición y análisis de Abril Castelló 1992a; 1992b; 1992c.

⁶⁵⁶ Esto es, las *apologías* iniciales de ambos (Casas 1550; Sepúlveda 1550) y la publicación del debate (Sepúlveda y Casas 1552), estudiadas y editadas en Losada 1989; Galmés Mas 1992, respectivamente.

Las Casas hizo reflexiones muy interesantes acerca de la civilización en general (§ 6.3) y sobre aspectos muy concretos, particularmente aquellos que se consideraban como más ajenos e inadmisibles en el bárbaro indiano, tales como el bandidismo (§ 8.2), la idolatría cruenta (§ 10.2) o el canibalismo (§ 11).

Dejando por el momento la cuestión de América, lo cierto es que las nuevas propuestas historiográficas sobre la Antigüedad se proyectaron en múltiples ámbitos y niveles sociales. A medio camino entre la erudición y la literatura, cabe considerar también una franja heterogénea de producciones historiográficas y retóricas que, si en cierto sentido ya existían en ambientes fundamentalmente cortesanos, desde mediados del siglo XVI empezaron a difundirse de una manera más masiva y entre un público más variado. No trataré a fondo este tipo de fuentes que, en lo básico, tendieron a reiterar y simplificar los tópicos derivados de la historiografía, aunque caben algunas notas puntuales. Me refiero, por ejemplo, a algunas obras del tipo *espejo de príncipes* que siguieron tratando estereotipadamente la figura de Viriato como el prototipo de líder militar (§ 4.3)⁶⁵⁷. Asimismo, en esta línea hay un ejemplo particularmente interesante por el protagonismo de su autor, Antonio de Guevara. Franciscano, pero con una vida civil y cortesana muy intensa, tuvo una estrecha e influyente relación con Carlos I, para quién escribió algunos discursos. Es el paradigma del humanista ávido de notoriedad e innovación; profundo conocedor y cultivador de los géneros y temas históricos de la Antigüedad clásica, tendió al juego retórico desatendiendo bastante el rigor con las fuentes⁶⁵⁸. En la cuestión que nos ocupa, son especialmente citadas sus *Epístolas familiares* (1539); muy conocidas en su época y prolíficamente reeditadas y traducidas, se trata de un compendio de cartas básicamente ficticias, concebidas como género retórico con el que transmitir reflexiones y enseñanzas éticas de forma amena e informal. Pues bien, en ellas le dedicó un amplio espacio al relato de Numancia y, más sintéticamente, a la Guerra de Viriato⁶⁵⁹. Igualmente pertinente es *Vna decada de Cesares* (1544), un ensayo biográfico sobre los emperadores romanos en la que incluyó sugestivas alusiones a la Guerra Astur-Cántabra a propósito de la figura de Augusto⁶⁶⁰. Impregnó estos pasajes de un interesante simbolismo ejemplarizante, permitiéndose romper con las restricciones del discurso de la historia oficialista, de modo que merece la pena considerarlos, tanto por el manejo idealizante del material historiográfico y legendario (§ 4.3), como en lo que concierne a su potencial crítico y reflexivo (§ 4.4).

⁶⁵⁷ Por ejemplo, *Relox de príncipes* de Antonio de Guevara (1529), *Silva de varia lección* de Pedro Mejía (1540), *Coloquios de Palacino y Pinciano* de Juan Arce de Otálora (ca. 1550) y la *Noticia general para la estimación de las artes* de Gaspar Gutiérrez de los Ríos (1600); vide Pérez Isasi 2013, 295.

⁶⁵⁸ Vide Concejo Álvarez 1985; Rallo Gruss 1993; Rivero 2005.

⁶⁵⁹ Guevara 1539, Xv-XIIIr y XIVv-XVv, respectivamente; en lo concerniente a su versión del asedio numantino vide Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 91-94.

⁶⁶⁰ Guevara 1544, 9r-10v.

En el mismo ambiente humanista, erudito y cortesano debe situarse al género de la épica culta, que irrumpió con fuerza en el Renacimiento tardío a partir de referentes italianos tan populares como el *Orlando furioso* de Ludovico Ariosto (1532) y el *Gerusalemme liberata* de Torquato Tasso (1581). La eclosión del género en España, marcado por el éxito de *La Araucana* de Alonso de Ercilla (1569-1589), coincidió precisamente con ese momento inflexivo del reinado de Felipe II tan propicio para la relectura del pasado hispano. En ese sentido, los modelos italianizantes fueron aplicados en clave nacional, reinterpretando los temas más célebres de la tradición histórica propia en forma de obras monumentales de emulación clásica y en los que no se escatimaba en recursos manieristas, detallismo truculento y grandilocuencia patriótica⁶⁶¹.

En este esquema encajan plenamente dos obras singulares sobre Sagunto y Numancia. Por un lado, la *Primera parte de la historia de Sagvnto, Numancia y Carthago*, más conocida como *La Saguntina* (1589)⁶⁶², es obra de Lorenzo de Zamora, fraile cisterciense con méritos políticos. Se trata de un largo poema en 19 cantos que narra el asedio y destrucción de Sagunto, pero que, como se deduce de su título, era parte de un colosal proyecto que finalmente se quedó en su primer tercio. Se trata de una obra de juventud con un tono obviamente patriótico y de formación humanista, que en su prólogo alardea de la combinación de fuentes antiguas (especialmente Livio, Silio y Apiano) y modernas, explícitamente Ocampo y el italiano Marco Antonio Sabellico⁶⁶³. Con pretensiones menos universalistas se compuso *La Numantina*, publicada en 1612 por Francisco Mosquera de Barnuevo. Con una original estructura, la obra alterna un poema épico de 15 cantos sobre la Guerra de Numancia con un comentario en prosa sobre la Historia posterior de Soria. El punto más comentado ha sido su controvertida autoría, pues existe un manuscrito de la obra que es previo (ca. 1590) y anónimo, aunque probablemente fue compuesto por Miguel Martel y luego copiado por Mosquera⁶⁶⁴. En todo caso, la intencionalidad de la obra es clara: glorificar la consabida historia de Numancia como mito soriano, al tiempo que honrar la genealogía de la oligarquía local, la formada por los Doce Linajes (§ 4.3)⁶⁶⁵.

Yendo más allá en la proyección social de esos temas, lo cierto es que esta etapa ofrece la posibilidad de considerar una perspectiva complementaria muy sugerente

⁶⁶¹ Caravaggi 1974; Lara Garrido 1999; Davis 2000; Vilà 2001; 2007.

⁶⁶² Volvió a ser publicado en 1607; una edición reciente con un profundo estudio preliminar en Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988 .

⁶⁶³ Consultaría alguna edición del quinto libro de su *Rapsodiae historiarum Enneadum* (Sabellico 1498-1504). Sobre las fuentes de Zamora, vide Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988, LXX-LXXVIII..

⁶⁶⁴ Además de la edición de Mosquera y el manuscrito anónimo (BNE MSS/1103), hay otros dos manuscritos implicados en la polémica con notas relacionadas, uno de Martel (BNE MSS/3452) y otro de Mosquera de 1606 (AHMS Doce Linajes 60). Sobre todo lo que rodea a esta obra vide Higes Cuevas 1959; 1966; Sáenz García 1965; 1968; Sobaler Seco 1998, 8-12; Esteban Jauregui 2014.

⁶⁶⁵ Sobre el contexto, vide Sobaler Seco 1998.

atendiendo al ámbito popular propiamente dicho. Obviamente, las concepciones históricas de las que estamos hablando fueron cultivadas por la élite intelectual pero, dada su funcionalidad política, parece razonable preguntarse por el ámbito social más amplio en el que pudo irradiarse. Es esencial cuestionarse hasta qué punto ese proceso de progresiva identificación con el pasado remoto fue un proceso más o menos generalizado o se trató de una mera elucubración elitista, lo que, desde luego, reviste una enorme dificultad y carencia de fuentes que, por otro lado, nunca han sido abordadas en lo que se refiere a esta cuestión.

Parece claro que la identidad prerromana consolidada a mediados del siglo XVI se fraguó en el ambiente erudito más sofisticado, ya que, para empezar, el redescubrimiento de aquel horizonte histórico necesitaba de un sistemático y complejo buceo en las fuentes documentales. Ahora bien, también resulta evidente que ese proceso de construcción académica no se desarrolló aisladamente, sino que se proyectó y retroalimentó en otros ámbitos culturales de formas múltiples. En general, cabe considerar que, precisamente en aquel momento, se asistió a un proceso de expansión de la industria editorial que normalizó y transformó la cultura escrita⁶⁶⁶; asimismo, se ha planteado que el nivel de analfabetismo de la sociedad española en este periodo no fue tan acusado como se ha presupuesto tradicionalmente⁶⁶⁷. En este sentido, puede presumirse una difusión considerable en el caso de la *Historia* de Mariana, pero sin duda es el ámbito literario el que abre un abanico de posibilidades mucho más amplio para intentar calibrar el espectro popular al que llegaron las nuevas nociones historiográficas. No puedo entrar aquí en profundidad en un problema de fondo tan complejo, pero sí manejaré dos géneros literarios en los que esta temática tuvo una cierta repercusión: la poesía popular y el teatro.

Indudablemente un tema obligado para aproximarse al ámbito popular en este periodo lo constituyen los romanceros y cancioneros. Estas antologías de poemas breves circularon en los ambientes cortesanos desde el siglo XV, pero se popularizaron con la imprenta, tanto en pliegos sueltos de pocas páginas distribuidos por vendedores itinerantes a muy bajo precio, como en los grandes volúmenes recopilatorios que proliferaron tras el éxito del *Cancionero general* de Martín Nucio (1548). Esa combinación supuso una ampliación exponencial del tipo y cantidad del público receptor, que a mediados del siglo XVI comprendía tanto a la nobleza culta como al campesinado iletrado, pasando por los distintos grupos urbanos. De esta manera, la dimensión popular de estas piezas se plantea en una doble dirección: por un lado, en su posible origen oral, por otro, en su amplia difusión una vez impresas. En lo concerniente al origen, es ya clásico el debate entre los que han defendido la autoría erudita (individualistas) y los que han considerado estas obras como restos fragmentarios de literatura oral

⁶⁶⁶ Chartier 1993; 2000.

⁶⁶⁷ Nalle 1989.

(neotradicionalistas)⁶⁶⁸. En esta última línea mayoritaria, se tiende a aceptar que efectivamente los romanceros son el resultado de una intensa interacción circular entre cultura popular y elitista: los impresores se alimentaron tanto de libros como de material popular, y viceversa, los pliegos se aprendían y servían para recordar y ampliar el repertorio de las piezas ya conocidas; finalmente, con las grandes recopilaciones escritas el corpus se estabilizó frente a la variabilidad de la tradición oral⁶⁶⁹.

Teniendo en cuenta todo ello, solo cabe contemplar los romances en su interacción con otros géneros, incluido el teatral (*vide infra*), pero también la cronística⁶⁷⁰. En efecto, a partir del *Cancionero* de Lorenzo de Sepúlveda de 1550⁶⁷¹ se ha identificado la aparición de un género de romances que está íntimamente relacionado con la intensa producción historiográfica de esos años⁶⁷²; surgieron así una serie muy abundante de piezas de asunto histórico, con gran presencia de la Antigüedad, cuyo vínculo con los temas y planteamientos de la erudición humanista es evidente, aunque difícil de reconstruir en términos precisos. En ese contexto, contamos con un conjunto notable de romances que tratan sobre varios temas que nos atañen directamente, especialmente sobre Sagunto y Numancia⁶⁷³.

En lo que concierne a Sagunto, Juan de la Cueva recogió dos sobre las distintas fases del asedio: *Romance, de como Anibal cercò a Sagunto, y la respuesta que dio a los mensageros de Roma. y lo que sucedio mas*⁶⁷⁴ y *Romance, de lo que le sucedio Anibal sobre Sagunto, y vn prodigio que fue visto dentro*⁶⁷⁵. Asimismo, hubo otros más bien centrados en sus ruinas, en torno al tópico del *ubi sunt*, con poca importancia del hecho histórico en sí (§ 4.3). Sobre Numancia, el más conocido es el recogido por Joan Timoneda, *Romance de como Cipion destruyo a Numancia*⁶⁷⁶, aunque realmente se trata de una versión simplificada de otro ya publicado previamente en varias ocasiones, *Romance de los Numantinos*⁶⁷⁷. Otra versión del asedio numantino, aún más breve, fue

⁶⁶⁸ Sobre este debate *vide* Armistead 1994 y, en general, Catalán Menéndez-Pidal et al. 1972; Catalán Menéndez-Pidal 1994; Catalán Menéndez-Pidal 1997; 1998. Por su parte, Díaz Viana 2011 ha apuntado matices importantes acerca de la relación entre la tradición panhispánica y las tradiciones regionales que reflejan los romanceros, así como sus proyecciones identitarias y políticas actuales.

⁶⁶⁹ Díaz Mas 2006, 14-18.

⁶⁷⁰ Clavero 1994; Chicote 2000.

⁶⁷¹ Fue publicado primero en Sevilla y reeditado repetidamente con variaciones hasta final de siglo; manejo aquí la edición de 1570.

⁶⁷² *Ibid.*, 17.

⁶⁷³ Se han hecho algunos listados previos en Canavaggio 1977, 78-79, nota 28; Baras Escolá 2009a, 20-22; García Cardiel 2013, 43.

⁶⁷⁴ *Ibid.*, 73v-77v, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 2, p. 12, n. 201.19.

⁶⁷⁵ Cueva 1587, 293v-295v, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 2, p. 16, n. 201.85.

⁶⁷⁶ Timoneda 1573, XVIr-XVIIv (catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 1, p. 573, n. 172.15); hay edición facsímil de Rodríguez-Moñino y Devoto 1963. Volvió a ser recogido en Mendaño 1588, 3r (catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 2, p. 24, n. 203.2).

⁶⁷⁷ Publicado en pliego suelto, probablemente en Burgos, en torno a 1550 (Anónimo s. f., catalogado en Rodríguez-Moñino 1997, 597-599, n. 727-728) y recogido en una de las reediciones del *Cancionero* de

reproducida en una pieza del *Romancero* de Gabriel Laso de la Vega: *Romance septimo de la ruyna de Numancia (dicha Soria en España) por Scipion*⁶⁷⁸. Además de estos dos episodios, otros hechos hispanos de interés fueron puntualmente recreados en forma de romance. En este sentido, la recopilación de Juan de la Cueva es especialmente interesante: aparte de las dos mencionadas sobre Sagunto, en su obra hay numerosas piezas relativas a los reinados míticos, la colonización fenopúnica y la Guerra de Aníbal; en lo que nos atañe, son de especial significancia los dedicados al enfrentamiento de Terón contra los fenicios —*Como fueron vencidos los Saguntinos por los Phenises, en vna batalla de mar*—⁶⁷⁹ y al asedio de Astapa —*Romance, de Lucio Mario, y destruicion de la ciudad de Astapa*—⁶⁸⁰, pues ambos encajan plenamente en el fenómeno de intensificación y diversificación del relato de la resistencia hispana frente al invasor que es propio del periodo (§ 4.3).

Creo que los ejemplos mencionados responden plenamente a ese proceso de adaptación poética de la historiografía característico de la segunda mitad del siglo XVI. En cuanto a Numancia, aquella versión más extensa que fue sintetizada repetidamente es con toda probabilidad una versificación del relato de la *Crónica* de Valera, como sugiere, entre otras cosas, el relato del suicidio del niño numantino como colofón (§ 11.2)⁶⁸¹. Por su parte, los referidos a las épocas más remotas, Sagunto y la Guerra de Aníbal, muy adornados con elementos fabulosos, parecen haberse inspirado en gran parte en la *Cronica* de Ocampo. Hay elementos de esa relación difíciles de determinar: si estos romances fueron una adaptación directa desde las crónicas de ciertos pasajes destacados, si formaban parte de poemas épicos más extensos luego fragmentados o si pasaron por una fase intermedia de transmisión oral son precisiones complejas. Ahora bien, en lo que respecta al proceso de fondo, la aportación esencial de esas composiciones es la constatación de un proceso de difusión popular de determinados temas en un momento muy concreto: una serie de episodios fundamentalmente bélicos sobre la Hispania prerromana circularon intensamente en la segunda mitad del siglo XVI y lo hicieron más allá del ámbito erudito, reinventándose con distintos lenguajes y a diferentes niveles sociales, formando parte de un renovado acervo histórico-legendario colectivo.

Si los romances constituyen un vínculo interesante entre intelectualidad, clases populares e identidad etnohistórica, por su parte el teatro barroco, con su mayor complejidad literaria y enorme impacto social, permite llevar el análisis de esas interrelaciones a un nuevo nivel. Efectivamente, en general, la eclosión del teatro de corral de comedias ha sido considerada como la muestra más significativa de la

Sepúlveda (1570, CXVIv-CXCIXr, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 1, p. 268, n. 69).

⁶⁷⁸ Laso de la Vega 1587, 13-15, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 1, p. 706, n. 200.7.

⁶⁷⁹ Cueva 1587, 149v-151v, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 2, p. 13, n. 201.43.

⁶⁸⁰ Cueva 1587, 188r-191r, catalogado en Rodríguez-Moñino 1973, vol. 2, p. 14, n. 201.56.

⁶⁸¹ Canavaggio 1977, 78-79, nota 28; Baras Escolá 2009a, 21.

emergencia de una verdadera «cultura masiva» que transformó profundamente los mecanismos de comunicación e interacción entre los distintos estratos sociales⁶⁸². Entre finales del siglo XVI y a lo largo del XVII, el teatro se constituyó como un auténtico fenómeno cultural de masas, con una demanda multitudinaria que aglutinaba en los corrales de comedias a miles de espectadores de todos los extractos sociales, lo que generó una producción frenética de obras y una pingüe industria de la que se beneficiaron autores y empresarios. Ciertamente, el consumo popular y masivo de estas representaciones ha hecho que el estudio de los temas y contenidos de esas producciones se considere como un atractivo modo de acercarse a las mentalidades colectivas, al menos, en el ámbito urbano. No obstante, esta línea conlleva un debate de difícil solución en la medida en que, al fin y al cabo, esas obras fueron compuestas por miembros de la élite intelectual y, además, vinculados en mayor o menor medida a las instituciones políticas, eclesiásticas y nobiliarias; a ello cabe añadir su sumisión a la censura. Puede ser que, en cierta medida, ese género funcionase como un mecanismo de proyección de la ideología dominante y los intereses oficiales; ahora bien, tampoco tendría pleno sentido si no reflejase ideas, temáticas y asociaciones que no tuviesen para el público un valor emocional, con las que no se sintiese identificado, que no demandase y reconociese con cierta facilidad⁶⁸³. En este aspecto, ha de considerarse además el factor de la rentabilidad económica, pues hablamos de un medio que llegó a un nivel notable de mercantilización⁶⁸⁴. En definitiva, considerar las producciones de temática histórica —para este periodo y con posterioridad (§ 5)— supone aprovechar una fuente de información muy valiosa a la hora de ponderar la conciencia histórica popular y su incidencia en la configuración de la identidad nacional en un espectro que trascienda a las élites, por mucho que las conclusiones deban ser matizadas y cautelosas⁶⁸⁵.

Desde esta premisa, parece interesante aproximarse a algunas obras ambientadas en la conquista romana de Hispania para intentar calibrar la medida en que las nuevas reflexiones de la historiografía del momento y su identificación con la independencia prerromana tuvieron una cierta proyección social. De forma preliminar, cabe considerar que, en cierto modo, el teatro funcionó como una eficaz correa de transmisión entre el público general y los temas de la Antigüedad hispana que estaban siendo replanteados por la intelectualidad humanista. Sin embargo, no debe entenderse como mero intermediario; por el contrario, también conllevó, por su propia naturaleza flexible y

⁶⁸² Maravall 1983 (1975), 176-225, especialmente.

⁶⁸³ Maravall (*Ibid.*, 131-175, particularmente) fue pionero al considerar los mecanismos de intervención social de las élites a través de la cultura barroca, lo que ha sido frecuentemente criticado (en parte injustamente) para enfatizar la iniciativa del público receptor y el potencial subversivo de esa producción cultural (García Cárcel 1999, 19, *e. g.*). Me convence la solución de compromiso de Ballester Rodríguez (2010, 297-355), que reconoce la cuestión como un fenómeno de interacciones complejo y propone aprovechar sus posibilidades para aproximarse a las mentalidades colectivas.

⁶⁸⁴ Wright 2001; García Reidy 2013.

⁶⁸⁵ Ballester Rodríguez 2010, 297-355.

creativa, la introducción de reinterpretaciones, críticas, licencias y ambigüedades que no eran posibles en un ámbito académico y oficialista, lo que nos aporta una interesante visión complementaria sobre la variabilidad y proyección del discurso sobre la Antigüedad del momento. Además, la secuencia es más completa si tenemos en cuenta que este género bebió también del material provisto por los romanceros —como parece claro en el caso de Cervantes (*vide infra*)—, de manera que se generaba una interesante sinergia según la cual la poesía y el teatro populares funcionaron como mecanismos de divulgación del conocimiento historiográfico recientemente asentado en las crónicas nacionales⁶⁸⁶.

Dentro del género histórico, la temática relacionada con la Hispania antigua fue minoritaria, pero estuvo representada en algunos ejemplos muy significativos. Numancia fue siempre uno de los grandes temas literarios y, en efecto, estuvo representada en el teatro de este periodo. El relato que se transmitió en los dos casos que analizo no difirió significativamente de las versiones historiográficas más dramáticas derivadas en última instancia de Floro y Orosio: se centró en el asedio escipiónico y la destrucción, subrayó la desigualdad de fuerzas y la dignidad numantina, y magnificó la noción del sacrificio (§ 11). Como es lógico, se añadieron personajes y tramas secundarios para personalizar y fomentar el patetismo del desastre; como se comenta en los apartados sucesivos, en algunos casos estos temas colaterales invitan a la reflexión sobre ciertos aspectos de la recepción de la resistencia numantina como *topos*.

Por encima de todos despunta *La Numancia* (o *El cerco de Numancia*), escrita por Miguel de Cervantes en torno a 1585 (Figura 7)⁶⁸⁷. Desde luego, es célebre por su recepción posterior como obra icónica de la literatura de exaltación patriótica, a lo que ha ayudado la fama de su autor, especialmente desde el siglo XVIII. Pero más allá de su trascendencia, destaca en sí misma, en primer lugar, por su carácter pionero; en general, es considerada la primera tragedia nacional española y, concretamente, es quizá la primera obra de teatro en la que se trató un episodio de la conquista romana de Hispania, lo que inauguraba todo un tópico literario que se ha reproducido periódicamente hasta la actualidad. Es significativa, por tanto, como testimonio de la emergencia en ese periodo de un nuevo interés sobre la Antigüedad hispana y de su fundamental proyección a través

⁶⁸⁶ Baras Escolá 2009b, 20-22.

⁶⁸⁷ Aunque no fue publicada hasta 1784; puede encontrarse una edición reciente, con una sistemática revisión sobre los distintos manuscritos y versiones en Esteban Naranjo 2016. Algunas ediciones previas con estudios preliminares de interés son las de Hermenegildo 1976; Baras Escolá 2009b; Gilabert 2014. La bibliografía sobre esta obra es ingente, considero como imprescindibles a Armas 2010 (1998); Vivar 2004; Kahn 2008 y, complementariamente, algunos artículos de interés son: MacCurdy 1960; Whitby 1962; Shivers 1970; Armas 1974; 1994; 1996; 2000; 2005; 2012; Belli 1978; King 1979; Edwards 1981; Johnson 1981; Mandel 1981; Stroud 1981; Bergmann 1984; Güntert 1986; Lewis-Smith 1987; Oriel 1995; Schmidt 1995; Stiegler 1996; Álvarez Martí-Aguilar 1997; Weiner 1997; Simerka 1998; 2003, 77-128; Vivar 2000; Cortadella Morral 2005; Calvo 2006; Kahn 2006; 2007; Ryjik 2006; Julio 2008; García Martín 2009; Bauer-Funke 2011; Burk 2012; Moreno Hernández 2012; Bani-Esraili 2013; Martínez Bennecker 2013.

del teatro. Además, es un ejemplo paradigmático de la confluencia de diferentes tipos de fuentes en la recreación de esos episodios y su proyección literaria: resulta de interés su uso de ciertos textos grecolatinos más allá de los habituales (Lucano, por ejemplo; *vide* § 10.2), el aprovechamiento de la historiografía coetánea (la *Coronica* de Morales, probablemente) y la perpetuación de las tradiciones literarias (parece conocer los romances sobre el tema; *vide* § 11.2)⁶⁸⁸. Pero, por encima de todo, destaca su profunda complejidad simbólica y su potencial interpretativo a nivel ideológico. Como ha discutido buena parte de la bibliografía, llegando a conclusiones muy dispares, esta tragedia condensa como ninguna otra obra ese carácter contradictorio y problemático que el humanismo introdujo al enfrentarse a las nociones de imperio, resistencia y autoctonía en su mirada hacia la Antigüedad (§ 4.4).

La obra de Cervantes es un caso único y transicional también en lo que respecta a sus aspectos formales; simplificando, se ubica a medio camino entre la tragedia clásica, el drama épico (o antiépico) y la comedia histórica que fue tan característica del Barroco bajo el canon de la *comedia nueva*⁶⁸⁹. Pues bien, ya plenamente integrada en ese nuevo estilo, se compuso la dilogía *Numancia cercada* y *Numancia destruida* de Francisco de Rojas Zorrilla, en torno a 1630⁶⁹⁰. Parece que Rojas utilizó ya a Mariana para perfilar ciertos datos históricos, aunque, ante todo, parece clara la inspiración proveniente de la obra de Cervantes⁶⁹¹. Sin duda la principal diferencia entre ambas versiones es la manera en que Rojas se recreó en la invención y dramatización de elementos ficticios, lo que se tradujo en una mayor complejización y protagonismo de las tramas secundarias de tipo personal, básicamente amorosas, y que a menudo se pierden unas en otras y quedan inconclusas. En su obra el papel de líder numantino lo representa Retógenes, el de anciano sabio Aluro, el sacerdote rinde culto a Apolo y el guerrero principal, Megara, sirve para introducir los temas típicos y sobre la lealtad y la autoridad (§ 9.2); mientras tanto, las mujeres (Florinda, esposa de Retógenes, y Artemisa, prometida de Jugurta), cumplen la función de vertebrar las subtramas personales que se entrecruzan con la acción principal. Por su parte, los antagonistas, Cipión y Jugurta, representan a un enemigo cerrado, sin fisuras, definidos por el pragmatismo de lograr una victoria segura. Por lo demás el argumento se alarga, aun tratando exactamente el mismo lapso (desde la llegada de Cipión/Escipión hasta la destrucción de la ciudad), básicamente a base de la sucesión bastante reiterativa de batallas, ya sea en intentos de asalto a la ciudad u ofensivas numantinas, que siempre se saldan con la victoria de los segundos, hasta que, ya al final

⁶⁸⁸ En general, sobre la combinación de fuentes en la obra, *vide* Canavaggio 1977, 39-46; Baras Escolá 2009b, 13-22; Armas 2010 [1998], 1-15; Esteban Naranjo 2016, 96-125.

⁶⁸⁹ Kahn 2008, 107-129.

⁶⁹⁰ Utilizo la edición de MacCurdy 1977; además de su estudio preliminar, acerca de esta obra, *vide* MacCurdy 1960; Armas 2000; 2003, 129-159; 2004; Julio 2008; García Martín 2009.

⁶⁹¹ MacCurdy 1977, XIV-XVII. Algunos de los elementos más evidentes son el personaje del niño que se suicida como clímax del sacrificio numantino o el uso de personificaciones alegóricas, aunque modificadas.

de la segunda obra de dilogía, Cipión decide, cansado de las humillaciones, la opción del cerco inamovible. De esta manera, la obra de Rojas, especialmente la primera parte, es marcadamente más triunfalista y menos trágica, lo que se redondea con la incorporación de las apariciones humorísticas de los personajes de Tronco y Olalla, que reproducen de manera grotesca y distendida los trances de la evolución de la historia principal. Al mismo tiempo, supuso una simplificación clara del mensaje ideológico si lo comparamos con las ambigüedades de la tragedia numantina: se delimitó el discurso patriótico y el maniqueísmo en la representación del drama histórico; al incorporar infinitas victorias militares, el componente épico se refuerza y, al mismo tiempo, los perfiles se presentan de una manera más cerrada; no hay falla alguna en las actuaciones de los personajes numantinos (más allá de los típicos equívocos amorosos) y los númidas y romanos son el enemigo claro, cruel y tendente a la perfidia y la brutalidad, aunque sus personajes estén revestidos de una cierta dignidad.

Como parte de la explosión barroca de la comedia nueva y, en concreto, del género histórico, los temas de la Antigüedad tuvieron una cierta incidencia, aunque, una gran mayoría de obras tuvo una vida limitada y nunca llegó a publicarse. Es el caso de la obra de Francisco González Bustos, *El español Viriato* (ca. 1640), concebido como una dilogía cuya segunda parte se encuentra perdida o quedó inacabada⁶⁹². También sobre Viriato se escribió la comedia anónima *En el remedio está el daño*, nunca publicada y al parecer compuesta en la segunda mitad del siglo XVII⁶⁹³. Igualmente, tampoco llegó a publicarse *El fuego de las riquezas y destrucción de Sagunto*, obra del valenciano Manuel Vidal y Salvador bajo el mecenazgo de la reina, en cuyos aposentos se representó en 1688⁶⁹⁴.

En definitiva, lo largo del siglo XVI y XVII se había conformado un nuevo imaginario en el que la percepción del pasado prerromano y su vínculo con el romano se transformó profundamente. El humanismo había propiciado el desarrollo de un conocimiento mucho más profundo y amplio; ya no solo existían unos cuantos episodios emblemáticos trufados en una crónica mecánica sobre los periodos de dominio, sino que se construía ya una narrativa compleja y detallada en la que tenían cabida la caracterización etnográfica de los pueblos antiguos y conllevaba reflexiones diversas acerca del expansionismo, el dominio y la resistencia. Al mismo tiempo, la nueva realidad política hacía palmaria la necesidad de un nuevo discurso sobre las culturas del pasado: irrumpía una identidad más autoctonista en la que el pasado prerromano y su resistencia al sometimiento de fenicios, caratgineses y romanos cumplía una nueva función. Si en la

⁶⁹² Esa primera parte se conserva en dos manuscritos, uno del siglo XVII y otro del XVIII (BNE MSS/17143 y BNE MSS/16079); se ha tratado de forma tangencial en Insúa Cereceda 2013, 134.

⁶⁹³ Así se fecha el manuscrito más antiguo en el que se conserva (BNE MSS/15208), además de reproducirse otro recopilatorio más tardío (Anónimo 1750, 54r-105v; BNE MSS/14793).

⁶⁹⁴ El manuscrito de 1690 está editado en Betoret-Paris 1980; vide Rodríguez Cuadros 1981; 1996a; Vellón Lahoz 1990.

Edad Media eran meros ejemplos de hazañas bélicas y de los efectos de la división política, en este nuevo periodo conformaban una narrativa épica mucho más completa que tenía que ver con la autodefinición nacional. Redescubrimiento de las fuentes grecolatinas, nuevas construcciones historiográficas y plasmación literaria de los hechos más emblemáticos, se retroalimentaron para consolidar esos nuevos conceptos a diferentes niveles.

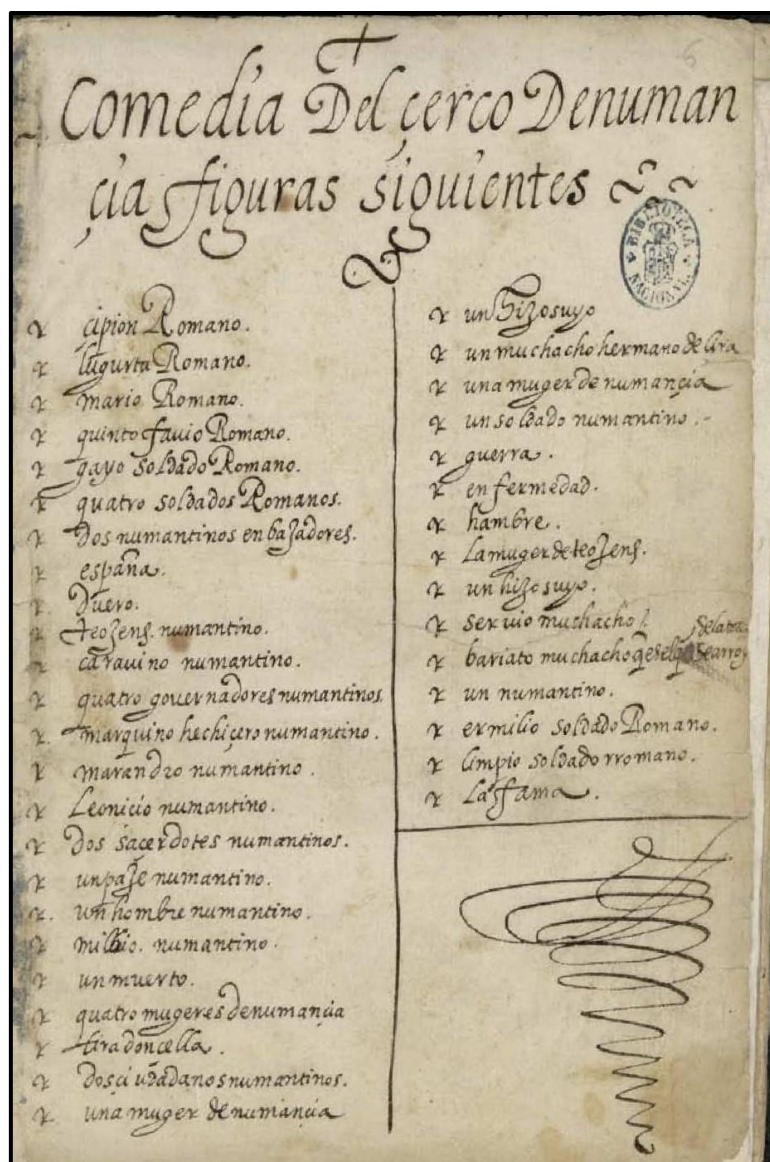


Figura 7. Primera página del manuscrito de *El cerco de Numancia* de Cervantes, ca. 1590-1596 (BNE MSS/15000)⁶⁹⁵.

⁶⁹⁵ Fuente: <http://www.bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000170894> (accedido: 09/03/2018).

4.2. Construir una epopeya hispana

«Desta manera pintauan los Romanos antiguos a España, como en monedas del Emperador Galba parece. Ponianla armada, porque con grave daño suyo auian muchas veces experimentado su gran valor y poderio en las armas. Ponianle dos dardos, por tener costumbre (segun dize Strabon) de meter muchos cada un Español en la batalla. Añadianle las espigas, para denotar la fertilidad de la tierra. ILLA EGO ROMANIS SVM FORMIDATA SVPERBIS, SAECULA QUAM TANDEM VIX DOVERE DVO».

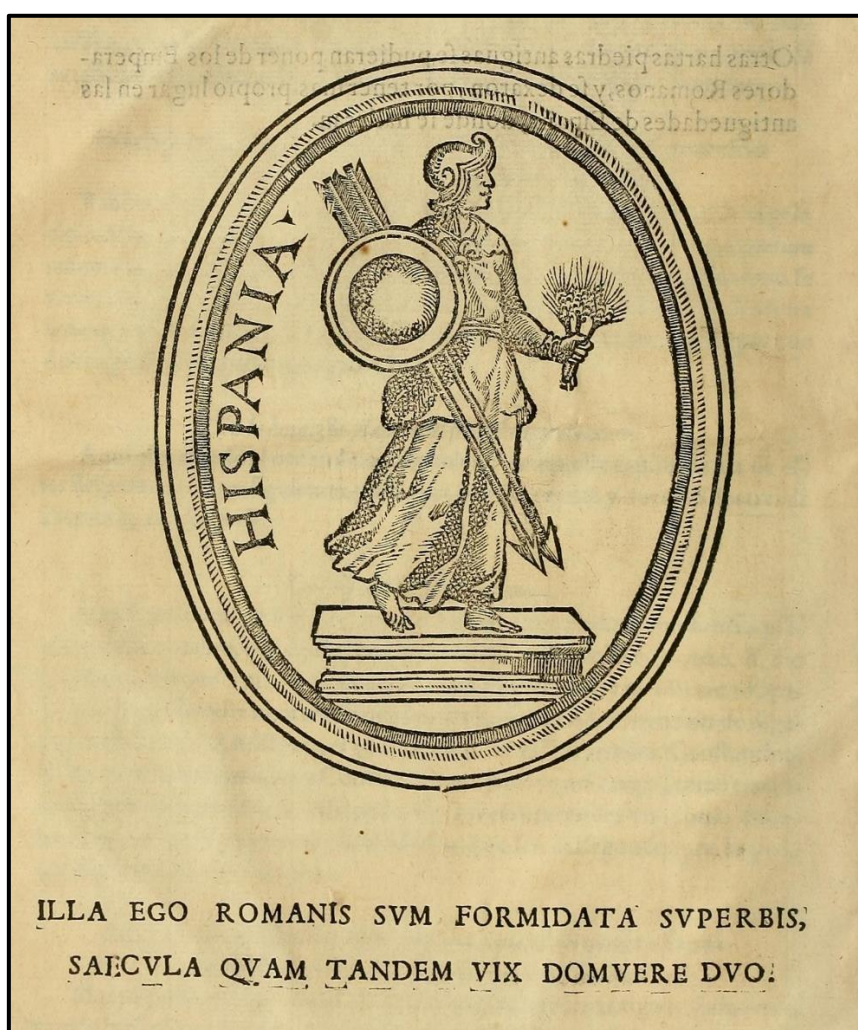


Figura 8. Xilografía con la personificación de Hispania, al inicio de la *Coronica* de Morales (1574, VIv)⁶⁹⁶.

⁶⁹⁶ Fuente: <https://archive.org/details/lacronicagenera02ocam> (accedido: 10/03/2018).

Entre la portada y la dedicatoria a Felipe II, Morales preludió su *Coronica* con ese grabado de la personificación de Hispania y esa descripción; la imagen remitía a la representación más tópica del imaginario romano (§ 2.6) y el breve texto condensaba muchas claves fundamentales de la obra que estaba preludiando. Para empezar, su sola presencia inaugurando una crónica general nos habla de la importancia fundamental que se le estaba otorgando a la Antigüedad, en general, y a la resistencia hispana a Roma, en especial, lo que constituye una expresión inconfundible de ese nuevo paradigma identitario prerromano. Asimismo, contiene los tópicos patrióticos esenciales: por un lado, la privilegiada riqueza natural de la Península, esa que atrajo siempre la codicia de otros pueblos, la perfilada en la *laus Hispaniae* de la tradición isidoriana⁶⁹⁷; por otro lado, se anunciaba la idiosincrasia guerrera de los hispanos, que quedaba reforzada por la nota etnográfica y constatada con el *hecho* histórico de los dos siglos de resistencia a Roma (§ 7.3).

Efectivamente, en gran medida, la nueva identidad prerromana consistió en la sublimación de esa gesta militar contra el invasor que adelantaba Morales como principal leitmotiv de su obra, lo que respondía satisfactoriamente tanto al imaginario belicista del momento, como a las nuevas inquietudes autoctonistas. La historiografía medieval, en ocasiones, había demostrado interés por algunos de los episodios más emblemáticos, pero siempre de una manera puntual e inconexa, bien como hitos significativos por su trasunto con los conflictos y fronteras presentes, bien como pretextos ejemplares para la didáctica política (§ 3.4). Aquel periodo de doscientos años no reportaba ninguna gloria en sí mismo, sino que era percibido como una época turbulenta y caótica que tendía a obviarse (§ 7.2). En cambio, con el redescubrimiento de esa parcela del pasado y la identificación con los pueblos prerromanos, el relato de esas guerras adquirió un nuevo sentido y pasó a ocupar un espacio propio. De esta manera, el repaso a aquellos episodios se hizo sistemático y minucioso, rescatando de las fuentes cada detalle de lo ocurrido en aquel periodo, por anecdótico que fuese, para integrarlo como parte de la narración de un proceso único y revestido de un potente simbolismo. Al fin y al cabo, se trataba ahora de la historia de la resistencia de los antiguos españoles ante sus invasores, el primer ejemplo de heroísmo bélico del que la nación había hecho gala.

En este apartado y el siguiente presento un panorama general de los aspectos fundamentales que caracterizaron la construcción de esa epopeya hispana. No se trata de estudiar con minuciosidad los pormenores de su representación historiográfica en lo que concierne a su planteamiento teórico o metodológico, la documentación que se empleó o su grado de precisión histórica; lo que me interesa aquí es la visión global del relato de la resistencia como elemento central en la configuración de la nueva identidad nacional. Se

⁶⁹⁷ Ya he comentado la importancia del tópico en la hispanización de la Historia Antigua en la Edad Media (§ 3); en general, remito de nuevo a Fernández Chicarro de Dios 1948; Roncero López 1993; Escribano Paño 2007; Lomas Salmonte 2007; Sánchez Ferro 2016, 73-179.

trata, en definitiva, de estudiar el marco narrativo en el que se ubicó a esos pueblos concebidos ya como los ancestros de los españoles. Esto supone intentar identificar el esquema argumental general del relato, así como el proceso de selección de sus principales hitos, protagonistas y escenarios. En el análisis de ese sentido identitario e ideológico una idea permanece como telón de fondo omnipresente: la tensión entre la épica de la resistencia prerromana y el referente imperial romanista. Creo que esa contradicción fue el principal desafío intelectual de historiadores y literatos en su misión de construir una epopeya auténticamente española y, por tanto, el estudio de sus disyuntivas parece la mejor manera de aproximarse a su comprensión.

En primer lugar, con esa caracterización introductoria de Hispania, además de presentar sus tópicos, Morales estaba constatando una de las principales paradojas de su planteamiento: la caracterización de la gesta hispana solo podía hacerse a través de la mirada grecolatina, dependía necesariamente de su literatura y, en este caso, su iconografía. La reverencial actitud humanista hacia la cultura clásica tenía que articularse con la nueva misión patriótica de ensalzar a los que se resistieron a ella. Es cierto que esta dependencia, bien manejada, comportaba un ventajoso recurso retórico: el hecho de que la exaltación de la gesta hispana proviniese de sus propios enemigos la hacía incontestable, no había necesidad alguna de inventar, manipular o adornar el relato, pues ellos mismos

«cuentan a boca llena las batallas que les vencimos, los capitanes que les matamos, las ignominias con que algunas veces se nos rindieron, y los desafueros y agrauios que otras nos hizieron»⁶⁹⁸.

Los propios textos brindaban los mimbres fundamentales del relato heroico, pero ese juego no era nada sencillo. A fin de cuentas, había que definir a los ancestros de los españoles a través de una visión concebida para legitimar la invasión y el sometimiento de Hispania degradando a sus habitantes. Además, esto debía hacerse sin dismantelar por completo la ilusión renacentista que elevaba a la literatura grecolatina como el referente intelectual por excelencia. El problema se tradujo en una actitud ambivalente hacia las fuentes que comportaba la introducción de ciertas desconfianzas y críticas, propiciando constantes reflexiones y dilemas entre el respeto al documento, la lectura crítica y la vocación patriótica, lo que se trasluce de forma especialmente patente y explícita en los humanistas más rigurosos, como Morales. Sin que se llegase a *matar al maestro*, cierto desapego era necesario en la construcción de una épica propiamente nacional.

Ya en el siglo XIII, la *Estoria* introdujo dudas a este respecto. En la versión orosiana se llamó «bárbaros» a los cántabros⁶⁹⁹, lo que mereció una aclaración terminológica en la obra alfonsina: «a que llaman las estorias barbaros. que quier tanto dezir cuemo gent

⁶⁹⁸ Morales 1574, prólogo.

⁶⁹⁹ Oros. 6.21.10.

estranna e todos los otros daquela tierra»⁷⁰⁰. La barbarie no era aceptada sin más, sino que merecía una explicación, y esta era que el calificativo servía antiguamente para definir al extranjero: aunque la calidad barbárica que justificaba su sometimiento era aceptada, la condición concreta de bárbaro se apuntaba como algo convencional. De alguna manera, no se aceptaba de una manera plena, con todas las implicaciones, como sí hizo, por ejemplo, con los escitas⁷⁰¹. Al fin y al cabo, suponía rebajar a una condición inhumana a aquellos que, al fin y al cabo, eran «espannoles». No es un caso único. En el siglo XIV Heredia hizo una apreciación similar al hacerse eco del episodio del celtíbero que retó a una lucha singular a Escipión, un «barbarino» (en su adaptación aragonesa), «por q(ue) en aq(ue)l t(iem)po los Romanos clama(n) atodo hombre q(ue) no fuesse d(e)la lengua latina barbaro»; la explicación es especialmente elocuente si se considera la fácil identificación de Heredia, soldado y zaragozano, con aquel celtíbero valiente⁷⁰². La barbarie hispana, por lo tanto, se asumía y se razonaba de forma maleable para acoplarse al discurso de fondo, si bien se tendía a relativizar conscientemente su carga como categoría extremadamente degradante en lo que concernía a los considerados como ancestros en alguna medida, por difusa que esta fuese.

Ahora bien, la formulación más sistemática a este respecto se acometió en el Renacimiento. Ya Ocampo advirtió que la motivación esencial de la historiografía clásica no era otra que la de glorificar la memoria de Grecia y Roma⁷⁰³. En todo caso, fue Morales, con su minuciosidad característica, el más preocupado por argumentar sus reticencias de una manera explícita. Repitió dos reproches recurrentes y similares: las omisiones en lo que se refiere a las victorias hispanas y la infravaloración de la contribución de los aliados hispanos en las victorias romanas⁷⁰⁴. La denuncia de esas supuestas lagunas iba en una misma dirección, la presunción de que la bravura hispana había sido minimizada por vergüenza o desinterés: «los historiadores Romanos atentos a sus cosas, passan sin ningun cuydado por las de los otros»⁷⁰⁵. Ciertos recelos fueron más allá cuando supusieron un cuestionamiento de la explicación que los autores clásicos habían dado sobre las causas de las guerras de conquista: Garibay, especialmente combativo en este sentido, negó que Viriato hubiese sido un bandido como afirmaban, y arremetió contra Cicerón para defender la justicia de la causa de los numantinos; igualmente, Morales afirmó que Livio había «infamado» a los hispanos al hablar de su tendencia a la anarquía como *casus belli*, aunque, finalmente, no pudo dejar de concederle

⁷⁰⁰ Alfonso X *EE* 139.10 (ed. de Ward 2016).

⁷⁰¹ La representación barbárica de los escitas es total (peligro, idolatría, crueldad), lo que bebe de la visión de Heródoto aunque trasladada en el tiempo al período de las migraciones godas (Nieto Soria 2002, 14-15).

⁷⁰² Heredia *Cron.* 7.222v; *vide Ibid.*, 16.

⁷⁰³ Ocampo 1543, IIr-IIIr.

⁷⁰⁴ Lo achacó especialmente a Livio (Morales 1574, 70v-71v, 86r) y Apiano (*Ibid.*, 79v-80r).

⁷⁰⁵ Morales 1574, 29v, y en la misma línea: *Ibid.*, 45r. Dejo a un lado sus frecuentes comentarios críticos sobre cuestiones técnicas, como las cronologías, transcripciones, etimologías, etc., que eran típicamente humanistas y, en principio, desprovistos de connotaciones ideológicas.

parte de razón⁷⁰⁶. En efecto, más allá de alertar de algunos vacíos inconvenientes o de matizar ciertas cuestiones sensibles, estas críticas más o menos puntuales nunca supusieron una descalificación importante de las fuentes ni de sus esquemas fundamentales.

Ahora bien, más allá del reto metodológico que suponía manejar los textos en este sentido, la cuestión representaba también un problema simbólico e identitario. Desde la Edad Media, Roma y algunos de sus representantes cumplieron en ocasiones un papel ejemplarizante esencial, bien como referente general en los discursos imperialistas como el de la monarquía astur-leonesa-castellana, bien como modelos individuales de comportamiento político (§ 3). Ahora bien, con la irrupción del humanismo y la idealización del legado grecolatino, a nivel intelectual, y la explosión definitiva de la parafernalia imperialista, a nivel político, ese espejismo romanista adquirió una nueva envergadura⁷⁰⁷. La cuestión es especialmente complicada y paradójica. Por un lado, esa nueva identidad hispánica se formuló precisamente en contraposición con el propio imperialismo romano, ya que buena parte de su sentido residía en la exaltación de la independencia y la resistencia ante la conquista; además, con el particularismo prerromano se buscaba la autoafirmación respecto del resto de naciones europeas, pero muy especialmente respecto a Italia como potencia hegemónica en lo cultural e histórico en aquel momento. La disyuntiva es obvia, hasta el punto de que ha llevado a considerar esas simpatías por la resistencia a Roma como un posicionamiento subversivo o alternativo (§ 4.4). En definitiva, en mi opinión, el elemento más definitorio de la visión de la Antigüedad en este periodo es precisamente esa auténtica esquizofrenia entre la identificación imperial romanista y la naciente identidad nacional. En efecto, esta idea es omnipresente en el estudio temático de la Parte 3 de este estudio en lo que respecta a esta época: la esencia para comprender la manera en la que se construyó historiográfica y culturalmente esa nueva identidad prerromana reside necesariamente en el análisis de los mecanismos por los que se articuló respecto del referente imperial romano.

Volviendo a la cuestión de las fuentes, la nueva sistematicidad al respecto conllevó un enriquecimiento del relato épico, lo que, por otro lado, también se alimentó de elementos ficticios de diferente procedencia, a veces incierta: leyendas populares, elementos literarios y falsificaciones eruditas confluían con el aprovechamiento humanista de las fuentes. Dejo a un lado el caso palmario de Viterbo, limitándonos a los hechos históricamente documentados, desde el siglo XIII, y de manera muy clara desde el XV, el progresivo desarrollo de los relatos más icónicos como el de Numancia, había supuesto la incorporación de exageraciones y fábulas, algunas heredadas de tradiciones previas, otras de nuevo cuño. Un ejemplo célebre es la historia del niño numantino que

⁷⁰⁶ Garibay y Zamalloa 1571, 180-184; Morales 1574, 69r.

⁷⁰⁷ Tanner 1993; Checa Cremades 1999; Mora Rodríguez 2001, entre otros.

se suicidó ante Escipión como último superviviente de la ciudad, una leyenda que aparentemente se introdujo en la historiografía con Valera a finales del siglo XV y quedó fosilizado en la literatura de Timoneda y Cervantes a lo largo del XVI (§ 11).

En efecto, al universo legendario medieval se sumaron fenómenos hasta entonces inéditos, propios del humanismo, como las falsificaciones epigráficas (§ 4)⁷⁰⁸, constituyendo el caso de la serie de inscripciones relacionadas con la Guerra de Viriato un ejemplo particularmente interesante (§ 4.3). Otros elementos fueron más sofisticados y duraderos; la invención de líderes hispanos de la resistencia a partir de la referencia de fuentes ficticias (como Bocio Capeto) o, de manera más sutil, la recreación de supuestos discursos pronunciados por los héroes a partir de la interpretación *creativa* de fuentes auténticas (como el de Indíbil partiendo de Livio), sirvieron a la causa de la construcción de una epopeya más grandilocuente.

Obviamente, la consecuencia más inmediata del pleno aprovechamiento de las fuentes grecolatinas y su complemento fabuloso fue una notable complejización de la narración de la resistencia. Las versiones medievales habían sido muy limitadas en este sentido; por lo general, solo se trataron unos pocos e inconexos episodios emblemáticos, en parte por la restricción en las fuentes (Orosio, fundamentalmente), en parte por enfocarse en otros periodos y temas (§ 3.4). Ahora, en cambio, se abrió un abanico mucho más prolífico de episodios y personajes; los ya conocidos se explicaron con más detenimiento y los ya olvidados se rescataron y reivindicaron, además de los que simplemente se inventaron (§ 4.3). No obstante, más que la multiplicación de elementos, quizá lo más interesante es su replanteamiento como piezas de un todo, como partes de un único proceso. El nuevo foco puesto sobre aquel periodo, unido a la narrativización del discurso, conllevó que esos acontecimientos fuesen concebidos como los episodios de un solo relato: la historia de la resistencia de los antiguos españoles frente a las sucesivas invasiones. Desde los supuestos primeros enfrentamientos contra los fenicios hasta la Guerra Astur-Cántabra, cada acto de resistencia se entendió como un hito en la forja del destino independiente y glorioso de España, lo que, en última instancia, enlazaba y culminaba con la Reconquista. Las etapas de ese proceso, por tanto, no solo eran tratadas con mayor detalle, sino también magnificadas y exaltadas como los capítulos de una gran gesta patriótica. Esto conllevaba una cierta paradoja entre la sofisticación de la metodología y la documentación, por un lado, y la simplificación idealizante de su interpretación, por otro. En efecto, si bien la información se diversificaba con el uso sistemático de autores como Livio y Apiano, el sentido global del relato seguía inspirándose en los tópicos exaltatorios de Floro y Orosio. De esta manera, aparte de aquellos elementos claramente ficticios, quizá el efecto más trascendental de este proceso

⁷⁰⁸ Remito de nuevo a Gimeno Pascual 1992; 1998; Stenhouse 2005, 75-98; Hernando Sobrino 2007; 2014; Carbonell Manils et al. 2012; González Germain 2010; 2012.

fue la consolidación de ciertas presunciones, exageraciones y vulgarizaciones interpretativas que, en realidad, no suponían una divergencia flagrante respecto de las fuentes, pero que redundaban en la conformación de un relato absolutamente mistificado de la resistencia hispana.

Una dimensión fundamental de esa reconsideración integral del proceso de conquista-resistencia, es lo que podríamos denominar su *nacionalización*. Me refiero a la extrapolación del simbolismo de estos personajes y episodios a un ámbito español, lo que a menudo suponía superar las identificaciones locales y regionales, no para eliminarlas o sustituirlas por completo, pero sí para otorgarle un nuevo alcance identitario de miras más amplias. Los numantinos habían sido *zamoranos* durante la Edad Media y seguirían siéndolo (o ya *sorianos*), pero ahora, ante todo, eran *españoles*. En buena medida, este fenómeno suponía la culminación del largo proceso de *castellanización* medieval del discurso historiográfico, que se había iniciado con Rada y Alfonso X, y que, ahora, alcanzaba un nuevo estadio en la configuración de un discurso nacional de base castellanocéntrica con Ocampo, Morales y Mariana.

También las propias fuentes aportaban una explicación útil en ese sentido, que además ayudaba a entender la causa de la derrota definitiva: Hispania había sucumbido por su división interna. Este es uno de los grandes tópicos de la formulación nacionalista española, en general, y tuvo en este periodo un momento clave de su consolidación⁷⁰⁹. Ya en la Edad Media, se había recurrido a la figura orosiana de Tireso para ensalzar de un modo genérico el concepto de concordia política (§ 3.4). Sin embargo, en este periodo la noción se hacía más sofisticada y adquiría una nueva dimensión identitaria. Fue habitual utilizar a Estrabón para transmitir la idea de que los propios griegos y romanos habían admitido que los hispanos, de haber permanecido unidos, habrían sido invencibles⁷¹⁰. Desde Ocampo se insistió sobre el tema, entendido como «la mayor falta que de los españoles se conocío», subrayando y censurando una y otra vez la incidencia de la división y las luchas intestinas:

«los españoles deste siglo biuia(n) diuididos en tal repartimie(n)to de naçiones y ta(n) discordes co(n)tra si, q(ue) los unos pelearia(n) co(n)tra los otros, y co(n) ellos mesmos se les haria la guerra»⁷¹¹.

Esa fórmula, la noción de que los propios españoles antiguos se hicieron la guerra, fue reproducida por sus sucesores como una absoluta constante. Afirmó Garibay que «si con toda, o la mayor parte de España contendieran, nunca las fuerças de los Romanos

⁷⁰⁹ Wulff Alonso 2003; 2007 ha incidido especialmente en este concepto y su pervivencia a lo largo del tiempo.

⁷¹⁰ Morales 1574, 69r, 135r-135v, e. g., a partir de Str. 3.4.5.

⁷¹¹ Ocampo 1543, CXCIv; la cita anterior es de *Ibid.*, CCIIv; la misma idea se repite en *Ibid.*, CXLv-CXLIIv, CLXIIIr, CLXXXVIr, CXCVv y CLXXVIIIr-CLXXVIIIv.

vuieran bastado, a conquistarla»⁷¹². Igualmente, Morales sentenciaba que «los Romanos co(n) Españoles ve(n)cia(n) a España»⁷¹³, y de forma especialmente reflexiva a propósito de Numancia:

«Como auíamos de ve(n)cer los Españoles a los Romanos, siendo nosotros mismos, los que procurauamos nuestra destruycion? Nuestras discordias y particulares enemistades, y aquella inclinacion natural de todos los Españoles a ver nouedades, cansandose de estar siempre en vn ser, aunque sea muy bueno, nos hazia la guerra, y nos quitaua de las manos la victoria de todos los Romanos, que sin duda la alca(n)çaramos co(n) vnion y concordia»⁷¹⁴.

Por contra, se aplaudían las iniciativas hispanas cuando los distintos pueblos habían actuado de consuno. No solo se presentaban como una conducta ejemplar, sino también como la manifestación de la existencia de una idea de patria única y común en la imaginación de los antiguos hispanos que, en todo caso, se veía normalmente coartada por el vicio de la división. Así se transmitió al referirse a la supuesta incitación de Viriato a la revuelta entre los celtíberos («por la libertad común y la salud de la patria») o cuando se habló de las múltiples revueltas simultáneas pacificadas por Catón, ya que «toda la nacion estaua unida, con intento de recobrar la antigua gloria de las armas, y la libertad que solian tener»⁷¹⁵. Igualmente, este tema de la liberación de la patria colectiva fue el enfoque fundamental, y prácticamente único, en los discursos inventados y atribuidos a distintos caudillos hispanos.

Más allá de la crítica a la desunión y la discordia de los pueblos hispanos, se estaba desarrollando la idea hasta nuevos límites, mediante todo un aparato de recursos retóricos —a veces inventados—, para transferir a la Antigüedad una noción de patria o nación que era nueva hasta el momento. Se estaba haciendo de la resistencia hispana un trasunto de la problemática política del momento, la preocupación central por dotar de un cemento identitario al estado recientemente unificado, de vocación centralista y autoritaria. Se volcaba sobre la Antigüedad, en este caso, un mensaje de unidad y destino patriótico compartido que era fundamental para dar sentido al proyecto de los Austrias. La cuestión es clave, y probablemente una de las innovaciones más importantes y trascendentales de la historiografía de este período, puesto que esta concepción le otorgaba a la epopeya hispana una perspectiva nacional que antes no existía.

Por supuesto, ese concepto de la lacra de la desunión y la necesidad de concordia patriótica quedó grabada como tópico esencial en la recreación literaria de aquellos

⁷¹² Garibay y Zamalloa 1571, 71, la misma idea en *Ibid.*, 177, 185 y 187.

⁷¹³ Morales 1574, 83r, la misma fórmula en *Ibid.*, 85r, 91r, 160r. Como ejemplo concreto, referido a los astures, en *Ibid.*, 198r.

⁷¹⁴ Morales 1574, 123v; también reiteró esa idea, en relación con la Guerra Celtibérica, en *Ibid.*, 105v y 135r-135v.

⁷¹⁵ Mariana 1601, 141 y 124, respectivamente, *e. g.*

episodios épicos, reforzada aún más, si se quiere, dado el tono declamatorio de este género. La *Numancia* de Rojas es un buen ejemplo:

«Mientras así
juntos y unidos estéis,
mientras al común provecho
vuestra intención aspirare,
y cada cual, satisfecho,
por su patria procurare
rendir al cuchillo al pecho,
mientras en amor ligados,
como en estas varas fundo,
os vieren fuertes y osados,
de todo el poder del mundo
no podréis ser sujetos»⁷¹⁶.

Por otro lado, considerar estos episodios en esos términos de proceso único y misión conjunta —a pesar de la fragmentación coyuntural—, le confería al fenómeno una enorme magnitud histórica. De nuevo, las propias fuentes proveían fácilmente argumentos que respaldaban esa excepcionalidad, en especial en lo que respecta a la conquista romana. Como apuntaba Morales en su preludio, el tópico partía de la propia duración de las guerras, los célebres doscientos años que había tardado Roma en controlar completamente Hispania, desde el desembarco del 218 a. e. c. hasta el fin de la Guerra Astur-Cántabra; la extensión se completaba con su carácter particularmente cruento, la fiereza inaudita de los locales y los estragos causados en los invasores. Fundamentalmente, estas nociones propias de las fuentes antiguas habían sido concebidas en origen como un recurso retórico con el que magnificar y dramatizar la propia hazaña romana, tendencia que además fue exagerada en las síntesis tardías como la de Floro y Orosio (§ 2.3 y 2.7). Aquellos tópicos servían ahora en bandeja la base sobre la que construir el discurso épico español. Morales, aparte de su preludio, dedicó todo un capítulo a esta idea con un título suficientemente explícito: «Quan diuerso fue el conquistar los Romanos a España de las otras prouincias y algunas cosas que aca sucedieron en este tiempo»⁷¹⁷. Garibay, como fue habitual, fue un poco más allá, al considerar que la conquista, en realidad, no se completó plenamente, pues «nunca la pudieron, posseer tan quieta, que no tuuiesen necescidad de grandes presidios, y ordinario exercito»⁷¹⁸.

Además, los textos, debidamente interpretados, también ofrecían explicaciones atractivas al fenómeno; si esa increíble resistencia había sido posible, se debió a dos

⁷¹⁶ Rojas. *Num. Dest.* 2.1041-1054.

⁷¹⁷ Morales 1574, 68v-69r, en la misma línea *Ibid.*, 44v.

⁷¹⁸ Garibay y Zamalloa 1571, 71.

motivos fundamentales: la cualidad guerrera de los hispanos y su irrefrenable ansia de libertad. Aquellos *topoi* que las fuentes habían utilizado para barbarizar al conquistado, tanto en positivo como en negativo, servían ahora para perfilar uno de los rasgos étnicos más característicos de la esencia española, la fiereza (§ 7.3). Además, el estigma negativo de la agresividad hispana encontraba así una causa lo suficientemente elevada: el ansia de libertad entendida como libertad patriótica.

«Y en particular nosotros los Españoles con tener mas vigor en el animo para procurarla [la libertad], tenemos ta(m)bien mas ferocidad para no poder sufrir la sujecion. Y como ay en nosotros vniuersalmente alto denuedo para dessear grandeza y señorío, assi ay muchos brios para escapar de la servidumbre»⁷¹⁹.

Entendiendo estas como las causas del conflicto, se negaba a los propios invasores papel alguno en lo que respecta a esa inédita prolongación del conflicto, ya que la explicación de la misma recaía exclusivamente en las cualidades y la voluntad de unirse (o no) de los antiguos españoles⁷²⁰.

Se construía así la historia de una gran epopeya de resistencia y los tópicos sobre el bárbaro conquistado se reinventaban como virtudes heroicas; por último, era necesaria la construcción de un antagonista. En efecto, junto con el deseo de libertad hispano, la otra gran causa de su enconada resistencia se identificó unánimemente en la injusticia de las acciones de los invasores. Mariana acusaba a los fenicios de «auer echado grillos a la libertad, y puesto vn yugo grauisimo sobre las ceruices de la prouincia», como también denunciaba los engaños comerciales de los griegos⁷²¹. Garibay identificó en la llegada de los cartagineses la motivación de «tiranizar la patria»⁷²². Por su parte, el sometimiento a Roma comenzaba con una gran revelación: tras la Segunda Guerra Púnica, los inocentes españoles se percataron de que el objetivo de los romanos no era liberarlos, sino «guerrear con nosotros para hazernos sus vasallos, llevarnos crueles tributos, enriquecer con nuestros thesoros, y ponernos cada dia el yugo mas pesado, para que fuesse mas entera la sujecion»⁷²³; por cierto, el mismo «yugo pesado» del que habló Cervantes al pensar en Numancia.

Desde luego, el discurso sobre el invasor estuvo provisto de prejuicios y críticas viscerales —especialmente implacables en lo que concernía a fenicios y cartagineses—, tanto como de lamentos por el sometimiento de Iberia. Ahora bien, este punto es complejo, pues en la España imperial el referente romanista fue fundamental. Trataré con

⁷¹⁹ Morales 1574, 69r.

⁷²⁰ Solo se menciona rara vez, y de pasada, la falta de interés que Roma tenía realmente en la conquista del norte (*Ibid.*, 196v).

⁷²¹ Mariana 1601, 48 y 29, respectivamente; en la misma línea, Ocampo 1543, XLVv.

⁷²² Garibay y Zamalloa 1571, 139; de manera muy similar, Morales 1574, 63r-63v; Mariana 1601, 49-52, *e. g.*

⁷²³ Morales 1574, 68v; idéntica idea en Mariana 1601, 123.

detalle la representación del invasor-civilizador en otros apartados (§ 6.2 y 6.3), pero anticipo ahora una idea fundamental: el reproche a los conquistadores no fue una censura de la conquista en sí misma, sino a la injusticia de sus acciones. Esto es especialmente evidente en el caso de Roma, en tanto que las críticas generalmente se individualizaron, focalizando en personajes, actitudes o episodios concretos, pero la idea es aplicable al tratamiento del concepto de conquista en general. El matiz es clave, pues no estamos frente a una concepción de la invasión como violación de la patria, al menos no de una forma cerrada y simple, ni ante una demonización absoluta del foráneo; por el contrario, se distinguió entre las formas malas y buenas de dominación, entre los efectos negativos y positivos del sometimiento. Si en la historiografía bajomedieval esos episodios bélicos habían funcionado básicamente como escenarios para la reflexión política, el discurso se iba complejizando a medida que se reforzaba el componente autoctonista. La construcción de esa epopeya nacional no podía producir un mensaje simple y maniqueo, pues entraba a formar parte de un juego complejo en el que también tenían un peso propio otras nociones fundamentales: debía combinarse con la identificación imperialista y la exaltación del colonialismo civilizador; en definitiva, debía integrarse en el discurso de una potencia que estaba acometiendo las mismas empresas que asumieron los conquistadores de Hispania.

4.3. Escenarios y protagonistas heroicos

Más allá del planteamiento general de la epopeya hispana como nuevo discurso patriótico, cabe considerar cuáles fueron los temas, protagonistas y escenarios en los que se concretizó. Es importante explorarlo precisamente en esta etapa; con excepciones, matices y readaptaciones posteriores, se puede considerar que los grandes hitos de la gesta hispana de la resistencia adoptaron su forma fundamental en ese periodo clave de la segunda mitad del siglo XVI. Si el relato medieval se había limitado por lo general a episodios muy puntuales⁷²⁴, ahora se manejaba un catálogo ciertamente prolífico de batallas y personajes. Ciertamente, los hitos más célebres, especialmente Sagunto, Numancia y Viriato, estuvieron sometidos a una enorme multiplicidad de fenómenos de apropiación y reinterpretación a muy distintos niveles (nacional, regional y local; académico, literario y popular); en su caso confluía la rica tradición previa que sí existía sobre ellos y el nuevo caldo de cultivo humanista que multiplicaba sus posibilidades.

⁷²⁴ Básicamente, aquellos que Orosio había tratado con cierto detalle: Sagunto, Numancia, Viriato, campaña de Junio Bruto y Guerra Astur-Cántabra (§ 3.4).

Desde luego, Sagunto fue uno de los grandes escenarios de esa epopeya hispana. Aunque la ciudad seguía considerándose exclusivamente griega⁷²⁵ y la diferenciación etnoocultural en este periodo tenía ya una cierta significancia, esto no fue obstáculo para que su resistencia y sacrificio se percibiesen como propios. Su exaltación épica iba acompañada ya por su ubicación correcta, después de siglos erróneamente identificada con Sigüenza o Medinaceli (§ 3.4). Resulta fundamental relacionar esto con los esfuerzos anticuarios por desentrañar su ubicación geográfica y la correcta identificación de sus ruinas; en este sentido, cabe destacar las notas arqueológicas sobre Sagunto/Morvedre que incluyó Beuter, particularmente cercano e informado como valenciano⁷²⁶. El propio Ocampo se hizo eco de la polémica y se posicionó, negando los vínculos entre Sagunto y Sigüenza que habían promovido algunos autores previos, citando particularmente a Gil de Zamora⁷²⁷. Coetáneamente, Guevara lo tenía claro: «quien dixere que la q(ue) agora se llama en castilla cigüença, fue en otro tiempo la ciudad de sagunto, sera porque lo sueño, mas no porque lo leyo»⁷²⁸. En todo caso, la ligazón entre la ciudad antigua y moderna se mantuvo, aunque ya en referencia a la ubicación auténtica: en el relato del asalto en la *Crónica* los locales fueron definidos indistintamente como «saguntinos» o «vezinos de Moruédre»; la ubicación era otra, pero el principio era similar: al remitir anacrónicamente al topónimo moderno de Morvedre se ahondaba en la inconcreción étnica y se reforzaba su conexión con el presente.

Independientemente de la ubicación, el peso simbólico de la recreación de la destrucción de la ciudad fue igualmente magnificada e idealizante, potenciándose, de hecho, en concordancia con ese nuevo énfasis en este tipo de acontecimientos. En este caso, la diversificación de las fuentes grecolatinas marcó una diferencia particular, pues en las historias referenciales medievales, como la de Alfonso X, el episodio había aparecido de una manera particularmente sintética, en gran medida por lo escueto del texto de Orosio. Tanto Ocampo como Beuter enriquecieron enormemente la narración con los detalles derivados ya del completo abanico que ofrecían de Polibio, Livio, Plutarco, Silio, etc.⁷²⁹. Es especialmente destacable el espacio dedicado a este episodio por parte de Beuter —valenciano y buen conocedor de las fuentes—, sobre todo si tenemos en cuenta lo escueto que fue en lo respectivo a Numancia y Viriato (*vide infra*); no en vano, en la edición de su obra se le dedicó una de las pocas ilustraciones (Figura

⁷²⁵ Lo que ocurría, fundamentalmente, desde la referencia de Isidoro a su fundación por parte de Zacinto (Isid. *Etym.* 15.68).

⁷²⁶ Beuter 1546, XXXVIv-XXXVIIr, LVIv-LVIIr, e. g. Aunque se reconoció en este periodo su identificación con la ciudad antigua, el nombre de Morvedre/Murviedro se mantuvo hasta 1868, cuando se recuperó el nombre romano.

⁷²⁷ Ocampo 1543, CCXXIIIv-CCXXVr, en concreto polemizó explícitamente con la tesis de Gil de que los supervivientes saguntinos hubiesen fundado Sigüenza; en cambio, Beuter (1546, XLVIIr) sí recogió esta teoría como cierta.

⁷²⁸ Guevara 1539, XIr.

⁷²⁹ Ocampo 1543, CCXVIIIr-CCXXIVr; Beuter 1546, XLIIIr-XLVIIr.

9), la única sobre la resistencia hispana. En efecto, los nuevos detalles del episodio conllevaban, además, una más profunda explotación de su potencial simbólico. Compartía con Numancia los conceptos de sacrificio y colectividad (*vide infra*), pero, además, tenía sus propias connotaciones añadidas. En primer lugar, otorgaba a la Antigüedad hispana relevancia universal; el hecho de constituirse como *casus belli* de la Guerra de Aníbal situaba a la Península en el centro de los acontecimientos mediterráneos, lo que se presentaba como una prueba de la centralidad histórica de España. En segundo término, era el gran episodio de resistencia contra los cartagineses, el pueblo más demonizado de entre los colonizadores de Iberia, un estigma muy teñido en este periodo de connotaciones religiosas y étnicas, antisemitas y antiafricanas⁷³⁰. Pero no solo eso, sino que, al mismo tiempo, servía como ejemplo paradigmático de la ignominia romana por su dejación de auxilio, en última instancia, «la causa de toda su perdition»⁷³¹. En este sentido, probablemente el aspecto más característico en la explotación discursiva de Sagunto estuvo en el lamento por los efectos innobles e injustos de la perfidia política de Roma, en la crítica hacia la instrumentalización maquiavélica de los hispanos en los juegos de poder de las naciones foráneas (§ 9.2).

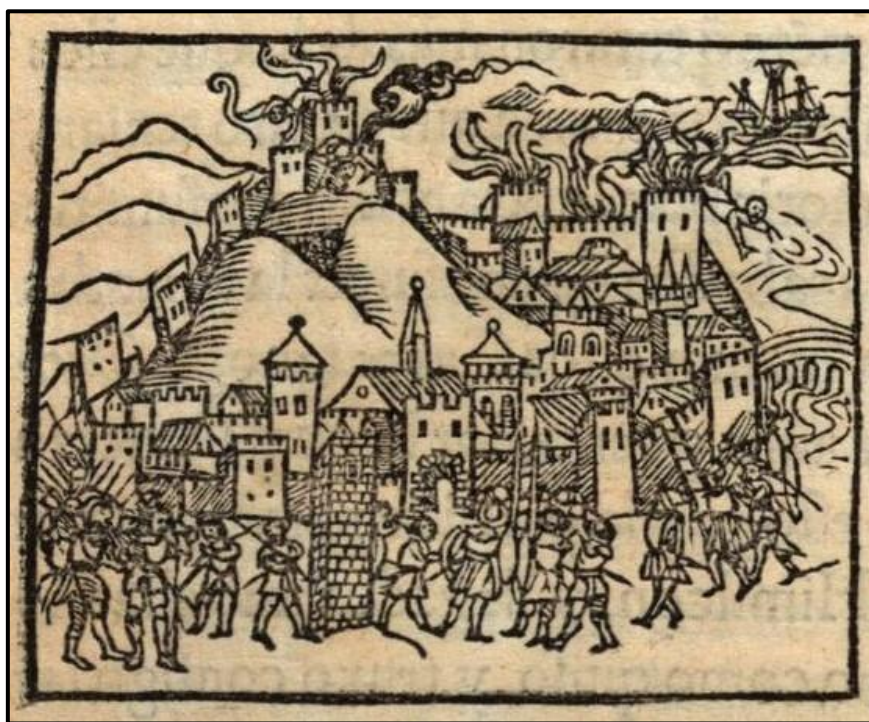


Figura 9. «Presa de Sagunto», xilografía de la *Coronica de Beuter* (1546, XLVIv)⁷³².

⁷³⁰ Ferrer Albelda 1996a, 29-52.

⁷³¹ Ocampo 1543, CCXXIIv.

⁷³² Fuente: <http://bivaldi.gva.es/es/consulta/registro.cmd?id=4100> (accedido: 05/10/2017).

Su consolidación historiográfica moderna pasó por su presencia en la *Crónica* de la mano de Ocampo⁷³³. El tono de su relato fue absolutamente exaltatorio y se adornó además con el componente fantasioso tradicional: por ejemplo, aunque le negó credibilidad alguna a la narración de Silio⁷³⁴, tanto él como Beuter elucubraron ampliamente sobre el augurio del neonato saguntino que se introdujo de nuevo en el vientre de su madre⁷³⁵; por cierto, esta llamativa profecía fue también el motivo central de un romance —*Romance, de lo que le sucedio Anibal sobre Sagunto, y vn prodigio que fue visto dentro*—⁷³⁶, probablemente por influencia de la propia *Crónica*. De cualquier modo, Ocampo, con su exhaustiva minuciosidad fáctica, desarrolló ya claramente todos los componentes ideológicos característicos del episodio: lealtad a Roma, resistencia heroica y sacrificio digno. Estos no harían sino reforzarse en la relectura de Mariana, cuya síntesis se concentró particularmente en el sesgo antipúnico y el maquiavelismo romano; en todo caso, filtró el detallismo fantasioso de Ocampo, ponderando su obra, aparentemente, mediante el manejo directo de las fuentes primarias⁷³⁷.

Por su parte, probablemente Numancia es el episodio que mejor ejemplifica ese proceso de potenciación humanista de los mitos bélicos con una presencia destacada en el legado previo. Como en el caso de Sagunto, aunque quizá de una forma aún más polémica, la revisión moderna de Numancia conllevó también un replantamiento sobre su localización⁷³⁸. Ya en el siglo XV Margarit desechó tanto la ubicación en Zamora como la de Caesarugusta que habían defendido ciertos eruditos aragoneses⁷³⁹. En efecto, con el tiempo la correcta localización en Garray (Soria) se impuso con fuerza a partir de la lectura ponderada de las fuentes geográficas (Ptolomeo y el *Itinerario* de Antonino, particularmente), así como las aproximaciones anticuaristas, aún poco exhaustivas, a los restos del Cerro de la Muela⁷⁴⁰. Sin duda Morales contribuyó a consolidar la localización en Garray al incorporar la idea a la *Coronica*, lo que a su vez fue recogido y definitivamente consolidado por Mariana⁷⁴¹.

⁷³³ Ocampo 1543, CCXVIIv-CCXXIVr.

⁷³⁴ Ocampo 1543, CCXXr-CCXXv.

⁷³⁵ *Ibid.*, CCXIXv; Beuter 1546, XLIVv; proviene de Plinio (*N. H.* 7.3.35) y fue reproducida por Alfonso X (*EE* 21) (§ 3.4); *vide* Pérez Vilatela 2014-2015.

⁷³⁶ Cueva 1587, 293v-295v.

⁷³⁷ Mariana 1601, 85-90; *vide* Cirot 1904, 320-322; Gómez Martos 2012, 101-102; 2018, 112-113.

⁷³⁸ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 71-78.

⁷³⁹ *Ibid.*, XVIIIv y LIVr.

⁷⁴⁰ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 75-77.

⁷⁴¹ Morales 1574, 101r-101v; 1575, 104v-105r; Mariana 1601, 131.

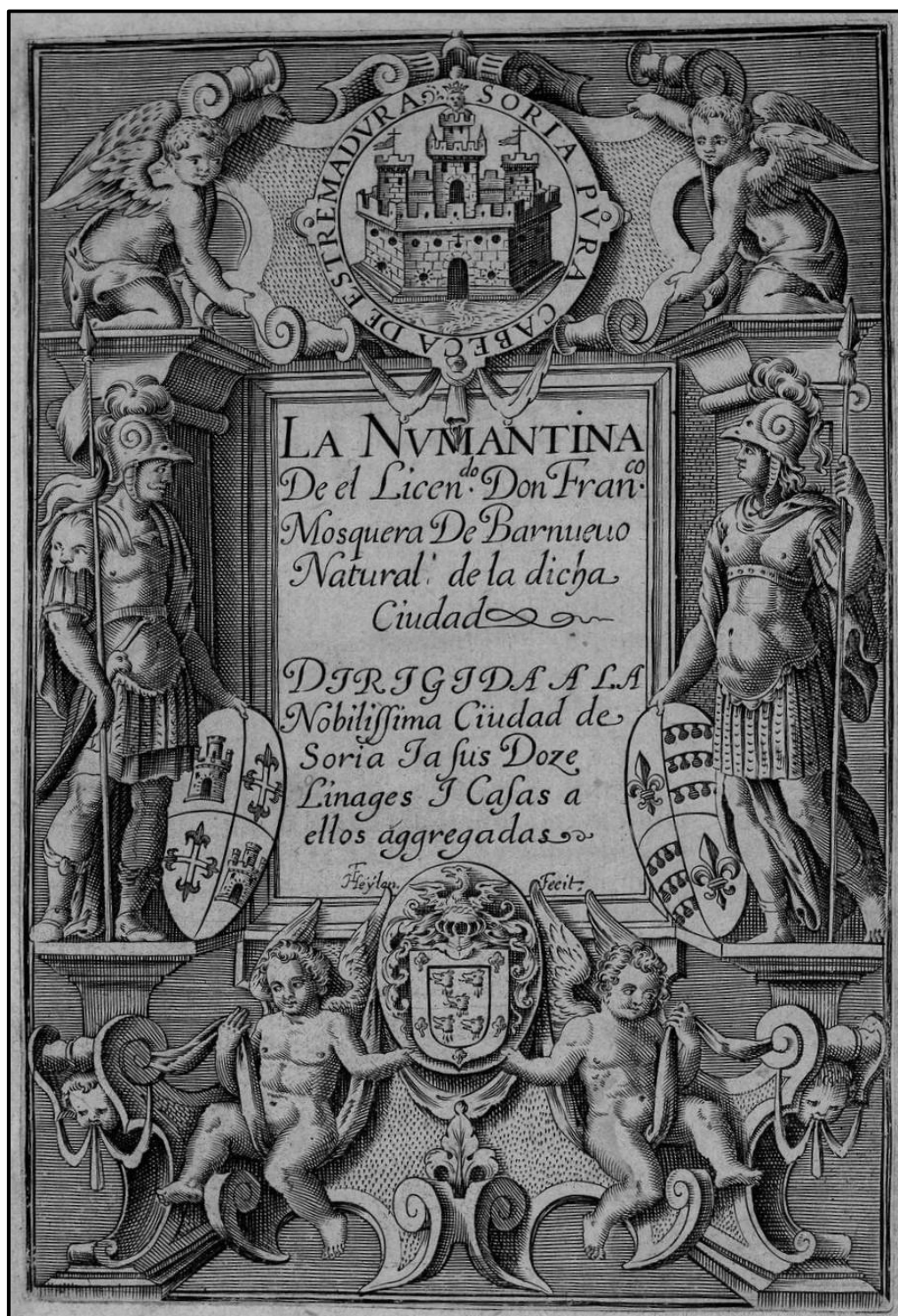


Figura 10. Portada de *La Numantina* de Mosquera de Barnuevo (1612)⁷⁴².

⁷⁴² Fuente: <https://bibliotecadigital.jcyl.es/es/consulta/registro.cmd?id=2325> (accedido: 18/12/2017).

En todo caso, la cuestión estaba lejos de quedar zanjada. Por un lado, un sector de eruditos zamoranos mantuvo la identificación medieval. A pesar de lo indefendible de la teoría, siguieron invocando a Orosio, además de autores y documentos medievales, y manejaron incluso algunos datos arqueológicos, como los signos de incendio en el Cerro del Temblajo; una opción alternativa fue defender la existencia de dos Numancias legítimas, la de Garra y la de Zamora, esta última heredera de aquella y nombrada así por los méritos logrados en la Reconquista⁷⁴³. En otro frente, Garra tuvo que competir con la apropiación de su identidad por parte de la ciudad de Soria, una inercia favorecida por su proximidad y alimentada por las élites urbanas⁷⁴⁴. En la formulación de esa teoría destaca por encima de todo *La Numantina*, esa combinación entre tratado historiográfico y poema épico que probablemente compuso Martel y reprodujo/plagió Mosquera (§ 5)⁷⁴⁵. Su tesis, básicamente pensada para legitimar los privilegios de la oligarquía local de los Doce Linajes, fue después retomada y consolidada por Pedro Tutor y Malo⁷⁴⁶; básicamente, defendía la idea de que una gran parte de numantinos supervivientes se habrían asentado en la moderna Soria, refundando una segunda Numancia, de forma que su genealogía podía rastrearse en las familias de la nobleza local. A pesar de que la localización geográfica y arqueológica de Garra era ya incuestionable, costaba renunciar a tan nobles orígenes.

Estuviese donde estuviese, la potencia simbólica de Numancia no hizo sino crecer. Su propia relevancia en la literatura antigua, cuyo conocimiento ahora se diversificaba, y la incidencia de las diferentes tradiciones medievales confluyeron en su redescubrimiento renacentista para convertirla en un emblema omnipresente del imaginario histórico moderno a muy diferentes niveles culturales, sociales e identitarios⁷⁴⁷. Desde ese nuevo altar de envergadura nacional al que fue elevada, Numancia fue importante simbólicamente por muchos motivos fundamentales, algunos más tradicionales, otros con nuevos sentidos. En primer lugar, se convirtió en el ejemplo paradigmático de la crueldad derivada de la arrogancia imperial de Roma, de los abusos derivados de una concepción soberbia del poder, como Sagunto lo era en lo concerniente a Aníbal y los cartagineses. Como contrapunto, Numancia se presentó como el símbolo por excelencia de la resistencia patriótica de los hispanos, su ansia de libertad incondicional, su honorabilidad y elevada dignidad que los conduciría hasta el extremo del sacrificio colectivo, lo que convirtió al episodio en una *victoria en la derrota* por antonomasia (§ 11). Pero, además,

⁷⁴³ Quizá el esfuerzo más célebre y minucioso en este sentido fue el Lobera 1596, 342r-350v, pero no fue el único; *vide* Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 71-73 y 77-78.

⁷⁴⁴ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 73-78 y 83-85.

⁷⁴⁵ Martel *ca.* 1590; Mosquera de Barnuevo 1612; remito de nuevo a Higes Cuevas 1959; 1966; Sáenz García 1965; 1968; Sobaler Seco 1998, 8-12; Esteban Jauregui 2014.

⁷⁴⁶ Tutor y Malo 1690; *vide* Sobaler Seco 1998, 12-13.

⁷⁴⁷ En general, sobre los distintos aspectos que atañen a la visión de Numancia en los siglos XVI y XVII, resulta imprescindible: Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 53-103.

se concibió como el máximo ejemplo de la epopeya hispana en un sentido colectivo; la gesta de la resistencia y la dignidad del sacrificio eran un honor y mérito de la comunidad, del pueblo numantino en su conjunto —y por metonimia, de los españoles— más allá de las glorias y ambiciones personales. En este sentido, es muy significativo que ni siquiera personajes numantinos que entonces empezaron a ser conocidos, como Retógenes o Megara —además de otros ficticios—, nunca tuvieron un papel verdaderamente importante en ninguna recreación del relato, donde siempre primó el concepto de comunidad⁷⁴⁸. Esta idea debe entenderse como parte de ese discurso sobre la identidad española compartida, vinculada al concepto de concordia y unidad ante el enemigo, que se estaba volcando en general sobre la construcción de la epopeya hispana (§ 4.2).

Morales se encargó de esa reinvencción moderna de Numancia⁷⁴⁹. Según él «llega aquí la historia de España a lo mas alto de gloria y fama, que en estos tiempos pudo subir [...], una de las cosas mas señaladas que en España, y aun en mucha parte del universo han sucedido»⁷⁵⁰. Su sublimación del asedio es evidente y en su obra podemos considerar la consolidación historiográfica de su mitificación. Por otro lado, en ese momento, las elucubraciones fantásticas sobre Numancia estaban en pleno apogeo⁷⁵¹, con lo que Morales tuvo que asumir una tarea añadida de filtrado y selección de información. Descartó el contenido puramente legendario pero, por otro lado, contribuyó a consolidar ciertos lugares comunes que pasarían a la versión canónica del episodio. Quizá el ejemplo paradigmático es la cuestión de los supervivientes. Morales simplemente obvió las leyendas que existían al respecto, aunque estas hubiesen tenido un cierto eco historiográfico; es el caso de la historia del niño que se suicidó desde la torre de la ciudad para arrebatarse el triunfo a Escipión, leyenda que estaba en la *Crónica* de Valera y se reprodujo en la literatura de Timoneda y Cervantes (§ 11.2). Ahora bien, por otro lado, se posicionó explícitamente en contra de la versión de Apiano que confirmaba la celebración del triunfo en Roma con cincuenta prisioneros numantinos, optando, en cambio, por el tópico de que ningún habitante había sobrevivido al asedio; aun ponderando los textos, asumía finalmente la visión que mejor redondeaba la idea de la victoria moral del sacrificio⁷⁵².

Su perspectiva se proyectó en la obra de Mariana, que reprodujo los mismos argumentos sobre esos tópicos problemáticos; curiosamente, se ha considerado a Mariana más crítico que sus predecesores por incluir ese tipo de advertencias sobre las contradicciones de las fuentes⁷⁵³, pero lo cierto es que todas ellas partieron de Morales.

⁷⁴⁸ *Ibid.*, 58-65.

⁷⁴⁹ Morales 1574, 121v-135v.

⁷⁵⁰ *Ibid.*, 121v-122r.

⁷⁵¹ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 91-99.

⁷⁵² Morales 1574, 134r-134v. El tópico deriva de Livio, Orosio, Floro y Valerio Máximo, en contra de la versión de Apiano; vuelvo sobre estas cuestiones en § 11.

⁷⁵³ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 70-71; *cfr.* Gómez Martos 2012, 156-157; 2018, 159-160, que

Por lo demás, Mariana simplificó los detalles fácticos, puso el énfasis en el cerco final y potenció su carga dramática⁷⁵⁴. En este sentido, cabe destacar su adición del ficticio discurso de Retógenes arengando a los numantinos sobre la unidad de España (§ 4.2), su negativa a aceptar que los embajadores numantinos rindiesen *devotio* a Escipión (§ 9.2) o la manera en que se recreó en las distintas formas de suicidio (§ 11.2). Convertía así la autodestrucción de Numancia en un clímax de todas las luchas previas, subrayaba la dicotomía simple y maniquea y recreaba una escenografía dramática que alimentaba la idealización heroica del episodio.

Estos acontecimientos fueron estudiados y enfatizados como parte de un nuevo paradigma intelectual y un nuevo discurso político, pero no debemos desdeñar la carga poética y emocional que tenían para sus autores. La íntima ligazón entre el interés oficial y la atracción personal hacia los temas de la Antigüedad en el Renacimiento queda bien ejemplificada en el manuscrito preparatorio de las *Antigüedades* de Morales⁷⁵⁵. En él se encuentra un soneto inédito dedicado a Numancia que el cronista finalmente decidió no incluir en la versión impresa. Tras sus disquisiciones sobre la localización de Numancia, tenía previsto añadir:

«Yo era muy moço quando passe por aquel lugar, y refrescando con la vista la memoria del triste y glorioso fin que Numancia aquella ciudad hizo incitando (~~ayudando~~) el hervor de la juventud, hize en aq(ue)l camino este soneto.

Numancia, y no Numancia, sino suelo
que solo el sitio tuyo representa:
nunca como la tuya tan sangrienta
victoria tuvo Roma baxo el cielo.
Y no te vencio no, que aun tal consuelo
no quiso tu valor que nadie sienta,
despues de grande estrago, larga afrenta,
muertes infinitas, eterno duelo.
Tu te venciste sola, que mostraste
en todo el pueblo tuyo un animoso
denuedo (~~corage~~) que en solo uno se alabara.
con este muchos años estorvaste
al prosperar Romano (~~Romano prosperar~~), que dichoso
en menos diez provincias conquistara»⁷⁵⁶.

ha identificado la deuda de Morales.

⁷⁵⁴ Mariana 1601, 146-157; la cuestión de los supervivientes en *Ibid.*, 157; vide Gómez Martos 2012, 156-164; 2018, 159-165.

⁷⁵⁵ El manuscrito se conserva en la Real Academia de Historia (RAH 9-5083-3) y está editado y comentado en Abascal Palazón 2012b.

⁷⁵⁶ Morales, *Ant. Esp.* 146v-147r (ed. de *Ibid.*, vols. 1, 219). Los tachones y paréntesis son del manuscrito original. Respecto de la transcripción de Juan M. Abascal, me permito modificar la palabra «incitando», que él leyó como «imitando».

Tanto su exclusión definitiva del libro como su existencia en la primera versión son igualmente reveladoras. Su descarte habla de la concepción objetivista y rigurosa con la que Morales concibió su trabajo historiográfico, lo que, obviamente, encajaba mal con la inclusión de un poema de juventud. Por otro lado, es una de las muestras más personales, simples y directas para comprender la implicación emocional e ideológica del historiador sobre el objeto de su análisis, más allá de las formas compartimentadas, comedidas y academicistas de sus publicaciones. Aunque no difiera conceptualmente de la aproximación patriótica que hizo sobre Numancia en la *Crónica*, no deja de aportar al análisis una perspectiva añadida sobre el componente emocional que la temática antigua comportaba en este periodo a nivel personal, ya se hable de un ámbito creativo o estrictamente académico.

El ejemplo de Morales sirve bien para enlazar la visión historiográfica con la literaria. En efecto, la importancia de episodios como Sagunto o Numancia en este momento no debe entenderse como un fenómeno meramente académico. Su presencia fundamental en el discurso historiográfico oficial no puede desligarse de su relevancia en distintos ámbitos culturales y sociales; aunque este aspecto resulta difícil de precisar, la consideración de su representación literaria puede ayudar (§ 4).

Así, por un lado, en la línea en que Morales ensayaba sus dotes poéticas, la representación literaria de dichas ciudades emblemáticas tuvo mucho que ver con el tópico de la ruina como concepto melancólico propiamente renacentista y barroco. En este sentido se las consideró dignos paralelos de otras grandes ciudades aniquiladas o decaídas de la Antigüedad, como Troya, Cartago o la propia Roma, lo que, desde luego, encajaba con la general tendencia erudita a la competencia histórica de las respectivas naciones: también los españoles tenían antiguas destrucciones insignes con las que hacer poesía. Simbólicamente, su sentido era muy estereotipado, ya que no importaba tanto el hecho histórico en sí mismo, sino la idea abstracta de la destrucción física de una ciudad floreciente, la noción del *ubi sunt* o la inevitable decadencia, que fue especialmente potente durante el Barroco⁷⁵⁷. En este género, de entre los enclaves característicos de la resistencia hispana, Sagunto fue el gran referente, pues en su caso se combinaba la celebridad universal de su destrucción con la evidencia visible de sus ruinas, aunque fuesen las romanas. Con este sentido aparecieron romances como *Mirando esta de Sagunto las reliquias assoladas*⁷⁵⁸ o *Aquí donde fue Sagunto y la fe de sus almenas*⁷⁵⁹, así como decenas de pequeñas composiciones, poemas y sonetos, de autores como Antonio Hurtado de Mendoza o Bartolomé Leonardo de Argensola⁷⁶⁰. Así, además de su consabida

⁷⁵⁷ Vranich 1980; 1981; Lara Garrido 1980; 1983; Marchan Fiz 1985; Ferri Coll 1995.

⁷⁵⁸ Repetido en pliego suelto (Anónimo 1595) y tres recopilaciones: Enríquez 1595, 36r-37r, Anónimo 1597, 36r y Anónimo 1600, vol.2, 221r.

⁷⁵⁹ Anónimo s. f.

⁷⁶⁰ Puede encontrarse una muestra muy amplia de estas piezas, incluyendo la transcripción de muchas de

faceta heroica y patriótica, tanto Sagunto como Numancia se mencionaron de manera recurrente como metáforas del triunfo moral y la pervivencia de los ideales, pero también de la fugacidad de la vida y el amor o lo etéreo de la vanidad⁷⁶¹; ejemplo significativo de ello son las variadas alusiones ocasionales de Lope de Vega a Numancia⁷⁶². Aunque en muchos casos se trate de menciones puntuales, tangenciales y muy diversas, ese grado de asunción del tópico, lo automático de su uso metafórico, implica un cierto grado de asimilación y conocimiento generalizados, tanto del hecho histórico como de su carga simbólica, en este caso, dentro de un ámbito de referencialidad relativamente culto.

Otro panorama se abre al considerar la irrupción de estos episodios en el teatro como tema central. Compuesta por una élite intelectual, pero dirigida a un público amplio, la dramatización de estos hechos se sitúa a medio camino entre su redescubrimiento historiográfico —del que se nutrieron de datos las obras— y la culminación de las tradiciones legendarias —con las que se enriquecieron literariamente—. Igualmente, la representatividad temática puede considerarse al mismo tiempo como síntoma y causa de la celebridad de estos acontecimientos a nivel popular: el teatro barroco era un género fundamentalmente comercial, con lo que su elección solo puede explicarse por su potencialidad como historia reconocible; a su vez, cabe pensar que su proyección en los corrales tendría una influencia crucial como revitalizador del mito a todos los niveles⁷⁶³.

Si Sagunto y Numancia eran las gestas colectivas por excelencia, Viriato puede considerarse como el gran héroe individual de la epopeya hispana. Su figura tampoco fue propiamente redescubierta, ya que existía una cierta tradición previa, como ejemplo militar en los espejos de príncipes y las grandes crónicas, cristianas y musulmanas (§ 3.4). Sin embargo, los aspectos de su personalidad y los detalles de sus logros habían sido limitados, por lo general, a la sucinta versión de Orosio. La semblanza del personaje se refrescó con la diversificación de las fuentes —particularmente Apiano, usado de manera habitual a partir de Morales— y su papel trascendió en dos aspectos fundamentales: su perfil se hizo más complejo, superando la imagen de mero caudillo militar, y su vacilante adscripción geográfica (toledana, lucentina o zamorana) quedó supeditada a su nuevo rol de héroe de envergadura nacional.

El mérito militar del lusitano como vencedor de grandes ejércitos consulares era obvio más allá de la precisión con que se tratasen sus campañas. Quizá lo más interesante son las dimensiones simbólicas que fueron añadiéndose o potenciándose en esa gesta a medida que su figura crecía. Su gesta fue valorada, en primer lugar, como una clara

ellas, en Vranich 1981; Lara Garrido 1983; Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988, 325-348; Ferri Coll 1995.

⁷⁶¹ Comentarios y ejemplos en Lara Garrido 1983; Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 85-86; García Cardiel 2013, 42-43.

⁷⁶² Calvo 2006, 852-853.

⁷⁶³ Rodríguez Cuadros 1995; Ballester Rodríguez 2010.

antítesis de los abusos y la perfidia romanos, doblemente concretizados en la matanza de Galba y en la inducción de la traición que acabó con la muerte de Viriato, esto es, tanto en la causa como en el final trágico de la revuelta (§ 9.2). La culpabilidad y demonización de Galba fue incontestable, y hubo algunas variantes en la versión del asesinato, especialmente en su reinterpretación literaria⁷⁶⁴, pero el mensaje principal fue unánime: la perfidia cometida fue tan flagrante que hasta la propia Roma acabó renegando de ella al descartar el pago a los asesinos.

Por otro lado, el empleo de Apiano en la segunda mitad del siglo XVI —usado de manera generalizada a partir de Morales— enriqueció su semblanza personal, aportándole una dimensión moral más profunda. Los conceptos de justicia, generosidad y austeridad complementaron su idealización y dotaron de un sentido nuevo a la tradicional fórmula de sus orígenes como pastor y bandido. En todo caso, los rasgos barbarizantes de su figura, particularmente su faceta como bandido, comportó una cierta fricción con algunas concepciones fundamentales del momento, tales como la sublimación del orden y la autoridad desde una perspectiva historiográfica (§ 8.2). Asimismo, es importante subrayar que en este periodo no se utilizó la obra de Diodoro en lo que respecta a esta figura, por lo que aún no se manejaron con todas sus consecuencias las posibilidades de caracterización moral que brindaba la tradición cínico-estoica. En general, algunos fragmentos de la *Bibliotheca* de Diodoro fueron difundidos más tardíamente que el resto y no fueron editados y manejados de una manera generalizada hasta finales del siglo XVI. Por otro lado, Mariana no utilizó en su *Historia* algunas fuentes grecolatinas que sí conocía, prefiriendo a menudo recurrir a Morales. En el caso concreto del fragmento diodoreo referente a Viriato, se sabe que Mariana tuvo acceso privilegiado a él mediante el manuscrito de la *Biblioteca* de Focio, pero no lo usó; quizá se deba al mismo motivo por el que no publicó íntegramente la valiosa obra del bizantino, un autor problemático al haber sido condenado por la Iglesia Católica por cismático⁷⁶⁵.

Aunque partiendo de las fuentes básicas y de forma muy sintética, ya para Beuter y Garibay el lusitano fue uno de los más destacados «capitanes Españoles», destacando las «marauillas» logradas contra los romanos⁷⁶⁶. No obstante, no cabe duda de que Morales fue el gran artífice de su figura desde una perspectiva moderna y consistente historiográficamente, al tratar sobre la Guerra de Viriato a lo largo de diez minuciosos capítulos⁷⁶⁷. Desde el punto de vista ideológico, sentó las bases de su representación heroica, siempre fiel a su estilo, comedido e impersonal, dejando recaer en los autores grecolatinos la responsabilidad de su exaltación: su excelencia táctica en Frontino, su

⁷⁶⁴ Por ejemplo, Garibay culpó del asesinato a dos soldados anónimos de Viriato, en vez de los tres conocidos (Garibay y Zamalloa 1571, 181).

⁷⁶⁵ Sobre esta cuestión *vide* Gómez Martos 2012, 131-141; 2014; 2018, 139-147.

⁷⁶⁶ Beuter 1546, LXVIIIv-LXIXv; Garibay y Zamalloa 1571, 179-181.

⁷⁶⁷ Morales 1574, 109v-121v.

justicia en Apiano, su grandeza política en Floro y la culpabilidad de Galba en Suetonio. Además, relativizó la potencial carga negativa de su etapa delictiva como bandido, aludiendo a su naturaleza excepcional, al «grande animo» innato que le empujó a superarla (§ 10.2).

Si Morales redescubrió a Viriato, las fuentes disponibles y sus posibilidades simbólicas, Mariana consolidó su sublimación como héroe nacional. De acuerdo con su estilo, aligeró la crítica textual, potenció literariamente su gesta y elevó el tono patriótico. En la *Historia* quedó ya claro su estatus de gran héroe de la resistencia hispana, así como el doble sentido, militar y moral, de su carácter ejemplar:

«Varon digno de mejor fortuna y fin: el qual de baxo lugar y humilde, co(n) la grandeza de su coraçon, co(n) su valor y industria, trabajó con guerra de tantos años la grandeza de Roma. No le quebrantaro(n) las cosas aduersas, ni las prosperas le ensoberuecieron. En la guerra tuvo altos y baxos, como aco(n)tece: pereció por engaño y maldad de los suyos, el libertador, se puede decir, casi de España, y q(ue) no acometio los principios del poder del pueblo Romano, como otros, sino la grandeza y la magestad de su imperio: qua(n)do mas florecia(n) sus armas, y aun no reynaua(n) del todo los vicios, q(ue) al fin los derribaron»⁷⁶⁸.

De hecho, esa voluntad por recrear al personaje y sus fuentes de una forma exhaustiva llevó a hacer un uso erróneo de la epigrafía al incluir la transcripción de cinco inscripciones falsas, primero por parte de Morales y después por Mariana⁷⁶⁹. Se trata de los supuestos testimonios funerarios de soldados muertos en el conflicto, una serie interesante, particularmente por constituir un conjunto temático desacostumbrado, aunque su origen es incierto⁷⁷⁰. Se han encontrado por primera vez en el manuscrito *De situ, longitudine, forma et divisione totius Hispaniae libellus* (1520), obra inédita compuesta por Agostino Nettiucci después de su viaje por la Península Ibérica entre 1513 y 1516 como secretario del embajador de Florencia⁷⁷¹. Poco después, reaparecieron en otro manuscrito, el llamado *Libro de Ocampo* (ca. 1525-1544), atribuido normalmente al cronista⁷⁷². En esta versión hay algunas modificaciones que luego se perpetuaron en las historias impresas, tanto españolas como portuguesas; la más significativa tiene que ver con los topónimos: si en la versión de Nettiucci primaba el nombre de ciudades antiguas de difícil localización (Sisapo, Baccia), en algunos casos se susituyeron por otras claramente identificables con enclaves lusitanos (Viseu, Ébora).

⁷⁶⁸ Mariana 1601, 145; el relato completo en *Ibid.*, 138-145; vide Gómez Martos 2012, 152-156; 2018, 155-158.

⁷⁶⁹ Morales 1574, 112v, 114r, 115v, 116r y 119r; Mariana 1601, 140.

⁷⁷⁰ *CIL* II 20*, 21*, 40*, 51* y 344*. Todos los detalles sobre estos falsos y su transmisión en Carbonell Manils et al. 2012.

⁷⁷¹ Se conservan dos copias (BAV MS. Vat. Lat. 3622 y MS. Ottob. Lat. 2104); vide *Ibid.*, 51-54.

⁷⁷² BNE MSS/3610, ff. 2r-29v; vide *Ibid.*, 60-62.

Si a mediados del siglo XVI la reproducción de estos falsos empezó a ser automática, su motivación y origen últimos son más problemáticos. Se ha pensado en la autoría de algún humanista portugués, como Resende, João de Barros o Bernardo de Brito; respaldaría esta idea la localización de algunos de los epígrafes en el área de Ébora, ciudad de Resende y objeto de sus alabanzas historiográficas⁷⁷³. Asimismo, la alusión explícita y continua a Viriato y los lusitanos podría interpretarse como una exaltación del personaje mediante la constatación de las muertes causadas entre las filas romanas⁷⁷⁴. Ahora bien, ambas lecturas —la génesis portuguesa y la exaltación de la resistencia— presentan problemas. Geográficamente, la adscripción portuguesa no es clara, pues no se corresponden con sus fronteras todos los topónimos ni lugares de hallazgo mencionados (Zamora y Trujillo, *e. g.*); por otro lado, no parece querer subrayarse el elemento indígena, sino el romano: en los textos se mencionan familias y personajes ilustres y se ubican en la zona magistraturas, templos y monumentos romanos de forma anacrónica. Así, independientemente de la posterior apropiación portuguesa, la invención del conjunto no parece responder en origen a una reivindicación localista, sino a la revalorización de toda la región lusitana como entidad hispanoportuguesa mediante la sobredimensión de la presencia romana desde un periodo temprano. Desde esa perspectiva, su concepción podría situarse más bien en el círculo italianizante de los Reyes Católicos, ese protagonizado por personajes como Nebrija y Marineo; así, ideológicamente, en la línea de lo ocurrido con los Toros de Guisando (§ 4), se trataría más bien de una expresión simbólica romanista del proyecto imperial panhispánico de la Corona⁷⁷⁵.

Sea esta teoría acertada o no, es evidente que la recepción de la figura de Viriato vivió una transformación en este periodo que le otorgó una nueva proyección nacional. Si en la tradición medieval Viriato fue señor de Toledo (en la cronística andalusí), de Lucena (en la tradición alfonsina) o de Zamora (en la *Cronica* de Valera), la adscripción local quedaba ahora en un segundo plano en tanto que, para Beuter, Garibay, Morales y Mariana, el personaje ya era por encima de todo «español», él mismo y/o sus seguidores lusitanos. Esta idea tiene una implicación fundamental en el propio desarrollo de la guerra. Ya he comentado cómo el vínculo con Zamora que se estableció, al menos, desde finales del siglo XV por parte de Valera, suponía establecer una relación directa entre la guerra lusitana y la de Numancia (§ 3.4). Pues bien, la lectura detallada de Apiano proveyó de una referencia muy valiosa para profundizar en esa idea, lo que además permitía sustituir versiones peregrinas como la de Valera, una vez que la adscripción zamorana se había demostrado insostenible. De una manera bastante vaga y enigmática, el alejandrino mencionó que Viriato, durante una de sus campañas, había incitado la revuelta en

⁷⁷³ En efecto, en ese sentido localista reivindicó dichos epígrafes Resende (1576 [1553], 7v-8r), afirmando haber visto en persona alguno de ellos. Sobre la faceta falsaria de este autor *vide* Encarnação 1991; 1998.

⁷⁷⁴ Hernando Sobrino 2014, 528-530.

⁷⁷⁵ Carbonell Manils et al. 2012, 63-66.

Celtiberia en un momento de impasse de la Guerra de Numancia⁷⁷⁶. Esta referencia fue aprovechada por los historiadores para vincular de una manera directa las revueltas lusitana y celtibérica, ahora con un respaldado documental concreto y fiable⁷⁷⁷. La imagen de Viriato promoviendo el levantamiento final de Numancia le otorgaba al personaje un atractivo alcance nacional, en tanto que lo convertía en un ejemplo a seguir en relación con el obsesivo tema de la necesidad de concordia y unidad entre hispanos contra el extranjero (§ 4.2). La culminación de esta idea puede resumirse en la famosa cita de Mariana cuando definió a Viriato, aún con cierta timidez, como «el libertador, se puede decir, casi de España»⁷⁷⁸.

Por otro lado, la consideración de un lusitano como español conllevaba sus propias contradicciones. Lógicamente, la apropiación como héroe *español* se hizo en paralelo con su apropiación como héroe *portugués*. De hecho, la identificación de Viriato con Portugal fue quizá más temprana y consistente, ya que los lusitanos fueron asumidos desde muy pronto como los ancestros distintivos de los portugueses, una asociación que resultaba fácil por motivos geográficos obvios⁷⁷⁹. A ello se une una circunstancia política fundamental. En el periodo en que el monarca español ostentó la corona de Portugal, entre 1580 y 1640, parte de la intelectualidad portuguesa tendió a reforzar los discursos particularistas como reacción identitaria contra el dominio de los Austrias, lo que incluía la identificación con el pasado lusitano en general y con Viriato como héroe nacional. Se consideran como puntos de inflexión en este sentido la célebre epopeya de Luis de Camões, *Os Lusíadas*, de 1572, o el poema de Brás de Mascarenhas, *Viriato Trágico*, publicado póstumamente en 1699⁷⁸⁰.

Esta cuestión normalmente se ha solucionado aludiendo a una supuesta mutua ignorancia entre ambas tradiciones nacionales. Ciertamente, no parece haber confrontaciones intelectuales explícitas al respecto hasta el cambio del siglo XIX al XX; sin embargo, los dos fenómenos han estado necesariamente interconectados a lo largo de todo su recorrido⁷⁸¹. Desde luego, en este periodo los intelectuales españoles no debieron de ser ajenos a esta contradicción, y menos aún si tenemos en cuenta las intensas relaciones culturales existentes entre ambos lados de una frontera ciertamente voluble⁷⁸². Piénsese, por ejemplo, desde el punto de vista académico, en la estrecha relación personal entre Morales y Resende, de cuya obra probablemente extrajo, precisamente, las noticias epigráficas falsas sobre la Guerra de Viriato (*vide supra*); piénsese igualmente, desde el punto de vista literario, en la paradójica presencia del Viriato *portugués* en la literatura

⁷⁷⁶ App. Iber. 66.

⁷⁷⁷ Morales 1574, 114v; Mariana 1601, 141.

⁷⁷⁸ Mariana 1601, 141.

⁷⁷⁹ Guerra y Fabião 1992; Fabião y Guerra 1998; Pereira 2009; Machado 2010.

⁷⁸⁰ Acerca de la presencia de Viriato en la tradición literaria portuguesa, *vide* Machado 2010.

⁷⁸¹ Aguilera Durán 2014b, 178-179.

⁷⁸² López Moreda 2013.

hispanoportuguesa, obras de autoría lusa pero escritas en castellano⁷⁸³. No obstante, por muy conscientes que fuesen, los principales historiadores españoles eludieron entonces el problema, extrapolando sin mayores disquisiciones la nacionalidad española del lusitano. Beuter fue quizá el más precavido y explícito en ese sentido. Para él, los lusitanos y Lusitania eran sinónimos de «portugueses» y «Portugal», de manera que, para darle a Viriato esa envergadura nacional propia del momento, tuvo que puntualizar que «no solamente le siguió todo Portugal, mas la mayor parte de la España Tarragonesa fue desu va(n)do»⁷⁸⁴; así, la cuestión le obligaba a hacer una identificación algo confusa entre Hispania, España y Tarraconense, en la que Lusitania/Portugal ocupaba un lugar difícil de definir. Ciertamente, parece claro que la cuestión representaba un cierto problema de concepto, por mucho que tendiese a evitarse.

Una anécdota literaria deja entrever la consciencia sobre este problema de una manera particularmente elegante. Cuando Lope hizo en su *Arcadia* (1598) una breve semblanza de Viriato, la mejor manera que encontró para explicar su heroísmo fue: «Yo vi al Romano a mis pies, / mas ¿para qué cuenta os doy, / pues basta dezir que soy / Español y Portugues?»⁷⁸⁵. Esta mención podría ponerse en relación con el filolusitanismo de Lope⁷⁸⁶, que, por otro lado, era poco sospechoso de antipatriotismo. No creo que su interpretación pueda llevarse muy lejos; en definitiva, esta perspectiva más *ligera* del asunto dejaba al descubierto las paradojas del mito.

Entrando así en su dimensión literaria, ciertamente la celebridad heroica de Viriato tuvo también su reflejo en este ámbito⁷⁸⁷. No obstante, sí existen recreaciones literarias dedicadas de forma exclusiva al lusitano en el siglo XVII, como en el caso de Numancia, como parte del prolijo catálogo de comedias barrocas. No obstante, lo cierto es que no tuvieron una trascendencia muy destacada, no llegaron a ser publicadas y, por lo general, son poco conocidas y estudiadas. Es el caso de las ya mencionadas obras de González Bustos, *El español Viriato*, y la anónima *En el remedio está el daño*, amabas de mediados del siglo XVII (§ 4).

Por otro lado, suelen citarse habitualmente algunas menciones aisladas, más por la altura de los autores que por la importancia de las referencias en sí mismas. Aparte de la citada semblanza de Lope en *Arcadia*, cabe considerar la elegía, más bien genérica, que le dedicó Francisco de Quevedo en *Túmulo a Viriato. Habla el mármol* (s. f.), que en 1624 modificó para dedicárselo al Duque de Osuna; asimismo, en el primer libro de *El Quijote* (1605) el Canónigo alude al lusitano como ejemplo en un listado de héroes

⁷⁸³ Insúa Cereceda 2013.

⁷⁸⁴ Beuter 1546, LXIXr.

⁷⁸⁵ Vega Carpio 1598, 139r; antes le había denominado simplemente «portugués» (*Ibid.*, 133v).

⁷⁸⁶ Glasser 1954.

⁷⁸⁷ Aunque breves, son de interés las notas al respecto en Pérez Isasi 2013, 295-298.

históricos que, según él, en nada desmerecían a los fabulosos⁷⁸⁸. También a Cervantes se debe una referencia de cierto interés: utilizó el nombre de Bariato/Viriato para llamar al niño que protagoniza el suicidio final en *La Numancia*. Se trata de una figura de gran fuerza simbólica en un sentido sacrificial (§ 11) y, en cierta medida, la asociación puede relacionarse con ese vínculo semilegendario entre las guerras viriática y numantina (*vide supra*)⁷⁸⁹; también ha sido interpretado, por cierto, como una alegoría de Portugal que humilla con su suicidio la arrogancia de Castilla⁷⁹⁰. En todo caso, el personaje nada tiene que ver con el Viriato histórico, por lo que probablemente se ha exagerado al considerar este recurso cervantino como un punto de inflexión en la heroización nacional de Viriato⁷⁹¹. En cualquier caso, como ocurre en el caso de Sagunto y Numancia, estas referencias aisladas y estereotipadas constatan la utilización del personaje como un referente heroico aparentemente reconocible y relativamente generalizado.

Por último, cabe destacar, en relación con la faceta moral del personaje, su recurrente presencia en los tratados moralizantes del momento. Su valor en este sentido recaía de manera especial en sus inicios humildes y su dureza austera, conceptos muy pertinentes en los espejos de príncipes propiamente renacentistas que bebieron de manera especial del catálogo de virtudes filosóficas de la tradición clásica, continuando, en realidad, con la tradición medieval. Es la línea que sigue la presencia de Viriato en el muy popular e influyente *Relox de príncipes* de Antonio de Guevara (1529), pero también en la *Silva de varia lección* de Pedro Mejía (1540), los *Coloquios de Palacino y Pinciano* de Juan Arce de Otálora (ca. 1550), y la *Noticia general para la estimación de las artes* de Gaspar Gutiérrez de los Ríos (1600)⁷⁹².

En definitiva, dos ideas fundamentales definieron la representación de Viriato en este período: su presencia ininterrumpida en la genealogía heroica hispana y su creciente percepción como *exemplum* de virtud, moral y militar, con un sentido patriótico más definido. En lo que respecta a la Edad Media, es perceptible la transformación de su carga simbólica, de manera que progresivamente se perfila en Viriato el estatus de héroe principal de la Antigüedad hispana de manera cada vez más unívoca, aunque no sin ciertas contradicciones, como su nueva adscripción nacional española frente a la portuguesa o algunos rasgos barbarizantes de su figura, particularmente su faceta como bandido (§ 8.2).

Si bien el nuevo interés renacentista y el nuevo marco discursivo potenciaron los episodios ya célebres, también supusieron el redescubrimiento y reivindicación de acontecimientos menos conocidos o completamente obviados hasta el momento, además

⁷⁸⁸ Cervantes Saavedra 1605, 297v; sobre los personajes antiguos mencionados en la obra, *vide* López Férrez 2008.

⁷⁸⁹ Específicamente, acerca de ese personaje, *vide* Kahn 2007; 2008, 131-148.

⁷⁹⁰ Kahn 2007, 584-585; 2008, 145-147.

⁷⁹¹ Así lo sugirió Pérez Isasi 2013, 296-297.

⁷⁹² *Ibid.*, 295.

de la invención de otros ficticios. Aunque se mantuvieron como hechos secundarios, en realidad eran absolutamente necesarios en la construcción de la nueva epopeya hispana: representaban la diferencia entre mencionar unas cuantas batallas aisladas en un largo y oscuro período de invasiones —lo propio de la cronística medieval—, o diseñar un relato integral que transmitiese la idea de una resistencia hispana generalizada, constante y enconada, mantenida durante siglos y extendida por toda la geografía.

En lo que respecta a los episodios de heroísmo colectivo hay que mencionar el caso de Astapa. Realmente, los elementos del relato de su asedio son muy similares a los de Numancia o Sagunto (ataque implacable de Roma, resistencia a toda costa, sacrificio final), pero siempre fue muy secundario. Esto se debe, desde luego, a su menor fortuna literaria desde la propia Antigüedad, pero probablemente también a la propia naturaleza del conflicto que, en su versión más extensa, la de Livio, es claramente hostil a la ciudad hispana⁷⁹³: al fin y al cabo, fue castigada por su fidelidad a los cartagineses y, además, se les culpaba del incómodo delito del bandidismo (§ 8.2). Asimismo, es llamativo la valoración absolutamente censuradora que le mereció a Beuter el sacrificio de sus mujeres y niños: «hizo vna crueldad q(ue) queda en memoria para todos los siglos del mundo»⁷⁹⁴. Ahora bien, a pesar de esas pegas, y de que nunca tuvo la misma relevancia que esos otros asedios célebres, en general se tendió a incorporar a Astapa al catálogo de ejemplos del sacrificio colectivo de los hispanos por su independencia. Ya hubo un tratamiento épico y dramatizado en Garibay⁷⁹⁵, y fue revalorizado como una «gran hazaña» por parte de Morales⁷⁹⁶. Con Mariana la reivindicación ya se hizo explícita y directa, provista además con un cierto cinismo crítico:

«co(n)stancia no menor q(ue) la de los Saguntinos, pero escurecida, y casi puesta en olvido, a causa de no ser aquella ciudad tan principal y famosa como Sagu(n)to. Tanto importa la nobleza del q(ue) hace alguna gran hazaña»⁷⁹⁷.

Que Astapa había irrumpido en el imaginario épico hispano lo demuestra además un humilde pero significativo testimonio literario en el *Romance, de Lucio Mario, y destruicion de la ciudad de Astapa*⁷⁹⁸. Se reprodujeron en esta pieza las mismas reticencias a los motivos y el carácter sangriento de la matanza, pero también el reconocimiento de su valor extremo; en cualquier caso, su sola presencia es relevante porque el reflejo de este tipo de episodios en el romancero no dejó de ser limitado temáticamente (§ 4).

⁷⁹³ Liv. 28.22-23 (cfr. App. *Hisp.* 33); vide Moret 2013.

⁷⁹⁴ Beuter 1546, LIVv.

⁷⁹⁵ Garibay y Zamalloa 1571, 148; de hecho, su tono me parece mucho más expresivo que en el caso de Sagunto.

⁷⁹⁶ Morales 1574, 54v-55r

⁷⁹⁷ Mariana 1601, 119.

⁷⁹⁸ Cueva 1587, 188r-191r.

También cabe considerar la relativa revalorización que vivieron la Guerra Astur-Cántabra en este periodo, aunque su significación simbólica siguió teniendo ciertos límites. Lo cierto es que la historiografía medieval había transmitido una visión de esta guerra muy favorable a Roma, siguiendo de cerca a Orosio y, en última instancia, reproduciendo la versión de la propaganda augustea (§ 2.5). Pues bien, en esta nueva etapa, Morales trató este conflicto con una relativa asepsia, también bastante ajustado a la versión de las fuentes⁷⁹⁹. Más allá del reconocimiento de la valentía de aquellos pueblos, no puede distinguirse claramente en su relato un discurso de heroización de los mismos ni una identificación con su causa. Comulgó con el *casus belli* aducido por las fuentes (las incursiones «vizcaynas» contra los vacceos), considerando por ello que la conquista estaba plenamente justificada. Asimismo, fue minucioso con los detalles etnográficos provistos por Estrabón, reproduciendo fielmente su caracterización barbarizante de los norteos como unos aislados salvajes de «ferocidad bestial», lo que le distanciaba de cualquier intento pleno de empatía (§ 6.3).

No obstante, al considerar la recepción de la guerra de Augusto en este periodo es fundamental leer con detenimiento el *Compendio* de Garibay, pues constituye una excepción muy notable en el ámbito propiamente historiográfico⁸⁰⁰. Motivado por su reivindicación de la preponderancia etnocultural de los vascos, colocó a este conflicto en una posición central de su obra, elevando el tono dramático de una forma muy particular y dedicándole un nivel de detalle que se desmarcaba claramente del carácter sintético del resto de episodios —por ejemplo, introduciendo disquisiciones sobre la contradicción de las fuentes sobre cuestiones cronológicas, etc.⁸⁰¹—. Garibay contrasta con Morales en que su identificación con la resistencia de los pueblos norteos fue absoluta y, en contra del tono neutral del segundo, su relato alcanzó en algunos momentos un verdadero delirio épico. Para empezar, matizó las causas del conflicto: la cuestión del bandidaje sobre los vacceos fue completamente reformulada para pasar a plantearse como una invasión de las tierras aliadas de Roma debida a su enemistad. Por otro lado, las consideraciones barbarizantes de Estrabón se enfocaron en las ideas de ferocidad, libertad, belicosidad y resistencia, eliminando de ellas toda connotación peyorativa (§ 7.3). Por otra parte, se hizo eco de una leyenda que narraba la campaña de 300 cántabros dirigida contra la propia Roma; la incluyó para desmentirla, pero su sola mención re incidía en la importancia otorgada a este capítulo, y la nota crítica reforzaba la solidez y rigurosidad humanística de su versión⁸⁰². En definitiva, recreándose como ningún otro en las imágenes de suicidio, ejecución y general «effusion de sangre», Garibay situaba el sacrificio de los norteos al

⁷⁹⁹ Morales 1574, 196r-199v, y sobre la campaña de Agripa, *Ibid.*, 204v-206r. Aparentemente, utilizó a Floro, Dió Casio y Orosio.

⁸⁰⁰ Garibay y Zamalloa 1571, 207-212.

⁸⁰¹ *Ibid.*, 208.

⁸⁰² *Ibid.*, 211; desconozco la procedencia de ese relato y Garibay no citó la fuente.

mismo nivel que la propia Numancia, en primera línea del catálogo épico patrio, de hecho, como su último gran hito.

En cierto sentido podríamos considerar la recreación de Mariana como un término medio entre Morales y Garibay. Por un lado, no fue ajeno a la tradición etnográfica estraboniana en lo que concierne a la visión negativa de la barbarie y el aislamiento extremo de estos pueblos; por otro lado, también encontró en ello una dimensión positiva al subrayar la autenticidad y austeridad natural que comportaba (§ 6.2). Al igual que Garibay, explicó el conflicto en clave patriótica antiromana, explotó el dramatismo de las matanzas y magnificó el episodio como uno de los grandes referentes de la resistencia española⁸⁰³. Sin llegar al extremo de aquel, lo cierto es que, en este tema, rompió en cierta medida con la *Crónica*; en su explotación épica y su relectura etnográfica, tanto Garibay y Mariana anticipaban el giro característicamente nacionalista que se da posteriormente en torno a este conflicto, cuando se convierte en el clímax de la resistencia, en la lucha del último reducto incorrupto de Iberia.

Complementariamente, Guevara, aunque no llegó a tratarla con detenimiento, se refirió a esta guerra tangencialmente en sus escritos retóricos y lo hizo con un simbolismo interesante. En las *Epistolas*, puso el ejemplo de la caída de Cantabria por Augusto (como la de Numancia por Escipión) como ejemplo de lo que no tendría por qué pasar «si parientes con parientes y vecinos con vecinos no se batieran y combatieran», con lo que relacionaba el tema con el clásico tema de la concordia y la unidad. Más interesante es la mención que hace del asunto en *Vna decada de Cesares*⁸⁰⁴. Antes de hablar de Trajano, hizo una relación de poderosas y prósperas ciudades hispanas que habían sido destruidas por Roma: Numancia, Cantabria, Istóbriga e Itálica. Tras un lamento por su desaparición al estilo del tópico del *ubi sunt*, pasó a centrarse en el caso concreto de Cantabria (identificada con la moderna Tudela), para hacer una dura crítica de la soberbia expansionista romana. Para él, Augusto la destruyó «mas como ho(m)bre mouido c(on) yra, q(ue) no guiado con razon», y a continuación inventó una carta que sus habitantes habrían enviado al emperador negándose con dignidad a la rendición, cuestionando la legitimidad divina de Roma y desafiándole a que les aniquilase finalmente: «Las minas q(ue) nosotros tenemos, no son de oro para te servir, sino minas de hierro para tu soberbia q(ue)brantar». Augusto respondió como era de esperar, asolando la ciudad, de lo que Guevara extrajo la enseñanza de que el gobernante no debería actuar llevado por la saña. Las Guerra Astur-Cántabra, de esta manera, se convirtieron en la retórica moralizante de Guevara en un ejemplo de la soberbia evitable en el líder, como muestra de la fuerza ejercida excesiva y brutalmente. No en vano, este fragmento ha sido interpretado

⁸⁰³ Mariana 1601, 186-191.

⁸⁰⁴ Guevara 1544, 9r-10v.

precisamente como una reflexión antiimperialista relacionada con las críticas del autor hacia ciertas políticas de Carlos I⁸⁰⁵.

En lo que respecta a los héroes individuales, si Viriato era la gran figura indiscutible de la epopeya hispana, otros personajes menos célebres aparecieron en el panorama historiográfico con una nueva entidad. Indíbil y Mandonio, los líderes ilergetes implicados en la Segunda Guerra Púnica y protagonistas de dos revueltas contra Roma, por su particular presencia en las fuentes y su futura fortuna nacionalista, catalanista y localista, merecen un cierto comentario⁸⁰⁶. Lo cierto es que fueron absolutamente obviados en la tradición medieval alfonsina, lo que parece fácil de explicar por el hecho de que antes hubiesen sido ignorados por Orosio. Lógicamente, en la nueva historiografía fueron bien conocidos y representados, sin embargo, mi impresión es que no ocuparon, por lo general, ningún papel de honor en ese catálogo heroico de la epopeya hispana.

Garibay mencionó sus revueltas de una manera muy escueta y aséptica⁸⁰⁷, y tanto Morales como Mariana —este seguramente inspirado por el primero—, presentaron a estos líderes como personajes poco perfilados, poco representativos en el conjunto del relato de la resistencia y, además, con unos motivos problemáticos e incluso censurables. Partían de Livio, fundamentalmente, pero su visión fue incluso más reticente y crítica hacia ellos de lo que había sido el romano⁸⁰⁸. Los dos levantamientos que lideraron los ilergetes una vez se hubo ausentado Escipión de Hispania fueron vistos como una negativa ruptura de la paz, como una «occasion de rebolver y destruyr todo este buen orden»; «andauan alborotados», «boluieron a sus mañas»⁸⁰⁹. Pero quizá lo más importante eran sus motivaciones. Estaba clara la idea de que los hispanos se habían sentido legítimamente decepcionados porque Roma mantuviese su dominio tras la expulsión de los cartagineses; esa fue una parte esencial de la retórica de la resistencia (§ 4.2); ahora bien, se dudaba de la causa concreta de los ilergetes, sospechando que habían perseguido intereses más personales que patrióticos. Aparte de que su empeño se entendió como obstinado e inútil («tal es la comun condicion, o falta de los hombres, de creer facilmente lo que desean»⁸¹⁰), el porqué planteaba una disyuntiva: «ste fin tuvieron los dos valerosos caballeros Españoles Indibil y Mandonio, o matandolos su ambicion, o muriendo generosamente por la libertad de España»; lo que Mariana suscribió: «con

⁸⁰⁵ Rivero 2005, 151-152; vuelvo sobre esto en § 4.4.

⁸⁰⁶ Acerca de la dimensión histórica de estos personajes, *vide* Triviño 1955; Guallar Pérez 1956; Garcés i Estalló 1997b; en lo que respecta a su recepción contemporánea: Garcés i Estalló 1997a; Quesada Sanz 1997; 1998; Aguilera Durán 2012b.

⁸⁰⁷ Garibay y Zamalloa 1571, 162 y 167.

⁸⁰⁸ Trataron sus revueltas contra los romanos en Morales 1574, 55r-56r, 60v-61v y 65v-67r; Mariana 1601, 120-121, a partir de Plb. 9.31 y 33; Liv. 28.32-34; 29.1-3.

⁸⁰⁹ Morales 1574, 55v; Mariana 1601, 120-121, respectivamente.

⁸¹⁰ Mariana 1601, 120.

intento de recobrar la libertad, o fuese por ambicio(n) de hazerse reyes, se leuuntaron»⁸¹¹. Es llamativo, porque estaban interpretando con recelo e incluso con un cierto sesgo negativo, el célebre discurso que Livio le atribuyó a Indíbil como arenga de la segunda revuelta y que explicaba sus causas: hablaba de unirse contra el invasor para recobrar la libertad y las tradiciones, y lo hacía justo antes de la batalla en que murió combatiendo⁸¹². Es difícil imaginar una referencia más propicia como clímax heroizante —y así lo entendió la historiografía nacionalista contemporánea—, aunque para Morales y Mariana no tuvo cabida.

Creo que pesaba mucho la trayectoria previa de los ilergetes: como aliados de los púnicos, en primer lugar, y cambiando de bando al lado de Roma, después, rebelándose contra sus aliados, finalmente⁸¹³. Desde el punto de vista retórico, la historia de Indíbil y Mandonio en las fuentes clásicas estuvo pensada para la magnificación de Escipión; no obstante, también constituye uno de los casos más interesantes de reflexión ética acerca de los conceptos de *fides* y *perfidia*, que tanto peso tuvieron en la concepción teórica e historiográfica latina del imperialismo (§ 9). Al parecer, los vaivenes de Livio en su relato en lo concerniente a las lealtades y legitimidades de estos personajes propiciaron una cierta devaluación de su imagen heroica en su recepción moderna. El problema no era que hubiesen luchado al lado de los extranjeros, lo que era aceptable (*vide infra*), sino que habían sido sistemáticamente desleales y, aparentemente, egoístas, en esas acciones; quizá por eso su papel en el imaginario heroico de estas historias fue tan limitado.

Por cierto, hablando de reducir mitos, Morales mencionó la leyenda de que estos dos régulos eran los antepasados de la ilustre familia de los Mendoza. Probablemente la idea se fraguó en algún tratado genealógico de encargo, tan característicos del momento, aunque el cronista no dio ninguna referencia; puede que su reflexión final tenga algo de sentido: «siguen tan vanas conjeturas, que aun no merecen que nadie se detenga en deshazerlas»⁸¹⁴.

La cronística oficial y castellana no condescendió demasiado con los ilergetes pero en el ámbito catalán y levantino tuvieron una consideración diferente. De hecho, allí el redescubrimiento de las fuentes grecolatinas conllevó la emergencia de estos personajes como los héroes de la resistencia más destacados de la región. En cierta medida, su perfil se desenredó de la problemática de las cambiantes alianzas y dudosas motivaciones, reforzándose su rol de rebeldes. Por otro lado, curiosamente, en esas recreaciones, Mandonio mantuvo por lo general un papel protagonista, por encima de Indíbil, a pesar de que este último era claramente preeminente en las fuentes historiográficas principales.

⁸¹¹ Morales 1574, 67r; Mariana 1601, 121.

⁸¹² Liv. 29.1-2.

⁸¹³ Morales 1574, 31v-33r, 35r-36v y 48r; Mariana 1601, 97, 108-109 y 115, a partir de Plb. 3.76; 9.11; 10.18, 35 y 37-38; Liv. 22.21; 25.34; 26.59; 27.17 y 19.

⁸¹⁴ Morales 1574, 67r.

Quizá el fenómeno haya que ponerlo en relación con el conocimiento limitado de las fuentes griegas y con el uso de las referencias de Silio a estos personajes; efectivamente, en su curioso relato sobre una competición de lanzamiento de jabalina, Mandonio aparecía como el líder de su pueblo, detalle que quizá propició su mayor consideración renacentista⁸¹⁵. Uno de los casos más señeros es la *Cronica* de Beuter; en ella, Mandonio se presentó como una de las grandes figuras de la Antigüedad, con envergadura nacional, no local ni regional («Español de muy noble sangre y linaje de los reyes antiguos de España»), como lo hizo Indíbil («Indibile»), con algo menos énfasis («Español, regulo delos Ilergetes»)⁸¹⁶. No solo idealizó sus enfrentamientos y simplificó la compleja cuestión de la deslealtad, sino que además enriqueció la narración con un recurso típico del anticuarismo humanista: quizá haciéndose eco de alguna leyenda previa, interpretó el Arco de Bará, cerca de Tarragona, como una conmemoración del lugar «do(n)de se hizo justicia de Mandonio y delos otros principes Españoles»⁸¹⁷, ficción que se reprodujo después en la historiografía local tarraconesa (Figura 11)⁸¹⁸.

Por su parte, otros personajes que aparecían de manera anecdótica en las fuentes mantuvieron su papel tangencial —como César, Hilerno, Retógenes o Megara— o incluso permanecieron ignorados —como Istolacio e Indortes—, en parte porque los datos originales no daban más de sí, en parte porque algunas fuentes según sin ser explotadas de una manera sistemática⁸¹⁹. En todo caso, muchos de ellos eran representados por primera vez en la historiografía española, completando así un hilo de resistencias que resultaba mucho más detallado y extenso. Un abanico de posibilidades más amplio se abría en su presencia literaria, pues ese campo permitía explotar más intensamente el escaso potencial que las fuentes brindaban desde un punto de vista estrictamente historiográfico. El caso de Retógenes, convertido en la cabeza visible de la epopeya numantina, es un ejemplo palmario.

⁸¹⁵ Garcés i Estalló 1997a, 86-87, en referencia a Sil. Ital. 3.376; *cfr.* 16.560, donde menciona a Indíbil.

⁸¹⁶ Beuter 1546, Llv y LVIIIv, respectivamente. Los episodios de estos personajes se relatan en: *Ibid.*, Llv, LVIIIv, LXIIIr y LXVv.

⁸¹⁷ Beuter 1546, LXVv; acerca de ese monumento *vide* Dupré i Raventós 1994.

⁸¹⁸ Garcés i Estalló 1997a, 87.

⁸¹⁹ Hilerno (Morales 1574, 80v-81v, a partir de Liv. 35.7). La ausencia en este periodo de Istolacio e Indortes, bastante populares en el siglo XIX, podría explicarse por el hecho de que solo aparecieran en un fragmento de Diodoro (D. S. 25.10); *vide* Aguilera Durán 2012b, 439-444.

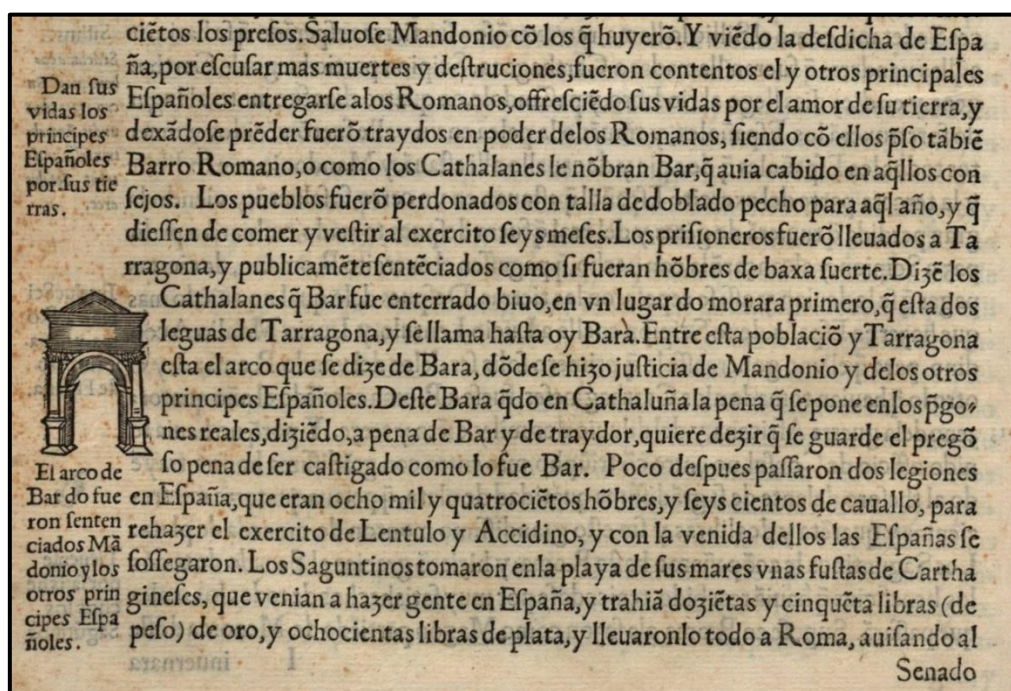


Figura 11. «Arco de Bar» (Bará), fragmento de la ejecución de los ilergetes con xilografía en la *Coronica* de Beuter (1546. LXVv)⁸²⁰.

Por otro lado, en un imaginario histórico tan personalista como el del Renacimiento, y a pesar de la multiplicación de caudillos hispanos antes desconocidos, parece percibirse una cierta frustración ante la carencia de referentes heroicos en ciertos periodos y regiones. Quizá como forma de compensar ese inconveniente, se observa en este periodo una curiosa tendencia a sobredimensionar a ciertos personajes o inventar otros que suplían esas lagunas de la epopeya hispana. En este sentido, se ha apuntado el gusto del XVII por inventar nuevos nombres de capitanes numantinos a partir de diversas fantasías literarias⁸²¹, lo que servía para personalizar en cierto sentido la gesta colectiva. Más llamativos resultan los esfuerzos por identificar episodios de resistencia contra fenicios y cartagineses, que eran las invasiones más detestadas, pero también las peores documentadas en cuanto a las posibles revueltas indígenas. En este sentido, hay ciertos casos en los que la invención tiene una dimensión más profunda; merece la pena comentar brevemente dos creaciones supuestamente ocampianas particularmente interesantes: Baucio Caropo y Telongo Bachio.

Según Ocampo, Baucio Caropo o Bocio Capeto fue el cabecilla más destacado de una gran revuelta turdetana contra fenicios y cartagineses⁸²². La descripción del episodio,

⁸²⁰ Fuente: <http://bivaldi.gva.es/es/consulta/registro.cmd?id=4100> (accedido: 05/10/2017).

⁸²¹ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 97.

⁸²² Ocampo 1543, CVIIIv-CXr.

como todo en la *Crónica* ocampiana, es minuciosamente detallado y con un marcado tono idealizante: «varon de cresçida estatura, dotado de grandes fuerças y esfuerço, pero no de no menos virtud y prudença»; en efecto, además del mérito militar, sobre él y los siete nobles que lo acompañaban se aplicó la gran cualidad turdetana de la cultura y la sabiduría⁸²³. Tras un épico relato de sus batallas, describió incluso la tumba que sus parientes le levantaron: rodeada de tantas «piedras enhiestas» como enemigos había matado⁸²⁴. El episodio fue sintetizado por los cronistas posteriores una vez que Ocampo se había convertido en autoridad de referencia⁸²⁵; por su parte, Mariana no solo lo reprodujo, sino que lo amplió incluyendo, al parecer por su propia mano, un discurso de arenga supuestamente pronunciado por Baucio; enormemente simbólico, en él se invocaba la actitud viril de la revuelta, la misión divina de su causa y la necesaria concordia entre los pueblos para defender la patria común⁸²⁶. Efectivamente, el episodio se completaba con un razonamiento interesante sobre lo relativo y reversible de la división hispana. Ocampo, con todo acierto, se hizo eco de lo contradictoria y confusa que resultaba en las fuentes la distinción entre turdetanos y túrdulos, entre otros pueblos meridionales. La cuestión se solucionaba concluyendo que, al fin y al cabo, ambos pertenecían a «una mesma naçio(n)», lo que enlazaba con la revuelta aglutinadora de Baucio; Mariana, simplificando esa misma disquisición, la redondeó con el mencionado discurso sobre la conveniencia de la unificación⁸²⁷.

Tras la *Crónica* de Ocampo y la *Historia* de Mariana, este relato tuvo una considerable fortuna historiográfica, tanto en el ámbito nacional como en el andaluz, al menos hasta el siglo XIX; no obstante, su origen es incierto, enmarañado en referencias cruzadas a autores antiguos y medievales, aunque todo parece apuntar a Ocampo como el inventor del personaje⁸²⁸. En cualquier caso, ya sea un producto *ex novo* de la *Crónica* o el reflejo de la tradición legendaria anterior, la importancia que adquirió en este momento es muy significativa. En realidad, el relato es una construcción fabulosa que sí parte de una fuente latina en cierta medida. En una mención única y particularmente enigmática, Justino habló de una revuelta hispana contra los fenicios de Gadir que se sofocó con el auxilio de los cartagineses, lo que, por otro lado, abriría la puerta a estos para iniciar su dominio en Iberia⁸²⁹. La resistencia de Baucio se situaría en ese contexto de conflictos

⁸²³ *Ibid.*, CIXr.

⁸²⁴ *Ibid.*, CXr; vuelvo sobre ello en § 10.2.

⁸²⁵ Beuter 1546, XXXVv; Garibay y Zamalloa 1571, 134, *e. g.*

⁸²⁶ Mariana 1601, 48-51; *vide* Gómez Martos 2012, 77-90; 2018, 88-95.

⁸²⁷ Ocampo 1543, CVIIIr-CVIIIv; Mariana 1601, 47-48. Ocampo aludió a Polibio y Livio para defender esa identificación entre turdetanos y túrdulos.

⁸²⁸ Ocampo atribuyó la historia a «don Sebastian eleto de Salamanca en el prologo d(e) sus historias» (Ocampo 1543, CIXr), pero no parece corresponderse con una referencia real. Sobre esto y un completo rastreo sobre el devenir de esta figura *vide* Romero Valiente 2014.

⁸²⁹ Iust. 44.5. Dicho fragmento ha dado mucho juego historiográfico a propósito de los inicios y carácter de la influencia púnica en la Península Ibérica (López Castro 1993; Bendala Galán 2015, 122 y 126, *e. g.*).

esbozado por Justino, aunque este nunca dio ningún detalle al respecto; en cierto sentido, se completaba y amplificaba con pura ficción una referencia que no era lo suficientemente concreta como para adquirir entidad por sí misma, pero que tenía demasiado potencial como para ser desaprovechada.

Otro caso interesante, aunque menos trascendente, es el de Telongo Bachio. De nuevo, Ocampo parece ser el primero en reproducir su historia⁸³⁰. Según él, este «Capitán Español» fue un fiel aliado de Roma y, sobre todo, un declarado enemigo de los cartagineses, lo que le llevó a atacar y destruir Barcino —cuya fundación se atribuía entonces a Amílcar frecuentemente—, con tal violencia que, de hecho, tardaría siglos en recuperarse. La particularidad de este episodio es que se basaba en una inscripción, también falsa, que Ocampo recogió de Ciriaco Anconitano y reprodujo en la *Cronica* junto con su historia (Figura 12)⁸³¹. Se trataba de la supuesta basa de una estatua en la que los «blandenses» hacían la dedicatoria a aquel personaje por su apoyo a Roma cuando Aníbal campaba en Italia. Ocampo identificaba así la antigua Blanda con la moderna Blanes (Gerona), donde el monumento habría permanecido expuesto, al menos, hasta «el tiempo de nuestros padres». Es difícil determinar el origen último y la intención de la falsificación epigráfica, como ocurre a menudo con el trabajo de Anconitano, en apariencia tan influyente en la historiografía hispánica⁸³²; igualmente difícil es saber si el añadido sobre la destrucción de Barcino fue una invención puramente ocampiana o se basaba en alguna leyenda previa, quizá proveniente del ámbito catalán. Sea como fuere, a nivel nacional el personaje no tuvo demasiada fortuna; Garibay se hizo eco del episodio, pero Mariana ya lo ignoró por completo, cortando así su perpetuación posterior⁸³³. Por su parte, Beuter fue cauto; reprodujo la inscripción de Anconitano, y se hizo eco de los problemas del avance de Aníbal, pero sin detallar nada sobre aquel supuesto episodio⁸³⁴. En todo caso, su recepción fue muy significativa en Cataluña, ya que, a partir del referente de Ocampo, el personaje se convirtió en un mito recurrente en las crónicas catalanas, gerundenses y barcelonesas⁸³⁵.

⁸³⁰ Ocampo 1543, CCXXXIIr-CCXXXIIv.

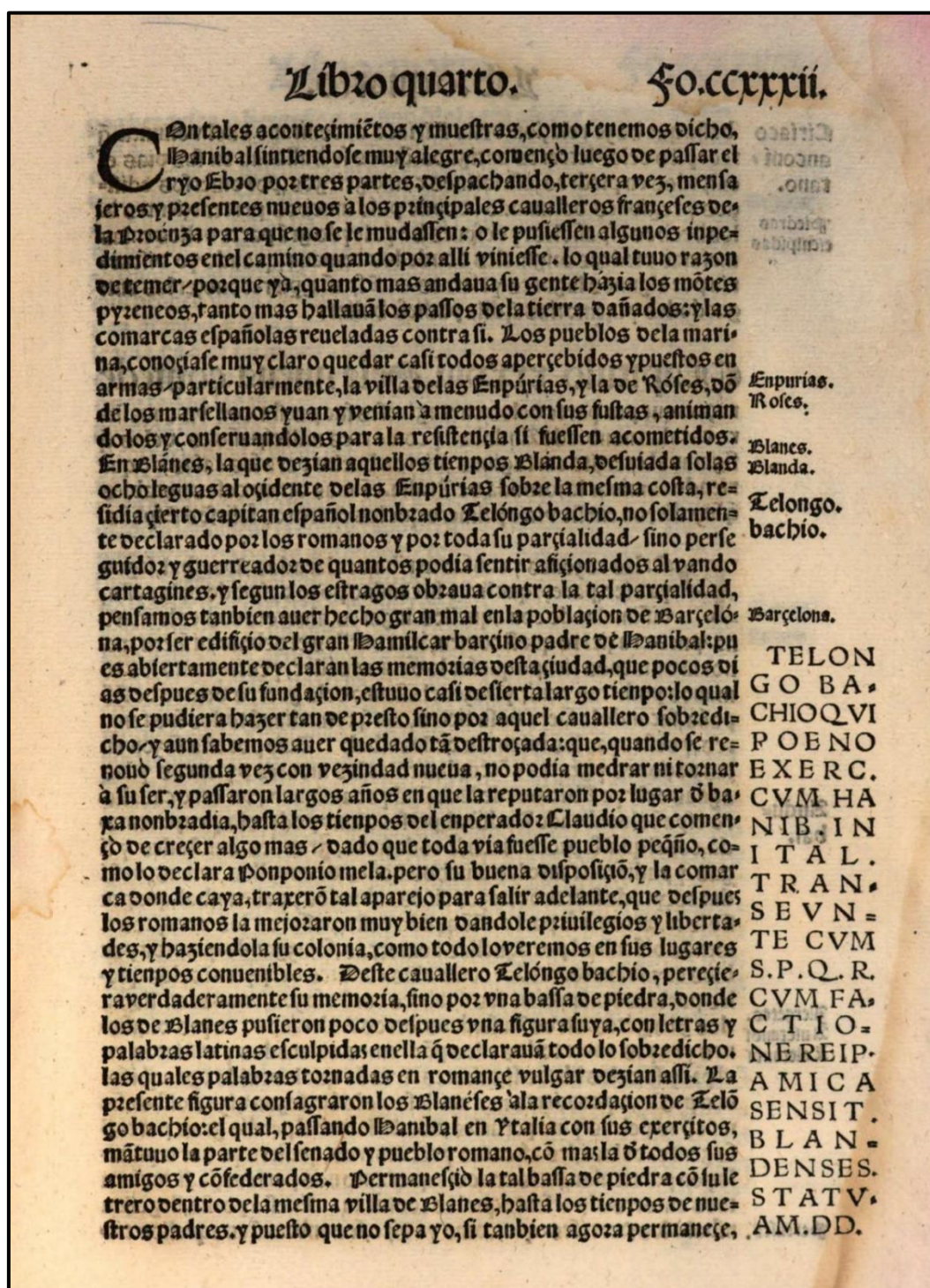
⁸³¹ *CIL* II 421*.

⁸³² Aunque debe ser matizada y replanteada; *vide* Gimeno Pascual 1998; González Germain 2010.

⁸³³ Garibay y Zamalloa 1571, 149.

⁸³⁴ Beuter 1546, XLVIIIr.

⁸³⁵ No en vano, en Blanes se levantó un monumento en honor de Telongo en 1973. Se ha estudiado el origen y la transmisión de la leyenda en Broch García et al. 2004.

Figura 12. Página dedicada a Telongo Bachio en la *Crónica de Ocampo* (1543, CCXXXIIr)⁸³⁶.

⁸³⁶ Fuente: <http://www.mdz-nbn-resolving.de/urn/resolver.pl?urn=urn:nbn:de:bvb:12-bsb10143855-2> (accedido: 10/03/2018).

Desde mi perspectiva, ambas ficciones forman parte de un mismo fenómeno. Vistos en conjunto, ambos parecen estar completando esa epopeya de la resistencia hispana en sus puntos más débiles. Los dos se desarrollan en zonas sobre las que las fuentes grecolatinas habían sido menos prolíficas en ese tipo de episodios —sur y este—, si lo comparamos con las gestas de la expansión romana en el interior, oeste y norte peninsular. Asimismo, ambas conciernen a un periodo ciertamente oscuro en ese mismo sentido —colonización fenicia y cartaginesa, especialmente la primera—, con un potencial algo limitado desde el punto de vista bélico. Por otra parte, que ambos relatos apunten en último término al mismo autor, Ocampo, lleva a pensar en un planteamiento nada improvisado. Él fue el encargado de construir una narración consistente sobre los inicios de la resistencia de hispanos frente a los invasores, ocupándose, además, de unos colonizadores particularmente demonizados, como eran fenicios y púnicos (§ 6.2). Ante una documentación exigua, rellenó los huecos con elucubraciones propias o simple ficción. De hecho, caminando por esa línea entre el mito y los textos clásicos, remontó aún más el inicio de la resistencia antifenicia cuando dio a entender que el poder de Argantonio había surgido del descontento de los locales por la explotación fenicia y la necesidad de establecer un poder fuerte que le hiciese frente⁸³⁷. Esa idea la recogió después Mariana⁸³⁸; efectivamente, Ocampo marcó una verdadera tradición sobre el enfrentamiento antisemita que estaba muy nutrida de contenido fabuloso, pero que tendría un largo recorrido.

Aunque sin esa profundidad, hubo también ciertas aproximaciones literarias en la misma línea. Cabe destacar el romance titulado *Como fueron vencidos los Saguntinos por los Phenises, en vna batalla de mar*⁸³⁹, en el que se versificó el breve y confuso episodio recogido exclusivamente por Macrobio sobre el frustrado ataque naval de un *rex* de la Citerior, Terón, contra los fenicios de Gadir⁸⁴⁰. En la pieza se identifica a Terón como rey de Sagunto; desconozco el origen del vínculo, pero, en todo caso, el tono es absolutamente heroizante: «dieron gloria a su nacion / que vivira eternamente»⁸⁴¹. Asimismo, sobre la misma temática hay noticia de dos poemas épicos más tardíos compuestos por Pellicer: *Victoria de Orisson el Grande, Monarca de las Españas* (1666) y *Theron Rey de España* (1667)⁸⁴². El primero de ellos retomaría la figura de Orisón, cabecilla de la revuelta oretana que acabó con la muerte de Amílcar, otro oscuro personaje solo mencionado escuetamente por Diodoro⁸⁴³.

⁸³⁷ Ocampo 1543, XCIVr-XCIVv.

⁸³⁸ *Ibid.*, XCIVr-XCIVv; Mariana 1601, 44.

⁸³⁹ Cueva 1587, 149v-151v.

⁸⁴⁰ Macr. *Sat.* 1.20.12; sobre este texto *vide* Alvar Ezquerria 1986.

⁸⁴¹ Cueva 1587, 151v.

⁸⁴² Estas obras están mencionadas en Pellicer de Ossau y Tovar 1671, *vide* Ferrer Albelda 1996a, 44-45.

⁸⁴³ D. S. 25.10 y 12. El conocimiento tardío del personaje lo demuestra su ausencia de las obras de Ocampo y Mariana, como advirtió José Sabau y Blanco al reeditar a este último (1817-1822, vols. 2, 37-38, nota 2).

En cierto sentido, el interés por estos episodios, inventados o reinventados, aconseja replantear la idea preconcebida de que la imaginación histórica de los siglos XVI y XVII hizo recaer de forma exclusiva el concepto de resistencia en el norte, oeste e interior peninsular. Esa imagen de la Iberia indómita, reducto de los caracteres nacionales frente al Mediterráneo corruptor, es cierta en parte, pero no simple ni cerrada. Ocampo y después Mariana establecieron una secuencia notablemente continua, desde la llegada de los fenicios hasta la Segunda Guerra Púnica, desde Gadir al noreste pasando por Sagunto, que pretendía transmitir la idea de una resistencia generalizada también en el mundo ibérico. Vuelvo sobre esto desde un plano etnográfico (§ 7.3), pero por el momento incido en que la construcción de la épica autoctonista hispana no excluyó a la Iberia meridional en el plano bélico, a pesar de las lagunas y los tópicos en contra; en cambio, se hicieron verdaderos esfuerzos por compensar esas carencias, ya fuese con exageraciones, presunciones o invenciones, con el objetivo aparente de transmitir una noción de resistencia hispana generalizada, cronológica y geográficamente, en la que ninguna región ostentase la primacía o resultase excluida. Todo ello está en relación con el proyecto unificador de esa historiografía oficialista, la vocación de inculcar identidad colectiva y el fundamento eminentemente belicista de ese discurso.

Teniendo en cuenta esa dimensión belicista, y dejando a un lado la historia de la resistencia, otro mérito que se convirtió en tópico fue la aportación de los hispanos como aliados o mercenarios en las distintas guerras de la Antigüedad. Su sola participación en ellas fue patente de prestigio, pero su importancia adquirió mayor entidad cuando alguna información (documentada, magnificada o inventada) sirvió para subrayar la valía que las distintas potencias o personajes ilustres reconocieron en ellos o su papel decisivo en el resultado de una batalla.

La presencia guerrera de los hispanos en los asuntos mediterráneos se hizo remontar, de hecho, hasta el tiempo de Nabucodonosor. La leyenda se basaba en las referencias de Estrabón y Flavio Josefo a un relato de Megástenes sobre la supuesta expedición militar del rey babilonio contra los fenicios en la Península⁸⁴⁴. Aunque ambos autores antiguos recogieron la noticia para advertir de su escasa verosimilitud, este fue un detalle que la historiografía moderna obvió ante lo jugoso del episodio. En la tradición alfonsina no había mención al tema, pero Ocampo lo explotó al máximo adornándolo profusamente. Inventó que el origen de esa campaña estaba en el hecho de que numerosas y valiosas tropas hispanas habían participado junto con los fenicios en el levantamiento del cerco de Tiro, provocando así la venganza babilonia sobre Iberia; la peregrina explicación sedujo tanto a Garibay como a Mariana, con lo que la leyenda se consolidó⁸⁴⁵.

Sí fue mencionado ya en la *Historia* de Juan Francisco Masdeu (1783-1805, vols. 3, 125-127). *Vide* Aguilera Durán 2012, 440-441.

⁸⁴⁴ Str. 15.1.6-7; I. A. I. 10.219; I. Ap. 1.20; *vide* González Blanco 1987.

⁸⁴⁵ Ocampo 1543, XCIVv-XCVv; Garibay y Zamalloa 1571, 127; Mariana 1601, 44-45; *vide* Gómez Martos

Explotando al máximo el tópico del mercenariado hispano, Ocampo lo remontaba más allá de lo que las fuentes permitían y lo situaba en un escenario bíblico prestigioso.

Menos fantasiosa es la referencia a los mercenarios reclutados por los cartagineses en las guerras de Sicilia, especialmente los célebres honderos mallorquines, muy alabados por todos los autores por su habilidad única, «la flor de su ejército», según Garibay⁸⁴⁶. Yendo más allá, Ocampo subrayó que, de hecho, la honda había sido inventada por estos pueblos —negándole el mérito a los fenicios—, una idea que partía de Vegetio y ya se repetía en la Edad Media⁸⁴⁷. Igualmente, se reiteró la insustituible intervención hispana en las guerras púnicas, ya sea en las filas cartaginesas⁸⁴⁸ o en las romanas⁸⁴⁹. Esto incluye la Guerra de las Galias, a raíz de la escueta mención de Orosio sobre la participación de auxiliares cántabros; Morales se hizo eco de la noticia, pero Mariana la elevó a mérito de primer orden cuando dedujo que los hispanos «fueron los principales que hicieron aquella guerra»⁸⁵⁰. También se destacó la intervención hispana en las guerras civiles de Roma⁸⁵¹, con especial transcendencia en el caso de Sertorio⁸⁵²; en todo caso su figura, aunque idealizada, no tiene aún el tono épico y nacionalista que tendrá más adelante.

Morales fue especialmente exhaustivo e insistente en el rastreo de la presencia hispana en cualquier evento bélico antiguo, de una manera casi obsesiva. De hecho, se convirtió en un motivo principal de confrontación del cronista con las fuentes, pues, desde su punto de vista, estas no reconocían suficientemente la contribución hispana a las gestas de Roma, de manera que debía presuponerse:

«No cuenta ningun(n) author en particular, que lugar tuuieron, ni lo que hizieron en este combate nuestros Españoles que estauan con Scipion: mas bien se dexa considerar, que Scipion los po(n)dria en buena parte de lo mas peligroso»⁸⁵³.

Por otro lado, desde el punto de vista de su valoración ética, no parecen demostrar una censura ante el hecho de que los hispanos luchasen en ejércitos extranjeros: primaba el reconocimiento de la valía guerrera (§ 8.2). Desde luego todo era distinto cuando las

2012, 72-76; 2018, 85-88.

⁸⁴⁶ Ocampo 1543, CXVIIIv, CXXv-CXXiv, CXLIVv-CLIIIv, CLVr-CLVIIIr, CCXXXr; Garibay y Zamalloa 1571, 134-135, 137; Mariana 1601, 54, 65-66, 74-75; a pesar de que su salvajismo fue visto negativamente (§ 6.3).

⁸⁴⁷ Ocampo 1543, XCIIr-XCIIv; lo mencionó ya Gil de Zamora (*Hisp.* 8.4), a partir de Veg. *Mil.* 1.16.

⁸⁴⁸ *Ibid.*, CCXXXIVv-CCXXXVv; 1553, CCLXVIIv, CCCXXXIIIv; Garibay y Zamalloa 1571, 150, 152, 156; Morales 1574, 19r, 35r, 44r, 67v; Mariana 1601, 53-55; este último insistió mucho menos en ello, lo que quizá haya que poner en relación con su marcado sesgo antipúnico.

⁸⁴⁹ Ocampo 1553, CCLXXVIIIv, CCLXXXiv, CCCXXIIr, CCCr-CCCv, CCCXIXr, CCCXXIVv-CCCXXVr; Garibay y Zamalloa 1571, 156; Morales 1574, 14v, 24v-25v; en el caso de Morales, muy especialmente en lo que concierne a Escipión: *Ibid.*, 26v, 28v, 29v, 36r, 38v, 48r.

⁸⁵⁰ Morales 1574, 158r; Mariana 1601, 171, a partir de Oros. 6.8.22.

⁸⁵¹ Garibay y Zamalloa 1571, 195; Morales 1574, 160r, 161v, 195r, 272r-272v, *e. g.*

⁸⁵² Garibay y Zamalloa 1571, 189; Morales 1574, 138r-138v; Mariana 1601, 161.

⁸⁵³ Morales 1574, 28v; se refería a la toma de Carthago Nova. La misma idea se reproduce en *Ibid.*, 29v, 36r, 48r, 95v. También hizo una suposición similar Ocampo 1543, CLVIIIr.

acciones militares en las que participaron se dirigieron contra los propios españoles, una cuestión que resultaba inseparable del lamento por la desunión hispana como vicio causante de su derrota (§ 4.2). Aun así, se encontraba en su participación en esos episodios un componente de mérito épico:

«se deue considerar, que no se cuenta en esta coronica hazaña señalada de los Romanos en España, en que no tengan [...] los Españoles muy grande parte de la gloria: sino que sus historiadores nunca hazen cuenta desto, aunque por ser cosa tan cierta y verdadera, no se puede encubrir»⁸⁵⁴.

Con este giro, el tópico se sublimaba hasta el punto de presentar la conquista de Hispania como una empresa impensable si no hubiese sido por la propia aportación militar hispana. Como si la resistencia centenaria no fuese suficiente, la exaltación belicista se llevaba hasta el paroxismo al convertir en un mérito heroico la participación de los hispanos en su propia derrota.

4.4. América, el teatro y los discursos alternativos

Definitivamente, la segunda mitad del siglo XVI vio emerger una nueva manera de percibir y representar la Antigüedad hispana. En primer lugar, en relación con las tradiciones medievales, supuso una revalorización del pasado prerromano histórico y el proceso colonial fenicio, cartaginés y romano, que antes habían tenido un papel fundamentalmente secundario, cuando no inexistente, en favor del referente mitológico y, sobre todo, gótico. En segundo lugar, es obvio que esa relevancia no respondía exclusivamente a un mayor interés y conocimiento académico sobre el periodo, aunque, por supuesto, las nuevas herramientas humanísticas resultaron esenciales en ese sentido. Realmente, la conquista de ese nuevo espacio privilegiado comportó un profundo sentido ideológico y cultural: más allá del redescubrimiento historiográfico, tuvo que ver con un importante replanteamiento identitario acerca del pasado, en el que aquellos pueblos *nativos* conquistados y colonizados pasaron a representar un rol central en la genealogía colectiva de los españoles. Todo ello debe ponerse en relación con fenómenos políticos, intelectuales y sociales de distinto tipo, pero lo que me interesa destacar ahora es que, en tercer lugar, la nueva identificación con esa parte concreta del pasado peninsular se basó esencialmente en la épica de la resistencia; o dicho de otra manera, consistió en la composición de un relato histórico-militar coherente sobre ese periodo cuyo leitmotiv principal fue la exaltación de la confrontación de las sociedades indígenas ante los invasores desde una legítima pretensión de independencia. No obstante, ese discurso

⁸⁵⁴ Morales 1574, 83r.

fuertemente autoctonista generó un problema estructural importante, proyectado tanto en la historiografía como en la literatura, en la medida en la que entraba en conflicto con otros referentes identitarios que se mantuvieron y reforzaron en ese periodo, particularmente Roma.

En efecto, fenicios y cartagineses no planteaban desafío alguno; estigmatizados a partir de los antiguos tópicos degradantes grecolatinos y los modernos tópicos degradantes antisemitas y antiafricanos, representaban al antagonista ideal en la formulación de esa epopeya. Por su parte, la historia de la colonización griega era de un alcance muy limitado desde el punto de vista bélico, y se entremezclaba cómodamente con la mitología de los orígenes en torno a Heracles. Es cierto que se reconocía en todos esos colonizadores facetas civilizadoras positivas que chirriaban hasta cierto punto con la exaltación de la resistencia local (§ 6.3), pero la fricción en estos casos no fue tan dramática. La principal contradicción la presentaba Roma. Ella había sido la principal dominadora de los hispanos, la más exitosa y la más cruenta en su sometimiento; por otro lado, también fue la gran beneficiada del replanteamiento histórico renacentista: era la autoridad cultural del clasicismo humanista y el principal referente político y simbólico del imperialismo moderno. Este último aspecto es probablemente el más problemático.

Insisto en que la exaltación de la resistencia a Roma parece chocar irresolublemente con el discurso político oficial sobre la Antigüedad de los Habsburgo, muy marcado por el imperialismo romanista; no entro en detalles sobre esa tendencia, remito a lo que ya se ha escrito al respecto⁸⁵⁵. La cuestión ahora es la siguiente: ¿son compatibles ambos discursos? ¿Comporta el referente imperialista romano y la epopeya independentista antirromana una contradicción irresoluble? ¿O se trata, acaso, de dos discursos distintos, paralelos u opuestos? Esta última ha sido la salida al problema desde algunas líneas interpretativas: la irrupción de la identidad prerromana y la épica de la resistencia podrían ser entendidas como parte de un discurso alternativo, incluso subversivo, respecto del discurso oficial y la versión canónica del mundo antiguo, que sería eminentemente clasicista y romanista. Me parece un planteamiento interesante de explorar para problematizar y profundizar en algunos de los temas que surgen reiteradamente en distintas partes de este trabajo, fundamentalmente relacionados con las dialécticas imperialismo-autoctonismo y civilización-barbarie. Dos han sido los campos fundamentales en los que la teoría del discurso alternativo se ha desarrollado con una cierta sistematicidad, a menudo desde el hispanismo anglosajón: el estudio de la cronística de Indias y los estudios literarios sobre el Siglo Oro. No obstante, estos enfoques han tendido a aislar sus objetos de estudio en autores y obras específicos, con lo que puede ser interesante hacer algunas reflexiones generales sugiriendo ciertas conexiones.

⁸⁵⁵ Tanner 1993; Checa Cremades 1999; Mora Rodríguez 2001, entre otros.

No cabe duda de que el imperialismo en América constituyó un factor esencial en el planteamiento de estas cuestiones. Como he anticipado (§ 4), me refiero, de una manera necesariamente generalista, al contexto de debate teológico, político y jurídico que se abrió en la primera mitad del siglo XVI acerca de la legitimidad de los españoles para imponerse por la fuerza sobre los nativos americanos, esclavizarlos y usurpar la explotación de sus recursos⁸⁵⁶. En esa arena hubo muchas cuestiones clave en las que el pensamiento grecolatino fue invocado como ejemplo y argumento, como la guerra justa o la idea de servidumbre natural; particularmente Aristóteles fue omnipresente, en uno u otro sentido, a la hora de definir la barbarie indiana y el tipo de sometimiento que era el adecuado en consecuencia (§ 6.3)⁸⁵⁷. Este es un campo de una enorme envergadura, pero hay un aspecto específico que resulta totalmente pertinente aquí: la inclusión en el debate de la conquista romana de Hispania como trasunto de la conquista española de América⁸⁵⁸.

Las Casas tuvo mucha responsabilidad en la introducción de ese problemático paralelismo, pues lo llevó como nadie hasta sus últimas consecuencias para emplearlo como argumento recurrente en su defensa de los derechos de los indios y, particularmente, en su confrontación con Sepúlveda en la Controversia de Valladolid:

«¿Acaso considera justa la guerra de los romanos contra los españoles para librar a éstos de su barbarie? O, a su vez: ¿Acaso los españoles hacían una guerra injusta al defenderse tan valientemente contra los romanos? Además, apelo ahora a los españoles, ladrones y torturadores de aquella miserable gente: ¿Acaso pensáis que, una vez subyugada la población bárbara y salvaje de España, los romanos con el mejor derecho podían repartirse entre ellos a todos vosotros, asignándose a cada uno individuo tantas cabezas, ya de varones, ya de hembras? ¿Pensáis, también, que los romanos pudieron despojar a los príncipes de su poder y a todos vosotros, después de privaros de vuestra libertad, obligaros a miserables trabajos, ocupándoos especialmente en la búsqueda de yacimientos de oro y plata y en la extracción y refinamiento de los metales? Y si los romanos finalmente hicieron esto, como claramente atestigua Diodoro, ¿no pensaríais vosotros que teníais derecho a defender vuestra libertad, más aún, vuestra vida con la guerra?»⁸⁵⁹.

Estaba defendiendo la libertad y los derechos de propiedad de los indios hablando de Roma e Hispania y lo hacía en una doble dirección: por un lado, desmitificaba el modelo imperialista romano al poner en cuestión la moralidad de sus motivaciones y

⁸⁵⁶ Remito de nuevo a Fernández Buey 1992; 1995a; Pérez Luño 1995; Brunstetter y Zartner 2010; Cuéllar Real 2013, *e. g.*

⁸⁵⁷ Valenzuela Matus 2016, 90-102; en general, Pagden 1988 [1982]; Castañeda Salamanca 2002; Lupher 2003; Valenzuela Matus 2014a; 2016; 2017, *etc.*

⁸⁵⁸ Sobre la trascendencia del empleo de esa analogía en la cuestión indiana, en general, *vide* González Rodríguez 1981, 8-36; Lupher 2003, 189-234.

⁸⁵⁹ Casas *Apolog.* 1.4 (trad. de Losada 1989).

denunciar su crueldad; por otro, propiciaba la identificación de los antiguos hispanos con los indios modernos. Ejemplificaré y profundizaré en estas cuestiones a lo largo de la Parte 3, pero la idea esencial es que Las Casas estaba cimentando su discurso en una completa inversión del espejismo imperialista tradicional. Esa doble analogía conllevaba criticar el uso de la fuerza y la explotación ilimitada bajo el pretexto de la civilización, de manera que los abusos romanos sirvieran para poner en evidencia las malas acciones españolas y su modelo colonial. Al mismo tiempo, buscaba fomentar la empatía hacia los americanos mediante su identificación con los antiguos hispanos en su condición de víctimas; como veremos, esta idea la reforzó mediante la comparación etnográfica, encontrando en sus afinidades un argumento con el que humanizar al indio y relativizar su barbarie. De esta manera, mientras exponía un discurso claramente antirromano y deliberadamente crítico con el imperialismo tradicional, invocaba a los pueblos prerromanos, de una forma explícita y emocional, como el único referente moralmente admisible del pasado de los españoles.

Es evidente que estas cuestiones no resultaron ajenas a los intelectuales del momento fuera de los propios debates indianos, aunque a menudo resulta difícil calibrar cómo influyeron exactamente. Volviendo sobre las crónicas e historias generales, desde luego no se encuentran en ellas declaraciones tan abiertamente polémicas como las de Las Casas y, por lo general, parece que evitaron el paralelismo expreso. No obstante, ciertas alusiones permiten deducir que esos debates planeaban también sobre la historiografía oficialista, en una u otra dirección, aunque siempre de manera muy puntual.

En el caso de Ocampo, la reproducción del discurso imperialista oficial parece muy clara. Comparó la colonización española de América con la de los cartagineses en Iberia, pero, lejos de lo que se pudiese esperar, lo hizo en un sentido positivo: ambos procesos comportaron convivencia y civilización. Apuntó, sin embargo, dos diferencias también favorables: los aportes culturales españoles habían sido mayores y sus victorias militares habían sido más gloriosas, si se tenían en cuenta las desastrosas derrotas que cosecharon los púnicos⁸⁶⁰. Se conjugaban así la idealización del proceso civilizador y la exaltación belicista para reproducir un discurso claramente oficialista, que trascendía incluso al chocante paralelismo entre españoles y cartagineses. No parece haber en Ocampo atisbo alguno de una posición antiimperialista.

Por su parte, se ha querido ver en Morales una posible alusión velada al problema de los indios. El cordobés trató con detenimiento la noticia de Livio sobre una embajada hispana que acudió en el 171 a. e. c. al Senado de Roma para protestar por las acciones de los pretores; se ha propuesto que este pasaje podría ser una alusión oculta a las Leyes

⁸⁶⁰ Ocampo 1543, CXXIXr-CXXIXv; comparó también, en general, las colonizaciones antiguas y modernas en *Ibid.*, CLXXVIIr.

Nuevas de 1542 para la mejora de las condiciones de los indígenas en América⁸⁶¹. La teoría es atractiva, aunque la simple extrapolación parece problemática. El caso de Garibay, en cambio, es mucho más claro y, en su caso, en un tono polémico que le aproxima mucho al planteamiento de Las Casas, hasta el punto de que parece razonable pensar en una influencia muy directa de la controversia americana en su obra. En el apartado dedicado a describir las riquezas naturales de Iberia, hizo la siguiente reflexión:

«para lo antiguo, lean las historias passadas, y hallaran, que en tiempo de Fenices, y luego de Carthagineses, y despues de Romanos, assi venian las naciones estrangeras, a ganar riquezas a España, como agora van a las Indias los mesmos Españoles»⁸⁶².

La simple analogía elevó más adelante el tono crítico:

«a los Españoles era cosa graue, sufrir la mucha auaricia de oro y plata, y otras riquezas, que incessablemente, o por mejor dezir insaciablemente, procurauan los romanos en España, como en tierra tan abundante, por ser las Españas las Indias de los Romanos»⁸⁶³.

Además, como Las Casas, también equiparó el sacrificio humano practicado por los hispanos y el propio de los nativos de Nueva España (§ 11)⁸⁶⁴. De esta manera, y precisamente como complemento a su exaltación de la resistencia hispana, recurrió al paralelo americano para criticar la motivación codiciosa de los imperios y sus efectos negativos sobre los indígenas, al tiempo que identificaba a los antiguos hispanos con la idiosincrasia y problemática americana.

Por lo tanto, el paralelismo entre el indígena prerromano y el americano funcionó en ciertas ocasiones, pero su desarrollo fue limitado en la historiografía, especialmente en la más oficialista y erudita. Por otra parte, más allá de esa potencial analogía, se verá en la Parte 3 cómo el propio tratamiento de los fenómenos coloniales antiguos choca frontalmente con la idea de un discurso autoctonista radical y excluyente. Ya he comentado la paradoja generada por el uso de las fuentes grecolatinas para construir el relato de la epopeya antirromana (§ 4.2), pero la aparente contradicción es más profunda que eso. Al analizar esas obras, se verá cómo las simpatías indigenistas y la albanza de la resistencia nunca estuvieron reñidas con la absoluta idealización de las ventajas civilizatorias de las invasiones foráneas, lo que atañe incluso a las más demonizadas, como la cartaginesa (§ 6.2). En un discurso general vertebrado en torno a las nociones de orden, autoridad y civilización, el papel de fondo que se otorgó a las potencias dominantes tenía que ser necesariamente positivo en muchos aspectos, lo que se trasluce tanto en la

⁸⁶¹ Lupher 2003, 222, a propósito de Liv. 43.2 y Morales 1574, 96v-97v. En este sentido apunta al probable contacto personal entre Morales y Melchor Cano en Alcalá de Henares durante la década de 1540, lo que podría haber facilitado un intercambio sobre este tipo de ideas (Lupher 2003, 225-226).

⁸⁶² Garibay y Zamalloa 1571, 65.

⁸⁶³ *Ibid.*, 172-173.

⁸⁶⁴ *Apol. Hist.*, cap. 79; *Ibid.*, 135.

valoración de las mismas, como en la caracterización de los sometidos. En este sentido, por mucho que se ensalzase la gesta viriática, los historiadores criticaron por sistema la tendencia de los hispanos al bandidismo y aplaudieron a los romanos que lo erradicaron (§ 8.2); se enorgullecieron del valor militar de sus ancestros, pero protestaron por su conflictividad descontrolada y disgregadora, y se alegraron por la pacificación augustea (§ 7.2 y 7.3).

Por su parte, a medio camino entre la literatura y la historiografía, la obra de Guevara ha sido en ocasiones comentada en este sentido. En general, las alusiones que en su obra hizo a los temas de las conquistas romanas tendieron a ser radicalmente críticas con el sometimiento de los pueblos locales. Aparte de su visión heroizante de Numancia y Viriato (§ 4.3), en un *Vna decada de Cesares*, hizo una episódica referencia a la conquista de los cántabros y, en efecto, en una carta inventada que atribuyó a estos, su mensaje parece muy claro:

«No te parece a ti o emperador augusto, q(ue) pues vosotros los romanos ha quatro cie(n)tos años que peleays fuera de vuestras tierras por ser señores, sera razon peleemos nosotros dentro de nuestras casas por no ser esclavos. Prosigue tu guerra, y haz lo q(ue) suelen hazer los otros capitanes de roma, y no cures de amenazar nos, y mucho menos de halagar nos, porq(ue) dado caso q(ue) nuestras tierras y casas sean por fuerça tuyas: jamás mie(n)tra nosotros biuieremos seremos sino d(e)los dioses y nuestros»⁸⁶⁵.

Que el desplante que suponían estas palabras hacia el concepto de conquista se refiera precisamente a Augusto, generalmente alabado en su dimensión de pacificador, es llamativo en sí mismo; que esto lo escriba uno de los más influyentes ideólogos de Carlos I en el periodo de auge del discurso de la *traslatio imperii*, es ciertamente desconcertante. Para explicar esto, y atendiendo precisamente a ese tipo de alusiones a la expansión romana, se ha apuntado que Guevara estaba aludiendo soterradamente a las políticas imperiales de Carlos y que, en efecto, introducía en ello su posicionamiento contrario al expansionismo y favorable al mantenimiento estable de las fronteras heredadas⁸⁶⁶. Ese sentido añadido se sumaría a su exaltada idealización de las resistencias numantina y viriática.

Desde luego, es sobre todo en la literatura propiamente dicha donde se revelan especialmente las implicaciones ideológicas de la epopeya prerromana y su potencialidad crítica con el imperialismo; para empezar, la flexibilidad de su discurso, en principio más libre de las constricciones académicas que la historiografía, deja espacios considerablemente más amplios y diversos tanto en su concepción como en su lectura. En lo que respecta a la reinterpretación política de la resistencia hispana, concretamente *La*

⁸⁶⁵ Guevara 1544, 10v.

⁸⁶⁶ Rivero 2005, 151-152.

Numancia de Cervantes ha sido objeto durante décadas de un interesante contraste de perspectivas, precisamente en torno a este carácter ideológico, hegemónico o alternativo, en el mensaje de la obra. Fundamentalmente, se han confrontado tres grandes interpretaciones sobre la cuestión: la oficialista, la subversiva y la ambivalente⁸⁶⁷. En primer lugar, los que han hecho de la obra una lectura más directa y literal, la han interpretado en clave oficialista, como una exaltación imperialista, patriótica y escatológica de la gesta numantina⁸⁶⁸. En este sentido, la hazaña de los numantinos contra Roma constituiría una verdadera victoria moral frente a la derrota física, anticipando teleológicamente la gloria que el destino le deparaba a España como potencia universal en el futuro. No faltan motivos para esta posición: en la propia obra se alude al imperio de Felipe II como el clímax del poderío hispano, la propia personificación de España subraya el sentido intemporal y esencialista de la nación y el sacrificio heroico de los numantinos, plagado de simbolismos cristianos, es fácilmente interpretable en un sentido apocalíptico, como el preludio para el advenimiento de la nueva época de esplendor⁸⁶⁹. Por otro lado, en segundo lugar, varios autores han revisado la obra interpretándola en un sentido opuesto: la obra escondería un mensaje crítico, incluso subversivo, de planteamiento antiépico y mensaje antiimperialista⁸⁷⁰. Ciertamente, esta aproximación también maneja argumentos razonables: la práctica soberbia y cruel del imperialismo romano y, como contrapunto, la humanización de los sometidos y el reflejo de su sufrimiento, se manejarían como conceptos abstractos para cuestionar la legitimidad de la conquista en sí misma. Desde ese punto de vista, se defendería un patriotismo defensivo, criticando los excesos del poder tiránico. Yendo aún más allá, la crudeza de las prácticas numantinas —como los ritos necrománticos (§ 10.2)— servirían para relativizar el propio sentido heroico del mito, invitando a la reflexión más allá de discursos maniqueos. Por último, una tercera vía intermedia ha defendido la idea de que *La Numancia* fue escrita, en realidad, con un mensaje deliberadamente ambiguo⁸⁷¹. Esas contradicciones evidentes, la absoluta ambivalencia en las actitudes de los dos bandos, los personajes y sus circunstancias, estarían concebidos para permitir la lectura entre líneas y las distintas interpretaciones, ofreciendo así una visión abierta del episodio. En general, la presencia de esa faceta alternativa del discurso cervantino, ya sea en su formulación más radical o como elemento ambiguo, se ha relacionado con una corriente intelectual propia del período de 1570-1580 que se caracterizó por su crítica a ciertas

⁸⁶⁷ Una síntesis muy útil sobre este complejo debate puede encontrarse en Kahn 2008, 74-81.

⁸⁶⁸ Weiner 1997, es uno de los ejemplos más claros.

⁸⁶⁹ Acerca de esta dimensión sacrificial, *vide* Stiegler 1996; Weiner 1997; vuelvo sobre ello en § 11.

⁸⁷⁰ Quizá los ejemplos más significativos son Simerka 1998; 2003, 77-128; Vivar 2000; 2004, y, de una manera más matizada, Armas 2010 (1998), con sus artículos específicos.

⁸⁷¹ Kahn 2008; Bauer-Funke 2011, en los últimos tiempos, pero ya fue propuesto antes por Hermenegildo 1976.

políticas de Felipe II, como la anexión forzosa de Portugal o el desentendimiento respecto a los rehenes en manos turcas, entre otras cuestiones polémicas.

Lo cierto es que la lectura antiimperialista resulta más obvia en el teatro del Barroco tardío. Solo la dilogía de Rojas sobre *Numancia* ha sido objeto de ese enfoque⁸⁷², pero creo que sus características son extrapolables a obras menos conocidas, como *El español Viriato* de Bustos. En comparación con la visión cervantina, las concepciones del XVII conllevaron una exacerbación y simplificación de esos mismos mensajes presuntamente divergentes: cuestionamiento del ideal imperial en favor de un cultivo de la virtud anticuado, personal y caballeresco, tratamiento extremadamente trágico y patetista de los efectos de la guerra, idealización primitivista e inversión de los estereotipos de civilización y barbarie, humanización de la historia, con un nuevo protagonismo de las tramas personales, e introducción de elementos cómicos tendentes a romper las reglas del decoro, rebajar la solemnidad épica y trivializar las motivaciones de la guerra. Todo ello es muy característico del replanteamiento del género histórico en este periodo, pero, más allá de su dimensión estética, puede verse en esa tendencia un componente ideológico: la estigmatización y vulgarización de Roma, junto con la exaltación humanizante de la resistencia, parece poner en entredicho el discurso imperialista tradicional y sus ideales bélicos. Se ha explicado este fenómeno literario a partir de la propia realidad política de España en aquel momento: la crisis económica y el estancamiento de la política exterior propiciaron el surgimiento de nuevas corrientes críticas hacia los viejos paradigmas; el replanteamiento del imperialismo tradicional y la nueva sensación de pesimismo confluían así en una representación más maniquea y radical de las glorias nacionales y una empatía más fuerte respecto a los derrotados, los aplastados por esas grandes empresas ya obsoletas. Esos saguntinos, numantinos y lusitanos austeros e idílicos, que eran humillados, traicionados y masacrados en el corral de comedias representaban a esas realidades subalternas.

Desde esta perspectiva, son esenciales las conexiones que pueden establecerse entre ese planteamiento sobre el pasado nacional y el impacto cultural que supuso la conquista de América. Ciertamente, los mismos temas que se aplicaban críticamente a la épica prerromana de lectura autoctonista estuvieron muy presentes en las narraciones sobre la cuestión americana —empatía con el indígena, exaltación de la resistencia, crítica al imperialismo— y fueron tratados de una manera muy similar en su expresión literaria. Desde luego, tras estos últimos el trasfondo intelectual es aún más evidente, y parece claro en ellos el eco de los debates acerca del planteamiento jurídico y moral de la conquista del Nuevo Mundo⁸⁷³. Desde luego, la popularidad de la resistencia mapuche fue particularmente propicia en ese sentido, de manera que se han comparado, por sus

⁸⁷² Simerka 2003, 119-159; 2004.

⁸⁷³ Medina Ávila 2013; Ortiz-Díaz 2013.

paralelismos, las Numancias de Cervantes y Rojas con obras poéticas y teatrales como *La Araucana* (1569-1589) de Alonso de Ercilla, *Arauco domado* (ca. 1625) de Lope de Vega —versión teatral del poema homónimo de Pedro de Oña (1596)—, o *Los españoles en Chile* (1665) de González Bustos, no por casualidad, el mismo autor, que *El español Viriato*⁸⁷⁴. Al parecer, las reflexiones sobre la legitimidad, límites y efectos del sometimiento del indígena encontraron en ambos escenarios un pretexto pertinente.

Parece que, en efecto, hay una interesante red de interconexiones, más o menos evidente dependiendo del caso, entre la historiografía sobre la Antigüedad, la controversia de Indias y la literatura sobre la resistencia hispana y americana. Asimismo, de todo ello podría desprenderse que hay una cierta confluencia entre las reflexiones críticas sobre el imperialismo y el reforzamiento de la identidad prerromana, lo que parece lógico teniendo en cuenta que esta última se formuló en torno al concepto de resistencia autoctonista; desde luego, en ciertas ocasiones es palmario que esa identificación con el pasado remoto formó parte de planteamientos abiertamente polémicos, como es el caso de Las Casas. No obstante, estas confluencias no son sencillas ni cerradas; si bien la exaltación de la resistencia fue más obvia en medios más tendenteas a la simplificación del discurso, como el teatro de comedias, en el ámbito intelectual cabían muchos matices, y en absoluto se renunció a la identificación con las nociones de civilización y orden imperial que emanaban del ejemplo romano. Entonces, ¿puede considerarse como subversiva a la propia identidad prerromana? O, expresado más concretamente, ¿comportaba la exaltación de la epopeya hispana un ataque contra la legitimación romanista e imperialista de la Corona? Así se ha entendido al analizar a Las Casas, haciendo la idea extensible a Morales; así se han interpretado las obras de Cervantes y Rojas (*vide supra*).

Creo que la formulación del problema en términos absolutos está mal enfocada. En mi opinión, a la hora de intentar comprender la recepción de Antigüedad en la historiografía y la literatura de este período, cualquier extremo resulta igualmente simplista. Para empezar, esa producción cultural no debe verse ni como mera propaganda de legitimación estatal, ni como una conjura intelectual en contra del sistema establecido. Puede parecer obvio, pero es necesario descartar conscientemente esas dos premisas para que el análisis no se estanque, para encontrar las zonas intermedias en las que puedan ser comprendidos esos mensajes supuestamente contradictorios. Por otro lado, tampoco creo que deban considerarse de manera enfrentada la identificación política con Roma y esa nueva identidad etnohistórica prerromana. Ciertamente, en el tratamiento de esta parte del pasado hubo divergencias, tensiones y ambivalencias aparentemente irreconciliables. Ahora bien, quizá esa sensación de incompatibilidad sea solo una percepción desde la distancia, mediatizada quizá por los modelos nacionalistas contemporáneos, aquellos en

⁸⁷⁴ Comparaciones de este tipo en Rössner 1998; Simerka 1998; 2003; 2004. También, sobre el reflejo etnográfico de los temas americanos en la literatura cervantina es de interés Wilson 2000, aunque no trata específicamente sobre *La Numancia*.

los que el discurso sobre el pasado resulta más cerrado, maniqueo y excluyente. En ese sentido, creo que es un error intentar aislar el discurso autoctonista del romanista como posicionamientos ideológicos opuestos; la Antigüedad disfrutó en ese periodo de un espacio y una autoridad lo suficientemente potente como para cumplir distintas funciones simbólicas al mismo tiempo. Desde luego, la retórica de la resistencia irrumpió con fuerza, incluso a veces con cierta violencia, respecto al resto de referentes históricos, pero eso no le garantizaba una hegemonía exclusiva ni le otorgaba una calidad subversiva. Por el contrario, constata una transformación general en la recepción del pasado y en la configuración identitaria española en un momento clave en el que se estaba construyendo un nuevo concepto de nación. En ese sentido, la exaltación de la resistencia no era un discurso subversivo en sí mismo, sino un elemento más —nuevo, en parte— de los que componían una nueva genealogía nacional que era múltiple y compleja; asimismo, esa epopeya en absoluto era ajena ni contraria al proyecto político dirigido por la Corona, pues precisamente tenía mucho que ver con el propio concepto de Monarquía Hispánica.

La producción historiográfica de Ocampo y Morales se produjo por encargo de las instituciones y en el caso de Garibay y Mariana fue reconocida y sancionada por las mismas; fueron concebidas en su momento como la plasmación de la versión historiográfica referencial, oficial y hegemónica. Igualmente, se ha advertido cómo el teatro popular, pese a su apariencia corrosiva en ocasiones, estaba necesariamente vinculado a los estratos nobiliarios, institucionales y/o eclesiásticos, entre otros mecanismos, mediante el mecenazgo y la censura; si bien no estuvo dirigido, parece probable que cumpliera un cierto papel patriótico en armonía con las necesidades y discursos del Estado, al menos en parte, y sin negarle con ello cierto espacio de flexibilidad y crítica⁸⁷⁵. Incluso en el caso de Las Casas, por mucho que su obra tuviese un claro sentido crítico, tampoco tenía pretensiones contrarias al sistema político, ni a la lógica imperial, ni al sistema de valores fundamental; consecuentemente, su visión del pasado no era radicalmente distinta a la oficial, aunque sí fue especialmente sofisticada y estuvo hábilmente engarzada en un discurso ideológico y moral de objetivos muy específicos. En definitiva, se está hablando de una élite intelectual con una educación común —cuyas carreras habitualmente se entrecruzaron—, con una escala de valores básica similar y que pertenecía o estaba íntimamente ligada a las instituciones políticas y religiosas. Cuando en estas producciones intelectuales, por tanto, observamos un uso voluble de las fuentes clásicas y constantes contradicciones sobre el papel de invasores e invadidos, no es porque reflejen posicionamientos ideológicos radicalmente enfrentados, ni mentalidades historiográficas diferentes; se debe a que la visión de la Antigüedad en este período fue compleja y multifacética, y sus lecturas simbólicas y discursivas estaban lejos de ser unívocas y simples.

⁸⁷⁵ Ballester Rodríguez 2010, 297-355.

Asimismo, es fundamental ser consciente de que los discursos sobre el pasado son inseparables de los objetivos y escenarios para los que fueron concebidos de una forma inmediata. Ciertos contrastes cobran todo el sentido si consideramos su lógica funcional, los distintos niveles sociales en los que se desarrollan y las intencionalidades que se desprenden de ello. Me refiero a esto especialmente para dar explicación a la cuestión artística. Mientras que la historiografía y la literatura sublimaron la epopeya hispana, aparentemente no se le dedicó ninguna representación artística, lo que se ha utilizado como demostración del carácter subversivo de los primeros (*vide supra*). ¿Significa esto que cronistas, literatos y pintores mantenían posicionamientos ideológicos radicalmente distintos respecto al imperialismo? ¿Estaba la creatividad de los artistas secuestrada por la propaganda oficial frente a la libertad de los escritores? Parece absurdo plantear de esta manera la explicación en cualquiera de los casos. Las diferencias entre estos medios demuestran, por el contrario, que no puede interpretarse de la misma manera una pintura pensada para las recepciones oficiales de un palacio real, un libro dirigido a una clase intelectual relativamente amplia o una obra de teatro pensada para un corral de comedias popular. La forma en que se seleccionaban, transmitían y simplificaban los mensajes, así como las inercias temáticas y comerciales de cada disciplina, fueron necesariamente distintas en cada caso. Así, considerar de esta manera el espacio discursivo permite clarificar mejor el porqué de la ausencia artística, de la exaltación más patrioter y simplista de las comedias barrocas y el de la profundidad reflexiva y matizada de las historias. No solo el discurso y la ideología, también el espacio y las circunstancias de recepción estaban determinando la manera en que se representaba la Antigüedad nacional y sus implicaciones simbólicas.

Sirvan estas reflexiones para matizar y problematizar la teoría del discurso alternativo, es decir, las interpretaciones que han visto en la exaltación de la gesta hispana la proyección de discursos netamente antiimperialistas o subversivos. Creo que es una visión excesivamente cerrada, casi tanto como aquellos enfoques tradicionales que solo vieron simple propaganda monárquica. Me parece innegable la presencia fundamental de cargas críticas y deliberadas ambigüedades en esas representaciones de la Antigüedad.

Capítulo 5

SALVAJES CIVILIZADOS

EL RACIONALISMO EN EL SIGLO XVIII

«Es del honor de una Nacion disputar à todas las demàs la antigüedad, y el origen.
Assi discurre la debilidad humana abandonada de la razon, y de la Philosophia»

Luis Joseph Velázquez de Angulo, 1759, *Anales de la nación española*, 1.

El siglo XVIII es una etapa con un marcado carácter transformador y transicional. Esta afirmación es un tópico, aplicable, en realidad, a casi cualquier contexto si se hace con el enfoque adecuado; sin embargo, en este caso, esa afirmación puede concretarse a partir de dos circunstancias específicas fundamentales: el cambio de dinastía, en lo político, y la irrupción de un nuevo impulso renovador, en lo cultural. Desde luego, estos dos factores no pueden desligarse del contexto internacional, pero efectivamente condicionaron en España el devenir de un siglo con una personalidad particular. De hecho, desde un punto de vista muy convencional, ese siglo podría enmarcarse de una manera bastante razonable y nítida entre dos acontecimientos clave, la Guerra de Sucesión (1701-1713) y la Guerra de Independencia (1808-1814). No se pretende con esto establecer una periodización cerrada, pues es evidente que los procesos tanto políticos como culturales transgreden esos límites; pero también está claro que las circunstancias españolas de esa centuria marcaron de una manera muy característica y, en cierto sentido, incluso excepcional, las dinámicas de percepción y representación del pasado⁸⁷⁶.

Así, tal y como desarrollo en el primer apartado, me interesan de ese proceso dos nociones básicas: por un lado, la transformación del discurso patriótico, la conformación de nuevas tendencias en la percepción de la conciencia nacional y, con ello, del papel del pasado como ejemplo, antecedente y precursor; por otro lado, la irrupción de corrientes intelectuales regeneracionistas, que introdujeron un replanteamiento metodológico y conceptual profundo de la Historia nacional, desde el criticismo de finales del siglo XVII hasta la culminación ilustrada de la segunda mitad del XVIII. Estos dos fenómenos están íntimamente relacionados entre sí: entre ellos se establecieron sinergias esenciales, pero también tensiones y contradicciones estructurales que son, al menos desde la perspectiva de este análisis, las que condicionaron de una manera más característica este periodo.

En su aplicación concreta a la Antigüedad, si en lo concerniente a los siglos XV-XVII me he concentrado en subrayar el proceso de conformación de la epopeya y la identidad hispanas, este capítulo lo retoma para identificar sus transformaciones, problemas y límites. En este sentido, intentaré prescindir de las ideas ya desarrolladas para centrarme en lo que tiene de original el siglo y, muy particularmente, el movimiento ilustrado. Así, comentaré en el segundo apartado la tendencia a la intensificación del criticismo contra la dinámica falsaria consolidada. Se abrió en este momento con nueva fuerza el proceso de deconstrucción y rechazo del vigente modelo de los reinados míticos derivado de la obra de Viterbo, y, en general, la presencia de contenidos fabulosos y puramente literarios en la historiografía. De esta manera, el tubalismo y, en general, la

⁸⁷⁶ Para el marco cultural, son básicos Mestre Sanchís 1990; López-Cordón Cortezo 2006a.

explicación mítica sobre la primigenia civilización de Iberia era sustituida por nuevas explicaciones racionalistas.

A continuación abordo la manera en que se completó ese vacío acerca del proceso de conformación de la cultura en Iberia. Tal y como esbozo en el tercer epígrafe, esta cuestión central y omnipresente en el periodo, íntimamente ligada a las inquietudes de la Ilustración en general, tocó múltiples aspectos clave de la antigüedad peninsular, tales como la transmisión de conocimiento entre sociedades, el progreso científico y cultural, el proceso de complejización de los pueblos primitivos y, muy especialmente, el desarrollo de las relaciones coloniales. En este sentido se analizará en el cuarto punto la incidencia de uno de los planteamientos más originales de este periodo: la valorización de la influencia fenicia, no ya como una fuente culturizadora más, sino como el factor decisivo en la civilización de Iberia y el desarrollo de las capacidades del pueblo español. En combinación con este concepto, se contemplará el otro gran proceso clave en la primitiva población de la Península: la filiación con el mundo celta; imbricada en las corrientes celtistas europeas, la historiografía de la segunda mitad del siglo XVIII desarrolló sus propias teorías acerca del proceso de incorporación de este elemento a la idiosincrasia hispana supeditándolo, de nuevo, a la revalorización de la influencia semita. Por último, se considerará el lugar que quedó reservado en este nuevo modelo para la epopeya de la resistencia contra el invasor; lejos de resultar incompatible, la exaltación de la civilización y el difusionismo cultural se combinó con la visión idealizada de los logros bélicos hispanos, alcanzando en la literatura un tono aislacionista particularmente radical que tiene que ver con el desarrollo de ese nuevo patriotismo.

5.1. El nuevo patriotismo y la modernidad incompleta

Dos ideas fundamentales pueden servir como pilares sobre los que sostener el análisis de un periodo corto, comparativamente, pero que fue enormemente prolífico, complejo y matizado: el desarrollo de nuevas formas de sentimiento patriótico y la aplicación de nuevos modos de criticismo intelectual. Ambas inercias, íntimamente interrelacionadas, con evoluciones, variantes y excepciones, definieron las novedades sobre las que se compusieron formas de recepción del pasado notablemente originales y, en ciertos aspectos, irrepetibles.

En primer lugar, por lo tanto, se coincide en identificar el desarrollo de una conciencia patriótica nueva —más moderna, si se quiere—, y que tiene mucho que ver con la legitimación y consolidación de la dinastía borbónica y el acomodo a ella de los distintos agentes de poder en España. Circunstancias subsidiarias de este proceso de fondo definieron las nuevas perspectivas propias del siglo. De un modo abstracto, la

pérdida del dominio de la Corona sobre otros territorios europeos ayudó en cierto sentido a definir la españolidad con mayor precisión geocultural, en tanto que se introducía la idea del español *natural* respecto del que ya era simplemente *extranjero*, eliminándose algunas posibles ambigüedades⁸⁷⁷. Esta nueva percepción cohesiva de la identidad se retroalimentaba y fomentaba por las políticas borbónicas de legitimación y su propia concepción institucional, esto es, por las tensiones derivadas de los decretos de Nueva Planta y las disyuntivas entre centralismo y particularismo. Ciertamente, se desarrolló una nueva concepción unitaria de España como entidad directamente dependiente del rey y la nueva clase dirigente de media y pequeña nobleza. Esa nueva élite comprendió la necesidad de fomentar un discurso identitario en la comunidad gobernada que, desde luego, legitimase el nuevo *statu quo*, pero que también tuviese un efecto benéfico desde el punto de vista regeneracionista con el que se planteaba su proyecto político. Esa España cohesionada debía superar la que se percibía como una clara decadencia del país en las décadas previas, enquistada por un cierto adormilamiento, falta de empuje y desaprovechamiento del potencial de la nación. Esa nueva élite hizo suya una misión de restablecer el esplendor de otras épocas pero desde bases nuevas, un enfoque que debía mucho al reformismo mesiánico francés, y que se dirigía en dos sentidos: por un lado, consistía en fomentar la regeneración del sentimiento patriótico como algo colectivo y propio de todos los españoles en su conjunto; al mismo tiempo, se asumía la responsabilidad de desarrollar un gobierno efectivo y coherente que entendiese la felicidad y el bien público como el único objetivo más allá de la figura del rey y sus derechos, que estuviese definido por la razón del progreso⁸⁷⁸.

Ciertamente, se fomentó desde el poder una nueva lealtad abstracta hacia España que está íntimamente ligada al proyecto político borbónico, a su nueva nobleza y su aparato burocrático, pero no puede entenderse esto como un proceso simple y unidireccional. En efecto, ese nuevo patriotismo tiene tanto que ver con el impulso centralizador como con las tensiones que lo desafiaban; o, dicho de otra manera, deriva del discurso de la Corona tanto como del pactismo del que dependió su supervivencia. En efecto, los posicionamientos tradicionalistas resistentes a las nuevas políticas se formularon desde el principio en términos de defensa de lo propiamente español, tanto en el plano religioso (resistencia al regalismo), como en el político (resistencia fuerista al centralismo). En ese sentido, en esa invocación de lo nacional y del bien colectivo confluyeron intereses y facciones muy diferentes. Por eso, una vez superada la fase de justificación puramente dinástica, especialmente a partir de los años 40, la propaganda proborbónica se formuló en términos de españolidad, desde el castellanismo, con el fin de absorber esas proclamas patrióticas de los tradicionalismos y atraer a las facciones reticentes al proyecto oficial, tratando de neutralizar con ello su dimensión

⁸⁷⁷ Herzog 2006 [2003], 291-292; López-Cordón Cortezo 2006, 155-156.

⁸⁷⁸ López-Cordón Cortezo 2006a, 151-154.

extranjerizante⁸⁷⁹. De esta manera, en gran medida, ese proceso de nacionalización identitaria y cohesionadora fue el resultado de la retroalimentación de discursos y agendas muy distintas, incluso opuestas, y de la general solución pactista y de términos medios con el que se intentó dar salida a los conflictos generados por el nuevo sistema.

Es en ese contexto general en el que emerge con una fuerza nueva el término «nación» como concepto omnipresente de la producción intelectual española en general. Parece aceptado que no puede entenderse en términos decimonónicos, en tanto que conjunto cerrado e inextricable de idioma, costumbres, leyes y, sobre todo, soberanía. Pero sí hay en el uso del término elementos nuevos que añadían a aquel concepto etnohistórico moderno una dimensión política clave, el de la voluntad y actitudes colectivas como propulsores del progreso que se desarrolle plenamente en el soberanismo decimonónico. Si unimos a esto la tendencia racionalista característicamente ilustrada, resulta una versión del concepto de nación muy particular del momento, como esa que propuso Benito Feijoo. Entendió la nación, fundamentalmente, como el deseo de crear una «sociedad común», lo que, además de imprimirle esa faceta de agente activo al concepto, conllevaba relativizar y desprestigiar desde el escepticismo las llamadas «pasiones nacionales» o «nacionismo», entendidos como exaltaciones irracionales, excesos patrioteros acríticos, que nada tenían que ver con actitudes voluntarias —y, por tanto, no naturales—, de organización colectiva. Obviamente, no debe entenderse la aguda visión de Feijoo como algo generalizado, pero no por ello deja de ser ilustrativo, en un sentido privilegiado, de esa general confluencia, que sí es propia y extendida en el siglo XVIII, entre el nuevo patriotismo y el racionalismo intelectual⁸⁸⁰.

En lo que nos interesa, en lo que atañe a la proyección y reconstrucción de la Historia, esto se tradujo en una concepción utilitarista en la exaltación de las glorias pasadas; con un sentido funcional y una orientación didáctica, la élite intelectual del momento concibió el catálogo de hitos históricos nacionales como un medio con el que fomentar una identidad colectiva ilustrativa, didáctica mediante la ejemplaridad, por un lado, y útil, propulsora de la identificación colectiva con el progreso del conjunto del país. No se trataba solo, por tanto, de identificar una genealogía de prestigio o de celebrar los pasos que habían llevado a un presente de esplendor —como en parte ocurría en la concepción histórica de los siglos previos—; se trataba ahora de replantear el pasado desde una perspectiva progresista, con miras de futuro, mediante el juego con elementos emotivos y racionales, a partes iguales, con los que generar una conciencia colectiva que resultase inspiradora y constructiva.

Esto enlaza bien con ese segundo factor fundamental, el criticismo que irrumpió, a veces de manera conflictiva, en la producción intelectual de la centuria. Esto atañe de una

⁸⁷⁹ *Ibid.*, 154-156; Fernández Albaladejo 2007, 192-196.

⁸⁸⁰ López-Cordón Cortezo 2006a, 156-157.

manera muy específica y directa a la historiografía que va a ser analizada y, muy particularmente, a su tratamiento de la Antigüedad. Obviamente, el fenómeno tiene una dimensión europea (*vide infra*), pero hay ciertas circunstancias propiamente españolas que propiciaron y condicionaron esa transformación y la concretización de esas influencias genéricas. En ese sentido se coincide en identificar dos coyunturas fundamentales: por un lado, la proliferación de historias de la Guerra de Sucesión, que no afecta a la temática antigua que nos concierne, pero que sí sirvió en general para gestionar la crítica historiográfica en la nueva coyuntura política. En segundo lugar, el contexto de conflicto religioso con Roma sobre la cuestión del Patronato Regio, a propósito del Concordato de 1737, espoleó el redescubrimiento de las fuentes documentales sobre los orígenes del cristianismo en España con los que defender, desde un punto de vista sólido y crítico, la posición de la Corona en sus pleitos con el Vaticano⁸⁸¹. Ciertamente, la pugna regalista impulsó colateralmente la recopilación de todo tipo de documentación histórica, anticuaria, monumental o archivística, ya desde el reinado de Felipe V, pero especialmente con Fernando VI como propulsor de los *viajes literarios*, ambiciosas empresas de compilación sistemática encargadas y subvencionadas que, junto con otras tareas de la RAH (*vide infra*), supuso un paso fundamental en la institucionalización del anticuarismo enraizado en el Renacimiento.

A esto añadiría un tercer factor que no siempre se ha tenido tan en cuenta, y es el desafío que supuso al mismo tiempo la eclosión de historiografías regionales. Hasta cierto punto estas bebían de tradiciones previas, pero que en todo caso tenían una nueva orientación centrífuga, nacidas al calor de la reacción fuerista contra los decretos de Nueva Planta. Como ocurre con el conflicto eclesiástico, repercutieron en el replanteamiento de las fuentes, documentales y legendarias, con el fin de encarar las distintas controversias con herramientas críticas sólidas.

Estas consideraciones, generales y concretas, abren un periodo enormemente complejo y renovador en el ámbito historiográfico. En síntesis, lo que se puso encima de la mesa de una manera profunda y desafiante son los fundamentos de la Historia como disciplina crítica y veraz frente al tratamiento del género como retórica moralizante. Esto no era nuevo, esa cuestión llevaba planteándose muy seriamente, al menos, desde el siglo XVI; de hecho, no es casualidad que la Ilustración conllevara una sistemática revalorización, reedición y crítica de la *Historia* de Mariana⁸⁸² y se redescubriese la *Coronica* de Morales, con un tono especialmente laudatorio, convirtiéndola en paradigma del papel del criticismo renacentista en la historiografía nacional. Ahora bien, aunque el dilema no era completamente nuevo, en cierto sentido se asistió a una intensa revitalización de aquel proceso que se entendía entonces como abandonado, anquilosado

⁸⁸¹ López-Cordón Cortezo 2006a.

⁸⁸² Cirot 1904a, 464-468.

por las historias sacras y localistas poco rigurosas del Barroco. Hasta tal punto esos debates retomados alcanzaron cotas de profundidad y modernidad que se han considerado equiparables a los del siglo XX⁸⁸³.

Por supuesto se trata de un proceso complejo que, a nivel operativo podría dividirse en dos grandes etapas que son, en cierto sentido, generacionales. En primer lugar, una etapa, en el cambio del siglo XVII al XVIII, estuvo marcada por el cambio de dinastía y el reinado de Felipe V. En ella el empeño se puso en someter a crítica e identificar los problemas de las perspectivas previas. Se trataba de higienizar el legado historiográfico vigente desmontando falsedades repetidas y rechazando el irracionalismo del criterio de autoridad automático. Se pusieron en cuestión los hábitos metodológicos adquiridos en defensa de una nueva verdad objetiva y rigurosa, entendida en su nueva formulación como factor revulsivo y regenerador en un espectro cultural más amplio. Fue una época caracterizada por la polémica erudita, las reediciones de libros considerados como aprovechables y los grandes repertorios de fuentes, obras y autores como puntos de partida para el nuevo proyecto intelectual que se estaba planteando. En esa consideración los mitos de los orígenes de la población y civilización de Iberia tuvieron un peso muy específico (§ 5.2).

Desde luego, el siglo XVIII no marcó ningún límite preciso; con ciertos antecedentes⁸⁸⁴, el cuestionamiento de la historiografía fabulosa irrumpió ya de una manera clara durante el reinado de Carlos II. Como circunstancia inmediata, el fenómeno coincidía con una cierta conciencia de decadencia política y, en el plano intelectual, con un momento de impacto decisivo de la obra teórica y metodológica en toda Europa de Jean Mabillon en *De re diplomatica* (1681). Con el influjo de esta corriente, se imponía la lógica insoslayable de la crítica documental como premisa para cualquier aproximación historiográfica, así como la necesidad de elaborar nuevas recopilaciones rigurosas de fuentes; se trataba de redefinir la manera en que se exaltaba el prestigio nacional limpiándolo de falsedades históricas. Es la corriente de los llamados *novatores*, organizados en torno a ciertos círculos intelectuales como los de Valencia y Sevilla, y que constituyeron un antecedente fundamental a la historiografía ilustrada⁸⁸⁵. Tratados metodológicos como el *Norte crítico*, de Jacinto Segura, marcaban esa nueva tendencia. Sin embargo, probablemente Nicolás Antonio constituye el referente más importante: su obra magna, *Bibliotheca Hispana Nova y Vetus* (1672 y 1696, respectivamente), es un repertorio colosal de los escritores hispanos desde Augusto, y su tratado más polémico, *Defensa de la Historia de España* (publicada póstumamente como *Censura de historias fabulosas*), supone un desmantelamiento inmisericorde de la mitología cristiana

⁸⁸³ En general, *vide* Grafton 2007; en el caso español, Álvarez Junco 2013, 155.

⁸⁸⁴ Algunos precursores plenamente barrocos en Álvarez Junco 2013, 156-157.

⁸⁸⁵ Sobre el fenómeno de los *novatores*, *vide* Stiffoni; Álvarez Junco 2013, 155-162.

española⁸⁸⁶. Tras él, autores como Gaspar Ibáñez de Segovia (Marqués de Mondéjar), Manuel Martí y José Manuel Miñana, del círculo de Valencia, emprendieron en las primeras décadas del siglo un proceso de cuestionamiento sistemático de las fuentes no fiables y su reproducción historiográfica, introduciendo debates eruditos de naturaleza histórica, lingüística, arqueológica y religiosa de distinto calado⁸⁸⁷. Un discípulo de Martí, Gregorio Mayans, marcó el clímax de esa corriente, aunque le valió la fama de antipatriota, la enemistad con algunos de los intelectuales más influyentes —como Henrique Flórez— y el obstáculo de ser apartado y censurado por las instituciones —como la RAE y la RAH—. Es el paradigma de esa tendencia en su formulación más radical, en lo que concierne a una integridad metodológica inflexible en la defensa del tratamiento crítico y racional de las fuentes⁸⁸⁸.

Ciertamente, las controversias eruditas que abrieron estos autores nos atañen solo en parte. Fundamentalmente, se centraron en el periodo posterior a Augusto y sus debates más influyentes se referían a documentos y temáticas fundamentalmente religiosas, esto es, el asunto de los cronicones como fuente para el estudio del cristianismo en España, chocando especialmente con la manera en que se había planteado la Historia sagrada.

Ahora bien, el movimiento de los *novatores* tuvo también una plasmación divulgativa en una obra de historia generalista que marcó profundamente la dirección en que apuntaba el nuevo siglo: la *Synopsis historica chronologica* de España, de Juan de Ferreras, publicada entre 1700 y 1727. Párroco de Madrid, y protegido de los jesuitas (llegó a ser bibliotecario mayor de la Biblioteca Real), Ferreras era un teólogo acercado a la historiografía por la influencia de Mondéjar. Su *Synopsis* era una síntesis de voluntad compiladora y didáctica, con una estructura cronológica muy tradicional, sin mayores pretensiones intelectuales que la actualización más básica de lo esencial de la Historia de España, aplicando en ella la dimensión crítica de la que se estaba hablando en los círculos eruditos. Por una parte, supuso una primera proyección de ese patriotismo más *moderno* que, en el cambio de dinastía, planteaba una historia unitaria de los españoles en la que destacase la nación como algo inmanente y colectivo más allá de las vicisitudes de las casas reinantes. Por otra parte, sin compartir el radicalismo de Mayans, arremetió contra la mitología de los orígenes de Iberia (§ 5.2), lo que provocó una reacción conservadora encarnizada, especialmente por parte de los benedictinos, que fue conocida en su propia época como «crisis ferrérica»⁸⁸⁹. Por ello la obra de Ferreras, sin resultar particularmente

⁸⁸⁶ Álvarez Junco 2013, 157-158.

⁸⁸⁷ Obras de Mondéjar como ejemplo: *Noticia y juicio de los más importantes historiadores de España, Advertencias a la Historia de Juan de Mariana y Primeros orígenes de España* (inédito); vide *Ibid.*, 158-159.

⁸⁸⁸ Mestre Sanchís 1990; Álvarez Junco 2013, 159-161.

⁸⁸⁹ Stiffoni, 163-177; Álvarez Junco 2013, 161-162. Como polemistas, destaca Luis de Salazar (1720), que acuñó el término de «crisis ferrérica», y Francisco de Berganza, que en sus *Antigüedades de España* (1719-1721) defendió a ultranza la visión más tradicional.

novedosa ni profunda, constituye un punto de inflexión historiográfico, un hito que marcó la nueva tendencia racionalista y su proyección pública en el siglo subsiguiente; no en vano, la historiografía de la Ilustración lo consideraría un referente fundamental, por mucho que se entendiese como algo a superar.

Ciertamente, su trascendencia es limitada más allá del tema de las fuentes polémicas, pues por el propio carácter cronístico de la obra, esquemática y fáctica, está prácticamente exenta de reflexión sobre las cuestiones culturales y caracterológicas que nos ocupan. Ferreras fue parco, incluso, en lo que se refiere a las valoraciones y causalidad de los hechos históricos, pues en gran medida su planteamiento es el resumen fiel y bien referenciado de las fuentes clásicas. Su perspectiva ideológica e identitaria sobre la Antigüedad hispana debe entresacarse de los raros fragmentos —y precisamente, por raros, significativos— en los que introdujo una cierta reflexión personal, en la terminología, tendente al uso de coletillas reiterativas cargadas de significado, o en su índice alfabético de «cosas notables». En este último Ferreras hizo una arbitraria selección temática en la que volcó y reforzó algunas enseñanzas útiles y conceptos morales desgranados del ejemplo histórico, lo que resulta sin duda ilustrativo de la proyección simbólica de su trabajo, por lo demás, esencialmente cronístico.

En todo caso, la crisis ferrérica que abría el siglo, abría también el dilema más característico del periodo: la tensión entre criticismo y patriotismo, modernidad y tradición. Estas dicotomías nunca se articularon de una manera simple y excluyente, sino en una tensión difícil de resolver, generándose una problemática conceptual con gradaciones y contradicciones complejas que tenían que ver con la perspectiva intelectual de cada autor, su posición institucional y los medios en los que se movía. Las cuestiones que estaban en juego en aquellas polémicas eran, entre otras: ¿qué alcance tenía en la construcción de la nueva Historia de España el respeto a la tradición y el criterio de autoridad? ¿Cuáles eran los límites de la renovación y la crítica? ¿Qué representaciones del pasado seguían siendo válidas y cuáles no? Y, con ello, algo que se convirtió en un asunto central: ¿cómo propiciaban las instituciones esa transformación y arbitaban sus límites?

Efectivamente, a medida que avanzaba el siglo, el espíritu crítico y reformista de los *novatores* se consolidó como un movimiento oficializado e institucionalizado. Las tertulias y círculos eruditos privados fueron asimilados en la fundación de las Reales Academias, especialmente, en lo que nos concierne, en la fundación en 1735 de la Real Academia de la Historia, que desde entonces se constituyó como medio de expresión de la versión oficialista de la Historia nacional y que, en cierto sentido, se constituyó como árbitro de las polémicas que estaba suscitando el nuevo espíritu crítico.

Hablar de la RAH obliga a hablar de arqueología. En general, la segunda mitad del siglo fue clave en el desarrollo de la disciplina en España, lo que resulta inseparable del

movimiento ilustrado en lo intelectual y el impulso estatal borbónico en lo institucional⁸⁹⁰. Ciertamente, no se dió un gran salto teórico ni metodológico en este sentido, sino que se recuperaron los anclajes renacentistas —con referentes como Agustín y Morales— que se consideraban olvidados o pervertidos. Así, el anticuarismo continuaba supeditado a las fuentes escritas, como instrumento útil con el que fechar, nombrar y localizar determinados enclaves; asimismo, se revitalizaba la empresa de elaborar y actualizar repertorios sistemáticos, especialmente de epigrafía y numismática, en consonancia con las inquietudes críticas acerca de las fuentes históricas y su veracidad⁸⁹¹. Por otro lado, no se planteaba la idea de excavar sistemáticamente los enclaves conocidos para reconstruir de una manera completa y profunda el pasado; por contra, la motivación esencial era sustentar con pruebas materiales puntuales las eternas disputas por la antigüedad o la identificación original de las localidades modernas, así como la recuperación de monumentos y piezas con valor artístico y prestigio simbólico. En todo caso, en este periodo se emprendieron labores interesantes en varias ciudades de España, lo que incluye las primeras intervenciones en Sagunto y Numancia⁸⁹², por no hablar de las espectaculares excavaciones en Pompeya y Herculano impulsadas y dirigidas por el futuro Carlos III, así como las realizadas en Nueva España⁸⁹³.

En definitiva, la gran diferencia con el anticuarismo renacentista reside, básicamente, en la intervención oficial, su impulso, planificación y control desde el Estado. En concreto, la RAH, con el apoyo de las academias provinciales, fue esencial como órgano regulador y centralizador de los trabajos de campo que se llevaron a cabo en este ámbito, siendo la impulsora y receptora de gran parte de las investigaciones del periodo mediante su protección y subvención⁸⁹⁴. Particular papel tuvo el Gabinete de Antigüedades, que empezó a funcionar de una manera progresiva dentro de la RAH en la segunda mitad del siglo para custodiar y catalogar su colección de objetos arqueológicos y la documentación derivada⁸⁹⁵. En todo caso, esa arqueología de la que se está tratando era, de manera prácticamente exclusiva, arqueología clásica y, más concretamente, romana: por un lado, la legitimación histórica y simbólica de la monarquía absoluta pasaba por la reiteración del antecedente imperial romanista, por otro, la intelectualidad ilustrada y la estética neoclásica volcaba también su mirada sobre el referente latino; esto excluía del impulso anticuarista a otras culturas y periodos, como lo prerromano o lo medieval, que no alcanzaron una posición destacada hasta la segunda mitad del XIX⁸⁹⁶.

⁸⁹⁰ En general, acerca de la arqueología española en el siglo XVIII, *vide* Mora Rodríguez 1991; 1994; 1997; 1998; 2017; Ayarzagüena Sanz y Mora Rodríguez 2004, 43-71; Sulzer 2009; Almagro-Gorbea y Maier Allende 2012.

⁸⁹¹ Mora Rodríguez 1998, 58-89.

⁸⁹² Mora Rodríguez 1998, 89.

⁸⁹³ Almagro-Gorbea y Maier Allende 2012; Romero Recio 2012.

⁸⁹⁴ Mora Rodríguez 1998, 36-41.

⁸⁹⁵ Almagro-Gorbea 2004.

⁸⁹⁶ Mora Rodríguez 1998, 61-63, y en general, sobre el clasicismo en la arqueología del siglo XVIII, Mora

En lo que nos concierne, solo ciertas cuestiones muy específicas fueron abordadas con interés en este periodo, afectando de manera directa al conocimiento que se tenía del pasado prerromano: me refiero, por una parte, a los intentos de desciframiento de la escritura ibérica, fundamentalmente a partir de la numismática, en relación con la revalorización del pasado fenicio, y por otra, a las elucubraciones epigráficas acerca del componente celta del pasado peninsular (§ 5.4). Más allá de excepciones puntuales, la norma del institucionalismo cultural ilustrado fue la conjunción de anticuarismo clasicista, utilidad educativa y reformismo estatal. Idéntica fórmula puede aplicarse al papel jugado por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, que articularía buena parte de los nuevos esfuerzos anticuaristas, así como la nueva proyección propagandística de la representación de la Antigüedad en el arte (*vide infra*).

En general, el proceso de conformación de las academias y su consolidación como órganos reguladores de la cultura suponía un cambio significativo en los objetivos de aquellos círculos eruditos iniciales en los que se habían cimentado, y que en origen habían nacido con un fuerte carácter de desmitificación e innovación desde la crítica profunda; en concreto, con su consolidación institucional, la RAH pasó a cumplir la función del cronista real, respaldando con su labor los intereses de la Corona mediante actividades esencialmente burocráticas, como informes y tareas de control editorial, cuando no directamente propagandistas. Con ello, por un lado, buena parte de la intelectualidad oficialmente reconocida limitó sus investigaciones autónomas y la producción historiográfica propia; por otro lado, esa nueva élite obligada tendió fácilmente a esquivar los asuntos polémicos, particularmente en lo tocante la mitología cristiana más arraigada. La general tendencia que emanaba de este fenómeno quedaba definida, en general, por un revisionismo limitado, por la dinámica de desechar algunas tradiciones respetando otras, o, dicho de otra manera, por una domesticación del criticismo modernizador para ponerlo al servicio de los fundamentos del sistema⁸⁹⁷.

Sin la influencia y trascendencia de las academias nacionales, cabe señalar la fundación paralela de instituciones periféricas que, en ocasiones y en cierta medida, contrarrestaron la condescendencia oficialista con los mitos fundacionales. Es el caso de la Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, cuyas producciones a finales de siglo, muy influenciadas por la obra de Masdeu, dirigieron buena parte de sus esfuerzos anticuaristas a rebatir el tubalismo, la genealogía viterbina y el mito catalán de Otger Cataló⁸⁹⁸.

Rodríguez 1994; 1998; Sulzer 2009.

⁸⁹⁷ Sobre las circunstancias y papel histórico de la RAH, entre otros; *vide* complementariamente la reflexión crítica de Álvarez Junco 2013, 163-167.

⁸⁹⁸ Cortadella Morral 1994a; 2004.

La producción historiográfica propia de la RAH fue en este periodo básicamente inexistente, subsumida, en todo caso, por proyectos maximalistas que nunca se llevaron a cabo. No obstante, puede valorarse el papel de ese oficialismo historiográfico a través de las obras individuales de algunos de los miembros de la institución y que, publicadas bajo su amparo, pasaron a constituir el nuevo canon historiográfico. Respecto a la Antigüedad remota, al caso más flagrante de conservadurismo institucional quedó representado en la *España primitiva* de Francisco Xavier de la Huerta y Vega. Publicada en 1738 bajo el amparo de la RAH y la RAE, generó una notable polémica al encontrarse con la recomendación en contra de Martín Sarmiento (en privado) y la dura crítica de Mayans (pública y notoria), lo que propiciaría en parte la renuncia de este último al cargo de bibliotecario real; en todo caso, las instituciones silenciaron los argumentos críticos y respaldaron una publicación anacrónica e insostenible metodológicamente⁸⁹⁹.

También surgió del seno de la RAH, con un alcance crítico limitado, pero mucho más acorde a los aires renovadores del momento, la obra de Luis Velázquez, Marqués de Valdeflores⁹⁰⁰. Protegido del Marqués de la Ensenada, y miembro de la RAH desde 1751, recibió el encargo de elaborar una nueva historia general de España, misión para la que dedicó tres años de recopilación de documentos⁹⁰¹; la obra quedó sin realizar, fundamentalmente debido a la caída en desgracia de Valdeflores por cuestiones políticas. No obstante, llegó a publicar una parte muy limitada del bloque cronológico-histórico del monumental proyecto: *Anales de la nación española desde el tiempo mas remoto hasta la entrada de los romanos* (1759), que abordó el espinoso asunto de los orígenes y se extendió hasta el desembarco romano del 218 a. e. c. Prescindió de Túbal y la genealogía bíblica, aunque manejó ampliamente el material mitológico replanteándolo desde una perspectiva racionalista (§ 5.2), encaminada a resaltar la preeminencia del factor fenicio en la civilización hispana (§ 5.4); elementos muy tradicionales se conjugaban así con inquietudes plenamente ilustradas, abriendo un camino que poco después transitarían con todas las consecuencias los hermanos Rodríguez Mohedano.

Sin estar tan especializada en el pasado prerromano, otros autores clave que marcaron el Siglo de las Luces tocaron algunos temas de la Antigüedad remota desde esa misma perspectiva institucionalista; es el caso del *Teatro crítico* de Benito Feijoo (1726-1740) y, sobre todo, la *España sagrada* de Henrique Flórez (1747-1775)⁹⁰². En ambos casos hay agudas reflexiones que participaban del racionalismo crítico del momento, pero siempre sin llegar a amenazar gravemente el legado previo ni provocar un enfrentamiento

⁸⁹⁹ Sobre todo lo que rodeó a esta obra, *vide* Santos Puerto 1999.

⁹⁰⁰ Acerca de este autor, con especial énfasis en su visión de la Antigüedad, *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996; Mora Rodríguez 2004b.

⁹⁰¹ Los resultados de la compilación y la estructura del proyecto los sintetizó en Velázquez de Angulo y Cruzado 1765; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 58-74.

⁹⁰² Son interpretados en esta clave institucionalista en Álvarez Junco 2013, 167-169.

serio con el poder. Se reconoce en sus obras la fidelidad institucional y el respeto a las tradiciones piadosas favorables para la exaltación patriótica. Confluían en sus obras, por tanto, el racionalismo propio de los nuevos tiempos, la fidelidad a la utilidad nacional y su conciencia eclesiástica militante.

La *España Sagrada* de Flórez⁹⁰³ es un ejemplo paradigmático del posicionamiento intermedio entre tradición y crítica al que me refiero. La obra es, esencialmente, un compendio colosal de las fuentes para el estudio del cristianismo en España, pero parte de un repaso histórico-geográfico sistemático de los límites y características de las provincias romanas y su configuración previa. Ciertamente, su objetivo primordial está claro: «solo nos valemus de las cosas Civiles, para hacerlas servir à lo Ecclesiastico»⁹⁰⁴, pero esto no excluyó que contemplase las fuentes esenciales sobre los pueblos prerromanos de cada región. Por ello, a pesar del sentido compilador, sintético y objetivista de la obra de Flórez, algunos apartados, como el dedicado a Lusitania⁹⁰⁵, tienen un contenido etnográfico e historiográfico de interés. Aunque sin duda la parte más sugerente en este sentido es *La Cantabria*, que, en la práctica, se publicó como un ensayo independiente por su envergadura y complejidad, pero también por el alcance de su mensaje político⁹⁰⁶. Es la sección de la *España sagrada* más desmitificadora y cargada ideológicamente en lo que concierne al pasado prerromano. En ella se desviaba por completo de la Historia eclesiástica para entrar de lleno en una polémica de corte identitario: el debate en torno al vascocantabrismo y el vascoiberismo. Si bien estas teorías entroncaban con las controversias inauguradas en el siglo XVI por Garibay (§ 4), la cuestión pasaba en ese periodo a un primer plano en el contexto de la defensa fuerista como reacción al centralismo borbónico. En ese contexto los preceptos del particularismo etnocultural norteño se reavivaron; en concreto, la obra de Flórez se formuló básicamente como una *dissertatio* en contra del libro de Manuel Larramendi, *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria* (1736), que se situó en el centro de la polémica actualizando el mito de la excepcionalidad vasca. Flórez desmontó sistemáticamente la identificación cántabra de las provincias vascas, pero también negó la idea de que nunca habían sido totalmente sometidos por Roma (§ 5.5) y cuestionó la lectura positiva del primitivismo de aquellos pueblos (§ 6.4). Volveré sobre la importancia del vascocantabrismo en este periodo en general (§ 5.4); de momento cabe anticipar que la obra de Flórez es esencial para comprender la manera en que la intelectualidad ilustrada vinculada al proyecto

⁹⁰³ Sobre la historiografía de Flórez, *vide* Borreguero Beltrán 2006 y, entre sus contribuciones, particularmente, López-Cordón Cortezo 2006b; por otra parte, ha sido bastante estudiada su dimensión arqueológica (Mora Rodríguez 2004c; Salas Álvarez 2009; Campos y Fernández de Sevilla 2010).

⁹⁰⁴ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 7, 142.

⁹⁰⁵ *Ibid.*, tomo 13.

⁹⁰⁶ Existen múltiples reediciones por su interés polémico respecto al nacionalismo vasco, en todo caso, aquí se cita su primera edición y como parte integrante de la *España sagrada*, esto es, como el tomo 24, parte 1. Sobre esta obra, *vide* Herrera de la Sota 1998; Cisneros Cunchillos 2006, 202-203; Fernández de Mata 2006.

borbónico acometió el problema de las identidades periféricas en relación con sus raíces antiguas.

Por lo tanto, a mediados del siglo XVIII, por tanto, culminaba en figuras como Mayans, Valdeflores, Flórez o Feijoo, un movimiento revisionista que, iniciado a finales del XVII, se había empeñado en dismantlar las fuentes ficticias, dismantlar los asertos más insostenibles sobre los orígenes hispanos y emprender una labor de recopilación sistemática de fuentes documentales con las que fraguar un nuevo inicio. La tendencia se había aplicado con diferente nivel de compromiso y radicalismo en cada caso, y había empezado a convivir, no sin problemas, con la institucionalización de la disciplina y la asimilación oficial de sus principios reformistas. No obstante, el replanteamiento crítico de las tradiciones historiográficas y la introducción de nuevos métodos rigurosos era ya una tendencia irreversible. Las críticas sobre las ficciones más evidentes estaban ya relativamente asumidas, las instituciones culturales articulaban cierto grado de transformaciones a nivel oficial y los planteamientos metodológicos renovadores había alcanzado ya un cierto grado de madurez, con referentes inmediatos de autoridad y prestigio en los que apoyar argumentos más elaborados, como Flórez y Valdeflores, para lo que nos atañe. En este punto, suele identificarse una segunda etapa a partir de los años 60, generalmente asociada al reinado de Carlos III. Esa consolidación de los replanteamientos y recopilaciones previos se concretaban ahora en una nueva necesidad, la de rediseñar de manera profunda la Historia de España. Partiendo del criticismo de las décadas anteriores, y en consonancia con la introducción de los principios propiamente ilustrados, se imponía la evidencia de que las historias generales publicadas hasta el momento resultaban insuficientes y anticuadas en la nueva realidad intelectual. La de Mariana continuaba siendo, anacrónicamente, la obra de referencia, y la de Ferreras era una síntesis con alcance crítico limitado y estructura tradicional, por no hablar de otras compilaciones de orientación más escolar (*vide infra*). Por su parte, la RAH se demostraba incapaz de realizar los colosales proyectos diseñados en este sentido y quedaba en entredicho entre los sectores más innovadores por su orientación conservadurista ante obras polémicas como la de Huerta. Se percibía como necesaria, por tanto, la elaboración de una nueva historia de España profunda, coherente y totalizadora, que reflejase los nuevos principios teóricos y metodológicos racionalistas. Al mismo tiempo, debía construirse un discurso nuevo sobre la especificidad española, sus referentes y su cultura, así como su concepción como ente colectivo y activo en el devenir histórico. Es el momento de las historias plenamente ilustradas que quedan representadas, especialmente, en los trabajos de los hermanos Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano y de Juan Francisco Masdeu.

Se trataba de consolidar en una historia general de España el *nuevo canon* historiográfico que se venía postulando y anticipando en los tratados teóricos, estudios

específicos e historias parciales publicados hasta el momento⁹⁰⁷. Tres características esenciales debían caracterizar a la nueva historia de España propiamente ilustrada: la aplicación del principio de crítica y rigor documental, el establecimiento de una explicación de los procesos culturales, más allá de los hitos bélicos y políticos, y la incorporación del concepto de nación como sujeto histórico colectivo, frente a la historia personalista tradicional. Aparte del criticismo ante las fuentes, que se consideraba ya imprescindible, esos dos otros elementos teóricos (historia de la cultura y del colectivo), fueron los dos pilares fundamentales de la historiografía que se estaba postulando desde la influencia francesa y que se definió como «historia literaria», de forma muy generalizada, pero también como «historia de las ciencias» o «historia civil», en el sentido de Historia del pueblo, para distinguirse de la Historia sagrada. En ellas, la nación emergía como un sujeto histórico propio, colectivo y atemporal, y, aunque todavía no se mostraba como detentadora de la soberanía, sí se situaba más allá de dinastías y gobernantes⁹⁰⁸.

El reconocimiento de la nación histórica conllevaba un rastreo de su antigüedad remota⁹⁰⁹, pero con la incorporación de nuevas limitaciones: por un lado, se trataba de una nación esencialmente profana, que se desligaba en gran medida del universalismo cristiano, y, por otro, el criticismo racionalista hacía inviable el uso de fuentes documentales no contrastadas, con lo que se renunciaba a los orígenes míticos, a Túbal y a la genealogía viterbina, pero también a los componentes fabulosos en el tratamiento del pasado histórico (§ 5.2). Asimismo, la nueva conciencia nacional suponía nuevos escenarios de competencia histórico-cultural en el contexto europeo. Si bien el foco de las comparaciones en el Renacimiento había sido Italia/Roma como potencia hegemónica, cultural, histórica y religiosa, ahora, en parte, ese referente era sustituido por Francia/Galia como nuevo nudo de controversia. Francia era la nueva autoridad cultural, tanto en el plano intelectual, como en el artístico y literario, y era un referente político, especialmente para España, por su ligazón dinástica, y de manera particularmente controvertida a partir de la Revolución. En este contexto, surgió un nuevo tema de polémica etnohistórica que antes no existía: la cuestión de las filiaciones y las comparaciones de los hispanos con la Céltica europea a partir de la nueva corriente celtista que se estaba desarrollando en Francia y el ámbito británico (§ 5.4).

⁹⁰⁷ Tomo la expresión «nuevo canon» y el planteamiento general que sigue de Álvarez Junco 2013, 173-179. El ensayo metodológico de referencia para entender los nuevos planteamientos es el de Juan Pablo Forner (*Discurso sobre el modo de escribir y mejorar la historia de España*), escrito en 1788 pero publicado en el siglo XIX. Constituye una reflexión teórica sobre la necesidad de una historia que trascienda las proezas bélicas con el fin de comprender la constitución política y cultural de España a lo largo del tiempo (*vide Ibid.*, 189).

⁹⁰⁸ Álvarez Junco 2013, 173-177.

⁹⁰⁹ Sobre la Historia Antigua en la Ilustración española *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996; Wulff Alonso 2003, 65-96; Romero Recio 2005.

Obviamente, Roma no podía desaparecer del debate sobre la antigua identidad hispana. De hecho, adquirió una nueva dimensión, ya que este periodo se caracteriza también por la ofensiva que buena parte de los intelectuales italianos —particularmente jesuitas— lanzaron contra la cultura española. Autores como Girolamo Tiraboschi y Saverio Bettinelli, culpabilizaron al dominio español de la decadencia de la cultura italiana desbancada desde el Renacimiento. Esta, que era una disputa estética con implicaciones de todo tipo, resultaba ser la dimensión cultural de un proceso de autoafirmación de la intelectualidad italiana frente al común enemigo externo, identificado en este caso en España. La contrarreacción supuso una reivindicación de España y de su papel en la construcción de la cultura de Europa, un debate que tenía especial relevancia entre la intelectualidad ilustrada obsesionada por las circunstancias del progreso cultural⁹¹⁰. Esto es especialmente patente, de manera personal, en la obra de Masdeu. Como español exiliado en Italia, su obra —originalmente en italiano— se concibió exclusivamente como una defensa de lo español dentro de esa polémica, aunque su ampliación y traducción acabó transgrediendo con mucho ese objetivo inicial. En lo que nos afecta, ese planteamiento se tradujo en un obvio sesgo antirromano de tono patriótico patente a lo largo de todo el apartado dedicado a la Antigüedad. Esto puede resultar contradictorio con su perspectiva ilustrada y, por tanto, tendente al difusionismo, la interculturalidad y el cosmopolitismo, pero lo cierto es que resulta muy evidente su tendencia autoctonista en lo que respecta específicamente a los temas de la resistencia hispana contra la expansión de Roma (§ 5.5).

Si hay una historia literaria por excelencia en la España ilustrada esa es la de los hermanos Rodríguez Mohedano⁹¹¹. La *Historia literaria de España* era un proyecto monumental, que pretendía hacer un repaso sistemático de todo el desarrollo de la cultura española, pero que, en sus 9 tomos publicados entre 1766 y 1791, tan solo llegó hasta Lucano. Eran frailes franciscanos y dedicaron su obra a Carlos III según un precepto muy propio del despotismo ilustrado: estaba siendo dedicada a un gobernante sabio que gobernaba sobre una nación sabia. Su referente era de manera clara y explícita la historia literaria francesa y, en efecto, son los autores que aplicaron más radicalmente los principios del criticismo racionalista a una historia general de España: desecharon sin concesiones toda la mitología de los orígenes y dejaron la historia político-militar en un verdadero segundo plano, con el objeto de preocuparse seriamente por desentrañar las estructuras del progreso cultural y socioeconómico de la nación. Dicho planteamiento conllevó propuestas absolutamente originales, como sus intuitivas interpretaciones acerca de los procesos de complejización cultural en los estadios más primitivos que son de una notable modernidad. En este sentido, las comparaciones con América en lo que respecta

⁹¹⁰ Álvarez Junco 2013, 182-186.

⁹¹¹ *Ibid.*, 187-189.

al mundo prerromano fueron bastante sistemáticas y tuvieron un sentido analítico comparativo, casi antropológico, muy interesante.

Masdeu fue el otro gran representante de la historiografía ilustrada con su *Historia crítica de España*, publicada entre 1783 y 1805, y, siendo jesuita, compuso su obra desde el exilio en Italia⁹¹². Esta circunstancia le hace partícipe de un fenómeno particularmente paradójico y relevante: un conjunto de autores catalanes, jesuitas, fieles a Roma y expulsados de España, pero que, sin embargo, fueron clave en el desarrollo del nuevo discurso patriótico español que sienta las bases de la historiografía nacionalista decimonónica⁹¹³. En este sentido, su libro, inicialmente escrito en italiano, se concibió como una defensa de la cultura española para ser leído en Italia y contrarrestar así los ataques antiespañoles de sus intelectuales (*vide supra*). No obstante, su traducción al castellano, su notable ampliación y las múltiples reediciones lo convirtieron en una obra de referencia en el ámbito nacional. La influencia de los Mohedano fue muy directa, y muchos de los principales argumentos de aquellos acerca de la Antigüedad (desmitificaciones, influencia fenicia, migraciones celtas, etc.) se reprodujeron en lo básico, aunque con variaciones importantes; en general Masdeu tendió a la simplificación, mantuvo un esquema político-militar más tradicional y sostuvo en su retórica un tono más obviamente patriótico e idealizante. En todo caso, de esos matices pueden extraerse interesantes conclusiones acerca de la compleja y multifacética aproximación ilustrada al mundo antiguo.

Dejando de lado las historias generales de más envergadura, con un enfoque más específico, resulta enormemente interesante la *Historia de la milicia española* (1776), de Joaquín Marín y Mendoza, cercano al círculo de Mayans, miembro de la RAH y profesor de Derecho natural en la Universidad de Valencia. Se trata de un excelente ejemplo del planteamiento ilustrado en la Historia militar, concebida esta como estudio del Arte militar, o «milicia», como él lo denominó, esto es, la conjunción de costumbres, técnicas y evolución de la guerra en su progreso en el tiempo más allá de los hitos fácticos. Retomando el género tradicional del tratado militar, lo replanteó desde un punto de vista característicamente ilustrado, contextualizándolo en el progreso cultural, los procesos de civilización y la transformación de las sociedades desde sus fundamentos sociales y económicos. Aplicó un uso exhaustivo, crítico y diverso de las referencias historiográficas, nacionales (Ocampo, Mariana, Marineo y, sobre todo, Morales), regionales (Zurita y Beuter) y extranjeros (Lipsio, entre otros), e introdujo disquisiciones críticas sobre las fuentes literarias, arqueológicas e iconográficas. No fue intención de Marín suavizar la barbarie hispana ni resaltar su grado de civilización, como sí lo fue en las historias generales de los Mohedano y Masdeu; por contra, el objetivo de Marín fue

⁹¹² *Ibid.*, 183-184.

⁹¹³ *Ibid.*, 181-186.

argumentar la barbarie hispana, es decir, dar una explicación socioeconómica y cultural sobre las referencias de las fuentes que señalaron las carencias culturales de aquellos pueblos. La conclusión de todo ello era que el proceso civilizador de Roma había tenido una importancia decisiva, con lo que hubo poco de exaltación patriótica en ese sentido.

En definitiva, si Morales, y tras él Mariana, ya habían apuntado intentos de explicación racionalista, cultural y socioeconómica de ciertos fenómenos de la antigua Iberia, en este período se desarrollaron, se profundizó en ellos, se teorizaron premisas abstractas y se explotó más el análisis comparativo. Por encima de todo, el concepto de progreso e influencia cultural se convirtió en el centro de interés, en el objetivo fundamental de estas obras; por el contrario, el elemento fáctico, que había sido fundamental antes, quedaba ahora en un segundo plano, a modo de corpus de datos con los que establecer un contexto y ejemplificar esos procesos de fondo. Obviamente estamos hablando de una historiografía de excepcional profundidad intelectual, elitista, por tanto, en muchos sentidos.

En este sentido, cabe señalar la importancia de la producción puramente divulgativa, incluso escolar, que surgió en este periodo de una forma nueva⁹¹⁴. A lo largo del siglo XVIII se desarrolló un nuevo género de manuales muy inspirados por la tendencia francesa y que, de hecho, a menudo eran adaptaciones de libros franceses. En todo caso respondían a una nueva necesidad muy vigente en la realidad española: se trataba de publicar obras breves, en un solo tomo, y asequibles para un público amplio, tanto en lo intelectual como en lo económico, en las que se presentase un relato esquemático y coherente sobre el pasado colectivo. La tendencia culminó con Carlos III, cuando la Historia patria se incluyó como recomendación en los estudios de primeras letras; con ello la formación en historia nacional quedaba incorporada con una nueva sistematicidad en el sistema escolar a mediados del siglo. Claude Buffier y Jean-Baptiste Duchesne, que escribieron sendas historias de España para los lectores franceses, fueron los grandes referentes en esta línea⁹¹⁵. De entre las múltiples traducciones adaptadas, sin duda alguna la más influyente fue la del también jesuita José Francisco de Isla (*Compendio de Historia de España*, 1758), una muy libre versión de Duchesne. Reescrita en verso y con un tono absolutamente exaltatorio, tiene el estilo de un manual de catequesis pensado para la memorización entre los jóvenes. Su éxito fue enorme, con 12 reediciones solo en el siglo XVIII y una importante proyección en el XIX. También de procedencia francesa, ya en el cambio al siglo XIX, cabe destacar la recepción de la historia universal de Louis-Pierre Anquetil, que fue traducida y adaptada íntegramente por el clérigo Francisco Vázquez. Lo más interesante es que, simultáneamente, se extrajo de ella la parte dedicada a España, ampliándose precisamente la sección sobre la

⁹¹⁴ López-Cordón Cortezo 2006b, 158-161; Álvarez Junco 2013, 170-172.

⁹¹⁵ Ambas obras se titularon *Abregé de l'histoire d'Espagne*, de 1704 y 1741, respectivamente.

Antigüedad y publicándose como obra independiente⁹¹⁶. Su interés se refuerza, además, por su dimensión oficialista e institucional, pues fue publicada por la Imprenta Real⁹¹⁷. Por otra parte, ambas versiones se ilustraron, una tendencia que empezaba a implementarse entonces en esa incipiente manualística, multiplicando con ello su potencial didáctico (*vide infra*).

Hubo otros trabajos de divulgación juvenil de producción española, menos exitosos que el de Duchesne/Isla, pero igualmente interesantes, como la *Clave historial* de Flórez, un tratado divulgativo preliminar a su *España sagrada*, la *Historia de España* de Tomás Iriarte (1794), muy influyente con posterioridad en los ambientes liberales o el *Compendio cronológico de la historia de España*, de Joseph Ortiz y Sanz (1795), de mayor extensión y envergadura. Estamos, en todo caso, ante un material historiográfico muy básico, de estructura histórico-cronológica tradicional y un mensaje patriótico maniqueo y simplista, que reproducía un material manido en el que de ninguna manera quedaban reflejadas las innovaciones eruditas introducidas en los círculos ilustrados. Su gran novedad, en todo caso, es su propia irrupción como género, como testimonio de una nueva política cultural y educativa, por un lado, y como resultado de las nuevas dinámicas de masificación editorial, por otro.

En todo este proceso, erudito y divulgativo, puede identificarse una contradicción muy característica de este momento: el equilibrio entre el rigor crítico y la vocación patriótica (y/o religiosa), que en términos identitarios se tradujo en una tensión entre el cosmopolitismo ilustrado y la exaltación de la nueva españolidad (o la vieja catolicidad). Esta paradoja era obvia y patente incluso en su momento, en la medida en que muchas de estas figuras, autores de obras profundamente patrióticas, fueron a menudo censuradas como antiepañolas y extranjerizantes. Veremos reaparecer esta idea de manera constante, en diferentes formas, tanto en la historiografía como en la literatura, caracterizando a una actitud que, en un abanico muy amplio de matices y compromiso, osciló no sin problemas entre el reformismo que miraba al mundo para reinventar España y la tradición patriótica fraguada en el Renacimiento que pugnaba por exaltar el particularismo autóctono. De nuevo, la visión de la España primitiva se revela esencial en tanto que conformaba la definición de su estadio fundacional. De hecho, esto es especialmente cierto en este momento, especialmente en la segunda mitad del siglo: en tanto que la mitología tubalista y la genealogía viterbina se descartaban por insostenibles en el nuevo contexto racionalista, el mundo prerromano quedaba como el horizonte más antiguo al que agarrarse para definir los orígenes del proyecto nacional.

⁹¹⁶ La obra original (*Précis de l'histoire universelle*) se publicó en 1799, y su traducción, adaptación e ilustración fue casi inmediata (*Compendio de la historia universal*, 1801-1807), como lo fue la obra derivada (*Compendio de la historia de España*, 1806).

⁹¹⁷ Sobre el papel de la Imprenta Real como herramienta en la política cultural borbónica, *vide* Sánchez Espinosa 2009.

Resulta muy revelador considerar esa problemática relación entre cosmopolitismo, reformismo y patriotismo en el ámbito literario coetáneo. En lo que concierne a aquella primera etapa de los novatores, merece la pena mencionar el poema épico *De Saguntii excidio* o *Saguntineida*, compuesto, aunque nunca terminado, a principios del siglo XVIII por José Manuel Miñana⁹¹⁸. Recuperando con cierto anacronismo un género absolutamente clasicista, representa bien las nuevas inquietudes del cambio de siglo. Por un lado, el autor y la obra estuvieron muy ligados al anticuarismo erudito y, en particular, al renovador círculo valenciano de Martí y Mayans. Por otro lado, volvía su mirada a la Antigüedad clásica con una función obviamente patriótica, tanto desde el punto de vista local, rescatando un tema tradicionalmente valencianista, como nacional, al dedicárselo a Felipe V para demostrar su compromiso con la nueva dinastía⁹¹⁹.

En todo caso, el teatro continuó siendo el medio fundamental en la recreación de los temas la Antigüedad hispana. En este caso, esas representaciones deben contextualizarse en una tendencia muy específica: una particular revitalización de la temática histórica nacional que surgió de manera ascendente a lo largo del siglo y que vivió un período de auge en su último tercio, particularmente durante el reinado de Carlos III. Esto tiene mucho que ver con los procesos intelectuales de fondo de los que hemos hablado. Por un lado, está vinculado a la emergencia del nuevo patriotismo: los intelectuales de la época estaban preocupados por fomentar en la sociedad un sentimiento de pertenencia colectiva y la idea de la necesidad del sacrificio para su defensa; no en vano, los grandes temas de esa nueva oleada del género histórico fueron los episodios de la resistencia prerromana y los de la Reconquista. Este impulso debe ponerse en relación con la voluntad pedagógica de la élite intelectual en el contexto regeneracionista del momento: ese sentimiento patriótico transmitido a través del teatro, especialmente, se entendió, meditada y deliberadamente, como una herramienta para la consecución del progreso nacional. El pueblo debía ser aleccionado en la emoción patriótica, tanto como en los principios éticos que permitiesen una reforma efectiva y profunda del sistema. Por eso, autores como Menéndez Valdés o Gaspar de Jovellanos apostaron explícitamente por la inclusión de los temas de la Historia nacional en la literatura española como un instrumento didáctico más, que reforzase a nivel popular la reforma que defendían. De esta manera, más allá del fenómeno puramente literario, esta corriente, que culminaría en la Guerra de Independencia, tuvo el efecto de difundir una cierta cultura histórica a nivel social que es fundamental considerar para entender la percepción de estos temas⁹²⁰.

⁹¹⁸ Traducida y editada en Pérez Durà y Estellés i González 1991; complementariamente *vide* Pérez i Durà 1994; Pérez Vilatela 2002; García Cardiel 2013, 45.

⁹¹⁹ La orientación política queda clara al considerar su trabajo historiográfico, *De bello rustico valentino* (1752), en la que defendía el pactismo de la nobleza con la Corona; *vide* Stiffoni 1989, 86-110.

⁹²⁰ López-Cordón Cortezo 2006a, 161-162 y, en general, sobre la cultura popular en el siglo XVIII español y la interacción de géneros culturales, *vide* Huerta Calvo y Palacios Fernández 1998.

Estilísticamente, este es el momento por excelencia del Neoclasicismo, de manera que el fenómeno más original del periodo fue la adaptación de los episodios de la epopeya hispana a los esquemas de la tragedia clasicista de influencia francesa a mediados de siglo. De esta manera, la Antigüedad por antonomasia, las grandes cuestiones bíblicas y grecolatinas tradicionales, se enriquecieron con tramas nacionales que asumían así la dignidad y la altura, narrativa y simbólica, de esos otros temas universales. Por otro lado, este fue el medio de expresión social de la élite ilustrada y reformista, plasmando en este medio, comedido en las formas y grandilocuente en los mensajes, aquellos principios culturales y políticos del nuevo movimiento⁹²¹. Era el teatro ligado a la élite intelectual que se reunía en la Fonda de San Sebastián (Ignacio López de Ayala, José de Cadalso, Tomás de Iriarte, Leandro de Moratín, etc.) y que, ideológicamente, estaban comprometidos con la monarquía ilustrada y social que representaba el proyecto de Carlos III.

Sin embargo, como ocurre con la historiografía más propia de la Ilustración, este fue un fenómeno de alcance limitado, restringido socialmente y vinculado a un reformismo oficialista muy concreto que no representaba más que una parte privilegiada del panorama cultural del momento. En ese sentido, el teatro neoclásico coexistió con otro tipo de teatro más populista y tradicional que entroncaba de una manera directa con la comedia nueva del Barroco. Efectismo, escenografías complejas, multiplicidad de subtramas, patetismo, combinaciones tragicómicas, etc. eran los recursos característicos de ciertos autores que obtuvieron en este mismo periodo un enorme éxito comercial. Representaban lo opuesto al equilibrio racional del Neoclasicismo, por eso recibieron durísimas críticas desde el sector ilustrado, especialmente desde la década de 1780, y fueron estigmatizados y censurados cuando la reforma neoclásica se impuso a nivel oficial. En todo caso, ambos movimientos compartieron intereses temáticos, pues probablemente el género más representativo de esa otra corriente popular fue la llamada comedia histórica o comedia heroica que recuperó igualmente los episodios épicos típicos del ámbito nacional⁹²²; con otro estilo, se exaltaban hitos, valores y motivos muy similares. En realidad, ambas realidades teatrales no estaban tan desligadas a pesar de la controversia: la comedia heroica de tradición barroca incorporó maneras y elementos clasicistas, mientras que la tragedia neoclásica se alimentaba de temáticas propias de la comedia barroca; de hecho, la conjunción de ambos movimientos constituyó el germen del drama romántico que definió luego al teatro de género histórico en el siglo XIX.

En lo que concierne a la Antigüedad nacional, los temas continuaron centrándose en la tríada típica: Sagunto, Numancia y Viriato⁹²³. El análisis de una obra de cada uno

⁹²¹ Andioc 1987 (1976); Sala Valldaura 2005.

⁹²² Caso González 1988.

⁹²³ Sobre el tratamiento literario de Numancia y Sagunto en este periodo *vide* la síntesis de García Cardiel 2013, 45-46, y, sobre Viriato, la de Pérez Isasi 2013, 300-301.

de esos tres motivos, representando además a los dos grandes movimientos estilísticos, puede resultar una muestra significativa de lo que el teatro conllevó en la representación de lo prerromano en este periodo.

Sin duda la obra más conocida, influyente y considerada por los estudios literarios en ese momento fue la *Numancia destruida* de Ignacio López de Ayala (1775)⁹²⁴. La concepción de la obra fue la prototípica del Neoclasicismo nacional. El autor era muy cercano al ámbito institucional: fue catedrático de los Reales Estudios de San Isidro, académico correspondiente de la RAH, colaborador de la de RABASF y participante habitual de eventos y encargos ligados a la Corona y el Ayuntamiento de Madrid⁹²⁵.

Entre otras razones, la obra de Ayala es interesante porque fue un producto nuevo sobre Numancia. Ya se habían escrito obras teatrales sobre el tema, pero aparentemente Ayala no conocía la de Cervantes (que fue editada por primera vez en 1784), ni la de Rojas⁹²⁶; sea o no así, lo cierto es que su versión inauguró una nueva tradición literaria sobre el episodio. Obviamente, el núcleo de la historia y su lectura patriótica eran los mismos —como lo habían sido en la historiografía durante siglos—, pero la novedad respecto a la tradición renacentista y barroca es evidente en muchos aspectos, más allá de la trama o los personajes⁹²⁷. La versión de Ayala respondió plenamente al canon neoclásico, las inquietudes culturales ilustradas y el contexto político-ideológico de finales del siglo XVIII; se tratará en profundidad más adelante, pero apunto ahora algunas ideas esenciales. En lo estilístico y estructural, el tema se manejó desde el modelo de la tragedia clásica: el tono se elevó, ya no había lugar para la ligereza de subtramas anecdóticas y humorísticas, como en la comedia de Rojas; asimismo, las distintas secuencias se supeditaron al reforzamiento de una lección única y trascendental, y con ella sus protagonistas, individual y colectivamente, adoptaron el halo grave y aristocrático del héroe trágico. Esta inercia, por cierto, situó a los numantinos, a todos los efectos, en el mismo plano de dignidad que sus interlocutores romanos, lo que difería del estereotipo primitivista que a veces imperó en el Barroco. Por otro lado, en consonancia con el espíritu ilustrado, la trama fue dotada de una mayor historicidad y verosimilitud, más allá del recurso a algunos referentes literarios⁹²⁸. «El hecho principal, i algunos usos que se tocan de los antiguos Españoles no admiten duda»⁹²⁹, afirmó Ayala en la introducción que

⁹²⁴ Vide Sebold 1971; Oostendorp 1978; Torrecilla 2008; Alonso-Rey 2010.

⁹²⁵ Cabe mencionar su nombramiento como censor y corrector de teatros de Madrid (Sebold 1971, 17-20).

⁹²⁶ *Ibid.*, 31-32.

⁹²⁷ Entre las divergencias concretas respecto de la tradición de Cervantes/Rojas destaca que el héroe principal fue Megara (en vez de Teógenes/Retógenes), la apoteosis la marcó la muerte del caudillo y su hijo, (en lugar del suicidio del niño Bariato/Viriato), se trató el episodio de Mancino (obviado antes), el destino lo marcó el oráculo de Hércules gaditano (frente al uso de personificaciones nacionales), Yugurta representó al bárbaro por antonomasia (opuesto a su anterior papel equilibrador), etc.

⁹²⁸ Por ejemplo, para nombrar a personajes ficticios, como Dulcidio, el sacerdote, que parece tomado del poema de Mosquera.

⁹²⁹ López de Ayala 1775, s. p.

antecede a la obra. Efectivamente, hizo un despliegue de conocimientos históricos en el repaso al ciclo escipiónico y el proceso de conquista de Hispania incluido en los discursos de Escipión y Megara, así como en la interesante alusión a Endovélico como dios tutelar de los numantinos (§ 10.3)⁹³⁰. Ayala cumplía el prototipo del polígrafo ilustrado; parece claro que manejó las fuentes clásicas, pero también estaba al tanto de la historiografía del momento, como demuestran sus escritos críticos sobre la *Historia* de los Mohedano⁹³¹.

También es digna de consideración la pequeña pieza introductoria, concebida para anteceder a la representación de la tragedia de Ayala, que escribió Ramón de la Cruz en 1778⁹³². En ella, prototípicos personajes castizos discutían sobre por qué gastar su tiempo y su dinero en ir a ver la obra. Más allá de la frivolidad de la pieza, se adujeron dos motivos interesantes: en primer lugar, que se trataba de un tema nuevo, no acostumbrado a ver en el teatro, y por tanto más atractivo para «el pueblo» que los habituales; en segundo lugar, que su interés residía esencialmente en que se trata de un tema nacional, de interés heroico propiamente español. La cuestión de la novedad es significativa, en tanto que nos está hablando de que, efectivamente, existía una voluntad deliberada de redescubrir episodios nacionales no tratados por la literatura en un largo período. Nos habla también del poco atractivo que suponía el teatro neoclásico para las clases populares, una de las grandes luchas de los dramaturgos ilustrados frente a la escuela más popular y barroquizante.

En efecto, las otras dos obras comentadas son muy diferentes, la que Gaspar Zavala y Zamora escribió sobre Sagunto y Luciano Francisco Comella sobre Viriato. Sus autores son los característicos representantes de aquellos dramaturgos populares y prolíficos que mantenían unos vínculos mucho más fuertes con el teatro barroco, y que los neoclásicos criticaban como ejemplo antagónico del teatro racional y didáctico que defendían.

La obra más característica de esta tendencia es *La destrucción de Sagunto*, de Zavala, estrenada en 1787⁹³³. Por el momento de su aparición y sus características, es una obra paradigmática de la tensión entre el teatro popular y el gusto oficial⁹³⁴. Se le criticó la combinación contradictoria entre lo elevado del tema, propio de la tragedia, y el enorme protagonismo de las subtramas amorosas, típicas de la comedia, que en gran medida eclipsan a la historia principal y disuelven parte de su seriedad trágica. Contenía todo lo que criticaban los neoclásicos: patriotismo retórico, patetismo melodramático, diatribas personales intranscendentes, parafernalia escenográfica, efectismo emotivo, visual y

⁹³⁰ *Ibid.*, acto 3, escena 6, e. g.

⁹³¹ En la *Carta crítica del bachiller Gil Porras de Machuca* (1781), *Reflexiones críticas del lic. Cosme Berruguete I Maza* (1783) y *Carta misiva del doctor Fulgencio de Roja y Peñalosa* (1784); vide Sebald 1971, 23, nota 34.

⁹³² Está editada y brevemente comentada en Coughlin et al. 1977; Coughlin et al. 1979; Cruz 1979 [1778]

⁹³³ Se hicieron varias reposiciones con éxito de público y fue finalmente editada en 1800. Sobre todo lo que concierne a esta obra vide Rodríguez Cuadros 1996.

⁹³⁴ *Ibid.*, 16-27.

auditivo. En este sentido, se ha identificado como principal referente la obra homónima de Manuel Vidal y Salvador, comedia histórica característicamente barroca, por sus paralelismos tanto en los argumentos concretos como el tratamiento general del tema⁹³⁵. En lo que concierne a su planteamiento histórico, la obra de Zavala se ha definido con la etiqueta de comedia heroico-militar⁹³⁶, por llevar hasta sus últimas consecuencias algunas de las características del género: maniqueísmo sin ambages entre los personajes, patriotismo exaltado y exacerbación de su dimensión belicista, que es explícita en la escenografía y la representación de batallas.

Por su parte, Comella escribió *El mayor rival de Roma, Viriato*, estrenada en 1785. De mucha menor entidad, se trata de un drama trágico breve, en un solo acto, y de trama más sencilla. En la obra, fuertemente influenciada por la de Ayala, Pompeyo, general de las tropas romanas, vive una nueva derrota humillante a manos de los lusitanos de Viriato. No obstante, Cepio (Cepión), su lugarteniente, urde una serie de planes para volcar la situación en favor de Roma. En primer lugar, secuestra a la esposa de Viriato, Dulcidia, para obligarle a firmar una paz deshonrosa para los lusitanos, a lo que finalmente se ve forzado. Al mismo tiempo, paga a su cuñado, Ditalcon, envidioso de la gloria de Viriato, para que lo asesine, lo que finalmente perpetran conjuntamente. Sin embargo, el traidor acaba muerto a manos del propio Cepio por orden de Pompeyo. Tras una última batalla encabezada por Dulcidia se intuye el final de la resistencia lusitana, aunque se celebra su victoria moral por las malas artes del logro romano⁹³⁷.

Muchas de las características de estas dos obras contrastan con todo aquello que el Neoclasicismo ilustrado introducía de novedoso en el tratamiento de la Historia nacional, esto es, la profundidad política, la modernización del concepto de patriotismo en un sentido institucional, ciudadano y colectivo o la defensa de un progreso entendido como bienestar público. En este sentido, el tono belicista y efectista barroquizante de estas obras, tanto en la forma como en el mensaje, se ha percibido a menudo como un fenómeno anacrónico, fuera lugar en el contexto de la Ilustración. No obstante, hay que cuidarse de entender estas producciones como algo ajeno a la época y su problemática. Por el contrario, puede ser visto como algo mucho más interesante: la expresión de una visión más popular y efectiva del papel que la Historia jugaba en ese periodo de conformación del discurso nacional más allá de la restringida visión de la intelectualidad ilustrada, o, dicho de otra manera, como la forma en que sus disquisiciones de altos vuelos llegaban al grueso de la realidad social. En efecto, las obras de Zavala y Comella reprodujeron un sentido arcaizante del heroísmo nacional, en ciertos aspectos propio del Antiguo Régimen

⁹³⁵ *Ibid.*, 29-30, mientras que no parecen tan patentes otros posibles referentes, como los *Romances historiales* de Juan de la Cueva, la *Saguntineida* de Miñana o la tragedia británica de Frowde.

⁹³⁶ *Ibid.*, 21-22, situada, en general, dentro de lo que se puede definir en este periodo como comedia histórica, comedia historial o comedia heroica (*vide* Caso González 1988).

⁹³⁷ Comella 1798, vv. 868-869.

(jerarquía militar, belicismo, maquiavelismo, etc.), pero también se hicieron eco de conceptos ilustrados, surgidos de las transformaciones políticas del momento. Si bien es posible que lo hiciesen de una forma más tosca, en realidad estos autores también estaban hablando, como Ayala, de centralización y consenso político, a menudo incluso en los mismos términos específicos, como el omnipresente «bien común» (§ 6.6). De hecho, parece evidente la influencia directa de la *Numancia* de Ayala en esas comedias, a pesar de sus diferencias estilísticas⁹³⁸. Resulta que la obra de Ayala se había constituido como un referente en lo que concierne a la recepción teatral de estos temas, lo que contribuye precisamente a desdibujar aún más la frontera entre la corriente neoclásica y la populista. Yendo más allá, lejos de considerar esa reinención de la épica tradicional como una tendencia puramente anticuada, quizá deba reconocerse en ella una cierta dimensión de «modernidad» si nos anticipamos en el tiempo: su exacerbación autoctonista y belicista enlazaba con el Barroco, pero también con las tendencias posteriores a la Guerra de Independencia, tanto en el sentido puramente literario (drama romántico), como en el sentido simbólico de sublimación nacionalista (teatro patriótico)⁹³⁹. Desde un enfoque amplio, la reforma neoclásica, en literatura, y el criticismo ilustrado, en historiografía, fracasaron, en cierto sentido: su aplicación fue limitada, incompleta y efímera y, además, rápidamente estigmatizada como antiespañola; mientras tanto, producciones como las de Zavala tuvieron con el tiempo una nueva fortuna y transcendencia al responder mejor a la necesidad discursiva del integrismo patriótico del nacionalismo decimonónico.

Además de estas, hubo otras obras teatrales coetáneas dedicadas a estos episodios, lo que atestigua que, efectivamente, la segunda mitad del siglo XVIII fue un periodo de revitalización en este sentido. Juan José López de Sedano escribió una comedia heroica titulada *Cerco y ruina de Numancia*, estrenada en torno a 1766, aunque nunca llegó a publicarse⁹⁴⁰. Asimismo, José Cadalso mencionó una tragedia propia sobre Numancia inspirada en la de Ayala, *La Numantina*, hoy perdida⁹⁴¹, y hay referencias a una *Destrucción de Sagunto* de Enrique Palos y Navarro⁹⁴². Por otro lado, sabemos que Ayala escribió una obra sobre Habidis, en la que no entraré en detalle por ir más allá de nuestro enfoque temático, aunque es de enorme interés en lo relativo a su tratamiento de dicho monarca mítico⁹⁴³.

En ese vínculo entre espíritu ilustrado, la recepción de la Antigüedad y su proyección social cabría hacer una mención a la ópera como fenómeno

⁹³⁸ Rodríguez Cuadros 1996, 34-40.

⁹³⁹ *Ibid.*, 56-62. Aunque no está documentado que estas obras en concreto se representasen de nuevo en el periodo de la guerra, para lo que se han propuesto diversas explicaciones, pero sí se hizo con otras con similar temática nacional, previas y nuevas, de estos y otros autores (*Ibid.*, 62-64).

⁹⁴⁰ No obstante, se conserva un manuscrito (BNE MSS/16116).

⁹⁴¹ Sebold 1971, 32.

⁹⁴² García Cardiel 2013, 46.

⁹⁴³ Coughlin 1974; Sala Valldaura 2005, 349-358.

característicamente dieciochesco y muy ligado en España al ambiente propiciado por los Borbones⁹⁴⁴. Sin embargo, aparentemente, los temas nacionales que nos ocupan tuvieron poca repercusión en el género, al contrario de lo que ocurría, obviamente, con la temática clásica de corte universal⁹⁴⁵. En todo caso, como muestra de esas conexiones europeas y la compleja relación entre lo culto y lo popular, merece la pena comentar el ejemplo de la ópera titulada *Amor, constancia y muger*, estrenada en Madrid en 1737⁹⁴⁶. La música era de Giovanni Battista Mele y el texto se basaba en un libreto de Pietro Metastasio, *Siface* (1726)⁹⁴⁷, de modo que, básicamente, se trata de una traducción directa, exceptuando la adición de ciertos personajes graciosos para rebajar al «gusto vulgar» el elevado tono del original. La acción se desarrolla en Numidia y el contenido hispano es muy tangencial; tan solo está representado por uno de los personajes principales, Viriate, una princesa lusitana prometida con el rey númera, Sifax, para que este pueda cerrar la alianza con su padre, el rey de los lusitanos. En cualquier caso, este último no interviene en la trama, que únicamente se centra en las relaciones personales de amor, traición y lealtad en la que Viriate se ve atrapada dentro de la corte númera. No obstante, resulta interesante el origen del nombre de la protagonista, probablemente inspirado en el ficticio Viriato, rey de los lusitanos y aliado de Aníbal, que mencionó Silio Itálico⁹⁴⁸.

Recapitulado, considero pues, la historiografía —erudita y divulgativa— y la literatura y artes escénicas —cultas y populares—, como medios de expresión complementarios en los que la poliédrica realidad dieciochesca redefinió la visión de la Antigüedad hispana. En cierto sentido, y con sus grandes transformaciones, todos ellos hundían sus raíces en antecedentes de los siglos XVI y XVII; no obstante, cabe considerar una última forma de recepción que, en lo concerniente al pasado prerromano, era fundamentalmente nuevo en este periodo: su recreación iconográfica. Obviamente, había ya en España una larga tradición de representaciones de episodios y personajes antiguos ligada a la conformación identitaria y el relato histórico nacional, pero esta estuvo siempre básicamente copada por temas clasicistas, ya fuesen míticos (como el ciclo de Hércules, desde la Edad Media y con especial impulso con Carlos I y su proyección imperial⁹⁴⁹) o históricos, ubicados en Hispania, pero protagonizados por personajes griegos, cartagineses o romanos (Alejandro, Aníbal, César y Escipión, fundamentalmente); en ellos, los pueblos o personajes hispanos, si aparecían, eran meramente secundarios y

⁹⁴⁴ Cotarelo y Mori 1917; Profeti 2009; Leza Cruz 2014.

⁹⁴⁵ Ketterer 2009; Manuwald 2013, *e. g.*, incluido, de nuevo, el tema de la Continencia de Escipión (Ketterer 2009, 86-105).

⁹⁴⁶ Se estrenó en el Teatro de los Caños del Peral y se repuso ese mismo año en el Coliseo de la Cruz; *vide* Cotarelo y Mori 1917, 73; Leza Cruz 1996-1997, 134; Leza Cruz y Knighton 1998; Calderone et al. 2000, 129 y 139; Profeti 2009, 248-252.

⁹⁴⁷ Sobre este autor y su obra, *vide* Maeder 1993; Ferri-Benedetti 2015. Otra ópera destacada compuesta a partir de este libreto es la de Johann Adolf Hasse, *Viriate*, estrenada en Venecia en 1739.

⁹⁴⁸ Sil. Ital. 3.354-356 y 10.219-233.

⁹⁴⁹ Domínguez Rodríguez 1989, *e. g.*

contingentes, subordinados a la escenificación de episodios bélicos de ámbito universalista, no nacional, y concebidos en espacios de proyección propagandística oficial muy ligados a los discursos de legitimación imperialista de los Habsburgo (§ 4). Ahora bien, en el siglo XVIII, especialmente en el cambio al siglo XIX, el desarrollo de ese nuevo patriotismo tuvo como forma de expresión particular la emergencia de nuevos fenómenos de representación iconográfica de temas históricos propiamente nacionales en múltiples formas⁹⁵⁰.

En lo que respecta al ámbito de la iconografía de la Corte, lo cierto es que los programas iconográficos continuaron siendo fundamentalmente clasicistas y goticistas en cuanto al tema, más allá de la evidente reformulación estilística neoclásica. El coleccionismo de antigüedades se reforzó como fuente de prestigio, prevaleciendo su papel simbólico sobre el histórico, conformándose conjuntos heterogéneos de estatuaría grecorromana, restauraciones y falsificaciones muy especializadas en el arte clásico, particularmente la estatuaría, como elementos clave de los programas decorativos de los espacios cortesanos⁹⁵¹. No entro en detalle en estos fenómenos, que no nos atañen temáticamente, aunque cabe alguna excepción interesante. Sin duda el proyecto más influyente y ambicioso en cuanto al discurso iconográfico de la nueva dinastía se aplicó en la construcción del nuevo Palacio Real (1738-1764), una oportunidad de plasmar públicamente tanto el nuevo gusto oficial como los referentes simbólicos de la Corona. Como parte del proceso, Fernando VI encargó el diseño del programa decorativo al erudito benedictino Martín Sarmiento, una elección significativa en sí misma por tratarse de un intelectual⁹⁵². El conjunto de pintura, escultura y tapices pretendía ser una totalizadora expresión de los valores católicos, mitos históricos e inquietudes académicas de los Borbones, aunque finalmente muy poco se llevó a cabo. Pues bien, una parte del proyecto comprendía la elaboración de una serie de treinta y seis medallones de mármol que coronasen las puertas de la Galería principal representando los principales hitos de la historia religiosa y civil; la propuesta de Sarmiento fue aprobada por el rey en 1748 y emprendida en 1753, pero en 1760 Carlos III lo consideró excesivamente ostentoso, por lo que nunca se terminó su confección ni se llegaron a instalar⁹⁵³.

Lo interesante de aquella serie es que precisamente se eligiese para dos de los relieves los asedios de Sagunto y Numancia, llegándose a realizar a manos de Juan de Villanueva y Antonio Valeriano, respectivamente (Figura 13). El primero representa el momento álgido de la gran pira destructiva en una ciudad monumental de arquitecturas clasicistas; el segundo, un cruento enfrentamiento guerrero a los pies de una enorme muralla en llamas. Ambos representan esos momentos culmen del sacrificio hispano (§

⁹⁵⁰ López-Cordón Cortezo 2006a, 162-164.

⁹⁵¹ Mora Rodríguez 1991; 1994; 1998; Sulzer 2009.

⁹⁵² Azcue Brea 1992; Muniain Ederri 2000; Herrero Sanz 2001.

⁹⁵³ Aparte de lo mencionado, específicamente *vide* Tárraga Baldó 1996.

11.2), y lo hacen con una estética abigarrada y dramática que combina las nuevas formas neoclásicas con la teatralidad de recuerdo barroco. En todo caso, lo más importante es su propia existencia dentro del programa iconográfico de un palacio real: quizá por primera vez, dos episodios de la resistencia hispana formaban parte de ese tipo de parafernalia, rompiendo con la dinámica mantenida hasta el momento según la cual los protagonistas de la Antigüedad eran indefectiblemente griegos, romanos o cartagineses, mientras que lo hispano mantenía una posición secundaria y contingente, como en el tema de la continencia de Escipión⁹⁵⁴. Aunque la idea acabase frustrada, apuntaba una tendencia radicalmente nueva: la irrupción paulatina de los temas de la resistencia nacional como componente del discurso oficial sobre el pasado.

Ese proceso resultó ser más fructífero y dinámico en el que constituye el proyecto artístico más importante y trascendente de la monarquía ilustrada: la fundación de la RABASF como institución propiciadora, gestora y transmisora del nuevo gusto oficial y, con él, el nuevo canon de los referentes históricos identificativos de la nación. A través de sus directrices y programas formativos y con su proyección en los premios y exposiciones nacionales, se generó en la segunda mitad del siglo XVIII un nuevo concepto de arte de tema patriótico. Germinaba así un nuevo planteamiento del arte financiado y propiciado institucionalmente que transgredía ya las paredes del ámbito cortesano para alcanzar una nueva proyección social en la que se buscaba el fomento de las identidades colectivas, los hitos históricos compartidos y la difusión del discurso ideológico oficial acerca de los orígenes⁹⁵⁵. Se adoptaba así el Neoclasicismo de manera deliberada y consciente como el modelo de lenguaje visual de la monarquía borbónica y de la Ilustración orquestada desde el poder. Obviamente, se aplicaba sobre él el canon clasicista asentado en Europa por autores como Johann Joachim Winckelmann o Anton Raphael Mengs, de manera que la estatuaria grecorromana se consolidó, mediante vaciados y reproducciones, como el referente estético para educar a las nuevas generaciones de artistas destinados a regenerar las concepciones estéticas nacionales⁹⁵⁶.

⁹⁵⁴ Egea Vivancos 1998; Herreros González 2002.

⁹⁵⁵ Pérez Vejo 1996, 263-364; Navarrete Martínez 1999. También la Real Calcografía, que publicó en esas décadas la serie *Retratos de españoles ilustres*, pero sin ejemplos de la Antigüedad.

⁹⁵⁶ Mora Rodríguez 1998, 48-51; Negrete Plano 2013 y, más en general, Henares Cuéllar 1977.



Figura 13. *El sitio de Sagunto* y *El sitio de Numancia*, medallones de mármol pensados para la Galería principal del Palacio Real de Madrid, de Juan de Villanueva y Antonio Valeriano respectivamente, ca. 1753-1761 (mármol, 84 x 120 y 85 x 125 cm., Museo del Prado, E000472 y E000461)⁹⁵⁷.

⁹⁵⁷ Fuente: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/el-sitio-de-sagunto/55f8e226-5df8-48b0-ab29-b6b44f883f72> y <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/el-sitio-de-numancia/e9ecc4fd-f5b0-4c73-abec-90d54cb96503> (accedido: 29/04/2018).

La fuente de autoridad estética provenía del mundo grecorromano, pero la vocación del nuevo arte era eminentemente nacional, por lo que la aplicación del canon neoclásico debía necesariamente adaptarse a los motivos patrios particularistas, lo que incluye la irrupción nueva del pasado remoto y los relatos de resistencia al invasor. Sin duda, el mejor medio para calibrar el papel de la RABASF en la incorporación del pasado prerromano al arte son sus concursos y exposiciones periódicas. La elección de los temas en cada edición, propuesta y aprobada por los académicos, resulta fundamental para comprender el discurso histórico de la élite cultural borbónica y el rol de la institución en su proyección social, sobre todo si tenemos en cuenta la influencia decisiva que tuvo en la formación y la carrera de gran parte de los artistas españoles del periodo. Un fenómeno particularmente significativo en este sentido es la eclosión de la llamada *pintura de historia*, un género muy propio del Neoclasicismo a nivel europeo y que está íntimamente imbricado en los mecanismos propagandísticos a los que me refiero, como un medio privilegiado con el que fijar conceptos y referentes patrióticos en la conformación dirigida de esa identidad cultural colectiva y cohesiva⁹⁵⁸.

En el manejo de la temática antigua, la hegemonía la mantuvieron indiscutiblemente los asuntos bíblicos y clasicistas, esto es, los referentes universales que formaban parte de la tradición artística previa; no obstante, también surgió una nueva tendencia a elegir temas con una cierta ligazón nacional, que estuviesen localizados o mantuviesen alguna relación con Hispania. En este sentido pueden observarse ciertas tendencias cronológicas interesantes: la Antigüedad peninsular irrumpió con fuerza en el primer periodo (1754-1778), desapareció durante una temporada en que Biblia retuvo todo el protagonismo y reapareció de nuevo a partir de 1796 y en el cambio de siglo. Este último fenómeno, que nos afecta particularmente, se ha puesto en relación con el ambiente de inestabilidad europea que propició la eclosión de expresiones de reafirmación nacional generalizadamente⁹⁵⁹. Como temas hispanos figuran la Continencia de Escipión⁹⁶⁰, que continuó siendo recurrente y ocupó los temas de los premios de pintura de 1754 (el primero en celebrarse), 1763 y 1799, la marcha de Aníbal contra Roma (1796) y la visita al templo de Gadir de Aníbal y César (1766, 1772, 1796).

Con una dimensión aún más local, el tema de Numancia emergió entre las inquietudes de la RABASF desde sus inicios. Ya en 1754, se propuso como prueba de repente del premio de primera clase del concurso de escultura el tema «Scipion acompañado de dos soldados admirando à vista de la hoguera en que se abrasaron los Numantinos»⁹⁶¹. En 1760 Numancia reaparecía en la misma prueba, en este caso la escena

⁹⁵⁸ Azcárate Luxán 1994; Pérez Vejo 1996, 263-364.

⁹⁵⁹ García Cardiel 2010, 136-139.

⁹⁶⁰ Sobre este tema recurrente remito a Egea Vivancos 1998; Herreros González 2002.

⁹⁶¹ Henares Cuéllar 1977, 212; Torre Echávarri 2017, 263.

de la entrega de Mancino, venciendo un bajorrelieve de Pedro Soraje⁹⁶². Desconozco si se conservan los resultados de esos concursos de escultura, pero sí lo hacen en pintura. Ese mismo episodio, el de Mancino, volvió a solicitarse en la prueba de pensado del premio de segunda clase de pintura de 1799. Pablo de la Vega y Andrés Roso consiguieron el primer y segundo galardón respectivamente, en ambos casos recreando el patetismo del prisionero desnudo y encadenado, tal y como se pedía, siempre en un escenario elegante y diáfano típicamente neoclásico⁹⁶³.

Ahora bien, aún tratándose de Numancia, en esos casos primaba también la orientación personalista y clasicista tradicional, propia del legado artístico cortesano previo⁹⁶⁴; esto es, las grandes figuras personificando virtudes o vicios universales aplicados a la teoría política de la Ilustración: templanza política (continencia de Escipión), inteligencia militar (marcha de Aníbal), piedad como gobernante (visita al templo de Gades y Escipión ante Numancia) y el respeto a la legalidad (entrega de Mancino). Ahora bien, la gran diferencia era la nueva inercia a subrayar el lugar de Hispania de esas acciones, ya fuesen como dignos interlocutores (los celtíberos de Carthago Nova y Numancia), paradigmas de religiosidad (gaditanos) o participación en las gestas militares (mercenarios de Aníbal), lo que encaja a la perfección en el discurso exaltatorio de la narrativa historiográfica tradicional. En todo caso, más allá de su escenografía peninsular, esos referentes seguían siendo fundamentalmente clasicistas y el elemento indígena meramente contingente; la esencia ejemplarizante residía en el personaje exógeno de la tradición grecolatina.

No obstante, al mismo tiempo, en paralelo a esa tendencia finisecular a recuperar sucesos patrios se unió otra inercia clave para el caso que nos ocupa: los temas tradicionales sobre la caballeridad virtuosa de los líderes se complementaron con otros en los que se incidía en ciertos valores colectivos, aun cuando el suceso siguiese teniendo un protagonista; además de la ejemplaridad personal, se trataba de transmitir un mensaje sobre el deber patriótico y la entrega de la comunidad ante las adversidades. Un ejemplo de esa doble inclinación individual y colectiva es el motivo propuesto para el premio de segunda clase en 1802, el episodio en el que Escipión evitó que las tropas romanas huyesen a Grecia, instigadas por Metelo, tras el desastre de Cannas⁹⁶⁵.

Resultado de esas líneas propagandísticas emergió Numancia como tema paradigmático. En la prueba de pensado del premio de primera clase del concurso de pintura de 1802 se propuso como motivo la destrucción de Numancia⁹⁶⁶. Para la descripción detallada del tema se utilizó un párrafo de Mariana donde se relata el

⁹⁶² Henares Cuéllar 1977, 219; Azcue Brea 1992, 1022; Torre Echávarri 2017, 263.

⁹⁶³ Los dos se conservan en la RABASF (Nº inv.1645/P y 1646/P); *vide* Azcárate Luxán 1994c, 218-220.

⁹⁶⁴ García Cardiel 2010, 136-137.

⁹⁶⁵ Azcárate Luxán 1994, 230-233.

⁹⁶⁶ *Ibid.*, 227-228.

momento climático en el que los numantinos se matan con veneno y espadas, incluida la celebración de duelos entre los guerreros. Hasta donde conozco, los trabajos derivados de aquel concurso son las primeras representaciones de gran envergadura que se han compuesto nunca sobre un episodio de la resistencia hispana, con lo que estamos ante un fenómeno clave en la Historia de la recepción del pasado prerromano en España. Los dos primeros premios, cuyas obras se conservan en la RABASF, recayeron en Antonio Guerrero (Figura 18) y Juan Antonio Ribera (Figura 33). Con un estilo típicamente neoclásico, aunque de rasgos teatrales barroquizantes, ambos representan efectivamente el punto más dramático de la destrucción de Numancia: por un lado, la epopeya hispana conformada a mediados del siglo XVI encontraba así un nuevo medio de expresión para consolidar su proyección social y política (§ 5.5); por otro, se había elegido para ello el que probablemente es su aspecto más definitorio, la noción del sacrificio colectivo por la patria (§ 11.3).

Dejando a un lado los concursos de la RABASF, los proyectos personales de juventud de José de Madrazo, también ligado a la Corona y las instituciones, supusieron la culminación de esa nueva inquietud acerca de la reinterpretación de la Antigüedad en clave nacional⁹⁶⁷. Influido por las ideas de Jacques-Louis David —con el que se formó en París— diseñó durante los primeros años de su estancia en Roma (1806-1818) una serie de cuatro cuadros de gran formato sobre la resistencia a la conquista romana: Megara obligando a capitular a los romanos, la destrucción de Numancia, la muerte de Viriato y las exequias de Viriato⁹⁶⁸. De esta manera, concibió una doble díloga acerca de de las guerras numantina y viriática, que, si bien no conllevaba un planteamiento homogéneo de ambos episodios⁹⁶⁹, sí suponía una aproximación coherente temáticamente a la culminación de dichos conflictos, particularmente a sus desenlaces dramáticos. Así, excepto en el de Megara, el resto se centraban en invocar la idea del sacrificio patriótico y la noción de la *victoria en la derrota* (§ 11.3). Solo llegó a realizar en Roma *La muerte de Viriato, rey de los lusitanos*, la primera gran representación de este personaje en España (Figura 23), así como los diseños de los otros tres, más o menos acabados en cada caso (Figura 14 y 24), aunque en el de Megara solo se presume, pues no se conserva nada. Este era el estado del proyecto cuando en febrero de 1807 las tropas napoleónicas tomaron Roma y Madrazo fue retenido con otros artistas españoles en el Castelo de Sant Angelo. El éxito y oportunidad histórica de su obra, además de su reputación de patriota,

⁹⁶⁷ Sobre esta figura, *vide* Díez García 1998.

⁹⁶⁸ Los datos sobre la concepción y desarrollo de este proyecto los conocemos fundamentalmente por la biografía de Madrazo, escrita, en vida del pintor, por su amigo Vicente de Cardenera (1835). Una serie de hallazgos recientes han permitido completarlo: la incorporación en 2006 de una colección de dibujos al Museo del Prado entre los que se encontraban un boceto de *La muerte de Viriato*, un modellino de *Las exequias de Viriato* y una treintena de estudios de detalle y el boceto de *La destrucción de Numancia*, además de la salida al mercado en 2007 de otro boceto más tardío de este último y, finalmente, el descubrimiento de la propia obra inacabada en los almacenes de El Prado en 2012 (Díez García 2013).

⁹⁶⁹ Díez García 2013, 105-106.

favorecieron su incorporación como pintor de cámara de Carlos IV, ya desde el exilio romano, y de Fernando VII, así como su consolidación como académico de la RABASF y director del Museo del Prado. Con esas ocupaciones, el proyecto de juventud quedó abandonado, plausiblemente hasta 1835, cuando volvió al género histórico que había quedado relegado en su carrera desde la época romana⁹⁷⁰. Por entonces retocó el diseño de *La destrucción de Numancia* y lo desarrolló, con unas dimensiones enormes, a lo largo de sus últimos veinte años de vida en su estudio de El Prado, dejándolo casi terminado a su muerte en 1859 (Figura 14); su envergadura y el tiempo y esfuerzo que dedicó a su diseño lo convierte en el gran proyecto personal de su vida, la que pretendía ser su obra culmen como artista⁹⁷¹.

El contexto de concepción original de esta tetralogía debe situarse, por lo tanto, en 1807, justo antes de la ocupación de Roma, en contra de la idea tradicional de que *La muerte de Viriato* se concibió aisladamente como una respuesta a la invasión napoleónica⁹⁷². Su sentido, por la tanto, no debe verse como algo tan puntual y oportunista, sino como parte de un proceso de fondo más amplio y trascendente: la irrupción del tema de la resistencia prerromana como fuente de exaltación patriótica, en general, y en su plasmación artística según los intereses temáticos y estéticos del Neoclasicismo europeo. En efecto, el proyecto de Madrazo no puede desligarse en absoluto del contexto cultural de su tiempo, más allá de la trascendencia de su figura y la envergadura de su idea: la representación de la destrucción de Numancia puede relacionarse claramente con la descripción de la escena climática de la *Numancia destruida* de Ayala, la obra teatral más influyente sobre el tema en el siglo XVIII (*vide supra*); tampoco parece casual que Ribera, amigo de Madrazo y compañero en sus años de formación en la RABASF, hubiese ganado el segundo premio en el concurso de pintura con la destrucción de Numancia cinco años antes⁹⁷³. Literatura, arte e historiografía —la recepción de Mariana que inspiró el concurso—, confluyen haciendo patente la emergencia de un nuevo discurso nacionalista en la segunda mitad del siglo XVIII en el que la resistencia antirromana ocupaba un lugar particularmente destacado.

Esa nueva inquietud iconográfica tuvo también sus efectos en el fenómeno editorial de los manuales didácticos de Historia que he comentado. En muchos de aquellos libros

⁹⁷⁰ Por lo que parece, fue espolcado por la incursión en la pintura de historia de su hijo Federico de Madrazo. Una excepción significativa fue *La disputa de griegos y troyanos por el cuerpo de Patroclo*, encargada para el Palacio del Quirinal de Napoleón en 1812 (Díez García 2007).

⁹⁷¹ Aparte de Carderera (1835), el eterno proyecto fue mencionado por la prensa y algunos críticos a lo largo del siglo XIX (Díez García 2013, 110-112).

⁹⁷² Así lo indica la secuencia de acontecimientos descrita por Carderera (1835), probablemente a partir de lo transmitido directamente por Madrazo. La idea tradicional se basa en la teoría de Arias Anglés 1985, que desconocía la existencia de la serie completa y propuso que *La muerte de Viriato* era el resultado de una transformación improvisada de una pintura sobre la muerte de Patroclo.

⁹⁷³ Díez García 2013, 108.

divulgativos se incorporaron ilustraciones de los acontecimientos más emblemáticos, lo que buscaba potenciar su impacto ideológico y mnemotécnico; en todo caso, aún no se trataba de una tendencia generalizada y no siempre se incluyeron episodios antiguos⁹⁷⁴. Resulta interesante el *Compendio de la historia de España* (1806), la ya mencionada adaptación y ampliación española de la historia universal de Anquetil. La plasmación iconográfica de la Antigüedad hispana en este libro fue probablemente la más sistemática del periodo, dedicando un total de ocho grabados al periodo de la Segunda Guerra Púnica, las guerras de conquista y las guerras civiles, siempre acompañados de un breve texto descriptivo que reforzaba el mensaje simbólico del acontecimiento (Figura 15, 19, 25 y 31). Es importante considerar el carácter deliberado, sistemático y programático de esta serie iconográfica. Para empezar, hay que tener en cuenta que la versión francesa original no estaba ilustrada, por lo que se trata de una iniciativa propia de la edición española; en segundo lugar, es obvio su componente oficial: la obra en sí misma, ejecutada en la Imprenta Real, respondía a un impulso estatal (*vide supra*), pero es que, además, dos de los artistas encargados —Tomás López Enguídanos y Alejandro Blanco y Assensio— se formaron y fueron académicos en la RABASF y dedicaron buena parte de su carrera a realizar trabajos para la Corona y las instituciones⁹⁷⁵.

Temáticamente, es evidente el sentido esencialmente tradicional y clasicista. A pesar del tono patriótico de la obra, no están representados ninguno de los grandes héroes individuales de la resistencia hispana (ni Viriato, ni Indíbil y Mandonio, por ejemplo), pero tampoco hay ningún grabado dedicado al sacrificio de Numancia, probablemente el episodio más célebre. Hay, por contra, un importante protagonismo de los personajes romanos, sus circunstancias y sus valores, en que los hispanos seguían siendo accesorios⁹⁷⁶. Por otro lado, todos son de tema bélico, ninguno refleja episodios o ideas relativas los procesos civilizadores, tan esenciales en la historiografía erudita de las décadas previas; al contrario, las imágenes y su explicación textual reincidieron en una muy tradicional demonización de los cartagineses (§ 6.2)⁹⁷⁷. Por último, cuando los hispanos sí aparecían victoriosos lo hacían como detentadores de una dudosa virtud, tendente a la barbarización. La representación de la destrucción de Sagunto perfiló a unos «inimitables españoles», aunque la imagen y la descripción era muy dura y, de nuevo,

⁹⁷⁴ Cabe mencionar las reediciones ilustradas de la *Historia* de Mariana (1783-1796), que se extendieron en el siglo XIX, pero ninguna representación es previa al periodo visigodo (*vide* Reyero Hermosilla 1984).

⁹⁷⁵ El primero es el autor de los diseños en aguafuerte, fue académico de la RABASF desde 1802 y Grabador de Cámara honorario desde 1804, trabajando para Fernando VII y Manuel Godoy. El segundo fue el grabador, también académico en la RABASF desde 1829 y desempeñando múltiples tareas estatales, como la ilustración de documentos oficiales. El otro grabador, José Garrido, no tiene filiaciones institucionales que conozca. *Vide* las entradas correspondientes a estas figuras en Carrete Parrondo 2017.

⁹⁷⁶ Lo que incluye la «Muerte de Publio Cornelio Scipion» (Anquetil 1806, 63), la «Continencia de Escipion» (*Ibid.*, 76) y la «Prudencia de Sertorio» (*Ibid.*, 122).

⁹⁷⁷ En «Irrupcion de los cartaginenses» (Anquetil 1806, 16), «Sagunto destruida» (*Ibid.*, 30) y «Bóstar burlado» (*Ibid.*, 45).

parece primar la imagen negativa de Cartago; por su parte, la estratagema de Abelox («Abeloce») para liberar a los rehenes saguntinos contenía en su descripción una cierta rebaja de su heroísmo por basarse en el engaño y no en las armas (§ 9.3). La única referencia visual a Numancia se representó en la entrega de Mancino⁹⁷⁸: en este caso primó la demonización de los romanos por su perfidia (§ 9.3) y el desenlace del suicidio en la descripción lo recalcó como salida excesiva e irracional (§ 11.2). Finalmente, el único hispano que fue representado victorioso, fue «El lusitano valiente», que recreaba la escena descrita por Orosio en el que un guerrero anónimo, rodeado por jinetes romanos, salió indemne tras matar a un caballo y decapitar al soldado; es llamativo que se eligiese esta anécdota poco conocida —mientras que el propio Viriato era ignorado—, aparte de que el resultado no parece una imagen particularmente idealizante, la del combatiente abandonando tras de sí un cuerpo decapitado y sangrante (§ 7.4). En definitiva, y en consonancia con el carácter tradicional de los manuales de este periodo, se mantuvo el protagonismo de los actores romanos y su ejemplaridad ética, mientras que se mantenía un cierto toque barbarizante en la imagen de los pueblos prerromanos.



⁹⁷⁸ Anquetil 1806, 110.



Figura 14. *La destrucción de Numancia*, de José de Madrazo, 1807 y 1835-1859, *modellino* (lápiz, carboncillo, pluma y albayalde sobre papel, 40,5 x 56 cm., Museo del Prado, D06771), boceto (óleo sobre lienzo, 50 x 87,5 cm., colección particular, Asturias) y pintura (óleo sobre lienzo, 460 x 814 cm., Museo del Prado, P7225)⁹⁷⁹.

⁹⁷⁹ Fuente: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-destruccion-de-numancia/0378fa56-4eec-46bf-a0da-d0b34e1e634c> (accedido: 11/04/2016) y Díez García 2013, 111 y 115, respectivamente. - *La destrucción de Numancia*, de José de Madrazo, 1807 y 1835-1859 (óleo sobre lienzo, 460 x 814 cm., Museo del Prado, P7225). Fuente: *Ibid.*, 115.

5.2. El criticismo desmitificador

Si algo caracterizó a las inquietudes historiográficas de este periodo, ya desde las últimas décadas del siglo XVII, fue el cuestionamiento del contenido fabuloso de la historia nacional. Las polémicas sobre la necesidad de replantear críticamente la selección de las fuentes y ponderar racionalmente la información que transmitían fue una constante desde el propio concepto de *novator* hasta la asunción de los principios propiamente ilustrados. Quizá lo más interesante es que, de hecho, esta premisa transgredió el ámbito puramente erudito para insertarse en debates ideológicos y religiosos más amplios, asumiéndose en la propia práctica institucional borbónica. A distintos niveles de profundidad y en distintos temas, ese criticismo sobre las glorias pasadas se convirtió en uno de los ejes insoslayables del concepto de regeneración de la historia nacional, en la construcción de ese patriotismo modernizante: «estas hermosas y agradables chimeras no son gloria, sino injuria de una Nación»⁹⁸⁰. Se trataba de exaltar la historia patria por lo que sí había sido, no por fábulas que desde el punto de vista de aquellos intelectuales no hacían sino ridiculizar el legado patrio.

En este aspecto, la Antigüedad jugó un papel central, pues los dos frentes fundamentales del ataque racionalista se situaban en un escenario antiguo: los orígenes de la colonización de Iberia y el proceso de implantación del cristianismo. Estos fueron los campos de batalla más controvertidos entre los intelectuales innovadores y los sectores tradicionalistas, y lo fueron, en realidad, porque ambos tocaban cuestiones religiosas. El primero concernía a las conexiones bíblicas de la genealogía española, y el segundo afectaba a algunas de las leyendas más arraigadas y celebradas del santoral hispano. Dejando a un lado esta última cuestión acerca de la hagiografía y la mitología propiamente cristiana⁹⁸¹, resulta clave considerar la manera en que se replanteó el tema de la primigenia población de Iberia.

Ciertamente, la cuestión de los orígenes míticos, la genealogía de Viterbo, su desarrollo por parte de Ocampo y su reproducción, aunque tamizada, en la influyente *Historia* de Mariana, ya venía siendo criticada a lo largo del siglo XVII. Sin embargo, lo particular del siglo XVIII es la manera en que esa ofensiva se volvió sistemática y se proyectó por vez primera en las nuevas historias generalistas. Ferreras ya acometió ese problema y, de hecho, forma una parte significativa de la controversia de la llamada «crisis ferrérica»⁹⁸². No fue tan radical como Mayans, pero aplicó a la historia generalista

⁹⁸⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 23.

⁹⁸¹ Baste señalar como los asuntos más polémicos en este momento el de la venida del Apóstol Santiago a Hispania, la leyenda de la Virgen del Pilar, o la cuestión de los Plomos del Sacromonte, entre otros; *vide* Godoy Alcántara 1868; Alonso 1979; Caro Baroja 1992; Barrios Aguilera 2004; Barrios Aguilera y García-Arenal 2006; 2008; Olds 2015.

⁹⁸² Stiffoni, 163-177; Álvarez Junco 2013, 161-162.

algunas iniciativas muy impactantes desde el punto de vista simbólico, como rechazar la mitología griega sobre Iberia como material ahistórico, descartar a Viterbo como fuente y criticar buena parte de los cronicones y la tradición legendaria cristiana de España. Todo ello le valió la acusación de antipatriota, particularmente por la reacción que provocó lo tocante al cristianismo. En todo caso, su cuestionamiento fue incompleto. No renunció a Túbal como primer colonizador de Iberia (aunque descartando a Tharsis como improbable), ni a la idea de que este llevó con él la «verdadera Religión» y los fundamentos esenciales del gobierno y la agricultura a Iberia. Tampoco negó a Gárgoris y Habidis («Abidis»), los otros personajes de las fuentes, insistiendo en el tradicional papel civilizador de este último. En todo caso contemplaba estos temas con cautela; «parece verisimil» es la apostilla habitual en todo lo que dio por bueno en esa parte de su historia. Por lo demás, consideraba que el resto de los reyes y exploraciones míticas eran «fábulas y ficiones»⁹⁸³. Su pervivencia, como ocurriría con los mitos hagiográficos cristianos, era el resultado de la transmisión acrítica, defendida perversamente como tradición: «Dezir vltimamente, que se formaron estos Chronicones por las noticias que conservò la tradicion, à mi juizio, y el de los mas hombres doctos, es añadir delirio à delirio»⁹⁸⁴. El planteamiento, por muy obvio que fuese, no le resultó gratuito, pues esa crítica a las fuentes no contrastadas fue la principal recriminación de sus detractores, como Salazar, lo que incluía increparle por negar la validez de los fragmentos ficticios de Beroso transmitidos por Viterbo⁹⁸⁵.

Valdeflores fue un paso más allá al acometer en su obra, precisamente, el periodo más remoto del poblamiento peninsular y sus fuentes. *Anales* constituye, de manera explícita y sistemática, la aplicación al caso hispano del sistema cronológico sobre los reinos antiguos propuesto por Isaac Newton, que fue enormemente influyente en Europa⁹⁸⁶. A partir de ese esquema, dividió el periodo tratado en tres bloques, «Tiempo Desconocido», «Tiempo Fabuloso» y «Tiempo Histórico»; la propia división y el reconocimiento en los dos primeros apartados de la naturaleza inverosímil o fabulosa de las fuentes relativas a los primeros tiempos ya era algo nuevo y significativo en sí mismo, aunque su alcance fue limitado. En la primera parte negó la verosimilitud de los 6000 años de la cultura turdetana y descartó la leyenda de Tharsis (bisnieto de Noé) como fundador de Tarteso, pero evitó por completo el mito principal, el tubalismo⁹⁸⁷. En la segunda, analizó los textos griegos sobre los viajes míticos a Iberia, aunque sin cuestionarlos como fuente; por contra, los replanteó de una manera historicista, desde un sistemático principio de evemerización de los héroes y dioses —desdoblando a Hércules

⁹⁸³ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 2, en general, 2-10, 55-61.

⁹⁸⁴ *Ibid.*, 9.

⁹⁸⁵ Salazar y Castro, 6-7.

⁹⁸⁶ Álvarez Martí-Aguilar 1996, 103-105. La obra historiográfica newtoniana (Newton 1728), fue estudiada por Manuel 1963.

⁹⁸⁷ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, **-1.

como dos reyes históricos, por ejemplo—, con el objetivo de justificar la preeminencia de la cultura fenicia (§ 5.4)⁹⁸⁸. Aprovechaba así buena parte del material fantástico que se había ido acumulando y reelaborando en la tradición historiográfica española previa para reinventarlo desde los principios racionalistas en boga en Europa y enfocarlo según un mensaje ideológico típicamente ilustrado.

En todo caso, no mucho después, desde los planteamientos más críticos se consideró que aquellas revisiones de Ferreras y Valdeflores habían sido insuficientes; Marín fue muy elocuente al respecto: «Don Juan Ferreras atraviesa todo el campo de nuestra nación, escogiendo las espigas, que le parecen mas sazonadas, sin maltratar ninguna planta»⁹⁸⁹. En efecto, Ferreras había negado aquello que resultaba más insostenible, pero mantenía el armazón básico de la conexión noelita y algunos elementos de la mitología grecolatina. Por contra, Marín prescindió de todas las noticias previas a la Segunda Guerra Púnica por considerarlas puramente fantasiosas⁹⁹⁰. Los Mohedano hicieron en principio una declaración de intenciones aún más radical: solo podía escribirse una historia literaria bien sustentada partiendo de la época de Augusto. Sin embargo, inmediatamente admitieron que sí había cuatro puntos sustanciales que podían y debían tratarse con anterioridad: la influencia civilizadora de griegos y fenicios, la cultura de los turdetanos, la importancia de los poetas hispanorromanos cordobeses y las noticias sobre el arte militar en las guerras con Cartago y Roma⁹⁹¹. Lo cierto es que, en la práctica, fueron mucho más allá de esos cuatro temas; como se verá a lo largo de todo el capítulo, elaboraron interesantes reflexiones antropológicas acerca del proceso de complejización de las sociedades más primitivas, de las que apenas tenían noticias. Pero en esa delimitación inicial de cronología, fuentes y temas había un deseo evidente de remarcar su misión desmitificadora, su intención de desarrollar sin concesiones una refutación argumentada y sistemática de la tradición legendaria:

«La vanidad antigua de los Griegos Impostores, y las fábulas modernas del famoso Dominicano de Viterbo son dos lagunas inmundas, que han ofuscado con sus vapores las antiguas Historias Españolas. Yo pretendo en este libro purgar la Historia de España de todas las fábulas, que se introduxeron en ella; para que disipadas las nieblas comparezca la verdad desnuda, y se pueda correr más francamente en busca de ella»⁹⁹².

En efecto, esa ofensiva propiamente ilustrada se dirigía en dos direcciones: la literatura grecolatina y la historiografía moderna. Por descontado, se arremetía contra las fuentes ficticias, como los fragmentos viterbinos de Beroso, pero el recelo se volvía hacia

⁹⁸⁸ *Ibid.*, 2-78.

⁹⁸⁹ Marín y Mendoza 1776, 47-48.

⁹⁹⁰ *Ibid.*, 1-5.

⁹⁹¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, XCI-XCV.

⁹⁹² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 1

la literatura grecolatina que había falseado los orígenes de la nación revestida de autoridad, y que lo había hecho por sus propios intereses patrióticos:

«Los Griegos, como las otras Naciones, se atribuían una antigüedad inmemorial. No solo pretendían ser originarios del País que habitaban, sino dár á entender que havian existido en todo tiempo. Esta era una manía general de todos los pueblos sobre la antigüedad de su origen. Gustaban, dice Mons. Guoguette perderse en un abysmo de siglos, que pareciesse acercarles á la eternidad»⁹⁹³.

En este sentido, resulta muy interesante la manera en que se conceptualizaba como universal ese fenómeno del patriotismo falsario, tan aplicable y criticable en la España de su tiempo como en la Grecia antigua. Esta idea es común a los Mohedano y Masdeu, aunque los primeros fueron más radicales: aparte de las fuentes ficticias, no hay casi nada aprovechable en la literatura grecolatina en lo referente a los primeros tiempos, el mero intento de entresacar información fidedigna es un «conato acaso tan vano como el de los Alchimistas, sacar oro puro de la verdad entre la escoria y metal vasto de las Fabulas»⁹⁹⁴.

La culpa se hacía extensible a los autores modernos que las han reproducido, faltando a la ética racionalista y promoviendo el engaño a la nación, aprovechando la «credulidad y la simplicidad incauta de sus lectores»⁹⁹⁵; se criticaba así toda la tradición historiográfica ocampiana, pero se encaraba con especial amargura a los historiadores más cercanos en el tiempo, célebres además por su carácter crítico, como Ferreras o Valdeflores:

«Estos Escritores, hombres por otra parte graves y eruditos, descubren confiadamente nuestros antiguos orígenes en el País de las fábulas: y la obscuridad misma de los tiempos remotos, la incertidumbre de la Historia antigua, en lugar de hacerlos cautos, los vuelve atrevidos para vender quimeras»⁹⁹⁶.

Todo ese cuestionamiento de las fuentes y del criterio de autoridad acrítico se traduce en un sistemático y meticuloso dismantelamiento de cada mito y sus cimientos. En primer lugar, se desechó de raíz el mito tubalista⁹⁹⁷; a continuación, se desechaban todos los reinados míticos de la tradición viterbina⁹⁹⁸; finalmente, se discutía toda la caterva de noticias sobre exploraciones y migraciones babilonias, persas, egipcias, etíopes, sármatas, griegas, etc. que resultaban poco creíbles por mucho que se apoyasen en menciones grecolatinas, bíblicas o elucubraciones etimológicas⁹⁹⁹. Masdeu continuó

⁹⁹³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 91.

⁹⁹⁴ *Ibid.*, tomo 1, XCII.

⁹⁹⁵ *Ibid.*, tomo 1, 28.

⁹⁹⁶ *Ibid.*, tomo 1, 44; críticas concretas a estos historiadores en *Ibid.*, tomo 1, 31, 33; Marín y Mendoza 1776, 47-48, e. g.

⁹⁹⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 23-38, especialmente.

⁹⁹⁸ *Ibid.*, tomo 1, Disertación III, 274-296.

⁹⁹⁹ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 122-158, tomo 2, parte 2, Disertación VII, 2-27.

en la misma línea, aunque sin llegar tan lejos, pues no creyó pertinente deshacerse del todo de Noé. Descartó a Túbal y Tharsis y todos los reyes míticos como los colonizadores de Iberia, pero asumió que los primeros asentados fueran, en todo caso, pueblos derivados de la dispersión de los descendientes de Noé. Aunque mantuvo la conexión noelita de una forma inconcreta, sostuvo la vocación modernizadora del discurso de los Mohedano eliminando su dimensión personalista del mito tradicional, aplicando a la cuestión el concepto de la transferencia cultural por el contacto entre pueblos.

Esta demolición generó una desafiante *tabula rasa*. Se había expulsado a esos útiles colonizadores fabulosos que tradicionalmente habían dotado a los hispanos de una genealogía sostenible y de un relato coherente sobre el surgimiento de los rudimentos básicos de su civilización. Tocaba ahora elucubrar sobre cuál había sido su origen y cómo habían logrado esa base cultural antes de encarar la llegada de griegos y fenicios. La respuesta *antropológica* a ese vacío, como veremos, es extraordinariamente interesante, especialmente en los Mohedano, dada la inexistencia del concepto de Prehistoria en ese momento (§ 5.3).

Por otro lado, resulta llamativa la impronta de esa tradición mítica en el legado cultural literario, por mucho que esta pueda ser superficial. En ese sentido, es evidente, por ejemplo, la filiación del *Sagunto* de Zavala con la tradición legendaria del Siglo de Oro en la propia elección de los nombres de los personajes. Cuatro saguntinos portan el nombre de reyes míticos de la genealogía de Viterbo: Luso (caudillo militar), Beto (senador), Tagó (hijo de Luso y Hesione) y Sicano (noble conspirador); los otros dos tienen nombres relacionados con la mitología troyana: Sigeo (gobernador de Sagunto) y Hesione (la protagonista femenina, hija de Sigeo y prometida de Luso)¹⁰⁰⁰. Esa tendencia a rellenar huecos a base de referentes legendarios lo sitúa, en cierto sentido, en la línea mítica ocampiana: Zavala conocía —por alguna vía difícil de precisar— y explotó como recurso literario esa tradición pseudohistoriográfica. No obstante, la conexión no va más allá de la onomástica. De hecho, se ha señalado una cierta ruptura con el legado fantástico que hasta cierto punto podría identificarse con el racionalismo de su tiempo¹⁰⁰¹: en la herencia literaria sobre Sagunto existía el tópico de los prodigios proféticos como anuncio del desastre final; así se reprodujo en la comedia *La destrucción de Sagunto* de Vidal y Salvador, y en los *Romances históricos* de Juan de la Cueva¹⁰⁰². Sin embargo, Zavala rompió esa tradición renunciando a ese recurso, a pesar de que habrían encajado bien en su tono excesivo, efectista y grandilocuente; todo en su versión de la historia puede explicarse por razones terrenas, humanas, y el papel de los dioses parece puramente

¹⁰⁰⁰ No me parece descabellado que la elección de este nombre tenga que ver con la ópera francesa *Hésione*, de Antoine Danchet (1700), especialmente si tenemos en cuenta las influencias operísticas que tenían este tipo de comedias heroicas.

¹⁰⁰¹ Rodríguez Cuadros 1996, 69-70

¹⁰⁰² A partir de Plinio en *N. H.* 7.3.

ceremonial. Desde luego, es tentador explicar esto a partir de las limitaciones racionalistas propias del Siglo de las Luces.

Volviendo a la historiografía, desde luego, está claro que los ámbitos más polémicos fueron el religioso y el de los orígenes, pero también hubo otros temas propios de la nebulosa fantástica de la Antigüedad hispana que sufrieron la ofensiva racionalista. Por ejemplo, Flórez criticó a Bernardo de Brito por ensalzar con tintes fabulosos la valía militar de los lusitanos¹⁰⁰³; aunque la cualidad guerrera de estos pueblos siempre fue estimable, no todo servía para justificarla (§ 7.4). En todo caso, quizá el ejemplo concreto más interesante en la obra de Flórez es la cuestión del lábaro cántabro. El mito tenía su base en la lectura confusa de un fragmento de Tertuliano en el que mencionó la existencia de una enseña militar cruciforme que era considerada sagrada por los gentiles, el *labarum*, término que en ocasiones fue leído como *cantabrum*¹⁰⁰⁴. A partir de esa ligazón etimológica, la intelectualidad norteaña había desarrollado la leyenda de que los antiguos cántabros rendían culto al signo de la cruz en periodo precristiano y que Augusto lo había tomado de ellos introduciéndolo en el imaginario romano; Larramendi, por ejemplo, había sido el último en defender el mito¹⁰⁰⁵. Pues bien, Flórez se preocupó de desmontar con minuciosidad el cúmulo de presunciones que habían constituido el mito: ni había fundamento lingüístico para sostener la genealogía cántabra del lábaro ni había pruebas para relacionar su uso con Augusto y su época¹⁰⁰⁶.

5.3. La civilización y el ingenio nacional

Como se trató en el capítulo anterior, el Renacimiento consolidó una particular obsesión por definir el proceso civilizador de Iberia como factor esencial en la conformación de los caracteres nacionales, una constante íntimamente intrincada en el discurso imperialista moderno (§ 4.4). En la medida en la que el siglo XVIII, en general, y la Ilustración, en particular, trajeron consigo una revitalización del ideal civilizador humanista, ese modelo difusionista y exaltador del progreso sobre la Antigüedad autóctona no hizo sino reforzarse. Ahora bien, sus mecanismos explicativos se complejizaron, introduciéndose una profunda reflexión teórica que podría considerarse,

¹⁰⁰³ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 72.

¹⁰⁰⁴ Tert. *Apol.* 16.8.

¹⁰⁰⁵ Larramendi 1736, 30-31.

¹⁰⁰⁶ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 24, parte 1, 154-161; esa desmitificación se reprodujo, por ejemplo, en Marín y Mendoza 1776, 56-57. En todo caso, la cuestión del lábaro cántabro ha seguido reinventándose y, asociado con los signos cruciformes de las estelas gigantes de la Segunda Edad del Hierro, constituye hoy todo un emblema identitario en Cantabria (García Sánchez 2009; 2016).

salvando las distancias, de tipo *antropológico*, y que conllevó una redefinición importante del proceso de perfeccionamiento cultural de las realidades hispanas en la Historia.

Es importante tener en cuenta la incidencia que tuvo en estos planteamientos la cuestión del *ingenio nacional*, una premisa teórica que estuvo muy presente en la producción historiográfica del momento y que contiene una dimensión ideológica e identitaria fundamental. Ciertamente, en España, como en las demás potencias europeas, se había ido desarrollando, al menos desde el siglo XVI, una caracteriología nacional entendida como estable en el tiempo más allá de las circunstancias. A estas alturas, estaba consolidada ya la tendencia a aislar los rasgos dominantes de la personalidad española y a mostrarla como evidente a través de los ejemplos históricos concretos. Sin embargo, en el siglo XVIII, estos estereotipos se intelectualizaron en los escenarios más cultos, cuestionándose, matizándose e incorporando a su formulación consideraciones más académicas y objetivistas¹⁰⁰⁷. Estamos hablando de un fenómeno de autopercepción y autorrepresentación, pero, obviamente, tenía mucho que ver con la reacción ante las percepciones exógenas y la competencia simbólica entre los distintos prototipos nacionales. En ese sentido, en España pesó mucho que referentes intelectuales tan prestigiosos como Voltaire, Montesquieu o *L'Encyclopédie* reprodujesen los tópicos más tradicionales sobre los españoles, aquellos que oscilaban recurrentemente entre el oscurantismo intelectual, el fanatismo religioso, el anacronismo cultural, la decadencia económica o la pereza y el pintoresquismo en el modo de vida. La ofensa era doble para los intelectuales ilustrados, por ser españoles, en primer lugar, pero también por sentirse cercanos a la cultura francesa, comprometidos como estaban con el proyecto reformista borbónico. De esta idea de fondo me interesan tres conceptos clave: el profundo replanteamiento intelectual sobre la españolidad, la tendencia apologética a enfatizar la excelencia cultural española en la Historia (por encima de otras glorias, como la militar) y la competencia con Europa, y muy particularmente Francia (en cierto sentido paradójica), como referente en este sentido.

Por lo tanto, se trataba, primeramente, de definir cómo era la particularidad española y el simple tópico ya no servía; o, mejor dicho, sí servía, pero debía racionalizarse y reforzarse con una argumentación científicista. Este empeño fue muy propio de esa segunda etapa del siglo, marcada por los reinados de Fernando VI y Carlos III: una vez desmontados los mitos inservibles y recuperadas las fuentes rigurosas sobre el pasado, tocaba construir un nuevo discurso y este pasaba necesariamente por discernir cuáles eran los *verdaderos* componentes de la esencia española. En esa tarea había que calibrar cuál era el papel de los elementos intrínsecos y aprehendidos, los factores autóctonos y externos, los condicionantes naturales y culturales, en la línea que estaban desarrollando en Europa pensadores como Montesquieu. Este no era solo un ejercicio de

¹⁰⁰⁷ López-Cordón Cortezo 2006a, 164-172.

celebración patriótica; de acuerdo con el espíritu reformista del momento, en esas características había que identificar también las debilidades, para superarlas y mejorar como nación, lo que solo podía conseguirse gracias al buen gobierno y la instrucción pública ordenada. Dicha inquietud derivó en bizantinas disquisiciones en torno a los conceptos de «genio» e «ingenio», un marco teórico sobre el que discernir los elementos constitutivos del carácter de los pueblos. Se iniciaba con ello una larga tradición intelectual sobre el *ser español* que desde este momento resultó fundamental en la historiografía del momento, en tanto que ocupó un espacio específico en la formulación del proceso histórico sobre la civilización de los españoles originales.

Al abordar este tema, los Mohedano siguieron fundamentalmente a Feijoo¹⁰⁰⁸ y criticaron de Ludovico Antonio Muratori su excesivo énfasis en la incidencia del clima en la formación de los caracteres nacionales: «son falaces las razones de la physica y están en contrario los ejemplos de la Historia»¹⁰⁰⁹. Reconocían la existencia de una cierta particularidad intrínseca, identificando en el «caracter natural de una Nacion aquella propiedad physica, indole ó genio nativo que la señala y la distingue de las demás»¹⁰¹⁰. En el caso de España, en contra de las críticas de los extranjeros, ese carácter podía definirse como «gravedad viváz», esto es, el equilibrio ideal entre comedimiento y vitalidad que había predispuesto a sus pueblos para la buena asimilación de la cultura y la ciencia¹⁰¹¹. En todo caso, consideraban forzadas las distinciones cerradas de tipo físico y natural entre regiones y naciones. Ellos ponían el énfasis en otra faceta: el intercambio cultural. En efecto, se descartaba el determinismo climático y se entendía esa inclinación inherente, el carácter, como algo secundario, como un elemento que simplemente favorecía o entorpecía de manera relativa ese factor que sí era el verdaderamente determinante, el proceso de civilización que resultaba de la influencia entre sociedades. Partiendo así de Feijoo, defendían como mecanismo fundamental la noción de «transmigración» cultural entre naciones, proveyendo de ejemplos antiguos y modernos.

Por su parte, Masdeu retomó la cuestión de manera muy específica en el segundo capítulo de su *Historia* («Idea filosófica del ingenio humano, y del influxo del clima sobre él»)¹⁰¹². En él polemizó con los autores previos —especialmente Feijoo— para desarrollar su propia visión del asunto, recurriendo para ello ampliamente al pensamiento de Cicerón. Básicamente, Masdeu contempló tres elementos esenciales en la conformación del «ingenio», el carácter de un pueblo: el «entendimiento» o inteligencia, que es igual a todos los pueblos como demostraba la etnografía; la «organización» o el contexto natural

¹⁰⁰⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 3-22.

¹⁰⁰⁹ *Ibid.*, tomo 1, 3-9, cita en 8.

¹⁰¹⁰ *Ibid.*, tomo 1, 9.

¹⁰¹¹ *Ibid.*, tomo 1, 9-22. En este aspecto siguieron con cautelas la teoría de los humores del médico Francisco Fernández Navarrete, que defendía el equilibrio entre melancolía y bilis en el caso español.

¹⁰¹² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 46-70.

y climático de partida (templado, luego favorable, en el caso de España); y el «genio», o inclinación natural, que es propia y característica de cada individuo, pero que también se manifiesta colectivamente, en las naciones, como inclinaciones dominantes. A ese «ingenio» que predisponía, se añadían otros dos factores, la «voluntad» o inclinación deliberada de las sociedades, y un concepto clave para Masdeu, la «proporción», es decir, las circunstancias históricas, entre las que se incluían las facilidades o trabas que los gobernantes procuraban a su pueblo, así como los contactos con otras naciones más civilizadas.

«Estas circunstancias (cosa que no han observado con distinción muchos que tratan de esta materia) no sirven para hacer la nacion ó estúpida ó ingeniosa; antes bien para hacerla ó inculta ó iluminada. Una nacion sin circunstancias favorables puede por mucho tiempo permanecer inculta aunque sea ingeniosa; por el contrario, una nacion dotada de menor ingenio, si recibe una grande ayuda de combinaciones favorables, llegará á ser sin dificultad nacion muy culta»¹⁰¹³.

En este sentido, Masdeu matizaba la propuesta más radical de los Mohedano sobre la preeminencia del aprendizaje. Desgranando con mayor minuciosidad los distintos factores del carácter nacional, otorgaba mayor peso al clima y las inclinaciones nacionales preconcebidas, el «genio», imprimiendo un corte más esencialista al modelo. Y así lo aplicó cuando, en los capítulos siguientes, desarrolló pormenorizadamente las características del ingenio de los españoles en las distintas esferas de la civilización, identificando en ellas inclinaciones intrínsecamente españolas. En todo caso, mantenía la importancia fundamental de los factores coyunturales, como el difusionismo cultural, y ponía además un énfasis muy importante en el papel que tenía en todo el sistema la figura de un buen gobernante que propugnara el progreso.

Todo ello es clave en la manera en que se concibieron las colonizaciones históricas y su influencia sobre los hispanos. En efecto, la esencia en el discurso de ambas obras reside en el concepto de civilización. Ya se ponga el foco en la iniciativa foránea o en la predisposición autóctona para aceptarla, la clave estaba en el proceso de instrucción y contacto entre sociedades como el único camino posible para generar progreso.

«Los viages por reynos cultos, en medio de pueblos instruidos, despierta la mente del hombre, la llena de luces, y la enriquece de fecundas ideas. Al contrario si se camina por yermos horribles y continuos, por selvas impracticables, habitación solo de fieras, el viagero se hace estúpido, intratable y salvage, mas semejante á los brutos, que a sí mismo»¹⁰¹⁴.

¹⁰¹³ *Ibid.*, tomo 1, 63.

¹⁰¹⁴ *Ibid.*, tomo 2, 100; la misma idea en Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 104-109.

Esta idea es probablemente la más definitoria de la historiografía ilustrada y tuvo un efecto fundamental en la manera en que se planteó la configuración de la Iberia antigua. En este sentido, una de las características más evidentes, llamativas y específicas de este tipo de historias fue la puesta en valor de los procesos coloniales que incidieron en ella. En efecto, de acuerdo con esos planteamientos teóricos iniciales, en esos procesos residía lo esencial de los logros de la cultura española original. Masdeu presentó así su tomo tercero, dedicado enteramente a las colonizaciones fenicia, griega y cartaginesa:

«describe hechos grandes, acontecimientos notables, capaces de elevar el espíritu y deleitar el ánimo: finalmente descubre el origen de una gran parte de las artes y ciencias, ocupacion hoy dia la mas gloriosa del hombre, y ornamento el mas bello de nuestra edad. Fenicios, Griegos, y Cartagineses, objeto de los tres Libros de esta segunda Parte, son tres nombres insignes, que por sí mismos llaman la atención de todos: tres célebres naciones, de quienes ha derivado la cultura á los Romanos y á los demás pueblos, que reconocen por madre y maestra á la antigua Roma»¹⁰¹⁵.

Hay aquí una intención de relegar a Roma a un segundo plano que es muy propio de Masdeu pero, por encima de todo, transmite la valorización del componente civilizador del colonialismo en un sentido laxo, algo que es absolutamente común en la historiografía ilustrada. De esta manera, la predisposición hispana a la cultura, por un lado, y el papel de las potencias coloniales en su progreso, por otro, se racionalizaba con un aparato teórico nuevo que buscaba reforzar los conceptos sobre las particularidades nacionales. Al mismo tiempo, dicha reflexión pasaba también por replantear cuál había sido el papel exacto de cada uno de los agentes principales en ese proceso; el nuevo rol atribuido a los fenicios fue probablemente su consecuencia más profunda.

5.4. Repensar la colonización de Iberia

Mediante la formulación del concepto de ingenio nacional se refinaba la idea del proceso civilizador exógeno de Iberia que era consustancial al discurso historiográfico imperialista. Ahora bien, la Ilustración conllevó además un replanteamiento muy significativo en lo concerniente de la secuencia histórica del proceso y las funciones cumplidas por los agentes coloniales implicados. En parte, esto tenía que ver con la incidencia de nuevas corrientes historiográficas que alentaban la reflexión acerca del lugar ocupado por las distintas civilizaciones en la Historia universal; particularmente influyentes en este sentido fueron las tendencias orientalistas y celtistas que se desarrollaban en este siglo en todo el ámbito europeo. Por otro lado, hay que considerar el impacto que supuso el descarte de las colonizaciones míticas, lo que había dejado un

¹⁰¹⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, V-VI.

vacío fundamental en lo que concernía a los estadios originales del poblamiento y progreso de los pueblos hispanos. La consecuencia fundamental en la confluencia de estos factores fue la relativización de la preeminencia de Grecia y, sobre todo, Roma, en favor de un nuevo énfasis en la colonización fenicia como fenómeno fundacional e inflexivo. Esto introdujo nuevos elementos y paradojas en el discurso historiográfico sobre los orígenes; si en los siglos previos la principal tensión entre difusionismo y autoctonismo giró en torno a la relación entre hispanos y romanos, la Ilustración diversificaba y enriquecía así el problema.

Desde luego, el punto en el que ese replanteamiento tuvo un efecto más transformador fue precisamente lo referente a las primeras colonizaciones, a un estadio primigenio de civilización que concernió especialmente a la nueva importancia otorgada a los fenicios y una valoración positiva de su legado. Efectivamente, los historiadores ilustrados otorgaron al influjo semita una importancia absolutamente principal en la conformación de la cultura hispana, a pesar de lo precario de las fuentes al respecto. De hecho, este es probablemente el planteamiento más llamativo de la Historia antigua en el siglo XVIII y lo es por su carácter rupturista frente a la tradición historiográfica previa. Cuando desde el siglo XVI se acometió la tarea de reconstruir el proceso civilizador de los hispanos fue muy evidente la tendencia a minimizar la contribución del elemento fenicio y púnico en Iberia, perpetuándose, por añadidura, toda una serie de estereotipos etnoculturales claramente peyorativos que bebían de las fuentes clásicas y se potenciaban en consonancia con los sesgos antisemitas y antiafricanos propios de la cultura hegemónica del momento (§ 6.2). Aquellas premisas se recuperaron y desarrollaron en los siglos XIX y XX con la eclosión del nacionalismo más radical y la exacerbación del antisemitismo, de manera que ese papel positivo que se le otorgó al elemento fenicio en el XVIII puede considerarse como un verdadero *unicum* característicamente ilustrado, un verdadero paréntesis excepcional en la tradición historiográfica española¹⁰¹⁶. De hecho, esa aproximación peculiar bien podría limitarse a la segunda mitad del siglo XVIII y al trabajo de unos cuantos autores cuya aproximación a la Antigüedad fue particularmente profunda; prueba de ello es, por ejemplo, el tratamiento absolutamente convencional que Ferreras dedicó a la cuestión fenicia¹⁰¹⁷, por no hablar de la manualística más superficial y patrioterica, como el popular libro de Isla, que en nada se desvió de la narración habitual hasta el momento.

¹⁰¹⁶ Sobre los prototipos negativos de lo fenicio-púnico en España, *vide*. Ferrer Albelda 1996a; López Castro 1996; Mederos Martín 2001; 2004.

¹⁰¹⁷ Siguiendo el esquema tradicional, los fenicios fueron los primeros en intentar someter la Península contra el deseo de libertad de los locales. En esa línea, mantuvo la versión típica de la resistencia hispana contra los fenicios a partir de Justino. Incluso, aunque con cautelas, siguió mencionando al ficticio Baucio Capeto, atribuyendo erróneamente la noticia a Silio Itálico (Ferreras 1700-1727, tomo 1, 66-68).

Así, aunque de manera minoritaria y muy restringido a los círculos más intelectuales, a mediados de la centuria se inauguró un énfasis en el colonialismo fenicio muy rupturista con las posturas anteriores. Desde luego este no fue un fenómeno particularmente español, sino que debe ponerse en relación con el general contexto orientalista característico de la historiografía europea de este periodo¹⁰¹⁸; es un signo característicamente ilustrado.

Valdeflores fue probablemente el primero en aplicar la nueva perspectiva de una manera sistemática. De hecho, esta es la idea principal de su ambiciosa obra historiográfica, de la que, precisamente, solo llegó a publicar la parte referente a los tiempos remotos, lo que denota la importancia que para él tenía la revisión de esa parcela del pasado en concreto. Replanteó sistemáticamente todo el material fabuloso derivado de la mitología griega y desarrollado por la tradición de Viterbo/Ocampo, y aplicó sobre él el principio de evemerización de dioses y héroes para reinterpretarlos como personajes y fases históricas de la colonización de Iberia. Desde esta base, y aplicando selectivamente el modelo cronológico orientalista de Newton¹⁰¹⁹, diferenció dos primigenias etapas de colonización fenicia y egipcia en el cambio del II al I milenio. La primera, fosilizada en la historia de Archaleo y los Curetes, y prácticamente coetánea de la orquestada por Cadmo en Grecia, habría sentado las bases del progreso cultural y económico, y la segunda, iniciada por el rey Sésac (transfigurado en Dionisio, Osiris o Sesostris), los fundamentos políticos e institucionales; ambos pilares habrían sido los constituyentes de la civilización tartésica¹⁰²⁰. De esta forma, aunque sobre mimbres bastante especulativos y muy dependientes aún de la tradición legendaria, Valdeflores establecía la base del nuevo discurso que se desarrolló poco después: Oriente en general y los fenicios en particular habrían ocupado una posición preeminente respecto a Grecia en el proceso de civilización europea y, en concreto, habrían cumplido una función decisiva en el progreso de Iberia. La consecuencia de este planteamiento era el reconocimiento de un componente fenicio fundamental en la formación de la cultura española, otorgándole a esta, por extensión, una posición privilegiada respecto de la propia Grecia y Roma, y, por supuesto, Galia o Britania.

En efecto, cuando el tema de los orígenes se inserte en los planteamientos generalistas de las grandes historias de los Mohedano y Masdeu, esta cuestión preocupó especialmente, desarrollándose los argumentos en la línea de Valdeflores. Así, la fase fenicia se concibió de manera clara como un absoluto punto de inflexión. Los Mohedano tenían claro dónde ubicar el origen de la civilización en Iberia:

¹⁰¹⁸ Bernal 1993, 162-185.

¹⁰¹⁹ Newton 1728; *vide* Manuel 1963.

¹⁰²⁰ Álvarez Martí-Aguilar 1996, 108-143.

«Muy presto y en pocas palabras se dice que los Turdetanos en tiempo de Augusto eran los mas sabios de todos los Españoles [...]. Para que no sea confusa esta idea y merezca el asenso, se hace preciso retroceder á siglos remotos para descubrir en la venida de los Phenicios el origen y causa de este exceso que hacian los Turdetanos á los demás Españoles en materia de Literatura»¹⁰²¹.

Por su parte, Masdeu dividió la España antigua en dos bloques, separados por un antes y un después de la civilización, esto es, un periodo primitivo, marcado por el salvajismo en las costumbres, y otro definido por la influencia benéfica de los primeros colonizadores semitas:

«La España, como los demás países Occidentales, antiguamente fue grosera, é inculta, hasta que entraron en ella los Fenicios, en cuyo tiempo la Nacion empezó á civilizarse»¹⁰²².

En el núcleo de esa idea de fondo descansaba necesariamente la cuestión de Tarteso. Ya ha sido estudiado cómo la historiografía ilustrada supuso un verdadero punto de inflexión en lo que concierne a este tema¹⁰²³. Hasta el momento, Tarteso y su rey Argantonio habían sido manejados como el elemento más sólido de la genealogía mítica entroncada con Túbal; además, a partir de Justino, Tarteso y su monarca constituían el primer episodio *documentado* de resistencia patriótica contra el extranjero, al identificar en la revuelta contra Gadir una declaración de independencia ante la explotación foránea (§ 4.3)¹⁰²⁴. Ese concepto fue profundamente revisado en la segunda mitad del siglo XVIII.

En general, estos autores polemizaron explícitamente para defender la influencia decisiva de los fenicios en la prosperidad especial de esa región en contra de los autores previos que la habían negado o minimizado¹⁰²⁵. Ahora bien, aparte de esa aceptación más o menos abstracta, y dejando de lado las especulaciones de Valdeflores sobre los mitos primigenios, lo cierto es que las fuentes no aportaban casi ningún dato sólido sobre aquel proceso. Consecuentemente, en las obras de los Mohedano y Masdeu la cuestión se concretizó y focalizó en los dos grandes temas culturales tradicionales: la introducción de la escritura y el desarrollo del comercio, fenómenos centrales que se identificaron entonces como de procedencia incontestablemente fenicia (§ 6.5). En definitiva, más allá de las discrepancias concretas, el argumento central en estos autores fue que la privilegiada cultura de Iberia no había sido producto de herencias bíblicas o la

¹⁰²¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, prólogo, s. p.

¹⁰²² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, IX-X, cita en X; se repite el planteamiento en *Ibid.*, tomo 3, 65, e. g.

¹⁰²³ Álvarez Martí-Aguilar 2005, 35-45.

¹⁰²⁴ Valdeflores reprodujo todavía esa versión, muy dependiente de Ocampo (Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 114-115; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 150-151).

¹⁰²⁵ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 86-198; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 98-102, tomo 3, 67-76 y 87-90.

iluminación milagrosa de los autóctonos, sino que se había debido al afortunado y temprano establecimiento de los tirios en el sur peninsular.

Esto no restaba mérito a la nación, al contrario. Por un lado, se completaba con la idea de que dicha influencia solo pudo ser aprovechada plenamente por la natural predisposición de los locales (§ 5.3 y 6.5); por otro, servía como una explicación racional e historiográficamente sólida con la que defender la excepcional antigüedad de la civilización peninsular en comparación con el resto de pueblos occidentales, anticipándose incluso al esplendor de Grecia y Roma:

«asegura à los Españoles la gloria de haber sido los primeros Europeos, que tubieron comunicacion con un pueblo de hombres sabios, é iluminados, de quienes tomaron la civilidad, y aprendieron algunas artes y ciencias útiles a la sociedad»¹⁰²⁶.

De hecho, el legado fenicio se asumió con tanta intensidad que se llegó a contemplar su fusión étnica con los hispanos. Ya Valdeflores, al transitar del periodo «fabuloso» al «histórico», comenzó a denominar «Españoles», sin más, a aquellos pueblos tartésicos que hasta entonces habían sido inconfundiblemente «fenicios»¹⁰²⁷. Sin embargo, los Mohedano y, tras ellos, Masdeu, aportaron ya una explicación coherente a esa identificación.

«Nótese, que establecidos los Fenicios en Andalucía, sus hijos y nietos eran por nacimiento y domicilio Españoles, y los naturales primitivos del pais se hicieron Fenicios por educación y cultura»¹⁰²⁸.

Esto conllevaba deshacer el distanciamiento étnico y cultural entre lo español y lo semita que en general había caracterizado y caracterizaría en el futuro al tratamiento de ese proceso colonial. Esa idea de la combinación de pueblos locales y foráneos se había utilizado siempre sin problema en lo relativo al mundo hispanorromano, funcionando como un verdadero lugar común cuando se alababa la contribución hispana a la civilización romana a través de sus pensadores (Séneca, Lucano, etc.) y emperadores (Adriano, Trajano, etc.) de origen hispánico. Pero aquello era nuevo en lo concerniente a las potencias semitas, generalmente percibidas en los siglos XVI y XVII en términos de intrusión superficial, sin efectos profundos en la constitución de lo nacional, y temporal, plenamente superada con su expulsión tras la Segunda Guerra Púnica (§ 6.2).

Los Mohedano aportaron además a ese marco general un argumento político-militar, ya que sometieron a una crítica exhaustiva la cuestión de la supuesta resistencia antifenicia de los tartesios¹⁰²⁹. En este ámbito sembraron la duda sobre el texto de Justino,

¹⁰²⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 75.

¹⁰²⁷ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 89; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 145.

¹⁰²⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 66, la misma idea en Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 236 y 262-272.

¹⁰²⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 267-272.

y lo hicieron basándose en esa premisa de la ligazón étnica que se habría establecido entre ambos pueblos: no podía hablarse de un conflicto entre tartesios y Gadir en términos de hispanos contra fenicios porque ya formaban parte de una misma realidad étnica hispanofenicia¹⁰³⁰. Por otro lado, dudaron de la noticia de que los cartagineses habían acudido a socorrer exclusivamente a los gaditanos por considerarla demasiado vaga, errónea cronológicamente y contradictoria con esa idea de la homogeneización tartésica. Propusieron, finalmente, una explicación alternativa que comportaba una lectura más flexible y crítica de Justino: el choque del que hablaba podría ser más bien un conflicto interno, dentro del propio ámbito hispanofenicio, entre distintas entidades coloniales — quizá lideradas por Argantonio— y su capital Gadir. De esta manera, implementaban un razonamiento historiográfico crítico sobre el asunto que transgredía claramente la visión tradicional, aquella que se había limitado al mito de la independencia patriótica y se fundamentaba en las dicotomías simples tartesio-fenicio, local-extranjero, resistente-invasor. Los fenicios perdían así su condición de extranjeros, al tiempo que los tartesios perdían el de puros indígenas, integrándose ambas realidades en el desarrollo de una narrativa histórica más compleja.

Esa interesante fusión implicaba además una ventaja en la acumulación de méritos nacionales, en la medida en que podían asumirse como propios los logros de los fenicios como civilización, aplicando así la misma lógica utilizada durante siglos en lo concerniente a la realidad hispanorromana. Sin duda, el arte marítimo era el más jugoso en este sentido, considerándose a Tarteso como un centro neurálgico de innovación naval hispanofenicia del que aprenderían tanto púnicos como romanos (§ 6.5).

En efecto, por extensión, la identificación con lo fenicio y la valorización de su aporte cultural se aplicó a lo cartaginés¹⁰³¹. Esto suponía contradecir también todo un legado de prejuicios contra los que habían sido considerados hasta el momento como los más crueles, pérfidos y funestos expoliadores de los primitivos hispanos; los Mohedano acometieron dicho estereotipo frontalmente y, siguiendo a Campomanes, empezaron por exponer la tendenciosidad de griegos y romanos al respecto: «De semejantes Pintores no podemos esperar bellos retratos de los Cartagineses»¹⁰³². Partiendo de esa premisa, un punto clave de su discurso era la reivindicación de la dimensión cultural de aquella civilización más allá de su contribución en lo referente a la guerra, lo único que tradicionalmente se les había concedido¹⁰³³, lo que los llevó a polemizar con otros autores que los habían menospreciado en ese sentido¹⁰³⁴. La cuestión comportaba, de nuevo, una

¹⁰³⁰ El término «hispanofenicio», como el de «hispanorromano» lo introduzco anacrónicamente, no forma parte del vocabulario de las obras originales.

¹⁰³¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 277-317, *e. g.*

¹⁰³² *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 227-229, cita en 227.

¹⁰³³ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 217; la misma idea en 277.

¹⁰³⁴ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 268-271.

dimensión poblacional, pues se insistía en que el aporte cartaginés trajo consigo la fundación de prósperas ciudades; Flórez, de hecho, manejó la referencia a los blastofenices como una demostración de la antigua e intensa presencia demográfica de los púnicos en toda la costa bética¹⁰³⁵.

Sin duda el gran reverso de esta dinámica de revalorización de lo fenicio-púnico fue la relativización de la importancia de la cultura clásica. Volveré sobre esta cuestión con más detalle (§ 6.5); valga anticipar que tanto los griegos como los romanos, que antes habían monopolizado el papel de civilizadores de Hispania —junto con los personajes bíblicos—, vieron rebajada su relevancia en la eclosión de las sociedades occidentales en general. Particularmente radical en este sentido fue la posición de Masdeu, que imprimió a su análisis un sesgo incluso hostil hacia Roma que, plausiblemente, debe ponerse en relación con su intención de contrarrestar las ofensivas intelectuales italianas respecto de la cultura española.

La visión ilustrada sobre la civilización primigenia afectó, por tanto, a la posición tradicional de Grecia y Roma en favor de las potencias orientales, pero tuvo además otro efecto muy original y mucho menos conocido: su reivindicación del mundo celta.

«nuestros Autores, embelesados con los Griegos, los Hercules y los Osyris, apenas han dicho dos palabras sobre los Celtas, guardando un profundo silencio acerca de los Druidas Filosofos, que eran la admiracion de la antigüedad»¹⁰³⁶.

En este asunto, los Mohedano, y tras ellos Masdeu, utilizaron como autoridad de referencia la llamada «Historia Universal de los Ingleses»¹⁰³⁷. La premisa de partida que se tomaba de esta obra, garante foráneo de objetividad, era su reconocimiento de los celtas hispanos como los más refinados de todo el Occidente céltico. Reforzando esa idea, recurrieron a las fuentes grecolatinas (Polibio y Estrabón) para subrayar la civilización notable, no solo de los pueblos meridionales de influencia semita, sino también de los celtíberos que habían tenido un contacto indirecto con ellos. Se trataba de identificar también en la Céltica hispana indicios de civilización avanzada para completar así el cuadro sobre el prestigio cultural del pasado remoto de Iberia. Más allá de aquellas menciones tradicionales a las excelencias celtibéricas, los historiadores ilustrados se vieron instados a construir para ello un entramado argumental sólido acerca de las filiaciones célticas de los pueblos hispanos y sus particularidades distintivas. De nuevo, también en este ámbito, el factor determinante y diferenciador fue la irradiación fenicia.

¹⁰³⁵ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 9, 13.

¹⁰³⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 60-61.

¹⁰³⁷ Se referían a la colosal obra colectiva *An Universal History, from the Earliest Account of Time to the Present* (Bower et al. 1736-1744) que, no obstante, fue conocida y manejada en España fundamentalmente en su traducción francesa, *Histoire universelle, depuis le commencement du monde jusqu'à présent* (Bower et al. 1742-1792).

A nivel europeo, esta fue una etapa fundacional del *celtismo* como concepto académico e identitario. Particularmente desde Francia y el ámbito británico, en este periodo se formuló por primera vez de una manera sistemática la definición de lo celta entendido como noción étnica más o menos delimitada y de extensión paneuropea. Así, a partir de los trabajos del lingüista bretón Paul-Yves Pezron y el galés Edward Lhuyd, proliferaron intensamente desde principios del siglo XVIII muy diversas teorizaciones sobre el origen de este pueblo, su adscripción geográfica, movimientos migratorios, entidad cultural y lingüística, etc.¹⁰³⁸. De esta manera, lo producido en esta época fue empleado como base en el desarrollo del celtismo decimonónico, entendido este como un fenómeno cultural y social particularmente multifacético, como campo de estudio académico, etiqueta folklórica, identidad etnohistórica y fuente de legitimación política¹⁰³⁹.

Pues bien, los historiadores españoles se implicaron plenamente en esa pujante tendencia europea. No en vano, Francia era en ese momento el gran referente intelectual y, en la medida en que los ilustrados españoles estaban leyendo y emulando su historiografía, parece lógico que sintiesen la necesidad de dar una respuesta propia a uno de sus debates más candentes. Además, la cuestión afectaba de manera directa a la Antigüedad nacional, ya que la cronología, características, límites y repercusión de la presencia celta en Iberia era un viejo tema difícil de evitar. Ciertamente, la Península era un territorio periférico y marginal desde la perspectiva celtista europea y en consecuencia fue tradicionalmente obviada o soslayada en la producción intelectual de las grandes potencias en este ámbito. Quizá por ello, parece que en España surgió una cierta conciencia de que había un vacío que llenar y una relevancia histórica que reivindicar sobre este tema. Para los españoles, se trataba de determinar cuál fue el papel de los galos en la configuración de Iberia y cuáles eran las características de la presencia étnica y cultural de aquellos celtas hispanos. De partida, se conocían bien los planteamientos ya canónicos de Pezron y su proyección en la historiografía británica, particularmente la mencionada «Historia de los Ingleses». Pero lo más importante no era ese conocimiento de lo que se estaba proponiendo fuera, lo interesante es que se formularon teorías alternativas, de manera que la cuestión quedara integrada plenamente en el marco general sobre el proceso civilizador de la Península. Por otro lado, no parece tratarse de una versión única o, dicho de otra manera, no se generó una tradición propiamente española, sino que cada autor creyó importante profundizar en la cuestión por su lado, articulando

¹⁰³⁸ Fueron fundacionales, en este sentido, Pezron 1703; Lhuyd 1707.

¹⁰³⁹ En general, *vide* Chapman 1992; Brown 1996; Megaw y Megaw 1996; James 1999; Hale y Payton 2000; Collis 1997; 2003; Morse 2005; Rieckhoff 2006; Ruiz Zapatero 2010; Gibson et al. 2013; Alfayé Villa 2015. En lo que concierne al caso español, pueden citarse a Díaz Santana 2002; Burillo Mozota 2003; Ibarra Jiménez 2006; McKevitt 2006; Ruiz Zapatero 2006; Alzola Romero y Sánchez Moreno 2011; Renales y Renero Arribas 1999; Renero Arribas 1999; 2011, aunque suelen centrarse en el periodo de finales del siglo XIX en adelante; una excepción muy concreta es Renero Arribas 2008.

una explicación particular del problema. Resulta de interés considerar brevemente las visiones de los Mohedano y Masdeu al respecto, pues en ambos casos dedicaron un espacio muy considerable y muy personal a este asunto¹⁰⁴⁰.

Puede parecer contradictorio, pero los Mohedano manejaron la cuestión celta para reforzar su discurso sobre la preeminencia de la civilización fenicia. Aparte de tratarlo en su discurso general, dedicaron buena parte de la Disertación VII a esta cuestión de forma específica: «De varias gentes que se dice vinieron á España, especialmente de los Celtas»¹⁰⁴¹. Sobre la teoría panceltista de Pezron, que básicamente propugnaba la expansión generalizada y uniforme de los celtas en Europa, los Mohedano la consideraron exagerada y sin fundamento: «mas ingenioso que verdadero [...]. Sobre flacos cimientos se ha procurado levantar un ostentoso edificio de menos solidez que hermosura, cuya fabrica está la mayor parte en el ayre»¹⁰⁴². Consideraban que la realidad que se escondía bajo la denominación «celta» era esencialmente heterogénea y compleja y que el propio término era una simplificación de las fuentes grecolatinas, comparable a lo que los españoles hacían cuando hablaban de «americanos» de una manera genérica¹⁰⁴³.

A la hora de abordar la cronología y rutas de penetración de los galos en Iberia desarrollaron una secuencia bastante completa¹⁰⁴⁴: los celtas se habrían asentado, básicamente de forma pacífica, en el territorio de Celtiberia en primer lugar, extendiéndose después por el resto de la Península, excepto el área cantábrica. A partir de ahí, defendieron la idea de que los contactos entre esas comunidades galas e hispanas emparentadas habrían sido fluidos y continuados en el tiempo, desarrollando interesantes consideraciones sobre los fenómenos migratorios de ida y vuelta, la posible incidencia de los retornados, etc. Establecida esta premisa, desarrollaron la idea de que los celtas, gracias a esa red de comunicaciones, se convirtieron en los principales difusores de la cultura fenicia, tanto en España como en Europa. Estrabón escribió que los celtas del sudoeste eran más civilizados que el resto gracias a la influencia turdetana; esta cita les sirvió de germen a los Mohedano para considerar el mediodía peninsular como un epicentro civilizador y a los celtas como los catalizadores de su transmisión. Según su razonamiento, ese conocimiento de origen fenicio se habría extendido por el resto de la Céltica hispana y, a su vez, habría pasado al otro lado de los Pirineos. Solo la expansión

¹⁰⁴⁰ Además, sin antecedentes muy sólidos; Valdeflores, por ejemplo, se limitó a asumir que se trató de una oleada gala debido al exceso de población, partiendo del relato de Livio sobre la migración ordenada por el rey Ambigato, para recoger después las distintas menciones a los celtas peninsulares y su dispersión regional (Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 106-109).

¹⁰⁴¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 27-53; también en parte 1, 6-18.

¹⁰⁴² *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 11.

¹⁰⁴³ *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 24.

¹⁰⁴⁴ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 18-39, parte 2, 27-32, dicutiendo las teorías de autores como Samuel Bochart, Nicolas Fréret o la ya citada historia «de los ingleses».

y las intensas relaciones entre las poblaciones celtas habrían hecho posible una transmisión cultural de tal envergadura, a pesar de la restricción geográfica de los asentamientos fenicios. De hecho, hipotetizaron sobre la secuencia cronológica de las dos colonizaciones para redondear su sistema: los celtas habrían llegado más tarde que los fenicios a la Península, de esa manera, al ser más reciente su migración, se explica mejor el mantenimiento de sus redes de contacto.

La más palpable consecuencia de ese proceso sería la aparición del druidismo en Galia, entendido como el culmen de la cultura celta y explicado como un efecto de la asimilación del influjo fenicio. De esta manera, desarrollaron una amplia y compleja argumentación sobre la posible formación de ese fenómeno cultural, filosófico y religioso de supuesta base semita, convirtiendo la cuestión en el eje central de su sistema¹⁰⁴⁵. La conexión entre los paganismos prerromanos y la influencia semita no era nueva, era un planteamiento muy tradicional que tenía que ver con la culpabilización de Oriente en la introducción de la idolatría en Europa (§ 10.2). No obstante, la dirección en que los Mohedano manejaron esta idea era muy diferente, pues la formularon en un sentido positivo. En este caso no les interesaba su implicación teológica, sino su dimensión civilizatoria, pues valoraban como una ventaja lo que el druidismo había conllevado de progreso cultural entre los pueblos célticos. Además, ese contacto hispano-galo se entendía como un fenómeno de ida y vuelta con efectos también beneficiosos para Iberia: «No solo traerían los Celtas a España su gusto particular en las ciencias, sino su gobierno, religion y costumbres»¹⁰⁴⁶.

La incursión de los Mohedano en el debate panceltista es excepcional por muchos motivos. Supone, en primer lugar, la aplicación de una teorización historiográfica propia y profunda que comporta reflexiones interesantes sobre lo que hoy definiríamos como la conectividad entre comunidades emparentadas étnicamente y los mecanismos de transmisión y asimilación, directa e indirecta, de dinámicas culturales. Por otro lado, desde el punto de vista simbólico, resulta una derivación coherente de su general apuesta por el factor fenicio como el propulsor de la cultura española, que ahora se hacía extensible al resto de Europa occidental. Esto suponía situar a España en un lugar privilegiado, ya que se situaba en su mediodía el foco original y otorgaba a sus pueblos interiores el mérito de ser los transmisores exclusivos de ese conocimiento al resto del *barbaricum* europeo. Es, ciertamente, una formulación netamente patriótica, pero muy alejada de cualquier posicionamiento autoctonista, pues en ese modelo había dos entidades protagonistas, fenicios y celtas, y en ambos casos se trataba de colonizadores claramente externos.

¹⁰⁴⁵ *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 32-53.

¹⁰⁴⁶ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 86.

Si los Mohedano recondujeron el celtismo europeo para resaltar la posición de Iberia y de los fenicios, Masdeu, por contra, revirtió por completo el modelo hegemónico sobre la expansión celta en Occidente. Desarrolló con cierto detenimiento su propia explicación del tema¹⁰⁴⁷, y estaba al tanto de las principales teorías, pero además siguió bastante a Manuel Risco, el continuador de Flórez en la elaboración de la *España Sagrada*. Quizá pueda relacionarse con esto el hecho de que se mantuviese más apegado que los Mohedano a la tradición mítica de conexiones bíblicas a la que nunca renunció del todo. Así, al determinar el origen de las dos grandes realidades culturales de la Península identificadas en los textos, iberos y celtas, recurrió a la genealogía de Noé. Los iberos serían descendientes de Tarsis, biznieto del patriarca, y se habrían asentado en el norte y el sur peninsular; su mayor contacto con el Mediterráneo les habría procurado una mejor atención en las fuentes y mayor grado de civilización. Por su parte, los celtas serían descendientes de la rama de Túbal, el nieto de Noé, y se habrían asentado en el oeste de la Península; de esta forma, el aislamiento los habría hecho más desconocidos, convirtiéndoles en «pueblos feroces, nacidos para la guerra, y para ser el terror del mundo»¹⁰⁴⁸.

En realidad, esa genealogía mítica tan tradicional no tiene demasiada trascendencia en el modelo de Masdeu; lo más importante es su reformulación del origen de los celtas y su reubicación en Hispania, en vez de en Galia. Para defender esta teoría recopiló aquellas fuentes clásicas que habían aludido a los celtas, subrayando que las más antiguas eran precisamente las menciones a Iberia¹⁰⁴⁹. A partir de ahí, replanteó todo el esquema de las migraciones célticas que se estaban manejando en Europa. Según él, los celtas hispanos se expandieron desde la costa atlántica hacia el Cantábrico y el interior peninsular, para después pasar los Pirineos y ocupar el sur de Francia. Esto explicaría que los autores grecolatinos, que conocieron primero a los pobladores de la Narbonense, extrapolaran arbitrariamente el término «celta» para toda Galia. También en contra de lo que afirmaba el celtismo canónico, estos pueblos nunca habrían penetrado en Italia ni Britania¹⁰⁵⁰. Desde el punto de vista lingüístico, el euskera sería una pervivencia de aquel horizonte celta originario, pues lo consideraba el resultado de la mezcla idiomática celtibérica, mientras que el resto de las lenguas celtas europeas serían mucho más tardías¹⁰⁵¹.

Por otro lado, esa visión exagerada de España como crisol de civilizaciones también tenía otra derivación importante: los iberos, presionados por los celtas en su avance,

¹⁰⁴⁷ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 106-157.

¹⁰⁴⁸ *Ibid.*, tomo 2, 118, en general, 116-119.

¹⁰⁴⁹ *Ibid.*, tomo 2, 106-112.

¹⁰⁵⁰ *Ibid.*, tomo 2, 112-151.

¹⁰⁵¹ *Ibid.*, tomo 2, 151-157. Los Mohedano, por el contrario, consideraron el vascuence como herencia del aquitano, no del celta (1766-1791, tomo 2, parte 1, 96-104).

habrían migrado a su vez por Francia, Italia y Georgia; entre los méritos de este periplo figuraría la fundación de Roma y, además, se daba así explicación a la existencia del gentilicio «íberos» en la región caucásica¹⁰⁵². De esta manera, Masdeu combinaba la adaptación patriótica de la controversia celtista con esa visión de España como cuna de pueblos, maximalista y de toques míticos, que había sido tan característica de la historiografía de los siglos previos.

En todo caso, la hispanización de lo celta no suponía un menoscabo de su modelo de preeminencia fenicia en el que primaba la idea de civilización. La incidencia de estos pueblos en la conformación de la cultura española habría sido poco más que demográfica y militar: «Muy poca sería la cultura de una Nación guerrera seriamente atenta al ejercicio de las armas»¹⁰⁵³. Como en la visión de los Mohedano, lo celta representaba, de alguna manera, la base en bruto que había de ser pulida después por los colonizadores mediterráneos.

Ahora bien, entre los celtas había distintos niveles. Efectivamente, en la aproximación al celtismo de la historiografía española de este período hubo una obsesión que era independiente de la cuestión del origen: la comparación entre los celtas galos e hispanos y la particularización de estos últimos dentro del universo panceltista. Desde luego, esto respondía claramente a la necesidad imperativa que los ilustrados españoles tenían de distinguir las esencias nacionales de España respecto a Francia. En general, la inercia parece conveniente en un contexto en el que estos intelectuales eran acusados con facilidad de afrancesados y antipatriotas; en concreto, era una respuesta al empleo de la identidad céltica que los franceses (también galeses, irlandeses o escoceses) estaban proyectando como fuente de prestigio nacional. Utilizando convenientemente las fuentes grecolatinas, se trataba de relativizar el esplendor galo y subrayar las excelencias de los celtas hispanos. Por eso, en general, los historiadores españoles del momento tendieron a comparar constantemente cada uno de los detalles etnográficos transmitidos por las fuentes sobre los celtas de las dos regiones, en algunos casos de una manera sorprendentemente específica y rebuscada. Esta tendencia es patente en Masdeu y otros, pero alcanzó un nivel absolutamente sistemático en los Mohedano, que desarrollaron largas disquisiciones en este sentido¹⁰⁵⁴. El factor diferencial fundamental era su mezcla con pueblos más avanzados, como los turdetanos, lo que, en último término, comportaba una influencia fenicia más intensa que la que había llegado a los galos¹⁰⁵⁵. A partir de esa premisa, compararon de manera exhaustiva todos los aspectos de ambos pueblos: la cuestión de los liderazgos y sacerdocios, la religión, el sacrificio, las costumbres funerarias, la filosofía, las ciencias, la literatura, la moral, la lengua, la guerra, la

¹⁰⁵² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 119-144.

¹⁰⁵³ *Ibid.*, tomo 2, 161.

¹⁰⁵⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, 2, parte 1, 58-60, 86-120.

¹⁰⁵⁵ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 86-87.

hospitalidad, la vida cotidiana o el papel de la mujer. Como veremos en la Parte 3, en todos estos temas se encontraban puntos en común, pero casi siempre con algún matiz diferenciador respecto al resto de celtas con el que normalmente los hispanos salían ganando.

Aunque en apariencia resulte inconexo, todo esto puede relacionarse con el papel casi insignificante que se le dio a Grecia en el proceso civilizador de Iberia. Efectivamente, la visión de conjunto que desarrollaron estos autores sobre los vínculos entre lo fenicio y lo celta parece concebirse en parte para contrarrestar el mito francés de la temprana civilización de los galos gracias a su contacto privilegiado con los griegos, principalmente a través de Masalia. Esta afirmación no es gratuita: los Mohedano rechazaron explícitamente la teoría de que los griegos habían introducido la escritura en Galia¹⁰⁵⁶; asimismo, esa idea de fondo parece estar presente cuando insistieron en que la cultura drúidica se había desarrollado a partir de la influencia hispanofenicia o cuando defendían que lo griego apenas tuvo alcance en la Península más allá de Emporion (§ 6.5). En cierto sentido, el modelo semitizante de los ilustrados españoles servía como contrapunto al modelo helenizante de los franceses en un ambiente de competencia historiográfica que, en este momento, se formulaba en términos de refinamiento cultural. Los celtas, el elemento común hispanofrancés, cumplieron en esa confrontación el papel de receptores, de *tabula rasa* esencial, de manera que la diferencia entre naciones se establecía en función de la forma distintiva en la que aquel pueblo había asimilado la cultura oriental en cada región.

Sin duda, esa perspectiva orientalista fue la gran apuesta de la historiografía ilustrada y probablemente constituya su aportación más característica; no obstante, en ese ambiente generalizado de cuestionamiento y complejización de las teorías también cupieron visiones alternativas. Comentaré más adelante el papel central que se le dio a la escritura ibérica como prueba de la acción civilizadora de los fenicios (§ 6.5), pero el terreno lingüístico también sirvió para sostener otras propuestas acerca de la colonización hispana. Continuando con la cuestión céltica, cabe mencionar el peculiar trabajo de Francisco Fabro Bremundans, pionero periodista y secretario personal de don Juan José de Austria¹⁰⁵⁷. Ubicado intelectualmente en el ambiente de los novatores de finales del siglo XVII, su origen francés y sus estancias en el norte de Italia fueron clave en su formulación de una teoría sobre la filiación de la escritura ibérica que poco tuvo que ver con la teoría fenicia que luego se impuso. Conocedor de la epigrafía galoetrusca¹⁰⁵⁸, escribió un breve estudio en el que comparó esta con la celtibérica¹⁰⁵⁹. Sin pretensiones

¹⁰⁵⁶ *Ibid.*, tomo 1, 181-198.

¹⁰⁵⁷ Sobre el personaje *vide* Varela Hervías 1968 y acerca de la obra comentada, Renero Arribas 2008.

¹⁰⁵⁸ Especialmente a través de a través de Sertorio Orsato, que la coleccionó y estudió (Orsato 1652).

¹⁰⁵⁹ Fue parte de una serie de trabajos (AAVV ca. 1675) pensados para complementar la inédita segunda edición del catálogo de monedas de Vicencio de Lastanosa (1645), sobre el que luego volveré (§ 6.5).

de descifrarla, propuso la filiación gala del signario, defendiendo la existencia de escrituras indígenas prelatinas en Europa y alineándose de forma inédita en España con la tesis de Philipp Clüver acerca de la primigenia unidad lingüística germano-céltica¹⁰⁶⁰.

Ahora bien, probablemente la gran alternativa a la teoría de la preeminencia fenicia fue el autoctonismo vascocantabrista y vascoiberista. Consolidada por Garibay, aquella visión de lo vasco como reducto intacto de la colonización bíblica se perpetuó de manera irregular (§ 4). No obstante, el cambio dinástico, los Decretos de Nueva Planta y las fricciones entre centralismo y fuerismo reabrieron el debate sobre los orígenes con una nueva intensidad, desencadenándose especialmente en la arena lingüística¹⁰⁶¹. En este contexto, Larramendi fue probablemente el más destacado y acérrimo defensor de la primacía cultural vasca¹⁰⁶². Por un lado, en sus tratados filológicos retomó el mito tubalista y alabó las excelencias del euskera como lengua creada por Dios¹⁰⁶³; al mismo tiempo, en el plano geográfico e histórico, en su *Discurso historico sobre la antigua famosa Cantabria* (1736) retomó y amplificó el planteamiento de Garibay: reforzó la idea de una Cantabria antigua que incluyese las tres provincias vascas y la teoría de su irreductibilidad frente a Roma, lo que pasaba, además, por la demonización de los invasores y la apropiación idealizante de las cualidades etnográficas norteñas, como la austeridad (§ 6.4), la belicosidad (§ 7.4) o la religiosidad (§ 10.3).

Muy pronto surgieron contundentes contestaciones a Larramendi desde posicionamientos ideológicos centralistas, que, en todo caso, evidenciaron académicamente la insostenibilidad de su sesgo interpretativo y sus carencias metodológicas. Si en el ámbito lingüístico Mayans fue su principal crítico¹⁰⁶⁴, en el historiográfico lo fue Flórez con *La Cantabria* como estudio autónomo dentro de su *España sagrada* (§ 5)¹⁰⁶⁵. Básicamente, actualizó los argumentos en contra de la identificación cántabra de las regiones vascas, entroncando con críticos previos, como Jerónimo Zurita, pero también relativizó su glorificación, destacando su primitivismo (§ 6.4) y desechando la idea de que nunca fueron conquistados por Roma (§ 5.5). Su aportación a la polémica fue esencial, de manera que se entendió como una ofensiva contra los fueros, surgiendo rápidamente réplicas, más apologéticas que rigurosas¹⁰⁶⁶. La de Flórez fue la digresión más minuciosa y sistemática hasta el momento contra el vascocantabrismo —y lo sería durante mucho tiempo— a partir del desgrane sistemático

¹⁰⁶⁰ Clüver 1616-1631.

¹⁰⁶¹ Lázaro Carreter 1985 [1949]; Bidart 1987; Breva Claramonte 1991 y, en su contexto europeo, Burke 2006 [2004].

¹⁰⁶² Sobre la obra de Larramendi en general, vide Michelena 1959 y, más específicamente, Fernández Albaladejo 1977; Peillen 1997.

¹⁰⁶³ Larramendi 1728; 1729; 1745; vide Lázaro Carreter 1985 [1949], 112-113.

¹⁰⁶⁴ Mayans i Siscar 1737.

¹⁰⁶⁵ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 24, parte 1.

¹⁰⁶⁶ Ozaeta y Gallaiztegui 1779, frente a defensores como Risco 1779; vide Sánchez Salor 2000.

de todas las fuentes geográficas, historiográficas, epigráficas y numismáticas, así como las teorías lingüísticas.

Ahora bien, Larramendi no estaba aislado, sino que fue una de las principales cabezas visibles de un ambiente más amplio. En este sentido, en la defensa ilustrada del particularismo vasco fue clave la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, fundada en 1764. En ella, las nociones de progreso y modernización se combinaron con una perspectiva historicista notablemente reaccionaria y providencialista, concebida como cimienta para unas reivindicaciones fueristas plenamente compatibles con la defensa de la monarquía española; con esa motivación, una de las primeras y principales iniciativas fue la elaboración de una *Historia Nacional de las tres provincias Bascongadas*, proyectada con detalle en 1765, aunque nunca llevada a cabo¹⁰⁶⁷. Fue importante en esa frustración el golpe de la obra Flórez, pero también la propia contradicción estructural que conllevaba defender la aplicación de una metodología rigurosa mientras se manejaba material evidentemente mítico¹⁰⁶⁸; a esto cabe sumar la emergencia de evidencias materiales sobre la romanización en la zona, paradójicamente, bajo el amparo de la propia Sociedad, lo que echaba por tierra la idea de una independencia continuada en la Antigüedad¹⁰⁶⁹. En todo caso, el debate estaba lejos de desaparecer. La controversia vascocantabrista estaba tan arraigada que incluso suscitó reticencias a la hora de fundar la Real Sociedad Cantábrica (1775), pues asumir ese topónimo como propio desde Santander podía chocar con las reivindicaciones de la hermana institución vasca¹⁰⁷⁰. Por otro lado, el vascoiberismo alcanzaría una de sus formulaciones más radicales ya inaugurado el siglo XIX, con la obra de Juan Bautista Erro y Azpiroz, que ahondó en la interpretación del vascuence como lengua panibérica de origen adánico, utilizando, entre otros recursos, sus propios hallazgos en Numancia (§ 5.5)¹⁰⁷¹.

En definitiva, la intelectualidad ilustrada ligada al proyecto borbónico apostaba por el difusionismo oriental como el sustento histórico de su discurso sobre el progreso cosmopolita e intercultural; no obstante, ese posicionamiento coexistió y chocó con posturas más autoctonistas que se resistieron a renunciar del todo a los mitos y su potencial particularista. Las políticas centralistas, las identidades periféricas y los debates sobre el progreso nacional se entrecruzaban así con las explicaciones acerca del proceso de conformación de la civilización más remota.

¹⁰⁶⁷ Ortiz de Urbina Montoya 1996, 47-71; 1997a; 1997b; Duplá Ansuategui y Cortadella Morral 2014, 266-270; Duplá Ansuategui e. p.

¹⁰⁶⁸ Una limitación similar se ha identificado también en el caso catalán (Cortadella Morral 1994b).

¹⁰⁶⁹ Ortiz de Urbina Montoya 1996, 37-122; 1997a; Larrañaga Elorza 1998.

¹⁰⁷⁰ Renero Arribas 1997, 92.

¹⁰⁷¹ Erro y Azpiroz 1806.

5.5. La epopeya imperecedera

La apuesta por el progreso no supuso renunciar a aquella epopeya bélica construida en la literatura grecolatina y reinventada en el siglo XVI. En la medida en que esos nuevos relatos críticos sobre la Antigüedad hispana se formulaban también en términos de misión patriótica, los episodios de gloria militar no perdieron un ápice de su poder simbólico. Puede resultar paradójico, si consideramos la perspectiva historiográfica difusionista y la propia esencia cosmopolita de la Ilustración, pero lo cierto es que la segunda mitad del siglo XVIII conllevó, de hecho, un refuerzo en la identificación con la resistencia al invasor. En este sentido, los principales referentes tradicionales (Sagunto, Numancia y Viriato) y los secundarios (Astapa, Calagurris, Indíbil y Mandonio, etc.) mantuvieron su fuerza representativa.

No aportaría nada repetir aquí cada una de los aspectos, episodios y protagonistas de esa construcción épica, pues ya se ha comentado en el capítulo previo (§ 4.2 y 4.3) y, en lo básico, se mantuvieron vigentes. No obstante, cabe señalar algunos cambios y divergencias, matices que particularizaron en este nuevo periodo aquellos viejos temas. Lo cierto es que el movimiento ilustrado introdujo una cierta heterogeneidad en su tratamiento; me refiero a la discrepancia entre la historiografía más crítica y profunda intelectualmente —las historias literarias propiamente ilustradas— y el ámbito popular o más evidentemente propagandístico, en el que los mensajes estaban simplificados —los manuales escolares, el teatro y el arte—. Efectivamente, puede decirse que en este periodo la cesura entre la intelectualidad más erudita y la proyección divulgativa y creativa fue particularmente profunda. No es solo una cuestión del grado de maniqueísmo y de exaltación patriótica, es también una cuestión de enfoque: las historias literarias llevaban en su ADN, precisamente, la propuesta de dejar a un lado el elemento fáctico en favor de la reflexión sobre los procesos culturales, por lo que este tipo de glorias quedaban necesariamente en un plano secundario. Como ya he comentado, probablemente la transformación más radical es la tendencia de la historiografía ilustrada a prescindir de los relatos ficticios o más forzados documentalmente; destaca en particular el caso de la resistencia de los tartesios contra los fenicios que, además, contravenía el discurso de fondo sobre la influencia semita de la civilización peninsular (§ 5.4).

Hay matices de enfoque importantes y una higienización de lo fabuloso, pero, aun así, insisto en que el modelo épico mantuvo su vigencia historiográfica en lo esencial. De partida, es muy significativa la combinación entre el criticismo textual propio del espíritu ilustrado y el cuestionamiento en clave patriótica de la tendenciosidad de los autores grecolatinos. En realidad, esta ecuación ya se había dado en el siglo XVI cuando Morales, por ejemplo, ponderó las contradicciones y el grado de credibilidad de las fuentes, pero siempre deslizando argumentos favorables a la causa hispana (§ 4.2). No es muy distinta

la actitud renacentista e ilustrada ante los textos en este aspecto; sí podría decirse, en todo caso, que en el siglo XVIII se revitalizó ese planteamiento racionalista de los problemas documentales desde la vocación nacional. En este sentido, se profundizó en la parcialidad de las fuentes, en la idea de que estas tendían a exagerar los logros romanos y oscurecer el mérito hispano. Flórez, que no rompió con frecuencia su actitud objetivista ante el repertorio de fuentes, sí que lo hizo, por ejemplo, al considerar la visión transmitida por Livio sobre los lusitanos: «dissimuló quanto pudo las glorias de esta Nación, por ensalzar las Armas de los Romanos»¹⁰⁷². A continuación, desarrolló una extensa e indignada disquisición sobre la tendenciosidad del romano al minimizar el valor lusitano en la batalla de Ilipa contra Escipión Nasica: «Sirva pues de egemplar para conocer la cautela con que se han de leer los que refieren triumphos de sus gentes»¹⁰⁷³. Sorprende la elección del episodio por ser tan concreto y relativamente desconocido, en comparación con otros mucho más célebres que apenas fueron tratados por él; en todo caso, se apoyó en Resende para criticar el pasaje, lo que nos habla de ese fluido vínculo entre el criticismo renacentista e ilustrado.

También Livio fue el objetivo principal de las reprensiones de Masdeu. Por ejemplo, desconfió de él por afirmar que el número de efectivos romanos de Fulvio Flaco era menor al celtibérico en su campaña del 181 a. e. c.¹⁰⁷⁴. Pero le irritaban especialmente sus silencios, tras los que siempre vislumbraba la ocultación de alguna injusticia. Así interpretó la falta de datos de Livio acerca de la revuelta sedetana sofocada por Cornelio Cetego¹⁰⁷⁵ o en lo que respecta a los vacíos sobre las campañas de Sexto Digicio en la Citerior¹⁰⁷⁶. En todos esos casos, Masdeu presuponía la oscura intención de tapar algún desastre militar romano u ocultar los legítimos motivos de los hispanos para sublevarse. Su cariz incisivo dejaba traslucir, de nuevo, su sesgo antirromano característico. Ese último caso le dio pie para desarrollar una significativa reflexión general acerca de lo contraproducente que resultaba ese exceso de parcialidad al querer enaltecer las acciones romanas a toda costa:

«si sus relaciones fueran mas sinceras, serían también mas gloriosas á su nación aun por lo que mira al arte militar, y á la prosperidad de sus batallas, porque la historia, en que no reluce el candor; produce siempre sospechas, y el lector camina dudoso temiendo tropezar en errores, y engaños por ventura mayores de los que se encuentran en ella. Aquellos escritores huvieran engañado impunemente á la posteridad teniendo la advertencia, de usar de la disimulación y del arte moderadamente, sin dexarse llevar, del inverisimil; vicio á que los impele

¹⁰⁷² Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 73.

¹⁰⁷³ *Ibid.*, tomo 13, 75, en general, 73-75; concretamente, se refería a que Livio diese a entender que no hubo bajas romanas en el choque.

¹⁰⁷⁴ 1783-1805, tomo 4, 226, a partir de Liv. 40.18.

¹⁰⁷⁵ *Ibid.*, tomo 4, 169, a partir de Liv. 50.14.

¹⁰⁷⁶ *Ibid.*, tomo 4, 204-205, a partir de Liv. 35.1; 36.36.

frecüentemente su jactancia. Quando se usa del arte con afectacion y con frecuencia; la verdad levanta facilmente la cabeza y los brillantes rayos que esparce, sino llegan á disipar del todo, á lo menos enrarecen, y aclaran las nieblas, que la procuran obscurecer»¹⁰⁷⁷.

Los Mohedano habían sido más condescendientes en este aspecto. También se habían lamentado de la tendenciosidad de los autores grecolatinos, pero ellos formularon su inquietud en un tono más académico que patriótico: los problemas de las fuentes hacían difícil extraer datos sólidos en su análisis de las antiguas culturas peninsulares.

«Los Historiadores Latinos, mas cuidadosos de escribir sus hechos y celebrar sus conquistas, que de dár noticia del caracter y cultura de una Nacion, que reputaban barbara, como á todas las que no tenian las costumbres Romanas; nos podian administrar muy poca y escasa luz para unos tiempos tan oscuros»¹⁰⁷⁸.

Precisamente, la aplicación de ese escepticismo sobre ciertos temas nos habla mucho de la orientación netamente ilustrada de los Mohedano. Su desconfianza ante las fuentes fue especialmente clara en lo que concernía a la mitología griega sobre el Extremo Occidente (§ 5.2) y en lo referente al estigma negativo que pesaba sobre los cartagineses (§ 5.4). En estos casos, su denuncia del sesgo grecolatino no estaba dirigido a la exaltación belicista de la resistencia, sino al reforzamiento de su argumentación racionalista y su modelo de civilización.

Más allá del matiz, en general el uso sofisticado de las fuentes continuó supeditándose a la valorización del papel de los hispanos en la Historia con un tono heroizante. No solo los textos antiguos, sino también el variado abanico bibliográfico europeo que se manejaba, fueron así presentado como una patente de veracidad incuestionable y objetiva del mérito bélico de los hispanos. Así, se invocó a Lucio Marineo, Jean-Baptiste Duchesne, Jean de Vayrac o la mencionada «Historia de los Ingleses» para reforzar esa idea del reconocimiento extranjero de aquel valor que ya se desprendía de las propias fuentes¹⁰⁷⁹.

De esta manera, la exaltación de las capacidades intelectuales y civilizatorias de los ancestros no resultó incompatible con su sublimación militar. El fenómeno fue generalizado, pero la obra de Masdeu es la más típica de entre las historias ilustradas en este sentido, en tanto que él, además, dedicó un espacio más extenso al relato fáctico. En general, se reprodujeron los grandes tópicos de fondo: la funesta desunión hispana que limitó sus infinitas posibilidades, así como el tópico de los doscientos años de resistencia como proeza excepcional en la Historia del Imperio romano, recurriendo al célebre texto

¹⁰⁷⁷ *Ibid.*, tomo 4, 205.

¹⁰⁷⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, XCII.

¹⁰⁷⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 98-100, *e. g.*

de Veleyo: «No sabemos que se pueda dar elogio tan magnifico á Nacion alguna del Universo»¹⁰⁸⁰.

En esa línea, como era ya tradicional, reaparecieron las alabanzas a su valía como mercenarios en distintos conflictos, como aliados de los cartagineses¹⁰⁸¹ o integrados en el ejército romano, como militares de prestigio o como parte de las guardias personales¹⁰⁸². En todo caso, también en este tema, los Mohedano introdujeron una nota crítica, y advirtieron que autores como Feijoo habían exagerado algunas de estas proezas con datos falsos¹⁰⁸³; la alabanza no debía quedar nunca desprovista de rigurosidad.

Desde luego los hitos clásicos de la resistencia recibieron ese ensalzamiento de una manera más obvia:

«Y si tanto valor mostraban fuera de su país combatiendo por sus aliados, es fácil comprehender qual sería su denuedo quando peleaban en defensa de su patria»¹⁰⁸⁴.

Por ejemplo, Valdeflores, en su aproximación a los preliminares de la Segunda Guerra Púnica, dedicó a Sagunto un espacio sobredimensionado y con un tono ensalzador y literario que rompía con la tónica erudita general de su obra¹⁰⁸⁵. Igualmente, en la *Historia* de los Mohedano, este episodio —aquella «gloriosa resistencia»— fue con diferencia la parte con un mayor nivel de detalle en cuanto a información político-militar¹⁰⁸⁶. Masdeu, en su línea, además de ensalzar la defensa saguntina, elevó las revueltas de Indíbil y Mandonio a la máxima categoría heroica, otorgándoles una atención muy pormenorizada y un tono épico sin ambages: «[Indíbil] con una osadía de héroe y con un coraje indecible peleaba haciendo maravillas, hasta que traspasado de una lanza cayó lleno de gloria»¹⁰⁸⁷. Este planteamiento, además, pasó por matizar y justificar la deslealtad propia de las acciones de los ilergetes para limpiar su imagen (§ 9.3).

¹⁰⁸⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 310-314; cita en 313; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 106-107; tomo 4, IV; 7, 25-26; 8, 278-281, *e. g.*, en referencia a Veleyo 2. 90.

¹⁰⁸¹ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 120, 123-124, 147-148; Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 321-331; Marín y Mendoza 1776, 26; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 98-100; tomo 3, 111-116; incluso Flórez, preocupado de otros asuntos, lo apunta como hecho significativo: Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 5, 19.

¹⁰⁸² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 107-108; tomo 4, 540-541; 7, 35; 8, 52-58, *e. g.*

¹⁰⁸³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 329.

¹⁰⁸⁴ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 100.

¹⁰⁸⁵ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 193-204, y también, en menor medida, en lo relativo a la derrota de Amílcar por Orisón y la defensa de Helmántica (*Ibid.*, 173 y 188-190); *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 156-159.

¹⁰⁸⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 326-329, cita en 329.

¹⁰⁸⁷ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 163, en general, 137-138, 146-152, 160-164.



Figura 15. «Sagunto destruida», grabado de Blanco y Assensio sobre el diseño de López Enguádanos, para la adaptación española del *Compendio* de Anquetil (1806, 30)¹⁰⁸⁸.

¹⁰⁸⁸ Fuente:

<https://books.google.es/books?id=HymCWYY7chAC&lpg=PA3&ots=Y7u2rKGiav&dq=Compendio%20de%20Historia%20de%20Espa%C3%B1a%20Anquetil&hl> (accedido: 25/11/2017).

El planteamiento se reprodujo, desde luego, en el tratamiento de la Guerra Celtibérica y la Lusitana¹⁰⁸⁹. En lo que respecta a Viriato, Masdeu aprovechó al máximo la potencialidad de Diodoro (aparte del ya tradicional uso de Apiano), para explotar profusamente los tópicos cínico-estoicos en una caracterización absolutamente idealizante de acuerdo con el prototipo del *buen salvaje* (§ 6.4). Realmente, la magnitud histórica otorgada al personaje alcanzó cotas exageradas en su obra: «Si le hubiera mas favorable la fortuna, podria haver fundado otro Imperio, no menos celebre que el Romano»¹⁰⁹⁰. En general, ese cariz tan grandilocuente, maximalista y abiertamente sesgado fue el característico de Masdeu en estos temas, lo que se reprodujo en otros episodios más secundarios¹⁰⁹¹, incluyendo su tratamiento de las guerras de Augusto¹⁰⁹².

Por supuesto Numancia gozó de manera generalizada en la historiografía de un tratamiento heroizante muy tradicional y evidente; no merece la pena redundar aquí en unos tópicos que se mantuvieron de forma básicamente idéntica. Como detalle llamativo, cabe mencionar a Ferreras pues, en su obra, otros episodios parecidos, como Sagunto o Astapa, fueron planteados de una manera bastante aséptica, cronística y fiel a las fuentes. El asedio de Numancia, en cambio, se presentó en su versión más favorable y heroizante, guardándose además de todo detalle escabroso. De hecho, introdujo aquí una de sus pocas reflexiones abiertamente personales, curiosamente, para reprochar a parte de la historiografía previa el no haber sido lo suficientemente magnánimos con los numantinos.

«Nosotros hemos referido de este modo la vltima ruina de Numancia, conformandonos con el mayor numero de Autores: otros lo refieren de otro modo, conociendose aun en alguno el poco afecto à nuestra Nacion»¹⁰⁹³.

Este tratamiento tan tradicional sobre Numancia también fue propio de la historiografía ilustrada de finales de siglo, lo que resulta especialmente patente en Masdeu¹⁰⁹⁴. De manera muy simbólica, utilizó una cita de Duchesne para presentar la gesta arévaca: aprovechaba así su estilo literario y declamatorio, y recurría, de nuevo, al reconocimiento extranjero de la valía nacional como patente de veracidad. A continuación, reprodujo la versión más idealizada posible, fundamentalmente derivada de Floro, y, al igual que Ferreras, presuponiendo la ausencia de supervivientes y eludiendo los temas controvertidos.

¹⁰⁸⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 258-386.

¹⁰⁹⁰ *Ibid.*, tomo 3, 329, en general, caps. 212-244.

¹⁰⁹¹ Es el caso de la liberación de Sagunto por Abelux/Abeloce (*Ibid.*, tomo 4, 20-23), la revuelta de Galbo (*Ibid.*, tomo 4, 23-26), el asedio de Astapa (*Ibid.*, tomo 4, 133-136) y Calagurris (*Ibid.*, tomo 4, 464-466) o la resistencia celtibera contra los cimbrios (*Ibid.*, tomo 4, 395-396), *e. g.*

¹⁰⁹² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 311, en general, tomo 7, 12-18.

¹⁰⁹³ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 163.

¹⁰⁹⁴ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 101-105.

En el plano local, por mucho que la ubicación en Garray estuviese ya confirmada (§ 4.3), aquella reivindicación de la identidad numantina por parte de la ciudad de Soria, formulada desde finales del siglo XVI por Martel, Mosquera y Tutor y Malo continuó alimentándose por parte de las instituciones. En ese sentido, además del uso constante del epíteto «numantino» a todos los niveles, resulta muy simbólica la acuñación una serie de medallas de oro y plata por parte del Ayuntamiento en 1789 con motivo de la coronación de Carlos IV en las que la identificación, junto con la personificación de la ciudad, es clara y directa: *Numantin acclamatio* (Figura 16)¹⁰⁹⁵



Figura 16. Medalla de plata de 1789 del Ayuntamiento de Soria con motivo de la coronación de Carlos IV, firmada por Martínez y elaborada en la Real Fábrica de Platería¹⁰⁹⁶.

Por otro lado, entrelazándose con esta cuestión identitaria, quizá una de las principales novedades de este siglo fue su incipiente conocimiento arqueológico, lo que tiene su importancia, pues constituyó uno de los primeros enclaves cuyo interés material provenía precisamente de su identidad propiamente hispana y el aura de su resistencia. En efecto, a pesar de su mitificación continuada en el tiempo y el conocimiento de su ubicación al menos desde el siglo XVI, la ausencia de ruinas y hallazgos atractivos asimilables al canon artístico clásico comportaron una fundamental falta de interés en el plano anticuario; su relevancia era puramente simbólica¹⁰⁹⁷. Ahora bien, los nuevos planteamientos académicos de finales del siglo XVIII, animados y financiados por Carlos

¹⁰⁹⁵ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 123-125.

¹⁰⁹⁶ Fuente: <http://www.sixbid.com/browse.html?auction=3204&category=65499&lot=2675559> (accedido: 30/04/2018).

¹⁰⁹⁷ Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 119-120.

III y Carlos IV, generaron un nuevo marco de intereses en ese aspecto¹⁰⁹⁸. Fue clave en este sentido Juan Loperráez Corvalán, canónigo de Cuenca, destinado en la catedral de Soria y miembro de la RAH. Defendió la importancia de excavar en el Cerro de la Muela para conocer mejor la realidad de Numancia y acabar con las reivindicaciones zamoranas y sorianas; como punto de partida, recogió las noticias previas, aclaró las confusiones geográficas y fue el primero en describir los restos arquitectónicos visibles, realizar mediciones y levantar un plano, lo que incluyó en su minuciosa *Descripción histórica del Obispado de Osma* (Figura 17)¹⁰⁹⁹. Su contribución al conocimiento de Numancia es su aporte más conocido, pero lo cierto es que también hizo lo propio con Uxama y Clunia¹¹⁰⁰.



Figura 17. Plano de Numancia levantado por Loperráez y publicado en su *Descripción histórica del Obispado de Osma* (1788, tomo 2, 282)¹¹⁰¹.

¹⁰⁹⁸ Como también ocurrió, entre otros, con Emérita Augusta, Segóbriga o Sagunto (Mora Rodríguez 1998, 95-97), pero fundamentalmente en torno a sus ya célebres restos romanos.

¹⁰⁹⁹ Loperráez Corvalán 1788, tomo 2, 249-289, publicando lo ya anotado en 1775 en *Descripción de la antigua Numancia* (RAH 9/5959); vide Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 118-123.

¹¹⁰⁰ Loperráez Corvalán 1788, tomo 2, 290-376.

¹¹⁰¹ Fuente: <http://bdh.bne.es/bnearch/detalle/bdh0000000624> (accedido: 19/03/2018).

El siguiente paso en esta dirección lo dio Juan Bautista Erro y Azpiroz. Intelectual y político guipuzcoano, se instaló en Soria como contador de rentas de la provincia en 1798 e inició las primeras excavaciones en Garray en 1803 financiado por la Sociedad Económica de Amigos del País de Soria¹¹⁰². En este caso, su motivación iba más allá de la revalorización académica del mito numantino, pues su trabajo allí fue planteado como una oportunidad de encontrar nuevos refrendos para la teoría lingüística vascoiberista que defendía (§ 5.4). En efecto, encontró una tapadera de vasija con una inscripción ibérica que pronto incluyó en el catálogo de su obra más importante, *Alfabeto de la lengua primitiva de España*, interpretándola como una prueba irrefutable de la primigenia unidad ibérica conservada en el euskera¹¹⁰³, y fue lo único que le interesó de aquellas intervenciones.

El catálogo de grandes gestas se completó con una representación muy destacada de la Guerra Astur-Cántabra, lo que es significativo si tenemos en cuenta que el conflicto había ocupado antes un lugar muy secundario, exceptuando a Garibay y otros historiadores norteños (§ 4.3). Así, el tono autoctonista de los Mohedano a propósito de este tema resulta incluso chocante, siendo unos autores tan favorables a la influencia foránea por lo general.

«Esta parte de España es la menos favorecida de la Naturaleza y de los Escritores antiguos. Sin embargo creemos hay mucha exageración en sus expresiones. Esta Región les era menos conocida. Fue también la mas belicosa y que mantuvo mas tiempo su libertad. El amor natural de los hombres á la independencia y el generoso animo de estos Españoles, los hizo siempre mas constantes en no recibir el yugo extranjero. Es común en los Griegos y Romanos el confundir la generosidad de la defensa con la obstinación y ferocidad: como si no fuera mas fiereza quitar con violencia la libertad, que conservarla con esfuerzo»¹¹⁰⁴.

Por su parte, Masdeu aplicó sobre ello el mismo tono exacerbado y maximalista consustancial a su discurso en estos temas:

«no sin afrenta de las Águilas Romanas, los Cántabros y Asturianos fueron remora de sus vuelos, desesperando el Emperador mas poderoso, mandando en persona su Exercito, sujetar á dos pequeñas gentes, de cuya rendición pendía la paz del universo»¹¹⁰⁵.

De entre los planteamientos tradicionales que caracterizaron simbólicamente al tratamiento de esos episodios, la cuestión de la desunión como lacra hispana que propició las derrotas siguió siendo uno de los principales. Por supuesto, era uno de esos temas

¹¹⁰² Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 127-130.

¹¹⁰³ Erro y Azpiroz 1806, 171-173.

¹¹⁰⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 302.

¹¹⁰⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 311, en general, tomo 7, 12-18.

perpetuos en la percepción del pasado prerromano español, pero también es cierto que ciertas circunstancias ayudaron a su reforzamiento en este siglo: era patente la necesidad de un mensaje centralizador y unificador como parte de la consolidación de la dinastía borbónica y, muy concretamente, la justificación de la problemática aplicación de los Decretos de Nueva Planta.

Al comentar esta idea, probablemente la obra más interesante sea la *España sagrada* de Flórez, ferviente defensor del proyecto de centralización de Felipe V. Desde luego, el tomo de *La Cantabria* es particularmente simbólico en este sentido en tanto que, como se ha comentado, la disertación es en sí misma un alegato antifuerista (§ 5). Pero también la parte dedicada a la introducción de la antigüedad de Lusitania es interesante en este aspecto; junto a *La Cantabria*, es quizá el apartado con mayor contenido fáctico en lo que concierne a la historia civil, por lo que también constituye uno de los fragmentos con una formulación patriótica más evidente¹¹⁰⁶. Hablando de la Guerra Lusitana, Flórez formuló un discurso absolutamente directo contra la desunión de los hispanos que realmente chocaba con el tono típicamente aséptico de la obra en general, y que conllevaba una extrapolación a la conveniencia centralista de su presente muy clara; al mencionar las divisiones de los antiguos hispanos reflexionó:

«especie que sin dolor no puede ocurrir á la memoria, por renovar la de nuestra desunión [...]. Fértil España en todo, parece que perjudicó con la misma abundancia á los suyos, brindando á los estraños, y siendo pressa de su avaricia por no saber unirse á la defensa: cosa tan conocida de las Naciones, como ignorada de los mismos Españoles [...], y dejando abiertas las puertas sin resistir á nadie, entraron como por su casa los Estrangeros, no solamente á robar lo mejor, sino á mandarla, quedando tan arbitros del terreno, que ellos señalaban los límites, como en alaja del primer ocupante»¹¹⁰⁷.

No obstante, el espíritu ilustrado introdujo matices y límites. La representación de las guerras cántabras en la obra de Flórez es un ejemplo paradigmático, si bien es cierto que, además de por el espíritu racionalista, su aproximación está movida por una agenda política muy clara. En la consideración del tratamiento de la Guerra Astur-Cántabra resulta clave entender la tensión historiográfica establecida en este período entre el discurso vascocantabrista que se había ido consolidando desde Garibay, y el criticismo ilustrado que se posicionó para frenar los excesos interpretativos en ese sentido. Más allá de la cuestión lingüística¹¹⁰⁸, en lo historiográfico, se trataba fundamentalmente de la repetición de la idea de la no conquista total por parte de Roma. Quizá ninguna obra fue tan clave en este sentido como *La Cantabria* de Flórez en tanto que refutación sistemática

¹¹⁰⁶ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 72-81.

¹¹⁰⁷ *Ibid.*, tomo 13, 72-73.

¹¹⁰⁸ *Ibid.*, tomo 24, parte 1, 122-143.

y decisiva de la teoría de los cántabros invictos¹¹⁰⁹. En el capítulo titulado «Si los Cantabros fueron vencidos?», Flórez refutaba a autores como Garibay, Pedro Cosío, y, especialmente, Larramendi, por haber contribuido a extender la idea de que al menos una parte del norte peninsular nunca había sido completamente conquistada por Roma, basados tanto en las lagunas de las fuentes como en el manejo de ciertos testimonios apócrifos. Frente a esa perspectiva poco crítica y especulativa, el agustino hizo un repaso exhaustivo de todas aquellas fuentes que confirmaban sin lugar a duda el sometimiento militar definitivo del ámbito cantábrico, incluidas las áreas montañosas, con lo que cerraba la puerta a la siempre tentadora visión de la montaña invicta y aislada. Esto suponía por supuesto visitar las fuentes historiográficas clásicas sobre la guerra de Augusto y las campañas posteriores, pero también aquellas referencias literarias y epigráficas que demostraban el desarrollo de la administración y tributación en el territorio: no había lugar para la duda, y la exaltación exagerada de la resistencia cántabra no tenía más sentido para Flórez que el de respaldar reivindicaciones fueristas injustificadas.

En definitiva, la historiografía del siglo fue por lo general bastante tradicional en el tratamiento de las gestas emblemáticas de la resistencia, sin cuestionar ninguno de sus elementos esenciales y cayendo en las típicas omisiones favorables; ahora bien, introdujo nuevas cautelas y se mantuvo siempre dentro de los límites que permitía la crítica de las fuentes grecolatinas, dejando ya lejos aquella parafernalia legendaria a la que se había recurrido secularmente. De alguna manera, ese vacío lo completaba ya de manera exclusiva la literatura. Como parece lógico, el ámbito literario, y especialmente el teatral, es aún más elocuente sobre la absoluta vigencia de la potencia simbólica de esos acontecimientos clave, y más jugosa en cuanto al mayor desarrollo de su potencial discursivo. En el auge del género histórico nacional del teatro de finales del siglo XVIII, la selección de temas antiguos fue absolutamente típica: la tríada de Sagunto, Numancia y Viriato siguieron siendo los motivos prácticamente exclusivos, tanto en lo que concierne a la tragedia neoclásica como en la comedia heroica¹¹¹⁰. Además, en su tratamiento de esas décadas no quedó ningún margen a la ambigüedad: en todos los casos su intencionalidad fue claramente la exaltación patriótica y la representación de roles invasor-resistente fue simple y maniquea.

¹¹⁰⁹ *Ibid.*, tomo 24, parte 1, 114-122.

¹¹¹⁰ Con alguna excepción como la *Habides*, de Ayala (Coughlin 1974; Sala Valldaura 2005, 349-358).



Figura 18. *Toma de Numancia*, de Antonio Guerrero, 1802 (óleo sobre lienzo, 135 x 178 cm., Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 0240)¹¹¹¹.

Quizá la más paradójica en ese sentido sea la *Numancia destruida* de Ayala, y lo es porque trató un tema muy nacional con un tono muy autoctonista pero bajo la forma de una tragedia típicamente neoclásica, esto es, de inspiración grecolatina y modelo francés. En todo caso, la paradoja es meramente formal, pues la vocación patriótica de este tipo de teatro de tema histórico fue común, evidente y deliberado, y encajaba con el sentido pedagógico que los ilustrados pretendían imprimir a la literatura (§ 5). La obra de Ayala tenía, en efecto, un estilo muy distinto a las de Comella y Zavala, pero lo cierto es que su mensaje patriótico y autoctonista fue común a las tres. En este sentido, a pesar de sus diferencias estilísticas, pueden aislarse en todas ellas ciertos conceptos comunes en lo que concierne a su representación de estos referentes históricos. En gran medida esas nociones son coincidentes con la manera en que esos mismos temas se trataban en el plano académico, pero también hay elementos y dimensiones particulares de estas

¹¹¹¹ Fuente:

<http://ceres.mcu.es/pages/ResultSearch?txtSimpleSearch=Toma%20de%20Numancia&simpleSearch=0&hipertextSearch=1&search=simple&MuseumsSearch=&MuseumsRolSearch=1&listaMuseos=null>
(accedido: 03/01/2013).

representaciones literarias —y concretamente teatrales—, con las que es interesante complementar el análisis de la epopeya hispana en el plano historiográfico.

En efecto, si bien la reconstrucción historiográfica de estos episodios era ya fundamentalmente reiterativa, lógicamente encorsetada por los consabidos datos de las fuentes, el desarrollo literario de algunos de sus elementos y personajes permite aproximarse de una forma más completa a su papel simbólico y su función en la transmisión de ciertos mensajes éticos y morales. En este sentido, es interesante cómo estos episodios funcionaron como pretexto privilegiado para plasmar el dilema fundamental entre la colectividad y el individuo, esto es, para la exaltación de los valores ciudadanos frente a las pasiones y debilidades personales, lo que entronca muy directamente con ese papel que cumple el pasado prerromano en el nuevo concepto de nación. En la concreción de esta idea fue esencial el peculiar manejo de la fidelidad típicamente hispana (§ 9.3), así como el tema del sacrificio, inherente en estos acontecimientos (§ 11.3). Dichas cuestiones se concretizaron en la conformación de roles prototípicos: es el caso del líder político-militar inmaculado o la mujer personificadora del destino colectivo (§ 6.6). Así, en su representación teatral, estos tópicos ya tradicionales adoptaron una dimensión comunitaria, colectiva, y se imbuyeron de ciertas nociones de racionalidad, equilibrio y orden, incluso legalidad, que revelan de manera muy significativa su particular coyuntura ideológica.

En lo que atañe al tópico de fondo de la desunión que se mantuvo como preocupación principal en la historiografía, lo cierto es que en el teatro alcanzó extremos mucho más acusados y explícitos. La unidad entre hispanos es un elemento clave en una arenga del *Viriato* de Comella. Anima a sus hombres a la resistencia porque tienen el deber de extender su impulso al resto de regiones subyugadas, «rompiendo las cadenas ominosas / que se puso ella misma, quando incauta / contra su libertad tomó partido»¹¹¹². Se utilizaba así un viejo tema historiográfico, el del inconcreto vínculo entre la guerra de Viriato y la de Numancia a partir de la referencia de Apiano, que llevaba siendo magnificada y explotada durante siglos (§ 3.4 y 4.2). De hecho, Ayala ya había aplicado este tópico a los antecedentes del asedio de Numancia, situando el intento de Viriato en la secuencia de acontecimientos previos a su relato, como un ejemplo de las loables tentativas frustradas de unidad. Aparte de esto, el tema de la desunión entre hispanos que había sido aprovechada por Roma es un elemento omnipresente en Ayala¹¹¹³.

Ciertamente, más allá del tópico, las ideas tradicionales de unión y resistencia alcanzaron en la literatura un extremo que no existía en la historiografía, y mucho menos en la propiamente ilustrada: una dimensión claramente aislacionista. La *hamartia*, el error trágico de Numancia como héroe colectivo en la obra de Ayala, y el de Viriato, Olvia y

¹¹¹² Comella 1798, vv. 291-293.

¹¹¹³ López de Ayala 1775, vv. 1030-1040, 1094-1098, 1739-1740, 1888-1899.

Dulcidia como héroes individuales en la de Comella, es exactamente el mismo: recurrir al extranjero para resistir, ya sea buscando la ayuda de Yugurta, en el primer caso, o pactando con Pompeyo, en el segundo.

En todo caso, la noción del aislacionismo es especialmente evidente, refinada y compleja en la *Numancia* de Ayala. Toda la obra está marcada por el oráculo emitido por Hércules en Gadir, un mensaje que marca el destino de la ciudad al modo de la tragedia clásica (§ 10.3). El mensaje en sí mismo es elocuente: «Por dexar sola à España, de la Europa / a Africa separé; ¡oh afortunados / Españoles, si nadie os conociera»¹¹¹⁴; lo que el sacerdote Dulcidio refuerza invocando a un supuesto pasado idílico roto por los invasores¹¹¹⁵. Esto conlleva imaginar un pasado utópico, una Edad de Oro, lo que encaja en la reinención del buen salvaje propia del momento (§ 6.4) pero que, ante todo, era una llamada al aislamiento como única vía posible para un futuro glorioso. Así lo advierte Dulcidio al inicio: «[España] será libre / si en sí sola confía»¹¹¹⁶, y así lo confirma la sacerdotisa Terma, al final, mientras advierte del error de los numantinos que habían buscado la alianza de Yugurta: «¿No recuerdas / de Hercules el oraculo severo? / Felices nos decia si Numancia / en sí fiase, i no en valor ageno»¹¹¹⁷. Es difícil no ver en esa reflexión ecos del dilema ante el *afrancesamiento* que tanto preocupaban a la intelectualidad española en esos años¹¹¹⁸. Y esto no deja de ser paradójico en una obra netamente neoclasicista y afrancesada; es un ejemplo claro de esa contrarreacción patriótica de los ilustrados ante los estigmas que se proyectaban en ellos desde el tradicionalismo. En todo caso, la historia de Numancia en Ayala sirvió como pretexto para hacer un alegato sobre la necesidad de transformación de España, sí, pero desde una voluntad y una acción puramente nacional.

El *Sagunto* de Zavala no es tan evidente en ese sentido, pues sus dilemas están más centrados en la cuestión de la lealtad (§ 9.3), pero sí hay algún detalle xenófobo interesante en la trama a propósito del personaje de Himilce. En la *Punica* de Silio Itálico, este dramático personaje era la esposa ibérica de Aníbal, una ligazón hispana del líder cartaginés que ha sido intensamente explotada por la historiografía y la literatura españolas, empezando por Ocampo¹¹¹⁹. Pues bien, Zavala recondujo la historia de este personaje en un sentido aún más restrictivamente nacional: en un momento de la trama en el que se alerta del supuesto romance del saguntino Luso con Himilce, se menciona la existencia de una ley que prohibía el «himeneo» con mujeres extranjeras, pues esta pertenecía a otra ciudad; no obstante, Luso desecha esa norma por ser Himilce

¹¹¹⁴ López de Ayala 1775, acto 1, esc. 1.

¹¹¹⁵ López de Ayala 1775, vv. 209-213.

¹¹¹⁶ *Ibid.*, vv. 74-75.

¹¹¹⁷ *Ibid.* acto 5, esc. 8.

¹¹¹⁸ Torrecilla 2008, 54-55, especialmente.

¹¹¹⁹ Sil. Ital. 3.61-157; Ocampo 1543, CCXIIv-CCXIIIr y CCXXVIIIr-CCXXVIIIv. Algunas notas sobre la recepción reciente de ese personaje en Vega Blázquez 2012.

«Española», a pesar de no ser saguntina¹¹²⁰. Aunque no se trate más que un detalle sin relevancia en el desarrollo de la historia, no deja de ser interesante el énfasis en esa dificultad a la hora de definir los límites de lo propio y lo foráneo, así como la preocupación ante las consecuencias de los vínculos extranjeros.

Hay otra noción relacionada con todo esto que también encontró en la flexibilidad del teatro un acomodo difícil de encontrar en la historiografía: la dimensión teleológica de estos episodios. En tanto que estos se presentaban como victorias morales con la derrota física, las caídas de Sagunto, Numancia y Viriato cumplían en todos los casos la función de preconizar con su logro simbólico la futura primacía española. Ocurre en el *Sagunto* de Zavala, cuando Hesione plantea cómo responder a los pactos que se ofrecen: «Despreciarlos, / y acreditar que nacimos / para imponer yugo al mundo»¹¹²¹. En el *Viriato* de Comella se formula de una forma muy similar¹¹²². La coincidencia no es casual, y comporta la reproducción de un legado previo, pues la grandeza de España ya se pronosticó en las caídas de Numancia de Cervantes y Rojas. No obstante, hay una diferencia fundamental entre ambos periodos. La predestinación del teatro de los siglos XVI y XVII era presentista, es decir, que esa grandeza que se adivinaba con la caída de los hispanos se había cumplido con el auge de la España imperial, lo que resultaba muy concreto en Cervantes al mencionar explícitamente a Felipe II. Sin embargo, el pronóstico de finales del siglo XVIII es mucho más inconcreto. En los tres casos hablan de un futuro indeterminado, que sí, podría interpretarse como su presente, pero no parece ser ese su sentido. El ambiente en que se mueve la intelectualidad española del momento está marcado por las ideas de reforma, regeneración y progreso. Son muchas las menciones en estas obras a la idea de «despertar», «reaccionar», etc. que encajan en ese esquema. Más bien, cuando hablan de ese futuro glorioso, parecen referirse, por tanto, a un futuro indeterminado, deseable, lo que concuerda con la concepción progresista propia del momento.

Pueden identificarse nexos incuestionables entre historiografía y literatura en la recepción de la gesta hispana: reforzamiento de una identidad nacional cohesiva y su proyección en una construcción ideal de futuro. Ahora bien, en la formulación más radical de estos temas se refleja también esa cesura a la que me refería entre la producción intelectual ilustrada y su proyección popular. Hay resistencia patriótica en la historiografía ilustrada, pero ese rechazo aislacionista contra cualquier influencia foránea que se transmitió en el teatro está en las antípodas de la apuesta por el contacto intercultural de las historias literarias (§ 5.4). Esa identidad nacionalista que emergía con una nueva fuerza se plasmó de una manera particularmente intensa en la recepción de los hitos bélicos emblemáticos de los medios más masivos, simplificándose y radicalizándose

¹¹²⁰ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 579-583.

¹¹²¹ *Ibid.*, acto 1, vv. 209-211.

¹¹²² Comella 1798, vv. 865-866.

en ellos esas realidades históricas que las obras más eruditas estaban complejizando y matizando desde círculos intelectuales muy restringidos.

Por último, cabe hacer alguna consideración acerca de la concepción estética de estos episodios en un periodo en que la recreación iconográfica empezó a cumplir un papel importante. En este aspecto, las caracterizaciones teatrales y artísticas mantuvieron un vínculo inseparable. Y es que, en cierto sentido, la pintura de historia condensaba visualmente esa tradición historiográfica y literaria que se había consolidado durante siglos y se había reactivado intensamente en la segunda mitad del siglo XVIII acerca de aquellos episodios emblemáticos: un texto de Mariana sirvió para describir el tema numantino en el concurso de la RABASF de 1802 y se ha apuntado la influencia decisiva que tuvo la tragedia de Ayala en la concepción de la escena y personajes de *La destrucción de Numancia* de Madrazo (§ 5)¹¹²³; ampliando el abanico de interrelaciones, no es baladí que la propia obra de Mariana, así como *La Numantina* de Mosquera, figurasen en la biblioteca del pintor¹¹²⁴: historiografía, poesía y teatro eran el caldo de cultivo en el que emergía Numancia como icono patriótico. Efectivamente, las representaciones pictóricas de su destrucción, de academicismo neoclásico con reminiscencias barrocas, recurrieron a una composición en tres planos que bebía mucho de las concepciones propiamente teatrales: personajes principales de gesticulaciones exageradas se encargaban de imprimir dramatismo frente a un segundo grupo de figuras estáticas, a modo de meros espectadores del desastre, sobre un tercer plano de fondo más inconcreto, convulso y turbulento, enmarcado por arquitecturas clasicistas¹¹²⁵. En general, teatro y arte compartían una misma concepción estética sobre estos acontecimientos, de manera que el segundo se preocupó particularmente por representar el clímax narrativo del primero: la inmolación de los numantinos y la muerte de Viriato, aquellos momentos que definían el componente sacrificial de sus relatos (§ 11.3).

Esas visualizaciones coincidentes tenían en común la idealización, el anacronismo y falta de realismo que ciertamente redundaba en un cierto ennoblecimiento de lo hispano. En teatro, por lo que se desprende de las acotaciones y descripciones, la escenografía de las ciudades era monumental y grandiosa. En el *Sagunto* de Zavala reaparece repetidamente el tópico de la caída de sus «soberbios obeliscos» como símbolo de la destrucción de la ciudad¹¹²⁶. Igualmente, se nombra de manera constante el «Palacio» como el centro de poder, y parte del acto tercero se desarrolla en un «magnífico Tribunal»; lo mismo puede decirse de su refinado jardín enrejado, o el hecho de que, tanto en la

¹¹²³ Díez García 2013, 109-110.

¹¹²⁴ *Ibid.*, 108.

¹¹²⁵ Azcárate Luxán 1994, 227-228; García Cardiel 2010, 136-137.

¹¹²⁶ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 567, 983, 266, acto 3, vv. 983-984.

Numancia de Ayala como en el *Sagunto* de Zavala, los principales protagonistas arquitectónicos de la trama fuesen sus respectivos templos monumentales.

La misma tendencia se reprodujo en el arte. Las arquitecturas de Sagunto y Numancia en este periodo se caracterizaron sobre todo por sus ciclópeas murallas y torres, en un principio típicamente medievales y, con el tiempo, ajustándose más al modelo romano. Ejemplo de ese anacronismo medievalizante son las ilustraciones del *Compendio* de Anquetil, la de la *Numancia* de Cervantes y las de las pinturas de Ribera y Guerrero (Figura 15, 18-19 y 31-33). Madrazo, en cambio, con un gusto más netamente neoclásico, aplicó los modelos típicamente romanistas. *La destrucción de Numancia* se desenvuelve, básicamente, en un foro romano, en el que los pórticos columnados enmarcan toda la acción y particularmente la escalinata del templo desde la que Retógenes hace su alocución; en sus estudios preparatorios parece vislumbrarse al fondo, de hecho, el Mausoleo de Adriano (Figura 14). El cuadro podría ser la perfecta ilustración de la obra de Ayala, pues representa con todo detalle la escena climática en el que el destino final de Numancia se hace evidente con la alocución de Megara y se desencadena la inmolación¹¹²⁷; algunos de los detalles, son en todo caso los típicos de la tradición historiográfica: el caldero de veneno del que se sirven los numantinos, la hoguera en el que se arrojan los bienes, el asesinato de los niños por sus madres, etc. En todo caso, estaba utilizando un esquema compositivo muy típico de la pintura de historia del momento: el modelo de *alocutio* antigua asentado por *L'Enlèvement des Sabines* de Nicolas Poussin, y que sirvió de guía en el Neoclasicismo francés en el que Madrazo se formó, patente, por ejemplo, en *Muerte de César* o *La Muerte de Virginia* (1828) de Guillaume Guillon-Lethière (1760-1832). La obra de Madrazo comporta la aplicación más evidente de los esquemas propiamente neoclásicos a la exaltación de la Antigüedad nacional.

Esa idealización grandilocuente y tendente al clasicismo de las ciudades hispanas es aplicable a sus personajes. Los saguntinos y numantinos de los grabados y pinturas se caracterizan por una mezcla ecléctica de vestido y armamento moderno y antiguo que no les distingue de los romanos —aunque sí de los cartagineses, presentados, como era tradicional, al modo orientalizante—. Probablemente el caso más controvertido en este aspecto es la caracterización de los lusitanos en la *La muerte de Viriato* de Madrazo. Más allá de la apariencia clasicista general de los personajes y su protagonista, desde su propia época llamó la atención el uso de elementos griegos, concretamente los cascos corintios,

¹¹²⁷ La dependencia es evidente en el hecho de que el personaje principal —con toda probabilidad Megara— presente a los numantinos la espada y las cadenas, entregadas por Escipión como metáfora de sus dos opciones (la muerte o la sumisión); también son identificables los personajes del sacerdote Dulcidio, especialmente en el modellino primigenio, encapuchado y entregando antorchas y espadas desde el templo, y quizá Aluro, personaje noble que enarbola la espada animando a su pueblo. En general, el protagonismo de Megara, al que dedicó el otro cuadro de la serie, parece demostrar la conexión fundamental con la obra de Ayala; *vide* Díez García 2013, 109-110.

que llevan algunos de ellos. El célebre cuadro recibió críticas en su momento por este motivo y ha sido objeto de debate en los últimos tiempos a la hora de interpretar su sentido¹¹²⁸. Básicamente, se han postulado dos posibilidades fundamentales: una teoría, ya tradicional, ha defendido que Madrazo pretendía pintar en realidad la muerte de Patroclo, siguiendo el modelo de John Flaxman, en cuya composición parece inspirarse, y que decidió cambiarlo en el último momento como reacción patriótica tras la invasión napoleónica de España¹¹²⁹; otro tipo de aproximación ha apuntado, en cambio, por entender el recurso helenizante como un reflejo de una tendencia artística, propia de la influencia de David, según la cual se consideraba a lo griego como la verdadera esencia de la Antigüedad¹¹³⁰. Me inclino por esta última opción. En primer lugar, si hacemos caso a Carderera, el cuadro ya estaba pintado incluso antes de la invasión de Italia y, lo que es más importante, formaba parte del proyecto de una serie sobre Viriato y Numancia que también se diseñó previamente (§ 5); a esto cabe añadir un detalle importante, no incorporado todavía al debate, y es que el mismo tipo de casco se utilizó en el diseño de *Las exequias de Viriato* como muestra el boceto conservado (Figura 24)¹¹³¹. Todo ello induce a pensar que se trata de una elección estilística coherente con un programa artístico, y no un cambio de tema puntual de última hora. No es una reacción a un hecho específico, sino el producto de un ambiente de exaltación patriótica, propiciado por la inestabilidad europea, y que tuvo en la representación artística de estos episodios un éxito creciente con antecedentes claros en el concurso de la RABASF de 1802.

Confluyen varios factores en esta concepción visual de la epopeya hispana. Al clasicismo estilístico propio del periodo se unía un desconocimiento práctico de la arqueología prerromana (*vide supra*). Más allá de la aplicación del gusto neoclásico, lo cierto es que los artistas no tenían referentes consistentes sobre la arquitectura e indumentaria de los pueblos prerromanos. El modelo de ciudad y guerrero antiguo que se tenía era, fundamentalmente, el referente romano y, en menor medida, el griego. Ahora bien, más allá de preconcepciones estilísticas y desconocimiento práctico, no debe obviarse el componente ideológico y simbólico más profundo: el gusto clasicista y el institucionalismo romanista redundan en una dignificación de lo hispano en tanto que modelo ejemplarizante del pasado nacional. En este tipo de teatro de vocación patriótica, no valía con representar a los hispanos como valientes resistentes, también debían ser los representantes de una digna civilización que también tuviese algo de pompa nobiliaria.

Esto tiene derivaciones en múltiples aspectos, sobre los que reflexionaré de manera específica: en el plano militar —el camino hacia la guerra civilizada (§ 7.4)— y en el

¹¹²⁸ García Cardiel 2010, 138-139.

¹¹²⁹ Arias Anglés 1985.

¹¹³⁰ Díez García 1998, 222.

¹¹³¹ Sobre este croquis *vide* Díez García 2013, 106-108, aunque no incorpora la cuestión de los cascos al debate.

político —el líder ideal y sus instituciones (§ 6.6)—. En todo caso, todo ello redundaba en una misma noción: la tendencia a dignificar y ennoblecer a los hispanos y su resistencia, no solo en un sentido moral, sino también ideológicamente, volcando en su recepción las inquietudes e ideales políticos propios de ese momento transicional y complejo en la transformación de la monarquía, el cambio dinástico y la emergencia del liberalismo nacionalista.

PARTE 3

TÓPICOS Y PARADOJAS

TEMAS DE LA ETNOGRAFÍA HISPANA

Capítulo 6

LA NIÑEZ DE LA NACIÓN

PARADOJAS DE CIVILIZACIÓN Y BARBARIE

«Después de todo es muy lógico. Si los salvajes tuvieran gustos de caballeros,
¿dónde estaría la diferencia?»

Jules Verne, 1863, *Cinco semanas en globo*, cap. 28
(trad. de Armiño 2007).

La diferencia y la comparación, el juego de espejos, es consustancial a cualquier discurso que trate sobre un pueblo y su colonizador. En la Parte 2 he procurado insistir en una misma idea que considero central: la recepción, antigua y moderna, de los pueblos prerromanos, ha contenido siempre una tensión intrínseca, a veces contradictoria, a propósito de los conceptos de barbarie y civilización. El propio discurso de la barbarie hispana articulado por la intelectualidad grecolatina representaba una realidad arcaica y caótica, pero a menudo desde la condescendencia de aquel que admira la autenticidad del primitivo. Esa ambivalencia no hizo sino agravarse en la recepción moderna de esas visiones en la medida en la que aquellos pueblos ajenos, el Otro alterizado de la visión clásica, eran ahora los propios ancestros, el Nosotros del pasado más remoto. De esta manera, la complicada tarea de valorar qué rasgos de esa realidad incipiente eran buenos o no, el propio grado relativo de su barbarie o el papel representado por el civilizador — que ahora era también el Otro invasor— se llenó de matices y problemas nuevos. El presente capítulo pretende ahondar en esa idea concretizando los conceptos y variaciones específicos de cada periodo, sirviendo así de reflexión general antes de acometer el análisis de los grandes temas de la etnografía hispana de forma individualizada en los capítulos siguientes.

El primer punto vuelve sobre la Antigüedad para visitar esa paradoja en las fuentes clásicas. En el mundo grecolatino se construyó y perpetuó durante siglos un discurso de la barbarie bien trabado que proyectó sobre Iberia imágenes de una realidad hostil y atrasada, necesitada de la tutela de Roma para mutar en sociedades plenamente humanas. Ya comenté los grandes paradigmas sobre los que se construyó esa visión en su contexto histórico y cultural (§ 0); prescindo ahora de ese encaje cronológico y coyuntural para comentar de manera transversal algunas de las nociones fundamentales con las que se perfiló dicho primitivismo, tanto en su sentido más idealizante (inocencia, austeridad, nobleza, etc.), como en su dimensión más peyorativa (miseria, salvajismo, rareza, etc.). La conclusión esencial es que, más allá de la narrativa propagandística de la guerra y aparte de los grandes temas etnográficos —tratados en los capítulos posteriores—, lo cierto es que esa dialéctica de la civilización y la barbarie se proyectó de una forma particularmente efectiva a través de lo cotidiano: mediante la invocación a lo insólito de las actitudes, la alimentación o la familia, se caracterizó un modo de vida arcaico y exótico que, para bien o para mal, servía para definir una profunda y especular alteridad de fondo.

Los apartados segundo y tercero abordan la manera en que esa barbarie intrínseca, con sus ambivalencias, fue reinventada en la Edad Media y el Renacimiento. A medida que ese horizonte remoto se apropiaba gradualmente como parte del propio pasado, aquel estadio salvaje a superar se reconfiguraba como una etapa de superación y perfeccionamiento que culminaba en el Nosotros presente. Si bien en la historiografía

bajomedieval ya se manejaron algunas nociones en este sentido, la idea adquirió una nueva coherencia con la culminación de la historiografía de enfoque nacional a mediados del siglo XVI. Tomo el planteamiento de Ocampo como eje explicativo: esa barbarie primigenia de los hispanos, entendida como la *niñez de la nación*, se reinterpretaba como el punto de partida de un proceso de crecimiento, tratándolo con la nostalgia y la reprobación del adulto que vuelve la mirada a sus inicios. Así, centrándome en el ámbito de la historiografía y la formulación teórica de esas categorías, profundizo en la doble dicotomía paradójica que estaba en las fuentes clásicas y que ahora se enriquecía con nuevos matices: por un lado, el ancestro inocente que se enfrentó a unos invasores más fuertes y crueles, trasfondo simbólico de esa epopeya nacional recién inaugurada; por otro, el salvaje que debía ser tutelado para poder desarrollar, mediante el progreso procurado por sus conquistadores, esas potencialidades como pueblo que culminarían en la España imperial. La representación de esas dos caras de la misma moneda conllevaba reconsiderar lo bueno y lo malo de la incivilización indígena, pero también el rol jugado por las distintas potencias foráneas en su transformación. Así, el papel de los colonizadores se perfilaba en función de la fidelidad en la lectura de las fuentes, el enfoque ideológico de cada episodio del relato épico y los prejuicios culturales que pesaban sobre cada pueblo antiguo. Al fundacional poblamiento mítico le seguía la denostada injerencia de fenicios y cartagineses, el idealizado pero secundario aporte de Grecia y, por encima de todos, el inflexivo y transformador influjo de los romanos que permitió superar la infancia a los antiguos españoles; aunque cruel e implacable en la guerra, Roma era el modelo de civilización absoluto, desde el siglo XIII de manera muy clara y luego sublimado por el humanismo renacentista.

En los puntos cuarto y quinto revisito esa dualidad en lo referente a sus transformaciones en el siglo XVIII. El cuarto se ocupa de la manera en que fue redescubierta la faceta idealizante de la barbarie hispana desde los planteamientos de la Ilustración. Una vez descartados o racionalizados los componentes míticos, se concibió un estadio primigenio de Iberia con trazas de idealización utópica en el que confluían nuevas nociones *antropológicas* acerca del progreso humano y elementos ideológicos de profundo calado. De esta manera, la sencillez tradicional del hispano era reinterpretada desde nociones muy características de la mentalidad ilustrada, esto es, con los rasgos del prototipo del *buen salvaje* o con términos tan cargados de sentido ideológico como el de *ley natural*. Por su parte, en el quinto apartado abordo de nuevo la cuestión del proceso civilizador atendiendo a la profunda reconceptualización llevaba a cabo por la historiografía de la segunda mitad del siglo XVIII. Una de las ideas más interesantes y principales del periodo es el desarrollo del tópico de que el carácter español había estado predeterminado a lo largo del tiempo por una inclinación natural hacia el aprendizaje y la cultura. Al teorizar sobre ese rasgo a partir de la idea del *ingenio nacional* se trataba de explicar mejor la labor de los civilizadores extranjeros, pero también se añadía una dimensión esencialista y autoctonista nueva a ese proceso de transformación positivo que,

por lo demás, se reconocía como fundamentalmente exógeno. La revisión del tema trajo consigo además un nuevo reparto de roles en lo concerniente a los estímulos foráneos que, paradójicamente, también vieron reforzada su importancia como difusores absolutamente necesarios del conocimiento y el progreso. Acerca de la posición ocupada por cada uno, Grecia era dejada aún más al margen, Roma conservaba, solo en parte, su preeminencia indiscutible, pero la gran apuesta ilustrada fue la eclosión propiciada por el mundo fenicio; antes completamente denostada, los ilustrados recuperaron lo poco que se conocía sobre la colonización fenicia para presentarla como el gran punto de inflexión del proceso civilizador de los antiguos españoles y el garante de su ancestral antigüedad.

Por último, el sexto epígrafe sirve para profundizar en una cuestión más concreta que sobrevuela el resto del capítulo, pero que merece una consideración específica: el papel del buen líder en la consecución del proceso de superación de la barbarie. Si bien esa premisa siempre estuvo presente en alguna medida, el profundo proceso de teorización racionalista del siglo XVIII la llevó a un nuevo nivel. En la historiografía se desarrolló todo un marco explicativo acerca de la relevancia crucial de la centralización política y el buen liderazgo como propiciadores del progreso a todos los niveles, ejemplificándolo en la Antigüedad desde Argantonio hasta los grandes personajes romanos, pasando por Viriato o los caudillos celtibéricos. Como trasunto legitimador de la monarquía absoluta, esa noción tuvo una verdadera trascendencia en todas las formas de recepción cultural de los grandes episodios. Por eso trato en detalle cómo se proyectó en la caracterización de los protagonistas de la resistencia hispana en el teatro, con alguna nota sobre el renacentista y barroco, para centrarme en las obras del XVIII y en la pintura de historia del cambio al XIX. En estos medios donde los caracteres fueron más esquemáticos y los mensajes más simplificados, su dimensión ideológica es mucho más obvia; se revela así una interesante transposición a la Antigüedad de dilemas cruciales acerca de la autoridad individual y la voluntad colectiva, la ética aristocrática y el gobierno del bien común. Colateralmente, ello se tradujo en una tendencia creciente a dignificar a los hispanos, situándolos políticamente al mismo nivel que romanos y cartagineses, huyendo así de todo primitivismo degradante. En definitiva, el discurso de la civilización y la barbarie, como proceso dinámico y como fuente de categorías estereotipadas acerca de las sociedades hispanas, se reinventa y reconduce a lo largo del tiempo, para diferenciar, identificar y legitimar, desde múltiples y contradictorias perspectivas.

6.1. Una vida miserable y extraña

Como veremos en los capítulos siguientes, los ámbitos más trascendentales, como la guerra o la religión, son los más potentes a la hora de escenificar el encuentro con el

otro; pero quizá donde mejor quedan ancladas las bases de la alteridad es en su cotidianeidad. En la construcción del bárbaro hispano por parte de las fuentes grecolatinas, hubo grandes temas emblemáticos, pero bajo ellos subyacía un trasfondo que marcaba los fundamentos de la incivilización de una manera particularmente básica: sus modos de vida, sus usos diarios y formas de organización. Simplicidad, austeridad, miseria y rareza son algunas de las claves que definieron ese sustrato fundamental y se aplicaron por distintas vías como la base de los grandes paradigmas discursivos: en un sentido idealizante, al actuar de contrapunto filosófico a la sobrecivilización; en un sentido degradante, cuando se trataba de exaltar la benéfica intervención de Roma. Ya he comentado en la Parte 2 las características de esos modelos generales, en cada contexto, con sus contradicciones y ambigüedades; en el presente apartado se concretizan algunos de esos tópicos elementales con los que se perfiló la vida bárbara del hispano.

De partida, entender la manera en que los autores grecolatinos definieron las carencias y excentricidades culturales hispanas pasa necesariamente por considerar las gradaciones y comparaciones que establecieron entre las distintas realidades peninsulares y, muy particularmente, la distinción fundamental que entre Turdetania y el resto de regiones culminada en la obra de Estrabón. Prácticamente nada contaron las fuentes conservadas acerca de las costumbres de los turdetanos; aparte de la célebre noticia de que contaban con una escritura de 6000 años de antigüedad para plasmar su poesía y sus leyes¹¹³², las referencias a la región se limitaron básicamente a describir sus excelencias productivas (*vide infra*)¹¹³³. La primera afirmación está aislada y es fundamentalmente fabulosa o, en el mejor de los casos, enormemente exagerada, aunque tuvo una gran fortuna en su recepción moderna. De cualquier manera, ambos elementos cumplieron la función de caracterizar a una región idealizada, utópica, que cargaba con el peso de la tradición mítica sobre Tarteso (§ 2.1). Ambas nociones, asimismo, convertían a aquel pueblo en el emblema de los logros de la civilización. Así, la barbarie de aquellas Hispanias que sí eran bárbaras se perfiló mediante el tradicional juego de contraposiciones especulares respecto del mundo grecolatino que servía de modelo, pero también respecto de esa Turdetania que constituía, según una tradición secular, el gran crisol de Occidente.

Mientras tanto, la esencia feroz del resto de Iberia llevaba consigo una forma de vida sencilla. Si hay un rasgo que ejemplifique con nitidez el primitivismo de la Iberia interior, ese fue el de la *simplicitas*. Quizá el ejemplo más extremo de esta idea sea el episodio narrado a propósito de los vettones, que

«cuando entraron por primera vez en un campamento romano, como vieron que algunos de los oficiales iban y venían por las calles dándose un paseo, los tomaron

¹¹³² Str. 3.1.6.

¹¹³³ Str. 3.2.6.

por locos y los condujeron hacia sus tiendas como si no tuvieran otra opción que permanecer sentados allí en silencio o estar combatiendo»¹¹³⁴.

La inocencia fue una seña de identidad de los pueblos del interior peninsular en su encuentro con Roma. Se repitió cuando los heraldos de Cértima se expusieron a las burlas romanas por demostrar su sed con naturalidad, para después rebelarles ingenuamente sus intenciones militares¹¹³⁵, o las muchas veces en que los *malos* pretores engañaron a celtíberos, vacceos o lusitanos con dramáticas consecuencias; en efecto, la simplicidad bárbarica cumplió una función retórica importante en cuanto a la dimensión ética del discurso grecolatino sobre la conquista (§ 2.4).

Por otro lado, esa mentalidad simple derivaba en unos usos cotidianos rústicos, marcados por la más absoluta austeridad y ausencia de lujos. Ciertamente, dicho extremo suponía una evidente alterización de estos pueblos en la medida en que conllevaba la negación en ellos de todo refinamiento civilizado; no obstante, al mismo tiempo, se formulaba en un sentido positivo, ya que estas características convertían a aquellos pueblos, en determinados puntos del discurso, en depositarios de cualidades incorruptas y auténticas que se lamentaban como pérdidas en el devenir del progreso. Así, en varias noticias más o menos aisladas que se transmitieron en este sentido, particularmente de Estrabón y Diodoro, pueden vislumbrarse ecos del ideal buen salvaje, muy propio del primitivismo estoico, probablemente inspirado por la obra de Posidonio (§ 2.4)¹¹³⁶.

Por ejemplo, Estrabón escribió que «todos los habitantes de las montañas son frugales, beben agua, duermen sobre el suelo»¹¹³⁷; completó el dato afirmando que además bebían cerveza y algo de vino. El uso de una bebida bárbara como la cerveza y la práctica carencia de vino eran síntomas claros de falta de civilización (*vide infra*); por otro lado, la premisa de que preferían el agua —esto es, la abstemia voluntaria— acercaba a estos pueblos a un concepto de deliberada austeridad muy del gusto teórico del estoicismo¹¹³⁸. Asimismo, indicó que tanto los iberos como los celtas peninsulares dormían en el suelo o en jergones de paja¹¹³⁹, lo que no hacía sino reincidir en esa carencia esencial de comodidades superfluas.

Por su parte, la figura de Viriato representó la perfecta personificación de esa frugalidad agreste: según Diodoro, siendo pastor desde niño se acostumbró a vivir en la montaña, hacer ejercicio y comer y dormir poco¹¹⁴⁰, de modo que

¹¹³⁴ Str. 3.4.16 (trad. de Gómez Espelosín 2007); *vide* Sánchez Moreno 1996, 28-29; 2000, 38-40; Domínguez Monedero 2008.

¹¹³⁵ Liv. 40.47.

¹¹³⁶ Alonso-Núñez 1979; Lens Tuero 1986; García Fernández 2002.

¹¹³⁷ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹¹³⁸ Bermejo Barrera 1987b, 121; lo mismo ocurre con los getas (Str. 7.3.11).

¹¹³⁹ Str. 3.4.16, 3.3.7.

¹¹⁴⁰ D. S. 33.1.

«cuando, en ocasión de sus bodas, se expusieron muchas copas de plata y oro y vestidos de todos los colores y clases, apoyado en su lanza contemplaba tal abundancia sin admiración ni asombro, sino más bien mostrando una actitud de desdén. Y habiendo dado a entender mucho en una sola respuesta de gran prudencia, dio muchas muestras de rudeza y de insensatez para con sus bienhechores [...]. Y así, Viriato, por más que le insistían no se lavó ni tomó asiento»¹¹⁴¹.

Para Diodoro, esa austeridad salvaje estaba en el origen de la sabiduría natural y la extraordinaria habilidad militar. Por otro lado, su frugalidad conllevaba ecuanimidad y justicia, pues la riqueza y la ambición personal no eran sus motivaciones, lo que le convertía en la antítesis de la perfidia codiciosa e individualista de Galba (§ 2.4)¹¹⁴². Ciertamente, Diodoro explotó particularmente esas ideas de desprecio por lo material. Por ejemplo, en el perfil totalmente primitivo que dibujó de los pueblos baleáricos, la inflexibilidad ante la tentación de las riquezas fue central.

«No usan para nada las monedas de oro y plata y, de un modo general, impiden que se introduzcan en la isla. [...] Por lo tanto, para mantener sus bienes libres de insidias, se prohíben a sí mismos la relación con riquezas de oro y plata»¹¹⁴³.

Seguidamente afirmó el gusto desmesurado de aquellos pueblos por comprar vino y mujeres (*vide infra*), pero parece claro que ese alejamiento de los metales preciosos se entendía como la faceta más loable de su salvajismo.

Por otro lado, ese sentido de la solidaridad colectiva que expresaba para el caso de Viriato también tuvo una aplicación generalista cuando afirmó de los vacceos que mantenían un sistema económico basado en la división de la tierra cultivable y el reparto equitativo de las cosechas, lo que, de ser contravenido, conllevaba la pena de muerte¹¹⁴⁴. Se ha planteado que esta noticia, que es un *unicum* desprovista de contexto en la obra, podría aludir a alguna forma de producción particular, quizá propia de una situación excepcional de conflicto, que otro autor previo —quizá Polibio— hubiese documentado durante el periodo de la Guerra Celtibérica¹¹⁴⁵. En todo caso, cabe dudar seriamente de su historicidad; dada su formulación y el contexto fabuloso de esa parte de la obra de Diodoro, bien podría tratarse de una entelequia filosófica con la que proyectar en el extremo Occidente ciertas concepciones utópicas¹¹⁴⁶.

Desde esa misma mirada benevolente al bárbaro, este hábito puede ponerse en relación con otras costumbres, como la de acoger al extranjero de una forma

¹¹⁴¹ D. S. 33.7 (trad. de Muñoz Martín 1976).

¹¹⁴² Lens Tuero 1986.

¹¹⁴³ D. S. 5.17.4 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

¹¹⁴⁴ D. S. 5.34.

¹¹⁴⁵ Domínguez Monedero 1988b; Salinas de Frías 1989; 1990; Sánchez Moreno 1998-1999.

¹¹⁴⁶ Gómez Fraile 2001, 184-185; Salinas de Frías 2004, 56-62; 2010c. En general, sobre el peso en Diodoro del concepto de espacio utópico de los confines, *vide* Sierra Martín 2012.

especialmente generosa y hospitalaria (*xenia/hospitium*). Esta tendencia fue atribuida con frecuencia por los autores grecolatinos a los pueblos del mundo céltico, de una manera generalista e idealizante, por mucho que reflejasen un trasfondo institucional verídico sobre los mecanismos de movilidad intercomunitaria en aquellas sociedades¹¹⁴⁷. De nuevo, Diodoro fue el más explícito en esta cuestión.

«En su conducta, los celtíberos son crueles con los malhechores y con los enemigos y adversarios, pero moderados y humanos con los extranjeros. Así, a los extranjeros que llegan a su país todos les piden que se alojen en su casa y rivalizan entre ellos en hospitalidad; y aquellos en cuya compañía se quedan los extranjeros los ensalzan y los consideran gratos a los dioses»¹¹⁴⁸.

Por otro lado, es interesante cómo la noción de austeridad primitivista fue recibida en la historiografía cristiana tardoantigua. Es cierto que Orosio no entró en detalles etnográficos semejantes, ni explotó apenas la figura de Viriato en este sentido, pero sí aplicó ese tópico a propósito de la resistencia de Numancia que tanta presencia tuvo en su trabajo. Así, por ejemplo, cuando contó que Escipión se propuso disciplinar a sus tropas, dijo que tomó esa decisión porque sabía que

«este tipo de gente [los numantinos] no se entregaba ni corporal ni anímicamente al ocio hasta que no superaban con su forma física habitual el momento óptimo de los demás»¹¹⁴⁹.

De esta manera, la virtud tradicionalmente atribuida a la personalidad de Escipión se transponía a los numantinos y su habitual forma de ser. Otro ejemplo similar aparece al describir su destrucción, al afirmar que «oro y plata, que podría haber escapado al fuego, no había en este pueblo que era pobre»¹¹⁵⁰. De nuevo, reconducía el relato tradicional, en este caso en lo referente a la cremación de todos sus bienes, para recalcar la noción de su carácter humilde y reforzar la idea de su victoria moral.

Así, la inocencia, austeridad e igualitarismo, además de la lealtad, eran presentadas como características de una forma de vida inconfundiblemente bárbara, aunque precisamente por ello auténtica y virtuosa desde determinado prisma filosófico. No obstante, esas referencias idealizantes fueron bastante restringidas en el conjunto de la etnografía hispana.

En efecto, el tono general sobre las costumbres derivadas del salvajismo hispano fue menos amable. Estrabón, en concreto, hizo pocas concesiones al primitivismo idealizado y tendió a subrayar los efectos más negativos de la falta de civilización.

¹¹⁴⁷ La cuestión suele relacionarse con el estudio de las llamadas *téseras de hospitalidad*; vide. Salinas de Frías 1983; 2001; Dopico Caínzos 1989; Sánchez Moreno 2002b; Ramírez Sánchez 2005; Beltrán Lloris et al. 2009; Beltrán Lloris 2010.

¹¹⁴⁸ D. S. 5.34 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

¹¹⁴⁹ Oros. 5.7.4 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

¹¹⁵⁰ Oros. 5.7.18 (trad. de *Ibid.*).

Ciertamente, esta podía conllevar cierta humildad admirable, pero ante todo suponía falta de orden (*anómia*), lo que propiciaba que aquellos pueblos se dejaran llevar por impulsos incontrolados (especialmente en la guerra; *vide* § 7), así como la inclinación hacia costumbres arcaicas y repugnantes. Tras referirse a las comodidades del Mediterráneo, comparó:

«en cambio el litoral del mar exterior, su parte septentrional que bordea el Océano, carece de estos productos a causa del frío, y el resto en su mayor parte a causa de la indolencia de sus habitantes y por el hecho de que no llevan una vida ordenada sino más bien impulsada por la necesidad y el instinto animal con costumbres viles —a no ser que se considere una vida ordenada el hecho de lavarse con orina que se ha dejado envejecer en cisternas y de limpiarse los dientes (tanto los hombres como las mujeres), como se dice que hacen los cántabros y sus vecinos»¹¹⁵¹.

El asunto del orín también fue recogido por Diodoro sobre los celtíberos, y lo describió como «de mal gusto y que comporta una gran suciedad»¹¹⁵². También Catulo utilizó el tema en dos de sus poemas con el simple objetivo de insultar al hispanorromano Egnacio¹¹⁵³, «a quien hacen pasar por hombre de bien una barba espesa y unos dientes frotados con orina ibera»¹¹⁵⁴; en efecto, parece que de él le molestaba especialmente su radiante sonrisa: «cuanto más limpios estén esos dientes tuyos, tantos más orines proclamarán que has bebido»¹¹⁵⁵. Con este uso satírico parece claro que dicho tópico degradante estaba circulando como un lugar común más allá del ámbito estrictamente etnográfico. Lo curioso es que el uso de la orina con fines medicinales y mágicos no era nada extraño en el mundo clásico, aunque se considerase de origen bárbaro y eficacia dudosa¹¹⁵⁶. De cualquier manera, las referencias son suficientemente elocuentes en este caso, y la valoración de esta supuesta práctica hispana, tanto en la literatura griega como en la latina, la convierte en sinónimo de falta de limpieza y modo de vida miserable¹¹⁵⁷.

Por otro lado, su aspecto tenía que estar acorde con su higiene:

«dejan que el cabello les cuelgue hacia abajo a la manera de las mujeres; pero combaten ciñéndoselo en la frente con una banda [...]. Todos visten de negro, la mayoría sayos, en los que se envuelven también para dormir sobre lechos de paja [...]. Por su parte, las mujeres llevan indumentarias y vestidos floreados»¹¹⁵⁸.

¹¹⁵¹ Str. 3.4.16 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹¹⁵² D. S. 5.33 (trad. de Torres Esbarranch 2004); con su visión siempre equilibrada, admitió en todo caso que, exceptuando esa práctica, «son cuidadosos y pulcros en su vida cotidiana».

¹¹⁵³ Booth 1985; Katz 2000; Watson 2009.

¹¹⁵⁴ Cat. 37.

¹¹⁵⁵ Cat. 39.

¹¹⁵⁶ Plinio *N. H.* 28.

¹¹⁵⁷ Bermejo Barrera 1982a.

¹¹⁵⁸ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

Apiano lo afirmó igualmente de los lusitanos de Viriato, que agitaban sus melenas entre gritos «propios de los bárbaros»¹¹⁵⁹. También Catulo había unido la cuestión de la higiene con orina a la estética de pelo largo y barba tupida al caracterizar de forma degradante a Egnacio¹¹⁶⁰. Es interesante cómo Marcial invirtió más tarde el sesgo del tópico a su favor; en el epigrama en el que atacaba al griego Carmenión, contraponía la cabellera cuidada y el cuerpo depilado de aquel con sus propios cabellos rebeldes y barba hirsuta¹¹⁶¹: como nostálgico nativo de Bilbilis, reinventaba los viejos tópicos de la barbarie celtibérica para subrayar la autenticidad y virilidad de sus *rusticitas* frente a la blandura orientalizante (§ 2.6)¹¹⁶².

Más allá de matices y variaciones sobre el tema, lo cierto es que el cabello largo masculino en el mundo clásico era atípico y, a menudo, un signo de desmesura, asociada en Grecia a las ménades dionisiacas y las tradiciones arcaizantes, mientras que, en Roma, se relacionaba con los filósofos y los hombres afeminados¹¹⁶³. Suficientemente significativo es que, en el ámbito más inmediato, los hispanos compartiesen el tópico con otros bárbaros occidentales como los galos, los germanos o los britanos, tanto en las fuentes escritas¹¹⁶⁴, como en la iconografía triunfal, en que estos pueblos aparecen de manera sistemática barbados y greñudos¹¹⁶⁵. En efecto, de la dimensión alterizante del pelo nos habla la melena suelta de la más temprana personificación de Hispania, la de los denarios de Postumio Albino (Figura 1)¹¹⁶⁶. Precisamente estas representaciones son las que se identifican de manera más clara con el prototipo de la *Hispania devicta*, esto es, la Hispania bárbara que había sido sometida, en contraste con la ya integrada en la *romanitas* (*Hispania fidelis* e *Hispania pacata*), en cuyos iconos aparece con el pelo recogido (§ 2.6)¹¹⁶⁷. Así, la asociación entre femineidad y apariencia barbárica se reiteraba: el propio Estrabón es suficientemente explícito al hacer la comparación, nada inocente, entre el cabello de los montañeses hispanos y el de las mujeres, un símil que conllevaba en sí mismo una alterización de la costumbre (*vide infra*).

Por otro lado, los sayos (*sagoi/sagi*) de los que habló Estrabón fueron notablemente conocidos¹¹⁶⁸, probablemente debido a la verdadera importancia que estas prendas debieron tener en el entorno meseteño y montaños. En todo caso, en la visión de conjunto de Estrabón, la presencia del sayo negro como la única y constante vestimenta de aquellos

¹¹⁵⁹ App. *Hisp.* 67 (trad. de Gómez Espelosín 2016).

¹¹⁶⁰ Cat. 37.

¹¹⁶¹ Mart. 10.65.

¹¹⁶² Alfayé Villa 2013, 56-57.

¹¹⁶³ Bermejo Barrera 1986b, 25-26; Williams 1999, 129-131; Alfayé Villa 2013, 57.

¹¹⁶⁴ Str. 4.4.3; Tac. *Germ.* 31.1; *e. g.*

¹¹⁶⁵ Demougeot 1984; Marco Simón 2012.

¹¹⁶⁶ *RRC* 372.2.

¹¹⁶⁷ Salcedo Garcés 1995-1996; 1996; Torregaray Pagola 2004.

¹¹⁶⁸ D. S. 5.33, *e. g.*

pueblos no hacía sino reforzar las nociones de austeridad y modo de vida básicos. No parece casualidad que Tácito repitiese un esquema casi idéntico al describir a los germanos: los hombres vestían simplemente un sayo o bien pieles poco refinadas, mientras que sus mujeres utilizaban prendas con algo más de colorido¹¹⁶⁹. La dinámica en este sentido parece repetirse cuando Estrabón decidió resaltar como algo insólito el uso galo de pantalones¹¹⁷⁰.

El simbolismo cultural de la indumentaria en la visión estraboniana quedó plenamente explicado al establecer comparaciones:

«En cambio, los turdetanos, y especialmente los que habitan junto al Betis, se han convertido completamente al modo de vida de los romanos y ya no se acuerdan ni de su propia lengua: la mayoría se han convertido en latinos y han recibido romanos como colonos de forma que falta poco para que sean todos ellos romanos [...]. Y en efecto todos los iberos que han adoptado esta forma de comportamiento son denominados *togati* (entre éstos se incluyen también los celtíberos, que fueron considerados en un tiempo los más salvajes de todos (*feriorestatoi*))»¹¹⁷¹.

Existe cierta polémica, en la que no entraré, en torno a la manera en que debe leerse e interpretarse con precisión el término *stolatoi/togatoi*¹¹⁷². Más allá de conjeturas específicas, este pasaje está explicando la transformación cultural que había vivido Iberia entre sus dos extremos, el de los más civilizados, los turdetanos, y los más fieros, los celtíberos, evidenciando la posibilidad del progreso gracias a la fuerza transformadora de Roma¹¹⁷³. Estrabón estaba condensando su concepción de la romanización occidental tomando como símbolo una vestimenta característicamente romana. Desde esta perspectiva, la capa negra de los montañeses adquiere su sentido pleno como metáfora de la forma de vida salvaje que Roma estaba erradicando.

De nuevo, resulta curiosa la inversión que Marcial hizo de este mismo tema en el siglo II e. c. como parte de la reivindicación de su identidad celtíbero-romana (§ 2.6). Gran parte del rechazo que le producía la Ciudad durante la última etapa de su vida tenía que ver con la presión y el agotamiento derivado de sus obligaciones políticas y sociales; en este sentido, la *toga*, emblema de esas instituciones romanas que consideraba en decadencia, devenía despreciativamente en *togula* o en *toga sudatrix*¹¹⁷⁴. Como contrapunto, afirmaba metafóricamente que en Hispania no había togas¹¹⁷⁵, lo que se

¹¹⁶⁹ Tac. *Germ.* 17.

¹¹⁷⁰ Str. 4.4.3.

¹¹⁷¹ Str. 3.2.15 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹¹⁷² Canto 2001; Pelegrín Campo 2003, 108-120; Gómez Espelosín 2007, 202, nota 130.

¹¹⁷³ Pelegrín Campo 2003, 116-120; LeRoux 2006.

¹¹⁷⁴ Mart. 9.100.5 y 12.18.5, respectivamente.

¹¹⁷⁵ Mart. 12.18.17-18.

traducía en el modo de vida campesino que anhelaba para su retirada en Bilbilis, una vida humilde, pero tranquila, digna y libre, desde su perspectiva idealizante¹¹⁷⁶.

Por su parte, la alimentación siempre ha acarreado un profundo simbolismo cultural y la etnografía helénica no es una excepción. No son muchas las referencias a la comida de los hispanos, pero esta relación escueta e inconexa de Estrabón es suficientemente ilustrativa de la dirección de su discurso al respecto:

«Se alimentan sobre todo de carne de cabra [...], utilizan durante dos partes del año las bellotas de encina, las dejan secar y las trituran, luego las muelen y fabrican un pan que se conserva durante tiempo. También utilizan la cerveza; en cambio apenas tienen vino, el que producen lo consumen rápidamente en banquetes con los parientes. En lugar de aceite usan mantequilla»¹¹⁷⁷.

Volveré después sobre esos «banquetes» de los que habla (*vide infra*). Por lo pronto, los productos que menciona parecen ser una extensión del perfil geográfico que había dibujado del norte de Iberia; el clima norteño no permitía un buen cultivo de la triada mediterránea, cereal, olivo y vid, lo que conllevaba una carencia natural de sus productos. No obstante, esta exposición sobre los hábitos alimentarios no era en absoluto banal ni debe restringirse a la mera consideración geográfica; por contra, puede verse este fragmento como un verdadero juego de opuestos en el que bellota, mantequilla y cerveza representaban la contraposición bárbarica al trigo, aceite y vino, con múltiples implicaciones culturales.

En primer lugar, la ausencia de trigo era algo muy grave en la mentalidad grecolatina; en el pensamiento clásico en general, la forma de vida precerealística fue percibida de alguna forma como un estadio prehumano, anterior a la civilización propiamente dicha¹¹⁷⁸. No en vano, en la cosmogonía griega, la diosa que otorgó el cultivo del cereal, Deméter, también fue la que creó el matrimonio reglado y las normas de convivencia (*nomoi*). En un sentido más práctico, la visión de la *polis* como eje central del ordenamiento social, político y económico estaba fuertemente asentada sobre la base simbólica de la agricultura y la gestión de la tierra; por el contrario, la recolección era la no-agricultura, el bestialismo, la simple supervivencia¹¹⁷⁹.

Por su parte, el uso de mantequilla, aparte de los hispanos, también se afirmó de otros pueblos de los confines, como los nabateos o los etíopes¹¹⁸⁰. En realidad, era algo normal en el mundo grecolatino, pero el hecho de que sustituyese al aceite era un extremo

¹¹⁷⁶ Chambert 2004, 73-75; también en esta línea: Mart. 1.49.31-36; 10.18; 10.96; 21.18; 12.31; 12.68.

¹¹⁷⁷ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹¹⁷⁸ Ovid. *Fast.* 6.171-172; Lucr., *Rer. Nat.* 5.933-936; 5.939-940; 5.1361-1366; Licofr. *Alex.* 480-485; Plin. *N. H.* 16.15; Isid. *Etym.* 17.7.26; Sch. *Lic.* 482; Zenob. 3.98. No en vano Posidonio (fr. 65-70) consideró el arte de la cocción como un logro superior de los sabios.

¹¹⁷⁹ Bermejo Barrera 1986b, 23-24; García Quintela 1999c, 122-123.

¹¹⁸⁰ Str. 16.4.24-26; 17.2.2, respectivamente.

inconfundiblemente bárbarico¹¹⁸¹. Aquí Estrabón fue claro: «usan mantequilla en vez de aceite». Esta fórmula va más allá de la descripción, conlleva una valoración implícita: usan mantequilla *en vez de* lo que es normal y civilizado. En efecto, el problema no era la mantequilla en sí misma, sino la ausencia de aceite; y es que ser ajeno al aceite, al olivo, era ser ajeno a Atenea, lo que simbólicamente suponía ser ajeno a la civilización, el dominio de la naturaleza y a la ciudad¹¹⁸².

En lo que concierne a la cerveza (*zúthos*), Estrabón no dio ningún detalle, pero probablemente se refiriese a lo mismo que Floro y Orosio cuando hablaron de la *caelia*, una cerveza celtibérica a base de trigo¹¹⁸³; la situación en la que estos últimos la nombraron es significativa en sí misma: el último arrebato guerrero de los numantinos, cuando cruzaron sus puertas borrachos y alimentados con carne semicruda. Desde luego, la cerveza en cualquiera de sus variantes fue también un producto recurrente en la caracterización de diversos pueblos bárbaros¹¹⁸⁴. Ciertamente se relacionó íntimamente con los egipcios, un pueblo semibárbaro, pero, por encima de todo, la cerveza era lo opuesto al vino, la bebida civilizada por excelencia, que en el mundo griego tenía implicaciones mucho más trascendentes que la mera alimentación.

Según Estrabón el vino era muy escaso entre los montañeses hispanos, mientras que Diodoro confirmaba que, en el caso de los celtíberos, su consumo solo era posible porque lo importaban¹¹⁸⁵. Algo parecido afirmó este último sobre las Islas Baleares: el cultivo de la vid era imposible, tanto en la mayor de la Gimnesias (Mallorca) como en Pitiusa (Ibiza), lo que provocaba, precisamente, la excesiva afición de sus pueblos por el vino foráneo. Así, aquella austeridad natural que le alejaba de los metales preciosos (*vide supra*), tenía como reverso negativo su gusto compulsivo por otras cuestiones:

«Por esto, en consonancia con esta decisión, cuando en tiempos antiguos participaban en las campañas de los cartagineses, no se llevaban a su patria las soldadas, sino que se gastaban toda la paga en la compra de mujeres y de vino»¹¹⁸⁶.

Su afirmación es muy contradictoria, tanto con su propio testimonio, al afirmar que en Pitiusa sí podía cultivarse olivo, como con la obra de Plinio, que comparó los vinos baleáricos con los mejores de Italia¹¹⁸⁷. Parece evidente que lo transmitido por Diodoro a

¹¹⁸¹ Lo mismo ocurría con la propia leche, cuyo consumo era considerado normal, pero en exceso se consideraba un signo de vida pastoril, nómada y bárbarica (Str. 16.4.24-26; *vide* Shaw 1982).

¹¹⁸² Bermejo Barrera 1986b, 24; García Quintela 1999c, 123.

¹¹⁸³ Flor. 1.34.11; Oros. 5.7.2-18.

¹¹⁸⁴ Se describe sobre los egipcios (Teofr. *N. P.* 6.11.2; D. S. 1.34; Str. 17.1.14), celtas (Aten. 152c; D. H. 13.11; D. S. 5.26; Dio. Cas. 49.36.3), y de forma genérica (Plin. *N. H.* 14.149 y 22.164); *vide* Bermejo Barrera 1986b, 24-25; Domínguez Monedero 1995, 58-60; García Quintela 1999c, 124-125; Nelson 2005, 25-37.

¹¹⁸⁵ D. S. 5.34.2.

¹¹⁸⁶ D. S. 5.17.4 (trad. de Torres Esbarranch 2004); sobre la falta de vino en Pitiusa: D. S. 5.16.2.

¹¹⁸⁷ Plin. *N. H.* 14.71.

este respecto debe considerarse en conjunto con el resto de notas barbarizantes que en este pasaje incluyó sobre los pueblos de las islas, por ejemplo, en relación con el matrimonio (*vide infra*) o las costumbres funerarias (§ 10)¹¹⁸⁸.

Lo cierto es que el vino tenía una dimensión simbólica muy potente, un aspecto que fue considerado por Estrabón con especial detenimiento. Él trató con detalle cuál era en cada región del imperio el nivel de producción y, en su caso, las distintas calidades. Su importancia residía en que era concebido como un verdadero marcador geocultural: las regiones templadas y por tanto civilizadas producían buen vino y en cantidad, mientras que, en las regiones agrestes y frías, carecían de él, lo importaban o lo producían pésimamente, lo que era síntoma de subdesarrollo¹¹⁸⁹. De esta manera, se reforzaba la gradación de la barbarie de los pueblos en función de su mayor o menor contacto con el vino, lo que iba unido a un mayor o menor contacto con los pueblos productores en calidad de agentes civilizadores. Como ocurría, por ejemplo, con los celtas¹¹⁹⁰, los montañeses hispanos entraban así en esa categoría de pueblos ajenos o casi ajenos al vino, lo que, más allá de su lógica climática, era un síntoma más de su distancia respecto de la civilización mediterránea.

Más allá de la tríada de productos mediterráneos, Estrabón completó su repaso indicando el consumo principal de carne de chivo. La cuestión revela lo selectivo del discurso: habló de una mantequilla que, por la etimología, era de leche de vacuno (*boútyron*)¹¹⁹¹, lo que supondría la cría de ese tipo de ganado más «civilizado», pero al hablar de la carne que consumían, destacó exclusivamente el chivo. La carne de caprino era considerada una carne de segunda, pero, por encima de todo, era un símbolo de la economía pastoril montañesa más básica y agreste frente a la de vacuno o la de oveja, más propia de climas y territorios suaves, lo que no hacía sino incidir en el mismo esquema de fondo. Por otro lado, la noticia encajaba perfectamente con el dato de que estos pueblos utilizaban el chivo en sus sacrificios (§ 2.4).

Realmente, ese catálogo de asociaciones alimentarias establecido por Estrabón sobre los hispanos no era algo aislado. Por el contrario, participaba de una larga tradición cultural en la que la comida formaba una parte esencial en la identificación de la barbarie en aquellos pueblos considerados como subdesarrollados¹¹⁹². Jenofonte describió a los mosinecos como los más bárbaros (*barbarotátōi*) de los que encontró en su expedición, justo después de apuntar que estos consumían grasa de delfín, pan de castañas y vino agrio¹¹⁹³. Dion Casio afirmó de los panonios que tenían la vida más miserable

¹¹⁸⁸ Domínguez Monedero 1995, 51.

¹¹⁸⁹ Aujac 1966, 270-278; Bermejo Barrera 1987b, 118-122.

¹¹⁹⁰ Str. 2.1.16.

¹¹⁹¹ García Quintela 1999c, 124.

¹¹⁹² *Vide* la comparativa con múltiples ejemplos en *Ibid.*, 120-122; en general: Shaw 1982.

¹¹⁹³ Jenof. 5. 4. 27-29 y 34.

(*kakobiótatoi*) de todos los seres humanos, lo que explicaba por su mal clima y su carencia de vides y olivos, lo que solventaban bebiendo cebada y mijo; estas condiciones les convertían en los más valientes, pero también los más iracundos y sanguinarios¹¹⁹⁴. Dionisio de Halicarnaso definió las costumbres alimentarias galas en base al uso de tocino rancio y un hediondo licor de cebada, de manera que el descubrimiento del vino y el aceite importado fue absolutamente revelador para ellos; de hecho, el deseo de aprovisionarse de estos productos sería precisamente lo que les empujaría a invadir Italia¹¹⁹⁵. El esquema es absolutamente común: la falta de trigo conllevaba la fabricación de pan con otro producto inferior, el aceite de oliva era sustituido por otro tipo de grasa más desagradable, y la carencia o mala calidad de vino eran compensados con algún tipo de cerveza. Los supuestos hábitos alejados de la triada mediterránea eran interpretados como una grave carencia consustancial a las periferias, lo que a su vez llevaba aparejado un modo de vida miserable, infracivilizado y violento.

No es que Estrabón inventase esa información exactamente. Sabemos por la arqueología que la bellota, el ganado caprino y la cerveza se consumían en el interior y norte de Iberia, aunque dentro de una gama mucho más variada, lo que incluía ciertos productos «civilizados» como el trigo o el ganado vacuno¹¹⁹⁶. En efecto, lo importante de su discurso son las ausencias, el hecho de que hiciese una selección intencionada en la que se cargaban las tintas sobre aquellos productos que resultaban más primitivos y desagradables a los ojos grecolatinos. Esto tenía el objetivo de marcar, mediante los usos alimentarios, una distancia clara y reconocible entre la vida civilizada, representada simbólicamente por la triada mediterránea, y la vida pastoril y feroz de los pueblos del norte.

Sin la sistematicidad de Estrabón, hay otras menciones que iban en la misma línea. Por ejemplo, las noticias sobre la costumbre de los concanos de beber sangre de caballo. Antropológicamente, la acción de beber sangre del ganado es una práctica de subsistencia típicamente pastoril; los griegos y romanos practicaban ritos tanto con caballos como con sangre, pero beberla no lo consideraban normal¹¹⁹⁷. Solo hay dos menciones, ambas literarias y aisladas, referidas a la práctica de este pueblo cántabro, pero en todo caso la de Silio establece una genealogía interesante: «tú, cóncano, que recuerdas las salvajes costumbres de tus antepasados masagetas bebiendo la sangre que extraes de tus caballos»¹¹⁹⁸. La filiación de la costumbre se establecía con un pueblo bárbaro de la

¹¹⁹⁴ Dio. Cas. 49.36.2-3.

¹¹⁹⁵ Dio. Hal. 13.10-11; también se hace eco de ello Livio (5.33), pero le quita credibilidad.

¹¹⁹⁶ Vázquez Varela 1986; Ramil-Rego y Fernández Rodríguez 1999; Tabernero Galán et al. 1999; Oliver Foix 2000; Santacana y Durán 2011, *e. g.*; asimismo, la verdadera relación de la Iberia prerromana con el vino parece ser mucho más compleja y matizable: Domínguez Monedero 1987; 1995; Pérez Sanz 1999; Quesada Sanz 1994b; 1995b.

¹¹⁹⁷ Bermejo Barrera 1986c, 92.

¹¹⁹⁸ Sil. Ital. 3.360-361 (trad. de Villalba Álvarez 2005). La otra mención, muy escueta, es de Horacio (C.

estepa, similar a los escitas, que, según Heródoto, estaba muy ligado a sus caballos, era nómada y caníbal; efectivamente, en un célebre pasaje, su reina Tomiris daría de beber sangre humana al cadáver de Ciro¹¹⁹⁹. Fuese cual fuese el origen de la noticia y el mecanismo por el que se estableció la relación, los pueblos del norte volvían a convertirse en sinónimo de pueblo pastoril, salvaje y sanguinario.

En todo caso, no es necesario acudir a testimonios tan extremos para percibir la animadversión preconcebida que funcionaba en este ámbito. Al hablar de la campaña de Lúculo en territorio vacceo, Apiano describió las penalidades alimenticias del ejército romano porque no disponían de vino, vinagre, sal y aceite, sino que tenían que conformarse con los recursos de la zona: trigo, cebada, caza y conejo¹²⁰⁰. Aunque realmente se estaba describiendo una dieta perfectamente variada, de nuevo se subrayaba la simbólica carencia de vino y aceite; sin necesidad de acudir a inversiones exóticas y exageradas, a Apiano le valía con mencionar esas carencias simbólicas a la hora de caracterizar a ese territorio como absolutamente inhóspito.

Una vez más, la comparación con Turdetania por parte de Estrabón es muy reveladora.

«Desde Turdetania se exporta trigo y vino en cantidad así como aceite (no sólo abundante sino también de una gran calidad); también se exportan cera, miel, pez, gran cantidad de cochinilla y minio no inferior al de la tierra de Sínope [...]. Antes también sobresalía por su abundante paño, ahora en cambio son más abundantes las lanas de colores intensamente negros y son extraordinariamente hermosas [...]. Hay también abundancia de ganado de todas clases y piezas de caza. Existe, en cambio, escasez de animales dañinos»¹²⁰¹.

De hecho, el contraste puede percibirse en el propio tono de la descripción. En el caso de los pueblos norteos y occidentales, la cuestión se plantea como un catálogo de curiosidades exóticas, entroncando con la larga tradición de la etnografía del bárbaro. Sin embargo, exceptuando la cuestión de la escritura, no se describen las costumbres de los turdetanos, sino sus excelencias productivas; como Tarteso, en gran medida seguía siendo un pueblo *sin etnografía*, eclipsado por su carga simbólica como pobladores de un espacio fundamentalmente utópico (§ 2.1).

Todas las carencias que se habían apuntado sobre la Iberia interior, nortea y occidental eran, en el sur, abundancia exuberante. Estos datos básicamente económicos, entre otros, acompañaron a la general descripción absolutamente idealizada de la región desarrollada en la parte segunda del libro tercero. De nuevo, Estrabón no mentía, la

3.4.34).

¹¹⁹⁹ Hdt. 1.214.

¹²⁰⁰ App. *Hisp.* 54; *vide* García Quintela 1999c, 125.

¹²⁰¹ Str. 3.2.6 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

productividad del área del Guadalquivir siempre fue excepcionalmente propicia. Ahora bien, desde un punto de vista discursivo, la exagerada prolijidad en la descripción de este territorio resulta desproporcionada en comparación con la sesgada selección y llamativas omisiones que hizo respecto al resto de Iberia. Mientras en el norte solo comían chivo, en el sur criaban toda la variedad posible de ganado; asimismo, se recreó en una noticia sobre la prolijidad de ratas en el Norte¹²⁰², y por otro lado afirmaba que en Turdetania las alimañas eran raras; cuando en el norte vestían simples sayos, el abanico de tejidos turdetanos era riquísimo; y lo que es más simbólico: si los norteños prácticamente desconocían el cereal, aceite y vino, en Turdetania los exportaban, lo que les situaba en el más alto escalafón en el esquema geográfico, alimentario y cultural de la civilización¹²⁰³.

Es evidente que todas aquellas referencias que hablaban sobre las costumbres rudas de la Iberia *bárbara* estaban transmitiendo una idea que va más allá de los propios hábitos alimentarios. La comida y la bebida eran el síntoma de una cultura infracivilizada cuya taxonomía se fundamentaba en la dicotomía entre la civilización sedentaria, urbana y agrícola que representaba el mundo grecorromano, y el régimen nómada o seminómada, pastoril y depredador de los bárbaros periféricos. Los autores grecolatinos subrayaron en lo concerniente a los pueblos del norte y occidente peninsular —en ocasiones generalizándolo a toda Iberia— aquellos aspectos cotidianos que eran entendidos como salvajes y naturales según la mentalidad helénica, en el sentido de que no conllevaban un ejercicio de pleno control o sometimiento del entorno. Utilizando las categorías aristotélicas, las sociedades hispanas se caracterizaban por el pastoreo (*bíos nomadikós*), el bandidismo (*bíos lestikós*) y la caza y recolección (*bíos fereitikós*), por orden de menos a más avanzado, frente a la culminación que suponía la agricultura (*bíos georgikós*), el único sistema que comportaba un verdadero dominio de la naturaleza y suponía un auténtico grado de civilización¹²⁰⁴. De esta manera, en el mundo heleno, quedó de alguna manera estandarizada la aplicación de esa dicotomía cultura ciudadana-pastoril, civilizada-salvaje que traía consigo ciertos prejuicios peyorativos hacia determinados pueblos y formas de vida mal comprendidas y ajenas a la mentalidad agraria y urbana. Pastor, montañés y recolector eran sinónimos de depredador primitivo, lo que lo asociaba automáticamente con la barbarie salvaje, de los cíclopes a los iberos, pasando por los escitas¹²⁰⁵.

En efecto este era un discurso sobre comida, pero que entroncaba directamente con un discurso sobre la carencia y la pobreza. Esa es la lógica que rige la explicación que

¹²⁰² Str. 3.4.18.

¹²⁰³ Acerca de la importancia material y simbólica del vino en este ámbito, *vide* Jiménez Flores y García Fernández 2006; Muñoz Fernández 2012

¹²⁰⁴ Arist. *Pol.* 1256a.40-1257b.1-7; *vide* Shaw 1982, 18-20.

¹²⁰⁵ Hartog 2003 (1980); Shaw 1982; Antonetti 1987; Hall 1989, 51-54.

estos autores dieron sobre el origen del fenómeno del bandolerismo en Hispania (§ 8). Eso afirmó Estrabón al hablar del efecto que la miseria de los territorios montañoses noroccidentales sobre los valles del Duero y el Tajo, donde los *razzias* constantes retroalimentaban la paralización del progreso en la explotación de la tierra¹²⁰⁶. También la pobreza del territorio es la razón que dio Diodoro para justificar la formación de bandas entre los jóvenes lusitanos¹²⁰⁷. La ligazón entre la falta de desarrollo agrícola de estas poblaciones montañosas conllevaba según este discurso el desarrollo de la violencia endémica: «para algunos probablemente la miseria de las regiones y montañas haya acrecentado su singularidad»¹²⁰⁸. Igualmente, cuando se *reprodujo* la arenga que Aníbal pronunció ante sus mercenarios celtíberos y lusitanos, se imaginó que este habría aludido a la miseria de su vida pastoril para animarlos con la riqueza de los futuros saqueos bajo su mando¹²⁰⁹. También Apiano explicó las acciones de los celtíberos de Colenda por su pobreza¹²¹⁰. El pasaje de Estrabón en el que cuestionó la noticia de Polibio sobre el número de ciudades celtibéricas por considerarlo exagerado es muy revelador, pues con ello rebajaba el nivel de urbanismo de Celtiberia en la medida en que el dato contradecía la caracterización infracivilizada que estaba perfilando de ese pueblo antes de la llegada de Roma¹²¹¹. La arqueología, pero también la propia lógica del desarrollo de los acontecimientos históricos, hacen absolutamente insostenible ese tópico etnográfico de miseria y seminomadismo, por mucho que el largo periodo de conflictividad y transformación política y socioeconómica entre los siglos III y I a. e. c. generase profundas alteraciones en los mecanismos previos de propiedad y gestión de los recursos¹²¹². A un nivel literario, lo cierto es que ese tópico de la miseria también entra en contradicción con esa tradición de la *laus Hispaniae* sobre las riquezas de Iberia que cumplía, por su parte, sus propias funciones retóricas¹²¹³.

La misma simbiosis miseria-violencia fue transmitida por Estrabón sobre los germanos que, ocupados en la guerra, no cultivaban ni almacenaban alimentos¹²¹⁴. Muy similar es la pobreza endémica de los galos descrita por Cicerón¹²¹⁵. En ambos casos, el tópico es contradicho, no ya por lo que conocemos materialmente de esas culturas, sino por las visiones encontradas de otras fuentes más ponderadas en el tema¹²¹⁶. Ese tipo de

¹²⁰⁶ Str. 3.3.5.

¹²⁰⁷ D. S. 5.34.

¹²⁰⁸ Str. 3.3.8 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹²⁰⁹ Liv. 21.43.

¹²¹⁰ App. *Hisp.* 100.

¹²¹¹ Str. 3.4.13.

¹²¹² Ruiz Gálvez 1988; Muñiz Coello 1996; Gómez Fraile 1999; Pérez Vilatela 1999; Burillo Mozota 2016; Sánchez Moreno e. p.

¹²¹³ Fernández Chicarro de Dios 1948; Roncero López 1993; Torregaray Pagola 2004; Escribano Paño 2007; Lomas Salmonte 2007.

¹²¹⁴ Str. 7.1.3.

¹²¹⁵ Cic. *Rep.* 3.9.15.

¹²¹⁶ Tácito (*Germ.* 15-16), en lo que se refiere a la agricultura germana, y César (*Gal.* 6.13 y 15) sobre la

simplificaciones etnográficas concretas sobre el subdesarrollo de la periferia noroccidental deben inscribirse en un discurso político de exaltación de la romanidad en su faceta más pragmática: la pacificación del territorio y la introducción de técnicas urbanas y avanzadas no solo revertía en beneficio para Roma, sino para la propia provincia castigada por las necesidades y la violencia derivada. De esta manera las disquisiciones sobre los gustos alimentarios norteos adquirirían una dimensión política directamente imbricada en la lógica imperialista de fondo.

Ese trasfondo alterizante, la idea de la interacción básica, precaria e inestable de estos pueblos con su entorno se proyectaba en la descripción de instituciones sociales más complejas: la vida de la Iberia bárbara era pobre, dura y agreste, pero también diferente y extraña. Esta lógica reaparecerá de una forma muy clara al hablar de la representación de sus modos de combatir (§ 7) y las costumbres religiosas (§ 10), pero hubo otras derivaciones más inmediatas; una de ellas fue la manera de consumir aquellos alimentos que tan negativamente los definía.

He comentado que la escasez de vino ya era un factor alterizante en sí mismo, pero el contexto social en el que se bebía también estaba repleto de signos de barbarie. Tras hablar de sus alimentos continuaba Estrabón:

«apenas tienen vino, el que producen lo consumen rápidamente (*tachy*) en banquetes (*deipnon*) con los parientes. [...] Realizan sus banquetes sentados, con asientos contruidos en derredor del muro y se sientan de acuerdo con la edad y el rango (los manjares circulan en ronda); y en el momento de la bebida danzan en coro al son de la flauta y la trompeta, pero también dan saltos y se ponen en cuclillas, y en Bastetania danzan incluso las mujeres mezclándose con los hombres y se cogen de las manos unos a otros»¹²¹⁷.

Estaba describiendo una forma de banquete, lo que puede ponerse en relación con el estudio sobre los ritos de comensalidad prerromanos¹²¹⁸. Más allá de la posible veracidad de algunos de los datos del fragmento, a nivel discursivo, la selección de información, la terminología y el sentido que le otorga Estrabón parecen claramente dirigidos a perfilar una realidad barbárica en el norte peninsular. Hablar del consumo colectivo del vino para un griego es inseparable del concepto de *symposion*, con toda la significación social, política y religiosa que este evento tenía¹²¹⁹. Ciertamente, el *symposion* clásico como tal estaba extinto en la época de Estrabón, pero se mantenía arraigado como género, como concepto ideal, de manera que es razonable pensar que, al

riqueza gala, por ejemplo.

¹²¹⁷ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹²¹⁸ Domínguez Monedero 1995; Quesada Sanz 1994b; 1995b; Diloli i Fons y Sardà Seuma 2009; Quesada Sanz 2015; en general: Arnold 1999; Dietler y Hayden 2001; Sanz Mínguez y Romero Carnicero 2009, e.

¹²¹⁹ Murray 1999; Notario Pacheco 2013.

hacer una digresión sobre un banquete social, este se comparase, explícita o implícitamente, con esa noción abstracta tradicional¹²²⁰.

Si se plantea el análisis del texto en este sentido, el contraste es absolutamente sistemático¹²²¹. Para empezar, el término con el que se definió no era *symposion*, sino *deipnon*, con lo que se estaba presentando un simple banquete, desprovisto de los códigos y valores espirituales y sociales propios del banquete griego. El hecho de que se mencione el consumo de comida ya es un signo esencial de esa diferencia, pues en el *symposion* solo se consumía vino. El tipo y disposición de los participantes era también era distinto: el *symposion* era una reunión social que nada tenía que ver con asuntos familiares y los intervinientes se colocaban según un orden arbitrario en el que, ante todo, se trataba de neutralizar durante el evento las diferencias jerárquicas que pudiese haber entre ellos; por el contrario, el *deipnon* hispano se describió como una reunión de parientes en la que se colocaban en función de edad y rango. Además, en el caso bastetano mencionó la presencia de las mujeres, mientras que el *symposion* era exclusivamente masculino. Incluso el mobiliario era opuesto: los griegos se tumbaban en lechos y bebían en copas cerámicas específicas y selectas; los hispanos se sentaban en bancos y bebían en vasos de madera. Y lo más importante de todo, el *symposion* era para la poesía y la filosofía, era consustancialmente un evento con fines trascendentes e intelectuales; la culminación del hispano era la música y la danza. Un griego nunca bailarían en un *symposion*, aunque se contratara a profesionales que lo hiciesen para servir de inspiración, y menos aún de una manera tan agresiva como la descrita. Hay otro detalle aparentemente innecesario, pero enormemente simbólico: los hispanos bebían el vino rápidamente (*tachy*), mientras que el *symposion* contenía todo un protocolo en cuanto a las fases y la medida en que el vino debía servirse y rebajarse con agua.

El contraste es tan total y sistemático en todos los detalles, por anecdóticos que estos sean, que parece evidente la intencionalidad de representar una versión antitética del ideal del *symposion*, por mucho que puedan considerarse como verosímiles algunos de sus elementos. En todo caso la cuestión va más allá de la propia institución, tiene un trasfondo simbólico importante. Todas las reglas que definían el *symposion* estaban destinadas (teóricamente) a hacer un uso controlado de los placeres y la embriaguez con el fin de estimular la inspiración intelectual de las musas. La falta de control de la embriaguez conlleva abandonarse a la *manía*, a la desmesura, el exceso, la irracionalidad y el mero disfrute de los sentidos, desaprovechando su potencial civilizador. Esto era un síntoma claro de inferioridad cultural, por lo que el tema de la embriaguez fue algo absolutamente recurrente en su asociación con la barbarie, particularmente la de los pueblos menos civilizados¹²²². En el mismo tipo de discurso hay que incluir la llamada

¹²²⁰ Bermejo Barrera 1987b, 127.

¹²²¹ Para la comparativa que sigue a continuación, en detalle, *vide* Bermejo Barrera 1987b.

¹²²² Villard 1990; Domínguez Monedero 1995, 51-53; Amat Flórez 2013.

«sed céltica» que llevaba al consumo de alcohol de estos pueblos como estímulo para sus acometidas guerreras. El consumo de alcohol antes de la batalla reforzaba así su sentido caótico e irracional de la guerra en tanto que guiadas por una violencia ciega opuesta al racionalismo bélico grecolatino (§ 7). Ese mismo sentido estaba ya en la noticia de Heródoto sobre el consumo escita de vino puro¹²²³; también Platón metió en un mismo saco a escitas, persas, cartagineses, celtas, iberos y tracios por ser razas guerreras tendentes a la embriaguez¹²²⁴; borrachos estaban los galos que saquearon Roma según ciertas fuentes¹²²⁵ y lo mismo se afirmó de los arévacos que combatieron a las puertas de Numancia¹²²⁶. Ya fuese en los primitivos festines cántabros o en la impetuosa guerra celtibérica, el consumo incontrolado de alcohol reforzaba la imagen de pulsión caótica que era consustancial a la barbarie occidental.

Aunque muy breve y difícil de contextualizar, sobre esa ligazón alterizante acerca de la bebida cabe mencionar un fragmento que Ateneo de Náucratis atribuyó a Polibio:

«la más espléndida de las moradas es la de Menelao. Algo así imagina Polibio en construcción y esplendor la mansión de un rey ibero; dice además que éste había emulado el lujo de los feacios, salvo por las crateras colocadas en medio de la casa, llenas de vino de cebada, que eran de plata y oro»¹²²⁷.

El texto es breve y muy difícil de contextualizar, pero los elementos con los que se juega en él son muy significativos. De nuevo la cerveza aparecía mencionada como un rasgo claramente diferenciador y degradante de lo hispano, aunque en una situación muy diferente: aquí no se trataba de miseria y salvajismo, sino de una desmesura distinta, la de la riqueza. En efecto, la imagen que se perfila y las grandilocuentes referencias míticas parecen convertir a esta alusión en un ejemplo de excentricidad y exceso particularmente condensado en la contradicción grotesca entre el continente lujoso (las cráteras de oro y plata) y el contenido vulgar (la cerveza). Desde un punto de vista simbólico se ha entendido como un contrapunto irónico del Argantonio de Herodoto, tan arraigado en la tradición grecolatina: si el rey tartesio se situaba en un horizonte de atemporalidad idealizada, el rey ibérico era relacionado también con un pueblo homérico, pero de manera peyorativa; si el primero hizo una demostración generosa y loable de su riqueza, el segundo la utilizaba superficial y ostentosamente. Utilizando los consabidos lugares comunes propios de ese Extremo Occidente mitificado, se introducía así —en un contexto

¹²²³ Hdt. 6.84.1.

¹²²⁴ Plt. *Lg.* 1.637d-e.

¹²²⁵ Pol. *Strat.* 8.25.

¹²²⁶ Flor. 1.34.11; Oros. 5.7.2-18.

¹²²⁷ Ath. 1.16c = Plb. 39.9.15 (trad. de Rodríguez-Noriega Guillén 1998), aunque la adscripción a Polibio debe ser matizada (Moret 2009, 242-243).

discursivo que nos es desconocido— un estereotipo de regente degradado y tendente a la desmesura barbárica¹²²⁸.

Siendo en efecto la etnografía augustea una etnografía de la diferencia, la mujer tenía que cumplir en ese modelo un papel central. Si en la tradición historiográfica, su presencia militar sirvió para alterar las formas de guerra indígenas (§ 7), su presencia destacada en los ámbitos cotidianos sirvió para cargar de extrañeza y exotismo su forma de vida, funcionando como marcador del grado de incivilización de estos pueblos¹²²⁹. Así, al hablar de los pueblos del norte, Estrabón afirmó que

«Éstas [las mujeres] trabajan la tierra y cuando han dado a luz se ponen al servicio de sus maridos y los acuestan en su lugar; incluso en muchas ocasiones (dan a luz) en plena faena y lavan al niño y lo envuelven en pañales, reclinándose junto a un arroyo»¹²³⁰.

Más tarde Silio se hizo eco de la misma noticia concerniente a la asunción femenina del trabajo masculino:

«Las mujeres realizan el resto de las tareas: arrojar la semilla en el surco o voltear la tierra con el arado es un síntoma de debilidad para el hombre. Cualquier ocupación que no tenga que ver con la dura profesión de Marte la esposa galaica la afronta incansable»¹²³¹.

Por su parte, en lo que referente a la familia, Estrabón completaba la idea previa en una catalogación más genérica no exenta de cierto juicio de valor:

«algunas otras, quizá menos civilizadas, no son sin embargo salvajes, como que entre los cántabros los esposos aporten la dote a las mujeres, y el que las hijas queden como herederas, y que los hermanos sean entregados por éstas a sus esposas (pues poseen una cierta ginecocracia, y esto no es del todo civilizado)»¹²³².

Se ha intentado calibrar qué tipo de instituciones pudo haber tras estas noticias. Por lo general, se han superado ya los planteamientos más absolutos que vieron en ellas la demostración de un auténtico sistema matriarcal en el norte peninsular; más concretamente, la información sobre los cuidados tras el parto se relacionó a menudo con la práctica etnográfica de la *covada*, lo que, junto con el asunto de la dote, fue interpretado como pruebas de la existencia de arcaicos fenómenos de matrilinealidad y matrilocidad¹²³³. Más allá de estas teorías — en apariencia difíciles de sostener—, lo

¹²²⁸ Moret 2009.

¹²²⁹ En general, *vide* Saïd 1985; Gallego Franco 1999; Saavedra 1999; McCoskey 2005; en lo que atañe a Iberia, González Santana 2010.

¹²³⁰ Str. 3.4.17 (trad. de Gómez Espelosín 2007); *vide* García García y Gozalbes Cravioto 2010.

¹²³¹ Sil. Ital. 3.350-353 (trad. de Villalba Álvarez 2005).

¹²³² Str. 3.4.18 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹²³³ Domínguez Monedero 1984; Bermejo Barrera 1986b, 33-41; Serrano Muñoz y Rodríguez Herranz 2005; García García y Gozalbes Cravioto 2010.

que me interesa ahora, en todo caso, es el sentido discursivo que estas noticias tenían en relación con la caracterización de la barbarie hispana.

Cabe considerar en este punto las notas de Diodoro sobre estos asuntos a propósito de los pueblos baleáricos. Ya he mencionado que, en el reverso de su austeridad en lo relativo al oro y la plata, sí demostraban por el contrario una excesiva afición por comprar vino y mujeres (*vide supra*)¹²³⁴. Pues bien, ahondó aún más en el primitivismo de aquellos indígenas precisamente al describir sus insólitas costumbres conyugales:

«Entre ellos se da una extraña costumbre en relación con sus bodas. En las celebraciones de bodas, parientes y amigos por orden de edad, primero el más viejo, después el segundo y luego los demás siguiendo el orden, se acuestan uno tras otro con la novia, y el novio es el último a quien le toca tal honor»¹²³⁵.

En este caso, el sesgo barbarizante es especialmente evidente, sobre todo si se vincula con el resto de las noticias que el sículo transmitió sobre estos pueblos, también muy gráfico en lo referente a sus salvajes usos funerarios en ese mismo párrafo (§ 10). En concreto, el rito nupcial aquí descrito parece claramente inspirado en aquel que Heródoto recogió sobre los nasamones de Libia, cuyas esposas eran entregadas a los convidados de la ceremonia¹²³⁶.

En efecto, aunque en el caso de Estrabón no resulte tan obvio, parece clara esta intencionalidad si se pone en su contexto discursivo. Para empezar, existen paralelos muy significativos. La cuestión del trabajo fue también destacada y generalizada por Estrabón a partir del caso belga: «en cuanto al reparto que hacen de los trabajos entre hombres y mujeres, tan contrario a nuestros hábitos, es el común entre otros muchos pueblos bárbaros»¹²³⁷. Por otro lado, cuando mencionó la dureza de las hispanas al parir durante el trabajo, lo comparó con una anécdota idéntica contada por Posidonio sobre los ligures¹²³⁸; también Diodoro insistió en el trabajo incansable de las mujeres de Liguria¹²³⁹. En lo referente a las formas de organización matriarcal extrañas al mundo grecolatino, Tácito las atribuyó igualmente a las germanas¹²⁴⁰. Todas estas nociones alcanzarían su clímax con la descripción de la isla de las mujeres samnitas, donde los conceptos de inversión, exceso y aislamiento bárbarico alcanzaron un nivel demencial¹²⁴¹.

Por otro lado, lo cierto es que en el propio caso hispano, Estrabón fue absolutamente claro en su valoración. Es cierto que en la descripción de los usos de la dote y la herencia

¹²³⁴ D. S. 5.17.4.

¹²³⁵ D. S. 5.18.1 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

¹²³⁶ Hdt. 4.172.2.

¹²³⁷ Str. 4.4.3 (trad. de Meana y Piñero 1992).

¹²³⁸ Str. 3.4.17.

¹²³⁹ D. S. 5.39.

¹²⁴⁰ Tac. *Germ.* 18 y 20.

¹²⁴¹ Str. 4.4.6.

no utilizó ninguna fórmula de comparación explícita, pero implícitamente la referencia especular con los usos grecolatinos es evidente. En todo caso, la dirección del argumento queda aún más clara considerando el hilo completo que siguió. Antes de estas digresiones sobre el papel social de las mujeres había comenzado con una descripción minuciosa de distintos tipos de tocados y peinados, calificándolos de «extrañas costumbres» (*aetheia*); a continuación se había referido a la participación de mujeres y niños en los episodios de suicidio y asesinato colectivo, «crueldad e insensatez bestial»; además, en los dos apartados que ocupan estas noticias se intercalaron los apuntes sobre la plaga de ratas en el norte, los cánticos de los cántabros cuando iban a ser ejecutados y la costumbre de morir voluntariamente por la consagración al líder. Cuando valoró esas costumbres gineocráticas como algo «no del todo civilizado», las estaba comparando con esos otros elementos que eran simple salvajismo¹²⁴². Toda esta parte del libro emana primitivismo, miseria e irracionalidad bárbarica.

Como ocurre en lo referente a la participación de las mujeres en la guerra (§ 7), la idea de la preeminencia femenina en ámbitos masculinos (trabajo duro, política, economía, etc.) o participando de sus virtudes (valor, fuerza, etc.) eran manejados en la tradición etnográfica como signos inconfundibles de barbarie incivilizada con múltiples paralelos. En la mujer cantábrica se estaba aplicando el más simple y tradicional mecanismo de inversión etnográfica propia de la tradición herodotea¹²⁴³, aquel que encontraba en el género alterizado el instrumento más pertinente para la invención del bárbaro.

Esa barbarie genérica, por lo tanto, se proyectaba en la praxis de costumbres concretas que, de forma más evidente o más sutil en cada caso, evidenciaban la alteridad de aquellos pueblos por la propia anomalía que representaban dentro de los esquemas mentales grecolatinos. Dicha inercia se mostró más potente al aplicarse a las circunstancias concretas de las guerras, como veremos en los capítulos siguientes de esta Parte 3; en todo caso, anticipo ahora la idea de que en la caracterización de aquellas realidades que resultaban ajenas y, a menudo hostiles, se tendió a transmitir una visión primitivista, arcaizante e incluso infantil de las instituciones hispanas.

Un sentido explícitamente arcaico y exótico tenía la noticia estraboniana sobre la costumbre norteña de exponer a los enfermos en los caminos para que los transeúntes les aconsejasen sobre su enfermedad, «como los egipcios antiguamente»¹²⁴⁴. No fue casualidad que a esta noticia asociase otra referida a sus métodos de ejecución de los criminales más abyectos: «A los condenados a muerte los arrojan desde un peñasco, a los

¹²⁴² Traducciones de Gómez Espelosín 2007, *vide* sus comentarios al respecto.

¹²⁴³ McCoskey 2005, 61-65; sobre la mujer en la etnografía de Heródoto *vide* Hartog 2003 (1980); Dewald 1981; Saïd 1985.

¹²⁴⁴ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007); sobre el pasaje *vide* Sopeña Genzor y Ramón Palerm 2014.

parricidas los lapidan más allá de las fronteras o de los ríos»¹²⁴⁵. La alusión es problemática, porque encuentra estrechos paralelos como prácticas normalizadas en Grecia y Roma, por lo que no quedaría totalmente fuera de las coordenadas mentales grecolatinas; aun así, quizá pueda interpretarse el texto con un cierto tono de censura velada¹²⁴⁶.

He mencionado ya algunos ejemplos de índole económica: cuando Estrabón dijo de los cántabros que se servían del trueque «en lugar de» moneda, Diodoro afirmó la misma ausencia de numerario en las Baleares o cuando este mismo hablaba del colectivismo vacceo¹²⁴⁷, más allá de que se basasen en realidades verídicas o no, o que lo refiriesen en un sentido positivo o negativo, lo cierto es que coincidían en la intención de describir sistemas económicos que consideraban arcaicos y obsoletos desde su perspectiva civilizada. Lo mismo puede decirse en el ámbito sociopolítico; volveré sobre ello en más detalle al hablar del papel que las fuentes otorgan a los hispanos en la aplicación del derecho de guerra y su ambivalente consideración de la *fides* (§ 9); como afirmación general puede aducirse que los textos tendieron a perfilar rasgos de un comportamiento político arcaizante en los hispanos, aun cuando las propias dinámicas históricas y bélicas sugieren una realidad de formas de ordenación ciudadana, figuras de liderazgo y medios de interlocución e interacción diplomática ciertamente sofisticada, compleja y múltiple¹²⁴⁸. Esa degradación del Otro definiendo de forma discordante sus maneras de relacionarse con Roma. Entre otros ejemplos que trataré, la idea es muy clara en la anécdota en la que se cuenta cómo los enviados de Cértima bebían ansiosamente contra todo decoro al llegar al campamento romano para divertimento de los presentes¹²⁴⁹; está también en la manera en que Apiano describió a aquel «heraldo revestido con una piel de lobo *en lugar del caduceo*»¹²⁵⁰, utilizando esa locución comparativa omnipresente; desde un punto de vista más general, la *xenia/hospitium* o la *devotio* (§ 9) atribuida a los hispanos, en ocasiones incluso en un grado extremo, puede interpretarse en una misma línea: generalización simplificadora, primitivización de las costumbres e interpretación ética condescendiente. En efecto, esos modos diplomáticos insólitos y arcaizantes estaban en armonía con las formas de liderazgo igualmente primitivas. No es banal que el origen de Viriato para los autores grecolatinos fuese el de un simple pastor y bandido¹²⁵¹; algo

¹²⁴⁵ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹²⁴⁶ Bermejo Barrera 1986b, 29-33.

¹²⁴⁷ Str. 3.3.7; D. S. 5.17 y 5.34, respectivamente.

¹²⁴⁸ García Ríaza 2002; 2011; 2012; Sánchez Moreno 2011; Per Gimeno 2012; 2014; Sánchez Moreno y Aguilera Durán 2013; Esteban Payno e. p.

¹²⁴⁹ Liv. 40.47.

¹²⁵⁰ App. *Hisp.* 48 (trad de Gómez Espelosín 2016; el destacado es mío); sobre este episodio, *vide* Muñiz Coello 2001; 2016.

¹²⁵¹ Liv. *Per.* 52.8; Flor. 1.33.15; *vide* Lens Tuero 1986; García Moreno 1988; López Melero 1988; García Quintela 1993; Sánchez Moreno 2001; 2002a; 2002c; 2006; Pérez Abellán 2006; Salinas de Frías 2008; Iglesias Zoido 2010.

similar podría decirse de aquellos caudillos del noreste en el contexto de la Segunda Guerra Púnica —Indíbil, Mandonio y Edecón, por ejemplo—, que, dependiendo de la circunstancia, fueron clasificados como régulos o como jefes de ladrones, esos mismos a los que se describió humillándose ante Escipión para aclamarle anacrónicamente como *rex*¹²⁵². Ciertamente, en esas fórmulas incidieron múltiples elementos discursivos, políticos y filosóficos, pero sin duda su trasfondo reincidía, de nuevo, en el carácter primitivo de la ordenación indígena, por muy potentes y amenazantes que resultasen los ejércitos y confederaciones a los que lideraban.

En definitiva, se planteaba así todo un catálogo de costumbres que perfilaban en su conjunto un particular modo de vida. Siempre queda el reto de plantarse el grado de realidad tras los textos que generaron este estereotipo. Plantarse en la credulidad o el escepticismo radicales resulta tan poco interesante como difícil de argumentar. Me parece impensable una lectura positivista que le otorgue plena verosimilitud a estos relatos, pero tampoco me parece descartable la posibilidad de que en estas noticias quedase el eco de alguna experiencia real; la meritoria labor de intentar calibrar ese punto intermedio no es mi objetivo aquí. En todo caso, lo que sí me parece sólidamente argumentado es su sentido discursivo, lo que completaré a lo largo de esta Parte 3 comentando específicamente otros temas de índole cultural, religiosa, militar y política. En la génesis y reproducción de estos temas había un profundo prejuicio etnocentrista y un evidente sesgo ideológico que convirtieron estas cuestiones en clichés automáticamente repetidos. Ese estereotipo, si acaso partió de noticias reales, desde luego se nutrió también de *topoi* que estaban muy arraigados en la tradición etnográfica griega. El constructo del bárbaro occidental era dotado así de una faceta costumbrista fundamentada en la comparación grotesca con la vida cívica grecolatina, recurriendo no tanto a la oposición antagónica (que también) como a la identificación en estas prácticas de un arcaísmo propio ya superado. El bárbaro hispano se situaba así en un plano extraño y exótico, pero también en el espejo de un pasado propio ya desechado.

6.2. El inocente y los invasores

«La primera parte della [la *Crónica*] declara la niñez de nuestra España, qua(n)do estaua en su inocença y sinplicitad, sin tratar ni sentir las cosas del mundo, ni reçelarse de nadie. La segu(n)da habla de su moçedad, ò edad algo mas creçida, donde sienpre estuuu en la obediença y administracio(n) de otras gentes, como de ayos adiestradores suyos: quales fuero(n) los Romanos y Godos y las otras naçiones arriba declaradas, q(ue) la pusiero(n) en la buena manera d(e) biuir que después tuuo.

¹²⁵² Plb. 10.40; Liv. 27.19.7; 28.32.6, *e. g.*; *vide* Moret 2002-2003.

La tercera trata de las cosas de su mançebia, quando se hallo ya crescida y valie(n)te con fuerças bastantes p(ara) salir de la subjecion de sus ayos [...], no contentandose con mandar a todos los que primero la mandaua(n), sino ensanchando su inperio y passandolo mucho mas adela(n)te»¹²⁵³.

Este esquema con el que Ocampo presentaba la *Crónica* es probablemente una de las declaraciones más coherentes y explícitas acerca de la solución que se aplicó para dar sentido a la compleja problemática de situar al bárbaro prerromano en el transcurso del devenir histórico y cultural de España. Desde luego, no es original ni exclusivo de Ocampo el uso de la analogía entre las etapas históricas y las edades del hombre, que estaba también presente, por ejemplo, en la aplicación a la Historia de Roma que hizo Floro¹²⁵⁴. De una manera más inmediata, Ocampo probablemente se inspiró en Nebrija, que unas décadas antes había utilizado la misma metáfora en su *Gramática castellana*:

«[la lengua castellana] tuvo su niñez en el tie(m)po de los jueces y Reies de castilla y de leo(n): y come(n)ço a mostrar sus fuerças en tie(m)po del mui esclarecido y digno de toda la eternidad el Rei don Alo(n)so el sabio [...]. Y assi crecio hasta la monarchia y paz de que gozamos primeramente por la bondad y prouidencia diuina: despues por la industria trabajo y diligencia de vuestra real majestad. En la fortuna y buena dicha de la cual los miembros y pedaços de españa que estauan por muchas partes derramados: se reduxeron y aiuntaro(n) en un cuerpo y unidad de reyno»¹²⁵⁵.

La ligazón es enormemente significativa, pues Nebrija, con este símil «biológico-evolutivo», estaba dotando de un marco teórico a su reivindicación del castellano como seña de identidad nacional. De esta manera defendía el elemento lingüístico como factor cohesionador y uniformizador, formulándolo, precisamente, desde la idea de la conformación de una España unida en sus miembros de forma orgánica¹²⁵⁶.

Teniendo esto en cuenta, el uso del tópico por parte de Ocampo cobra pleno sentido, en tanto que la *Cronica* pretendía cumplir, aunque tardíamente, esa misma función nacionalizadora que se venía propugnando desde la época de los Reyes Católicos y que estaba pendiente de completar en el ámbito historiográfico (§ 3). Desde este punto de vista considero el discurso ocampiano como un hito especialmente trascendental, porque suponía llevar esa concepción identitaria de fondo a la Historia nacional y sus circunstancias por primera vez de manera sistemática. Estaba marcando una guía básica con la que dar sentido fundamental y comprensible al complejo proceso histórico que había conformado a España, desde una perspectiva unitaria, hasta su punto culminante, que identificaba con el momento imperial presente. Suponía, además una ruptura

¹²⁵³ Ocampo 1543, Vr.

¹²⁵⁴ Flor. 1.1; *vide* Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 20-22. En todo caso, es un lugar común de toda la tradición clásica, con especial incidencia en la historiografía latina y cristiana (Archambault 1966; Ruch 1972; Santos Yanguas 1981-1982; Moreno Ferrero 2001).

¹²⁵⁵ Nebrija 1492, prólogo.

¹²⁵⁶ Fernández Albaladejo 2007, 54-55.

importante con la tradición medieval; su periodización se supeditaba a las etapas del progreso cultural, mientras que división cronística, en aquel momento todavía absolutamente vigente, era exclusivamente política, ordenando el tiempo según una mera sucesión de «señoríos» o mandatos (griegos, romanos, godos, etc.), al modo de la correlación dinástica.

Dotaba a la Historia de sentido nacional, en primer lugar, al aislar con nitidez al sujeto, «nuestra España», entendida como entidad única, constante y distinta de «otras gentes». Su origen se remontaba al principio de los tiempos, mientras que el influjo de romanos y godos —entre otros menos importantes— era tardío y, sobre todo, externo, ajeno. Aun concediéndoles un papel tutelar fundamental y positivo, en esencia quedaban extrañados de la personalidad nacional, que se constataba como prerromana. En segundo lugar, le daba sentido a su historia de España al reconocer en ella un desarrollo vital. Este comenzaba con su prístina infancia, ignorante e inocente, que se identificaba con el período previo a las colonizaciones; a esta le seguía una etapa de mocedad, en la que entraba en juego una tutela adulta y externa que guiaría al pupilo por el cauce de una nueva realidad madura; solo así había sido posible que, en su plenitud juvenil, hubiese podido emanciparse y desarrollar al fin su enorme potencial.

Aunque la consideración de estas cuestiones no fue en absoluto monolítica, la analogía de Ocampo sirve bien para hacernos una idea general del papel que representaron los antiguos hispanos en el imaginario histórico-cultural renacentista. La España prerromana comportaría una niñez primigenia, plena de virtudes, incorrupta, pero también marcada por los errores propios de su inmadurez, lo que demandaría ciertos correctivos; por otro lado, los invasores, especialmente Roma, ejercerían su influjo paternal con el aporte fundamental de sus enseñanzas, pero también con la brutalidad expeditiva de un progenitor tiránico. Desde una visión ambivalente que infantilizaba a los pueblos originarios, Ocampo ponía el énfasis en el valor fundamental y necesario de la influencia civilizadora; con el tiempo, como veremos, a medida que la identidad autoctonista se reforzaba y la foránea se demonizaba, la infantilidad original iría perdiendo su reverso negativo y lo positivo de esa tutela se iría relativizando.

Ciertamente, la aplicación de ese modelo infantilizante de los pueblos prerromanos pasó por la reproducción, incluso el reforzamiento, de la idea de su infracivilización proyectada por las fuentes grecolatinas. Efectivamente, en la constatación de ese estadio primordial residía el sentido que se le otorgaba como horizonte germinal de la nación. Y esto se hacía tanto en su sentido positivo como negativo, valorándose a su vez las características del papel jugado por los agentes foráneos como contrapunto en cada caso. De esta manera, en este epígrafe y el siguiente, se incidirá en la manera en que estas dos caras de la misma moneda se articularon en las valoraciones generales del carácter bárbaro del pasado prerromano y el rol representado por los invasores y civilizadores,

de una forma genérica a partir de las formulaciones bajomedievales y, especialmente, renacentistas.

Desde luego, la reproducción de ese discurso primitivista comportaba una clara dimensión positiva, idealizante, que obviamente constituía el fundamento de la identificación de estos pueblos como ancestros de los españoles y contenía los rasgos de su esencia definidora. La barbarie infantil se entendía, desde este punto de vista, como un estadio incorrupto y auténtico en el que se manifestaban las virtudes morales consideradas como naturales y más fundamentales. No puede desligarse esta idea de la entelequia del *buen salvaje* que se desarrolle en el siglo XVI, espoleada por el colonialismo en América; es inviable entrar aquí en una cuestión tan amplia y compleja, pero es evidente que tuvo una influencia decisiva en distintas concepciones filosóficas e historiográficas acerca de la interacción entre pasado y civilización¹²⁵⁷, como veremos a lo largo de esta Parte 3 en las analogías y comparaciones que se hicieron entre ambas realidades.

Un rasgo característico de esa faceta fue la idea de que los pueblos locales tenían una forma de ser intrínsecamente inocente, cándida. Sin duda Ocampo fue el historiador que incidió en ello de una forma más reiterativa: en su obra, la noción de «ynoçençia y sinplicitad», la premisa de que se trataba de pueblos «sin reçelo», es absolutamente omnipresente; su carácter positivo se reforzó mediante su asociación automática a expresiones como «bien acostumbrados», «buenas costumbres», «paçíficos» o «poca malizia», y su atribución, que en ocasiones se focalizó en pueblos concretos como los indigetes o los vacceos, casi siempre se generalizó al conjunto de los pueblos «españoles»¹²⁵⁸. Ciertamente, esta fórmula fue repetida en el mismo sentido por Garibay y Morales¹²⁵⁹, aunque de una forma más puntual, sin el abrumador protagonismo que tenía en Ocampo. La candidez, que se destacaba como una de las presunciones por excelencia de esa etapa infantil, tenía, por tanto, un peso muy específico en un discurso como el de Ocampo en el que la barbarización de los hispanos, positiva y negativa, era subrayada para hacer aún más visible su evolución; por el contrario, perdería peso —desapareciendo prácticamente en el caso de Mariana— cuando el discurso se centre de forma más clara en la dignificación de estas gentes y su resistencia.

Por otro lado, esa percepción primitivista era complementada con otro aspecto con fundamentales implicaciones morales: la noción de austeridad, espiritual y material. Es interesante cómo, en el siglo XIII, Gil de Zamora, inspirado por Tuy y empleando los epigramas de Marcial, resaltó orgullosamente el carácter austero y viril de los españoles

¹²⁵⁷ Pagden 1988 [1982]; Cro 1977; 1978; 1982; 1992; 1994; Mason 1994; Kupperman 1995; Pratt 2008; Benítez Trinidad 2015, *e. g.*

¹²⁵⁸ Ocampo 1543, LXXXIV, CIIr, CXr, CLXIV, CLXXXIV; 1553, CCCXXIXv, *e. g.*

¹²⁵⁹ Garibay y Zamalloa 1571, 183; Morales 1574, 77r, 92r.

en general, entroncando de un plumazo con la Antigüedad autóctona y los preceptos bíblicos:

«Los Hispanos no son efebos ni elegantes, no tienen el pelo rizado ni son amanerados como los de otras naciones; son del temple de acero, nerviosos y aptos para el combate. Está su fuerza en los huesos y los nervios. Los Españoles, como exige la forma viril, están correctamente formados, llevan pelo recogido virilmente con una cierta naturalidad de manera que su pelo, sus adornos, no induzcan a dar de ellos una imagen impotente y afeminada. El movimiento de la cabellera es ignominia para el varón, alabanza y gloria para la mujer a la que el cabello ha sido dado como velo según atestigua el Apóstol en la primera epístola de los Corintios»¹²⁶⁰.

Más adelante, cuando Sánchez de Arévalo añadió a su *laus Hispaniae* una semblanza sobre el atemporal carácter hispánico, la austeridad fue también una de las cuestiones centrales:

«tienen los hispanos, según les gustaba decir a los antiguos, los cuerpos más aptos para la abstinencia y los esfuerzos, los más sufridos para fatigas cualesquiera del cuerpo y el alma, se cuidan además de soportar una dura y estricta frugalidad, vigiliass, el sol y el invierno, también el hambre y la sed, y están preparadísimos para sobrellevar cualquier peligro en favor de la patria y exponerse a ellos en busca de honor»¹²⁶¹.

Quizá lo más interesante en su caso es la ligazón que estableció entre esa virtud y la vocación patriótica del pueblo hispano en concordancia con su particular esencialismo autoctonista. No en vano, justo a continuación ejemplificaba el tema con los episodios de Viriato y Numancia, y marcaba su contrapunto en la corrupción femineizante que había llegado desde el Mediterráneo —como cuando Roma introdujo el agua caliente¹²⁶²—, felizmente conjurada después con la llegada de los godos.

Por su parte, para Ocampo, la gente de Iberia «ni amaua su gloria ni alabança, ni aun sabia que cosa fuesse alabança ni gloria», lo que además era relacionado con su natural desinterés ante los bienes materiales, pues era «gente sin codicia de riquezas, que ni tenian uso de dineros, ni de los otros interesses humanos mouedores d(e) los honbres»¹²⁶³. La misma sencillez respecto al modo de vida de los hispanos la resaltó Mariana, con consecuente laconismo: «el mantenimiento mas en cantidad que esquisito ni regalado», lo que celebró también de los cántabros¹²⁶⁴.

¹²⁶⁰ Gil *Hisp.* 4.1, a partir del prefacio de Tuy y Marc. 1.49; vide Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 120, nota 350.

¹²⁶¹ Sánchez de Arévalo 1470, 1.4 (trad. de Alvar Nuño 2017a).

¹²⁶² Lo que probablemente tomó de Iust. 44.2.6.

¹²⁶³ Ocampo 1543, IIIr-IIIv, CXCVv, LXXIVv, LXXVv, LXXr-LXXv, CXCVv; citas en *Ibid.*, IIIr, CXCVv.

¹²⁶⁴ Mariana 1601, 13, 186.



Figura 19. «Irrupcion de los cartaginenses», grabado de Blanco y Assensio sobre el diseño de López Enguádanos, para la adaptación española del *Compendio* de Anquetil (1806, 16)¹²⁶⁵.

¹²⁶⁵ Fuente:

<https://books.google.es/books?id=HymCWYY7chAC&lpg=PA3&ots=Y7u2rKGiav&dq=Compendio%20de%20Historia%20de%20Espa%C3%B1a%20Anquetil&hl> (accedido: 25/11/2017).

Más adelante, la figura de Viriato se convirtió en la figura central en la que concretizar y personificar ese tipo de virtudes relacionadas con la austeridad primitiva, derivadas fácilmente de su caracterización estoica grecolatina (§ 2.4). No obstante, los autores del XVI no explotaron este aspecto del héroe de forma plena; Morales destacó, a partir de Apiano, su generosidad en el reparto del botín, y Mariana, al hablar de sus orígenes, subrayó su humildad¹²⁶⁶, pero el tópico de la austeridad que sería después consustancial al mito viriático aún no existía en todas sus dimensiones. En relación con esto se ha advertido la circunstancia fundamental de que ni Morales ni Mariana utilizaron el fragmento de Diodoro que contiene la semblanza del lusitano —sí otras partes más accesibles de la obra— y, puesto que esta es la fuente más rica en ese sentido, no manejaron plenamente las posibilidades de caracterización moral del personaje¹²⁶⁷.

En general, aquellos tópicos primitivistas de inocencia y humildad que transmitieron Diodoro, Estrabón o Apiano, particularmente, tuvieron una positiva acogida en el pensamiento de este periodo en la medida en que encajaban bien con la relectura cristiana de la filosofía cínico-estoica. El llamado neoestoicismo, en su forma más acabada, vivió su auge desde finales del siglo XVI con una amplia recepción en el pensamiento hispánico, elevando a Séneca como un referente filosófico y moral fundacional; así, las nociones de sencillez y austeridad que le eran características, reinterpretadas como virtud cristiana, se acoplaron perfectamente a la inseparable simbiosis entre identidad española y la fe católica que se convirtió en la esencia nacional más potente¹²⁶⁸.

En todo caso, si bien esos *topoi* relacionados con la simplicidad tuvieron una relevancia importante en sí mismos, especialmente para Ocampo, realmente cobraron todo su sentido cuando se compararon con la naturaleza de las invasiones. En efecto, esa inocencia esencialmente positiva tenía una consecuencia muy negativa: una falta de picardía política y militar que no hacía sino agudizar la inoperancia propiciada por su desunión, facilitando su derrota. Fue precisamente en esos contextos de conflicto, cuando la idea de la inocencia hispana se reiteró de forma más contundente. La alabanza se volvía lamento y reproche hacia aquellos ingenuos que se dejaron embaucar en negociaciones económicas, acuerdos diplomáticos, ardises militares o persuasiones religiosas: «porque todos aquellos siglos fue gente sin doblez y sin cuydado [...], ynocentes y descuydados y de muy poco reçelo en los males que les podian succeder»; que poco podían hacer ante un pueblo como el romano, «ge(n)te cerimoniosa, y muy doblada y resabida», utilizando como ejemplo paradigmático el de los legados celtibéricos de Cértima¹²⁶⁹.

¹²⁶⁶ Morales 1574, 121r; Mariana 1601, 141.

¹²⁶⁷ Gómez Martos 2012, 131-141; 2014; 2018, 139-147, con los pormenores de la transmisión de ese fragmento (D. S. 13.1).

¹²⁶⁸ Bluher 1984 (1969); Cantarino Suñer 2000; 2003, *e. g.*

¹²⁶⁹ Ocampo 1543, IIIr-IIIv; Morales 1574, 92r, respectivamente; la misma idea en Ocampo 1543, XLVv,

En efecto, la virtud encontraba su contrapunto en la perfidia, sagacidad y codicia de los invasores que supieron aprovecharse de la sencillez local. Como sería habitual en toda la historiografía europea, fenicios y cartagineses se llevaron la peor parte en ese sentido: perfilados como avaros, falsos, crueles y tiránicos, su imagen cultural fue la más estereotipada y desprovista de matices y concesiones, lo que derivaba de las noticias grecolatinas, pero también de la predisposición moderna a ahondar en los prejuicios típicamente antisemitas y antiafricanos¹²⁷⁰. Todos los autores de este periodo fueron implacables y unánimes acerca de lo execrable de estos pueblos; Mariana fue especialmente ilustrativo cuando presentó a los fenicios como «hombres que eran de avaricia insaciable, de grande crueldad y fiereza, compuestos de embustes y de arrogancia, gente impia y maldita»¹²⁷¹. Sobre los griegos, por su parte, no pesaban estereotipos que suscitaran una animadversión parecida; aun así, podemos encontrar algunas quejas sobre sus engaños comerciales a los nativos¹²⁷², además de la valoración negativa que tuvo su influencia religiosa idolátrica (§ 10.2).

Por otro lado, por muy sesgada que fuese la imagen de los fenicios y púnicos, Roma proveía de una cantidad mucho mayor de ejemplos históricos con los que caracterizarla negativamente, aunque su lectura, menos visceral, fue más compleja y matizada. En efecto, la Historia hablaba de abusos movidos por la codicia y éxitos logrados mediante traición y brutalidad, pero normalmente estos no fueron tratados como rasgos definidores de Roma en sí misma, sino como formas incorrectas de conquistar.

Probablemente el contexto en el que la expansión romana recibió un ataque más duro fue en la obra de Las Casas a propósito de su defensa de los derechos de los nativos americanos. Como ya anticipé (§ 4.4), parte de su argumentación se fundamentó en la analogía entre el Imperio romano y el español, aunque en negativo, invirtiendo su paralelismo triunfalista para subrayar las consecuencias nefastas que habían tenido ambos procesos. Si bien es cierto que a menudo ese tipo de críticas se centraron en las tropelías cometidas en territorio judío¹²⁷³, el dominio de los hispanos resultaba especialmente sugestivo, pues remitía al sufrimiento de los propios antepasados. Ya antes de la Controversia de Valladolid, otro dominico, Melchor Cano, en su *De dominio indorum* (1546), refutó las tesis imperialistas de Sepúlveda deslegitimando precisamente el ejemplo de las conquistas romanas, incluida la hispana, por haberse llevado a cabo por

LIIIv, LXXVv-LXXVIr, CXXVIIv, CLXXXIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 112, 122; Morales 1574, 38v, 89r, 93r, 94v, 117v, 126v, 143v.

¹²⁷⁰ Ferrer Albelda 1996a, 29-52.

¹²⁷¹ Mariana 1601, 48. En general, sobre la tiranía y perfidia fenicia: Ocampo 1543, LXXVv-LXXVIr, XCIVr, LXXXVr, CIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 122, 125; Mariana 1601, 44, 48; y acerca de los cartagineses: Ocampo 1543, CXv-CXIr, CXIXv, CLXXXIXr, CXCVIIIr-CXCVIIIv; 1553, CCCVIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 139; Morales 1574, 63r-63v; Mariana 1601, 49-52, 71-72, 85.

¹²⁷² Mariana 1601, 29; Ocampo 1543, XLVv; Mariana 1601, 29.

¹²⁷³ Utilizando la obra de Flavio Josefo, por ejemplo (Valenzuela Matus 2016, 92-94).

razones injustas, movidas por la avaricia y ambición de oro¹²⁷⁴. Las Casas llevaría esta idea a su máxima expresión: el sometimiento de los hispanos había sido innecesariamente violento, y además había sido motivado exclusivamente por la codicia, de forma que la civilización de sus habitantes fue un simple pretexto.

«¿En esto consiste arrancar la feroz barbarie de las almas de los bárbaros? ¿No es esto, más bien, actuar como ladrones, asesinos y crueles salteadores y precipitar a aquellas mansísimas gentes en la desesperación?»¹²⁷⁵.

Justo antes había aludido, como en otras ocasiones, al texto de Diodoro en el que hablaba de la explotación de las minas hispanas, una actividad fácilmente identificable con la realidad americana presente¹²⁷⁶. Así, en esta clase de afirmaciones la actuación romana funcionaba básicamente como una figura retórica con la que promover emocionalmente la empatía con los sometidos para propiciar la reflexión sobre las propias acciones. En todo caso, lo que se pretendía con ello era defender el sometimiento pacífico y voluntario, así como poner coto a los excesos de los colonizadores, no cuestionar la legitimidad del dominio en sí mismo, camino indispensable para superar la barbarie (§ 6.3).

Desde luego, ese potencial crítico sobre Roma se ejemplificó en la historiografía humanista con los abundantes ejemplos provistos por las propias fuentes. En efecto, su expansión hispana fue presentada en general como un acto de invasión y sometimiento, destacándose con mayor o menor dramatismo los episodios documentados de matanzas y represiones, el incumplimiento de tratados o la avaricia en la explotación de la riqueza hispana¹²⁷⁷. Ahora bien, lo más habitual fue que las censuras se focalizaran en personas, actitudes y acciones concretas. Por supuesto, el caso de Numancia fue uno de los principales ejemplos de su carácter abusivo y arrogante; de hecho, Morales achacó las dificultades de Roma para tomar la ciudad a la injusticia de su causa¹²⁷⁸. También se volcaron las iras de forma especial sobre Galba, cuya matanza de lusitanos se consideró un símbolo de perfidia; o de las expeditivas campañas de Lúculo, que fueron consideradas por Morales, y luego por Mariana, como una actitud «mas que de bárbaros»¹²⁷⁹; ideas similares se expresaron sobre otras figuras como Didio o Serviliano, entre otros¹²⁸⁰.

¹²⁷⁴ Cano *Ind.* 1.20. Se trata de una lección pronunciada en la Universidad de Alcalá y está editada, traducida y comentada en Pereña Vicente 1956, 61-146; sobre este aspecto concreto, *vide* Lupher 2003, 190-203.

¹²⁷⁵ Casas *Apolog.* 1.4 (trad. de Losada 1989), en todo el apartado redundó en esa misma idea.

¹²⁷⁶ A partir de D. S. 5.36; *vide* González Rodríguez 1981, 136; Lupher 2003, 193-194; Valenzuela Matus 2016, 92.

¹²⁷⁷ Garibay y Zamalloa 1571, 169-175; Morales 1574, 68v, 89v, 96v-97v, 220v, *e. g.*

¹²⁷⁸ Garibay y Zamalloa 1571, 181-186; Morales 1574, 124v-126r; Mariana 1601, 130, 146, 149.

¹²⁷⁹ Sobre Galba: Garibay y Zamalloa 1571, 179; Morales 1574, 109v-110v; Mariana 1601, 138, 142; sobre Lúculo: Morales 1574, 107v-108v; Mariana 1601, 136-138.

¹²⁸⁰ Morales 1574, 119v, 126v, 137v; Garibay y Zamalloa 1571, 181, 187-188; Mariana 1601, 175, *e. g.*

«Porque en este tiempo a los capitanes Romanos que aca venian, como Apiano aqui lo dize, no les traya otra cosa, mas que ambicion de gloria y fama, desseo del triumpho, o cudicia de riquezas: sin tener ningun respecto al acrecentamiento, y autoridad de su republica»¹²⁸¹.

La inocencia se oponía a la perfidia, la sencillez a la ambición y la austeridad a la codicia, pero la correspondencia no se hacía en los mismos términos, al menos en el caso de Roma. Lo primero era característico de los pueblos hispanos, lo segundo, de los «capitanes Romanos», lo que no tenía por qué corresponderse necesariamente ni con las motivaciones de Roma ni con la esencia de los propios romanos. Como extensión de esta idea es interesante observar cómo se reprodujeron asimismo las críticas sobre la inoperancia y la corrupción de los mecanismos judiciales de Roma contra los culpables de esos abusos¹²⁸². Garibay se mostró particularmente molesto con esa lacra, a la vez que deslizaba una incisiva indirecta acerca de su recurrencia a lo largo del tiempo: «consideren las gentes, si esta dole(n)cia, aunque diabolica, y infernal, no es antigua»¹²⁸³.

Desde luego la demonización de ciertos personajes romanos aprovechando convenientemente el propio sentido propagandístico de las fuentes cuando estas los habían caracterizado, mediante determinadas figuras retóricas, como modelos ejemplarizantes en negativos, precisamente, a partir de sus relaciones con los pueblos sometidos (§ 2.4). La recepción de esas figuras prototípicas comportó interesantes relecturas políticas. De esta manera, si bien los fenicios y cartagineses eran presentados como pueblos execrables en sí mismos, Roma era vista más bien como un imperio infectado de manzanas podridas y proclive a los excesos, un imperio disfuncional —en términos actuales—, del que podían extraerse enseñanzas útiles para los problemas presentes.

En general, de esto se derivan dos interesantes cuestiones: la reinención de esas figuras estereotipadas de manera individual y la general valoración de la conquista hispana. Así, en primer lugar, la visión del imperialismo romano en la historiografía bajomedieval y renacentista nos recuerda con claridad el sentido pedagógico más inmediato y pragmático de sus producciones en este periodo, nos advierte de que no solo fueron concebidas como una loa patriótica, sino también como un *espejo de príncipes*. En gran medida concebían a la familia real como los interlocutores fundamentales, y por lo tanto se formulaban al modo ciceroniano como un compendio de enseñanzas sobre el buen gobierno que sirviesen como *exemplum* de presente y futuro, lo que no estaba exento de advertencias y críticas¹²⁸⁴. En este sentido, las acciones de Roma, modelo imperial por

¹²⁸¹ Morales 1574, 126v.

¹²⁸² Garibay y Zamalloa 1571, 177; Morales 1574, 96v-97v, 113r, 126r-127r; Mariana 1601, 142.

¹²⁸³ Garibay y Zamalloa 1571, 177.

¹²⁸⁴ Es de destacar como el propio Mariana concibió su Historia como una aplicación práctica de su ensayo de filosofía política *De Rege*, por el que fue encarcelado; sobre este vínculo entre historiografía y

antonomasia, eran el escenario ideal para ejemplificar las consecuencias de la soberbia política, lo que resultaba especialmente aleccionador si los afectados por sus efectos habían sido los propios antecesores de los españoles. Se recordaba a la Corona su papel como garante de la justicia y la moderación en sus dominios y se hacía mediante el recurso, de nuevo, a esa doble identificación con el imperio y sus sometidos. No era una simple demonización de los invasores, era también una digresión sobre ética política, guerra justa y equilibrio de poder. Resulta ilustrativo en ese sentido, por ejemplo, cómo la dicotomía establecida por las fuentes entre Escipión y Galba, héroe y villano, fue asumida y reproducida explícitamente por Garibay¹²⁸⁵. Por lo tanto, la utilización de la figura de algunos conquistadores de Hispania demonizados en la tradición grecolatina no debe verse solo como un recurso para ensalzar y justificar la resistencia hispana, sino que también funcionó como catálogo didáctico eminentemente pragmático acerca de las nociones fundamentales del buen o mal gobierno.

En segundo lugar, esa actitud ante los invasores romanos denota otra interesante implicación simbólica. Por mucho que se elevasen lamentos por el yugo extranjero y se denunciase la crueldad de la guerra, lo que se rechazaba era la injusticia de las acciones de la conquista, no la conquista en sí misma, cuya consecución podría haber sido legítima si se hubiese desarrollado correctamente. Morales fue muy claro cuando, después de una larga proclama contra la soberbia de los romanos, concluyó que: «bie(n) se sabe de los Españoles, q(ue) llevados por bie(n) y tratados co(n) bla(n)dura, son faciles de retener en bue(n) gouierno»¹²⁸⁶. En la misma línea, Ocampo, que probablemente es el autor con un discurso más marcadamente imperialista, había destacado muy positivamente, tanto de griegos como de cartagineses, su voluntad de armonía con los hispanos, lo que además comparó con la lograda entre españoles y americanos (§ 4.4)¹²⁸⁷. En un sentido similar, toda la historiografía del momento reiteraría con alabanza y orgullo el tópico de la lealtad incondicional de los hispanos hacia cualquiera que supiera ganársela (§ 9.2).

Desde luego, esa visión sobre el dominio romano de Hispania como cantera didáctica no es original del Renacimiento, sino que ya tuvo un importante desarrollo bajomedieval, particularmente desde la *Estoria* de Alfonso X. El punto es interesante, porque esa idea de la conveniencia del gobierno blando también fue muy trabajada en aquella obra. No obstante, en ese caso, no funcionaba para resaltar la posibilidad de gobernar a los hispanos de forma armoniosa, sino todo lo contrario: la impresión que transmitió fue que los romanos, como Escipión o César, habían tenido que emplear estrategias especialmente benévolas en Hispania porque esa era la única manera de bregar con unos pueblos naturalmente violentos e intratables; el mérito estaba en la figura del

pensamiento político en su obra, *vide* Braun 2007.

¹²⁸⁵ Garibay y Zamalloa 1571, 179.

¹²⁸⁶ Morales 1574, 69r.

¹²⁸⁷ Ocampo 1543, XLVv.

conquistador efectivo, a modo de espejo de príncipes, y el defecto en los hispanos que se resistían a facilitar un gobierno estable, con lo que se hacía una clara extrapolación de los problemas presentes (§ 7.2).

Ni en la historiografía medieval ni en la renacentista, ambas esencialmente imperialistas, se censuraba el acto de anexión y colonización en sí mismos. Ahora bien, sobre todo desde el siglo XVI, se introdujeron consideraciones cada vez más nítidas en favor de aquellos que habían sido sometidos en la medida en que ahora se percibían como los propios ancestros de los españoles de una forma mucho más directa y empática. El imperialismo seguía siendo legítimo, siempre y cuando se hubiese llevado a cabo de acuerdo con unas normas. Lo que se criticó fueron los modos inapropiados y excesivos: la crueldad innecesaria, la perfidia diplomática o la explotación codiciosa. Y estas características se confrontaron con la posibilidad de una conquista honorable, basada en las «buenas maneras», que habría resultado permisible, e incluso se habría encontrado con la colaboración de los feroces, pero razonables hispanos. De nuevo actuaba ese posicionamiento esquizofrénico hacia la acción de los invasores. Pero además constata el hecho de que aún no puede entenderse la percepción de la conquista foránea como una violación de la nación en el sentido decimonónico, cuando nada pueda justificar la enajenación de la soberanía sobre un territorio orgánicamente vinculado a un pueblo y su cultura intemporal. La dicotomía entre inocentes primitivos y pérfidos invasores estaba lejos de ser simple.

6.3. El bárbaro y los civilizadores

De la misma manera que esa dicotomía entre el pérfido agresor y el noble agredido no era simple ni cerrada, la idea del primitivismo hispano tenía, asimismo, un reverso opuesto igualmente complejo. Conviene recordar que, desde la Plena Edad Media, estamos ante discursos historiográficos concebidos como legitimación de un sistema político unificador, centralista y autoritario, marcados, además, por una irrenunciable reverencia por la civilización clásica, especialmente en el Renacimiento. Con ese telón de fondo, el concepto de barbarie grecolatina, como en su origen, mantenía en el contexto renacentista ciertos elementos que podrían considerarse como inadmisibles desde distintos puntos de vista, cultural, religioso o moral. En los capítulos posteriores comentaré en detalle algunas cuestiones concretas que tuvieron un papel específico en esa problemática de fondo; por el momento, en este apartado incidiré en la idea global de que, en la caracterización de esa barbarie infantil de los hispanos hubo ciertas consideraciones generales sobre ese extremo negativo que, por oposición, dotaron de sentido positivo al papel civilizador de los invasores.

En la visión de la cronística medieval sobre el pasado prerromano no parece que se pueda identificar una caracterización bárbara clara. Ciertamente, más que conformar un discurso etnográfico como tal, fueron presentados fundamentalmente como problemas políticos reconocibles que debían ser resueltos, convirtiéndose en un claro trasunto de los retos políticos presentes (§ 7.2). Ahora bien, eso no significa que no hubiese en el trasfondo intelectual alfonsino una cierta concepción general acerca de la humanidad primigenia en la que encajaban esas referencias concretas, y que tenía precisamente, un sentido crítico respecto de ese horizonte original. En este sentido, se ha resaltado la importancia de un pasaje de la primera parte del tercer libro de la *General Estoria*, donde se hace una pequeña reflexión acerca del proceso de acercamiento del hombre a Dios, y que denotaría una «influencia difusa» pero decisiva, del pensamiento grecolatino acerca de la civilización y la barbarie¹²⁸⁸. Según esta interpretación, puede identificarse la recepción de ciertas nociones de Cicerón al respecto que, si bien no se emplearon de una manera directa y literal, sí reproducirían lo esencial de las ideas de aquel¹²⁸⁹: la exaltación del progreso y las instituciones humanas para el dominio de la naturaleza, el rechazo de cualquier pervivencia de salvajismo, lo que podría definirse como posicionamiento básicamente antiprimitivista.



Figura 20. Miniatura de la *Estoria* de Alfonso X, que representa un monumento levantado por Hércules donde Julio César fundaría Sevilla (E₁, mss. Y.1.2 de El Escorial, fol. 5r)¹²⁹⁰.

¹²⁸⁸ Fraker 1985, 22-27; 1996, 125-130; tomo el término de él, *diffuse influence*.

¹²⁸⁹ En particular, se señala el especial paralelismo con Cic. *Off.* 2.12-15, además de una general influencia de *De inventione*.

¹²⁹⁰ Fuente: <https://www.dhi.ac.uk/estoria> (accedido: 19/03/2018).

Realmente esto encaja bien con la visión que la *Estoria* transmite acerca de la colonización de Hispania, en lo que concierne a sus efectos prácticos, pues nunca incluyó disquisiciones abstractas al respecto. En este sentido, ya he señalado la importancia que se le otorgó a los héroes mitológicos como fundadores de ciudades y constructores de infraestructuras (§ 3.3). Especialmente significativa es la labor de Hércules en la obra de Alfonso X y su tradición posterior¹²⁹¹. Rada había sido más crítico con los efectos destructores de este¹²⁹², pero, por otro lado, sostuvo la misma idea de la civilización positiva en lo concerniente a Hispán, y también con una importante influencia posterior¹²⁹³. Asimismo, para el periodo histórico, algunos pasajes de resistencia como el de Sagunto, Numancia o Viriato se reprodujeron en la *Estoria* con un cierto halo patriótico a propósito de la gesta bélica y su identificación con ciudades presentes (§ 3.4); sin embargo, no parece que se pretendiese transmitir ningún discurso contrario a las invasiones y colonizaciones en sí mismas, pues, de hecho, se concebían como la sucesión providencialista de «señoríos», fatídicos, en algunos casos, pero legítimos, en definitiva. Por el contrario, como comentaré más adelante, la imposición romana en general, y, en concreto, las acciones de ciertos protagonistas (Escipión, César, Pompeyo y Augusto) fueron presentadas como el triunfo del orden y la legalidad frente la agresividad y el caos endémico, seña inconfundible de la infracivilización (§ 7.2). En esta línea, también son llamativas algunas alusiones muy puntuales a los ritos primitivos practicados por estos pueblos alejados de la religión verdadera (§ 10.2). Ahora bien, de entre la obra alfonsina, sin duda alguna el pasaje donde la noción del triunfo del conquistador legítimo sobre la barbarie indeseable encontró su formulación más clara y directa fue en el relativo a la Guerra Astur-Cántabra (*vide infra*).

Por supuesto, el Renacimiento supuso un fundamental desarrollo de la cuestión de la civilización humana, tanto en su formulación teórica, como en su aplicación historiográfica en el relato de las conquistas y resistencias antiguas de Iberia. Desde las tempranas aproximaciones humanistas entre los siglos XV y XVI la divergencia entre la perspectiva más autoctonista y la más clasicista en la reformulación nacional del modelo italiano (§ 4) se plasmó, en parte, alrededor de esta cuestión general. Así, mientras autores como Sánchez de Arévalo recalcan la virtud incorrupta de los hispanos (§ 6.2), otros como Marineo o Margarit reproducían fielmente la etnografía grecolatina para reforzar su laudatoria visión de la civilización romana. Es el caso del segundo cuando empleó de forma pionera la obra de Diodoro como base etnográfica para definir a los celtíberos, recalcando sus prácticas más denigratorias, como la higiene con orina¹²⁹⁴.

¹²⁹¹ Alfonso X *EE* 5-11, y tras él, *CI344* 5-8, *e. g.*; *vide* Domínguez Rodríguez 1989; Cárdenas 1997; Vigo Trasancos 2010.

¹²⁹² Rada *Hisp.* 1.5; 3.22; *vide* Fernández Valverde 1989, 45-46; *cfr.* Tate 1954, 4-5; 1970, 16-17.

¹²⁹³ Rada *Hisp.* 1.7, y tras él, por ejemplo, Gil *Hisp.* 1.2-3; *Num.* 1.10.

¹²⁹⁴ Margarit i Pau 1545 [1484], IXr-IXv; a partir de D. S. 5.33-34.

Ahora bien, como comentaba al inicio del epígrafe previo, fue Ocampo quien aplicó, quizá por primera vez, un modelo abstracto sobre las etapas de la Historia de España que pretendía dar una explicación coherente al proceso civilizador de los hispanos desde su estadio más primigenio. Consecuentemente, este nuevo interés por el proceso civilizador conllevó una nueva preocupación por definir, implícita o explícitamente, a la barbarie, sus efectos y los modos de revertirla. Es obvio que, desde el prisma renacentista, la falta de civilización comportaba una carencia esencial. En este sentido, ciertos calificativos recurrentes de procedencia grecolatina se manejaron de forma habitual al caracterizar esa faceta: además del propio «bárbaros», destacaron por sus implicaciones «feroces», «silvestres» o «salvajes»; no solo eran el resultado de una traducción directa del propio concepto latino de *feritas* o *ferocitas*, también lo eran en todas sus connotaciones semánticas, en lo que conlleva de aplicación del determinismo geocultural grecolatino. Así, estos adjetivos fueron sistemáticamente vinculados a nociones como «aislamiento», «esquividad» o «arriscamiento», y relacionados con los entornos montañosos e interiores como ambientes especialmente propicios para el desarrollo de esos estadios de barbarie más radicales: «los españoles d(e)ste siglo q(ua)nto mas d(e)ntro morasse(n) d(e) la tierra, ta(n)to mas fuesse(n) esq(ui)uos y feroçes, por estar ap(ar)tados d(e) la comunicao(n) y trata(n)ça de los extra(n)geros»¹²⁹⁵. Se reproducía así el discurso estraboniano sobre la predisposición natural al salvajismo de los pueblos de zonas agrestes y la incidencia negativa de la incomunicación con el Mediterráneo y, con ello, la dicotomía costa-interior como sinónimo de civilización-barbarie.

La cuestión pasaba además por animalizar los comportamientos de estos pueblos, no solo por el sentido de los propios términos, sino también por la reiteración explícita de la idea de que se estaba ante formas de vivir que no se «pudiese llamar humana». Mariana fue especialmente ilustrativo en su introducción: «grosseras, sin policia ni criança, fueron antiguamente las costumbres de los Españoles. Sus ingenios mas de fieras que de hombres»¹²⁹⁶. En cierto sentido, esa faceta de barbarie excesiva que lastraba al carácter primitivo de los antiguos españoles era perfilado como una dimensión prehumana necesitada de una «domesticación» tutelada.

Como ocurre en la cuestión de la candidez primitiva, particularmente Ocampo incidió de una manera destacada en la profundización de la noción de barbarie, aunque, en este caso, en su sentido negativo. Por supuesto, la idea fue recurrente en lo que se refería a los pueblos nativos relacionados con las primitivas colonizaciones míticas y que precedieron a los pueblos prerromanos conocidos históricamente. Es el caso de los sarios, descendientes de la primera colonización de Túbal y asentados en territorio lusitano, de los que afirmó que vivían desnudos y devoraban a los extranjeros, o el de los arotrebas,

¹²⁹⁵ Ocampo 1543, CCIIr.

¹²⁹⁶ Mariana 1601, 14, volvió a calificar a los españoles antiguos de «barbaros», en general, en *Ibid.*, 126.

pueblos primigenios de Galaecia, así como el de los primeros pobladores del territorio astur¹²⁹⁷.

No obstante, estos conceptos no eran ajenos a las gentes históricas. Por ejemplo, llama la atención el interés que despertó en Ocampo las noticias de Diodoro acerca del salvajismo de los primitivos habitantes de las Baleares, cuando hablaba de su modo de vida salvaje, su rechazo al valor de los metales preciosos y su afición compulsiva por las mujeres y el vino (§ 6)¹²⁹⁸. Ocampo parece absolutamente fascinado por la rusticidad de esos pueblos, con lo que reiteró, adornó y amplió a menudo las anécdotas diodoreas, a veces de forma forzada, recreándose incluso con cierta sorna:

«se metiero(n) en los nauios alegres y muy contentos por ver dentro dellos mugeres españolas y africanas: co(n) muchas pipas de vino d(e) que pensaua(n) ser pagados en sus gajes»¹²⁹⁹.

Si bien sus sucesores reprodujeron la idea del salvajismo baleárico, nunca demostraron un interés comparable¹³⁰⁰. Parece que su insistencia sobre el barbarismo original se combinó en este caso con la atracción particular de Ocampo hacia este caso en cuestión, especialmente exagerado. En todo caso, aunque sin el ensañamiento que demuestra ante los baleares, insistió igualmente en otros casos propios de las colonizaciones prerromanas, como el de la ferocidad de los indiketes en su encuentro con los griegos¹³⁰¹.

Por otro lado, la matriz determinista que vinculaba indisociablemente el interior peninsular, la montaña y la barbarie se aplicó de una forma muy directa en la *Coronica*. En esta línea, Ocampo insistió en el temor de los cartagineses al adentrarse más allá de la costa andaluza, alabó el valor de los túrdulos célticos y los celtíberos por sus expediciones en Lusitania e intentó explicar con dicho argumento los motivos del primitivismo de los galaicos y los ilergetes, al igual que hizo Morales con los lacetanos¹³⁰².

No obstante, esa barbarización determinista se reprodujo de una manera especialmente clara en lo que respecta a los pueblos del norte en consonancia con el discurso estraboniano: el extremo salvajismo norteño era el resultado de la naturaleza agreste de su territorio y, con ello, la circunstancia de su aislamiento respecto a Roma y la civilización en general; estos elementos (naturaleza abrupta y ferocidad de sus gentes),

¹²⁹⁷ Ocampo 1543, CXXXIVr-CXXXIVv, CLXXVIIIr-CLXXVIIIv, CLXXXVIIr, respectivamente.

¹²⁹⁸ D. S. 5.17.

¹²⁹⁹ Sobre su forma de vida salvaje: Ocampo 1543, LIVv, XCIIr, CXXVIIv, CLXXXIXr-CLXXXIXv; acerca de la cuestión del pago en mujeres y vino: *Ibid.*, CXXXIXr-CXXXIXv, CXLv, CXLVIIr, CLXXv, CCXXXr; cita en *Ibid.*, CLXXXIIr. *Vide* Gómez Martos 2012, 96-97; 2018, 108-109, aunque es debatible su afirmación de que Ocampo eliminó el sesgo barbarizante de Diodoro al referirse a estos pueblos.

¹³⁰⁰ Garibay y Zamalloa 1571, 137; Mariana 1601, 43.

¹³⁰¹ Ocampo 1543, LXIXv, CLXVIv y CLXVIIIr-CLXVIIIv.

¹³⁰² *Ibid.*, LXXXIV, XCIIr y CLXIIr; CLXXIIr y CLXXIIIr; LXXXIIr; CLXXVIr; 1553, CCLXVIIIr; Morales 1574, 77v, respectivamente.

se identificaban como las causas del retraso en su conquista, lo que cerraba el círculo vicioso de la barbarie hasta la llegada providencial de Augusto (§ 2.5). Es muy interesante cómo ese modelo explicativo del siglo I a. e. c.-I e. c., gracias a su arraigo historiográfico y literario en toda la tradición latina, incluyendo con especial incidencia la relectura cristiana de Orosio, se reiteró fielmente en la cronística medieval y moderna.

En efecto, en la *Estoria* de Alfonso X, la recreación de la Guerra Astur-Cántabra fue muy ajustada a la versión orosiana, tanto en la valoración idealizante de la labor de Augusto, como en la caracterización barbarizante de los pueblos cantábricos. Así, al narrar el cerco al Monte Medulio, se afirmó que la «gente daquela tierra era muy cruel por natura e fazedor de mucho mal»¹³⁰³, reiterando la idea tradicional de que su salvajismo endémico se irradiaba, mediante sus incursiones destructivas, en las regiones colindantes. Efectivamente, en la recepción alfonsina de la propaganda augustea mediada por Orosio se estaba aplicando una concepción propiamente bajomedieval de la barbarie¹³⁰⁴. Como mecanismo retórico, esta noción era empleada para definir a los distintos periodos y pueblos históricos en términos absolutos, en categorías dicotómicas del tipo bueno-malo, constructivo-destructivo, en función de su adecuación al discurso legitimador de la monarquía y su genealogía¹³⁰⁵. En este caso, la barbarie cantábrica, reiterada y potenciada a partir de las fuentes, y entendida como ausencia de leyes¹³⁰⁶, funcionaba como el perfecto reverso en la exaltación de Augusto como modelo centralizador, pacificador y legislador del monarca castellano. Esa visión de la barbarie norteña es, básicamente, la que se perpetuó en la cronística de tradición alfonsina de los siguientes siglos.

Paralelamente, en la cronística hispanoárabe el episodio de la Guerra Astur-Cántabra fue sistemáticamente omitido como parte de la invisibilización historiográfica del norte peninsular¹³⁰⁷. Sin embargo, en el *Dikr*, como parte de su relato sobre las conquistas míticas de la Península, introdujo un episodio muy interesante sobre la colonización del norte peninsular que no tiene ningún paralelo conocido. En la obra se habla de dos reyes que son asimilables a Hércules, desdoblando de alguna manera al héroe, sus atribuciones y hazañas. En primer lugar, Kuliš conquistó la mayor parte del mundo, incluida al-Andalus —antes bajo dominio de los afāriqa—, eligiendo a dicha región como el centro de su imperio debido a sus excelencias¹³⁰⁸. A continuación, le sucedió su hijo Hirqīliš, que completó en su totalidad el dominio sobre la Península Ibérica:

¹³⁰³ Alfonso X *EE* 138.15 (ed. de Ward 2016).

¹³⁰⁴ Nieto Soria 2002.

¹³⁰⁵ Demostración clara de esto es la distinción entre la barbarie de los godos frente al acto civilizador de los visigodos en la historiografía hispánica goticista a partir de Isidoro (*Ibid.*, 17-18), por no hablar de la barbarización del judaísmo y el Islam en el discurso de la Reconquista (*Ibid.*, 18-19, 23-24).

¹³⁰⁶ Nieto Soria 2002, 21-22.

¹³⁰⁷ Elices Ocón 2017, 292-296.

¹³⁰⁸ *Dikr* 4.4-5.

«En su época desapareció el reino de las mujeres que dominaban el norte de al-Andalus durante el periodo de los Afāriqa apartadas de los hombres, a los que incluso combatían y con los que no tenían ningún trato carnal. Hirqīlīš las atacó y aniquiló, matando a unas y apresando a otras; la reina de todas ellas también pereció»¹³⁰⁹.

Parece claro que el fragmento está inspirado en el relato de la victoria de Hércules sobre las Amazonas de Escitia narrada por Orosio¹³¹⁰. Con variantes, esa historia se puede encontrar también en el *Hurūšiyūs* y al-Bakrī¹³¹¹. Igualmente, se reprodujo en las fuentes cristianas como parte del catálogo de gestas de Hércules¹³¹². Sin embargo, en ninguno de los casos el episodio fue ubicado en la Península Ibérica excepto en este. Ya proceda este pasaje de una fuente desconocida o sea una elaboración propia del *Dīkr*, resulta muy interesante esa fusión de ideas, todas presentes en la obra de Orosio, pero que parecen haber sido amalgamadas aquí de una forma muy libre: la alteridad de las Amazonas, la labor civilizadora de Hércules, el aislamiento y salvajismo del norte peninsular y su definitivo sometimiento como hito histórico. Como ya se ha comentado, la crónica andalusí tendió a soslayar el norte peninsular, su historia y su cultura, proyectando la imagen del sur como el foco absoluto del poder y la civilización a lo largo de los siglos¹³¹³. Este pequeño relato iba un poco más allá en esa noción de fondo, incidiendo en su barbarización en lo que me parece una reinterpretación en clave mítica del proceso de civilización de la región cantábrica. Si en efecto el *Dīkr* era una llamada a la resistencia del mundo árabe occidental contra el avance cristiano, parece coherente que situase en aquel amenazante norte peninsular todo un arquetipo bárbarico universal propio de la tradición grecolatina.

En el Renacimiento se mantuvo por lo general esa visión clasicista del conflicto augusteo, aunque aparecieron nuevas divergencias. El razonamiento del aislamiento y sus pormenores fue reproducido de forma especialmente fiel por Morales, incluido el listado detallado de las costumbres descritas en la *Geografía*. Mantuvo así una caracterización fundamentalmente degradante, al presentarlos como pueblos «cruels», «bestiales» y «por estar en tierras tan arriconadas, y despues desto tan asperas: les hazia ser tan fieros, agenos de todo buen trato y blandura»¹³¹⁴. Por su parte, Mariana también reprodujo en esencia el mismo esquema y, en efecto, definió a los pueblos del norte como «barbaros», «miserables» y «de costumbres poco cultivadas»¹³¹⁵; no obstante, en su caso, la

¹³⁰⁹ *Dīkr* 4.6 (trad. de Molina 1983); vide Elices Ocón 2017, 131-132.

¹³¹⁰ Oros. 1.15.1-9.

¹³¹¹ *Hurūšiyūs* 78-9, n° 297-8; al-Bakrī 470; vide Elices Ocón 2017, 131-132. Es impreciso, por tanto, la afirmación de que aquella es la primera vez que la leyenda de las Amazonas aparecía en una obra hispanoárabe (cfr. Molina 1983, 92, nota 6).

¹³¹² *Rada Hisp.* 1.12; Alfonso X *EE* 5.36.

¹³¹³ Elices Ocón 2017, 292-296.

¹³¹⁴ Morales 1574, 12r-12v, 159v, 196v-197r.

¹³¹⁵ Mariana 1601, 187-189.

estigmatización fue algo más suavizada, con mayores concesiones a su austeridad y obstinación por la libertad.

En efecto, el peso de esa caracterización barbarizante de los pueblos del norte, trasladada de una forma tan generalizada, simplista y unívoca en la tradición latina, dificultó o anuló la posibilidad de identificarse con la Guerra Astur-Cántabra como referente heroico en estos periodos; en este sentido, en la historiografía castellana medieval y renacentista, aquel conflicto fue una gesta de Augusto, no de los cántabros¹³¹⁶. Como ya he comentado, la obra de Garibay fue la gran excepción en el siglo XVI a este respecto. Su reivindicación indentitaria norteña contuvo una particular exaltación de la resistencia cántabra, lo que a su vez le llevó a neutralizar por completo la caracterización barbarizante de estos pueblos. En contra de la visión general, eliminó por completo cualquier elemento o término en este sentido, para limitarse a testimoniar el que presenta como más honorable episodio de resistencia patriótica de la conquista de Hispania (§ 4.3).

Efectivamente la ecuación barbarie-heroísmo parece encajar mal, por lo general, en los discursos centralistas e imperialistas. Esto explica el hecho de que esa emulación del discurso de la barbarie extrema se reprodujera de una forma más suavizada y matizada cuando afectaba a aquellos pueblos en los que recaía una mayor carga heroica. Es el caso de celtíberos y lusitanos: en sus descripciones, a pesar de lo que dicen las fuentes, las consideraciones peyorativas de corte barbarizante son mucho más infrecuentes, o prácticamente inexistentes, aprovechando, por otro lado, las propias ambivalencias de los autores clásicos. Como veremos, en estos casos, el peso fundamental del discurso etnográfico se volcó sobre su naturaleza belicista que, por muy feroz que fuese, se formulaba en consonancia con su dramatización épica. Aun así, Morales, fiel a las fuentes, no pudo dejar de hacer ciertas concesiones a la causa romana en este sentido. Destaca especialmente el episodio en el que calificó a los celtíberos de «alborotados», refiriéndose a una tendencia natural a la agresividad y el desorden que los hacía gobernables solo mediante la violencia y, en la misma línea, destacó la faceta bestializada de los lusitanos¹³¹⁷. Cuando estas cuestiones fueron recibidas y sintetizadas por Mariana todas esas consideraciones tendieron a desaparecer en favor del relato patriótico.

Precisamente esa referencia barbarizante de Morales sobre los lusitanos tiene una derivación interesante que entronca de nuevo con la reivindicación de Garibay sobre los cántabros. Morales —andaluz— dijo de los lusitanos que eran «hombres muy feroces y espantables, con los cabellos y barbas largas, que hasta ahora dura en los

¹³¹⁶ Efectivamente, cuando en el siglo XIX y XX este conflicto se sitúa en la historiografía centralista a un nivel simbólico comparable al de Numancia o Viriato como mito de la resistencia, el proceso tendrá que pasar precisamente por una intensa reinterpretación primitivista de la etnografía grecolatina en clave romántica (Marco Simón y Pina Polo 2008).

¹³¹⁷ Morales 1574, 101v, 117r, respectivamente.

Portugueses»¹³¹⁸. Ciertamente no dejó claro si se trataba exclusivamente de una reflexión sobre moda capilar o si se refería al conjunto de cualidades feroces; en cualquier caso, su referencia a las fuentes bien parece una oportunidad algo forzada para burlarse del reino vecino, en ese momento integrado en la Corona española. Lo significativo es que también hizo algo similar al tratar la barbarie norteña: por un lado, concedió que los cántabros de antes eran más «feroces y terribles» que los de su tiempo; por otro, equiparó el protagonismo de las mujeres en el trabajo en aquella región y encontró similitud entre los tocados femeninos modernos y los descritos por Estrabón, asimismo, dejó caer incisivamente que la antigua premisa de que bebían poco alcohol no era algo que pudiera aplicarse a los actuales¹³¹⁹. Más allá de la anécdota, es interesante cómo el uso de ese tipo de consideraciones «etnológicas» se hicieron siempre, exclusivamente, respecto de realidades regionales ajenas, consideradas periféricas desde el prisma castellano, y se aplicaron además con una carga negativa, en alusión a una extravagancia arcaizante que sugiere cierto grado de atraso cultural. Si lo relacionamos con el planteamiento desbarbarizante de Garibay en lo concerniente a los pueblos del norte, estos planteamientos nos están hablando de la incidencia, por lo general velada, que las identidades particulares estaban teniendo en este juego. Estas inercias sugieren que los conceptos de alteridad antigua se insertaban en las percepciones de las modernas alteridades internas, lo que, entre otras cosas, es sintomático de la difícil articulación de un discurso propiamente nacional.

Así, por un lado, se revelaban evidencias de un horizonte primitivo problemático por sus características barbáricas y, como contrapunto de todo ello, emergía la necesaria labor civilizadora de los foráneos. Su influjo benefactor se habría iniciado desde los tiempos míticos, desde luego con la primitiva colonización de Túbal, a la que le habrían acompañado los primeros rudimentos culturales, económicos, religiosos y lingüísticos¹³²⁰, para después completarse con el resto de los reyes legendarios como Osiris, Beto o, muy especialmente, Abidis, a quién se atribuyó la agricultura, leyes y ciudades¹³²¹. Suele destacarse la especial incidencia de esta primera fase de civilización en Andalucía, entroncando así, para darle explicación, con el tópico estraboniano de la extraordinaria antigüedad de la cultura turdetana, ideas que Ocampo vinculó directamente. En todo caso, no deja de resultar llamativo, cómo el prestigio potencial que aportaba la alusión a la cultura turdetana no se explotó de manera particularmente significativa. De hecho, cuando Ocampo se esfuerce por dignificar esa región, lo haría fundamentalmente inventando resistencias bélicas ficticias contra los fenicios, como es

¹³¹⁸ *Ibid.*, 117r.

¹³¹⁹ *Ibid.*, 196v-197r; Mariana 1601, 187, también reprodujo la curiosidad de los tocados.

¹³²⁰ Ocampo 1543, XIXr y XXVIIv-XXIIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 89-90.

¹³²¹ Ocampo 1543, LXIV-LXIIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 118; Mariana 1601, 34; sobre Beto: Garibay y Zamalloa 1571, 102; sobre Osiris: Ocampo 1543, XXXr-XXXv, *e. g.*

el caso de Baucio Capeto (§ 4.3): nada, ni una cultura milenaria, podía sustituir el peso de la gloria militar de la resistencia.

A aquellos primitivos actos de civilización fantásticos le siguieron los aportes, ya históricamente refrendados, de la colonización griega, lo que incluía la moneda, entre otras técnicas, fundamentalmente económicas¹³²². En el caso de Ocampo, este vio incluso una labor civilizadora muy positiva en los siempre sospechosos fenicios:

«Los de Cáliz [sic] tambien se tenian por dichosos y bien aue(n)turados, en auerlos reçibido conseo: y allen(n)de mostrar se fauoresçidos y muy vfanos con el parentesco de Tyro y Sido(n), cada dia se le mejorauan en sus costumbres. Y con la nueua conuersaçion de estos feniçes, perdian la fiereza que sienpre tuuieron, placiendo les mucho los tratos y buenas maneras que dellos aprendian: de las quales mostrauan tal contentamiento, que lo tenian en reputaçion de merçed muy cresçida que los dioses les huuiesen hecho»¹³²³.

Incluso lo identificó y celebró en los cartagineses: describió a los mallorquines de las ciudades que coexistían con ellos como gente «de más razón»; asimismo, ensalzó al púnico Hanón, gobernador (ficticio) de Andalucía, comparando su mandato con el llevado a cabo por los españoles en las Indias, en lo que conllevó de convivencia entre los dos pueblos e importante enriquecimiento civilizador¹³²⁴. Lógicamente, la empresa española salía ganando en la comparación: los aportes culturales españoles en América habían sido mucho más importantes; además, el proceso español se había conseguido con grandes victorias militares, mientras que el cartaginés había terminado con humillantes derrotas. Independientemente de la matización, la cuestión tiene su trascendencia, pues no se trata solo de un mero balance positivo de la presencia púnica, sino que estaba fundamentado como una analogía de la propia misión española, sirviendo a la causa del ensalzamiento de ambos procesos. Es cierto que esta actitud frente a la labor civilizadora de fenicios y púnicos es única, y contrasta de una manera muy chocante con la imagen general que se proyecta de estos pueblos en este momento, que es claramente peyorativa, lo que incluye a la obra de Ocampo en el resto de cuestiones¹³²⁵. En general, este tipo de referencias aconseja que se replanteen seriamente ciertas ideas preconcebidas sobre la supuesta homogeneidad y unidireccionalidad en la recepción de la Antigüedad hispana en la historiografía de este período; en concreto, en lo que nos atañe, sirven para subrayar, ante todo, la importancia principal que tiene para Ocampo la cuestión del proceso civilizador de los antiguos hispanos, proviniese de donde proviniese.

¹³²² Ocampo 1543, LXIXv y CLXIIIr-CLXIXr; Garibay y Zamalloa 1571, 122; Mariana 1601, 37.

¹³²³ Ocampo 1543, LXXIXv.

¹³²⁴ *Ibid.*, CLXXXIXr y CXXVIIIv-CXXIXr, respectivamente. Sobre la invención ocampiana de los gobernadores púnicos en Iberia: Ferrer Albelda 1996a, 32. Igualmente, alabó las maravillas tecnológicas púnicas en el asalto de Sagunto (Ocampo 1543, CCXVIIv-CCXXIVr).

¹³²⁵ Ferrer Albelda 1996a, 29-36.

Obviamente, la consideración de ese papel tutelar en el caso de Roma resultó incuestionable y mucho más fácilmente asumible en general. Ya desde el siglo XIII, la exaltación de la faceta civilizadora y colonizadora de ciertos personajes romanos, particularmente César y Augusto, fue muy evidente¹³²⁶. Ni que decir que autores del XV como Marineo y Margarit, máximos representantes de la perspectiva romanista (§ 4), no solo reconocieron esa faceta, sino que la presentaron como el verdadero horizonte fundacional de toda civilización en Hispania. Desde el plano puramente anticuarista, cabe considerar a autores como Beuter, que escribió largamente sobre los avances de la influencia romana, refiriéndose al desarrollo de infraestructuras y monumentos y con especial énfasis en los casos levantinos (Valencia, Barcino, Sagunto, etc.)¹³²⁷; un ejemplo curioso del interés del momento por el detalle anticuarista y el progreso civilizatorio, unido al orgullo localista, es el destacado lugar que ocupó en su obra el tema de la construcción de cloacas romanas en Valencia, lo que mereció incluso una de las pocas ilustraciones del libro (Figura 21)¹³²⁸.

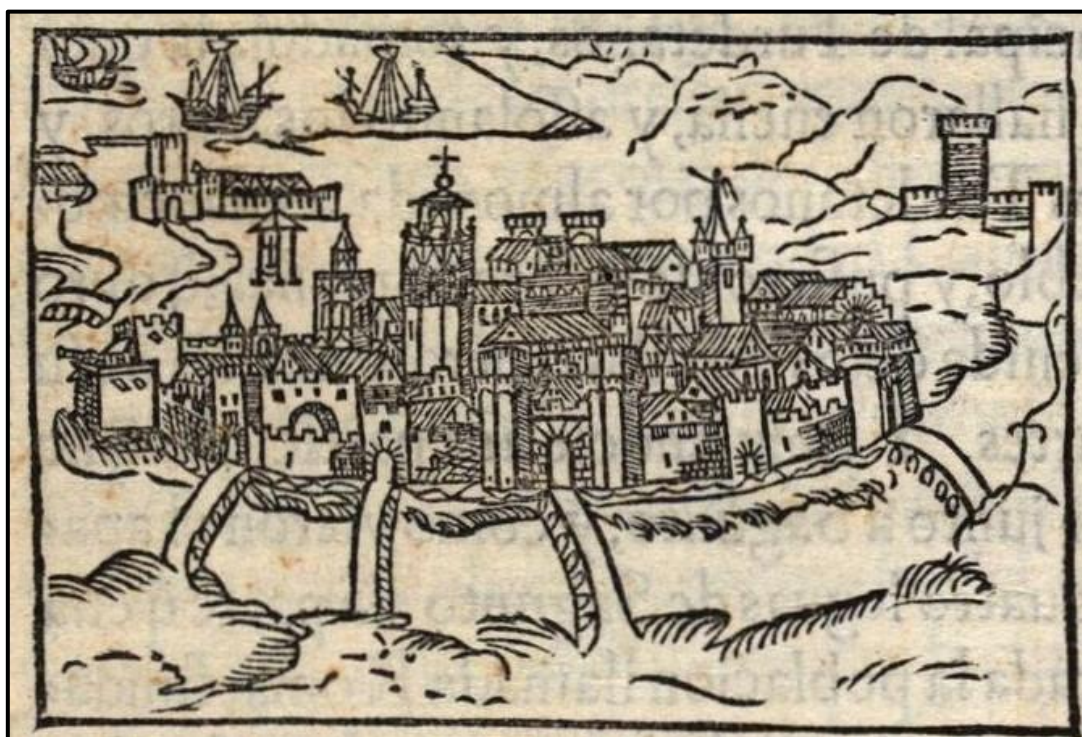


Figura 21. «Seys grandes cloacas en Valencia», xilografía de la *Coronica* de Beuter (1546, LIVv)¹³²⁹.

¹³²⁶ *Chron. Pseud.* 5; *Rasis* 65.69-107

¹³²⁷ Beuter 1546, LIIIr-LVIIr.

¹³²⁸ *Ibid.*, LIVr-LIVv.

¹³²⁹ Fuente: <http://bivaldi.gva.es/es/consulta/registro.cmd?id=4100> (accedido: 05/10/2017).

Volviendo a la *Coronica*, aunque la cuestión no llegó a ocupar a Ocampo por cronología, sí adelantó la importancia que le otorgaba en la maduración del pueblo español: «la ge(n)te española se hizo mas auisada y prudente: y començaron à ymitar las costunbres Romanas: y tomaro(n) muchos dellos su habla, y tuuiero(n) cosas de ho(m)bres verdaderos»¹³³⁰. Aquellas formas de vida inhumanas de los primeros tiempos contrastaban, tras la presencia de Roma, con esas otras «cosas de hombres verdaderos».

Por su parte, Morales, que sí tuvo que tratar en profundidad el periodo, fue especialmente entusiasta respecto a la influencia romana. Reiteró lo profundo de la asunción de su cultura siguiendo a Estrabón:

«los mismos Españoles se auia(n) formado ya y reduzido en traje y costu(m)bres, y en todo lo demas al modo Romano: toda España y señaladamente el Andaluzia, estaua ya muy semejante a Italia, y como si dixesemos trocada en ser todo lo de Roma»¹³³¹.

No había duda para Morales de que el proceso que podríamos llamar *romanización* fue rápido, profundo y completo, y subrayó su especial incidencia en Andalucía, su tierra natal, al identificarla con la Turdetania estraboniana; combinaba así un doble orgullo identitario, el andaluz y el hispanorromano, una idea muy propia de su obra en particular. En efecto, no creo que haya que minusvalorar el hecho de que Morales fuese cordobés a la hora de ponderar sus afirmaciones filorromanas: aparte de su formación humanista italianizante, el fervor por el legado clásico por parte de la intelectualidad andaluza fue desde el Renacimiento una de las bazas principales en la dignificación histórica de la región, fuertemente estigmatizada por la «contaminación» de invasores fenicios, cartagineses y musulmanes¹³³². Por otro lado, en un plano más general, resulta significativa la vinculación de la influencia de Roma como algo que hacía de España un pueblo prácticamente indistinguible de Italia, lo que pretendía neutralizar cualquier tentación de considerar a los posteriores hispanos como bárbaros. Así, esta apostilla sobre el grado de romanidad de Hispania debe ser interpretada como una autodefensa cultural de España, y solo puede entenderse plenamente como parte del contexto europeo de competencia historiográfica entre el hegemónico referente italiano y las contestaciones alzadas desde los nuevos ámbitos estatales.

¹³³⁰ Ocampo 1543, IIIv. Asimismo, consideraba que los aliados celtíberos estaban ya fuertemente «romanados» en plena Segunda Guerra Púnica (*Ibid.*, CCCXXIIv).

¹³³¹ Morales 1574, 159v-160r, repite exactamente la misma fórmula en *Ibid.*, 196r, y más suavizado, para el caso de los cántabros, en *Ibid.*, 220v.

¹³³² Wulff Alonso 2003, 48-50; múltiples ejemplos se han recogido en Beltrán Fortes y Gascó La Calle 1993; Gascó La Calle y Beltrán Fortes 1995.

Por otro lado, el acercamiento de Garibay había sido algo más ambivalente; habló de las «marauillosas construcciones romanas»¹³³³, y vio con aparente normalidad la asunción de la cultura romana, aunque no sin una cierta nostalgia patriótica:

«deprendiendo cada dia los Españoles las costumbres y policía, y otras cosas Romanas, llenas de curiosidad y vrbanidad, y también tomauan sus trajes y lengua, oluidando de dia en dia sus propias y antiguas lenguas Españolas, como comunmente acontece entre los conquistados y conquistadores»¹³³⁴.

En efecto, la aproximación a este proceso de tutela foránea conllevaba una necesaria tensión difícil de solucionar. Por mucho que marcase el punto de inflexión para un desarrollo completo del pueblo español, necesariamente comportaba una asimilación cultural, un proceso de pérdida de lengua, tradiciones y costumbres que, aunque bárbaras, no dejaba de chirriar con su nueva consideración como los elementos propios. Hay en la historiografía, por supuesto, manifestaciones de esa fricción y, sobre todo, signos de una tendencia de transformación del discurso encaminada a la solución más autoctonista.

En general, podría decirse que en la *Crónica* de Ocampo y Morales el discurso de la barbarie de los antiguos hispanos y, como contrapunto, la incidencia del proceso civilizador fue un elemento central. Y esto es especialmente evidente en la parte de Ocampo, en la que el esquema se convierte en el principal leitmotiv de su discurso, aquel que se anunciaba como el relato de una infancia y su camino hacia la plenitud¹³³⁵. Influye en ello, desde luego, especialmente en el caso de Morales, una cierta fidelidad hacia las fuentes propiamente renacentista; pero, por encima de todo, en lo ideológico, para la comprensión de esta perspectiva me parece clave el carácter oficial de la *Crónica*. Ligada a la Corona inextricablemente, por encargo y finalidad, era también, consecuentemente, particularmente armoniosa con el discurso de exaltación de imperialismo y autoridad que encajaban bien con esa idea de la importancia de la civilización tutelada.

Sin embargo, al considerar aproximaciones como las de Garibay o Mariana, ese esquema bárbaro-civilizador, aunque presente, aparece más desdibujado. Señalé cómo Mariana reflejó de manera más amortiguada que sus antecesores el concepto de la barbarie extrema de los cántabros, aligerando sus estigmas y suavizándola con sus cualidades épicas; para Garibay estos pueblos solo fueron motivo de exaltación. Esto era aún más evidente en el caso de celtíberos y lusitanos, protagonistas de las grandes gestas simbólicas, de los que prácticamente desaparecía caracterización peyorativa alguna en ese sentido. En general, las consideraciones barbarizantes, positivas y negativas, se

¹³³³ Garibay y Zamalloa 1571, 155-156.

¹³³⁴ *Ibid.*, 177; lo reitera, para época imperial, en *Ibid.*, 218. Aunque, en consonancia con su discurso vascocantabrista, recalcó la supervivencia única de la lengua indígena en Cantabria y Navarra (*Ibid.*, 178).

¹³³⁵ El especial énfasis en la civilización de la visión de Ocampo se muestra paradigmáticamente con la inclusión de un extenso capítulo dedicado en exclusiva a los inventos de Arquímedes (Ocampo 1553, cap. XLI; vide Bustos Guadaño 2000, 196).

suavizaron en estos autores, pero también se puede observar una tendencia semejante en su tratamiento del elemento foráneo como agente civilizador. Esa noción de la tutela necesaria que era esencial en la *Coronica* de Ocampo y Morales adquiriría una relevancia mucho más limitada, aunque presente, en los planteamientos más autoctonistas de Garibay y Mariana. Las alusiones a las colonizaciones primitivas mencionadas fueron en su obra puntuales y completamente dependientes de Ocampo; por otro lado, no volvieron a hacer ninguna concesión al aporte fenicio y púnico, pero ni siquiera transmitieron tampoco alusiones claras y explícitas a la influencia positiva de Roma.

No hay una explicación simple, creo que en ello confluyen múltiples factores. Desde el punto de vista metodológico, hay que considerar que se trata de obras mucho más sintéticas: en la renuncia a la obsesiva minuciosidad de la *Coronica*, se imponía la necesidad de seleccionar información y simplificar los mensajes lo que supuso privilegiar el desarrollo de los hitos bélicos reforzando esa fundamental epopeya de resistencia particularista que se clamaba como una necesidad identitaria imperiosa (§ 4). Por otro lado, en lo ideológico, podría especularse con el hecho de que se trate de trabajos gestados en los márgenes del marco oficial: al contrario que la *Coronica*, no fueron encargos institucionales, sino empresas particulares, por mucho que tuviesen pretensiones de oficialidad (Garibay) o se convirtiesen en hegemónicas (Mariana). Esto es decisivo en lo que concierne al tratamiento que Garibay hizo de la barbarie cántabra; su obra, aparte de estar concebida fuera de las instituciones, también era periférica desde el punto de vista geopolítico, divergiendo del prisma castellanista. Ese elemento alternativo, e incluso crítico, puede ponerse en relación, quizá, en su comparación en negativo entre los imperialismos español y romano y, con ello, su exaltación más directa y decidida de la resistencia hispana (§ 4.4).

El caso de Mariana es diferente. A menudo se ha señalado el trasfondo crítico e independiente de su *Historia* en cuestiones morales e ideológicas. De cualquier manera, creo que en su caso debemos hablar más bien de una transformación, de la culminación de una tendencia previa que se venía fraguando a lo largo del siglo XVI. Ese cambio no era alternativo ni contradictorio en absoluto con los autores previos, solo simplificó y despejó nociones que ya estaban en Ocampo y, sobre todo, en Morales, desenmarañándolas de la complejidad confusa de las disquisiciones hermenéuticas o las consideraciones sobre la autoridad de los clásicos. El resultado, en lo que nos concierne, es la consolidación de una tendencia dirigida a asentar esa identidad prerromana naciente mediante la amortiguación de sus estigmas peyorativos y el reforzamiento de la dimensión positiva del discurso de la barbarie, esa faceta que tenía que ver con la valía guerrera, el honor, la dignidad y la libertad. En la *Historia* de Mariana se estaba reforzando por encima de todo el concepto de la epopeya bélica autoctonista, lo que pasaba por resaltar lo positivo del aislamiento y relativizar lo ideal de la influencia

extranjerizante, atenuando así la idea del abismo cultural que había separado a dominado y dominante.

De nuevo, parece obligado considerar los vínculos que se establecieron en este asunto con el problema de conceptualización de los nativos americanos. Efectivamente, gran parte del debate acerca de la cuestión indiana giró precisamente en torno a la categorización de la barbarie de los nativos, pues de ello dependía el tipo de dominio que era legítimo ejercer sobre ellos; teniendo en cuenta los principios humanistas tan vigentes en el momento, es lógico que para la definición de aquella desconcertante realidad se recurriese intensamente al pensamiento grecolatino¹³³⁶. Particularmente, la lectura de Aristóteles jugó un papel esencial en esta cuestión, pues la aplicación de su principio de la esclavitud natural de los bárbaros fue un verdadero lugar común a la hora de defender el ejercicio del poder ilimitado sobre las poblaciones americanas¹³³⁷. Lo interesante es que también se buscó en las fuentes clásicas al intentar refutar ese referente. Para empezar, autores como Vitoria o Las Casas reinterpretaron a Aristóteles defendiendo que la barbarie solo justificaba la conveniencia del dominio, pero no la esclavitud¹³³⁸. La propuesta alternativa era relativizar esa condición negando su carácter natural e inamovible, presentándolo como algo provisional y superable mediante la civilización, idea para la que se recurrió al concepto ciceroniano de la igualdad natural entre las personas y la posibilidad de su progresivo ascenso cultural¹³³⁹. Finalmente, el ejemplo que se tomaba para ilustrar esa idea pretendía ser ciertamente impactante: el establecimiento de una analogía entre la barbarie de los indios y la de los antiguos hispanos.

Un caso célebre de esa identificación es el de Julián Garcés, dominico y obispo de Tlalcala y Yucatán, y, en concreto, su célebre carta dirigida al papa Paulo III, muy influyente para la promulgación de la bula *Sublimis Deus* (1537), que reconocía el derecho a la libertad de los indios y la conveniencia de su evangelización pacífica¹³⁴⁰. Pues bien, precisamente uno de los argumentos centrales de Garcés fue la alusión a la barbarie de los antiguos hispanos: «hombres medio fieras» a la llegada de los romanos que alcanzarían la «verdadera nobleza» con el cristianismo¹³⁴¹. Por su parte, Las Casas profundizó sistemáticamente en esa idea a lo largo de toda su obra. Desde Nueva España

¹³³⁶ En general, *vide* Pagden 1988 [1982]; Cro 1992; Mason 1994; MacCormarck 1995; Castañeda Salamanca 2002; Pratt 2008; Todorov 2010, aunque también, lógicamente, a la teología, sobre todo en la cuestión de la idolatría (§ 10.2).

¹³³⁷ Fundamentalmente a partir del libro 1 de su *Politiká*, especialmente Arist. *Pol.* 1.2.1-4 y 1.5, *e. g.*; *vide* Hanke 1974 [1959]; Pagden 1988 [1982], 76; Valenzuela Matus 2016, 90-102.

¹³³⁸ Casas *Apolog.* 1.3, *e. g.*; *vide* Valenzuela Matus 2016, 94 y 97-99.

¹³³⁹ A partir de referencias como Cic. *Inu.* 1.2 o Cic. *Leg.* 1.10.29, *e. g.*; *vide* González Rodríguez 1981, 53; Pagden 1988 [1982], 194; Valenzuela Matus 2016, 88-90.

¹³⁴⁰ Enviada entre 1536 y 1537, la carta fue publicada por la curia en 1537; acerca de este documento *vide* García y Pereyra 1974; Lobato Casado 1988; Acuña 2007.

¹³⁴¹ Garcés *Ep.* (trad. de García y Pereyra 1974); sobre este aspecto de la carta *vide* Lupher 2003, 201-202.

afirmó que los indios «son lo que fuimos en España»¹³⁴²; desde este punto de partida, todas sus alusiones al pasado prerromano de Hispania se centraron en subrayar su primitivismo. Uno de sus textos favoritos en ese sentido fue aquel de Justino en el que hablaba de la belicosidad y la austeridad feroz de los hispanos, del que concluía que «los ingenios y condición de los españoles eran más propios de fieras bestias que de hombres»¹³⁴³. Puede resultar rebuscado, pero Las Casas barbarizó a los propios ancestros con el objetivo de desdramatizar el barbarismo indiano. O bien, dicho de otra manera, profundizando en el salvajismo hispano original en contraste con la altura espiritual y cultural alcanzada por los españoles modernos, pretendía desmontar el discurso de la barbarie natural como pretexto para la esclavización de los indígenas americanos. Veremos cómo, en el reforzamiento de esa idea, Garcés y, sobre todo, Las Casas revisitaron precisamente los temas más espinosos, tanto de la barbarie hispana como de la indiana, tales como el bandidaje (§ 8.2), la idolatría (§ 10.2), el suicidio y la antropofagia (§ 11).

En los dos puntos previos se han tratado dos caras de un mismo problema: el encaje de la nueva identidad prerromana en relación con la caracterización de su estadio cultural. En efecto, dos grandes enfoques coexistieron: por un lado, la visión idealizada del primitivismo ante la invasión corruptora; por otro, la posición inevitable del bárbaro ante llegada providencial de la civilización. Ambas perspectivas se entrelazaron y resultaron ser compatibles, no sin divergencias ni contradicciones; los distintos discursos, perspectivas e intencionalidades marcaron las pautas de los enfoques, selecciones y énfasis en cada caso, convirtiendo ese nebuloso horizonte primigenio en una realidad maleable con la que jugar al enfrentarse con el problema de la propia civilización.

6.4. Revisitar al buen salvaje

El concepto de civilización fue la gran apuesta de la historiografía ilustrada en el siglo XVIII, no cabe duda. Esto afectó a la imagen que se proyectó de las potencias coloniales, más positiva, menos estigmatizada en lo concerniente a los conceptos de agresión y explotación de la Península, y repercutió también en la imagen de los hispanos, en cuyo prototipo se suavizó la idea de resistencia a toda costa en favor de un nuevo tópico sobre su predisposición para el progreso y su permeabilidad a las influencias externas (§ 5.3). Ahora bien, no se renunció con ello a la otra cara de la barbarie, derivada

¹³⁴² En *Carta a un personaje de la corte*, fechada en 1535 (ed. de Castañeda Delgado 1995).

¹³⁴³ Casas *Apolog. Hist.* 198 (ed. de Abril Castelló 1992), la misma referencia en Garcés *Ep.*; Casas *Apolog.* 1.4 y Sepúlveda y Casas 1552, 40v, a partir de Iust. 44.2.2-7; vide González Rodríguez 1981, 136; Valenzuela Matus 2016, 101-102.

de las fuentes clásicas y perpetuada en la modernidad renacentista: el prototipo del *buen salvaje*, esa visión primitivista del indígena incontaminado que no solo reapareció, sino que adquirió un sentido y un peso específico en este período. No obstante, no hay que pensar en una tendencia simple y generalizada en la exaltación de lo primitivo; por el contrario, la tendencia ilustrada a ensalzar el progreso propició también imágenes muy negativas de la barbarie original. Para entender hasta qué punto esto supuso en este momento una reflexión profunda y compleja, conviene comentar tres notas previas, más o menos aisladas entre ellas, pero significativas en sus propias particularidades y divergencia respecto de ese prototipo del noble salvaje.

En primer lugar, resulta interesante considerar la manera en que Flórez abordó la consabida cuestión del salvajismo norteño en *La Cantabria*. Como ya he comentado, fundamentalmente estaba respondiendo a Larramendi y su encarnizada reivindicación de la virtud cántabra (§ 5.4); para este, el carácter básico y violento de aquellos pueblos reflejado por las fuentes solo era motivo de orgullo:

«Armàrase el hambre contra un Cantabro de necesidades, y miserias, de carencias, y falta de viveres, de palidezes, y desmayos, de rabias, y despechos; quedaria el Cantabro invencible, haciendo demonstracion, de que quando le faltasse todo otro alimento, le servirian de alimento las llamas Marciales de su pecho»¹³⁴⁴.

Flórez contrarrestó ese tipo de declamacioness con la rigurosidad y minuciosidad más propia del método ilustrado; su presentación de la etnografía cántabra consistió en un sistemático rastreo de las noticias al respecto, fundamentalmente de Estrabón, pero también otras más inusuales de Silio, Horacio, Polibio, Lucano, Apiano o Séneca¹³⁴⁵. Ciertamente, en este respecto el estilo de Flórez fue mucho más distanciado que el de Larramendi, adoptando la postura del mero compilador¹³⁴⁶. Aplicaba con ello de manera muy literal el razonamiento de Estrabón acerca de la incomunicación como factor decisivo: «Las costumbres eran muy barbaras, porque estando al fin del mundo tenian poco comercio, y por tanto carecian de sociabilidad y humanidad»¹³⁴⁷. Ciertamente, su exhaustividad y aparente asepsia perpetuaba el paradigma augusteo sobre el prototipo norteño tradicional¹³⁴⁸. No obstante, dicha transmisión no era inocente, pues la reproducción fiel del estereotipo cumplía la función de subrayar la alteridad de los montañeses, pero en su caso con una connotación negativa con la que minar la glorificación vascocantabrista. No es necesario especular demasiado para llegar a esta

¹³⁴⁴ Larramendi 1736, 14.

¹³⁴⁵ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 24, parte 1, 144-154.

¹³⁴⁶ Fernández de Mata 2006, 223.

¹³⁴⁷ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 15, 28, en general, 27-30; un razonamiento similar, al tratar de los célticos del sudoeste, en *Ibid.*, tomo 13, 23.

¹³⁴⁸ Cisneros Cunchillos 2006, 213-216. El mismo positivismo epistemológico que caracteriza, por ejemplo, su empeño por identificar unas fronteras geográficas precisas para la región (*Ibid.*, 204-207).

conclusión; él mismo, al introducir la parte etnográfica del volumen, las «memorias» antiguas sobre los cántabros, advirtió de ellas que

«inspiran pretensiones, compitiendo por ellas varias gentes sobre hacerse Cantabricas, porque miran como glorias incomparables del animo, lo que otros atribuyen á barbarie, fiereza, o suerte del terreno»¹³⁴⁹.

Estaba hablando de las pretensiones como las de Larramendi y, en general, las sostenidas por el fuerismo vasco, de manera que, a su crítica de la expansión geográfica de lo cántabro se añadía también la negación de su filiación etnográfica y la relativización de virtuosismo. O, dicho de otra manera, el reflejo fiel y *objetivo* del discurso de la barbarie grecolatino, en este caso, no hacía sino reforzar la dirección desmitificadora de este tomo preliminar en su conjunto haciendo patentes las debilidades del discurso identitario que se estaba cuestionando.

Otra reflexión interesante tiene que ver con la perspectiva de Marín al respecto. Él transmitió básicamente una visión muy primitivista de esos pueblos, sin rastro de idealización en ello, pues su intención era la de postular la conveniencia del desarrollo ordenado y sofisticado del arte militar. Desde esta perspectiva, lejos de rastrear signos de civilización remota entre los hispanos, recogió aquellos hitos históricos de las fuentes que remitían a una realidad sin reinos ni estados, poblada por gentes inestables y difíciles de ubicar con exactitud, con escasa organización militar y política, en el que los cartagineses y romanos actuaron, como el que lo hace en una *tabula rasa*, desde la Segunda Guerra Púnica¹³⁵⁰. De acuerdo con la temática de su ensayo, la demostración de la barbarie hispana se centró obviamente en lo básico de su arte militar (§ 7.4). Marín, además, identificó otro signo de primitivismo bastante curioso, por desacostumbrado; siguiendo a Polibio, apuntó hacia las formas diplomáticas gestuales como un indicio de infracivilización, considerando el uso de coronas y ramas de olivo en los contactos con Roma como una demostración de rudeza política que debía ser superada¹³⁵¹.

Por último, cabe comentar un ejemplo del uso del paralelismo americano al tratar esta cuestión. En efecto, en el siglo XVIII se reavivó el debate sobre la barbarie americana, particularmente a raíz del tratado de Cornelis de Pauw en el que defendía la inferioridad biológica de los americanos y su capacidad para corromper lo europeo, lo que suscitó una gran polémica, particularmente entre la intelectualidad criolla; es la llamada Disputa del Nuevo Mundo¹³⁵². Una de las respuestas más contundentes e interesantes fue la del jesuita novohispano Francisco Xavier Clavigero, que escribió su *Storia antica del Messico* (1780) desde el exilio italiano. Pues bien, como parte de su

¹³⁴⁹ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 24, parte 1, 144.

¹³⁵⁰ Marín y Mendoza 1776, 18-23.

¹³⁵¹ *Ibid.*, 29-30.

¹³⁵² Gerbi 2010 [1973] y, en general, sobre la historiografía indiana de este periodo y su dimensión antropológica, Weber 2007 [2005]; Cañizares Esguerra 2007.

refutación de la barbarie americana, hizo una comparación entre el grado de alta civilización de los mexicas a la llegada de los españoles, refiriéndose particularmente a sus sistemas de escritura, frente al estadio de barbarie de los hispanos a la llegada de los fenicios, los galos en su contacto con los griegos y los germanos y britanos en relación con Roma; la conclusión era que los americanos habían partido de un punto mucho más avanzado que todos esos pueblos europeos¹³⁵³. Esta analogía en concreto la formuló en controversia con Aldrete, que había considerado a los hispanos a la llegada de Roma mucho más civilizados que los mexicas en el plano lingüístico¹³⁵⁴. Al retrotraer el proceso civilizador al periodo fenicio, también se reforzaba la idea de la barbarie original de los hispanos y con ello la dignificación de los nativos americanos; a fin de cuentas, Clavigero estaba dando una nueva vuelta de tuerca al mismo argumento utilizado por Las Casas en su momento (§ 4.4). Por su parte, Masdeu, también jesuita exiliado escribiendo en Italia en esos mismos años, se hizo eco de la polémica. De acuerdo con su general inclinación por la exaltación patriótica, consideró, ponderadamente, que la afirmación de Clavigero era demasiado categórica, pues no se disponía apenas de documentación sobre la cultura española preferencia, al contrario de lo que sí ocurría para el caso de los mexicas; cabía, por lo tanto, presuponer una civilización hispana superior a la que se intuía, eso sí, todo ello sin ánimo de «envilecer» a los americanos, merecedores de admiración¹³⁵⁵.

Esos tres ejemplos son significativos de las inquietudes que en este periodo existieron en la historiografía ilustrada a propósito de la definición, categorización y explicación de la barbarie. Ya fuese para desmitificar la identificación cantabrista (Flórez), destacar la importancia de la buena instrucción en el ámbito militar (Marín) o dignificar a los mexicas (Clavigero), el estereotipo peyorativo de la antigua barbarie hispana volvía a ser revisitado. Ahora bien, reflexiones de este tipo, tendentes a rechazar cualquier consideración positiva en la falta de civilización, se combinaron no obstante con el manejo de aquel prototipo de buen salvaje que también cumplió un cierto papel en la construcción intelectual de ese proceso de civilización de Iberia.

Es claro el rol determinante y beneficioso que los Mohedano otorgaron a la influencia fenicia, pero, aun así,

«Atendiendo la pureza y sencillez de costumbres de los primeros Españoles, no es facil determinar si fue mas el daño, ú el provecho que trajeron los Phenicios á nuestra tierra. Por una parte, como dirémos, introdujeron en España civilidad, policia, y varios conocimientos utiles de Artes y Ciencias. Por otra, pervirtieron la candidéz de los animos, enseñandoles la simulacion y el artificio. Ademas les infundieron la aficion al oro, que antes despreciaban, y el amor a las riquezas, seminario perpetuo

¹³⁵³ Clavigero 1780, tomo 1, 120.

¹³⁵⁴ Aldrete 1606, 34r-34v.

¹³⁵⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 102-105.

de guerras y discordias. Entonces tuvieron entrada la ambicion, el luxo, el espiritu de interés, y otras pestes del genero humano»¹³⁵⁶.

Escribían esto a propósito de la colonización fenicia, pero de ningún modo parece una declaración antifenicia particularizada; estaban hablando del reverso negativo de la civilización, y en este caso los fenicios tan solo representaban el inicio de ese proceso de ruptura con la barbarie previa. Ciertamente, hay muy pocas afirmaciones de este tipo en la obra de los Mohedano, pues no estaba en su agenda cuestionar la conveniencia de la civilización, pero existen, y son el testimonio de esa tensión esencial y permanente de este discurso de la barbarie a lo largo del tiempo. En su caso no es una cuestión étnica ni xenófoba —como sí lo fue o en la comedia heroica, por ejemplo—, sino una reflexión sobre las formas de vida naturales y la corrupción de las virtudes que también es un concepto muy propio del pensamiento de la Ilustración. En la concreción de esta idea aplicada a los hispanos los temas de partida fueron los asuntos ya clásicos.

Antes de tratar con los pueblos históricos, en lo que concierne a las poblaciones primigenias de la Península, uno de los elementos más llamativos de la historiografía ilustrada fue el manejo de una visión primitivista muy idealizante que tenía que ver con la supuesta naturaleza pacífica de sus formas de vida arcaicas y sencillas:

«no sabemos que los Españoles antiguos tuvieran guerras entre sí. Esta quietud y sosiego se puede atribuir á la sencillez de sus costumbres, á la moderacion de sus animos, faltos de ambicion, y nada inclinados á las conquistas [...]. Aun no consta que despues se opusiesen con la fuerza de las armas al establecimiento de Colonias extranjeras. Tal era la humanidad, la moderacion, el espiritu de paz en unos pueblos barbaros»¹³⁵⁷.

Se combinaba así el tópico de la inclinación hispana por la civilización con el estereotipo universal del buen salvaje. Los Mohedano sustentaron esa imagen prototípica en un razonamiento socioeconómico: debido a la limitada densidad demográfica en los primeros tiempos, sería razonable pensar que los primeros pobladores sedentarios dispusiesen de abundancia de tierras y recursos, por lo que no existía la necesidad de conflicto e invasión de territorios. Tendríamos que relacionar con esto el fenómeno de negación de los episodios de resistencia más o menos fabulosos contra los fenicios que se habían cultivado en la historiografía previa, lo que encajaba bien con esa noción de hospitalidad y capacidad de convivencia de los hispanos respecto de las primeras colonizaciones, especialmente la fenicia y la griega (§ 6.5).

Masdeu mantuvo una versión más típica de los tiempos primitivos, imaginando comprensibles conflictos armados entre las dos ramas étnicas que contemplaba, la de los

¹³⁵⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 159, la misma idea en *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 289.

¹³⁵⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 109-110.

tarsianos y la de los tubalitas¹³⁵⁸. Sin embargo, más adelante, al hablar de la resistencia inusitada de los hispanos frente a Roma, reprodujo una idea similar a los Mohedano, quizá inspirada por ellos, aunque en unos términos más patrióticos y apasionados: «por una felicidad del Imperio romano la nacion Española es por su carácter la mas agena de ambición de dominar otros países»¹³⁵⁹. A Roma le había salvado el pacifismo y la falta de ambición hispanas. Este enunciado no está exento de cierto cinismo cuando se escribe desde la perspectiva de una España imperial. En todo caso, creo que tiene más que ver con el sesgo antirromano típico de Masdeu, que con la carga conceptual primitivista de los Mohedano. De cualquier forma, la presencia de este tipo de autoafirmaciones no belicistas resulta interesante por desacostumbrada respecto de la tradición precedente. Desde luego, estos alegatos por el carácter pacífico de los hispanos fueron efímeros y limitados; el tópico de la belicosidad innata mantenía su peso esencial (§ 7.4).

Es interesante comprobar cómo esa misma idea se proyectó en la literatura. Aunque, como norma general, el teatro tendió a dignificar y aristocratizar a los hispanos opositores a Roma (§ 6.6), también se filtraron imágenes de ese horizonte primitivista de tipo utópico. Esto es particularmente patente en la *Numancia* de Ayala, no por casualidad, el autor más típicamente ilustrado. Ya he comentado la incidencia de su discurso aislacionista y de cómo el oráculo de Hércules («Por dexar sola à España, de la Europa / a Africa separé; ¡oh afortunados / Españoles, si nadie os conociera»¹³⁶⁰) marcaba ese destino antiextranjero en toda la obra (§ 5.5). Pues bien, es muy simbólica la interpretación que hace el sacerdote Dulcidio de dicha profecía:

«En los antiguos tiempos, ignorados.
fuimos felices; conocidos, somos
de guerra objeto, i presa de tiranos.
¿Causaron mas que muertes i exterminios
Roma ambiciosa, i pérvida Cartago?»¹³⁶¹.

Esto conlleva imaginar un pasado idílico, una Edad de Oro, antes de la llegada de los invasores, lo que encaja muy bien con el éxito que tuvo ese prototipo del buen salvaje en la época. No obstante —y esto quizá es más evidente en la literatura que en la historiografía—, esto enlazaba con un mensaje ideológico de futuro: independientemente de cuál hubiese sido el devenir histórico y cultural de la nación, había algo de esencial y auténtico en sus orígenes incorruptos y esa debía ser el fundamento en la forja de su propio destino.

¹³⁵⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 88-89.

¹³⁵⁹ *Ibid.*, tomo 1, 106.

¹³⁶⁰ López de Ayala 1775, acto 1, esc.1.

¹³⁶¹ López de Ayala 1775, vv. 209-213.

Por otra parte, de entre los temas etnográficos tradicionales, se mantuvo con entidad propia la cuestión de la austeridad, la dureza y sencillez en las formas de vida. En historiografía, probablemente Masdeu resultó ser el más insistente y explícito al respecto, pero fue un tema recurrente de manera generalizada y con un tono común. En este sentido se utilizó a Estrabón, Justino u Orosio para hablar de la influencia de la aspereza del clima y el ejercicio constante en el desarrollo ágil y robusto de su físico¹³⁶². Esto tuvo también su plasmación literaria en la obra de Ayala al describir cómo se había fraguado la dureza natural de los hispanos:

«lleno de pueblo, lleno de soldados,
en sus alegres campos reseñaba
jóvenes animosos, que en ensayos
del homicida Marte, ya en la lucha,
ya en la carrera, ò diestros manejando
al generoso bruto, preparaban
el alma al riesgo, el cuerpo á los trabajos»¹³⁶³.

Esa rudeza de partida tenía obviamente sus expresiones culturales típicas, como la cuestión de la frugalidad en la mesa, la sencillez de su alimentación, a base de agua y bellotas, y el rechazo o el comedimiento en el consumo de vino («respetando siempre la templanza»), a partir de Ateneo, Filarco y Estrabón¹³⁶⁴. Curiosamente, se reconocía la parte de civilidad que conllevaba la celebración de banquetes en Hispania, aunque este fenómeno se utilizaba para subrayar de nuevo la austeridad en sus formas:

«En los países mas cultos se mezclaban las mugeres en estos bayles, que se hacían con menos violencia, y con acciones mas sosegadas, mas graves, y modestas»¹³⁶⁵.

La cuestión alimenticia reaparecía en la sistemática comparación entre hispanos y galos de los Mohedano, y en la misma dirección habitual: las costumbres frugales eran comunes a todo el mundo celta, pero en Galia había una afición más desmesurada por el vino y se guardaban peores formas en sus celebraciones¹³⁶⁶.

Además de estos ejemplos tradicionales, Marín añadió algunas noticias más atípicas para subrayar ese aspecto del carácter hispano, como la referencia de Silio sobre la afición de los cántabros a arrojar rocas, incluso cuando eran ancianos, o la de Nicolás Damasceno sobre el rechazo que causaba la gordura entre los cántabros¹³⁶⁷. Asimismo, Masdeu utilizó

¹³⁶² Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 319, *e. g.*

¹³⁶³ López de Ayala 1775, vv. 30-36.

¹³⁶⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 298-299; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 250-251.

¹³⁶⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 147-148.

¹³⁶⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 111-113.

¹³⁶⁷ Marín y Mendoza 1776, 25, 68.

el epigrama de Marcial para explotar su estilo explícito al respecto de esa sencillez natural y viril al mismo tiempo:

«Los Celtiberos unían la humanidad, cortesía, y afabilidad con un ayre serio, grave, y varonil; ageno de la delicadeza, y opuesto al luxo. No se cortaban la barba, no se rizaban los cabellos; en una palabra, no tomaron de los extrangeros uso, ù costumbre que pudiese parecer afeminada»¹³⁶⁸.

Desde luego Masdeu expresó particularmente este tipo de rasgos. Sin apenas respaldo en las fuentes, imaginó que la conversación entre los hispanos debió ser grave, seria, lacónica y respetuosa¹³⁶⁹, probablemente extrapolando los relatos sobre Viriato. Incluso cuando las noticias sugerían complejidad, identificó signos de austeridad en ellas. Así, al describir los elaborados peinados de las íberas, los comparó con la moda de su propia época:

«no sé que tiene de menos extravagante y ridículo, que el peinado de las antiguas Españolas, y yo no hallo otra diferencia entre ellos, sino que el moderno es mas rico, y fomenta la vanidad y el luxo»¹³⁷⁰.

Una vez más, acudía a las modas coetáneas de una forma hostil, en este caso para subrayar la austeridad hispana, incluso cuando el dato apuntaba en la dirección contraria. Además, esa comparativa pasado-presente se entrecruzaba con la cuestión nacional; en este caso no lo dijo explícitamente, pero ya antes había hecho una alusión peyorativa al atrayente y extravagante influjo de la moda parisina en su tiempo, en analogía con las influencias exógenas sobre los antiguos hispanos¹³⁷¹.

Esa dimensión física, natural, de la sencillez hispana tenía una derivación esencial en el rechazo de la riqueza en general y los metales preciosos en particular, como ya advirtieron los Mohedano y resaltaría Masdeu:

«Esta proscripción de los ricos metales, y de toda suerte de moneda era una detestación, decian, de la avaricia que habia movido los pueblos extrangeros á desamparar sus patrias para invadir y ocupar la España»¹³⁷².

En efecto, este aspecto tenía mucho de contraste con las potencias coloniales, los intereses que les movían y la propaganda que emitían:

«Pero también vemos el empeño de Estrabon en degradar de racionales á estos insignes Españoles: como si no fuera mas brutalidad saciar inmoderadamente los apetitos, que contentarse con satisfacer las necesidades de la naturaleza: como si la

¹³⁶⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 154-155, en general, 154-156. Sobre el epigrama *vide* Alfayé Villa 2013.

¹³⁶⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 251-255.

¹³⁷⁰ *Ibid.*, tomo 3, 149.

¹³⁷¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 165-169.

¹³⁷² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 158.

frugalidad no debiese ser preferida al lujo, por mas que este se cubra con el velo de cultura, y aquella se desacredite con el nombre de grosería»¹³⁷³.

En este cuadro, las noticias sobre los vacceos adoptaron un papel importante. Era muy conocida su cultura y prosperidad agraria, pero además Diodoro, con su referencia al reparto de tierras, brindaba un elemento perfectamente pertinente dentro de ese concepto de idealización primitivista:

«De este modo eran comunes las heredades, los productos y los riesgos, sin dexar entrada á la codicia ó á la miseria. Admira un exemplo de tanto desinterés y equidad en unas gentes belicosas, y tenidas por barbaras. En este exemplar se nos renueva la idea de los tiempos primitivos, quando la tierra era madre común de los mortales, antes que tuviesen entrada las violencias y los robos, pereciendo unos para que triunfen otros»¹³⁷⁴.

Esto es importante porque, probablemente, esta es una de las primeras ocasiones en que la cuestión del luego llamado *colectivismo vacceo* adquiría una cierta entidad en el discurso historiográfico más allá de la mera anécdota¹³⁷⁵. En este caso, servía como muestra paradigmática del escenario idílico y natural que se estaba perfilando. Efectivamente, en esta reflexión se concentra todo el discurso en torno a la ley natural de los Mohedano: austeridad y solidaridad como matiz para la barbarie expresada por las fuentes, con lo que reaparecía de una forma más sofisticada la noción de vida natural como contrapunto de los riesgos del progreso.

Por supuesto, el tópico se aplicaba a sus plasmaciones históricas, particularmente en el caso de Viriato, aunque su reproducción tópica no vive apenas modificación respecto de los planteamientos tradicionales. Masdeu, al hablar del ingenio de los españoles en el ámbito público, describió a estos como austeros y decentes. Para ello recurría a Ateneo y al consabido caso de Viriato cuya semblanza, en general, reprodujo fielmente los tópicos cínico-estoicos de Diodoro¹³⁷⁶. En la misma línea, a propósito de los hispanos de Sertorio, Masdeu afirmó que fue un gran hombre al mando de «soldados Españoles igualmente sueltos, sobrios, pacientes, fuertes, hechos á marchas forzadas, á caminar por parages hiniestos y alpestres, á dormir en campaña rasa, á cielo descubierto»¹³⁷⁷.

Los tópicos de austeridad relacionados con la figura de Viriato se reprodujeron también en su representación literaria, aunque con un matiz importante. En el drama de Comella, Viriato recuerda en una arenga cómo siempre se había privado de descanso,

¹³⁷³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 303, también en tomo, 298; se refería a la caracterización de los pueblos del norte.

¹³⁷⁴ *Ibid.*, tomo 3, 302, en general, 301-302.

¹³⁷⁵ También contemplaron el tema positivamente, aunque con menos atención, Flórez (1747-1775, tomo 5, 14-15) y Masdeu (1783-1805, tomo 3, 154).

¹³⁷⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 260-261, y en la misma línea, tomo 4, 295-297.

¹³⁷⁷ *Ibid.*, tomo 4, 414.

agua, sustento y había repartido el botín entre sus tropas¹³⁷⁸. Reprodujo así directamente los consabidos tópicos grecolatinos, pero más allá de la referencia obligada, en ningún caso redundó esto en una imagen primitivista del personaje¹³⁷⁹, pues su representación literaria en el periodo tendió precisamente a la aristocratización¹³⁸⁰. Por el contrario, el uso de esos tópicos parece tener más que ver con la reflexión política tan propia de la literatura del momento, acerca de los fundamentos colectivos del poder personal y la entrega social del soberano (§ 6.6).

En relación con esto, hay que considerar la tensión que generaba el vínculo entre la austeridad y la ignorancia primitivas, pues incidir en esta última cualidad iba en contra de la exaltación de la civilización ante todo. Quizá por eso, en este periodo no hay apenas énfasis en la cuestión de la inocencia hispana, como sí ocurría previamente. Por ejemplo, una de las referencias típicas sobre la candidez indígena, la de los vettones asombrándose ante los paseos de los romanos, fue reconducida en este momento para potenciar la imagen de pueblo industrial que evitaba el simple ocio (§ 6.5). En efecto, aparte de algunas referencias tópicas y no muy frecuentes sobre cómo las grandes potencias se habían aprovechado de la ingenuidad hispana¹³⁸¹, prevaleció la tónica propia del momento de dignificar a estos y sus mecanismos culturales, imagen en la que quizá no encajaba bien un perfil marcado excesivamente por la ignorancia. Esto quiere decir que esa austeridad y sencillez que sí se les atribuía era entendida como una virtud natural, propia de su estadio incontaminado, pero también en cierto sentido voluntaria, deliberada, no como el rasgo inevitable propio del salvajismo.

Por otra parte, el tópico de la austeridad había espoleado desde el siglo XVI las conexiones entre los pueblos el norte y oeste peninsular con el mundo espartano, lo que, en última instancia, partía de Estrabón¹³⁸². Esto tuvo repercusiones interesantes en los replanteamientos etnográficos de este periodo, que, en muchos casos, simplemente abordaron la cuestión con cierta cautela. Valdeflores explotó este tema, asociándolo a la supuesta visita de Licurgo en la lista de celebridades atraídas por Tarteso¹³⁸³. Por su parte, Marín aludió a ciertas etimologías griegas o el paralelismo de las danzas guerreras de los norteños, sin entrar en más explicaciones ni posicionarse claramente¹³⁸⁴. Flórez también se hizo eco del vínculo con la austeridad lacedemonia¹³⁸⁵, para después reflexionar

¹³⁷⁸ Comella 1798, vv. 642-649.

¹³⁷⁹ Como sí lo había hecho, por ejemplo, González Bustos en el teatro barroco (§ 4.3).

¹³⁸⁰ Pérez Isasi 2013, 300-301.

¹³⁸¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 131.

¹³⁸² En Str. 3.3.6 comparó las costumbres de lusitanos y espartanos y en Str. 3.4.3 se hizo eco de una noticia de Asclepiades en que aseguraba que los laconios colonizaron parte de Cantabria, aunque dudando de su veracidad. En este periodo se mencionó como referentes en este tema a André de Resende y Andrés Poza.

¹³⁸³ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 97-98.

¹³⁸⁴ Marín y Mendoza 1776, 69.

¹³⁸⁵ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 15.

pormenorizadamente sobre las fuentes que referían la presencia griega en el noroeste, lo que aceptó precavidamente: «como hoy no podemos resolver cosas antiguas sin documentos antiguos, parece que estando los citados tan claros, y no habiendo otros, debemos condescender con ellos»¹³⁸⁶. Realmente, al aceptar esto estaba respondiendo a Larramendi, que descartó la presencia griega en el norte —como cualquier otra injerencia extranjera— en su obsesión por defender el total aislamiento cántabro¹³⁸⁷.

Los Mohedano, en cambio, plantearon el problema desde una perspectiva completamente distinta y aplicaron sobre él su característica lógica racionalista y criticista¹³⁸⁸. Lo hicieron para dirigir su discurso en dos direcciones fundamentales: por un lado, poner en cuestión un vínculo histórico que consideraban improbable y endeble documentalente; por otro, subrayar una serie de rasgos culturales de los hispanos norteños que tienen mucho que ver con ese concepto de austeridad idealizada y dignidad bárbara. En lo que concierne al origen del tópico, los paralelismos apuntados por Estrabón, consideraron que habían sido sobreinterpretados: esas semejanzas tan básicas no podían demostrar ningún contacto histórico de los hispanos con los espartanos, y menos aún con Licurgo. La crítica a este exceso historiográfico fue absolutamente punzante:

«Estrabon expresa que consistia en usar de unguento dos veces al dia, calentarse con piedras encendidas, lavarse con agua fria, comer sobria y parcamente. No era menester que se molestassen los Lacedemonios para venir á enseñar á los Cantabros unas costumbres tan esquisitas»¹³⁸⁹.

Pero el aporte de los Mohedano fue más allá de su desmitificación irónica, sino que trataron pormenorizadamente las analogías tradicionales para extraer de ellas reflexiones culturales de importante calado.

«El amor á la libertad es comun a todos los Pueblos, como que los hombres nacen libres por naturaleza. La fiereza de costumbres y dureza en el trabajo es propia de Naciones barbaras, donde reyna poca delicadeza y cultura. El systéma fundamental de la Republica de los Lacedemonios es enteramente distinto de las costumbres de los Cantabros. En aquellos reynaba una perfecta comunidad; estos vivian divididos en los bosques. La agricultura de los Lacedemonios era empleo de los Esclavos ó Hilotas; entre los Cantabros pertenecia a las mugeres. Estas en Cantabria eran laboriosas, sin delicadeza ni luxo: las mugeres de los Lacedemonios eran ociosas y disolutas. Estos alguna vez permitian la comunidad de mugeres; eran crueles con los niños y con los esclavos. Nada de esto vemos en los Cantabros; ni creemos que unas

¹³⁸⁶ *Ibid.*, tomo 15, 22-23, en general, 21-23.

¹³⁸⁷ Larramendi 1736, 41-65 y, en particular, *Ibid.*, 47-49.

¹³⁸⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 142-149.

¹³⁸⁹ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 144.

gentes tan amantes de su libertad hubieran sufrido la dura esclavitud que padecían los Hilotas»¹³⁹⁰.

En el fondo de este razonamiento hay una absoluta declamación primitivista que reproduce fielmente el prototipo del buen salvaje característicamente ilustrado. Pero esta condición idealizada se lo arrebató a los espartanos (los buenos salvajes grecolatinos por excelencia) para aplicarlo por contraste sobre los pueblos cántabros. En ello reside ese sesgo patriótico, de nuevo, convenientemente racionalizado: los antiguos hispanos eran austeros, moderados, frugales, duros, lo que tiene una explicación en su contexto cultural y dentro los límites que permiten las fuentes, sin necesidad de conexiones absurdas y viajes imaginarios.

Las exageraciones y tópicos previos tenían que ser cuestionados y replanteados también en este tema: la barbarie hispana debía matizarse, el primitivismo comportaba sus ventajas y la incivilización sus virtudes, pero había que guardarse mucho de imaginar una utopía simplista, una

«edad de oro, antes de que se descubriera el oro mismo; y una edad de hierro, luego que se descubrió aquel encantador, y precioso metal. Quisieramos ver autorizadas todas esas noticias individuales con monumentos legítimos»¹³⁹¹.

De nuevo, la crítica a la tradición se hacía mediante el sarcasmo, y en este caso se dirigía contra Juan Luis Vives. En su comentario de la obra de Agustín de Hipona, había reproducido el esquema de las tres edades, reiterando la fabulosa visión de una Iberia preferencia de absoluta virtud, equidad y rectitud preconizadoras del cristianismo¹³⁹². Realmente, el planteamiento de los Mohedano conllevaba imaginar en la Iberia precolonial un escenario utópico, pero no según el modelo tradicional mítico, fabuloso, sino una realidad histórica, también idealizada, pero desde la comprensión racional.

Efectivamente, el manejo de esos temas idealizantes típicos se enmarcaba en un modelo más amplio y complejo. Como parte de su discurso en la matización de la barbarie de los pueblos del norte presentada por Estrabón, los Mohedano mencionaron un concepto importante:

«Los Escritores Griegos y Latinos les daban el nombre de insociables y barbaros; y lo eran efectivamente, si se atiende solo á su incultura y falta de instruccion en las artes y ciencias; pero si se consideran muchas de sus costumbres, se hallarán tal vez *mas arregladas á los principios de la Ley natural*, que las de estas Naciones que tanto presumían de su sabiduría»¹³⁹³.

¹³⁹⁰ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 143-144.

¹³⁹¹ *Ibid.*, tomo 1, 103, en general, 102-104.

¹³⁹² Aug. *Ciu.* 9.

¹³⁹³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 289 (el énfasis es mio); la misma idea en *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 285.

El pacifismo de los primeros pobladores, la hospitalidad celtibérica, la frugalidad alimentaria, la justicia de Viriato, la austeridad y sencillez etnográfica no eran, por tanto, simple barbarismo, sino rasgos de una cierta *ley natural*. Esta noción es clave, en tanto que se trata de la sistematización racionalista de la idealización de los primeros tiempos¹³⁹⁴.

Una idea muy similar, obviamente simplificada, se reprodujo en las representaciones literarias en su alusión a las formas de justicia indígenas. Hablaré más adelante del pasaje de Ayala en el que el sacerdote Dulcidio invoca la ley ancestral de sacrificar a los ancianos inútiles en la guerra, una norma que se presenta como fuente de autoridad felizmente conservada por los cántabros (§ 11.3)¹³⁹⁵. Más ilustrativo fue el unánime uso de símbolos naturales en torno a los que se hicieron girar las grandes tomas de decisiones en estas obras. En la *Numancia* de Ayala, Megara se reúne con Cipión en torno a un árbol sagrado, con gran valor simbólico y omnipresente en toda la obra, como símbolo de «sincera justicia»¹³⁹⁶. En la obra de Zavala, los saguntinos juran resistencia a toda costa en torno a un fuego sagrado, junto al templo de Marte¹³⁹⁷. En el *Viriato* de Comella, el héroe recibe a Pompeyo para parlamentar sentado sobre un peñasco. De hecho, probablemente estos sean los únicos elementos naturalistas de las escenografías, dentro de la mencionada tendencia al ennoblecimiento literario de los hispanos y sus espacios, que eran de gusto totalmente clasicista y monumental. Parece importante, por lo tanto, recalcar el sentido natural — entendido también como ancestral y tradicional — en lo concerniente a los fundamentos jurídicos más profundos de esas realidades, lo que parece corresponderse bien con ese concepto de ley natural formulado por los Mohedano.

En efecto se trata de ecos de una realidad intelectual compleja. Nos habla de la combinación ilustrada de la exaltación del buen salvaje, de la sociedad libre y buena por naturaleza, y la exaltación del progreso y la cultura como conceptos necesarios para la construcción de un futuro ideal. La dicotomía es clara en su aplicación a los pobladores precoloniales de Iberia, especialmente por parte de los Mohedano: fueron los representantes de una virtud natural perdida en la vorágine de la civilización, lo que no era incompatible con el salto necesario y esencial del progreso cultural al que estaban destinados.

¹³⁹⁴ Iglesias Cano 1999; Arrocha González 2000.

¹³⁹⁵ López de Ayala 1775, vv. 606-620, a partir de Sil. Ital. 3.328-331.

¹³⁹⁶ *Ibid.*, vv. 886-888, y también acto 3, esc. 4.

¹³⁹⁷ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 235-280.

6.5. El aprendiz predispuesto y sus maestros

Ahora bien, al margen de la valorización, general y concreta, que se hizo en este periodo del difusionismo de las grandes potencias coloniales, en la definición del proceso, gran parte de la expresión patriótica de las historias literarias conllevó resaltar la inclinación natural por la cultura que tenían los propios pueblos hispanos. Esto comportaba desarrollar tres nociones que, si bien no eran absolutamente nuevas, sí adoptaron en este momento una entidad propia: se trataba, primero, de matizar la barbarie de los pueblos indígenas cuestionando a las fuentes grecolatinas por su tendenciosidad; en segundo lugar, revalorizar las culturas prerromanas en sí mismas, intentando comprender racionalmente sus propias características y evolución; y, por último, identificar los signos que revelaban la predisposición de los hispanos a las influencias civilizadoras foráneas y ensalzarlo como una virtud decisivamente positiva. Se utilizó como base teórica el concepto de *ingenio* en la definición de esa idiosincrasia nacional (§ 5.3), concretizándose a partir de los tradicionales lugares comunes convenientemente racionalizados.

El punto de partida, por tanto, era cuestionar los testimonios sobre la barbarie extrema en Hispania transmitidos por las fuentes: «no se pueden, aún en aquellos tiempos antiguos, despreciar los Españoles como absolutamente barbaros»¹³⁹⁸. Por supuesto esto pasaba por discutir, negar, matizar o invertir la visión estraboniana. Así, en cuanto a los pueblos del norte y oeste, los Mohedano consideraron exagerado el panorama presentado por el geógrafo, basándose en su fundamental desconocimiento de la región, de manera que, ni el clima ni el territorio eran tan adversos ni, en consecuencia, sus pueblos habían sido tan agrestes como él los describió¹³⁹⁹. De hecho, los propios textos de Estrabón fueron esgrimidos contra su discurso barbarizante, utilizando su recurso de equiparar algunas costumbres hispanas con los usos egipcios y griegos: si él mismo había admitido esos paralelismos, tan bárbaros no serían¹⁴⁰⁰.

En la misma línea, Masdeu negó que los indígenas baleáricos fuesen desnudos como afirmaba Diodoro y, aunque admitía que algunas de sus comunidades pudiesen haber sido bastante rústicas, «la nación en general era de hombres robustos, fuertes y de valor: á estas qualidades unian la mansedumbre, y humanidad»¹⁴⁰¹. Por otro lado, subrayó la mención de que los celtíberos eran «limpios y aseados», al margen de la noticia sobre su higiene con orín, considerada por él como muy dudosa; aun así, se lamentaba de que ese tópico se hubiese repetido acríticamente por aquellos autores adversos a la causa

¹³⁹⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, XCIV.

¹³⁹⁹ *Ibid.*, tomo 3, 278-279, 302.

¹⁴⁰⁰ *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 285.

¹⁴⁰¹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 250, tomo 3, 156, en general, 156-159.

española, como Marineo¹⁴⁰². Este asunto también se filtró en la recurrente comparativa con el mundo galo; Masdeu recalcó que la cultura de los celtas era muy básica, pero matizando que «no por eso se ha de pensar que los Celtíberos fueron hombres de todo punto bárbaros»¹⁴⁰³: lo celta conllevaba una barbarie de partida que los hispanos habían superado.

También es interesante comprobar cómo Flórez, en sus limitadas noticias sobre los celtíberos, no mencionó más que de pasada su belicosidad, y sin embargo pusiese un especial énfasis en su prosperidad económica y desarrollo demográfico¹⁴⁰⁴. Por dos veces recurrió a Estrabón para recalcar que la región estaba muy poblada y disponía de muchas ciudades; es curioso, porque Estrabón escribió ese dato de Polibio precisamente para negarlo como algo exagerado, detalle que Flórez parece ignorar —no creo que de manera inocente— para reconducir la noticia en la dirección opuesta.

Esa discordancia entre los testimonios barbarizantes y la realidad histórica también tuvo su plasmación literaria. En la obra de Ayala, Escipión califica a los numantinos de «hombres en fieras convertidos» y a Numancia de «cueva de fieras»¹⁴⁰⁵, a lo que Megara responde: «Ni imputes á dureza de Numancia / lo que hace la ambición, i orgullo vuestro»¹⁴⁰⁶. Algo similar ocurre en la obra de Comella cuando la descalificación de Viriato como bandido por parte de Pompeyo contrasta luego con los actos nobles y dignos del lusitano. De esta manera, el argumento historiográfico de la tendenciosidad prorromana al exagerar la barbarie de los hispanos se proyectaba en el teatro en boca de los propios protagonistas.

En segundo lugar, y más importante, la historiografía ilustrada hizo un esfuerzo nuevo por comprender mejor los mecanismos por los que las sociedades primitivas se habían transformado. Una vez descartada la idea de la civilización como revelación por parte de reyes fabulosos, quedaba por definir la manera en que los primitivos hispanos habían desarrollado en los primeros tiempos las nociones culturales más básicas antes de la llegada de las civilizaciones foráneas conocidas históricamente. En este sentido se concibió un proceso natural por el cual los pueblos hispanos habrían experimentado un progresivo crecimiento y complejización a todos los niveles:

«Deberemos, pues, decir que con los primeros hombres entró en España la ignorancia universal, la que disiparon con el tiempo poco á poco los rayos de las luces naturales, y de aquel ingenio nacional, ayudado de la esperiencia, y necesidad»¹⁴⁰⁷.

¹⁴⁰² *Ibid.*, tomo 1, 250, tomo 3, 153-154.

¹⁴⁰³ *Ibid.*, tomo 2, 162.

¹⁴⁰⁴ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 5, 19-20.

¹⁴⁰⁵ López de Ayala 1775, vv. 894 y 961, respectivamente.

¹⁴⁰⁶ *Ibid.*, vv. 915-916.

¹⁴⁰⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 101.

El desarrollo y concreción de ese planteamiento era tanto como acometer una suerte de ensayo sobre la Prehistoria hispana de una manera absolutamente intuitiva y con una absoluta carencia de fuentes. El único hilo más o menos sólido del que tirar era esa incipiente antropología comparativa tan propia del enfoque de los Mohedano; en efecto, para este apartado, la referencia a América fue importante.

«La semejanza de otros pueblos en igual situación, y todas la congeturas verisímiles conspiran á representarnos á los Españoles al principio, como unas colonias vagas de hombres agrestes, unas partidas de hombres sin disciplina, sin policía, sin cultura civil»¹⁴⁰⁸.

El hito cultural inflexivo se establecía en lo que hoy llamaríamos el proceso de sedentarización, el establecimiento constante y el desarrollo de la agricultura como estadio fundamental para el posterior desarrollo de la cultura en todos sus aspectos sociales, económicos y políticos, entendidos estos como una red interconectada. El estadio previo estaría definido por comunidades «vagantes» o «vagabundas» movidas por los recursos básicos (algo así como los cazadores-recolectores en terminología más reciente). Dicha hipótesis se apoyó en las referencias grecolatinas a los estadios y regiones más arcaicas de Grecia, Italia y Galia, pero muy especialmente en las civilizaciones precolombinas de México y Perú; estos últimos ejemplos servían como paradigma de los logros alcanzados por sociedades estables respecto de otros pueblos americanos más atrasados¹⁴⁰⁹. Sobre este paralelismo y ese modelo teórico, se especuló con la idea de que los hispanos habrían llegado a desarrollar sociedades relativamente complejas y estables antes de la llegada de los fenicios. Siguiendo con la comparación, estos sistemas no habrían llegado nunca al nivel de los grandes imperios americanos y esto era debido a la interrupción previa del proceso de evolución en el caso hispano por la irrupción más temprana de las potencias coloniales. Sin embargo, sí habrían alcanzado ciertas cotas de desarrollo urbano, social, económico y político en pequeños estados de limitada envergadura territorial¹⁴¹⁰.

Esta explicación formaba parte de una motivación más amplia, la de replantear en su conjunto el estudio de las sociedades prerromanas del Occidente europeo desde un punto de vista racional, llenando el vacío dejado al descartar la tradición de Viterbo. La revisión conllevaba una nueva puesta en valor del grado cultural de esos pueblos intentando trascender los límites de las fuentes literarias, con el fin de componer un escenario previo a las colonizaciones que resultase plausible y coherente. En este sentido, dicho planteamiento se integraba en las aproximaciones europeas al estudio del mundo celta. Efectivamente, en particular los Mohedano aprovecharon la historiografía francesa

¹⁴⁰⁸ *Ibid.*, tomo 1, 63.

¹⁴⁰⁹ *Ibid.*, tomo 1, 61-70.

¹⁴¹⁰ *Ibid.*, tomo 1, 70-86; la comparativa con los imperios americanos es recurrente (*Ibid.*, tomo 1, 70, 79-80, 167-168).

para tratar de manera genérica cuestiones relacionadas con ese progreso inicial de las sociedades bárbaras occidentales a propósito de las filiaciones célticas de los hispanos (§ 5.4). Esto incluía, por ejemplo, una cierta reflexión sobre la evolución de la economía comercial a partir del trueque¹⁴¹¹, así como una significativa propuesta acerca del vínculo entre los procesos de centralización política y el progreso cultural (§ 6.6). En general, se contemplaba de manera pionera la posibilidad de que en el norte y occidente peninsular hubiesen existido estados más complejos de lo que normalmente se había creído por la opacidad de las fuentes¹⁴¹². Había en su planteamiento la reivindicación explícita de una necesidad historiográfica nueva: revalorizar y estudiar a las sociedades no mediterráneas, que tradicionalmente habían sido relegadas, a pesar de las dificultades de documentación que presentaban¹⁴¹³.

Es decir, que los indígenas no serían tan bárbaros como decían las fuentes, ni partirían de cero a la llegada de los civilizadores. Por último, en tercer lugar, faltaba por otorgar a los hispanos un papel activo en el escenario colonial. En este sentido, se resaltó una y otra vez la idea de que los locales habían favorecido el proceso civilizador gracias a una especial predisposición en la que confluían un entorno y un carácter nacional favorables. Ciertamente, la idea tenía mucho de defensa respecto a los tópicos modernos que se argüían desde el extranjero sobre lo español.

«Los Españoles según las relaciones de los antiguos estaban bien lejos de aquella ociosidad y pereza, que describen muchos modernos por ignorancia ó por malignidad como característica de nuestra nacion»¹⁴¹⁴.

En efecto, la historiografía ilustrada reiteró a menudo la idea de la inclinación hispana por la «industria», el trabajo y el esfuerzo en general, necesarios para el progreso, en contra del tópico degradante de la pereza española. Es curioso que Flórez y tras él Masdeu tomasen como ejemplo de esa idea el célebre episodio en que los vettones se sorprendían ante los paseos romanos, pues demostraba que los hispanos no entendían una actividad movida exclusivamente por el ocio¹⁴¹⁵. Aunque pueda parecer anecdótica, esa lectura del tema es muy reveladora: lo que las fuentes clásicas presentaban como barbarie y los renacentistas habían ensalzado como austeridad y belicosidad, los ilustrados lo releían como un símbolo del gusto por el trabajo y el progreso.

Los hispanos no eran vagos, pero es que además tenían una actitud que propiciaba su propio progreso. Por ejemplo, se había concluido que el alfabeto fue un préstamo oriental (§ 5.4), pero su introducción se debía al gusto natural de los hispanos por las

¹⁴¹¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 280-284.

¹⁴¹² *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 284-290.

¹⁴¹³ *Ibid.*, tomo 2, parte 2, 280.

¹⁴¹⁴ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 8, 106, en general, 105-107.

¹⁴¹⁵ Flórez de Setián y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 37; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 8, 106; a partir de Str. 3.4.16.

letras y la Historia; sin este, no podría explicarse la excepcionalmente temprana adopción de la escritura o la preeminencia intelectual hispanorromana¹⁴¹⁶. Por otro lado, resulta interesante cómo, al hablar del comercio en Tarteso, aun reconociendo el papel esencial de los fenicios, se subrayó también la agencia activa de los locales, la incidencia de sus propias iniciativas e intereses, así como el desarrollo de una red de comercio interno más allá de los enclaves coloniales¹⁴¹⁷.

Asimismo, se entendía que la convivencia en Ampurias entre indígenas y griegos que Estrabón documentó no habría sido posible sin la preferencia hispana por la civilización y la armonía: «debió contribuir mucho la buena disposición y deseo de instruirse, que tendrían nuestros Nacionales»¹⁴¹⁸; y se fue incluso más allá en esta idea:

«la suavidad de los Españoles para con los extranjeros, y los grandes intereses de su comercio, eran vínculo recíproco para ajustar presto sus discordias. La humanidad preponderaba en los Españoles á su espíritu guerrero»¹⁴¹⁹.

De esta manera estaban supeditando la más célebre cualidad hispana, la belicosidad, en favor de la predisposición a la cultura y el intercambio entre pueblos: «No perderían esta ocasión de instruirse», lo que su vez sería transmitido desde el Levante a los hispanos vecinos¹⁴²⁰. Complementariamente, se suponía la adopción de algunas costumbres griegas con la convivencia en Ampurias, aunque se recalcaba que los locales conservaron sus propias leyes, lo que redundaba en esa idea de la existencia de cierto grado de civilidad previa¹⁴²¹. Una vez más, el caso de Ampurias servía para establecer una comparativa (favorable) respecto del caso galo: esa idílica convivencia grecohispana contrastaba con la turbulenta relación entre los focos de Masalia y los galos, por culpa de la perfidia y las resistencias de estos últimos¹⁴²².

La idea era extensible a la época romana: solo considerando la inclinación natural de los hispanos para el progreso podría explicarse su dinamismo demográfico, la consolidación de clases pudientes, la importancia de los puertos y ciudades comerciales o la posibilidad de que se pagasen tributos tan altos a Roma¹⁴²³. En la misma línea, los Mohedano reprochaban que las fuentes hablasen de la rentabilidad de las minas hispanas, pero no de la necesaria habilidad de los españoles para extraerla eficientemente¹⁴²⁴. Igualmente, tanto para los Mohedano como para Masdeu, el desarrollo de la agricultura

¹⁴¹⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 187-188.

¹⁴¹⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 280-284; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 146-148.

¹⁴¹⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 172.

¹⁴¹⁹ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 179.

¹⁴²⁰ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 179-181.

¹⁴²¹ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 179-181.

¹⁴²² *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 180.

¹⁴²³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 148-149.

¹⁴²⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 304-306.

en Hispania, cuyo perfeccionamiento culminaría en época romana, partía en último término de la predisposición local y su desarrollo natural. Apoyaban ese argumento los múltiples testimonios sobre las excelencias agrícolas de buena parte de la Península (incluidos territorios inhóspitos, como Lusitania¹⁴²⁵) y las noticias sobre la fluida comercialización de sus productos en Italia; así cobraba sentido el hecho de que tratadistas como Magón o Columela escribiesen tratados sobre agricultura desde su experiencia hispana¹⁴²⁶. Paradójicamente, con el objetivo de reforzar esa premisa fue utilizada incluso una de las noticias más barbarizantes de las fuentes, la relativa a los primitivos usos agrarios de los montañeses lusitanos:

«Y aun en estos parages era necesidad y no desidia de los hombres, que las mugeres cultivasen los campos. Antes esto prueba la mucha inclinacion de estos pueblos á la Agricultura, pues dividiendo asi los exercicios, havian hallado modo de conciliar á Marte y Ceres, sin descansar los arados con el movimiento de las espadas»¹⁴²⁷.

De nuevo, la cuestión de la belicosidad quedaba subordinada a la idea del potencial civilizador de los nativos, en este caso, en su faceta agrícola. En cierta forma, el argumento se forzaba hasta el punto de convertir el defecto en virtud. En efecto, el trabajo agrario de las mujeres, un signo inconfundible de barbarie en la Antigüedad, encontraba acomodo como argumento en favor de la inclinación y capacidad natural de estos pueblos por la agricultura, pues habían encontrado la solución para desarrollar esta producción a pesar de las condiciones desfavorables y de la necesaria ausencia de los hombres. La explicación se completaba con una lógica característicamente ilustrada: cuando intervino Roma como aleccionadora, los hispanos pudieron demostrar su natural y frustrada valía como agricultores y agentes del progreso en lo que, por otra parte, nada tenían que envidiar al resto de civilizaciones¹⁴²⁸.

Esa subordinación de la belicosidad respecto a la cultura en el carácter español quedó especialmente clara en la manera en que los Mohedano plantearon la conquista romana de Hispania:

«El poder y la cultura suavizan el orgullo y ferocidad de esta Nacion belicosa; que disputando mucho tiempo su libertad, se rinde en fin no tanto al valor de sus exercitos como á las artes de su politica y dulzura de sus costumbres. Los Romanos no solo se hacen dueños sino maestros de los Españoles. Este Imperio de las letras asegura el de las armas»¹⁴²⁹.

¹⁴²⁵ *Ibid.*, tomo 3, 299-301; recurriendo especialmente a Ateneo y Plinio.

¹⁴²⁶ *Ibid.*, tomo 1, 108, tomo 3, 286; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 71-73, tomo 2, 87-88, 8, 106-107.

¹⁴²⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 298; la misma idea en Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 71.

¹⁴²⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 286, 301 y 304.

¹⁴²⁹ *Ibid.*, tomo 3, 129.

En definitiva, había entre los hispanos una predisposición natural hacia la civilización, aunque, de nuevo, se evitaba caer en excesos no demostrables. Los Mohedano, por ejemplo, hicieron una punzante crítica a Vives al respecto. Este había presupuesto que entre los celtas hispanos se celebrarían reuniones al estilo druídico para tratar sobre cuestiones filosóficas y ciencias naturales y jurídicas; aunque el paralelismo galo resultaba atractivo y plausible, en este caso, para los Mohedano no había pruebas suficientes para afirmarlo, por lo que no debía caerse en la pura especulación idealizante¹⁴³⁰.

Por otro lado, siguiendo con el análisis de la propuesta de Vives, los Mohedano aprovecharon para hacer una reflexión muy interesante acerca de la dimensión femenina de esta predisposición hispana para la cultura. Aquel comentó que en aquellas hipotéticas reuniones participarían hombres y mujeres (como las minervas griegas o las sacerdotisas germanas y galas), lo que mereció cierta consideración al margen del discurso principal:

«pues no hay duda que esta continua asistencia de las mugeres á las asambleas eruditas las haria sabias; si es que no asistiessen alli solo por ceremonia, por mero adorno y solemnidad de las Juntas: lo que sería agravio de nuestras Españolas, cuyos entendimientos no podian ser indiferentes á los exercicios de la racionalidad, ni sus lenguas mudas á los ardores de la disputa»¹⁴³¹.

De esta manera, esa predisposición intemporal de los hispanos al conocimiento y los usos sofisticados se hacía extensible a las hispanas; o bien, dicho de otra manera: solo incluyéndolas a ellas podía entenderse el progreso pleno de la nación.

En definitiva, más allá de los tópicos degradantes y oscuros de las fuentes, los pueblos que se encontraron los colonizadores mediterráneos se hallaban por tanto en un estadio creciente de civilización. Esta dinámica, interrumpida y acelerada por los extranjeros, era el resultado de un progresivo proceso de establecimiento y desarrollo cultural autóctono, que además estaba incentivado, y continuaría estándolo, por una predisposición hispana, el «ingenio Español», particularmente proactiva respecto al progreso.

En todo caso, esa predisposición del aprendiz no eximía en absoluto del papel del maestro. Explotando como noción de fondo la teoría de la *transmigración cultural* a partir de Feijoo, los historiadores ilustrados entendieron que la conformación de España y los españoles era inconcebible sin la influencia decisiva y beneficiosa de las civilizaciones más avanzadas de la Antigüedad (§ 5.3). Es cierto que, como acabamos de ver, esa idea no era nueva, sino consustancial en unos discursos historiográficos que, desde la Edad Media, pero especialmente en el Renacimiento, giraban en torno a los conceptos de civilización e imperio (§ 6.3); no obstante, cuando los ilustrados revisitaron esa idea, no

¹⁴³⁰ *Ibid.*, tomo 1, 111-112.

¹⁴³¹ *Ibid.*, tomo 1, 111.

solo rendieron una pleitesía mucho más incondicional y plena a esa dependencia difusionista, sino que además alteraron de una manera muy profunda el reparto de papeles entre los actores implicados: el protagonismo antes indiscutible de la cultura clásica quedó seriamente cuestionado en favor de la semítica (§ 5.4). Consecuentemente, aunque el concepto de influencia civilizatoria se mantuviese en el tiempo, la secuencia de los grandes hitos de ese proceso y sus elementos característicos se alteraron significativamente.

Valdeflores, inaugurador de esa idea, describió a las claras el verdadero alcance de la inflexión que supuso la llegada de los fenicios:

«Antes de estos tiempos, los Españoles vivían esparcidos por los Campos sin morada fija, sin sociedad, sin Policía, sin Artes, y sin conocimientos arreglados»¹⁴³².

El panorama prefenicio que imaginaba fue de absoluto salvajismo, indigno de mayor consideración, pues ni había fuentes disponibles, ni había elementos suficientes para el análisis. En efecto, lo cierto es que, antes de la arqueología de mediados del siglo XX, las fuentes para defender y concretizar esa noción eran más bien escasas, con lo que cada referencia literaria se explotaba como un recurso de inapreciable valor.

Desde luego, un aspecto central era la cuestión de la antigüedad de la escritura turdetana, que suscitó una importante revisión. Primero los Mohedano y después Masdeu, coincidieron en criticar de la historiografía anterior la lectura literal de Estrabón a la hora de ensalzar la extraordinaria cronología de la literatura turdetana. A pesar del afán de los ilustrados por recalcar la antigüedad y nivel de la civilización en España, se negaron a aceptar acríticamente aquel dato desorbitado, así como su carácter puramente autóctono.

«Un invento de estos llena de gloria á toda una Nacion entera [...]. Pero no nos linsogemos con ventajas hypoteticas, y glorias acaso puramente imaginarias»¹⁴³³.

Desde esta perspectiva, insistieron en que las formas de escritura prerromanas, las meridionales y después las levantinas y celtibéricas, solo pudieron ser introducidas por los fenicios, adoptándolas los hispanos por las necesidades de la vida en sociedades más avanzadas que habían suscitado esos contactos. De ahí derivaría el hecho de que Estrabón lo afirmase de Turdetania, por ser la región con mayor presencia fenicia, que habría funcionado como el epicentro difusor de la cultura literaria en Iberia, particularmente desde Gadir. Ya Valdeflores lo apuntó en su reconstrucción evemerizadora de la colonización de Iberia: Habis, según él un rey de posible origen fenicio, habría escrito su legislación en lengua semítica, como atestiguaban los epígrafes de algunas monedas

¹⁴³² Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 20-21; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 117-120.

¹⁴³³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 86-198, cita en 173; la misma idea en Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 98-102. Este último, discute en este sentido a Juan Luis Vives en su comentario a San Agustín.

conservadas¹⁴³⁴. Los Mohedano desarrollaron ese enfoque con un aparato teórico muy interesante, que aludía al proceso por el cual las tradiciones culturales y jurídicas orales se trasladaban progresivamente al soporte escrito. Asimismo, remitían a la influencia decisiva que la escritura de procedencia semita había tenido en la consolidación de otras legislaciones históricas conocidas (Licurgo, Solón, Numa, etc.)¹⁴³⁵. Yendo más allá en su esquema progresivo, apuntaron la posibilidad de que en Iberia se hubiesen utilizado jeroglíficos previamente, como entre los pueblos americanos primitivos de Perú y México, aunque admitían que esto era una mera especulación¹⁴³⁶. De esta forma, la vieja figura de los legisladores míticos era sustituida por una reflexión histórica comparativa de notable calado.

A este respecto, Masdeu introdujo un matiz más radical, y menos argumentado. Discrepaba con los Mohedano en que los turdetanos hubiesen desarrollado previamente la cultura y las leyes que después plasmarían con el alfabeto de origen de fenicio; para Masdeu, tanto las propias instituciones como la escritura que derivaba de ellas solo podían provenir del proceso civilizador fenicio¹⁴³⁷. Por otro lado, para acoplar esto con la noticia de Estrabón, manejó la teoría de que los célebres 6000 años se refiriesen a años estacionales de tres meses. Si este era el sistema cronológico que regía en Turdetania, el dato encajaría mejor con el momento de llegada de los fenicios, que se dataría así en 1480 años antes de Estrabón¹⁴³⁸. Los Mohedano habían sido más críticos con la noticia estraboniana; para ellos la teoría de los meses estacionales resultaba demasiado endeble, por lo que consideraron que aquel dato era básicamente una construcción mítica propiamente griega¹⁴³⁹.

Realmente, estas elucubraciones historiográficas se apoyaban en los estudios epigráficos, pero sobre todo numismáticos, que se desarrollaron a lo largo del siglo XVIII intentando dar respuesta al eterno problema del desciframiento de la escritura ibérica¹⁴⁴⁰. La cuestión de las llamadas «monedas desconocidas» o «monedas autónomas», esto es, las monedas ibéricas con epígrafes incomprensibles, fue un asunto recurrente en las aproximaciones anticuaristas desde el Renacimiento. Entre el siglo XVI y XVII fue especialmente pujante en este tema el círculo de humanistas aragoneses, lo que parece estar relacionado con su motivación por construir un pasado nacional alternativo al castellanista que respaldase históricamente las reivindicaciones fueristas ante las políticas de Felipe II¹⁴⁴¹. En ese ámbito, dichas monedas fueron recogidas, por ejemplo, en el

¹⁴³⁴ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 31; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 125.

¹⁴³⁵ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 91-198.

¹⁴³⁶ *Ibid.*, tomo 1, 110-111.

¹⁴³⁷ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 73.

¹⁴³⁸ *Ibid.*, tomo 3, 68-72.

¹⁴³⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 86-91.

¹⁴⁴⁰ Mora Rodríguez 1998, 75-81.

¹⁴⁴¹ *Ibid.*, 75-76.

compendio de Antonio Agustín, que identificó los epígrafes como nombres de cecas¹⁴⁴²; ahora bien, fue Vincencio Juan de Lastanosa el primero en dedicarles un libro a las monedas ibéricas de forma exclusiva, aunque reprodujo básicamente las interpretaciones de Agustín y las elucubraciones toponímicas de los cronicones, reincidiendo en la utilización de estas piezas para la glorificación de Aragón¹⁴⁴³. Con la revisión de los grandes temas y sus fuentes, en el siglo XVIII se llevaron a cabo los primeros intentos sistemáticos de desciframiento. Frente a las teorías góticas de daneses y alemanes, en España se impuso, con múltiples variantes, la teoría de que se trataba de una lengua indígena cuyo sistema de escritura era de procedencia oriental. Valdeflores hizo su propia síntesis al respecto, creyendo identificar diversas influencias foráneas, griegas, samaritanas y etruscas¹⁴⁴⁴. No obstante, en este periodo el relevo lo tomó con especial incidencia el círculo valenciano, interesando a autores como Mayans. Aunque nunca llegó a desarrollar un trabajo al respecto, adelantó sobre el tema una crítica metodológica: mostrándose escéptico ante la posibilidad de desciframiento, descartó el método tradicional de la mera comparación con otras lenguas, planteando la necesidad de acometer un análisis estructural sobre el sistema de relación entre símbolos, y partiendo, además, de la premisa de que en Iberia había pluralidad de lenguas y escrituras¹⁴⁴⁵.

En todo caso, quizá lo más interesante de estas aproximaciones del XVIII y su proyección en la historiografía ilustrada fue la culminación de la perspectiva orientalista sobre la cuestión que ya se había introducido en el Renacimiento con Aldrete¹⁴⁴⁶, y que afectaba tanto a los alfabetos estudiados como a las lenguas en sí mismas. En la idea de que el hebreo era la lengua madre del fenicio, griego y latín y, por lo tanto, la clave fundamental para la interpretación del ibérico, se entremezclaba mitología bíblica y planteamientos puramente académicos a partes iguales, lo que suscitaba los recelos de los más críticos; en todo caso, el proceso debe contextualizarse como parte de una tendencia muy potente desde mediados del XVIII, aquella corriente intelectual que propugnaba la puesta en valor del estudio y enseñanza de las lenguas orientales como vía necesaria para aproximarse al estudio de los orígenes de la civilización en Occidente¹⁴⁴⁷.

¹⁴⁴² Agustín 1587.

¹⁴⁴³ En la obra titulada *Museo de las medallas desconocidas españolas* (1645).

¹⁴⁴⁴ Velázquez de Angulo y Cruzado 1752; sobre el redescubrimiento español de lo etrusco en este periodo, *vide* Montero Herrero 1995.

¹⁴⁴⁵ Mayans i Siscar 1737. En varias cartas mencionó su intención de abordar el problema, pero no llegó a hacerlo; *vide* Siles 1981.

¹⁴⁴⁶ Aldrete 1606.

¹⁴⁴⁷ Mora Rodríguez 1998, 78-79; 2010.



Figura 22. Grabado firmado por Moreno del *Ensayo sobre los alphabetos de las letras desconocidas* de Valdeflores (Velázquez de Angulo y Cruzado 1752, 163)¹⁴⁴⁸.

Otro de los puntos importantes de aquel temprano proceso civilizador era el comercio. En este aspecto, los Mohedano desarrollaron toda una teorización sobre la evolución que se habría dado en Iberia desde el simple intercambio de trueque hasta las formas de comercio complejas y a larga distancia. Para este planteamiento recurrieron a Tucídides, pero también, de nuevo, al paralelo americano. En este sentido, consideraban que la presencia fenicia fue clave como dinamizador económico en la Península, entre otras cosas, porque supuso la introducción del empleo de la plata y el oro como materias con valor económico, de la misma manera que había ocurrido con el Imperio español respecto a los nativos de América. Además, distinguieron dos zonas comerciales distintas en función de sus influencias culturales y sus condicionantes físicos: la interior, más limitada, básica y «pasiva», por sus peores comunicaciones, y la marítima, más «activa» gracias al influjo directo de las colonias fenicias¹⁴⁴⁹.

Sin duda, el arte marítimo era el más jugoso en este sentido, sacándose a colación las referencias sobre la intensa pesca en torno a Gadir, la existencia de desarrollados astilleros y atalayas y la potencialidad de las exploraciones atlánticas¹⁴⁵⁰. De esta manera,

¹⁴⁴⁸ Fuente: <http://bvpb.mcu.es/es/consulta/registro.cmd?id=397532> (accedido: 08/04/2018).

¹⁴⁴⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 233-280; sobre estas cuestiones también, aunque con menor desarrollo, Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 64-67.

¹⁴⁵⁰ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 120-128, e. g.

Tarteso se presentaba como un centro neurálgico de innovación naval hispanofenicio muy antiguo del que aprenderían tanto púnicos como romanos:

«Los Cartagineses, aquellos grandes Señores del mar, no solo no podían gloriarse de navegaciones mas antiguas que las de los Españoles, pero debieron aprender de ellos las mas difíciles y largas»¹⁴⁵¹.

Efectivamente, el estímulo fenicio se prolongaba con el púnico en el aspecto naval, apropiándose sus logros, de nuevo, como propiamente «españoles», lo que situaba a Iberia en ese campo con una clara preeminencia respecto a Roma¹⁴⁵². En general, se reivindicó la dimensión cultural de los cartagineses más allá de su contribución belicista que tradicionalmente se había considerado de forma exclusiva: «No solamente en el arte militar logró España con este motivo grandes adelantamientos, sino á proporcion en las demás artes y ciencias»¹⁴⁵³, y se discutió a los autores previos que les habían negado esos otros méritos¹⁴⁵⁴. Así, al célebre perfeccionamiento militar, se añadió también el reconocimiento de sus técnicas agrícolas —invocando a Magón¹⁴⁵⁵— o sus aportes tecnológicos. Desde este punto de vista, lo cartaginés se revelaba así como otra etapa fundamental y un componente de pleno derecho en el proceso de constitución de la civilización hispana.

A su vez, esa preeminencia de lo fenicio y lo púnico conllevó situar a lo griego en un plano secundario. Esto es muy claro en el tratamiento de los Mohedano, que relativizaron la influencia helena en Iberia, pero también en Occidente, en general, y Galia, en particular, considerando que el influjo griego había sido exagerado tradicionalmente sin justificación suficiente¹⁴⁵⁶. Aparte de negar sistemáticamente la credibilidad de las tradiciones sobre las exploraciones míticas (§ 5.2), el argumento general sobre este tema era que las aportaciones griegas (cuestiones de arte, lengua, retórica e historiografía) fueron limitadas tanto en su profundidad, como geográficamente. Esos aportes, en todo caso, no habrían supuesto más que una contribución al perfeccionamiento de la civilización ibérica levantina ya desarrollada previamente gracias al estímulo fenicio. Por ejemplo, reincidiendo en el tema del alfabeto, consideraron que el origen de toda la escritura ibérica había sido fenicio, y que las similitudes con los signos helénicos podían explicarse por el préstamo puntual de algunos

¹⁴⁵¹ *Ibid.*, tomo 1, 126.

¹⁴⁵² *Ibid.*, tomo 1, 120-121, tomo 8, 140-142. Por otro lado, los Mohedano matizan la aportación política, concluyendo una transformación limitada por imponer un probable sistema de vasallaje que respetara las formas de ordenación autóctonas (Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 332-333).

¹⁴⁵³ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 217; la misma idea en 277.

¹⁴⁵⁴ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 268-271.

¹⁴⁵⁵ *Ibid.*, tomo 3, 283-284.

¹⁴⁵⁶ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 152-204.

caracteres; por otro lado, la adopción lingüística del griego habría sido anecdótica en contra de lo que otros habían presupuesto¹⁴⁵⁷.

En lo que respecta al papel de Roma se abrió una brecha importante entre los Mohedano y Masdeu. Este último, que escribía desde Italia, para los italianos, y en contra de parte de la intelectualidad italiana, mantiene un sesgo antirromano durante toda su obra. De esta forma, aunque desde luego la civilización romana fue vista por él como algo positivo, tendría siempre un alcance limitado (si lo comparamos con el auge fenicio) y se describiría en un tono notablemente aséptico, reticente¹⁴⁵⁸.

En cambio, por parte de los Mohedano la visión del periodo romano fue muy distinta. «No ya raudales cortos en limitada corriente, sino caudalosos rios de erudicion inundan toda la Peninsula»¹⁴⁵⁹. Y, en concreto, la tardorrepública tuvo todos los visos del momento culminante:

«En el siglo de Cicerón y Augusto llegaron á su perfección en Roma las Artes y Ciencias: y desde entonces las vemos también crecer y sobresalir en España, no de otra suerte que el jugo nutricio en los arboles se propaga desde la raiz y el tronco á las ramas y á las hojas»¹⁴⁶⁰.

De esta manera, plantearon esa etapa desde una visión típicamente renacentista: «haciéndonos espetar que por una feliz revolución de la Literatura, renazca en nuestra edad en España el dichoso siglo de Augusto»¹⁴⁶¹. De hecho, tanto se entretuvieron en el periodo del cambio de era, que su historia de España solo alcanzó hasta la época de Tiberio.

En la ponderación del influjo romano reprodujeron el esquema propiamente estraboniano, de forma que su cultura «hizo progresos á proporcion del tiempo, del trato, de la indole y genio de las varias gentes que habitaban esta region», valorándose positivamente los casos en que su influjo fue más intenso¹⁴⁶². Así, en su papel de «maestros de los Españoles»¹⁴⁶³, estos perfeccionaron todos los aspectos de la cultura española ya iniciada previamente a partir de los fenicios. Por ejemplo, según ellos, solo cuando Roma intervino como aleccionadora, los hispanos pudieron demostrar plenamente su frustrada valía como agricultores¹⁴⁶⁴.

¹⁴⁵⁷ *Ibid.*, 192-201; la cuestión también fue tratada, muy de pasada, por Masdeu (1783-1805, tomo 3, 100).

¹⁴⁵⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 412, *e. g.*

¹⁴⁵⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, prólogo, s. p.

¹⁴⁶⁰ *Ibid.*, tomo 3, 152, en general, 151-152.

¹⁴⁶¹ *Ibid.*, tomo 3, prólogo, s. p.

¹⁴⁶² *Ibid.*, tomo 3, 140-148, cita en 134.

¹⁴⁶³ Expresión utilizada en *Ibid.*, tomo 3, 129.

¹⁴⁶⁴ *Ibid.*, tomo 3, 284-295.

De hecho, respecto a la cuestión lingüística, polemizaron con Aldrete y otros autores que habían intentado minimizar la propagación del uso del latín en Hispania¹⁴⁶⁵. Por contra, abundando en esa influencia, disertaron acerca de la probable implantación de escuelas de gramática latina y griega, al menos, en la Bética, a juzgar por los frutos literarios posteriores surgidos en aquella provincia¹⁴⁶⁶. Con el mismo planteamiento, supusieron una absoluta eclosión en ciencias, arte, arquitectura, tecnología, etc.¹⁴⁶⁷. De hecho, el resto de su Historia se articuló como el repaso exhaustivo de los resultados concretos de ese auge, dedicando los tomos posteriores (cuarto y quinto) al tratamiento individualizado de los grandes intelectuales hispanorromanos; el listado y el planteamiento era ya habitual —la importante aportación de Hispania al Imperio—, pero alcanzaba en este momento un desarrollo y profundidad de una nueva envergadura, eclipsando por completo a las loas bélicas de la resistencia que antes eran las protagonistas.

También Marín subrayó el papel de Roma en el progreso hispano. De hecho, en su alegato en favor de la sofisticación militar, consideró solamente a la etapa romana como la única fase civilizadora propiamente dicha y documentada sólidamente. Así, en lo concerniente a las fases previas, concluyó que no había datos suficientes para presuponer las dotes marineras de los hispanos, vació que, según él, podía deducirse que desconocían ese arte casi totalmente. Solo los colonizadores aportarían avances en ese sentido, pero básicamente omitió las contribuciones griegas o fenicio-púnicas en favor de Roma¹⁴⁶⁸.

Lógicamente, la aportación civilizatoria de los romanos fue contemplada y valorada en el plano militar de manera generalizada¹⁴⁶⁹. Igualmente, gracias a los detalles que las fuentes proveían a este respecto, la alabanza a su civilización se acompañaba de la exaltación de los personajes destacados por su influencia civilizadora sobre los españoles; es el caso de Escipión, Catón o Augusto, etc., entre otros¹⁴⁷⁰, pero de manera especialmente destacada Sertorio como el único fundador documentado de una escuela en Hispania¹⁴⁷¹. Por ello los Mohedano dedicaron un espacio muy considerable a las polémicas sobre su ubicación y características, y la consideraron como un incentivo absolutamente positivo para los hispanos que habría resultado enormemente beneficioso de haber continuado.

¹⁴⁶⁵ *Ibid.*, tomo 3, 150-151, en referencia a Aldrete 1606.

¹⁴⁶⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 159-172.

¹⁴⁶⁷ *Ibid.*, tomo 3, 172-275

¹⁴⁶⁸ Marín y Mendoza 1776, 64-66.

¹⁴⁶⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 313-314.

¹⁴⁷⁰ *Ibid.*, tomo 3, 152-154.

¹⁴⁷¹ *Ibid.*, tomo 3, 238-258.

6.6. La nación y sus caudillos

La segunda mitad del siglo XVIII es un periodo transicional en muchos sentidos, y el aspecto político es probablemente el más significativo de ellos. Es este un periodo de tensión entre centralismo absolutista y los privilegios fueristas del Antiguo Régimen, pero también supone la incorporación de conceptos propios del modelo liberal. En la medida en que las gestas del pasado fueron representadas no solo como referentes etnoculturales, sino también en términos de ejemplaridad ideológica y ética, esas disyuntivas ideológicas sobre la legitimidad y fundamentos del poder tuvieron una incidencia fundamental. Por lo tanto, en las nuevas perspectivas sobre la configuración de las sociedades antiguas, el proceso de civilización de los primitivos hispanos y la explicación los grandes acontecimientos bélicos, se filtraron reflexiones profundas sobre el papel que la monarquía y la colectividad tenían en la realidad prerromana. El asunto resultaba de una especial trascendencia, en tanto que antiguas sociedades hispanas se percibían de forma cada vez más nítida como el trasunto primitivo de la nación española, y ya no solo como concepto histórico-cultural, sino también político.

En lo que concierne a la historiografía propiamente ilustrada, la cuestión se englobaba en la propia filosofía de las historias literarias: más allá de los acontecimientos bélicos, más allá de la información fáctica tradicional, era necesario ahondar en los mecanismos culturales y socioeconómicos, también en lo que concernía a los procesos político-militares. Marín fue especialmente radical en este sentido, mostrando su frustración al intentar sacar conclusiones de ese tipo acerca de los usos militares hispanos en su contexto cultural. Concluyó que episodios detallados como los de Sagunto, Numancia o la guerra de Viriato, aunque eran grandes hitos históricos e indudables muestras de valor, no aportaban prácticamente nada al conocimiento de las sociedades hispanas, por su vaguedad y falta de explicaciones de fondo; además, estas características habían propiciado que se llenase «de novelas, y ficciones su historia»¹⁴⁷².

Marín era escéptico con las fuentes previas al periodo romano, pero los Mohedano ensayaron una aproximación más voluntariosa. En sus explicaciones *antropológicas* sobre la configuración de las primitivas sociedades hispanas, insertaron interesantes disquisiciones sobre la naturaleza del liderazgo en esos procesos. Conllevaba desarrollar un modelo teórico nuevo, racional, aunque fundamentalmente intuitivo, con la ambiciosa intención de sustituir el antiguo modelo de los reyes míticos, aquellos que habían gobernado y civilizado mediante la revelación y la predestinación. Este nuevo esquema se construía sobre una base muy innovadora en su planteamiento: se partía del fenómeno de sedentarización y el desarrollo de la agricultura como el factor clave en un progresivo

¹⁴⁷² Marín y Mendoza 1776, 66-67.

y gradual proceso de complejización social con implicaciones demográficas, económicas, culturales y, por supuesto, políticas (en general, § 6.5).

Desde ese punto de vista, en todo su discurso sobre la progresiva civilización de Iberia reapareció recurrentemente el papel fundamental que habría jugado la centralización política. Ya Valdeflores, en su reconstrucción evemerizadora del pasado mítico, vinculó de una manera inseparable los conceptos de civilización y monarquía, identificando una influencia definitiva en ese sentido por parte de la supuesta colonización fenicio-egipcia en el cambio al Primer milenio, perfilando un proceso de civilización dirigida por la élite colonial que cristalizaría en la formación de la monarquía tartésica de Habis, Gerión, etc.¹⁴⁷³. En todo caso, los Mohedano aplicaron un modelo más profundo e integral; para ellos, la monarquía formaba parte del proceso normal de complejización social, como un mecanismo necesario para el establecimiento del orden y el progreso cuando los pueblos se asentaban de manera estable y refinaban su civilización¹⁴⁷⁴. Se consideraba por tanto la monarquía como la primera forma de gobierno propiamente civilizada, manejándose en detalle múltiples ejemplos históricos y etnográficos¹⁴⁷⁵. De esta manera, los testimonios grecolatinos sobre las jefaturas y monarquías hispanas se replanteaban desde una perspectiva antropológica preocupada por aislar modelos universales que explicasen la configuración social de la antigua Iberia. Masdeu mantuvo un planteamiento similar, aunque de una forma mucho más simple y con toda probabilidad influido por los Mohedano:

«la necesidad de un Gefe, que manejase los negocios, dé la guerra, tan frecuente entre las diferentes, familias, las enagenaba del Anarchía, sujetándolas a algún Príncipe ó Magistrado»¹⁴⁷⁶.

Quizá lo más interesante de la propuesta de los Mohedano es la idea de que la implantación de esas monarquías peninsulares básicas representaba la culminación del proceso de sedentarización y civilización primitiva que es tan importante en su concepción historiográfica. Centralismo era sinónimo de la sofisticación del sistema de gobierno y, lo que es más importante, repercutía decisivamente en el avance cultural de esas regiones:

«Su mismo gobierno proporcionaba adelantamientos á su instruccion. Las grandes y florecientes Monarquias, la aplicacion á la Marina y Comercio, favorecen mucho á los progresos de Artes y Ciencias»¹⁴⁷⁷.

¹⁴⁷³ Velázquez de Angulo y Cruzado 1759, 20-24; *vide* Álvarez Martí-Aguilar 1996, 120-125.

¹⁴⁷⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 2, 284-290.

¹⁴⁷⁵ *Ibid.*, tomo 1, 72-77.

¹⁴⁷⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 97-98.

¹⁴⁷⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 205.

En todo caso, se cuidaron de soltar en demasía las riendas de lo razonable: el alcance de estos estados sería limitado, tanto territorial como institucionalmente, por lo que no podía hablarse de reinos o monarquías propiamente dichos. Por el contrario, se trataría de pequeñas entidades atomizadas con formas de gobierno personales pero mixtas, combinadas con ciertos organismos colectivos más o menos rudimentarios, que podían ser comparadas, a modo puramente ilustrativo, con el sistema de cacicazgo americanos o el de los *duces* venecianos¹⁴⁷⁸. Consecuentemente, aceptaban una parte de realidad en los indicios literarios sobre las primitivas monarquías ibéricas, pero rechazaban que estos pudiesen interpretarse como la prueba de una antigua unidad hispana, según el modelo tradicional de los reyes míticos, y criticaban duramente a los historiadores modernos que habían sugerido algo en esa dirección, lo que incluía a Ferreras y Valdeflores¹⁴⁷⁹.

Desde esta premisa, los Mohedano presuponían que los distintos pueblos hispanos habrían mantenido regímenes principescos como parte de su progreso natural como civilización, lo que se podía hacer extensible a aquellos casos de los que no se tenían noticias literarias al respecto. Los testimonios de los que sí se disponía, por otro lado, aunque convenientemente extraídos de la nebulosa fantasiosa en la que se encontraban, parecían confirmar el modelo de fondo. Esto incluía a Terón, dueño de un «imperio», recalándose la titulación que había utilizado Macrobio al referirse a él como «rey», en este caso, de la «España tarraconense»¹⁴⁸⁰. Pero, por encima de todo, el gran ejemplo fue Argantonio; a propósito de este, la visión utópica que se transmitió de Tarteso como simbiosis ideal entre influencia foránea y aprendizaje local, se relacionó indisociablemente con su ordenación monárquica.

«En efecto el largo reinado de un Príncipe sabio, cuyo objeto era el amor y felicidad de sus Pueblos, contribuyó mucho á su cultura y á la fama que logró la Betica entre los antiguos»¹⁴⁸¹.

La caracterización de este monarca y los efectos de su mandato se completaban de una forma muy llamativa. Los Mohedano, generalmente rigurosos con la selección de las fuentes empleadas, eligieron nada menos que un fragmento de *Las aventuras de Telémaco*, de François Fenelon, en el que este hacía una descripción de Tarteso y de Argantonio absolutamente idealizante¹⁴⁸². No parece gratuito que el planteamiento antropológico sobre la naturaleza del liderazgo de los Mohedano se complementase con un texto de este tipo. Aparte de ser una obra esencialmente literaria en su contenido, ante todo constituía un referente de la ensayística utópica de la Ilustración, un ensayo flexible sobre ciertos referentes de la Antigüedad en el que Fenelon volcó su visión de la sociedad

¹⁴⁷⁸ *Ibid.*, tomo 1, 77-78.

¹⁴⁷⁹ *Ibid.*, tomo 1, 78-86, 274-296.

¹⁴⁸⁰ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 205, a partir de *Macr. Sat.* 1.20.12.

¹⁴⁸¹ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 205-212, cita en 206.

¹⁴⁸² *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 207-212.

ideal. De esta forma, si bien la historiografía ilustrada había desechado a Argantonio en su faceta de rey fabuloso de toda Iberia (§ 5.2) y líder militar antifenicio (§ 5.4), en cambio lo reinventaba como prototipo de monarca ilustrado. En efecto, fácilmente puede interpretarse su semblanza de Argantonio a la luz del ideal del absolutismo reformista que defendían sus autores; no en vano, la *Historia* está dedicada a Fernando VI que, junto con Carlos III, personificaba el triunfo de ese proyecto político. De hecho, este es probablemente el escenario de la Antigüedad hispana en el que los Mohedano revelaron su agenda política de una manera más clara.

El caso de Argantonio fue especial por su componente fundacional, por su potencialidad en la racionalización de la mitología de los orígenes, pero lo cierto es que ese prototipo del líder sabio y benéfico fue recurrente entre los historiadores ilustrados: está en la fascinación de los Mohedano por los druidas (§ 10.3) o en la exaltación que Masdeu hizo de Trajano y Adriano como protectores de la cultura, por encima de cualquier otra virtud¹⁴⁸³.

Más interesante desde el enfoque de este estudio resulta la manera en que ese tipo de nociones pueden vislumbrarse en la representación de los caudillos prerromanos. Si bien se observa una inercia a la idealización primitivista, sobre todo en lo concerniente a los estadios primigenios (§ 6.4), en cambio, los personajes y ciudades que estuvieron ya en contacto y conflicto con Roma fueron sometidos a un cierto proceso de dignificación. Con esto no solo me refiero al ensalzamiento moral —lo que es intrínseco a la epopeya de la resistencia—, sino al plano sociopolítico y diplomático, con lo que se demuestra una tendencia a situar a los hispanos al mismo nivel que romanos y cartagineses.

El caso de Viriato fue especialmente proclive a esa inercia. Ya he comentado el papel de *instructor militar* fundamental que se le otorgó dentro de la concepción de la guerra civilizada y ordenada propia de la Ilustración (§ 7.4), pero la reinención de su figura también tuvo una dimensión política. Puede observarse en la propia terminología que se utilizó en su definición como líder en la historiografía, donde es descrito como uno de los más grandes «caudillos», «capitanes» o «generales» españoles, aunque autores como Masdeu, en su tono grandilocuente, fueron incluso más allá.

«Habiendo vivido entre los ganados y las greyes, estaba dotado de virtudes de ciudadano, y de calidades que se pueden desear en los Príncipes. Elevado a la dignidad de General, y se puede decir Emperador de su pueblo»¹⁴⁸⁴.

El tránsito de pastor a «ciudadano» y «emperador» es más que significativo, especialmente en la medida en que se recurría a la terminología e institucionalismo

¹⁴⁸³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 82-84.

¹⁴⁸⁴ *Ibid.*, tomo 4, 295-296.

romanista como referente en el ennoblecimiento de lo hispano como espejo ejemplarizante del pasado nacional.

A nivel superficial esto puede ponerse en relación con la apariencia clasicista en la indumentaria, armamento y arquitectura propia de las representaciones iconográficas de los hispanos en este periodo (§ 5.5). Ciertamente, es propio del estilo neoclásico el uso de modelos grecolatinos —entremezclados con anacronismos medievales y modernos— para la caracterización de cualquier realidad antigua. Ahora bien, teniendo en cuenta la tendencia a la dignificación y aristocratización de los pueblos prerromanos en la historiografía y la literatura del momento (*vide infra*), no creo que se le deba negar por motivos estilísticos una cierta profundidad simbólica a ese aspecto de las representaciones artísticas. Más allá de inercias estéticas, el hecho de que, en las recreaciones de personajes saguntinos, celtíberos o lusitanos, estos fuesen totalmente indistinguibles de los romanos estaba reforzando plásticamente esa relativización de la barbarie hispana de la que he hablado, especialmente tratándose de los pasajes con mayor carga heroizante. Más complejo es el caso de las dos representaciones de Viriato diseñadas por Madrazo pues, además de la general ambientación clasicista, varios personajes portan cascos corintios, reconociblemente griegos (Figura 23-24). Ya he comentado la polémica suscitada al respecto en relación con la cronología de las obras (§ 5.5); me interesa ahora reincidir en que, muy probablemente, el recurso helenizante empleado por Madrazo fue totalmente deliberado y pretendía con él caracterizar un ambiente antiguo verdaderamente auténtico según los preceptos davidianos¹⁴⁸⁵. En cualquier caso, ya fuese mediante una caracterización modernista, romanista o helenista, todo en estas representaciones de héroes hispanos emanaba riqueza, refinamiento y sofisticación.

Ahora bien, la literatura es el ámbito en el que esta tendencia de proyección política fue más rica y matizada. Ciertamente, si la historiografía fue muy aguda al discurrir acerca de la evolución política, la manera en que el teatro abordó los dilemas de los líderes ante los acontecimientos históricos demostró tener una enorme potencialidad para proyectar mensajes sobre la naturaleza del poder. Y esto es relevante como discurso ideológico, en general, pero también por el hecho de materializarse en personajes indígenas, pertenecientes a una realidad histórica que estaba siendo exaltada patrióticamente e identificada como propia. Todo ello conllevaba, como norma habitual en las recreaciones teatrales, una tendencia a la dignificación de los pueblos prerromanos en su conjunto y a la aristocratización de los personajes principales. Así, en tanto que moldes sobre los que representar las disyuntivas de la alta política del presente, adoptaban la forma más adecuada para acoplar en ellos debates y virtudes que, de manera tradicional, habían sido volcados sobre los personajes romanos, fundamentalmente.

¹⁴⁸⁵ Díez García 1998, 222.

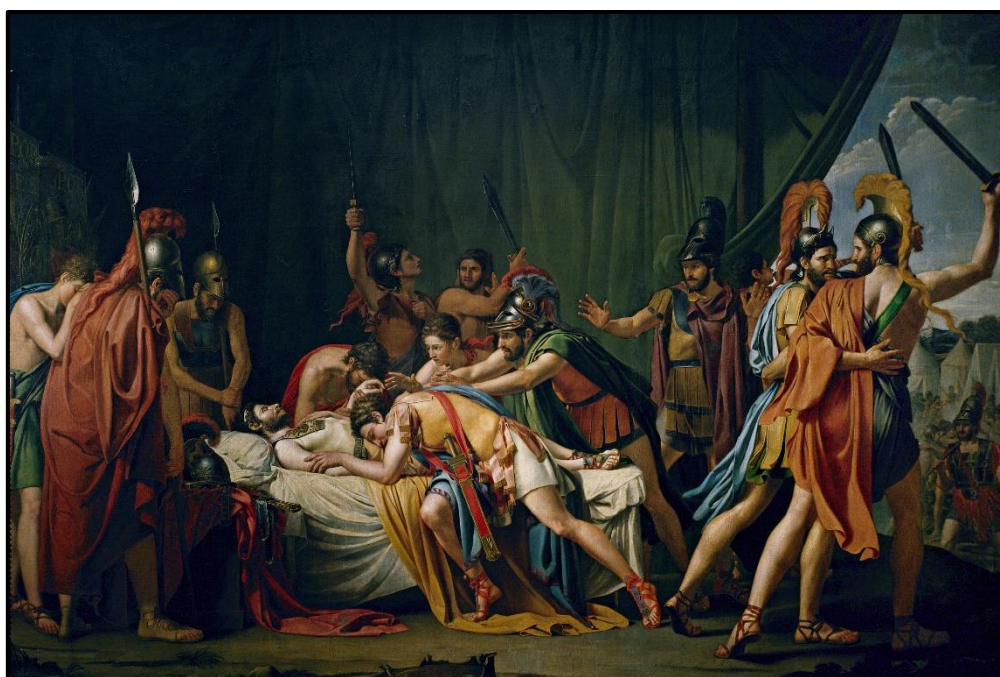


Figura 23. *La muerte de Viriato, jefe de los lusitanos*, de José de Madrazo, 1807, modellino (aguada, albayalde, pluma, lápiz y tinta parda sobre papel verjurado ahuesado, 42,2 x 56,5 cm., Museo del Prado, D06774) y pintura (óleo sobre lienzo, 307 x 462 cm., Museo del Prado, P04469)¹⁴⁸⁶.

¹⁴⁸⁶ Fuente: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/la-muerte-de-viriato-jefe-de-los-lusitanos/564a6e76-2259-41a3-82ad-20c4cf059b0b?searchid=6c73bca7-e7e0-e2c2-aa43-2d4fa80ee62a>



Figura 24. *Las exequias de Viriato*, de José de Madrazo, 1807 (modellino de aguada y lápiz sobre papel verjurado, 48,5 x 69 cm., Museo del Prado, D06748)¹⁴⁸⁷.

A este respecto, voy a centrarme en el teatro de la segunda mitad del siglo XVIII, cuando los planteamientos en ese sentido parecen particularmente complejos y matizados; sin embargo, algunas tendencias pueden observarse previamente y merece la pena señalar algunos ejemplos a propósito de sus recreaciones renacentistas y barrocas. Por ejemplo, en lo que concierne a la Numancia de Cervantes, el primer giro de la obra tiene que ver precisamente con ese problema de la ambivalencia y relatividad de la barbarie que tanto preocupó a la historiografía humanista del XVI. El inicio de la primera escena, monopolizada por la perspectiva de Cipión, transmite una imagen minusvalorada de los celtíberos, unos pocos hombres «feroces» encerrados en «el nido de Numancia», lo que, además, tiene su contrapunto en la envergadura política del romano: emana gloria militar, pero también prudencia y austeridad en el disciplinamiento de sus tropas. No obstante, esa sensación comienza a invertirse cuando los numantinos intervienen por primera vez, con la llegada al campamento de dos embajadores enviados para acordar una solución

(accedido: 27/11/2017) y <http://www.museodelprado.es/coleccion/galeria-on-line/galeria-on-line/zoom/2/obra/la-muerte-de-viriato-jefe-de-los-lusitanos/oimg/0/> (accedido: 16/12/2013), respectivamente.

¹⁴⁸⁷ Fuente: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/las-exequias-de-viriato/77391caf-e5ae-4173-b303-0f065ee72163?searchid=b3febde0-e2aa-26ad-21e4-97708ee15338> (accedido: 27/11/2017).

pacífica. Su propia llegada descoloca al romano por guardar celosamente las formas: «[Cipión:] ¿Por qué no llegan ya? ¿En qué se detienen? / [Soldado:] Esperan que licencia les sea dada». A continuación, los numantinos, autodefinidos como «ciudadanos» de Numancia, hablan de una forma extremadamente respetuosa, inteligente, sensible y conciliadora, en absoluto acorde con la imagen que se estaba transmitiendo de ellos: su barbarie deviene en refinada civilidad y altura política. Por contra, la respuesta arrogante e inflexible del general ante cualquier negociación cambia también la percepción inicial: su superioridad ética se desvanece por la soberbia y crueldad que conduce al desastre¹⁴⁸⁸. Así, la barbarie y la civilización, demostrada mediante el comportamiento político de sus representantes, puede cambiar de manos según se cambia la perspectiva.

Este fenómeno de dignificación de los hispanos respecto a los romanos es aún más obvio en la Numancia barroca de Rojas. Para empezar, en ella Retógenes y Cipión siempre figuran a un mismo nivel, se reconocen mutuamente la valía y el rango y se tratan con respecto y magnanimidad. Por otro lado, esa equiparación se plasma de una forma particularmente simbólica en la doble interpretación que la obra hace del famoso tema de la *continencia de Escipión*. En primer lugar, la recrea el propio Cipión de una forma muy fiel al relato original, aunque trasladado de Cartago Nova a Numancia: Florinda, la prometida de Retógenes, es apresada durante una batalla, el líder numantino acude para liberarla y Cipión asiente, devolviendo el pago del rescate a modo de dote¹⁴⁸⁹. En la siguiente obra de la díloga, la historia se repite, pero ahora el protagonista es el caudillo numantino: Jugurta pide a Retógenes que libere a su prometida Artemisa a cambio de un rescate, pero Retógenes la entrega rechazando el pago¹⁴⁹⁰. El mito escipiónico se revertía así en la glorificación del jefe numantino. Muy ilustrativamente, al final de la primera obra, tras una victoria de los numantinos, Retógenes ostenta el laurel y el bastón que Cipión había perdido previamente, suplantando así su hegemonía¹⁴⁹¹; al inicio de la segunda, el caudillo numantino sale al escenario en desfile triunfal, sobre un carro tirado por leones y un séquito de soldados con palmas y ramas de olivo¹⁴⁹².

En efecto, la dignificación de los personajes hispanos a base de la apropiación de formas, instituciones y símbolos romanos parece ser una tendencia arraigada en el teatro de este género desde sus inicios; en el siglo XVIII esta misma idea alcanzó un nivel particular de complejidad con implicaciones ideológicas muy profundas. Por ejemplo, un tema absolutamente tópico en este periodo fue la relación entre el liderazgo y los valores colectivos, esto es, las tensiones entre los intereses y sentimientos individuales y la lealtad del caudillo respecto a su comunidad. En la obra de Ayala, dos escenas enteras giran en

¹⁴⁸⁸ Kahn 2008, 152-158.

¹⁴⁸⁹ Rojas *Num. Cerc.* 3.2202-2418.

¹⁴⁹⁰ Rojas *Num. Dest.* 2.1337-1370.

¹⁴⁹¹ Rojas *Num. Cerc.* 3.2850-2858.

¹⁴⁹² Rojas *Num. Dest.* 1.273-365.

torno al dilema que supone a Olvia y Aluro elegir entre su amor o su patria, ya que Olvia encuentra la salvación dando su mano a Yugurta para que les ayude con sus tropas; la decisión, aunque dolorosa, es clara: «si la patria / yace en tantas angustias, inhumano / sería tratar de amor». Olvia se encontrará de nuevo ante un dilema similar cuando tenga que elegir entre la venganza y el honor personal (vengar a muerte de su hermano por Yugurta) o el deber de la patria (casarse con él para lograr su apoyo)¹⁴⁹³. De forma muy similar, en el caso del *Viriato* de Comella, su esposa Dulcidia apresada por los romanos se niega a colaborar para forzar al lusitano a que se rinda, y lo mismo hace Viriato cuando los romanos intentan negociar con ella, pues ninguno de los dos va a anteponer su amor al patriotismo («¿Tan indigno me juzgas que presumes / que pueda por mi amor vender la patria?») ¹⁴⁹⁴; cuando Pompeyo se extraña, Dulcidia lo explica así: «la España me dió el ser»¹⁴⁹⁵. Ese tema es también omnipresente en la obra de Zavala. El propio Aníbal, en su arrogancia, se plantea renunciar a su amor con Himilce en favor de la causa cartaginesa: «Muera mi bien, y la patria / me deba este sacrificio»¹⁴⁹⁶ (aunque pronto lo incumplirá).

Yendo más allá, ya no el amor, ni siquiera la desesperación o el honor personal pueden contravenir el deber común hacia la patria. Tanto en Ayala como en Comella hay episodios en los que un individuo desesperado, decide autoinmolarse por desesperación: Aluro por renunciar a su amada, Pompeyo por la deshonrosa derrota a la que le somete Viriato; en ambos casos otro personaje cercano les disuade por el bien de su deber patriótico: «[Olvia:] No, que todo te debes á tu patria, / [Aluro:] Es verdad, suyo soi, viva muriendo»; y en el segundo caso: «[Cepio:] Está bien, sacrifica a tu despecho, / a tu ciego tesón, a tu capricho / de Ciudadano y Xefe los deberes»¹⁴⁹⁷. Lo mismo ocurre cuando se trata de saldar una deuda de honor con otra persona. Olvia renuncia a la venganza por la muerte de su hermano. Algo similar pasa en el *Sagunto* de Zavala cuando Luso deja de lado sus responsabilidades militares para saldar cuentas personales con Sicano por infamarle: «Será primero vengar / un agravio recibido, / ó imaginado que ir / como nobles Saguntinos / á favorecer la patria?»¹⁴⁹⁸.

De alguna manera, los tópicos cínico-estoicos sobre las virtudes del Viriato de Comella también se dirigieron en esa dirección. En una arenga, él mismo recuerda su excepcional frugalidad y, particularmente, su tendencia a repartir el botín entre sus tropas¹⁴⁹⁹. Así, en este caso, la manera en que se formulaban los tópicos de austeridad y generosidad no estaban enfocados a reforzar su perfil primitivista, sino que subrayaba su

¹⁴⁹³ López de Ayala 1775, acto 4, esc. 9.

¹⁴⁹⁴ Comella 1798, vv. 459-460, la misma idea en vv. 196-197, 232.

¹⁴⁹⁵ *Ibid.*, v. 235.

¹⁴⁹⁶ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 594-595.

¹⁴⁹⁷ López de Ayala 1775, vv. 772-773; Comella 1798, vv. 82-84.

¹⁴⁹⁸ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 902-906, en general, vv. 898-920.

¹⁴⁹⁹ Comella 1798, vv. 642-649.

envergadura política. Esto contrasta ampliamente con la visión naturalista y primitivista del Viriato, bandolero y justiciero, de la comedia barroca de Bustos (§ 8.2). Por contra, en el caso de Comella, las muestras de sencillez no responden a una naturaleza agreste y primigenia, pues es un personaje fundamentalmente aristocrático, sino que se articulan como demostraciones del sacrificio de un líder por el bien de su comunidad; renunciaba a todo ello para dárselo a los suyos, no por principios o ascetismo personal, sino por su deber social como jefe en época de necesidad. De hecho, el discurso desemboca en su renuncia al liderazgo, poniéndose a disposición de su ejército para que este nombre a un nuevo caudillo, aunque todos lo aclaman como el único líder posible¹⁵⁰⁰. De esta manera, la cuestión de la frugalidad viriática se insertaba en una reflexión muy propia del tratamiento neoclásico del tema, la de los fundamentos colectivos del poder personal y el deber de entrega social del soberano; aunque en este caso tenía una clara faceta militarista, la idea se parece mucho a lo que se refleja en el proceso de toma de decisiones de Megara en la *Numancia* de Ayala.

En efecto, la cuestión de la colectividad alcanza una mayor implicación, tanto simbólica como formal, cuando se trata de representar los episodios de Sagunto y Numancia, lo que no es raro pues en sí mismas son historias de heroísmo colectivos. En el caso de Ayala, la concepción del carácter colectivo de la obra es completamente central: en su introducción a la tragedia anunció que se trataba de la historia de la «resolución universal del pueblo» y que la «acción, aunque es de muchos, es una»¹⁵⁰¹. De hecho, esa tendencia tan clara de la *Numancia* de Ayala ha propiciado que se proponga la llamada «teoría del unanimismo» para dar una explicación estructural a la obra¹⁵⁰². Simplificando, este planteamiento postula que todos los elementos de la trama están enfocados en subrayar el sentido colectivo de su mensaje: los errores que se comenten, las decisiones que se toman, la resolución del sacrificio final, serían todos expresión de una voluntad colectiva y unánime; de hecho, el propio héroe sería Numancia, y no ninguno de sus protagonistas individuales, lo que rompería con la condición de personaje solitario del prototipo del héroe trágico clásico¹⁵⁰³. Esto cabría interpretarlo como una proyección política relacionada con el propio concepto de nación colectiva cada vez más cercana al

¹⁵⁰⁰ *Ibid.*, vv. 664-679.

¹⁵⁰¹ López de Ayala 1775, s. p.; vide Sebold 1971, 39-41; aunque la última afirmación también se ha interpretado como una referencia al carácter unitario que debe tener la historia en el teatro neoclásico (Oostendorp 1978, 531-532).

¹⁵⁰² Sebold 1971. Aunque en efecto parece que el análisis de Sebold está demasiado constreñido por la teoría del unanimismo, forzando algunas interpretaciones (Oostendorp 1978), la explicación general del sentido colectivo del heroísmo trágico de su obra me parece acertado.

¹⁵⁰³ En realidad, no lo rompe del todo, pues ya hay casos de tragedias clásicas cuyo héroe es colectivo, como *Los Heraclidas* de Eurípides, que, además, tiene un sentido patriótico muy evidente. Agradezco la llamada de atención sobre este referente a Marina Solís de Ovando Donoso.

concepto de nación soberana, esto es, no solo como identidad cultural, sino como agente activo con voluntad de acción común y autónoma.

Ese mismo sentido se desprende en la recreación artística que hizo Madrazo en *La destrucción de Numancia*, pues constituye, básicamente, la interpretación pictórica de la escena climática de la obra de Ayala (Figura 14). En efecto, en la composición puede distinguirse a Megara trasladando a los numantinos el dilema presentado por Escipión, simbolizado por la espada y las cadenas que sostiene en sus manos mientras, frente a él, su pueblo decide y jura el sacrificio por la patria. Las actitudes recuerdan mucho a *Le Serment des Horaces* de David (1784), traslación antigua por antonomasia del institucionalismo romanista típicamente ilustrado, pero que, en este caso, era aplicado al pasado nacional, personificándolo en unos numantinos que, en la forma y en el fondo, representan un patriotismo civilizado y ordenado incluso en su extremo más dramático (§ 11.3).

Si bien los valores colectivos presiden los planteamientos de esas muestras de heroísmo patriótico, no es menos cierto que las figuras políticas individuales también tienen un rol esencial en estos casos. Los personajes de Megara, Viriato y Sigeo deben comprenderse en un prototipo ideológico más amplio¹⁵⁰⁴. En este género de literatura histórica y patriótica, puede observarse una recurrencia en la representación de regímenes monárquicos y con características muy comunes: no se cuestiona en ningún caso el sistema monárquico, pero sin que esto conlleve una gratuita actitud reverencial ante el rey, sino como una oportunidad para reflexionar sobre los rasgos ideales que debe tener ese sistema. En este sentido, es absolutamente frecuente la presentación de un prototipo utópico en el que prima el bien público como objetivo, y en el que, en lo personal, el líder se ve sometido a dilemas que acaban con el control deliberado sobre las pasiones e intereses personales. En los temas antiguos, la cuestión es menos clara en tanto que a menudo los personajes no son reyes como tal, pero la manera en que se configura la acción política de las obras es claramente monárquica. Esa indefinición institucional y esa insistencia en el bien público y los valores colectivos han hecho que a veces se hayan interpretado como sistemas aristocráticos antimonárquicos, especialmente en los casos de autores con inclinaciones liberales. Yendo aún más allá, la combinación de este concepto de colectividad y los límites que se imponen sobre la figura de Megara como líder se ha visto como la expresión de un posicionamiento republicano por parte de Ayala¹⁵⁰⁵; en el otro extremo, ciertos planteamientos militaristas y caudillistas se han interpretado en clave reaccionaria en el caso de Zavala¹⁵⁰⁶.

¹⁵⁰⁴ Sobre este prototipo monárquico en la literatura neoclásica, aunque sin manejar los ejemplos aquí tratados: Pérez Magallón 2001, 82-91.

¹⁵⁰⁵ Alonso-Rey 2010.

¹⁵⁰⁶ Rodríguez Cuadros 1996, 42-47.

Creo que pueden encontrarse puntos intermedios, pues el tratamiento de estas figuras está lleno de matices. En general, cabe reflexionar sobre el hecho de que la variabilidad institucional es obligada por la propia coherencia con la temática antigua, y la ideología colectiva no conlleva necesariamente un sentido antimonárquico. Por el contrario, en estos casos, realmente siempre se reproduce el esquema del orden reestablecido por el monarca en alianza con la alta nobleza, en consonancia con la religión y en un sentido patriarcal, sin que el criterio absoluto del monarca se ponga en cuestión. Se repite la idea de que el rey debe ser sabio y aprovechar los buenos consejos de una élite culta y comprometida; en esas figuras preeminentes de la Antigüedad se estaba reproduciendo el ideal de monarca absoluto ilustrado, aunque en efecto su sentido será más progresista o conservador según el caso y según la simplificación del mensaje.

Por su parte, el papel de Megara en la *Numancia* de Ayala es enormemente simbólico, como veremos, por ejemplo, en el debate que se abre sobre quién debe sacrificarse para alimentar al resto (§ 11.3). La controversia entre Aluro (representante de los guerreros jóvenes) y Dulcidio (representante de la sabiduría de los mayores y la tradición) se zanja al llegar Megara («él lo resuelva»). Él es contrario a ese tipo de sacrificio, pero una vez convencido por Dulcidio, toma un partido intermedio, de consenso, y accede a que se establezca un sorteo. Antes de eso se ofrece él mismo en sacrificio por el bien de la comunidad, lo que todos niegan por considerarlo el elemento más importante para la supervivencia y la gloria de la ciudad en su conjunto.

En el *Sagunto* de Zavala, como en el *Viriato* de Comella, se reprodujeron ciertas virtudes anacrónicas, típicas del Antiguo Régimen, en concordancia con su tratamiento arcaizante y barroquizante del tema histórico: el caudillismo belicista¹⁵⁰⁷, el maquiavelismo y la manipulación de unas masas maleables y tornadizas constituyen la pauta general en los comportamientos de sus personajes, todos miembros de la aristocracia; lo que se expresa en términos del tipo «decoro» o «nobleza antigua»¹⁵⁰⁸. Luso, el héroe principal de la obra, el caudillo o jefe militar de los saguntinos, representa bien esas virtudes. Lo hace tanto en sus discursos, siempre alusivos al mérito personal de sus gestas, como en la manera en que se plantea su liderazgo. Cuando por una cadena de confusiones se cree que es un traidor, pronto se impone la necesidad de sustituirle. Son significativos los motivos de esa urgencia: se trata de contener el «furor» e «ímpetu ciego» de unas tropas sin caudillo, el caos de una «nave sin gobierno»¹⁵⁰⁹; ya desde el principio de la obra se había definido al pueblo como un «monstruo sin razón ni juicio»¹⁵¹⁰. Es igualmente ilustrativo el mecanismo por el que se elige al nuevo caudillo: debe ser Beto

¹⁵⁰⁷ A modo de ejemplo, Zavala usa de manera sistemática el término caudillo para definir a Luso positivamente como líder militar (Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 422, 431, 473, 882, 885, e. g.).

¹⁵⁰⁸ Rodríguez Cuadros 1996, 34-35, 42-44.

¹⁵⁰⁹ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 101-108; vide Rodríguez Cuadros 1996, 42-44.

¹⁵¹⁰ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, v. 90.

automáticamente, por ser «cabeza de la nobleza»¹⁵¹¹. Sicano intenta revertir esa situación a su favor por medio de la voluntad del pueblo, pero no por una voluntad real, sino manipulándolo para que lo aclamen a él. Todos los personajes mantienen por tanto una concepción puramente aristocrática del poder, ya sea en un sentido positivo (orden necesario, sucesión natural) o negativo (conspiraciones e intrigas).

En efecto Sicano, el personaje saguntino negativo de la obra de Zavala, constituye el máximo engarce entre la nobleza protagonista de la obra, y el pueblo de la ciudad. Él se presenta como el absoluto intermediario entre ambos cuerpos sociales, y sus intervenciones están llenas de alusiones al poder de decisión, la voluntad y los intereses del pueblo. Cuando los nobles, los protagonistas, debaten sobre alguna cuestión, Sicano interviene para preguntar la opinión popular: «[Beto:] Qué decis nobles? / [Sicano:] Tú, pueblo afligido, / qué respondes?»¹⁵¹². Asimismo, cuando al principio de la obra todos se reúnen en torno al templo de Marte, Sicano protesta porque el pueblo quede excluido del acto¹⁵¹³. No obstante, esos discursos están devaluados por el cinismo y la falsedad de su representante, en tanto que lo único que mueve su actuación son sus intereses personales, tanto su pasión amorosa como su ambición política. De esta manera, sus proclamas a favor del pueblo son solo estratagemas en las que esa masa maleable, peligrosa e inconstante es manipulada y reconducida con fines equivocados¹⁵¹⁴. Cuando Luso, el gran héroe sin mácula de la obra, responda a Sicano sobre su petición de incluir al pueblo en la ceremonia inicial, pronuncia todo un discurso a favor del privilegio de la nobleza y la conveniencia del secretismo: «El pueblo no debe nunca / penetrar los escondidos / proyectos del Magistrado; / respetarlos y cumplirlos / ciegamente si»¹⁵¹⁵.

Por eso los personajes de Luso y Sicano han sido definidos como el «fracaso de un pensamiento regeneracionista», el postulado por la Ilustración, ya que Zavala habría perdido la oportunidad de ejemplificar con sus discursos sobre libertad y justicia, las inquietudes sociales, públicas y laicas que propugnaba la vanguardia ideológica de su tiempo, aprovechando el potencial didáctico del medio, como defendía el movimiento neoclásico¹⁵¹⁶. Sin contradecirla, reformularía esta idea.

No obstante, incluso en una obra tan tradicional en el sentido ideológico como la de Zavala, se introducen elementos interesantes que parecen remitir a las inquietudes políticas más modernas. Se cuelan conceptos muy ilustrados, como cuando Sigeeo, gobernador de Sagunto, defiende el «bien común» por encima de cualquier interés

¹⁵¹¹ *Ibid.*, acto 3, vv. 167-168.

¹⁵¹² *Ibid.*, acto 1, vv. 322-324.

¹⁵¹³ *Ibid.*, acto 1, vv. 56-87.

¹⁵¹⁴ *Ibid.*, acto 2, vv. 428-437, *e. g.*; de nuevo se muestra el miedo al pueblo en *Ibid.*, acto 3, vv. 413-417.

¹⁵¹⁵ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 95-99, en general, vv. 88-118.

¹⁵¹⁶ Rodríguez Cuadros 1996, 43-44.

individual¹⁵¹⁷. Asimismo, hay una interesante exaltación institucional romanista en la manera en que se presenta el Senado o Tribunal como garante de la justicia y la libertad: «Senado ilustre y glorioso / de Sagunto, cuyos rectos / y sabios juicios sostienen / en paz y en guerra el derecho / de la libertad»¹⁵¹⁸; asimismo, todo el acto tercero se desarrolla en un «magnífico Tribunal». En esa línea, en común con Ayala y Comella, se condena por encima de todo, y de forma absolutamente recurrente, el secretismo y el maquiavelismo en la toma de decisiones (§ 9.3). Finalmente, cuando todos los malentendidos se solucionan y la verdad sobre quién es y quién no el traidor, de manera muy significativa el esclarecimiento se hace ante «pueblo y Senado»¹⁵¹⁹. Creo que estas alusiones institucionalistas, garantistas y con un cierto tono republicano son lo suficientemente explícitas y claras como para tenerlas en consideración.

En efecto, el planteamiento de Zavala es reaccionario en cuanto a los valores políticos que se vuelcan sobre los antiguos saguntinos, cuando estigmatiza al pueblo y defiende el orden nobiliario tradicional, pero en ningún caso creo que deba interpretarse como un mensaje inconsistente en su contexto político, como una mera reproducción automática de principios anticuados. Por el contrario, el hecho de que el pueblo tenga una presencia tan importante en el discurso, como en el resto de obras del período, y aunque en este caso sea en un sentido conservador, demuestra, en mi opinión, la presencia que tiene la actualidad del momento en la obra. Zavala parece muy consciente de los debates sobre la representación y los límites de la monarquía que están teniendo lugar (no en vano la obra se estrena entre la Revolución estadounidense y la francesa), y se postula al respecto, advirtiendo de los peligros que tiene la manipulación populista de las masas. Es decir, no creo que Zavala desaprovechase una oportunidad, sino que imprimió un determinado posicionamiento en las inquietudes del momento, las mismas que se expresan, con otro tono, en la obra de Ayala.

Si algo está claro es que, ya sea de manera colectiva o encarnado en sus líderes, ante todo se establece una íntima vinculación entre la causa de los resistentes y la patria desde un punto de vista sagrado e intemporal. En esto Ayala y Comella también son estrechamente coincidentes: la *Numancia* de Ayala representa al conjunto de España, en parte por ser su último reducto tal y como se plantea:

«Ni España yace esclava; donde halles
amor de gloria i libertad, desprecio
del riesgo i de la muerte, allí está España:
en aqueste recinto, en este suelo

¹⁵¹⁷ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, v. 13.

¹⁵¹⁸ *Ibid.*, acto 3, vv. 1-5. Aunque idea de Hesione del incumplimiento de la ley cuando es injusta «adorando / ciegamente sus decretos» (acto 3, vv. 361-362; vv. 355-362)

¹⁵¹⁹ *Ibid.*, acto 3, v. 816, en general, vv. 473-888.

habita la nación, aquí domina»¹⁵²⁰.

Es significativo, además, que este sea uno de los pocos pasajes en que se utilice la palabra «nación» en vez de patria. Lo mismo ocurre con el Viriato de Comella: «No siento yo morir: tan solo siento, / que con mi triste muerte muere España», con la réplica de Dulcidia reforzando el mensaje: «esposo sin ventura... / Desventurada España»¹⁵²¹. Por otro lado, Megara es el último de todos los numantinos en arrojarse a las llamas: en las *Numancias* de Cervantes y Rojas era un niño irrelevante en la trama el que simbolizaba la muerte colectiva; en la de Ayala, es su caudillo. La ciudad o el personaje protagonistas de estas obras son relevantes en tanto que representantes de la nación, de la colectividad y de su voluntad unánime, de la que se convierten en receptores, canalizadores y símbolos.

¹⁵²⁰ López de Ayala 1775, vv. 1019-1023

¹⁵²¹ Comella 1798, vv. 804-805, 813-814.

BELÍGERA HISPANIA

LA GUERRA COMO ESENCIA

«¿Existe un pensamiento más monstruoso, un espectáculo más convincente, una afirmación más patente de la impotencia y de la locura del cerebro? La guerra. Las filosofías, las religiones, las artes, las técnicas, los oficios, conducen a eso. Las flores más finas de la civilización. Los frutos más puros del pensamiento. La pasión altruista más generosa del corazón. El gesto más heroico de los hombres. La guerra. Hoy como hace mil años; mañana como hace cien mil años»

Blaise Cendrars, 1926, *Moravagine*, cap. S

(trad. de González Vallarino 2004).

La guerra ha formado parte fundamental de la identidad hispana prerromana a lo largo del tiempo en tanto que componente clave de esa narrativa de la resistencia que le es consustancial. En la Parte 2 ya traté sobre los elementos constitutivos fundamentales de dicha epopeya, antigua y moderna, y las líneas ideológicas fundamentales que lo guiaron. En este capítulo analizaré la manera en la que ese tema trascendió la inmediatez del episodio o el personaje concreto, para reconsiderar la cuestión como rasgo intrínseco, generalizado y constante en el tiempo, como característica étnica definidora de lo hispano en los distintos discursos.

En las fuentes grecolatinas, tratadas en el primer apartado, el tópico de la belicosidad impregnó de alguna manera prácticamente todos los asuntos relativos a Hispania, condicionado por el contexto bélico en el que se fraguaron la gran parte de los testimonios. Con un discurso etnográfico emparentado con el del bárbaro céltico noroccidental, el estereotipo se aplicó sobre ciertos pueblos con mayor intensidad, como celtíberos, lusitanos y cántabros, pero tendió a generalizarse conformando una idea de Hispania como tierra inhóspita y peligrosa. El tópico comportaba una visión determinista estableciéndose un estrecho vínculo entre la fragosidad del territorio, las cualidades físicas de sus pobladores y su actitud feroz, lo que derivaba en una caracterización arcaizante de sus formas de combatir y concebir la guerra, alterizada, además, con la presencia de la mujer en ella. Desde ese punto de partida, los enfrentamientos hispanos fueron representados desde el prisma grecolatino como los propios de una guerra salvaje, incontrolable y ajena a las prerrogativas del *bellum iustum*. De esta manera, la consabida resistencia hispana acaba repercutiendo, en definitiva, en la constatación de su barbarie y el efecto benéfico de su sometimiento, una idea perfectamente formulada por Estrabón. En todo caso, este discurso conllevaba una ambivalencia intrínseca, pues la imagen de un pueblo extremadamente valiente luchando por su independencia siempre fue muy potente; cuando en la tardoantigüedad Orosio simplificó y explotó esa idea la dimensión heroizante del estereotipo alcanzó todo su potencial en ese sentido.

El segundo epígrafe del capítulo es el único que dedico monográficamente a la historiografía medieval en toda la Parte 3. Por lo general la cronística medieval no fue generosa en formulaciones de tipo etnográfico, pero en este caso merece la pena detenerse en analizar la forma en que se manejó ese tópico grecolatino. En efecto, esa general consideración sobre la idiosincrasia hispana sí recorrió la historiografía de aquel periodo, aunque de una manera más nebulosa o explícita, dependiendo del caso, para articular con ella un discurso reconocible. Se analizan algunos ejemplos concretos de ambas tradiciones, la cristiana y la andalusí, extrayendo una conclusión común de ambas: la actitud guerrera de los antiguos hispanos tuvo una fundamental consecuencia negativa, una tendencia al desorden y la rebeldía que a lo largo de los siglos había entorpecido la correcta administración y la prosperidad de la región. Utilizando así como pretexto la relación entre romanos e hispanos, ya fuese individualizadamente (Escipión, César) o de

forma general (la identificación de una etapa intermedia de caos), se proyectaba en el pasado las particulares preocupaciones políticas presentes acerca del buen gobierno y la necesidad de la pacificación centralizada.

Cuando en el apartado tercero estudio la forma en que la cuestión fue reflejada desde mediados del siglo XVI intento demostrar la constatación de un cambio importante al respecto. Más allá del enriquecimiento de ejemplos y detalles específicos sobre la valentía hispana, probablemente lo más propio del período es, en primer lugar, la reinención etnográfica del tópico, considerándolo como un rasgo intrínseco y constante de lo español a lo largo del tiempo; desde este punto de vista, no solo era generalizado de una forma esencialista, sino que debía ser sometido a análisis y ser explicado en sus condicionantes geoculturales al modo típicamente grecolatino. En segundo lugar, conllevaba una revalorización fundamentalmente positiva del estereotipo, celebrado como una virtud central de lo español; así, a medida que se consolidaba la mitificación de la resistencia antirromana, se potenciaba la inercia feroz, independiente y rebelde de los primitivos hispanos como fundamento de la identidad nacional, tanto en la historiografía como en la literatura. El discurso era relativamente sencillo en lo concerniente a los mundos celtibérico, lusitano y cántabro, célebres por la fragosidad de sus guerras de conquista; no obstante, la mayor muestra de esa voluntad moderna por revalorizar y generalizar el tópico de la esencia bélica fue su empeño en extrapolar la característica al resto de la Península. En este sentido, es especialmente significativo el planteamiento de Ocampo que, extendiendo referencias o, simplemente, inventando episodios, construyó todo un relato épico sobre la resistencia de los pueblos meridionales a las invasiones fenopúnicas.

En todo caso, aparecía de esta manera un dilema que obligaba a encontrar un cierto equilibrio entre las nociones de rebeldía feroz y civilización que reclamaba nuevas explicaciones. Como comento en el último apartado del capítulo, la historiografía ilustrada de la segunda mitad del siglo XVIII afrontó ese problema de una forma especialmente sofisticada, matizando y complejizando el estereotipo. Rebajando en cierta medida la preponderancia del aspecto bélico en beneficio de lo cultural, en todo caso, la guerra se incorporó a las reflexiones racionalistas propias del momento para ser explicada a la luz del análisis antropológico y el estudio comparativo. Comento especialmente la obra de Marín en este sentido; en la misma, el tópico de la belicosidad hispana es concebido desde una perspectiva evolucionista, era una manifestación incontrolada del primitivismo cultural y, para ser útil y eficaz, debía ser canalizada por medio de la instrucción y disciplina. El ardor rebelde sin más no podía ser valorado incondicionalmente y la ferocidad ciega no tenía cabida en una agenda civilizadora y regeneracionista como la ilustrada.

7.1. La ferocidad de una guerra de fuego

Muchas fueron las formas por las que se reforzó la noción de barbarie hispana, pero desde luego hay un tópico que sobresalió por encima de los demás y que lo envolvió todo: su carácter guerrero¹⁵²². Prácticamente todos los aspectos de la representación historiográfica y etnográfica de los hispanos estuvieron condicionados por esa idea, tanto en su sentido positivo como negativo, constituyendo un elemento absolutamente esencial en la visión de Iberia que se configure para la posteridad. La formación de esta imagen de los hispanos estuvo íntimamente ligada a las circunstancias de su «entrada en la Historia» en los siglos III y II a. e. c. La conformación del estereotipo es inseparable del hecho de que las primeras caracterizaciones de los hispanos basadas en un contacto directo y continuado se produjesen precisamente en contextos bélicos, esto es, los preliminares y desarrollo de la Segunda Guerra Púnica y los conflictos en el marco de la expansión romana. Los analistas romanos, los acompañantes de Aníbal o los Escipiones, aquellos que configuraron las primeras imágenes sólidas de la realidad peninsular, lo hicieron desde su posición de testigos de los enfrentamientos que se estaban desencadenando¹⁵²³. Sus testimonios plasmaron la perspectiva de quien escribe desde un escenario lejano, desconocido, hostil y violento; asimismo, la realidad que vislumbraron fue la de un mundo alterado y conmovido, inmerso en conflictos especialmente cruentos y de una envergadura desacostumbrada; su visión no podía ser amable. Esa es la base sobre la que se construyó la imagen belicosa de los pueblos de la Iberia prerromana, ese fue el contexto concreto que definió sus propias especificidades, personajes y episodios.

Pero al mismo tiempo, esa experiencia concreta se dotó de sentido general como parte de un modelo discursivo de fondo, el del bárbaro amenazante. Esta categorización cultural adquirió su sentido pleno al quedar incluida en el relato de la expansión romana, cuando se entroncó con el estereotipo del bárbaro occidental que les emparentaba con los galos, britanos y germanos (§ 2.2). Así, ese tópico del *tumultus* fronterizo que se había convertido en un leitmotiv principal en la legitimación de las acciones romanas en Occidente, se aplicaba también en lo que concernía a los peligros que acechaban en Hispania a Roma y sus aliados. Desde esta manera, aquel contexto de conflictividad auténtica y palpable se convertía en la base sobre la que generar un concepto tendente a la generalización de la realidad hispana en su conjunto como un espacio intrínsecamente agresivo y peligroso.

¹⁵²² Como visiones de conjunto sobre el tema *vide* Ciprés 1993a, 35-50; Gómez Espelosín et al. 1995, 117-126.

¹⁵²³ Gómez Espelosín et al. 1995, 118; Sánchez Moreno y Aguilera Durán 2013; en general, *vide* Gracia Alonso 2015a.

Así, en primer lugar, el concepto de belicosidad hispano fue inseparablemente unido a la noción de *agrius/feritas*, esto es, se entendía como una cualidad unida a su bestialismo bárbarico. Ese carácter intrínseco estaba en expresiones como «naturaleza feroz» (*insita feritas/ingenio feroces*) al referirse a los lacetanos o a los carpetanos, olcades y vacceos¹⁵²⁴. Por otro lado, el tópico fue generalizado, fue considerado como una característica definidora de Hispania, con lo que encontramos aseveraciones generales que engloban en el tópico a todo lo hispano, «un pueblo tan fiero y belicoso como el hispano» (*Hispanis, tam fera et bellicosa gente*), y que quedaría fosilizado en el imaginario grecolatino para siempre¹⁵²⁵.

Una prueba significativa de que este tópico lo contaminaba todo en el cambio de era es el hecho de que se aplicase incluso, de manera retrospectiva, al horizonte mítico más arcaico, cuando Diodoro elaboró de una manera racionalista su propia versión del mito de Gerión. La razón que esgrimió por la que esta tarea se consideraba insuperable y por ello fue encomendada a Heracles, fue la extrema fuerza y calidad guerrera de los tres hijos de Crisaor, rey de Iberia, y la belicosidad de sus tropas. Al héroe de nada le iban a servir contra ellos el favor de los dioses ni su propia naturaleza sobrehumana, pues solo pudo vencer después de reclutar un numeroso ejército¹⁵²⁶.

Carácter guerrero e Iberia se convirtieron en sinónimos. No obstante, la aplicación de esta asociación tampoco fue absolutamente homogénea. Aparte de esa concepción generalista, ciertos pueblos recibieron el estereotipo de una manera particularmente intensa. En tanto que esta cualidad guerrera estaba unida a la barbarie, encontramos gradaciones que tendían a subrayar la belicosidad de los pueblos menos desarrollados: Livio lo hizo identificando un mayor nivel de ferocidad hacia el interior¹⁵²⁷; por su parte, la ligazón que estableció Estrabón entre montaña y ferocidad agresiva fue absolutamente recurrente. Se estaba entroncando de una forma evidente con el paradigma belicoso del bárbaro noroccidental que les emparentaba específicamente con celtas y germanos¹⁵²⁸. No obstante, más allá de esa distinción genérica, esta caracterización también era el resultado de las particulares circunstancias políticas de Roma en Hispania, con lo que ciertos pueblos concretos cargaron con el tópico de una manera particularmente acusada, no por casualidad, coincidiendo con los conflictos más complicados. De esta manera, no solo se exaltaba la gesta por oposición, sino que se explicaba y justificaban las trabas y reveses que habían supuesto para los romanos (§ 2.3).

Así, los celtíberos se convirtieron en los guerreros hispanos por antonomasia, al menos desde Polibio, y como algo inseparablemente derivado del trauma de las largas y

¹⁵²⁴ Liv. 34.20.2; 21.5.12, respectivamente.

¹⁵²⁵ Liv. 34.9.4; 23.49.12; Plut. *Sert.* 14; Clem. Al. *Paed.* 3.32.1.

¹⁵²⁶ D. S. 4.7; vide Gómez Espelosín et al. 1995, 118-119.

¹⁵²⁷ Liv. 21.60.4, e. g.; vide Pelletier 1986; Moret 1997; Bedon 2009b; Mayorgas Rodríguez 2014.

¹⁵²⁸ Sobre la belicosidad de los galos: Str. 4.4.2; y de los germanos: Str. 7.1.2, Tac. *Germ.* 6; 13-14, e. g.

complejas Guerra Celtibérica, y muy particularmente, la resistencia arévaca de Numancia¹⁵²⁹. Algo similar ocurrió con los lusitanos¹⁵³⁰, como el extremo pueblo occidental de la Guerra de Viriato, aunque ciertamente gran parte del mérito de esa resistencia recaería en la figura del caudillo de manera individual¹⁵³¹. Por su parte, la ferocidad y belicosidad de los pueblos del norte se haría enormemente célebre a raíz de la propaganda generada en torno a la Guerra Astur-Cántabra como instrumento de glorificación de Augusto (§ 2.3)¹⁵³².

De hecho, este estereotipo alcanzó cotas legendarias en la literatura. Horacio, transmitió una general concepción de Hispania como tierra peligrosa e inquietante por su intrínseca dureza y ferocidad (§ 2.6)¹⁵³³, pero esta noción abstracta se concretó y focalizó especialmente en la caracterización de los cántabros. Bárbaros de costumbres sangrientas (§ 10)¹⁵³⁴, belicosos¹⁵³⁵ y caracterizados, ante todo, por su calidad de pueblo casi imposible de someter¹⁵³⁶ —«el cántabro, que nuestro yugo a soportar no aprende»¹⁵³⁷—, lo que les emparentaba con los escitas como representantes de los extremos más inhóspitos de los confines¹⁵³⁸. Por su parte, cuando Silio recreó poéticamente la Guerra de Aníbal, insistió en la presencia de los pueblos del norte en el ejército de Aníbal (galaicos, astures, cántabros y vascones), un dato anacrónico que, por otro lado, siempre concluía en los tópicos de la ferocidad y el desprecio por la muerte de aquellas sociedades¹⁵³⁹. Es más, imaginó a Laro, un guerrero cántabro que luchó en las tropas anibálicas y que tenía una envergadura homérica:

«Apenas un solo hombre mostró una determinación digna de ser transmitida a la posteridad y que merezca obtener la recompensa de la fama. Incluso privado de sus armas, el cántabro Laro podía hacerse temer por la estatura y corpulencia de sus miembros. A la manera de su gente, entraba en feroz combate con el hacha en su diestra. Y, aunque en torno a él veía que los ejércitos se habían visto forzados a huir y dispersarse, que la tropa de guerreros de su tribu había sido exterminada, él llenaba por sí solo el espacio de los muertos. Si el enemigo lo abordaba de cerca, le agradaba saciar su ira golpeándole en la frente; si le atacaban por la izquierda, giraba su arma golpeando del revés. Pero, cuando un rival fiero y convencido de su victoria le venía

¹⁵²⁹ D. S. 5.33; Hor. C. 2.12.1; Sil. Ital. 3.362-363; *vide* Ciprés 2007; 2012; Marín Martínez 2012.

¹⁵³⁰ I. B. I. 2.374, *e. g.*; *vide* Plácido Suárez 2004; Salinas de Frías 2011b; 2012; Sánchez Moreno 2015-2016.

¹⁵³¹ Iglesias Zoido 2010.

¹⁵³² Str. 2.5.26; 3.3.8; I. B. I. 2.374, *e. g.*

¹⁵³³ Hor. C. 4.5.29-30; 4.14.50; 5.29.

¹⁵³⁴ Hor. C. 3.4.34.

¹⁵³⁵ Hor. C. 2.11.1.

¹⁵³⁶ Hor. C. 2.6.1-2; 3.8.21-22; 4.14.41; *vide* Recio García 1996, 149-152.

¹⁵³⁷ Hor. C. 2.6.1-2 (trad. de Moralejo 2007).

¹⁵³⁸ Hor. C. 2.11.1; 3.8.21-22.

¹⁵³⁹ Sil. Ital. 1.252; 3.326-339; 3.344-356; 3.358; 5.192-197; 5.639; 9.230-232; 10.15-16; 10.304; 12.748; 15.413; 16.44-67; *vide* Mayorgas Rodríguez 2017.

por la espalda, sin inmutarse por nada, era capaz de lanzar su hacha por detrás; desde cualquier parte que lo acometieran, se mostraba él como un temible guerrero. Incluso privado de sus armas, el cántabro Laro podía hacerse temer por la estatura y corpulencia de sus miembros. A la manera de su gente, entraba en feroz combate con el hacha en su diestra. Y, aunque en torno a él veía que los ejércitos se habían visto forzados a huir y dispersarse, que la tropa de guerreros de su tribu había sido exterminada, él llenaba por sí sólo el espacio de los muertos»¹⁵⁴⁰.

A esto le sigue la descripción de su épica derrota por Lucio Cornelio Escipión. Todo apunta a que se trata de un personaje ficticio, un mero recurso literario que bebía del concepto del bárbaro norteño descomunadamente grande que se había aplicado largamente sobre los galos y germanos potenciando su imagen atemorizante¹⁵⁴¹. No hay duda de que esa presencia dislocada cronológicamente de los feroces cántabros del ejército anibálico constituye una resonancia literaria de la propaganda de la guerra de Augusto, aún relativamente reciente, en lo que conllevaba de mitificación barbarizante de la realidad norteña; al mismo tiempo, se reproducían los ecos de la tradición historiográfica proescipiónica, pues en la historia Laro cumplía el papel del antagonista temible a la altura del gran héroe capaz de derrotarlo, un Escipión¹⁵⁴².

Esta idea conllevaba un grado importante de admiración ante su resistencia respecto a sus enemigos, a menudo superiores en número y técnica, como los cartagineses¹⁵⁴³ o los propios romanos¹⁵⁴⁴, pero también los cimbrios¹⁵⁴⁵. En la percepción de la belicosidad occidental había una atracción fundamental por la pulsión bélica del primitivo, especialmente si se comparaba con el influjo degenerante de la blandura oriental¹⁵⁴⁶.

No obstante, estas categorías oscilaron siempre en una ambigüedad fundamental. El valor atribuido a los hispanos, una virtud innegable, devenía también en arrogancia y bravuconería cuando se llevaba a límites exacerbados¹⁵⁴⁷. Asimismo, su impulsiva entrega guerrera se convertía en ira descontrolada que los conducía a su propia destrucción. Según Livio, Escipión supo aprovechar esa debilidad provocando la rabia de los ilergetes de Indíbil y Mandonio¹⁵⁴⁸. También Sertorio tuvo que bregar con esta tendencia irrefrenable:

¹⁵⁴⁰ Sil. Ital. 16.44-51 (trad. de Villalba Álvarez 2005), el episodio completo en Sil. Ital. 16.44-67.

¹⁵⁴¹ Marco Simón 1993, 153-154; 2007, 91-92.

¹⁵⁴² Marco Simón y Pina Polo 2008, 58-59; Aguilera Durán 2012b, 450-451.

¹⁵⁴³ Flor. 1.22.38.

¹⁵⁴⁴ Liv. 27.17.10; 29.2.14; App. *Hisp.* 76.91; Str. 3.4.13; Flor. 1.34; Senec., *Ep. Mor ad Luc.*, 66.13; Oros. 5.5, e. g.

¹⁵⁴⁵ Liv. *Per.* 67.

¹⁵⁴⁶ Dauge 1981, 654-662.

¹⁵⁴⁷ Plb. 35.3; D. S. 31.42; 33.24; App. *Hisp.* 42; vide Gómez Espelosín et al. 1995, 124.

¹⁵⁴⁸ Liv. 28.33. 2 y 7; vide Rodríguez Mayorgas 2014, 261-262.

«inquieto por la indisciplina y osadía de los bárbaros, que pedían a gritos atacar a los enemigos y no podían soportar el retraso, intentaba apaciguarlos con palabras. Sin embargo, como veía que estaban irritados y que se mostraban intempestivamente violentos, cedió y permitió que llegaran a las manos con los enemigos en circunstancias en las que al no ser derrotados por completo, pero sí tras recibir una paliza, esperaba que los tendría más dóciles en adelante»¹⁵⁴⁹.

Si el interior, oeste y norte peninsular constituían la sublimación del tópico, Turdetania representaba lo opuesto. La región civilizada de Hispania estaba también definida por su carácter pacífico. Afirmó Livio que «los turdetanos son considerados los más ineptos para la guerra de todos los hispanos»¹⁵⁵⁰. Ciertamente es que hablaba de falta de habilidad, no de ganas, pues en ese episodio contrataban a los celtíberos para llevar su revuelta. En todo caso, esa misma imagen parece circular cuando Estrabón indicaba cómo la «despreocupación» turdetana había favorecido la masiva colonización de los fenicios en la región¹⁵⁵¹. En esa visión pesaba, desde luego, el utópico mito tartésico del Argantonio hospitalario y magnánimo (§ 2.1). Pero ante todo tenía que ver con la clasificación general de Turdetania como el espacio civilizado gracias a sus contactos mediterráneos desde muy antiguo, por oposición a la Iberia aislada y hostil (§ 2.5). Prueba de ello es que, para Estrabón, igual de pacíficos eran los celtíberos «togados», esto es, romanizados, que en su tiempo ya habían adquirido las formas itálicas (§ 6)¹⁵⁵².

Por otro lado, más allá de esa consideración genérica, el tema tuvo, además, múltiples derivaciones concretas. Por ejemplo, en la celebridad de los hispanos como mercenarios destacados. Este vínculo es muy antiguo, ya aparecía en aquellos primeros testimonios oscuros e indirectos. De hecho, la única noticia de Herodoto sobre Iberia, además de las alusiones a Tarteso (§ 2.1), se refiere a la actuación de los iberos como mercenarios de los cartagineses en la batalla de Himera (480 a. e. c.)¹⁵⁵³. En efecto, esa asociación íberos-mercenarios debió de permanecer en el tiempo como una de las escasas nociones que los griegos tenían de la realidad de estos pueblos; eso parecen demostrar las fugaces menciones del tema en el siglo IV a. e. c., como las de Platón y Aristóteles¹⁵⁵⁴.

Con la implicación más directa de Hispania en los conflictos mediterráneos, esta fama no hizo sino multiplicarse exponencialmente¹⁵⁵⁵. Nadie lo sintetizó tan claramente como Livio: «[Hispania era] la más apasionada por la guerra siempre que hubiera paga o

¹⁵⁴⁹ Plut. *Sert.* 16 (trad. de Bergua Caverio et al. 2007).

¹⁵⁵⁰ Liv. 34.17 (trad. de Villar Vidal 1993b).

¹⁵⁵¹ Str. 3.4.13.

¹⁵⁵² Str. 3.4.20.

¹⁵⁵³ Hdt. 7.175.

¹⁵⁵⁴ Plt. *Lg.* 1.637d; Arist. *Pol.* 1324b. 20; vide Gómez Espelosín et al. 1995, 117.

¹⁵⁵⁵ García y Bellido 1962a; 1962b; 1963; Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez 1987; Pelegrín Campo 2000; Quesada Sanz 2009; Jiménez del Castillo 2012.

botín»¹⁵⁵⁶. Desde luego tras esta reiteración había una sólida base real. Pero también la fuerza del estereotipo al que se recurre como modelo preestablecido, aquél que perfilaba a unos pueblos particularmente tendentes a la guerra, tanto por su inclinación natural, como por su condición de subdesarrollo cultural y económico¹⁵⁵⁷.

La manera en que Diodoro explicó la célebre participación de honderos baleáricos es particularmente ilustrativa. Subrayó la excelente calidad de estas tropas, pero completó la imagen con una consideración absolutamente primitivista y militarizada de su forma de vida:

«La causa de esta puntería son los continuos ejercicios que hacen desde pequeños, en los que, siendo todavía unos niños, son obligados por sus madres a usar continuamente la honda. Tras poner como blanco un trozo de pan atado en un palo, no se permite comerlo al que se ejercita hasta que acierta en el pan y su madre se lo da con el permiso para comerlo»¹⁵⁵⁸.

Pueden percibirse ecos de idealismo estoico en la descripción de esa vida austera que conducía a la excelencia militar, aunque con una clara dirección barbarizante; no en vano, esto lo afirmaba después de describir sus extraños y vejatorios ritos nupciales y funerarios (§ 6 y 10). Igualmente resulta reveladora la manera en que describió los horrores cometidos en la toma de Selinunte por el ejército cartaginés en compañía de mercenarios libios e íberos, «bárbaros» todos ellos que decapitaron, mutilaron, empalaron y quemaron vivos a hombres, ancianos, mujeres y niños (§ 2.4). Ese era el efecto que la confluencia de los púnicos con otros bárbaros primitivos había tenido sobre la civilización.

Ese ejercicio bárbaro de la guerra tenía, de forma inmediata, implicaciones muy concretas en la propia forma de combatir. En este sentido es significativa la manera en que las fuentes destacaron su obsesión por el combate singular (*monomachía*). Valerio Máximo situó en el clímax de Numancia una serie de suicidas duelos singulares ordenados por Retógenes¹⁵⁵⁹. Pero aparte de este relato básicamente fabuloso, esta institución reaparece en varios episodios de las campañas hispanas, como el del joven Escipión Emiliano contra un vacceo de Intercatia¹⁵⁶⁰. El tratamiento de este fenómeno no era fundamentalmente negativo, pues el ideal del combate individual estaba también arraigado en el imaginario romano¹⁵⁶¹, pero sí con la condescendencia de quien observa desde un estadio superior. Se representó como un comportamiento inocente, primitivo, que merecía un reconocimiento de valor y honorabilidad, pero que era un síntoma de

¹⁵⁵⁶ Liv. 23.49.12 (trad. de Villar Vidal 1993d).

¹⁵⁵⁷ Gómez Fraile 1999.

¹⁵⁵⁸ D. S. 5.18 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

¹⁵⁵⁹ Val. Max. 3.2. ext. 7; *vide* Torregaray Pagola 2005.

¹⁵⁶⁰ Plb. 35.5; frag. 31; App. *Hisp.* 53-54.

¹⁵⁶¹ Oakley 1985; Martino 2008.

atraso, el reducto de una forma de concebir la guerra arcaica y superada por el modo de guerra cívico, político, que regía en el mundo helenístico¹⁵⁶².

Más allá de los casos excepcionales de monomaquia, en general, las fuentes describieron la táctica hispana como una forma de guerra basada en la emboscada y el golpe de mano, la acción rápida, impetuosa y dispersa, muy dependiente del aprovechamiento del terreno abrupto y el uso del equipamiento ligero. Más allá de la exactitud relativa de muchos de estos datos derivados de la tradición polibiana, lo interesante es la actitud de lejanía cultural con que estas prácticas se presentaron, perfilándolas como la antítesis del combate ordenado y disciplinado de la teoría bélica helenística¹⁵⁶³. La diferencia se exageró hasta el punto de que, adoptando ya un evidente sesgo degradante, la guerra hispana fue calificada como una guerra de bandidos, con lo que alcanzaba su patente máxima de barbarie. En el siguiente apartado comentaré este discurso del *latrocinium* en detalle por su propia entidad e implicaciones (§ 8). Cabe anticipar por el momento la idea de que esa reducción sesgada de su forma de combate como una lucha propia de fieras y ladrones, enfatizaba las diferencias, reales o no, respecto a los usos bélicos griegos y romanos, reduciendo la categoría simbólica de los hispanos como enemigo.

Obsesión belicista y arcaísmo también tocaron la caracterización de sus creencias religiosas. Varios autores señalaron la enorme estima que tenían los vacceos y celtíberos por la muerte en combate de sus guerreros, lo que era un ideal perfectamente reconocible desde el prisma grecolatino; no obstante, la virtud devenía en exceso cuando describía el trato vejatorio que brindaban a los que habían muerto por causas naturales, y se extrañaba por el tipo de honores que merecían los caídos en batalla, cuyos cuerpos eran expuestos a las aves carroñeras¹⁵⁶⁴. Igualmente, cuando se hable de ritos sangrientos en un tono peyorativo y censorio, como el sacrificio humano, se insistirá en su ofrecimiento al dios de la guerra (§ 10). Por encima de la probable realidad de esta religiosidad guerrera, a fin de cuentas, la literatura grecolatina estaba asociando una ritualidad sacrilega y censurable, con una belicosidad excesiva y barbárica, que transgredía aquello que resulta equilibrado y permisible.

Asimismo, la sublimación de la belicosidad incluía a las mujeres, formando una parte esencial del *topos*¹⁵⁶⁵. Por un lado, esto comprende las alusiones a su papel activo en los conflictos armados. Uno de los casos más célebres concierne a la defensa de

¹⁵⁶² Marco Simón 2007, 92; y en efecto estas menciones pueden estar reflejando ciertas formas de combate aristocrático (Olmos Romera 2003; García Cardiel 2012).

¹⁵⁶³ Una distinción ciertamente artificial en lo que concierne a la Roma republicana (Quesada Sanz 2006; *cfr.* Ciprés 1993a; Rawlings 1996); para un estado de la cuestión general, *vide* Quesada Sanz 2016.

¹⁵⁶⁴ Elian. *Nat. An.* 10.22; Sil. Ital. 3.340-343; Oros. 5.5.15-17; *vide* Sopeña Genzor y Ramón Palerm 2002.

¹⁵⁶⁵ Martínez López 1986; Sopeña Genzor 1995, 50-69; Sánchez Moreno 1997; Gallego Franco 1999; González Santana 2010; Salinas de Frías 2010d; Hernández García 2012; Pérez Rubio 2013.

Salmántica contra el ataque de Aníbal¹⁵⁶⁶. En él se relata que las indígenas engañaron a los púnicos escondiendo las espadas bajo sus ropas, lo que les permitió atacarles por sorpresa infringiendo un daño importante. El pasaje posiblemente proceda de alguno de los acompañantes de Aníbal y, por lo general, no suscita demasiada verosimilitud; más allá de su tono literario, algunos de los elementos del relato son tópicos recurrentes en otros pasajes similares de la tradición historiográfica griega, alguno reproducidos, de hecho, por el mismo Plutarco¹⁵⁶⁷. Otro pasaje particularmente célebre es el de la campaña de Junio Bruto contra los brácaros en Gallaecia:

«Es éste un pueblo enormemente belicoso que combate juntamente con sus mujeres que llevan armas y mueren con ardor sin que ninguno de ellos haga gesto de huir, ni muestre su espalda, ni deje escapar un grito»¹⁵⁶⁸.

No obstante, el vínculo entre mujer y guerra no solo se demostraba en el combate, también aparecieron como instigadoras del enfrentamiento armado y la ideología de la guerra. Salustio contó que fueron las mujeres celtibéricas las que forzaron a los jóvenes a enfrentarse a Pompeyo, en contra de la opción pacífica defendida por los ancianos¹⁵⁶⁹. Una idea similar transmitió Floro, admirando cómo ciertas mujeres bárbaras demostraban un especial valor en momentos críticos como contrapunto de la debilidad masculina¹⁵⁷⁰. Por otro lado, se las presentó como perpetuadoras de esa cultura belicista, ya que transmitían a sus hijos las hazañas ejemplares de sus antecesores y daban una importancia esencial a los méritos militares de los hombres a la hora de escoger marido¹⁵⁷¹. Una ligazón similar entre matrimonio y guerra está presente en la referencia al episodio en el que un padre celtibérico solicitó al aspirante a marido de su hija una mano cortada del enemigo¹⁵⁷².

Este papel de transmisoras y perpetuadoras del *ethos* agonístico de la sociedad se ha puesto en relación, no sin motivo, con el atribuido a las espartanas por Plutarco¹⁵⁷³. Es perfectamente posible que sea cierta la noticia, y que pueda haber una cierta conexión antropológica entre esos dos ámbitos. Sin embargo, el paralelismo es muy significativo en si mismo desde un punto de vista meramente discursivo: se estaban ubicando en Celtiberia comportamientos propios de una cultura, la espartana, que era el paradigma de

¹⁵⁶⁶ Plut. *Mul. Virt.* 10.

¹⁵⁶⁷ Bejarano 1955, 104-109; Stadter 1965, 74-76; sobre este texto, *vide* también, Fernández Chicarro de Dios 1954; Solana Saínz 1992.

¹⁵⁶⁸ App. *Hisp.* 72 (trad. de Gómez Espelosín 2016).

¹⁵⁶⁹ Salust. *Hist.* 2.92.

¹⁵⁷⁰ Flor. 1.27.6; 1.31.16; 1.34.14; 1.38.16-18; significativo al contextualizarlo en su general misoginia (Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000, 43).

¹⁵⁷¹ Salust. *Hist.* 2.91-92.

¹⁵⁷² Sexto Aurelio Víctor *De Vir.* 3.59; *vide* § 6.

¹⁵⁷³ Pérez Rubio 2013, 100-101

la otredad militarista en la etnografía de tradición ateniense; un espejismo en el que, además, el papel «atípico» de la mujer jugaba un papel distintivo fundamental¹⁵⁷⁴.

Pero pueden encontrarse paralelos más cercanos, de forma casi idéntica en la caracterización del resto del *barbaricum* occidental¹⁵⁷⁵. Las mujeres como combatientes aguerridas en Galia aparecen en la obra de Plutarco, recalando que ellas resistían hasta muerte mientras sus hombres huían¹⁵⁷⁶; un detalle que sugiere, por exagerado, su sentido retórico. Como principales incitadoras de la guerra fueron descritas igualmente para el ámbito germano por Tácito¹⁵⁷⁷, que también incidió en la idea del vínculo entre matrimonio y guerra al hablar de una dote de carácter militar, concretamente, un caballo y armas¹⁵⁷⁸.

En todo caso la explicación del *topos* puede abstraerse aún más si se considera en él un eco relativamente lejano del mito de las amazonas. En el imaginario grecolatino, la guerra era un espacio exclusivamente masculino, de manera que la presencia activa de la mujer en este ámbito, ya fuese real o imaginada, funcionaba como un mecanismo de inversión de roles y un sinónimo de barbarie. Las amazonas eran el modelo por antonomasia de esta noción, la metáfora mitológica que ha simbolizado este concepto a lo largo de los siglos¹⁵⁷⁹. La transposición historiográfica de ese arquetipo a las poblaciones bárbaras conllevaba aplicar de una manera tamizada y verosímil un mismo principio de inversión cultural. La dirección que adoptaba el discurso en todos esos ejemplos era muy similar: la mujer bárbara no solo intervenía en la guerra, sino que ocupaba un papel preeminente en valor y predisposición militar, superando, de hecho, la templanza y el arrojo de los hombres. Así, la mujer bárbara asumía un papel preponderante que la convertía en el símbolo supremo de la naturaleza belicosa de su pueblo. Esto no tenía nada de anecdótico, en tanto que conllevaba alterar la propia concepción y práctica de la guerra hispana frente a lo que debía ser la guerra propia de la civilización.

Otra de las derivaciones más recurrentes del estereotipo guerrero es la noción del inusitado apego de los hispanos por sus armas. Floro así lo afirmó en relación con los numantinos: «recibieron la orden de deponer las armas como precio para un compromiso oficial. Esto fue recibido por los bárbaros como si se les amputasen las manos»¹⁵⁸⁰. Esta idea, en principio, formaba parte intrínseca de la mentalidad de cualquier cultura ligada a la guerra, pero en estos casos era llevada hasta el extremo del suicidio. Cuando, en

¹⁵⁷⁴ Ollier 1933; 1943; Tigerstedt 1965-1974.

¹⁵⁷⁵ *Vide* los repases comparativos de Gallego Franco 1999; Pérez Rubio 2013.

¹⁵⁷⁶ Plut. *Mar.* 19.

¹⁵⁷⁷ Tac. *Germ.* 7.

¹⁵⁷⁸ Tac. *Germ.* 18.

¹⁵⁷⁹ Hartog 2003 (1980); Blok 1995; Iriarte 2002; Mayor 2017 (2014).

¹⁵⁸⁰ Flor. 1.34.

previsión de una revuelta, Publio Manlio obligó a los pueblos del noreste a entregar las armas, «este hecho les resultó tan intolerable que muchos se quitaron la vida ellos mismos, pues aquel pueblo indómito estaba convencido de que la vida sin armas no es tal»¹⁵⁸¹. En una situación parecida, un grupo de celtíberos, mercenarios de los cartagineses, que habían sido acorralados en un cerro por Marcio, aceptaron en principio todas las condiciones para rendirse, pero cuando se les pidió las armas decidieron romper negociaciones y lanzarse a una derrota segura¹⁵⁸². Igualmente, Silio insistió en una idea parecida en dos ocasiones, primero refiriéndose a los hispanos de modo genérico, después focalizando en los cántabros:

«Siente este pueblo una extraña inclinación: cuando la pesada vejez les llena de canas, arrebatan al destino los años que han de pasar ya sin combatir y no soportan la vida sin la guerra. Y es que la única razón de su existencia radica en las armas, les repugna vivir en paz»¹⁵⁸³.

Silio llevaba así el tópico más allá de las circunstancias desesperadas y extremas de la guerra para recrearlo como una filosofía de vida de los hispanos en general, denotando una clara influencia del estoicismo en la noción de elegir libremente sobre el propio destino¹⁵⁸⁴.

Desde luego el concepto de libertad está muy ligado a este tópico en concreto. En efecto, no cabe duda de que en estas referencias casi exactas estaba funcionando un recurso retórico preconcebido, pero sus implicaciones no son simples; Valerio Máximo, como parte de una serie de ejemplos sobre hechos y dichos solemnes, recuperó la misma idea en un sentido claramente moralizante:

«Pues, cuando se le había entregado ya casi toda Lusitania y tan sólo la ciudad de Cinginia resistía tenaz en la lucha, los mensajeros de Bruto habían intentado comprar la libertad de los ciudadanos. Pero ellos, todos a una, les contestaron: “La única herencia que nos han dejado nuestros antepasados son armas con las que defender la ciudad, no oro con que comprar nuestra libertad a un general ambicioso”. Sin duda hubiera sido mejor que estas palabras las hubiesen pronunciado nuestros compatriotas en vez de haber tenido que escucharlas»¹⁵⁸⁵.

Una idea muy similar fue transmitida por Diodoro sobre los numantinos¹⁵⁸⁶. En efecto, el concepto de apego incondicional por las armas estaba inextricablemente unido a la noción de *libertas*, lo que obliga a problematizar el tópico; no se trataba de una simple

¹⁵⁸¹ Liv. 34.17.

¹⁵⁸² App. *Hisp.* 31.

¹⁵⁸³ Sil. Ital. 3.326-331 (trad. de Villalba Álvarez 2005); la referencia similar sobre los hispanos, en Sil. Ital. 1.225-228.

¹⁵⁸⁴ Villalba Álvarez 2005, 163, nota 67.

¹⁵⁸⁵ Val. Max. 6.4. ext.1 (trad. de López Moreda et al. 2003a).

¹⁵⁸⁶ D. S. 33.16.

obsesión enfermiza por las armas y la guerra, se trataba de los medios con que defender su libertad a toda costa, lo que ya no resultaba nada bárbaro ni ajeno. Esto enlaza directamente con lo que, en cierta manera, se concibió como el acto de sublimación por excelencia de la naturaleza indómita de estos pueblos, el suicidio colectivo, que recibió un tratamiento particularmente ambiguo en las fuentes, como analizaré en profundidad más adelante (§ 11). Esa ambivalencia ante los guerreros bárbaros tiene mucho que ver, en realidad, con la que regía las cuestiones tocantes a la *fides* (§ 9).

En efecto, se reconocieron y probablemente exageraron sus virtudes bélicas y la legitimidad de sus motivaciones. Había en ello una exaltación de la propia gesta romana, pero también reflejos de reflexiones filosóficas más abstractas. Sin embargo, por otro lado, esas cualidades devenían con facilidad en exceso, trasgrediendo la frontera de lo virtuoso y lo permisible; en ello estaba la caracterización de un modo de concebir la guerra arraigado en la barbarie. En efecto, en ese perfil impetuoso del comportamiento hispano no solo se estaba construyendo un estereotipo degradante, se estaba definiendo un tipo de guerra, de acuerdo con los esquemas propiamente grecolatinos. Gran parte del fundamento de la representación de la belicosidad hispana era subrayar el contraste con el concepto de la guerra considerada como civilizada, la guerra ciudadana, estatal, lo que comprendía múltiples implicaciones, tanto militares como religiosas, jurídicas, políticas y sociales¹⁵⁸⁷. Polibio definió bien ese tipo de guerra hispano que resultaba distinto al de la civilización:

«La guerra que estalló entre romanos y celtíberos se llamó guerra de fuego. Fue extraña por sus características y por lo ininterrumpido de los choques [...]. En realidad, los combates los dirimía la noche, pues los soldados, llevados por su coraje, resistían tenazmente y no querían ceder en el cuerpo a cuerpo, por extenuados que estuvieran, sino que, desde su huida, se revolvían y empezaban de nuevo»¹⁵⁸⁸.

Esto se contrastaba con la guerra en Grecia y Asia, basada en la estrategia y decidida en puntuales batallas clave. La de Hispania, en cambio, era una sucesión desesperada de enfrentamientos en los que solo se concebía la victoria o la muerte. Según esta visión, la guerra helenística estaba regida por el equilibrio entre valor y razón, arrojo y disciplina, mientras que la hispana se desencadenaba sin ningún control el furor y el ímpetu exacerbado¹⁵⁸⁹. Esta visión tiene mucho que ver con la ideología de la guerra que se desarrolle en el mundo romano. El concepto de *bellum iustum* comportaba el respeto a una reglamentación militar, jurídica y ética reconocida por ambas partes y que tenían un sentido sagrado. Pero frente a esta guerra de dominación legítima, había otro tipo de guerra, la «guerra de supervivencia», que era la que regía en los pueblos no políticos,

¹⁵⁸⁷ Ciprés 1993a, 43-50 incide especialmente en esta idea del contraste.

¹⁵⁸⁸ Plb. 35.1 (trad. de Balasch Recort 1983); *vide* también D. S. 31.40.

¹⁵⁸⁹ Ciprés 1993a, 48-49.

primitivos, y que quedaba fuera de los márgenes civilizados de la guerra humana; contra ese tipo de enemigo, esas normas no servían, solo cabía su sometimiento absoluto¹⁵⁹⁰.

Sometimiento y domesticación; de alguna manera Estrabón, al dotar de sentido global al proceso de asimilación de Hispania como provincia, dio una cierta solución a aquella ambivalencia. Ese pulso guerrero natural que se admiraba en el *barbaricum* occidental no era una característica positiva ni negativa en sí misma, sino que su valoración dependía del objetivo al que estaba dirigido y la forma en que se gestionaba. El espíritu belicoso era negativo si quedaba al servicio del impulso irreflexivo y anárquico, pero loable y provechoso si se enfocaba en la imposición del orden, la paz y la civilización. En ese sentido, para Estrabón, el gran valor de Roma en general y de Augusto en particular, no estribaba solo en su capacidad para civilizar a los pueblos más o menos salvajes; su fuerza creativa residía igualmente en su capacidad para aprovechar y canalizar el impulso guerrero de esos pueblos en favor de la humanidad¹⁵⁹¹. Ese parece ser el sentido de la reflexión con la que Estrabón remató su descripción de los indómitos pueblos del norte de Iberia.

«Pero en la actualidad, como dije, todos han dejado de hacer la guerra: pues César Augusto ha puesto fin a las actividades de los cántabros y sus vecinos, que todavía en la actualidad persistían en sus costumbres de bandidaje, y en lugar de saquear a los aliados de los romanos, los coniacos y los que habitan junto a las fuentes del Íber, hacen ahora campaña bajo su mando»¹⁵⁹².

El esquema es muy claro, y relativamente sencillo, pero conllevaba una ambivalencia esencial, pues la valoración de un pueblo particularmente valiente resistiendo dignamente contra un enemigo más fuerte siempre fue muy evocadora. Probablemente fue Orosio el que más explotó esa dimensión del estereotipo, pues tenía un enorme potencial para ejemplificar su visión distópica de la República romana y sus guerras (§ 2.7). En esa línea, la virtud bélica de los hispanos funcionó en su obra de forma constante como un contrapunto para caracterizar las humillaciones y desastres romanos. El ejemplo por antonomasia fue el asedio de Numancia, ese episodio que que «aumentó la vergüenza en el rostro de los romanos»¹⁵⁹³. El patetismo de los frustrados asaltos romanos¹⁵⁹⁴ contrastaba con la dignidad y desdén de los guerreros numantinos como cuando, derrotados en su intento de trabar batalla, los supervivientes se retiraron «con sus filas en orden, y no como si huyeran»¹⁵⁹⁵.

¹⁵⁹⁰ Cic. *Off.* 1.34-40; 1.79-83; 1.88; 3.107-108; *vide* Iso 2014 y, en general, López Barja de Quiroga 2007

¹⁵⁹¹ Str. 2.5.26.

¹⁵⁹² Str. 3.3.8 (trad. de Gómez Espelosín 2007); *vide* Ciprés 1993a, 39-40.

¹⁵⁹³ Oros. 5.7.1.

¹⁵⁹⁴ Oros. 5.4 y 5.7.

¹⁵⁹⁵ Oros. 5.7.15-16 (trad. de Sánchez Salor 1982b)..

También explotó este aspecto a propósito de la Guerra de Viriato. En su obra básicamente consiste en un machacón listado de las humillaciones militares¹⁵⁹⁶ que culmina en la ilustrativa imagen de Viriato clavando los despojos romanos en un monte de su dominio: «aumentó aún más vergonzosamente la infamia»¹⁵⁹⁷. Como en Numancia, la vergüenza romana se escenificaba mediante un acto de dignidad por parte de hispanos anónimos:

«uno de aquéllos [lusitanos], que se había alejado de los otros, al ser rodeado, él que iba a pie, por unos soldados romanos de a caballo, hirió con su lanza al caballo de uno de éstos y cortó de un solo tajo la cabeza del mismo jinete, aterrorizando de tal forma a todos los demás, que mientras todos miraban, él escapó desdeñosa y tranquilamente»¹⁵⁹⁸.

Quizá la noción más impactante de todas era el miedo que habían propagado los hispanos en la poderosa Roma. Viriato «aterroizó en Hispania a todos los romanos»¹⁵⁹⁹, pero el tema merecía un extenso *excursus*:

«los soldados romanos se debilitaron hasta tal punto por su loco temor, que ya no podían sujetar sus pies, ni fortalecer su ánimo, ni siquiera ante un ensayo de lucha; es más, a partir de ahora, en cuanto veían a un hispano, sobre todo si era enemigo, se ponían en fuga, pensando casi que ya habían sido vencidos antes de ser vistos. Con estas palabras queda en evidencia que tanto para unos como para otros aquellos tiempos hay que considerarlos como nefastos, por cuanto los hispanos, aunque habían conseguido vencer, tuvieron, sin embargo, que abandonar, en contra de su voluntad, su dulce descanso y soportar guerras con extranjeros; y los romanos fueron derrotados tanto más vergonzosamente cuanto más desvergonzadamente se metieron con la tranquilidad ajena»¹⁶⁰⁰.

La idea era redondeada con datos exagerados: por supuesto, los doscientos años totales de conquista¹⁶⁰¹, el «gran aparato bélico» empleado por Roma, especialmente los 40000 romanos frente a 4000 numantinos¹⁶⁰², o los 14 años que duraron las guerras de Viriato y de Numancia¹⁶⁰³, así como la existencia de un mero cercado de ganado como única defensa de la ciudad arévaca¹⁶⁰⁴. Se trataba de relativizar el logro y la gloria romana; de esta manera, la belicosidad hispana, signo inconfundible de la barbarie incivilizada, que por fin había sido felizmente reparada y canalizada por Augusto, servía también —y

¹⁵⁹⁶ Oros. 5.4.1-6; *vide* García Fernández 2005, 291.

¹⁵⁹⁷ Oros. 5.4.3-4 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

¹⁵⁹⁸ Oros. 5.4.5-6 (trad. de *Ibid.*).

¹⁵⁹⁹ Oros. 5.4.1.

¹⁶⁰⁰ Oros. 5.5.15-16.

¹⁶⁰¹ Oros. 5.1.6 y 6.21.1.

¹⁶⁰² Oros. 5.7.3; la expresión «gran aparato bélico» la utiliza a propósito de la ofensiva de Claudio Unimano a Viriato en Oros. 5.4.3, aunque la idea es recurrente.

¹⁶⁰³ Oros. 5.4.14 y 5.7.3, respectivamente.

¹⁶⁰⁴ Oros. 5.7.10-11.

desde luego serviría después— para perfilar a un pueblo digno dispuesto a todo a pesar de su segura derrota.

7.2. Contra el caos y la rebeldía

Ya he apuntado la dificultad de identificar en la cronística medieval un discurso de civilización y barbarie nítido sobre la Antigüedad, equiparable a los modelos clásico y humanista. Más allá de algunas ideas puntuales relativas a la colonización (§ 6.3) o la religión (§ 10.2), la definición de la barbarie hispana fue en la Edad Media un asunto fundamentalmente político o, más concretamente, de desorden político. En efecto, el rasgo que definió ante todo la idiosincrasia prerromana en la historiografía medieval fue el de su rebeldía endémica ante los gobernantes; de hecho, este es probablemente el único aspecto de la caracterización etnográfica de aquellos pueblos que apareció de manera recurrente en este periodo. En mi opinión, esa presencia preponderante debe interpretarse como una clara proyección historiográfica de la problemática política del presente, como un trasunto al pasado remoto de las tensiones fronterizas y sucesorias más acuciantes en el momento.

Es significativo que el tema estuviese ya en una de las más tempranas clasificaciones étnicas de la cronística altomedieval. En la *Crónica Albeldense* hay un breve listado por el que se define a cada pueblo por una única característica específica, como la sabiduría de los griegos, la soberbia de los romanos o la fuerza de los godos¹⁶⁰⁵. Se eludió en ella la definición de los hispanos como tal, pero en un código ovetense coetáneo, ese mismo listado figura de manera independiente y ampliada (*De proprietatibus gentium*), desarrollando una doble lista de virtudes y vicios; en esta última, el defecto que definía a los hispanos era, precisamente, la «vinolentia Spanorum»¹⁶⁰⁶.

Yendo más allá de esa simple formulación del siglo IX, ese concepto de fondo reaparecería una y otra vez en las crónicas más elaboradas del siglo XIII. Las nociones íntimamente ligadas de agresividad, fuerza, valor e independencia fueron lugares comunes, en distintas formas, contextos y sentidos. Por ejemplo, Gil de Zamora, partiendo de la obra de Tuy y utilizando citas de Marcial, dedicó un apartado monográfico de su *De preconiis Hispaniae* a la «fortaleza de los españoles» en el que subrayó orgullosamente el carácter viril e independiente de estos¹⁶⁰⁷. En efecto, esa faceta tenía

¹⁶⁰⁵ *Cron. Albel.* 6.

¹⁶⁰⁶ Como virtud se destaca la «Spanorum argutia» (*Prop. gent.* 2, ed. en Mommsen 1961, vol. 1, 390; vide Maravall 2013 (1954), 479; Gil Fernández et al. 1985, 92.

¹⁶⁰⁷ *Gil Hisp.* 7.3, a partir del prefacio de Tuy y Marc. 1.49; vide Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997, 120, nota 350.

una general dimensión positiva, pero sus consecuencias prácticas eran esencialmente negativas, pues eran el germen de la desunión y el desorden. Los mismos autores advertían inmediatamente de ese reverso peligroso:

«[España] Tiene caballeros valientes, animosos entre los caballeros del mundo, tan animosos y audaces que a veces ponen en peligro no sólo a los demás sino a la propia patria. Son clementes tras el triunfo, y para mantenerse en la virtud necesitan un príncipe sabio. ¿Quién de los mortales podría resistir varones de tanto valor si no estuvieran moderados por la sabiduría? [...] Los reyes destinados a la defensa de la patria precisan militar fortaleza sin la cual no pueden defender de sus enemigos al pueblo que les está sometido. Necesitan igualmente la fortaleza, virtud cardinal sin la que no podrían refrenar, como conviene, los apetitos bestiales»¹⁶⁰⁸.

El mensaje es muy nítido, sobre todo pensando en la educación de un príncipe: los españoles son naturalmente belicosos, lo que es bueno siempre y cuando esté correctamente canalizado; el que les gobierne tiene que estar advertido de los riesgos que conlleva y debe estar preparado para contener esa pulsión.

Esa idea global se transmitió de forma especialmente prolija y cargada ideológicamente en la *Estoria* de Alfonso X. En ella la versión de Orosio se recondujo sistemáticamente con el objetivo central de ejemplificar la positiva labor de los grandes personajes romanos en su pacificación de los hispanos, que fueron reiteradamente presentados como un pueblo levantisco. Aplicándolo a los casos históricos, se les reconocieron las consabidas cualidades bélicas a propósito de la Guerra de Viriato, la campaña de Bruto y el asedio de Numancia¹⁶⁰⁹: «guerreros», «esforçados», «fardides» fueron términos que reincidían en esa imagen; «tan usados darmas e de guerra. que ningunos omnes nolo podrien mas seer», afirmó de los numantinos¹⁶¹⁰.

Ahora bien, más allá de la repetición del tópico orosiano, su sentido simbólico medieval es plenamente comprensible si se analiza en relación con el papel otorgado a los protagonistas romanos. Así, por ejemplo, en el periodo entre la Guerra de Aníbal y la de Viriato, en la *Estoria* se identificó un periodo de revueltas indeterminadas que los romanos no se atrevían a atajar: «tamanno miedo auien delos espannoles»; no obstante, tal cosa se afirmaba para resaltar después cómo Escipión se atrevió con ellos¹⁶¹¹. Asimismo, es muy llamativa la manera en que se justificó la matanza perpetrada por Galba: según la *Estoria*, esta tuvo sentido porque el pretor, al reunirse con los lusitanos, se percató de que «eran omnes aleuantadizos»¹⁶¹². Más adelante, un episodio

¹⁶⁰⁸ Gil *Hisp.* 4.1 (ed. de Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997), muy inspirado en el prefacio de Tuy.

¹⁶⁰⁹ Alfonso X *EE* 45-46, 48 y 49, respectivamente.

¹⁶¹⁰ Alfonso X *EE* 49.4-5 (ed. de Ward 2016); en la misma línea, de acuerdo con su exaltación de la gesta numantina, Gil *Num.* 2.3.

¹⁶¹¹ Alfonso X *EE* 43.4 (ed. de *Ibid.*).

¹⁶¹² Alfonso X *EE* 44.3 (ed. de *Ibid.*).

protagonizado por Pompeyo resulta especialmente interesante por lo rebuscado que es el ejercicio de tergiversación y amplificación del texto de Orosio. Narra un levantamiento en las riberas del Ebro de un rey llamado Artaz, en el momento en que Pompeyo estaba librando la Guerra de Mitrídates en Anatolia. En la medida en que sus hijos no eran capaces de acabar con aquel, acudió personalmente a sofocarla:

«el Rey Artaz quisiera se trabaia de auer guerra con el; e dar le batalla. mas mesuro que mayores principes que el e con mayores poderes non podien con ponpeyo; e touo que ni el farie al cabo. e acogios al menor danno. e diosse a ponpeyo con toda su tierra e echos a su mesura. E ponpeyo acogiol assi; mas nol dexo luego el Regno»¹⁶¹³.

El pasaje deriva de Orosio, que mencionó a Artaces, rey de Hiberia, escribiendo de una manera muy sucinta que este fue derrotado por Pompeyo en una sola batalla¹⁶¹⁴. Se trataba de la región del Cáucaso, no la Iberia occidental; de nuevo, esa ambigüedad toponímica se inclinaba a favor de la tendencia a ubicar en la Península Ibérica acciones de romanos célebres. Por otro lado, detalles como la incapacidad de sus hijos, el temor de Artaz/Artaces ante su superioridad y la rendición incondicional son interpolaciones posteriores, probablemente de la propia *Estoria*. Esas adiciones servían para magnificar las gestas de la muy idealizada figura de Pompeyo, imagen que se reforzaba al presentar al supuesto rey hispano como un cobarde que ni siquiera se atrevió a luchar. Pompeyo representó en la *Estoria* el prototipo del líder y militar ideal y este episodio se inserta en ese catálogo de gestas que lo ensalza, como la propia Guerra de Mitrídates o sus acciones contra bandidos y piratas (§ 8.2). Desde esa perspectiva, creo que la amplificación del relato de Artaces no debe ser visto como una alabanza de lo hispano, sino como un medio para perfilar al Pompeyo vencedor. Los hispanos anteriores a Roma no eran protagonistas por sí mismos, sino que su caracterización, aunque bebiese de tópicos arraigados, estaba en función de los rasgos que se quisiesen destacar de los héroes civilizadores.

Otros ejemplos del foco puesto sobre los personajes romanos y la caracterización colateral de los hispanos belicosos son los de Escipión Africano y Julio César a propósito de la Segunda Guerra Púnica y la Guerra Civil, acontecimientos fundamentales en esta obra por su lectura política. Hispania se presentaba en esos relatos como una nación singular respecto a las demás por su belicosidad. Esto definía una idiosincrasia propia, pero, ante todo, transmitía una enseñanza sobre cómo el buen líder debía actuar en ese escenario particular, sobre cómo los métodos suaves, diplomáticos, servían para gobernar de manera más efectiva. La fuerza, por el contrario, había demostrado ser contraproducente, pues al chocar con el carácter indómito propiamente hispano, no hacía sino enconar los enfrentamientos y problematizar el sometimiento de la región.

¹⁶¹³ Alfonso X *EE* 86.4-5, todo el episodio en 2-5 (ed. de *Ibid.*).

¹⁶¹⁴ Oros. 6.4.8.

La actuación de Escipión en la Guerra de Aníbal fue el pretexto preferido para desarrollar el concepto del dominio benevolente de Hispania. En concreto, se ha estudiado cómo en la *Estoria* se utilizó obsesivamente el término «amor» y sus derivados para definir la política escipiónica en su relación con los hispanos¹⁶¹⁵. Está de manera muy explícita en la liberación de los rehenes de Carthago Nova, los motivos de la adhesión de los pueblos locales contra los púnicos, la rendición de un rey indígena especialmente levantisco y la razón de las revueltas cuando el romano abandonó Hispania¹⁶¹⁶. Además, este tópico se hizo extensivo a la figura de Escipión Emiliano en el contexto de la Guerra Celtibérica¹⁶¹⁷; posteriormente, la idea fue reiterada en las crónicas que continuaron la tradición alfosina¹⁶¹⁸. La idea es lo suficientemente insistente como para considerarla importante. Desde luego, el *scriptorium* de Alfonso X estaba reinventando el prototipo del héroe magnánimo propio de la propaganda proescipiónica (§ 2.3), pero esa transmisión es bastante difusa: la idea del *amor escipiónico* tal y como está formulada en la *Estoria* no estaba tan clara en la obra de Livio ni en la tradición posterior, y mucho menos utilizando una terminología tan explícita y repetitiva en torno al «amor»¹⁶¹⁹. Se trata de una adaptación libre con la motivación deliberada de recalcar un discurso específico: la ejemplaridad del dirigente ideal cuando sabe gestionar con benevolencia y concordia sus relaciones militares y políticas en un entorno hostil. En efecto, aunque sea secundariamente, el mensaje atañe a la caracterización de los hispanos, pues la táctica del *amor* solo se aplicó a su trato con los hispanos, nunca para hablar de las relaciones con otros romanos o con los cartagineses; es con los hispanos con los que esa virtud como líder era especialmente pertinente.

Esta conclusión queda reforzada analizando el tratamiento de la guerra entre César y Pompeyo, un episodio particularmente brillante, elaborado y simbólico en la *Estoria*¹⁶²⁰. Interpretando de manera flexible a Lucano y Orosio, fundamentalmente, se trató como una fuente privilegiada de enseñanzas acerca del peligro de la fragmentación del poder y los conflictos civiles, culpabilizando especialmente a César de la discordia¹⁶²¹. Consecuentemente su política se presentó marcada por las pasiones, la violencia, la envidia, la crueldad y la arrogancia. Excepto cuando trató con los hispanos. En dos

¹⁶¹⁵ Fraker 1985, 15-22; 1996, 114-124.

¹⁶¹⁶ Alfonso X *EE* 32.16 (Cartago Nova); 29.11; 32.22; 34.2, 7 y 13; 36.1 (alianzas); 41.3 (revueltas posteriores). La noticia de la rendición de un rey hispano anónimo (Alfonso X *EE* 36.2) proviene de Eutropio/Pablo Diácono (3.17), no hay ninguna referencia previa.

¹⁶¹⁷ Alfonso X *EE* 43.7; este ejemplo no fue manejado por Fraker (1985; 1996), aunque refuerza su tesis.

¹⁶¹⁸ Valera 1482, 2.10-12, *e. g.*

¹⁶¹⁹ Fraker 1985, 15-22; 1996, 114-124; Jiménez Vicente 1993, 58-59.

¹⁶²⁰ Fraker 1978b, 97; 1996, 159-160; Jiménez Vicente 1993, 44-52.

¹⁶²¹ Se ha definido a este prototipo como «over-reacher» (Jiménez Vicente 1993, 44-52). *Cfr.* Alfonso X *EE* 119, donde se le admiten ciertas virtudes, ya como *emperador*. De nuevo, ese sesgo propompeyano se reprodujo en crónicas posteriores, como la de Valera (1482, 2.7).

ocasiones, ese César habitualmente exacerbado, se percató de que con los hispanos convenía mantener una actitud particular.

«Mas demudos destó aqui en el fecho de espanna. E puso en so coraçon que de quanto y pudiesse ganar por amor o por abenencia. que lo no leuasse por guerras nin lides nin muertes ni por esparzer sangre. E assi cuemo fue entrando por la tierra. trabaio se de auer las uillas e los castiellos e la otra yent. lo mas enpaz que el pudo. dando alos unos sos dones granados e prometiendo alos otros. E dizen que lo fazie por las yentes de las espannas que sabie el que eran muy fuertes en armas e la tierra muy encastellada e trabaiosa de conquistar. e que si dotra guisa los quisiesse leuar e auer lo todo por lides. que por uentura. o no podrie con ellos»¹⁶²².

Más tarde, se repitió la misma idea en estilo directo: «entoda espanna non quiero yo desta uegada fazer batalla ninguna que con sangre sea en quanto lo yo pudier escusar»¹⁶²³. El pasaje general bebe de la *Farsalia* de Lucano, pero fue muy reelaborado y, en todo caso, esa idea no está en aquella¹⁶²⁴. Se ha apuntado, como posible fuente de inspiración, la influencia de la obra francesa *Fet des Romains* (ca. 1213-1214), que transmitió una impresión similar acerca de la relación entre César y los galos, de manera que podría tratarse de una adaptación al caso hispano¹⁶²⁵.

En cualquier caso, el esfuerzo por destacar la misma actitud (la benevolencia) en las figuras de Escipión y César, ante una misma reacción (la agresividad), presentada como típicamente hispana, no parece casual. Más bien parece responder a un mensaje deliberado que encaja bien con el sentido general de la obra: enseñar a los regentes acerca de cómo actuar para evitar el desorden. Esto no era una celebración del carácter rebelde de los hispanos sino una reflexión política acerca de las dificultades del gobierno en general y el hispánico en particular, y que, en este caso, encontraba su trasunto en la relación entre hispanos y los romanos.

En realidad, de alguna manera, esta idea de fondo parece ser patrimonio común de la historiografía medieval hispánica. En lo concerniente a las fuentes árabes, los hispanos también aparecieron como un pueblo particularmente resistente y rebelde; «sus habitantes son valientes y arrojados», se afirmó en el *Dikr*, como parte de una alabanza a las excelencias de al-Andalus, y, al relatar la llegada de los romanos, se señaló que «peso mucho a los que venian porque oyen dezir que eran gente muy fuerte e muy sofridores de afan»¹⁶²⁶. Sin embargo, como en la cronística cristiana, la cualidad devenía en consecuencias netamente negativas. De hecho, en la historiografía andalusí ese defecto

¹⁶²² Alfonso X *EE* 98.3-6 (ed. de Ward 2016).

¹⁶²³ Alfonso X *EE* 101.20 (ed. de *Ibid.*).

¹⁶²⁴ En general, sobre la intertextualidad entre la *Farsalia* y la *Estoria*, vide Badía Magarit 1958-1959.

¹⁶²⁵ Fraker 1985, 17-19; 1996, 117-119.

¹⁶²⁶ *Dikr* 4.5 (trad. de Molina 1983) y *Rasis* 65.3 (trad. de Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975), respectivamente; también en Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.181; *Dikr* 2.14, e. g.

se llevó hasta extremos mucho más peyorativos, lo que indudablemente tiene que ver con la distancia clara que los intelectuales árabes marcaron con los pueblos hispanos desde un punto de vista genealógico.

En este sentido, la historia de la sublevación de Viriato en Toledo (§ 3.4) aporta claves muy significativas. Uno de los puntos en común entre Ibn Ḥayyān y el *Rasis* es el trasfondo de caos en que situaron ese periodo de revueltas contra Roma:

«Toledo volvió luego a sublevarse contra los romanos y rechazar su obediencia, expulsando a su general y causando la discordia y cisma de la gente de al-Andalus contra ellos, pues se encastillaron unos contra otros y se engolfaron en guerras y algaras, que menguaron su número y destruyeron su prosperidad, faltándoles recursos al no cultivar y careciendo de alimentos hasta el punto de casi perecer. [...] [César] marchó de allí con sus ejércitos a al-Andalus, que encontró al borde de la ruina, reinando la miseria entre la gente, pues morían en las sediciones y se encastillaban»¹⁶²⁷.

Esas mismas ideas de fragmentación política, conflictividad generalizada y miseria económica se repitieron en el *Rasis*:

«E despues, por mejoria que las vnas villas querian aver sobre las otras, entro vna tan grand desabenençia que se matauan e se cativauan los vnos a los otros. E tanto se fazian e por tantas vezes, que se perdieron las tierras, de guisa que non avia ay gente que labrase nin criase, que todos los mas eran estragados e muertos»¹⁶²⁸.

Por su parte, en el *Dikr* no se trató ningún acontecimiento del periodo entre la Segunda Guerra Púnica y la llegada de los visigodos, obviando por completo las guerras lusitana y celtibérica; sin embargo, la laguna se zanjó así:

«Cuando Cartago fue conquistada y su rey Aníbal murió, en el país de al-Andalus surgieron discordias y transcurrieron doscientos años en continuas guerras civiles, hasta el punto de que todos los habitantes se confinaron en los castillos y las labores agrícolas y ganaderas se interrumpieron casi totalmente por los continuos disturbios y revueltas»¹⁶²⁹.

También Rada, que en su *De Rebus Hispaniae* omitió por completo el periodo romano, habló de esa indeterminada etapa de anarquía, y parece razonable pensar que fuese por influencia de la historiografía árabe, que conocía bien y utilizó a fondo:

«durante un tiempo intermedio el reino, roto, quedó al arbitrio del saqueo de cuanto querían y no pudo evitar su devastación, como la presa que a dentelladas se disputan los leones»¹⁶³⁰.

¹⁶²⁷ Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.181 (trad. de Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981).

¹⁶²⁸ *Rasis* 65.46-49 (ed. de Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975).

¹⁶²⁹ *Dikr* 4.14; vide Elices Ocón 2017, 137-138.

¹⁶³⁰ Rada *Hisp.* 1.7 (trad. de Fernández Valverde 1989).

Bien puede interpretarse como una síntesis muy condensada de la impresión general que Orosio transmitió acerca de los desastres de la conquista hispana. De todas formas, su importancia es evidente, pues esta idea, bien perfilada y constantemente repetida, fue la noción central (o la única, en algunos casos) acerca del periodo de expansión romana en la cronística hispanoárabe. Además, en las obras más detalladas, ese clima de caos se ejemplificó como caso paradigmático en el conflicto de Toledo, entremezclado con la Guerra de Viriato (§ 3.4). Como ya he comentado, esa ciudad fue presentada como una verdadera pesadilla para los romanos, derrotando al propio César; pero aún se fue más allá, y aquellas revueltas fueron explicadas aplicando una teorización típicamente determinista:

«se sublevaban constantemente y había sucesos de tiempo en tiempo, lo que les venía de naturaleza por su misma alimentación, pues su tierra y complexión son de las peores: por ello no cesan de levantarse contra los reyes y frustrar a los más poderosos y astutos que la procuran»¹⁶³¹.

Esto conllevaba desarrollar una visión esencialista y barbarizante sobre los pobladores autóctonos que iba más allá de la circunstancia histórica concreta, proyectándose en el tiempo hasta el presente. Desde luego, es reconocible la reproducción de ciertos ecos del discurso grecolatino en la asociación entre territorio desfavorable, habitantes indómitos e ingobernabilidad. De cualquier manera, como en el caso cristiano, aunque menos detallado, los intentos y logros parciales de los romanos en la superación de ese caos fueron siempre visto de manera positiva. Tras ese periodo de conflictividad y caos, César acabaría conquistándolo todo, felizmente.

«Su situación había sido muy turbulenta durante toda la época de rebelión, mas todo volvió ahora a su cauce, y el poder romano se afianzó, al recuperar Toledo durante cien años»¹⁶³².

Dejando un lado los referentes grecolatinos que estos utilizaron de una manera particularmente difusa y flexible, ese panorama de anarquía que presentó la cronística andalusí puede entenderse perfectamente desde su propio contexto ideológico. Si aceptamos que ese concepto común de las fuentes árabes tuvo su origen en al-Rāzī y en el siglo X, encontramos que la anarquía con la que se concibe ese periodo es fácilmente identificable con la situación propiciada por las luchas civiles de la *fitna*. De la misma manera que el caso concreto del Toledo de Viriato remitía al Toledo desafiante de la autoridad omeya, esa generalización del problema de las luchas intestinas y la imposibilidad de establecer gobiernos centrales y estables recuerda al proceso de enfrentamientos nobiliarios que atenazó al emirato de Córdoba entre finales del siglo IX y

¹⁶³¹ Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.183 (trad. de Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981); *vide* Elices Ocón 2017, 455.

¹⁶³² Ibn Ḥayyān *Muqt.* 5.181 (trad. de Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981).

principios del X, y al que se puso fin temporalmente con la proclamación del Califato. Al plantear el problema historiográficamente, el carácter levantisco de los hispanos en general fue presentado de manera explícita como un continuum en el que las fronteras entre Antigüedad y presente se desdibujaban por completo. De esta manera, si la insumisión de los hispanos respecto a sus gobernantes se entendía como una característica intrínseca, podía explicarse la *fitna* como un proceso que no era excepcional, sino la norma en el devenir de al-Andalus. Esto cumplía una clara función propagandística, pues conllevaba magnificar el logro de Abd al-Rahmān III convirtiéndolo en el único que había conseguido una definitiva pacificación¹⁶³³. Sea o no acertada esta interpretación para el siglo X, lo cierto es que esa repetición desde principios del XI y hasta el siglo XV seguía siendo pertinente desde un punto de vista simbólico. La historiografía hispanoárabe continuó ensalzando a lo largo del tiempo la labor omeya como un hito histórico de pacificación y unificación, pero además era especialmente pertinente en época tardía como contrapunto desde el que criticar la división debilitadora de los reinos taifas (en el caso de Ibn Ḥayyān, en el siglo XI) o la desaparición casi total del señorío musulmán (en la época del *Dīkr*, en el siglo XV). Es decir, que ya fuese como celebración del triunfo califal o como nostalgia del mismo, la percepción del al-Andalus prerromano como realidad caótica solventada por Roma parece que fue entendida en la historiografía árabe como un trasunto perfecto para ensalzar la conveniencia de un gobierno fuerte en una región eternamente problemática.

Si en el tratamiento y la localización de los episodios más célebres de la conquista hispana se trasladaba la geografía de la frontera presente (§ 3.4), en la caracterización general de aquellos pueblos se proyectaba una preocupación más abstracta por el desorden y el ejercicio efectivo del gobierno sobre la problemática realidad hispánica. Esta inercia es común a la historiografía árabe y cristiana desde sus respectivos contextos ideológicos. Quizá la única diferencia de matiz entre ambas tradiciones es que la cristiana resultó algo más condescendiente con la parte de virtud que comportaba el aspecto belicoso, lo que parece lógico cuando estaba percibiendo ese pasado como propio, aunque solo fuese en parte, mientras que en el imaginario andalusí se marcaba un claro distanciamiento genalógico. En todo caso, en la tradición alfonsina no hubo ningún mensaje autoctonista ni de exaltación de la resistencia, por mucho que en los episodios más célebres hubiese una cierta recreación belicista; por el contrario, la exaltación del orden y la legalidad frente al caos primó por encima de cualquier consideración identitaria.

¹⁶³³ Elises Ocón 2017, 450-457.

7.3. Los guerreros más bravos

En el Renacimiento, esa idea de la labor del buen líder romano como espejo político mantuvo tanta o más presencia que en la tradición alfonsina, por lo que no voy a insistir en ello. No obstante, probablemente la novedad más relevante cuando se retomó la cuestión de las guerras en Iberia fue la asunción mucho más plena y positiva de esa otra cara de la moneda, la naturaleza belicosa de los hispanos, que había sido colateral e incluso negativa en la Edad Media, y que adquiriría ahora una importancia central, convirtiéndose en el primer motivo de alabanzas.

En efecto, la cuestión guerrera fue probablemente el aspecto más esencial en la caracterización del pasado prerromano una vez consolidado este como horizonte ancestral de los españoles en la historiografía. Si el *topos* de la ferocidad ibérica fue absolutamente recurrente en las fuentes grecolatinas (§ 7), encontró en el siglo XVI la mejor de las fortunas en una historiografía fundamentalmente fáctica y belicista, donde las demostraciones militares marcaban el ritmo de la narración. No solo es que los episodios bélicos de la resistencia fuesen el gran tema de historias (§ 4.2 y 4.3), sino además que dicha epopeya comportó una consideración étnica, generalista y esencialista acerca del carácter naturalmente belicoso de los hispanos que iba mucho más allá de las circunstancias concretas e incluso de las diferencias regionales. La idea del espíritu guerrero y la natural inclinación por las armas como una característica intrínsecamente hispana partía de las fuentes clásicas, pero se llevó hasta sus últimas consecuencias para convertirlo en el rasgo más representativo de la españolidad.

«[A Escipión] erale solo contraria la manera de la tierra de España, y la naturaleza de los animos de sus moradores, tan aparejado todo para renouar la guerra, y leuantarse con nuevas fuerças, quando parecia que auian de sossegar, por faltarles. Que ni Italia, ni ninguna otra provincia se le podía comparar a España en este vigor y ferocidad. Assi le da aqui esta ventaja Tito Liuiο: y esta dize fue la causa, q(ue) auiendo sido la primera provincia, q(ue) Romanos quisieron conquistar, fue la postrera que acabaron de sujetar. Mas de doszientos años les duro el pacificarla del todo»¹⁶³⁴.

Las fuentes clásicas eran la autoridad que transmitían la idea, la prolongación del conflicto era el hecho objetivo que la demostraba e Italia el espejo con el que compararse. Aquellos invasores habían padecido el terror en Hispania como en ninguna otra región.

«Era el miedo que los Romanos auian cobrado tan gra(n)de, que con sola la vista de los Españoles se espantauan: no de otra guisa que los cieruos, quando veen los

¹⁶³⁴ Morales 1574, 44v.

perros, o los caçadores, moudos de vna fuerça secreta, luego se ponian en huyda»¹⁶³⁵.

Lo que resulta quizá más importante es que el mérito de ello no residía en ningún régulo o caudillo singular, sino en «la naturaleza de los animos de sus moradores», en una cualidad propia de España como pueblo, como nación, si se quiere, que no solo era un motivo de orgullo patriótico, también le otorgaba un papel activo del colectivo sobre su destino. La noción de que el antiguo pueblo español ostentaba una valía natural en estas artes se convirtió en el contenido medular de la epopeya de la resistencia: no se sostenía en la exaltación de la superioridad estratégica, la habilidad táctica o el carisma de un general —ventajas propias de los invasores, con Viriato como excepción—, ni siquiera se basaba en la providencia divina; la única razón de la extraordinaria gesta de su resistencia fue su ánimo colectivo y natural.

Calificativos como «belicosos», «brauos», «valientes», «feroçes», «indomitos», «fuertes», «poderosos», etc. fueron constantes en la identificación de ese potencial militar único de estos pueblos, y marcaron las distintas facetas del tópico. Desde luego la valentía y el arrojo irracional en la batalla era una de las señas más características, derivando en la idea de la entrega total por la causa de la libertad incluido el arrojo a una muerte segura: «todo era braveza española y gran menosprecio a la vida, y furia en las armas, que los nuestros tienen como natural»¹⁶³⁶; lo que entroncaría con la cuestión del sacrificio por la patria que alcance su máxima expresión en su tendencia al suicidio y la inmolación colectiva (§ 11). Esto se complementaba con la insistencia en el tema de su natural amor por las armas:

«muchos se mataron a si mismos con sus armas, por no verse desposseydos dellas. Donde se muestra bien la gran ferocidad y valentia de los nuestros, pues no tenían por vida, la que vuiessen de passar sin tener armas»¹⁶³⁷.

En su formulación más radical incluso se le dotó de una dimensión física, «étnica». Ocampo presentó como una gran hazaña la victoria de los hispanos contra ciertos mercenarios del ejército cartaginés de procedencia gala («franceses»), a los que perfiló como unos imponentes guerreros. Sin embargo, al comparar a ambos pueblos, concluyó que los españoles, aunque de apariencia más humilde, «eran de cuerpos mas quadrados y rehechos: los mienbros exutos neruiosos, las fuerças mas bivas, ligereza, sagaçidad y desenbultura mucho mayor»; era la misma «ligereza y soltura de los cuerpos estraordinaria» que más tarde referiría Mariana¹⁶³⁸. Estaban utilizando las descripciones de Estrabón y Diodoro sobre los pueblos occidentales para aislar, ya no solo una natural

¹⁶³⁵ Mariana 1601, 151; asimismo, Morales 1574, 106v, 113v-114r, 129r; Mariana 1601, 135.

¹⁶³⁶ Morales 1574, 53r.

¹⁶³⁷ *Ibid.*, 76, la misma idea en *Ibid.*, 50v-51r.

¹⁶³⁸ Ocampo 1553, CCCXVr; Mariana 1601, 13; el episodio completo se relata en Ocampo 1553, CCCXIVv-CCCXVIr.

habilidad guerrera, sino también unas características físicas acordes, extrapolándolas como un rasgo común a todos los antiguos hispanos anticipando, en cierta medida, consideraciones de tipo racial más tardías.

Desde luego, el tópico se reasumía con especial fuerza en aquellas obras teatrales marcadas por la exaltación belicista y patriótica. La idea de la fiereza numantina es omnipresente en la de Rojas, pero cobrando especial sentido, precisamente, en su calidad de rasgo extrapolable al resto de Hispania¹⁶³⁹. Su Numancia es la representación metafórica de la «belígera España»¹⁶⁴⁰, de la misma manera que «El numantino fiero es arrogante / toro español»¹⁶⁴¹. Siendo la cuestión enormemente relevante y elevada, quizá como mejor puede ponderarse el grado de implantación del tópico sea mediante su proyección humorística. En efecto, en una de las apariciones del personaje que representa el papel prototípico del *gracioso*, Tronco, pretende enfrentarse ridículamente contra los romanos él solo, antes de ser frenado por su esposa Olalla en una típica escena de enredo; llevándolo al terreno del absurdo grotesco, Rojas jugaba así con la tópica exageración del valor numantino a la que él mismo estaba recurriendo en el resto de su obra¹⁶⁴².

Volviendo a la historiografía, cabe destacar la significativa valoración positiva que se hizo de las noticias relativas a la contribución bélica de las mujeres hispanas.

«Andavan tambien las mugeres en la guerra con sus maridos, y mandandolas matar con ellos Bruto, mostravan tanto animo, que jamas al degollarlas, se les oya ninguna palabra ni gemido. Porque siempre el esfuerzo Español, no era solo de los hombres, sino que tambien se hallava muestra notable en las mugeres»¹⁶⁴³.

Morales estaba describiendo las campañas de Bruto en el noroeste y dos veces repitió la misma idea: el arrojo español se había demostrado siempre tanto en los hombres como en las mujeres; su participación en la resistencia contra Roma era una muestra remota de ello. En el mismo sentido, en sus *Antigüedades*, refirió el episodio de la lucha de las mujeres de Salmántica/Helmantiké contra las tropas de Aníbal, luego bastante célebre, pero en el momento bastante desconocido, como un importante hallazgo documental¹⁶⁴⁴. Por su parte, Ocampo, que sí se ocupó de ese período, parece desconocer la noticia; en todo caso lo compensó de alguna manera al inventar la participación de ciertas mujeres guerreras en unos supuestos conflictos muy antiguos entre pastores lusitanos y andaluces¹⁶⁴⁵. La cuestión tomaría caminos aún más épicos en obras con un

¹⁶³⁹ Rojas *Num. Cerc.* 1.55; 1.74; 1.167; 2.1554-1555; 3.2114-2115, 3.2393; *Num. Dest.* 1.554; 2.868; 2.901-985; 3.2169, *e. g.*

¹⁶⁴⁰ Rojas *Num. Cerc.* 2.1425.

¹⁶⁴¹ Rojas *Num. Dest.* 3.2143-2144.

¹⁶⁴² Rojas *Num. Cerc.* 3.2448-2491, especialmente.

¹⁶⁴³ Morales 1574, 127r-127v.

¹⁶⁴⁴ Por la noticia que le da del episodio Diego de Covarrubias (Morales 1575, 53); *vide* Abascal Palazón 2012b, 53.

¹⁶⁴⁵ Ocampo 1543, CXLIr.

método historiográfico más «flexible». En este sentido, como ejemplo, se ha reseñado la referencia que hace Gregorio de Argáiz en su historia eclesiástica sobre una supuesta matanza de 3000 romanos por parte de las mujeres numantinas¹⁶⁴⁶. Invención del autor o leyenda redescubierta, el acontecimiento fue presentado como una historia ocultada deliberadamente por las fuentes latinas y se interpretó como el ejemplo supremo del papel vergonzoso de Roma y sus propagandistas. Ya se tratase de episodios históricos o ficticios, el tratamiento de este tipo de relatos mantuvo una misma dirección: pensadas en su origen grecolatino con un sentido claramente barbarizante (§ 7), su sesgo se invertía para convertirse en un mérito añadido al conjunto de proezas y cualidades bélicas de los españoles. Aun así, la cuestión podría chirriar en un discurso épico de estas características, considerando que, obviamente, los ideales militares del momento quedaban muy lejos de los roles reservados y deseados para el ámbito femenino. No obstante, hay que evitar cualquier tentación de ver en ello ningún atisbo de reconocimiento o reivindicación de un cierto papel histórico activo de la mujer.

Este enfoque puede reforzarse si se atiende a la plasmación literaria de este tema de la bárbara guerrera. En la *Numancia* de Rojas esta figura tuvo una relevancia apreciable en los personajes de Florinda (numantina) y Artemisa (cartaginesa). La primera, prometida y luego esposa de Retógenes, muestra su inclinación por las armas desde el principio: «Apenas tuve vigor / para el acero liviano / cuando conoció el romano / en su daño mi valor. / Creció la guerra y creció / de pelear el deseo / en mí, varonil empleo / que mi ascendente me dio»¹⁶⁴⁷. En consecuencia, se encara en varias ocasiones con los romanos, lo que le vale la comparación con las más variadas figuras mitológicas (Diana, Tomiris, Atalanta, Belona, etc.)¹⁶⁴⁸. En todo caso, ese «varonil empleo» es percibido por los varones con extrañeza («¡Oh raro ejemplo de mujeres fuertes!»¹⁶⁴⁹). Por otro lado, lo que es más importante, cuando el enfrentamiento se hace efectivo, la respuesta de los adversarios es enamorarse de ella, intentar seducirla y, finalmente, negarse a luchar paralizados por su belleza; en esas ocasiones se la compara con hechiceras (Medea y Circe)¹⁶⁵⁰, pues si alguna virtud tiene Florinda no es su capacidad militar, que nunca llega a demostrar realmente, sino el hechizo de sus encantos femeninos. Más escueto pero significativo es el papel de Artemisa, que también se ofrece a luchar, desde el otro bando, en varias ocasiones¹⁶⁵¹; sin embargo, como se ve obligada a disfrazarse de soldado para entrar en el campamento romano a visitar a su prometido, Jugurta, este acaba renegando de ella por la deshonra de haberse vestido de hombre¹⁶⁵². Ambos casos pueden

¹⁶⁴⁶ Citado en Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 96-97.

¹⁶⁴⁷ Rojas *Num. Cerc.* 1.546-553 y, en general, 1.542-557.

¹⁶⁴⁸ Rojas *Num. Cerc.* 2.1930-1933; 2.1248-1363; 3.2425; *Num. Dest.* 3.2223-2224, e. g.

¹⁶⁴⁹ Rojas *Num. Dest.* 3.2211.

¹⁶⁵⁰ Rojas *Num. Cerc.* 2.1248-1363; *Num. Dest.* 1.630-633.

¹⁶⁵¹ Rojas *Num. Dest.* 1.608-725.

¹⁶⁵² Rojas *Num. Dest.* 1.473-550.

encuadrarse bien en el prototipo teatral de la *mujer varonil*, característico del Barroco: un personaje femenino, empeñado en ostentar caracteres masculinos, acaba asumiendo en la trama de manera instintiva aquellas funciones que le son consustanciales (relación amorosa), empujada por el destino y sus propias virtudes naturales (su belleza)¹⁶⁵³. Se manejaba así el arquetipo clásico de la amazona para proyectar sobre un tiempo remoto el código de la femeneidad vigente¹⁶⁵⁴.

Tanto en la historiografía como en la literatura, salvando las distancias de lenguaje y enfoque, los ejemplos de hispanas guerreras aportaron efectivamente elementos complementarios al discurso épico de la resistencia. Esto no comportaba ninguna reflexión alternativa sobre el papel de las mujeres en la guerra —lo que es matizable en el teatro del siglo XVIII (§ 7.4)—. En todo caso, permitía amplificar el efecto de la humillación en las derrotas de los invasores; se trataba de adornar el relato de una epopeya que era obviamente masculina y de unos valores étnicos que eran exclusivamente viriles.

Por otro lado, en la explicación de las causas de esa esencia guerrera hispana, recurriendo a las propias fuentes clásicas, la cuestión se imbricaba íntimamente en el esquema determinista de la barbarie. Mariana fue especialmente ilustrativo en este sentido:

«Cantabros, gente feroz, y hasta esta sazón no del todo sujeta a los Romanos, ni a su imperio, por el vigor de sus ánimos, mas propio a aquellos hombres, y mas natural que a las demás naciones de España: y por morar en lugares fragosos y enriscados, y carecer del regalo y comodidades q(ue) tienen los demás pueblos de España, son grandemente sufridores de trabajos»¹⁶⁵⁵.

La asociación de inspiración estraboniana era clara: el aislamiento y lo agreste de su territorio propiciaba la austeridad y dureza de estas gentes, lo que a su vez repercutía en su excepcional espíritu guerrero, que se revelaba más potente allí donde esos factores se daban con mayor fuerza. O, dicho de otra manera, la célebre belicosidad hispana era el resultado de sus condiciones asilvestradas, era una consecuencia de su barbarie. En efecto el concepto de la ferocidad española bebía de la propia noción latina de *ferocitas* hispana, lo que incluye su ambivalente lectura como cualidad bárbara pero también como arrojo militar (7); en el calificativo absolutamente omnipresente de «feroz», como en el de «indómito», residía esa preconcepción de la barbarie que era inseparable de las nociones de aislamiento y animalidad, aunque en su vertiente más positiva. Esta idea de fondo, por tanto, es fundamental en todos los autores, pero ninguno formuló esa dimensión barbarizante tan explícitamente como Mariana; él estaba especialmente interesado en subrayar el hecho de que la cualidad más encomiable de los antiguos españoles, su vigor

¹⁶⁵³ McKendrick 1974; Lundelius 2001.

¹⁶⁵⁴ El ejemplo es claro en la recepción lopiana de este mito; *vide* Cabrero-Aramburo 2012.

¹⁶⁵⁵ Mariana 1601, 186; repitió exactamente la misma idea sobre los numantinos (*Ibid.*, 131).

guerrero, unido a su austeridad, solo podía explicarse por la ausencia de influencia externa, un influjo fatídico que asociaba automáticamente con el relajamiento de las costumbres y las virtudes. Mariana reproducía una noción absolutamente común a sus sucesores y los referentes clásicos, pero la utilizaba de una forma particular para profundizar, de nuevo, en su advertencia ante la amenaza extranjerizante.

Asimismo, esa esencia guerrera silvestre conllevaba también una forma de lucha indómita. Morales subrayó cómo en cierto episodio de la Segunda Guerra Púnica, los mercenarios celtíberos estaban incómodos en la lucha campal, por estar acostumbrados a «pelear con correrías y acometidas»¹⁶⁵⁶. Mariana, de nuevo, se recreó especialmente en esa idea:

«los primeros encuentros fueron desbaratados y muertos, como gente juntada sin orden, que ni conocia va(n)deras, ni capitan, y que ni por vencer esperaua loa, ni temia vituperio si era vencida: cada qual era para si capitan y caudillo: y mas por desesperacion y despecho, que co(n) esperança de la victoria, se mouian a entrar en la batalla»¹⁶⁵⁷.

En citas como estas sobre las referencias clásicas a las formas de lucha desordenada de los hispanos, parece confluir, por un lado, el orgullo ante una gesta lograda desde la clara inferioridad táctica y, por otro, cierta amargura al atestiguar la inevitable derrota hispana por su falta de organización. En efecto, en una historiografía centrada en la dignificación de la resistencia bélica autóctona, las referencias sobre este tipo de combate no son muy frecuentes, ya que parece percibirse como un extremo degradante, que solo para Mariana parece tener un cierto atractivo primitivista. El tratamiento de estas ideas —la belicosidad animal y el combate caótico—, tuvieron en su obra un aire casi romántico, que no podemos encontrar en los esquemas épicos más clásicos de Ocampo y Morales. En el siguiente capítulo incidiré en la cuestión del latrocinio, la que probablemente constituye la derivación más negativa del tópico de la belicosidad hispana (§ 8.2); por el momento baste indicar que la exaltación guerrera de los hispanos, en general, fue por derroteros distintos en este período.

En este sentido, aquel Ocampo obsesionado por la superación de la barbarie, hizo algunos intentos por dotar a la capacidad guerrera hispana de cierta pátina de civilización elucubrando sobre sus puntuales progresos técnicos en este campo. Es el caso, por supuesto, de su exaltación de calidad de las espadas hispanas, uno de los grandes tópicos de todos los tiempos, pero también su larga y curiosa disquisición sobre la particular habilidad de los honderos baleares. Así, reprodujo con detalle la descripción de Diodoro sobre el proceso de aprendizaje del uso de la honda y, además, por mucho que había insistido en la barbarie de los mallorquines (§ 6.3), se esforzó por desmentir la supuesta

¹⁶⁵⁶ Morales 1574, 41v

¹⁶⁵⁷ Mariana 1601, 188.

teoría de que habrían sido los fenicios los introductores de esta técnica en las islas, concluyendo que, en todo caso, ellos la habrían aprendido de los baleares¹⁶⁵⁸. Se estaba buscando un equilibrio complejo entre la resistencia y el progreso, la ferocidad ancestral y la sofisticación; en ese sentido, la guerra, omnipresente, era un escenario con mucho potencial, pero también con muchas paradojas que solucionar; volveré sobre ello en el apartado siguiente (§ 7.4).

Desde el punto de vista de la distinción geográfica, desde luego se utilizó aquel esquema determinista inculcado por los autores grecolatinos que situaban en los territorios más aislados y escarpados los grados más sobresalientes de ferocidad, en general, y ferocidad guerrera en particular. Ya he mencionado ejemplos de cómo se subrayó especialmente la belicosidad de los pueblos del norte, a lo que cabría destacar el tono absolutamente sublimado de Garibay, al que movían fervores patrióticos añadidos (§ 4)¹⁶⁵⁹; también he puesto ejemplos, de cómo, en concordancia con las fuentes, los celtíberos en general, y los numantinos en particular, fueron particularmente celebrados en este sentido¹⁶⁶⁰, de la misma forma que lo fueron otros pueblos del interior y el Atlántico tradicionalmente ásperos, como los lusitanos, los carpetanos o los célticos de suroeste¹⁶⁶¹.

Esa tendencia es esperable y repetitiva a lo largo de los siglos. Por ello quizá lo más interesante sea considerar la manera en que esta cualidad guerrera se asoció a las realidades regionales en las que la cuestión era menos obvia y la potencialidad de las fuentes mucho más limitada, los pueblos meridionales y mediterráneos. En efecto, y en contra de ciertas ideas preconcebidas sobre la visión historiográfica de este período, la cuestión de la esencia guerrera hispana no fue desvinculada en modo alguno de esas otras realidades culturales.

Desde luego, la cuestión era fácil en lo que concernía a los pueblos ibéricos de áreas tradicionalmente presentadas como más belicosas; es el caso particular de los ilergetes y otros pueblos del noreste envueltos en las revueltas de Indibil y Mandonio: para Morales, «no les costo a los Romanos poca sangre, ni vendieron barato nuestros Españoles sus vidas»¹⁶⁶².

Pero lo cierto es que esa idea se tendió a generalizar al conjunto de los pueblos levantinos y meridionales. Ocampo, limitado por la cronología que trató a las invasiones de esas áreas, destacó de una manera muy particular en ese empeño. Así, cuando identificó

¹⁶⁵⁸ Ocampo 1543, CXXIVv, XCIIr-XCIIv, sobre la espada hispana y los honderos respectivamente.

¹⁶⁵⁹ Garibay y Zamalloa 1571, 207-212; especialmente *Ibid.*, 208; *vide* también Morales 1574, 204v-206r.

¹⁶⁶⁰ Ocampo 1543, LXVIIIr, CXCIIIr; 1553, CCLXXXIIv; Garibay y Zamalloa 1571, 181; Morales 1574, 114v, 118r; Mariana 1601, 97, 106, 131-132, *e. g.*

¹⁶⁶¹ Sobre los lusitanos: Ocampo 1543, XLIIv; de los carpetanos: Mariana 1601, 86; acerca de los célticos: Ocampo 1543, XCVIIv.

¹⁶⁶² Morales 1574, 61r.

las motivaciones de ciertos pueblos del área de Cartagena a unirse a los púnicos como mercenarios, lo achacó a su «deseo de seguir estas guerras, alo qual son afiçionados todos los Españoles de por alli», y cuando hizo un listado de todos los pueblos levantinos atestiguados, concluyó definiéndolas como «naçiones todas, à la verdad, aunque pequeñas, feroçissimas y de gran peligro»¹⁶⁶³. Pero probablemente lo más llamativo es su esfuerzo por presentar con idénticas actitudes guerreras a los turdetanos, las gentes hispanas civilizadas y pacíficas por antonomasia en la tradición grecolatina.

Ya he comentado que buena parte de la aportación ocampiana a la construcción de la epopeya hispana era la de haber dotado a los primeros períodos históricos de ciertos episodios bélicos ficticios con los que compensar las lagunas de las fuentes al respecto. En ese sentido cabría interpretar la asunción a Argantonio de una misión de libertador de los andaluces respecto de la tiranía fenicia, pero, sobre todo, quizá lo más significativo fue su invención de Baucio Capeto (§ 4.3). Estos episodios, amén de rellenar lagunas cronológicas importantes, servían para completar el catálogo de gestas de resistencia hacia el invasor; situaba así a los turdetanos, famosos por su pasividad civilizada, en un loable escenario bélico de resistencia. Pero además de otorgarles la hazaña que merecían, Ocampo fue un poco más allá; al analizar el supuesto enrolamiento turdetano en filas púnicas, negaba que lo hicieran por dinero, sino

«porque como fuessen passados muchos años que no tenian diferençias ni competencia de las naçiones estrañas que solian uenir y saltar en sus prouinçias, y naturalmente fuessen inclinados à las armas, desseauan ta(n)to la guerra que nadie les pudiera vedar el buen aparejo que Cartago les ofresçia»¹⁶⁶⁴.

Y más tarde, al referirse a los combates de la Segunda Guerra Púnica:

«Algunos coronistas Latinos queriendo hablar en el estilo de viuir, y costunbres pasadas que solia tener aquella naçion Turdetana, reputanla por menos trabajadora, menos abil en hechos de guerra, que quantas en España morauan otro tienpo: pero mucho diuerso lo mostraron aqui: porque si paso de verdad lo que dellos apuntan en estas peleas, ninguno podiera mas hazer»¹⁶⁶⁵.

No solo inventó héroes y escenarios bélicos, también convirtió la idea en rasgo característico. Estaba haciendo extensible sobre los turdetanos la misma idea de la natural inclinación bélica y gusto por las armas que las fuentes habían achacado a los pueblos interiores y occidentales, lo que pasaba incluso por reprochar a la historiografía latina el haberlo obviado y con ello, haber menoscabado su reputación. Si recordamos la importancia que la idea de la civilización tuvo para Ocampo, el hecho de que recurriese a todos estos trucos para resaltar esta otra dimensión del pueblo más civilizado de Iberia,

¹⁶⁶³ Ocampo 1543, CCIIr-CCIIv, CXCVv, respectivamente.

¹⁶⁶⁴ Ocampo 1553, CLXXXIIr.

¹⁶⁶⁵ *Ibid.*, CCCXVIIIr.

nos está hablando doblemente de la importancia que en este período tuvo la faceta bélica de la caracterización de los ancestros.

No pretendo afirmar con esto que el tópico del carácter guerrero tuviese la misma incidencia en la caracterización de todos los pueblos hispanos; es claro que el esquema geocultural legado por las fuentes continuó funcionando. También es cierto que, aunque Ocampo fue particularmente insistente en este sentido, su actitud no es plenamente extrapolable. Pero en todo caso, la presencia de todos estos esfuerzos por hacer extensible, hasta cierto punto, la noción de la belicosidad a los pueblos ibéricos demuestra un grado de voluntad de la historiografía moderna muy significativo, pues entraba en conflicto directo con algunos de los tópicos más arraigados del imaginario grecolatino. La conclusión definitiva era que «todos los Españoles [son] en general aficionados a la guerra donde quieran que la hallan»¹⁶⁶⁶. En ese sentido quizá lo más interesante no es solo el reflejo magnificado de las noticias clásicas a este respecto, sino la voluntad y la práctica de su generalización al conjunto de los «españoles». Esto convierte al *topos* en una virtud de alcance nacional, lo que nos habla de la intencionalidad de conformar un discurso colectivo, aglutinador y, hasta cierto punto homogeneizador, en base a una caracterización definida y selectiva en la que, por supuesto, la esencia guerrera fue protagonista.

7.4. Guerrero bárbaro, guerrero instruido

La esencia bélica de los hispanos es un estereotipo básico y omnipresente a lo largo de los siglos, y el siglo XVIII no es una excepción. Desde luego, siguió cultivándose como parte del discurso heroizante del pasado remoto, lo que queda patente, por ejemplo, en la *Historia* de Masdeu. Ahora bien, también es una característica propia de la historiografía ilustrada la tendencia a reducir el peso del elemento fáctico y la historia político-militar, aspecto que constituye una parte esencial de la propuesta teórica y metodológica de las historias literarias (§ 5). Esa premisa supuso relegar a un lugar secundario todo aquello que tenía que ver con la épica de la resistencia y con ello el tópico de la belicosidad omnipresente de la historiografía de referencia inmediatamente previa. En su formulación más sencilla, se trataba como contexto, como la «historia civil» —en términos habituales del momento— que servía de marco político, aunque tendía a simplificarse aquel detallismo militar en las batallas del gusto renacentista.

En todo caso, en las historias más innovadoras, la guerra siguió estando muy presente, aunque su explicación se hizo más sofisticada y racionalista, profundizando, en

¹⁶⁶⁶ *Ibid.*, CCCVIIIv; otras afirmaciones generalizadoras en la misma línea están en Morales 1574, 53r; Mariana 1601, 14.

cierto modo, en ese problema del sesgo barbarizante del tema que ya había preocupado antes. En su formulación más característica de la Ilustración, la historia bélica se reinventaba en forma de tema cultural, esto es, el llamado «Arte militar». Dicho concepto definía el estudio de los distintos elementos que incidían en la formación y constitución de los asuntos militares en su evolución cronológica y fundamentos culturales, lo que situaba el asunto en un mismo plano de análisis que la agricultura, la literatura o las ciencias. Se aplicó de manera muy clara en la *Historia* de los Mohedano, pero sin duda alcanzó su clímax en el tratamiento específico que recibió en la *Historia de la milicia española* de Marín. De esta manera, se divergía de la tradicional epopeya nacional para sustituir el modelo narrativo por otro analítico, acoplándose al general replanteamiento progresivo y cultural de la idiosincrasia española.

Especialmente en lo concerniente a los periodos más primitivos, entre los ilustrados se dejó notar la tentación primitivista de imaginar un escenario de poblaciones pacíficas, habitantes de un entorno idílico (§ 6.4). En todo caso, esas imágenes fueron limitadas. Desde luego no conllevaron desechar el tradicional catálogo de heroicidades bélicas a la hora de glorificar el pasado hispano. Si bien la recepción de aquellas primeras colonizaciones había sido pacífica y permeable, al llegar a los grandes hitos de la resistencia a Roma, se invocaron los tópicos tradicionales sin apenas desviaciones. Esto pasaba por reconocer en la antigua nación española su tradicional naturaleza belicosa:

«La gente Española era belicosa por naturaleza é inclinación. Sus ánimos eran generosos, y despreciaban la muerte. Sus cuerpos fuertes y duros para sufrir el hambre, la sed, el trabajo y todas las fatigas de la guerra. La frugalidad y parsimonia con que vivían sin entregarse á los excesos del vino, á los placeres ó delicias, los hacia sanos, ágiles y robustos. [...] Los Españoles gustaban mas de los peligros de la guerra, que de la suavidad del ocio»¹⁶⁶⁷, al contrario que los galos.

De esta manera, se mantenía el vínculo entre el tópico de la belicosidad y el de la austeridad propiamente hispana. Esto entraba en cierta contradicción con aquella visión primitivista e idílica. Además, se admitía la esencia barbárica de ese rasgo, pero sin abandonar su contrapeso heroizante. La paradoja de esa doble faceta se contemplaba y celebraba conscientemente.

«No se alimentaban otros pensamientos que de sangre y de guerra. A los divertimientos suaves, pacíficos é inocentes, sucedieron las justas luchas y otros combates fingidos, ora á pie, ora á caballo. Estos y otros semejantes ejercicios se hicieron de moda y degusto. Se buscaba el enemigo en el seno de la patria, quando no se encontraba fuera de ella. El morir peleando en la campaña era una gloria: la muerte en el ocio se reputaba infamia: no se deseaba la vegeñez, pues se despreciaba la vida. No hay duda qué estos ejercicios é ideas hacían á los Españoles bárbaros;

¹⁶⁶⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 310.

pero también los formaban excelentes guerreros, y les inspiraban un animo atrevido, y un corage superior al común de los demás pueblos del mundo. Eran de miembros sueltos, y muy veloces en la carrera, acostumbrados á la fatiga y á el hambre, muy peritos en los ardides y asechanzas, ingeniosos en los estratagemas, ó industrias y artes de. la guerra, intrépidos y ardientes en los asaltos, inmóviles en resistir, impertérritos y serenos en la muerte»¹⁶⁶⁸.



Figura 25. «El valiente lusitano», grabado de Garrido sobre el diseño de López Enguíanos, para la adaptación española del *Compendio* de Anquetil (1806, 96)¹⁶⁶⁹.

¹⁶⁶⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 146.

¹⁶⁶⁹ Fuente:

Obviamente, algunos pueblos en concreto recibían de manera especial los beneficios del tópico, como los celtíberos¹⁶⁷⁰ o los lusitanos¹⁶⁷¹. Desde luego el estereotipo también atañía a los cántabros; el caso de Larramendi es excepcional en ese sentido, pues gran parte de su reivindicación vascocantabrista se fundamentó precisamente en la idea de la invencibilidad de los pueblos norteños. Con ese propósito, dedicó todo un capítulo a hacer hincapié en su belicosidad, recogiendo minuciosamente cada referencia de las fuentes al respecto, explotando especialmente a Silio Itálico¹⁶⁷² y llevando su interpretación hasta un extremo delirante.

«No hay vivir sin Marte, decian, ni sufren nuestros Usos, y Leyes, que nadie viva sin guerra, sin contienda, sin refriega: pues todas las causas, y principios de la luz, que gozamos por la vida, son las armas; y assi nadie respire sino armas, ni piense, ni quiera, ni hable sino de las armas, ni se anime de otra alma, que de la propension a las armas»¹⁶⁷³.

Es interesante cómo su antagonista intelectual, Flórez, a pesar de criticar la glorificación gratuita de los norteños y subrayar su barbarie para dismantelar la lectura fuerista (§ 5.5), no quiso renunciar al tópico de su mérito guerrero. Hizo un recorrido exhaustivo por las referencias a la dureza militar cantábrica, al miedo que infligían como enemigos y a su valía como *auxilia*, un aspecto para el que también manejó las referencias epigráficas¹⁶⁷⁴. De hecho, fue más allá, y transgrediendo la interpretación más directa de las fuentes, recogió otras menciones genéricas a la belicosidad de los hispanos en general, para presuponer la presencia de cántabros en esos episodios por encajar en la imagen guerrera que se había transmitido de ellos. Es el caso de los hispanos que acompañaron a Aníbal en su expedición a Italia; el testimonio de su valor y dureza sugería, según Flórez, la presencia de mercenarios norteños. En esa línea, reaparecieron las alabanzas a su valía como mercenarios o las tradicionales glorias de las resistencias a las invasiones, especialmente a la romana (§ 5.5). Hasta aquí, se estaban reproduciendo los viejos tópicos sin apenas matices; el gran armazón de la épica de la resistencia se mantenía en lo fundamental. Sin embargo, en la formulación ilustrada del tópico también se introdujeron ciertos particularismos interesantes.

<https://books.google.es/books?id=HymCWYY7chAC&lpg=PA3&ots=Y7u2rKGiav&dq=Compendio%20de%20Historia%20de%20Espa%C3%B1a%20Anquetil&hl> (accedido: 25/11/2017).

¹⁶⁷⁰ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 5, 19; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 152-153, tomo 4, 194-195, e. g.

¹⁶⁷¹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 191.

¹⁶⁷² En general, sobre el papel clave de Silio en el discurso vascocantabrista, *vide* Pérez Mostazo 2017b; 2017c.

¹⁶⁷³ Larramendi 1736, 17 y, en general, Larramendi 1736, 7-40.

¹⁶⁷⁴ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 24, parte 1, 148-154. En cuanto a las fuentes literarias, utilizó particularmente a Silio, Josefo y Horacio. Además, incluyó una referencia a la figura de Laro, algo poco frecuente hasta el momento, atribuyéndole una credibilidad inusitada al pasaje de Silio.

Probablemente uno de los planteamientos más propios de la Ilustración fue el intento racionalista por explicar este tópico desde su coyuntura socioeconómica. El modelo de Marín para comprender el tipo de guerra prerromano fue el más interesante en este sentido. Para él, la idiosincrasia belicosa de los hispanos tenía que ver con un esquema guerrero propiamente bárbarico. De esta manera, de su forma de vida natural y pastoril, desordenada e inestable, se derivaba una forma de combate basada en el ardor y la ira, propio de la escaramuza y el tumulto, sin formaciones definidas hasta que cartagineses y romanos ejerciesen su influencia¹⁶⁷⁵. Ese trasfondo explicaba la existencia de ciertas formas de guerra arcaicas, como el bandidismo (§ 8.3) o el duelo singular¹⁶⁷⁶. También daba sentido a las noticias sobre mujeres guerreras. De acuerdo con su modelo, ese tipo de vida no apegado al territorio conllevaría una movilidad más fluida que, en caso de conflicto e inestabilidad, comportaría el movimiento de las familias con los ejércitos. De esta manera, la sociedad al completo se implicaría en el combate dado el caso. En este aspecto Marín utilizó el caso de las mujeres brácaras en la campaña de Junio Bruto, pero extrapolando sus conclusiones a la Iberia prerromana en general. Además, de nuevo, su visión era contextualizada en la realidad universal de los pueblos primitivos, manejando otros ejemplos de mujeres guerreras entre los teutones y los nativos americanos¹⁶⁷⁷. Esa visión barbarizante de la mujer guerrera fue bastante común; los Mohedano encontraron una coincidencia céltica perfecta en este caso: «La marcialidad de las antiguas Españolas y Galas era muy distinta de la de nuestros tiempos. Tenían espíritu varonil, cuerpo robusto y poca delicadeza»¹⁶⁷⁸.

En este punto cabe hacer un inciso, entroncando con lo que antes comentaba a propósito de los personajes femeninos en la obra literaria de Rojas (§ 7.3), acerca del perfil de la mujer guerrera en el teatro, pues fue especialmente significativo en este periodo. En la *Numancia* de Ayala, «Olvia es muger guerrera», mantiene su propia iniciativa estratégica al buscar la alianza de Yugurta, y finalmente se disfraza para poder combatir contra él. En el caso de Dulcidia, la esposa del Viriato de Comella, tras la muerte del héroe toma las armas ante los romanos y protagoniza la batalla final. Su actitud en este caso es ejemplar, pues tras ser derrotada considera suicidarse antes que rendirse¹⁶⁷⁹. Por su parte, en el *Sagunto* de Zavala, Hesione desempeña un papel central, particularmente belicoso, fuerte y exaltado; no es una excepción, pues este tipo de personaje estuvo especialmente presente en la obra de este autor¹⁶⁸⁰. En este caso se adapta al mito amazónico propio de la historia de Sagunto, y particularmente de su

¹⁶⁷⁵ Marín y Mendoza 1776, 11-17, 28-29, 57-59.

¹⁶⁷⁶ *Ibid.*, 13.

¹⁶⁷⁷ *Ibid.*, 29; para el paralelo teutón recurrió a Plutarco (*Mar.* 11) y Floro (3.3), y para el americano a la *Araucana* de Ercilla (canto 10).

¹⁶⁷⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 115.

¹⁶⁷⁹ Comella 1798, vv. 851-860.

¹⁶⁸⁰ El ejemplo más claro es *La más heroica espartana*.

tratamiento en Silio. Por dos veces, cuando los hombres se distraen con distintas disputas, Hesione se ofrece a liderar la resistencia armada, erigiéndose en representante de todas las saguntinas, jurando resistencia «por todo mi sexo»¹⁶⁸¹. El sentido sociológico de ese tipo de personajes se presenta en este caso de una manera explícita, cuando en sus intenciones guerreras concluya que «hay mugeres que desmientan / su sexo con heroísmo»¹⁶⁸². Igualmente, cuando se confunde a Luso con un traidor, ella advierte que es la única que ve la verdad con claridad, a pesar de la «debilidad de mi sexo»¹⁶⁸³. De esta manera se hace consciente su dimensión transgresora; se trata como un personaje deliberadamente rompedor con el orden social, con el papel subordinado y familiar asumido en la mujer, y no tiene la dimensión negativa evidente que sí tenía en la obra barroca de Rojas.

Más allá de los referentes clásicos, teatrales (heroína trágica) y culturales (mito amazónico), a los que remiten estos personajes, lo cierto es que el prototipo de mujer con papel preeminente de mujeres fuertes y guerreras es un elemento muy propio del teatro español de finales del siglo XVIII, particularmente en lo que concierne a la comedia heroica¹⁶⁸⁴. Aunque en estos casos no son protagonistas absolutas de las obras respectivas, sí cumplen muchos de los preceptos de esa figura recurrente: extracción social nobiliaria, papel activo y preeminente en la trama, participación militar, causando admiración en los hombres (anunciado por las tres, llevado a la práctica por Dulcidia), inteligencia particularmente lúcida, compromiso patriótico, cierta exaltación que a veces conlleva desmesura, y demostración de cierto grado de rebeldía contra determinadas normas concretas, consideradas injustas (el caso de Hesione es muy claro), pero que en realidad no llega a cuestionar las jerarquías masculinas y el orden establecido. Estos rasgos están más tamizados en la Olvia numantina de Ayala, en tanto que el personaje se ajusta más al prototipo de heroína trágica clásica, pero son muy claros en la Hesione saguntina de Zavala y la Dulcidia lusitana de Comella. En efecto, es un prototipo muy propio del género heroico popular; de hecho, la presencia de esos personajes fue recurrentemente estigmatizada por la crítica ilustrada propulsora de la reforma neoclásica: se reprochaba su desviación de los modelos poéticos clasicistas (utilizando a Aristóteles), que dictaban un papel más pasivo de la mujer, pero también conllevaba una reacción hacia la proyección de roles que ponían en cuestión de manera explícita el orden social y familiar establecido¹⁶⁸⁵. Por otro lado, esa inusitada presencia de mujeres guerreras en el teatro de ese período y dentro de ese género concreto, ha sido explicado en términos puramente comerciales: en un periodo de especial afluencia femenina en los teatros, el empleo de

¹⁶⁸¹ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 185-194, 240.

¹⁶⁸² *Ibid.*, acto 1, vv. 939-940; *vide* Rodríguez Cuadros 1996, 46-47.

¹⁶⁸³ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, v. 305.

¹⁶⁸⁴ Fernández Cabezón 2003.

¹⁶⁸⁵ *Ibid.*, 128-129; para el caso concreto de la obra de Zavala: Rodríguez Cuadros 1996, 46-47.

mujeres en papeles heroicos típicamente masculinos resultaba atrayente y, por ende, actuaba como un factor añadido de éxito de taquilla¹⁶⁸⁶. Se trataría, por tanto, de una moda comercial que en ningún caso lleva aparejado ningún cuestionamiento serio de los roles de género tradicionales. Probablemente ese argumento resulte insuficiente para explicar este fenómeno desde el punto de vista sociológico. En todo caso, parece cierto que esas presencias en los casos que nos ocupan responden a un prototipo fácilmente intercambiable en el teatro del momento¹⁶⁸⁷. Esto no es óbice para que resulte interesante la manera en que los prototipos femeninos barbáricos de las fuentes y la tradición literaria subsecuente, especialmente en el caso de Numancia y Sagunto, se aprovechasen, expandiesen y perpetuasen como recurso enriquecedor de ese prototipo estético, introduciendo elementos que son particulares y propios de estos episodios, particularmente el tema del sacrificio de los hijos en el caso del Sagunto de Zavala. Se introducía así una maternidad heroica y martirial que enriquecía el prototipo. En todo caso, fuese cual fuese la razón de más peso en la incorporación de estos perfiles al teatro, poco tenían que ver con las disquisiciones antropológicas de historiadores como Marín; muy al contrario, representaban la faceta más tópica, visceral y exacerbada de la epopeya que representaban.

Regresando al hilo argumental de Marín acerca de la guerra prerromana, según él el armamento constituyó también un indicio clave de su carácter primitivo: a la forma de vida natural y el combate básico le correspondía un equipamiento rústico, aquel que era propio de la caza. Curiosamente, otorgó una importancia central a los testimonios que demostraban el uso intensivo de materiales naturales en la guerra hispana, esto es, palos y piedras, como indicativo inconfundible de los estadios primitivos previos al uso intensivo del metal. A este respecto rescató una referencia a la resistencia celtíbera frente a Catón, que complementó arqueológicamente con el hallazgo de una fosa llena de lanzas de hueso y pedernal halladas en Aragón¹⁶⁸⁸. De nuevo este razonamiento adquiriría una dimensión universal, de forma que el manejo de palos para el combate se identificó de manera común entre los cafres sudafricanos, los nativos americanos y otros pueblos primitivos de la Antigüedad, como los sármatas. Así, historiografía, etnografía y arqueología eran manejadas de manera coherente para respaldar su visión primitivista de los usos hispanos previos a Roma.

¹⁶⁸⁶ Fernández Cabezón 2003, 134.

¹⁶⁸⁷ Un estereotipo heroico femenino en el que podría incluirse la Viriate de la ópera *Siface* de Metastasio adaptada en España (Metastasio y Mele 1737), aunque sin la dimensión bélica que aquí comento; en relación con ese prototipo en la ópera *vide* McDonald 2001.

¹⁶⁸⁸ Marín y Mendoza 1776, 32-33; la referencia literaria es de Livio (34.25) y la arqueológica, de Beuter.



Figura 26. Grabado de un hondero balear, un jinete hispano y monedas de Carisio y Venipo, en la *Historia* de Marín (1776, lám. 1, n. 1)¹⁶⁸⁹.

¹⁶⁸⁹ Fuente: <http://bdh-rd.bne.es/viewer.vm?id=0000085392&page=1> (accedido: 01/04/2017).

Ahora bien, si el empleo de palos era ilustrativo, la demostración por excelencia de esa idea era el uso habitual de la piedra. Esto era aplicable a las técnicas de atrincheramiento de tropas pero, sobre todo, como proyectil. En este sentido, comparó el caso de los nativos canarios, documentado siglos atrás por Nebrija, con la rara referencia de Nicolás Damasceno sobre la afición de los cántabros por despeñar grandes rocas¹⁶⁹⁰. En todo caso, el tema obligado al respecto era la célebre habilidad de los antiguos honderos baleáricos, cuestión a la que, comparativamente, dedicó una considerable atención. Muestra de ello es que los honderos ocupan la única representación específica de una unidad hispana de entre todas las láminas del libro (Figura 26)¹⁶⁹¹. Repasó las fuentes historiográficas, literarias, etimológicas, etnográficas e iconográficas sobre estos guerreros, discurrió acerca del material y la técnica de sus hondas e hizo una incursión historiográfica acerca del viejo tópico de si ellos habían sido los primeros inventores de esta arma. Su conclusión a esto último fue negativa, muy propia del criticismo ilustrado: se trataba de un útil muy antiguo y muy extendido, por lo que el mito no tenía ningún fundamento¹⁶⁹². En efecto, su interés por los honderos baleáricos no parece buscar ninguna glorificación del pasado militar indígena, por su antigüedad o prestigio, como era tradicional. Por el contrario, aunque reconociese su importancia como mercenarios, entendía este tipo de armamento como algo propiamente primitivo, agreste, signo del atraso hispano respecto a Roma, principalmente. De alguna manera, como protagonistas en esa parte de su ensayo, los honderos servían como el ejemplo paradigmático de la guerra primitiva que estaba conceptualizando.

En definitiva, en la obra de Marín, los elementos propios del discurso de la guerra bárbara proyectados por las fuentes clásicas se analizaron según un modelo evolucionista coherente y razonado que buscaba en el contexto socioeconómico explicaciones más profundas y complejas que las consideraciones exclusivamente militares.

Por un lado, esa identificación de la cualidad guerrera de los hispanos, y de ciertos pueblos en especial, se imbricó en las consideraciones generales acerca de los mecanismos de influencias culturales y, en particular, en las reflexiones sobre la incidencia del elemento céltico. Para Masdeu, fueron los celtas quienes habían aportado ese componente bélico en Iberia, aunque no desarrolló ninguna explicación específica sobre tal afirmación, más allá de la autoridad que emanaba de la fama de esos pueblos¹⁶⁹³. Por el contrario, los Mohedano se esforzaron mucho en desvincular a hispanos y galos en

¹⁶⁹⁰ *Ibid.*, 30-31.

¹⁶⁹¹ *Ibid.*, 31-32, lám. 1 n° 1. El grabado original es renacentista, de Stewechio y Lipsio. También hay un jinete, presumiblemente hispano, quizá a partir de monedas, pero no identificado en el texto.

¹⁶⁹² Masdeu siguió insistiendo en la invención mallorquina (1783-1805, tomo 3, 156-157).

¹⁶⁹³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 161; tomo 3, 145-146. La comparación que hizo Flórez fue aun más tópica y simplista: hablando del paso anibólico de los Alpes, concluyó que los galos «era gente blanda» mientras que «Los nuestros eran mas duros para el trabajo, hechos à sufrir las asperezas» (1747-1775, tomo 24, parte 1, 150).

este aspecto: «En el arte militar los Españoles ó no tuvieron que aprender de los Celtas, ó se adelantaron mucho a sus Maestros»¹⁶⁹⁴. Desde este punto de partida, los Mohedano habían defendido un planteamiento más magnánimo que el de Marín: coincidían en identificar la ferocidad y el desorden como cualidades de la guerra bárbara, pero esto servía para definir a los galos, no a los hispanos. Es interesante cómo esa comparación se formuló en términos de disciplina-indisciplina. En efecto, el arte militar galo estaría basado en el ímpetu, con lo que eran calificados de indisciplinados, desorganizados, insolentes en la victoria y abatidos en la derrota, mientras que los españoles —aunque divididos— se caracterizaban por «la destreza y constancia»¹⁶⁹⁵. Por este motivo, los galos invadieron otros territorios, pero no supieron defender el suyo, mientras que los hispanos no invadieron ninguno, pero resistieron más que ningún otro pueblo. Este ventajoso «espíritu marcial» no lo recibieron de los galos, pues

«es original de nuestros Nacionales; y la distancia de tantos siglos no ha podido variar su caracter. Con todo podemos decir que el ardimiento Celtico junto con la madurez iberica; el ímpetu Galo unido á la costancia Española, formó Soldados invencibles»¹⁶⁹⁶.

En definitiva, Marín perfilaba un escenario mucho más primitivista, de belicosidad bárbara y caótica, mientras que los Mohedano reincidían en su tendencia a reconocer en los antiguos hispanos un grado de refinamiento y predisposición cultural más avanzado. En cualquier caso, en ambos casos se estaba poniendo el foco sobre una misma cuestión: para ser efectiva y digna de consideración, la guerra estaba necesitada de orden y límites; el furor y el valor en bruto eran fútiles, incluso negativos, si no estaban canalizados por la técnica y la razón. Esta idea enlaza con un planteamiento que es común y muy característico en la visión regeneracionista de los ilustrados, la sublimación de la disciplina y la instrucción como factor necesario y ventajoso en el arte militar, ya viniesen estas de agentes autóctonos o extranjeros.

Ahora bien, ciertamente esa reproducción del estereotipo del buen guerrero se complementó con un elemento propiamente ilustrado, el de su formación y perfeccionamiento en el tiempo. Incluso cuando se exalta la belicosidad, destreza y valor militar de los hispanos al puro estilo tradicional, se recalca el papel que la formación jugó en ello, admitiendo que Roma colaboró en esa enorme resistencia formándoles. La exaltación del progreso y la instrucción también se aplica a este ámbito:

¹⁶⁹⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 104, en general, 104-110, 319-320.

¹⁶⁹⁵ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 105, en general, 105-106.

¹⁶⁹⁶ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 107.

«Verdad es que los Romanos mismos dieron poderosas armas á los Españoles Alistados en sus exercitos, y teniendo continua experiencia de la disciplina de los Romanos, lograron proporción de perfeccionarse en el Arte de la guerra»¹⁶⁹⁷.

Y viceversa, se valoró con especial intensidad los supuestos aportes hispanos al mundo en materia de técnica militar. Los temas no son nuevos (calidad de las espadas, etc.), su presencia ya era típica en la historiografía española, pero en ese momento reaparecieron con una especial dedicación. Incluso Marín, a pesar de subrayar en general el carácter agreste de la guerra hispana, no pudo sino apuntar el mérito de sus armas, discutiendo a Justo Lipsio para defender el hecho de que las romanas procedían del modelo hispano¹⁶⁹⁸. En todo caso, este autor mantuvo su tónica crítica y ponderada: reconoció las excelencias de la forja hispana, pero dudó del tópico de la invención hispana de la lanza que circulaba en ciertos autores y matizó la excepcionalidad de la *caetra*, señalando contradicciones en las fuentes y diferencias tipológicas; finalmente, negó contra todo posible falseamiento que existiesen en Hispania máquina de guerra alguna antes de su introducción, meramente puntual y a veces dudosa, de los ejércitos cartagineses¹⁶⁹⁹; los méritos del arte militar hispano debían ser equilibrados y fundamentados para tener una consistencia racional.

Los hispanos podían tener o no una predisposición especial o no para el arte de la guerra, pero, en cualquier caso, el desarrollo de este debía pasar por el aprendizaje técnico. Esa instrucción se recibía normalmente por la influencia de potencias más avanzadas, pero, además, debía estar bien dirigida. Marín teorizó sobre esta cuestión al hablar sobre la milicia primitiva basada en el impulso, recogiendo esa necesidad disciplinadora del líder instruido:

«Porque no se contiene con tanta facilidad la primera agitacion de la cólera, siendo tan violenta la pasion de la ira, que necesita de un gran Maestro para mantenerla con aquel justo fervor, que pide la fortaleza»¹⁷⁰⁰.

Ya antes, este fue otro de los pocos temas que mereció reflexión y valoración personal en la obra de Ferreras. La cuestión de la disciplina y el liderazgo como algo imprescindible para la correcta práctica guerrera es un tema que recorrió todo su libro: la entrada «Guerra» de su índice temático se dedicó en gran medida a ejemplificar las funestas consecuencias del desorden¹⁷⁰¹, así como la absoluta necesidad de la disciplina y la dirección de un buen líder. En este último sentido, junto con otro ejemplo

¹⁶⁹⁷ *Ibid.*, tomo 3, 313-314, cita en 313.

¹⁶⁹⁸ Marín y Mendoza 1776, 33-35.

¹⁶⁹⁹ *Ibid.*, 35-55.

¹⁷⁰⁰ *Ibid.*, 11.

¹⁷⁰¹ Ya sea por parte de los romanos, ejemplificada con el desastre de la Vulcanalia y los estragos causados por Cesarón (Ferreras 1700-1727, tomo 1, 135 y 137, respectivamente), o por los hispanos, como la dispersión lusitana aprovechada por L. Mumio (*Ibid.*, tomo 1, 138).

romano¹⁷⁰², resulta llamativa la manera en que manejó el ejemplo de Sertorio: los lusitanos querían recuperar la libertad, pero

«reconociendo que sin tener Capitan de experiencia, y valor, no podrian lograr lo que deseavan, determinaron llamar à Sertorio para entregarle el mando de las Armas [...], enseñando tambien à los Españoles la disciplina Militar, de que tanto necesitavan»¹⁷⁰³.

El liderazgo se tornaba, por lo tanto, una necesidad ineludible. En la misma línea trata la entrada «Victoria», cuya gran parte del sentido reside en apuntar que esta solo puede lograrse con «disciplina Militar», si bien la falta de ella conduce al desastre; la victoria romana sobre los carpetanos de Hilerno servía como demostración¹⁷⁰⁴.

Igualmente, cuando los Mohedano reivindicaron el papel civilizador de los Cartagineses en Iberia más allá de la guerra, era también la reivindicación del papel de sus grandes personajes en ese sentido, particularmente Aníbal: «España fue su Maestra, como dice Lucio Floro, y él reciprocamente fue Maestro de los Españoles»¹⁷⁰⁵. Igualmente, en el caso de Roma, la alabanza a su civilización se acompañaba de la exaltación de los personajes destacados por su influencia civilizadora sobre los españoles; es el caso de Escipión, Catón o Augusto, etc., entre otros¹⁷⁰⁶, pero de manera especialmente destacada Sertorio¹⁷⁰⁷.

En ese sentido es significativo cómo la virtud guerrera hispana se concibe, en gran medida, como la de los grandes líderes: «El discurso de los siglos no muda la naturaleza, y España ha sido siempre fecunda de generosos Capitanes»¹⁷⁰⁸. En esta línea, en combinación con la referencia a los grandes episodios tradicionales, es recurrente el esfuerzo por listar aquellos personajes singulares de la Antigüedad hispana famosos por sus gestas, o por su simple mención en las fuentes, literarias y epigráficas, los llamados grandes «Capitanes españoles» de la Antigüedad¹⁷⁰⁹. En ese listado están Indíbil y Mandonio, Turro, Olíndico o Retógenes, pero también personajes aliados de Roma o militares ya hispanorromanos. Es el caso de otro Retógenes, auxiliar de Cecilio Metelo, que sacrificó a sus hijos por la fidelidad a sus aliados, episodio que, muy significativamente, fue comparado con la actitud de Alonso Pérez de Guzmán en Tarifa, con lo que se conectan grandes figuras ejemplares, pasadas y presentes¹⁷¹⁰. Esto además

¹⁷⁰² Utilizó el ejemplo de Junio Bruto cruzando el río del Olvido para hacer superar la superstición de sus hombres (Ferrerías 1700-1727, tomo 1, 157).

¹⁷⁰³ *Ibid.*, tomo 1, 170-171.

¹⁷⁰⁴ *Ibid.*, tomo 1, 121.

¹⁷⁰⁵ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 293.

¹⁷⁰⁶ *Ibid.*, tomo 3, 152-154.

¹⁷⁰⁷ *Ibid.*, tomo 3, 238-258.

¹⁷⁰⁸ *Ibid.*, tomo 3, 326.

¹⁷⁰⁹ *Ibid.*, tomo 3, 322-328.

¹⁷¹⁰ *Ibid.*, tomo 3, 325-326.

incluye a un romano en Hispania, Sertorio que recibió el apoyo de los hispanos y la ventaja de su táctica guerrillera, pero él a su vez lo pagó instruyendo a estos en la disciplina romana, lo que fue esencial en su éxito y en el progreso de los hispanos en el arte militar¹⁷¹¹. En efecto, si no hubo más personajes ilustres o estos fueron minusvalorados por las fuentes fue en parte por la propia división hispana, por el hecho de que mandasen sobre pequeños ejércitos; es por eso por lo que «son mirados por los Romanos, no tanto como Generales, quanto Capitanes de vandoleros»¹⁷¹². A este respecto, ese «Capitan español» por excelencia fue Viriato. Es significativo cómo Masdeu dignificó su figura racionalizando su labor: presentó la labor de Vetilio como una lucha contra «enemigos ocupados desordenadamente en saquear el país», pero esa realidad se transformó por completo cuando el jefe lusitano apareció para disciplinarlos e instruirlos¹⁷¹³.

Aunque dentro del terreno de la licencia literaria, no deja de ser significativo el tono grandilocuente con el que se presentó a estos líderes en el teatro, algo que entra dentro de una tendencia general a su aristocratización (§ 6.6), pero que también tuvo una dimensión bélica. Así, al inicio de la obra de Comella, la victoria de los lusitanos sobre Pompeyo fue comparada con Cannas¹⁷¹⁴; de la misma manera, el Megara de Ayala es equiparado con Viriato, pero también con Aníbal¹⁷¹⁵; en la misma línea, Viriato es calificado de «Marte Lusitano»¹⁷¹⁶, el mismo apelativo que empleó Zavala para calificar a Luso, el general saguntino: «Viva el caudillo glorioso, / Luso invicto, Marte nuevo»¹⁷¹⁷.

Esto en principio puede resultar contradictorio con la idea de la historia colectiva de la nación propia de la historiografía ilustrada, pero en realidad encaja bien con la general idea del progreso dirigido, liderado por alguien capaz que define la tónica general del planteamiento político de estos autores (§ 6.6). De la misma manera que el progreso cultural solo tenía cabida en un sistema centralizado y ordenado, la guerra no podía desarrollarse fuera de la barbarie sin un buen líder y una buena instrucción militar. Los conceptos de liderazgo y progreso nacional se entendieron desde este punto de vista como entidades inseparables, y la guerra era un campo especialmente propicio para ejemplificarlo.

¹⁷¹¹ *Ibid.*, tomo 3, 322-324.

¹⁷¹² *Ibid.*, tomo 3, 324-325.

¹⁷¹³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 298-299.

¹⁷¹⁴ Comella 1798, vv. 30-32.

¹⁷¹⁵ López de Ayala 1775, vv. 200-201.

¹⁷¹⁶ Comella 1798, v. 130.

¹⁷¹⁷ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 473-474.

Capítulo 8

ESA INQUIETUD NATURAL

LA LACRA DEL BANDIDISMO

«Los azotes con que la historia castiga a los grandes bandidos no difieren gran cosa de los laureles con que corona a los héroes virtuosos; a una cierta distancia histórica, la diferencia se borra por completo»

Leonid Andréiev, 1908, *Los siete ahorcados*
(trad. de Rafael Torres 2007).

El tema de este capítulo, el tópico del bandidismo hispano, es quizá el más específico de todos. Además, la cuestión reaparece en otros; es una expresión característica de la incivilización en general y las costumbres indeseables derivadas de ella (§ 0); es también, desde luego, una de las formas más evidentes de la guerra bárbara (§ 0). No obstante, a pesar de su concreción, su insoslayable pero problemática recurrencia a lo largo del tiempo, así como sus específicas implicaciones simbólicas sugieren que sea tratado de forma monográfica en este capítulo que, en cierto modo, bien puede considerarse como una profundización complementaria del anterior.

Para empezar, la importancia del tema parte de su presencia recurrente en las fuentes clásicas referidas a Iberia. El latrocinio fue mencionado una y otra vez, de manera más o menos explícita, tanto en la etnografía como en la historiografía, recayendo especialmente en la particularización de algunos pueblos, pero extendiéndose también a esa visión generalizadora de Hispania; por un lado, era descrito como una forma de vida y subsistencia, por otro, como un modo de combatir característico, basado en el tumulto desordenado y las emboscadas engañosas, táctica que se mostraba repetidamente en los conflictos históricos. Desarrollaré dos aspectos complementarios que explican la incidencia del tópico. En primer lugar, comportaba la aplicación de un prejuicio cultural tomado de la tradición helenística según el cual se confrontaba especularmente a las sociedades bárbaras y agresivas con la civilización de la cultura política, urbana y agraria del ideal grecolatino. En segundo término, la cuestión se insertaba en un discurso político más específico y pragmático: la justificación de las acciones militares de Roma, presentadas como empresas de pacificación necesaria, al mismo tiempo que funcionaba como instrumento de degradación diplomática y jurídica del enemigo al categorizarle como un mero criminal.

En gran medida, la historiografía del Renacimiento, tratada en el segundo apartado, comulgó plenamente con esa misión romana. En parte como proyección de los propios problemas de orden público muy presentes en su momento, el estigma vio reforzada su carga negativa aunque, en todo caso, partiendo de los textos de Diodoro y Estrabón, Morales y Mariana lanzaron una propuesta interesante para ahondar en la explicación del fenómeno desde sus condicionantes socioeconómicos. Ahora bien, Viriato, convertido ya en héroe nacional, representaba un ejemplo especial como figura que estaba innegablemente ligada al bandidaje. Las respuestas a este problema fueron diversas: la historiografía se mostró condescendiente y ambigua, en gran medida recurriendo a la potencialidad filosófica del origen humilde del lusitano; en la pluma de Las Casas, en cambio, el tema se convirtió en un arma arrojadiza para subrayar la barbarie hispana y, de paso, relativizar el salvajismo de los nativos americanos; en la literatura, usando el ejemplo de la comedia de Bustos, el estigma invirtió su sentido para convertir a Viriato

en un bandolero justiciero propio del imaginario popular, lo que testimoniaba, una vez más, las distancias entre la academia y su proyección pública.

Por último, en el tercer apartado, analizo cómo los historiadores ilustrados retomaron la cuestión. Por lo general, el argumento del latrocinio como lacra que debía ser erradicada seguía más vigente que nunca. Ahora bien, como innovación significativa, destaca muy especialmente los esfuerzos que hicieron autores como los Mohedano, y especialmente Marín, para profundizar en aquellas explicaciones de corte socioeconómico que llevaban ensayándose desde la propia Antigüedad. En este sentido, el fenómeno fue dotado de una notable profundidad antropológica incorporándolo a una reflexión más global acerca de la conflictividad primitiva: el bandidismo de los antiguos hispanos debía entenderse desde el evolucionismo cultural universal como un estadio primigenio asociado con el nomadismo y la economía depredadoras en el que la agresividad funcionaba como un medio de regulación social cotidiano. La consecuencia discursiva fue muy interesante, porque la patente primitivista que se daba al fenómeno ahondaba en su barbarización, pero también abría una puerta a su dignificación simbólica. Si el bandido hispano lo era por su coyuntura cultural, la imagen peyorativa de las fuentes clásicas era una infamia o, en el mejor de los casos, una errónea simplificación. Proyectada en cierto modo en el teatro de Comella, esta reinvención racionalista del tópico resituaba al *latro* hispano en una nueva posición de dignidad natural en su resistencia a los invasores.

8.1. Una tierra poblada de bandidos

El fenómeno del bandidismo, la referencia a la *lesteia/latrocinium* como característica propia de las formas de vida hispana es probablemente uno de los temas etnográficos concretos más recurrentes en las fuentes grecolatinas. Ciertamente, la cuestión se insertaba en esa consideración general de las formas de guerra primitivas de los hispanos (§ 7), pero más allá de eso, este tópico en concreto adquirió una entidad propia, a fuerza de ser reiterado y subrayado como uno de los principales obstáculos con los que Roma tuvo que enfrentarse en su encuentro con los hispanos.

Tradicionalmente, la cuestión suele asociarse con el ámbito occidental, especialmente los lusitanos, que cuentan con las descripciones más detalladas¹⁷¹⁸, aunque

¹⁷¹⁸ Acerca de los lusitanos: D. S. 5.34; App. *Hisp.* 102; Plut. *Caes.* 12; Dio Cass. 37.5253; Zonar. 10.6 (por su parte Livio (5.7) mencionó de forma inconcreta cierta presencia de salteadores en la Citerior), aparte de su asociación concreta a Viriato (*vide infra*).

también se afirmó de los pueblos del norte¹⁷¹⁹ y los celtíberos¹⁷²⁰. No obstante, también se presentó como algo propio de los iberos, especialmente al describir a varios pueblos del noreste¹⁷²¹, pero también a los turdetanos de Astapa¹⁷²². La cuestión también se afirmó sobre el conjunto de Iberia en un sentido laxo¹⁷²³ y, en general, su reiterativa presencia lo convertiría en verdadero cliché que reapareció también en las fuentes más tardías¹⁷²⁴. Aunque anecdótico, el tópico tendría un eco puramente literario, por ejemplo, en las *Geórgicas* de Virgilio, testimoniando su interiorización como estereotipo en el imaginario grecolatino.

«No sean los perros el último de tus cuidados, sino que a los cachorros corredores de Esparta y al impetuoso Moloso aliméntalos a la vez con graso suero; jamás, con guardianes tales, tendrás que temer para tus establos ni al ladrón nocturno ni las incursiones de los lobos ni las traiciones del no aplacado ibero»¹⁷²⁵.

Por otro lado, guerra y bandidaje se concibieron como elementos inseparables en Iberia: el sistémico bandolerismo hispano se entendía como parte de su natural belicosidad, y viceversa, su manera de comportarse en la guerra era la propia de su idiosincrasia como bandidos. De esta manera, aparte de esas menciones explícitas al bandidismo en términos de *lesteia/latrocinium*, el catálogo se amplía si tenemos en cuenta las continuas menciones a campañas de saqueo de ciertos pueblos sobre los territorios aledaños, normalmente los valles más prósperos. En estos casos por lo general se utilizó el término *vastare* (normalmente traducido como devastar), típico para definir una acción militar. No obstante, las fuentes asociaron automáticamente esas intervenciones al botín como motivación y las presentaron en un sentido de incursión rápida y sin objetivo estratégico, lo que hace pensar que se estaban refiriendo al mismo fenómeno con otras palabras¹⁷²⁶. No solo fueron frecuentes estas menciones, de hecho, fueron el principal motivo esgrimido por la autoridad romana en el inicio de los conflictos, cuando estas *razzias* afectaban a territorios romanizados o aliados. Así, los continuos saqueos en la Bética fueron la causa fundamental para las campañas en Lusitania, de la misma manera que las de los pueblos del norte en territorio vacceo, autrigón y turmogo, lo serían para la Guerra Astur-Cántabra¹⁷²⁷.

¹⁷¹⁹ Str. 3.3.5; 3.3.8.

¹⁷²⁰ D. S. 29.28.

¹⁷²¹ Ilergetes (Plb. 11.32; Liv. 28.32), bergistanos (Liv. 34.21) y sedetanos (App. *Hisp.* 77).

¹⁷²² Liv. 28.22.

¹⁷²³ Str. 3.4.5; 3.4.15; por su parte Livio (22.19) menciona la existencia de atalayas «en Hispania» contra bandidos al hablar del ataque de Escipión a Cartago Nova.

¹⁷²⁴ Oros. 5.4 y 15-16; 6.21; Paulin. *Ep.* 10.202.238; Isid. *Etym.* 9.113; e. g.

¹⁷²⁵ Verg. *G.* 3.406-409 (trad. de Vidal et al. 1990).

¹⁷²⁶ Entre otros, sirvan estos ejemplos sobre los lusitanos: Liv. 21.43; 35.1; 37.57; 39.7; los celtíberos: Liv. 21.43; 39.7; los vettones: App. *Iber.* 56; los lacetanos: Liv. 34.20; Flor. 3.33, 47; Oros. 6.21.3.

¹⁷²⁷ Liv. 35.1; 37.57; 39.7 y Flor. 3.33, 47; Oros. 6.21.3, respectivamente.

Además, también se utilizó como descriptor de los usos hispanos, insistiendo una y otra vez en que su forma de combatir característica era la propia de bandidos: la emboscada, el rápido golpe de mano, la formación desordenada y, con ello, el armamento ligero y arrojadizo. Así lo transmitieron todos los que hablaron de las guerras en Hispania, ya fuese de forma genérica, al catalogar la táctica hispana, o más concreta, al referirse a determinadas incursiones o conflictos, de manera que la identificación guerrero-bandido fue una absoluta constante¹⁷²⁸. En la confluencia de ambas dimensiones, la cultural y la bélica, Viriato es el caso paradigmático. Según el testimonio de Livio, él transitó de pastor a general pasando por la condición bandido, lo que aún fue llevado más allá en el epítome de Floro: «tras convertirse de cazador en bandolero y luego de bandolero en caudillo y general, y, si la Fortuna lo hubiese permitido, en un Rómulo para Hispania»¹⁷²⁹. Ese ladrón que podría haber aspirado a ser rey, por lo extremo se sus orígenes y por la propia naturaleza de su resistencia a Roma, basada en la emboscada y el aprovechamiento del terreno, fue el representante supremo del tópico.

Es interesante cómo en el relato de la Guerra de Aníbal, los términos empleados para referirse a los líderes ilergetes, Indíbil y Mandonio, fue justo el inverso. En una suerte de involución política, los que, en principio, como aliados, eran descritos como reyes (*reges*), empezaron a ser calificados como jefes de ladrones (*duces latronum*) en el contexto de su sublevación contra Escipión¹⁷³⁰. De esta manera, los ilergetes, antes aliados y luego rebeldes, habían hecho el recorrido contrario al de Viriato, como enemigo primero y *amicus* después. En definitiva, esto nos habla del carácter circunstancial en el uso discursivo de tales categorías; efectivamente, cuando el tópico se aplicaba a casos concretos, la cuestión dejaba de ser una mera costumbre exótica implicándose ya de manera directa en los asuntos romanos. Así, aquella práctica era la causa y característica principal de las campañas peninsulares, pero además servía para definir al tipo de enemigo con el que Roma se tenía que enfrentar en Hispania en cada momento.

Parece razonable que tras esta unanimidad haya una cierta realidad, lógicamente codificada. En este sentido pueden extraerse deducciones interesantes de los detalles y contexto concretos de los textos, así como del propio desequilibrio geográfico de las referencias entre unas y otras regiones¹⁷³¹. No obstante, la consideración de las referencias

¹⁷²⁸ Plb. 3.115; Str. 3.3.6, *e. g.*; *vide* los abundantes ejemplos recogidos por Ciprés 1993a, 136-139.

¹⁷²⁹ Liv. *Per.* 52.8; Flor. 1.33.15 (trad. de Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000). Una relación de las ocasiones en las que el líder lusitano y sus operaciones son calificadas de bandolerismo en Ciprés 1993a, 138. En lo que respecta a la naturaleza de su liderazgo, *vide* Lens Tuero 1986; García Moreno 1988; López Melero 1988; García Quintela 1993; Sánchez Moreno 2001; 2002a; 2002b; 2006; Pérez Abellán 2006; Salinas de Frías 2008; Iglesias Zoido 2010.

¹⁷³⁰ *Cfr.* Liv. 27.19.7 y 28.32.6; *vide* Coll i Palomas y Garcés i Estalló 1998; Moret 2002-2003; Riera Vargas y Principal Ponce 2015.

¹⁷³¹ En esta línea se ha puesto especial énfasis en la recurrencia del tema en Lusitania, aunque los enfoques y teorías son de lo más variado; *vide* García y Bellido 1945b; Sayas Abengochea 1988; Gómez Fraile 1999; Ciprés 1993a, 43-50, 136-139; Pastor Muñoz 2003; Gozalbes Cravioto 2005; 2006; 2007; Sánchez Moreno

en conjunto, así como la tendencia a la generalización en la que parecen caer a menudo las fuentes, sugiere que la cuestión fue concebida como un mal endémico del que adolecía (o había adolecido) Iberia en su conjunto. Al menos a la altura del período augusteo, si no antes, el tema había quedado fosilizado como parte inherente de la percepción grecolatina de Iberia como un territorio de barbarie, constituyéndose como un rasgo intrínseco del carácter de los hispanos.

En la comprensión del significado discursivo, la cuestión lingüística demuestra ser fundamental. La recurrencia del tema, no solo en Hispania, sino en el mundo helenístico en general, es tan importante como la propia homogeneidad terminológica con la que es referido, tanto en griego (*lestés*) como en latín (*latro/praedo*). Y esto es así en un marco cronológico y geográfico amplísimo que ocupa, al menos, en lo que nos interesa, todo el periodo de expansión romana, en sus distintos contextos culturales, bélicos y políticos. El estudio del origen, evolución e implicaciones de los términos con los que el fenómeno fue descrito y, por tanto, conceptualizado y percibido en el mundo grecolatino, ha sido esencial para entender dos aspectos fundamentales del problema: su trasfondo antropológico, desde el punto de vista de la mentalidad grecolatina, y el sentido de su aplicación práctica, como elemento jurídico y político.

Así, en primer lugar, el uso del término desvela la pervivencia y adaptación de un *topos* etnográfico griego que tiene que ver con el propio proceso de autodefinición de la identidad helena y su caracterización de *lo bárbaro*. La identificación de este estereotipo de fondo puede identificarse sin demasiado problema en los dos textos más detallados sobre esta práctica, transmitidos por Diodoro y Estrabón, y que son los únicos que inciden con cierta elocuencia en la explicación del fenómeno:

«Una práctica singular se da entre los iberos, y sobre todo entre los lusitanos. Los más pobres de fortuna de entre los que llegan a la flor de la edad y se distinguen por su fortaleza física y su audacia, provistos de su valor y sus armas, se reúnen en las dificultosas regiones montañosas y, organizándose en bandas considerables, efectúan correrías por Iberia y acumulan riqueza gracias al pillaje; y practican sin cesar este bandidaje, llenos de altivez; y dado que usan un armamento ligero y son extremadamente ágiles y rápidos, a los otros hombres les resulta muy difícil vencerlos. En suma, consideran que las zonas dificultosas y ásperas de las montañas constituyen su patria y se refugian en ellas»¹⁷³².

«Los habitantes de las montañas fueron los que iniciaron esta situación de anarquía, como es natural: pues como habitaban una tierra pobre y poseían una escasa cantidad deseaban lo ajeno. Los otros, como tenían que defenderse de aquellos, quedaron por fuerza sin poder dedicarse a sus propias tareas, de manera que en lugar de cultivar la

2006; 2015-2016; García Quintela 2007; Vives Ferrer 2015; Aguilera Durán 2015; Baray 2015.

¹⁷³² D. S. 5.34 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

tierra estos también se dedicaban a hacer la guerra, y sucedió que la tierra, descuidada y estéril de sus bienes naturales, se pobló de bandidos»¹⁷³³.

Con diferente tono y detalle, ambos textos repiten en realidad un esquema explicativo idéntico. El motivo que se aduce es profundo e inevitable: su áspero territorio solo les procuraba miseria y agresividad, y estas la irremediable necesidad de parasitar a sus vecinos, lo que extiende la situación de caos. Sin que necesariamente se mencionase el latrocinio, esa misma asociación entre pobreza, entorno agreste y violencia se repetiría a menudo, tanto en lo referente a los pueblos del norte y los lusitanos, como en cuanto a los celtíberos¹⁷³⁴.

Esta ecuación no es algo aislado en el pensamiento heleno. Desde el período clásico y la culminación del sistema político, se había consolidado en el mundo griego una predisposición a degradar los modos de vida montañoses y pastoriles, lo que debe ser entendido como parte del proceso de conceptualización de la *polis* agraria como estadio culmen de la civilización. En aquel proceso surgió una identificación automática entre comportamiento nómada o seminómada e idiosincrasia primitiva, salvaje y depredadora, quedando asociada la economía pastoril a estereotipos como el bandidaje y la belicosidad animal. Se construía así un juego básico de oposiciones entre sociedad agraria/pastoril, urbana/nómada, civilizada/salvaje que tendrá un largo recorrido, y que, de hecho, puede retrotraerse a la caracterización de los escitas y otros nómadas desde la Grecia clásica (§ 6), y que perfectamente puede identificarse en el prototipo perfilado y consagrado de los lusitanos y meseteños hispanos¹⁷³⁵. En el contexto general de revitalización del género etnográfico de período augusteo (§ 2.5), el tópico del bandidismo, inserto en su esquema determinista clásico, parece haber sido recuperado en la caracterización de los nuevos bárbaros occidentales, aplicándose al nuevo contexto del imperialismo romano.

Ahora bien, ese estereotipo barbarizante no se aplicó siempre con un sesgo puramente negativo. Por el contrario, el auge del estoicismo propició tratamientos desde perspectivas más o menos neutrales, condescendientes, cuando no idealizadas: el bandidismo era algo inevitablemente asociado con la barbarie, pero ese estadio primitivo llevaba aparejadas ciertas virtudes naturales susceptibles de perderse por los excesos de la sobrecivilización. Parece probable que Posidonio aplicase un planteamiento de este tipo en su visión de la realidad económico-cultural hispana, y quizá en particular la lusitana, reproduciéndose después de forma desigual algunas de sus propuestas. En concreto, este tipo de reflexión parece estar presente en Diodoro, Estrabón y Apiano cuando justificaron la inevitabilidad del fenómeno como consecuencia de las condiciones

¹⁷³³ Str. 3.3.5 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹⁷³⁴ Str. 3.3.5; 3.3.8; D. S. 5.34; Liv. 21.43; App. *Hisp.* 42, *e. g.*; *vide* Ruiz Gálvez 1988; Muñiz Coello 1996; Gómez Fraile 1999; Pérez Vilatela 1999; Burillo Mozota 2016; Sánchez Moreno *e. p.*

¹⁷³⁵ Sobre la reinterpretación reciente de la actividad pastoril y la trashumancia de los hispanos como perspectiva de estudio *vide* Sánchez Moreno 2006; Burillo Mozota 2016, *e. g.*

naturales de pobreza. Pero sobre todo parece tener una incidencia muy importante en Diodoro, en la medida en que, desde un tono más condescendiente que el de Estrabón, presentó una realidad agreste casi romántica, habitada por pueblos salvajes pero nobles, lo que trasladó de una forma paradigmática a su perfil de Viriato, el *latro* hispano por antonomasia. En la perspectiva de Diodoro, por tanto, los inicios delincuentes de Viriato no eran ni una mera licencia literaria ni un apunte biográfico que debamos tomar al pie de la letra, sino que constituyen un elemento clave en la formulación de ciertos ideales de la filosofía política helenística aplicados al héroe ajeno (§ 2.4).

En segundo lugar, en lo que concierne al sentido de tales categorías en la realidad imperial romana, es fundamental entender la aplicación práctica e inmediata que el concepto pasó a tener como herramienta jurídico-política. En este sentido, se ha incidido en la fundamental dimensión legal del término *latro* como un determinado tipo criminal dentro del Derecho. Este aglutinaba una variopinta tipología de delincuentes y agentes subversivos (*outsiders*) que, operando dentro o en los límites del territorio bajo tutela imperial, mantenían en común, como característica esencial, el hecho de actuar al margen de las estructuras económicas, legales y administrativas del Estado¹⁷³⁶. Esta categorización tenía una directa aplicación jurídica, de manera que recaían sobre estos elementos los más implacables castigos (pena de muerte, normalmente) en tanto que eran percibidos como una amenaza para la integridad del sistema. A su vez, conllevaba unas implicaciones político-militares que son esenciales para la dimensión del tema que nos interesa: la definición como *latrones* de ciertos grupos incontrolados de los territorios fronterizos, de determinados movimientos de insurrección o, directamente, de verdaderos enemigos bélicos, excluía a dichos oponentes de los privilegios contemplados por el derecho de guerra, lo que eximía a Roma de las consecuentes obligaciones por tratarse de una «guerra de supervivencia» ajena a las normas y contemplaciones éticas civilizadas (§ 7)¹⁷³⁷. Así, cuando autores latinos como Livio utilizaban locuciones del tipo «salteadores más que soldados enemigos»¹⁷³⁸, ya fuese explícita o implícitamente, la expresión no era en absoluto banal, pues estaba negándole al enemigo la condición como tal. Así, más allá del prejuicio etnográfico, también puede identificarse cierta instrumentalización política en la aplicación de esta etiqueta culturalmente cargada. Entendida en términos legales romanos, sirvió para reforzar los mecanismos de coerción ante ciertos elementos incómodos dentro de las propias fronteras, además de legitimar y facilitar estratégicamente las intervenciones militares en contextos de conflicto exterior o levantamientos de mayor envergadura.

¹⁷³⁶ MacMullen 1966; Shaw 1984; Van Hooff 1988; Riess 2011.

¹⁷³⁷ Sobre el elemento diplomático en las guerras hispanas *vide* García Riaza 2002; 2011; 2012; Sánchez Moreno 2011; Per Gimeno 2012; 2014; Sánchez Moreno y Aguilera Durán 2013; Esteban Payno e. p..

¹⁷³⁸ Liv. 35.7, e. g.; también lo aplicó al ámbito galo (Liv. 21.35).

Estas lógicas discursivas se estaban aplicando claramente al caso hispano, donde el viejo estereotipo etnográfico heredado de la tradición griega se imbricaba plenamente en las motivaciones imperialistas de Roma. La sobredimensión discursiva de un posible problema real cumplió así una función esencial como argumento justificativo en varios sentidos. En primer lugar, desde un punto de vista general, el tema reforzaba la imagen de Hispania como un territorio inhóspito, peligroso y subdesarrollado. Se transmitía así el mensaje de la necesidad de una labor pacificadora y civilizadora que la extrajera de su espiral de salvajismo, violencia y pobreza, estimulando con ello un progreso económico y cultural que en el estado original era imposible. Estrabón fue muy claro en ese sentido cuando reiteró el logro de Roma al erradicar el bandidismo de Iberia. Su enfoque era básicamente pragmático: el bandidismo endémico montañoso de los pueblos del noroeste se contagiaba a esos otros territorios más propicios, lo que no solo creaba inseguridad, sino que perjudicaba al aprovechamiento del potencial económico del valle, paralizando el desarrollo de la agricultura y con ello impidiendo el progreso¹⁷³⁹. Desde esa perspectiva, Roma no solo pacificaba, erradicaba una lacra que se traducía en prosperidad tanto cultural como material¹⁷⁴⁰; de hecho, ya antes había formulado esta concatenación desde un punto de vista teórico: el clima adverso derivaba en bandidismo, lo que era reversible gracias a la administración romana¹⁷⁴¹.

En un sentido más inmediato, la insistencia en este problema tenía específicas utilidades políticas, ya que servía a los círculos vinculados con la administración provincial para justificar el derroche económico y humano que estaban suponiendo las campañas en Hispania, así como su exagerada prolongación en el tiempo. Según esta lógica, el constante peligro que supuestamente se cernía sobre las posesiones y explotaciones romanas y las de sus colaboradores reclamaba el mantenimiento y refuerzo de la presencia militar. Al mismo tiempo, el huidizo modo de guerra indígena explicaba las trabas y demora en el proceso de pacificación. La lucha contra un pueblo impredecible e impulsivo, que no sigue las normas de la táctica formal y la estrategia racional, era un enemigo mucho más difícil de someter. Ese escenario, no necesariamente falso en su totalidad, pero sin duda simplificado por el prisma cultural exógeno y el sesgo discursivo imperialista, servía para justificar el papel de los gobernadores provinciales; por añadidura, su exageración era una fuente potencial de fama y gloria para quienes conseguían solucionarlo, con la promesa de promoción política y económica que ello conllevaba¹⁷⁴². Además, en un sentido muy concreto, esa imagen de fondo se instrumentalizaba en la recreación historiográfica de los distintos actos de negociación y *deditio*; en este sentido, las referencias recurrentes al reparto de tierras como forma de

¹⁷³⁹ Str. 3.3.5; 3.4.16, *e. g.*

¹⁷⁴⁰ La idea es explícita en Str. 3.3.8.

¹⁷⁴¹ Str. 2.5.26.

¹⁷⁴² Vallejo Girvés 1994, especialmente.

paliar la miseria de los hispanos reincidían en esa imagen barbarizante del enemigo ante la magnanimidad benéfica de Roma, aunque probablemente encubrían procesos de redistribución de la titularidad de la tierra mucho más complejos¹⁷⁴³. La Guerra de Viriato puede ser considerada como un caso paradigmático de todas estas ideas. Es una muestra palmaria de la inclusión del concepto etnográfico del *latrocinium* en las cuestiones políticas, en la categorización estratégica y diplomática degradante de los levantamientos fronterizos por parte de la historiografía. El filtro etnográfico que simplificaba una realidad turbulenta y el sesgo político que reconducía su explicación convirtieron al bandidismo en la demostración por excelencia de la guerra al bárbaro en Hispania.

8.2. Los salteadores y el orden

«Y estas fueron mas ciertas causas de los ordinarios mouimie(n)tos d(e) España co(n)tra los Romanos, q(ue) no nuestra natural inquietud y desseo de nouedades, con que Tito Liuius y otros authores Romanos nos infama(n). Aunque no se puede tampoco negar del todo, que no seamos tocados desta passion los Españoles»¹⁷⁴⁴.

El titubeo de Morales es muy revelador. Acababa de señalar los dos motivos principales de la resistencia hispana —el deseo de libertad y la crueldad de Roma— pero, al final, no pudo ignorar por completo lo que las fuentes tan frecuentemente adujeron como *casus belli* en Hispania, la endémica tendencia anárquica de sus pobladores. Reiteró la misma idea más adelante cuando, admitiendo que, aunque los romanos a veces fueron crueles e injustos,

«assi tambien avia otras grandeza y benignidad, para perdonar nuestra inquietud natural, y el grande amor que todos los hombres tienen de su libertad: las cuales dos cosas forçaban entonces a nuestros Españoles a rebelarse contra los Romanos tan a menudo»¹⁷⁴⁵.

El legítimo deseo de libertad volvía a tener un aspecto negativo que también era consustancialmente español. Los renuncios de Morales tienen que ver con la incomodidad que suscitaban las dimensiones negativas de esa ferocidad guerrera tan encomiada en otros contextos. En las propias fuentes, la noble belicosidad bárbara conllevaba drama y gloria épica a los episodios de la conquista, pero también jugaba un papel clave como concepto legitimador de la misión pacificadora de Roma. El tópico del espíritu guerrero de Iberia había hecho posible que existiese la autoinmolación de Numancia o la Guerra

¹⁷⁴³ Baray 2015; Sánchez Moreno 2015-2016; e. p.; *cfr.* Pena Gimeno 1994; 1998.

¹⁷⁴⁴ Morales 1574, 69r.

¹⁷⁴⁵ *Ibid.*, 118r.

de Viriato, pero también era la causante de las constantes luchas fratricidas, la miseria económica y una situación endémica de desorden y violencia.

Así, en ese reverso negativo de la resistencia estaba comprendido aquel tópico delictivo que había sido tan reiterado por la literatura grecolatina sobre Hispania. Esa «passion», «natural inquietud», «desseo de nouedades» o «de auenturas» con los que los historiadores del XVI adornaron ese gusto hispano por practicar razzias constantes contra los romanos y otros hispanos resultó ser uno de los temas más incómodos a la hora de caracterizar a los ancestros españoles. Sin duda este fue uno de esos aspectos de la barbarie original que se situaba más allá de lo permisible en la idealización del pasado prerromano, convirtiéndose en una de las concesiones al papel de Roma más significativas.

De esta manera, por lo general, en estas situaciones fue transferido el mismo sesgo moralista y peyorativo de las fuentes clásicas respecto al fenómeno, censurándolo sin ambages por muy «españoles» que fuesen los perpetradores, al tiempo que la identificación de los historiadores se desplazaba hacia la misión romana de neutralizarlo. Ya pueden rastrearse esta actitud en la *Estoria* de Alfonso X, aunque no lo tratase a fondo, lo que encaja en su discurso general en favor de la legalidad y el orden político (§ 3.4 y 7.2). En esta línea, se transmitía la sensación de que la armonía procurada por los romanos había sido periódicamente perturbada por la actividad de indeseables «ladrones», como Viriato, que «començo a fazer mal descubierta mientre por las tierras. robandolas e destruyendo las todas»¹⁷⁴⁶. Lo mismo ocurría al describir la labor del idealizado Pompeyo contra bandidos y corsarios, «malfechores de muchas guisas» afortunadamente sometidos por el héroe romano¹⁷⁴⁷.

En todo caso, como decía, el tema se desarrolló y ejemplificó ampliamente en el siglo XVI. Por ejemplo, Morales describió así los episodios de bandidaje erradicados por Cayo Mario en la *Ulterior*:

«halla(n)dola malame(n)te fatigada con grandes co(m)pañias de salteadores, q(ue) toda la alborotaro(n), la dexo bien sossegada, y persuadidos los de la tierra, q(ue) era cosa maluada robar de aquella manera, que entre ellos se tenia antes por valentia»¹⁷⁴⁸.

Sobre estos mismos episodios Garibay también utilizó ese calificativo de «malhechores», y Mariana encomió igualmente lo positivo de la labor del romano¹⁷⁴⁹. Ciertamente es que Morales fue especialmente proclive a reproducir el argumento prorromano en este sentido, como en la referencia a los motivos de la toma de Astapa, las ejecuciones de Catón de los ladrones lacetanos que se refugiaron en el Monte Vergi o la

¹⁷⁴⁶ Alfonso X *EE* 45-47, cita en 45.2 (ed. de Ward 2016); *vide* Jiménez Vicente 1993, 61.

¹⁷⁴⁷ Alfonso X *EE* 82.1-8, cita en 82.2 (ed. de Ward 2016).

¹⁷⁴⁸ Morales 1574, 136r.

¹⁷⁴⁹ Garibay y Zamalloa 1571, 186; Mariana 1601, 157.

caracterización de Corocotta, el bandido que se entregó a Augusto para cobrar la recompensa por su propia cabeza, y que fue presentado por Morales como un simple ladrón que se aprovechó de la benignidad del emperador¹⁷⁵⁰. Pero esta actitud fue generalizada: Mariana justificó sin dudar a César por dismantelar el grupo de bandidos del Monte Herminio, que «se derramauan a hazer robos y daño en las tierras de la Lusitania y de la Betica, por lo qual fue forçoso quitarles aquellos nidos y guaridas»; incluso fue condescendiente con Tito Didio por pasar a cuchillo a una familia de salteadores que se entregaron voluntariamente¹⁷⁵¹. Solo Garibay hizo una excepción significativa en lo que se refiere a sus idealizadas Guerra Astur-Cántabra, ya que omitió el estigma del bandidismo como causa del conflicto; pero, aun así, cuando se refirió a la erradicación más tardía de esta práctica norteña por parte de Tiberio, la alabó fervientemente como impulso para la implantación del orden en la región, asumiendo explícitamente el discurso de Estrabón¹⁷⁵². Asimismo, es muy interesante observar cómo Ocampo revirtió el tópico y su sentido peyorativo contra los demonizados cartagineses; al describir sus primeras campañas en la Península llamados por los fenicios, fueron ellos los que perpetraron «saltos y robos» por las costas andaluzas¹⁷⁵³.

Para reforzar esta idea no parece banal atender brevemente a ciertas consideraciones terminológicas. En lo que se refiere a los bandidos hispanos, con mucha diferencia el término más empleado por estos autores para traducir *latro*, *lestés* y sus acciones es «salteador», «salto» y «saltear». Se mantenía así con fidelidad el matiz de ladrón rural, agreste, pero además este término también comportaba una connotación decididamente negativa: la del ladrón sin escrúpulos y, a menudo, sanguinario, «delito atrocissimo» para Sebastián de Covarrubias¹⁷⁵⁴. Parece lógico que, puntualmente, estos autores variasen con vocablos más genéricos («robador», «robar», «ladrón» o «correría»), pero resulta ciertamente llamativo que casi siempre evitasen otro término que era enormemente popular en el momento y que, en principio, se ajustaba perfectamente a estas prácticas, «bandolero»¹⁷⁵⁵. Y es que «bandolero» tenía un idéntico significado como ladrón agreste, pero con una segunda acepción, la del ladrón noble que deja su hogar para vengarse de sus enemigos y subsiste robando, aunque sin violencia¹⁷⁵⁶. Bandolero y salteador

¹⁷⁵⁰ Morales 1574, 53v, 78r y 218v; lo que contrasta con la heroización del personaje a partir del siglo XX (Canto 2005; Marco Simón y Pina Polo 2008, 59-63; Aguilera Durán 2015, 125-126 y 137-138).

¹⁷⁵¹ Sobre César: Mariana 1601, 170, y de manera similar, Morales 1574, 156r-157r, aunque él criticando sus ansias de gloria; sobre Didio: Mariana 1601, 139; por lo general el romano fue duramente criticado: Garibay y Zamalloa 1571, 187-188; Morales 1574, 137v.

¹⁷⁵² Garibay y Zamalloa 1571, 216; en la misma línea, y también aludiendo a Estrabón, lo transmitió Morales 1574, 220r-220v.

¹⁷⁵³ Ocampo 1543, CVIIIv.

¹⁷⁵⁴ Véase la definición de la entrada «saltear» en su *Tesoro de la lengua castellana* (Covarrubias Orozco, 20r).

¹⁷⁵⁵ Garibay (1571, 145) lo aplicó a Viriato, pero para negarlo, y también se mencionó sobre los mercenarios hispanos de Cartago.

¹⁷⁵⁶ Véase la definición de la entrada «vandolero» en Covarrubias Orozco, 64r-64v.

representaban, a fin de cuentas, la cara y la cruz del ladrón de caminos. Además de la valoración negativa del fenómeno, se estaba escogiendo una terminología que no dejase lugar a ambivalencias.

Ocampo acabó por completar esta idea cuando, al hablar de ciertos «corsarios y salteadores» antiguos —aunque griegos, en este caso— los calificó como:

«co(n)trarios en sus obras à lo que qualquier hombre bueno deue hazer en el mundo [...]: aunque los poetas los alaben, trastoca(n)do casi toda la verdad deste negoçio, encubriendolo y adornandolo con fabulas y fiçiones, como suelen à muchas otras cosas q(ue) con aquel artifiçio las hazen paresçer buenas, siendo malas»¹⁷⁵⁷.

En efecto demuestra que la cuestión no era meramente anecdótica. Se trataba en definitiva de establecer una frontera absolutamente nítida entre la realidad histórica del fenómeno delictivo y la figura literaria del bandolero idealizado. Este problema es en realidad universal, un choque recurrente entre la visión oficial del bandido, obviamente negativa, que resulta de las necesidades y problemas del Estado, y otra más propia del ámbito literario y folklórico, en cuya idealización confluyen distintas expresiones populares, creativas e ideológicas de variada naturaleza¹⁷⁵⁸. Así, la cuestión del bandidismo era un tema con un enorme potencial literario en este período, pero también uno de los principales problemas de orden público a los que se enfrentaban los Austrias en sus dominios, un problema inherente a los límites de la administración imperial, los desajustes económicos o el problema de inserción de los veteranos de guerra¹⁷⁵⁹.

De esta forma, en este tratamiento del *latrocinium* hispano puede identificarse claramente el peso que tenía una cierta «razón de Estado» en esta historiografía oficialista y que, en cierto sentido, limitaba la exaltación patriótica de la esencia hispana. El tema fue planteado en este sentido como un *exemplum* de lo positivo de la civilización y lo necesario de la justa imposición de la autoridad, extrapolando de la problemática antigua una preocupación sobre el orden público presente. Esto pasaba necesariamente, de nuevo, por dejar momentáneamente de lado la exaltación de lo prerromano para reasumir la identificación con la causa imperial de Roma.

Cabe introducir un matiz interesante sobre la cuestión. Si bien es cierto que la consideración de esta práctica fue fundamentalmente negativa, también lo es que hubo ciertos intentos por buscar explicaciones racionales y profundas que fueron más allá de la simple estigmatización. En efecto, Morales y Mariana, aunque de forma puntual y partiendo de las propias fuentes clásicas, incidieron en dos ideas que suponen un

¹⁷⁵⁷ Ocampo 1543, LIIIv.

¹⁷⁵⁸ Son ya clásicos en este sentido Hobsbawm 2001 (1969); Caro Baroja 1986; sobre esta figura en la literatura de la época: Martínez Comeche 1993.

¹⁷⁵⁹ Martínez Comeche 1993; Sánchez Aguirreola 2006; Catalá Sanz y Urzainqui Sánchez 2016, *e. g.*

interesante esfuerzo por comprender las posibles motivaciones sociales del fenómeno: las consecuencias de la guerra y las necesidades económicas.

En primer lugar, se repitió la idea de que el bandidismo era un residuo de los conflictos previos, como Morales cuando escribió que: «auie(n)do auido muchos alborotos y co(m)pañias de salteadores en muchas provincias, como sie(m)pre las suele(n) dexar las guerras, qua(n)do se acaba(n): tambie(n) vuo harto desto en España». Igualmente, Mariana, interpretó este tipo de fenómenos como «merced y reliquias malas de las alteraciones y rebueltas pasadas»¹⁷⁶⁰.

Por otra parte, Morales apuntó a la incidencia de la miseria cuando explicó así el origen de cierta partida de bandidos: «por falta de tierra de lavor, padecian hambre [...], por tener mas fatiga con el angostura de los campos, se vieron forzados a bivar de robos»; y, de nuevo: «forçados con pobreza, o porque tenian poca tierra, o porque las guerras no se la dexavan labrar, se avian dado a robar y bivar de saltar por los caminos»¹⁷⁶¹. En ambos casos reprodujo y mencionó a Apiano como fuente. Mariana repitió estas explicaciones al relatar la guerra de Viriato:

«dio principio siendo salteador de caminos, con vn esquadron de gente de su mismo talle. Eran muchos los que le acudian y se le llegauan, vnos por no poder pagar lo que deuián, otros por ser gente de mal biuir y malas mañas. Los mas por verse consumidos y gastados con guerras tan largas, deseauan meter la tierra a barato»¹⁷⁶².

Aquí Mariana combinaba de nuevo las dos explicaciones: miseria económica y consecuencias de la guerra, haciendo un especial hincapié en la dimensión socioeconómica del problema. Otra explicación de Mariana en esta línea fue la que hizo sobre las políticas de Galba: si bien la pobreza llevaba a hacer agravios, Galba había combatido la pobreza con avaricia, lo que había conducido a hacer el mal¹⁷⁶³. Aunque no hizo ninguna referencia explícita, pueden verse los ecos de Apiano y Diodoro en estas interpretaciones, aunque cabe pensar que, muy probablemente, el influjo directo de Morales tuvo un peso fundamental.

Es cierto que estas reflexiones fueron puntuales, que añadieron poca interpretación más allá de la información de las fuentes y que no eliminaron, en absoluto, la percepción negativa sobre el tema. En todo caso su consideración como explicación complementaria supone un esfuerzo intelectual interesante, tanto en la ponderación de los contenidos contradictorios de las fuentes, como en la complejización de la caracterización del mundo indígena. Además, como ya he mencionado, la realidad de crisis económica y social

¹⁷⁶⁰ Morales 1574, 219v; Mariana 1601, 157. El primero se refería al episodio de Corocotta, el segundo a las partidas de bandidos reprimidas por Cayo Mario.

¹⁷⁶¹ Morales 1574, 89v, 137v-138r, respectivamente; el primer caso se refiere a las partidas lusitanas derrotadas por P. Manlio y F. Flaco, la segunda los bandidos reprimidos por T. Didio.

¹⁷⁶² Mariana 1601, 139.

¹⁷⁶³ *Ibid.*, 142.

derivada de las guerras no era algo en absoluto ajeno en la realidad española del momento. Por otro lado, lo cierto es que la trascendencia de estas reflexiones cobra aún más relevancia consideradas a posteriori, pues constituyen un precedente muy interesante a algunas de las preocupaciones posteriores sobre esta cuestión que se desarrollen a partir del siglo XVIII, especialmente en lo que concierne a la historia social y su culminación marxista. Esto convertirá a Mariana para algunos autores en algo así como un precursor de la interpretación socioeconómica de la Iberia antigua¹⁷⁶⁴. Sin restarle mérito a Mariana, y reconociendo de nuevo el interés como antecedente de esas reflexiones de tipo socioeconómico, quizá el valor icónico que se le ha atribuido bien podría considerarse, en primer lugar, como algo exagerado y, además, ciertamente injusto, en tanto que conlleva ignorar el precedente fundamental de Morales.

Por último, creo que resulta interesante detenerse en considerar la manera particular en que la cuestión fue tratada en lo que respecta a Viriato como héroe individual. El tema resultaba ineludible, por la propia insistencia de las fuentes sobre la naturaleza del personaje y la revuelta en sí, pero también porque el tópico de la progresión del personaje —*pastor, latro, dux*— ya constituía una parte esencial en la recepción humanista del personaje como modelo del líder de orígenes humildes a partir de las fuentes. Por lo general, los autores del período se mantuvieron fieles al espíritu de la tradición liviana:

«Fue al principio pastor de ganado, y porque su grande animo que no le conse(n)tia parar en tanta baxeza de estado, hizose caçador, començando a exercitar con las bestias fieras la guerra, para aprender alli el tratarla con los hombres. Iunto despues consigo algunos que se le llegaron moudos con ver su valentia de animo, y destreza en el cuerpo: y començo con ellos a saltear y robar en los caminos: hasta q(ue) se le juntaron ta(n)tos, q(ue) pudo ya tener vn exercito formado, y llamarse capitan del»¹⁷⁶⁵.

La idea general es que esas fases de pastor, cazador y salteador son consideradas como las etapas primigenias y no precisamente honorables con las que el héroe tuvo que iniciarse forzosamente: una «baxeza de estado», para Morales; «con gente de su mismo talle», para Mariana. Afortunadamente, estas habrían sido superadas gracias a sus cualidades personales innatas y el aprendizaje derivado de esa trayectoria, para finalmente alcanzar el definitivo y único estadio loable, el de «capitan», momento que ya puede considerarse verdaderamente heroico. Se exaltaba así el mérito de una completa ascensión progresiva de categoría moral y social, en la que esos estadios primigenios no tienen nada de positivo en sí mismos, tan solo representan los peldaños a superar en la culminación del auténtico héroe. Ese mismo sentido parece tener en Mariana; más allá de su lectura

¹⁷⁶⁴ En última instancia tiene que ver con la percepción de Mariana como precursor del liberalismo, idea que cundió desde el siglo XIX a partir de autores como Francesc Pi i Margall (1854); en esa línea, recientemente *vide* Mejías López 2007.

¹⁷⁶⁵ Morales 1574, 111r.

socioeconómica sobre los motivos de los lusitanos, al hablar del pasado personal de Viriato identificó esa fase como su primera demostración de habilidad militar: «en la guerra fue diestro: a la qual dio principio siendo salteador de caminos»¹⁷⁶⁶; un sentido similar al que adquirió en los tratados morales en los que se alababa la escalada de su rango (§ 4.3).

Por su parte la visión de Garibay en este tema fue mucho más radical y sencilla:

«Bien creo, que a el [Viriato] tuuiesen por salteador y vandolero, porque juntando consigo algunos Lusitanos de su opinion, auia hecho en todo su tiempo todo el daño y mal que podia a los Romanos, donde quiera que los podia coger, y por tanto los Lusitanos conociendo su esfuerço, y quan mortal enemigo era del nombre de Roma le alçaron por su cabeça y caudillo»¹⁷⁶⁷.

Si como dije, Garibay omitió la cuestión del bandidismo en lo relativo a la Guerra Astur-Cántabra, en lo referente a Viriato directamente negó la versión de las fuentes en este sentido. Para él el lusitano no tuvo que superar ninguna fase vergonzante, simplemente fue un «caudillo», ese «capitan» del que hablaba Morales en su punto culminante, y lo que las fuentes transmitieron no fue más que una tergiversación interesada de su revuelta. Obviamente su interpretación es mucho más radical que la de Morales o Mariana en tanto que introdujo un ataque contra la versión de las fuentes que reforzaba la exaltación del personaje, pero su percepción del tema del bandidismo no es realmente distinta, en tanto que sigue siendo negativa. Para los primeros, era la fase inevitable en la conformación del héroe hecho a sí mismo, y el tercero simplemente la eliminó de la ecuación para evitar el estigma; al fin y al cabo, era una cuestión necesitada de justificación o de negación. Ciertamente, en lo relativo al héroe antirromano por excelencia, se mostró una actitud más condescendiente sobre el bandidismo que, en otros casos, había propiciado incluso la justificación de la represión más brutal sobre los hispanos; pero aun así se mantenía como una práctica reprochable y problemática por muy heroicos y españoles que fuesen sus perpetradores.

La literatura, obviamente, permitía dar un paso más allá en esa reinterpretación de las fuentes en la degradación del héroe. En este sentido, resulta muy llamativo cómo Bustos jugó con este problema en su comedia sobre Viriato. En la semblanza que el personaje perfila de sí mismo en cierto momento, no solo no niega su origen humilde, sino que recalca orgulloso su actividad como ladrón de los romanos, reforzando la idea como una virtud ligada a su austeridad y naturalismo. Lo más interesante, en cambio, es la causa que señala como el origen de su revuelta, porque ni Galba ni su matanza aparecen en la obra; Viriato se había lanzado al pillaje y la guerra porque un grupo de romanos le

¹⁷⁶⁶ Mariana 1601, 139.

¹⁷⁶⁷ Garibay y Zamalloa 1571, 180.

habían intentado robar ganado¹⁷⁶⁸. De esta manera se prescindía ampliamente del contexto histórico para insertar al personaje en el prototipo literario del bandolero justiciero. En todo caso, el tópico antiguo se había invertido y adaptado para reforzar la causa del héroe y situarse en el centro de su caracterización, lo que demuestra, por un lado, la gran carga simbólica del tema, y, por otro, las diferentes maneras que tenían la historiografía oficialista y la literatura popular de bregar con él.

Por último, para completar esa percepción recurrente y multifacética de la cuestión del bandidismo, cabe hacer un breve apunte acerca del uso que se hizo de la figura de Viriato a la hora de defender los derechos de los nativos americanos recalcando la antigua barbarie hispana (§ 6.3). Así, por ejemplo, cuando Garcés defendió este argumento ante el Papa, eligió personificarlo de esta manera: «Aquel Viriato, que según Justino fue ilustre capitán de España, muy celebrado por sus hazañas, primero fue vaquero. Esta es la nobleza que nuestra España tenía en su gentilidad»¹⁷⁶⁹. Probablemente no por casualidad, Las Casas tomó el mismo ejemplo y la misma fuente en una reflexión de su *Apologetica historia*. En ella dedicó un capítulo a esbozar una caracterización absolutamente utópica de los indígenas de La Española, organizados según él mediante un sistema de gobierno protector y paternalista, basado en el amor y en el que no había cabida para la violencia y la delincuencia, un modo de vida, en definitiva, acorde con las enseñanzas de la Biblia. Lo interesante es que, como contrapunto, tomó precisamente el ejemplo de los antiguos españoles pues, de acuerdo con las fuentes grecolatinas, entre ellos había cundido un caos salvaje en el que no existía forma de gobierno alguna. Para ello trajo a colación la figura de Viriato, identificándolo como el primer dirigente que los hispanos habían tenido en toda su historia; pero ni siquiera esto lo presentó como algo completamente positivo, ya que, recalcó,

«al cual por pura necesidad sufrieron que los capitanease, no por virtud, porque no querían tener a quien obedecer ni quien a sus barbáricas obras, robos y maleficios pusiese regla ni tasa [...], porque no tengamos presunción que venimos de los cielos de virtudes muy adornados»¹⁷⁷⁰.

No por casualidad, Las Casas elegía al gran héroe de la resistencia hispana para potenciar el impacto de su mensaje, para que su relativización de las glorias pasadas resultase más efectista. La barbarie violenta, caótica y delictiva de los propios ancestros servía así a la causa de aproximar a los indígenas caribeños a Dios.

¹⁷⁶⁸ Bustos *Vir.* jornada 1, fol. 2v-4r.

¹⁷⁶⁹ Garcés *Ep.* (trad. de García y Pereyra 1974); se refería a Iust. 44.2.2-7.

¹⁷⁷⁰ Casas *Apologet. Hist.* 198 (ed. de Abril Castelló 1992).

8.3. La racionalización del latrocinio

En lo que concierne al tema del bandidismo, en el siglo XVIII se mantuvo un mismo esquema de fondo que en el período previo, pero la aplicación de ese modelo estructural de progreso cultural se tradujo en una reflexión más profunda sobre el fenómeno y sus causas. Así, por un lado, se mantuvo la visión peyorativa de estas prácticas a nivel general: el bandidismo conlleva desorden y este impide el progreso. Con esta lógica, Masdeu valoró positivamente la campaña de Junio Bruto como guerra contra las «quadrillas de hombres facinerosos» que «perturbaban la tranquilidad de las provincias»¹⁷⁷¹, o las acciones de Mario contra la «gente foragida» que perjudicaba en Celtiberia¹⁷⁷². Igualmente, criticó a los salvajes bandidos caracitanos: «Era preciso someterlos para impedir los robos continuados, y los graves daños que hacían á las campiñas de los Sertorianos»¹⁷⁷³. En este mismo sentido, es interesante la semblanza que presenta de Corocotta («Caracota»), el bandido que se presentó ante Augusto para cobrar la recompensa que se ofrecía por su propia cabeza: le presenta como el «conductor de una gran tropa de bandoleros, que vivían de robos y saqueos, y no dexaban á vida en los campos ni hombres ni ganados», y le situó ante el emperador como un hombre humillado y patético que imploraba su perdón¹⁷⁷⁴. Es significativo que Masdeu evitase cualquier tentación de dignificar al personaje, desechando la dimensión de osadía y valor de la que no está exento el personaje en Diógenes Casio¹⁷⁷⁵. En su sentido sociopolítico, el bandidismo era, indiscutiblemente, un lastre a erradicar; ciertamente, seguía siendo un problema muy presente en el gobierno de España y, en concreto, uno de los grandes retos que el reformismo ilustrado pretendía enfrentar¹⁷⁷⁶.

Así, por un lado, la lacra del bandillaje sigue siendo algo indeseable que limita el progreso: la incivilización es tal donde quiera que se manifieste. Así, en general, se reprodujo de manera bastante fiel el esquema de Estrabón, la tradicional ecuación determinista entre clima desfavorable, latrocinio obligado y contagio generalizado a los pueblos circundantes hasta la afortunada represión romana. Esto es especialmente claro al tratar sobre el ejercicio de la agricultura entre los lusitanos: «apartándose del inocente y pacífico estudio de vivir en el cultivo de la tierra, vinieron á parar en la continua

¹⁷⁷¹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 360.

¹⁷⁷² *Ibid.*, tomo 4, 391.

¹⁷⁷³ *Ibid.*, tomo 4, 421-422, cita en 421.

¹⁷⁷⁴ *Ibid.*, tomo 7, 35-36, cita en 35.

¹⁷⁷⁵ Sobre todo si lo contrastamos con el proceso de heroización del personaje en los siglos XX y XXI (Canto 2005; Marco Simón y Pina Polo 2008, 59-63; Aguilera Durán 2015, 125-126, 137-138).

¹⁷⁷⁶ Probablemente la medida más ambiciosa fue la repoblación de Sierra Morena a base de migrantes flamencos, alemanes y suizos, diseñada por Campomanes durante el reinado de Carlos III (Hamer Flores 2009).

inquietud de mantenerse con la guerra y latrocinios»¹⁷⁷⁷, afirmó Flórez, como de forma muy similar harían los Mohedano y Masdeu, haciendo la idea extensible a pueblos próximos, los galaicos y vettones.

«Los mas de los Lusitanos dice fueron poco dados á este exercicio. Vivían mas de la presa que del cultivo de los campos. En vez de sacar la subsistencia de la fertilidad del terreno, se mantenían con los despojos de los enemigos, mas versados en el arte Militar que en la Agricultura»¹⁷⁷⁸.

De nuevo, ilustraron esta idea con la comparación americana:

«La vida de los Españoles era semejante a la de algunos Indios salvages, que ocupandose perpetuamente de hacer la guerra a sus vecinos, ó quando mas alguna vez en la caza o la pesca, dexan a sus mugeres al cuidado de labrar y moler el maiz»¹⁷⁷⁹.

No obstante, y a pesar de esa fidelidad estraboniana inicial, matizaron y discriminaron partiendo de las propias fuentes. De esta manera, recalcaron que aquel fenómeno no era algo generalizado, sino propio exclusivamente de las zonas más montañosas y las inmediatamente adyacentes, y que en estos casos era la simple necesidad climática la que los había empujado a esa situación. Además, para reforzar esa idea, recordaron las distintas referencias a la fertilidad y productividad del territorio lusitano¹⁷⁸⁰.

«Pero como hemos dicho, esto no era propio de todos los Lusitanos, si no de los que vivian en la aspereza de los montes y los territorios vecinos, que eran infestados con semejantes correrías. Y aun en estos parages era necesidad y no desidia de los hombres, que las mugeres cultivasen los campos. Antes esto prueba la mucha inclinacion de estos pueblos á la Agricultura, pues dividiendo asi los exercicios, havian hallado modo de conciliar á Marte y Ceres, sin descansar los arados con el movimiento de las espadas»¹⁷⁸¹.

De alguna manera, en la matización y racionalización del estigma, el argumento se forzaba hasta el punto de convertir el defecto en virtud, utilizando esta noticia para probar la particular capacidad hispana para el desarrollo de la agricultura y su predisposición para la civilización (§ 6.5). Los salvajes eran ya menos salvajes, la cuestión era menos simple, en parte por un tratamiento de las fuentes más sofisticado y, en gran medida, por la voluntariosa búsqueda de rasgos de refinamiento cultural fuese donde fuese.

¹⁷⁷⁷ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 15, en general, 14-15.

¹⁷⁷⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 295-298, cita en 295; en la misma línea, Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 145-146, 304.

¹⁷⁷⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 298.

¹⁷⁸⁰ *Ibid.*, tomo 3, 299-301; recurriendo especialmente a Ateneo y Plinio.

¹⁷⁸¹ *Ibid.*, tomo 3, 298.

Marín desarrolló aún de forma más plena ese tipo de explicación sobre el bandidismo, integrándolo plenamente en su modelo evolucionista general sobre el contexto socioeconómico de las formas de guerra bárbaras (§ 7.4; **Error! No se encuentra el origen de la referencia.**). En su caso, además, la explicación parece desprovista de la loa patriótica de los Mohedano, de forma que no estaba necesitado de forzar argumentos con los que revertir su sentido negativo original. Para él, la forma de guerra caótica y desordenada debía ponerse en relación directa con el fundamento económico de las sociedades y, en particular, con el estadio de desarrollo de la agricultura y la estabilidad en la división de la propiedad de la tierra. Es cierto que, con esto, mantenía una cierta fidelidad a las fuentes grecolatinas, pero su discurso fue más allá de la mera paráfrasis de Estrabón y Diodoro, sino que de alguna manera insertó sus planteamientos en una general reflexión antropológica. Así, identificó este tipo de actitud bélica como algo común a todos los pueblos arcaicos (escitas, galos, britanos, pero también algunos pueblos griegos), y lo asoció con una forma de vida «nomádica y pastoril» en la que aún no se había desarrollado un sistema agrario sofisticado. La inexistencia de un «uso de la tierra» estable, conllevaría una carencia de ordenación política y jurídica más allá de la lealtad familiar. En ese contexto tendría sentido un modo de ordenación social basado en la fuerza y el valor, en el que el robo sería considerado natural y honroso, pues no sería tratado como delito, sino como una demostración de fuerza y superioridad¹⁷⁸².

Lo cierto es que ese tipo de racionalización del bandidismo también contuvo una lectura patriótica. La explicación y desdramatización del fenómeno abrió la puerta a una cierta dignificación de las actitudes hispanas, al tiempo que reforzaba la crítica al discurso barbarizante de las fuentes clásicas. O bien, dicho de otra manera: lo que estaba sobre la mesa cuando se hablaba de *latrones* era un tipo de guerra y un modo de vida particular que había sido mal comprendido o directamente infamado por parte de los autores grecolatinos.

En esta línea, Marín ofreció la explicación que quizá resulta más desapasionada y racionalista. Según él, el hecho de que los pueblos primitivos —incluidos los arcaicos helenos e itálicos— entendiesen la rapiña como una forma de vida convencional, explicaría que lingüísticamente se hubiese fosilizado el término *latrones* para referirse indistintamente a «Soldados» al hablar de ciertos enemigos en un estadio cultural inferior. De esta manera perviviría el término en algunos textos, aunque no fuese del todo preciso, como un recuerdo de su antiguo sentido¹⁷⁸³.

Los Mohedano también ahondaron en esa discordancia entre realidad y discurso, aunque de una manera algo más simplista. Combinando la cuestión con el tópico de la desunión, entendieron que esa visión de las fuentes podía tener que ver con el hecho de

¹⁷⁸² Marín y Mendoza 1776, 5-17, 28-29.

¹⁷⁸³ *Ibid.*, 14.

que los hispanos nunca habían logrado unirse en una gran coalición, razón por la que los autores grecolatinos solo podían ver a los generales de aquellos pequeños ejércitos como «Capitanes de vandoleros»¹⁷⁸⁴. Desde luego, el tema adquiriría un sesgo más claramente heroizante al tratar sobre la guerra de Viriato, aunque su tratamiento seguía sin ser absolutamente tradicional; si en los siglos previos ese aspecto del héroe había sido considerado como más o menos anecdótico, como una mera fase de su ascenso en el poder¹⁷⁸⁵, en este periodo se caracterizó por una interpretación más específica que pasaba por hacer patente ese contraste entre fuentes y realidad histórica.

«Los Escritores de Roma llaman á Viriato ladron, y Capitan de ladrones, desde cuya infima esfera subió á la de General vencedor de exercitos Pretorios y Consulares. Pero este nombre ignominioso que dan á algunos Gefes de los Españoles para deprimir sus victorias, no significa lo que ahora entendemos por aquella expresion. Llamabase latrocinio á una forma de guerra furtiva y por sorpresa, en la cual valiendose de la desigualdad del terreno, y el descuido de los enemigos, se les acometia inopinadamente, y mas bien con asechanzas, que á viva fuerza. En este genero de guerra se aventajaban los Españoles, especialmente los Lusitanos. Por esto eligieron á Viriato, y tuvieron la gloria bajo este pretendido Capitan de ladrones, de conseguir insignes victorias contra los Generales y Consules Romanos. Sertorio siguió despues el mismo camino; lo qual nos da idea, que los que se llaman ladrones, eran excelentes soldados por su valor y destreza militar»¹⁷⁸⁶.

Masdeu, en la misma línea, simplificó bastante más el mensaje, enfatizando la dimensión manipuladora del discurso antiguo: «ordinariamente han tomado el empeño de obscurecer sus hazañas, y de desacreditarlo, representando aquel hombre famoso como a un bandolero o foragido»¹⁷⁸⁷.

Es interesante cómo ese empeño por revelar el carácter sesgado de las fuentes en este tema tuvo su proyección literaria. En el *Viriato* de Comella, la contraposición entre lo que afirma Pompeyo en sus primeras intervenciones y lo que luego demuestra ser el lusitano con sus propias acciones incide en ese mismo concepto historiográfico. El general romano, cuando después de la derrota se plantea firmar un pacto que le resulta vergonzoso, se pregunta «¿Y con quien? con un prófugo, un vandido, / que aprendió el ejercicio de las armas, / con una tropa vil de foragidos»; y más adelante, a su lugarteniente, de nuevo, «A quién, Servilio Cepio? á un foragido? / Eso sería ya reconocerle; / fuera darle un poder de que no es digno»¹⁷⁸⁸. Esta primera valoración del enemigo, sin embargo, se contradice con el verdadero papel de Viriato, que durante toda

¹⁷⁸⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 324-325.

¹⁷⁸⁵ Flórez (1747-1775, tomo 13, 15) sí reprodujo ese planteamiento más simple, aunque en ningún caso era objetivo de su obra analizarlo en mayor profundidad.

¹⁷⁸⁶ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 329.

¹⁷⁸⁷ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 295.

¹⁷⁸⁸ Comella 1798, vv. 45-47 y 100-102, respectivamente; ya antes le calificó de «vandido» en v. 15.

la obra es considerado como «Xefe» de los lusitanos, el mismo calificativo que se aplica a Pompeyo y, más característicamente, «Caudillo». De hecho, el alcance político y simbólico de este último calificativo fue objeto de reflexión explícita entre los lusitanos en la obra (§ 6.6). Esa contraposición explícita entre el ladrón de la visión romana y el «Xefe/Gefe» del personaje *verdadero* se estaba dando al mismo tiempo y de manera idéntica en la reflexión historiográfica más profunda y en su proyección literaria más populista.

En estas fórmulas confluían de alguna manera dos fenómenos muy característicos de las visiones del siglo XVIII que están reapareciendo de manera constante: por un lado, la racionalización de los fenómenos históricos y la crítica a las fuentes y, por otro, la tendencia a aristocratizar a los grandes personajes de la épica hispana. En este caso, la figura de Viriato se sometió a un proceso de dignificación que pasaba por negar su faceta delictiva y reivindicar su altura político-militar, en un contexto intelectual en el que, además, se pretendía explicar desde un punto de vista racional su contexto cultural y las discordancias de las fuentes.

En efecto, la historiografía ilustrada encontraba cierto acomodo equilibrado entre la racionalización y el enaltecimiento: el latrocinio hispano era comprensible desde un punto de vista histórico y cultural; esto situaba a los hispanos en un estadio primitivo y felizmente superado, pero en su explicación había también justificación, con lo que evitaba el mero estigma. En el proceso no se renunciaba a la evocación romántica de esa forma de combate natural y salvaje. Esto es claro cuando los Mohedano, al tratar sobre la particular simbiosis que se estableció entre Sertorio y los hispanos, identificaron este rasgo, el de la lucha en emboscadas, como el factor de confluencia más significativo:

«Estos [los hispanos] acostumbraban correr los montes, aparecerse de improviso, donde no eran esperados, estar siempre en continuo movimiento, tolerar el hambre y la sed, en fin hacer una especie de guerra intolerable á los Romanos y á su General. Sertorio havia nacido para esta especie de combates, y halló en los Españoles instrumentos proporcionados á la execucion»¹⁷⁸⁹.

Es cierto que, al transcurrir por esa delgada línea entre el racionalismo y el patriotismo, los historiadores generalistas de la Ilustración no pudieron evitar caer en ciertas contradicciones esencialistas. Tanto los Mohedano como Masdeu habían aceptado y desarrollado la idea del bandidismo como forma de guerra primitiva condicionada por las circunstancias geográficas y económicas; no obstante, en ocasiones se deslizaron consideraciones que más bien remiten al bandidismo como forma de guerra *étnica*, propiamente española, por encima de cualquier consideración racional. Siguiendo con Sertorio, Masdeu se empeñó en discutir quién había sido el primero en utilizar ese tipo de tácticas en realidad: «Sertorio en sus guerras [...] imitó felizmente este ingenioso

¹⁷⁸⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 322.

estratagema, de que Viriato se había valido algunas veces»; a continuación se lamentó de la confusión de Frontino al atribuir la invención al romano, quitándole el mérito a Viriato¹⁷⁹⁰. Si se estaba hablando de un estadio guerrero primitivo de características universales, este debate sobre el prestigio de su invención carecía de sentido lógico. La medida racionalista chocaba necesariamente con la pulsión nacionalista de considerar a aquellos salteadores como unos guerreros naturales en lucha por su patria; primaba la explicación razonada y crítica, pero el equilibrio era precario y la tentación atrayente.

¹⁷⁹⁰ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 332; trató luego sobre el empleo de esta táctica por Sertorio en *Ibid.*, tomo 4, 418-420; a partir de Front. *Strat.* 2.5.7, 2.13.4 y 3.10.9.

Capítulo 9

VÍCTIMAS DE SU CONSTANCIA

REFLEXIONES SOBRE LA LEALTAD

«La nación está dividida, mitad patriotas mitad traidores,
y nadie puede diferenciarlos»

Mark Twain, 1901, *Patriots and Traitors: Lotos Club Dinner Speech*.

La cuestión de la lealtad no respondió nunca a un cliché simple y unívoco en las fuentes grecolatinas, al contrario de lo que ocurrió con otros temas cuyo sentido etnográfico fue más obvio. Como desarrollo en el primer apartado de este capítulo, esto no significa que la cuestión no estuviese igualmente filtrada con lugares comunes, preconcepciones y consideraciones etnocentristas, sino que su articulación dentro del discurso fue más multifacética y compleja. Ciertamente la perfidia funcionó a veces como un definidor etnocultural degradante; no obstante, por lo general, la dialéctica en torno a la *perfidia* y la *fides* fue un juego de opuestos fundamentalmente ideológico, empleado como un mecanismo historiográfico con el que entender y explicar las circunstancias de las acciones romanas. Por ejemplo, los cambios de lealtades y traiciones que se describieron en torno a la Segunda Guerra Púnica por parte de los caudillos del noreste, y, sobre todo, la cuestión de Sagunto y la cuestión de la culpabilidad del conflicto, fueron un escenario privilegiado para plasmar este tipo de reflexiones éticas. Como ocurre también en el episodio de la desertión de los celtíberos a los Escipiones, el discurso historiográfico se configuró como una historia de la búsqueda del equilibrio de la *fides*. En esa reconstrucción hay argumentos justificativos de la acción romana, pero también autocríticas y reflexiones (el caso de Sagunto es muy claro) y la estigmatización de ciertos personajes romanos en ese sentido (como Galba o Lúculo). Por otro lado, es ilustrativo de la importancia de ese tema en el discurso político la incidencia del tópico de la *Hispania fidelis* en la iconografía, presentando a la provincia como una aliada garante de la legitimidad en la propaganda ligada a los conflictos civiles.

Cuando esta cuestión fue tratada en la historiografía renacentista, autores como Ocampo, Morales o Mariana hicieron un notable esfuerzo por incorporar esa característica, la *fides*, como uno de los rasgos étnicos más definidores de lo hispano, integrándola plenamente en el estereotipo del guerrero hispano y sus virtudes marciales. La alabanza de la costumbre de la *devotio* como prueba de la fidelidad incondicional de los hispanos, incluida su función de aliados y guardia personal de los grandes personajes romanos, fue utilizada como una fuente importante de prestigio nacional. Ahora bien, esto comportaba un problema: dar explicación a los numerosos pasajes de las fuentes que habían descrito las traiciones, desertiones y cambios de alianzas de pueblos y régulos hispanos. Es evidente que la cuestión planteaba un reto, porque, en efecto, como intento demostrar con varios ejemplos concretos, se llevaron a cabo una serie de adaptaciones o directamente tergiversaciones deliberadas de los episodios más complejos para no ensombrecer aquella virtud. Por otro lado, el reforzamiento de esta conllevaba establecer un juego de opuestos en el que los invasores eran caracterizados por su comportamiento pérfido, idea que encontró un enorme potencial en la caracterización clásica de fenicios y púnicos, pero también en las figuras retóricas de los malos pretores típicos, como Galba, o los episodios emblemáticos en este aspecto, como Sagunto.

En la tercera parte de este capítulo ejemplifico cómo el tópico sobre la lealtad intrínseca de los hispanos se retomó en el siglo XVIII reproduciéndose básicamente el sentido de su formulación renacentista. La dialéctica entre la fidelidad hispana demostrada por sus actos y la perfidia de los invasores demuestra ser un estereotipo que funcionaba bien a la hora de articular un discurso patriótico. En ese periodo, en todo caso, se reforzó en torno a la idea del centralismo político tan propia del momento, sirviendo a la causa de perfilar una idiosincrasia hispana que los hacía especialmente proclives a seguir a sus líderes en su camino hacia el progreso. Esto que se apuntó en la historiografía, fue particularmente desarrollado en el teatro, gracias a la flexibilidad que aportaba la licencia literaria. En este sentido, la idea de lealtad fue presentada como sinónimo del respeto por la legalidad y las normas por las que se regía la comunidad, de manera que apareció de forma recurrente como elemento central en los dilemas que atormentaban a los protagonistas a propósito de la tensión entre las pasiones personales y el bien común.

9.1. Entre la *perfidia* y la *fides*

Iberia no solo se presentó como peligrosa y amenazante ante Roma en un sentido militar, también lo era por la imprevisibilidad de sus habitantes. Según las fuentes grecolatinas, además de agresivos, los hispanos fueron inconstantes, volubles en sus decisiones y lealtades. Esto se tradujo a menudo en desertiones y traiciones que tuvieron resultados fatales, tanto para los cartagineses como para los romanos.

En cierta medida, podría plantearse que el empleo de este tipo de estigma sobre los iberos mediterráneos respondiese a la aplicación de un tópico propio del estereotipo del bárbaro de Oriente. Tiene sentido en la medida en que, frente a la *feritas* propia de Occidente, la *perfidia* fue uno de los rasgos por antonomasia del *barbaricum* oriental, caracterizado por un exceso de sofisticación que devenía en doblez y astucia engañosa¹⁷⁹¹. Efectivamente, en su plasmación sobre los pueblos occidentales, aquel estereotipo *orientalizante* se aplicó de una manera particularmente sistémica en la caracterización de la barbarie púnica¹⁷⁹². No obstante, no creo que en la presencia del *topos* de la perfidia en la descripción de las poblaciones de Iberia estuviese funcionando una simple trasposición del prototipo oriental a ciertas áreas peninsulares, entre otras cosas, porque este afectó por igual a pueblos mediterráneos e interiores. En realidad, desde un punto de vista amplio, era un tópico achacable a cualquier realidad hispana por su propia condición bárbarica; eran pueblos que no respondían a normas morales y civilizadas, sino al instinto

¹⁷⁹¹ Dauge 1981, 654-676.

¹⁷⁹² Thiel 1994 [1943]; Prandi 1979; Dubuisson 1983; Barceló Batiste 1994; Devallet 1995; Ferrer Albelda 1996b; Starks 1999; Thomas 2001; Poinssotte 2002; Bonnet 2005; Ben Ali Ghrandi 2009.

y el impulso, por lo que su comportamiento era anárquico por naturaleza, regido por el oportunismo¹⁷⁹³.

Sin embargo, este tema tuvo implicaciones discursivas que iban más allá de la mera caracterización del bárbaro. Me parece convincente el argumento de que la presencia de la *perfidia* en el relato sobre las guerras de Roma formaba parte de un discurso imperialista fundamentado en el concepto de la *pistis/fides*¹⁷⁹⁴. Entendido este concepto en un sentido amplio, más allá de la noción de lealtad, la *fides* se concibió como un conjunto complejo y a menudo tácito de deberes y obligaciones, así como de legítimas reacciones ante el incumplimiento, la ingratitud, la traición o simplemente la falta de reciprocidad. Así, la fama por un comportamiento *fidelis* era fundamental, como lo era la dejación de respuesta ante una ofensa del mismo, lo que era percibido como un signo de debilidad imborrable. Esta virtud englobaba la noción del buen comportamiento entre individuos y pueblos, la correspondencia de acciones justa, transparente y proporcionada. Esa idea fue omnipresente en la historiografía que explicó el proceso de expansión romano: la guerra fue presentada como una serie de reacciones respecto de las acciones de los demás, que no siempre fueron coherentes desde un punto de vista lógico o estratégico, pero que encontraban su justificación en la restauración del equilibrio de la *fides*, o que, por el contrario, eran censurables por transgredirlo. Así, la cuestión de la perfidia no fue solo un definidor etnocultural; el de la *perfidia* y la *fides* fue un juego de opuestos fundamentalmente ideológico, empleado como un mecanismo historiográfico con el que entender y explicar las circunstancias de las acciones romanas.

La perfidia hispana entró en escena desde antes de que el ejército romano pisase Iberia. Muy simbólicamente, la caída de Sagunto estuvo propiciada según Livio por la traición de un saguntino a los suyos¹⁷⁹⁵. En parte, esta historia servía para aliviar la carga de la culpabilidad romana por omitir el auxilio a su aliada (*vide infra*), añadiendo a la responsabilidad de Aníbal la propia actitud traicionera de los locales¹⁷⁹⁶. La entrada de Roma en escena comenzaba con otra traición saguntina, la de Abilix/Abelux que, renegando de sus tiránicos aliados cartagineses, propició que Cneo Escipión lograra la plaza¹⁷⁹⁷. Es ilustrativo que ese cambio de lealtad, que en este caso les favorecía, fuese calificado por Livio como algo propio del «carácter de los bárbaros» (*barbarorum*

¹⁷⁹³ Gómez Espelosín et al. 1995, 125-126.

¹⁷⁹⁴ Sobre la importancia de la *fides* en el discurso historiográfico latino *vide* Barry 2005; Burton 2011; Groves 2013. Complementariamente, puede contemplarse su dimensión jurídica (Nörr 1996 (1991)) y religiosa (Freyburger 1986). Por otro lado, se ha enfatizado el concepto en el ámbito romano, aunque resultaba ampliamente compatible con la noción de *pistis* griega (Freyburger 1982; Gruen 1982). Para lo que concierne a los asuntos hispanos, Perley (2012) ha hecho un repaso exhaustivo de referencias, aunque limitado en su análisis.

¹⁷⁹⁵ Liv. 21.12.

¹⁷⁹⁶ Tovar Paz 1996-2003, 185.

¹⁷⁹⁷ Plb. 3.98; Liv. 22.22.

ingenia). Por otro lado, el hecho de que la entrada de los romanos se inaugurase con este episodio es muy significativo: sentaba las bases de la naturaleza pérfida tanto de los cartagineses como de los hispanos, y anticipaba los problemas que esto les iba a causar a los propios Escipiones¹⁷⁹⁸.

En realidad, el manejo de este tipo de episodios es recurrente y tiene una implicación múltiple. Este escenario se repite una y otra vez en los relatos de la Guerra de Aníbal: un individuo o un pueblo hispano traicionaba su alianza con los cartagineses debido al mal trato recibido y pedía unirse a la causa romana. La tendencia comenzó con Abilix, pero se repitió con Edecón¹⁷⁹⁹ y Andobales¹⁸⁰⁰, y con los ilergetes Indíbil y Mandonio¹⁸⁰¹. Estos habían sido, según Polibio, «los amigos más leales de los cartagineses»¹⁸⁰², ahondando en la gravedad de su traición, lo que Livio reforzó insistiendo en su alternancia de lealtades¹⁸⁰³. En un episodio posterior, Lucio Marcio, legado de Escipión, logró de un grupo de mercenarios celtíberos fieles a Magón que cometieran todo tipo de traiciones¹⁸⁰⁴. Este escenario repetitivo se manejaba con un triple objetivo: recalcar el problema de la volubilidad de los hispanos, estigmatizar el comportamiento de los cartagineses con sus aliados y contrastarlo con la actuación virtuosa y *fidelis* de los romanos o, más exactamente, de los Escipiones.

El caso de Indíbil y Mandonio es aún más complejo, porque una vez pasados al bando romano se sublevaron contra estos en dos ocasiones¹⁸⁰⁵, con lo que su tendencia a la traición se volvía sistémica. En efecto las revueltas ilergetes son el paradigma de la inestabilidad hispana y, a su vez, sirvieron como muestra paradigmática de la *fides* de Escipión en su actuación magnánima, proporcionada y recíproca con ellos: haciéndoles regalos cuando estuvieron a su lado, estableciendo una rendición justa tras la primera revuelta y ajusticiando a los cabecillas tras la segunda¹⁸⁰⁶. Además, tras la primera revuelta, Livio introdujo un inciso sobre los usos diplomáticos romanos y puso en boca de Escipión un discurso de censura ante la traición, pero magnánimo y clemente con los culpables¹⁸⁰⁷. El relato no iba solo de la reiterada perfidia ilergete, sino de la modélica lección dada por un romano.

¹⁷⁹⁸ Groves 2013, 138-139.

¹⁷⁹⁹ Liv. 27.17.

¹⁸⁰⁰ Plb. 9.11; 10.36.

¹⁸⁰¹ Plb. 10.35; Liv. 27.17 y 19.

¹⁸⁰² Plb. 3.76; 9.11; 10.35 (trad. de Balasch Recort 1981).

¹⁸⁰³ Liv. 29.1.

¹⁸⁰⁴ App. *Hisp.* 31; vide Hernández Prieto 2011.

¹⁸⁰⁵ Plb. 11.31 y 33 y Liv. 28.24 y 32-34; 29.1-3.

¹⁸⁰⁶ Todo lo que concierne a la complejidad diplomática y política de estos personajes ha sido ampliamente tratado: Rodríguez Adrados 1950; Triviño 1955; Guallar Pérez 1956; Blázquez Martínez 1967; Blázquez Martínez y García-Gelabert Pérez 1988; Garcés i Estalló 1997; Moret 1997; Coll i Palomas y Garcés i Estalló 1998; Naco del Hoyo 1998; Riera Vargas y Principal Ponce 2015.

¹⁸⁰⁷ Liv. 28.34; vide Groves 2013, 144-145; en general, sobre esos tópicos en la imagen de Escipión:

Por otro lado, la volubilidad de los hispanos no era un acto de inconsciencia. Esto transmitió Livio cuando, al final de la guerra, habló del destino de los antiguos aliados de los cartagineses.

«algunas ciudades estaban tranquilas por miedo, conscientes de su culpa, más que por lealtad (*propter conscientiam culpa magis quam fide*); de entre ellas eran especialmente notorias por su tamaño y doblez (*noxa*) Ilturgi y Cástulo»¹⁸⁰⁸.

Livio estaba anticipando un motivo para justificar la brutal matanza que Escipión perpetró justo después en Ilturgi. De nuevo, utilizaba el argumento de la lealtad, aunque yendo un paso más allá: esas ciudades entendían la represión romana que se les avecinaba como algo justo e inevitable; la falta de lealtad no era algo fruto de la ignorancia primitiva, sino la transgresión de una norma conocida¹⁸⁰⁹.

Fueron muchos los ejemplos de la inestabilidad de la *fides* hispana, pero probablemente el más dramático fue la deserción que desembocó en la muerte de Publio y Cneo Escipión en el 211 a. e. c. Livio contó cómo las tropas celtibéricas bajo el mando de Cneo fueron compradas por Asdrúbal para que abandonasen a los romanos, siendo como era «buen conocedor de la absoluta deslealtad de los pueblos bárbaros y especialmente de la de todos aquellos entre los que llevaba tantos años de campaña», lo que condujo al desastre al exiguo y dividido ejército de los Escipiones, resultando muertos ellos mismos¹⁸¹⁰. Lo más trascendente de este caso es que fue planteado por las fuentes como una motivación central en las posteriores acciones de Roma y, en particular de Publio Cornelio Escipión, hijo y sobrino de los fallecidos, en una suerte de venganza familiar¹⁸¹¹. De esta manera, la traición de los celtíberos fue supuestamente investigada por él desde Roma¹⁸¹² y fue la razón que esgrimió en su discurso frente al Senado para ser nombrado cónsul de forma irregular¹⁸¹³. Asimismo, invocó el mismo episodio en la arenga a sus tropas al llegar a Hispania¹⁸¹⁴ y lo recordó de nuevo en los funerales de Publio y Cneo en Carthago Nova¹⁸¹⁵. Una vez más, cuando se habló después de la presencia de celtíberos en el ejército cartaginés durante la batalla de Cannas y en el norte de África, volvió a mencionarse la célebre traición¹⁸¹⁶. De hecho, para Livio incluso «las Hispanias lloraban y añoraban a los generales por su forma de ser»¹⁸¹⁷.

Torregaray Pagola 1998; 2002.

¹⁸⁰⁸ Liv. 29.19.

¹⁸⁰⁹ Rodríguez Mayorgas 2014, 264.

¹⁸¹⁰ Liv. 25.33 (trad. de Villar Vidal 1993d).

¹⁸¹¹ Salinas de Frías 2011a.

¹⁸¹² Plb. 10.7.

¹⁸¹³ Liv. 26.18.6-10; App. Hisp. 18.

¹⁸¹⁴ Pol. 10.6; Liv. 26.41.17-19.

¹⁸¹⁵ Liv. 28.21.

¹⁸¹⁶ App. Hann. 20-23 y Plb. 14.7.5; 14.8.8-10; Liv. 30.7.10, respectivamente.

¹⁸¹⁷ Liv. 25.36 (trad. de Villar Vidal 1993d).

Hay varios elementos sospechosos en esta tradición¹⁸¹⁸. El hecho de que Apiano no mencionase a los celtíberos al explicar las causas del desastre de los Escipiones¹⁸¹⁹ revela que existió al menos otra versión distinta de los hechos. Además, el relato del soborno es extrañamente coincidente con otros que también atañen a la fama traicionera de los celtíberos: el reclutamiento de estos por los propios Escipiones se hizo pagándoles la misma soldada que les pagaban los cartagineses para que les abandonasen¹⁸²⁰ y Catón intentaría casi exactamente lo mismo (el doble de la soldada) para que los celtíberos contratados por los turdetanos desertasen¹⁸²¹. Por otro lado, la inconcreción con la que se utilizaba el etnónimo «celtíbero» en el siglo III a. e. c.¹⁸²², sugiere que pudo tratarse de una posible reelaboración posterior. Es posible, por tanto, que la versión de la traición celtibérica fuese una tergiversación o bien una simple invención elaborada en los círculos escipiónicos con el fin de explicar las acciones militares de sus miembros en Hispania, lo que de alguna manera sentaría los precedentes propicios para la agresiva campaña numantina de Escipión Emiliano (bisnieto y sobrino bisnieto adoptivo de los traicionados)¹⁸²³. Sea el relato radicalmente falso o no, en todo caso resulta evidente su instrumentalización como parte de la tradición historiográfica de glorificación escipiónica, contribuyendo a otorgar a la historia de las guerras hispanas un cierto sentido de gesta familiar (§ 2.3)¹⁸²⁴. Colateralmente, el bárbaro celtíbero que los Escipiones habían combatido durante generaciones, completaba así su imagen de guerrero salvaje con la del pérfido y traicionero.

Con estos episodios queda claro que existió un prejuicio barbarizante en la formulación de la perfidia hispana. En varias ocasiones Livio lo expresó en términos totalizadores que iban más allá del individuo o el pueblo concreto implicado, sino atribuyéndolo a la totalidad de los bárbaros (*peritus omnis barbaricae perfidiae*)¹⁸²⁵. También Estrabón habló en términos generales de «su pérfido carácter y su falta de honestidad»¹⁸²⁶. No obstante, estas acciones hispanas y su valoración historiográfica no pueden entenderse plenamente sin considerar sus circunstancias políticas e ideológicas específicas. Desde luego estaban invocando un estereotipo típico del discurso del bárbaro, pero insertándolo a conveniencia en función de la necesidad discursiva que reclamase la

¹⁸¹⁸ Salinas de Frías 2011a.

¹⁸¹⁹ App. *Hisp.* 16.

¹⁸²⁰ Liv. 24.49.

¹⁸²¹ Liv. 24.49 y 34.19, respectivamente; *vide* Salinas de Frías 1986, 10-11; 2011a, 102.

¹⁸²² Ciprés 1993b; Gómez Fraile 1997; Beltrán Lloris 2004; Pelegrín Campo 2005.

¹⁸²³ Salinas de Frías 2011a, en concreto, apunta al analista Acilio, senador simpatizante de la facción escipiónica, como posible artífice de la historia.

¹⁸²⁴ Torregaray Pagola 1998; 2002; 2003; Hernández Prieto 2011; Salinas de Frías 2011a.

¹⁸²⁵ Liv. 25.33, *e. g.*; como lo había hecho a propósito de los númidas: Liv. 28.17.7; 29.23.6; *vide* Rodríguez Mayorgas 2014, 260.

¹⁸²⁶ Str. 3.4.5 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

caracterización ideal del romano. Prueba de ello es que el esquema podía invertirse con cierta facilidad.

En efecto, el discurso de la perfidia hispana no se formuló de una manera simple y maniquea, conllevó matices importantes¹⁸²⁷. En este sentido, uno de los problemas más significativos lo planteó la cuestión de Sagunto, aquella que «aguantó con fortaleza todo lo digno e indigno acordándose de las promesas hechas a los romanos»¹⁸²⁸. La dejación de auxilio por parte de Roma a su ciudad aliada en el origen de la Guerra de Aníbal se enquistó como una obsesión histórica que no estaba exenta de un cierto sentimiento de remordimiento¹⁸²⁹. Por mucho que la culpabilidad de la guerra en la tradición hegemónica se hiciese recaer en la soberbia de Aníbal, la omisión de ayuda a los saguntinos no dejaba de representar una mácula importante en la idea de Roma como representante supremo de la *fides*. Livio dejó traslucir esa inquietud poniéndola en boca de los propios hispanos: al narrar la petición de alianza de Roma con los volcianos, «reprodujo» el discurso de estos al rechazar el pacto, aludiendo a Sagunto como ejemplo de la nula fiabilidad romana¹⁸³⁰. En sentido inverso, se estaba reproduciendo la imagen del Escipión prevenido ante la perfidia de los celtíberos tras la muerte de Publio y Cneo. De alguna manera, Livio estaba utilizando este ficticio discurso indígena como mecanismo indirecto de autorreflexión sobre las propias faltas de Roma en cuestiones de lealtad¹⁸³¹.

Al mismo tiempo, la censura de las malas acciones romanas tenía un efecto fundamental en la manera en que caracterizaba a los hispanos implicados. En este juego de inversión del esquema *perfidia-fides*, tuvo un papel esencial la noción de *simplicitas*. La ingenuidad primaria, infantil, del bárbaro primitivo suponía el desconocimiento de la sofisticación de las relaciones civilizadas, y fue un concepto recurrente en la taxonomía del bárbaro noroccidental¹⁸³². La idea tuvo en ocasiones un tono anecdótico, incluso cómico, como cuando se describieron las maneras que tenían los delegados de Cértima al reunirse con Tiberio Sempronio Graco:

«Lo primero que pidieron al pretor es que diese la orden de que les diesen de beber. Apurada la primera copa pidieron otra, entre las carcajadas de los presentes por lo primitivo de su carácter y su absoluta ignorancia de cómo comportarse»¹⁸³³.

Este extremo era alterizante en tanto que degradaba las capacidades de los hispanos como interlocutores, pero no era un rasgo necesariamente negativo. La transparencia que

¹⁸²⁷ Rodríguez Mayorgas 2014.

¹⁸²⁸ Oros. 4.14.1 (trad. de Sánchez Salor 1982a).

¹⁸²⁹ Liv. 21.19, *e. g.*; *vide* Tovar Paz 1996-2003; Groves 2013, 115-130.

¹⁸³⁰ Liv. 21.19; sobre estos pueblos, *vide* Pina Polo y Alfayé Villa 2002.

¹⁸³¹ Rodríguez Mayorgas 2014, 263-264.

¹⁸³² Algunos ejemplos latinos del tópico de la ignorancia como inherente a la barbarie nortea en Borie 2011, 446-447; para el caso hispano, *vide* Gómez Espelosín et al. 1995, 122-123.

¹⁸³³ Liv. 40.47 (trad. de Villar Vidal 1993c).

conllevar se parecía mucho a la *pistis/fides* grecolatina, aunque en este caso no por voluntad, sino por su carácter natural e incorrupto. Ese rasgo primigenio se oponía a la legendaria perfidia oriental, pero también, y esto es lo más importante, a la de las propias tretas de Roma. En efecto, esa *simplicitas* tuvo implicaciones mucho más serias que las burlas de los romanos. En el mismo pasaje sobre Cértima, los hispanos revelaron absurdamente su estrategia al enemigo:

«sus palabras tuvieron la franqueza de los antiguos, sin tratar de ocultar que tenían intención de hacer la guerra si contaban con medios. Pidieron, pues, permiso para ir al campamento de los celtíberos a buscar refuerzos»¹⁸³⁴.

Una candidez parecida acabó en desastre para los de Nergóbriga frente a Marcelo¹⁸³⁵. Igualmente, esa inocencia acabó en masacre de celtíberos en Colenda gracias a la argucia de T. Didio¹⁸³⁶. Aún más grave resultó la credulidad de los vacceos que derivó en la matanza de los de Cauca por parte de Lúculo, hecho que «cubrió de infamia el nombre de Roma»; de nuevo, como Sagunto, la cuestión implicaba a la *fama*, pues después los de Intercatia aludieron a aquel crimen para desechar cualquier posibilidad de negociación con Lúculo¹⁸³⁷. Así, la primitiva honradez bárbara de los hispanos demostraba tener una enorme potencialidad crítica como contrapunto de las demostraciones romanas de perfidia, un recurso al que acudió Apiano con frecuencia¹⁸³⁸.

Probablemente, esa inversión de la dicotomía sobre la perfidia alcanzó su grado más significativo en la Guerra de Viriato. La matanza de lusitanos ordenada por Galba transgrediendo, precisamente, una supuesta *deditio in fidem*¹⁸³⁹, fue percibida como otra de las grandes lacras de la intervención romana en Hispania¹⁸⁴⁰. Como he comentado, la manera en que se trató el episodio de manera hegemónica en las fuentes forma parte del triunfo de la propaganda contraria a Galba (§ 2.4). No obstante, la cuestión tuvo también un efecto especular interesante en la manera en que fueron representados los lusitanos, en la medida en que, temporalmente, se convirtieron en los depositarios ejemplares de la *fides*, esa que debería haber demostrado el representante de Roma. Como los vacceos de Lúculo y los celtíberos de Didio, los lusitanos cumplieron inocentemente con el acuerdo

¹⁸³⁴ Liv. 40.47 (trad. de *Ibid.*).

¹⁸³⁵ App. *Hisp.* 48.

¹⁸³⁶ App. *Hisp.* 99-100; vide Martínez Caballero 2011; Sánchez Moreno 2017, 65-67.

¹⁸³⁷ App. *Hisp.* 51-52 (trad. de Gómez Espelosín 2016); vide Ballesteros Pastor 1999; García Riaza 2002, 82-88.

¹⁸³⁸ Gómez Espelosín 1993c; 2009.

¹⁸³⁹ Términos que se apoyan en los testimonios de Livio (*Per.* 49.17) y Orosio (4.21.10).

¹⁸⁴⁰ Cic. *Brut.* 80 y 89; *Att.* 12.5.3; *Diu. Caec.* 66; *Orat.* 1.227; *Mur.* 50; Liv., *Per.* 49.17-20; Nep. *Cato.* 3.4; Val. Max. 8.1.2 y 9.6.2; Quintil. *Inst.* 2.15.8; Fronto, *Ad M. Caes.* 3.20; Suet. *Galb.* 3.2; App. *Hisp.* 60; Gell. *N. A.* 1.12, 13.25.15; Ps. Ascon. 203 Stangl; Oros. 4.21.10; la cuestión ha sido tratada en sus múltiples implicaciones historiográfica y jurídicas: García Quintela 1999; Muñiz Coello 2004; García Riaza 2008; Salinas de Frías 2010; Silva Reneses 2016; Aguilera Durán y Sánchez Moreno e. p.

de entregar las armas a Galba¹⁸⁴¹. De nuevo esa autocrítica era expresada mediante el discurso del enemigo: cuando los romanos propusieron a los lusitanos un nuevo acuerdo pacífico, Viriato los disuadió de aceptarlo remitiendo a la memoria de las traiciones previas, que demostraba la poca fiabilidad de los romanos¹⁸⁴². El mecanismo retórico es casi idéntico al del discurso de los volcianos sobre Sagunto y el de los intercatienses sobre Cauca. En efecto, Viriato fue representado como una versión antitética de Galba: Viriato era el paradigma del líder *fidelis*, transparente y directo en sus acciones diplomáticas, había logrado además una lealtad inusitada de sus tropas mediante consenso, justicia y equidad (§ 2.4)¹⁸⁴³. No en vano, solo pudo ser derrotado mediante la traición espoleada, de nuevo, por la perfidia romana de Cepión¹⁸⁴⁴. Si el Escipión de la Segunda Guerra Púnica había sido el paradigma de la fama por la *fides*, Galba era el antihéroe que había roto esa reputación sagrada.

La tradición historiográfica grecolatina insistió mucho en la defensa del trato digno y honorable a los vencidos, evitando la argucia engañosa cuando fuese posible, lo que era sinónimo de ajustarse al ideal de la *fides*, en un plano más o menos abstracto, y cumplir con las prerrogativas concretas del *ius belli*¹⁸⁴⁵. Cuando se criticó lo contrario en las guerras hispanas, esto repercutió colateralmente en el reconocimiento sobre el hispano de esas virtudes que habían sido traicionadas. Esto no debe confundirse con una caracterización positiva del hispano en sí misma o una negación de su barbarie, pues la reflexión se dirigía hacia la acción romana, el hispano era circunstancial. Apiano, uno de los más críticos con Roma en este sentido, lo dejó claro en el caso de Galba, que estaba «castigando entonces una perfidia con otra, imitando a los bárbaros de un modo que no era digno de los romanos»¹⁸⁴⁶. Efectivamente, todos estos casos diferían de la cuestión de Sagunto en que la responsabilidad se hacía recaer de manera exclusiva sobre la decisión individual (Marcelo, Lúculo, Galba, Didio), no sobre Roma. El antirromano de turno representaba una excepción a la *virtus* de la Ciudad pero, al fin y al cabo, la perfidia seguía siendo una cualidad del bárbaro.

Aun considerando esto, el tratamiento del tema de la lealtad sigue sin estar completamente explicado. Sin llegar al extremo de los episodios anteriores, y sin tratarse de desprestigiar a un personaje romano, hay otros pasajes que también problematizan el discurso de la perfidia hispana. Así ha sido interpretado, por ejemplo, el pasaje de Livio en el que imaginó los motivos de Indíbil y Mandonio para emprender su segunda revuelta

¹⁸⁴¹ App. *Hisp.* 60.

¹⁸⁴² App. *Hisp.* 61.

¹⁸⁴³ App. *Hisp.* 75.

¹⁸⁴⁴ App. *Hisp.* 74.

¹⁸⁴⁵ Para el caso hispano, vide García Riaza 2002; 2011; 2012; otros ejemplos extrahispánicos sobre la ruptura la *fides* y su tratamiento historiográfico en Martínez Morcillo 2011.

¹⁸⁴⁶ App. *Hisp.* 60 (trad. de Gómez Espelosín 2016).

contra Roma¹⁸⁴⁷. Como ya he comentado, la turbulenta relación de estos rémulos con púnicos y romanos fue un pretexto perfecto para incidir en la *fides* escipiónica y la *perfidia* púnica e hispana (*vide supra*). No obstante, en este discurso, Indíbil/Livio apelaba a unos motivos para la traición que tenían poco que ver con ambiciones oscuras e ilegítimas, sino que habló de recuperar un «Hispania, libre para siempre de toda dominación extranjera» con el objetivo de que «volviese a las costumbres y usanzas de sus antepasados»¹⁸⁴⁸. Apelaba a la *libertas* lo que, lejos de demonizar al ilergete, hacía de su causa algo reconocible, asimilable a la *virtus*, algo con lo que cualquier lector romano se podía identificar fácilmente. Esta idea, además, quedaba redondeada con la muerte heroica de Indíbil en la batalla¹⁸⁴⁹. Ciertamente es que la perfidia reiterada de los ilergetes, tratada en todo momento por Escipión con justicia, hacía incuestionable la justificación de la represión definitiva de la revuelta. No obstante, se concedía una perspectiva del derrotado comprensible y loable. El discurso de la perfidia, por lo tanto, no se explotaba de una manera simplista y cerrada, se dejaba lugar a los matices¹⁸⁵⁰. Como en el caso de los suicidios colectivos, la naturaleza bárbara del acto y la legitimidad de Roma al intervenir, no excluían el reconocimiento de un cierto grado de virtud y dignidad en la resistencia (§ 11).

Igualmente, también se reconoció en ocasiones una capacidad inusitada de los hispanos para demostrar una lealtad extrema y consagrada por ciertos líderes, la conocida como *devotio*¹⁸⁵¹. Esto se afirmó de la lealtad conseguida por Escipión respecto a Indíbil y Mandonio¹⁸⁵²; además su habilidad diplomática llegó a valerle el reconocimiento como *rex*¹⁸⁵³. Algo similar ocurrió con Sertorio, cuyos mercenarios hispanos estaban dispuestos a morir por rescatarle del campo de batalla¹⁸⁵⁴. Estrabón sintetizó esa costumbre de morir voluntariamente por sus líderes y la generalizó como algo propiamente hispano, mientras que Salustio y Valerio Máximo lo dijeron de los celtíberos¹⁸⁵⁵. Estas formas de lealtad militar¹⁸⁵⁶, que conllevan una dimensión fuertemente personalista, quizá estuviesen

¹⁸⁴⁷ Liv. 29.1-2.

¹⁸⁴⁸ Liv. 29.1.24 (trad. de Villar Vidal 1993a).

¹⁸⁴⁹ Liv. 29.2.

¹⁸⁵⁰ Rodríguez Mayorgas 2014, 265-266.

¹⁸⁵¹ La cuestión ha estado tradicionalmente asociada al concepto de *devotio ibérica* como rasgo característica y exclusivamente asociado al mundo hispano (Ramos y Loscertales 1924; 1942; Rodríguez Adrados 1946, *e. g.*), perspectiva de sesgo nacionalista ya superada (Dopico Caínzos 1994; Greenland 2006; Aguilera Durán 2012b, 449-450).

¹⁸⁵² Liv. 28.34.

¹⁸⁵³ Liv. 26.49.

¹⁸⁵⁴ Plut. *Sert.* 14.

¹⁸⁵⁵ Str. 3.4.18; Serv. *Ad. Georg.* 4.218; Val. Max. 2.6.11.

¹⁸⁵⁶ Se han manejado otras referencias al respecto, aunque más endebles, como el empleo de hispanos como guardia personal de personajes romanos, además del númera Juba (Plut. *Mar.* 43; *B. Alex.* 53; Caes. *Ciu.* 1.75 y 2.40; Suet. *Aug.* 49) o la alusión a los 200 guerreros enfrentados en duelo durante el funeral de Viriato y que podrían ponerse en relación con las menciones a su séquito personal (App. *Hisp.* 71 y 75; D. S. 33.7 y 21). Asimismo, tradicionalmente se ha vinculado con el arraigo hispano del culto imperial (D'Ors

reflejando ciertos mecanismos reales de clientelismo guerrero en el mundo hispano que, en todo caso, son difíciles de determinar y quedaron codificados por la perspectiva y la propaganda romana¹⁸⁵⁷. De cualquier modo, su énfasis en el relato parece responder por encima a la propia idealización de estos líderes. Se estaba reconociendo en ellos una capacidad inusitada para lograr la lealtad de unos hispanos que, por lo general, resultaban inestables e ingobernables¹⁸⁵⁸. Al mismo tiempo rebajaba el tono fatalista del discurso de la perfidia mediante un mensaje valioso: un buen líder y un buen gobierno podía reconducir a una Hispania indómita pero noble en su primitivismo.

Esa proyección de los hispanos como férreos aliados en las legítimas misiones de Roma tuvo también un claro correlato iconográfico en ciertos contextos de crisis político-militar. Lo que en las fuentes literarias era el reconocimiento —a veces autocrítico— de la lealtad de los hispanos, en numismática parece revelarse como una estrategia más específica para congraciarse con las entidades locales de las que la autoridad romana dependía en determinados momentos. En este sentido, ya he anticipado la importancia que tuvo la *Hispania fidelis* como uno de los grandes prototipos de las personificaciones monetales (§ 2.6).

Un ejemplo temprano en la plasmación de la lealtad hispana puede encontrarse en una dracma romana acuñada en la Península en el contexto de Guerra de Aníbal, en torno al 218-209 a. e. c., con la llamada tipología del «juramento» (Figura 27)¹⁸⁵⁹. En ella se estaba reproduciendo la iconografía de una serie de áureos coetáneos, que, según suele considerarse, representaban la alianza entre Roma y los demás pueblos itálicos¹⁸⁶⁰: dos figuras armadas prestan juramento sobre un suido (¿cerdo?, ¿cochinillo?, ¿jabalí?) sostenido por una figura en genuflexión. No obstante, en la dracma hispana la metrología fue adaptada a la realidad peninsular del momento como lo hizo su iconografía: por el cambio de orientación de la figura arrodillada se infiere que el personaje semidesnudo o con coraza musculada (romano) adquiriría mayor preeminencia en este caso, mientras que su interlocutor era caracterizado con una túnica corta y cinturón ancho, tal y como aparecen los hispanos en otras representaciones monetales y el propio imaginario ibérico y celtibérico. Razonablemente, se ha propuesto que esta acuñación estaba aludiendo a alguno de los pactos establecidos por los Escipiones con los pueblos hispanos en el transcurso de la Segunda Guerra Púnica, lo que encaja plenamente con la importancia —

Pérez-Peix 1942; Étienne 1958); *vide* la revisión crítica de Alarcón Hernández 2013.

¹⁸⁵⁷ Dopico Caínzos 1994; Salinas de Frías 1983; 2001; Ramírez Sánchez 2005; Greenland 2006; Alarcón Hernández 2013; Manchón Zorrilla 2014, *e. g.*

¹⁸⁵⁸ Groves 2013, 141-142.

¹⁸⁵⁹ *ACIP* 537; *vide* García-Bellido García de Diego 2000-2001, 567-570.

¹⁸⁶⁰ *RRC* 28 y 29.

tanto estratégica como discursiva— que tuvieron dichas alianzas, a juzgar por lo que transmiten las fuentes historiográficas, como Livio¹⁸⁶¹.



Figura 27. Áureo con la tipología del *juramento*, Roma, 225-214 a. e. c. (*RRC* 29.1) y dracma con la adaptación del mismo icono, Hispania, 218-209 a. e. c. (*ACIP* 537)¹⁸⁶².

Ahora bien, el prototipo de la *Hispania fidelis* propiamente dicho fue inaugurado en las llamadas acuñaciones pompeyanas del 46-45 a. e. c. en las que se conmemora una y otra vez, con variantes, el respaldo de los locales en la causa de Pompeyo durante la guerra con César (Figura 28)¹⁸⁶³. Así, un denario de M. Poblacio, *legatus propretore* de Pompeyo, representa en el reverso a Hispania como mujer con túnica y *caetra* entregando la palma a un soldado que desembarca¹⁸⁶⁴. Una variante coetánea de M. Minatio Sabino, procuestor pompeyano, la representa con corona murada o torreada, con signos de triunfo (portando lanza y sobre una pila de armas) y estrechando la mano al romano¹⁸⁶⁵. En otro del mismo magistrado aparecen dos figuras en torno a Pompeyo, una arrodillada y con *caetra*, y otra con corona murada en actitud de *adventus*; en una variante, la figura coronada lleva caduceo y viste quitón mientras la otra le corona portando un trofeo¹⁸⁶⁶. Parece razonable interpretar la figura coronada como una ciudad (Corduba o Carthago Nova) y la otra como Hispania, funcionando la *caetra* como marcador étnico; asimismo, todas ellas parecen aludir a la llegada de Pompeyo a la Península y su aclamación como *imperator* para encabezar la revuelta anticesariana en el 46 a. e. c. Hispania, en este caso, cumplía el papel del principal ente aliado de Roma para restablecer el orden legítimo.

¹⁸⁶¹ García-Bellido García de Diego 2000-2001, 567-570, quien además se ha inclinado por indetificar algún pacto con los celtíberos, concretamente.

¹⁸⁶² Fuente: <http://numismatics.org/crro/id/rrc-29.1> (accedido: 06/04/2018) y *Ibid.*, 567, respectivamente.

¹⁸⁶³ Amela Valverde 1990.

¹⁸⁶⁴ *RRC* 469.

¹⁸⁶⁵ *RRC* 470.1a.

¹⁸⁶⁶ *RRC* 470.1b y *RRC* 470.1c-d, respectivamente.



Figura 28. Denario de Marco Póblcio y tres denarios de Minatio Sabino con personificaciones de Hispania, acuñadas en Hispania, 46-45 a. e. c. (RRC 469, 470.1a, 470.1b y 470.1c)¹⁸⁶⁷.

El prototipo de la Hispania como aliada se reactivó en la iconografía numismática mucho tiempo después, a raíz de la crisis dinástica y la consecuente revuelta de Galba y Vindex desde Hispania y Galia¹⁸⁶⁸. Varias acuñaciones de Galba del 68-69 e. c. representaron la personificación de Hispania, ya fuese en solitario o junto con la de Galia, con los atributos característicos, tanto bélicos (lanzas y *caetra*), como económicos (espiga y cornucopia), que simbolizaban la doble aportación de las provincias, militar y logística. La idea se repitió con variantes en acuñaciones norteafricanas de los partidarios de Galba contra Macer y en varias series galbianas ya como emperador (Figura 29)¹⁸⁶⁹. Además, en un sestercio probablemente póstumo, se rememoró su llegada al poder mediante una representación del emperador sentado en la silla curul recibiendo el palio de una personificación con corona murada y cornucopia, alegoría de la ciudad de Clunia, que fue clave en el transcurso de la guerra a su favor y su propaganda política¹⁸⁷⁰. El sentido político de estos tipos es claro y entroncaba con una tradición previa que, como Pompeyo, había representado en el *consensus* de Hispania una fuente de legitimidad del poder

¹⁸⁶⁷ Fuente:

<https://www.coinarchives.com/a/lotviewer.php?LotID=1039650&AucID=2024&Lot=672&Val=b18ac8ea501ac004b80aa557dead1e08>; <http://www.marine-antique.net/local/cache-vignettes/L726xH359/monnaie-minatius-sabinus-02-c4400.jpg>;

<https://www.sixbid.com/browse.html?auction=2716&category=57172&lot=2295932>;

https://www.farm9.staticflickr.com/8744/17103225880_06f843d974_b.jpg (accedido: 29/10/2017).

¹⁸⁶⁸ Salcedo Garcés 1995-1996, 187-190; 1996, 35-36.

¹⁸⁶⁹ RIC I² Galba 1-3, 15-21, 50, 86, 109, 144, 154-155, 190-193, 225-226, 515-518.

¹⁸⁷⁰ RIC I² Galba 469-473.

legítimo en Roma¹⁸⁷¹. De nuevo, esa misma *Hispania fidelis* con atributos militares se reiteró en las acuñaciones de Tarraco con Vitelio y Vespasiano en el 69-70 e. c. (Figura 30)¹⁸⁷².

Desde luego, es muy significativo el mensaje que esas representaciones numismáticas sugieren sobre el rol otorgado a la provincia —en alusión a sus élites—, no solo como ente aliado de Roma, sino como un agente esencial en el restablecimiento de su orden legítimo en determinadas situaciones de crisis. Se trata del concepto del *consensus Hispaniarum*, entendido como factor fundamental en el transcurso de consolidación del poder romano, que era de esta forma condensado en el tipo de una moneda, como lo hacía, epigráficamente, en la *Res Gestae Divi Augusti*: «Iuraverunt in eadem uer[ba proui]nciae Galliae, Hispaniae»¹⁸⁷³.



Figura 29. Denarios y un as de Galba con variantes de la personificación de *Hispania fidelis*, Tarraco (dos primeras), Vindobona (tercera) y Roma (dos últimas), 68-69 e. c. (RIC I² Galba 1, 15, 19, 86, 190 y 476)¹⁸⁷⁴.

¹⁸⁷¹ Esta propaganda se plasmó historiográficamente en la biografía de Galba de Suetonio en la que listaba una serie de *omina imperii* (presagios de su proclamación) precisamente en Hispania y en Clunia (Suet. *Galb.* 8-10); vide Torregaray Pagola 2004, 312-313.

¹⁸⁷² RIC I² Vitellius 41 y RIC II² Vespasian 1295 y 1296.

¹⁸⁷³ R. G. 25.2.

¹⁸⁷⁴ Fuente:



Figura 30. Áureo de Vitelio con el tipo *Consensus Hispaniarum*, Tarraco, 69 e. c. y denario de Vespasiano con personificación de Hispania, Tarraco, 69-70 e. c. (RIC I² Vespasian 1296)¹⁸⁷⁵.

Salvando todas las distancias en cuanto los medios, lenguajes e intencionalidades concretas, desde un punto de vista puramente conceptual, esa faceta de Hispania bien podría ponerse en relación con toda esa tradición historiográfica liviana que reiteró el tema de la *fides* como una de las grandes virtudes hispanas en ciertos momentos clave como el asalto de Sagunto¹⁸⁷⁶. La *Hispania fidelis*, aliada y garante del derecho, se consolidó efectivamente como una de las imágenes más típicas de periodo imperial; aquella tipología monetar bien podría ilustrar las palabras de Orosio siglos después:

«Hispania, siempre enormemente fiel y poderosa, nunca, desde sus orígenes hasta hoy, a pesar de haber dado al estado romano extraordinarios e invictos generales, ha enviado, nacido de ella, ningún usurpador, ni tampoco, si llegó alguno de fuera, le ha dejado salir vivo y con fuerzas»¹⁸⁷⁷.

En definitiva, Hispania había sido concebida como un escenario más en el que representar las reflexiones éticas sobre las que fundar el concepto de superioridad romana como pacificadora y ordenadora del mundo. En ese contexto, se otorgaba a los hispanos dos posibilidades fundamentales respecto a Roma en el transcurso de dicho proceso inevitable: el comportamiento *fidelis* o la traición¹⁸⁷⁸. No obstante, este esquema era flexible en tanto que en ese catálogo moralizante también cabía la reflexión y la autocritica, lo que convertía a los hispanos en un comodín retórico con el que perfilar el

[http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.1](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.1); [http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.15](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.15);
[http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.19](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.19); [http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.86](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.86);
[http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.190](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.190); [http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1\(2\).gal.473](http://www.numismatics.org/ocre/id/ric.1(2).gal.473)
(accedido: 07/03/2018).

¹⁸⁷⁵ Fuente:

<http://www.davy.potdevin.free.fr/Site/vitellius.html>;

<https://www.tesorillo.com/articulos/alegoria/alegoria.htm> (accedido: 07/03/2018).

¹⁸⁷⁶ Torregaray Pagola 2004, 303-304, ha incidido especialmente en ese vínculo entre iconografía e historiografía.

¹⁸⁷⁷ Oros. 5.23.16 (trad. de Sánchez Salor 1982b). Este tipo de proclamas se ha vinculado asimismo con una tradición de exaltación de los emperadores hispanos rastreable ya en Floro, en época de Adriano, y reforzada por los cristianos Pacato y Claudiano; vide García Fernández 2005, 291-292.

¹⁸⁷⁸ Groves 2013, 138-145.

discurso en uno u otro sentido. El tópico de la *fides-perfidia* parece particularmente contradictorio porque no se fundamentaba en un determinismo etnográfico dicotómico y simple como otros, sino que respondía a la articulación historiográfica de todo un sistema de valores éticos complejos relacionados con el ejercicio del poder y sus peculiares circunstancias históricas.

9.2. Los guerreros más leales

El juego grecolatino entre la perfidia y la fidelidad fue una pieza importante en la formulación renacentista del proceso de resistencia hispano al invasor¹⁸⁷⁹. Por un lado, la noción de la lealtad como rasgo característico se incorporó plenamente al catálogo de virtudes marciales del antiguo guerrero hispano (§ 7.3); por otro, las diatribas de las fuentes acerca de las fallas o ambigüedades romanas respecto del comportamiento *fidelis* resultó de gran utilidad para demonizar a los conquistadores y reforzar la causa de la rebeldía.

Efectivamente, más allá de la propia dureza hispana en el campo de batalla, quizá el valor marcial más destacado de los hispanos desde la visión moderna fue el de la lealtad. Ya Sánchez de Arévalo en el siglo XV, en su alabanza inicial a Hispania y los hispanos, resaltó esta como una de las virtudes más destacadas, poniendo como ejemplo de ello el caso de Sagunto, y otorgándole al tema una amplia dimensión política.

«Tampoco resulta fácil de creer la fidelidad y lealtad de los hispanos para con sus señores. Obedecer a sus señores forma parte de la naturaleza de este pueblo, sin duda no por violencia, sino por amor, y en quien han depositado su confianza una primera vez, le confían al mismo tiempo la vida»¹⁸⁸⁰.

Más adelante, Beuter trató ya con un considerable detenimiento la idea de la fidelidad demostrada por los celtíberos hasta la muerte, partiendo de Livio y Valerio Máximo¹⁸⁸¹. En todo caso, dicho tópico fue especialmente explotado por Morales, que muy a menudo habló de una «lealtad verdaderamente Española» para referirse a la particular ligazón de los hispanos respecto a sus caudillos. Esto lo planteó como un verdadero axioma incondicional, ya estuviese hablando de los propios líderes, como el séquito de Indíbil, o de los foráneos, de los que disponía de numerosos ejemplos, pues «tal fue siempre la buena simplicidad y llaneza de nuestros Españoles, que aun a sus mortales enemigos guardaban lealtad»; por eso los hispanos se habían convertido en apreciados guardias personales de tantos romanos ilustres, manteniéndose fieles, incluso,

¹⁸⁷⁹ En general, sobre la recepción moderna de este tema, *vide* Aguilera Durán 2012; Padín Portela 2017.

¹⁸⁸⁰ Sánchez de Arévalo 1470, 1.4 (trad. de Alvar Nuño 2017a).

¹⁸⁸¹ Beuter 1546, XLIIr.

como mercenarios en las luchas contra los propios hispanos¹⁸⁸². Cuando habló de la elección de una guardia hispana por César dijo que lo hizo «prefiriendo la lealtad Española, a la de las otras naciones del universo» y, asimismo, presentó al séquito hispano de Sertorio como:

«verdadero exemplo de lealtad Española, virtud que parece nacida y criada en esta nuestra tierra: segun en todos los siglos nos hemos los Españolespreciado mucho de mostrarla con muy famosos testimonios».

Esa fidelidad adquiriría su máxima expresión cuando llegaran al punto de consagrarse a sus líderes hasta la muerte.

«Esta costumbre de assi offercerse por sus amigos, era ta(n) propia de nuestros Españoles como estos tres authores muestran: y en ser cosa de lealtad, parece natural nuestra: mas era tambien de los Franceses y Aquitanos, que estan muy vezinos de los de Vizcaya [...]. He querido dar aqui noticia del origen de todo esto: porque en la mucha lealtad de los Vizcaynos, y constancia en sus amistades dura todavia gran parte de esto»¹⁸⁸³.

Haciendo gala de su característica precisión con las fuentes, Morales hacía así una contradictoria lectura sobre la peculiaridad de este fenómeno de la consagración hispana; por un lado, admitía que existía un paralelo entre los galos, pero al mismo tiempo, dejaba caer la idea de su particularidad hispana, aduciendo a las conexiones a través de Aquitania. Además, esa costumbre «ta(n) propia de nuestros Españoles» era proyectada en el tiempo, hasta su presente, confiriéndole al planteamiento particularista una fundamental dimensión esencialista. Sin duda, aquellas referencias grecolatinas sobre la lealtad incondicional de los hispanos hacia sus caudillos resultaban ciertamente pertinentes en un discurso historiográfico, el renacentista, caracterizados por su esencia fundamentalmente belicista.

En todo caso, esto pasaba por replantear adecuadamente aquellas referencias que ponían en cuestión la solidez de esa idea de lealtad. La tarea era muy complicada en aquellos contextos en los que las fuentes habían sido claras acerca de los cambios de bando constantes de los pueblos y caudillos hispanos, especialmente entre las filas cartaginesas y romanas durante la Segunda Guerra Púnica; insoslayablemente, en aquellos fragmentos que los humanistas conocían bien los autores grecolatinos habían explotado con fruición el tópico de la volubilidad y perfidia barbárica para reforzar sus

¹⁸⁸² Sobre la lealtad respecto a Indíbil (Morales 1574, 66v), Escipión (*Ibid.*, 26v), César (*Ibid.*, 188v), Augusto (*Ibid.*, 202r; también Mariana 1601, 190), Sertorio (Morales 1574, 149v), el emperador Galba (*Ibid.*, 269r), Septimio Severo (*Ibid.*, 311v) y en contra de los propios hispanos (*Ibid.*, 89r). Se formula esta idea en general en *Ibid.*, 151v-152v, y la cita es de *Ibid.*, 77r.

¹⁸⁸³ Morales 1574, 195v; utiliza los ejemplos de Dion Casio, sobre Sexto Pacuvio, Valerio Máximo, sobre los celtíberos, y Estrabón sobre los cántabros («Vizcaynos», para Morales), recurriendo a la comparación con César sobre los galos.

argumentos (§ 9). Rara vez se otorgó espacio y credibilidad a los textos que se exhibían en ese sentido; por el contrario, la cuestión tendió a minimizarse o negarse mediante distintas estrategias.

Ocampo derrochó imaginación en toda su obra, y el episodio de la desertión de los celtíberos del ejército de Cneo Escipión es un ejemplo especialmente sofisticado. Livio afirmó que a Asdrúbal le resultó fácil convencerlos ya que, a cambio de una elevada suma, solo les pedía que regresasen a sus casas; cuando estos se marcharon le dieron al romano la excusa de que tenían que enfrentar una lucha intestina en su tierra¹⁸⁸⁴. Pues bien, partiendo de esa breve noticia, que culpabilizaba claramente a la perfidia celtibérica del desastre posterior, Ocampo compuso un extenso relato que cambiaba las tornas completamente contra los púnicos¹⁸⁸⁵. Según él, Asdrúbal, conocedor de la «simplicidad y poca malicia» de los indígenas,

«les quiso tentar si los podría traer a su real, enviando les al presente joyas en cantidad, y prometiendo les adelante haciendas, y salarios perpetuos dentro de su misma región, o donde holgasen ellos de las tener en España. Mas como por ninguna vía lo quisiesen aceptar, y se le mostrasen ayrados de tal apuntamiento, procuró de mover les otro partido suau»¹⁸⁸⁶.

Añadió detalles y, sobre todo, se inventó la negativa de los celtíberos, pero aún más elaborada es la trama posterior. Ante el rechazo, Asdrúbal intentó convencerles de regresar a su tierra sin necesidad de luchar más (esa era su motivación, según Livio), pero, según Ocampo, «tan bien esta vez aquellos Españoles Celtiberos perseguían constantes y firmes»¹⁸⁸⁷. Ante la segunda negativa, Asdrúbal orquestó un plan maquiavélico para moverles a su país por la fuerza: consiguió que los mercenarios celtíberos que luchaban en las filas cartaginesas atacasen dentro de la propia Celtiberia a las propiedades de sus compatriotas aliados de los romanos, que se marcharon para enfrentar aquella guerra civil¹⁸⁸⁸; solo así consiguieron los púnicos, llegando al paroxismo de la perfidia, lograr la desertión de los celtíberos. De esta manera tan compleja, aprovechando los detalles de un escueto pasaje de Livio y potenciándolos a base de pura literatura, Ocampo transformó una de las más célebres y acusatorias traiciones de los antiguos hispanos y la convirtió en una demostración de su incorruptible lealtad. Los celtíberos quedaban así exculpados de su culpa más famosa al tiempo que se reforzaba la demonización de los invasores cartagineses explotando su estereotipo de manipuladores.

Otro ejemplo muy concreto de esta inercia es el episodio de la muerte de Avaro. Según Apiano, este numantino fue enviado con otros cuatro en embajada para negociar

¹⁸⁸⁴ Liv. 29.33.

¹⁸⁸⁵ Ocampo 1553, CCCXXIXv-CCCXXXIv.

¹⁸⁸⁶ *Ibid.*, CCCXXIXv.

¹⁸⁸⁷ *Ibid.*, CCCXXXr.

¹⁸⁸⁸ *Ibid.*, CCCXXXr-CCCXXXIv.

con Escipión un último intento de acuerdo en el momento crítico del asedio, a lo que el romano contestó que solo aceptaría la entrega incondicional; cuando los embajadores trasladaron el mensaje a sus conciudadanos, estos los asesinaron, descontentos con las noticias y sospechando que habían pactado secretamente con el general¹⁸⁸⁹. Este pasaje, aparentemente formulado para subrayar la ferocidad irracional de los celtíberos, fue recogido por Morales con bastante fidelidad¹⁸⁹⁰. No obstante, cuando el pasaje fue retomado por Mariana, lo reprodujo de manera muy completa, pero modificó su desenlace en un detalle puntual pero enormemente simbólico:

«los Numantinos, como fuera de sí, matan a los embaxadores: los quales que culpa les tenian? pero quando la muchedumbre se alborota, muchas vezes es perjudicial cosa dezir la verdad»¹⁸⁹¹.

Eliminó de la ecuación la sospecha de que los legados podían haber sido unos traidores, disculpando el suceso, en cierto modo, con esa peregrina moraleja. En lo que concierne a la destrucción de Numancia, Mariana simplificó las disquisiciones históricas e insistió en los detalles más trágicos, respecto de la versión de Morales, para potenciar su carga dramática y su idealización heroica¹⁸⁹²; en este sentido, para él, era preferible que Avaro y sus hombres hubiesen sido asesinados brutal e injustificadamente por el resto de numantinos antes que contemplar la posibilidad de que hubiesen faltado a su consabida lealtad.

Más sutil, pero igualmente efectivo, fue Morales, por ejemplo, a propósito del fragmento de Livio en el que se refería a las motivaciones de la revuelta de Indíbil y Mandonio comentando a las claras sus constantes movimientos de filas. Tamizó este último detalle como algo secundario; al mismo tiempo, además, compensó la cuestión desarrollando la breve afirmación liviana para convertirla en el supuesto discurso que Indíbil habría pronunciado ante sus tropas en clave patriótica, apelando a la independencia y la unidad frente a los invasores¹⁸⁹³.

Estos casos son especialmente claros, pero, en general, la línea que se mantuvo fue la de suavizar o justificar los innegables cambios de lealtades subrayando las razones coyunturales que partían de las propias noticias grecolatinas: la crueldad de los aliados previos, la natural tendencia a seguir al más fuerte, el miedo a las represalias u otras consideraciones estratégicas dirigidas fundamentalmente a evitar la opresión de los invasores y buscar el camino más adecuado hacia la libertad. Si bien la salida de la defección ante estas circunstancias no eran del todo honorable, al menos sí respondía a motivos suficientemente elevados. «Falta comunmente la lealtad, y desamparan los

¹⁸⁸⁹ App. *Hisp.* 95.

¹⁸⁹⁰ Morales 1574, 133v.

¹⁸⁹¹ Mariana 1601, 156; *vide* Gómez Martos 2012, 161-162; 2018, 161-162.

¹⁸⁹² Gómez Martos 2012, 156-165; 2018, 159-165.

¹⁸⁹³ Morales 1574, 35r-36v, a partir de Liv. 29.1.24.

hombres a los que veen ser de adversidad trabajados», reflexionó Mariana al respecto¹⁸⁹⁴. En definitiva, tanto éxito tuvo la aplicación del tópico grecolatino de la *fidelitas* hispana, como problemática fue la preocupación por amortiguar los testimonios sobre su *perfidia*. Por afirmación de lo primero o por negación de lo segundo, la virtud de la lealtad quedaba indisociablemente anclada al estereotipo del antiguo guerrero hispano.

Por supuesto, la virtud hispana tenía su contrapunto en el defecto de los invasores. Ya he comentado, en general, que la construcción de la dialéctica de la epopeya hispana pasó por un proceso de demonización de los conquistadores que comportaba, entre otras, su faceta de manipuladores y corruptores (§ 6.2), por lo que ahora no insistiré demasiado en ello. Ciertamente, la perfidia de los métodos de los sucesivos pueblos que dominaron Iberia aprovechando la inocencia indígena es una absoluta constante. La cuestión abundaba, desde luego, en la caracterización de las invasiones fenicia y cartaginesa, los pueblos preferidos para volcar sobre ellos este estereotipo en concreto¹⁸⁹⁵. Se basaban en la imagen claramente sesgada en este sentido de las propias fuentes clásicas, pero lo hacían desde prejuicios raciales y culturales plenamente insertos en el imaginario moderno¹⁸⁹⁶. Sobre Ocampo, sirva de ejemplo la historia inventada sobre la supuesta treta de Asdrúbal antes descrita; por su parte, Mariana fue muy explícito cuando presentó a los fenicios como individuos «compuestos de embustes»¹⁸⁹⁷. Por otro lado, sobre los griegos, que en general recibieron poca atención, la idea de que habían aprovechado sus conocimientos para engañar a los nativos en los tratos económicos también fue una idea reiterada¹⁸⁹⁸.

Asimismo, aquellos apuntes sobre ética política que veíamos desarrolladas en las obras de Polibio, Livio o Apiano, y que después fueron simplificados por Floro y Orosio, funcionaron como una buena cantera de argumentos contra la invasión romana en términos de engaño y traición sobre poblaciones inocentes¹⁸⁹⁹. Así, por ejemplo, a propósito del episodio en que los legados de Cértima demostraban su simplicidad ante Graco, los romanos, por contra, fueron perfilados como «ge(n)te cerimoniosa, y muy

¹⁸⁹⁴ Mariana 1601, 109; otro ejemplo de este tipo de argumento en *Ibid.*, 115.

¹⁸⁹⁵ En general, sobre la tiranía y perfidia fenicia: Ocampo 1543, LXXVv-LXXVIr, XCIVr, LXXXVr, CIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 122, 125; Mariana 1601, 44, 48; y acerca de los cartagineses: Ocampo 1543, CXv-CXIr, CXIXv, CLXXXIXr, CXCVIIIr-CXCVIIIv; 1553, CCCVIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 139; Morales 1574, 63r-63v; Mariana 1601, 49-52, 71-72, 85.

¹⁸⁹⁶ Ferrer Albelda 1996a, 29-52.

¹⁸⁹⁷ Mariana 1601, 48. En general, sobre la tiranía y perfidia fenicia: Ocampo 1543, LXXVv-LXXVIr, XCIVr, LXXXVr, CIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 122, 125; Mariana 1601, 44, 48; y acerca de los cartagineses: Ocampo 1543, CXv-CXIr, CXIXv, CLXXXIXr, CXCVIIIr-CXCVIIIv; 1553, CCCVIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 139; Morales 1574, 63r-63v; Mariana 1601, 49-52, 71-72, 85.

¹⁸⁹⁸ Mariana 1601, 29; Ocampo 1543, XLVv; Mariana 1601, 29.

¹⁸⁹⁹ Ocampo 1543, IIIr-IIIv; XLVv, LIIIv, LXXVv-LXXVIr, CXXVIIv, CLXXXIIr; Garibay y Zamalloa 1571, 112, 122; Morales 1574, 38v, 89r, 92r, 93r, 94v, 117v, 126v, 143v.

doblada y resabida»¹⁹⁰⁰. Ahora bien, había célebres ejemplos concretos con los que ejemplificar con fuerza esa idea.

Por supuesto Sagunto fue un motivo de indignación bastante obvio, por mucho que las críticas se enfocasen principalmente en los denostados cartagineses. Ocampo explotó ampliamente el episodio en todos los sentidos¹⁹⁰¹, aunque más interesante en este aspecto fue la visión de Beuter. Desde su perspectiva valenciana, dedicó a este asedio un espacio amplísimo comparativamente, utilizando a fondo las recreaciones de Livio y Silio¹⁹⁰². Su ataque contra la dejación romana fue especialmente contundente: «sintiero(n) los Romanos vn trago cruel de vergue(n)ça y compassion, como no hauian socorrido tan leales amigos q(ue) tan aduersa fortuna hauian padescido»¹⁹⁰³. Más tarde, la respuesta de los volcianos ante la petición de aliados por parte de Roma le permitió explayarse largamente:

«Que poca verguença es esta vuestra Romanos, q(ue) andays solicitando los pueblos nuestros, q(ue) antepongamos vuestra amistad ala delos Carthagineses, como los tristes delos Saguntinos haya(n) sido mas cruelmente ve(n)cidos por vosotros q(ue) destruydos por los Africanos: andad ydos alla donde no se sabe la destruycion de Sagunto, q(ue) alos pueblos de España exemplo miserable sera la triste de llorar perdicion de tal ciudad, y salios presto de nuestros terminos, sino quereys perder vuestras vidas. Oyendo esto los Romanos, baxaron sus cabeças y llenos de confusion salieron de la tierra, reconociendo las justissimas querellas delos Españoles»¹⁹⁰⁴.

El discurso se ajustaba mucho a la versión de Livio, pero fue notablemente adornado y dramatizado con el objetivo de enfatizar, precisamente, el fallo a la lealtad de los romanos, introduciendo la idea del reconocimiento y arrepentimiento por su traición. Asimismo, cuando Lorenzo de Zamora cantó al sacrificio saguntino en su poema épico, el tema de la fidelidad volvió a situarse en el centro del sentido histórico de la gesta.

«¡Oh fingida amistad de desleales,
fatal ponzoña y áspera dolencia,
injusta condición de los mortales,
muerte, desastre, lazo, penitencia,
origen y principio de mil males!»¹⁹⁰⁵.

Beuter volvió sobre esta misma idea al hablar de la matanza de lusitanos por parte de Galba, «vna muy fea traycion [...] por lo qual perdiero(n) el credito los Romanos en

¹⁹⁰⁰ Morales 1574, 92r.

¹⁹⁰¹ Ocampo 1553, CCXLVIv-CCLIV.

¹⁹⁰² Beuter 1546, XLIIIr-XLVIIv.

¹⁹⁰³ *Ibid.*, XLVIIr.

¹⁹⁰⁴ *Ibid.*, XLVIIr-XLVIIv.

¹⁹⁰⁵ Zamora *Sagunt.* 19.1-5 (ed. de Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988); *vide* Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988, LXXI.

España, que no se fiaron mas enellos»¹⁹⁰⁶. Este razonamiento, la culpabilidad de la perfidia galbiana, era un lugar común dada su ligazón narrativa con la Guerra de Viriato, y, efectivamente, esa misma valoración transmitieron, por ejemplo, Morales y Mariana: «braua carniceria y deslealtad»¹⁹⁰⁷. Que luego Viriato muriese a traición, y que incluso el Senado rechazase aquella estratagema, redundaba en ese constante juego de opuestos en torno al mismo asunto¹⁹⁰⁸.

También el relato de Numancia se articuló en buena medida como una dicotomía paradigmática entre perfidia romana y honestidad hispana. Morales insistió de una manera particular en la naturaleza innoble de la actuación romana en este caso, empezando por la propia causa «injusta» del pleito contra Segeda¹⁹⁰⁹ y que llegó a su clímax con el caso de Mancino¹⁹¹⁰; «grande ultrage, y que despues de tantas injurias», para Mariana¹⁹¹¹.

Aunque de una manera más flexible y genérica, esas nociones de fondo estuvieron también muy presentes en la literatura. La idea de la traición a la patria recorre toda la obra de Rojas, y supone un gran dilema para los protagonistas numantinos. Especialmente presente en la subtrama ficticia, en la obra la falta de fidelidad está estrechamente asociada al dominio de las bajas pasiones: Megara propone a Cayo traicionar a Retógenes para quedarse con su prometida, pero el romano acaba traicionándole a él con el mismo objetivo; ambos acaban enfrentados, acusándose mutuamente, extrayéndose finalmente el mensaje que la deslealtad más imperdonable es aquella que se comete contra la patria¹⁹¹². Veremos este mismo tipo de asociación, con implicaciones muy complejas, en el teatro de finales del siglo XVIII (§ 9.3).

Por su parte, en lo que concierne a la obra de Cervantes, se ha propuesto que buena parte de la relación que se establece entre Roma y Numancia gira precisamente en torno a la oposición entre dos nociones: la *sapientia*, entendida como conocimiento e inteligencia racional, que es meritoria y efectiva, pero a menudo se vale del engaño y resulta cruel, y la *fortitudo*, como valor y fuerza pasional, que puede devenir en barbarie y bestialidad, pero es abierta y honesta¹⁹¹³. La primera es representada por Escipión al principio, mediante la exposición de la táctica cabal y astuta del cerco; la segunda, personificada en los numantinos, se proyecta en las acciones de los dos últimos actos, particularmente en la culminación del sacrificio.

¹⁹⁰⁶ *Ibid.*, LXVIIIv-LXIXr.

¹⁹⁰⁷ Morales 1574, 109v-110v; Mariana 1601, 138.

¹⁹⁰⁸ Morales 1574, 120v-121r; Mariana 1601, 145.

¹⁹⁰⁹ Morales 1574, 122r.

¹⁹¹⁰ *Ibid.*, 124v-126r.

¹⁹¹¹ Mariana 1601, 148-151, cita en 149.

¹⁹¹² Rojas *Num. Cerc.* 3.1967-2011.

¹⁹¹³ Armas 2010 (1998), 102-115.

Sobre lo que se estaba discutiendo, en definitiva, era acerca de la naturaleza ideal del heroísmo: por un lado, aquel fundamentado en la victoria por medio de la sagacidad, esa que encarnaban cartagineses y romanos; por otro, aquel heroísmo que se fundamentaba en la lucha simple y honorable. Esta última a menudo resultaba poco ventajosa, pero era la más digna posible, aquella que resultaba más querida al patriotismo, aquella que permitía celebrar la muerte de saguntinos, numantinos y lusitanos.

9.3. Fidelidad y legalidad

La cuestión de la fidelidad hispana ha sido siempre un asunto esencial en la recepción del pasado prerromano, como virtud que ensalzar y como problema que resolver, y el siglo XVIII no fue una excepción.

«la fidelidad, el honor y la palabra son tres ídolos á quienes el Español no puede dexar de sacrificar qualquier otra pasión por violenta qué sea de odio ó de venganza»¹⁹¹⁴.

Esto afirmaba Masdeu en su exploración inicial sobre la esencia del pueblo español. En este caso se estaba refiriendo a las características del «ingenio» nacional respecto a los enemigos, aludiendo a los múltiples ejemplos en que los antiguos hispanos habían mantenido sus pactos a pesar de los reveses. Ahora bien, cuando habló del ingenio respecto a los amigos, también consideró que se caracterizaba por «la fidelidad, la cordialidad y el secreto», lo que quedaba demostrado por las muchas veces que los hispanos habían perecido entre torturas para proteger a los suyos¹⁹¹⁵. De nuevo, al describir el ingenio respecto a los príncipes, concluyó que se definía por «la fidelidad y el amor», recurriendo a los testimonios relacionados con la *devotio*¹⁹¹⁶; más tarde añadió a esa idea el ejemplo del hispano que asesinó a Asdrúbal por lealtad a su amo, invocando emotivamente los sufrimientos que le acarreó¹⁹¹⁷. En definitiva, la *fides* monopolizaba realmente todos los aspectos de la caracterología hispana de Masdeu.

No cabe duda de que la fidelidad a los líderes tuvo —o mantuvo— un peso simbólico específico. En este sentido, fue frecuente que se recalcase de manera concreta la noción de lealtad a los «Generales», «gefes» y «caudillos»¹⁹¹⁸, en un contexto militar, o a los «Príncipes», en un sentido más político¹⁹¹⁹. Pasado el tiempo, esto se concretaría

¹⁹¹⁴ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 248.

¹⁹¹⁵ *Ibid.*, tomo 1, 247, aludiendo a Justino (44).

¹⁹¹⁶ *Ibid.*, tomo 1, 244, a partir de Justino, Floro, Livio y Suetonio.

¹⁹¹⁷ *Ibid.*, tomo 3, 130-131.

¹⁹¹⁸ *Ibid.*, tomo 4, 45, 410, *e. g.*

¹⁹¹⁹ *Ibid.*, tomo 1, 244, tomo 3, 153, *e. g.*

en la fidelidad hispana hacia los grandes personajes romanos¹⁹²⁰ y, finalmente, a los emperadores: «De mil modos hicieron patente los Españoles lo mucho que respetaban y querían al Emperador»¹⁹²¹. Como era ya tradición, esa exaltación de la lealtad personalista se magnificaba con las noticias sobre la institución del sacrificio por el líder, la *devotio* —traducida a menudo como «amistad»— que fue esgrimida por Masdeu como prueba evidente de la españolidad de esa virtud llevada al extremo.

«Ha sido uso de muchos pueblos bárbaros, y se ve de quando en quando practicado de algunos hombres de naciones cultas el dársela muerte en los reveses de la fortuna, por un efecto de desesperación; pero hacerse víctimas del culto religioso de la amistad fue costumbre característica de los Españoles, de que han hecho mención muchos antiguos Escritores»¹⁹²².

Desde luego, esa exaltación de las distintas formas de lealtad individual no era nueva. Sin embargo, en este periodo, podría ponerse en relación con esa ideología absolutista que, proyectada en la Historia, abundó en la idea de la dimensión benéfica del liderazgo personal (§ 6.6). O, dicho de otra manera, exaltar el buen gobierno como factor necesario de progreso conllevaba reforzar el concepto de apego al líder en la idiosincrasia hispana. Se seguía así la misma lógica por la que la exaltación de la civilización conllevaba acentuar el tópico de la predisposición hispana para el aprendizaje.

Por otro lado, esto no le resta relevancia a su dimensión colectiva, nacional, especialmente en lo que respecta a la comparación y relación con Roma. Es significativo cómo de, entre las escasas valoraciones personales que incluyó Ferreras en su obra, esta es quizá la cuestión más presente: la idea de la «fè en los pactos», y el contrapunto de la «infidelidad», como objetos de reflexión histórica recurrente¹⁹²³. Igualmente, Masdeu, además de considerarlo como una cualidad genérica de los hispanos, también lo aplicó de manera particularmente aguda a los acontecimientos históricos con potencial en ese sentido, aplicando también en este tema su característico sesgo antirromano. Siguiendo un esquema bastante tradicional, recurrió particularmente a la perspectiva moralista de Floro: Roma entró en la Península como aliada de los hispanos (no habría sido posible de otra forma), estos actuaron con lealtad, los romanos respondieron con perfidia y la enconada resistencia que propició les hizo arrepentirse de sus acciones.

¹⁹²⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 314-324.

¹⁹²¹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 7, 29, en general, 29-32, 47-48, 57. Sexto Pacuvio se declara devoto de Augusto imitando la costumbre hispana (Dio. Cas. 56.16-20) (*Ibid.*, tomo 7, 10-11).

¹⁹²² *Ibid.*, tomo 3, 149-150; también en *Ibid.*, tomo 3, 153, tomo 4, 410, esta última sobre el caso de Sertorio.

¹⁹²³ Ambas formuladas tal cual como entradas en su «Índice de cosas notables» (Ferreras 1700-1727, tomo 1, s. p.); vide Vicent López 2000.

«Se observa que ningún pueblo antiguo, ni aun el Romano entró jamás en España á fuerza de armas, sino por medio de alianzas amigables, rotas después por la perfidia de los aliados, y convertidas en prepotencia y tiranía»¹⁹²⁴.

Sagunto siguió siendo, desde luego, el hito referencial en esa ecuación, tanto en la exaltación de la lealtad hispana, como en la ejemplificación de la doblez romana¹⁹²⁵, aprovechando para ello las versiones más jugosas de Valerio Máximo y Silio Itálico.

«Cayó Sagunto víctima de su constancia, y de la lealtad que habia jurado a sus amigos, que la dexaron perecer abandonándola al furor y a la venganza de un poderoso enemigo de Roma. La memoria de esta ruina es gloriosísima á Sagunto, pero no es menos infame al pueblo Romano, que no quiso acordarse ó despreció los vínculos de la amistad»¹⁹²⁶.

Igualmente, el discurso de los volcianos rechazando a los romanos tras aquella infamia fue subrayado como todo un símbolo: «Esta respuesta fue universalmente aplaudida entre todos los Pueblos de España»¹⁹²⁷.

El tratamiento literario del episodio de Sagunto es afín en este aspecto. En el *Sagunto* de Zavala, desde luego, se recalca la lealtad de los saguntinos¹⁹²⁸, pero el episodio resulta incluso más importante como muestra de la diplomacia interesada de Roma: «Ah ya sé; la política Romana / hizo siempre gustoso sacrificio / del mas solemne y sacro juramento / al infame interes de sus designios»¹⁹²⁹.

Aunque Sagunto fuese paradigmática, otros capítulos históricos secundarios reforzaban la misma idea. Idéntica lealtad hasta la muerte guardada a Roma fue alabada a los habitantes de Segóbriga; por mucho que se hubiesen opuesto a Viriato, primaba el ejemplo de su lealtad: «antes bien quisieron derramar la ultima gota de su sangre, y de las mugeres, é hijos, que quebrantar la fe jurada al pueblo Romano»¹⁹³⁰. Como parece lógico, si cabe aún más digna de alabanza era aquella fe en los pactos cuando se establecía entre los indígenas contra el enemigo común. Ferreras tomó el ejemplo de la acogida de los segedenses por Numancia como un paradigma de la lealtad entre hispanos¹⁹³¹. Esta misma acción solidaria tuvo una importancia central en la recreación teatral del asedio numantino de Ayala.

¹⁹²⁴ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 100, en general, 100-105.

¹⁹²⁵ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 82.

¹⁹²⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 140.

¹⁹²⁷ *Ibid.*, tomo 4, 3; la misma idea en Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 328.

¹⁹²⁸ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 424-425.

¹⁹²⁹ *Ibid.*, acto 1, vv. 445-448; *vide* Rodríguez Cuadros 1996, 44-45.

¹⁹³⁰ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 310-311.

¹⁹³¹ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 153.

Por otro lado, continuaba siendo problemática la explicación de los episodios en los que la lealtad hispana quedaba en entredicho. Ferreras, en su fidelidad a las fuentes y su actitud particularmente moralista en esta cuestión, fue probablemente el más inflexible al respecto, llegando a listar en su índice las principales ocasiones en que los hispanos habían «faltado à la fê»: criticó los cambios de bando de Indibil y el de Cástulo e Iliturgi, con el agravante de la matanza de romanos en esta última, pero también en la de los lancienses por traicionar a los numantinos ante Pompeyo o los asesinos de Viriato, insistiendo siempre en la justificación de su castigo como consecuencia proporcionada¹⁹³²; asimismo, fue especialmente tajante en lo respectivo a la desertión de los celtíberos con los Escipiones: «accion infame»¹⁹³³. Incluso justificó que los labricanos hubiesen sido castigados por Junio Bruto por su insurgencia tras haberse rendido¹⁹³⁴.

En contra de la intransigencia de Ferreras —coherente con la tradición previa en este aspecto (§ 9.2)—, a finales de siglo puede observarse una cierta tendencia a neutralizar el problema del cambio de lealtades de los hispanos. Introduciendo en algunos casos explicaciones más profundas sobre la causalidad histórica, por un lado, y anticipando discursos justificativos más cercanos a la que será la lógica plenamente nacionalista, por otro. En este sentido, los Mohedano y Masdeu reforzaron de forma más clara la premisa de que la irrupción de Roma había aprovechado el legítimo deseo de liberación de los hispanos («lisonja embustera»), para luego traicionar su causa¹⁹³⁵. Así, Masdeu transmitió con amargor y condescendencia el dilema de los mercenarios: «ora fuese dueño el Cartaginés, ora el Romano, siempre debían arrastrar la doliente cadena de la esclavitud»¹⁹³⁶. Finalmente, los cambios de lealtad solían achacarse a esa engañosa incertidumbre que los situaba entre dos fuegos, lo que solo benefició a Roma, que además lo habían explotado propagandísticamente.

«Conócese aquí la pasión de los Romanos, que graduaban la perfidia ó la lealtad, conforme convenia á sus intereses. Lo que se llama perfidia en los Españoles comunmente era un conato de sus animos para conservar ó restablecer su libertad, oprimida por la mala fe y crueldad de algunos Magistrados Romanos»¹⁹³⁷.

Aunque los Mohedano, especialmente, siempre se esforzaron por puntualizar que la falla de la perfidia romana no era algo generalizado, sino solo un vicio personal, propio

¹⁹³² *Ibid.*, tomo 1, 96 (Indibil), 98, 166, 108-109 (Iliturgis y Cástulo), 154 (Lancia), 133 (asesinos de Viriato). La infidelidad de Cástulo e Iliturgi fue igualmente censurada por Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 7, 142

¹⁹³³ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 97.

¹⁹³⁴ *Ibid.*, tomo 1, 157.

¹⁹³⁵ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 131; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 100-105, tomo 4, 7, cita en tomo 4, 14, *e. g.*

¹⁹³⁶ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 30.

¹⁹³⁷ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 316-317, en general, 314-317.

de los malos pretores. En este sentido fue común resaltar los casos individuales que llevaban sirviendo de ejemplo moral negativo durante siglos, particularmente, pero no solo, Galba y Lúculo¹⁹³⁸; no en vano, la «infamia» de este último fue el acontecimiento histórico más significativo para Flórez en lo que respecta a los vacceos.

Así, por ejemplo, en lo que respecta al cambio de lealtad de Gadir hacia Roma en la Segunda Guerra Púnica, se presupuso sin más: «debemos creer que esta mudanza no nació de perfidia ó ligereza, sino de algun mal tratamiento nacido de los Cartagineses»¹⁹³⁹. Igualmente, los ilergetes, tan inestables en sus alianzas, fueron calificados de «respetables» en oposición explícita con los romanos, «nuevos usurpadores de España»¹⁹⁴⁰. La premisa se repite en el que constituye quizá el episodio más problemático, el de la desertión de los celtíberos que acabe con la muerte de los Escipiones. No hubo sombra de culpa celtibérica en el tratamiento del tema, aunque sí existió la necesidad de justificación, recurriendo, de nuevo, la idea de la falsaria sofisticación diplomática, en este caso púnica:

«La fidelidad y la constancia formaban el carácter de los Celtiberos; no era posible corromperlos con dinero, ni con promesas; para inducirlos á una infidelidad era menester cubrirla con el velo de virtud»¹⁹⁴¹.

De nuevo, la falta se convertía en virtud, de manera que su traición quedaba reconducida curiosamente como prueba de patriotismo y lealtad:

«En efecto el carácter generoso de la Nación dista mucho de esta baja perfidia. Asi aunque Tito Livio, hablando de los Celtiberos, que en cierta ocasión desampararon las vanderas de los Romanos, dice que este procedimiento era propio de una perfidia bárbarica, creemos que en esta parte fueron mas fieles en observar sus tratados y palabras los Españoles, que los Romanos»¹⁹⁴².

Masdeu reforzó aún más esa amargura contra Roma en este aspecto con lo que, en ocasiones, culpó a la corrupción que sus políticas habían causado en el espíritu hispano:

¹⁹³⁸ Sobre Galba: Ferreras 1700-1727, tomo 1, 143; Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 13, 78; sobre Lúculo (que se contrapone a Escipión): Ferreras 1700-1727, tomo 1, 141-142; Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 5, 14, tomo 8, 1-2, sobre Quinto Pompeyo: Ferreras 1700-1727, tomo 1, 155; sobre los asesinatos de Sertorio: *Ibid.*, tomo 1, 183.

¹⁹³⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 308, en general, 307-310.

¹⁹⁴⁰ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 7.

¹⁹⁴¹ *Ibid.*, tomo 4, 47, en general, 45-48; la misma idea en Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 315.

¹⁹⁴² Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 3, 315.

«El trato con los Romanos había hecho maliciosos aquellos hombres sencillos. Aprendida aquella ciencia de engañar, á que se dá el nombre honrado de sagacidad, ó de prudencia, resolvieron vengarse de las injurias pasadas»¹⁹⁴³.

Cuando la traición de algún personaje hispano era en todo punto injustificable, se repitió en este periodo una curiosa fórmula de manera prácticamente idéntica, tanto en historiografía como en literatura, que invocaba esa idea del carácter nacional, intrínseco, de la virtud. Así, la deserción de los celtíberos fue para Ferreras una acción «indigna de Españoles»¹⁹⁴⁴. La traición a Viriato de sus lugartenientes no solo fue censurada por Masdeu, sino sorprendente: «nadie se había imaginado que fuese capaz de corromperse la fidelidad portuguesa»¹⁹⁴⁵. Es curioso que en el teatro se utilizase la misma fórmula. «¿Cómo en Numancia cabe esta perfidia?», dice Yugurta cuando se da cuenta del engaño de Olvia¹⁹⁴⁶. El Viriato de Comella, al enterarse de las conspiraciones contra él, se pregunta «¿quién el nombre Español así degrada?»¹⁹⁴⁷. De manera casi idéntica se expresa Luso, el héroe saguntino de Zavala, ante la perfidia de Sicano: «Esta traición / en una alma Saguntina cupo?», y de nuevo, «es imposible en efecto / que quepa traycion en un / Saguntino verdadero»¹⁹⁴⁸. El propio concepto de traición se presentaba una y otra vez como algo absolutamente ajeno a las virtudes nacionales, como una chocante desviación de la norma.

En efecto, la flexibilidad que la literatura permite en la recreación de estos acontecimientos históricos, hace que el análisis de la presencia de este tópico en concreto en el ámbito teatral resulte especialmente provechoso y merezca un comentario específico. Lo cierto es que ese concepto de *fe en los pactos* tan propio de Ferreras, Mohedano y Masdeu, fue también absolutamente central en el plano literario. De hecho, podría decirse que, más allá del ideal *pro patria mori* típico de esos episodios, la cuestión de la *fides* y, en concreto, la fidelidad a la ley, a lo pactado, es una clara señal de identidad en la representación de estos temas épicos. Esto hace que otros vicios prototípicos de la acción romana quedasen en un plano muy secundario, como la avaricia o la crueldad. De hecho, en esta etapa, no hay apenas referencias a la crueldad de los invasores romanos, a pesar de que los episodios tratados tenían un enorme potencial al respecto. Cabe señalar en este aspecto el papel que cumple en la *Numancia* de Ayala el personaje de Yugurta («barbaro extranjero»¹⁹⁴⁹). Todas las acciones más cruentas e injustificadas se le atribuyen a él, en vez de a los romanos, desviando los datos históricos: él amputa las

¹⁹⁴³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 7, 22-23, a propósito de la revuelta cántabra tras la guerra y el engaño a Lucio Emilio.

¹⁹⁴⁴ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 97.

¹⁹⁴⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 335, en general, 334-336.

¹⁹⁴⁶ López de Ayala 1775, acto 5, esc. 8.

¹⁹⁴⁷ Comella 1798, v. 593.

¹⁹⁴⁸ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 2, vv. 334-335 y acto 3, vv. 565-568, respectivamente.

¹⁹⁴⁹ López de Ayala 1775, v. 753.

manos de los lucianos por intentar socorrer a los numantinos, la acción más bestial de la obra, y él es quien envenena el agua del río, en contra del deseo del general romano¹⁹⁵⁰. No hay, en definitiva, una inversión típica del discurso de la barbarie (como en el teatro barroco) en tanto que en ese proceso de ennoblecimiento de los hispanos, romanos y numantinos se sitúan en un mismo plano. Por contra, los grandes dilemas tienen que ver con la fidelidad; el gran estigma atribuido a Roma, el gran error que tienta a los hispanos, es la perfidia, por encima de cualquier otra cosa. No hay un discurso de la barbarie propiamente dicho, pues la barbarie queda recluida en un personaje secundario. El discurso central se focaliza en transmitir que Roma venció por estratagemas, frente a la gloria de los hispanos que resistieron dignamente durante décadas.

Efectivamente, esta idea marcó profundamente la trama de la *Numancia* de Ayala. En su escenografía estaban presentes durante toda la representación las tumbas de los masacrados a traición por Galba. A menudo se alude a ese acontecimiento como advertencia para no fiarse de los romanos y resistir a toda costa¹⁹⁵¹; también Dulcidio advierte de las usuales estratagemas diplomáticas romanas al tratar con el resto de hispanos en el pasado¹⁹⁵². De alguna manera, se trasladaba a los numantinos el mensaje del discurso atribuido a Viriato por las fuentes. Por otro lado, si bien esa traición pasada servía como advertencia, otro incumplimiento marcaba la acción presente y disuadía de la posibilidad de que Roma actuase honradamente: la anulación del pacto de Mancino, que también juega un papel fundamental en la caracterización de Roma. Lo mismo ocurre en el drama de Comella sobre Viriato: toda la trama está marcada por el doble juego de Pompeyo, negociando la paz mientras planea su traición a través de Ditalcon. Términos como «infamia» y «falacia» son omnipresentes en toda la acción de los romanos; así es calificada por los lusitanos, pero también por el propio Cepio y Pompeyo que la están planeando¹⁹⁵³, incluso por el asesino Ditalcon que, paradójicamente, acusa de «pérfidos» a los romanos cuando le matan a él tras traicionar a Viriato¹⁹⁵⁴. El viejo tópico de la perfidia romana, tan típico en estos episodios, no se solo se convertía en el elemento central de la trama, sino que alcanzaba un verdadero paroxismo en su articulación más cínica y extrema.

¹⁹⁵⁰ *Ibid.*, vv. 1650-1652 y 1107-1108, respectivamente.

¹⁹⁵¹ *Ibid.*, vv. 882-884; después el tema ocupa por completo las escenas 3 y 4 del cuarto acto.

¹⁹⁵² *Ibid.*, acto 2, esc. 2.

¹⁹⁵³ Comella 1798, vv. 498, 502.

¹⁹⁵⁴ *Ibid.*, v. 843.



Figura 31. «Mancino», grabado de Garrido sobre el diseño de López Enguñados, para la adaptación española del *Compendio* de Anquetil (1806, 110)¹⁹⁵⁵.

Por otro lado, lealtad y necesidad de unión entre hispanos se entrelazaban. En este sentido es interesante la manera en que se repite el tema de la lealtad de los numantinos respecto de los segedenses en Ayala¹⁹⁵⁶. Probablemente Comella se inspiró en Ayala al manejar esta idea y el propio vínculo entre las guerras celtibérica y lusitana. En su *Viriato*, el acuerdo de paz con el que insiste Pompeyo reconocería la independencia de Lusitania, pero a condición de que renuncien a ayudar a Numancia y Segeda; la respuesta de Viriato

¹⁹⁵⁵ Fuente:

<https://books.google.es/books?id=HymCWYY7chAC&lpg=PA3&ots=Y7u2rKGiav&dq=Compendio%20de%20Historia%20de%20Espa%C3%B1a%20Anquetil&hl> (accedido: 25/11/2017).

¹⁹⁵⁶ López de Ayala 1775, vv. 993-1004.

es contundente: «No prosigas: / á tu campo vuelve sin tardanza / que tales condiciones no merecen / por un xefe Español ser contextadas»; añadiendo que «la causa que defienden, es mi causa»¹⁹⁵⁷. La prioridad más detestable del pacto, presentado como vergonzoso para la patria, no era el sometimiento, sino que su objetivo era romper la lealtad entre hispanos, lo que supondría perpetuar su fatídica discordia.

Esta cuestión enlaza bien con cierta dimensión política del tópico. Desde luego, el tema de la perfidia-fidelidad mantenía esa lectura patriótica tradicional, pero también introducía una reflexión ideológica nueva que tenía que ver con los conceptos de transparencia política frente al secretismo, debate y consenso frente a tiranía, buen gobierno frente a maquiavelismo.

En el *Sagunto* de Zavala, además de criticarse los usos pérfidos de Roma, hay una condena clara al secretismo individual de sus personajes, por mucho que la obra defienda en general el derecho de los nobles a decidir por el pueblo (§ 6.6). No en vano, el personaje negativo por excelencia, Sicano, se define fundamentalmente por su perfidia, por sus complejas intrigas para conseguir sus propósitos, tanto personales (el amor de Hesione) como políticos (ser nombrado general)¹⁹⁵⁸. Por otro lado, el secretismo de Luso al acordar una estratagema con Himilce que ponga fin a la guerra, no solo se demuestra infructuosa, sino que está a punto de llevar al desastre a sus personajes por la confusión que genera, de nuevo, paralelamente, tanto en el plano amoroso (provoca la desconfianza de Hesione) como en el político (es acusado de traidor)¹⁹⁵⁹. Esa argucia privada de Luso, bienintencionada pero desastrosa por no ser abierta con el resto de nobles, recuerda mucho a la de Olvia en la *Numancia* de Ayala, y nos remite a un mismo principio de transparencia política, sino con el pueblo, al menos sí entre la clase dirigente.

El mismo empleo moralizante de la fidelidad al pacto se reproduce al caracterizar a Aníbal. Ciertamente, su fallo esencial es la arrogancia, pero también se trata de un desdén por la ley. Esto es muy claro cuando se reúne con Fabricio, el legado romano, y se declara dispuesto a romper cualquier pacto establecido con Roma y cualquier ley diplomática en la consecución de sus objetivos personales¹⁹⁶⁰.

En la *Numancia* de Ayala, esa lacra está en la traición que propone Yugurta a cambio de la mano de la numantina Olvia. De hecho, esta estrategia constituye la parte esencial del error bienintencionado del personaje que marcará su final trágico. Terma es muy clara en ese sentido. La falta de transparencia es igualmente el fallo de los villanos de la obra de Comella, Pompeyo, Cepio y Ditalcon, especialmente los dos últimos, que diseñan el asesinato de Viriato actuando al amparo de la noche; incluso Pompeyo lo critica como

¹⁹⁵⁷ Comella 1798, vv. 433-436 y 456, respectivamente.

¹⁹⁵⁸ Incluso Aníbal pide su cabeza por su perfidia (Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 794-796).

¹⁹⁵⁹ *Ibid.*, acto 2, vv. 111-271 y vv. 482-691, respectivamente.

¹⁹⁶⁰ *Ibid.*, acto 1, vv. 652-723.

«indigno», llamando traidor a Ditalcon¹⁹⁶¹, aunque no queda claro si esto lo hace con sinceridad o hipocresía. El artífice de la intriga, Cepio, deja clara la naturaleza de la gloria romana: «El sigilo en la guerra es una parte de la victoria»¹⁹⁶².

Tan importante como el ejemplo negativo lo es su contrapunto ideal. En este sentido, el secretismo censurable de los personajes imperfectos, tanto hispanos como invasores, contrasta con la actitud ejemplar del Viriato de Comella, siempre transparente, que pronuncia un discurso público revelando sus sospechas de traición y poniendo su liderazgo a disposición de sus soldados¹⁹⁶³, o de Megara, en la *Numancia* de Ayala, que actúa siempre en público y consensua las decisiones. Los héroes indígenas del teatro de finales del siglo XVIII representan la máxima virtud cuando sus acciones se desarrollan en un marco colectivo. Por mucho que se contemple en ellos un poder decisorio y despótico, su acción debe tener una vocación social, debe responder a la voluntad de una nación.

¹⁹⁶¹ Comella 1798, vv. 246-250, 841-842.

¹⁹⁶² *Ibid.*, v. 378.

¹⁹⁶³ *Ibid.*, vv. 664-679.

Capítulo 10

LA CEGUEDAD ANTIGUA

EL DESAFÍO DE LA RELIGIÓN

«Salvo la única nación que la sigue, para ella [la religión] todo es infiel,
extranjero, bárbaro; no extiende los deberes y los derechos del hombre
más allá de sus altares»

Jean-Jacques Rousseau, 1762, *El contrato social*, libro 4, cap. 8, p. 308

(trad. de Armiño 1994)

Si Iberia era un territorio bárbaro, su religiosidad no podía ser civilizada. El ateísmo de los galaicos, el dios innominado de los celtíberos, constituyeron la alterización abstracta y más extrema de la religión de aquellos pueblos. Sin embargo, ante todo era su ritualidad concreta y palpable la que testimoniaba de una manera más evidente su barbarie sacrílega: las prácticas funerarias insólitas, los ritos adivinatorios, las mutilaciones simbólicas o el sacrificio humano, constituían en el discurso grecolatino signos fácilmente reconocibles de su alteridad. En este sentido, la tradición etnográfica sobre la religiosidad bárbara puede entenderse como un mecanismo complementario de caracterización de la ferocidad hispana y, con ello, de legitimación del proceso civilizador romano; en concreto, el grueso de las noticias al respecto que conservamos a través del prisma estraboniano, y que tuvo sus ecos en la literatura imperial, supone la reinterpretación de esa tradición que debe entenderse en el contexto ensalzador de la *Pax Augusta*. Esto comportaba contradicciones importantes con la propia realidad ritual y cultural grecolatina pues, en efecto, muchas de las prácticas descritas encontraban sus paralelismos y conexiones con la ritualidad griega y romana. En este sentido, gran parte del interés y el desafío en la interpretación de esos datos reside en la identificación de los mecanismos por lo que se buscó la distinción respecto de las costumbres propias: ya fuese a través de los detalles de los gestos rituales, sus motivos o connotaciones, en última instancia su descripción redundaba en su carácter arcaizante o salvaje, así como en su feliz erradicación gracias a la civilización romana.

En el segundo apartado trato la compleja relación que se estableció entre esta caracterización religiosa y su explicación cristiana. Comento dos pasajes concretos de la crónica de Alfonso X, ambos sobre la ritualidad en torno al fuego, para sugerir el papel que esta cuestión, poco tratada en la crónica, representó en relación con la caracterización medieval de la barbarie. En todo caso, fue en su recepción renacentista y contrarreformista cuando adquirió toda su entidad discursiva. Las creencias y ritos descritos por las fuentes fueron interpretados entonces en clave idolátrica y autoctonista: la auténtica religión primigenia, revelada a Noé y llevada a Iberia por Túbal, habría sido progresivamente corrompida por los cultos demoníacos de los pueblos colonizadores hasta la llegada del cristianismo. En este sentido, analizo especialmente el tema del sacrificio humano como una cuestión central en la demonización de la influencia cartaginesa. Desde luego, el descubrimiento de América tuvo un papel esencial como estímulo intelectual en la construcción de todo este aparato conceptual. Si bien es cierto que las comparaciones explícitas entre ambas realidades no fueron muy frecuentes en la historiografía sobre la Antigüedad hispana, sí puede explorarse ese vínculo volviendo sobre la obra de Las Casas. A través de los temas del sacrificio humano y la adivinación, el dominico comparó una vez más las semejanzas entre los pueblos americanos e hispanos

para recalcar la humanidad de los primeros y propugnar la posibilidad de perfeccionamiento de aquellas culturas mediante la pedagogía evangelizadora y civilizadora. Finalmente, apuntaré algunas notas sobre el papel destacado y desconcertante de las prácticas nigrománticas de los numantinos en la obra de Cervantes, un pasaje probablemente inspirado en Lucano y con un profundo sentido simbólico en el discurso ideológico de la obra.

Intento mostrar en el apartado tercero la vigencia en el siglo XVIII de esa dicotomía esencial entre la religión pura de los primigenios pobladores frente a la contaminación idolátrica de los extranjeros, aunque el modelo se vio sometido a un profundo proceso de racionalización. Una vez desmontado el mito tubálico, surgió la necesidad de explicar el proceso desde una nueva base crítica de reflexión antropológica; en ese sentido, en la explicación ilustrada, aquella primera creencia revelada fue sustituida por una forma de religiosidad básica propia de los pueblos primitivos, con lo que acudieron de forma habitual a la comparación con el mundo celta. El resultado fue la constatación de la existencia de una religiosidad hispana prístina, más sencilla y natural, de hecho, que mostraban las realidades culturales cercanas; de esta forma, se proyectaba la misma idealización tradicional pero respaldada en la argumentación racional, en lugar del relato mitológico. En esa línea, es llamativa la incorporación de la epigrafía al debate; de particular interés es el estudio que le dedicó Masdeu a la cuestión de las divinidades indígenas (para demostrar que eran foráneas), que estaban documentadas en la literatura y las inscripciones, particularmente Endovélico, que en el momento fue un motivo de controversia importante. A propósito de este último, apunto algunas notas en relación con la plasmación literaria del tema de la religión, especialmente el redescubrimiento de ese Endovélico en la obra de Ayala como deidad autóctona y tutelar de los numantinos, rompiendo así con las tradicionales referencias clasicistas en estos asuntos. En definitiva, se establecía una cierta paradoja muy propia del momento: mientras que, por un lado, se exaltaba la civilización y el papel que el influjo externo tenía en ella, por otro, el buen salvaje y la particular espiritualidad natural de los autóctonos se revelaba con toda su excepcionalidad y virtuosismo.

10.1. Ritos sangrientos y aborrecibles

La religión, como parte esencial de la concepción simbólica, el funcionamiento social y la representación identitaria de la *polis*, tuvo siempre un lugar destacado en el discurso de la barbarie de tradición griega. Consecuentemente, sus temas ocuparon también un espacio específico en la caracterización del bárbaro noroccidental,

conformándose un catálogo de caracteres típicos para este ámbito¹⁹⁶⁴, en los que el estereotipo hispano encajó en gran medida¹⁹⁶⁵. Se reprodujeron y generalizaron los lugares comunes desarrollándose, como idea de fondo, la visión de una religiosidad arcaica, exótica y sanguinaria propia de un estadio primitivo de civilización. En este sentido, las noticias sobre la religión y, sobre todo, la ritualidad hispana, más allá de la experiencia empírica en la que se fundamentase, tendió a ser transmitida según ciertos moldes retóricos predefinidos, como un compendio estereotipado y degradante.

No voy a entrar aquí en el fenómeno de la *interpretatio*, esto es, la adaptación de nombres de dioses, ritos e iconografías propios a los ámbitos locales. Desde luego, fue este un mecanismo clave en el proceso de traducción cultural de las realidades hispanas desde el prisma grecorromano y, como en otros procesos coloniales, un valioso reflejo de los procesos de sincretismo y negociación de lo sagrado en el proceso de provincialización¹⁹⁶⁶. Por el contrario, lo que me interesa aquí no ese fenómeno de identificación de cultos reconocibles y asimilables, sino precisamente su constatación de las creencias y prácticas alterizadas, aquellas que consideraron extrañas, incluso opuestas, a su idiosincrasia religiosa y, en consecuencia, fueron empleadas como elementos clave en el discurso de la barbarie hispana.

En tanto que el rito concreto fue el tema preferido para la definición de la religiosidad bárbara, apenas encontramos digresiones generales acerca de las creencias de los hispanos en un sentido abstracto; probablemente esta sea la única:

«Algunos afirman que los galaicos no tienen dioses y que los celtíberos y sus vecinos del norte hacen sacrificios a un dios sin nombre en las noches de luna llena delante de las puertas de las aldeas, y que con toda la familia danzan y permanecen en vela toda la noche»¹⁹⁶⁷.

Esta peculiar noticia ha sido objeto de variadas conjeturas historiográficas que, con frecuencia, cayeron en la mezcla simplificada y acrítica de los diversos elementos condensados en el fragmento¹⁹⁶⁸; ciertamente, pueden plantearse teorías acerca del tipo de culto que Estrabón describió para celtíberos y nortños¹⁹⁶⁹, pero el ateísmo galaico es una afirmación difícilmente sostenible como realidad histórica¹⁹⁷⁰.

¹⁹⁶⁴ A este respecto resulta imprescindible Lampinen 2013; complementariamente, *vide* Haussler 2014; Woolf 2013, entre otros.

¹⁹⁶⁵ Sobre la religión prerromana a través de la literatura grecolatina, *vide* Bermejo Barrera 1982b; 1986a; Domínguez Monedero 1985; Salinas de Frías 1985; García Quintela 1999a; Marco Simón 2005, entre otros.

¹⁹⁶⁶ Marco Simón 1995-2007; 2010; 2017a, 93-99.

¹⁹⁶⁷ Str. 3.4.16 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹⁹⁶⁸ Simplificando, tradicionalmente se ha interpretado como la existencia de una divinidad lunar, anicónica y cuyo nombre era tabú, lo que habría propiciado la idea del ateísmo; Bermejo Barrera 1982c; Sopeña Genzor y Ramón Palerm 1994 han trazado los procesos historiográficos en torno a este texto.

¹⁹⁶⁹ Sopeña Genzor y Ramón Palerm 1994.

¹⁹⁷⁰ Bermejo Barrera 1982c.

Desde la mentalidad griega se concebía la religión propia como la religión por antonomasia, motivo por el que los cultos bárbaros tendieron a ser sistemáticamente domesticados y asimilados desde el prisma de la *interpretatio*. Aplicando la misma lógica, es posible que el calificativo de ateo respondiese a una realidad religiosa cuyas diferencias se concibieron como insalvables, inasimilables desde el imaginario grecolatino¹⁹⁷¹. No se estaría transmitiendo, por tanto, la idea de un ateísmo propiamente dicho, sino que se estaba marcando una diferencia abismal respecto de aquello que se consideraba como una religión comprensible y delimitada por una estructura básica (*nomoi*), con lo que se estaba definiendo así un estadio de barbarie extrema.

Es cierto que, en este caso, no hay muchos paralelos de la aplicación de este tópico sobre otros pueblos. El ateísmo fue atribuido de una manera similar por Teofrasto a los tracios, los bárbaros nortños más inmediatos al mundo griego. No obstante, en última instancia, el tema puede relacionarse con una interesante digresión de Heródoto sobre el origen de los dioses de los griegos, según la cual, sus ancestros primigenios, los pelasgos, carecían de nombres para sus deidades hasta que los egipcios se los revelaron¹⁹⁷². De esta manera, esa asociación entre primitivismo remoto y ausencia de dioses o dioses innominados podría haber sido extrapolada por Estrabón a la gradación cultural que estableció para los pueblos peninsulares (§ 2.5). En cierta medida, ese mecanismo de degradación religiosa volvería a aplicarse cuando ciertos defensores de la cultura pagana, especialmente Juliano el Apóstata, calificaron de ateas a las comunidades cristianas¹⁹⁷³.

Por otro lado, la inclusión de danzas nocturnas es otro detalle significativo del texto. Se ha relacionado con la naturaleza lunar del culto indígena aludido pero, en todo caso, podría pensarse que la presencia de este detalle en la escueta referencia de Estrabón tenía también cierto sentido discursivo. A este respecto cabe considerar que el elemento de nocturnidad también formó parte de la caracterización alterizada de los galos cuando se insistió en que ellos hacían el cómputo del tiempo por noches, en lugar de días¹⁹⁷⁴. Más allá de su realidad histórica, de acuerdo con la percepción grecolatina es que la concepción del mundo de estos pueblos era un producto de la noche, lo que era sinónimo de lo opuesto, del no-ser¹⁹⁷⁵.

En todo caso, por lo general la representación de la religiosidad bárbarica no se fundamentó tanto en la reflexión teológica como en la sistemática sorpresa y censura ante su ritualidad repugnante. Un punto significativo en este sentido concierne a sus rituales funerarios, como el transmitido por Claudio Eliano:

¹⁹⁷¹ *Ibid.*; Marco Simón 2017a, 85-86, aplicando parcialmente la propuesta general de Usener 1896, 278.

¹⁹⁷² Hdt. 2.52.

¹⁹⁷³ Beatrice 2004; Marco Simón 2017a, 86-87.

¹⁹⁷⁴ Caes. *G.* 6.18.

¹⁹⁷⁵ Marco Simón 1993, 155.

«Los vacceos (pueblo de Occidente) ultrajan los cadáveres de los muertos por enfermedad, ya que consideran que han muerto cobarde y afeminadamente, y los entregan al fuego; pero a los que han perdido la vida en la guerra, los consideran nobles, valientes y dotados de valor y, en consecuencia, los entregan a los buitres porque creen que éstos son animales sagrados»¹⁹⁷⁶.

De una manera más escueta, Silio y Orosio atribuyeron el rito a los celtíberos¹⁹⁷⁷. Ciertamente, parece plausible que en la Céltica hispana se practicase un rito descarnatorio de este tipo, en el que las aves tuviesen una simbología psicopompa, como otras fuentes iconográficas y arqueológicas parecen demostrar en el ámbito hispano y europeo¹⁹⁷⁸. Ahora bien, desde un punto de vista discursivo, en el texto de Eliano confluyen muchos de los conceptos ya manejados. En primer lugar, se está describiendo una práctica absolutamente opuesta al *funus* civilizado, innegablemente sacrílega y abominable a ojos de griego o latino. Por otro lado, se está incidiendo en el tópico de fondo de la belicosidad exacerbada de estos pueblos, hasta el punto de «ultrajar» los cuerpos de aquellos que había muerto de forma natural. El hecho de que todo ello se ubicase de manera explícita e inconfundible en Occidente no es casual; se estaba describiendo un rito primitivo, sacrílego y extraño propio de una cultura bárbara de la periferia del mundo conocido.

Pero sin duda, si hay un rito cruento característicamente bárbaro, ese es el sacrificio humano. Los autores grecolatinos utilizaron sistemáticamente este tema en la caracterización peyorativa de múltiples pueblos muy distintos entre sí. Cabe destacar, en todo caso, el enorme peso específico que tuvo en la demonización de la cultura fenicia y púnica, particularmente el sacrificio infantil¹⁹⁷⁹; no obstante, también se presentó como un rasgo propio del ámbito céltico, y particularmente galo, con todo tipo de variantes¹⁹⁸⁰. Comparativamente, las fuentes no son muy prolijas para el ámbito hispano, pero hay varias alusiones interesantes¹⁹⁸¹. Esta de Estrabón es la más detallada:

«Los lusitanos hacen sacrificios; observan las entrañas, pero sin extirparlas. También observan las venas del pecho y conjeturan palpándolas. Predicen mediante las entrañas de los prisioneros de guerra, cubriéndolos con sagos. Luego, cuando el *hieroskópou* lo golpea por encima de las entrañas predican primero según la forma

¹⁹⁷⁶ Elian. *Nat. An.* 10.22 (trad. de Díaz-Regañón López 1984).

¹⁹⁷⁷ Sil. Ital. 3.340-343; Oros. 5.5.15-17; de nuevo, pero hablando de Iberia en general, en Sil. Ital. 13.471-472.

¹⁹⁷⁸ Sopeña Genzor y Ramón Palerm 2002; Sopeña Genzor 2010; Carcedo de Andrés y Pradales Ciprés 2013; Sanz Mínguez y Rodríguez Gutiérrez 2013. Sobre el texto de Eliano, se ha cuestionado la validez de la tradicional identificación del etnónimo «vacceos», arbitraria textualmente, proponiéndose más bien una ligazón con el mundo arévaco (Sopeña Genzor y Ramón Palerm 2002; 2006).

¹⁹⁷⁹ Simonetti 1983; Ribichini 2000; Garnand 2001; 2006.

¹⁹⁸⁰ Marco Simón 1999; García Quintela 1991b; 1992; Aldhouse-Green 2001; Borie 2011, 402-406; Lampinen 2013.

¹⁹⁸¹ García Quintela 1991b; 1992; 1999d; Santos 2007a; 2007b; Alfayé Villa 2010.

en la que cae el cuerpo. Cortan a los prisioneros la mano derecha para consagrarla como ofrenda»¹⁹⁸².

Es interesante la plasmación puramente literaria de esta idea en el poema épico de Silio, como parte de su catálogo de caracteres bárbaros que acompañaban a Aníbal. Refiriéndose en este caso a los galaicos (la distinción entre galaicos y lusitanos siempre fue voluble en su obra), los que describió como

«expertos en interpretar las entrañas de las víctimas, el vuelo de las aves y los relámpagos del cielo, ya sea entonando en su propia lengua cantos bárbaros, ya sea regocijándose mientras golpean la tierra con uno y otro pie alternativamente y entrechocan sus ruidosas cetras con ritmo. Así se relajan y reconfortan los hombres, con ello experimentan un placer sagrado»¹⁹⁸³.

Siguiendo con Estrabón, poco después afirmó sobre los pueblos del norte que «sacrifican a Ares un chivo, prisioneros de guerra y caballos»¹⁹⁸⁴. La idea de que los cántabros sacrificaban caballos y consumían su sangre tuvo también un eco literario, circulando como un verdadero lugar común¹⁹⁸⁵. Parece claro que la reproducción casi automática de estas notas estrabonianas, que forman parte del compendio de costumbres excéntricas de los pueblos cantábricos, tiene mucho que ver, en general, con la fortuna del discurso augusteo.

Completando esta idea cabe comentar dos pasajes más que mencionan el sacrificio humano en Iberia, y que son menos descriptivos etnográficamente, pero mucho más concretos históricamente. Por un lado, Plutarco mencionó de forma muy concisa la prohibición del sacrificio humano a los bletonenses por parte de Publio Craso como procónsul de la Ulterior¹⁹⁸⁶, como Plinio también refiriéndose a Bletisa¹⁹⁸⁷. La otra referencia está relacionada con el proceso judicial a Galba por su incumplimiento del acuerdo de paz con los lusitanos durante su mandato como pretor de Hispania Ulterior; según Livio, en su defensa adujo que había recibido noticia de que los lusitanos habían sacrificado un hombre y un caballo, lo que anunciaba su intención de atacar a los romanos, invalidando el tratado¹⁹⁸⁸. Una vez más, reaparecían los elementos recurrentes que constituían el tópico del sacrificio sobre estos pueblos; fuera o no cierto en este caso concreto, no se puede dejar de considerar su contexto, que en esta ocasión es muy específico. Dejando a un lado las complejas circunstancias históricas y políticas del

¹⁹⁸² Str. 3.3.6 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹⁹⁸³ Sil. Ital. 3.344-349; el aparente vínculo entre la noticia estraboniana y la siliana fue apuntado por García Quintela 1991b, 33.

¹⁹⁸⁴ Str. 3.3.7 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

¹⁹⁸⁵ Hor. C. 3.4.34; Sil. Ital. 3.361; Ptol. 2.6.40; *vide* Domínguez Monedero 1985.

¹⁹⁸⁶ Plut. *Quaest. Rom.* 83.

¹⁹⁸⁷ Plin. *N. H.* 30.3.

¹⁹⁸⁸ Liv. *Per.* 49.20; sobre todo lo que rodea a ese proceso, *vide* García Quintela 1999b; Muñiz Coello 2004; García Riaza 2002, 103-113; 2008; Salinas de Frías 2010b.

suceso, cabe considerar el pasaje a nivel puramente discursivo. Ya se tratase de un motivo real —lo que resulta verosímil— o de una excusa inventada *a posteriori*, lo cierto es que este hecho se estaba utilizando para justificar una masacre perpetrada sobre los lusitanos violando una *deditio*, con lo que, de alguna manera, el relato parece dirigido a otorgarle una legitimidad doble: en primer lugar, era un simple argumento diplomático (la reacción defensiva ante la agresividad lusitana), pero también cultural, en la medida en que introducía un detalle etnográfico que recalca la condición bárbara del enemigo minando la posible empatía con su causa. Es significativo cómo se subraya que ese rito se realizó «según su costumbre» (*suo ritu*), lo que aporta un matiz importante al tono fundamentalmente aséptico de Livio. Por un lado, neutralizaba su posible identificación con los ritos propios y, por otro, subrayaba el carácter normalizado, no excepcional, de la práctica. De alguna manera, aparte de la excusa factual e inmediata, la alusión parece ayudar a definir el *tipo* de pueblo al que se estaban enfrentando. Así, a su acto de perfidia se le unía su calidad de salvaje y sanguinario.

Por lo tanto, aunque en distintos contextos, circularon ciertas referencias coincidentes en torno a este tipo de prácticas en Iberia, aunque no se trata de un tópico excepcional de los hispanos. La descripción del acto sacrificial en sí tal y como lo explicó Estrabón (golpe con el cuchillo en el diafragma y predicción por la forma de caer), fue reproducida de forma idéntica por él mismo y Diodoro para los galos, en ambos autores acompañada de otras curiosidades relacionadas con el tratamiento vejatorio de los cuerpos, también precisamente de los prisioneros¹⁹⁸⁹; asimismo, Estrabón reprodujo un idéntico esquema para los cimbrios¹⁹⁹⁰, y de manera similar lo afirmó Tácito sobre los britanos¹⁹⁹¹. Del alcance de esa generalización nos habla su reproducción ya muy tardía por parte de Sópatar de Pafos, que equiparó la práctica gálata del sacrificio de cautivos con el de lusitanos, galos y britanos, lo que básicamente parece ser un eco de las reiteraciones de las fuentes previas¹⁹⁹².

Cabe pensar que este tratamiento tan coincidente del tema tuviese algún nexo común, una autoridad de referencia que transmitiese la idea en origen. Es probable que Posidonio tuviese algo que ver en ello, ya fuese como generador o intermediario de la noticia¹⁹⁹³, de manera que, a partir de su lectura en época augustea se reprodujese y generalizase. También cabe destacar una coincidencia previa: Polibio afirmó que era una costumbre propia de los bárbaros sacrificar a un caballo antes de la guerra para adivinar el resultado por la forma de su caída, con lo que se repiten los elementos de barbarie,

¹⁹⁸⁹ Str. 4.4.5; D. S. 5.31-32, cfr. Caes. G. 6.16.

¹⁹⁹⁰ Str. 7.2.3.

¹⁹⁹¹ Tac. *Ann.* 14.30.

¹⁹⁹² Sópatar de Pafos 193K = Ateneo IV 160e; *vide* García Quintela 1991b, 30.

¹⁹⁹³ García Quintela 1992 identifica otra tradición distinta para el ámbito germano.

sacrificio, caballo y adivinación por la caída¹⁹⁹⁴. No obstante, los antecedentes de este tema etnográfico se pueden retrotraer aún más si consideramos la descripción de Heródoto sobre los ritos escitas, cuyas coincidencias con los sacrificios occidentales son ciertamente significativas, y particularmente en lo que atañe a los lusitanos¹⁹⁹⁵. Tanto en los textos sobre los escitas de Heródoto como en el de los lusitanos de Estrabón se mencionó el sacrificio a Ares de ovicápridos, caballos y prisioneros de guerra, y ambos incluyen la amputación de la mano/brazo derecho del sacrificado¹⁹⁹⁶.

Resulta obvio que estas coincidencias tan concretas sobre las prácticas sacrificiales de los pueblos nortños están más allá de la casualidad. Básicamente, caben dos enfoques fundamentales para tratar de explicar la cuestión: dichas noticias pueden entenderse como indicios de un auténtico vínculo cultural y religioso entre las realidades descritas, pero también como un simple tópico etnográfico. Así, en primer lugar, atendiendo especialmente a los paralelismos indoeuropeos —aunque también los fenopúnicos¹⁹⁹⁷—, parece razonable pensar que en Hispania existiesen prácticas sacrificiales de personas y caballos relacionadas con la guerra, de manera que, en calidad de víctimas superiores, fuesen objeto de ritos propiciatorios, más o menos excepcionales, ante momentos críticos; esto es, estaríamos ante rituales de *indictio belli*¹⁹⁹⁸. Asimismo, no es extraño el recurso a este tipo de ritos como mecanismo de resistencia y reafirmación identitaria en los contextos de inestabilidad generados durante los procesos coloniales¹⁹⁹⁹. Por otro lado, cabe también cierta dosis de escepticismo, pues es evidente que dichas alusiones, comunes en toda la tradición herodotea, fueron incluidas siempre en digresiones etnográficas barbarizantes y discursos de legitimación político-militar²⁰⁰⁰. En realidad, ambas perspectivas no son excluyentes; la posible realidad oculta y codificada tras el tópico no niega su instrumentalización retórica a modo de estereotipo degradante.

En cierto sentido, el uso del sacrificio humano como estigma de barbarie no está exento de paradoja si consideramos que también se practicaba en Roma, por cierto, asimismo en aparente relación con la guerra²⁰⁰¹. No obstante, la clave parece estar en el

¹⁹⁹⁴ Plb. 12.4b, 2-3; 3.

¹⁹⁹⁵ Hdt. 4.62-69. Para la comparativa *vide* García Quintela 1991b; 1999d, 251-255, y sobre caracterización herodotea de estos ritos escitas: Hartog 2003 (1980).

¹⁹⁹⁶ Mientras que otras coincidencias se encuentran entre escitas y galos, como la conservación de las cabezas del enemigo o las ejecuciones en carros y muñecos de paja en llamas.

¹⁹⁹⁷ Quesada Sanz 2012, 128-132.

¹⁹⁹⁸ García Quintela 1991b, 25-37; 1992, 344; 1992; 1999d; García Riaza 2002, 106-113; Santos 2007a; 2007b; además, el caso del caballo puede relacionarse con su importancia como emblema social y guerrero de las élites (Quesada Sanz y Zamora Merchán 2003; Almagro-Gorbea 2005; Sánchez Moreno 2005b; Quesada Sanz y Gabaldón Martínez 2008; Hernández Guerra 2011).

¹⁹⁹⁹ Alfayé Villa y Marco Simón 2016.

²⁰⁰⁰ Alfayé Villa 2009, 312; 2010, 220 y, en general, Marco Simón 1999; Lampinen 2013.

²⁰⁰¹ Como los sacrificios humanos practicados ante la invasión celta en el 226 a. e. c. (Plut. *Marc.* 3.5-7; Plin. *N. A.* 28.3.12), la cartaginesa en el 216 a. e. c. (Liv. 22.57.6; Dio Cass. 12.50) o el motín del 46 a. e. c. (Dio Cass. 43.24.2-4), por no hablar del sacrificio equino anual del *october equus*.

hecho de que, a la altura de la Tardorrepública, ese tipo de ritos eran considerados ya como prácticas arcaizantes, en decadencia²⁰⁰². De esta manera, a medida que se implementaba la definición de Roma como agente civilizador del mundo, el estigma sobre ese tema y la propaganda sobre su abolición se convirtieron en ideas recurrentes²⁰⁰³. Si a su consideración como algo propio de otra época se le añadían además ciertos detalles escabrosos y ajenos a los propios cultos, el acto se redondeaba como un síntoma inconfundible de barbarie.

En efecto, la manera en que estos autores, y particularmente Estrabón, valoraron estos ritos en Hispania dicen mucho de la intencionalidad inherente a la cuestión más allá de su fundamento verídico. Se ha señalado la importancia de que Estrabón utilizase el término *thusía* para definir el sacrificio lusitano, término empleado tradicionalmente para referirse a los sacrificios bárbaros²⁰⁰⁴, pero también el carácter diferenciador y especular de los propios gestos del rito en oposición a las prácticas griegas²⁰⁰⁵. Por ejemplo, Estrabón indicó que los lusitanos leían las entrañas sin extraerlas mientras que en la adivinación griega a partir de vísceras animales era necesario extirparlas. Igualmente, en la descripción del sacrificio griego se evita todo signo de violencia; por el contrario, en las caracterizaciones de los sacrificios bárbaros las fuentes solían recrearse en el momento y el método de la muerte, en el caso lusitano, en la manera en que el cuchillo debía golpear y el sacrificado se desplomaba, entendidos estos detalles, además, como elementos centrales del acto²⁰⁰⁶.

Es interesante cómo este tratamiento estraboniano del tema difiere de manera significativa del tono de Diodoro, incluso cuando ambos estaban reproduciendo noticias casi idénticas procedentes de una misma fuente, probablemente Posidonio. Diodoro fue más específico (se refirió solo a los galos), más descriptivo y más neutral, características que suelen interpretarse como de una mayor fidelidad respecto al sentido original de Posidonio. Mientras tanto, Estrabón generalizó más la noticia (cuatro menciones casi idénticas para cuatro pueblos distintos), aplicó de una forma más clara el juego de contrarios e imprimió a estos testimonios un tono de censura más evidente. La dirección del argumento estraboniano es claro cuando, después de la lista de atrocidades que atribuyó a los galos, concluyó celebrando que Roma hubiese prohibido finalmente este tipo de prácticas²⁰⁰⁷. No por casualidad, este mismo dato, la feliz prohibición por Roma, fue también lo más destacado por Plutarco y Plinio sobre Bletisa²⁰⁰⁸. Además, no hay que

²⁰⁰² García Quintela 1992, 343.

²⁰⁰³ Ribichini 1998.

²⁰⁰⁴ Hdt. 1.132; 2.38-40; 4.60-61, *e. g.*

²⁰⁰⁵ García Quintela 1992, 346-348.

²⁰⁰⁶ Había violencia, igualmente, en las descripciones de las ejecuciones de prisioneros escitas y galos, o de los niños púnicos sacrificados, todos ellos quemados vivos, por ejemplo.

²⁰⁰⁷ Str. 4.4.5.

²⁰⁰⁸ Plut. *Quaest. Rom.* 83. Plin. *N. H.* 30.3

obviar el hecho de que se ponga el énfasis constante en su sentido adivinatorio; si bien esto no era nada inusual en el mundo grecolatino, cabe considerar que, a nivel discursivo y oficialista, la magia comenzó a arrastrar una cierta estigmatización con el mandato de Augusto, en tanto que friccionaba teóricamente con la idea de la uniformidad religiosa del imperio²⁰⁰⁹. Independientemente de la genealogía de la información, su sentido en el discurso de fondo tenía el objetivo concreto de ensalzar el efecto civilizador de la *romanitas*.

Todo lo dicho sobre el uso retórico del sacrificio humano es aplicable a la visión peyorativa que la intelectualidad grecolatina transmitió del mundo fenopúnico. De hecho, este tema, agravado particularmente por el infanticidio, fue uno de los principales tópicos en la barbarización y demonización de los cartagineses, por parte de griegos y romanos²⁰¹⁰. Esto incluye algunas referencias a este rito practicadas en el ámbito peninsular²⁰¹¹, lo que básicamente es una extensión de ese *topos* sobre lo cartaginés repetido también a propósito de su comportamiento en África, Sicilia e Italia. Ahora bien, esta confluencia sobre la barbarie ritual de los cartagineses e hispanos tiene interés por su recepción moderna, ya que, en el Renacimiento, se convirtió en el pretexto perfecto para culpar a los púnicos de la introducción de esta costumbre en la Península, disculpando así a los locales por practicarla (§ 10.2).

Otra cuestión, tangencial al sacrificio y relacionada con su ritualidad sangrienta, tuvo también una cierta trascendencia en la conformación del estereotipo hispano. Cuando Estrabón habló del rito adivinatorio de los lusitanos, añadió que consagraban las manos derechas de los cautivos, lo que remite a la cuestión de la amputación como práctica ritual atribuida a los pueblos hispanos²⁰¹². En cierta medida, el tema reapareció tardíamente con Sexto Aurelio Víctor, cuando contó la anécdota de un padre celtíbero que, ante la disputa de dos pretendientes para casarse con su hija, puso como condición que el aspirante entregase la mano amputada de un enemigo²⁰¹³. El relato básicamente retórico trasluce una credibilidad limitada que, en todo caso ahondaba en el estereotipo de la belicosidad enfermiza que empapaba todas las esferas de los usos celtibéricos. Otro texto de Diodoro suele ponerse en relación con este tema: al narrar la conquista cartaginesa de Selinunte (409 a. e. c.) contó que los «bárbaros», tras saquear e incendiar la ciudad y masacrar a mujeres, niños y ancianos, exhibían rstras de manos en torno a sus cuerpos y cabezas empaladas en sus jabalinas²⁰¹⁴. Antes de nada, debe considerarse el problema de la imprecisión de este pasaje, ya que en ningún momento se especifica

²⁰⁰⁹ Bermejo Barrera 1982a, 41-42 y, en general, *vide* Marco Simón 2017b.

²⁰¹⁰ Simonetti 1983; Ribichini 2000; Garnand 2001; 2006.

²⁰¹¹ Cic. *Balb.* 43; *Ad. Fam.* 10.32.3; Sil. Ital. 3.23-24. D. S. 5.20, sobre el sacrificio fenicio en Gadir, sin especificar que sea humano.

²⁰¹² Str. 3.3.6; *vide* Sopeña Genzor 2008.

²⁰¹³ Sexto Aurelio Víctor *De vir.* 3.59.

²⁰¹⁴ D. S. 13.57.

quién es el autor de esos actos. Efectivamente, Diodoro había indicado poco antes que en el ejército de Aníbal había mercenarios libios y «de Iberia»²⁰¹⁵, pero nada permite confirmar que con el genérico *barbaroi* tenga por qué referirse específicamente a estos últimos, ya que el término se utilizó durante toda la obra para definir indistintamente a cualquier pueblo no helénico, incluidos los propios cartagineses²⁰¹⁶. Por lo tanto, la relación automática que suele establecerse con el texto de Estrabón y la ritualidad hispana debe ser, al menos, reconsiderada²⁰¹⁷.

Por otro lado, el texto de Diodoro menciona también la decapitación como una práctica atribuida a esos mismos bárbaros. Sin duda una de las facetas más célebres de la religiosidad céltica es el conocido en la bibliografía reciente como «rito de las cabezas cortadas», etiqueta que hace alusión a la supuesta costumbre de conservar y exponer las cabezas de los enemigos caídos²⁰¹⁸. Para el caso hispano, el tema de la decapitación fue mencionado en el texto diodoreo al que acabo de aludir (si aceptamos la identificación ibérica) y también en el pasaje de Valerio Máximo sobre la autoinmolación de los numantinos, según el cual Retógenes ordenó a sus hombres luchar entre ellos para después decapitar al perdedor y arrojarlo al fuego²⁰¹⁹; este último, parece tratarse de un recurso eminentemente literario que redundaba en la tradición de dramatización retórica de los episodios de suicidio colectivo (§ 11).

Contamos, por lo tanto, con unas cuantas referencias que hacen alusión a la práctica de mutilaciones y decapitaciones en el mundo hispano con la atribución de un difuso valor simbólico o ritual para los indígenas. Los contextos son distintos, pero todos remiten al ámbito del *ethos* guerrero, y la noticia siempre forma parte de un listado de actos crueles y sangrientos de algún tipo (sacrificio humano, canibalismo, saqueo, suicidio), menos el de Sexto Aurelio Víctor, que tiene más bien el tono de la curiosidad exótica.

Así, pese a la inconexión de estos fragmentos, la deriva general que parece tener el tema encaja bien con lo que se afirmó repetidamente de otros pueblos bárbaros en torno al trato vejatorio de los cuerpos. Creo que, en general, el interés por este tema por parte de los autores grecolatinos puede ser rastreado a partir de una concepción antropológica griega de época clásica que estigmatizaba de una manera particularmente profunda la amputación como signo de alteridad²⁰²⁰. Según esta, la mutilación del cuerpo humano conllevaba atentar contra la integridad del ciudadano, lo que suponía atentar contra el propio sentido de la *polis*; Heródoto fue claro al calificar la decapitación de Leónidas por

²⁰¹⁵ D. S. 13.54.2.

²⁰¹⁶ D. S. 13.57 y 58; 14.73, *e. g.*; *vide* Anello 2005.

²⁰¹⁷ Aguilera Durán 2014c, 296.

²⁰¹⁸ Sterckx 2005; para el caso hispano, Taracena Aguirre 1943; Blázquez Martínez 1958; López Monteagudo 1987; Díaz Sanz 1989; Alberro 2003-2004; Aguilera Durán 2014c; Gracia Alonso 2015b.

²⁰¹⁹ Val. Max. 3.2. ext.7.

²⁰²⁰ Aguilera Durán 2012c.

parte de Jerjes como algo contrario al orden, al *nomos* (*parénomese*)²⁰²¹. Esa noción quedó impregnada en la etnografía helenística, y está presente en los testimonios de Polibio²⁰²² y Posidonio²⁰²³, inspirados probablemente por noticias puntuales del ámbito galo. Sus observaciones, ya en sí mismas cargadas culturalmente, fueron después generalizadas y simplificadas por los autores de época augustea: «es propio de alimañas seguir haciendo la guerra a un muerto de la misma raza», afirmó Diodoro²⁰²⁴, cuando el tema se había convertido ya en un lugar común omnipresente en el estereotipo de los pueblos célticos y nortños en general²⁰²⁵. Por tanto, no es extraña su presencia en la caracterización del hispano, en la medida en que ya formaba parte de la amalgama de tópicos inherente a la barbarie occidental.

Como en el caso del sacrificio, hay también una cierta paradoja en el sesgo negativo que tuvo la noticia de estas acciones cuando las propias fuentes nos hablan de múltiples episodios de decapitación y mutilación, algunas masivas, perpetradas por los romanos en Hispania. Junto con las matanzas, esclavizaciones y migraciones forzadas, ese tipo de usos, sistemáticos y periódicos, nos habla de la aplicación premeditada de una estrategia de disuasión y desarticulación efectiva de la capacidad de resistencia de las comunidades sometidas propia del proceso expansionista²⁰²⁶. Es el caso de los quinientos decapitados por Serviliano durante la Guerra de Viriato²⁰²⁷ o la mutilación de las diestras de cuatrocientos *iuvenes* de Lutia ordenada por Escipión como castigo por su ayuda a Numancia²⁰²⁸. Igualmente, llamativa es la descripción de la empalizada coronada por cabezas cortadas que levantó César en el asedio de Munda, según su fuente anónima, imitando una costumbre gala²⁰²⁹; más tarde, Cneo Pompeyo fue decapitado y su cabeza expuesta en Hispalis²⁰³⁰. Por lo general, estas acciones fueron presentadas con un tono aparentemente neutro; al contrario de lo que ocurría con los términos y asociaciones barbarizantes que se utilizaban al referirse a los hispanos, en el caso de Roma se narraba como un acto propio de la guerra y sus circunstancias. En cierto sentido, la brutalidad hispana se imbuía de una dimensión cultural trascendente: eran parte de la ofrenda religiosa, de la celebración del triunfo, del sacrificio del guerrero, del rito matrimonial. De alguna manera, su dimensión sacrílega y deplorable residía precisamente en el hecho

²⁰²¹ Hdt. 7.238; también su condena es explícita en Hdt. 9.78-79.

²⁰²² Plb. 2.8; 3.18; 22.12.

²⁰²³ A través de D. S. 5.29; Str. 4.4.5.

²⁰²⁴ D. S. 5.29 (trad. de Torres Esbarranch 2004).

²⁰²⁵ Str. 4.4.5; 11.14.14; D. S. 5.29; Sil. Ital. 13.483-484; Liv. 10.26; 223.24.11; Flor. 1.39; Plin. *Nat. Hist.* 7.2; Tac. *Germ.* 1.61; Amian. Marc. *Res Ges.* 26.4. 4; Val. Max. 3.2. ext.7; 6.1. ext.2; Oros. 5.23.18; Just. *Epit.* 24.5.

²⁰²⁶ García Riaza 2002, 227-245; 2007; Marco Simón 2006; 2016, 233-234; Sopena Genzor 2008, 273-276.

²⁰²⁷ App. *Hisp.* 68.

²⁰²⁸ App. *Hisp.* 94.

²⁰²⁹ B. *Hisp.* 32.

²⁰³⁰ B. *Hisp.* 39.

de formar parte de su carácter intrínseco como cultura. Esa diferenciación es fundamentalmente artificial; sabemos que la decapitación tuvo en Roma profundas implicaciones simbólicas, tanto guerreras como jurídicas y religiosas²⁰³¹. En todo caso, a nivel discursivo se estaba aplicando una distinción alterizante de la brutalidad simbólica en la guerra, presentándose para el caso de los hispanos como algo consustancial al exceso y la violencia que les caracterizaba, como una parte particularmente aborrecible de su mentalidad feroz.

10.2. La idolatría y sus atrocidades

Es obvio que la religión estuvo muy presente en la mentalidad medieval y que la revelación de la verdadera fe (sea la cristiana a la musulmana) constituyó un punto de inflexión en los respectivos discursos historiográficos sobre la Antigüedad. En la cronística hispanoárabe esto era especialmente decisivo, pues estaba nítidamente marcado por la conquista y la implantación del poder omeya; no en vano, la propia iniciativa de historiar el pasado preislámico de al-Andalus (*Ŷāhiliyya* o «Época de la Ignorancia») supuso un hito intelectual de enorme calado²⁰³². En el caso cristiano la cuestión era algo más difusa, pero de alguna manera puede identificarse una frontera similar en la reproducción del modelo orosiano según el cual la *Pax Augusta* era presentada como un periodo utópico de prosperidad, inextricablemente vinculado con la llegada de Cristo²⁰³³.

Dicho esto, lo cierto es que la cronística medieval, por su propia naturaleza concisa y de enfoque político-militar, fue poco prolija en disquisiciones sobre la religión de los pueblos más remotos²⁰³⁴. Como ya he comentado, no parece que se pueda identificar en la historiografía alfonsina un discurso sobre la barbarie claramente articulado; no obstante, sí hay determinados escenarios en los que se filtraron reflexiones esenciales acerca de la civilización, y uno de ellos es precisamente la religión.

No es fácil encontrar aplicaciones concretas de ese esquema teológico genérico al pasado propiamente hispano; tampoco tuvo la religión, como los temas etnográficos en general, una representación destacada en una cronística de enfoque básicamente político. Sin embargo, hay dos fragmentos en la *Estoria* de Alfonso X bastante desconcertantes en los que esas ideas de fondo sobre el paganismo parecen reproducirse de alguna manera, curiosamente, ambos relacionados con el fuego. El primero de ellos y de más entidad trata

²⁰³¹ Voisin 1984a; Poucet 2007.

²⁰³² Elices Ocón 2017, 81-109.

²⁰³³ Jiménez Vicente 1993, 63-67.

²⁰³⁴ Otra cuestión es la visión evemerizadora de la mitología grecolatina, fenómeno en el que no voy a entrar aquí; vide Crosas López 1998, 89-97; *Ibid.*, 20-25, especialmente.

sobre los «almuiuces», los enigmáticos conquistadores de Iberia entre los griegos míticos y los africanos (§ 3.3)²⁰³⁵. A estos se les caracterizó como verdaderos adoradores del fuego.

«auien por ley de aorar el fuego. assi que quando les nascien los fijos. fazien fuego de lenna seca que fiziesse la llama muy clara e sin fumo. e passauan el ninno desnuyo desuso a quatro partes amana de cruz. desde orient a occident. e de septentrion a medio dia. Y esto erales assi cuemo baptismo. e aun fazien mas. Que quando ell omne era muy uieio que aborrecie la uida del mundo e querie yr aparayso. quemauan le dentro en el fuego. e tenien ques yua derecha mientre pora dios»²⁰³⁶.

Este pueblo utilizaba el fuego, por lo tanto, al principio y al final de su vida, en sus rituales iniciáticos y funerarios, como forma de conectarse con Dios. Esta es casi la única información que daba de esas gentes, uno de los poquísimos apuntes etnográficos de la obra, y se desconoce la fuente. Los que han tratado sobre esa colonización mítica han especulado sobre las posibles conexiones célticas y zoroástricas en los orígenes de la noticia; en todo caso, el planteamiento encaja con otros apuntes sobre el paganismo remoto de la producción de Alfonso X (*vide infra*).

El segundo fragmento forma parte de la semblanza de Julio César. Al describirle como dirigente culto y versado en las letras (trasunto de la monarquía alfonsina), se recogió una anécdota que, supuestamente, él mismo había transformado en poesía durante su estancia en Hispania. Tras reproducir dicho texto en latín, se explicaba y extendía de esta manera:

«Ebro el Rio que estaua una uez yelado e un ninno que auie nombre Trabs. andaua trebeiendo por somo del yelo. e foradosse el yelo en un logar. e fuesse el ninno afondon. pero trauossele la cabeça en aquel forado. e uolueron le las aguas el cuerpo tanto a cada parte. que se le corto la cabeça. e acabo de muchos dias. uino su madre a coger agua en una orça muy grand. e cogio y en uuelta dell agua la cabeça de su fijo. e connosciola e dixo. esto solo pari pora las llamas e lo al todo pora las aguas. e esto dizie ella por que lo al se perdio en las aguas. e aquello que fallo quemolo e alço los poluos muy bien. segund que era costumbre de los gentiles de quemar los muertos e condesar los poluos»²⁰³⁷.

La pieza latina procede de un epigrama griego recogido en tiempos de Nerón en la *Anthologia Palatina*²⁰³⁸, fue recopilado de nuevo en torno al siglo VI en la llamada *Anthologia latina*²⁰³⁹ y, más tarde, en el siglo VIII, fue reproducido de memoria por Pablo

²⁰³⁵ Derivados quizá de la traslación anacrónica del relato de las primeras incursiones vikingas; remito de nuevo a Irvin 1959; 1970; Wikander 1966; Delpech 1997; González García 2001; 2012.

²⁰³⁶ Alfonso X *EE* 15.1-2.

²⁰³⁷ Alfonso X *EE* 119.61-63 (ed. de Ward 2016), el episodio completo en 119.59-63.

²⁰³⁸ *A. P.* 7.542; cf. 9.56 (668 y 450, respectivamente, en la ed. de Galán Vioque 2004).

²⁰³⁹ *A. L.* 709.

el Diácono en una carta dirigida a Carlomagno²⁰⁴⁰. Parece que los autores de la *Estoria* lo tomaron de Pablo por alguna vía difícil de determinar²⁰⁴¹. Ahora bien, en realidad, el epigrama original no tenía nada que ver con ni con Hispania ni con César: se refería al Ebro del Cáucaso²⁰⁴² y, en la *Anthologia latina*, se atribuyó a Julio César Germánico, no a Cayo Julio César²⁰⁴³.

Aparte de la transmisión, lo cierto es que el sentido del epigrama se recondujo de una manera profunda en la *Estoria*; el elemento central en las versiones antiguas y altomedievales era la división dramática del niño como metáfora de múltiples lecturas, pero en la *Estoria* esto quedó en un segundo plano al centrar su explicación en el ritual funerario. Esta digresión transcendía el poema de largo, sobre todo cuando acabó derivando en una generalización sobre las características de los cultos gentiles. Además, en la obra este pasaje servía de enlace para hablar del origen astrológico de los nombres romanos a propósito de la etimología de Julio²⁰⁴⁴, lo que refuerza su sentido como una pieza dentro de una caracterización más amplia del paganismo antiguo.

En efecto, ambos fragmentos referidos a los ritos practicados en Hispania pueden ponerse en relación con una asociación religioso-cultural entre el paganismo y la adoración al fuego que reapareció en varias ocasiones en la *General Estoria* explicando esa tendencia como un proceso progresivo: el culto a las piedras, plantas y animales evolucionaba hacia el culto a la tierra, agua, aire y fuego, de forma que se acercaban progresivamente al cielo para acabar culminando con la creencia en Dios. Parece que esa caracterización del paganismo primitivo está directamente conectada con Tuy que, en su *Chronicon mundi*, afirmó que los pueblos primitivos rendían culto a los elementos naturales y que los caldeos, particularmente, adoraban al fuego; en todo caso, hay elementos en el discurso alfonsino que van más allá del legado de Tuy, y que se han propuesto como derivados, de una manera más o menos difusa de autores como Flavio Josefo, en su planteamiento sobre el culto a las estrellas, o Cicerón, desde un punto de vista más general²⁰⁴⁵. Sea como fuere el origen de la noticia, la asociación que se hizo en la *Estoria* entre culto al fuego de almuiuces y los habitantes del Ebro es reveladora a la luz de la discusión teórica de la *General Estoria* sobre la religión de los pueblos primitivos, sobre todo si tenemos en cuenta la manera en que, a continuación del pasaje del niño decapitado, pasó a hablar de los romanos como adoradores de los astros: sin que pueda identificarse una ubicación clara de los pueblos prerromanos dentro de un

²⁰⁴⁰ Hutton 1935, 28.

²⁰⁴¹ Rothberg 1957. La conexión es evidente por la coincidencia en las desviaciones respecto del original.

²⁰⁴² La confusión en la identificación del Ebro deriva de que Pablo no hizo explícita la identificación tracia ni del río ni del niño, tal y como se aclaraba en las versiones previas.

²⁰⁴³ Socas 2011, 549-550.

²⁰⁴⁴ Alfonso X *EE* 120.

²⁰⁴⁵ Fraker 1985, 22-27; 1996, 125-130.

esquema general de la civilización, la religión parece estar funcionando como un elemento ilustrativo del estadio bárbarico de Hispania superado con Roma.

Avanzando en el tiempo, es obvio el hecho de que la historiografía de los siglos XVI y XVII estuvo decisivamente impregnada de religión, aspecto en el que confluían múltiples factores. En su contexto más amplio, tuvo un papel decisivo el espíritu de la Contrarreforma que, precisamente desde ese momento clave de mediados del siglo XVI, condicionó de una manera absolutamente determinante la producción intelectual española en su conjunto, propugnando la noción de España como el reducto por excelencia de la única y auténtica fe, entendiendo ese mérito como una de las principales esencias de la incipiente identidad nacional. La interpretación de la religiosidad antigua en este momento, por tanto, es imposible de entender si no es desde una percepción ultracatólica y su proyección identitaria íntimamente imbricada en el proyecto político de los Austrias. Por otro lado, desde el punto de vista historiográfico, la propia frontera entre historia política e historia eclesiástica era básicamente inexistente. Influyó también la procedencia eclesiástica de los cronistas, aunque ahora se reclamase de una forma nueva la autoría individual y estuviesen ligados a las instituciones seculares: Morales fue jerónimo y Mariana jesuita, y este último, además, con una dilatada formación e inquietud teológica.

Efectivamente, en las historias de este periodo, los apartados dedicados al período romano imperial —tan parco en información histórica sobre Hispania— consistieron básicamente en un detallado compendio hagiográfico indistinguible de una historia sagrada, siendo esta etapa, además, una de las más propensas a la relajación del método crítico y la permeabilidad respecto al material legendario²⁰⁴⁶. Ahora bien, en lo que respecta a la historia precristiana, ese trasfondo retardatario convertía el aspecto espiritual de los hispanos en un tema particularmente problemático e incómodo. Había mucho material etnográfico sobre ese tema en las fuentes que no se había manejado tradicionalmente y que ahora debía acoplarse a la general reconstrucción del proceso civilizador de Iberia. Se trataba de describir y valorar el paganismo de los pueblos prerromanos de tal manera que pudiesen encajar sin traumas ni grandes contradicciones en su nuevo papel como ancestros de los españoles y precursores de sus características esenciales.

Por otro lado, se ha insistido en que el encuentro con América supuso desde el primer momento un acicate fundamental para el desarrollo de la conceptualización historiográfica de las religiones, lo que estaba inextricablemente unido con la construcción de un discurso propio sobre la barbarie, la civilización y la conquista

²⁰⁴⁶ Dando alas al género pseudohistoriográfico de los cronicones que fue criticado periódicamente, aunque de forma minoritaria, hasta el siglo XIX. En todo caso, esta tendencia incluye también a Morales y Mariana, siendo esta una de sus partes más criticadas.

legítima²⁰⁴⁷. Desde luego, en esa tarea, se recurrió de manera sistemática a las herramientas que proveía la formación clásica y, más concretamente, a los referentes propios de la mitología y cultos grecolatinos²⁰⁴⁸. En definitiva, aquellos fenómenos de negación, demonización e *interpretatio* que pueden identificarse en las fuentes grecolatinas sobre los hispanos, son rastreables, a grandes rasgos y con sus propias variables, en las explicaciones que la intelectualidad española propuso en el siglo XVI para comprender las realidades indianas²⁰⁴⁹.

Ahora bien, entre las múltiples estrategias de adaptación, aprehensión, degradación e interpretación de los cultos considerados idolátricos, una de las inercias más características fue la de su barbarización y demonización: las gentes primitivas (antiguos o modernos), carentes de raciocinio suficiente, habían sido engañadas por demonios que, camuflados como dioses, los empujaban a creencias y ritos sacrílegos. La idea de identificar a los dioses antiguos con demonios partía en última instancia de Justino Mártir en la primera apología y se aplicó de manera sistemática y decisiva al caso americano por Bernardino de Sahagún, entre otros²⁰⁵⁰. Desde esta premisa de fondo se acometía, por un lado, la interpretación de la etnografía antigua sobre Hispania y, por otro, la elaboración de la etnografía moderna sobre el Nuevo Mundo.

En lo que concierne a la comprensión del pasado religioso de la Iberia ancestral, la solución fue un esquema simple, sin fisuras, unánime y básicamente ficticio. Fue clave la premisa asentada por Agustín de Hipona según la cual los descendientes de Noé tenían un conocimiento más o menos imperfecto e intuitivo del testimonio divino que, con el tiempo, iría contaminándose con la impiedad idolátrica nacida en los imperios orientales²⁰⁵¹. Unido esto al mito tubalista de la colonización de Iberia, se desprendía que los hispanos originales tenían un conocimiento cierto de Dios derivado en última instancia de la revelación divina a su abuelo Noé a través de su nieto Túbal; sin embargo, las influencias paganas de las sucesivas colonizaciones de la Península conllevaron la introducción de creencias y ritos idolátricos y, consecuentemente, el progresivo olvido de aquel conocimiento verdadero que solo sería recobrado con la evangelización de Hispania²⁰⁵². Si Annio de Viterbo había brindado un punto de partida perfecto, Ocampo le dio la definitiva forma historiográfica que se repetiría durante siglos, convirtiendo esta premisa en el modelo fundamental sobre el que caracterizar los distintos fenómenos religiosos antiguos. De esta manera, todos los testimonios al respecto, de las fuentes literarias o epigráficas, sobre dioses, santuarios o ritos, fueron siempre interpretados, sin

²⁰⁴⁷ Botta 2008; Stroumsa 2010.

²⁰⁴⁸ MacCormack 1995; Laird 2016.

²⁰⁴⁹ Marco Simón 2017a.

²⁰⁵⁰ Cervantes 1994; Laird 2016; Marco Simón 2017a, 87-92

²⁰⁵¹ Aug. *Ciu.* 16.1-2.

²⁰⁵² Garibay y Zamalloa 1571, 90.

excepción, como elementos exógenos, nunca nativos. Extendiendo en este aspecto la idea de la inocencia primitiva de los locales (§ 6.2), se entendía el paganismo en Hispania como el resultado de la demoniaca influencia extranjera ejercida sobre aquellas poblaciones crédulas e impresionables ante el exotismo foráneo. En consecuencia, el espacio que dedicaron estas historias a la religión precristiana se ocupó básicamente en la reconstrucción del proceso de introducción progresiva del paganismo en Iberia, de «la gentilidad y ceguedad antigua», en Ocampo, de la «ydolatria maldita», para Garibay.

Cierto es que, pese a todo, esa gran maldición que había sido la adopción de los usos idolátricos tenía en todo caso una posible lectura positiva en clave patriótica. Para Garibay, esa fertilidad del paganismo entre los hispanos, aunque errónea, no era sino un signo de la profunda y natural espiritualidad de los españoles que siempre les empujaría hacia la religión en cualquiera de sus formas.

«No solamente despues de la predicación del Sancto Euangelio, y estension de nuestra sancta fe Catholica, es España decorada, y santificada por tantos lugares sagrados de singular deuocio(n), [...] hallaremos, que en tiempo de la ydolatria vuo en España templos, y oraculos, que con mucha reuerencia, y singular deuocion eran frequentados, y visitados de diuersas naciones estrangeras, con sus vanos sacrificios y offrendas, y otros actos de deuocion ydolátrica»²⁰⁵³.

En general, el origen universal de la idolatría se ubicaba en Egipto²⁰⁵⁴. Desde esta premisa, se dató la introducción más primitiva del paganismo en el tiempo de los reyes míticos del viterbino, identificando en Osiris, supuesto rey de Iberia, dicha responsabilidad. Este honor era evidentemente condenable, aunque con una dimensión civilizadora positiva, acorde con el discurso típicamente ocampiano: la implantación de nuevos cultos habría supuesto, al mismo tiempo, inculcar la costumbre de enterrar a los muertos, que antes permanecían tirados en las tierras, árboles o ríos²⁰⁵⁵.

En cualquier caso, y más allá de la fantasía originaria, ese corruptor proceso se reemprendería con cada llegada de un pueblo extranjero. Es el caso de la migración de galos célticos a Lusitania que reconstruyó Ocampo con detalle²⁰⁵⁶. Es el caso también, mucho más significativo, de la colonización griega, cuyos ritos y sacrificios a Artemis y Heracles sustituirían en gran medida a los egipcios²⁰⁵⁷. Mariana fue quizá el más duro con la religiosidad helena:

«[los cultos a Heracles] no se celebrauan con palabras alegres, ni rogatiuas blandas de los sacerdotes, sino con maldiciones y denuestos: tanto que tenian por cierto que

²⁰⁵³ *Ibid.*, 78.

²⁰⁵⁴ *Ibid.*, 94-95.

²⁰⁵⁵ Ocampo 1543, XXXr-XXXv; Garibay y Zamalloa 1571, 103.

²⁰⁵⁶ Ocampo 1543, XCVIIv.

²⁰⁵⁷ *Ibid.*, XLVv-XLVIr y LXIXv-LXXr; Garibay y Zamalloa 1571, 112; Mariana 1601, 29, 37-38; Ocampo incluyó una larga disquisición sobre esos cultos en Rhode citando a Juan Diacono y Juan Gil de Zamora.

con ninguna cosa mas se profanauan, que co(n) dezir (aunque fuesse a caso) entre las ceremonias solemnes y sacrificios alguna buena palabra»²⁰⁵⁸.

La aproximación de Mariana a esta cuestión introdujo además un componente nuevo, una reflexión política que le otorgaba una cierta profundidad a la cuestión de la perversión pagana:

«Con lo qual los naturales marauillados de tantas y tan nuevas ceremonias, y de la magestad de todo el edificio, començaron a tener a esta gente por hombres venidos del cielo, y por superiores á las demás naciones. Y es aueriguado, que ninguna cosa ay mas poderosa para mouer al pueblo, que el culto de la religión, quier verdadero, quier fingido, por el natural conocimiento que los hombres tienen de Dios»²⁰⁵⁹.

En la misma línea, cuando se refirió a la conquista cartaginesa del sur de Iberia con el pretexto del templo de Heracles-Melkart de Gadir, apostilló que «parecioles que seria lo mejor cubrirse y valerse de la capa de la religio(n)»²⁰⁶⁰. Así, reincidía como los demás en la idea de la inocencia hispana y el papel corruptor de la espiritualidad extranjera, pero introducía además una interpretación adicional de corte político que vinculaba el fenómeno religioso con la noción del abuso y la explotación de los autóctonos. Hablando en términos actuales, le estaba atribuyendo a la religión un papel fundamental como instrumento colonialista, como arma política en los procesos de alienación y dominación de los indígenas, y lo hacía, además, atreviéndose a extrapolar la idea en términos generales, universales, haciéndolo aplicable a cualquier «pueblo» y cualquier culto, tanto «fingido» como «verdadero». Sin que su esquema de fondo divergiera de sus antecesores, Mariana estaba transgrediendo los límites de la simple apologética cristiana para darle una interesante dimensión política a su interpretación de la cuestión religiosa para imbricarla en su reflexión sobre la naturaleza y los límites del poder. Asimismo, le añadía a la lacra de la expansión de la idolatría una carga negativa complementaria que no hacía sino ahondar en la demonización del influjo foráneo.

Matices ideológicos aparte, desde luego todas estas perversiones idolátricas fueron presentadas como esencialmente negativas, pero no equiparables; se establecieron distintos grados y los cartagineses ocupaban un lugar privilegiado. Ellos fueron los grandes estigmatizados por la introducción del paganismo y, además, quedaron inseparablemente asociados a un tema paradigmático en su proceso de demonización: el sacrificio humano. Lo cierto es que las fuentes grecolatinas habían dedicado grandes esfuerzos a consolidar esta asociación. La noticia de que los cartagineses practicaban de forma normalizada el sacrificio de personas, y muy especialmente el infantil, fue uno de los tópicos degradantes más recurrentes sobre esa civilización²⁰⁶¹; más allá de la posible

²⁰⁵⁸ Mariana 1601, 37-38.

²⁰⁵⁹ *Ibid.*, 29.

²⁰⁶⁰ *Ibid.*, 47; de nuevo en 48.

²⁰⁶¹ Simonetti 1983; Ribichini 2000; Garnand 2001; 2006.

realidad del rito, la idea funcionó como un *topos* degradante, paradigma de la impiedad e inhumanidad barbárica. Esta caracterización, reforzada con las alusiones del Antiguo Testamento referidas a los fenicios, se trasladó a su vez a la recepción moderna occidental de estos pueblos con idéntico sesgo peyorativo, en este caso constituyéndose como un elemento recurrente en el aparato discursivo antisemita, antiafricano y antipagano. Pues bien, ese prejuicio de largo recorrido encontró una curiosa variante en la España del XVI al generalizarse la idea de que los púnicos habían inculcado esa práctica en los pueblos hispanos, que lo habrían practicado de manera regular a partir de su influjo.

Parece ser Ocampo el que inició esa cadena, insistiendo constantemente en esa especulación:

«Quien duda que nuestros andaluzes en aquella neçessidad no recudiesse(n) à la superstición infernal que los cartagineses les auian enseñado, de sacrificar honbres, ò de sacar sangre de sus mismos cuerpos, para que co(n) el trueco della, los tales demonios carniçeros y crueles en quie(n) creyan, les atajasse(n) aq(ue)llos males»²⁰⁶².

Se recreó con detalles cruentos y calificativos rotundos como «deuoción infernal» o «abominable», e insistió en la variante infanticida, mostrándose siempre seguro de que los hispanos lo habrían imitado. Pero quiso ir incluso un poco más allá. Utilizando un pasaje de Silio, relató cómo Imilce, la esposa ibérica de Aníbal, protegió a su hijo del sacrificio decretado por Cartago sobre los primogénitos de los oficiales durante la Segunda Guerra Púnica; asimismo, recalcó que la íbera lo hizo reivindicando la verdadera naturaleza magnánima y no sanguinaria de los dioses²⁰⁶³. Ciertamente, el discurso antipúnico de Silio tenía indudables potencialidades que Ocampo supo aprovechar: de un anecdótico fragmento literario logró extraer un mensaje patriótico y moralizante al mismo tiempo, celebrando la rebeldía de una hispana frente la inhumanidad y atribuyéndole de paso una proclama de gusto cristianizante.

A partir de la insistencia de Ocampo, la noción general quedó fijada en la obra de sus sucesores. Es el caso de Garibay, que además se basó en esta cuestión como criterio para establecer los diferentes grados de barbarie pagana:

«Los quales [errores] fuero(n) enseñados y sembrados en muchas prouincias d'Espana por los Egypcios primeramente [...], y despues por los Fenices y Griegos, y otras naciones supersticiosas, y la peor y mas cruel y inhumana ydolatria de sacrificar honbres, enseñaronla los Carthagineses, como adelante se verá: cuya

²⁰⁶² Ocampo 1543, CXLIVv; la misma idea se repite en *Ibid.*, XCIIIv, CXIXr, CXXIIr-CXIIv, CCXr y CCLXXIVr-CCLXXIVv.

²⁰⁶³ Ocampo 1553, CCLXXIVv, a partir de Sil. Ital. 4.770-818, aunque no lo citó.

crueldad te(m)plaron los Romanos con la suya, la qual aunque vana, no era cruda y sanguinolenta, como la de los Carthagineses»²⁰⁶⁴.

También Mariana reprodujo la información sobre esta «maldad yncreible», que los cartagineses habrían introducido en Iberia, especificando además que se hizo a través de Sicilia, enriqueciéndola con las descripciones detalladas de las fuentes clásicas y aludiendo a su origen fenicio primigenio²⁰⁶⁵. No obstante, estableció sus límites; no aceptó la historia de Imilce, que tachó de «fabula, compuesta para entretener al lector con la diuersidad y estrañeza destas patrañas, inuentadas por nuestros historiadores»²⁰⁶⁶. Por otro lado, fue el único que identificó esas prácticas también en manos griegas:

«vsauan de estraordinarias ceremonias y sacrificios, sin declarar que manera de sacrificios y ceremonias eran estas. Puedese creer que conforme a la costumbre de los Tauros, sacrificauan a aquella diosa los huespedes y gente estrangeras»²⁰⁶⁷.

De acuerdo con su especial animadversión antihelena, partía de las noticias barbarizantes sobre los tauros para especular forzosamente sobre las prácticas griegas en Iberia. Sin embargo, no habló en este caso de influencia sobre los hispanos ni minó con ello la asociación del tema con los púnicos.

Cabe subrayar cómo una cuestión tan potencialmente incómoda como esta adquirió la gran fortuna historiográfica que tuvo, cómo se insistió tanto en la atribución a los ancestros españoles de una práctica tan reprobable. Y resulta aún más llamativo si tenemos en cuenta que surgió sin ningún apoyo en las fuentes. En efecto, son escasas las fuentes sobre el sacrificio humano en Hispania (§ 10), pero, lo que es más importante, ninguna habla de su introducción en la Península por parte de los cartagineses. En suma, el interés sobre el tema del sacrificio humano no parece estar especialmente motivado por la necesidad de reflejar o explicar ninguna otra mención literaria concreta. Por el contrario, en mi opinión, la extraordinaria relevancia que otorgaron a este tema Ocampo, Garibay o Mariana, es absolutamente artificial y no depende tanto de la necesidad de interpretar la información de las fuentes como de la intención deliberada de construir un tópico pensado con una finalidad discursiva muy precisa. Se trataba de perfilar el estigma pagano por antonomasia, introducir un tema particularmente impactante que sirviese para ejemplificar de una manera efectiva el mensaje de fondo sobre la influencia extranjerizante en temas religiosos. La «culpabilidad» de los púnicos en la supuesta adopción hispana del sacrificio humano es una noción moderna que debe entenderse como una reproducción propiamente española del estereotipo degradante sobre fenicios y cartagineses con evidentes tintes antisemitas y antiafricanos. En general, además, el

²⁰⁶⁴ Garibay y Zamalloa 1571, 94.

²⁰⁶⁵ Mariana 1601, 43-44.

²⁰⁶⁶ *Ibid.*, 95.

²⁰⁶⁷ *Ibid.*, 37

tema se concebía como un recurso perfecto con el que magnificar dramáticamente el influjo negativo de lo extranjero respecto a las esencias locales, fortaleciendo indirectamente el discurso autoctonista. Desde el punto de vista religioso, el *topos* funcionaba como el tema estrella en el proceso de demonización de la espiritualidad exótica, exaltando, por extensión, los éxitos y bondades del cristianismo, lo que encajaba plenamente con la mentalidad contrarreformista.

Por su parte, Morales se desmarcó de la teoría de la introducción cartaginesa del sacrificio humano. Ciertamente, el hecho de que su obra comenzara con la Segunda Guerra Púnica le libraba de la responsabilidad de tratar la religiosidad de las primitivas colonizaciones y con ello las fantasiosas disquisiciones sobre la introducción de la idolatría, lo que habrían supuesto un serio desafío por su usual fidelidad a las fuentes. Por otro lado, mencionó el asunto del sacrificio hispano al menos en dos ocasiones importantes. En primer lugar, mencionó el argumento de Galba sobre el sacrificio humano y equino practicado por los lusitanos como defensa al ser juzgado por la matanza que ordenó, aunque lo hizo para restarle toda verosimilitud; Morales lo consideró «cosa incierta y fingida», parte de la estrategia innoble del romano, reforzando la idea con la asunción de que así «lo cuenta(n) todos»²⁰⁶⁸. De esta manera, utilizaba la propia munición de la propaganda opuesta a Galba para librar a los lusitanos de tales acciones y focalizar la culpabilidad del conflicto en el pretor. Evitaba así un elemento disonante que podía desviar la atención del discurso principal: la crueldad de Galba y la justicia de la causa lusitana como germen de la Guerra de Viriato.

Sin embargo, más tarde, volvió a mencionar esa práctica en la descripción de los cántabros: «con ferocidad bestial, sacrificaban tambien los cautivos que tomava(n) en guerra, y por las entrañas destos hazian sus adivinaciones, y tomavan sus pronosticos»²⁰⁶⁹. En este caso, leyendo de manera directa a Estrabón, reiteraba su visión barbarizante de los pueblos del norte y el discurso de la civilización que le identificaba, en última instancia, con la misión romana (§ 2.5.). En este tema, al contrario que Ocampo, Garibay o Mariana, en vez de poner el énfasis en el elemento exógeno, reproducía la lógica general del discurso augusteo sobre la incidencia del aislamiento como propiciador del barbarismo extremo, incluido el aspecto religioso. De esta manera, si bien divergía de aquella tradición autoctonista, fundamentalmente ficticia, inaugurada por Ocampo, Morales también readaptó deliberadamente la cuestión del sacrificio para acoplarla al discurso del momento, ya fuese en favor de la heroización lusitana, en el primer caso, o en la alabanza de la pacificación civilizadora de Augusto, en el segundo.

En efecto, la cuestión del paganismo hispano y sus prácticas cruentas era una cuestión estética y moralmente incómoda, pero con una enorme potencialidad para definir

²⁰⁶⁸ Morales 1574, 113r; a partir de Liv. *Per.* 49.20.

²⁰⁶⁹ *Ibid.*, 196v, a partir de Str. 3.3.7.

en torno a ellas discursos y categorías culturales. Quizá la prueba más clara sea la relación que se estableció entre las primitivas religiones autóctonas y la de los indígenas americanos. Ya anticipé la esencial ligazón entre las dinámicas discursivas coloniales antiguas y modernas en materia religiosa, en tanto que el tema constituía un escenario particularmente fértil en la caracterización de la alteridad (*vide supra*); a modo de ejemplo, resulta significativo que en los primeros acercamientos españoles a los nativos del Caribe y los Andes se los describiese como pueblos carentes de religión propiamente dicha, exactamente lo mismo que hiciese Estrabón con los galaicos (§ 10)²⁰⁷⁰. Adelanté también que, en todo caso, el fenómeno más característico fue la demonización de los cultos y ritos, una vez que fueron categorizados como idolátricos y se consideraron movidos por el Diablo²⁰⁷¹.

En este sentido, cuando los defensores de los derechos de los indios quisieron relativizar la barbarie de estos estableciendo analogías con el pasado hispano (§ 6.3), recurrieron a menudo a esta cuestión tan delicada. Por ejemplo, Garcés, en su famosa carta al papa Paulo III, escogió la referencia a la cierva de Sertorio reverenciada por los hispanos para demostrar el idólatra punto de partida de los españoles²⁰⁷². Las Casas no hizo sino ahondar en esa idea, particularmente aludiendo a los sangrientos ritos adivinatorios relatados por Estrabón sobre los lusitanos²⁰⁷³, lo que, en definitiva, demostraba que

«De estos errores y ceguedad y agüeros en tiempo de la gentilidad no estaba libre nuestra patria España, que agora por la misericordia de Dios tiene muy arraigada la fe christiana [...]. Por aquí veremos cómo todos los hombres somos unos en maldad cuando de gracia y doctrina fuéremos desamparados»²⁰⁷⁴.

Ahora bien, el tópico por antonomasia en ese sentido fue el sacrificio humano, lo que es lógico si se tiene en cuenta el enorme peso que tuvo en la estigmatización de los pueblos americanos, particularmente los de Nueva España, y el potente impacto que tuvo en la imaginación europea²⁰⁷⁵.

En efecto, ese tema fue central en el debate sobre los derechos indios que se dirimió en la Controversia de Valladolid²⁰⁷⁶. El sacrificio humano fue esgrimido por Sepúlveda como una de las razones más obvias para justificar la imposición por la fuerza en tanto que práctica contranatura, diabólica y causante de víctimas inocentes; precisamente por ello, por ser uno de sus puntos fuertes, Las Casas lo convirtió en el

²⁰⁷⁰ Marco Simón 2017a, 84-85.

²⁰⁷¹ Cervantes 1994; Laird 2016; Marco Simón 2017a, 87-92.

²⁰⁷² Garcés *Ep.*, a partir de Front. *Strat.* 1.11.13 o Plut. *Sert.* 11.3.8.

²⁰⁷³ Casas *Apolog. Hist.* 79, 149, 162, *e. g.*, a partir de Str. 3.3.6.

²⁰⁷⁴ Casas *Apolog. Hist.* 79 (ed. de Abril Castelló 1992).

²⁰⁷⁵ Klein 2016, *e. g.*

²⁰⁷⁶ Carman 2016.

principal objetivo de sus argumentos, y su interpretación del asunto fue quizá la más trabajada y original de toda su obra²⁰⁷⁷. Básicamente, su estrategia consistió en llevar la cuestión al terreno filosófico, empleando categorías aristotélicas para ubicar la práctica dentro de los márgenes de la ley natural, esto es, aquello que los seres racionales, independientemente de su religión, entienden como correcto desde su perspectiva y conocimiento. Partiendo de ahí, lo natural era querer honrar a Dios y hacerlo mediante algún tipo de sacrificio; que este se practicase de forma errónea tan solo era síntoma del conocimiento imperfecto de la ley divina, pero se trataba de un fallo excusable. Ese armazón se sustentaba en una prueba histórica: básicamente todas las naciones lo habían practicado en algún momento de su desarrollo. Por eso en su *Apologia*, y mucho más extensamente en su *Apologetica historia*, aparte de documentar los sacrificios amerindios, recogió un exhaustivo listado de evidencias antiguas, extraídas del Antiguo Testamento y diversos autores cristianos y paganos²⁰⁷⁸.

Desde luego, en ese repaso tuvieron cierta fuerza algunos ejemplos concretos de la Biblia —por razones teológicas— y de Roma —por ser una sociedad civilizada—, pero tres casos se desarrollaron particularmente por transmitir las fuentes la sensación de que allí se trataba de una práctica especialmente sistemática: los galos, los cartagineses y los hispanos. En efecto, «Nuestra gente o nación española parece no haberse quedado muy atrás»²⁰⁷⁹. Respaldó esa afirmación con el uso recurrente de varias fuentes, especialmente Estrabón, cuya descripción de los ritos lusitanos y cántabros explotó constantemente²⁰⁸⁰; así como la de Plutarco sobre los habitantes de Bletisa, que le servía para poner como ejemplo la positiva acción de Roma al prohibirlo, en vez de castigarlo²⁰⁸¹.

Ahora bien, para transmitir esa idea de generalización en Hispania hizo un uso bastante flexible de los recursos disponibles. Por un lado, dió por hecho que la mención de Estrabón a la práctica lusitana de la hecatombe se refería al sacrificio humano, presuponiendo así que los hispanos sacrificaban a los hombres de cien en cien²⁰⁸². Por otro lado, consideró probado la práctica masiva de esta costumbre en Turdetania por influencia púnica: «conversando mucho con los carthagineses y africanos, pegóseles como sarna o lepra la religión y usos o ritos de sacrificar que aquéllos tenían»²⁰⁸³, y se recreó a continuación en los detalles acerca del papel del sacerdocio púnico y el

²⁰⁷⁷ Silva Tena 1967; Castañeda Salamanca 2002, 58-65; Díaz Balsera 2008; Carman 2016; Valenzuela Matus 2014b; 2016, 102-111.

²⁰⁷⁸ Casas *Apolog. Hist.* 143-162 (ejemplos antiguos) y 166-185 (ejemplos indianos).

²⁰⁷⁹ Casas *Apolog. Hist.* 185 (ed. de Abril Castelló 1992).

²⁰⁸⁰ Casas *Apolog.* 3.34; *Apolog. Hist.* 79, 149, 162; Sepúlveda y Casas 1552, 46v, *e. g.*, a partir de Str. 3.3.6 y 3.3.7.

²⁰⁸¹ Sepúlveda y Casas 1552, 16r, *e. g.*, a partir de Plut. *Quaest. Rom.* 83.

²⁰⁸² Casas *Apolog. Hist.* 79, 149, 162.

²⁰⁸³ Casas *Apolog. Hist.* 162 (ed. de Abril Castelló 1992c).

infanticidio. Ahora bien, aquel Las Casas siempre pleno de recursos documentales, en este punto tuvo que reconocer su limitación, pues su única fuente era Ocampo.

«De todo esto, ningún auctor antiguo yo he hallado que así expresamente lo diga [...]. De creer es, pues él [Ocampo] lo dice, que halló historias antiguas de donde sacallo, que yo no he hallado»²⁰⁸⁴.

Es obvio que le incomodaba la falta de pruebas, pero la invención ocampiana encajaba demasiado bien en su discurso como para obviarla. De hecho, reincidió justo después, pues dió también credibilidad a la noticia de la *Estoria* de Alfonso X acerca del rito de bautismo con fuego practicado por el pueblo mítico de los almuiuces, «de donde parece ser cosa probable a la gente española, que por aquellos tiempos acá moraba, pegársele de aquellos sacrificios y ritos»²⁰⁸⁵. Perfilaba así un panorama de absoluta generalización en Hispania del sacrificio humano, incluido el infantil.

La consecuencia de ello era que los hispanos podían competir con cualquier otra nación de la Antigüedad en este aspecto, tanto por la cantidad como por la clase de sacrificios practicados; por supuesto, superaban con mucho a los galos, y solo los cartagineses podían ser equiparados. Pero esta posición privilegiada no la otorgaba como algo negativo, sino todo lo contrario. Siguiendo con el razonamiento de fondo, si el sacrificio era la forma natural de acercamiento a Dios —aunque lo sacrificado o los dioses sean los erróneos—, más cercanos a la divinidad estarán los pueblos cuyos sacrificios se hagan con un mayor empeño y supongan la renuncia a algo más valioso. Desde ese punto de vista,

«los carthaginenses y españoles por ellos instruidos, por ofrecer y sacrificar la cosa más preciosa y más amada naturalmente de todas las criaturas que viven vida sensitiva, que son los hijos, tuvieron mejor concepto y estimación natural de la nobleza y alteza y merecimiento de Dios»²⁰⁸⁶.

El complejo encaje retórico tenía como conclusión que los sacrificios humanos en América eran superiores a todos los antiguos, debido a que en muchos casos comportaban la inmolación voluntaria, automutilaciones y tormentos diversos que elevaban al máximo el nivel de compromiso con la divinidad. Al final, la razón de ser de todo ese despliegue de erudición era demostrar que el sacrificio indiano, aunque era erróneo y tenía que desaparecer mediante la evangelización, no debía ser estigmatizado ni castigado, sino admirado, incluso, si se comparaba con los usos de los propios ancestros de los españoles. En este caso, la elección del tema nada tiene que ver con la demonización de los púnicos

²⁰⁸⁴ Casas *Apolog. Hist.* 162 (ed. de *Ibid.*), a partir de Ocampo 1543, XCIIIv, CXIXr, CXXIIr-CXIIv, CLIVv, CCXr y CCLXXIVr-CCLXXIVv.

²⁰⁸⁵ Casas *Apolog. Hist.* 162 (ed. de Abril Castelló 1992c), a partir de Alfonso X *EE* 15.1-2.

²⁰⁸⁶ Casas *Apolog. Hist.* 189 (ed. de *Ibid.*), el argumento teórico lo desarrolló en Casas *Apolog. Hist.* 143 y 183-189.

o las influencias foráneas, sino que pretendía relativizar y desdramatizar los ritos paganos con el objetivo último de humanizar a los practicantes americanos.

Más allá del argumento de Las Casas, me parece significativo el uso que la *Apologetica* hizo de la *Cronica* de Ocampo y la *Estoria* de Alfonso X, pues demuestra el funcionamiento de una fluida referencialidad entre ámbitos historiográficos y discursivos muy diversos. Precisamente, buscando en el sentido inverso, llama la atención la escasez de referencias a América en lo referente a este tema en la cronística de tema nacional. Parece una excepción en este sentido la escueta alusión de Garibay a dicho paralelismo:

«[los españoles] poco a poco començaron, a tomar sus horribles y diabólicos ritos de sacrificar hombres a sus vanos Dioses, como en la Nueva España, prouincia de las Indias Occidentales, muy poquito ha, que se vsaua esta nefanda inhumanidad»²⁰⁸⁷.

Resulta llamativo que la comparación no fuese más frecuente, ya que resultaba bastante evidente y, cabe pensar, la candente controversia estaba en la cabeza de cualquier intelectual del momento. Ciertamente, parece que la equiparación de la barbarie de los indios y los españoles no encajaba de una manera cómoda en cualquier discurso, lo que, por otro lado, no hace sino reforzar la idea de la originalidad de la aproximación lascasiana.

Por último, si hablamos de paganismo prerromano, es obligado regresar a la *Numancia* de Cervantes. En efecto, su segundo acto es célebre por la sucesión inusitada y aparentemente inexplicable de rituales paganos especialmente siniestros. En primer lugar, los líderes de la ciudad ordenan un rito oficial, consistente en el sacrificio de un bóvido a Júpiter con el objetivo de lograr un oráculo; no obstante, la ceremonia se interrumpe cuando un demonio subterráneo aparece arrebatando al animal. Fracasado el primero, se recurre a un segundo intento, en este caso alternativo y oculto, que consiste en la resurrección de un muerto para interrogarle por el destino, a lo que responde anunciando el final de la ciudad. La extrañeza del pasaje y el hecho de que careciese de ningún refrendo histórico hicieron que a menudo se pasase de largo por el tema, considerándolo como un mero recurso estético anómalo y gratuito. Sin embargo, se ha propuesto con acierto que el relato sí tenía, en realidad, un referente clásico claro en la *Farsalia* de Lucano, que efectivamente existe hasta en los más mínimos detalles²⁰⁸⁸.

Más difícil es intentar comprender la motivación por la cual Cervantes decidió trasladar a Numancia precisamente ese referente. El recurso a la profecía como marcador del destino en la tragedia era una inercia canónica y siempre ha estado de una forma u otra en las reinterpretaciones teatrales del episodio de Numancia; sin embargo, toda la ritualidad macabra que rodea a ese elemento en la versión cervantina resulta sorprendente

²⁰⁸⁷ Garibay y Zamalloa 1571, 135.

²⁰⁸⁸ Armas 1996; Armas 2010 (1998), 136-148.

por aparentemente innecesaria y excesiva. Su simbolismo se ha intentado explicar en dos sentidos complementarios. Por un lado, Cervantes estaba tomando de Lucano un recurso épico particular, el de la profecía pesimista de la derrota del protagonista, que era distinto del modelo épico tradicional, virgiliano, basado en el augurio del triunfo final. Se aplicaba por tanto a Numancia una fórmula heroica alternativa, antiépica, más acorde con la exaltación de la resistencia y victoria en la derrota, que con el modelo imperialista clásico. Por otro lado, es razonable imaginar que la escenificación de este tipo de prácticas debió resultar impactante, incluso repulsivo, para el público de la época, muy condicionado por el estigma demonizador de la brujería y la magia. Desde esa perspectiva, la atribución de esas acciones precisamente a los numantinos, a los héroes del relato, hace pensar en un posible intento de Cervantes de complejizar el discurso en este sentido. Esos ritos sacrílegos anunciaban de una manera más efectiva el desastre apocalíptico que se avecinaba, entendido de alguna manera como una drástica redención mediante el sacrificio. Al mismo tiempo, contribuía a barbarizar a los hispanos, matizando a su vez la representación negativa de los romanos y ahondando, en definitiva, en el planteamiento ideológicamente ambiguo que parece mantener toda la obra (§ 4.4).

En definitiva, resulta ciertamente llamativo atestiguar cómo el paganismo de los antiguos hispanos y particularmente sus detalles más escabrosos, no solo no se evitaron a pesar de los problemas dogmáticos que planteaban, sino que se subrayaron particularmente con distintos objetivos discursivos: ya fuese para demonizar la influencia extranjera (en Ocampo, Garibay y Mariana), para humanizar y relativizar la alteridad de los bárbaros modernos (en Las Casas) o como recurso literario y simbólico (en Cervantes).

10.3. Una religión simplicísima

En general, en el tratamiento de la cuestión religiosa, la historiografía generalista del siglo XVIII se mantuvo en un posicionamiento bastante tradicional, lo que, por otro lado, parece razonable teniendo en cuenta la extracción eclesiástica de la gran mayoría de los autores (los hermanos Mohedano eran franciscanos, y Masdeu jesuita, por ejemplo). Básicamente, se respetó el modelo típico según el cual la espiritualidad original, revelada por Dios a Noé y diseminada por sus descendientes, había sido contaminada por el politeísmo idolátrico, en el caso de Iberia a través de las colonizaciones orientales. En todo caso, si bien este continuó siendo el fondo esencial, su tratamiento no fue absolutamente homogéneo y, como no podía ser de otra manera, la Ilustración le aportó matices complejos e incorporó nuevas disquisiciones eruditas. Como en otros aspectos, Masdeu fue probablemente el más convencional:

«la Religión revelada se introduxo juntamente con los primeros habitantes, y se mantuvo constantemente por medio de la tradición, hasta que por desgracia de aquellos pueblos, llevaron los Fenicios la muchedumbre horrenda de sus abominables Deidades»²⁰⁸⁹.

Siguiendo así la línea agustiniana, concluía que los primitivos hispanos tenían un conocimiento básico del Dios único, derivado del legado noelita, y que se habría conservado hasta la irrupción de los cultos de Oriente. La distancia de Iberia respecto a ese foco idólatra habría permitido conservar a los hispanos el principio revelado por cierto tiempo, hasta la llegada de los fenicios. Masdeu reproducía así el viejo modelo tubalista sobre la religiosidad primitiva consolidado por Ocampo (§ 10.2). Lógicamente, en tanto que se había descartado la verosimilitud de los reyes míticos, algunos elementos quedaban ya fuera de la ecuación, como la teoría de la importación de la religión egipcia por Osiris; por lo demás, el tema de la religiosidad primitiva quedaba básicamente intacto desde su versión renacentista del tema.

Los Mohedano construyeron una explicación mucho más racionalista²⁰⁹⁰. Para empezar, negaron que los pueblos primitivos hubiesen recibido un conocimiento revelado de Dios. Por ello rechazaban abiertamente los tratados pseudohistoriográficos que habían promovido leyendas en este sentido²⁰⁹¹, pero también la historiografía tradicional seguidora de Agustín, que, como Masdeu, había presupuesto la existencia de un culto originario al auténtico y único Dios. Por el contrario, consideraban que los pueblos primitivos tenían un conocimiento inconcreto de la divinidad de manera natural, una religiosidad primigenia, que podría definirse como «barbarismo», en términos de Epifanio, o «sabismo», siguiendo al mitógrafo francés Antoine Banier²⁰⁹². Por lo tanto, los primitivos hispanos sí eran paganos, aunque sin cultos idólatras: «Su Religion á la verdad era falsa, diminuta y mas grosera que en los pueblos civilizados; pero al mismo tiempo mas sencilla, menos absurda, y no tan supersticiosa»²⁰⁹³. La diferencia respecto a la versión tradicional es importante, pues suponía un paso racionalista decidido a reconocer el paganismo en los antiguos hispanos, lo que rompía con un tópico vigente durante siglos en la historiografía española. No obstante, se mantenía el mismo marco de fondo, en tanto que se conservaba una concepción idealizante sobre la religiosidad primitiva y autóctona, frente a la faceta corruptora de los paganismos más sofisticados. De esta manera, una misma preconcepción estereotipada se desviaba de su versión

²⁰⁸⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 92, en general, 91-96.

²⁰⁹⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 98-104, 159-161.

²⁰⁹¹ Destaca el *Cronicón de Pedro Caesaraugustano*, en que se basaba la leyenda de la introducción del conocimiento de Dios en Iberia por parte de Tharsis.

²⁰⁹² Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 159-161.

²⁰⁹³ *Ibid.*, tomo 1, 161.

cristiana para aproximarse a una lectura más laica y más propia del prototipo del «buen salvaje».

En todo caso, ambas perspectivas sitúan en Oriente el origen de la idolatría y su introducción en Iberia de la mano de los fenicios. En este sentido, si bien su temprana influencia respecto del resto de Europa había sido motivo de orgullo en el plano cultural (§ 5.4), en este aspecto suponía una desventaja, pues convertía a Iberia en el primer receptor occidental de estos cultos, antes incluso de Grecia y Roma. En ambas obras este fenómeno fue percibido como absolutamente negativo:

«Toda esta tropa de Dioses extranjeros vino á pervertir los animos religiosos de nuestros naturales. La vana sombra de aquellos fantasmas obscureció las escasas idéas que podia suministrarles su luz natural»²⁰⁹⁴.

Como en el resto de temas, los Mohedano desplegaron algo de reflexión teórica acerca de este proceso. Sobre el origen de la idolatría en Oriente, lo explicaron como la confluencia entre una contraproducente obsesión por la observación de los astros y el excesivo respeto por los héroes: «debió su origen á una errada Phylosofía, y á una ostentosa, y exquisita vanidad»²⁰⁹⁵. Por otro lado, en lo que respecta a los motivos de su adopción en Iberia, suplieron con comparaciones la carencia de información concreta sobre el proceso. En este caso equipararon la permeabilidad de los hispanos ante el paganismo fenicio con la progresiva influencia cultural y religiosa de los españoles en América y, lo que resulta más llamativo, la de los franceses en España. Denominaron a este fenómeno «transmigración de estilos», dinámicas de imitación que no necesariamente respondían a la fuerza, sino a la admiración ante la sofisticación de los modos foráneos; esa atracción, no obstante, podía conducir a extremos erróneos, como con la idolatría, o simplemente ridículos, como en el caso de los galicismos y la moda parisina²⁰⁹⁶. No creo que deba interpretarse como mera frivolidad el uso de estos paralelos aparentemente peregrinos al tratar sobre cuestiones teológicas. Sin embargo, demuestran significativamente la voluntad de los Mohedano de profundizar y extrapolar conceptos abstractos acerca del funcionamiento de las sociedades y sus mecanismos de transformación cultural, complejizando los esquemas tradicionales preestablecidos.

De esta manera, si bien el influjo fenicio había marcado el punto de partida de la idolatría en Iberia, el resto de colonizaciones no harían sino profundizar el proceso. Así ocurrió «con la peste de la supersticion Griega»²⁰⁹⁷. No obstante, en concordancia con la influencia helena en general, se consideró que su alcance había sido limitado, con lo que los Mohedano, especialmente, insistieron en quitarle peso. En este sentido, las

²⁰⁹⁴ *Ibid.*, tomo 1, 159-165; cita en 163.

²⁰⁹⁵ *Ibid.*, tomo 1, 101.

²⁰⁹⁶ *Ibid.*, tomo 1, 165-169.

²⁰⁹⁷ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 185-192; cita en 187; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 3, 99.

comparaciones que Estrabón había hecho entre ciertas costumbres lusitanas y griegas (ejercicios gimnásticos, adivinación y holocaustos), fueron desacreditadas. Adujeron para ello tres argumentos principales: que la influencia directa de los griegos en esas regiones era inviable por la lejanía de sus establecimientos, que el tópico derivaba de la tendencia griega a equiparar las costumbres de otros pueblos con las suyas propias, y que el tipo de prácticas y simbolismos de los que se estaba tratando era demasiado genérico y universal en el mundo antiguo como para determinar filiaciones específicas²⁰⁹⁸.

Por otro lado, en lo que se refiere al influjo religioso de Roma, este careció aún más de importancia, pues fue visto como la simple culminación de un proceso que, por aquel entonces, ya estaría básicamente consolidado.

«Los Escipiones y demas Conquistadores de nuestra Península poco tuvieron que trabajar en defensa de la monstruosa Idolatría en que estaban criados, pues habiendola encontrado en España bien arraigada, no pudieron hacer otra cosa sino dilatar el culto de las falsas Divinidades, que habían ya introducido»²⁰⁹⁹.

En definitiva, aun con variantes y matices importantes, se mantenía el axioma de la pureza de la religiosidad local y la introducción foránea de la idolatría. No obstante, parece que la premisa generó en los ilustrados un problema nuevo a la hora de intentar demostrarlo críticamente. Tanto los Mohedano como Masdeu confesaron que en realidad no había fuentes para afirmar nada sólido acerca de la religión de los primeros pobladores, y que sus conclusiones se inferían fundamentalmente de la mera reflexión teológica²¹⁰⁰. Ciertamente, el texto acerca del ateísmo de los galaicos y el anonimato de un dios de los celtíberos (§ 10) sirvió bien para esta causa:

«En la otra porción de España libre é independiente no se veian estos absurdos. Adoraban un solo Dios innominado, de suerte que algunos Griegos y Romanos supersticiosos, é idolatras, tubieron á los Gallegos por impíos y Ateístas, según asegura Strabon»²¹⁰¹.

Los Mohedano y Masdeu fueron cautos, pero antes que ellos, Larramendi sacó más partido al pasaje estraboniano. Para empezar, hizo extensible la noticia a todo el ámbito cantábrico, lo que para él incluía a los vascones. Desde ese punto de partida, la interpretó de la forma más favorable posible:

«Y no quiere decir esto, que eran Atheistas [...], sino que que no eran Polytheistas, ni adoraban muchos dioses, è Idolos, de los que en el resto del Mundo se adoraban.

²⁰⁹⁸ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 189-192.

²⁰⁹⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 8, 197-203; citan en 197-198.

²¹⁰⁰ *Ibid.*, tomo 2, 92.

²¹⁰¹ *Ibid.*, tomo 3, 151; en la misma línea, Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 187; a partir de Str. 3.4.16.

Que en lo demás confiessa Estrabòn, que hacian sus fiestas, y adoraban à un Dios no conocido, que sin duda era el verdadero Dios»²¹⁰².

A continuación, lo comparó con lo que Pablo Apóstol había afirmado sobre los habitantes de Atenas, esto es, el episodio en que el apóstol, tras observar un ara al dios desconocido (*agnostos theos*) celebró que los atenienses eran los más respetuosos con la divinidad, pues estaban adorando sin saberlo al verdadero Dios²¹⁰³. Ahora bien, negó toda relación directa, pues eso chocaría con su idea de que la región nunca había recibido ninguna influencia extranjera. Es curioso, pero Flórez, el gran detractor de Larramendi, también sacó a colación el pasaje de Estrabón en un sentido similar, comparándolo igualmente con el Nuevo Testamento²¹⁰⁴. Lo cierto es que esa conexión era muy reveladora. Desde su calidad de religiosos —y teólogo, en el caso de Flórez—, dejaban caer una alusión bíblica bien conocida que no hacía sino dignificar la espiritualidad de los primitivos hispanos.

Por otro lado, Masdeu se esforzó por encontrar pruebas de esa teoría mediante el rastreo anticuarista. En realidad, su argumento se basó precisamente en el vacío documental, la carencia de «monumentos» (es decir, fuentes de cualquier tipo) que mostrasen que los primitivos hispanos habían rendido cultos politeístas antes de la llegada de los fenicios. Así, desde un punto de vista arqueológico, postuló la ausencia de restos de sacrificios o ritos de cualquier clase, antes de la llegada de Roma, en aquellas zonas de Iberia en que no se habían asentado fenicios y griegos; según él, esto encajaría con la idea de que los cultos primitivos al Dios único se llevaban a cabo sin templos y en «altares simplicísimos», de acuerdo con el Antiguo Testamento, razón por la cual, no habían dejado ninguna huella material²¹⁰⁵.

Complementariamente, argumentó que los textos grecolatinos que trataban los asuntos religiosos en Hispania nunca mencionaron a ningún dios «español», sino solo dioses «exóticos», fenicios, griegos, cartagineses o romanos²¹⁰⁶. Profundizó especialmente en esta línea, dedicándole una «ilustración» titulada «Sobre el Dios Endovelico y otras doce Divinidades que suelen atribuirse á España»²¹⁰⁷. En este apartado monográfico, Masdeu desgranó etimológicamente los nombres de trece divinidades derivadas de la epigrafía y/o la literatura. Se caracterizaban porque habían sido o podían ser consideradas como propiamente hispanas al no poder identificarse con los panteones mediterráneos conocidos. Manejó con especial detalle Endovéllico, por ser ya el ejemplo

²¹⁰² Larramendi 1736, 56, y, en general, *Ibid.*, 55-57; vide Duplá Ansuategui y Emborujó Salgado 1991, 108.

²¹⁰³ NT, *Hechos*, 17.22-31.

²¹⁰⁴ Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775, tomo 5, 20.

²¹⁰⁵ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 94-96.

²¹⁰⁶ *Ibid.*, tomo 2, 94 y 152; tomo 8, 198 y 356-369.

²¹⁰⁷ *Ibid.*, tomo 8, 356-369.

de este listado más tratado por la historiografía. La premisa general es que ninguna de ellas podía ser una divinidad autóctona. Rastreando pormenorizadamente el origen de cada teónimo, concluía que, según el caso, o bien se trataba de divinidades fenicias, púnicas o griegas desconocidas hasta el momento, o bien eran divinidades romanas bajo su nombre en lengua celtibérica, que sería como las conocían los locales. En el caso de Endovéllico, por ejemplo, ante la imposibilidad de encontrar una ligazón etimológica sólida, postuló que debía tratarse de un dios fenicio-púnico. Con ello, criticó como endeble las teorías previas que le habían identificado como un dios indígena o que habían defendido su ligazón céltica o germana²¹⁰⁸. De esta manera, Masdeu pretendía respaldar racionalmente el apriorismo de la tradición católica acerca del culto al dios verdadero en la Iberia primitiva y la introducción foránea del politeísmo. Por otro lado, al identificar como semíticas algunas de las divinidades peninsulares, reforzaba la idea de la profundidad del influjo cultural fenicio-púnico en el interior peninsular, lo que encajaba con su general visión del proceso civilizador de Iberia.

Una vez establecida esa distancia esencial entre la religiosidad de los colonizadores y la de los primeros hispanos (ya fuese verdadera o bárbara), tocaba definir a esta última, lo que se hizo en términos típicamente primitivistas.

«Su Religión era simplicísima, y la mas conforme á los primeros principios de la Naturaleza. Ellos adoraban al Criador del mundo, y le ofrecían víctimas, y sacrificios sin templos, y sin altar permanente»²¹⁰⁹.

En esa línea, por ejemplo, cuando los Mohedano trataron sobre la referencia al culto lunar de los celtíberos, concluyeron que, a pesar de poder compararse con el culto a Diana, el hispano era «muy sencillo y distante de la supersticion cargada de los Griegos»²¹¹⁰.

Por otro lado, en esta caracterización, los autores españoles utilizaron su conocimiento de la bibliografía francesa sobre los galos, explotando también en el plano religioso la idea de la estrecha vinculación que defendían entre los hispanos con el mundo celta (§ 5.4). Así, por ejemplo, Masdeu utilizó a Scipion Dupleix para identificar en los celtas un primitivo conocimiento del verdadero y anónimo Dios, como estadio previo a la aparición de teónimos de procedencia foránea²¹¹¹. Asimismo, tanto los Mohedano como Masdeu presupusieron la creencia celtíbera en la inmortalidad del alma, a semejanza de lo afirmado sobre la cultura druídica²¹¹². No obstante, Masdeu fue más allá

²¹⁰⁸ En concreto, mencionó a Tommaso Reinesio (*Syntagma inscriptionum antiquarum*, 1682), Nicolas Fréret (*Recherches sur le dieu Endovellicus*, 1746) y Miguel Pérez Pastor (*Disertación sobre el Dios Endovéllico*, 1760).

²¹⁰⁹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 158.

²¹¹⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 187.

²¹¹¹ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 158; la obra original de Dupleix es *Memoires des Gaules* (1619).

²¹¹² Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 1, 102; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 159.

que los franceses: entre ellos existía la tendencia a identificar en esa teología primitiva el origen de los principios pitagóricos atribuidos por las fuentes; Masdeu, en cambio, creía que esas complejidades debieron introducirse después por fenicios y griegos y que asumirlo como algo propio de los celtas no era más que un síntoma de la «vanidad» francesa²¹¹³. De nuevo, reincidía en el primitivismo occidental, por un lado, y ponía el énfasis en el papel de lo fenicio, por otro.

Efectivamente, estos autores explotaron la ligazón céltica y con ello la historiografía celtista a la hora de caracterizar la religiosidad hispana primitiva, pero también marcaron diferencias fundamentales entre ambas realidades, siempre en favor de lo hispano. De esta manera, en la comparación sistemática que los Mohedano hicieron entre los celtas galos y los hispanos (§ 5.4), apuntaron varias divergencias en cuanto a la cuestión religiosa. En general, afirmaron que los galos tenían una mayor tendencia a las «prácticas supersticiosas», lo que creían demostrado por el hecho de que hubiese menos teónimos documentados en la Península²¹¹⁴.

Por otro lado, mostraron su fascinación por los druidas, considerados además bajo el prisma del prototipo del *líder sabio* tan del gusto ilustrado (§ 6.6). En esta línea dedicaron mucho detalle a analizar la cultura druídica y sus características a partir de la bibliografía francesa²¹¹⁵. Ahora bien, la existencia de esta figura presentaba una faceta negativa que volvía a beneficiar a los celtas hispanos mediante la comparación. La cuestión es que, a juzgar por el vacío en las fuentes, parecía que los druidas en Iberia — si existieron — no habrían ejercido el mismo poder político que en Galia, o formulado con un sesgo más negativo: en Iberia no pudieron «estender insensiblemente su autoridad con capa de Religión»²¹¹⁶. Una posible explicación para esa diferencia podría ser la famosa desunión de los pueblos hispanos, lo que habría dificultado el desarrollo de jefaturas de ese tipo, aunque se propuso una teoría más profunda y significativa: el druidismo no arraigó de la misma manera porque el hispano no era tan crédulo e inclinado a la idolatría como el galo, sino «mas detenido, circunspecto y de mayor altivez para sugetarse á opiniones ajenas»²¹¹⁷. De nuevo reforzaban así la idea de la sencillez original de los cultos hispanos, en este caso mediante la comparación nacional, aunque esto supusiera renunciar a la parte positiva de la cultura druídica como expresión de avance científico y filosófico.

²¹¹³ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 159-161.

²¹¹⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 88-89.

²¹¹⁵ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 60-86.

²¹¹⁶ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 88.

²¹¹⁷ *Ibid.*, tomo 2, parte 1, 88, en general, 87-88.

Otro punto esencialmente discrepante de los hispanos dentro del mundo celta es la cuestión del sacrificio humano, calificado por los Mohedano como «crueldad», «horrible práctica», «abominable uso»:

«Lo cierto es que los sacrificios de sangre humana, que con oprobrio de la humanidad fueron las delicias de los Celto-Gaulos, no encontraron jamás el gusto de los Celtas Españoles. Este espectáculo les causó siempre horror, aun después de haberse confederado con los Fenicios, y Cartagineses, entre quienes reynaba aquella bárbara costumbre»²¹¹⁸.

Esta visión del asunto parece reproducida por Masdeu de los Mohedano de forma directa, pues los argumentos al respecto fueron idénticos²¹¹⁹. El sacrificio humano, que tanto juego había dado en el siglo XVI para demonizar la influencia extranjera (§ 10.2), era negado ahora, considerado impropio de los hispanos, a pesar de la influencia fundamental de dos culturas célebres por estas prácticas, tanto los celtas como los fenicio-púnicos. Como concluyeron los Mohedano, no solo era cuestión de influencia sobre esos usos, sino que también dependía de la «disposicion de quien los recibe»²¹²⁰. Así, a la hora de interpretar los pasajes de Estrabón sobre estas prácticas entre los lusitanos y los cántabros, estos historiadores se esforzaron por marcar las diferencias para justificar esa distinción esencial, especialmente respecto del caso galo. En este sentido, puntualizaron que, entre los hispanos, era fruto de la desesperación, no de la sangre fría, y que lo hacían solo con prisioneros, nunca con inocentes ni compatriotas. Igualmente, recurriendo al propio Estrabón, apuntaban cómo a menudo se «conformaban» con cortar la mano, evitando así el asesinato.

Finalmente, además de ese replanteamiento primitivista y racionalista de la religiosidad original, hubo otro tema interesante que se replanteó de acuerdo con un estilo propiamente ilustrado: la cuestión de la astrología y la superstición. A propósito del desarrollo agrícola de los hispanos, los Mohedano afirmaban que la habían desarrollado gracias a la simple observación, luego perfeccionada por la influencia de las potencias mediterráneas, pero que esos primeros usos poco debían al desarrollo de la astrología:

«su ignorancia los libraba de mil supersticiones introducidas por los Griegos y los Romanos, como efectos de pericia Astronómica, siendo unos sueños de hombres ociosos é ignorantes, que abusaban de la credulidad del vulgo, y opuestos no menos á la Critica y á la Religión, que á la Astronomía y á la Física»²¹²¹.

²¹¹⁸ Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 162; la misma idea en Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 89.

²¹¹⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 89-91; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 2, 162-163.

²¹²⁰ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 90.

²¹²¹ *Ibid.*, tomo 3, 279-283; cita en 282-283.

De esta manera, al paganismo idólatra le acompañaban usos supersticiosos ajenos a la razón y deliberadamente perjudiciales para el pueblo. En esa misma línea, se alabó de manera especialmente destacada la labor de Escipión, por la expulsión de los adivinos del campamento del ejército en Numancia. A esto añadió que ese posicionamiento resultaba «ageno de la hipocresía de su ilustre abuelo, que hacia servir la religión á la guerra»²¹²²; con esto, como ocurría con la cuestión druidica, se criticaba de nuevo la unión de política y religión en un sentido característicamente ilustrado. Con ese mismo mensaje, se criticó duramente a Sertorio por su uso interesado de ese tipo de prácticas: «Era fecundo de invenciones, impostor y embustero, quando la ficción y la mentira podían conducir á sus designios»²¹²³. Asimismo, apuntaron la coincidencia en la existencia de agoreros entre lusitanos y galos, aunque, de nuevo, marcaban la diferencia de ritual entre ambos²¹²⁴. Según los Mohedano, el recurso fraudulento a la astrología y la adivinación alcanzaron su clímax con los árabes en la Historia de España, aunque perduraría en el tiempo hasta los estafadores modernos; ahora bien: «en nuestros días logramos la satisfacion de que un Gobierno ilustrado haya disipado estas nieblas y cortado de raiz los abusos»²¹²⁵. De esta manera el primitivismo idealizado y la crítica contra la irracionalidad se enlazaban con el modelo político de la Ilustración.

Por último, cabe hacer un breve apunte adicional sobre la figura de Endovélico comentada antes en lo que respecta a la historiografía. Es interesante cómo Masdeu recapituló las teorías que esta deidad estaba suscitando en el ámbito anticuario y celtista para posicionarse al respecto y emplearlo como argumento contra de la idolatría en Iberia (*vide supra*). Ahora bien, resulta igualmente significativa la curiosa repercusión literaria que tuvo aquel interés erudito. En la *Numancia* de Ayala se menciona repetidamente a Jove (Júpiter), algo usual y propio de los referentes clasicistas en el tratamiento de estos episodios antiguos; también Júpiter, además de Apolo, Marte o Baco, habían sido los dioses referenciales en las obras previas de Cervantes y Rojas. Ahora bien, en la tragedia de Ayala, más allá de la alusión a la mitología clásica, el dios fundamental de los hispanos y símbolo de su resistencia a Roma era, en cambio, «Endovelico, Dios de sangre i muerte / de España tutelar, de Italia espanto»²¹²⁶. De hecho, está presente en la escenografía durante toda la obra, pues se indica que esta debía estar presidida por un «templo extraordinario» —que ha de suponerse de corte clasicista— y delante de él, una estatua delante de ese dios con lanza y escudo, reforzando su sentido guerrero. Asimismo, en la quinta escena del tercer acto se pronuncia una grandilocuente y simbólica oración dedicada a esta deidad.

²¹²² Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 4, 368.

²¹²³ *Ibid.*, tomo 4, 413-414; cita en 413.

²¹²⁴ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 90.

²¹²⁵ *Ibid.*, tomo 3, 283.

²¹²⁶ López de Ayala 1775, vv. 53-54.

Por su lado, en el *Sagunto* de Zavala también hay un templo monumental y una estatua preside el inicio de la obra, lo que hace pensar otra vez en la influencia que ejerció Ayala. Sin embargo, en este caso, el dios tutelar es Marte, también una divinidad guerrera, pero en este caso más reconocible y explícita. Por un lado, esto encaja con el tono más popular de la obra, empleando a una divinidad más típica; por otro, las danzas y cánticos al dios (indicadas aunque no detalladas en las acotaciones), no parecen tener ninguna funcionalidad simbólica más allá del efectismo visual y auditivo, de tipo operístico, propio de este género popular.

Es importante el papel que estos templos cumplen en la trama de ambas representaciones: allí se juramenta la resistencia y se lanzan los lamentos por lo desesperado de su situación. Por otra parte, otro templo, este solo mencionado, es también fundamental en la obra de Ayala, pues el oráculo emitido por Hércules en el santuario de Cádiz resulta ser absolutamente central en el mensaje de la obra. Toda la trama de *Numancia* está profundamente marcada por esta premonición dirigida a Dulcidio, el sacerdote numantino, que acudió allí cuando comenzó la guerra. Resulta interesante cómo se reutilizaba en clave hispana un tema típicamente clasicista que había sido típico de la historiografía, la literatura y el arte desde el siglo XVI: las visitas de César, Escipión y Aníbal al templo de Gadir. Por otro lado, Terma, sacerdotisa, hermana de Megara y Olvia, es la que mantiene durante toda la obra la actitud acertada, que demuestra ser la interpretación correcta del oráculo: la resistencia es fútil, pues la gloria debe estar en el sacrificio.

Lo cierto es que, en este tipo de obras de temática histórica nacional, es frecuente esa asociación patria-religión, de la misma forma que, en las obras de temática medieval, especialmente sobre la Reconquista, es absolutamente frecuente la invocación del auxilio de Dios, la Virgen o los santos²¹²⁷. En este sentido, no es descartable ver estas alusiones a Endovélico, Jove, Marte y Hércules como la reproducción de un tópico de invocación divina en relación con la causa patriótica, en este caso necesariamente desplazado a un escenario pagano. Ahora bien, el uso de Endovélico por parte de Ayala parece tratarse de un verdadero cultismo. Es difícil de creer que el conocimiento de esta divinidad estuviese muy difundido por lo que su uso en una obra de teatro encaja con el carácter culto del autor y el tono erudito de la literatura neoclásica. En todo caso la introducción de este elemento puede interpretarse también en un sentido nacionalista, en tanto que conlleva dejar de lado los típicos referentes clásicos de este género para introducir al que se estaba propagando por parte de algunos como un dios propiamente autóctono. Intelectualismo anticuarista y discurso populista se combinaban así para construir la idea de una religión primigenia, precristiana, propiamente nacional.

²¹²⁷ Fernández Cabezón 2003, 121.

Capítulo 11

MORIR POR LA PATRIA

LA SUBLIMACIÓN DEL SUICIDIO

«si pudieras oír con cada sacudida
cómo sale la sangre de su pulmón enfermo,
obscena como el cáncer, amarga como el vómito
de incurables heridas en lenguas inocentes,
amigo, no dirías entusiasta
a los muchachos sedientos de una ansiosa gloria
esa vieja mentira: Dulce et decorum est
pro patria mori»

Wilfred Owen, 1917, *Dulce et decorum est*
(trad. de Insausti 2011).

Si «dulce y honorable» era morir por la patria en Roma²¹²⁸, tanto o más se consideró de esta manera en la Modernidad, de manera que uno de los elementos más consustanciales a cualquier discurso patriótico ha sido siempre la idea del sacrificio²¹²⁹. La renuncia a la individualidad, especialmente a la propia vida, en pro de los motivos de esa colectividad delimitada y amenazada, ha estado en el centro de todo discurso identitario excluyente y potencialmente agresivo, confluyendo en su concepción occidental el idealismo político y el imaginario martirial cristiano. Por eso, en la recepción del relato de la expansión romana en Hispania y su reinvención como una epopeya de la resistencia, aquellos episodios que trataban sobre el suicidio masivo de los indígenas ante la derrota, adquirieron a lo largo del tiempo una particular significancia ideológica²¹³⁰.

En el primero de los apartados de este capítulo trataré acerca de los relatos que sirvieron como punto de partida para el mito del sacrificio hispano en la Antigüedad. Ciertamente, los autores grecolatinos utilizaron profusamente el tópico de la inclinación hispana por esa solución extrema ante una derrota segura. Sagunto, Astapa, Numancia, Calagurris y la Guerra Astur-Cántabra proveen de valiosos ejemplos, sirviendo de clímax narrativo en la historia del ímprobo esfuerzo romano por dominar Iberia. Más allá del carácter estereotipado y retórico de estos episodios, en general el posicionamiento de las fuentes fue ambiguo en la valoración de aquel fenómeno. Por un lado, se reconoció en aquellas acciones motivos dignos de admiración relacionados con el valor, el honor y la defensa de la libertad. Incidía en aquella visión la aplicación al enemigo del propio código de virtudes bélicas, pero también fue determinante la lectura filosófica del tema, esto es, la interpretación en clave estoica del sacrificio colectivo como demostración suprema de la libre disposición de la propia vida. Ahora bien, por otro lado, muchos elementos de las distintas versiones de aquellos relatos parecen tener una intención degradante opuesta. Especialmente los detalles más cruentos (mutilaciones, canibalismo, parricidio, etc.) pero también, de manera más sutil, el papel activo de las mujeres en su consecución, reincidieron en la barbarización de esos pueblos y en su naturaleza feroz e incivilizada: si los motivos eran elevados y dignos, su práctica y sus formas denotaban, a fin de cuentas, la calidad impulsiva y bestial de sus perpetradores, justificando el necesario, aunque dramático proceso civilizador.

Por su parte, el epígrafe segundo trata acerca de las características fundamentales en la recepción de aquellos episodios en la Edad Media y la temprana Edad Moderna. Se plantea, en primer término, las maneras en que se atajó el problema del dogma cristiano

²¹²⁸ Hor. C. 3.2.13.

²¹²⁹ Duyndam 2016.

²¹³⁰ Aguilera Durán 2012b; Pina Polo 2014, *e. g.*

en la España contrarreformista, ponderando el papel referencial que cumplió la obra agustiniana en la reinención cristiana del tópico y su adecuación moral. Establecidas las condiciones por las que los suicidios hispanos resultaban permisibles (antigüedad precristiana, motivos elevados, etc.) se estudian los cauces por los que dichos actos fueron convertidos en el centro y sublimación de la epopeya de la resistencia hispana, especialmente en la historiografía del siglo XVI. El suicidio masivo de los saguntinos y, sobre todo, los numantinos, se convirtió en un trasunto del ideario sacrificial de Cristo y los mártires, sublimándose, particularmente en la literatura de Cervantes y Rojas, como el punto culminante y fundacional, mediante su resurrección consecuente, del futuro Imperio español. En todo caso, caben divergencias fundamentales; en lo que concierne a los casos cántabros —excluyendo a Garibay—, el mantenimiento de la imagen barbarizada de esos pueblos, la idealización de la figura de Augusto y la pervivencia de la influencia orosiana, constituirá una excepción en el proceso de heroización de aquellos actos. Por otro lado, ciertos pormenores extremos de su consecución práctica, particularmente el canibalismo y el parricidio, resultaron incómodos en la mentalidad cristiana y, o bien fueron omitidos, o bien reconducidos para suavizar ese componente más barbarizante del tópico.

La línea maestra en la recepción de estos episodios como actos fundacionales quedó marcada en lo esencial y así se reprodujo básicamente en las historias del siglo XVIII que incorporaron el relato político-militar. Como forma de expresión tradicional de ese tema, pero en un nuevo medio, cabe señalar la perpetuación del tópico a través del arte. Fue la destrucción de Numancia el tema propuesto por la RABASF para el concurso de pintura de 1802, y ese mismo episodio fue el elegido por Madrazo para su obra magna. Alejándose de todo realismo, la irrupción de la epopeya hispana en el arte monumental promovido por las instituciones reprodujo, precisamente, aquel acto sacrificial en su versión más dramática y maximalista. Por otra parte, el tema adquirió una dimensión interesante en el teatro del momento, particularmente en la *Numancia* de Ayala y el *Sagunto* de Zavala. En ellas, el suicidio y el canibalismo —especialmente este último— lejos de soslayarse o suavizarse como había ocurrido en el teatro barroco, adoptaron un protagonismo esencial; recorriendo toda la trama, la manera de decidir las víctimas y aplicar esas medidas se convierte en la principal preocupación de los personajes hispanos. De esta manera, el detalle más escabroso y alterizante del sacrificio hispano se transformaba en el pretexto preferido para desarrollar reflexiones de tipo político recurrentes en ese momento, acerca del liderazgo, el bien colectivo y la legalidad como forma de dominar las pulsiones naturales.

11.1. El clímax bárbarico

Ferocidad, belicosidad, impulsividad y fidelidad extrema, todo aquello que era definitorio de la barbarie, confluía en un acto supremo: el suicidio colectivo. Esta acción constituía un auténtico clímax de aquellas *guerras de fuego* descritas, era la culminación del relato dramatizado de la conquista y resistencia de Hispania, de manera que, en su carácter brutal y definitivo, se empapó siempre de un profundo y particular sentido simbólico.

Lo cierto es que los episodios de suicidio masivo son un absoluto lugar común en la historia de las guerras hispanas, siempre explicado por la imposibilidad moral de estas gentes de aceptar la derrota y la esclavitud, prefiriendo entregarse a una muerte segura en batalla o matándose a ellos mismos y los suyos. Ya he mencionado los casos en los que dicho desenlace tuvo lugar ante la prerrogativa romana de deponer las armas, algo inadmisibles para unos pueblos tan vinculados a la guerra, para quienes la posesión de su armamento era sinónimo del mantenimiento de su dignidad y libertad (§ 7); derivaciones suicidas de ese principio fueron, por ejemplo, el episodio en el que un grupo de íberos y celtíberos mercenarios de los cartagineses, acorralados en un cerro por Marcio, se lanzaron a una derrota segura antes que entregar sus armas²¹³¹ y, especialmente, aquel en el Publio Manlio dio la misma orden a ciertos pueblos del noreste provocando que algunos de ellos se quitasen la vida²¹³².

No obstante, los casos de suicidio colectivo que se describieron con mayor detalle y efectismo, soportando una mayor carga retórica, fueron aquellos que involucraron a poblaciones enteras, con guerreros, pero también ancianos, mujeres y niños, que, acorralados o perseguidos, encontraron como única salida su sacrificio voluntario. Dos episodios de este tipo quedaron en el relato de la Segunda Guerra Púnica, sin duda el más célebre el de Sagunto ante el asedio anibólico²¹³³, pero también el de Astapa, asediada por Marcio, legado de Escipión, por su alianza con los cartagineses²¹³⁴. Las Guerra Celtibérica incluyeron el más famoso, detallado y revisitado de todos, la autodestrucción de Numancia ante el cerco de Escipión Emiliano²¹³⁵. Solo de forma fragmentaria e inconcreta, se conserva una mención al suicidio de los vacceos, tras matar a sus mujeres y niños, en un asedio no identificado²¹³⁶. Por su parte, la Guerra de Sertorio vivió uno de sus momentos finales con la matanza de los habitantes de Calagurris, fiel reducto

²¹³¹ App. *Hisp.* 31.

²¹³² Liv. 34.17.

²¹³³ Liv. 21.14; App. *Hisp.* 12; D. S. 25.15; Dio. Cas. = Zon. 8.21.

²¹³⁴ Liv. 28.22-23; App. *Hisp.* 33.

²¹³⁵ App. *Hisp.* 96-97; Flor. 1.34; Senec. *Ad Lucil. Epist.* 66.13; Val. Max. 2.7.1; 3.2. ext.7.

²¹³⁶ Liv. *Per.* 57.7.

sertoriano, durante el asedio de Lucio Afranio²¹³⁷. Por último, en el contexto de la Guerra Astur-Cántabra también se describieron escenas similares, en el cerco al Monte Medulio, según Floro²¹³⁸, y de manera más inconcreta en los testimonios de Dión Casio y Estrabón²¹³⁹. Por último, Diodoro reiteró la idea en un fragmento aislado cuyo contexto es difícil de identificar²¹⁴⁰.

Son muchos los elementos en común en estos relatos. Antes del desenlace, como muestra suprema de desesperación, en varias versiones se apunta la noticia de que los hispanos habían acabado recurriendo a alimentos indignos o el propio canibalismo; de hecho, en ninguna región de la ecúmene hay tantas referencias juntas en lo referente a la antropofagia como en Hispania²¹⁴¹. Finalmente, cuando estaba perdida toda esperanza y se toma la determinación final, en todos los casos se trata de un acto de decisión colectiva, de manera más o menos explícita, nunca la de un líder que la impulse, y las enormes hogueras que se organizan tienen una cierta dimensión pública, realizada en el foro/agora de la ciudad. Asimismo, es recurrente la destrucción previa y premeditada de los bienes materiales, especialmente el oro y la plata, negando con ello el botín; de esta manera el contrario era desprovisto de la victoria moral —dependiendo de la versión—, pero también de la material, convirtiendo la autodestrucción en «una victoria sin beneficio»²¹⁴² para el enemigo. Coincide también el impulso de un ataque final de sus guerreros para ser aniquilados, en un alarde final de valor e impulsividad; eso hicieron los saguntinos contra el campamento de los libios, según Apiano, los astapenses contra Marcio, tras reservar en la ciudad a cincuenta hombres que matasen a la población, o los numantinos, borrachos de *caelia*, según Orosio. Se combinaron también en fórmulas repetidas las formas de morir, con «fuego, hierro y veneno», como sintetizó Orosio²¹⁴³, aplicándolos a ellos mismos, mutuamente o actuando sobre los indefensos.

La recurrencia del tema sugiere que el tópico se repitió automáticamente de unos escenarios a otros, lo que no supone negar necesariamente la veracidad de los hechos en sí, sino tener en consideración, a la hora de interpretarlos, las preconcepciones retóricas que se aplicaron sobre ellos potenciando su efectismo dramático y simbolismo²¹⁴⁴. En este sentido, se ha apuntado la incidencia fundamental de un tópico historiográfico de largo recorrido, propio de la tradición griega. El modelo original parece provenir de un mito focidio, según el cual, ante el ataque de la ciudad por los tesalios en el siglo VI a. e.

²¹³⁷ Sal. *Hist.* 3.87; Val. Max. 7,6, ext.3.

²¹³⁸ Flor. 2.33.

²¹³⁹ Dio. Cas. 54.5; Str. 3.4.17.

²¹⁴⁰ D. S. 34-35.4.

²¹⁴¹ Curchin 1999.

²¹⁴² App. *Hisp.* 33, sobre Astapa (trad. de Gómez Espelosín 2016).

²¹⁴³ Oros. 6.21.8 (trad. de Sánchez Salor 1982b).

²¹⁴⁴ Edgeworth 1989; Gómez Espelosín et al. 1995, 120-121; Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 25-37; Moret 2013, *e. g.*

c., sus habitantes decidieron su sacrificio, aunque fueron salvados en el último momento por Atemisa, lo que se conmemoraba en una festividad en su honor (Elafebolias)²¹⁴⁵. Algunos elementos de aquel relato se han repetido en múltiples ejemplos a lo largo de toda la cultura grecolatina: la gran hoguera para quemar los bienes de la ciudad, el establecimiento de una guardia para matar a mujeres y niños, el desesperado ataque final de los hombres, etc. Del listado de casos en los que ese esquema ha sido repetido destaca, precisamente, la tendencia a establecer una cierta distancia cultural y cronológica, situándose por lo general en entornos bárbaros u horizontes arcaizantes²¹⁴⁶.

Parece evidente que esos elementos preconcebidos son fácilmente identificables en los relatos de los asedios de Sagunto, Astapa o Numancia²¹⁴⁷. Ciertamente, algunas divergencias importantes en la versión de los hechos refuerzan la idea de que se trata de una cuestión particularmente propensa a la ficcionalización literaria, con lo que se habrían introducido variaciones muy flexibles sobre una base analítica mal conocida. El caso de Sagunto es el más evidente en este sentido: mientras que la tradición liviana insistió en el final catastrófico de la ciudad, sus habitantes y sus bienes, Polibio mencionó el rico botín y presa de rehenes logrados por Aníbal excluyendo cualquier tipo de matanza y destrucción masiva, provocada o autoinfringida, lo que, por otro lado, es coherente con el activo papel que la ciudad siguió representando a lo largo de la guerra²¹⁴⁸. Algo similar puede afirmarse sobre el contraste entre la mención de Apiano a los prisioneros numantinos llevados a Roma por Escipión frente a la idea del suicidio total de las versiones latinas²¹⁴⁹. Por otro lado, de forma más o menos anecdótica, esa dimensión dramatizante fue completada en ocasiones con la adición de relatos sobre prodigios que supuestamente habían anticipado la destrucción, como ocurre en el caso de Sagunto²¹⁵⁰. Ciertamente, más allá del esfuerzo por identificar con minuciosidad las interpolaciones y recreaciones literarias, lo más interesante y fructífero parece la profundización en las dimensiones morales e ideológicas con las que se manejaron.

Por un lado, simplificando, la cultura grecolatina dejaba un margen amplio en el que el suicidio era teóricamente admisible. En su sentido más abstracto, la influyente línea filosófica estoica, desde los pioneros griegos hasta Séneca, tendió a considerar el suicidio como una forma libre y ejemplar de morir cuando el destino no permitía el desarrollo de una vida digna²¹⁵¹. Más concretamente, lo cierto es que no faltan ejemplos de sacrificios colectivos de ciudades griegas asediadas que fueron tratados en la historiografía de una

²¹⁴⁵ Ellinger 1993.

²¹⁴⁶ *Ibid.*, 281; algunos ejemplos son los de Xanthos (Hdt. 1.176) y Eion (Hdt. 7.107); una excepción significativa es la de la ciudad griega de Abydos (Plb. 16.31-34).

²¹⁴⁷ Moret 2013, 480-485.

²¹⁴⁸ Plb 3.17; *vide Ibid.*, 484-485.

²¹⁴⁹ App. *Hisp.* 98.

²¹⁵⁰ Pérez Vilatela 2014-2015.

²¹⁵¹ En general, *vide* Van Hooff 1990; Garrison 1991; Andrés 2015, 104-146, *e. g.*

manera heroizante. El esquema utilizado en Hispania se había repetido ya en todos ellos: destruir las riquezas, suicidarse y quitarle la vida a las propias mujeres e hijos era una forma sublime de salvaguardar la dignidad y vencer moralmente al contrario, era un ejercicio máximo de decisión deliberada.

En este sentido, hay que tener en cuenta la enorme influencia que tuvo el estoicismo en la construcción y perpetuación de los mencionados casos hispanos. Dejando a un lado por un momento la historiografía, estos sucesos reaparecieron en el campo de la filosofía y la retórica muy a menudo; fundamentalmente aislados de su coyuntura histórica específica, se emplearon para ejemplificar, aprovechando su magnitud y celebridad, los principios sobre la libre disposición del ser humano ante su propia vida y muerte. Séneca lo formuló de una manera clara:

«¿Es que tú no consideras que es la misma la virtud de aquel que con fortaleza asalta las fortificaciones del enemigo, y la de aquel que aguanta el asedio con muchísima entereza? Grande se muestra Escipión cuando sitia a Numancia, estrecha el cerco y a tropas invictas las obliga a buscar su propia destrucción; grande también el valor de los sitiados, conscientes de que no se halla encerrado aquel que tiene libre el acceso a la muerte y expira en el abrazo de la libertad»²¹⁵².

De manera específica, reaparecían para reflexionar sobre algunos de los elementos más controvertidos. Por ejemplo, Cicerón, al tratar de discernir entre una falta y una buena acción cuando se valoraban hechos similares, recurrió a Sagunto como ejemplo paradójico de parricidio; su conclusión fue que la causa lo determina todo, de manera que los saguntinos quedaban libres de delito al matar para asegurar la libertad de sus padres:

«Pues qué, ¿no hay diferencia, dirá alguno, de que mate uno a su padre o a un siervo? Si propones esto simplemente sin circunstancia alguna, es dificultoso resolverlo. Si el quitar la vida a un padre es por sí maldad, los Saguntinos, que quisieron que muriesen sus padres libres antes que vivir esclavos, fueron parricidas. Luego también a un padre se puede quitar la vida sin delito alguna vez, y a un siervo no se puede muchas veces sin injusticia. Así que la causa es la que distingue estas cosas; no su naturaleza; la cual causa, cuando se junta a alguna de las dos, aquella a la que se junta hace inclinar la balanza; y si se junta a entrambas, entonces serán iguales»²¹⁵³.

Por su parte, Séneca el Viejo hizo la misma reflexión parecida al pensar sobre si era legítimo excusar el acto de pegar a un padre en determinadas circunstancias: «La necesidad es una gran defensa en situaciones de debilidad; sirve para excusar a los saguntinos, aunque ellos no pegaron a sus padres sino que los mataron»²¹⁵⁴.

²¹⁵² Sen. *Ep.* 66.13 (trad. de Roca Meliá 1986).

²¹⁵³ Cic. *Parad.* 3.24 (trad. de Pimentel Álvarez 2000). Aunque se contradecía a sí mismo al describir el parricidio en otra parte como el más execrable crimen contra la patria sin ninguna justificación posible (Cic. *Off.* 11.21.83, al igual que Platón (*Leg.* 9.872d), *e. g.*); *vide Ibid.*, nota 510.

²¹⁵⁴ Sen. *Contr.* 9.4.5.

Asimismo, los asedios hispanos se mencionaron habitualmente como antecedentes célebres de la práctica del canibalismo, como ocurre en las sátiras de Petronio (Sagunto y Numancia) y Juvenal (Sagunto, Calagurris y los cántabros), en ambos casos para desdramatizarlo y justificarlo como la respuesta natural a una necesidad extraordinaria²¹⁵⁵. Frente a la frivolidad sarcástica de Petronio, Juvenal fue especialmente reflexivo al respecto: remitió a Zenón para justificar sus palabras y comparó la actitud cántabra, de nuevo, con los principios del estoicismo. La alusión se mantuvo el tiempo de manera constante; también Ausonio, en el siglo IV e. c., recurrió al concepto de «hambre saguntina» como el hambre por antonomasia²¹⁵⁶.

En definitiva, hubo una tradición filosófica muy continuada en el tiempo en la que estos episodios, de manera individualizada o como tendencia general de sus pueblos, se estandarizaron como referentes positivos desde su lectura estoica. Esto conlleva una contradicción importante respecto de una tradición historiográfica en la que esos mismos episodios fueron impregnados de una faceta claramente degradante²¹⁵⁷. En general, en la cultura latina, la referencialidad histórica de ciertos actos de suicidios mutuos y sacrificio individual en la guerra tuvieron un enorme potencial como actos modélicos en tanto que defensa de la comunidad hasta las últimas consecuencias (*deuotio*) y demostración suprema del honor del soldado (*honos*); la célebre autoinmolación de Publio Decio Mus fue considerado siempre un hito fundacional de la República y el clímax del patriotismo romano²¹⁵⁸. Ahora bien, a la altura del cambio de Era, en autores como Lucano o Livio, ese tipo de reacciones extremas adquirieron un nuevo sesgo peyorativo: se las identificó como costumbres arcaizantes y culpables de un furor excesivo, se las barbarizó considerándolas anacrónicas e indeseables en la realidad presente. Este cambio de actitud tendría que ver con el rechazo y la incomodidad provocada por la reaparición patente e inmediata de esas prácticas durante las guerras civiles, con lo que se proyectó en otros ejemplos históricos —en este caso los hispanos— la animadversión hacia lo que era percibido como una desviación de los valores tradicionales romanos²¹⁵⁹.

Lo cierto es que Livio se mostró particularmente crítico con los sacrificios hispanos, especialmente el de Astapa, en contraste con un Apiano más congraciado con la dignidad hispana en general (§ 2.4). En este sentido, se ha propuesto razonablemente que la serie de asedios de poblaciones ibéricas que recogió en esa parte de su obra respondía a un plan narrativo para ejemplificar mediante su diferente casuística sus principios éticos acerca

²¹⁵⁵ Petron. 141.9-11; Iuv. 5.15.93-115; aunque Juvenal justo a continuación lo criticó de los egipcios como una monstruosidad, lo que tiene que ver en parte con su general sesgo antiorienta (Balasch y Dolç 1991, 434-435).

²¹⁵⁶ Aus. *Ep.* 22.44.

²¹⁵⁷ Méry 2003 ha incidido particularmente en esa ambivalencia.

²¹⁵⁸ Bayet 1951.

²¹⁵⁹ Voisin 1984b; Moret 2013, 490-492; valga como ejemplo el tratamiento de un suicidio mutuo de una cohorte cesariana en Lucan. 4.476-520.

del ejercicio de la violencia, reelaborando y ficcionalizando para ello la versión analítica²¹⁶⁰. Desde este punto de vista, la razonable entrega de los habitantes de Orongis y la magnánima respuesta de Roma sería un caso ejemplar²¹⁶¹; por contra, la represión de Ilturgi y el terror causado en Cástulo serían un ejemplo de la implacable reacción de los romanos ante un crimen de traición inexcusable²¹⁶²; finalmente, la bestial masacre de Astapa, causada tanto por los romanos como por los propios habitantes, constituiría el paradigma de la forma más irracional y excesiva de plantear un conflicto²¹⁶³. La legitimidad de la actitud romana en cada caso es evidente en el propio lenguaje utilizado, pues en estos casos se contrapusieron sistemáticamente términos como *crudelitas*, *furor* y *rabies*, al referirse a los hispanos, frente a la *ira*, que quedó reservada para definir la justificada pulsión de los romanos contra sus enemigos²¹⁶⁴. Según Livio, la respuesta de Roma era escrupulosamente proporcional en cada caso, hasta el punto de que, en el final de Astapa, algunos soldados romanos se quemaron al intentar rescatar absurdamente las joyas de la hoguera, en una suerte de contagio de la barbarie reinante²¹⁶⁵. Se estaban escenificando las distintas maneras de relación con los sometidos; para Livio la única respuesta buena que podían dar los indígenas a la hegemonía romana era la rendición, por lo que los astapenses, con su «resolución horrible y salvaje», representaban el paroxismo de la bestialidad irracional en tanto que incluso le negaban a Roma su papel de ejecutora de la justicia²¹⁶⁶.

Más allá de esta línea general identificable en Livio, lo cierto es que en la historiografía y en ciertas reinversiones retóricas de estos sucesos algunos elementos concretos funcionaron claramente como extremos que desbordaban el acto potencialmente heroico para situarlo en una deriva excesiva, más allá de la ejemplaridad moral. Es el caso del recurso al canibalismo previo al suicidio que aparece en algunos de estos episodios. La mayoría de las menciones a esas ciudades asediadas incluyeron el tema, pero además algunas de ellas lo adornaron con todo tipo de detalles truculentos: Valerio Máximo narró cómo los calagurritanos salaron los cuerpos de sus mujeres e hijos para que durasen más tiempo y cómo los romanos encontraron trozos de miembros humanos guardados bajo las vestiduras de los numantinos, que además se decapitaban mutuamente (§ 10)²¹⁶⁷. Si bien antes leíamos su alabanza a la defensa de la libertad y las armas hasta la muerte de los cántabros, a menudo los actos de canibalismo fueron traídos a colación como ejemplo de mero salvajismo. De alguna manera, en ciertos discursos,

²¹⁶⁰ Moret 2013, 485-490, especialmente.

²¹⁶¹ Liv. 28.3-4.

²¹⁶² Liv. 19.5-20.7 y 20.8-10, respectivamente.

²¹⁶³ Liv. 28.22-23.

²¹⁶⁴ Moret 2013, 488.

²¹⁶⁵ Liv. 23.1-2.

²¹⁶⁶ Liv. 28.22 (trad. de Villar Vidal 1993a); *vide* Moret 2013, 488-489.

²¹⁶⁷ Val. Max. 7.6. ext.2-3; sobre la decapitación: Val. Max. 3.2.7.

esos excesos neutralizaban buena parte del componente virtuoso y heroico del acto: «y no puede alegarse como excusa para tal comportamiento la necesidad, pues quienes tenían libertad para morir no tenían necesidad de seguir viviendo de aquella manera»²¹⁶⁸. Es cierto que este autor explotó esta cuestión con fines moralistas de una manera particularmente exagerada y fantasiosa; también lo es que otros autores más condescendientes mencionaron estos mismos episodios para lo contrario, para justificar su práctica excepcional como resultado de la desesperación²¹⁶⁹. Sin embargo, parece claro que la cuestión introducía un problema, un elemento desagradable que problematizaba el tono épico de estos actos.

Asimismo, creo que un elemento esencial en la barbarización de estos episodios debe buscarse, de nuevo, en el papel otorgado a la mujer en ellos, como ocurría en la guerra propiamente dicha (§ 7). Estrabón afirmó que las mujeres del norte siempre llevaban consigo un veneno listo para el suicidio²¹⁷⁰. Por otro lado, son recurrentes las informaciones que describieron el asesinato de los niños por sus madres en estas ocasiones²¹⁷¹. El acto es chocante en sí mismo, y como tal fue censurado:

«Además de estas extrañas costumbres, se han visto y contado muchas otras acerca de todos los pueblos de Iberia en general, y en particular sobre los del norte, no sólo las que tienen que ver con su valor, sino también las relacionadas con su crueldad e insensatez bestial (*apónoian theriódē*). En efecto, unas madres dieron muerte a sus hijos antes de fueran capturadas en la guerra con los cántabros; y un niño, cuando sus padres y hermanos se hallaban, los mató a todos tras apoderarse de un arma, ya que su padre se lo había ordenado; y una madre dio muerte a los que habían sido capturados con ella. Uno que había sido convocado por unos soldados borrachos se arrojó a una hoguera. Estas costumbres son también comunes a los pueblos célticos, tracios y escitas»²¹⁷².

Los términos en que se valora —«crueldad e insensatez bestial» (*apónoian theriódē*)²¹⁷³— y la comparación con otros pueblos nortños son suficientemente ilustrativas. No obstante, más allá del acto en sí mismo, lo que resulta más interesante es el papel activo que se le otorga a la mujer. Con el asesinato de sus hijos y su propio suicidio ya participaban directamente en el acto de autoinmolación colectiva; pero es que, además, intervienen en la toma de la decisión definitiva. Según Floro, cuando los hombres numantinos intentaron huir en los últimos momentos, las mujeres se lo impidieron cortando los arreos de los caballos, lo que conduciría al suicidio como última solución

²¹⁶⁸ Val. Max. 7.6. ext.2.

²¹⁶⁹ Iuv. 15.93. También, aunque desde un punto de vista irónico, Petr. 141; *vide* Rankin 1969.

²¹⁷⁰ Str. 3.4.18.

²¹⁷¹ Str. 3.4.17; App. *Hisp.* 12.

²¹⁷² Str. 3.4.17 (trad. de Gómez Espelosín 2007).

²¹⁷³ *Vide* los comentarios de *Ibid.*, 263, nota 117.

«cometiendo por amor un gran crimen»²¹⁷⁴. La comparación es muy significativa. Hay en la literatura griega varios ejemplos del sacrificio heroico de los habitantes de una ciudad helena ante la derrota inevitable, y el sacrificio de las mujeres y niños forman una parte dramática esencial de esos relatos, pero en ellos la mujer nunca tiene un papel activo²¹⁷⁵. Por el contrario, niños y mujeres han de ser protegidos y evacuados, o bien, cuando ya no es posible, asesinados a manos de los hombres; en ellos reside el acto heroico del sacrificio. Sin embargo, sí hay otros ejemplos del papel activo de la mujer en este tipo de actos en otros escenarios bárbaros, como en el caso de los ilirios²¹⁷⁶ o el de los galos de Vercellae²¹⁷⁷. Simbólicamente, el fin de Cartago se coronaría con el suicidio de la esposa de Asdrúbal²¹⁷⁸, cerrando el círculo del *destino femenino* de los púnicos que siempre caracterizó su imagen especular respecto a Roma, partiendo de su propia fundación por Dido/Elisa²¹⁷⁹. Como género alterizado en sí mismo, la presencia de la mujer como agente en el sacrificio estaba barbarizando un acto potencialmente heroico.

Puede observarse, por lo tanto, una divergencia fundamental entre aquellas lecturas filosóficas de corte estoico que hicieron de estos episodios figuras puramente abstractas, y las recreaciones historiográficas y etnográficas que dibujaron estos actos como esencialmente bárbaros. Ciertamente, se reconocía cierta dimensión heroizante, pero jugando siempre con una continua ambigüedad resultante de la introducción de elementos alterizantes que, en mayor o menor medida, rebajaban la potencialidad idealista de estos actos. Si bien la entrega guerrera, la dignidad y el sacrificio por la libertad eran virtudes reconocibles y encomiables, las características de estos sacrificios trascendían los límites de lo virtuoso para pasar a ser actos de auténtica locura colectiva, de orgullo irracional y salvaje. El suicidio virtuoso por la *libertas* quedaba así distorsionado y desfigurado para convertirse en una expresión grotesca del clímax bárbaro.

11.2. Los pormenores del sacrificio

Sin duda el tópico del sacrificio heroico de los hispanos en su lucha por la libertad ha sido uno de los temas de la narrativa grecolatina que más ha conmovido la imaginación moderna en la recepción de su pasado remoto. No obstante, el núcleo de estos episodios,

²¹⁷⁴ Flor. 1.34.14 (trad. de Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000).

²¹⁷⁵ Schaps 1982, 198-202. Hay que exceptuar el caso de los foceos, sobre la que existe una noticia de Plutarco (*Virt. Mul.* 2) según la cual las mujeres hicieron una asamblea para aprobar su suicidio (aunque no para decidirlo); en todo caso el recurso parece forzado para hacerlo encajar en el sentido general de su obra (Stadter 1965, 38-39; Schaps 1982, 200-201).

²¹⁷⁶ App. *Illyr.* 21; vide Gómez Espelosín 1993c, 111.

²¹⁷⁷ Plut. *Mar.* 27; vide Pérez Rubio 2013, 112-116.

²¹⁷⁸ App. *Lib.* 131.

²¹⁷⁹ Bonnet 2011.

el suicidio mismo, conllevaba su propia problemática moral, pues en el cristianismo, en general, y el catolicismo, en particular, dicho acto ha sido considerado como un pecado grave a lo largo del tiempo²¹⁸⁰. Agustín de Hipona marcó un punto de inflexión a este respecto ya que, en su obra la cuestión adquirió por primera vez un cariz absolutamente condenatorio como extensión del Quinto Mandamiento, descartando cualquier posible justificación, «por conseguir la propia inmortalidad o por evitar o eludir algún mal»²¹⁸¹. Su visión quedaría corroborada en el mundo católico en el Concilio de Trento, constituyéndose como un dogma inamovible desde la perspectiva contrarreformista²¹⁸². Desde luego, ese lastre tenía que marcar necesariamente la valoración de aquellos sucesos, generando reticencias y obligando a hacer matices y aclaraciones.

Sin embargo, al tiempo que se cernía el estigma del pecado, se abrían también ciertas vías de permisividad. El propio Agustín sugería una de ellas. Él le otorgó al sacrificio saguntino una importancia crucial, pero como ejemplo para demostrar las desgracias acontecidas al amparo de los dioses paganos:

«Aquí podrían haber hecho algo los dioses glotones y canallas, ávidos de la grasa de los sacrificios y prestos a engañar con la nebulosa de las falsas profecías; aquí podrían haber hecho algo, podrían haber ayudado a una ciudad amiguísima del pueblo romano, no haber permitido que pereciera por conservar su lealtad?»²¹⁸³.

Lo cierto es que su relato, ajustado a la tradición de Livio, no evitó los detalles más cruentos del final de la ciudad, que «causa horror», precisamente para que se apreciase la dimensión de la desgracia: que el hambre los llevó a alimentarse de los cadáveres de los suyos y que finalmente se clavaron sus espadas y se arrojaron a una enorme hoguera con sus familias. No obstante, a pesar de la condena explícita que hizo de tales acciones, Sagunto y su pueblo fueron totalmente idealizados y compadecidos en su discurso. Él mismo introdujo una acotación para solucionar la aparente contradicción que había en ello:

«Si el pueblo de los saguntinos hubiera sido cristiano y hubiera soportado algo semejante por la fe evangélica, aunque se habría destruido a sí mismo por el hierro y el fuego, sin embargo, si hubiera soportado la destrucción por la fe evangélica, lo hubiera hecho con la esperanza en la que había sustentado su fe en Cristo»²¹⁸⁴.

Los saguntinos, detentadores de una elevada virtud, en cierta medida quedaban exculpados de aquel pecado en tanto que no eran ni podían ser cristianos. La misma confusión que les había hecho confiar en unas deidades vacuas que no les salvaron, también les había inclinado a actuar de aquella manera sublimando su sentido de la

²¹⁸⁰ Andrés 2015.

²¹⁸¹ Aug. *Ciu.* 1.20 (trad. de Marina Sáez 2007).

²¹⁸² Andrés 2015, 197-298.

²¹⁸³ Aug. *Ciu.* 3.20 (trad. de Marina Sáez 2007).

²¹⁸⁴ Aug. *Ciu.* 3.20 (trad. de *Ibid.*).

lealtad. La tacha estaba en las falsas creencias que condicionaban su comportamiento, pero esto permitía reconocer en los individuos o los pueblos de aquel tiempo, en este caso los saguntinos, su actuación virtuosa y leal en determinadas circunstancias. Este fue un principio clave en la recepción moderna de muchos temas antiguos: la idea de que el pecado, en un periodo precristiano, aun siendo censurable, no podía ser juzgado de la misma manera que en aquellos que habían tenido la oportunidad de conocer las enseñanzas de Cristo.

Ahora bien, además de ese pequeño resquicio dejado por la obra agustiniana en lo referente al pasado más remoto, lo cierto es que el propio Renacimiento abrió otra vía filosófica respecto del suicidio que resultaba divergente del dogma y que bebía de una forma más directa de la cultura clásica. Fue clave en este sentido la recuperación del estoicismo —particularmente la obra de Séneca— y, con ello, la consideración de ciertas causas razonadas por las que dicho acto fuese permisible e incluso digno de admiración. Debían cumplirse, en todo caso, ciertas normas fundamentales, en primer lugar, la mencionada idea de que se hubiese perpetrado en un pasado pagano, excluido por tanto del conocimiento de la ley de Dios; por otra parte, no solo sería permitido, sino alabado, si se hacía con un objetivo lo suficientemente elevado, por cuestiones normalmente ligadas a la virtud, la moral y, por encima de todo, la patria. Este último sentido entroncaba directamente con otro concepto típicamente grecolatino, el ideal *pro patria mori*, la muerte por el bien de la comunidad, que perfectamente podía consistir en la autoinmolación si de evitar la esclavitud se trataba. En el contexto moderno, esa entrega vital se fundía con la noción del sacrificio de Cristo y los mártires, muertos consciente y deliberadamente por su fe, de manera que la misión espiritual y la patriótica quedaban inseparablemente identificadas²¹⁸⁵.

Este es el principio que se aplicó a los casos hispanos de inmolaciones significativas. En la construcción historiográfica de la epopeya nacional en el siglo XVI aquellos episodios, con estas connotaciones sacrificiales, fueron perpetuados y cultivados como grandes hitos fundacionales. Desde luego tuvieron ese significado las reconstrucciones renacentistas del asalto de Sagunto, episodio alimentado, además, por de su celebridad como referente universal; de todos modos, bien es cierto que su caso tenía otras potencialidades a las que se dio más importancia, como la exaltación de la fidelidad o su dimensión anticartaginesa (§ 4.3). Igualmente se aplicó la misma inercia a otras figuras secundarias, como las de Indíbil y Mandonio, especialmente en el ámbito levantino; ya he comentado cómo Beuter, pionero valenciano del anticuarismo humanista, se hizo eco de las leyendas que identificaban el arco romano de Bará como el marcador

²¹⁸⁵ Casquete 2007; Wit 2016 y, más en general, Duyndam 2016.

del lugar en el que Mandonio fue ajusticiado, lo que confería al monumento la función de un *martyrium*²¹⁸⁶.

Ahora bien, Numancia fue, por encima de todos, el ejemplo por antonomasia del sacrificio patriótico. Su feroz final, más allá de los dogmas religiosos o los detalles escabrosos, no solo no fue censurado por la historiografía, sino que se potenció como el elemento central de su simbolismo, como el acto patriótico más auténtico de los antiguos hispanos y como un verdadero punto de inflexión entre épocas²¹⁸⁷.

Como ejemplo de hasta qué punto la autoinmolación numantina no era una vergüenza impía sino un acto sublime, nos habla el hecho de que los humanistas insistiesen en la versión del suicidio total de la población en contra las informaciones más matizadas. Es cierto que, durante siglos, primaron las narraciones de Floro y Orosio en la reconstrucción del relato y, por lo tanto, se mantuvo la visión más extrema y dramática; sin embargo, esa explicación ya no era válida a la altura de 1574, cuando Morales, en la elaboración de su parte de la *Coronica*, utilizó a Apiano de manera sistemática. Contaba, por lo tanto, con la noticia —única, pero verosímil— de que Escipión había celebrado el triunfo en Roma con cincuenta prisioneros numantinos²¹⁸⁸. Morales, que en su rigurosidad no quiso eludir la discrepancia, se posicionó explícitamente en contra de la versión apianeana, optando en cambio por el tópico de que ningún habitante había sobrevivido al asedio²¹⁸⁹. Aun ponderando críticamente los textos, asumía finalmente la idea del suicidio total, pues ese detalle redondeaba la idea de la victoria moral del sacrificio de Numancia en su conjunto, sin excepciones. Su perspectiva se proyectó y perpetuó en la obra de Mariana, que reprodujo los mismos argumentos sobre esos temas problemáticos —aunque algo simplificados— y se recreó especialmente en los detalles del final, siempre en favor de la dramatización del episodio y su dimensión sacrificial²¹⁹⁰. En definitiva, la diversificación y sistematización de las fuentes no hizo sino reforzar la idea del valor simbólico de los sacrificios colectivos hispanos y los detalles heroizantes de su narrativa.

No obstante, el potencial del tema se percibe de una manera mucho más patente en la literatura, donde no existían las constricciones documentales de la historiografía humanista. En este sentido, la obra teatral de Cervantes ha sido definida como el primer

²¹⁸⁶ Beuter 1546, LXVv.

²¹⁸⁷ Garibay y Zamalloa 1571, 184-186; Morales 1574, 134r-135v; Mariana 1601, 153-157.

²¹⁸⁸ App. *Hisp.* 97.

²¹⁸⁹ Morales 1574, 134r-134v, a partir de Flor. 1.34; Val. Max. 2.7.1; 3.2. ext. 7, entre otros.

²¹⁹⁰ Mariana 1601, 146-157 (la cuestión de los supervivientes en *Ibid.*, 157); *vide* Gómez Martos 2012, 156-165; 2018, 159-165. Curiosamente, se ha considerado a Mariana más crítico por incluir ese tipo de advertencias sobre las contradicciones de las fuentes (Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 70-71), pero lo cierto es que todas ellas partieron de Morales.

ejemplo de un suicidio de tipo heroico de la literatura moderna española²¹⁹¹. Ciertamente, en su *Numancia* la noción de sacrificio tiene un papel completamente esencial, y es uno de los ejemplos más claros de la aplicación del ideal renacentista *pro patria mori* al que me he referido²¹⁹². Además, aparte de esa dimensión nacional en el sentido ideológico, en su caso parece muy clara la dimensión espiritual y cristiana. Se ha señalado en este sentido la importancia de la escena en la que unos numantinos trasgreden el cerco en busca de alimento. La noticia histórica sobre la expedición de Retógenes para conseguir ayuda externa se transfigura en la obra de Cervantes en una subtrama personal en la que Morandro, acompañado de su amigo Leoncio, irrumpe en el campamento romano para robar comida y dársela a su amada Lira. Cuando regresa malherido a la ciudad, se la entrega justo en el momento en que muere: «mi sangre vertida / y con este pan mezclada»²¹⁹³. Unido este acto con la exaltación del amor y la fraternidad que caracteriza al pasaje, el simbolismo eucarístico parece bastante evidente. Cabe sumar este elemento a la general orientación de la trama en un sentido escatológico, apocalíptico, que perfila el fin de la ciudad como una destrucción purificadora que preconiza la definitiva resurrección de la España que estaba por venir²¹⁹⁴.

Por su parte, en la obra de Rojas, muy inspirada en la de Cervantes, el tema del sacrificio también tuvo un papel central. Es cierto que la escena del pan y la sangre, tan potente y patética en la versión cervantina, fue en cierta medida parodiada por Rojas: en su caso consiste en una discusión entre Tronco y Olalla, los personajes humorísticos, para quedarse con el trozo de pan robado, que finalmente el marido decide acaparar para él solo²¹⁹⁵. Más allá de la curiosidad, el detalle nos habla de la incidencia estilística del Barroco en la reinterpretación del episodio, lo que pasaba por rebajar la altura de algunos de sus elementos.

En todo caso, quizá lo más significativo de la lectura de Rojas sobre el tema del sacrificio sea su obsesión por la cuestión del olvido y la fama en relación con el sacrificio. De forma muy simbólica —y muy original respecto de su referente cervantino—, en un momento crítico de la obra Retógenes sueña que las personificaciones de Numancia y Roma se enfrentan mientras que otra, el Olvido, se sitúa entre ambas; la de Numancia se suicida finalmente, profetizando el final de la ciudad, pero no lo hace para vencer a Roma, sino al Olvido²¹⁹⁶. Esa misma idea está presente en cada proclama de los numantinos.

«[Megara:] Los españoles, romano,

²¹⁹¹ Pagán Rodríguez 1999, 39-140, en contraste con otros ejemplos previos como el de *Amadís de Gaula*, *La Celestina*, *Cárcel de Amor* o las *Églogas* de Juan de Encina, en los que los suicidios son por motivo amoroso.

²¹⁹² Vivar 2000; 2004, 41-66 ha insistido especialmente en este aspecto.

²¹⁹³ Cervantes *Num.* 4.1836-1837 (ed. de Esteban Naranjo 2016), el episodio completo en 4.1788-1855.

²¹⁹⁴ Sobre esta faceta, *vide*: Stiegler 1996; Weiner 1997.

²¹⁹⁵ Rojas *Num. Dest.* 3. 2015-2110.

²¹⁹⁶ Rojas *Num. Dest.* 2.1484-1532.

nunca la muerte tememos,
porque como apetece
por el valor soberano
de nuestra invencible suerte
fama que a gloria nos llama,
la memoria de la fama
es olvido de la muerte»²¹⁹⁷.

Por otro lado, en la versión referencial de Cervantes hay otro tema clave en relación con esa dimensión sacrificial. Por supuesto, la acción de los numantinos tenía un claro sentido colectivo —frente a hazañas personalistas como la de Viriato—, un aspecto consustancial al episodio en sí mismo y que, concretamente, tuvo connotaciones políticas importantes. Ahora bien, Cervantes cerró su obra con una escena de una gran fuerza simbólica: un niño numantino, llamado Bariato (Viriato), escapa a la matanza, quedando como último superviviente, y se refugia en la torre atesorando las llaves de la ciudad; Cipión le suplica que se rinda, de forma que así pueda confirmar su victoria, a lo que el muchacho responde arrojándose al vacío tras una emotiva proclama patriótica:

«Yo os aseguro, ¡oh fuertes ciudadanos!,
que no falte por mí la intención vuestra
de que no triunfen pérfidos romanos,
si ya no fuere de ceniza nuestra
[...]
Pero muéstrese ya el intento mío;
y si ha sido el amor perfeto y puro
que yo tuve a mi patria tan querida,
asegúrelo luego esta caída»²¹⁹⁸.

Esa es la forma concreta en que los romanos son desprovistos del triunfo y Cipión toma conciencia de su error, mediante un recurso metonímico que potencia y concentra el dramatismo de la apoteosis, individualizando el sacrificio comunitario en la acción deliberada de un inocente indefenso. Sin duda esa acción final sería de un enorme efectismo en un contexto de estigmatización social y cultural del suicidio; no en vano, el propio Cervantes parece mantener una actitud condenatoria ante el suicidio amoroso de Grisóstomo en *El Quijote*²¹⁹⁹.

No obstante, la historia del suicidio del niño como colofón de la historia de Numancia no era original de Cervantes, sino que tenía un recorrido previo, tanto literario como historiográfico. El rastro más antiguo se ha encontrado habitualmente en la *Crónica*

²¹⁹⁷ Rojas *Num. Cerc.* 2.1562-1569 (ed. de MacCurdy 1977), también, en la misma línea: Rojas *Num. Dest.* 3.2209-2210, 3.2223-2224.

²¹⁹⁸ Cervantes *Num.* 4.2376-2379 y 4.2388-2391 (ed. de Esteban Naranjo 2016), el discurso completo en 4.2352-2391; *vide* Kahn 2007.

²¹⁹⁹ Pagán Rodríguez 1999, 18-21.

de Valera, esto es, en 1498. Además, su versión es bastante detallada y extensa: después de que Numancia ardiese durante veintidós días, solo quedó vivo un mozo de 12 años que fue llevado a Roma como prisionero, pero allí le fue negado el triunfo a Escipión, pues los numantinos se habían vencido a ellos mismos; la solución propuesta es que vuelva a Numancia con el niño, le entregue las llaves de la ciudad y le sitúe en la torre para que pueda tomarla por la fuerza y así justificar su victoria; antes de que pueda hacerlo el muchacho lanza las llaves y se suicida²²⁰⁰. Es difícil identificar el origen de este relato tan detallado. Se supone que esta parte de la *Crónica* de Valera está tomada de la segunda redacción castellana de la *Crónica de 1344*²²⁰¹, pero lo cierto es que hay adiciones importantes respecto a ella²²⁰², entre otros, esta historia —además de la filiación numantina/zamorana de Viriato (§ 3.4)—. Por lo tanto, o existe otra fuente complementaria desconocida o Valera lo inventó. Por el carácter esencialmente compilatorio de su obra, me inclino por la primera opción: la interpolación por su parte de este añadido a la tradición cronística canónica, procedente de alguna fuente probablemente literaria o legendaria.

La gran diferencia es que en las versiones previas a Cervantes (y la mayoría de las posteriores) el niño es anónimo, mientras que él decide ponerle el nombre de Bariato o Viriato (dependiendo de los manuscritos). Parece ser una adición suya y, aunque el personaje no tiene ninguna ligazón con el caudillo lusitano aparte del nombre, parece claro que se trata de un nombre arcaizante conocido y, en general, puede entenderse dentro de la tendencia del periodo a vincular de maneras más o menos inconcreta la Guerra de Viriato y la de Numancia, algo en lo que, por cierto, Valera tuvo mucho que ver (§ 3.4).

En todo caso, parece que esta forma de potenciar el impacto en el público y condensar el simbolismo patriótico del relato funcionó, a juzgar por la influencia que tuvo esta parte de la versión cervantina en las relecturas teatrales posteriores. Por ejemplo, Rojas remató su *Numancia destruida* con la misma escena, pero en su caso el niño era anónimo y con la diferencia de que este se lanza desde la muralla al Duero, río con gran simbolismo en la obra²²⁰³. También Lope de Vega se hizo eco de la leyenda, tangencialmente, en al menos dos de sus obras²²⁰⁴. La más significativa de ellas es la comparación que hizo entre la muerte del niño numantino y la del protagonista de *El niño inocente de La Guardia*, que trata sobre el asesinato ritual por unos judeoconversos de un

²²⁰⁰ Valera 1482, 2.20.

²²⁰¹ Lo que se deduce de que la otra gran fuente de Valera, la *Estoria de los fechos de los godos* (versión breve), derivada de Rada, no trata los episodios de conquista romana; lo mismo ocurre con la primera redacción castellana y la redacción portuguesa de la *Crónica de 1344* (Moya García 2009, XCV, y en lo que respecta a estos dos fragmentos concretos: *Ibid.*, 89-90, notas al pie).

²²⁰² El de la destrucción de Numancia se correspondería con el capítulo titulado: «De cómo çipion nieto de çipion affricano destruyo a çamora que non fallo en ella ninguna cosa» (*C1344* 70).

²²⁰³ Rojas *Num. Dest.* 3.2559-2637.

²²⁰⁴ Calvo 2006, 853-854.

niño en La Guardia (Toledo) que luego fue santificado²²⁰⁵. En este caso, la lectura martirial de la leyenda sobre Numancia no puede ser más clara²²⁰⁶.



Figura 32. «Viriato arrojándose de la torre», grabado de José Joaquín Fabregat sobre el diseño de Manuel de la Cruz para la publicación *Viage al Parnaso*, de Cervantes (Tapia 1784, 155)²²⁰⁷.

²²⁰⁵ Compuesta en el cambio del siglo XVI al XVII, aparte de su sesgo antisemita respondía a múltiples intereses políticos y familiares; *vide* Madroñal Durán 2017.

²²⁰⁶ La otra referencia al niño numantino, en *Las pobreza de Reinaldos*, está desprovista de sentido ideológico, es un mero recurso literario (Calvo 2006, 854).

²²⁰⁷ Fuente: <http://data.onb.ac.at/rec/AC09769399> (accedido: 19/03/2018).

Si bien el suicidio, a pesar de los problemas de dogma, resultaba aceptable en esas condiciones y fue ensalzado por historiadores y literatos, lo cierto es que aquellos relatos de sacrificio también incluían detalles que resultaban tanto o más incómodos. Actos como el parricidio o el canibalismo, recurrentes en las fuentes grecolatinas, habían servido para mostrar la barbarie inherente a estos pueblos, funcionando como reverso macabro de su exacerbada dignidad y ferocidad (§ 11). En cuanto al asesinato de familiares, no solo había sido estigmatizado en la Biblia en varias ocasiones²²⁰⁸, sino que también fue explícitamente condenado por Agustín, precisamente tomando varios ejemplos en la historia de las usurpaciones en Roma, con el objetivo de demostrar la falsedad de los dioses paganos bajo cuyo amparo se habían perpetrado²²⁰⁹.

En este sentido, la elusión de los detalles más cruentos del sacrificio hispano fueron una constante en la Edad Media, en parte por la incomodidad que parecen provocar y en parte por la preeminencia del relato de Orosio, que ya los omitió. Por ejemplo, en el pasaje de Rada referente a Sagunto, se hizo una descripción muy sintética de los conceptos tradicionales: el odio y la soberbia anibálicos frente a la fortaleza y fidelidad saguntina²²¹⁰. Es llamativo que, entre los escasos datos manejados, hiciese alusión al canibalismo, aunque utilizando un significativo eufemismo que luego tuvo una cierta fortuna, el concepto de «alimentos prohibidos» (*cibos uetitos*)²²¹¹. Lo más interesante es que, además, decidiese incluir dos referencias directas a Cicerón y Juvenal, utilizando la justificación retórica que estos habían hecho del parricidio y la antropofagia (§ 11)²²¹². De esta manera, trasladaba el dilema antiguo a las inquietudes morales que al parecer le provocaba el episodio, estableciendo un cierto equilibrio entre cultura clásica y dogma cristiano.

Por su parte, Gil aludió de manera directa a Agustín para referirse a Sagunto²²¹³, aunque repitió la misma fórmula de «alimentos prohibidos», probablemente tomándola de Rada. En lo concerniente al asedio de Numancia, tema central de su obra, ignoró la cuestión del canibalismo y el parricidio, pero también otros datos barbarizantes, como la noticia de que los numantinos salieron embriagados de *caelia* en el último intento de combate, algo en lo que Orosio se había entretenido especialmente²²¹⁴. En la misma línea, la *Estoria* de Alfonso X obvió también por completo el parricidio y el canibalismo, tanto en el caso de Sagunto como en el de Numancia, a pesar de su sistematicidad y literalidad en la reproducción de las fuentes, en estos casos, Agustín y Orosio, respectivamente²²¹⁵.

²²⁰⁸ Mt 10.21; Ef. 6.2.

²²⁰⁹ Aug. *Ciu.* 3.6, 15 y 16, *e. g.*

²²¹⁰ Rada *Rom.* 7.9-21, a partir de Oros. 4.14.1-3.

²²¹¹ Rada *Rom.* 7.11-13.

²²¹² Cic. *Parad.* 3.24 y Iuv. 5.15.114-116.

²²¹³ Gil *Hisp.* 8.2; *Num.* 1.9; en todo caso, citó Aug. *Ciu.* 3.16, en lugar de 3.20.

²²¹⁴ Oros. 5.7.13-15.

²²¹⁵ Alfonso X *EE* 20 y 49.

En definitiva, en las obras referenciales del siglo XIII —así como en las posteriores basadas en aquellas— se tendió a obviar o velar los detalles más problemáticos de aquellos episodios de sacrificio colectivo que sí en general sí trataron con cierto detalle debido a su celebridad. Esto tiene que ver con la limitación de sus fuentes, pero esto no lo explica por completo, pues la obra de Agustín, bien conocida y manejada para estos temas, había sido lo suficientemente explícita al respecto. No cabe duda de que hay una tendencia a la omisión intencionada, y que esta parece responder a un intento de no enturbiar episodios como el de Sagunto y Numancia, que estaban ya indudablemente cargados de un halo heroizante.

Para explicar esas ausencias, podría argumentarse la precariedad de fuentes y la fuerte influencia de la versión más *benigna* de Orosio, pero el desconocimiento ya no era un problema en el Renacimiento, y aun así, estas cuestiones desagradables y barbarizantes tendieron a soslayarse o suavizarse también. Por ejemplo, en el caso de Sagunto, tanto Ocampo, y tras él Beuter y Garibay, obvió el detalle, aunque curiosamente, se hizo eco de la existencia de la expresión coloquial «hambre saguntina»²²¹⁶. Ahora bien, cuando estos temas llegaron a Morales, fiel a su escrúpulo documental, la cuestión era ya insoslayable²²¹⁷. No obstante, en otras ocasiones en las que sí se mencionó, se sometió a curiosos giros que suavizaron su impacto. Es el caso de Guevara, que inventó un atenuante para el canibalismo de los numantinos al afirmar que estos habían hecho un voto a los dioses por el que solo comerían carne de romano²²¹⁸. Desconozco el origen de la noticia, pero en el ámbito literario triunfó esa solución intermedia, pues se utiliza de la misma forma en la *Numancia* de Cervantes²²¹⁹ y en la de Rojas, en este último caso especialmente dramatizado; después de decidir matar a los animales domésticos para comer, se afirma: «pero ni mozo ni anciano / a comer de ello se atreva, / si no es que primero beba / la sangre de algún romano»²²²⁰.

En una línea similar podrían considerarse otros detalles escabrosos de los pasajes sacrificiales que sabemos con seguridad que eran conocidos y fueron obviados. Por ejemplo, Morales, leyendo a Valerio Máximo, reprodujo un pasaje en el clímax del colapso de Numancia, solo mencionado por él, de la orden dada por Retógenes/Teógenes para que sus guerreros se batieran en duelo entre ellos para acabar todos en la hoguera común, terminando por él mismo²²²¹. Lo que Morales omitió es que, según aquel autor, cuando los guerreros iban cayendo sus cuerpos eran decapitados. Curiosamente,

²²¹⁶Ocampo 1543, CCXXIIv, para Beuter (1546, LXXv), comen solo «carne medio cruda».

²²¹⁷Morales 1574, 134v, e. g.

²²¹⁸Guevara 1539, XXIIv; vide Jimeno Martínez y Torre Echávarri 2005, 94.

²²¹⁹Cervantes *Num.* 3.1434-1437.

²²²⁰Rojas *Num. Dest.* 3.2003-2006.

²²²¹Morales 1574, 134v.

Cervantes reprodujo el episodio en su obra, probablemente siguiendo a Morales, de manera casi idéntica, incluida su omisión.

Otro enfoque muy distinto fue el de cronistas de Indias. Ciertamente, el descubrimiento de América y, con él, la constatación —real, exagerada y/o imaginada²²²²— de la práctica del canibalismo entre algunos pueblos nativos, alteró y reavivó intensamente las reflexiones acerca del tema. La actitud hegemónica hacia dicha práctica se situó en una línea de absoluta animadversión y legitimación imperialista; esto es, siguiendo como referente último el discurso aristotélico y, de manera más inmediata, el dogma católico contrarreformista, los intelectuales españoles como Sepúlveda tendieron a considerar esta práctica como simplemente inhumana, propia de una barbarie natural e intrínseca que justificaba, entre otras costumbres salvajes, no solo el dominio imperial, sino la simple esclavización de esos pueblos. En el otro extremo, siguiendo una línea más próxima al relativismo cultural de Thomas More, Juan Luis Vives o Erasmo de Rotterdam, autores como Michel de Montaigne, muy particularmente, entendieron el canibalismo de los nativos americanos como un ejemplo paradigmático de la diversidad de costumbres entre los pueblos y la inoperancia de aplicar una ley natural universal y exclusiva en la comprensión del ser humano²²²³. En cierto sentido, el pensamiento de Las Casas se situó en un término medio: este tipo de prácticas eran obviamente execrables, pero debían desdramatizarse y comprenderse en su debido contexto, y en absoluto podía servir para negar la humanidad de aquellos pueblos.

En esa tendencia en la defensa de los derechos de los indios, el propio suicidio de los hispanos reapareció como parte de ese catálogo de usos bárbaros que les asemejaba a los indios (§ 6.3). Así, Garcés, en su carta dirigida al papa Paulo III para ensalzar a los americanos, reprodujo como prueba de la propia ferocidad el fragmento en el que Silio describió la facilidad hispana para renunciar a la vida y la costumbre de que sus ancianos se inmolasen antes de resultar inútiles²²²⁴. Por su parte, Las Casas utilizó en varias ocasiones la cuestión del canibalismo en los asedios. El caso de Calagurris fue descrito en sus detalles más escabrosos —«¡Oh, hecho abominable!»— como parte de un listado de hechos atroces cometidos por los distintos pueblos antiguos²²²⁵. Asimismo, cuando en la Controversia de Valladolid quiso refutar a Sepúlveda a propósito de este tema, justificó la posibilidad de la antropofagia por necesidad comparando dos casos célebres: el de Numancia y el de un naufragio español ocurrido entre Yucatán y Cuba recientemente²²²⁶. Para el dominico, Calagurris o Numancia no tenían interés alguno por su dimensión

²²²² Arens 1979.

²²²³ Castañeda Salamanca 2008, 151-230.

²²²⁴ Garcés *Ep.*, a partir de Sil. Ital. 3.328-331.

²²²⁵ Casas *Apolog. Hist.* 90 (ed. de Abril Castelló 1992).

²²²⁶ Casas *Apolog.* 3.33, también cita como autoridad teológica a Aug. *Ciu.* 2.20 (*vide* Lupher 2003, 220-221). La referencia sobre el canibalismo numantino, curiosamente, la citó de Margarit, en vez de una fuente grecolatina.

heroica o martirial; a él le interesaban porque allí se había practicado el canibalismo y eso acercaba a sus pobladores al estigma indiano. Es muy significativo que, cuando Sepúlveda habló de esta cuestión como un crimen imperdonable, equiparó a los nativos americanos con los escitas y su «hambre monstruosa»²²²⁷; Las Casas, en cambio, lo hizo con los españoles, antiguos y modernos, para que la identificación entre ambos sirviese para comprender mejor la realidad del Nuevo Mundo.

11.3. Suicidio y canibalismo de Estado

Cuando la cuestión de los sacrificios hispanos fue retomada en el siglo XVIII, la historiografía no innovó particularmente respecto de la renacentista, pues, una vez agotadas las fuentes, tampoco había mucho margen posible. Ya se ha comentado cómo Ferreras y luego Masdeu reprodujeron la versión más idealizante del final de Numancia, lo que incluía afirmar la ausencia de murallas, negar la existencia de supervivientes u obviar la cuestión del canibalismo²²²⁸. En la obra de los Mohedano el tono fue también obviamente ensalzador y patriótico, pero con ciertas reticencias en lo concerniente a sus acciones más extremas; en ello parece que incidieron tanto las consideraciones religiosas como su general inclinación por el comportamiento civilizado. Así, por ejemplo, cuando trataron sobre la antropofagia en la caída de Sagunto, aludieron de nuevo a Agustín, lo que no era muy frecuente en su obra para temas propiamente historiográficos, concluyendo ponderadamente que «La ultima resolucion que tomaron es digna de admiracion, mas no de alabanza»²²²⁹. Sin negar ni olvidar las muestras tradicionales de heroísmo, primaba la inquietud reformadora y el perfeccionamiento civilizador.

En todo caso, la historiografía tenía ya unos límites muy marcados en estos temas; la literatura, en cambio, estaba más abierta a transformaciones y matices, representando de un modo mucho más vívido los nuevos condicionantes, tanto de su exaltación ideológica como de su problemática moral.

Como ya ocurría en el teatro barroco, el suicidio colectivo resultaba absolutamente climático en las obras de este periodo. En la *Numancia* de Ayala desaparece el personaje del niño suicida, rompiéndose así la tradición de Cervantes y Rojas. No obstante, el final lo protagoniza el emotivo dilema de Megara sobre el sacrificio de su hijo, llevando al colofón la disyuntiva entre patria y sentimientos personales que marca toda la obra (§ 6.6). En todo caso, el niño decide por sí mismo su fatídico final arrojándose a las llamas

²²²⁷ Sepúlveda *Dem. Alt.* (trad. de Losada García y Moreno Hernández 1997).

²²²⁸ Ferreras 1700-1727, tomo 1, 163; Masdeu y Montero 1783-1805, tomo 1, 101-105.

²²²⁹ Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791, tomo 2, parte 1, 328.

antes que su padre²²³⁰. El tratamiento de la cuestión en el *Sagunto* de Zavala es absolutamente cruento, en consonancia con su general tono escabroso y efectista, prescindiendo de todo comedimiento para explotar de la forma más explícita posible el potencial dramático del final. Así, tras recrear el asalto —rico en recursos escenográficos en la representación de la batalla, incendio y derrumbe de las murallas—, tiene lugar una secuencia dantesca con moribundos y madres apuñalando a niños o arrojándolos a las llamas para matarse después. De un modo similar al de Ayala, la obra termina con los protagonistas, Luso, Hesione y su hijo Tago, inmolándose a la vez²²³¹.



Figura 33. *La destrucción de Numancia*, de Juan Antonio Ribera, 1802 (óleo sobre lienzo, 131 x 166 cm., Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 0396)²²³².

²²³⁰ López de Ayala 1775, acto 4, esc. 14.

²²³¹ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 3, vv. 990-1063.

²²³² Fuente:

<http://ceres.mcu.es/pages/Main?id=122173&inventory=0396&table=FMUS&museum=MRABASF>
(accedido: 03/01/2013).

Al igual que en los siglos previos, estas imágenes tenían una obvia dimensión sagrada; por ejemplo, en la tragedia de Ayala: «Mi respuesta: Numancia, aunque desierto, / es nuestro Dios; su gloria, su defensa / es nuestra religión»²²³³. Hay más alusiones religiosas, incluso abiertamente crísticas, en las actitudes de los numantinos. En el momento de clímax de la desesperación, Cipión advierte que Yгурта ha envenenado las aguas, a lo que Megara responde: «Cipión, carne humana nos mantiene, / la sangre de los cuerpos beberemos»²²³⁴. La conjunción de mensajes clave, como la culpa por la desunión o la llamada a un esplendor futuro, quedaban contenidos en el símbolo recurrente de la sangre fundacional tan asociado con Numancia. Todo ello se funde en el clímax suicida de la obra de Ayala:

«Todos morid, i fecundad el suelo
con sangre, que produzca el heroismo:
sangre implacable, que irritada incendios
fomente de venganzas; sangre fértil,
que activa excite á generosos hechos
a la futura España; sangre libre
que reprehenda el torpe cautiverio
desta ciega nación, porque algún día
despierta de letargo tan funesto,
os admire, os embidie, os llore, í vengue.
Libres morid. A Dios, nobles guerreros»²²³⁵.

Es cierto que este tipo de simbolismos también se utilizaron en las versiones del XVI y XVII (§ 11.2), aunque quizá haya una diferencia de matiz en el hecho de que, en este periodo, dichas actitudes tendieron a adquirir una dimensión colectiva más marcada en comparación con la ejemplaridad personalista previa: ahora son *todos* los que beben sangre y no solo los protagonistas. Volveré sobre esa faceta colectiva a continuación; en todo caso, concretamente estas referencias eucarísticas pueden identificarse en general con el concepto de «comunidad laica», propio de la constitución de un panteón heroico plenamente nacionalista que aún estaba íntimamente intrincado en el imaginario cristiano tradicional²²³⁶.

Por otro lado, como ya se ha comentado, el acto del sacrificio prácticamente monopolizó la irrupción de estos temas en el arte del cambio al siglo XIX. La destrucción de Numancia fue el tema elegido para la Exposición Nacional de la RABASF de 1802, de hecho, de una manera muy explícita, pues el texto de Mariana incidía precisamente en los detalles de las formas de suicidio en su momento climático (Figura 18 y 28). Las

²²³³ López de Ayala 1775, vv. 1044-1046.

²²³⁴ *Ibid.*, vv. 1107-1108.

²²³⁵ *Ibid.*, vv. 1798-1808.

²²³⁶ Casquete 2007.

representaciones a las que dio lugar son de incendio, destrucción, suicidio y desesperación; de hecho, eso es lo que se pide específicamente en la convocatoria al utilizar el pasaje más cruento de la versión de Mariana²²³⁷. También ese momento álgido en la destrucción de Numancia fue el tema elegido por Madrazo para su gran obra inacabada (Figura 14). Por otra parte, sus dos representaciones de Viriato, una terminada y otra proyectada, giraban precisamente en torno a su muerte, su duelo y su funeral. En lo que respecta al primero, *La muerte de Viriato*, se ha subrayado la importancia de los dos personajes que están a los pies de la cama y se dirigen fuera de la tienda animándose mutuamente: bien podrían estar transmitiendo un mensaje patriótico sobre la necesidad de mirar al futuro y continuar la lucha tras el golpe recibido²²³⁸. Es decir, de su tetralogía sobre la resistencia hispana, tres obras tratan de alguna manera sobre esa dimensión sacrificial, acerca de la idea de la victoria moral en su destrucción física y la lucha por trascender el sometimiento; únicamente su obra sobre Megara haciendo capitular a los romanos —solo un proyecto y conocida por menciones—, representa a los hispanos en una posición victoriosa en la batalla, el resto son recreaciones de su muerte heroica y fundacional.

Volviendo sobre el teatro, merece la pena detenerse en la manera en que este reinterpretó su extremo más macabro, el canibalismo, ya que este es uno de los aspectos más originales de este periodo. En la tradición previa, Cervantes y Rojas habían mencionado de pasada que los numantinos comieron carne de los prisioneros romanos, repitiendo un tópico literario que sirvió tradicionalmente para suavizar el acto y que también estaba, por ejemplo, en las *Epístolas* de Guevara (§ 11.2). No deja de resultar paradójico que una cuestión tan escabrosa adquiriese precisamente en la era del Neoclasicismo, elevado y comedido, su lugar más fundamental y explícito.

El tratamiento del tema del canibalismo en la obra de Ayala supone una importante novedad y, probablemente, marcó una nueva tendencia que se reprodujo en el *Sagunto* de Zavala. En contra de toda la tradición anterior, el canibalismo se volvió un tema central en esta tragedia, recorriendo toda la trama y con un sentido mucho más complejo y profundo que el mero efectismo dramático. La cuestión se introduce ya en la primera escena, cuando la sacerdotisa Terma se lamenta de la situación de la ciudad:

«el fatigado aliento: el inhumano
soldado que gustó Romana sangre
la busca fiero; i sin horror, ni espanto
mata, i con el cadáver se alimenta.
todo es furor. En todas partes hallo

²²³⁷ García Cardiel 2010, 137.

²²³⁸ *Ibid.*, 138; *cfr.* Reyero 1992, 41, que incide únicamente en su intención de expresar el dolor ante la muerte.

indicios lamentables de exterminio»²²³⁹.

En este primer caso el uso del tema fue bastante simple: se reproduce el *topos* del canibalismo a costa del enemigo que había suavizado la cuestión tradicionalmente y lo hace para reforzar la idea de desesperación numantina. Megara, empeñado en mantener la esperanza, defiende la existencia de otras posibilidades —como comer cuero—, también derivadas de las fuentes. No obstante, la cuestión adquiere mayor complejidad después. Las escenas sexta y octava del segundo acto se ocuparon íntegramente con un debate acerca de quién debería morir para alimentar al resto. La discusión se traba entre el guerrero Aluro, el sacerdote Dulcidio, la sacerdotisa Terma y, más tarde, el caudillo Megara. El primero defiende que sean ellos, los jóvenes, los que se sacrifiquen para poder alimentar a sus mayores; Dulcidio argumenta lo contrario, que mueran los ancianos, y lo hace aludiendo a una tradicional ética guerrera:

«Escuchad mis razones: fue lei cierta,
como sabéis, fue uso establecido
en toda nuestra España, desde Cádiz,
del alto Calpe al Pirinéo frío.
costumbre que aun observan á este tiempo
los indomables Cántabros, amigos
de conservar las leyes de su patria,
que quando por la edad no es permitido
el uso de las armas á los viejos.
se precipiten de empinados riscos.
La vida sin la guerra era insufrible.
Siendo entre todos dogma establecido
de que solo por causa de la guerra
el vivir de los Dioses recibimos.
Esta fue lei universal de España»²²⁴⁰.

Terma discrepa con los dos, pues es contraria a toda forma de resistencia al comprender cuál es el destino final de Numancia. La controversia se zanja al llegar Megara, que como líder toma una última decisión de consenso (§ 6.6). Él es contrario a ese tipo de sacrificio, pero accede a que se establezca un sorteo, no sin antes ofrecerse él mismo por el bien de la comunidad. Más adelante, en las escenas segunda y tercera del tercer acto, Dulcidio y Aluro, que son padre e hijo, discuten ofreciendo su propio sacrificio respectivamente para alimentar al otro, aunque nunca llega a producirse esa macabra decisión.

Parece claro que, dado el espacio que se le dedica y la complejidad de la subtrama, la cuestión del canibalismo no fue algo anecdótico en Ayala. Sobre este asunto se ha hecho

²²³⁹ López de Ayala 1775, vv. 93-97.

²²⁴⁰ *Ibid.*, vv. 606-620.

una interesante interpretación en clave política. Efectivamente, lo que caracteriza al tema, particularmente en el debate del acto segundo, es el proceso de la toma de decisión, más allá del tema en sí mismo. En el resto de la obra tiene una mayor carga emotiva (la desesperación en el discurso de Terma, el dilema familiar entre Dulcidio y Aluro), para reincidir en la diatriba omnipresente entre la fidelidad a la patria y las pasiones personales (§ 6.6). Ahora bien, ese debate del acto segundo adquiere un valor añadido, una dimensión mucho más trascendental, el establecimiento de una norma, de una ley, y así es como lo formula Aluro:

«Al altivo
imperio de la muerte vá à dar leyes
nuestra patria: la hambre, el exterminio
sin distincion en todos executa;
sorteando las vidas, restringimos
su furor»²²⁴¹.

Esta explicación de Aluro es fundamental. Se establece una «ley» para restringir el «furor»: el suicidio y el canibalismo en Ayala no es un acto romántico, pasional, impulsivo, sino meditado, razonado y deliberado. Esta idea tiene mucho que ver con la orientación racionalista del autor y su ambiente. Desde la perspectiva ilustrada, la tiranía no es sino la falta de leyes; lo que caracteriza y dignifica a los numantinos, por contra, es el establecimiento de normas bien fundamentadas, aunque sea, en este caso, para el tético propósito de legislar sobre la muerte y la antropofagia. Además, esa decisión debe ser consensuada entre todos: los principales personajes exponen razones y, finalmente, es el líder, Megara, el que toma la decisión, pero esta es la que ya se había tomado de antemano y va en contra del propio criterio individual del líder. Esto ha sido interpretado como un símbolo del mensaje republicano de Ayala en esta obra: la decisión es colectiva, resultado del equilibrio y el control entre poderes y de manera abierta ante el pueblo, siendo el papel de Megara el de simple mediador²²⁴². La interpretación me parece convincente, si bien quizá la calificación de «republicana» al definir la intención de Ayala puede resultar excesiva (§ 6.6). Es cierto que «el pueblo» figura como personaje en todo el debate, aunque no interviene nunca (sí lo hará cuando se decida el suicidio total al final); quién está debatiendo, realmente, es la aristocracia numantina, los representantes del poder político-militar y religioso de la comunidad. En todo caso sí que parece haber en su Numancia una reflexión típicamente ilustrada acerca de las garantías institucionales, la monarquía al servicio de la sociedad, la necesidad esencial de la legalidad y el papel de la colectividad. Mientras que toda la carga negativa de Roma en la obra reside en su

²²⁴¹ *Ibid.*, acto 2, esc. 6.

²²⁴² Alonso-Rey 2010, 9-10.

incumplimiento sistemático de los pactos, los numantinos representan el máximo respeto por la libertad y el orden, lo que queda condensado en el concepto de «ley» (§ 9.3).

El canibalismo tiene una presencia muy similar en la obra de Zavala sobre Sagunto, lo que creo identificar como un efecto de la decisiva recepción de la obra de Ayala en la representación de estos temas en aquellas décadas. Como en la *Numancia*, el tema está presente desde el principio de la obra, desde el primer lamento por la situación de Sagunto²²⁴³. Igualmente, protagoniza después una larga negociación entre los protagonistas para acordar el sistema regulado con el que ponerlo en práctica²²⁴⁴. En este caso, en consonancia con el estilo de la comedia heroica, se opta por una opción aún más dramática y desapasionada: que mueran todos aquellos que no puedan portar armas, esto es, niños y ancianos. De nuevo, la decisión provoca dilemas personales entre el amor filial y el deber comunitario; si en el caso de Ayala este fue entre padre e hijo, en el de Zavala se desencadena cuando Hesione debe entregar para el sacrificio público a su hijo Tago²²⁴⁵:

«resistiendome á las voces
de mi maternal cariño,
siego su propia garganta,
mostrando así á quantos miro,
que mas que la misma sangre,
pudo la patria conmigo»²²⁴⁶.

Duda por un momento, pero se recompone: «No, no; la naturaleza / no ha de hacer en mí su oficio»²²⁴⁷, lo que todos definen de «heroico espíritu» y «nobleza». Por eso ella se indigna cuando Sicano le ofrece la opción de librar a su hijo de la muerte:

«Privarme
de la gloria que los siglos
darán á quantas matronas,
con singular heroismo,
de sus mismos hijos hacen
á la patria sacrificio!»²²⁴⁸.

El concepto fundamental, por tanto, es exactamente el mismo, lo que sugiere una influencia de la obra de Ayala bastante evidente en el tratamiento del tema. Coinciden, por tanto, en el concepto de orden deliberado incluso en una decisión tan atroz, y esto es usado en ambas como un escenario en el que representar el triunfo de los valores ciudadanos, colectivos, sobre las pasiones y ligazones personales. Pero también hay

²²⁴³ Zavala y Zamora 1800 (1787), acto 1, vv. 23-27.

²²⁴⁴ *Ibid.*, acto 1, vv. 281-383.

²²⁴⁵ *Ibid.*, acto 1, vv. 811-852.

²²⁴⁶ *Ibid.*, acto 1, vv. 355-360.

²²⁴⁷ *Ibid.*, acto 1, vv. 830-831.

²²⁴⁸ *Ibid.*, acto 1, vv. 780-785.

grandes divergencias en tratamiento de ambos autores. Desde un punto de vista general, Zavala hace un uso más truculento del tema, en tanto que se contempla el sacrificio de los niños para comer, algo que se sitúa muy cómodamente en su línea efectista, pero que transgrede con mucho los límites del tema en Ayala.

No obstante, la divergencia más interesante reside en su significación política. Mientras que en la *Numancia* de Ayala se presenta un complejo debate de consenso y argumentaciones en las que entran en juego nociones relativas a la razón de Estado y la tradición, en el caso de Zavala parece más bien una decisión jerárquica simplemente asumida: es Luso, el caudillo militar, el que propone el sistema de que sean los ancianos y los niños los que deben morir para alimentar a aquellos que pueden mantener la defensa. No hay ningún debate, se acepta sin más, por mucho que a menudo se califica de impiedad, de decisión bárbara, inaudita e inhumana. La única disensión es la de Sicano, pero solo la demuestra en secreto y, de nuevo, queda devaluada por el carácter absolutamente negativo y antipatriota del personaje. En este sentido, por tanto, el episodio del debate sobre el canibalismo carece de la profundidad y complejidad política que tenía en Ayala, mientras que refuerza la noción de autoridad jerárquica y la lógica militarista que marca toda la obra. Solo hay en *La destrucción de Sagunto* un elemento interesante en el plano ideológico que llama la atención; en todo momento se explicita que los individuos que corresponde sacrificar tienen que pertenecer tanto al pueblo como a la nobleza y, de hecho, Sigeo envía a un representante a convocar a los condenados de cada uno de los dos estamentos. Cuando ya están reunidos para el sacrificio, Sicano anuncia: «Ya en el atrio / de aqueste Palacio, unidos / pueblo y nobleza»²²⁴⁹. Parece haber en este planteamiento un cierto sentido pactista entre estamentos, quizá en un gesto al público popular al que iba dirigida la obra y que, obviamente, vería con buenos ojos la equidad en este sentido, identificándose más fácilmente con la causa saguntina. En todo caso, en esa distinción dicotómica de la sociedad, la absoluta renuncia a que sea el pueblo —y menos aún *los ciudadanos*— el que defina de manera unitaria la causa colectiva de Sagunto, es en sí mismo un signo arcaizante, muy propio del Antiguo Régimen y muy desmarcado del patriotismo moderno propugnado desde la vanguardia neoclasicista.

Cuando digo que la representación de este tema resulta paradójica y chocante en este periodo, la afirmación no es gratuita. En efecto, que este tipo de recursos no era usual en obras de estas características, muy especialmente en lo que atañe a una tragedia neoclásica como la de Ayala. Esto lo demuestra el rechazo que causó en su momento —y sigue causando— entre muchos críticos literarios, que han desacreditado duramente esa faceta sangrienta de *Numancia*, por considerarla fuera de lugar, innecesaria, efectista y desagradable²²⁵⁰. También ocurrió con el tema de la amputación de manos de los lutianos:

²²⁴⁹ *Ibid.*, acto 1, vv. 756-758.

²²⁵⁰ Sebold 1971, 32-33; Oostendorp 1978, 528.

en la versión final solo se menciona, pero en la original ocupaba una escena explícita que finalmente suprimió su autor por consejo de Nicolás Fernández de Moratín: «Dióle á entender Moratín lo repugnante, lo inútil y ridículo de este episodio»²²⁵¹. También Moratín arremetió contra Zavala por ese aspecto sangriento de su obra²²⁵².

Lo cierto es que el tema del suicidio colectivo seguía conllevando una cierta controversia religiosa con implicaciones legales y sabemos que esto afectó a los mismos autores en otras obras de tema histórico y con una significación patriótica muy parecida. *El sitio de Calés* de Comella se prohibió por edicto inquisitorial entre 1799 y 1801, «por que el heroísmo que se figura es opuesto a la moral cristiana y por aprobarse el suicidio»²²⁵³. En el mismo sentido, en *Cómo defienden su honor las ilustres roncalesas*, el vicario puso reparos en la frase «primero es el honor que la vida», lo que obligó al autor a modificar el texto²²⁵⁴. No tengo noticia de ningún caso parecido en los temas analizados, con lo que cabe preguntarse si la antigüedad de esos episodios comportó tradicionalmente un tratamiento excepcional en lo referente a los problemas de dogma.

Todo ello no hace sino subrayar la particularidad que supone esa nueva visión del periodo acerca de la ferocidad final de numantinos y saguntinos. Esa reinvención, de hecho, conllevó desproveer de salvajismo aquellos actos para convertirlos precisamente en lo contrario, en una expresión de la capacidad de los antiguos hispanos para dominar la naturaleza y atenerse a la legalidad y el orden social. Uno de los máximos puntales del discurso de la barbarie grecolatino se transformaba así en un nuevo alegato por la civilización. De esta manera, algo tan primario como el canibalismo por desesperación ocupaba el centro de un debate político de profundo calado, ya fuese para perfilar la soberanía de consenso y sensibilidad social (Ayala) o para representar el orden autoritario de un caudillaje militarista (Zavala). Es enormemente paradójico que el elemento más irracional y brutal de estos relatos se transformase así en un ejemplo de orden y equilibrio. Esta es quizá la expresión más simbólica de la reinvención ilustrada de la épica hispana.

²²⁵¹ Citado en Rodríguez Cuadros 1996, 33.

²²⁵² *Ibid.*, 35-37.

²²⁵³ Citado en Andioc 1987 (1976), 46, nota 21.

²²⁵⁴ Fernández Cabezón 2003, 126.

CONCLUSIONES

CONCLUSIONS

«Cada vez que nuestras tristes sociedades, en perpetua crisis de crecimiento, empiezan a dudar de sí mismas, uno las ve preguntándose si han tenido razón en interrogar al pasado o si lo han interrogado bien»

Marc Bloch, 1943, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, introducción
(trad. de Jiménez y Zaslavsky 2001).

Cuando un problema se ha planteado desde su inicio como una complicada y extensa tela de araña, compuesta de infinitud de interconexiones y divergencias contradictorias, la tarea de resaltar y aislar sus guías principales se vuelve tan difícil como necesaria. Lo cierto es que la primera contradicción que surge al emprender este estudio es que la recepción de la Hispania antigua es un problema simple y complejo al mismo tiempo; simple porque, desde la misma Antigüedad, su imagen fue sintetizada mediante un conjunto limitado de lugares comunes generalizadores y constantes; complejo porque es evidente que tras ese estereotipo hubo realidades diversas difícilmente comprensibles, y porque la propia transmisión de esos tópicos ha estado plena de ambigüedades y paradojas. No obstante, en la medida en que ese trabajo se ha planteado desde la consideración de los discursos y las identidades como algo complejo, fluido y multifacético, ese tipo de tensiones entre términos aparentemente incompatibles no representa tanto un problema como la oportunidad de comprender su verdadera complejidad (§ 0). En este sentido, buena parte de los asuntos tratados en este trabajo se han planteado, precisamente, en forma de contradicciones dialécticas, como la establecida entre el difusionismo y el autoctonismo, el imperialismo y la independencia, la civilización y la barbarie. No se trata de antinomias irresolubles, sino que en la explicación matizada de sus elementos reside precisamente la clave para entender sus vínculos.

Construir una identidad nacional

Como marco de fondo, parece claro que la intelectualidad grecolatina construyó una concepción de lo hispano generalista y uniformadora que entroncaba, en general, con la definición etnocentrista de la barbarie propia de la visión helenística de la ecúmene (§ 2.2). Así, la caracterización de sus pueblos y personajes fue articulada de acuerdo con un discurso simplificador, pero este fue también particularizado por ciertas circunstancias precisas. En este sentido, pesó mucho sobre Iberia su peculiaridad geográfica: el factor aglutinante de su peninsularidad, la sensación hostil de su orografía y, por encima de todo, su condición de extremo occidental del mundo conocido, por lo que siempre estuvo marcada por una dimensión liminal y periférica que la situaba como un espacio nebuloso y ajeno, especialmente permeable al mito y la exageración (§ 2.1).

Por otro lado, su imagen dependía de un concreto contexto histórico que la convirtió en escenario principal de conflictos cruciales: la colosal Guerra de Aníbal, las cruentas guerras de conquista y los enfrentamientos civiles en los que se dirimió el poder en Roma; fue un lugar en el que se orquestaron procesos políticos clave, sobrevivieron grandes desastres y se proyectaron influyentes luchas de facciones. Así, por ejemplo, si bien la belicosidad era algo intrínseco del *barbaricum* norteño y occidental, adquirió sus propias

connotaciones entre los hispanos, principalmente en relación con la dureza de las guerras lusitana y celtibérica y la construcción de la narrativa en torno a su justificación y la glorificación de sus protagonistas. Especialmente influyente en ese sentido fue la tradición historiográfica construida en torno a la memoria familiar de los Escipiones o el papel propagandístico de la Guerra Astur-Cántabra en la consolidación de Augusto (§ 2.3).

Esto no quiere decir que la imagen, aun cargada de estereotipos, fuese cerrada y unívoca. Hubo, para empezar, gradaciones fundamentales, lo que se hace evidente en la etnografía del periodo augusteo, la visión estraboniana que definió de una manera decisiva el prototipo de lo hispano a lo largo del tiempo. Según este modelo, una vez culminada la conquista, Hispania fue presentada como un microcosmos geocultural, como un escenario en el que ejemplificar los efectos de la romanización en todos sus estadios: desde la Turdetania *sin etnografía*, crisol de prosperidad y civilización, ecos de la mitificación antigua, hasta el Cantábrico netamente salvaje, recién incorporado al imperio, pasando por un mundo celtibérico y lusitano que ejemplificaba el tránsito intermedio entre la ferocidad y la civilización propiciado por la conquista (§ 2.5). Hispania era un repositorio de estereotipos, pero también un escenario dinámico y progresivo con el que exaltar el efecto benéfico de la romanidad.

Asimismo, además de gradaciones, en la valoración de la barbarie hispana hubo ambivalencia. Si bien sus temas y rasgos fueron transmitidos siempre como demostraciones de una radical alteridad, no siempre este extremo tuvo necesariamente una connotación negativa. El pensamiento estoico, aplicado a la etnografía hispana de manera especialmente intensa por Diodoro, probablemente partiendo de Posidonio, imprimió en la representación de la barbarie y sus actores una cualidad positiva, derivada de su carácter incorrupto frente a los excesos de la sobrecivilización. En ese sentido, el perfil de Viriato o la valoración de ciertas costumbres y cualidades como la austeridad, la inocencia y la hospitalidad, formaron parte del anverso positivo de la incivilización hispana, explotando de paso el ejemplo palmario de los malos representantes de Roma (§ 2.4).

Todo ello confluyó en el hecho de que la imagen de Hispania, si bien bebía de tópicos universales, adquirió una entidad propia, ocupando un lugar simbólico particular dentro del imaginario grecolatino. Aun en sus ambivalencias y coyunturas, se constituyó un cierto etnotipo hispano bastante delimitado en torno a ciertos temas recurrentes; del variado y amplio legado grecolatino quedó, por lo tanto, una Hispania profundamente estereotipada, barbárica por definición, pero impulsada hacia la civilización gracias a Roma; una realidad inhóspita, aunque no carente de cierta virtuosidad primitiva, un mundo belicoso, cuya imagen quedaba profundamente marcada por las cruentas guerras, poblado por unos habitantes que, en su lealtad o defección, su victoria o su derrota, eran la personificación suprema del exceso y la pasión incontenida. Esas ideas, expresadas de

manera más o menos sofisticada por la etnografía y la historiografía, quedaron fosilizadas en el imaginario grecolatino a lo largo del tiempo, condensadas como lugares comunes preconcebidos en la literatura, la retórica y la filosofía, y se proyectaron en forma de iconos reconocibles en la propaganda política de relieves y monedas (§ 2.6).

Pues bien, la principal tarea que se ha propuesto este trabajo es el análisis de cómo esa imagen particular y sus temas fueron percibidos, interpretados y reconstruidos por la intelectualidad posterior y, lo más importante, cómo se insertó en la autodefinición de lo español y su proyección histórica. El enfoque fundamental que se ha planteado es, por lo tanto, estudiar el lugar que el pasado prerromano ha ocupado en el proceso de conformación de la identidad nacional española. No es la intención de esta tesis hacer una propuesta global ni mantener una postura determinante en torno a la cuestión del origen de la identidad española, la definición del concepto de España o la pertinencia en la aplicación de la terminología propia del nacionalismo antes de la Contemporaneidad, aunque entra parcialmente en ese debate. Me atañe en tanto que, para el tema y cronología estudiados, me convencen las propuestas de aquellos que han considerado que el estudio de la identidad nacional, con sus términos y categorías, no debe circunscribirse al concepto canónico de nación liberal decimonónico, necesaria y exclusivamente dependiente del concepto de soberanía nacional (§ 1.4). En esa línea, me parece más estimulante plantear la cuestión desde una perspectiva más flexible y abierta, que entienda el fenómeno nacional como un proceso complejo de larga duración que pueda rastrearse, identificarse y analizarse evitando delimitaciones cronológicas o conceptuales artificialmente delimitadas. Desde esta premisa, adoptada en sus términos más generales, he pretendido hacer una aportación concreta a la reflexión acerca de los sustentos historiográficos de ese discurso identitario: ponderar la función que el pasado hispano más remoto cumplió en cada momento en la concepción de lo español y su idiosincrasia.

No sé si puede hablarse o no de identidad nacional en la realidad fragmentaria de la Edad Media hispánica, pero lo que sí me parece bastante claro es que no existió una voluntad de concebir y reivindicar a los pueblos prerromanos como un horizonte referencial con el que identificarse simbólicamente ni con el que establecer una ligazón genealógica nítida. Sí hubo, no obstante, ciertos fenómenos culturales muy interesantes en la recreación de esa parcela del pasado, y pueden señalarse dos puntos de inflexión fundamentales: comienzos del siglo X, en la historiografía andalusí, con la obra de Aḥmad al-Rāzī (§ 3.2), y mediados del siglo XIII, en la tradición cristiana, con las crónicas de Rodrigo Ximénez de Rada y Alfonso X el Sabio, fundamentalmente (§ 3). En esos momentos centrales del Medievo se consolidó una cierta idea de Hispania/España como unidad geohistórica que, en gran medida, dependía del referente del reino visigodo, pero que tuvo efectos fundamentales en la visión de la Antigüedad (§ 3.3). En un lado, derivaba de la propaganda centralista y hegemónica emitida desde el Califato de Córdoba; en el otro, estaba ligada a la idea del dominio peninsular como destino político del reino astur-

leonés-castellano en el discurso de la Reconquista. En ambos contextos, Hispania y sus habitantes empezaron a ser concebidos como una inconcreta realidad unitaria cuyo devenir había estado escalonado por una sucesión de gobiernos providencialmente sobrevenidos. Desde esa perspectiva totalizadora, la reconstrucción historiográfica se retrotrajo en el tiempo hasta un origen primigenio que entroncaba con la mitología bíblica y grecolatina, pero que, además, por primera vez, consideraba de manera más o menos exhaustiva la Antigüedad histórica del periodo romano. En la recreación de ese periodo, no se observa exactamente una intención de definir y delimitar étnicamente a los pueblos prerromanos, aunque sí se manejaron ciertos tópicos antiguos que sirvieron para perfilar un difuso estereotipo general. Fundamentalmente, el tema más definitorio de esa realidad intermedia, situada entre la mitología y los godos, fue el de la belicosidad y rebeldía endémica (§ 7.2). Este rasgo, coincidente en ambas tradiciones cronísticas, repercutió en la recreación de un limitado pero simbólico listado de referentes bélicos (Sagunto, Numancia, Viriato y Guerra Astur-Cántabra) que ejemplificaban esa etapa caótica. Había cierta dosis de patriotismo en el tratamiento de aquellas gestas bélicas, pero no una identidad autoctonista desarrollada en torno a la idea de la resistencia contra los invasores. Por contra, la lectura de aquel tópico y aquellos relatos se hizo en un sentido eminentemente político: la consabida desunión, agresividad, inconstancia y la tendencia a la anarquía era una constante en la Historia de Hispania que ilustraba acerca de la necesidad de un régimen fuerte que impusiese la paz, la legalidad y el orden, lo que bien podía leerse como un trasunto de los logros políticos de los Omeya, o como la proyección de las aspiraciones expansionistas de la Corona de Castilla, según el caso (§ 3.4).

En cierto sentido, la versión de la Historia antigua de Hispania formulada por Rada y Alfonso X se asentó como un auténtico canon en los siglos siguientes con pocas variaciones significativas. No obstante, en el cambio del siglo XV al XVI, en el contexto de unificación de las coronas y la articulación de un nuevo discurso identitario, se empezó a imponer la necesidad de reformular profundamente la visión de la Antigüedad, que además se enriquecía con un empleo más sistemático de las fuentes y una revalorización del pasado clásico. Humanistas como Lucio Marineo Sículo, Joan Margarit y Antonio de Nebrija inauguraban un nuevo debate al respecto: el dilema sobre si en la nueva identidad nacional debía ser preeminente el componente indígena o el romano.

Sin que haya necesidad, como he dicho, de identificar un punto de inicio concreto y determinante en el proceso de conformación de las identidades nacionales, lo cierto es que la producción intelectual de mediados del siglo XVI marcó un periodo de inflexión clave en lo que respecta a la asunción identitaria del pasado prerromano (§ 4). Coincidiendo con el ambiente político propicio de la Monarquía Hispánica de Felipe II, esa balanza entre romanismo e indigenismo se inclinó definitivamente por lo segundo. Se abrió un periodo de eclosión historiográfica protagonizado por la gran *Crónica* de Florián de Ocampo y Ambrosio de Morales y la extensamente difundida *Historia* de Juan de

Mariana, destinadas a configurar un nuevo discurso académico que habría de definir las raíces históricas de la moderna identidad nacional. En ellas se reconstruyó profundamente la Historia antigua, potenciando intensamente los mitos sobre los orígenes, pero también, y más importante, para desarrollar la idea de que las sociedades prerromanas habían constituido el verdadero germen del pueblo español, condensando en torno a ellas una nueva conciencia esencialista de tipo histórico, étnico y de destino político compartido. No por casualidad, esa reinvenición académica coincidió con la emergencia de un nuevo género teatral de proyección popular y tema patriótico en el que los temas prerromanos irrumpieron con una potente carga simbólica; la *Numancia* de Miguel de Cervantes inauguraba así un nuevo medio de difusión identitario en torno a la Antigüedad que se cultivaría ampliamente en la comedia barroca, como la de Francisco de Rojas Zorrilla. Podría decirse que ese proceso general comportó dos grandes tareas, una narrativa y otra etnográfica. Por un lado, había que elaborar un relato orgánico y coherente acerca de la presencia en la Historia de aquellos pueblos y su relación con aquellos que les habían invadido y dominado (fenicios, cartagineses, griegos y romanos), componiendo una epopeya de la resistencia en la que ya no había gestas aisladas, sino una narrativa unitaria y trabada (§ 4.2 y 4.3). En segundo lugar, había que diseñar el etnotipo de aquel español primigenio, fijar una caracterología básica que fuese rastreable en ese horizonte fundacional y entendida como una constante esencialmente intacta en el tiempo más allá de las circunstancias; en este aspecto, la etnografía grecolatina fue exhaustivamente redescubierta, adaptada y reconducida para ajustarse a una caracterización ideal de lo español con la que autodefinirse.

Lo cierto es que el modelo asentado entre mediados del siglo XVI y principios del XVII se mantuvo vigente en lo fundamental a lo largo de toda la Edad Moderna, tanto en lo que concierne a la epopeya de la resistencia, como lo referente a la definición etnográfica. No obstante, en el siglo XVIII, particularmente en su segunda mitad, ciertos estímulos culturales propiciaron revisiones profundas sobre el mismo, favorecidos por el contexto político del cambio dinástico y por el impulso intelectual de la Ilustración. La renovación que se proponía comportaba una actualización del mensaje patriótico, así como la aplicación de un nuevo marco conceptual, metodológico y estético más racionalista y riguroso. El fenómeno conllevó importantes alteraciones en ciertos aspectos clave de la Antigüedad peninsular, en tanto que surgieron preguntas clave en torno al proceso de complejización de las sociedades primitivas y los mecanismos universales de transmisión cultural, revalorizándose, por encima de todo, la noción de progreso cultural y el papel que en él jugaba el difusionismo colonial (§ 5.3). En la práctica, estas inquietudes se tradujeron en la publicación de nuevos compendios críticos, las llamadas *historias literarias*, especialmente la de los hermanos Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano y, de manera más tradicional, la de Juan Francisco Masdeu, que modificaron la estructura y enfoque político-militar hegemónico hasta el momento. En su correlato literario, el Neoclasicismo proponía un nuevo planteamiento estético, equilibrado y

medido para el teatro patriótico en forma de tragedia clasicista, como la de Ignacio López de Ayala, y concebida como herramienta didáctica desde la que inducir esos valores éticos de corte regeneracionista. Idénticas reflexiones coetáneas, pero desde lenguajes y formas bien distintas, se plasmaron en los dramas heroicos barroquizantes que, tratando los mismos temas nacionales, se dirigían con más efectividad al público popular. Por otro lado, de la simbiosis que se estableció entre esa reforma intelectual y las políticas culturales de los Borbones, emergió en el cambio al siglo XIX un nuevo medio de expresión de la epopeya nacional inédito hasta el momento: la pintura monumental, máxima expresión de la función esencial que las reales academias ejercieron en el fomento y divulgación de los mitos nacionales desde el plano institucional; el concurso de pintura de 1802 dedicado a Numancia, o la obra coetánea de José de Madrazo son ejemplos fundamentales de esa nueva vía.

Atendiendo a sus efectos concretos, la revisión historiográfica más sofisticada se empeñó especialmente en higienizar el relato de elucubraciones fantasiosas, lo que pasaba por desmitificar los orígenes y descartar el material legendario, tanto de los periodos totalmente ficticios, como de aquellos adornos que habían completado los periodos históricos para potenciar su carga simbólica (§ 5.2). No obstante, esto abría un vacío fundamental: obligaba a replantear sistemáticamente la cuestión de la colonización de Iberia, especialmente en sus estadios más antiguos. En este sentido, uno de los planteamientos más originales del periodo fue la nueva valorización del elemento fenicio, antes denostado, y considerado ahora como un factor decisivo en la civilización de las sociedades hispanas y un componente esencial en la conformación de la identidad nacional en general. En relación con esto, se desarrolló todo un aparato hipotético alrededor del papel que habría jugado el mundo celta en ese proceso arcaico, imbricándose los historiadores de aquel momento en las corrientes celtistas europeas desde una perspectiva y reivindicación identitaria española. Todo ello se incardinaba en un concepto que fue clave en la consolidación del pasado prerromano en la conformación de la identidad española: la aplicación de la idea del *ingenio nacional* como marco teórico con el que racionalizar la confluencia de elementos intrínsecos e influencias foráneas en la configuración de la caracterología esencial de lo español (§ 5.4).

Narrar una epopeya complicada

Como he adelantado, ese proceso irregular y complejo de incorporación de los pueblos prerromanos a la identidad nacional comportó dos grandes tareas: por un lado, identificar en ellos los rasgos etnográficos esenciales que fuesen extrapolables a la general caracterología nacional (*vide infra*) y, por otro, componer una narrativa sobre la resistencia de los hispanos ante los invasores que se constituyese como un hito

fundacional del devenir histórico español. En lo que concierne a este último punto, el aspecto más básico fue la propia selección de los episodios, los personajes y escenarios que iban a protagonizar ese relato y los que, por el contrario, quedaban en un plano secundario o eran directamente obviados. Desde luego, la cuestión de la transmisión textual es fundamental: las fuentes a las que se tenía acceso en cada momento, aparte de sus propios énfasis y lagunas, predeterminaron necesariamente el punto de partida. No obstante, el condicionamiento de esas limitaciones es relativo; el análisis de los mecanismos que los autores de cada periodo emplearon para filtrar y presentar esas noticias disponibles nos habla mucho de sus intencionalidades discursivas, así como de las dimensiones simbólicas de los que fueron imbuidos sus elementos.

Ciertamente, la precariedad documental fue un factor influyente en la Edad Media, pero hasta cierto punto; el hecho de que hasta muy tardíamente (la *Estoria* de Alfonso X) la etapa de conquista romana se omitiese, enlazando la mitología bíblica con el reino visigodo, no era un problema de ignorancia, sino un discurso deliberado. También meditada y significativa fue la manera en que se trataron los pocos episodios de la resistencia hispana que se manejaron cuando comenzó a tratarse esa parte del pasado: Sagunto, Numancia, Viriato y la Guerra Astur-Cántabra, se constituyeron como los hitos esenciales, y prácticamente únicos del periodo, siendo aún más sucintas en la tradición hispanoárabe. Partiendo fundamentalmente de la obra de Orosio, las informaciones fueron puntuales y escuetas, pero la lectura particular de este autor y, especialmente, la ubicación geográfica de aquellos sucesos, estuvieron cargadas de un profundo simbolismo. En la confluencia de confusión documental e intencionalidad política, esos episodios emblemáticos fueron sistemáticamente resituados en la cronística medieval, localizaciones erróneas que no fueron nada inocentes. Que Sagunto se identificase con Sigüenza o Medinaceli y Numancia con Zamora en la historiografía cristiana era una manera de prestigiar enclaves fronterizos esenciales y una expresión del hegemonismo castellano; que Viriato apareciese como señor de Toledo en la cronística andalusí era un trasunto del papel de aquella ciudad como foco de insurrecciones contra la autoridad cordobesa. Con la traslación de batallas antiguas a los focos problemáticos del presente se estaba proyectando en el pasado una geografía del poder y la frontera presente en un contexto en el que los problemas de conflictividad y fragmentación política, límites volubles y noblezas levantiscas eran particularmente acuciantes (§ 3.4).

Ese relato épico se transforma profundamente con el humanismo renacentista; los errores se van disipando y las fuentes literarias y anticuaristas se diversifican y tratan más críticamente. Sin embargo, lo más importante es que aquellas gestas salen de su aislamiento para pasar a formar parte de una narrativa única y con entidad propia, una nueva epopeya de la resistencia hispana contra el invasor que se constituye como un constructo histórico fundamental en la conformación de la identidad nacional. Para empezar en las nuevas historias modernas el relato se hace más rico, completo y

minucioso; los hechos ya famosos se perfilaron con mayor detalle y adorno literario y, además, los ejemplos se multiplicaron con acontecimientos antes ignorados o soslayados (Indíbil y Mandonio, Astapa, etc.), incluso se inventaron otros (Telongo Bachio, Bocio Capeto, etc.) para rellenar las lagunas de las fuentes (§ 4.3). Al mismo tiempo, conceptualmente, esa historia fue dotada de una estructura coherente, establecida sobre una dialéctica fácilmente reconocible entre el invasor —injusto y cruel— y el resistente —digno y honorable—. Asimismo, se explotaban al máximo, entre otros, dos grandes tópicos tomados principalmente de Floro y Orosio, que potenciaban el impacto simbólico de la epopeya: por un lado, la excepcionalidad de haber resistido doscientos años a Roma, lo que situaba a Hispania/España en un lugar privilegiado respecto del resto de naciones; por otro, la lacra de la desunión entre hispanos que propició la derrota final, y que debía servir de ejemplo al encarar las discordias presentes (§ 4.2).

Otra de las ideas más cruciales en el diseño de aquella narrativa, tanto en historiografía como en literatura, fue la combinación de la dimensión individual y colectiva de la resistencia, una doble faceta esencial en su asunción como fenómeno nacional, necesaria en su complementariedad simbólica condensando todas sus posibles implicaciones identitarias y políticas (§ 4.3). Así, por una parte, era pertinente concretizar la gesta en las acciones de ciertos héroes, siendo Viriato el máximo representante, pero también otros, como Indíbil y Mandonio, Retógenes o Megara. En una historiografía básicamente personalista e íntimamente ligada al género de los *espejos de príncipes* y la didáctica de los nobles, estas figuras cumplían la función esencial de personificar la virtud individual de la epopeya, de representar con sus decisiones el papel de buen líder político y militar, frente a los vicios de aquellos malos conquistadores, como Galba, a los que se estaban enfrentando. Por otra parte, sucesos fundamentalmente colectivos como el de Sagunto, Numancia, Astapa o la Guerra Astur-Cántabra, se presentaron como la expresión suprema del sacrificio total, del ejercicio de la voluntad unánime de un pueblo en la apuesta por la libertad hasta la muerte. Simbolizaban esa dimensión popular que estaba en el núcleo de la irrupción de lo prerromano como base histórica de la identidad nacional. Concentraban en su extremismo la idea del destino compartido, ya no como referente dinástico o político, como lo gótico o lo romano, sino como una demostración radical de los férreos lazos que habían ligado a esa comunidad imaginada a lo largo del tiempo.

Aquella epopeya bien trabada a mediados del siglo XVI sentó la base fundamental del relato que se cultivaría con posterioridad, de manera que, en el siglo XVIII, se introdujeron pocas transformaciones sobre el modelo fundamental (§ 5.5). La exaltación del progreso cultural propio del momento no resultó incompatible con la celebración de la gesta hispana que, de hecho, en armonía con ese reforzamiento del nuevo patriotismo, se reforzó con nuevos tintes aislacionistas en el teatro de tema heroico y apareció por primera vez en la pintura. Ciertamente, en las historias literarias más innovadoras el elemento bélico pasó a un segundo plano y le afectó el criticismo documental, tendente a

eliminar los elementos fantasiosos que se habían ido incorporando. Por otro lado, quizá el elemento más interesante del periodo fue la profundización de esa dialéctica entre el individuo y lo colectivo en consonancia con las nuevas inquietudes políticas. En la segunda mitad del siglo XVIII puede observarse cómo se aplica a esa cuestión dilemas que tenían que ver con la legitimación del despotismo ilustrado y el balance entre el poder personal y el bien común que eran tan candentes a nivel internacional. En este sentido se reforzó el marco teórico para justificar el papel del centralismo político como canalizador necesario del progreso y la acción colectiva, lo que, en su aplicación concreta, hemos visto reiterado en lo concerniente al desarrollo cultural y el perfeccionamiento militar (§ 6.6 y 7.4).

He esbozado ese proceso general de una manera relativamente simple, pero lo cierto es que los diferentes marcos interpretativos de cada época pueden ser considerados, en gran medida, como los esfuerzos por dar sentido a tensiones conceptuales e ideológicas que eran profundamente problemáticas. En consecuencia, los discursos resultantes no fueron sencillos ni unívocos, sino cargados de matices, ambigüedades y paradojas.

Sin duda, la contradicción más evidente y constante al hablar de esa epopeya es la que se establece entre las nociones de imperialismo y antiimperialismo, dominación y resistencia. Esa tensión estaba ya en las propias fuentes clásicas; en general, el objetivo principal de los autores grecolatinos era la justificación del dominio romano de una forma más o menos evidente, pero su propia formulación estaba llena de matices, dudas y críticas (§ 2.4). Las motivaciones de esas cautelas son múltiples. Por un lado, tuvo mucha culpa la incidencia fundamental de las corrientes filosóficas estoicas en el mundo grecorromano y muy intensamente en ciertos autores como Diodoro; desde esa perspectiva, surgía la imagen del bárbaro incorrupto y digno que había sido agredido y explotado de forma abusiva e injusta; Viriato fue probablemente la plasmación más evidente de ese estereotipo. Por otro lado, esas ambigüedades también provinieron de la reflexión puramente historiográfica y política, de la reflexión ética inherente a toda justificación de la guerra y el imperio: la misión era sublime, los medios, por lo general, legítimos, pero el peligro del abuso y la soberbia siempre había estado, enseñando el riesgo del camino erróneo. Los discursos de Polibio, Livio y Apiano fueron especialmente ricos en ese sentido y se enfocaron en ciertos personajes adversos políticamente a las facciones que representaban, como Galba y Lúculo, convertidos en ejemplos retóricos negativos. Todas estas disquisiciones no harían sino simplificarse y reforzarse en la influyente versión tardoantigua de Orosio, en la medida en la que resultaban de enorme utilidad para dibujar su visión distópica de la República romana (§ 2.7). Así, por diversos motivos, éticos, filosóficos o políticos, en la Historia de la conquista de Hispania había crueldades imperdonables, generales detestables, abusos que no se debían haber cometido, límites que no debían cruzarse.

Si la cuestión del imperialismo en Hispania ya ofrecía una multiplicidad de lecturas en las propias fuentes grecolatinas, la ambivalencia no haría sino complicarse en su recepción moderna, sobre todo a propósito de la relación que se establecía entre las realidades hispanas y Roma. Al menos desde finales del siglo IX, muy claramente desde el XIII, puede identificarse en la cronística cristiana un mensaje historiográfico imperialista relacionado con la aspiración de los reinos norteños al dominio de la Península Ibérica. Dicha pretensión se proyectaba teleológicamente hacia el pasado visigodo, pero siempre fue Roma la proveedora última de la legitimidad, conceptos y símbolos en ese aspecto, de acuerdo con la lógica de la *traslatio imperii* (§ 3.3). Es bien conocida la omnipresencia de esa referencialidad clasicista en el siglo XVI, pero que es aplicable en general al conjunto del imaginario imperialista oficial durante toda la Edad Moderna, tanto de periodo Habsburgo como del Borbón. Esto genera una contradicción estructural aparentemente difícil de resolver, pues en el mismo momento en que se consolidaba un discurso romanista cada vez más maximalista en la legitimación del Imperio español, también lo hacía una identidad nacional fundamentada en la epopeya de la resistencia contra Roma.

Considerarse heredero del dominador y el dominado al mismo tiempo conllevaba una cierta esquizofrenia de la que era consciente la intelectualidad humanista, y se esforzó por darle solución. Básicamente, se trataba de estructurar un relato que indujese a identificarse con los ancestros hispanos, pero que presentase el sometimiento romano como una fase beneficiosa. En primer lugar, había que gestionar las fuentes de una manera adecuada para ese propósito, lo que pasaba por jugar con las ambigüedades de los textos como solo los humanistas como Morales podían hacer. Primaba potenciar las autocríticas grecolatinas y los reconocimientos del mérito hispano, además de introducir desconfianzas ante sus incongruencias, vacíos y sesgos; sin embargo, era fundamental que, al final, se extrajese una explicación satisfactoria acerca del desenlace que, de alguna manera, satisficiera el orgullo patrio y permitiera una reconciliación con los invasores. En este sentido fueron cruciales conceptos como el de la desunión de los pueblos prerromanos, que cumplía una doble función retórica: por un lado, justificaba la derrota, imposible de haber permanecido unidos; por otro, condescendía con la misión romana, pues la conquista había marcado el camino para la unificación de Hispania. De esta manera, la conquista romana se presentaba como una parte esencial en la conformación de la identidad nacional, pues había sido un trance necesario para que los españoles pudiesen cumplir en el futuro la misión imperial para la que estaban predestinados (§ 4.2).

En todo caso, esa solución de compromiso era difícil de plasmar de una manera totalmente neutral; la paradoja siempre resultó problemática y el juego de equilibrios entre las ventajas y desventajas, lo legítimo y lo ilegítimo de la conquista varió según el caso. Por eso el análisis de las producciones culturales del siglo XVI en torno a la identidad prerromana ha sido especialmente controvertido y pendular en sus

interpretaciones. Efectivamente, la constatación de esa paradoja ha propiciado que se contemple la posibilidad de que la identificación con la resistencia prerromana supusiese un cuestionamiento del mito romanista y, por tanto, comportase un posicionamiento antiimperialista. El campo más fértil para esa teoría han sido los estudios literarios al analizar la recepción del sacrificio numantino en el teatro de Cervantes y Rojas, considerando que su sublimación de la causa hispana podría estar escondiendo un mensaje crítico con las políticas imperiales de su época. En la misma línea, se ha propuesto que las analogías que estableció Bartolomé de las Casas entre la etnografía de los antiguos hispanos y los nativos americanos en su defensa de los derechos indios podrían ser interpretadas como un discurso de oposición a las dinámicas colonialistas en general (§ 4.4).

En mi opinión, cualquier lectura cerrada en ese sentido dificulta una comprensión completa del problema. Ni todas las recreaciones sobre el pasado eran deliberadas maquinaciones oficialistas inducidas por el poder, ni la identificación con la resistencia prerromana conllevaba necesariamente una postura subversiva contra el sistema. Creo que el mito de la resistencia prerromana y el referente imperial romano eran compatibles como pilares de una identidad histórica compleja y multifacética, pues representaban los dos componentes, el autoctonismo y el expansionismo, que son medulares en cualquier discurso imperialista. No obstante, es cierto que su relación dejaba un amplio espacio para matices, críticas y ambigüedades, de manera que funcionaron como un pretexto particularmente propicio para desarrollar diferentes reflexiones acerca de los límites morales y éticos en el ejercicio del poder. Por otro lado, también es clave tener en cuenta los distintos niveles sociales en la proyección del discurso: mientras que la élite intelectual propugnaba una identidad nacional sofisticada, basada en la confluencia de ambos elementos antiguos, por un lado, la escenografía cortesana permanecía anclada en los iconos romanistas como expresión exterior del poder imperial y, por otro, el teatro popular sintetizaba mensajes patrióticos más reconocibles y maniqueos.

Convertir al bárbaro en héroe

Insisto en el hecho de que el proceso de construcción de la identidad nacional prerromana planteaba dos retos fundamentales: narrar una historia de resistencia coherente y definir las características étnicas de aquellos pueblos originarios, esas que se habrían mantenidos como constante a lo largo del tiempo particularizando la esencia española. Esta segunda misión planteaba un desafío especialmente complejo. Me refiero al reto de construir la caracterología hispana partiendo de los recursos de los que proveía aquella visión especular y degradante transmitida por las fuentes grecolatinas; o bien,

dicho de otra manera, convertir a aquel bárbaro feroz e incivilizado en el ancestro de los españoles y detentador de sus rasgos como pueblo.

Pues bien, si el relato histórico había planteado la disyuntiva entre imperialismo y antiimperialismo, por su parte, la descripción etnográfica comportó una difícil tensión entre los conceptos de civilización y barbarie. Es decir, que a medida que se consolidaba la identidad prerromana, se establecía un difícil equilibrio entre la valorización del proceso civilizador propio de todo discurso imperialista y colonialista y la consideración de lo autóctono, incorrupto y auténtico, propio de todo discurso de corte nacional.

Las fuentes grecolatinas habían transmitido, en general una clara visión barbarizante de la Hispania prerromana definida, además, a través de la visión augustea, de un proceso dinámico de desarrollo cultural propiciado por Roma, un modelo fuertemente asentado en el periodo imperial. Más allá de las circunstancias históricas concretas o de los tópicos más significativos de aquel discurso, es fundamental considerar la dimensión barbarizante y especular que este tuvo en la definición más cotidiana y fundamental de las sociedades prerromanas: los modos de vida, la familia, la alimentación, su forma de organizarse, etc. Ya fuese para resaltarlo en un sentido positivo (inocencia, austeridad, nobleza, etc.) o negativo (miseria, salvajismo, rareza, etc.), se trataba de presentar una alteridad radical respecto de la civilización, una realidad esencialmente extraña, ajena y arcaizante (§ 6).

Configurar con esa base una caracterización de los ancestros de la nación no podía ser una tarea simple, y una de las cuestiones más interesantes es intentar comprender los mecanismos por los que esa imagen fue reconducida y asimilada como propia. Los humanistas del siglo XVI reordenaron e interpretaron aquel material antiguo para conformar con él una reconstrucción apropiada del proceso de civilización de Iberia. Ocampo fue clave en ese proceso, al formular un modelo según el cual la nación española ordenaba sus etapas de acuerdo con las edades del hombre, de manera que se explicaban las faltas de aquella fase inicial (desunión, salvajismo, etc.) y se acoplaba la labor de Roma como un trance necesario en el progreso nacional. De esta manera, la conquista no solo se consideraba permisible históricamente, sino como imprescindible para que los españoles llegasen a ser lo que fueron. En todo caso, el equilibrio de esas dos ideas esenciales, la de civilización tutelada y esencia autóctona, friccionaron a menudo. De hecho, he entendido la cuestión con un juego entre dos dicotomías compatibles y complementarias, necesarias para dar solución a la paradoja, y que se entrelazaron a lo largo de todo el discurso historiográfico del XVI: por un lado, la establecida entre el inocente indígena frente al cruel invasor y, por otro, la perfilada entre el salvaje incivilizado y el benéfico civilizador.

Así, en primer lugar, fue recurrente la transmisión de una imagen del colonizador como opresor perverso y despiadado, lo que en esencia constituía uno de los pilares de la

epopeya de la resistencia. La historia de las progresivas invasiones se planteaba desde este punto de vista como un trauma trágicamente repetido, en el que la irrupción de los cartagineses fue presentada con particular sesgo negativo y, en la caracterización de Roma se explotó particularmente la demonización de las fuentes de ciertos personajes concretos, como Galba o Lúculo. Frente a ellos se situaba a unos hispanos inocentes y honrados que habían sido injustamente engañados, explotados y masacrados. Esta imagen primitivista, imbricada con el prototipo del buen salvaje, cumplía, en esencia, la función de caracterizar aquel horizonte histórico como el reducto de virtudes característicamente españolas (austeridad, honradez, lealtad, etc.) (§ 6.2).

La segunda dicotomía, aparentemente paradójica, pero perfectamente compatible y entrelazada con la primera, era aquella que presentaba a los colonizadores en calidad de civilizadores, superiores cultural y políticamente, ante unos hispanos en su papel de bárbaros, incivilizados y caóticos. Ciertamente, la historiografía medieval, esencialmente fáctica, no demostró una preocupación esencial por definir la etnografía de la barbarie y el proceso civilizador, si bien hubo elementos, como la religión o el desorden político, en el que se proyectó una general concepción antiprimitivista en la que Roma y las colonizaciones míticas cumplían el papel positivo del civilizador. En el Renacimiento esa idea se hizo más sofisticada, de manera que se consideraba que las potencias mediterráneas habían cumplido el papel absolutamente necesario del tutor que conduce a su pupilo a un estadio superior para que, en un futuro, le permita emanciparse y desarrollar plenamente su potencial. Esta idea, que en gran medida era un trasunto del discurso imperialista y colonialista que legitimaba la posición hegemónica de la España del momento, enalteció la labor civilizadora en Iberia como un factor imprescindible de su devenir histórico: al fundacional poblamiento mítico, y las puntuales concesiones al aporte fenopúnico y griego, le siguió por encima de todo el inflexivo y transformador influjo de los romanos que había permitido superar la infancia a los antiguos españoles. En este aspecto, ciertas noticias sobre la barbarie eran recuperadas y subrayadas precisamente como testimonio de un pasado superado y, de paso, como testimonio de aquellas lacras que esas otras *barbaries* modernas debían ser erradicadas (§ 6.3).

El siglo XVIII no hizo sino ahondar y matizar esas dos dicotomías que, en general, siguieron siendo vigentes. Ciertamente, las historias ilustradas se caracterizaron por una exaltación de la civilización como motor esencial de las sociedades. El alcance del enfoque fue limitado, pues debía conciliarse con la sublimación de la resistencia, lo que es especialmente claro en obras más tradicionales en ese sentido como la de Masdeu. Pero en todo caso el nuevo énfasis se manifestó de una manera evidente y única en la revalorización de lo fenicio como elemento fundamental en la conformación de lo español. De acuerdo con la nueva inquietud por el progreso cultural como tendencia histórica decisiva y la idea de la transmisión cultural entre naciones como estímulo de progreso, en las historias literarias se cambió el foco hacia el análisis de la cultura más

allá de los hechos, descargando de peso a los relatos y virtudes épicas. Fundamentado en el concepto del ingenio español, el discurso se recondujo hacia la idea de la predisposición natural de los españoles hacia la civilización, de manera que el progreso cultural, en detrimento de otros, como la belicosidad, se situaba en el centro de la arena en la competencia entre las naciones primigenias. De esta manera, en los trabajos más característicamente ilustrados, como el de los hermanos Mohedano, la dicotomía entre extranjero y autóctono, invasor e invadido, civilizador y civilizado, se diluyó en parte, formando una parte unitaria de la exaltación nacional como exaltación de los logros del progreso, del resultado final de esa relación (§ 6.5). En esa inclinación de la balanza en favor del civilizador y su efecto, los fenicios ocuparon el papel de precursores de la cultura en Occidente. Esto otorgaba a Iberia la prevalencia respecto del resto de naciones y, además, identificar lo fenicio como fuente principal de sus avances culturales rompía con la tónica antisemita y clasicista tradicional. Por otro lado, el mundo celta emergía con una nueva fuerza en ese proceso, al calor de los debates celtistas europeos, como base desde la que reconstruir la penetración de la civilización fenicia en Europa y como ejemplo desde el que calibrar y comparar el grado de civilización nacional, llevando al horizonte de los pueblos prerromanos la competencia cultural con Francia (§ 5.4).

En todo caso, la figura del buen salvaje, lejos de abandonarse, se reforzó en sus términos dotándose ahora de elementos particulares propios del contexto intelectual rousseauniano. La nueva visión del primitivismo hispano se redondea con conceptos racionalistas, tales como el de ley natural, o explicaciones de corte antropológico y fondo socioeconómico que otorgan una nueva profundidad a los tópicos clásicos de austeridad y sencillez (§ 6.4). Ahora bien, esto se combinó con un proceso paralelo característico del momento y que redundó en la tendencia a dignificar la resistencia hispana en términos personalistas. En consonancia con el discurso ideológico de legitimación del despotismo ilustrado, las reflexiones acerca del proceso de civilización de Iberia se centraron en argumentar el papel que en ello cumplió la centralización política. Se justificaba de esa forma que, aparte de la natural predisposición hispana y el rol fundamental de la labor colonial, el proceso político de concentración del poder fue una condición necesaria para que asentar las bases del progreso. Esto que se respaldó en ciertas elucubraciones antropológicas e históricas, se plasmó de una manera muy interesante en la literatura, donde fue trasladado ese tipo de debate ideológico acerca de la relación entre el poder personal, el bien común y la voluntad colectiva que eran tan acuciantes en el momento (§ 6.6).

En torno a esas dos dicotomías se despliega todo un aparato etnográfico de temas clave en los que se plasman esas mismas disyuntivas y ambivalencias con diferente resultado dependiendo de la cuestión y las implicaciones que cada una comportase en cada momento. De entre todos esos aspectos, probablemente el más característico, por formar parte en cierta medida del trasfondo de todos los demás, fue el de la belicosidad

endémica de aquellos pueblos. El valor y la ferocidad de los hispanos se expresó en las fuentes grecolatinas como un lugar común omnipresente y generalizado, aunque ciertamente tuvo un peso muy específico en la caracterización de las Guerras Celtibérica, Lusitana y Astur-Cántabra. Ciertamente, funcionó como un mecanismo de magnificación de la gesta militar romana y de justificación por su prolongación y dificultades. En consonancia con esa motivación discursiva, la alabanza por sus cualidades bélicas se matizaba con un sesgo negativo en tanto que, en sus manifestaciones más extremas, contenía un componente de exceso, impulsividad irracional y desorden generalizado que confería una faceta radicalmente alterizante al estereotipo (§ 7).

Esta dimensión daba la oportunidad de reflexionar en torno a la manera en que esa ferocidad debía ser canalizada, focalizada y controlada. Así, si bien la idea del valor de los antiguos españoles se mantuvo como una constante a lo largo del tiempo, sus reversos negativos también tuvieron un simbolismo muy potente. En este aspecto, resulta interesante cómo en la cronística medieval, tanto cristiana como musulmana, una idea de fondo fundamental fue que la Iberia primitiva tendía a caer en una situación de caos y discordia, una rebeldía endémica que debía ser superada mediante la imposición de un poder fuerte. De esta manera, el discurso prorromano de la pacificación hispana era reinventado desde el prisma del discurso de la unidad en torno al monarca y la conveniencia de una legalidad ordenada. Esto es muy evidente en el caso del proyecto historiográfico de Alfonso X y puede intuirse de una manera bastante razonable en la construcción de un discurso legitimador de la centralización de la dinastía omeya en al-Andalus (§ 7.2).

Por el contrario, en la construcción renacentista de la epopeya hispana, la belicosidad funcionó como el rasgo definitorio por antonomasia; los ejemplos de valor y ferocidad se acoplaban perfectamente a un discurso historiográfico esencialmente belicista (§ 7.3). Sin duda la transformación más trascendental en el tratamiento del tema en este periodo fue su reinvención esencialista como un elemento intrínseco del etnotipo hispano, formulándolo como un rasgo inherente de lo español manifestado desde sus orígenes. Con esta motivación fue argumentado a partir de sus condicionantes naturales y reforzado con sus demostraciones históricas, lo que se retroalimentó además con la literatura. Ahora bien, como rasgo hispánico, el tópico debía también generalizarse de una forma coherente al conjunto de la Península. Complicaban esa tarea los vacíos de las fuentes sobre los conflictos en ciertos periodos y sus apuntes sobre la inoperancia militar de pueblos como los turdetanos; para compensar esto, no solo se forzó la extrapolación del tópico, sino que se inventaron episodios acerca de la supuesta resistencia de los pueblos meridionales contra fenicios y cartagineses, completando así la caracterización belicista del conjunto de Hispania.

En el siglo XVIII, en la historiografía ilustrada más revisionista se amortiguó en cierta medida el tópico de la belicosidad en favor de la idea de la predisposición natural

a la cultura. En todo caso, el tratamiento del tema en la segunda mitad de la centuria se caracterizó por su reinvención en términos de «arte militar», convirtiéndolo así en una parcela más de la cultura de aquellas civilizaciones que debía ser analizado y explicado racionalmente con sus condicionantes, transformaciones y paralelismos entre diversas sociedades. En obras como la de Joaquín Marín, el ejercicio bárbaro de la guerra expuesto por las fuentes fue planteado con una perspectiva evolucionista, según la cual, sus manifestaciones estaban íntimamente interrelacionadas con otras expresiones económicas y políticas características de los estadios culturales primitivos. Visto de esta manera, se entendía que aquel furor natural debía ser domesticado y dirigido mediante instrucción y disciplina para que realmente pudiese ser útil en la consecución de la gloria de la comunidad; incluso la virtud guerrera que estaba en el fondo de las grandes gestas de la resistencia debía ser educada desde el prisma de los ilustrados (§ 7.4).

En efecto, la ferocidad tuvo siempre extremos problemáticos. Por ejemplo, en la concreción de aquel reverso negativo de la belicosidad que transmitieron las fuentes grecolatinas, el tópico del bandidismo cumplió un papel esencial; manejado como un tópico omnipresente, tanto en la etnografía como en la historiografía, sirvió tanto para definir el modo de vida como de combate, ejemplificando como ningún otro tema el carácter arcaico de aquellas sociedades. Discursivamente, tuvo un doble componente: por un lado, la aplicación de un prejuicio cultural helenístico según el cual se confrontaba a las sociedades bárbaras con la civilización de la cultura política, urbana y agraria del ideal grecolatino; por otro, se insertaba en un discurso político de legitimación de la expansión romana, justificando su labor pacificadora y degradando conceptual y jurídicamente al enemigo (§ 8).

Esa necesidad de contener la dimensión caótica de la belicosidad, íntimamente unida al tópico de la desunión, se mantuvo durante todo el periodo moderno —y por supuesto, con menos detalle, en el medieval—, pues encajaba a la perfección en unos discursos historiográficos oficialistas muy marcados por las nociones de autoridad, centralización y orden. Efectivamente, el antiguo tópico del bandidismo vino a focalizar en gran medida esas connotaciones negativas de la ferocidad bárbara: el argumento justificador de la intervención militar y la labor pacificadora en esos casos extremos fue plenamente asumida en el Renacimiento, de forma que la misión romana de su erradicación se interiorizó como trasunto de la problemática presente sobre el orden público (§ 8.2). Con el mismo sentido, pero en la línea explicativa de la Ilustración, la historiografía de finales del siglo XVIII racionalizó y dotó de una argumentación más sofisticada a esta cuestión: el valor y el fervor guerrero eran algo positivo en sí mismo, pero, tal y como demostraban los ejemplos históricos y etnográficos, dicho impulso debía ser domesticado, disciplinado e instruido para que resultase beneficioso para la sociedad. Así, se explicaba la inercia al latrocinio en clave antropológica y socioeconómica —lo que en parte exculpaba a los perpetradores del delito—, pero siempre enunciando como

moraleja las ventajas de su solución en términos de ordenación económica, social y política (§ 8.3).

Si la guerra planteaba una disyuntiva entre ferocidad y virtud marcial, probablemente ningún tema ejemplifica tan bien ese tipo de ambigüedades como el de la *perfidia* y la *fides*. Su presencia fue enormemente simbólica en el relato historiográfico antiguo, pues se insertaba en un discurso marcado indefectiblemente por la noción del comportamiento *fidelis* como deber sagrado en la guerra, lo que es especialmente claro en la obra de Livio. De esta manera, los juegos sobre la lealtad y la perfidia en torno a la idea del cumplimiento de la correspondencia debida, fue quizá la gran diatriba en el relato de las guerras hispanas, especialmente en el relato de la Segunda Guerra Púnica, con casos clave como el de Sagunto o la defección de los celtíberos. En esas disquisiciones, los hispanos igual representaban el papel de impulsivos e impredecibles bárbaros, como el de leales y honorables contrincantes o aliados, según la dirección retórica que tomase el relato acerca de la acción de Roma y sus condicionantes. Más que un tópico barbarizante, en este caso el tema se tomaba como un pretexto esencial para la reflexión acerca de la ética política (§ 9).

Obviamente, el tema tenía un enorme potencial; en el Renacimiento la virtud de la lealtad hispana fue plenamente integrada como parte del catálogo de cualidades del prototipo del guerrero hispano, concibiéndose como uno de los rasgos étnicos más propios de la idiosincrasia española en el tiempo. Con esta motivación, aparte de recrearse en la perfidia de los invasores, se subrayaron y generalizaron los testimonios sobre la fidelidad de aquellos pueblos, al tiempo que se soslayaron, suavizaron o directamente falsearon aquellas referencias en las que dicha virtud se ponía en cuestión (§ 9.2). Las recreaciones del siglo XVIII no hicieron sino ahondar en esta misma idea, en todo caso, reforzando el componente personalista del comportamiento *fidelis* de acuerdo con el general discurso en torno al papel esencial del liderazgo en el progreso nacional. En esta línea, la literatura fue especialmente ilustrativa, pues en el teatro, la idea de la lealtad se vinculó indisociablemente con la de legalidad, incorporándose en las reflexiones de los protagonistas acerca del respeto a las normas y el correcto ejercicio del poder en beneficio del bien común (§ 9.3).

Si bien la cotidianeidad y los extremos del comportamiento de los hispanos en la guerra habían funcionado como marcadores de su barbarie, por su parte, la religión ofrecía uno de los escenarios más sugestivos de esa realidad especular (§ 10). El ateísmo de los pueblos del noroeste como la forma de alterización abstracta más evidente. No obstante, se explotaron especialmente los ejemplos de ritualidad sangrienta y sacrílega por parte de los pueblos más hostiles (lusitanos, celtíberos y cántabros, especialmente), tales como el sacrificio humano, las mutilaciones simbólicas o los ritos de adivinación, constituyéndose como signos reconocibles de su salvajismo. En este sentido, la tradición etnográfica sobre la religiosidad bárbara puede entenderse como un mecanismo complementario en la

caracterización de la ferocidad hispana y, con ello, de la legitimación del proceso civilizador. Si bien es cierto que muchos de esos elementos guardaban vínculos con los cultos grecorromanos, la identificación en ellos de elementos extraños o bestiales en su ejercicio práctico o sus motivaciones los convertía en comportamientos arcaizantes e indeseables, afortunadamente erradicados.

No es de extrañar que este aspecto de la etnografía hispana constituyese un rasgo especialmente problemático desde el punto de vista de la mentalidad católica, estableciéndose una relación compleja en la que resultó fundamental el papel mediador de la doctrina agustiniana. En la historiografía alfonsina se encuentran algunas menciones muy puntuales a los cultos y ritualidad funeraria prerromana que pueden relacionarse con la visión medieval de la barbarie en general; no obstante, es a partir de Renacimiento, con la incidencia clave del contrarreformismo, cuando se acometió de una forma sistemática la explicación de esos temas, reconstruyendo una secuencia bien trabada, aunque fundamentalmente ficticia, sobre la evolución de la religiosidad precristiana (§ 10.2). Según esta, la religión prístina revelada a Noé y transmitida a sus descendientes, entre ellos Túbal, fue olvidada con el tiempo y sustituida por los cultos idolátricos que importaron las potencias foráneas. De esta manera, la etnografía grecolatina sobre los ritos hispanos, sobre todo en temas especialmente impactantes, como el sacrificio humano, cuya introducción se atribuyó a los cartagineses, fue reinterpretada en una doble dirección discursiva: por un lado, se alababa la espiritualidad propia de los hispanos originales, por otro, se reforzaba el autoctonismo atribuyendo a los invasores una faceta corruptora añadida. Igualmente trascendente es la analogía que se estableció entre la caracterización religiosa de los antiguos hispanos y los nativos americanos, y la perspectiva de Las Casas es muy significativa al respecto. Con especial insistencia en este tema, recurrió a los ejemplos del sacrificio y la adivinación para reforzar la semejanza entre los pueblos americanos e hispanos —en este caso, de hecho, situando a los primeros en un estadio superior— con el objetivo de defender la posibilidad del progreso mediante la evangelización.

Es interesante la transformación que se dio en este asunto en el siglo XVIII, pues se mantuvo la idea de la religión prístina de los hispanos y la influencia externa como corruptora, pero el proceso se sometió a una profunda reinterpretación racionalista (§ 10.3). Así, desechando el mito de la religión revelada del tubalismo, se perfiló la existencia de un sistema primitivo de creencias y ritos propio de las sociedades naturales. Este fue comparado sistemáticamente con las informaciones sobre los galos y confrontado con lo que sabía a través de la epigrafía sobre las divinidades indígenas —especialmente Endovéllico—, precisamente para negar su indigenismo. La conclusión fue que en la Iberia previa a las colonizaciones había funcionado una religiosidad especialmente sencilla y austera, de manera que se reiteraba el halo de idealización sobre

la espiritualidad primigenia de los hispanos, aunque ahora como parte de la construcción racionalista del buen salvaje.

Aquella realidad ambivalentemente idealizada y su epopeya por la independencia tenían un final. La Historia de los pueblos hispanos era, a fin de cuentas, la historia de una derrota largamente esperada, y su desenlace debía estar a la altura de la gesta que había conducido hasta ese momento. A medio camino entre la exaltación épica, el discurso de la barbarie y la cuestión religiosa, los autores grecolatinos se recrearon con insistencia en aquellos episodios que habían terminado con la autoinmolación de los hispanos al enfrentar la inevitabilidad de su sometimiento: Sagunto, Astapa, Numancia, Calagurris y la Guerra Astur-Cántabra fueron ejemplos célebres de esa solución definitiva (§ 11). Su recurrencia redundó en la idea de que realmente existía entre los hispanos una tendencia étnica y cultural al suicidio colectivo ante situaciones extremas que estaba relacionada con su esencia belicosa y su férreo vínculo con la independencia. En ese sentido, el relato de esos sucesos no solo sirvió como recurso literario para potenciar el dramatismo narrativo, sino que además funcionó como tópico con el que subrayar la ferocidad de los indígenas. Esto conllevó una cierta ambigüedad en su valoración: por un lado, eran muestras de valor, dignidad y exaltación de la *libertas*, lo que fue especialmente explotado desde la retórica y la filosofía de corte estoico; por otro, eran manifestaciones de la bestialidad e irracionalidad puramente barbárica, faceta degradante que se potenció incidiendo en los detalles más escabrosos, como el recurso al canibalismo, las mutilaciones o el parricidio, especialmente cuando a menudo eran las mujeres las instigadoras y perpetradoras de tales acciones.

A priori, la recepción de este tema conllevaba un problema fundamental, pues suponía enfrentar su fricción con el dogma cristiano contra el suicidio, especialmente en el ambiente contrarreformista (§ 11.2). Su adaptación moral, facilitada por la mediación agustiana, por tratarse de una realidad precristiana, y su acoplamiento humanista al ideal latino *pro patria mori*, allanaron el camino para convertirlo en la verdadera sublimación simbólica de la epopeya hispana. El acto de la autodestrucción colectiva de episodios como el de Sagunto y Numancia, particularmente, se imbricó en el imaginario martirial cristiano fortaleciendo espiritualmente el aura heroica de la resistencia y convirtiéndose en un hito climático y fundacional. Este tipo de asociaciones puede observarse en la historiografía, pero sin duda alcanzó en el teatro su expresión más ensalzadora, trágica y grandilocuente. En todo caso, el detallismo truculento de las fuentes resultaba incómodo: en los siglos XVI y XVII, los pormenores de su ejecución, sobre todo el canibalismo y el parricidio, o bien fueron omitidos, o bien adaptados con el objetivo de que no enturbiasen su dimensión heroica. Resulta interesante el influjo que tuvo la visión ilustrada en el teatro de finales del siglo XVIII en lo concerniente a estos temas problemáticos que, lejos de evitarse, adoptaron en cambio un nuevo protagonismo como motivo de debate entre la

élite y el pueblo numantino o saguntino: incluso la faceta más feroz del sacrificio se convertía en pretexto de reflexión política acerca del gobierno y la legalidad (§ 11.3).

En efecto, con todos sus matices, aquel lugar común, entendido como el clímax del valor hispano, no hizo sino alimentarse en las historias y obras literarias de tema nacional a lo largo de toda la Edad Moderna. De hecho, a finales del siglo XVIII, irrumpió también como tema central en un nuevo medio de difusión ideológica e identitaria: la pintura de gran formato, de tema histórico y vocación patriótica, que fue promovida por las instituciones como parte de su proyecto nacionalizador. No por casualidad, la destrucción de Numancia fue el tema propuesto por la RABASF para el concurso de pintura de 1802, y el elegido por José de Madrazo para la gran obra de su vida.

Aquellos sacrificios apocalípticos señalaban un punto de inflexión definitivo. Según la visión grecolatina, esa dramática derrota marcada por trágicos y sangrientos desastres ponía fin a aquel mundo bárbarico que iniciaba el camino de la civilización bajo el dominio romano. Según la visión española que se identificaba con los sometidos, culminaba un acto fundacional que daba paso a un proceso de aprendizaje tras el que el espíritu de los hispanos resurgiría con una fuerza nueva. Con aquel final comenzaban nuevas vidas para aquella realidad imaginada, comenzaba a tejerse la tela de araña.

CONCLUSIONS

When a theme has been described as a spider web, it seems particularly difficult — but necessary— to highlight its main guidelines. The reception of Spanish antiquity is about simplifying stereotypes, but also the history of a complex process of transmission. This study has been tackled from the assumption that discourses and identities are fluid, and multiple. From this perspective, the paradoxes are not so much a problem but an opportunity for a deeper understanding (§ 1). Most of the questions in this thesis has been presented as apparent contradictions: diffusionism and autoctonism, imperialism and independence, civilization, and barbarism. The explanation of these dichotomies is the key for understanding the connections of the web.

Constructing national identity

Graeco-Latin authors transmitted a simplistic and ethnocentric image of Spain (§ 2.2). Its geography, its irregular relief, and its location in the west end of the world made it a liminal land of myths and exaggerations (§ 2.1). This vision also depends on the war context, as the scenery of important conflicts for Rome: Hannibalic War, the conquest campaigns, and Civil Wars. The degradation of the enemies and the glorification of the conquerors contributed to the idea of Spanish barbarity and bellicosity. This is the case of the Scipionic propaganda and the political use of Cantabrian War by Augustus (§ 2.3).

However, this image was not univocal. Strabo established an ethnographical gradation of the Iberian peoples according to their level of civilization. The civilized Turdetanians, the pacified Celtiberians and the savage Cantabrians exemplified the progressive effect of Roman influence (§ 2.5). In addition, philosophical reflections introduced nuances and contradictions in the barbarian prototype. Stoic thinkers —from Posidonius to Diodorus— found positive virtues in Spanish savagery as the counterpoint for the overcivilization excesses. Iberia was stereotyped as a peripheric and hostile land, but their inhabitants maintained some good primitive values, as austerity and honour (§ 2.4). Both perspectives, negative and positive, generated certain commonplaces for posterity. While historians and geographers elaborated sophisticated discourses around these ideas, literature, iconography, and rhetoric simplified and consolidated them for posterity. As a result, Iberia occupied a specific place in the Graeco-Roman imagination (§ 2.6).

The main aim of this work is to study of the medieval and early modern reception of these topics about the pre-Roman past. Particularly, it analyses the role they have played in the construction of Spanish identity. In this sense, I use the concepts of nation and nationalism in a wide and flexible way. Instead of limiting the notion to the late modern era and the liberal ideology, I understand the national phenomenon as a *longue durée* process (§ 1.4).

Concerning to the medieval era, there was not a clear identification with pre-Roman peoples as direct ancestors or symbolic model. Nevertheless, some interesting tendencies may be observed respect to the perception of that part of the past. We highlight two turning points: the beginning of 10th century in the Muslim historiography with the work of Aḥmad al-Rāzī (§ 3.2) and the middle of 13th in the Christian chronicles with Rodrigo Ximénez de Rada and Alfonso X of Castile (§ 3.1). Then, it was developed new conceptions of Iberian Peninsula as geohistorical entity (§ 3.3). For the first time, the political agendas were clearly linked with the ancient reality of Spain, both mythical and historical. The most important feature attributed to this period was the bellicosity and anarchy (§ 7.2) exemplified in a few episodes of the conquest. There was no intention to establish a genealogy with these peoples, but a reflection about legality, centralism and pacification related with the political projects of the Caliphate of Córdoba and the Crown of Castile (§ 3.4).

In the turn of the 16th century the entire reconstruction of Spanish history changed conditioned by the union of crowns and the humanist methodology (§ 4.1). Joan Margarit, Lucius Marineus Siculus and Antonio de Nebrija introduced a new debate about the role of classical and indigenous elements in the construction of national past. The rule of Felipe II was a turning point in that process. The chronicles of Florián de Ocampo, Ambrosio de Morales and Juan de Mariana defined the modern canon of the national ethno-historical identity. They created myths about the first civilization and assumed the notion of pre-Roman peoples as the ancestors of modern Spaniards. On the one hand, they constructed a complete and coherent narrative of resistance against the invaders. On the other, they reinvented ancient ethnography for creating an essentialist characterology of Spanish people (§ 4.2 y 4.3). While historians developed this intellectual model, literature spread it throughout society. Baroque theatre and popular poetry reproduced the heroic stories in a more simplistic and effective way. The plays of Miguel de Cervantes and Francisco de Rojas Zorrilla about the siege of Numantia are good examples of that genre.

That was an enduring model, but there were some factors of transformation in the 18th century: Bourbons implemented centralising politics and the Enlightenment introduced intellectual perspective. Academic institutions were founded, and cultural projects developed to promote a nationalising and unifying discourse about the past. Royal academies propitiated the first archaeological interventions and developed new ways of social dissemination through art. However, rationalism imposed a critical attitude

against the myths and new concerns about the historical progress of primitive humanity. The fabulous accounts were systematically dismantled (§ 5.2) while historical colonizers, as Phoenicians, were revalorized (§ 5.3). As a result, the histories of the late 18th century of Rodríguez Mohedano and Juan Francisco Masdeu maintained the idealizing vision of the remote past but in a more nuanced, sceptical, and balanced form (§ 5.4).

Telling a complicated epic

The composition of the epic of resistance involved a selection process of sceneries, episodes, and characters. The lack of sources was a key question in the Middle Ages, so that a few famous milestones filled the narrative in this period: Saguntum, Numantia, Viriathus and Cantabrian War. Nevertheless, their reception was full of symbolism. From a geographic point of view, all these episodes were wrongly located: Saguntum in Medinaceli and Sigüenza, Numantia in Zamora or Viriathus in Toledo. This way, the ancient feats reproduced the present geography of power, borders, and conflicts during the Christian Reconquest. Ideologically, chroniclers projected in Antiquity the problems of political order and legal instability suffered by their kingdoms (§ 3.4).

Modern historians completed this epic history in the Renaissance. The most important change is that these isolated episodes were integrated in a unique and comprehensive narrative. Secondary heroes and battles —some of them fictitious— enriched the examples of resistance against the conquerors and made it a generalized independence war (§ 4.3). Some ideological questions were particularly highlighted: the corrupting influence of the foreigners, the convenience of the unity against the enemy, and the exceptional hardness of the Spain conquest in comparison with the rest of Roman empire (§ 4.2). It was essential to combine the personalistic and collective faces of this epic. On the one side, individual heroes as Viriathus, Retogenes, Indibil and Mandonius represented the ideal virtues of the good leader in contrast to demonized figures as Lucullus or Galba. On the other side, the episodes of mass sacrifice in Saguntum, Numantia or Astapa represented the collective implication, emphasising the national sentiment that these examples were promoting (§ 4.2). It is interesting how the enlightened received this double dimension in the context of legitimation of Despotism. Some key questions as political centralization, balance of power, natural law, and respect for legality centred the academic and literary discourses in the late 18th century (§ 6.6 and 7.4).

However, the construction of this narrative involved some structural problems. Probably, the dichotomy between imperialism and anti-imperialism was the most important contradiction. Stoicism defined philosophical nuances and reflections against over-civilization in the Graeco-Latin authors, as Diodorus Siculus. In historiography,

ethical considerations and factional conflicts brought about negative views of some imperialist actions —there are good examples in Polybius, Livy, and Appian (§ 2.4). Modern ideologies deepened these ambiguities. From the Middle Ages, historians contribute to legitimize the royal power in base on the Roman legacy, according to the *traslatio imperii* discourse (§ 3.3).

The imperial rise in the 16th century brought this identification to a new level, emerging a fundamental paradox: while Romans were the model of imperial and colonial power, the pre-Roman peoples were increasingly celebrated as the actual ancestors. That supposed to identified themselves with the conqueror and the conquered at the same time. This schizophrenic discourse started with the reading of ancient sources. Their imperialist message had to be adapted to combine the legitim opposition of the Spaniards and the necessary and positive effects of the defeat (civilization, unification, etc.) (§ 4.2). The balance between both elements was always challenging and contradictory. Because that, many have interpreted the pre-Roman identity as potentially subversive. For instance, some have believed to identify anti-imperialist discourses in Cervantes' Numantia and the analogy that Bartolomé de las Casas did between ancient Spaniards and native Americans. Really, both identifications were compatible, if the combination of ethnic particularity and providential expansion were essential pillars of this kind of imperialist discourse (§ 4.4).

Turning barbarian to hero

One of the key challenges in appropriating the pre-Roman identity was to manage the negative descriptions transmitted by classical authors. Their barbarising stereotype had to be adapted for defining the essentialist characterology of Spaniards along the time. The question involved a delicate balance between the concepts of civilization and primitivism. Graeco-Latin intellectuals construct a deeply alterizing image of Iberia, both in negative (poverty, savagery, violence, etc.) and positive way (austerity, innocence, honour, etc.). Probably the most striking topics in this sense were their strange and archaic everyday costumes (§ 6.1).

Modern humanist dealt with this ethnographic material for reconstructing their own process of civilization. Ocampo found a solution elaborating a model based on the analogy of man ages. Indigenous Spaniards were in the childhood of the nation, so their failures were explained, and the foreign domination justified as a learning stage. From this start point, historians developed two main dichotomies to establish some limits: on the one hand, invaders maintained a negative face as greedy and cruel exploiters of innocent natives (§ 6.2); on the other, they played a positive role as civilizers of those

backward societies prompting the future progress (§ 6.3). National proud and colonialist mentality converged for constructing a coherent view of the remote past.

In the 18th century, historians maintained these dichotomies and made it more sophisticated. The enlighten scholars did not remove the stereotype of the noble savage from their model. Traditional virtues of austerity and solidarity were supported with socioeconomical analysis and the Rousseauian concept of natural law (§ 6.4). In any case, the exaltation of civilization was their main motivation. In this sense, they reinvented the humanist model with new key notions: cultural transmigration, that explained the diffusionism, and the national spirit, advocating the natural predisposition of Spaniard towards the learning (§ 6.5). They shifted the balance in favour of the role of civilizers and the Phoenicians were the most valorised. Mohedano and Masdeu developed an entire theory about the prominence of the Semite influence in the conformation of Western civilizations. This notion put Spaniards in a privilege position because their early contact with that people. Collaterally, scholars reworked the European theories about the spreading of Celts to reinforce the role of Phoenician impact (§ 5.4).

Such structural dichotomies may be exemplified with specific ethnographical themes. Among them, bellicosity has always been omnipresent. Graeco-Latin authors insisted particularly in the idea of extreme ferocity and courage when they wrote about Hispanic warriors. That contributed to glorify the Roman achievement and otherized those peoples according to the stereotype of Western barbarian (§ 7.1). This latter face had important uses in medieval perception, both Christian and Muslim. The chroniclers draw a chaotic reality in that period in order to reinforce the discourse of centralisation, legality and order as the only solutions against disorder and misery (§ 7.2). On the contrary, when humanist constructed the essential characterisation of Spaniards, the warrior values occupied a privilege place. They highlight the stereotype as immutable and generalised, connecting it with modern warmongering patriotism (§ 7.3). Enlighten approaches cushioned the idea in some extent. Authors as Joaquín Marín reinvented the question in terms of art of war: among the rest of cultural skills, it had to be studied from a rationalist and evolutionist point of view (§ 7.4).

One of the main problems related with bellicosity was the practice of banditry. That was a central commonplace in the classical discourse about Iberian savagery and legitimization of Roman domination (§ 8.1). The question presented a dilemma in the modern identification with ancient Spaniards. In this aspect, historians tended to identify themselves with the conquerors mission of pacification. It was used as a perfect example of the disadvantages of primitivism and the convenience of a strong power (§ 8.2). The intellectuals of 18th century nuanced the explanation: latrocinium might be interpreted as socioeconomical problem and was reversible with an effective stewardship (§ 8.3).

The dichotomy between perfidy and loyalty opened another space for ambiguities. The presences of the question were largely symbolic in Antiquity. A great part of Latin historiographical narratives, as Livy's, revolved around the *fidelis* behaviour. Ethical discourses about the just war centred the examples of Hispanic wars in different ways: barbarians were frequently unpredictable and traitorous, but also extremely loyal towards their leaders; Romans were the paradigm of fidelity, but also committed serious failures, as in Saguntum (§ 9.1). The topic had a great potential in modern imagination. The notion of military loyalty was integrated in the ancient warrior prototype and the Roman betrayals highlighted to support the demonization of invaders (§ 9.2). Neoclassical representations discussed in depth this kind of dilemmas. Fidelity topic was a good pretext for reflecting about the respect for legality and common wealth (§ 9.3).

Taking apart the war ideology, religion was a very suggestive scenery for representing barbarity. The atheism of Gallaecians was the most obvious abstraction of their religious alterity. On the other hand, the practice of bloody rites of sacrifice, mutilation, and divination exemplified the archaic behaviour of the most hostile peoples (Lusitanians, Cantabrians, and Celtiberians) (§ 10.1). This field was particularly delicate in the catholic context of Counter-Reformation. Historians took as starting point the idea that primitive Spaniards had a general knowledge of God provided by Noah successors. The invaders, specially Carthaginians, were the responsible of introducing idolatry and sacrilegious practices (§ 10.2). The general model was maintained in the 18th century but rationalised. Enlighteners insisted in the ideal pristine religiosity of Spaniards but discarding biblical myths and developing a theoretical frame about natural spirituality (§ 10.3).

The end of this epic narrative was the ultimate sign of otherization and mythification of Iberia. Ancient literature was especially creative and detailed in describing the episodes of mass suicide before the inevitable defeats. Saguntum, Numantia, Astapa, Calagurris or Cantabrian War were striking examples of that extreme outcome. The valorisation was ambiguous: they showed dignity and *libertas* in these decisions, but also irrationality and brutality in some of its actions (cannibalism, parricide, etc.) (§ 11.1). The suicide was considered as a grave sin according Christian dogma. Despite of that, the theme was reworked in relation to the *pro patria mori* ideal and martyrrial imagination. In this sense, it became in the culminating and providential act of Spanish ancient heroism, what found echoes in historiography, theatre, and art (§ 11.2 y 11.3). That end represented the beginning of new myth lives; the spider web started to be woven.

EPÍLOGO

SIN HÉROES, SIN BÁRBAROS

«Pobre del país que necesita héroes»

Bertolt Brecht, 1938-1939, *Vida de Galileo*, 13

(trad. de Sáenz 2000).

Tras largas páginas sobre la recepción de temas antiguos en el Medievo y la Edad Moderna, me parece legítimo preguntarse por la pertinencia que todo ello puede tener hoy. De la vigencia ulterior de los tópicos que he tratado puede dar alguna pista ese *elefante en la habitación* que mencionaba en la introducción, el nacionalismo de los siglos XIX y XX que se ha soslayado en este trabajo y que tan absorbente resulta cuando se habla de identidad e ideología. Insisto en que las páginas previas no pretenden en absoluto constituir un estudio de los *antecedentes* de ese fenómeno contemporáneo, pero eso no excluye el hecho de que sus temas resuenen inevitablemente en esos otros discursos más cercanos y conocidos.

Efectivamente, mirando de reojo hacia esas otras realidades pueden vislumbrarse nuevas vidas para el héroe prerromano. Las insólitas costumbres del bárbaro siguieron suscitando un eterno choque paradójico entre la esperada civilización y el idealizado primitivismo, tal y como ocurrió, por ejemplo, en el pensamiento regeneracionista de la crisis de 1898²²⁵⁵; desde luego, la idiosincrasia guerrera de los hispanos continuó elevando aquella realidad histórica al altar de la epopeya patriótica, convirtiéndose la narración de la resistencia en un dogma del nacionalismo contemporáneo²²⁵⁶; en el proceso, aquellos bandidos, estigmatizados en los discursos imperiales antiguos y modernos, transmutaron en heroicos guerrilleros desde el prisma liberal, asimilándose con el mito de la revuelta popular y entroncando con otro constructo mitificado, la Guerra de Independencia²²⁵⁷; por su parte, la consabida lealtad hispana alcanzó nuevos niveles de particularización esencialista, llegando a su culmen en la historiografía generada en el ambiente fascista del siglo XX²²⁵⁸; mientras, aquella religión prístina alabada por los ilustrados renació con fuerza en la imaginación romántica, con particulares implicaciones en su exploración masónica²²⁵⁹; las visiones de destrucción sacrificial volvieron a alimentar el fervor del pueblo que había de morir, entre otras ocasiones, en la Guerra Civil²²⁶⁰. Avanzando el tiempo, la tela de araña no hace sino crecer y complicarse. Aun así, el horizonte de lo que se está hablando puede parecer lejano y ajeno ¿funciona el héroe prerromano más allá de las ideologías decimonónicas, la Guerra Civil o el franquismo?

En realidad, podemos acercarnos más. Mencione ya esa tendencia de la investigación historiográfica a la autocomplacencia en lo que respecta a la superación de ciertos condicionantes ideológicos, lo que conlleva reproducir ciertos vicios presentistas

²²⁵⁵ Aguilera Durán 2011; 2014.

²²⁵⁶ Wulff Alonso 2007; López Serrano 2013.

²²⁵⁷ Esdaile 2006; Aguilera Durán 2015.

²²⁵⁸ Dopico Caínzos 1994; Greenland 2006.

²²⁵⁹ Renero Arribas 2011; Aguilera Durán 2017.

²²⁶⁰ Bernat Vistarini 2001; Pina Polo 2014.

y objetivistas a la hora de analizar y juzgar lo que otros escribieron antes sobre el pasado²²⁶¹. Una de sus consecuencias fundamentales ha sido obviar o minusvalorar el papel que el primordialismo sigue jugando en las concepciones históricas. La actual exacerbación identitaria en zonas de frontera inestable, como Tailandia, India, el mundo islámico o Europa del Este, y sus consecuencias sobre el patrimonio y el discurso histórico revelan una realidad muy distinta²²⁶². Pero aún podemos seguir acercándonos: en realidad, el esencialismo etnocultural sigue cimentando la estructura de los estados-nación occidentales, define las políticas patrimoniales, los currículos educativos y las inercias institucionales²²⁶³. Ciertamente, tras las grandes perturbaciones del siglo XX los discursos en ese sentido son más tamizados y sutiles, alojados en la cotidianeidad y la frivolidad de la cultura de masas: el llamado «nacionalismo banal», superficial en las formas, cumple en el fondo la misma función cohesiva, tranquilizadora y legitimadora que las identidades primordiales tradicionales²²⁶⁴.

En realidad, quizá no es necesario recurrir a sutilezas analíticas de ese tipo para hablar de España en la actualidad, pues aquí el debate identitario en los últimos tiempos ha adquirido una densidad evidente. ¿Ataño esto al discurso sobre la Antigüedad remota? Lo cierto es que gran parte de las fricciones entre centralismo, regionalismo e independentismo está dirimiéndose, precisamente, en la arena del debate histórico, y en torno a los mismos conceptos de origen, nación e imperio en los que tanto he insistido²²⁶⁵. Es bien sabido que, en general, el sistema de las autonomías ha generado un caldo de cultivo propicio para el desarrollo de tendencias educativas, académicas y patrimoniales concebidas para el reforzamiento de los particularismos histórico-culturales en consonancia con determinadas agendas políticas y económicas²²⁶⁶. Los sentimientos esencialistas fraguados en dicho contexto no han hecho sino retroalimentarse en el choque entre centralismo y soberanismo, creciendo además en el intercambio entre discurso institucional y cultura popular.

En esa espiral, aquellos primeros héroes siguen actuando de múltiples formas: la proyección social de sus iconos arqueológicos —como el lábaro cántabro o la Dama de Elche— se imbrican en la propaganda política²²⁶⁷, la literatura recupera el mito tartésico en Andalucía y el astur-cántabro en el norte²²⁶⁸, el Viriato español vuelve a dar una lección

²²⁶¹ Hamilakis 1996; Fleming 2006; Moro Abadía 2012; Aguilera Durán y Viaña Gutiérrez 2016.

²²⁶² Winter 2015; Jiménez Cid 2017; Isakhan y González Zarandona 2018; Diachenko 2016, respectivamente.

²²⁶³ Högberg 2016.

²²⁶⁴ Billig 2014 [1995]; Skey y Antonsich 2017 y, en el caso español, Taibo Arias 2014.

²²⁶⁵ Álvarez Junco 2016; Martínez 2017; Wulff Alonso 2017, *e. g.*

²²⁶⁶ González Morales 1992; Núñez Seixas 2005 y, con ejemplos particulares, el número monográfico de *ArqueoWeb* 17 (2016).

²²⁶⁷ Marín Suárez et al. 2012; Vizcaíno Estevan 2014; 2016; García Sánchez 2016.

²²⁶⁸ Igúacel de la Cruz 2008 y Bécares Rodríguez 2017, *e. g.*

moral en televisión²²⁶⁹, los reconstruccionistas nortños pugnan por defender su esencia frente a la figura de Augusto²²⁷⁰, los celtíberos resurgen como emblema neonazi²²⁷¹ y Numancia recibe una parada militar en 2017 por ser «alma y origen de España»²²⁷². Son ejemplos heterogéneos, pero, precisamente por su variedad, son ilustrativos de la vigencia y la adaptabilidad de cierto tipo de discurso; no solo siguen siendo héroes, sino que siguen siendo *nuestros* héroes.

Por otro lado, entrelazados con el heroísmo residen los bárbaros: he mencionado al bárbaro hispano inventado por griegos y romanos, el bárbaro *africano* para el cristiano, el nortño para el andalusí, el americano para los europeos, el bárbaro del pasado que debía ser superado, para todos ellos. Aceptando que sigue habiendo héroes, cuidémonos de imaginar una realidad sin bárbaros. Puede aducirse que la dialéctica de la alteridad es una constante, mutable pero inherente a nuestro ADN cultural, como una categoría de fundamental proyección histórica²²⁷³. Siendo más pragmáticos e inmediatos, también podría argumentarse que el bárbaro, en su dimensión nacional, será necesario mientras la realidad política se articule de acuerdo con el propio principio de estado-nación y dicha nación se defina mediante fundamentos etnohistóricos. Puede identificarse sin dificultad la aplicación de lógicas esencialistas en la construcción de la memoria colectiva: está en los museos, las aulas y las conmemoraciones. Así, aunque a veces de forma sofisticada, permanece vigente el principio de clasificación de los grupos sociales de acuerdo con su genealogía cultural; esa manera de definir el *nosotros* nunca es inocua, pues al mismo tiempo establece los límites para la construcción de un *otros*.

Esto es aplicable a todos los niveles. A escala global, la conceptualización postcolonial y multiculturalista de lo nativo y su pasado resulta estar fuertemente viciada por inercias neocoloniales²²⁷⁴. Lo es, desde luego, la tendencia al paternalismo intelectual desde Occidente y la asunción de su papel como garante del patrimonio universal²²⁷⁵. Más sutil, pero igualmente tramposa, es la tendencia a constreñir las reivindicaciones indigenistas bajo un estereotipo folclórico y conservador; el prototipo del buen salvaje de la *New Age* puede ser idealizante y bienintencionado, pero también paralizante en tanto que el proyecto de futuro de esas realidades se hace depender de la perpetuación de una identidad pretendidamente ancestral e inmutable²²⁷⁶. Reduciendo el foco, cabe considerar cómo la Unión Europea se ha fundamentado su razón de ser en un discurso histórico-cultural destinado a compensar sus disfunciones estructurales a base de rasgos

²²⁶⁹ Manzanera 2010; Cueto Asín y George Jr. 2013.

²²⁷⁰ Alonso González y González Álvarez 2013; Jiménez 2014.

²²⁷¹ Ortega Ortega 1999.

²²⁷² Son palabras del discurso pronunciado por Amalio de Marichalar, reproducidas en Anónimo 2017.

²²⁷³ Alonso del Real 1972; Fernández Buey 1995b; Hartog 2005; Droit 2009; Todorov 2014 [2008].

²²⁷⁴ Žižek 1998.

²²⁷⁵ Young y Brunk 2009; Fiskesjö 2010.

²²⁷⁶ Ramos 1994; Kuper 2003; McGhee 2008; Gnecco 2012; Ruibal González 2014.

identificativos propios del occidentalismo tradicional (sofisticación, democracia, cristianismo, etc.)²²⁷⁷; quizá lo más importante de esa autopercepción sea precisamente su dimensión excluyente, la definición especular de lo no-europeo que sirve para naturalizar fronteras y políticas²²⁷⁸. Ese tipo de discurso primordialista que autodefine también delimita según el mismo criterio al extranjero y al migrante, determina lo que es ajeno más allá de las fronteras, legitima razones para mantener fuera al que está en las puertas y predispone modos de aislar al que está ya dentro.

¿Dónde quedan los pueblos prerromanos y su recepción medieval y moderna? Tan lejos o tan cerca como se quiera. Este estudio no se ha ocupado de esos otros fenómenos más cercanos, pero trata también sobre todos ellos. Su sentido y su intención es contribuir a poner en evidencia la manera en que se confeccionan los discursos históricos, a concebir las identidades como algo cultural y artificial, pero, ante todo, mutable, que se puede y se debe cambiar. En ese punto cabe una última reflexión acerca del lugar que este trabajo pretende ocupar en la realidad. Obviamente, me parece legítima y necesaria la reivindicación de las disciplinas humanísticas que se ha intensificado en las últimas décadas ante la dinámica del utilitarismo y la tecnocracia²²⁷⁹. Ahora bien, también creo que dicho posicionamiento comporta el riesgo de caer en un tentador ensimismamiento nostálgico; no debe olvidarse que la reivindicación de los estudios clásicos, recurrente desde el siglo XIX, a menudo ha estado muy ligada al pensamiento reaccionario, la sensación de pérdida de valores tradicionales y el temor hacia las grandes transformaciones²²⁸⁰. El posicionamiento en la sociedad al que me refiero debe ir en un sentido opuesto: apostar activamente por la transformación de la sociedad y aportar reflexión acerca de la naturaleza y efectos de esos cambios.

Para empezar, no debemos plantear nuestro trabajo como si fuese algo inocuo. En el momento en que somos leídos o escuchados, nuestro mensaje y la manera de expresarlo contiene capacidad *performativa*, en tanto que puede influir en la manera en que se percibe el funcionamiento del mundo, sobre todo si lo hacemos desde una posición académicamente refrendada: la expresión de nuestra visión sobre el pasado tiene la potencialidad de construir realidad presente²²⁸¹. Si aceptamos esto, tendríamos que plantearnos cuánto y cómo llega ese mensaje, ponderando el efecto que pretendemos lograr, lo que atañe a la elección del tema, el enfoque y el medio. Desde un punto de vista práctico, probablemente debamos buscar las vías por las que nuestra investigación llegue

²²⁷⁷ Hansen 2000; Shore 2000.

²²⁷⁸ Holtorf 2009.

²²⁷⁹ Llovet 2011; Ordine 2013, *e. g.*

²²⁸⁰ García Jurado 2013, 4-6.

²²⁸¹ Domanska 2011.

de una forma más porosa y asequible a la sociedad fuera del ámbito universitario²²⁸²; ahora bien, probablemente el gran reto sea pensar en su función y objetivos.

En general, parece lógico que pretendamos que quien escribe, habla, lee o escucha sobre historia consiga en mayor o menor medida *pensar históricamente*, esto es, ser consciente de que no hay nada inamovible en el tiempo y que las construcciones humanas son culturales y adaptables, nunca naturales y estáticas²²⁸³. Más específicamente, si hablamos de mejorar la comprensión de los discursos históricos en su dimensión ideológica e identitaria, puede reivindicarse la utilidad de las humanidades en la formación de ciudadanos más críticos, que constituyan la base de una sociedad más auténticamente democrática²²⁸⁴. En absoluto debe excluirse de esa función a los estudios sobre la Antigüedad a pesar del abismo cronológico que la separa de nuestro presente; la reflexión acerca de su complejidad y su papel en la conformación de la modernidad puede tener una extraordinaria utilidad en la comprensión de los modelos en los que se asienta el presente y puede plantearse el futuro²²⁸⁵. Realmente, podemos considerar la cuestión desde una militancia decidida y explícita: la deconstrucción historiográfica cobra un mayor sentido como disciplina con trascendencia social si se plantea como un ejercicio de desmitificación sistemática de nociones preconcebidas sobre el pasado, pretendiendo así desarticular los mecanismos por los que el conocimiento contribuye a perpetuar los privilegios y desigualdades²²⁸⁶. En esta línea, la investigación histórica no tiene por qué ser solo responsable desde un punto de vista metodológico y ético, sino también político, en tanto que comprometido con la realidad en la que se inserta y en el efecto que ese trabajo puede tener en el replanteamiento de las conciencias colectivas y las relaciones de poder²²⁸⁷. Si de identidades hablamos, quizá la salida más interesante sea la de contribuir a cambiar las identidades nacionales por las cívicas²²⁸⁸. Que la historiografía contribuya a desechar los argumentos etnohistóricos como fundamento para dividir a la sociedad; que combata activamente los sentimientos de pertenencia irracionales y excluyentes; que aspire a sustituir las pulsiones ancestrales por los motivos de la justicia y la igualdad social. No hay héroes, no hay bárbaros, si queremos que así sea.

²²⁸² Spellmeyer 2003; Veliz et al. 2010; Pérez Rubio y Aguilera Durán e. p.

²²⁸³ Vilar 2001 [1992]; 2015 [1997].

²²⁸⁴ Nussbaum 2010.

²²⁸⁵ Plácido Suárez 2005; Wulff Alonso 2005; Duplá Ansuategui 2017.

²²⁸⁶ Domanska 2007; Telman 2007.

²²⁸⁷ Hamilakis y Duke 2007.

²²⁸⁸ Högberg 2016.

ANEXO
TABLA DE FUENTES

Tabla de fuentes

FECHA	AUTOR	TÍTULO	ABREVIATURA	EDICIÓN UTILIZADA
s. VIII a. e. c.	Homero (s. VIII a. e. c.)	<i>Ilias</i>	Hom. <i>Il.</i>	Crespo Güemes 1991
s. VIII a. e. c.	Homero (s. VIII a. e. c.)	<i>Odyssea</i>	Hom. <i>Od.</i>	Fernández-Galiano y Pabón 1982
s. VIII/VII a. e. c.	Hesíodo (s. VIII a. e. c.)	<i>Theogonía</i>	Hes. <i>Th.</i>	Pérez Jiménez y Martínez Díez 1978
s. VI/V a. e. c.	Anacreonte (ca. 574-485 a. e. c.)	Fragmentos	Anacr.	Rodríguez Adrados 2011
ca. 430 a. e. c.	Heródoto (ca. 526-425 a. e. c.)	<i>Historíai</i>	Hdt.	Schrader 1977; 1979
ca. 360 a. e. c.	Platón (ca. 427-347)	<i>Nómoi</i>	Pl. <i>Lg.</i>	Lisi 1999
ca. 322 a. e. c.	Aristóteles (384-322 a. e. c.)	<i>Politiaká</i>	Arist. <i>Pol.</i>	García Valdés 1988
ca. 146 a. e. c.	Polibio (ca. 210/200-127 a. e. c.)	<i>Historíai</i>	Plb.	Díaz Tejera y Balasch Recort 1981; Balasch Recort 1981; 1983
ca. 85 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>De inuentione</i>	Cic. <i>Inu.</i>	Núñez 1997
70 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>Diuinitio in Q. Caecilium</i>	Cic. <i>Diu. Caec.</i>	Requejo Prieto y Rodríguez-Pantoja 1990
62 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>Pro Archia poeta oratio</i>	Cic. <i>Arch.</i>	Cuadrado Ramos 2013
ca. 54 a. e. c.	Cayo Valerio Catulo (84-54 a. e. c.)	<i>Carmina</i>	Cat.	Ruiz Soler 1993
ca. 49 a. e. c.	Cayo Julio César (100-44 a. e. c.)	<i>Commentarii de bello Gallico</i>	Caes. <i>G.</i>	Escolar Sobrino y García Yebra 1996
ca. 48 a. e. c.	Cayo Julio César (100-44 a. e. c.)	<i>Commentarii de bello ciuili</i>	Caes. <i>Ciu.</i>	Quetglas y Calonge 2005
46 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>Paradoxa stoicorum ad M. Brutum</i>	Cic. <i>Parad.</i>	Pimentel Álvarez 2000
ca. 46/45 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>De legibus</i>	Cic. <i>Leg.</i>	Pabón de Acuña 2009
45 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>De finibus bonorum et malorum</i>	Cic. <i>Fin.</i>	Herrero Llorente 1987
ca. 45 a. e. c.	Anónimo	<i>De bellum Alexandrino</i>	<i>B. Alex.</i>	Quetglas y Calonge 2005
ca. 45 a. e. c.	Anónimo	<i>De bellum Hispaniensi</i>	<i>B. Hisp.</i>	Quetglas y Calonge 2005

44 a. e. c.	Marco Tulio Cicerón (106-43 a. e. c.)	<i>De officiis</i>	Cic. <i>Off.</i>	Guillén 2015
ca. 57/36 a. e. c.	Diodoro de Sicilia (ca. 90-30 a. e. c.)	<i>Bibliothēke Historikē</i>	D. S.	Muñoz Martín 1976; Torres Esparanch 2004
ca. 67/34 a. e. c.	Cayo Salustio Crispo (86-34 a. e. c.)	<i>Historiae</i>	Salust. <i>Hist</i>	Segura Ramos 1997
30 a. e. c.	Quinto Horacio Flaco (65-8 a. e. c.)	<i>Epodon</i>	Hor. <i>Epod.</i>	Moralejo 2007
29 a. e. c.	Publio Virgilio Marón (70-19 a. e. c.)	<i>Georgica</i>	Verg. <i>G.</i>	Vidal et al. 1990
ca. 27 a. e. c./ 17 e. c.	Tito Livio (ca. 59 a. e. c.-17 e. c.)	<i>Ab Urbe condita</i>	Liv.	Villar Vidal 1990; 1993a; 1993b; 1993c
23 a. e. c.	Quinto Horacio Flaco (65-8 a. e. c.)	<i>Carmina</i>	Hor. <i>C.</i>	Moralejo 2007
20 a. e. c.	Quinto Horacio Flaco (65-8 a. e. c.)	<i>Epistulae</i>	Hor. <i>Ep.</i>	Moralejo 2008
19 a. e. c.	Publio Virgilio Marón (70-19 a. e. c.)	<i>Aeneis</i>	Verg. <i>Aen.</i>	Cristóbal y Echave-Sustaeta 1992
ca. 7 a. e. c./ 17 e. c.	Estrabón de Amasia (ca. 63 a. e. c.-25 e. c.)	<i>Geographia</i>	Str.	García Blanco y García Ramón 1991; Gómez Espeloshn 2007
13 e. c.	Octaviano César Augusto (27 a. e. c.-14 e. c.)	<i>Res Gestae Divi Augusti</i>	R. G.	Alvar Ezquerria 1980-1981
ca. 30	Cayo Veleyo Patérculo ca. 19 a. e. c.-ca. 31 e. c.)	<i>Historiae</i>	Vell. Pat.	Sánchez Manzano 2001
31	Valerio Máximo (siglo I e. c.)	<i>Factorum et dictorum memorabilium</i>	Val. Max.	López Moreda et al. 2003a; 2003b
ca. 37	Marco Anneo Séneca (ca. 54 a. e. c.-ca. 39 e. c.)	<i>Controversiae</i>	Sen. <i>Contr.</i>	Adiego Lajara et al. 2005a; 2005b
ca. 41	Lucio Anneo Séneca (4 a. e. c.-65 e. c.)	<i>De consolatione ad Helvium</i>	Sen. <i>Cons. Helv.</i>	Mariné Isidro 1996
ca. 41/52	Lucio Anneo Séneca (4 a. e. c.-65 e. c.)	<i>De ira</i>	Sen. <i>Ira</i>	Mariné Isidro 2000
ca. 42/43	Lucio Anneo Séneca (4 a. e. c.-65 e. c.)	<i>De consolatione ad Polybium</i>	Sen. <i>Cons. Polyb.</i>	Mariné Isidro 1996
ca. 54/68	Filipo de Tesalónica (?-ca. 60)	<i>Anthologia Palatina</i>	A. P.	Galán Vioque 2004
ca. 56	Lucio Anneo Séneca (4 a. e. c.-65 e. c.)	<i>De constantia sapientis</i>	Sen. <i>Const.</i>	Mariné Isidro 2000
ca. 62/64	Lucio Anneo Séneca (4 a. e. c.-65 e. c.)	<i>Epistulae morales ad Lucitium</i>	Sen. <i>Ep.</i>	Roca Meliá 1986

ca. 62	Petronio (ca. 14/27-65/66)	<i>Satyrica</i>	Petron.	Rubio Fernández 1978
65	Marco Anneo Lucano (39-65)	<i>Pharsalia</i>	Lucan.	Holgado Redondo 2002
ca. 68/116	Plutarco (ca. 45-120)	<i>Bioi parallēloi</i>	Plut. <i>Caes. / Marc. / Sert. / Mar.</i>	Pérez Jiménez y Ortiz 2006; Bergua Caverio et al. 2007; Guzmán Hermida y Martínez García 2007
ca. 75	Tito Flavio Josefo (ca. 37/38-101)	<i>Historia Ioudaïkou polemou pros Rōmaious</i>	I. B. I.	Nieto Ibáñez 1997
ca. 77/79	Cayo Plinio Segundo (23-79 e. c.)	<i>Naturalis historia</i>	Plin. N. H.	Barrio Sanz et al. 2003; Manzanero Cano et al. 2010
ca. 84/96	Sexio Julio Frontino (40-103)	<i>Strategemata</i>	Front. <i>Strat.</i>	Benett y McElwain 1925
85/102	Marco Valerio Marcial (ca. 40-104)	<i>Epigrammata</i>	Mart.	Fernández Valverde y Ramírez de Verger 2001
ca. 88/103	Tiberio Cacio Asconio Silio Itálico (25/26-101)	<i>Punica</i>	Sil. Ital.	Villalba Álvarez 2005
ca. 90/117	Plutarco (ca. 45-120)	<i>Gynaikon aretai</i>	Plut. <i>Mul. Virt.</i>	López Salvá y Medel 2008
ca. 90/117	Plutarco (ca. 45-120)	<i>Altiā Romaika</i>	Plut. <i>Quaest. Rom.</i>	Fernández Delgado y Pordomingo Pardo 1995
ca. 93	Tito Flavio Josefo (ca. 37/38-101)	<i>Contra Apionem</i>	I. Ap.	García Iglesias y Rodríguez de Sepúlveda 1994
ca. 93/94	Tito Flavio Josefo (ca. 37/38-101)	<i>Ioudaikē archaiologia</i>	I. A. I.	Vara Donado 1997
ca. 95	Marco Fabio Quintiliano (ca. 35-95)	<i>Institutio oratoria</i>	Quint. <i>Inst.</i>	Hortet 2006
ca. 98	Cornelio Tácito (ca. 55-120)	<i>De origine et situ Germanorum</i>	Tac. <i>Germ.</i>	Requejo Prieto 1981
ca. 110/130	Décimo Junio Juvenal (60-128)	<i>Satirae</i>	Iuv. <i>Satir.</i>	Balasch y Dolç 1991
ca. 114/120	Cornelio Tácito (ca. 55-120)	<i>Ab Excessu divi Augusti Historiarum</i>	Tac. <i>Ann.</i>	Moralejo 1986
ca. 123/128	Cayo Suetonio Tranquilo (ca. 70-126)	<i>De vita Caesarum</i>	Suet.	Ramírez de Verger y Agudo Cubas 1992; Agudo Cubas 1992
ca. 130	Lucio Annio Floro (ca. 74-130)	<i>Epitomae de Tito Livio bellorum omnium annorum</i>	Flor.	Hinojo Andrés y Moreno Ferrero 2000
ca. 161	Potheno	<i>Strategēmata</i>	Pol. <i>Strat.</i>	Vela Tejada 1991

ca. 161/180	Aulo Gelio (ca. 126/130-¿?)	Noctes Atticae	Aul. Gel. N. A.	López Moreda 2009
ca. 165	Apiano de Alejandría (ca. 95-165)	Iberiké	App. Hisp.	Gómez Espelosin 2016
ca. 192/195	Ateneo de Naucratis (fin. s. II-princ. s. III)	Deipnosophistae	Ath.	Rodríguez-Noriega Guillén 1998
197	Quinto Septimio Florente Tertuliano (ca. 160-220)	Apologeticus pro Christianis	Tert. Apol.	Castillo García 2001
ca. 198	Clemente de Alejandría (ca. 150-225/227)	Paedagogus	Clem. Al. Paed.	Castiñeira Fernández y Satiol Díaz 1998
ca. 200/250	Marco Juniano Justino (fin. s. II-princ. s. III)	Epitome historiarum Philippicarum Trogi Pompei	Iust.	Castro Sánchez 1995
ca. 202	Dión Casio (155-235)	Romanike historia	Dio. Cass.	Cortés Copete 2011
ca. 217	Filóstrato de Atenas (ca. 160/170-249)	Vita Apollonii	Philostr. VA	Bernabé Pajares 1992
s. III/IV	Anónimo	Itinerarium Antonini Augusti et Burdigalense	Itin. Ant.	Cuntz y Wirth 1990 [1929]
s. IV	Anónimo	Titi Livi Periochae omnium librorum ab Urbe condita	Liv. Per.	Villar Vidal 1995
369/370	Flavio Eutropio (ca. 320-390)	Breviarium ab Urbe condita	Eutr.	Falque Rey
ca. 390	Flavio Vegecio Renato (fin. s. IV-princ. s. V)	Epitoma rei militaris	Veg. Mil.	Paniagua Aguilar 2006
ca. 390/393	Décimo Magno Ausonio (310-395)	Epistolarum	Aus. Ep.	Alvar Ezquerro 1990
ca. 395/440	Macrobio (ca. 350-440)	Saturnalia	Maacr. Sat.	Navarro Antolín 2010
414-426	Agustín de Hipona (354-430)	De ciuitate Dei contra paganos	Aug. Ciu.	Marina Sáez 2007
417	Paulo Orosio (ca. 383-420)	Historiae aduersus paganos	Oros.	Sánchez Salor 1982a; 1982b
s. VI	Anónimo	Anthologia latina	A. L.	Socas 2011
ca. 627/630	Isidoro de Sevilla (ca. 556-636)	Etymologiae	Isid. Etym.	Oroz Reta et al. 1982
ca. 670	Anónimo	Ravennatis Anonymi Cosmographia	Rav.	Schneitz 1990 [1940]
ca. 881	Anónimo	Cronica Albeldense	Cron. Albel.	Gil Fernández et al. 1985
ca. 884	Anónimo	Cronica de Alfonso III	Cron. Alfon. III Rot. / Seb.	Gil Fernández et al. 1985
ca. 883	Anónimo	De proprietatibus gentium	Prop. Gent.	Mommсен 1961

Tabla de fuentes

princ. s. X	Anónimo	<i>Kiāb Hurāšīyūs</i>	<i>Hurāšīyūs</i>	Penelas 2001
ca. 1058/1059	Abū Marwān Ibn Ḥayyān (987-1076)	<i>Kiāb al-muqābīs fī ta'rīḥ riḡāl al-Andalus</i>	Ibn Ḥayyān <i>Muqt.</i>	Corriente Córdoba y Viguera Molins 1981
ca. 1067/1068	Abū 'Ubayd al-Bakrī (1014-1094)	<i>Kiāb al-Masālik wa-l-mamālik</i>	al-Bakrī	Vidal Beltrán 1982
s. XII	Anónimo	<i>Chronica gothorum pseudo-isidoriana</i>	<i>Chron. Pseud.</i>	González Muñoz 2000
ca. 1230/1239	Lucas de Tuy (¿?-1249)	<i>Chronicon mundi</i>	Tuy	Falque Rey 2003
ca. 1243	Rodrigo Ximénez de Rada (ca. 1170-1247)	<i>Historia de rebus Hispaniae sive Historia gothica</i>	Rada <i>Hisp.</i>	Fernández Valverde 1989
ca. 1243	Rodrigo Ximénez de Rada (ca. 1170-1247)	<i>Historia romanorum</i>	Rada <i>Rom.</i>	Fernández Valverde 1979-1980
ca. 1270	Alfonso X de Castilla (1221-1284)	<i>General estoria</i>	Alfonso X <i>GE</i>	Sánchez-Prieto Borja 2009
ca. 1270	Alfonso X de Castilla (1221-1284)	<i>Estoria de Espanna</i>	Alfonso X <i>EE</i>	Ward 2016 [versión E.]
ca. 1278-1282	Juan Gil de Zamora (ca. 1241-1318)	<i>De praeconitiis Hispaniae</i>	Gil <i>Hisp.</i>	Martín Rodríguez y Costas Rodríguez 1997
ca. 1278-1282	Juan Gil de Zamora (ca. 1241-1318)	<i>De praeconitiis ciuitatis Numaninae</i>	Gil <i>Nun.</i>	Costas Rodríguez 1994
1344	Anónimo	<i>Crónica de 1344</i>	<i>C1344</i>	Anónimo 1434 [manuscrito, segunda redacción castellana, BNE MSS/10814] Molina 1983
ca. 1344-1498	Anónimo	<i>Diḡr billād al-Andalus</i>	<i>Diḡr</i>	Geijerstam 1964
ca. 1385	Juan Fernández de Heredia (1310-1396)	<i>Grant cronica de Espanya</i>	Heredia <i>Cron.</i>	Fernández de Heredia ca. 1385 [manuscrito, BNE MSS/10133]
s. XV	¿Ahmad al-Rāzī? (ca. 887-955)	<i>Crónica del Moro Rasis</i>	<i>Rasis</i>	Catalán Menéndez-Pidal y Andrés Gómez 1975
1435	Pablo García de Santa María (ca. 1350-1435)	<i>Suma de las crónicas de España</i>	Santa María <i>Suma</i>	García de Santa María ca. 1500-1600 [manuscrito, BNE MSS/1279]
1438	Pere Tomie (¿?-1481)	<i>Histories e conquestes dels excellentissims e Catholics Reys de Aragó e de lurs antecessors los Comtes de Barcelona</i>	Tomie <i>Hist.</i>	Tomie 1438 [manuscrito, BNE MSS/9568]
1456	Alonso García de Santa María (1385-1456)	<i>Anacephaleosis</i>	<i>Anaceph.</i>	Espinosa Fernández 1989
ca. 1460	Alfonso de Palencia (1423-1492)	<i>De la antigüedad de España e de las fazañas de la gente española</i>	Palencia <i>Ant.</i>	Bautista Pérez 2013; Durán Barceló 2016

1470	Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470)	<i>Compendiosa historia Hispanica</i>	Sánchez de Arévalo 1470	Alvar Nuño 2017
1482	Diego de Valera (1412-1488)	<i>Crónica abreviada de España</i>	Valera 1482	Moya García 2009
1484	Joan Margarit i Pau (1422-1484)	<i>Paralipomenon Hispaniae</i>	Margarit i Pau 1545 [1484]	Nebrija 1545
1495-1513	Pere Miquel Carbonell (1434-1517)	<i>Cròniques d'Espanya</i>	Carbonell 1547	Alcoberro i Pericay 1997
1492	Antonio de Nebrija (1441-1522)	<i>Gramática castellana</i>	Nebrija 1492	Nebrija 1492 [incunable, BNE INC/2142]
1497	Lucio Marineo Sículo (ca. 1444-1536)	<i>De laudibus Hispaniae</i>	Marineo Sículo 1497	Marineo Sículo 1497 [incunable, BNE INC/1242]
1498	Giovanni Nanni (ca. 1432-1502)	<i>Commentaria super opera auctorum diversorum de antiquitatibus loquentium, eiusdem chronographia errusca et italica</i>	Nanni 1515 [1498]	Nanni 1515 [1498]
ca. 1499	Antonio de Nebrija (1441-1522)	<i>Muestra de las antigüedades de España</i>	Nebrija 1499	Nebrija 1499 [Incunable, Kongelige Bibliotek, Copenhagen, Inc. Haun. 278 kvart]
1509	Antonio de Nebrija (1441-1522)	<i>Diuinatio in scribenda historia</i>	Nebrija 1509	Hinojo Andrés 1992
1530	Lucio Marineo Sículo (ca. 1444-1536)	<i>De rebus Hispaniae memorabilibus</i>	Marineo Sículo 1530	Rivera Martín 2000 Marineo Sículo 1530
1535	Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566)	<i>Carta a un personaje de la corte</i>	Casas <i>Cart.</i>	Castañeda Delgado 1995
1537	Julian Garcés (1447-1542)	<i>Epístola ad SS. Dom. Nost. Paulum III Pontificem Maximum in Gratiam Indorum. Illustratio omnium operum Divi Augustini, Notis marginalibus a se ipso factis</i>	Garcés <i>Ep.</i>	García y Pereyra 1974
1539	Lucio Marineo Sículo (ca. 1444-1536)	<i>Obra compuesta por Lucio Marineo Sículo Coronista dl el sus Magestades de las cosas memorables de España</i>	Marineo Sículo 1539	Marineo Sículo 1539
1541	Antonio de Guevara (ca. 1480-1545)	<i>Epístolas familiares</i>	Guevara 1541	Guevara 1541
1543	Florián de Ocampo (1499-1558)	<i>Los quatro libros primeros de la Cronica general de España que recopila el maestro Florian do campo criado y cronista del Emperador Rey nuestro señor por mandado de su magestad cesarea</i>	Ocampo 1543	Ocampo 1543

Tabla de fuentes

1543	Pedro de Medina (1593-1567)	<i>Libro de grandezas y cosas memorables de España</i>	Medina 1543	Medina 1543
1544	Antonio de Guevara (ca. 1480-1545)	<i>Vna decada de Cesares. Es a Saber las vidas de diez Emperadores Romanos que imperaron en los tiempos del buen Marco Aurelio</i>	Guevara 1544	Guevara 1544
1545	Sancho de Nebrija (ca. 1534-1555)	<i>Habes in hoc volumine amice lector Aetii Antonii Nebriensis Rerum a Fernando & Elisabe Hispaniaru[m] foelicissimis Regibus gestaru[m] Decades duas: Necno[n] belli Nauariensis libros duos, Amexa insuper Archiepi[scopi] Roderici Chronica aliisque[ue] historis antehac non excussis</i>	Nebrija 1545	Nebrija 1545
1546	Melchor Cano (1509-1560)	<i>De dominio indorum</i>	Cano <i>Ind.</i>	Pereña Vicente 1956
1546	Pere Antoni Beuter (1490-1554)	<i>Primera parte de la Coronica general de toda España y especialmente del reyno de Valencia</i>	Beuter 1546	Beuter 1546
1547	Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573)	<i>J. Genesi Sepulvedae Cordubensis Democrates alter, sive de iustis belli causis apud Indos</i>	Sepúlveda <i>Dem. Alt.</i>	Losada García y Moreno Hernández 1997
ca. 1550	Anónimo	<i>Aquí se contienen quatro romances</i>	Anónimo s. f.	Anónimo ca. 1550 [pliego suelto, BNE R/9486]
1550	Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573)	<i>Apologia Iovannis Genesii Sepulvedae pro libro De iustis belli causis: ad amplissimum & doctissimum praesule[m] D. Antonium Raminum episcopum Segontensem</i>	Sepúlveda 1550	Losada 1989
1550	Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566)	<i>Argumentum Apologiae Rmi. Dni. Fratris Bartholomei a Casaus, Episcopiquondam chiapensis adversus Genesium Sepulvedam, theologum cordubensem</i>	Casas <i>Apolog.</i>	Losada 1989
1552	Juan Ginés de Sepúlveda (1490-1573) Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566)	<i>Aquí se contiene una disputa, o controversia: entre el obispo do[n] J[uan] Frey Bartholome de las Casas, o Casaus, obispo q[ue] fue dela ciudad real de Chiapa, que es en las Indias, parte dela nueva España: y el doctor Gines de Sepulveda coronista del Emperador nuestro señor</i>	Sepúlveda y Casas 1552	Sepúlveda y Casas 1552
1553	André de Resende (1498-1573)	<i>Historia da antiguidade da Cidade de Enoira</i>	Resende 1553 [1576]	Resende 1576 [1553]

1553	Florian de Ocampo (1499-1558)	<i>Los cinco libros primeros de la Cronica general de España, que recopila el maestro Florian do Campo. Cronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad</i>	Ocampo 1553	Ocampo 1553
ca. 1559	Bartolomé de las Casas (ca. 1484-1566)	<i>Apologetica historia sumaria</i>	<i>Apolog. Histr.</i>	Abril Castello 1992a; 1992b; 1992c
1570	Lorenzo de Sepúlveda (¿?-1551)	<i>Cancionero de Romances sacados de las Coronicas antiguas de España con otros hechos por Sepúlveda</i>	Sepúlveda 1570	Sepúlveda 1570
1571	Esteban de Garbay y Zamalloa (1533-1599)	<i>Los XL libros del compendio historial de las Chronicas y vniuersal Historia de todos los reynos de España</i>	Garbay y Zamalloa 1571	Garbay y Zamalloa 1571
1573	Joan Timoneda (ca. 1518 /1520- 1583)	<i>Rosa gentil. Tercera parte de Romances que tratan hystorias romanas y troyanas</i> <i>La coronica general de España. Que continuaua Ambrosio de Morales natural de Cordoua. Coronista del Rey Catholico nuestro señor don Phelipe segundo desde nombre, y cabredatico de Rhetorica en la Vniuersidad de Alcalá de Henares. Prosiguiendo adelante de los cinco libros, que el Maestro Florian de Ocampo Coronista del Emperador don Carlos V dexo escritos</i>	Timoneda 1573	Rodríguez-Moñino y Devoto 1963
1574	Ambrosio de Morales (1523-1591)		Morales 1574	Morales 1574
1575	Ambrosio de Morales (1523-1591)	<i>Las antiguiedades de las ciudades de España, que van nombradas en la Coronica, con la aueriguacion de sus sitios, y nombres antiguos</i> [manuscrito preparatorio, RAH 9-5083]	Morales Ant. Esp.	Abascal Palazón 2012
1575	Ambrosio de Morales (1523-1591)	<i>Las antiguiedades de las ciudades de España, que van nombradas en la Coronica, con la aueriguacion de sus sitios, y nombres antiguos</i>	Morales 1575	Morales 1575
ca. 1585	Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616)	<i>El cerco de Numancia</i>	Cervantes Num.	Esteban Naranjo 2016
1587	Antonio Agustín (1517-1586)	<i>Dialogos de medallas, inscripciones y otras antiguiedades</i>	Agustín 1587	Agustín 1587
1587	Joan de la Cueva (1543-1612)	<i>Coro febo de romances historiales</i>	Cueva 1587	Cueva 1587
1587	Gabriel Lobo Lasso de la Vega (1555-1615)	<i>Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Laso de la Vega</i>	Lobo Lasso de la Vega 1587	Lobo Lasso de la Vega 1587

Tabla de fuentes

1588	Juan de Mendaño (s. XVI)	<i>Segunda parte de la Silva de varios romances</i>	Mendaño 1588	Mendaño 1588
1589	Lorenzo de Zamora (ca. 1554-1614)	<i>Primera parte de la historia de Sagunto, Numancia y Carthago</i>	Zamora <i>Sagunt. Numant.</i>	Rodríguez Cuadros y Martín Martínez 1988
ca. 1590	¿Miguel Martel? (fin. s. XVI-princ. s. XVII)	<i>La Numantina</i>		Anónimo ca. 1590 [manuscrito, BNE MSS/1103]
ca. 1593	Anónimo	<i>Segundo quaderno de varios Romances, los mas modernos que hasta hoy se han cantado</i>	Anónimo 1593	Anónimo ca. 1593
1595	Anónimo	<i>Septimo quaderno de varios Romances, los mas modernos que hasta hoy se han cantado</i>	Anónimo 1595	Foulché-Delbosc 1925
1595	Francisco Enríquez (s. XVI-XVII)	<i>Septima parte de Flor de varios Romances nuevos</i>	Enríquez 1595	Enríquez 1595
1596	Athanasio de Lobera (¿?-1605)	<i>Historia de las grandezas de la my antigua, e insigne ciudad y iglesia de Leon, y de su obispo y patron sant Froylan, con las del glorioso s. Atilano, obispo de Camora</i>	Lobera 1596	Lobera 1596
1597	Anónimo	<i>Septima y Octava Parte de Flor de varios romances nuevos</i>	Anónimo 1597	Anónimo 1597
1598	Lope Félix de Vega Carpio (1562-1635)	<i>Arcadia, prosas, y versos</i>	Vega Carpio 1598	Vega Carpio 1598
1600	Anónimo	<i>Romancero general, en que se contienen todos los Romances que andan impresos en las nueue partes de Romanceros</i>	Anónimo 1600	Anónimo 1600
princ. s. XVII	Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645)	<i>Túmulo a Viriato. Habla el mármol</i>	Quevedo <i>Vir.</i>	Blecua Teijeiro 1963
1609-1612	Francisco de Quevedo y Villegas (1580-1645)	<i>España defendida y los tiempos de ahora de las calumnias de los noveleros y sediciosos</i>	Quevedo <i>Esp.</i>	Roncero López 2012
1613	Pedro Mantuano (1585-1656)	<i>Advertencias a la Historia de España del Padre Juan de Mariana de la Compañía de Iesus: impresa en Toledo en latin año de</i> <i>Invenarium Antonini Augusti, et byrdigalense. Quorum hoc primum est editum: Illud ad diuersos manuic. codices & impressos comparatum, emendatum, & Hieronymi Sviriae Caesaraugustani, doctissimo commentario explicatum</i>	Mantuano 1613	Mantuano 1613
1600	Jerónimo Zurita y Castro (1512-1580)		Zurita y Castro 1600	Zurita y Castro 1600

1601	Juan de Mariana (1536-1624)	<i>Historia general de España. Compuesta primero en Latín, después buelta en Castellano por Juan de Mariana, D. Theologo, de la Compañía de Iesus</i>	Mariana 1601	Mariana 1601
1605	Miguel de Cervantes Saavedra (1547-1616)	<i>El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha</i>	Cervantes Saavedra 1605	Cervantes Saavedra 1605
1606	Bernardo de Aldrete (1565-1641)	<i>Del origen y principio de la lengua castellana o romance que oi se usa en España</i>	Aldrete 1606	Aldrete 1606
1611	Sebastián de Covarrubias Orozco (1539-1613)	<i>Tesoro de la lengua castellana, o española</i>	Covarrubias Orozco 1611	Covarrubias Orozco 1611
1611	Luis Cabrera de Córdoba (1559-1623)	<i>De historia, para entenderla y escriuirla</i>	Cabrera de Córdoba 1611	Cabrera de Córdoba 1611
1612	Francisco Mosquera de Barnuevo (s. XVI-s. XVII)	<i>La Numantina</i>	Mosquera de Barnuevo 1612	Mosquera de Barnuevo 1612
ca. 1630	Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648)	<i>Numancia cercada</i>	Rojas Num. Cerc.	MacCurdy 1977
ca. 1630	Francisco de Rojas Zorrilla (1607-1648)	<i>Numancia destruida</i>	Rojas Num. Dest.	MacCurdy 1977
1638	Arnau d'Oihénart (1592-1667)	<i>Notitia uiriusque Vasconiae, tum ibericae, tum aquitanicae quia, praeter situm regionis et alia scitu digna, Navarrae regum caeterarumque, in iis, insignium vetustate et dignitate familiarum stemmata ex probatis authoribus exhibentur. Accedunt catalogi pontificum Vasconiae Aquitanicae</i>	Oihénart 1638	Gorosterrazu 1929
1645	Vincencio Juan de Lastanosa (1607-1681)	<i>Museo de las medallas desconocidas españolas</i>	Lastanosa 1645	Lastanosa 1645
ca. 1640	Francisco González Bustos (s. XVII)	<i>El español Viriato. comedia en tres jornadas</i>	Bustos Vir.	González Bustos ca. 1640 [manuscrito, BNE MSS/17143]
ca. 1651-1700	Anónimo	<i>En el remedio esta el daño: comedia nueva</i>	Remed.	Anónimo ca. 1651-1700 [manuscrito, BNE MSS/15208]
1671	Joseph Pellicer de Ossau y Tovar (1602-1679)	<i>Biblioteca formada de los libros, é obras publicas de Don Joseph Pellicer de Ossau, y Tovar</i>	Pellicer de Ossau y Tovar 1671	Pellicer de Ossau y Tovar 1671

1672	Joseph Pellicer de Ossau y Tovar (1602-1679)	<i>Población, y lengua primitiva de España: recopilada del aparato a su monarchia antigua en los tres tiempos, el Adelon, el Mithico, y el Historico</i>	Pellicer de Ossau y Tovar 1672	Pellicer de Ossau y Tovar 1672
1673	Joseph Pellicer de Ossau y Tovar (1602-1679)	<i>Aparato a la monarchia antigua de las Españas en los tres tiempos del mundo, el adelon, el mithico y el historico</i>	Pellicer de Ossau y Tovar 1673a	Pellicer de Ossau y Tovar 1673a
1673	Joseph Pellicer de Ossau y Tovar (1602-1679)	<i>Beroso de Babilonia en Chaldea, distinguido del Beroso de Viterbo en Italia: con la chronologia de los reyes antiquissimos de Asiria, y Babilonia</i>	Pellicer de Ossau y Tovar 1673b	Pellicer de Ossau y Tovar 1673b
ca. 1675	Francisco Fabro Bremudans (1621-1698)	<i>Disertacion sobre las Medallas antiguas españolas del Museo de Don Vincencio Juan de Lastanosa</i>	Fabro Disert.	AAVV ca. 1675 [manuscrito, BNE MSS/6334]
1680	Anónimo	<i>Miscelaneas históricas y politicas. Donde se hallaran muchos papeles originales</i>	Misc. Hist.	AAVV 1680 [manuscrito, BNE MSS/887]
1690	Pedro Tutor y Malo (s. XVII)	<i>Compendio historial de las dos Numancias sus grandezas y trofeos reducidos a concordia, y vida y muerte del inicto anacoreta S. Saurio patron de la segunda Numancia</i>	Tutor y Malo 1690	Tutor y Malo 1690
1688	Manuel Vidal y Salvador (? -1698)	<i>El fuego de las riquezas y destrucción de Sagunto: comedia nueva</i>	Vidal Sagunt.	Betoret-Paris 1980
1700-1727	Juan de Ferreras y García (1652-1735)	<i>Synopsis historica chronologica de España</i>	Ferreras y García 1700-1727	Ferreras y García 1700-1727, 1700-1727
ca. 1702	José Manuel Miñana (1671-1730)	<i>Saguntineida</i>	Miñana Sagunt.	Pérez Durà y Estellés i González 1991
1719-1721	Francisco de Berganza y Arce (1663-1738)	<i>Anigüedades de España propugnadas en las noticias de sus reyes, en las coronicas del Real Monasterio de San Pedro de Cardeña, en historias, cronicones y otros instrumentos manuscritos que hasta ahora no han visto la luz publica</i>	Berganza y Arce 1719-1721	Berganza y Arce 1719-1721
1720	Luis de Salazar y Castro (1658-1734)	<i>La crisis ferrentica</i>	Salazar y Castro 1720	Salazar y Castro 1720
1736	Manuel de Larramendi (1690-1766)	<i>Discurso historico sobre la antigua famosa Cantabria. Question decidida si las provincias de Bizcaya, Guipuzcoa, y Alaba, estuvieron comprehendidas en la Antigua Cantabria</i>	Larramendi 1736	Larramendi 1736

1737	Gregorio Mayans i Siscar (1699-1781)	<i>Orígenes de la lengua española, compuestos por varios autores</i>	Mayans i Siscar 1737	Mayans i Siscar 1737
1737	Pietro Metastasio (1698-1782) Giovanni Battista Mele (ca. 1693/1701-1752)	<i>Amor, constancia y muger: drama para representarse en Música en el Theatre de los Caños del Peral para diversion de las Damas en este carnaval de 1737</i>	Metastasio y Mele 1737	Metastasio y Mele 1737
1738-1740	Francisco Xavier de la Huerta y Vega (c.2-1752)	<i>España primitiva: historia de sus reyes y monarcas desde su población hasta Christo</i>	Huerta y Vega 1738-1740	Huerta y Vega 1738-1740
1747-1775	Henrique Flórez de Setién y Huidobro (1702-1773)	<i>España Sagrada. Theatro Geographico-Historico de la Iglesia de España. Origen, Divisiones, y Terminos de todas sus Provincias. Antigüedad, Traslaciones, y Estado antiguo, y presente de sus Sillas, en todos los dominios de España y Portugal. Con varias Dissertaciones criticas, para ilustrar la Historia Eclesiástica de España</i>	Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775	Flórez de Setién y Huidobro 1747-1775
1758	Jean-Baptiste Philippoteau Duchesne (1682-1755) José Francisco de Isla (1703-1781)	<i>Compendio de la historia de España</i>	Duchesne 1758 [1741]	Duchesne 1758 [1741] [1741]
1752	Luis Joseph Velázquez de Angulo y Cruzado (1722-1772)	<i>Ensayo sobre los alphabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las mas antiguas medallas y monumentos de España</i>	Velázquez de Angulo y Cruzado 1752	Velázquez de Angulo y Cruzado 1752
1759	Luis Joseph Velázquez de Angulo y Cruzado (1722-1772)	<i>Andes de la nación española desde el tiempo mas remoto hasta la entrada de los romanos: sacados únicamente de los escritores originales, y monumentos contemporáneos</i>	Velázquez de Angulo y Cruzado 1759	Velázquez de Angulo y Cruzado 1759
1760	Miguel Pérez Pastor (1721-1763)	<i>Disertacion sobre el dios Endovellico, y noticia de otras deidades gentílicas de la España antigua</i>	Pérez Pastor 1760	Pérez Pastor 1760
1765	Luis Joseph Velázquez de Angulo y Cruzado (1722-1772)	<i>Noticia del viage de España y de una nueva Historia General de la Nación desde el tiempo mas remoto hasta el año 1516</i>	Velázquez de Angulo y Cruzado 1765	Velázquez de Angulo y Cruzado 1765

Tabla de fuentes

Historia literaria de España, origen, progresos, decadencia y restauración de la literatura española en los tiempos primitivos, de los phenicios, de los cartagineses, de los romanos, de los godos, de los arabes y de los reyes catholicos, con las vidas de los hombres sabios de esta nacion, juicio critico de sus obras, extractos y apologia de algunas de ellas, disertaciones historicas y criticas sobre varios puntos dudosos, para desengañar é instruccion de la juventud Española				
1766-1791	Pedro Rodríguez Mohedano (1722-1773) Rafael Rodríguez Mohedano (1725-1787)	Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791	Rodríguez Mohedano y Rodríguez Mohedano 1766-1791	
1775	Ignacio López de Ayala (1739-1789)	Numancia destruida: tragedia	López de Ayala 1775	Sebold 1971 López de Ayala 1775
1776	Joaquín Marín y Mendoza (1725-1782)	Historia de la milicia española, desde las primeras noticias que se tienen por ciertas, hasta los tiempos presentes	Marín y Mendoza 1776	Marín y Mendoza 1776
1778	Ramón de la Cruz Cano y Olmedilla (1731-1794)	Introducción para la Numancia destruida	Cruz Intr.	Coughlin et al. 1979 [1778]
1779	José Hipólito de Ozaeta y Gallatztegui (1712-1779)	La Cantabria vindicada y demostrada segun la extensión que tuvo en diferentes tiempos: la variedad del gobierno de los romanos en España: respuesta apologetica a todos los puntos, en que se ha declarado el ilustre nombre de los Viscayas	Ozaeta y Gallatztegui 1779	Ozaeta y Gallatztegui 1779
1779	Manuel Risco (1735-1801)	El R. P. M. Fr. Henrique Florez, vindicado del Vindicador de la Cantabria, Don Hipolyto de Ozaeta y Gallatztegui	Risco 1779	Sánchez Salor 2000
1780-1781	Francisco Xavier Clavigero (1731-1787)	Storia antica del Messico cavata da' migliori storici spagnuoli, da' manoscritti e dalle pitture antiche degl'indiani, divisa in dieci libri, e corredata di carte geograffiche, e di varie figure e dissertazioni sulla terra, sugli animali, e sugli abitatori del Messico	Clavigero 1780	Clavigero 1780
1783-1805	Juan Francisco Masdeu y Montero (1744-1817)	Historia critica de España, y de la cultura española	Masdeu y Montero 1783-1805	Masdeu y Montero 1783-1805
ca. 1785	Luciano Francisco Comella (1751-1812)	El mayor rival de Roma, Viriato: drama trágico en un acto	Comella 1798 [1785]	Comella 1798 [1785]

1787	Gaspar Zavala y Zamora (ca. 1762-1814)	<i>La destrucción de Sagunto: comedia nueva en tres actos</i>	Zavala y Zamora 1800 [1787]	Zavala y Zamora 1800 [1787]
1788	Juan Loperriñez Corvalán (ca. 1736-1804)	<i>Descripcion histórica del Obispado de Osona, con el catálogo de sus Prelados</i>	Loperriñez Corvalán 1788	Loperriñez Corvalán
1795-1803	Joseph Ortiz y Sanz (1739-1822)	<i>Compendio cronológico de la historia de España, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días</i>	Ortiz y Sanz 1795-1803	Ortiz y Sanz 1795
1806	Juan Bautista de Erro y Aspiroz (1773-1854)	<i>Alfabeto de la lengua primitiva de España, y explicacion de sus mas antiguos monumentos de inscripciones y medallas</i>	Erro y Aspiroz 1806	Erro y Aspiroz 1806
1806	Louis-Pierre Anquetil (1723-1808) Francisco Vázquez (s. XVIII-XIX)	<i>Compendio de la historia de España</i>	Anquetil 1806 [1799]	Anquetil 1806 [1799]

BIBLIOGRAFÍA

- AAVV, ca. 1675, «Baria erudicion para ilustrar la segunda impresion del Museo de las Medallas desconocidas de España que publico don Vincencio Juan de Lastanosa [manuscrito]», s. l.
- 1680, «Miscelaneas hist[oric]as y politicas. Donde se hallaran muchos papeles originales [manuscrito]», s. l.
- 1853-2016, *Corpus Inscriptionum Latinarum*, Berlin-Brandenburgische Akademie der Wissenschaften, Berolini.
- Abascal Palazón, Juan Manuel, 2012a, «Ambrosio de Morales como informante epigráfico: un debate abierto», *Veleia* 29, 395-414.
- (ed.) 2012b, *Ambrosio de Morales. Las antigüedades de las ciudades de España. Edición crítica del manuscrito*, 2 vols., Real Academia de la Historia, Madrid.
- Abascal Palazón, Juan Manuel y Alföldy, Géza, 2002, «Medinaceli en los relatos de viajes entre los siglos XV y XIX», en Abascal Palazón, Juan Manuel y Alföldy, Géza (eds.), *El Arco romano de Medinaceli (Soria, Hispania Citerior)*, Gabinete de Antigüedades de la Real Academia de la Historia, Madrid, 15-20.
- Abril Castelló, Vidal (ed.), 1992a, *Fray Bartolomé de las Casas. Obras completas 6. Apologética historia sumaria I*, Alianza, Madrid.
- (ed.) 1992b, *Fray Bartolomé de las Casas. Obras completas 7. Apologética historia sumaria II*, Alianza, Madrid.
- (ed.) 1992c, *Fray Bartolomé de las Casas. Obras completas 8. Apologética historia sumaria III*, Alianza, Madrid.
- Acuña, René, 2007, «Fray Julián Garcés, OP.: su alegato en pro de los naturales de Nueva España», *Anuario Dominicano* 3, 31-92.
- Adiego Lajara, Ignacio Javier et al. (eds.), 2005a, *Séneca el Viejo. Controversias. Libros I-V*, Gredos, Madrid.
- (eds.) 2005b, *Séneca el Viejo. Controversias. Libros VI-IX. Suasorias*, Gredos, Madrid.
- Adler, Eric D., 2011, *Valorizing the Barbarians: Enemy Speeches in Roman Historiography*, University of Texas Press, Austin.
- Aguadé Bofill, Jordi (ed.), 1991, *'Abd al-Malik b. Ḥabīb. Kitāb al-ta'rīj*, CSIC-Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe, Madrid.
- Agudo Cubas, Rosa María (ed.), 1992, *Suetonio. Vidas de los doce césares II*, Gredos, Madrid.
- Aguilera Durán, Tomás, 2011, «La utopía del bárbaro. Imágenes idealizadas del pasado prerromano en la España contemporánea», *El Futuro del Pasado* 2, 371-387.
- 2012a, «Una visión historiográfica alternativa: la deconstrucción del estereotipo del bárbaro prerromano», *Antesteria* 1, 543-555.
- 2012b, «Héroes huidizos y traicioneros. Los hispanos de la Segunda Guerra Púnica en el imaginario nacionalista», en Aldea Celada, José Manuel et al. (eds.), *Historia, Identidad y Alteridad (actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores)*, AJHIS, Salamanca, 437-461.
- 2012c, «Posidonio estremecido. Revisando el estereotipo céltico del cortador de cabezas», en Castro Correa, Ainoa et al. (eds.), *Estudiar el pasado: aspectos metodológicos de la investigación en Ciencias de la Antigüedad y de la Edad Media (Proceedings of the First Postgraduate Conference on Studies of Antiquity and Middle Ages Universitat Autònoma de Barcelona 26-28th October 2010)*, British Archaeological Reports, Oxford, 100-109.
- 2014a, «Homéricos revolucionarios. La Iberia prerromana desde el prisma socialista», en Cerro Linares, María del Carmen del et al. (eds.), *Economías, comercio y relaciones internacionales en el Mundo Antiguo*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 417-441.

- 2014b, «L'eroe indomito. Viriato nella mitologia nazionalista spagnola», en Bassi, Jacopo y Canè, Gianluca (eds.), *Sulle spalle degli antichi. Eredita classica e costruzione delle identità nazionali nel Novecento*, Unicopli, Milano, 165-179.
- 2014c, «El rito celta de las cabezas cortadas en Iberia: revisión de un tópico historiográfico», en Burillo Mozota, Francisco y Chordá Pérez, Marta (eds.), *VII Simposio sobre Celtiberos: nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Teruel, 295-302.
- 2015, «De ladrones, guerrilleros y revolucionarios: el tópico del bandidaje en la Iberia prerromana», en Gómez Castro, Daniel (ed.), *Economía y ejército en el mar corruptor*, Herakleion, Madrid, 113-146.
- 2017, «Antehistoria, masonería y república: la rareza historiográfica de Miguel Morayta», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 93-121.
- (eds.) 2017, *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Aguilera Durán, Tomás y Sánchez Moreno, Eduardo, e. p., «Lusitanos frente a Galba (151-150 a.C.): ¿una deditio in fidem?», en García Riaza, Enrique (ed.), *In fidem venerunt: expresiones de sometimiento a la República romana en Occidente*, e. p.
- Aguilera Durán, Tomás y Viaña Gutiérrez, Alicia, 2016, «El Otro bajo tierra: reflexiones sobre identidad, alteridad y Arqueología», *ArkeoGazte* 6, 37-54.
- Agustín, Antonio, 1587, *Dialogos de medallas, inscripciones y otras antigüedades*, Felipe Mey, Tarragona.
- Ainsworth, Peter, 2003, «Legendary History: Historia and Fabula», en Deliyannis, Deborah Mauskopf (ed.), *Historiography in the Middle Ages*, Brill, Leiden, 388-416.
- Alarcón Hernández, Carmen, 2013, «La devotio ibérica y R. Étienne: ¿El origen del culto imperial en Hispania?», *Arys* 11, 209-226.
- Alba, Víctor, 1953, *La concepción historiográfica de Lucio Anneo Floro*, CSIC-Instituto Antonio de Nebrija, Madrid.
- Alberro, Manuel, 2003-2004, «El paradigma céltico de las cabezas cortadas y su conexión con la diosa de guerra ornitomórfica y los ritos funerarios de los celtíberos», *Kalathos* 22-23, 195-250.
- Albert, Sigrid, 1980, «*Bellum iustum*»: die Theorie des «gerechten Krieges» und ihre praktische Bedeutung für die auswärtigen Auseinandersetzungen Roms in republikanischer Zeit, Lassleben, Kallmünz über Regensburg.
- Alcoberro i Pericay, Agustí (ed.), 1997, *Pere Miquel Carbonell. Cròniques d'Espanya*, 2 vols., Barcino, Barcelona.
- Alcoberro y Pericay, Agustí, 2000, «Les cròniques d'Espanya de Pere Miquel Carbonell: algunes claus per a la seva lectura», *Recerques* 40, 79-98.
- Aldhouse-Green, Miranda, 2001, *Dying for the Gods: Human Sacrifice in Iron Age & Roman Europe*, Tempus, Stroud.
- Aldrete, Bernardo de, 1606, *Del origen y principio de la lengua castellana ò romance que oi se usa en España*, Carlo Wlletto, Roma.
- Alfayé Villa, Silvia, 2009, *Santuarios y rituales en la Hispania céltica*, Archaeopress, Oxford.
- 2010, «Ritos de sangre. Sacrificios cruentos en los ámbitos celtibérico y vacceo», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *Ritos y mitos: actas del VI Simposio sobre Celtiberos (Daroca, del 26 al 29 de noviembre de 2008)*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Mara, 219-238.
- 2013, «Marcial y la construcción del estereotipo del “macho celtibérico”», en Marco Simón, Francisco et al. (eds.), *Aragón antiguo: fuentes para su estudio*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 52-60.

- 2015, «Imposturas célticas: celtismo, estereotipos salvajes, druidas, megalitos y melancolías neoceltas», en Sancho Rocher, Laura (ed.), *La Antigüedad como paradigma: espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 299-327.
- Alfayé Villa, Silvia y Marco Simón, Francisco, 2016, «New Victims for Old Gods: Human Sacrifice of the Conquerors in Colonial Contexts», *Studi e Materiali Di Storia Delle Religioni* 82/2, 593-616.
- Almagor, Eran, 2005, «Who Is a Barbarian? The Barbarians in the Ethnological and Cultural Taxonomies of Strabo», en Dueck, Daniela et al. (eds.), *Strabo's Cultural Geography: the Making of a Kolossourgia*, Cambridge University Press, Cambridge-New York, 42-55.
- Almagor, Eran y Skinner, Joseph (eds.), 2013, *Ancient Ethnography: New Approaches*, Bloomsbury Academic, London.
- Almagro-Gorbea, Martín, 2004, «La Real Academia de la Historia, una institución al servicio de la arqueología española», en Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 55-68.
- 2005, «Ideología ecuestre en la Hispania prerromana», *Gladius* 25, 151-185.
- Almagro-Gorbea, Martín y Maier Allende, Jorge (eds.), 2012, *De Pompeya al Nuevo Mundo: la corona española y la arqueología en el siglo XVIII*, Real Academia de la Historia-Patrimonio Nacional, Madrid.
- Alonso, Carlos, 1979, *Los apócrifos del Sacromonte (Granada): estudio histórico*, Estudio Agustiniiano, Valladolid.
- Alonso Cortés, Narciso, 1950, «Sobre Ocampo y Morales», en AAVV, *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, CSIC, Madrid, vol. 1, 197-219.
- Alonso del Real, Carlos, 1972, *Esperando a los bárbaros*, Espasa-Calpe, Madrid.
- Alonso González, Pablo y González Álvarez, David, 2013, «Construyendo el pasado, reproduciendo el presente: identidad y arqueología en las recreaciones históricas de indígenas contra romanos en el Noroeste de España», *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares* 68/2, 305-330.
- Alonso Sánchez, Benito, 1948, «M. Georges Cirot y la historiografía española», *Bulletin Hispanique* 50/3, 263-274.
- Alonso-Núñez, José Miguel, 1979, «Les informations de Posidonius sur la péninsule ibérique», *L'Antiquité Classique* 48/2, 639-646.
- 1987, «Herodotus on the Far West», *L'Antiquité Classique* 56/1, 243-249.
- 1989, «Orosius on Contemporary Spain», en Deroux, Carl (ed.), *Studies in Latin Literature and Roman History V*, Latomus, Bruxelles, 491-507.
- 1993, «La transición del mundo antiguo al medieval en la historiografía. La primera historia universal cristiana: las *Historiae Adversum Paganos* de Paulo Orosio», en AAVV, *De la Antigüedad al Medioevo: siglos IV-VIII (III Congreso de Estudios Medievales)*, Fundación Sánchez-Albornoz, Ávila, 143-158.
- 1999, «La Turdetania de Estrabón», en Cruz Andreotti, Gonzalo (ed.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga, 101-119.
- Alonso-Rey, María Dolores, 2010, «El personaje de Olvia en Numancia destruida, de I. López de Ayala», *Tonos Digital* 19, 1-17.
- Alvar Ezquerro, Alfredo, 2000a, «La necesidad de renovación historiográfica y los cronistas de Carlos V», en García García, Bernardo José (ed.), *El Imperio de Carlos V. Procesos de agregación y conflictos*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 301-324.
- 2011a, «Dos humanistas cara a cara: Ambrosio de Morales y Benito Arias Montano», *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro* (web), <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/sites/proyectos.cchs.csic.es/hu>

- manismoyhumanistas/files/Dos%20humanistas%20frente%20a%20frente.pdf (accedido: 21/05/2014).
- 2011b, «Esteban de Garibay (1533-1599)», *Historiadores y gentes de letras en los siglos de oro* (web), <http://www.proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/sites/proyectos.cchs.csic.es/humanismoyhumanistas/files/ESTEBAN%20DE%20GARIBAY%20PARA%20LA%20WEB%20CERRADO.pdf> (accedido: 26/01/2015).
- 2011c, «Esteban de Garibay (1533-1599), o doce claves y algunas reelecciones para entender cómo paralizó la renovación historiográfica española», *Revista de Historiografía* 15, 90-97.
- 2014, *Un maestro en tiempos de Felipe II: Juan López de Hoyos y la enseñanza humanista en el siglo XVI*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- 2016, *Una ingeniosa locura: libros y erudición en Cervantes*, CSIC, Madrid.
- Alvar Ezquerro, Antonio, 1980-1981, «Las Res Gestae Divi Avgvsti: introducción, texto latino y traducción», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 7-8, 109-140.
- (ed.) 1990, *Décimo Magno Ausonio. Obras II*, Gredos, Madrid.
- Alvar Ezquerro, Jaime, 1986, «Theron, rex Hispaniae Citerioris (Macr., Sat. I. 20, 12)», *Gerión* 4, 161-175.
- 1997, «Héroes ajenos: Aníbal y Viriato», en Alvar Ezquerro, Jaime y Blázquez Martínez, José María (eds.), *Héroes y antihéroes en la antigüedad clásica*, Cátedra, Madrid, 137-154.
- 2000b, «Fuentes literarias sobre Tartessos», en Aranegui Gascó, Carmen (ed.), *Argantonio: rey de Tartessos*, Consorci de Museus de la Comunitat Valenciana-Ministerio de Educación y Cultura-Fundación El Monte, Valencia-Madrid-Sevilla, 37-68.
- Alvar Ezquerro, Jaime y Gómez Martos, Francisco, 2011, «El poblamiento de España en las historias generales de los siglos XVI-XVIII», *Revista de Historiografía* 15, 17-27.
- Alvar Ezquerro, Jaime et al., 2006, «Falso, falsario, falsificación, falseamiento», *Arys: Antigüedad: religiones y sociedades* 7, 3-16.
- Alvar Nuño, Guillermo, 2014a, «Rodrigo Sánchez de Arévalo y la Historiografía en el siglo XV», *Estudios Clásicos* extra 2, 223-230.
- 2014b, «Las fuentes geográficas griegas en la Compendiosa Historia Hispanica de Rodrigo Sánchez de Arévalo: el caso de Estrabón», en Baños Baños, José Miguel et al. (eds.), *Philologia, Universitas, Vita: trabajos en honor de Tomás González Rolán*, Escolar y Mayo, Madrid, 45-52.
- 2017a, *Estudio, edición crítica y traducción de la «Compendiosa historia Hispánica» de Rodrigo Sánchez de Arévalo*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- 2017b, «Algunas notas acerca del mito de Hércules y la monarquía castellana en la historiografía peninsular (siglos XIII-XV)», en Borrell Vidal, Esperança y Cruz Palma, Óscar de la (eds.), *Omnia mvtantvr: canvi, transformació i pervivència en la cultura clàssica, en les seves llengües i en el seu llegat*, Universitat de Barcelona, Barcelona, vol. 2, 243-251.
- Álvarez Barrientos, Joaquín, 2012, «Honesta disciplina: aparición de un discurso crítico frente a los farsarios», *Edad de Oro* 31, 9-30.
- Álvarez Jiménez, David et al. (eds.), 2013, *El espejismo del bárbaro: ciudadanos y extranjeros al final de la Antigüedad (congreso en Segovia, 27-29 octubre de 2011)*, Universitat Jaume I, Castelló de la Plana.
- Álvarez Junco, José, 2001, *Mater Dolorosa: la idea de España en el siglo XIX*, Taurus, Madrid.
- (ed.) 2013, *Las historias de España. Visiones del pasado y construcción de identidad*, Crítica-Marcial Pons, Barcelona-Madrid.
- 2016, «España no es eterna», *El País*, 30 de abril de 2016, sec. Babelia.

- 2017, *Dioses útiles: naciones y nacionalismos*, Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- Álvarez Junco, José y Fuente Monge, Gregorio de la, 2017, *El relato nacional: historia de la historia de España*, Taurus, Barcelona.
- Álvarez Martí-Aguilar, Manuel, 1996, *La antigüedad en la historiografía española del s. XVIII: el Marqués de Valdeflores*, Universidad de Málaga, Málaga.
- 1997, «Modelos historiográficos e imágenes de la Antigüedad: El cerco de Numancia de Miguel de Cervantes y la Historiografía sobre la España Antigua en el siglo XVI», *Hispania Antiqua* 21, 545-570.
- 1999, «Notas sobre el papel de Estrabón en la historiografía española, del Renacimiento a la Ilustración», en Cruz Andreotti, Gonzalo (ed.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga, 31-62.
- 2005, *Tarteso. la construcción de un mito en la historiografía española*, Diputación de Málaga, Málaga.
- 2007, «Arganthonius Gaditanus: la identificación de Gadir y Tarteso en la tradición antigua», *Klio* 89/2, 477-492.
- Álvarez Rodríguez, Adelino, 1985, «Juan Fernández de Heredia y las traducciones del griego medieval al aragonés», *Erytheia* 6/1, 25-41.
- Alzola Romero, Aarón y Sánchez Moreno, Eduardo, 2011, «Fabricating Celts: How Iron Age Iberians Became Indo-Europeanized during the Franco Regime», en Conley, K. (ed.), *Proceedings of the 29th Annual Harvard Celtic Colloquium*, Harvard University Press, Cambridge, 1-29.
- Amat Flórez, Carmen, 2013, «Embriaguez y moderación en el consumo de vino en la Antigüedad», *Iberia* 9, 125-142.
- Amela Valverde, Luis, 1990, «La amonedación pompeyana en Hispania. Su utilización como medio propagandístico y como reflejo de la clientela de la gens pompeia», *Faventia* 12-13, 181-197.
- Anchustegui Igartua, Esteban, 2011, «El universo identitario de Esteban de Garibay y Zamalloa», *Ingenium. Revista Electrónica de Pensamiento Moderno y Metodología en Historia de la Ideas* 5, 29-53.
- Anderson, Benedict R. O'G, 1993 [1983], *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Andioc, René, 1987 [1976], *Teatro y sociedad en el Madrid del siglo XVIII*, Castalia, Madrid.
- Andrés, Ramón, 2015, *Semper dolens: historia del suicidio en Occidente*, Acantilado, Barcelona.
- Andrés-Gallego, José (ed.), 2004 [2000], *Historia de la historiografía española*, Encuentro, Madrid.
- Andreu Pintado, Javier, 2008, «Vascoiberismo, vascocantabrisismo y navarrismo: aspectos y tópicos del recurso ideológico a los vascones de las fuentes clásicas», *Revista de Historiografía* 8, 41-54.
- Anello, Piera, 2005, «Barbaros ed enchorios in Diodoro», en *Diodoro e l'altra Grecia: Macedonia, Occidente, Ellenismo nella Biblioteca storica (atti del convegno, Milano, 15-16 gennaio 2004)*, Vita e Pensiero, Milán, 223-237.
- Anónimo, s. f., *Segvndo qvaderno de varios Romances, los mas modernos que hasta hoy se han cantado [pliego suelto]*, s. e., s. l.
- 1434, «Crónica General de España de 1344 [manuscrito]», s. l.
- ca. 1550, *Aqui se contienen quatro romances [...] [pliego suelto]*, s. e., s. l.
- ca. 1590, «La Numantina [manuscrito]», s. l.
- ca. 1593, *Segvndo qvaderno de varios Romances, los mas modernos que hasta hoy se han cantado [pliego suelto]*, s. e., s. l.
- 1595, *Septimo qvaderno de varios Romances, los mas modernos que hasta hoy se han cantado*, Herederos de Iuan Nauarro, Valencia.

- 1597, *Septima y Octava Parte de Flor de varios romances nuevos*, Iuan Iñiguez de Lequerica, Alcalá de Henares.
- 1600, *Romancero general, en que se contienen todos los Romances que andan impressos en las nueve partes de Romanceros*, Luis Sanchez, Madrid.
- ca. 1651-1700, «En el remedio esta el daño: comedia nueva [manuscrito]», s. l.
- 1680, «Historia de España cotexada entre Florian de Ocampo, Ambrosio de Morales y Esteuan de Garibay», en AAVV, *Miscelaneas hist[oric]as y politicas. Donde se hallaran muchos papeles originales*, s. n., s. l., 119-147.
- 1750, «Teatro antiguo Español (hasta mediados del siglo XVIII). Comedias mss. anónimas. Tomo 5º [manuscrito]», s. l.
- 2017, «Una parada militar rinde homenaje a los valores de Numancia, en el 2150 aniversario», *ABC*, 29 de de septiembre de 2017.
- Anquetil, Louis-Pierre, 1799, *Précis de l'histoire universelle [...]*, Lesguilliez, Paris.
- 1801-1807, *Compendio de la historia universal [...]*, (traducido por Vázquez, Francisco) Imprenta Real, Madrid.
- 1806 [1799], *Compendio de la historia de España*, (traducido por Vázquez, Francisco) Imprenta Real, Madrid.
- Antonelli, Luca, 1997, *I greci oltre gibilterra: rappresentazioni mitiche dell'estremo occidente e navigazioni commerciali nello spazio atlantico fra VIII e IV secolo a.C.*, L'Erma di Bretschneider, Roma.
- Antonetti, Claudia, 1987, «Agraioi et agrioi. Montagnards et bergers: un prototype diachronique de sauvagerie», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 13/1, 199-236.
- Arce Martínez, Javier, 1980, «La iconografía de “Hispania” en época de romana», *Archivo Español de Arqueología* 53/141-142, 77-102.
- Arce Martínez, Javier y Olmos Romera, Ricardo (eds.), 1991, *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX) (Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid.
- Arce Martínez, Javier y Plácido Suárez, Domingo, 1988, «Tendencias actuales y perspectivas de investigación en Historia Antigua», en Faci Lacasta, Francisco Javier (ed.), *Tendencias en historia (Encuentro en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Pazo de Mariñán, Betanzos, La Coruña, julio 1988)*, CSIC, Madrid, 19-26.
- Archambault, Paul, 1966, «The Ages of Man and the Ages of the World. A Study of Two Traditions», *Revue d'Etudes Augustiniennes et Patristiques* 12/3-4, 193-228.
- Arens, William E., 1979, *The Man-Eating Myth: Anthropology and Anthropophagy*, Oxford University Press, New York.
- Arias Anglés, Enrique, 1985, «Influencias de John Flaxman y Gavim Hamilton en José Madrazo y nueva lectura de “La muerte de Virato”», *Archivo Español de Arte* 58/232, 351-362.
- Armas, Frederick Alfred de, 1974, «Classical Tragedy and Cervantes' La Numancia», *Neophilologus* 58/1, 34-40.
- 1994, «Achilles and Odysseus: An Epic Contest in Cervantes' La Numancia», en Reichenberger, Kurt (ed.), *Cervantes: estudios en la víspera de su centenario*, Edition Reichenberger, Kassel, vol. 2, 357-370.
- 1996, «The Necromancy of Imitation: Lucan and Cervante's La Numancia», en Simerka, Barbara (ed.), *El arte nuevo de estudiar comedias: literary theory and Spanish Golden Age drama*, Bucknell University Press-Associated University Presses, Lewisburg-London, 246-258.
- 2000, «Numancia as Ganymede: Conquest and Continence in Giulio Romano, Cervantes and Rojas Zorrilla», en Simerka, Barbara y Weimer, Christopher B (eds.), *Echoes and*

- inscriptions: comparative approaches to early modern Spanish literatures*, Bucknell University Press, Lewisburg, 250-570.
- 2005, «Casting the Gods of Egypt: Proteus, the Nile and the Phoenix in La Numancia», en McGrath, Michael J. (ed.), «*Corónete tus hazañas*»: *studies in honor of John Jay Allen*, Juan de la Cuesta, Newark, 127-141.
- 2010 [1998], *Cervantes, Raphael and the Classics*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- 2012, «El saber de Herebo/Proteo: la alegoría en El trato de Argel y La Numancia», en Mata Induráin, Carlos (ed.), *Recreaciones teatrales y alegorías cervantinas*, Universidad de Navarra, Pamplona, 145-160.
- Armiño, Mauro (ed.), 1994, *Jean-Jacques Rousseau. Del Contrato social. Discurso sobre las ciencias y las artes. Discurso sobre el origen y los fundamentos de la desigualdad entre los hombres*, Alianza, Madrid.
- (ed.) 2007, *Jules Verne. Cinco semanas en globo*, Akal, Tres Cantos.
- Armistead, Samuel G., 1994, «Épica y Romancero ante la crítica individualista», en Catalán Menéndez-Pidal, Diego (ed.), *De balada y lírica*, Fundación Ramón Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid, Madrid, vol. 1, 487-504.
- Armstrong, John A., 1982, *Nations before Nationalism*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Arnold, Bettina, 1990, «The Past as Propaganda: Totalitarian Archaeology in Nazi Germany», *Antiquity* 64/244, 464-478.
- 1999, «‘Drinking the Feast’: Alcohol and the Legitimation of Power in Celtic Europe», *Cambridge Archaeological Journal* 9/1, 71-93.
- 2002, «Justifying Genocide: Archaeology and the Construction of Difference», en Hinton, Alexander Laban (ed.), *Annihilating Difference: the Anthropology of Genocide*, University of California Press, Berkeley, 95-116.
- 2004, «Dealing With the Devil. The Faustian Bargain of Archaeology Under Dictatorship», en Galaty, Michael L. y Watkinson, Charles (eds.), *Archaeology under Dictatorship*, Kluwer Academic-Plenum Publishers, New York, 191-212.
- 2006a, «Pseudoarchaeology and Nationalism: Essentializing Difference», en Fagan, Garrett G. (ed.), *Archaeological Fantasies: How Pseudoarchaeology Misrepresents the Past and Misleads the Public*, Routledge, London-New York, 154-179.
- 2006b, «“Arierdämmerung”: Race and Archaeology in Nazi Germany», *World Archaeology* 38/1, 8-31.
- Arrocha González, Ruperto, 2000, *Naturaleza y cultura en Jean Jacques Rousseau: «Naturaleza, estética y voluntad general» : Tesis doctoral. 1999*, Universidad del País Vasco, Leioa.
- Asher, Ronald E., 1993, *National Myths in Renaissance France: Francus, Samothés and the Druids*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Augoustakis, Antony (ed.), 2010, *Brill’s Companion to Silius Italicus*, Brill, Leiden-Boston.
- Aujac, Germaine, 1966, *Strabon et la science de son temps: les sciences du monde*, Les Belles Lettres, Paris.
- Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), 2004, *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares.
- Ayarzagüena Sanz, Mariano et al. (eds.), 2017, *150 años de Historia de la Arqueología: teoría y método de una disciplina*, Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Madrid.
- Azcárate Luxán, Isabel (ed.), 1994a, *Historia y alegoría: los concursos de pintura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1753-1808)*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.
- 1994b, «Concurso para los premios de pintura. Año de 1802», en Azcárate Luxán, Isabel (ed.), *Historia y alegoría: los concursos de pintura de la Real Academia de Bellas Artes de*

- San Fernando (1753-1808)*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 225-235.
- 1994c, «Concurso para los premios de pintura. Año de 1799», en Azcárate Luxán, Isabel (ed.), *Historia y alegoría: los concursos de pintura de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (1753-1808)*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid, 213-223.
- Azcue Brea, Leticia, 1992, *El museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando: la escultura y la Academia*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Badía Magarit, Antonio María, 1958-1959, «La frase de la Primera Crónica General en relación con sus fuentes latinas», *Revista de Filología Española* 42/1, 179-210.
- Baffioni, Giovanni y Mattiangeli, Paola (eds.), 1981, *Annio da Viterbo: documenti e ricerche*, Consiglio Nazionale delle Ricerche, Roma.
- Balasch, Manuel y Dolç, Miquel (eds.), 1991, *Juvenal. Persio. Sátiras*, Gredos, Barcelona.
- Balasch Recort, Manuel (ed.), 1981, *Polibio. Historias. Libros V-XV*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1983, *Polibio. Historias. Libros XVI-XXXIX*, Gredos, Madrid.
- Baldwin, Barry, 1988, «Four Problems with Florus», *Latomus* 47, 134-142.
- Ballester Rodríguez, Mateo, 2009, «Sobre la génesis de una identidad nacional: España en los siglos XVI y XVII», *Revista de Estudios Políticos* 146, 149-178.
- 2010, *La identidad española en la Edad Moderna (1556-1665). Discursos, símbolos y mitos*, Tecnos, Madrid.
- 2018, «La nación premoderna», *Claves de Razón Práctica* 256, 52-59.
- Ballesteros Pastor, Luis, 1999, «Aspectos contrastantes en la tradición sobre L. Licinio Lúculo», *Gerión* 17, 331-343.
- Banchich, Thomas M., 2007, «The Epitomizing Tradition in Late Antiquity», en Marincola, John (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Blackwell, Malden-Oxford, vol. 1, 305-311.
- Bani-Esraili, Diane, 2013, «Cervantes's El Cerco de Numancia: An Argument on Blood-Based Determination of Hispanidad», *Aleph*, 1-26.
- Baras Escolá, Alfredo (ed.), 2009a, «Estudio preliminar», en Baras Escolá, Alfredo (ed.), *Miguel de Cervantes. Tragedia de Numancia*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 13-54.
- (ed.) 2009b, *Miguel de Cervantes. Tragedia de Numancia*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Baray, Luc, 2015, «Le "brigand lusitanien" reconsidéré. Analyse du problème de la terre chez Appien», *Gerión* 33, 229-260.
- Barceló Batiste, Pedro, 1994, «The Perception of Carthage in Classical Greek Historiography», *Acta Classica* 37, 1-14.
- Barceló Torres, Carmen, 2006, «Paseo toponímico de Sagunt a Saguntum», en Hinojosa Montalvo, José Ramón (ed.), *De Murbiter a Morvedre (exposición, del 3 de mayo al 23 de julio de 2006)*, Fundació Bancaixa, Valencia, 13-20.
- 2009, «Los falsos Sagunt de las fuentes árabes», *Al-Qanṭara* 30/1, 237-243.
- Baronowski, Donald Walter, 2011, *Polybius and Roman Imperialism*, Bristol Classical Press, London.
- Barrio Sanz, Encarnación del et al. (eds.), 2003, *Plinio el Viejo. Historia natural. Libros VII-XI*, Gredos, Madrid.
- Barrios Aguilera, Manuel, 2004, *Los falsos cronicones contra la historia*, Universidad de Granada, Granada.
- Barrios Aguilera, Manuel y García-Arenal, Mercedes, 2006, *Los plomos del Sacromonte: invención y tesoro*, vol. 1, Universidad de Valencia-Universidad de Granada-Universidad de Zaragoza, Valencia-Granada-Zaragoza.

- 2008, *¿La historia inventada?: los libros plúmbeos y el legado sacromontano*, Universidad de Granada-Fundación El legado de Andalucía, Granada.
- Barry, John Mannix, 2005, *Fides in Julius Caesar's Bellum Civile: A Study in Roman Political Ideology at the Close of the Republican Era*, Tesis Doctoral, University of Maryland, College Park.
- Bataillon, Marcel, 1923, «Sur Florian Docampo», *Bulletin Hispanique* 25/1, 33-58.
- Bauer-Funke, Cerstin, 2011, «El cerco de Numancia de Cervantes: un discurso heterodoxo en la España imperial», en Rivero Iglesias, Carmen (ed.), *Ortodoxia y heterodoxia en Cervantes*, Centro de Estudios Cervantinos, Alcalá de Henares, 33-42.
- Bautista Crespo, Juan, 2000, «La “Estoria de España” y las crónicas generales», en Fernández-Ordóñez, Inés (ed.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 107-132.
- Bautista Pérez, Francisco, 2013, «Una “Década” de Alfonso de Palencia recobrada: la segunda parte de las “Antigüedades de España”», *Boletín de la Real Academia Española* 93/307, 5-25.
- 2015, «Dos notas sobre el ciclo historiográfico de Alfonso III», *Territorio, Sociedad y Poder* 10, 5-16.
- Bayet, Jean, 1951, «Le suicide mutuel dans la mentalité des romains», *L'Année Sociologique* 5, 35-89.
- Beatrice, Pier Franco, 2004, «L'accusation d'athéisme contre les chrétiens», en Narcy, Michel y Rebillard, Eric (eds.), *Hellénisme et christianisme*, Presses Universitaires du Septentrion, Villeneuve d'Ascq, 133-152.
- Bécares Rodríguez, Laura, 2017, «La romanización de Asturias en el siglo XXI. Pervivencia y arraigo de antiguos paradigmas en tres novelas históricas», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 239-253.
- Bedon, Estelle, 2004, *L'image de l'Hispanie et des Hispaniques chez Tite-Live*, Tesis Doctoral, Paris 4, Paris.
- 2009a, «Le modèle romain, obstacle à la compréhension du monde barbare: l'exemple des peuples hispaniques chez Tite-Live», *Les Études Classiques* 77/1, 79-94.
- 2009b, «Hispanis, tam fera et bellicosa gente (Tite-Live, 34, 9, 4)», en Marein, Marie-Françoise et al. (eds.), *Figures de l'étranger autour de la Méditerranée antique. «À la rencontre de l'autre» (Actes du colloque international Antiquité méditerranéenne: à la rencontre de «l'autre», perceptions et représentations de l'étranger dans les littératures antiques, 12, 13 et 14 mars 2009. Université de Pau et des Pays de l'Adour. Centre de Recherche: Poétiques et Histoire Littéraire)*, L'Harmattan, Paris, 233-240.
- 2010, «L'Hispanie chez Horace», *Latomus* 69/1, 56-76.
- 2011, «L'image des Lusitaniens chez Tite-Live», en Simon, Mathilde (ed.), *Identités romaines. Conscience de soi et représentations de l'autre dans la Rome antique, IV^e siècle avant J.-C. – VIII^e siècle après J.-C.*, Rue d'Ulm, Paris, 157-176.
- Bejarano, Virgilio, 1955, «Fuentes antiguas para la historia de Salamanca», *Zephyrus* 6, 89-119.
- Belli, Angela, 1978, «Cervantes' El Cerco de Numancia and Euripides' The Trojan Women», *Kentucky Romance Quarterly* 25/2, 121-128.
- Beltrán Fortes, José Luis y Gascó La Calle, Fernando (eds.), 1993, *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla.
- Beltrán Lloris, Francisco, 1990, «La “pietas” de Sertorio», *Gerión* 8, 211-226.
- 2004, «Nos celtis genitos et ex hiberis: apuntes sobre las identidades colectivas en Celtiberia», en Cruz Andreotti, Gonzalo y Mora Serrano, Bartolomé (eds.), *Identidades*

- étnicas, *identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Universidad de Málaga, Málaga, 87-146.
- 2010, «El hospitium celtibérico», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *Ritos y mitos: actas del VI Simposio sobre Celtiberos (Daroca, del 26 al 29 de noviembre de 2008)*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Mara, 273-289.
- 2009, «Revisión y balance del corpus de téseras celtibéricas», *Palaeohispanica* 9, 625-668.
- Ben Ali Ghrandi, Nadia, 2009, «Nihil veri, nihil sancti, nullum ius ivrandvm: les Carthaginois vus par les Romains», en Marein, Marie-Françoise et al. (eds.), *Figures de l'étranger autour de la Méditerranée antique. «À la rencontre de l'autre» (Actes du colloque international Antiquité méditerranéenne: à la rencontre de «l'autre», perceptions et représentations de l'étranger dans les littératures antiques, 12, 13 et 14 mars 2009. Université de Pau et des Pays de l'Adour. Centre de Recherche: Poétiques et Histoire Littéraire)*, L'Harmattan, Paris, 223-231.
- Bendala Galán, Manuel, 2015, *Hijos del rayo: los Barca y el dominio cartaginés en Hispania*, Trébede, Las Matas.
- (ed.) 2016, *Los Escipiones: Roma conquista Hispania*, Comunidad de Madrid, Madrid.
- Benett, Charles Edwin y McElwain, Mary B. (eds.), 1925, *Frontinus. Stratagems. Aqueducts of Rome*, .
- Benítez Trinidad, Carlos, 2015, «La dimensión indígena del salvaje europeo», *Historia 2.0. Conocimiento histórico en clave digital* 9, 31-50.
- Bentley, Michael (ed.), 1997, *Companion to Historiography*, Routledge, London-New York.
- Berganza y Arce, Francisco de, 1719-1721, *Antigüedades de España [...]*, 2 vols., Francisco del Hierro, Madrid.
- Berger, Philippe, 1992, «Le portrait des Celtes dans les Histoires de Polybe», *Ancient Society* 23, 105-126.
- 1995, «La xénophobie de Polybe», *Revue des Études Anciennes* 97/3-4, 517-525.
- Bergmann, Emilie, 1984, «The Epic Vision of Cervantes's Numancia», *Theatre Journal* 36/1, 85-96.
- Bergua Caverro, Jorge et al. (eds.), 2007, *Plutarco. Vidas paralelas VI. Alejandro-César, Agesilao-Pompeyo, Sertorio-Éumenes*, Gredos, Madrid.
- Bermejo Barrera, José Carlos, 1982a, «Los excrementos y la política: una nota a Estrabón III, 4, 16», en Bermejo Barrera, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana I*, Akal, Madrid, 21-42.
- 1982b, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana I*, Akal, Madrid.
- 1982c, «Sobre el “ateísmo” de los galaicos», en Bermejo Barrera, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana I*, Akal, Madrid, 13-20.
- 1986a, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana II*, Akal, Madrid.
- 1986b, «El erudito y la barbarie», en Bermejo Barrera, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana II*, Akal, Madrid, 13-43.
- 1986c, «La guerra de los bárbaros y Marte Cosus», en Bermejo Barrera, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana II*, Akal, Madrid, 87-106.
- 1987a, *El final de la historia: ensayos de historia teórica I*, Akal, Madrid.
- 1987b, «La géopolitique de l'ivresse dans Strabon», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 13, 115-145.
- 1989, *Replanteamiento de la historia: ensayos de historia teórica II*, Akal, Madrid.
- 1991, *Fundamentación lógica de la historia: introducción a la historia teórica*, Akal, Madrid.
- 1994, *Entre historia y filosofía*, Akal, Madrid.
- 2004, *¿Qué es la historia teórica?*, Akal, Tres Cantos.

- 2005, *Sobre la Historia considerada como poesía*, Akal, Tres Cantos.
- 2018, *Historia y melancolía*, Akal, Tres Cantos.
- Bermejo Barrera, José Carlos y Piedras Monroy, Pedro Andrés, 1999, *Genealogía de la historia: ensayos de historia teórica III*, Akal, Madrid.
- Bernabé Pajares, Alberto (ed.), 1992, *Filóstrato. Vida de Apolonio de Tiana*, Gredos, Madrid.
- Bernal, Martín, 1993, *Atenea negra: las raíces afroasiáticas de la civilización clásica*, (traducido por Lozoya, Teófilo de) Crítica, Barcelona.
- Bernat Vistarini, Antonio, 2001, «Rafael Alberti y “La Numancia” de Cervantes», en *Volver a Cervantes (actas del IV Congreso Internacional de la Asociación de Cervantistas, Lepanto, 1/8 de octubre de 2000)*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, vol. 2, 1177-1200.
- Bessone, Luigi, 1977, *La tradizione liviana*, Pàtron, Bologna.
- 1996, *La storia epitomata: introduzione a Floro*, L’Erma di Bretschneider, Roma.
- Betoret-Paris, Eduardo (ed.), 1980, *Sagunto en Manuel Vidal Salvador: El fuego de las riquezas y destrucción de Sagunto (facsimil)*, Caja de Ahorros y Socorros de Sagunto, Sagunto.
- Beuter, Pere Antoni, 1546, *Primera parte de la Coronica general de toda España y especialmente del reyno de Valencia*, Joan de Mey Flandro, Valencia.
- Bhabha, Homi K., 1994, *The Location of Culture*, Routledge, London-New York.
- Bidart, Pierre, 1987, «Le projet d’Etat-Nation espagnol au XVIIIe siècle et le différend linguistique castillan-basque», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 23/1, 387-407.
- Billig, Michael, 2014 [1995], *Nacionalismo banal*, Capitán Swing, Madrid.
- Binotti, Lucia, 2009, «Coins, Jewelry and Stone Inscriptions: Ambrosio de Morales and the Re-Writing of Spanish History», *Hispanofila* 157, 5-24.
- Blanco Silva, Rafael, 1999, «Una crónica mozárabe a la que se ha dado en llamar arábigo-bizantina de 741: un comentario y una traducción», *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 17, 153-168.
- Blázquez Garbajosa, Adrián, 1985, «La reconquista de Sigüenza y su significación geopolítica regional», *Wad-al-Hayara* 12, 35-42.
- Blázquez Martínez, José María, 1958, «Sacrificios humanos y representaciones de cabezas en la Península Ibérica», *Latomus* 17, 27-52.
- 1967, «Las alianzas en la Península Ibérica y su repercusión en la progresiva conquista romana», *Revue Internationale du Droit d’Antiquité* 14, 209-243.
- Blázquez Martínez, José María y García-Gelabert Pérez, María Paz, 1987, «Mercenarios hispanos en las fuentes literarias y en la arqueología», *Habis* 18-19, 257-270.
- 1988, «Los ilergetes en el cuadro de los restantes pueblos iberos durante la Segunda Guerra Púnica», en AAVV, *Prehistòria i arqueologia de la Conca del Segre: homenatge al Prof. Dr. Joan Maluquer de Motes (7è Col·loqui Internacional d’Arqueologia de Puigcerdà, 6-8 de juny de 1986)*, Institut d’Estudis Ceretans, Puigcerdà, 201-206.
- Blecua Teijeiro, José Manuel, 1963, *Francisco de Quevedo. Obras completas I. Poesía original*, Planeta, Barcelona.
- Bloch, Marc, 2001, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, (traducido por Jiménez, María y Zaslavsky, Danielle) Fondo de Cultura Económica, México D. F.
- Blok, Josine, 1995, *The Early Amazons: Modern and Ancient Perspectives on a Persistent Myth*, E.J. Brill, Leiden-New York.
- Blüher, Karl-Alfred, 1984 [1969], *Séneca en España: investigaciones sobre la recepción de Séneca en España desde el siglo XIII hasta el siglo XVII*, (traducido por Conde, Juan) Gredos, Madrid.
- Bolgar, Robert Ralph, 1954, *The Classical Heritage and Its Beneficiaries*, Cambridge University Press, Cambridge.

- 1971, *Classical Influences on European Culture, A.D. 500-1500 (Proceedings of an International Conference Held at King's College, Cambridge, April 1969)*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- 1976, *Classical Influences on European Culture, A.D. 1500-1700 (Proceedings of an International Conference Held at King's College, Cambridge, April 1974)*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- 1979, *Classical Influences on Western Thought, A.D. 1650-1870 (Proceedings of an International Conference Held at King's College, Cambridge, March 1977)*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Bonmatí, Virginia y Álvarez, Felicidad (eds.), 1992, *Nebrija historiador*, Muy Antigua, Ilustre y Real Hermandad de los Santos, Lebrija.
- Bonnet, Corinne, 2005, «Carthage, l'«autre nation» dans l'historiographie ancienne et moderne», *Anabases* 1, 139-160.
- 2011, «Le destin féminin de Carthage», *Pallas* 85, 19-29.
- Bonneville, Jean-Noël, 1984, «A propos de l'exploitation des livres anciennes par E. Hübner: les «Antigüedades» de Ambrosio de Morales», en Étienne, Robert (ed.), *Épigraphie hispanique: problèmes de méthode et d'édition (Actes de la Table Ronde Internationale du CNRS organisée à l'Université de Bordeaux III les 8-9-10 décembre 1981)*, CNRS, Paris, 68-83.
- Booth, Alan D., 1985, «Une de Capillatis... Egnati», *Echos Du Monde Classique/Classical Views* 29/1, 111-120.
- Borie, Cécile, 2011, *L'exotisme dans la littérature latine de Plaute aux écrivains augustéens*, Tesis Doctoral, Université de Limoges, Limoges.
- Borreguero Beltrán, Cristina (ed.), 2006, *El Padre Flórez: tres siglos después (Actas del Congreso Internacional, Burgos, 23 al 26 de septiembre de 2002)*, Universidad de Burgos-Diputación Provincial de Burgos, Burgos.
- Botrel, Jean-François, 2004, «De la historia de la literatura a la historia cultural: ensayo de autohistoriografía», *Revista de Historiografía* 1, 10-19.
- Botta, Sergio, 2008, *Religione e conquista: saggi sul discorso coloniale in Messico*, Edizioni Nuova Cultura, Roma.
- Boube, Emmanuelle, 1996, *Le trophée augustéen*, Musée Archéologique Départemental, Saint-Bertrand-de-Comminges.
- Boulogne, Jacques y Sys, Jacques (eds.), 1995, *Le barbare, le primitif, le sauvage: neuf études*, Université de Lille III-Centre d'Études Supérieures et de Recherches sur les Relations Ethniques et le Racisme, Villeneuve d'Ascq.
- Bourdieu, Pierre, 2008 [1984], *Homo academicus*, (traducido por Dilon, Ariel) Siglo XXI, Buenos Aires.
- Bourgault, Sophie y Sparling, Robert Alan (eds.), 2013, *A Companion to Enlightenment Historiography*, Brill, Leiden-Boston.
- Bower, Archibald et al., 1736-1744, *An Universal History: From the Earliest Account of Time to the Present*, J. Batley-E. Symon-T. Osborne-J. Crockatt, London.
- 1742-1792, *Histoire universelle depuis le commencement du monde jusqu'à présent*, Arkstée & Merkus, Amsterdam-Leipzig.
- Braun, Harald, 2007, *Juan de Mariana and Early Modern Spanish Political Thought*, Ashgate, Aldershot-Burlington.
- Bravo Castañeda, Gonzalo, 1985, «Hechos y teoría en Historia (Antigua): cuestiones teóricas en torno a un modelo/patrón de investigación», *Gerión* 3, 19-41.
- Breva Claramonte, Manuel, 1991, «Las ideas lingüísticas del siglo XVIII en Lorenzo Hervás: la descripción de las lenguas del mundo», *Anuario del Seminario de Filología Vasca Julio de Urquijo* 25/3, 769-781.

- Brizzi, Giovanni, 1962, «Romani e barbari nel giudizio degli scrittori cristiani dei secoli IV-VI», en AAVV, *Il passaggio dall'antichità al Medioevo in occidente (Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo IX, 6-12 aprile 1961)*, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto, 565-593.
- 2011, «Carthage and Hannibal in Roman and Greek Memory», en Hoyos, Dexter (ed.), *A Companion to the Punic Wars*, Wiley-Blackwell, Malden-Oxford, 483-498.
- Broch García, Alfred et al., 2004, «L'origen de la llegenda de “Telongus Bachius”: la resistència de Blanes al pas d'Anníbal», *Estudi General* 23-24, 347-360.
- Brockliss, William et al. (eds.), 2012, *Reception and the Classics: An Interdisciplinary Approach to the Classical Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Brown, Terence (ed.), 1996, *Celticism*, Rodopi, Amsterdam.
- Brunstetter, Daniel R. y Zartner, Dana, 2010, «Just War against Barbarians: Revisiting the Valladolid Debates between Sepúlveda and Las Casas», *Political Studies* 59/3, 733-752.
- Buffier, Claude, 1704, *Abregé de l'histoire d'Espagne par demandes et par réponses*, Jean Mariette, Paris.
- Burillo Mozota, Francisco, 2003, «Los celtas en la Península Ibérica: problemas y debates a las puertas del tercer milenio», en Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), *Polibio y la península ibérica (actas del Coloquio de Vitoria-Gasteiz, 20 a 21 de Noviembre de 2000)*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 359-384.
- 2016, «El tópico de los celtíberos pastores y trashumantes», en Berrocal-Rangel, Luis (ed.), *Homenaje a la profesora Concepción Blasco Bosqued*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 255-274.
- Burk, Rachel L., 2012, «“La Patria Consumida”: Blood, Nation, and Eucharist in Cervantes's Numancia», *Journal of Spanish Cultural Studies* 13/1, 1-19.
- Burke, Peter, 2006 [2004], *Lenguas y comunidades en la Europa moderna*, (traducido por Blasco Castiñeyra, Jaime) Akal, Madrid.
- 2014 [2009], *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza, Madrid.
- Burton, Paul J., 2011, *Friendship and Empire: Roman Diplomacy and Imperialism in the Middle Republic (353-146 BC)*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- 2013, «Enter the Muse: Literary Responses to Roman Imperialism (240–100 BC)», en Hoyos, B. Dexter (ed.), *A Companion to Roman Imperialism*, Brill, Boston, 99-112.
- Bustos Guadaño, María del Mar de, 2000, «La crónica de Ocampo y la tradición alfonsí del siglo XVI», en Fernández-Ordóñez, Inés y Armistead, Samuel G (eds.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Universidad de Valladolid - Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 187-217.
- Butler, Shane (ed.), 2016, *Deep Classics: Rethinking Classical Reception*, Bloomsbury Academic, London.
- Caballero López, José Antonio, 2002, «Anio de Viterbo y la historiografía española del siglo XVI», en Nieto Ibáñez, Jesús María (ed.), *Humanismo y tradición clásica en España y América*, Universidad de León, León, 101-120.
- 2004a, «El “Beroso” de Anio de Viterbo y su presencia en las historias de España», *Beroso* 11-12, 81-128.
- 2004, «Mito e historia en la Crónica General de España de Florián del Ocampo», en Lobato López, María Luisa y Domínguez Matito, Francisco (eds.), *Memoria de la palabra (actas del VI Congreso de la Asociación Internacional Siglo de Oro, Burgos-La Rioja, 15-19 de julio 2002)*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt, vol. 1, 397-405.
- 2004c, «Los griegos impostores y el famoso dominicano de Viterbo», en Domínguez Domínguez, Juan Francisco (ed.), *Humanae litterae: estudios de humanismo y tradición clásica, en homenaje al profesor Gaspar Morocho Gayo*, Universidad de León, León, 103-112.

- Cabrera de Córdoba, Luis, 1611, *De historia, para entenderla y escriuirla*, Luis Sanchez, Madrid.
- Cabrero-Aramburo, Ana, 2012, «La figura de la amazona en tres obras de Lope de Vega», en *Scripta manent (Actas del I Congreso Internacional Jóvenes Investigadores Siglo de Oro 2011)*, GRISO-Universidad de Navarra, 61-69.
- Calderone, Antonietta et al., 2000, *El teatro europeo en la España del siglo XVIII*, Universitat de Lleida.
- Calvo, Florencia, 2006, «Lope, Cervantes y Numancia: de la resistencia imperial a la legitimación poética», en Parodi, Alicia et al. (eds.), *El Quijote en Buenos Aires: lecturas cervantinas en el cuarto centenario*, Instituto de Filología y Literaturas Hispánicas Dr. Amado Alonso-Universidad de Buenos Aires-Asociación de Cervantistas, Buenos Aires, 849-858.
- Camacho Rojo, José María, 1994, «En torno a Diodoro de Sicilia y su concepción moralizante de la historia», en Lens Tuero, Jesús (ed.), *Estudios sobre Diodoro de Sicilia*, Universidad de Granada, Granada, 63-70.
- Campos y Fernández de Sevilla, Francisco Javier de, 2010, «El P. Flórez y los estudios de la Historia Antigua de España en el reinado de Carlos III (1759-1788)», *Cuadernos de Investigación Histórica* 27, 23-63.
- Canavaggio, Jean, 1977, *Cervantès dramaturge: un théâtre naître*, Presses Universitaires de France, Paris.
- Canfora, Luciano, 1980, *Ideologie del classicismo*, G. Einaudi, Torino.
- 2011, *El viaje de Artemidoro: vida y aventuras de un gran explorador de la Antigüedad*, (traducido por Pradera, Alejandro) La Esfera de los Libros, Madrid.
- Cantarino Suñer, María Elena, 2000, «Justo Lipsio en España: Humanismo, Neoestoicismo y Tacitismo», en Capellán de Miguel, Gonzalo (ed.), *Hacia un nuevo inventario de la ciencia española (IV Jornadas de Hispanismo Filosófico)*, Asociación de Hispanismo Filosófico, Santander, 77-84.
- 2003, «Séneca, Lipsio y Gracián (sobre el neoestoicismo de los siglos XVI y XVII)», en Casaban, Enric (ed.), *XIVè Congrès Valencià de Filosofia (Peñíscola, 21, 22 i 23 de març de 2002)*, Albatros, València, 225-236.
- Canto, Alicia María, 2001, «Sinoicismo y stolati en Emerita, Caesaraugusta y Pax: Una relectura de Estrabón III, 2, 15», *Gerión* 19, 425-476.
- 2005, «El testamento del cerdito Corocotta», *Celtiberia.net* (web), <http://www.celtiberia.net/articulo.asp?id=1149#ixzz1upiTlulQ> (accedido: 14/05/2012).
- Canto de Gregorio, Alicia María y Villena Moziño, Manuel de, 2001, *La arqueología española en la época de Carlos IV y Godoy: los dibujos de Mérida de don Manuel de Villena Moziño, 1791-1794*, Fundación de Estudios Romanos, Mérida.
- Cañizares Esguerra, Jorge, 2007, *Cómo escribir la historia del Nuevo Mundo: historiografías, epistemologías e identidades en el mundo del Atlántico del siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, México D.F.
- Capel Margarito, Manuel, 1986, «Ambrosio de Morales y la moderna investigación histórica», en AAVV (ed.), *Jeronimo Zurita. Su época y su escuela*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 443-450.
- Caravaggi, Giovanni, 1974, *Studi sull'epica ispanica del Rinascimento*, Università di Pisa, Pisa.
- Carbó García, Juan Ramón, 2015a, *Apropiaciones de la antigüedad: de getas, godos, Reyes Católicos, yugos y flechas*, Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja-Universidad Carlos III de Madrid, Madrid.
- 2015b, «“Tanto monta”. Pervivencias clásicas y goticismo en las genealogías legitimadoras de los Trastámaras», en Maestre Maestre, José María et al. (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico V. Homenaje al profesor Juan Gil*, Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, Alcañiz, vol. 4, 1769-1783.

- 2015c, «Getas, dacios y goticismo en la Europa de la Edad Moderna», *Revista de Historiografía* extra 3, 137-160.
- Carbonell Manils, Joan et al., 2012, «Quondam quanta fuit Hispania ipsa saxa doceant: falsi epigrafici e identità nella Spagna del XVI secolo», *Renæssanceforum* 8, 43-70.
- Carcedo de Andrés, Bruno y Pradales Ciprés, David, 2013, «Cú Chullain y Fer Diadh: la muerte del guerrero y el ritual descarnatorio», en Cid López, Rosa María y García Fernández, Estela (eds.), *Debita Verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, Universidad de Oviedo, Oviedo, vol. 2, 571-580.
- Cárdenas, Anthony J., 1997, «The Myth of Hercules in the Works of Alfonso X: Narration in the Estoria de España and in the General estoria», *Bulletin of Hispanic Studies* 74/1, 5-20.
- Cardenera, Vicente de, 1835, «Don José de Madrazo», *El Artista*, 1835, 306-310.
- Cardete del Olmo, María Cruz, 2004, «Ethnos y etnicidad en la Grecia clásica», en Cruz Andreotti, Gonzalo y Mora Serrano, Bartolomé (eds.), *Identidades étnicas, identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Universidad de Málaga, Málaga, 15-29.
- Carlos Villamarín, Helena de, 1996, *Las antigüedades de Hispania*, Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, Spoleto.
- Carman, Glen, 2016, «Human Sacrifice and Natural Law in Las Casas's Apologia», *Colonial Latin American Review* 25/3, 278-299.
- Caro Baroja, Julio, 1972, *Los vascos y la historia a través de Garibay: ensayo de biografía antropológica*, Txertoa, San Sebastián.
- 1979, *Sobre la lengua vasca y el vasco-iberismo*, Txertoa, San Sebastián.
- 1986, «El bandolerismo (hecho histórico y materia literaria)», en Caro Baroja, Julio, *Realidad y fantasía en el mundo criminal*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- 1992, *Las falsificaciones de la historia (en relación con la de España)*, Seix Barral, Barcelona.
- Carrete Parrondo, Juan, 2017, «Diccionario de grabadores y litógrafos que trabajaron en España. Siglos XV a XIX», <https://sites.google.com/site/arteprocomun/-diccionario-de-grabadores-y-litografos-que-trabajaron-en-espana-siglos-xv-a-xix> (accedido: 28/03/2018).
- Casas, Bartolomé de las, 1550, «Argumentum Apologiae Rmi. Dni. Fratris Bartholomei a Casaus, Episcopiquondam chiapensis adversus Genesium Sepulvedam, theologum cordubensem [manuscrito]», s. l.
- Caso González, José, 1988, «Notas sobre la comedia histórica en el siglo XVIII», en Pinto, Mario di et al. (eds.), *Coloquio Internacional sobre el Teatro Español del Siglo XVIII (Bolonia, 15-18 de octubre de 1985)*, Piovani editore, Abano Terme, 123-132.
- Casquete, Jesús, 2007, «Religiones políticas y héroes patrios», *Papers* 84, 129-138.
- Castañeda Delgado, Paulino (ed.), 1995, *Fray Bartolomé de las Casas. Obras completas 13. Cartas y memoriales*, Alianza, Madrid.
- Castañeda Salamanca, Felipe, 2002, *El indio: entre el bárbaro y el cristiano. Ensayos sobre filosofía de la Conquista en Las Casas, Sepúlveda y Acosta*, Universidad de los Andes, Bogotá.
- 2008, *Ensayos sobre antropofagia y buen comer en la filosofía antigua y medieval*, Universidad de los Andes, Bogotá.
- Castillo García, Carmen (ed.), 2001, *Tertuliano. Apologético. A los gentiles*, Gredos, Madrid.
- Castillo Pascual, María José (ed.), 2008, *Imágenes: la Antigüedad en las artes escénicas y visuales (Congreso Internacional, Logroño 22-24 de Octubre de 2007)*, Universidad de La Rioja, Logroño.
- Castiñeira Fernández, Ángel y Sariol Díaz, Joan (eds.), 1998, *Clemente de Alejandría. El pedagogo*, Gredos, Madrid.

- Castro Páez, Encarnación, 2004, «La géographie de la barbarie dans le Livre III de Strabon. Une approche à partir de la terminologie», en Charpentier, Marie-Claude (ed.), *Les espaces du sauvage dans le monde antique (Colloque Besançon, 4-5 mai 2000)*, Presses universitaires de Franche-Comté, Besançon, 243-253.
- Castro Sánchez, José (ed.), 1995, *Justino. Epítome de las Historias Filípicas de Pompeyo Trogo. Prólogos. Pompeyo Trogo. Fragmentos*, Gredos, Madrid.
- Castro y Castro, Manuel de, 1954, «El hispanismo en la obra de Paulo Orosio: Historiarum adversus paganos, libri VII», *Cuadernos de Estudios Gallegos* 28, 193-251.
- (ed.) 1955, *Juan Gil de Zamora. De Preconiis Hispanie. Estudio preliminar y edición crítica*, Universidad de Madrid, Madrid.
- Catalá Sanz, Jorge Antonio y Urzainqui Sánchez, Sergio, 2016, *El bandolerismo morisco valenciano (1563-1609)*, Universitat de València, Valencia.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego, 1992, *La Estoria de España de Alfonso X: creación y evolución*, Seminario Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- (ed.) 1994, *De balada y lírica*, 2 vols., Fundación Ramón Menéndez Pidal-Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- 1997, *Arte poética del romancero oral. 1. Los textos abiertos de creación colectiva*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- 1998, *Arte poética del romancero oral. 2. Memoria, invención, artificio*, Siglo Veintiuno, Madrid.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego y Andrés Gómez, María Soledad (eds.), 1975, *Crónica del Moro Rasis*, Gredos, Madrid.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego y Andrés, María Soledad de (eds.), 1971, *Crónica general de España de 1344*, Gredos, Madrid.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego et al. (eds.), 1972, *El romancero en la tradición oral moderna (1er Coloquio internacional, 29 de julio de 1971, Madrid)*, Cátedra-Seminario Menéndez Pidal-Gredos, Madrid.
- Catalán Menéndez-Pidal, Diego y Jerez Cabrero, Enrique, 2005, «*Rodericus*» romanizado en los reinos de Aragón, Castilla y Navarra, Fundación Ramón Menéndez Pidal, Madrid.
- Celestino Pérez, Sebastián, 2014, *Tarteso: viaje a los confines del Mundo Antiguo*, Trébede, Las Matas.
- 2016, *Tarteso: territorio y cultura*, Ariel, Barcelona.
- Cervantes, Fernando, 1994, *The Devil in the New World: The Impact of Diabolism in New Spain*, Yale University Press, New Haven-London.
- Cervantes Saavedra, Miguel de, 1605, *El ingenioso hidalgo don Quixote de la Mancha*, Juan de la Cuesta, Madrid.
- Chakrabarty, Dipesh, 2008 [2000], *Al margen de Europa: pensamiento poscolonial y diferencia histórica*, (traducido por Álvarez, Alberto E. y Maira, Araceli) Tusquets, Barcelona.
- Chambert, Régine, 2004, «L’Espagne de Lucain et de Martial», en André, Jean-Marie (ed.), *Hispanité et romanité*, Casa de Velázquez, Madrid, 59-80.
- Chamorro, Víctor, 2003, «Viriato. Historia compartida, mito disputado», en Morodo, Raúl (ed.), *Crónica 2002 (Ágora, el debate peninsular, Mérida, 4 a 8 de noviembre de 2002 / Ágora, o debate peninsular, Mérida, 4 a 8 de novembro de 2002)*, Gabinete de Iniciativas Transfronterizas, Mérida, 57-82.
- Champion, Craig Brian, 2004, *Cultural Politics in Polybius’s Histories*, University of California Press, Berkeley.
- Chapman, Malcolm, 1992, *The Celts: The Construction of a Myth*, St. Martin’s Press, New York.
- Chartier, Roger, 1993, *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Alianza, Madrid.
- 2000, *Entre poder y placer: cultura escrita y literatura en la edad moderna*, Cátedra, Madrid.

- Checa Cremades, Fernando, 1999, *Carlos V: la imagen del poder en el Renacimiento*, El Viso, Madrid.
- Chicote, Gloria Beatriz, 2000, «La capacidad narrativa del romancero y su influencia en otros géneros discursivos», en Sevilla Arroyo, Florencio y Alvar Ezquerro, Carlos (eds.), *Actas del XIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Madrid, 6-11 de julio de 1998)*, La Asociación-Castalia-Fundación Duques de Soria, Madrid, 88-95.
- Cintra, Luis Felipe Lindley, 1951, *Cronica geral de Espanha de 1344*, Casa da Moneda, Lisboa.
- Ciprés, Pilar, 1993a, *Guerra y sociedad en la Hispania indoeuropea*, Instituto de Ciencias de la Antigüedad-Aintzinate-Zientzien Institutua, Vitoria-Gasteiz.
- 1993b, «Celtiberia: la creación geográfica de un espacio provincial», *Ktèma* 18, 259-291.
- 2007, «La geografía de la guerra en Celtiberia», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica (Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006)*, CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 1, 177-197.
- 2012, «Pueblos enfrentados a Roma e identidad: el caso de los celtiberos», en Santos Yanguas, Juan, Cruz Andreotti, Gonzalo y Cruz Andreotti, Gonzalo (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 235-279.
- Cirot, Georges Eugène Alfred, 1904a, *Études sur l'historiographie espagnole. Les histoires générales d'Espagne entre Alphonse X et Philippe II (1284-1556)*, Feret, Bordeaux.
- 1904, *Études sur l'historiographie espagnole. Mariana historien*, Feret, Bordeaux.
- 1913, *De Operibus historicis Johannis Aegidii Zamorensis*, Feret, Burdigalae.
- 1914, «Florian de Ocampo, chroniste de Charles-Quint», *Bulletin Hispanique* 16/3, 307-336.
- 1935, «Notes sur l'historiographie hispano-portugaise», *Bulletin Hispanique* 37/4, 454-459.
- 1936, «Notes sur l'historiographie hispano-portugaise (suite)», *Bulletin Hispanique* 38/4, 417-443.
- Cisneros Cunchillos, Miguel, 2006, «Frontera y barbarie en la Cantabria del Padre Flórez», en Borreguero Beltrán, Cristina (ed.), *El Padre Flórez: tres siglos después (Actas del Congreso Internacional, Burgos, 23 al 26 de septiembre de 2002)*, Universidad de Burgos-Diputación Provincial de Burgos, Burgos, 201-217.
- Citroni, Mario, 2002, «L'immagine della Spagna e autorappresentazione del poeta negli epigrammi di Marziale», en Urso, Gianpaolo (ed.), *Hispania terris omnibus felicior: premesse ed esiti di un processo di integrazione (atti del convegno internazionale, Cividale del Friuli, 27-29 settembre 2001)*, ETS, Pisa, 281-301.
- Clarke, Katherine, 1999, *Between Geography and History: Hellenistic Constructions of the Roman World*, Clarendon Press, Oxford.
- Clavel-Lévêque, Monique, 1974, «Les Gaules et les Gaulois: pour une analyse du fonctionnement de la Géographie de Strabon», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 1, 75-93.
- Clavero, Dolores, 1994, *Romances viejos de temas épicos nacionales: relaciones con gestas y crónicas*, Ediciones del Orto, Madrid.
- Clavigero, Francisco Xavier, 1780, *Storia antica del Messico cavata da' migliori storici spagnuoli, da' manoscritti e dalle pitture antiche degl'indiani, divisa in dieci libri, e corredata di carte geografiche, e di varie figure e dissertazioni sulla terra, sugli animali, e sugli abitatori del Messico*, 2 vols., Gregorio Biasini, Casena.
- Clüver, Philipp, 1616-1631, *Germaniæ antiquæ libri tres [...]*, Elzevirium, Lugduni Batavorum.
- Cobo Sampedro, Ramón, 1879, *Ambrosio de Morales. Apuntes biográficos*, Imprenta, librería y litografía del Diario, Córdoba.

- Codoñer Merino, Carmen, 2008, «Tres cronistas reales: Alfonso de Palencia, Antonio de Nebrija y Lucio Marineo Sículo», *La Corónica* 37/1, 111-143.
- Codoñer Merino, Carmen y González Iglesias, Juan Antonio (eds.), 1994, *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento (actas del coloquio celebrado en Salamanca, noviembre de 1992)*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Coll i Palomas, Noemí y Garcés i Estalló, Ignasi, 1998, «Los últimos príncipes de Occidente. Soberanos ibéricos frente a cartagineses y romanos», en Aranegui Gascó, Carmen (ed.), *Los iberos, príncipes de occidente. Las estructuras de poder en la sociedad ibérica (Congreso Internacional «Los Iberos, Príncipes de Occidente», Centro Cultural de la Fundación «la Caixa», Barcelona, 12, 13 y 14 de marzo de 1998)*, Universitat de València, Valencia, 437-446.
- Collins, Amanda J., 2000, «Renaissance Epigraphy and Its Legitimizing Potential: Anniius of Viterbo, Etruscan Inscriptions, and the Origins of Civilization», en Cooley, Alison E. (ed.), *The Afterlife of Inscriptions: Reusing, Rediscovering, Reinventing & Revitalizing Ancient Inscriptions*, University of London-Institute of Classical Studies, London, 57-76.
- Collis, John, 1997, «Celtic Myths», *Antiquity* 71/271, 195-201.
- 2003, *The Celts: Origins, Myths & Inventions*, Tempus, Stroud.
- Comella, Luciano Francisco, 1798 [1785], *El mayor rival de Roma, Viriato: drama trágico en un acto*, Imprenta de Cruzado, Madrid.
- Concejo Álvarez, Pilar, 1985, *Antonio de Guevara, un ensayista español del siglo XVI*, Cultura Hispánica, Madrid.
- Conde Salazar, Matilde, 2009, «La obra y la biografía de Julio César en los Paralipomenon Hispaniae Libri X de Joan Margarit», *eHumanista* 13, 14-37.
- Contreras Contreras, Jaime, 2014, «La Monarquía de los Reyes Católicos: goticismo político y providencialismo religioso», en Cabañas González, María Dolores y Aguadé Nieto, Santiago (eds.), *El sueño de Cisneros: V centenario de la edición de la Biblia Políglota Complutense (Exposición Museo Luis González Robles-Universidad de Alcalá, 14 de noviembre 2014-01 de febrero 2015)*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 114-115.
- Corriente Córdoba, Federico y Viguera Molins, María Jesús (eds.), 1981, *Ibn Ḥayyān, de Córdoba. Crónica del califa 'Abd al-Raḥmān III an-Nāṣir entre los años 912 y 942 (al-Muqtabis V)*, Anubar-Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Zaragoza.
- Cortadella Morral, Jordi, 1991, *La història antiga en la historiografia catalana*, Universidad Autónoma de Barcelona, Bellaterra (Barcelona).
- 1994a, «Crítica histórica y reconstrucción del período precondal en la Cataluña del siglo XVIII», en Carreras Ares, Juan José et al. (eds.), *Estudios sobre historia antigua e historiografía moderna*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gazteiz, 37-57.
- 1994b, «Historia Antigua y reconstrucción historiográfica en la Cataluña del siglo XVIII», *Rivista di Storia della Storiografia Moderna* 15/2, 95-126.
- 2004, «Real Academia de Buenas Letras de Barcelona», en Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 69-71.
- 2005, «La Numancia de Cervantes: paradojas de la heroica resistencia ante Roma en la España imperial», en Park, Chul (ed.), *Actas del XI Coloquio Internacional de la Asociación de Cervantistas (Seúl, 17-20 de noviembre de 2004)*, Universidad Hankuk de Estudios Extranjeros, Seúl, 557-570.
- Cortés Copete, Juan Manuel (ed.), 2011, *Dion Casio. Historia romana. Libros L-LX*, Gredos, Madrid.
- Costa García, José Manuel, 2015, «Las campañas augusteas en el Noroeste peninsular: acción militar y propaganda», *ArkeoGazte* 5, 95-111.

- Costas Rodríguez, Jenaro (ed.), 1994, *Juan Gil de Zamora. Alabanzas e historia de Zamora*, Ayuntamiento de Zamora, Zamora.
- Cotarelo y Mori, Emilio, 1917, *Orígenes y establecimiento de la ópera en España hasta 1800*, Tip. de la Revista de Arch., Bibl. y Museos, Madrid.
- Coughlin, Edward V., 1974, *Habides de Ignacio López de Ayala*, Hispam, Barcelona.
- 1977, «Una obra inédita de don Ramón de la Cruz: su “Introducción” para la tragedia “Numancia destruida”», *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 53, 307-316.
- 1979, «Introducción a la Introducción para la tragedia Numancia destruida», en *Tres obras inéditas de don Ramón de la Cruz*, Puvill, Barcelona, 15-22.
- (eds.) 1979 [1778], *Tres obras inéditas de don Ramón de la Cruz*, Puvill, Barcelona.
- Covarrubias Orozco, Sebastián de, 1611, *Tesoro de la lengua castellana, o española*, Luis Sanchez, Madrid.
- Crawford, Michael H., 1974, *Roman Republican Coinage*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Crespo Güemes, Emilio (ed.), 1991, *Homero. Iliada*, Gredos, Madrid.
- Crespo López, Mario, 2014, *Rodrigo Jiménez de Rada. Vida, obra y bibliografía*, Fundación Ignacio Larramendi, Madrid.
- Cristóbal, Vicente y Echave-Sustaeta, Javier (eds.), 1992, *Virgilio. Eneida*, Gredos, Madrid.
- Cristofoli, Roberto, 2009, «Il giuramento di Annibale nei “Punica” di Silio Italico: aspetti storici, ideologici e politici», *Bollettino di Studi Latini* 39/2, 474-494.
- Cro, Stelio, 1977, «Las fuentes clásicas de la utopía moderna: el Buen salvaje y las Islas Felices en la historiografía indiana.», *Anales de Literatura Hispanoamericana* 6, 39-51.
- 1978, «La utopía cristiano-social en el Nuevo Mundo», *Anales de Literatura Hispanoamericana* 7, 87-129.
- 1982, «Los fundamentos teóricos de la Utopía hispanoamericana», *Anales de Literatura Hispanoamericana* 11, 11-37.
- 1992, «El buen salvaje y la edad moderna: Hackluyt, Montaigne y Pedro Mártir», en Vilanova, Antonio (ed.), *Actas del X Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas: Barcelona, 21-26 de agosto de 1989*, Promociones y Publicaciones Universitarias, Barcelona, 397-405.
- 1994, «Classical Antiquity, America, and the Myth of the Noble Savage», en Haase, Georg Günter Wolfgang y Reinhold, Meyer (eds.), *The Classical Tradition and the Americas Vol. 1, European Images of the Americas and the Classical Tradition*, Walter de Gruyter, Berlin-New York, 379-418.
- Crosas López, Francisco, 1998, *De diis gentium: tradición clásica y cultura medieval*, P. Lang, New York.
- 2010, *De enanos y gigantes: tradición clásica en la cultura medieval hispánica*, Dykinson, Madrid.
- Cruz Andreotti, Gonzalo, 1991a, *Tartessos como problema historiográfico: el espacio mítico y geográfico del Occidente mediterráneo en las fuentes arcaicas y clásicas griegas*, Universidad de Málaga, Málaga.
- 1991b, «Estesícoro y Tartessos», *Habis* 22, 49-62.
- 1993, «Estrabón y el pasado turdetano: la recuperación del mito tartésico», *Geographia Antiqua* 2, 13-32.
- 1995, «La Península Ibérica en los límites de la ecúmene: el caso de Tartessos», *Polis* 7, 39-75.
- (ed.) 1999, *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga.
- 2006, «Polibio y la integración histórico-geográfica de la Península Ibérica», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica*

- (*Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006*), CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 1, 77-96.
- 2007, «Acerca de Estrabón y la Turdetania-Bética», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica (Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006)*, CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 2, 251-270.
- 2010, «Tarteso-Turdetania o la deconstrucción de un mito identitario», en Bandera Romero, María Luisa de la y Ferrer Albelda, Eduardo (eds.), *El Carambolo: 50 años de un tesoro*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 17-53.
- 2013, «Tarteso: reflexiones desde la literatura geo-etnográfica antigua», en Campos Carrasco, Juan M. y Alvar Ezquerro, Jaime (eds.), *Tarteso: el emporio del metal*, Almuzara, Córdoba, 247-260.
- 2014, «Estrabón e Iberia: la construcción de una identidad histórica», *Studia Historica. Historia Antigua* 32, 143-152.
- Cruz Andreotti, Gonzalo y Mora Serrano, Bartolomé (eds.), 2004, *Identidades étnicas, identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Universidad de Málaga, Málaga.
- Cruz, Ramón de la, 1979 [1778], «Introducción para la Numancia destruida», en Coughlin, Edward V. et al. (eds.), *Tres obras inéditas de don Ramón de la Cruz*, Puvill, Barcelona, 15-22.
- Cuadrado Ramos, Elena (ed.), 2013, *M. Tulio Cicerón. Discursos VIII*, Gredos, Madrid.
- Cuart Moner, Baltasar, 2004, «La larga marcha de las historias de España en el siglo XVI», en García Cárcel, Ricardo (ed.), *La construcción de las Historias de España*, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, Madrid, 45-126.
- Cuéllar Real, Ricardo José, 2013, *Francisco de Vitoria y las cuestiones de Indias*, Tesis Doctoral, Universidad de Castilla-La Mancha.
- Cueto Asín, Elena y George Jr., David R., 2013, «Hispania, La Leyenda: The Myth of Viriatus' Struggle Transfigured for Television», *Communication & Society / Comunicación y Sociedad* 26/3, 117-129.
- Cueva, Joan de la, 1587, *Coro febeo de romances historiales*, Ioan de Leon, Sevilla.
- Cuntz, Otto y Wirth, Gerhard (eds.), 1990 [1929], *Itineraria Romana I. Itineraria Antonini Augusti et Burdigalense*, Teubner, Stuttgart.
- Curchin, Leonard A., 1999, «Cannibalism in Spain and the ancient world», en Alonso Ávila, M^a Ángeles et al. (eds.), *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 269-274.
- Curtius, Ernst Robert, 1948, *Europäische Literatur Und Lateinisches Mittelalter*, Francke, Bern.
- Daniel, Glyn Edmund, 1950, *A Hundred Years of Archaeology*, Duckworth, London.
- 1975, *A Hundred and Fifty Years of Archaeology*, Harvard University Press, Cambridge.
- (ed.) 1981, *Towards a History of Archaeology (Being the Papers Read at the First Conference on the History of Archaeology in Aarhus, 29 August-2 September 1978)*, Thames and Hudson, London-New York.
- Dauge, Yves Albert, 1981, *Le barbare: recherches sur la conception romaine de la barbarie et de la civilisation*, Latomus, Bruxelles.
- Davis, Elizabeth B., 2000, *Myth and Identity in the Epic of Imperial Spain*, University of Missouri Press, Columbia.
- Deliyannis, Deborah Mauskopf (ed.), 2003, *Historiography in the Middle Ages*, Brill, Leiden.
- Delpech, François, 1997, «Adoradores del fuego en Al-Andalus: reflexiones sobre la Prehistoria mítica de España», en González Alcantud, José Antonio y Buxó Rey, María Jesús (eds.), *El fuego. Mitos, ritos y realidades*, Anthropos-Diputación Provincial de Granada, Barcelona, 41-74.

- Demougeot, Émilienne, 1984, «L'image officielle du barbare dans l'Empire romain d'Auguste à Théodose», *Ktèma* 9, 124-143.
- Devallet, Georges, 1995, «L'image des Carthaginois dans la littérature latine, de la fin de la République à l'époque des Flaviens: "Perfidia plus quam Punica"», *Lalies* 16, 17-28.
- Dewald, Carolyn, 1981, «Women and Culture in Herodotus' Histories», *Women's Studies* 8/1-2, 93-127.
- Diachenko, Aleksandr, 2016, «Archaeology and the Nation Estate. The Case of Eastern Europe», *Archaeological Dialogues* 23/1, 3-10.
- Díaz Balsera, Viviana, 2008, «On Barbarism, Demons, and Natural Reason: Las Casas's Rhetoric of Human Sacrifices in Pre-Hispanic Mexico», en Arias, Santa y Merediz, Eyda M. (eds.), *Approaches to teaching the writings of Bartolomé de Las Casas*, The Modern Language Association of America, New York, 159-166.
- Díaz Díaz, Manuel Cecilio, 1976, *De Isidoro al siglo XI: ocho estudios sobre la vida literaria peninsular*, El Albir, Barcelona.
- 1983, *Códices visigóticos en la Monarquía leonesa*, CSIC-Centro de Estudios e Investigación San Isidoro, León.
- Díaz Martínez, Pablo de la Cruz, 2013, «El mito godo en la construcción de Castilla», en Díaz Martínez, Pablo de la Cruz et al. (eds.), *El historiador y la sociedad: homenaje al profesor José María Minguez*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 53-65.
- Díaz Mas, Paloma, 2006, *Romancero*, Crítica, Barcelona.
- Díaz Santana, Beatriz, 2002, *Los celtas en Galicia: arqueología y política en la creación de la identidad gallega*, Toxosoutos, Noia, A Coruña.
- Díaz Sanz, María Antonia, 1989, «Sacrificios humanos en la Celtiberia oriental: las "cabezas cortadas"», en *Segundo Encuentro de Estudios Bilbilitanos (diciembre 1986, Calatayud, España)*, Centro de Estudios Bilbilitanos, Calatayud, 33-41.
- Díaz Tejera, Alberto y Balasch Recort, Manuel (eds.), 1981, *Polibio. Historias. Libros I-IV*, Gredos, Madrid.
- Díaz Viana, Luis, 2011, «La evanescencia del pueblo y los usos del romancero como factor de identidad política», *Arbor* 187/751, 817-825.
- Díaz-Andreu García, Margarita, 1997, «La Historiografía Española sobre Arqueología: panorama actual de la investigación», en Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga, 9-18.
- 2002, *Historia de la Arqueología en España. Estudios*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- 2007, *A World History of Nineteenth-Century Archaeology: Nationalism, Colonialism, and the Past*, Oxford University Press, Oxford; New York.
- 2012, *Archaeological Encounters: Building Networks of Spanish and British Archaeologists in the 20th Century*, Cambridge Scholars Publishing, Newcastle upon Tyne.
- (eds.) 2009, *Diccionario histórico de la arqueología en España (siglos XV-XX)*, Marcial Pons, Madrid.
- Díaz-Andreu García, Margarita y Sørensen, Marie Louise Stig (eds.), 1998, *Excavating Women: A History of Women in European Archaeology*, Routledge, London.
- Díaz-Regañón López, José María (ed.), 1984, *Claudio Eliano. Historia de los animales. Libros IX-XVII*, Gredos, Madrid.
- Dietler, Michael, 1994, «"Our Ancestors the Gauls": Archaeology, Ethnic Nationalism, and the Manipulation of Celtic Identity in Modern Europe», *American Anthropologist* 96/3, 584-605.
- Dietler, Michael y Hayden, Brian (eds.), 2001, *Feasts: Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, University of Alabama Press, Tuscaloosa.

- Díez García, José Luis, 1992, *La pintura de historia del siglo XIX en España*, Museo del Prado, Madrid.
- 1998, *José de Madrazo (1781-1859)*, Fundación Marcelino Botín, Santander.
- 2007, «La disputa de griegos y troyanos por el cuerpo de Patroclo: un lienzo de José de Madrazo para Napoleón a través de sus dibujos preparatorios», *Boletín del Museo del Prado* 25/43, 62-83.
- 2013, «La destrucción de Numancia, el gran cuadro desconocido de José de Madrazo en el Museo del Prado», *Boletín del Museo del Prado* 31/49, 104-129.
- (eds.) 2015, *Pintura del siglo XIX en el Museo del Prado. Catálogo general*, Museo Nacional del Prado, Madrid.
- Diloli i Fons, Jordi y Sardà Seuma, Samuel (eds.), 2009, *Ideologia, pràctiques rituals i banquet al nord-est de la Península Ibèrica durant la Protohistòria*, Arola editors, Tarragona.
- Dolç i Dolç, Miguel, 1953, *Hispania y Marcial. Contribución al conocimiento de la España antigua*, CSIC, Barcelona.
- Domanska, Ewa, 2007, «Historiographical Criticism: A Manifesto», en Jenkins, John H. et al. (eds.), *Manifestos for history*, Routledge, Londres-New York, 197-204.
- 2011, «El “viraje performativo” en la humanística actual», (traducido por Navarro, Desiderio) *Criterios. Revista Internacional de Teoría de la Literatura, las Artes y la Cultura* 37, 125-142.
- Domínguez Monedero, Adolfo J., 1984, «Reflexiones acerca de la sociedad hispana reflejada en la “Geografía” de Estrabón», *Lucentum* 3, 201-218.
- 1985, «Algunas interpretaciones en torno a la religiosidad de los pueblos prerromanos del área cántabro-astur», en Marín Díaz, Nicolás (ed.), *In memoriam, Agustín Díaz Toledo*, Universidad de Granada-Diputación Provincial de Almería-Colegio Universitario de Almería, Granada-Almería, 53-75.
- 1987, «El vino y los pueblos del Norte de la Península Ibérica: Aproximación histórico-arqueológica», en Comas Solà, Montserrat (ed.), *El vi a l'antiguitat: economia, producció i comerç al Mediterrani Occidental (Actes I Col·loqui d'Arqueologia Romana: Badalona 28 29 30 de novembre i desembre 1985)*, Museu de Badalona, Badalona, 376-382.
- 1988a, «Los romanos e Iberia como tema histórico en la Geografía de Estrabón», en García de la Fuente, Olegario (ed.), *Actas del II Congreso Andaluz de Estudios Clásicos (Antequera, Málaga, 24-26 de mayo 1984)*, Sociedad Española de Estudios Clásicos, Málaga, vol. 1, 177-183.
- 1988b, «En torno a algunos aspectos socio-económicos de la cultura vaccea: estado de la cuestión y nuevas aportaciones», *Caesaraugusta* 65, 23-76.
- 1994, «La Meseta. Las fuentes literarias», en *Leyenda y Arqueología de las ciudades prerromanas de la Península Ibérica (Ciclo de Conferencias, Madrid, 25 y 26 de noviembre de 1993)*, Museo Arqueológico Nacional, Madrid, vol. 2, 107-118.
- 1995, «Del simposio griego a los bárbaros bebedores: el vino en Ibèria y su imagen en los autores antiguos», en Celestino Pérez, Sebastián (ed.), *Arqueología del vino: los orígenes del vino en occidente (Simposio Arqueología del Vino 1º 1994, Jerez de la Frontera)*, Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Xeres-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera, 21-72.
- 1998, «Más allá de Heracles: de la Iberia real a la recreación de una Iberia griega», en Cabrera Bonet, Paloma y Sánchez Fernández, Carmen (eds.), *Los griegos en España: tras las huellas de Heracles*, Ministerio de Educación y Cultura, Madrid, 44-65.
- 2008, «Los vettones en los textos clásicos», *Zona Arqueológica* 12, 364-379.
- 2013, «Los primeros griegos en la Península Ibérica (ss. IX-VI a.C.): mitos, probabilidades, certezas», en Hoz García-Bellido, María Paz de y Mora Rodríguez, Gloria

- (eds.), *El oriente griego en la Península Ibérica: epigrafía e historia*, Real Academia de la Historia, Madrid, 11-42.
- Domínguez Rodríguez, Ana, 1989, «Hércules en la miniatura de Alfonso X el Sabio», *Anales de Historia del Arte* 1, 91-103.
- Donézar Díez de Ulzurrun, Javier María, 2004, «De las naciones-patrias a la “nación-patria”. Del Antiguo al Nuevo Régimen», en Álvarez-Ossorio Alvariño, Antonio y García García, Bernardo José (eds.), *La Monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 93-118.
- Dopico Caínzos, María Dolores, 1989, «El hospitium celtibérico. Un mito que se desvanece», *Latomus: Revue de Études Latines* 48, 19-35.
- 1994, «La devotio ibérica: una revisión crítica», en Mangas Manjarrés, Julio y Alvar Ezquerro, Jaime (eds.), *Homenaje a José M^a Blázquez II. Protohistoria de la península ibérica*, Clásicas, Madrid, vol. 2, 181-194.
- D’Ors Pérez-Peix, Álvaro, 1942, «Sobre los orígenes del culto al emperador en la España romana», *Emerita* 10, 197-227.
- Droit, Roger Pol, 2009, *Genealogía de los bárbaros: historia de la inhumanidad*, Paidós, Barcelona.
- Dubuisson, Michel, 1983, «L’image du Carthaginois dans la littérature latine», *Studia Phoenicia* 1-2, 159-167.
- Duchesne, Jean-Baptiste Philippoteau, 1741, *Abrégé de l’histoire d’Espagne*, Chaubert, Paris.
- 1758 [1741], *Compendio de la historia de España*, Joachin Ibarra, Madrid.
- Dueck, Daniela, 2000, *Strabo of Amasia: A Greek Man of Letters in Augustan Rome*, Routledge, London-New York.
- 2009, «The Geographical Narrative of Strabo of Amasia», en Raaflaub, Kurt A. y Talbert, Richard J. A. (eds.), *Geography and Ethnography: Perceptions of the World in Pre-Modern Societies*, Wiley-Blackwell, Malden, 236-251.
- (ed.) 2017, *The Routledge Companion to Strabo*, Routledge, London.
- (eds.) 2005, *Strabo’s Cultural Geography: The Making of a Kolossourgia*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Duplá Ansuategui, Antonio, e. p., «La concepción de la historia, la Antigüedad y la nación en la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País», en Duplá Ansuategui, Antonio (ed.), *Antigüedad clásica y naciones modernas en el Viejo y el Nuevo Mundo*, Polifemo, Madrid.
- 1993, «Notas sobre fascismo y mundo antiguo en España», en *II Congresso Peninsular de História Antiga (Coimbra, 18 a 20 de Outubro de 1990: actas)*, Universidade de Coimbra, Coimbra, 337-352.
- 1999, «Clasicismo y fascismo: líneas de interpretación», en Álvarez Morán, María Consuelo y Iglesias Montiel, Rosa María (eds.), *Contemporaneidad de los Clásicos en el umbral del Tercer Milenio. Actas del Congreso Internacional Contemporaneidad de los Clásicos: la Tradición Grecolatina ante el Siglo XXI (La Habana, 1 a 5 de diciembre de 1998)*, Universidad de Murcia, Murcia, 351-359.
- 2002, «El franquismo y el mundo antiguo: una revisión historiográfica», en Forcadell, Carlos et al. (eds.), *Lecturas de la historia: nueve reflexiones sobre historia de la historiografía*, Institución Fernando el Católico, Zaragoza, 167-190.
- 2005, «Imperialismo defensivo y guerra justa: de Th. Mommsen a M. Walzer», en Martínez-Pinna Nieto, Jorge (ed.), *En el centenario de Theodor Mommsen (1817-1903): homenaje desde la universidad española*, Universidad de Málaga, Málaga, 219-238.
- (ed.) 2011, *El cine de «romanos» en el siglo XXI*, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz.
- 2013a, «History, Moral and Power: The Ancient World in Nineteenth-Century Spanish History Painting», en García Morcillo, Marta y Knippschild, Silke (eds.), *Seduction and*

- Power: Antiquity in the Visual and Performing Arts*, Bloomsbury Academic, London, 279-293.
- 2013b, «Un fantasma recorre Oviedo a fines de los 70. Los Coloquios de Historia Antigua», en Cid López, Rosa María y García Fernández, Estela (eds.), *Debita Verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, Universidad de Oviedo, Oviedo, vol. 1, 155-170.
- 2017, «La barbarie de lo útil o Historia Antigua para qué», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 15-33.
- Duplá Ansuategui, Antonio y Cortadella Morral, Jordi, 2014, «Nota sobre Antigüedad, nacionalismo(s) e historiografía: dos estudios de caso en las historiografías vasca y catalana», *Veleia* 31, 261-276.
- Duplá Ansuategui, Antonio y Emborujó Salgado, Amalia, 1991, «El Vascocantabrismo: mito y realidad en la historiografía sobre el País Vasco en la Antigüedad», en Arce Martínez, Javier y Olmos Romera, Ricardo (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX) (Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, 107-111.
- Duplá Ansuategui, Antonio y Iriarte, Ana (eds.), 1990, *El cine y el mundo antiguo*, Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Dupré i Raventós, Xavier, 1994, *L'arc romà de Berà (Hispania Citerior)*, CSIC, Roma.
- Durán Barceló, Francisco Javier (ed.), 2016, *Alfonso de Palencia. Segunda Deca. De la Antigüedad de España e de las fazañas de la gente española (Libros XI-XX)*, Javier Durán Barceló, Madrid.
- Duyndam, Joachim (ed.), 2016, *Sacrifice in Modernity: Community, Ritual, Identity*, Brill, Leiden.
- Dyson, Stephen L., 2008 [2006], *En busca del pasado clásico: una historia de la arqueología del mundo grecolatino en los siglos XIX y XX*, (traducido por Alcaraz, Marta) Ariel, Barcelona.
- Eckstein, Arthur M., 1987, *Senate and General: Individual Decision Making and Roman Foreign Relations, 264-194 B.C.*, University of California Press, Berkeley.
- 2006, *Mediterranean Anarchy, Interstate War, and the Rise of Rome*, University of California Press, Berkeley.
- Edgeworth, Robert J., 1989, «Saguntum: A Livian Overture», *Eranos* 87, 139-145.
- Edwards, Gwynne, 1981, «La estructura de Numancia y el desarrollo de su ambiente trágico», en Criado de Val, Manuel (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo (actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes)*, EDI-6, Madrid, 293-301.
- Edwell, Peter M., 2013, «Definitions in Roman Imperialism», en Hoyos, B. Dexter (ed.), *A Companion to Roman Imperialism*, Brill, Boston, 39-52.
- Egea Vivancos, Alejandro, 1998, «La continencia de Escipión», *Panta Rei* 4, s. p.
- Egido Martínez, Aurora y Enguita Utrilla, José María (eds.), 1996, *Juan Fernández de Heredia y su época (IV Curso sobre lengua y literatura en Aragón)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza.
- Elices Ocón, Jorge, 2017, *El pasado preislámico en al-Andalus: fuentes árabes, recepción de la antigüedad y legitimación en época omeya (ss. VIII-X)*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Ellinger, Pierre, 1993, *La légende nationale phocidienne: Artémis, les situations extrêmes et les récits de guerre d'anéantissement*, École Française d'Athènes, Athènes.
- Encarnação, José de, 1991, «Da invenção de inscrições romanas pelo humanista André de Resende», *Biblos* 67, 177-205.
- 1998, «Politicamente falsários», en Encarnação, José de, *Estudos sobre Epigrafia*, Minerva, Coimbra, 29-56.

- Enríquez, Francisco, 1595, *Septima parte de Flor de varios Romances nuevos*, Thomas de Guzman, Toledo.
- Erro y Aspiroz, Juan Bautista de, 1806, *Alfabeto de la lengua primitiva de España, y explicacion de sus mas antiguos monumentos de inscripciones y medallas*, Imprenta de Repullés, Madrid.
- Erschine, Andrew, 2010, *Roman Imperialism*, Edinburgh University Press, Edinburgh.
- Escartí, Vicent Josep, 2010, «Narrar la historia remota de un país: Beuter y la Història de València (1538)», *Espéculo* 44, s. p.
- Escolar Sobrino, Hipólito y García Yebra, Valentín (eds.), 1996, *Julio César. Guerra de las Galias. Libros IV-V-VI*, Gredos, Madrid.
- Escribano Paño, María Victoria, 2007, «Hispania leal y providencial “lavs provinciale” y distorsión historiográfica en Orosio», en Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), *Laudes provinciarum: retórica y política en la representación del imperio romano*, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz, 215-236.
- Esdaile, Charles J., 2006, *España contra Napoleón: guerrillas, bandoleros y el mito del pueblo en armas (1808-1814)*, (traducido por Alonso Blanco, Ignacio) Edhasa, Barcelona.
- España, Rafael de, 2009, *La pantalla épica: los héroes de la antigüedad vistos por el cine*, T & B, Madrid.
- Espinosa Fernández, Yolanda, 1989, *La Anacephaleosis de Alonso de Cartagena: edición, traducción, estudio*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Esteban Jauregui, José Ignacio, 2014, «Sobre las dos obras tituladas La Numantina. Martel Vs Mosquera», *HistSoria Archivada* (web), <http://soria-goig.com/historia/HistSoria%20Archivada/MartelVsMosquera.htm> (accedido: 17/04/2018).
- Esteban Naranjo, Silvia, 2016, *Tragedia de Numancia de Miguel de Cervantes: edición crítica y fuentes*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Esteban Payno, Miguel, e. p., *Negociar la guerra, construir la paz. Instituciones y praxis diplomáticas en Celtiberia durante la expansión romana*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Étienne, Robert, 1958, *Le Culte Impérial Dans La Péninsule Ibérique d'Auguste à Dioclétien*, E. De Boccard, Paris.
- Fabião, Carlos y Guerra, Amílcar, 1998, «Viriato: em torno da iconografia de um mito», en *Mito e símbolo na história de Portugal e do Brasil (Actas dos IV Cursos Internacionais de Verão de Cascais, 7 a 12 de Julho de 1997)*, Câmara Municipal de Cascais, Cascais, vol. 3, 33-79.
- Falque Rey, Emma (ed.), *Eutropio. Breviario. Aurelio Víctor. Libro de los césares*, Gredos, Madrid.
- 2002, «El libro I del Chronicon mundi de Lucas de Tuy entre Isidoro y Pedro Coméstor», en Pérez González, Maurilio (ed.), *Actas III Congreso Hispánico de Latín Medieval (León, 26-29 de septiembre de 2002)*, Universidad de León, León.
- (ed.) 2003, *Lucae Tudensis Opera omnia. Tomus I. Lucae Tudensis Chronicon mundi*, Brepols, Turnhout.
- Fernández Albaladejo, Pablo, 1977, «Manuel de Larramendi: la particular historia de Guipúzcoa», *Saioak* 1, 148-156.
- 2001, «Dinastía y comunidad política: el momento de la patria», en Fernández Albaladejo, Pablo (ed.), *Los Borbones. Dinastía y memoria de nación en la España del siglo 18 (Actas del coloquio internacional celebrado en Madrid, mayo de 2000)*, Marcial Pons-Casa Velázquez, Madrid, 485-532.
- 2002, «Materia de España y edificio de historiografía: algunas consideraciones sobre la década de 1540», en Martínez-Gil, Fernando (ed.), *En torno a las comunidades de Castilla*

- (*Actas del Congreso Internacional Poder, Conflicto y Revuelta en la España de Carlos I, Toledo, 16 al 20 de octubre de 2000*), Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 109-130.
- 2007, *Materia de España: cultura política e identidad en la España moderna*, Marcial Pons, Madrid.
- 2011, «“Mater Hispania”: gestación de una primera indentidad española durante la edad moderna», en Reina Macías, José (ed.), *Actas del VIII Encuentro Provincial de Investigadores Locales (Casa de la Provincia, Sevilla, 3 y 4 de junio de 2011)*, Casa de la Provincia-Diputación de Sevilla, Sevilla, 15-24.
- Fernández Buey, Francisco, 1992, «La controversia entre Ginés de Sepúlveda y Bartolomé de las Casas. Una revisión», *Boletín Americanista* 42, 301-347.
- 1995a, *La gran perturbación: discurso del indio metropolitano*, Destino, Barcelona.
- 1995b, *La barbarie: de ellos y de los nuestros*, Paidós, Barcelona-Buenos Aires-México D. F.
- Fernández Cabezón, Rosalía, 2003, «La mujer guerrera en el teatro español de fines del siglo XVIII», *Anuario de Estudios Filológicos* 26, 117-136.
- Fernández Camacho, Pamina, 2015, «A Space without Ethnology: Study of the Ideological Treatment of the West in Greek and Roman Literature through Sources Concerning the Island of Gade», *L'Antiquité Classique* 84, 63-73.
- Fernández Chicarro de Dios, Concepción, 1948, *Laudes Hispaniae. Alabanzas de España*, Aldus, Madrid.
- 1954, «Valor de las mujeres salmantinas en las campañas contra Hanníbal», *Helmantica* 5/16-18, 257-264.
- Fernández Conde, Francisco Javier (ed.), 1994, *La época de Alfonso III y San Salvador de Valdediós*, Universidad de Oviedo, Oviedo.
- Fernández de Heredia, Juan, ca. 1385, «Grant Cronica de Espanya [manuscrito]», s. l.
- Fernández de Mata, Ignacio, 2006, «La Cantabria. De la geografía antigua a la etnografía histórica», en Borreguero Beltrán, Cristina (ed.), *El Padre Flórez: tres siglos después (Actas del Congreso Internacional, Burgos, 23 al 26 de septiembre de 2002)*, Universidad de Burgos-Diputación Provincial de Burgos, Burgos, 219-227.
- Fernández Delgado, José Antonio y Pordomingo Pardo, Francisca (eds.), 1995, *Plutarco. Obras morales y de costumbres (Moralia) VI. Isis y Osiris. Diálogos píticos*, Gredos, Madrid.
- Fernández Gallardo, Luis, 1993, «La obra historiográfica de los conversos ilustres, don Pablo de Santa María y don Alonso de Cartagena», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval* 6, 249-286.
- 1999, «En torno a los “studia humanitatis” en la Castilla del Cuatrocientos: Alonso de Cartagena y los autores antiguos», *En la España medieval* 22, 213-246.
- 2001-2002, «La Historia Hispánica de Rodrigo Sánchez de Arévalo: propaganda enriqueña y actitudes antihumanísticas», *Anthologica Annua* 48-49, 275.
- 2002, *Alonso de Cartagena (1385-1456): una biografía política en la Castilla del siglo XV*, Junta de Castilla y León, Valladolid.
- 2010, «Idea de la Historia y proyecto iconográfico en la Anacephaleosis de Alonso de Cartagena», *Anuario de Estudios Medievales* 40/1, 317-353.
- 2015, «Los Godos en la memoria histórica castellana del medievo», *Antiquité Tardive* 23, 261-268.
- Fernández Götz, Manuel Alberto, 2008, *La construcción arqueológica de la etnicidad*, Toxosoutos, Noia.
- Fernández, Laura et al. (eds.), 2016, *Clásicos para un nuevo mundo: estudios sobre la tradición clásica en la América de los siglos XVI y XVII*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.

- Fernández Valverde, Juan (ed.), 1979-1980, «Roderici Ximenii de Rada Historia Romanorum», *Habis* 10-11, 157-182.
- (ed.) 1987, *Roderici Ximenii de Rada opera omnia. Pars I. Historia de rebus Hispanie, sive, Historia Gothica*, Brepols, Turnhout.
- 1989, *Historia de los hechos de España*, Alianza, Madrid.
- Fernández Valverde, Juan y Ramírez de Verger, Antonio (eds.), 2001, *Marcial. Epigramas I*, Gredos, Madrid.
- Fernández-Galiano, Manuel y Pabón, José Manuel (eds.), 1982, *Homero. Odisea*, Gredos, Madrid.
- Fernández-Ordóñez, Inés, 1992, *Las «Estorias» de Alfonso el Sabio*, Istmo, Madrid.
- (ed.) 2000a, *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid.
- 2000b, «La transmisión textual de la “Estoria de España” y de las principales “Crónicas” de ella derivadas», en Fernández-Ordóñez, Inés (ed.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 219-260.
- Feros, Antonio, 2017, *Speaking of Spain: The Evolution of Race and Nation in the Hispanic World*, Harvard University Press, Cambridge.
- Ferrer Albelda, Eduardo, 1996a, *La España cartaginesa: claves historiográficas para la historia de España*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- 1996b, «Los púnicos en Iberia y la historiografía grecolatina», *SPAL* 5, 115-132.
- Ferreras y García, Juan de, 1700-1727, *Synopsis historica chronologica de España*, Francisco de Villa-Diego.
- Ferrero Hernández, Cándida, 2010, «Nuevas perspectivas sobre Juan Gil de Zamora», *Stvdia zamorensia* 1/9, 19-33.
- Ferri Coll, José María, 1995, *Las ciudades cantadas: el tema de las ruinas en la poesía española del Siglo de Oro*, Universidad de Alicante, Alicante.
- Ferri-Benedetti, Flavio, 2015, *El hilo de Hipsípila: Metastasio y la tradición clásica*, Levante, Bari.
- Ferris, Iain M., 2000, *Enemies of Rome: Barbarians through Roman Eyes*, Sutton, Stroud.
- Fierro Bello, María Isabel, 2005, «Mitos y realidades del Toledo islámico», *Tulaytula* 12, 29-60.
- Finley, Moses, 1977 [1975], *Uso y abuso de la historia*, (traducido por Pérez-Ramos, Antonio) Crítica, Barcelona.
- Finley, Moses I., 1981, *The Legacy of Greece: A New Appraisal*, Clarendon Press-Oxford University Press, Oxford-New York.
- Fischer, Franz, 1972, «Die Kelten bei Herodot: Bemerkungen zu einigen geographischen und ethnographischen Problemen», *Madrider Mitteilungen* 13, 109-124.
- Fiskesjö, M., 2010, «The Global Repatriation Debate and the New “Universal” Museums», en Lydon, Jane y Rizvi, Uzma Z (eds.), *Handbook of Postcolonial Archaeology*, Left Coast Press, Walnut Creek, 303-310.
- Fleming, Katie, 2006, «The Use and Abuse of Antiquity: The Politics and Morality of Appropriation», en Martindale, Charles y Thomas, Richard F. (eds.), *Classics and the Uses of Reception*, Blackwell Publishing, Malden-Oxford-Carlton, 125-137.
- Flórez de Setién y Huidobro, Henríque, 1747-1775, *España Sagrada. Theatro geographico-historico de la Iglesia de España [...]*, Antonio Marín, Madrid.
- 1765, «Noticias de la vida del cronista Ambrosio de Morales, sacadas, en la mayor parte, de sus obras», en *Viage de Ambrosio de Morales por orden del rey D. Phelipe II a los reynos de Leon, y Galicia, y principado de Asturias, para reconocer las reliquias de santos, sepulcros reales, y libros manuscritos de las cathedrales, y monasterios. Dale á luz con notas, con la vida del autor, y con su retrato*, Antonio Marín, Madrid, I-XXVI.

- Folger, Robert, 2003, *Generaciones y Semblanzas: Memory and Genealogy in Medieval Iberian Historiography*, Narr, Tübingen.
- Foucault, Michel, 1988 [1969], *La arqueología del saber*, (traducido por Garzón del Camino, Aurelio) Siglo veintiuno, México.
- 2007 [1966], *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*, (traducido por Frost, Elsa Cecilia) Siglo XXI, México.
- Foulché-Delbosc, Raymond, 1925, «Les romancilleros de Pise», *Revue Hispanique* 65/147, 160-264.
- Fraker, Charles F., 1978a, «The Fet Des Romains and the Primera Crónica General», *Hispanic Review* 46/2, 199-220.
- 1978b, «Alfonso X, the Empire and the Primera Crónica», *Bulletin of Hispanic Studies* 55/2, 95-102.
- 1985, «Scipio, and the Origins of Culture: The Question of Alfonso's Sources», *Dispositio* 10/27, 15-27.
- 1996, *The Scope of History: Studies in the Historiography of Alfonso El Sabio*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Francesco, Antonino de, 2013, *The Antiquity of the Italian Nation: The Cultural Origins of a Political Myth in Modern Italy, 1796-1943*, Oxford University Press, Oxford.
- Franco Sánchez, Francisco, 2006, «Sagunto/Murbītar en el período islámico. Su historia a través de los textos», en Hinojosa Montalvo, José Ramón (ed.), *De Murbītar a Morvedre (exposición, del 3 de mayo al 23 de julio de 2006)*, Fundació Bancaixa, Valencia, 45-65.
- Fraser, Robert (ed.), 2011, *James George Frazer. La rama dorada: magia y religión*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- Freeman, Philip M., 1996, «The Earliest Greek Sources on the Celts», *Études Celtiques* 32/32, 11-47.
- Freyburger, Gérard, 1982, «Fides et potestas, pistis et epitropé», *Ktèma* 7, 177-193.
- 1986, *Fides: étude sémantique et religieuse depuis les origines jusqu'à l'époque augustéenne*, Belles Lettres, Paris.
- Fuentes de la Rosa, María Luisa, 1990, *Orosio y su tiempo*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Funes, Leonardo, 1997, *El modelo historiográfico alfonsí: una caracterización*, Queen Mary and Westfield College, London.
- 2004, «La crónica como hecho ideológico: el caso de la Estoria de España de Alfonso X», *La corónica* 32/3, 69-89.
- Gabba, Emilio, 1974, «Storiografia greca e imperialismo romano (III-I sec. a. C.)», *Rivista Storica Italiana* 86/4, 625-642.
- 1982, «Political and Cultural Aspects of the Classicistic Revival in the Augustan Age», *Classical Antiquity* 1/1, 43-65.
- Galán Vioque, Guillermo, 2004, *Antología palatina II. La Guirnalda de Filipo*, Gredos, Madrid.
- Gallego Franco, Henar, 1999, «La imagen de la "mujer bárbara": a propósito de Estrabón, Tácito y Germania», *Faventia* 21/1, 55-63.
- Galmés Mas, Lorenzo (ed.), 1992, *Fray Bartolomé de las Casas. Obras completas 10. Tratados de 1552 impresos por Las Casas en Sevilla*, Alianza, Madrid.
- Gangutia Elícegui, Elvira, 2006, «El nuevo Papiro de Artemidoro y la interpretación arcaizante del Geógrafo», en Calderón Dorda, Esteban et al. (eds.), *Koinòs Lógos: homenaje al profesor José García López*, Universidad de Murcia, Murcia, vol. 1, 247-252.
- Garcés i Estalló, Ignasi, 1997a, «El tractament historiogràfic i literari d'Indíbil i Mandoni», en Garcés i Estalló, Ignasi (ed.), *Indíbil i Mandoni: reis i guerrers (oberta del 14 de novembre de 1996 al 5 de gener de 1997 a l'edifici de La Panera, Lleida)*, Ajuntament de Lleida, Llérida, 85-92.

- (ed.) 1997b, *Indibil i Mandoni: reis i guerrers (oberta del 14 de novembre de 1996 al 5 de gener de 1997 a l'edifici de La Panera, Lleida)*, Ajuntament de Lleida, Lérida.
- García Blanco, José y García Ramón, José Luis (eds.), 1991, *Estrabón. Geografía. Libros I-II*, Gredos, Madrid.
- García Cárcel, Ricardo, 1999, *Las culturas del Siglo de Oro*, Información e Historia, Madrid.
- (ed.) 2004, *La construcción de las Historias de España*, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, Madrid.
- García Cárcel, Ricardo y Alabrús Iglesias, Rosa María, 2001, *España en 1700: ¿Austrias o Borbones?*, Arlanza, Madrid.
- García Cardiel, Jorge, 2010, «La conquista romana de Hispania en el imaginario pictórico español (1754-1894)», *Cuadernos de prehistoria y arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 36, 131-157.
- 2012, «La monomachia celtibérica. Vida y muerte al final de la Historia», en Cerro Linares, María del Carmen del et al. (eds.), *Ideología, identidades e interacción en el Mundo Antiguo (III Jornadas de Investigación en Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 579-602.
- 2013, «Numancia y Sagunto en el imaginario español (1582-1937). Una lectura histórica a través de la literatura», *Revista de Historiografía* 18, 41-51.
- García, Charles M., 2013, «La invención de la identidad de la ciudad de Zamora por el franciscano Juan Gil (siglo XIII)», en Jara Fuente, José Antonio (ed.), *Ante su identidad, la ciudad hispanica en la Baja Edad Media*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 243-262.
- 2017, «Numancia resucitada: los orígenes y la fundación de Zamora en el siglo XIII», en Barros Dias, Isabel de et al. (eds.), *Relatos de criação, de fundação e de instalação: história, mitos e poéticas = Relatos de creación, de fundación y de instalación: historia, mitos y poéticas*, Instituto de Estudos de Literatura e Tradição-Universidade Nova de Lisboa, 83-110.
- García de Santa María, Pablo, ca. 1500-1600, «Suma de las crónicas de España [manuscrito]», s. l.
- García Domínguez, David, e. p., «Q. Sertorio, personaje literario: creación, reelaboración y recepción», *Revista Historia Autónoma* 13.
- García Fernández, Francisco José, 2002, «La visión estoica de Iberia», en Hernández Guerra, Liborio (ed.), *La Península Ibérica hace 2000 Años (Actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua, Valladolid, 23-25 de noviembre 2000)*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 699-705.
- 2003, *Los turdetanos en la historia: análisis de los testimonios literarios grecolatinos*, Gráficas Sol, Écija.
- 2004, «Turdetania y turdetanos en la literatura grecolatina: nacimiento, desarrollo y transformación de la imagen paradigmática de una región de occidente», *Polis: revista de ideas y formas políticas de la antigüedad clásica* 16, 61-108.
- 2005, «La imagen de Hispania y los hispanos a finales de la antigüedad: las Historiae Adversum Paganos de Paulo Orosio», *Conimbriga* 44, 281-299.
- García Fernández-Albalat, Blanca, 1990, *Guerra y religión en la Gallaecia y la Lusitania antiguas*, Ediciós do Castro, Sada (La Coruña).
- García García, Inmaculada y Gozalbes Cravioto, Enrique, 2010, «El parto de las mujeres cántabras en la obra de Estrabón», *Index de Enfermería: información bibliográfica, investigación y humanidades* 19/1, 64-68.
- García, Genaro y Pereyra, Carlos (eds.), 1974, *La inquisición de México. Autos de fe. Tumultos y rebeliones en México. El clero durante la dominación Española. Don Juan de Palafox y Mendoza*, Porrúa, México.

- García Hernán, Enrique, 2004, «Construcción de las historias de España en los siglos XVII y XVIII», en García Cárcel, Ricardo (ed.), *La construcción de las Historias de España*, Fundación Carolina-Centro de Estudios Hispánicos e Iberoamericanos-Marcial Pons, Madrid, 127-194.
- García Iglesias, Luis, 1979, «La Península Ibérica y las tradiciones griegas de tipo mítico», *Archivo Español de Arqueología* 52/139, 131-140.
- 1998, *Don Antonio García y Bellido y la antigüedad extremeña*, Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo.
- García Iglesias, Luis y Rodríguez de Sepúlveda, Margarita (eds.), 1994, *Flavio Josefo. Autobiografía. Contra Apión*, Gredos, Madrid.
- García Jurado, Francisco, 2007, «¿Por qué nació la juntura “Tradición Clásica”? Razones historiográficas para un concepto moderno», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 27/1, 161-192.
- 2013, «La metamorfosis de la tradición clásica, ayer y hoy», en *Curso de Filología Clásica*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 1-30.
- 2016a, *Teoría de la tradición clásica: conceptos, historia y métodos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.
- 2016b, «Tradición frente a Recepción clásica: Historia frente a Estética, autor frente a lector», *Nova Tellus* 33/1, 9-37.
- (eds.) 2013, *La historia de la literatura grecolatina en España: de la Ilustración al Liberalismo (1778-1850)*, Universidad de Málaga, Málaga.
- García López, Aurelio, 1998, «Sobre la historiografía en tiempos de Felipe II: La vida y obra de Luis Cabrera de Córdoba», en Martínez Millán, José (ed.), *Felipe II (1527-1598): Europa y la monarquía católica (Congreso Internacional, Universidad Autónoma de Madrid, 20-23 abril 1998)*, Parteluz, Madrid, vol. 4, 217-234.
- García Martín, María Elena, 2009, «Contribuciones de Rojas Zorrilla y Cervantes al mito de Numancia», en González Cañal, Rafael et al. (eds.), *Rojas Zorrilla en su IV centenario (Congreso internacional, Toledo, 47 de octubre de 2007)*, Universidad de Castilla-La Mancha, Cuenca, 633-642.
- García Morá, Félix, 1991, *Un episodio de la Hispania republicana: la guerra de Sertorio. Planteamientos iniciales*, Universidad de Granada, Granada.
- García Moreno, Luis Agustín, 1987, «Presupuestos ideológicos de la actuación de Roma durante el proceso de la conquista de Hispania», *Gerión. Revista de Historia Antigua* 5, 211-244.
- 1988, «Infancia, juventud y primeras aventuras de Viriato, caudillo lusitano», en Pereira Menaut, Gerardo (ed.), *Actas 1er Congreso Peninsular de Historia Antigua (Santiago de Compostela, 1-5 julio 1986)*, Universidad de Santiago de Compostela, vol. 2, 373-382.
- 1989a, «La Hispania anterior a Nuestra Era: verdad, ficción y prejuicio en la historiografía antigua y moderna», en *Actas del VII Congreso Español de Estudios Clásicos (Madrid, 20-24 de abril de 1987)*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid, 17-46.
- 1989b, «Hispaniae Tumultus. Rebelión y violencia indígena en la España romana de época republicana», *Polis* 1, 81-108.
- 2001, *De Gerión a César: estudios históricos y filológicos de la España indígena y romano-republicana*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares.
- 2002, «Polibio y la creación del estereotipo de lo hispano en la etnografía y la historiografía helenísticas», *Polis: Revista de ideas y formas políticas de Antigüedad clásica* 14, 127-146.
- 2005, «Patria española y etnia goda (siglos VI-VIII)», en Palacio Atard, Vicente (ed.), *De Hispania a España: el nombre y el concepto a través de los siglos*, Temas de Hoy, Madrid, 41-53.

- García Quintela, Marco Virgilio, 1990, «Les peuples indigènes et la conquête romaine de l'Hispanie. Essai de critique historiographique», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 16/2, 181-210.
- 1991a, «Sources pour l'étude de la protohistoire d'Hispanie. Pour une nouvelle lecture», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 17/1, 61-99.
- 1991b, «El sacrificio humano adivinatorio céltico y la religión de los lusitanos», *Polis* 3, 25-37.
- 1992, «El sacrificio lusitano: estudio comparativo», *Latomus* 51, 337-354.
- 1993, «Viriato y la ideología trifuncional indoeuropea», *Polis* 5, 111-138.
- 1999a, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*, Akal, Tres Cantos (Madrid).
- 1999b, «Masacrados, esclavizados, sometidos: el caso Galba», en García Quintela, Marco Virgilio, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*, Akal, Tres Cantos (Madrid), 263-269.
- 1999c, «Las fronteras de los sabores: modos de vida e ideologías», en García Quintela, Marco Virgilio, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*, Akal, Tres Cantos (Madrid), 113-129.
- 1999d, «Sacrificios y sacerdotes», en García Quintela, Marco Virgilio, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*, Akal, Tres Cantos (Madrid), 223-260.
- 2007, «Estrabón y la etnografía de Iberia», en Estrabón, *Geografía de Iberia*, Alianza, Madrid, 67-112.
- 2009, «Sociedad y Religión en la Galicia Antigua: una historia del tiempo abolido», *Gerión* 27/2, 79-105.
- 2012, «Una dialéctica de la distancia: Estrabón sobre Iberia y la Oikumene», en Prados Martínez, Fernando, García, Iván, Bernard, Gwladys et al. (eds.), *Confines: el extremo del mundo durante la antigüedad*, Universidad de Alicante, Alicante, 49-72.
- García Quintela, Marco Virgilio y González García, Francisco Javier, 2003, «Hercule en Celtibere et a Rome dans la Bibliotheque de Diodore de Sicile et dans l'Estoria de Espanna d'Alphonse X», en García Quintela, Marco Virgilio (ed.), *Souveraineté et sanctuaires dans l'Espagne celte: études comparées d'histoire et d'archéologie*, Société Belge d'Études Celtiques, Bruxelles, 27-32.
- García Reidy, Alejandro, 2013, *Las musas ramera: oficio dramático y conciencia profesional en Lope de Vega*, Iberoamericana-Vervuert, Madrid-Frankfurt.
- García Riaza, Enrique, 2002, *Celtíberos y lusitanos frente a Roma: diplomacia y derecho de guerra*, Universidad del País Vasco, Vitoria.
- 2007, «Tempus poenae. represalias contra poblaciones sometidas durante la expansión romana en Hispania», en Bravo Castañeda, Gonzalo y González Salinero, Raúl (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano (Actas del IV Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos (AIER))*, Signifer, Madrid, 19-30.
- 2008, «Las fronteras de la ley: Servio Sulpicio Galba y el gobierno provincial de Hispania», en Bravo Castañeda, Gonzalo y González Salinero, Raúl (eds.), *La corrupción en el mundo romano: (actas del IV Coloquio de la Asociación Interdisciplinar de Estudios Romanos)*, Signifer, Madrid, 17-26.
- 2011, «Derecho de guerra en Occidente durante la expansión romano-republicana. Planteamientos metodológicos», en García Riaza, Enrique (ed.), *De fronteras a provincias: interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 31-65.
- 2012, «Territorios indígenas y derecho de guerra romano en Hispania», en Santos Yanguas, Juan, Cruz Andreotti, Gonzalo y Cruz Andreotti, Gonzalo (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 207-233.

- García Sánchez, Jesús, 2009, «El uso político de objetos arqueológicos: las estelas gigantes de Cantabria», *Salduie* 9, 249-264.
- 2016, «El Lábaro cántabro, la construcción de una comunidad», *ArqueoWeb* 17, 115-127.
- García Teijeiro, Manuel, 1999, «“El hombre de la lanza de plata”», en Alonso Ávila, M^a Ángeles et al. (eds.), *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 257-268.
- García Valdés, Manuela (ed.), 1988, *Aristóteles. Política*, Gredos, Madrid.
- García y Bellido, Antonio, 1945a, *España y los españoles hace dos mil años según la geografía de Strábon*, Espasa-Calpe, Madrid.
- 1945b, «Bandas y guerrillas en las luchas con Roma», *Hispania* 21, 547-605.
- 1947a, *La España del siglo primero de nuestra era (según P. Mela y C. Plinio)*, Espasa-Calpe, Madrid.
- 1947b, «Un grupo de leyendas griegas sobre España», *Arbor* 24, 369-386.
- 1947c, «Una colonización mítica de España tras la guerra de Troya. El ciclo legendario de los “nostoi”», *Cuadernos de Historia de España* 7, 106-123.
- 1962a, «Los mercenarios españoles en la segunda Guerra Púnica», *Revista de Historia Militar* 10, 7-24.
- 1962b, «Los mercenarios españoles en la segunda Guerra Púnica, II», *Revista de Historia Militar* 11, 7-24.
- 1963, «Los mercenarios españoles en la segunda Guerra Púnica, III», *Revista de Historia Militar* 12, 7-34.
- García-Bellido García de Diego, María Paz, 2000-2001, «Roma y los sistemas monetarios provinciales. Monedas romanas acuñadas en Hispania en la segunda guerra púnica», *Zephyrus* 53-54, 551-557.
- Garibay y Zamalloa, Esteban de, 1571, *Los XL libros d’el compendio historial de las Chronicas y vniuersal Historia de todos los reynos de España*, Christophoro Plantino, Amberes.
- Garnand, Brien, 2001, «From Infant Sacrifice to the ABC’s: Ancient Phoenicians and Modern Identities», *Stanford Journal of Archaeology* 1, 1-82.
- Garnand, Brien K., 2006, *The Use of Phoenician Human Sacrifice in the Formation of Ethnic Identities*, Tesis Doctoral, Chicago.
- Garrison, Elise P., 1991, «Attitudes toward Suicide in Ancient Greece», *Transactions of the American Philological Association* 121, 1-34.
- Gascó La Calle, Fernando y Beltrán Fortes, José Luis (eds.), 1995, *La Antigüedad como argumento II. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Scriptorium-Junta de Andalucía, Sevilla.
- Gat, Azar, 2012, *Nations: The Long History and Deep Roots of Political Ethnicity and Nationalism*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Geary, Patrick J., 2002, *The Myth of Nations: The Medieval Origins of Europe*, Princeton University Press, Princeton.
- Geijerstam, Regina af, 1964, *Juan Fernández de Heredia. La Grant Cronica de Espanya. Libros I-II*, Almqvist & Wiksell, Uppsala.
- Gellner, Ernest, 2008 [1983], *Naciones y nacionalismo*, (traducido por Setó, Javier) Alianza, Madrid.
- Gerbi, Antonello, 2010 [1973], *The Dispute of the New World: The History of a Polemic, 1750-1900*, University of Pittsburgh Press, Pittsburgh.
- Gibson, Bruce y Harrison, Thomas (eds.), 2013, *Polybius and His World: Essays in Memory of F. W. Walbank*, Oxford University Press, Oxford.
- Gibson, Marion et al. (eds.), 2013, *Mysticism Myth and Celtic Identity*, Routledge, London-New York.

- Gil Fernández, Juan et al. (eds.), 1985, *Crónicas asturianas. Crónica de Alfonso III (Rotense y «A Sebastián»)*, *Crónica Albeldense (y Profética)*, Universidad de Oviedo, Oviedo.
- Gil Fernández, Luis, 1981, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*, Alhambra, Madrid.
- 1984, *Estudios de humanismo y tradición clásica*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- 2011, *Nuevos estudios de humanismo y tradición clásica*, Dykinson, Madrid.
- Gil Pujol, Xavier, 2004, «Un rey, una fe, muchas naciones. Patria y nación en la España de los siglos XVI y XVII», en Álvarez-Ossorio Alvarino, Antonio y García García, Bernardo José (eds.), *La Monarquía de las naciones: patria, nación y naturaleza en la Monarquía de España*, Fundación Carlos de Amberes, Madrid, 39-76.
- Gilabert, Gaston (ed.), 2014, *Miguel de Cervantes. Tragedia de Numancia*, Clásicos Hispánicos, Nürnberg.
- Gimeno Pascual, Helena, 1992, *Historia de la investigación epigráfica en España en los siglos XVI y XVII a la luz del recuperado manuscrito del Conde de Guimera*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- 1998, «El despertar de la ciencia epigráfica en España. ¿Ciríaco de Ancona: un modelo para los primeros epigrafistas españoles?», en Paci, Gianfranco y Sconocchia, Sergio (eds.), *Ciriaco d'Ancona e la cultura antiquaria dell'Umanesimo*, Diabasis, Regio nell'Emilia, 373-382.
- Ginzburg, Carlo, 1999, *History, Rhetoric, and Proof*, University Press of New England, Hanover.
- Glasser, Edward, 1954, «El lusitanismo de Lope de Vega», *Boletín de la Real Academia Española* 34/143, 387-412.
- Gnecco, Cristóbal, 2012, «Arqueología multicultural. Notas intempestivas», *Complutum* 23/2, 93-102.
- Godoy Alcántara, José, 1868, *Historia crítica de los falsos cronicones*, Imprenta y estereotipia de Manuel Rivadeneyra, Madrid.
- Gombrich, Ernst Hans, 1992, *Aby Warburg: una biografía intelectual*, Alianza, Madrid.
- Gómez Espelosín, Francisco Javier, 1993a, «Iberia as a Barbarian Land: Perception as a Stereotype», *The Ancient World* 24/2, 131-142.
- 1993b, «Herodoto, Coleo y la historia de la España antigua», *Polis* 5, 151-162.
- 1993c, «La imagen del bárbaro en Apiano. La adaptabilidad de un modelo retórico», *Habis* 24, 105-124.
- 1994, «Tierras fabulosas del imaginario griego», en Gómez Espelosín, Francisco Javier et al. (eds.), *Tierras fabulosas en la Antigüedad*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares, 103-303.
- 1997, «Más allá de la polis: a la búsqueda de espacios ideales», en Alvar Ezquerra, Jaime et al. (eds.), *Imágenes de la polis*, Ediciones Clásicas, Madrid, 451-468.
- 1999, «Estrabón y la tradición mítica sobre el extremo Occidente», en Cruz Andreotti, Gonzalo (ed.), *Estrabón e Iberia: nuevas perspectivas de estudio*, Universidad de Málaga, Málaga, 63-79.
- (ed.) 2007, *Estrabón. Geografía de Iberia*, Alianza, Madrid.
- 2009, «Contradicciones y conflictos de identidad en Apiano», *Gerión* 27/1, 231-250.
- (ed.) 2016, *Apiano. Guerras ibéricas. Aníbal*, Alianza, Madrid.
- 1995, *La imagen de España en la Antigüedad clásica*, Gredos, Madrid.
- Gómez Fraile, José María, 1997, «Celtiberia en las fuentes grecolatinas: replanteamiento conceptual de un paradigma obsoleto», *Polis* 8, 143-206.
- 1999, «Mercenariado y bandolerismo en Celtiberia: dos cuestiones desenfocadas», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía (Daroca, del*

- 25 al 27 de septiembre de 1997), Institución «Fernando el Católico»-Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 503-510.
- 2001, *Los celtas en los valles altos del Duero y del Ebro*, Universidad de Alcalá de Henares, Alcalá de Henares.
- Gómez Martos, Francisco, 2012, *Juan de Mariana y la Historia Antigua. Planteamientos historiográficos*, Tesis Doctoral, Universidad Carlos III de Madrid, Madrid.
- 2014, «Juan de Mariana y la Biblioteca de Focio. Presencia y ausencia de fuentes antiguas en la historiografía humanista española», *Dialogues d'histoire ancienne* 40/2, 207-223.
- 2018, *La creación de una historia nacional: Juan de Mariana y el papel de la Antigüedad en la Edad Moderna*, Dykinson-Universidad Carlos III de Madrid-Instituto de Historiografía Julio Caro Baroja, Madrid.
- Gómez Moreno, Ángel, 1996, «Juan Fernández de Heredia ¿humanista?», en Egido, Aurora y Enguita Utrilla, José María (eds.), *Juan Fernández de Heredia y su época (IV Curso sobre lengua y literatura en Aragón)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 57-68.
- Gómez-Moreno, Manuel, 1932, «Las primeras crónicas de la Reconquista: el ciclo de Alfonso III», *Boletín de la Real Academia de la Historia* 100, 562-628.
- González Ponce, Francisco José, 1995, *Avieno y el periplo*, Gráficas Sol, Écija.
- González Ballesteros, Iván, 2009, «El estereotipo del bárbaro y la imagen de la civilización en el occidente romano en la Geografía de Estrabón», *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 22, 249-260.
- González Blanco, Antonino, 1987, «A propósito de algunos mitos de la historiografía hispana y de sus fuentes», *Estudios Románicos* 6, 1627-1634.
- González Bustos, Francisco, ca. 1640, «El español Viriato: comedia en tres jornadas [manuscrito]», s. l.
- González Fernández, Rafael, 1986, «El mito gótico en la historiografía del siglo XV», *Antigüedad y Cristianismo* 3, 289-300.
- 1990, «El mito gótico desde S. Isidoro de Sevilla hasta el s. XIII», *Verdolay* 2, 261-265.
- 2007, «La pasión por la historia, cricones, ¿falsos o apócrifos? El mito gótico en los cricones», en Peña Velasco, María Concepción de la (ed.), *En torno al Barroco: miradas múltiples*, Universidad de Murcia, Murcia, 211-226.
- González García, Francisco Javier, 2001, «La invasión de los “Almujuces”: un posible tema mítico de origen celta en la Primera crónica general de Alfonso X, el Sabio», *Gallaecia*/20, 333-372.
- 2012, «Las fuentes del relato de la invasión de los almujuces en la Estoria de Espanna de Alfonso X el Sabio», *Mélanges de la Casa de Velázquez. Nouvelle série* 42/1, 185-203.
- González Germain, Gerard, 2010, «Ciriaco d'Ancona i la tradició dels falsos epigràfics hispànics. Una mirada nova», en Borrell Vidal, Esperanza y Gómez Cardó, Pilar (eds.), *Artes ad humanitatem*, Secció Catalana de la SEEC-Diputació Provincial de Tarragona, Barcelona, vol. 2, 77-85.
- 2012, *Epigrafía hispánica falsa del primer Renacimiento español: una contribución a la historia ficticia peninsular*, Universitat Autònoma de Barcelona, Bellaterra.
- González Morales, Manuel Ramón, 1992, «Racines: la justification archéologique des origines régionales dans l'Espagne des Communautés autonomes», en Shay, Talia y Clottes, Jean (eds.), *The limitations of archaeological knowledge*, Marcel Otte-Université de Liège, Liège, 15-28.
- González Muñoz, Fernando, 2000, *La chronica gothorum pseudo-isidoriana (ms. Paris BN 6113). Edición crítica, traducción y estudio*, Toxosoutos, A Coruña.
- González Rodríguez, Jaime, 1981, *La idea de Roma en la historiografía indiana (1492-1550)*, CSIC-Instituto «Gonzalo Fernández de Oviedo», Madrid.

- González Rodríguez, María Cruz, 2003, «El bárbaro y lo bárbaro en la obra polibiana», en Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), *Polibio y la península ibérica (actas del Coloquio de Vitoria-Gasteiz, 20 a 21 de Noviembre de 2000)*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 141-171.
- González Rolán, Tomás et al., 2002, *La tradición clásica en España, siglos XIII-XV: bases conceptuales y bibliográficas*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- González Román, Cristóbal, 1991, «El bellum iustum en la concepción histórica sobre el imperialismo romano en la tardía República», en Gascó La Calle, Fernando y Alvar Ezquerro, Jaime (eds.), *Heterodoxos, reformadores y marginados en la antigüedad clásica*, Universidad de Sevilla-Universidad Hispanoamericana de la Rábida, Sevilla, 41-58.
- González Santana, Mónica, 2010, *El mito de la bárbara. Las mujeres del noroeste hispano en los textos grecolatinos*, Nieva, Avilés.
- González Vallarino, Felipe (ed.), 2004, *Blaise Cendrars. Moravagine*, Alfaguara, Madrid.
- González Vázquez, Carmen y Unceta Gómez, Luis (eds.), 2007, *Literatura clásica, estética y cine contemporáneo: épica*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- González Vega, Felipe, 2012, «Latín, nacionalismo y arte alusiva en la historiografía de Antonio de Nebrija», *Renæssanceforum* 8, 23-42.
- Gorges, Jean-Gérard et al. (eds.), 2009, *Lusitânia romana. Entre o mito e a realidade (Actas da VI Mesa-Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana)*, Câmara Municipal de Cascais, Cascais.
- Gorosterratzu, Javier (ed.), 1929, *Artaud Oihénart. Noticia de las dos Vasconias, la Ibérica y la Aquitana [...]*, Sociedad de Estudios Vascos, San Sebastián.
- Gosden, Chris, 2004, *Archaeology and Colonialism: Cultural Contact from 5000 B.C. to the Present*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Gozalbes Cravioto, Enrique, 1993, «La Hispania Romana en la obra de Silio Italico», *Hespérides* 1, 673-684.
- 2005, «Mito y realidad del bandolerismo hispano en la Antigüedad (siglos II a.C.-I d.C.)», en Merinero Rodríguez, Rafael (ed.), *El bandolerismo en Andalucía (Actas de las VIII Jornadas, Jauja 22 y 23 de octubre de 2005)*, Ayuntamiento de Lucena, Lucena, 117-173.
- 2006, «Algunos modelos de interpretación del bandolerismo hispano en la Antigüedad», en Castillo, Santiago y Oliver Olmo, Pedro (eds.), *Las figuras del desorden: heterodoxos, proscritos y marginados (Actas del V Congreso de Historia Social de España, Ciudad Real, 10 y 11 de noviembre de 2005)*, Siglo XXI, Madrid, vol. CD, 1-17.
- 2007, «Las formas de bandolerismo en el Occidente romano (siglos I al III). Algunas lecturas al respecto», en Bravo Castañeda, Gonzalo y González Salinero, Raúl (eds.), *Formas y usos de la violencia en el mundo romano*, Signifer, Madrid, 307-320.
- Gracia Alonso, Francisco, 2009, *La arqueología durante el primer franquismo, 1939-1956*, Bellaterra, Barcelona.
- 2011, *Pere Bosch Gimpera: universidad, política, exilio*, Marcial Pons, Madrid.
- 2015a, *Roma, Cartago, Íberos y Celtíberos: las grandes guerras de la Península Ibérica*, Ariel, Barcelona.
- 2015b, «Cabezas cortadas y rituales guerreros en la protohistoria del nordeste peninsular», en Vidal, Jordi y Antela Bernárdez, Borja (eds.), *Guerra y religión en el mundo antiguo (Jornades d'història de la guerra a l'antiguitat)*, Libros Pòrtico, Zaragoza, 25-110.
- Grafton, Anthony, 1990, «Invention of Traditions and Traditions of Invention in Renaissance Europe: The Strange Case of Anniius of Viterbo», en Blair, Ann y Grafton, Anthony (eds.), *The Transmission of Culture in Early Modern Europe*, , 8-38.
- 2001 [1990], *Falsarios y críticos: creatividad e impostura en la tradición occidental*, (traducido por Djembé, Gonzalo G.) Crítica, Barcelona.

- 2007, *What Was History? The Art of History in Early Modern Europe*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- 1992, *New Worlds, Ancient Texts: The Power of Tradition and the Shock of Discovery*, Harvard University Press, Cambridge.
- Gran-Aymeric, Eve, 1998, *Naissance de l'archéologie moderne, 1798-1945*, CNRS, Paris.
- Greenland, Fiona, 2006, «Devotio Iberica and the Manipulation of Ancient History to Suit Spain's Mythic Nationalist Past», *Greece and Rome* 53/2, 235-251.
- Grell, Chantal, 2007, «Annius de Viterbe et le roman des origines en France et en Espagne», en Tallon, Alain (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVIe et XVIIe siècles*, Casa de Velázquez, Madrid, 227-250.
- Grieb, Volker y Koehn, Clemens, 2013, *Polybios und seine Historien*, Franz Steiner Verlag, Stuttgart.
- Griffin, Miriam, 1972, «The Elder Seneca and Spain», *The Journal of Roman Studies* 62, 1-19.
- Groves, Joseph Viguers, 2013, *Ethics and Imperialism in Livy*, Tesis Doctoral, University of Michigan, Ann Arbor.
- Gruen, Erich S., 1982, «Greek Pistis and Roman Fides», *Athenaeum* 60, 50-68.
- 2011, *Rethinking the Other in Antiquity*, Princeton University Press, Princeton.
- Guallar Pérez, Manuel, 1956, *Indibil y Mandonio (historia de los caudillos ilergetes sacada de los textos clásicos)*, La Editora Leridana. Instituto de Estudios Ilerdenses de la Excm. Diputación Provincial de Lérida, Lérida.
- Guerra, Amílcar y Fabião, Carlos, 1992, «Viriato: Genealogia de um Mito», *Penélope. Fazer e desfazer a história* 8, 9-23.
- Guerrero Mills, Martha Beatriz, 2013, «La hermenéutica histórica y la teoría de la recepción en historiografía», *Fuentes Humanísticas* 46, 21-35.
- Guevara, Antonio de, 1541, *Epistolas familiares*, Iuan de Villaquiran, Valladolid.
- 1544, *Vna decada de Cesares [...]*, Martin Nucio, Amberes.
- Guibernau, Montserrat, 1996, *Los nacionalismos*, Ariel, Barcelona.
- Guillén, José (ed.), 2015, *Cicerón. Sobre los deberes*, Alianza, Madrid.
- Gundel, Hans Georg, 1968, «Viriato. Lusitano, caudillo en las luchas contra los romanos. 147-139 antes de Cristo», (traducido por Blázquez Martínez, José María) *Caesaraugusta* 31-32, 175-198.
- Güntert, Georges, 1986, «Arte y furor en La Numancia», en Kossoff, A. David et al. (eds.), *Actas del VIII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (22-27 agosto 1983, Brown University, Providence, Rhode Island)*, Istmo, Madrid, vol. 1, 671-683.
- Guzmán Armario, Francisco Javier, 2006, *Romanos y bárbaros en las fronteras del Imperio Romano según el testimonio de Amiano Marcelino*, Signifer, Madrid.
- Guzmán Hermida, Juan Manuel y Martínez García, Óscar (eds.), 2007, *Plutarco. Vidas paralelas IV. Aristides-Catón, Filopemén-Flaminio, Pirro-Mario*, Gredos, Madrid.
- Haase, Georg Günter Wolfgang y Reinhold, Meyer, 1994, *The Classical Tradition and the Americas. European Images of the Americas and the Classical Tradition*, vol. I.1., 2 vols., Walter de Gruyter, Berlin - New York.
- Hale, Amy y Payton, Philip, 2000, *New Directions in Celtic Studies*, University of Exeter Press, Exeter.
- Hall, Edith, 1989, *Inventing the Barbarian: Greek Self-Definition through Tragedy*, Clarendon Press, Oxford.
- Hall, Jonathan M., 2002, *Hellenicity: Between Ethnicity and Culture*, University of Chicago Press, Chicago.
- Hamer Flores, Adolfo, 2009, *La intendencia de las nuevas poblaciones de Sierra Morena y Andalucía, 1784-1835: gobierno y administración de un territorio foral a fines de la Edad Moderna*, Universidad de Córdoba-CajaSur, Córdoba.

- Hamilakis, Yannis, 1996, «Through the Looking Glass: Archaeology, Nationalism and the Politics of Identity», *Antiquity* 70/270, 975-978.
- Hamilakis, Yannis y Duke, Philip G. (eds.), 2007, *Archaeology and Capitalism: From Ethics to Politics*, Left Coast Press, Walnut Creek.
- Hanke, Lewis, 1974 [1959], *El prejuicio racial en el Nuevo Mundo: Aristóteles y los indios de Hispanoamérica*, Sep/Setentas, México.
- 1985 [1974], *La Humanidad es una: estudio acerca de la querella que sobre la capacidad intelectual y religiosa de los indígenas americanos que sostuvieron en 1550 Bartolomé de las Casas y Juan Ginés de Sepúlveda*, (traducido por Avendaño-Inestrillas, Jorge y Sepúlveda de Baranda, Margarita) Fondo de Cultura Económica, México.
- Hansen, Peo, 2000, *Europeans Only? : Essays on Identity Politics and the European Union*, Tesis Doctoral, Umeå University, Umeå.
- Hardwick, Lorna, 2003, *Reception Studies*, Oxford University Press, Oxford.
- Hardwick, Lorna y Stray, Christopher (eds.), 2008, *A Companion to Classical Receptions*, Blackwell, Malden-Oxford-Carlton.
- Härke, Heinrich G. H., 2000, *Archaeology, Ideology, and Society: The German Experience*, Peter Lang, Frankfurt-New York.
- Harris, William V., 1979, *War and Imperialism in Republican Rome, 327-70 B.C.*, Clarendon Press, Oxford.
- Hartog, François, 1999 [1996], *Memoria de Ulises: relatos sobre la frontera en la antigua Grecia*, Fondo de Cultura Económica, México.
- 2003 [1980], *El espejo de Herótodo: ensayo sobre la representación del otro*, Fondo de Cultura Económica, México.
- 2005, *Anciens, Modernes, Sauvages*, Galaade éditions, Paris.
- Hasse, Johann Adolf y Metastasio, Pietro, 1739, *Viriato: drama per musica*, Marino Rossetti, Venezia.
- Hastings, Adrian, 2000 [1997], *La Construcción de Las Nacionalidades: Etnicidad, Religión y Nacionalismo*, Cambridge University, Cambridge.
- Hatt, Jean-Jacques, 1984, «L'opinion que les Grecs avaient des Celtes», *Ktèma* 9, 79-87.
- Haussler, Ralph, 2014, «Manipulating the Past. Re-Thinking Graeco-Roman Accounts on “Celtic” Religion», en Marco Simón, Francisco et al. (eds.), *Fraude, mentiras y engaños en el mundo antiguo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 35-54.
- Hawes, Greta, 2014, *Rationalizing Myth in Antiquity*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- Heers, Jacques, 2000 [1992], *La invención de la Edad Media*, (traducido por Vilalta, Mariona) Crítica, Barcelona.
- Henares Cuéllar, Ignacio, 1977, *La teoría de las artes plasticas en España en la segunda mitad del siglo XVIII*, Universidad de Granada, Granada.
- Henriet, Patrick, 2001, «Sanctissima patria. Points et thèmes communs aux trois œuvres de Lucas de Tuy», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales* 24/1, 249-278.
- Hermenegildo, Alfredo, 1976, *La Numancia de Cervantes*, Sociedad General Española de Librería, Madrid.
- Hernández García, Rosalía, 2011, «Vacceos, ¿identidad de pasado o de futuro?», *El Futuro del Pasado* 2, 353-369.
- Hernández García, Rosalía, 2012, «¿Mujeres guerreras o mártires? La mujer hispana en los enfrentamientos con Roma (s. III-I a. c.)», en Aldea Celada, José Manuel et al. (eds.), *Historia, Identidad y Alteridad. Actas del III Congreso Interdisciplinar de Jóvenes Historiadores*, AJHIS, Salamanca, 983-998.
- Hernández Guerra, Liborio, 2011, «La diosa Epona en la Península Ibérica: una revisión crítica», *Hispania Antiqua* 35, 247-260.

- Hernández Miguel, Luis Alfonso, 2008, *La tradición clásica. La transmisión de las literaturas griega y latina antiguas y sus recepción en las vernáculos occidentales*, Liceus, Madrid.
- Hernández Prieto, Enrique, 2011, «Apian, VI, 31: introducción didáctica de tópoi sobre los pueblos hispanos en el relato histórico», *El Futuro del Pasado* 2, 147-157.
- Hernando, Almudena, 2002, *Arqueología de la identidad*, Akal, Madrid.
- Hernando Sobrino, María del Rosario, 2007, «Los toros de Guisando y las glorias ajenas», *Gerión* extra 1, 341-362.
- 2014, «Las guerras de conquista y los falsos epigráficos. Una cuestión de perspectiva», en Cadiou, François y Navarro Caballero, Milagros (eds.), *La guerre et ses traces: conflits et sociétés en Hispanie à l'époque de la conquête romaine (IIIe-Ier s. a.C.)*, Ausonius, Bordeaux, 519-545.
- Herrera de la Sota, Antolín, 1998, «Cantabria según Zurita, Sota y Flórez», *Altamira* 53, 205-224.
- Herrero Llorente, Víctor José (ed.), 1987, *M. Tulio Cicerón. Del supremo bien y del supremo mal*, Gredos, Madrid.
- Herrero Sanz, María Jesús, 2001, «Programa iconográfico para la decoración escultórica del Palacio Nuevo de Madrid», *Arbor*/665, 29-58.
- Herreros González, Carmen, 2002, «Una nueva línea de investigación a propósito de la “Continencia de Escipión”: el imperialismo escipiónico del s. II a.C. como modelo ideológico de las monarquías absolutistas de época moderna», *Iberia* 5, 195-204.
- Herzog, Tamar, 2006 [2003], *Vecinos y extranjeros: hacerse español en la Edad Moderna*, (traducido por Coll Rodríguez, Miguel Ángel) Alianza, Madrid.
- Higes Cuevas, Víctor, 1959, «Una historia Numantina desconocida y otros tres manuscritos sobre Soria del siglo XVI», *Celtiberia* 18, 261-266.
- 1966, «Nuevos datos relativos a la cronología de las dos “Numantinas”», *Celtiberia* 32, 123-128.
- Hightet, Gilbert Arthur, 1949, *The Classical Tradition: Greek and Roman Influences on Western Literature*, Oxford University Press, New York-Oxford.
- Hillgarth, Jocelyn Nigel, 2000, *The Mirror of Spain, 1500-1700: The Formation of a Myth*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Hingley, Richard y Unwin, Christina, 2005, *Boudica: Iron Age Warrior Queen*, Hambledon and London, London-New York.
- Hinojo Andrés, Gregorio, 1992, *Obras históricas de Nebrija. Estudio filológico*, Universidad de Salamanca, Salamanca.
- 1993, «Acotaciones a la labor historiográfica de Nebrija», en Maestre Maestre, José María y Pascual Barea, Joaquín (eds.), *Humanismo y pervivencia de mundo clásico (actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico, Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Instituto de Estudios Turolenses - Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. I.1, 513-521.
- Hinojo Andrés, Gregorio y Moreno Ferrero, Isabel (eds.), 2000, *Floro. Epítome de la Historia de Tito Livio*, Gredos, Madrid.
- Hobsbawm, Eric John, 2001 [1969], *Bandidos*, Crítica, Barcelona.
- 2013 [1990], *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Crítica, Barcelona.
- Hobsbawm, Eric John y Ranger, Terence O., 1992, *The Invention of Tradition*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Högberg, Anders, 2016, «To Renegotiate Heritage and Citizenship beyond Essentialism», *Archaeological Dialogues* 23/1, 39-48.
- Höistad, Ragnar, 1948, *Cynic Hero and Cynic King: Studies in the Cynic Conception of Man*, Tesis Doctoral, University of Uppsala, Uppsala.
- Holgado Redondo, Antonio (ed.), 2002, *M. Anneo Lucano. Farsalia*, Gredos, Madrid.
- Holtorf, Cornelius, 2009, «A European Perspective on Indigenous and Immigrant Archaeologies», *World Archaeology* 41/4, 672-681.

- Hortet, Carlos Gerhard, 2006, *Marco Fabio Quintiliano. Sobre la enseñanza de la oratoria. Libros I-III*, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Houghtalin, Liane, 1998, *The Personifications of the Roman Provinces*, UMI, Ann Arbor.
- Hoyos, B. Dexter (ed.), 2013, *A Companion to Roman Imperialism*, Brill, Boston.
- Hoz Bravo, Jesús Javier de, 2000, «La etnografía de los pueblos de Iberia en Diodoro V 33-34 y el problema de sus fuentes», en Alganza Roldán, Minerva et al. (eds.), *Epieikeia: studia graeca in memoriam Jesús Lens Tuero*, Athos-Pérgamos, Granada, 221-238.
- Hualde Pascual, Pilar y Sanz Morales, Manuel (eds.), 2008, *La literatura griega y su tradición*, Akal, Madrid.
- Huerta Calvo, Javier y Palacios Fernández, Emilio (eds.), 1998, *Al margen de la ilustración: cultura popular, arte y literatura en la España del siglo XVIII*, Rodopi, Amsterdam-Atlanta.
- Huerta y Vega, Francisco Xavier de la, 1738-1740, *España primitiva: historia de sus reyes y monarcas desde su poblacion hasta Christo*, 2 vols., s. e., Madrid.
- Huete Fudio, Mario, 1997, *La historiografía latina medieval en la Península Ibérica (siglos VIII-XII): fuentes y bibliografía*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Hutchinson, John et al., 2015, «Debate on Azar Gat's Nations: The Long History and Deep Roots of Political Ethnicity and Nationalism», *Nations and Nationalism* 21/3, 383-402.
- Hutton, James, 1935, *The Greek Anthology in Italy to the Year 1800*, Cornell University, Ithaca.
- Ibarra Jiménez, Ana, 2006, *De la arqueología a la ensoñación popular: la deconstrucción de la pasión céltica*, Toxosoutos, Noia, A Coruña.
- Iggers, Georg G., 1968, *The German Conception of History: The National Tradition of Historical Thought from Herder to the Present*, Wesleyan University Press, Middletown.
- 1991, *Marxist Historiography in Transformation: East German Social History in the 1980s*, Berg, New York.
- 2012 [1995], *La historiografía del siglo XX: desde la objetividad científica al desafío posmoderno*, Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.
- Iggers, Georg G. y Wang, Q. Edward, 2008, *A Global History of Modern Historiography*, Pearson Longman, Harlow-New York.
- Iglesias Cano, María del Carmen, 1999, *Razón y sentimiento en el siglo XVIII*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- Iglesias Ortega, Luis, 2007, *Bartolomé de Las Casas: cuarenta y cuatro años infinitos*, Fundación José Manuel Lara, Sevilla.
- Iglesias Zoido, Juan Carlos, 2010, «Viriato como líder militar en la historiografía griega», en Cortés Gabaudán, Francisco y Méndez Dosuna, Julian (eds.), *Dic mihi, musa, virum: homenaje al profesor Antonio López Eire*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 337-344.
- Iguácel de la Cruz, Pilar, 2008, «Tartessos. El mito en lenguaje de cómic», en Castillo Pascual, María José (ed.), *Imágenes: la Antigüedad en las artes escénicas y visuales = Images: the reception of antiquity in performing and visual arts (Congreso Internacional, Logroño 22-24 de Octubre de 2007)*, Universidad de La Rioja, Logroño, 645-658.
- Insausti, Gabriel (ed.), 2011, *Wilfred Owen. Poemas de guerra*, Acantilado, Barcelona.
- Insúa Cereceda, Mariela, 2013, «En torno a la imagen de Viriato en la "Tragicomedia El capitán lusitano" de Manuel da Costa Silva y José Correa de Brito», *Taller de Letras* ne 3, 127-140.
- Iriarte, Ana, 2002, *De amazonas a ciudadanos: pretexto gineocrático y patriarcado en la Grecia antigua*, Akal, Tres Cantos.
- Irvin, Thomas Ballantine, 1959, «"Almuiuces" in Alfonso X's Primera Cronica General», *Kentucky Foreign Language Quarterly* 6/3, 112-120.
- 1970, «Celtas, magos o normandos», en Magis, Carlos H. (ed.), *Actas del Tercer Congreso Internacional de Hispanistas (celebrado en México, D.F., del 26 al 31 de agosto de 1968)*, El Colegio de México, México D.F.

- Isaac, Benjamin H., 2004, *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton University Press, Princeton.
- Isakhan, Benjamin y González Zarandona, José Antonio, 2018, «Layers of Religious and Political Iconoclasm under the Islamic State: Symbolic Sectarianism and Pre-Monotheistic Iconoclasm», *International Journal of Heritage Studies* 24/1, 1-16.
- Isla Frez, Amancio, 2011, «Identidades y goticismo en época de Alfonso III: las propuestas de la Albeldense», *Territorio, Sociedad y Poder* 6, 11-21.
- Iso, José Javier, 2014, «Sobre la guerra y los Celtiberi en el De officiis (I, 34-40) ciceroniano», en Duplá Ansuategui, Antonio et al. (eds.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 419-425.
- Jacob, Christian, 2008 [1991], *Geografía y etnografía en la Grecia antigua*, (traducido por Cruz Andreotti, Gonzalo) Bellaterra, Barcelona.
- James, Simon, 1999, *The Atlantic Celts: Ancient People or Modern Invention?*, University of Wisconsin Press, Madison.
- Janvier, Yves, 1982, *La géographie d'Orose*, Les Belles Lettres, Paris.
- Jardim, Jean-Pierre, 2000, «El modelo alfonsí ante la revolución trastámara: los sumarios de crónicas generales del siglo XV», en Martin, Georges (ed.), *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Casa de Velázquez, Madrid, 141-156.
- Jenkins, Keith, 2009 [1991], *Repensar la historia*, (traducido por Izquierdo Martín, Jesús) Siglo XXI, Madrid.
- Jenkins, Richard, 2000, «The Limits of Identity: Ethnicity, Conflict, and Politics», *Sheffield Online Papers in Social Research* 2, s. p.
- 2014 [1996], *Social Identity*, Routledge, London.
- Jenkyns, Richard, 1980, *The Victorians and Ancient Greece*, Blackwell, Oxford.
- 1992, *The Legacy of Rome: A New Appraisal*, Oxford University Press, Oxford.
- Jensen, Lotte (ed.), 2016, *The Roots of Nationalism: National Identity Formation in Early Modern Europe, 1600-1815*, Amsterdam University Press, Amsterdam.
- Jerez Cabrero, Enrique, 2006, *El Chronicon Mundi de Lucas de Tuy (C.1238): técnicas compositivas y motivaciones ideológicas*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Jiménez, C., 2014, «Al Gijón romano le acosan los celtas», *La Nueva España.es*, 20 de agosto de 2014, sec. Local Gijón.
- Jiménez Calvente, Teresa, 1998, «Lucio Marineo Sículo y Antonio de Nebrija: crónica de una relación difícil», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 14, 187-206.
- Jiménez Cid, Alejandro, 2017, «El renacimiento del Sarasvatī. Historiografía nacionalista y reinención del pasado en la India contemporánea», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 175-188.
- Jiménez del Castillo, Pascual, 2012, «Mercenarios de la Península Ibérica en las tropas de Aníbal», en Remedios Sánchez, Sergio et al. (eds.), *Aníbal de Cartago: historia y mito*, Polifemo, Madrid, 227-250.
- Jiménez Díez, José Antonio, 1993, *Historiografía de la Pre y Protohistoria de la Península Ibérica en el siglo XIX*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Jiménez Flores, Ana María y García Fernández, Francisco José, 2006, «“In vino humanitas” (y II): vino y cultura en la Turdetania prerromana», *Habis* 37, 125-144.
- Jiménez Rojas, Juan Pablo, 2013, «Guerra preventiva y “bellum iustum” en la República Romana: III-I a.C.», *Revista de historia* 20/2, 43-54.
- Jiménez Vicente, María Carmen, 1993, *La razón de estado en Alfonso X el Sabio: Paulo Orosio en la Primera Crónica General*, Universidad de Valladolid, Valladolid.

- Jimeno Martínez, Alfredo y Torre Echávarri, José Ignacio de la, 2005a, *Numancia, símbolo e historia*, Akal, Tres Cantos.
- John, Richard Thomas, 1994, *Fictive Ancient History and National Consciousness in Early Modern Europe: The Influence of Anniius of Viterbo's «Antiquitates»*, Tesis Doctoral, University of London, London.
- Johnson, Carroll B., 1981, «La Numancia y la estructura de la ambigüedad cervantina», en Criado de Val, Manuel (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo (actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes)*, EDI-6, Madrid, 309-316.
- Jones, Siân, 1997, *The Archaeology of Ethnicity: Constructing Identities in the Past and Present*, Routledge, London-New York.
- Juaristi, Jon, 2000 [1987], *El linaje de Aitor: la invención de la tradición vasca*, Taurus, Madrid.
- Julio, María Teresa, 2008, «“La vil numancia vuestro honor profana”. Cervantes y Rojas ante el drama numantino», en Matas Caballero, Juan et al. (eds.), *Cervantes y su tiempo*, Universidad de León, León, vol. 2, 143-154.
- Kagan, Richard L., 2007, «Nación y patria en la historiografía de la época austriaca», en Tallon, Alain (ed.), *Le sentiment national dans l'Europe méridionale aux XVIe et XVIIe siècles*, Casa de Velázquez, Madrid, 205-225.
- 2010 [2009], *Los cronistas y la corona. La política de la Historia en España en las Edades Media y Moderna*, (traducido por Sánchez León, Pablo) Centro de Estudios Europa Hispánica-Marcial Pons, Madrid.
- 2013, «Vender el pasado: los historiadores y las genealogías en la España Moderna», en Chacón Jiménez, Francisco y Evangelisti, Silvia (eds.), *Comunidad e identidad en el mundo ibérico / Community and Identity in the Iberian World (one-day Symposium in Honour of Jim Casey)*, Universitat de València, València, 149-162.
- Kahn, Aaron M., 2006, «Moral Opposition to Philip II in Pre-Lopean Drama», *Hispanic Review* 74/3, 227-250.
- 2007, «Representation and Interpretation of Historical Characters in Cervantes's La Numancia: Jugurtha and Viriatus», *Bulletin of Hispanic Studies* 84/5, 573-587.
- 2008, *The Ambivalence of Imperial Discourse: Cervantes's La Numancia within the «Lost Generation» of Spanish Drama (1570-90)*, Peter Lang, Oxford.
- Kallendorf, Craig W. (ed.), 2007, *A Companion to the Classical Tradition*, Blackwell, Malden-Oxford-Carlton.
- Kamen, Henry, 2008, *Imagining Spain: Historical Myth & National Identity*, Yale University Press, New Haven-London.
- Katz, Joshua T., 2000, «Egnatius' Dental Fricatives (Catullus 39.20)», *Classical Philology* 95/3, 338-348.
- Kedourie, Elie, 2015 [1961], *Nacionalismo*, (traducido por Solórzabal, Juan José) Alianza, Madrid.
- Kersken, Norbert, 2003, «High and Late Medieval National Historiography», en Deliyannis, Deborah Mauskopf (ed.), *Historiography in the Middle Ages*, Brill, Leiden, 181-215.
- Ketterer, Robert, 2009, *Ancient Rome in Early Opera*, University of Illinois Press, Chicago.
- King, Willard F., 1979, «Cervantes' Numancia and Imperial Spain», *Modern Language Notes* 94/2, 200-221.
- Klein, Cecilia F., 2016, «Death in the Hands of Strangers : Aztec Human Sacrifice in the Western Imagination», en Pohl, John M. D. y Lyons, Claire L. (eds.), *Altera Roma: Art and Empire from Mérida to México*, Cotsen Institute of Archaeology Press, Los Angeles, 257-312.
- Koch, John T., 2014, «Once Again Herodotus, the Κέλτοι, the Source of the Danube, and the Pillars of Hercules», en Gosden, Chris et al. (eds.), *Celtic Art in Europe: Making Connections*, Oxbow, Oxford-Philadelphia, 6-18.

- Kohl, Philip L. y Fawcett, Clare P. (eds.), 1995, *Nationalism, Politics, and the Practice of Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Kohut, Karl, 1980, «Sánchez de Arévalo (1404-1470) frente al humanismo italiano», en Gordon, Alan M. y Rugg, Evelyn (eds.), *Actas del Sexto Congreso Internacional de Hispanistas, celebrado en Toronto del 22 al 26 de agosto de 1977*, Asociación Internacional de Hispanistas-University of Toronto, Toronto, Canada, 431-434.
- Kovacs, George y Marshall, C. W., 2011, *Classics and Comics*, Oxford University Press, Oxford; New York.
- Krebs, Christopher B., 2005, *Negotiatio Germaniae: Tacitus' Germania und Enea Silvio Piccolomini, Giannantonio Campano, Conrad Celtis und Heinrich Bebel*, Vandenhoeck & Ruprecht, Göttingen.
- 2011, *El libro más peligroso. La Germania de Tácito, del imperio romano al Tercer Reich*, (traducido por Fernández Aúz, Tomás y Eguibar, Beatriz) Crítica, Barcelona.
- Kristiansen, Kristian, 1981, «A Social History of Danish Archaeology (1805-1975)», en Daniel, Glyn Edmund (ed.), *Towards a history of archaeology (being the papers read at the first Conference on the History of Archaeology in Aarhus, 29 August-2 September 1978)*, Thames and Hudson, London-New York, 20-44.
- Kuper, Adam, 2003, «The Return of the Native», *Current Anthropology* 44/3, 389-402.
- Kupperman, Karen Ordahl (ed.), 1995, *America in European Consciousness, 1493-1750*, University of North Carolina Press, Chapel Hill.
- Ladero Quesada, Miguel Ángel, 2005, «Unidad y diversidad en la España medieval: en torno a las ideas de nación, patria y estado», en AAVV (ed.), *Fundamentos medievales de los particularismos hispánicos (IX Congreso de Estudios Medievales)*, Fundación Sánchez-Albornoz, Ávila, 19-39.
- Laguna Mariscal, Gabriel, 2004, «¿De dónde procede la denominación “Tradición Clásica”?», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos* 24/1, 83-93.
- Laird, Andrew, 2016, «Aztec and Roman Gods in Sixteenth-Century Mexico: Strategic Uses of Classical Learning in Sahagún's Historia General», en Pohl, John M. D. y Lyons, Claire L. (eds.), *Altera Roma: Art and Empire from Mérida to México*, Cotsen Institute of Archaeology Press, Los Angeles, 167-187.
- Lampinen, Antti, 2011, «Migrating Motifs of Northern Barbarism: Depicting Gauls and Germans in Imperial Literature», en Kahlos, Maijastina (ed.), *The faces of the other: religious rivalry and ethnic encounters in the later Roman world*, Brepols, Turnhout, 199-235.
- 2013, *Istae Contra Omnium Religiones. Characterizing Northern Barbarian Religiosity in the Graeco-Roman Literary Tradition from Hellenism to the Later Empire*, Tesis Doctoral, University of Turku, Turku.
- 2014, «Fragments from the “Middle Ground” - Posidonius' Northern Ethnography», *Arctos* 48, 229-259.
- Lapeña Marchena, Óscar, 2007, *El mito de Espartaco: de Capua a Hollywood*, Hakkert, Amsterdam.
- Lara Garrido, José, 1980, «Notas sobre la poética de las ruinas en el Barroco», *Analecta Malacitana* 3/2, 385-399.
- 1983, «El motivo de las ruinas en la poesía española de los siglos XVI y XVII (funciones de un paradigma nacional: Sagunto)», *Analecta Malacitana* 6/2, 223-277.
- 1999, *Los mejores plectros: teoría y práctica de la épica culta en el Siglo de Oro*, Universidad de Málaga, Málaga.
- Larramendi, Manuel de, 1728, *De la antigüedad y universalidad del bascuense en España [...]*, Eugenio Garcia de Honorato, Salamanca.
- 1729, *El imposible vencido. Arte de la Lengua bascongada*, Antonio Joseph. Villargordo Alcazár, Salamanca.

- 1736, *Discurso histórico sobre la antigua famosa Cantabria [...]*, Juan de Zuñiga, Madrid.
- 1745, *Diccionario trilingue del castellano, bascuence, y latin*, 2 vols., Bartholomè Riesgo y Montero, San Sebastián.
- Larrañaga Elorza, Koldo, 1996, «Oihenart y el tema de los orígenes vascos», *Vasconia* 24, 115-143.
- 1998, «Vascocantabrisismo y arqueología», *Memorias de Historia Antigua* 19-20, 111-198.
- Lastanosa, Vincencio Juan de, 1645, *Museo de las medallas desconocidas españolas*, Iuan Nogues, Huesca.
- Lavallé, Bernard, 2009, *Bartolomé de Las Casas: entre la espada y la cruz*, (traducido por Pino Moreno, Marta) Ariel, Barcelona.
- Lázaro Carreter, Fernando, 1985 [1949], *Las ideas lingüísticas en España durante el siglo XVIII*, Crítica, Barcelona.
- Le Morvan, Gaël, 2009, «La Chronica naiarensis: d'un néo-gothisme astur-léonais à un néo-gothisme castillan», *e-Spania*/7.
- Lens Tuero, Jesús, 1986, «Viriato, héroe y rey cínico», *Estudios de Filología Griega* 2, 253-272.
- 1993, «De la cultura antigua a la cultura medieval: ética, historiografía, etnografía», en AAVV, *De la Antigüedad al Medioevo: siglos IV-VIII (III Congreso de Estudios Medievales)*, Fundación Sánchez-Albornoz, Ávila, 199-215.
- LeRoux, Patrick, 2006, «Toga y política: identidad e identificación», en *Romanos de España: ciudades y política en las provincias (siglo II A.C.-siglo III D.C.)*, Bellaterra, Barcelona, 21-35.
- Levene, David S., 2010, *Livy on the Hannibalic War*, Oxford University Press, Oxford.
- Levene, David S. y Nelis, Damien, 2002, *Clio and the Poets: Augustan Poetry and the Traditions of Ancient Historiography*, Brill, Leiden-Boston.
- Levine, Emily J., 2013, *Dreamland of Humanists: Warburg, Cassirer, Panofsky, and the Hamburg School*, The University of Chicago Press, Chicago-London.
- Lewis-Smith, Paul, 1987, «Cervantes' Numancia as Tragedy and as Tragicomedy», *Bulletin of Hispanic Studies* 64/1, 15-26.
- Leza Cruz, José Máximo, 1996-1997, «Francesco Corradini y la introducción de la ópera en los teatros comerciales de Madrid (1731-1749)», *Artigrama* 12, 123-146.
- 2014, «El siglo XVIII: historia, instituciones, discursos», en *Historia de la música en España e Hispanoamérica 4. La música en el siglo XVIII*, Fondo de Cultura Económica, Madrid, 29-123.
- Leza Cruz, José Máximo y Knighton, Tess, 1998, «Metastasio on the Spanish Stage: Operatic Adaptations in the Public Theatres of Madrid in the 1730s», *Early Music* 26/4, 623-631.
- Lhuyd, Edward, 1707, *Archæologia Britannica: Giving Some Account Additional to What Has Been Hitherto Publish'd, of the Languages, Histories and Customs of the Original Inhabitants of Great Britain*, Theater, Oxford.
- Lida de Malkiel, María Rosa, 1975, *La tradición clásica en España*, Ariel, Esplugues de Llobregat.
- Ligota, Christopher R., 1987, «Annius of Viterbo and Historical Method», *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes* 50, 44-56.
- Linehan, Peter, 2000, «Lucas de Tuy, Rodrigo Jiménez de Rada y las historias alfonsíes», en Fernández-Ordóñez, Inés (ed.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 19-36.
- 2012 [1993], *Historia e historiadores de la España Medieval*, (traducido por Valero Moreno, Juan Miguel) Universidad de Salamanca, Salamanca.
- Lisi, Francisco L. (ed.), 1999, *Platón. Diálogos VIII. Leyes (Libros I-VI)*, Gredos, Madrid.

- Llobera, Josep Ramón, 1996, *El dios de la modernidad: el desarrollo del nacionalismo en Europa occidental*, Anagrama, Barcelona.
- Llovet, Jordi, 2011, *Adiós a la universidad: el eclipse de las humanidades*, (traducido por Fuentes, Albert) Galaxia Gutenberg, Barcelona.
- Lobato Casado, Abelardo, 1988, «El obispo Garcés, OP, y la bula “Sublimis Deus”», en AAVV, *Los dominicos y el Nuevo Mundo (actas del I congreso internacional sobre «los Dominicos y el Nuevo Mundo», Sevilla, 21-25 de abril de 1987)*, Deimos, Madrid, 739-795.
- Lobera, Athanasio de, 1596, *Historia de las grandezas de la my antigua, e insigne ciudad y iglesia de Leon [...]*, Diego Fernandez de Cordova, Valladolid.
- Lobo Lasso de la Vega, Gabriel, 1587, *Primera parte del romancero y tragedias de Gabriel Lasso de la Vega*, Iuan Gracian, Alcalá de Henares.
- Lomas Salmonte, Francisco Javier, 2007, «De “lavde Spaniae y de Gothorum lavde” de Isidoro de Sevilla. Su entroque con Roma y su encaje en el reino visigodo de Toledo», en Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), *Laudes provinciarum: retórica y política en la representación del imperio romano*, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz, 237-258.
- Lomax, Derek Williams, 1977, «Rodrigo Jiménez de Rada como historiador», en Chevalier, Maxime (ed.), *Actas del quinto Congreso Internacional de Hispanistas (celebrado en Bordeaux del 2 al 8 de septiembre de 1974)*, Université Michel de Montaigne-Bordeaux III-Instituto de Estudios Ibéricos e Iberoamericanos, Bordeaux, vol. 2, 587-592.
- Loperráez Corvalán, Juan, 1788, *Descripcion histórica del Obispado de Osma, con el catálogo de sus Prelados*, 3 vols., Imprenta Real, Madrid.
- López Barja de Quiroga, Pedro, 1995-1996, «Testimonia Antiqua Hispaniae», *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14, 165-179.
- 2007, *Imperio legítimo: el pensamiento político romano en tiempos de Cicerón*, A. Machado Libros, Boadilla del Monte.
- López Castro, José Luis, 1993, «Pompeyo Trogo (Just. XLIV, 5, 1-4) y el imperialismo cartaginés en la Península Ibérica», en AAVV, *In memoriam Julian Cabrera Moreno*, Universidad de Granada, Granada, 219-235.
- 1996, «ψεύμα φοινικόν. Fenicios y cartagineses en la obra de Adolf Schulten: una aproximación historiográfica», *Gerión: Revista de Historia Antigua* 14, 289-332.
- López de Ayala, Ignacio, 1775, *Numancia destruida: tragedia*, Imprenta de Pantaleón Aznar, Madrid.
- López Férez, Antonio Juan, 2008, «Personajes históricos griegos o romanos en el Quijote», *Anales Cervantinos* 40, 119-132.
- López Fonseca, Antonio y Ruiz Vila, José Manuel, 2014, «Rodrigo Sánchez de Arévalo: un humanista al servicio de la corona y el papado», *Anuario de Historia de la Iglesia* 23, 323-332.
- López Melero, Raquel, 1988, «Viriatus Hispaniae Romulus», *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 1, 247-262.
- López Monteagudo, Guadalupe, 1987, «Las “cabezas cortadas” en la Península Ibérica», *Gerión: Revista de Historia Antigua* 5, 245-252.
- López Moreda, Santiago (ed.), 2009, *Aulo Gelio. Noches áticas*, Akal, Tres Cantos.
- 2013, *Hispania en los humanistas europeos: detractores y defensores*, Clásicas, Madrid.
- (eds.) 2003a, *Valerio Máximo. Hechos y dichos memorables. Libros I-VI*, Gredos, Madrid.
- (eds.) 2003b, *Valerio Máximo. Hechos y dichos memorables. Libros VII-IX*, Gredos, Madrid.
- López Pardo, Fernando, 2000, *El empeño de Heracles: la exploración del Atlántico en la antigüedad*, Arco Libros, Madrid.

- 2004, «Crono y Briareo en el umbral del Océano: un recorrido por la historia mítica de los viajes al confín del Occidente hasta los albores de la colonización», en Peña Romo, Victoria et al. (eds.), *La navegación fenicia: tecnología naval y derroteros*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid, 1-42.
- López Pereira, José Eduardo, 2009, *Continuatio Isidoriana Hispana: Crónica mozárabe de 754*, Centro de Estudios e Investigación San Isidoro-Caja España de Inversiones-Archivo Histórico Diocesano, León.
- López Quiroga, Jorge (ed.), 2011, *Gentes barbarae: los bárbaros, entre el mito y la realidad*, Universidad de Murcia, Murcia.
- López Salvá, Mercedes y Medel, María Antonia (eds.), 2008, *Plutarco. Obras morales y de costumbres (Moralia) III. Máximas de reyes y generales, Máximas de romanos, Máximas de espartanos, Antiguas costumbres de los espartanos, Máximas de mujeres espartanas, Virtudes de mujeres*, Gredos, Madrid.
- López Serrano, Francisco de Asís, 2013, *De los orígenes a Pelayo. Modesto Lafuente en su contexto historiográfico*, Tesis Doctoral, Universidad de Málaga, Málaga.
- López-Cordón Cortezo, María Victoria, 2006a, «De monarquía a nación: la imagen histórica de España en el siglo de la Ilustración», *Norba* 19, 151-173.
- 2006b, «El Padre Flórez y la historiografía», en Borreguero Beltrán, Cristina (ed.), *El Padre Flórez: tres siglos después (Actas del Congreso Internacional, Burgos, 23 al 26 de septiembre de 2002)*, Universidad de Burgos-Diputación Provincial de Burgos, Burgos, 159-173.
- Losada, Ángel, 1989, *Fray Bartolomé de las Cass. Obras completas 9. Apología*, Alianza, Madrid.
- Losada García, Ángel y Moreno Hernández, Antonio (eds.), 1997, *Juan Ginés de Sepúlveda. Obras completas 3. Demócrates segundo o sobre las justas causas de la guerra. Apología en favor del libro sobre las justas causas de la guerra*, Ayuntamiento de Pozoblanco, Pozoblanco.
- Lovejoy, Arthur O. y Boas, George, 1965 [1935], *Primitivism and Related Ideas in Antiquity*, Octagon Books, New York.
- Lowe, Benedict J., 2017, «Strabo and Iberia», en Dueck, Daniela (ed.), *The Routledge Companion to Strabo*, Routledge, London, 69-78.
- Lowe, Dunstan y Shahabudín, Kim, 2009, *Classics for All: Reworking Antiquity in Mass Culture*, Cambridge Scholars Publishing.
- Lozano-Gotor Perona, José Manuel, 2010, *Antonio de Nebrija: Lebrija (Sevilla) 1441-Alcalá de Henares 1522*, Universidad de Murcia, Murcia.
- Lucero Comas, Lluís, 2002, «El Paralipomenon Hispaniae de Joan Margarit i els humanistes italians», en Badia, Lola et al. (eds.), *Literatura i cultura a la Corona d'Aragó (segles XIII-XV) (actes del III Col·loqui «Problemes i Mètodes de Literatura Catalana Antiga», Universitat de Girona, 5-8 juliol de 2000)*, Curial Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona.
- 2006, «Joan Margarit, l'humanista», *Revista de Girona*/238, 68-73.
- Lukács, György, 1975, *Obras completas*, (traducido por Sacristán, Manuel) Grijalbo, Barcelona.
- Lukacs, John, 2011, *El futuro de la historia*, (traducido por Sierra, María) Turner, Madrid.
- Lundelius, Marguerite Ruth, 2001, *The «Mujer Varonil» in the Theatre of the Siglo de Oro: A Dissertation in Romance Languages*, Tesis Doctoral, University of Michigan, Michigan.
- Lupher, David A., 2003, *Romans in a New World: Classical Models in Sixteenth-Century Spanish America*, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- Lynn, Caro, 1937, *A College Professor of the Renaissance: Lucio Marineo Sículo among the Spanish Humanists*, University of Chicago Press, Chicago.

- MacCormarck, Sabine, 1995, «Limits of Understanding: The Perception of Greco-Roman and Amerindian Paganism in Early Modern Europe», en Kupperman, Karen Ordahl (ed.), *America in European Consciousness, 1493-1750*, University of North Carolina Press, Chapel Hill, 79-129.
- MacCurdy, Raymond R., 1960, «The Numantia plays of Cervantes and Rojas Zorrilla: the shift from collective to personal tragedy», *Symposium: a Quarterly Journal in Modern Literatures* 14/2, 100-120.
- 1977, *Francisco de Rojas Zorrilla. Numancia cercada y Numancia destruida*, Jose Porrua Turanzas, Madrid.
- Machado, José Barbosa, 2010, *O Mito de Viriato na Literatura Portuguesa*, Vercial, Coimbra.
- MacMullen, Ramsay, 1966, *Enemies of the Roman Order: Treason, Unrest, and Alienation in the Empire*, Harvard University Press, Cambridge.
- Madroñal Durán, Abraham, 2017, «Nuevos datos sobre “El niño inocente de La Guardia”, de Lope de Vega», *Rilce* 33/1, 283-301.
- Maeder, Costantino, 1993, *Metastasio, l'“Olimpiade” e l'opera del Settecento*, Il Mulino, Bologna.
- Maestre Maestre, José María, 1995, «La “Diuinatio in scribenda historia” de Nebrija», *Evphrosyne* 23, 141-173.
- 2002, «Humanismo y censura en torno al “Opus de rebus Hispaniae memorabilibus” de Lucio Marineo Sículo», en González Castro, José Francisco (ed.), *Actas del X Congreso Español de Estudios Clásicos. 3. Historia antigua, humanismo, tradición clásica, didáctica, instrumenta studiorum (21-25 de septiembre de 1999)*, Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, vol. 3, 213-264.
- Maíz, Ramón, 1996, «Los rostros de Jano», *Revista de Libros*/7-8, 25-26.
- Malešević, Siniša, 2018, «Nationalism and the Longue Durée», *Nations and Nationalism* 24/2.
- Manchón Zorrilla, Alejandro, 2014, «Pietas erga patriam: la propaganda política de Quinto Sertorio y su trascendencia en las fuentes literarias clásicas», *Bolskan* 25, 153-172.
- Mandel, Adrienne Schizzano, 1981, «La Numancia: cuando el último hombre ha dicho la última palabra», en Criado de Val, Manuel (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo (actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes)*, EDI-6, Madrid, 317-323.
- Mangas Manjarrés, Julio, 1970, «El papel de la diplomacia romana en la conquista de la Península Ibérica (226-19 a.C.)», *Hispania* 116, 485-513.
- Mangas Manjarrés, Julio y Alvar Ezquerro, Jaime, 1994, *Avieno. Ora maritima. Descriptio orbis terrae phaenomena*, Ediciones Historia, Madrid.
- Mangas Manjarrés, Julio y Mayorgas Rodríguez, Ana (eds.), 2017, «La Hispania de Augusto [Número Especial]», *Gerión* 35.
- Mangas Manjarrés, Julio y Myro Martín, María del Mar, 2003, *Medio físico y recursos naturales de la Península Ibérica en la antigüedad*, Editorial Complutense-Fundación el Monte, Madrid.
- Mangas Manjarrés, Julio y Plácido Suárez, Domingo, 1999, *La Península Ibérica prerromana: de Eforo a Eustacio*, Fundación de Estudios Romanos-Editorial Complutense, Madrid.
- Mangas Manjarrés, Julio et al., 1998, *La Península Ibérica en los autores griegos: de Homero a Platón*, Fundación de Estudios Romanos-Editorial Complutense, Madrid.
- Mantecón Movellán, Tomás Antonio (ed.), 2008, *Bajtín y la historia de la cultura popular cuarenta años de debate*, Universidad de Cantabria, Santander.
- Mantuano, Pedro, 1613, *Advertencias a la Historia de España del Padre Iuan de Mariana de la Compañía de Iesus [...]*, Imprenta Real, Madrid.
- Manuel, Frank Edward, 1963, *Isaac Newton, Historian*, Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge.

- Manuwald, Gesine, 2013, *Nero in Opera: Librettos as Transformations of Ancient Sources*, De Gruyter, Berlin.
- Manzanera, Laura, 2010, «Viriato: ¡qué viva Hispania!», *Clío: Revista de historia*, 2010, 106.
- Manzanero Cano, Francisco et al. (eds.), 2010, *Plinio el Viejo. Historia natural. Libros XII-XVI*, Gredos, Madrid.
- Manzano Moreno, Eduardo, 1991, *La frontera de al-Andalus en época de los Omeyas*, CSIC, Madrid.
- Mar Medina, Ricardo et al., 2010, «El foro de la colonia Tarraco entre la República y el Imperio», en González Villaescusa, Ricardo (ed.), *Simulacra Romae II. Rome, les capitales de province (capita prouinciarum) et la création d'un espace commun européen: une approche archéologique (actes du colloque tenu à Reims les 19, 20 et 21 novembre 2008)*, Société Archéologique Champenoise, Reims, 39-70.
- Marasco, Gabriele (ed.), 2003, *Greek and Roman Historiography in Late Antiquity: Fourth to Sixth Century A.D.*, Brill, Leiden-Boston.
- Maravall, José Antonio, 1983 [1975], *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Ariel, Barcelona.
- 2013 [1954], *El concepto de España en la Edad Media*, Centro de Estudios Constitucionales, Madrid.
- Marchan Fiz, Simón, 1985, «La poética de las ruinas, un capítulo casi olvidado en la historia del gusto», *Fragmentos* 6, 4-15.
- Marco Simón, Francisco, 1993, «Feritas Celtica: imagen y realidad del bárbaro clásico», en Falqué, Emma y Gascó, Fernando (eds.), *Modelos ideales y prácticas de vida en la antigüedad clásica*, Universidad de Sevilla-Universidad Internacional Menéndez Pelayo, Sevilla, 141-166.
- 1995-2007, «Interpretatio romana y asimilación indígena: recursos en la identificación de los dioses ajenos», *Sintria* 3-4, 341-373.
- 1999, «Sacrificios humanos en la Céltica antigua: entre el estereotipo literario y la evidencia interna», *Archiv für Religionsgeschichte* 1/1, 1-15.
- 2000, «Eschatoi andrôn: la idealización de Celtas e Hiperbóreos en las fuentes griegas», *Dialogues d'Histoire Ancienne* 26/2, 121-147.
- 2005, «Religion and Religious Practices of the Ancient Celts of the Iberian Peninsula», *E-Keltoi* 6, 287-345.
- 2006, «Intimidación y terror en la época de las guerras celtibéricas», en Urso, Giampaolo (ed.), *Terror et pavor. Violenza, intimidazione, clandestinità nel mondo antico. Atti del convegno internazionale (Cividale del Friuli, 22-24 settembre 2005)*, ETS, Pisa, 197-213.
- 2007, «¿De la feritas a la fides?: identidad, alteridad y transformación identitaria en el mundo romano-céltico del occidente del Imperio», en Mangas Manjarrés, Julio y Montero Herrero, Santiago (eds.), *Ciudadanos y extranjeros en el mundo antiguo: segregación e integración*, Ediciones 2007, Móstoles, 85-109.
- 2010, «Rethinking Interpretatio as a Key Factor in the Religious “Romanisation” of the West», en Hily, Gaël (ed.), *Deuogdonion: mélanges offerts en l'honneur du professeur Claude Sterckx*, Travaux d'Investigation et de Recherche, Rennes, 417-435.
- 2012, «Iconografía de la derrota: formas de representación del bárbaro occidental en época tardorrepública y altoimperial», en Marco Simón, Francisco et al. (eds.), *Vae victis!: perdedores en el mundo antiguo*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 177-195.
- 2016, «Insurgency or State Terrorism? The Hispanic Wars in the Second Century BCE», en Howe, Timothy y Brice, Lee L. (eds.), *Brill's Companion to Insurgency and Terrorism in the Ancient Mediterranean*, Brill, Leiden, 221-247.

-
- 2017a, «Other People's Gods: Atheism, Demonisation and Interpretatio from Strabo to Bernardino de Sahagún», *Acta Classica Universitatis Scientiarum Debreceniensis* 53, 83-107.
- 2017b, «Profecía y adivinación en el mundo céltico», en Ferrer Albelda, Eduardo y Pereira Delgado, Álvaro (eds.), *Profecía y adivinación en las religiones de la Antigüedad*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 53-66.
- Marco Simón, Francisco y Pina Polo, Francisco, 2008, «La situación de los pueblos cántabros antes de la conquista romana. Las fuentes literarias», en Aja Sánchez, José Ramón et al. (eds.), *Los cántabros en la antigüedad: la historia frente al mito*, Universidad de Cantabria, Santander, 49-62.
- Marcotte, Didier, 2006, «De l'Ibérie à la Celtique: géographie et chronographie du monde occidental avant Polybe», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica (Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006)*, CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 1, 31-38.
- Marein, Marie-Françoise et al. (eds.), 2009, *Figures de l'étranger autour de la Méditerranée antique. «À la rencontre de l'autre» (Actes du colloque international Antiquité méditerranéenne: à la rencontre de «l'autre», perceptions et représentations de l'étranger dans les littératures antiques, 12, 13 et 14 mars 2009. Université de Pau et des Pays de l'Adour. Centre de Recherche: Poétiques et Histoire Littéraire)*, L'Harmattan, Paris.
- Margarit i Pau, Joan, 1545 [1484], «Episcopi Gerundensis Paralipomenon Hispaniae Libri Decem Antehac Non Excussis», en Nebrija, Sancho de (ed.), *Habes in hoc volumine amice lector Aelii Antonii Nebrissensis Rerum a Fernando & Elisabe Hispaniarum foelicissimis Regibus gesta[rum] Decades duas [...]*, Xantus et Sebastianus Nebrissensis, Granada.
- Mariana, Juan de, 1601, *Historia general de España [...]*, Pedro Rodríguez, Toledo.
- Marín Martínez, Antonio Pedro, 2012, «Los itinerarios de Polibio en Hispania y su visión de la actividad guerrera de los pueblos peninsulares», en Bravo, Gonzalo y González Salinero, Raúl (eds.), *Ver, viajar y hospedarse en el mundo romano*, Signifer, Madrid-Salamanca, 447-462.
- Marín Pina, María Carmen y Montaner Frutos, Alberto, 1996, «Estado actual de los estudios sobre la vida y la obra de Juan Fernández de Heredia», en Egido Martínez, Aurora y Enguita Utrilla, José María (eds.), *Juan Fernández de Heredia y su época (IV Curso sobre lengua y literatura en Aragón)*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 217-284.
- Marín Suárez, Carlos et al., 2012, «Building Nations in the XXI Century. Celticism, Nationalism and Archaeology in Northern Spain: The Case of Asturias and León», *Archaeological Review from Cambridge* 27/2, 11-31.
- Marín y Mendoza, Joaquín, 1776, *Historia de la milicia española, desde las primeras noticias que se tienen por ciertas, hasta los tiempos presentes*, Antonio de Sancha, Madrid.
- Marina Sáez, Rosa María (ed.), 2007, *San Agustín. La ciudad de Dios. Libros I-VII*, Gredos, Madrid.
- Mariné Isidro, Juan (ed.), 1996, *Séneca. Diálogos. Consolaciones a Marcia, a su madre Helvia y a Polibio. Apocolocintosis*, Gredos, Madrid.
- Mariné Isidro, María (ed.), 2000, *Séneca el Joven. Diálogos. Sobre la providencia. Sobre la firmeza del sabio. Sobre la ira. Sobre la vida feliz. Sobre el ocio. Sobre la tranquilidad del espíritu. Sobre la brevedad de la vida*, Gredos, Madrid.
- Marineo Sículo, Lucio, 1497, *De Hispaniae laudibus*, Fridericus Biel de Basilea, Burgos.
- 1530, *De rebus Hispaniae memorabilibus*, Michaellem de Eguia, Complutum.
- 1539, *Obra compuesta por Lucio Marineo Sículo Coronista d[e] sus Majestades de las cosas memorables de España*, Iuan de Brocar, Alcalá de Henares.

- Marioni, Giulia Danesi, 1989, «Un martirio stoico: Silio Italico, Pun. 1.169 sgg.», *Prometheus* 15/3, 245-253.
- Martin, George, 2000a, «El modelo historiográfico alfonsí y sus antecedentes», en Fernández-Ordóñez, Inés (ed.), *Alfonso X el Sabio y las crónicas de España*, Centro para la Edición de los Clásicos Españoles, Valladolid, 37-59.
- Martin, Georges, 1989, «Luc de Tuy, Rodrigue de Tolède, leurs traducteurs et leurs compilateurs alphonsins. Comparaison segmentaire d'une lexicalisation», *Cahiers de Linguistique Hispanique Médiévale* 14/1, 173-206.
- (ed.) 2000b, *La historia alfonsí: el modelo y sus destinos (siglos XIII-XV)*, Casa de Velázquez, Madrid.
- Martín, José Carlos, 2006, «Los Chronica Byzantia-Arabica: contribución a la discusión sobre su autoría y datación, y traducción anotada», *e-Spania* 1.
- 2010, «Chronica Byzantia-Arabica», en Andrés Sanz, María Adelaida y Codoñer Merino, Carmen (eds.), *La Hispania visigótica y mozárabe: dos épocas en su literatura*, Universidad de Salamanca - Universidad de Extremadura, Salamanca - Cáceres, 235-244.
- Martín Polín, Raquel, 2000, «Pellicer de Ossau: una visión de la monarquía católica en torno a 1640», *Espacio, Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna* 13, 133-164.
- Martín Rodríguez, José Luis y Costas Rodríguez, Jenaro (eds.), 1997, *Juan Gil de Zamora. De preconiis hispanie o educación del príncipe*, Ayuntamiento de Zamora, Zamora.
- Martindale, Charles, 1993, *Redeeming the Text: Latin Poetry and the Hermeneutics of Reception*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Martindale, Charles y Thomas, Richard F. (eds.), 2006, *Classics and the Uses of Reception*, Blackwell Publishing, Malden-Oxford-Carlton.
- Martínez Bennecker, Juan B., 2013, «La Numancia de Cervantes: poética de la dignidad», *Tonos Digital* 25, 1-24.
- Martínez Caballero, Santiago, 2011, «La ciudad fundada por M. Marius, Termes y Colenda (App., Iber. 99-100). La guerra de 104-93 a.c. en territorios arévacos, vacceos y vettones», *Studia Historica. Historia Antigua* 29, 119-151.
- Martínez Cavero, Pedro, 2002, *El pensamiento histórico y antropológico de Orosio*, Universidad de Murcia, Murcia.
- Martínez Comeche, Juan Antonio (ed.), 1993, *El bandolero y su imagen en el Siglo de Oro-Le bandit et son image au Siècle d'Or (Actas del Congreso Internacional, Madrid 1989)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Martínez Gázquez, José, 1973, «Paulino de Nola e Hispania», *Boletín del Instituto de Estudios Helénicos* 7/2, 27-33.
- 1975, «Los “praedones” de Livio 34, 21, restos de bandas emigrantes en Hispania», *Pyrenae: revista de prehistòria i antiguitat de la Mediterrània Occidental* 11, 99-107.
- Martínez López, Cándida, 1986, «Las mujeres en la Península Ibérica durante la conquista cartaginesa y romana», en Garrido González, Elisa (ed.), *La mujer en el mundo antiguo (Actas de las V Jornadas de Investigación Interdisciplinaria - Seminario de Estudios de la Mujer)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 387-396.
- Martínez López, Enrique Javier, 2010, «Descifrando el código polibiano en lo relativo a los bárbaros», *Arse* 44, 85-127.
- 2014, «La etnografía polibiana: caracterización nacional al servicio de su relato histórico», *Arse* 48-49, 219-267.
- Martínez, Miguel, 2017, «El imperio del extremo centro», *CTXT*, 20 de diciembre de 2017.
- Martínez Morcillo, José Antonio, 2011, «La contravención del ius belli durante la primera mitad del siglo II a.C.: cinco casos de estudio», en García Riaza, Enrique (ed.), *De fronteras a provincias: Interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 67-79.

- Martínez Pizarro, Joaquín, 2003, «Ethnic and National History ca. 500-1000», en Deliyannis, Deborah Mauskopf (ed.), *Historiography in the Middle Ages*, Brill, Leiden, 43-87.
- Martino, John, 2008, «Single Combat and the Aeneid», *Arethusa* 41/3, 411-444.
- Masdeu y Montero, Juan Francisco, 1783-1805, *Historia crítica de España, y de la cultura española [...]*, Don Antonio de Sancha, Madrid.
- Maslakov, George, 1984, «Valerius Maximus and Roman Historiography: A Study of the Exempla Tradition», en Haase, Wolfgang (ed.), *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt. Geschichte und Kultur Roms im Spiegel der neueren Forschung. II. Principat. 32.1. Sprache und Literatur (Literatur der julisch-claudischen und der flavischen Zeit)*, Gruyter, Berlin-New York, 437-496.
- Mason, Peter, 1994, «Classical Ethnography and Its Influence of the European Perception of the Peoples of the New World», en Haase, Georg Günter Wolfgang y Reinhold, Meyer (eds.), *The classical tradition and the Americas Vol. 1, European images of the Americas and the classical tradition.*, Walter de Gruyter, Berlin - New York, 135-172.
- Matesanz Gascón, Roberto, 2003, «Fuentes historiográficas medievales para la protohistoria peninsular: la “Crónica del moro Rasis” y las formas de implantación púnica en Hispania», en AAVV, *Andalucía medieval (actas del III Congreso de Historia de Andalucía)*, CajaSur, Córdoba, vol. 3, 176-190.
- 2003-2004, «Desde Bizancio hasta Córdoba: Orosio, Apiano y la Crónica del Moro Rasis», *Edad Media* 6, 209-224.
- 2004, *Omeyas, bizantinos y mozárabes en torno a la «Prehistoria fabulosa de España» de Ahmad al-Razi*, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Matier, Kenneth Ogilvie, 1989, «Hannibal: The Real Hero of the Punica?», *Acta Classica* 32, 3-17.
- Mattingly, Harold et al., 1923-1994, *The Roman Imperial Coinage*, Spink & Son, London.
- Mayans i Siscar, Gregorio, 1737, *Orígenes de la lengua española*, Juan de Zuñiga, Madrid.
- Mayer i Olivé, Marc, 2015, «El prefacio de las Antiquitates de Juan Annio de Viterbo: oportunidad e intención política», en Maestre Maestre, José María et al. (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico V: homenaje al profesor Juan Gil*, Instituto de Estudios Humanísticos-CSIC, vol. 4, 1853-1868.
- Mayor, Adrienne, 2017 [2014], *Amazonas: guerreras del mundo antiguo*, (traducido por García Cardiel, Jorge) Desperta Ferro, Madrid.
- Mayoral, José Antonio (ed.), 2015 [1987], *Estética de la recepción*, Arco Libros, Madrid.
- Mayorgas Rodríguez, Ana, 2014, «Los bárbaros hispanos de Livio en la Segunda Guerra Púnica», en Bravo, Gonzalo y González Salinero, Raúl (eds.), *Conquistadores y conquistados: relaciones de dominio en el mundo romano*, Signifer Libros, Madrid-Salamanca, 255-268.
- 2017, «Reimagining Hispania. History to Epic in Silius Italicus’ Punica», *Quaderni Urbinati Di Cultura Classica* 117/3, 129-149.
- McCoskey, Denise Eileen, 2005, «Gender at the Crossroads of Empire: Locating Women in Strabo’s Geography», en Dueck, Daniela et al. (eds.), *Strabo’s Cultural Geography: the Making of a Kolossourgia*, Cambridge University Press, Cambridge-New York, 56-72.
- McDonald, Marianne, 2001, *Sing Sorrow: Classics, History, and Heroines in Opera*, Greenwood, Westport-London.
- McGhee, Robert, 2008, «Aboriginalism and the Problems of Indigenous Archaeology», *American Antiquity* 73/4, 579-597.
- McKendrick, Melveena, 1974, *Woman and Society in the Spanish Drama of the Golden Age: A Study of the Mujer Varonil*, Cambridge University Press, Cambridge.
- McKevitt, Kerry Ann, 2006, «Mythologizing Identity and History: A Look at the Celtic Past of Galicia», *E-Keltoi* 6, 651-673.

- Meana, María José y Piñero, Félix (eds.), 1992, *Estrabón. Geografía. Libros III-IV*, Gredos, Madrid.
- Mederos Martín, Alfredo, 2001, «Fenicios evanescentes: Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la Península Ibérica. I. (1780-1935)», *Sagvntvm* 33, 37-48.
- 2004, «Fenicios evanescentes. Nacimiento, muerte y redescubrimiento de los fenicios en la península Ibérica. II. (1936-1968)», *Sagvntvm* 36, 35-46.
- Medina Ávila, Blas, 2013, «Juan Ginés de Sepúlveda en La Araucana», *e-SLegal History Review* 15, s. p.
- Medina, Pedro de, 1543, *Libro de grandezas y cosas memorables de España*, Casa d(e) Dominico de Robertis, Sevilla.
- Megaw, John Vincent Stanley y Megaw, M. Ruth, 1996, «Ancient Celts and Modern Ethnicity», *Antiquity* 70/267, 175-181.
- Mejías López, Jesús, 2007, *Juan de Mariana [1535-1624]: un pensador contra su tiempo*, Almad - Universidad de Castilla La Mancha, Toledo.
- Melero Bellido, Antonio (ed.), 2013, *Sofistas: testimonios y fragmentos*, Gredos, Madrid.
- Mellino, Miguel, 2008, *La crítica poscolonial: descolonización, capitalismo y cosmopolitismo en los estudios poscoloniales*, Paidós, Buenos Aires.
- Mendaño, Juan de (ed.), 1588, *Segunda parte de la Silua de varios romances*, Granada.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, 1902, *Bibliografía hispano-latina clásica. Códices, ediciones, comentarios, traducciones, estudios críticos, imitaciones y reminiscencias. Influencia de cada uno de los clásicos latinos en la literatura española*, Est. tip de la viuda e hijos de M. Tello, Madrid.
- 1952-1953 [1874-1878], *Biblioteca de traductores españoles*, Editado por Enrique Sánchez Reyes y Rafael de Balbín LucasAldus, Santander.
- Menéndez Pidal, Ramón y Catalán Menéndez-Pidal, Diego (eds.), 1977, *Primera crónica general de España*, vol. 1, 3 vols., Gredos, Madrid.
- Merino Jerez, Luis et al. (eds.), 1996, *La recepción de las artes clásicas en el siglo XVI*, Universidad de Extremadura, Cáceres.
- Merli, Elena, 2006, «Martial between Rome and Bilbilis», en Sluiter, Ineke y Rosen, Ralph M. (eds.), *City, Countryside, and the Spatial Organization of Value in Classical Antiquity*, Brill, Leiden-Boston, 327-348.
- Méry, Liza, 2003, «Suicide collectif et liberté: trois exemples liviens», *Ktèma* 28, 47-62.
- Meseguer Gil, Antonio José, 2017, «La obra histórica de Paulo Orosio y sus diferencias con Agustín de Hipona: transmisión de conceptos historiográficos en la Antigüedad Tardía», *Onoba* 5.
- Meskel, Lynn, 2002, «The Intersections of Identity and Politics in Archaeology», *Annual Review of Anthropology* 31/1, 279-301.
- Mestre Sanchís, Antonio, 1990, *Mayans y la España de la Ilustración*, Instituto de España-Espasa Calpe, Madrid.
- 2002, *Humanistas, políticos e ilustrados*, Universidad de Alicante, Alicante.
- 2003, *Apología y crítica de España en el siglo XVIII*, Marcial Pons-Ediciones de Historia, Madrid.
- Metastasio, Pietro, 1726, *Siface: drama per musica*, Marino Rossetti, Venezia.
- Metastasio, Pietro y Mele, Giovanni Battista, 1737, *Amor, constancia y muger: drama para representarse en Musica*, Antonio Marin, Madrid.
- Méthy, Nicole, 1992, «La représentation des provinces dans le monnayage romain de l'époque impériale (70-235 après J.C.)», *Numismatica e Antichita Classiche* 21, 267-295.
- Michelena, Luis, 1959, *La Obra Del P. Manuel de Larramendi*, Universidad de Oviedo, Oviedo.
- Mineo, Bernard, 2015, *A Companion to Livy*, Wiley-Blackwell, Malden-Oxford-Chichester.
- Miñana, José Manuel, 1752, *De bello rustico Valentino [...]*, Petrum de Hondt, Hagae Comitum.

- Mitchell, Lynette G., 2007, *Panhellenism and the Barbarian in Archaic and Classical Greece*, Classical Press of Wales, Swansea.
- Mitchell, Stephen, 2003, «The Galatians: Representation and Reality», en Erskine, Andrew (ed.), *A Companion to the Hellenistic World*, Blackwell, Malden-Oxford-Carlton, 280-293.
- Molina, Luis, 1982-1983, «Sobre la procedencia de la Historia preislámica inserta en la Crónica del moro Rasis», *Awraq* 5-6, 133-139.
- (ed.) 1983, *Una descripción anónima de Al-Andalus*, 2 vols., CSIC - Instituto Miguel Asín, Madrid.
- 2015, «Sobre el autor del *Ḍikr bilād al-Andalus*», *Al-Qanṭara* 36/1, 259-272.
- Molino García, Ricardo del, 2006, «La apropiación política de la Antigüedad Grecorromana: de la tradición clásica a la interdisciplinarietà», *Revista de historiografía* 5, 76-85.
- 2009, «Historia Antigua e Historia de la relación entre Antigüedad Clásica e ideologías políticas: apuntes para una convivencia necesaria», *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua* 22, 169-177.
- Momigliano, Arnaldo, 1966 [1960], «Linee per una valutazione di Fabio Pittore», en Momigliano, Arnaldo, *Terzo contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Storia e Letteratura, Roma, vol. 1, 55-68.
- 1972-1973, «Polibio, Posidonio e l'imperialismo romano», *Atti dell'Accademia delle Scienze di Torino* 107, 693-707.
- 1975, «L'età del trapasso fra storiografia antica e storiografia medievale (320-550 d.C.)», en Momigliano, Arnaldo, *Quinto contributo alla storia degli studi classici e del mondo antico*, Storia e Letteratura, Roma, vol. 1, 49-72.
- 1977, *Essays in Ancient and Modern Historiography*, Blackwell, Oxford.
- 1989, «Historiografía pagana y cristiana en el siglo IV», en Momigliano, Arnaldo (ed.), *El conflicto entre el paganismo y el cristianismo en el siglo IV*, Alianza, Madrid, 95-115.
- 1999 [1975], *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la Hellenización*, Fondo de Cultura Económica, Madrid.
- Mommsen, Theodor (ed.), 1961, *Chronica minora saec. IV. V. VI. VII*, vol. 1, Apud Weidmannos, Berolini.
- Montero Barrientos, Daniel, 1995, «El determinismo geográfico, la geografía económica y el imperialismo en la obra de Estrabón», *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14 (La Península Ibérica en la Antigüedad: imagen de un territorio), 311-330.
- Montero Herrero, Santiago, 1995, «El descubrimiento de Etruria en el pensamiento historiográfico de la Ilustración española», en AAVV, *Mélanges Raymond Chevallier*, Centre de Recherches A. Piganiol-Société des Antiquités Nationales, Tours-Luxembourg, vol. 2, 293-302.
- Mora Rodríguez, Gloria, 1991, «Arqueología y poder en la España del siglo XVIII», en Arce Martínez, Javier y Olmos Romera, Ricardo (eds.), *Historiografía de la Arqueología y de la Historia Antigua en España (siglos XVIII-XX) (Congreso Internacional, Madrid, 13-16 diciembre 1988)*, Instituto de Conservación y Restauración de Bienes Culturales, Madrid, 31-32.
- 1994, *La Arqueología clásica en España en el siglo XVIII*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- 1997, «Las academias españolas y la arqueología en el siglo XVIII: el modelo francés», en Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga, 33-46.
- 1998, *Historias de mármol: la arqueología clásica española en el siglo XVIII*, CSIC-Polifemo, Madrid.

-
- 2001, «The Image of Rome in Spain: Scholars, Artists and Architects in Italy in the 16th-18th C.», en Hingley, Richard (ed.), *Images of Rome: Perceptions of Ancient Rome in Europe and the United States in the Modern Age*, Journal of Roman Archaeology, Portsmouth, 23-55.
- 2004a, «Ambrosio de Morales», en Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 21-23.
- 2004b, «Luis José Velázquez de Velasco, marqués de Valdeflores», en Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 39-41.
- 2004c, «Enrique Flórez de Setién y Huidobro», en Ayarzagüena Sanz, Mariano y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Pioneros de la arqueología en España (del siglo XVI a 1912)*, Museo Arqueológico Regional, Alcalá de Henares, 43-45.
- 2010, «Los estudios hebraicos en la España ilustrada. Francisco Pérez Bayer y el origen de las lenguas y escrituras antiguas de España», en Domínguez Monedero, Adolfo J y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Doctrina a magistro discipulis tradita: estudios en homenaje al prof. Dr. D. Luis García Iglesias*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 425-454.
- 2017, «Los orígenes de la arqueología moderna: el anticuarismo», en Ruiz Zapatero, Gonzalo (ed.), *El poder del pasado: 150 años de arqueología en España*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid, 15-23.
- Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), 1997, *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga.
- Mora Rodríguez, Gloria et al. (eds.), 2008, *Documentos inéditos para la historia de la arqueología*, Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Ciempozuelos.
- Moralejo, José Luis (ed.), 1986, *Cornelio Tácito. Anales. Libros XI-XVI*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 2007, *Horacio. Odas. Canto secular. Epodos*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 2008, *Horacio. Sátiras. Epístolas. Arte poética*, Gredos, Madrid.
- Morales, Ambrosio de, 1574, *La Coronica general de España [...]*, Casa de Juan Iñiguez de Lequerica, Alcalá de Henares.
- 1575, *Las antigüedades de las ciudades de España [...]*, Casa de Juan Iñiguez de Lequerica, Alcalá de Henares.
- Morales Moya, Antonio, 2011a, «Antigüedad de la nación», *Revista de Libros* 178, 10-11.
- 2011b, «La nación española preconstitucional», *Cuadernos Dieciochistas* 12, 19-36.
- Moreno Ferrero, Isabel, 1998, «Retórica e ideología política en el Epitome de Floro», en López Eire, Antonio et al. (eds.), *Retórica, política e ideología. Desde la Antigüedad hasta nuestros días (Actas del II Congreso Internacional, Salamanca, noviembre 1997)*, Logo, Asociación Española de Estudios sobre Lengua, Pensamiento y Cultura Clásica, Salamanca, 313-318.
- 1999, «La concepción dramática del Epitome de Floro. Su relación con la monografía salustiana», en Bécares Botas, Vicente et al. (eds.), *Kalon theama: estudios de filología clásica e indoeuropeo dedicados a F. Romero Cruz*, 307-318.
- 2001, «El tiempo como categoría histórica: la periodización y las Edades de Roma», *Minerva* 15, 175-188.
- Moreno Hernández, Carlos, 2012, «“El jirón lusitano” en La Numancia: siglo de oro e imperio católico», *Bulletin of Hispanic Studies* 89/1, 15-30.
- Moreno Leoni, Álvaro M., 2012, «Polibio, el mundo helenístico y la problemática cultural: algunas líneas de reflexión en los últimos veinte años», *De Rebus Antiquis* 2, 123-151.
- Moret, Pierre, 1997, «Les Illegètes et leurs voisins dans la troisième décennie de Tite-Live», *Pallas. Revue d'études antiques* 46, 147-165.

-
- 2002-2003, «Los monarcas ibéricos en Polibio y Tito Livio», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Autónoma de Madrid* 28-29, 23-34.
- 2004, «Ethnos ou ethnie? Avatars anciens et modernes des noms de peuples ibères», en Cruz Andreotti, Gonzalo y Mora Serrano, Bartolomé (eds.), *Identidades étnicas, identidades políticas en el mundo prerromano hispano*, Universidad de Málaga, Málaga, 31-62.
- 2006, «La formation d'une toponymie et d'une ethnonymie grecques de l'Ibérie: étapes et acteurs», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica (Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006)*, CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 1, 39-76.
- 2009, «Poder, vaixella de luxe i cervesa: Polibi i els banquets dels reis ibèrics», en Diloli i Fons, Jordi y Sardà Seuma, Samuel (eds.), *Ideologia, pràctiques rituals i banquet al nord-est de la Península Ibèrica durant la Protohistòria*, Arola editors, Tarragona, 239-252.
- 2011, «¿Dónde estaban los Turdetani? Recovecos y metamorfosis de un nombre, de Catón a Estrabón», en Álvarez Martí-Aguilar, Manuel (ed.), *Fenicios en Tartesos: nuevas perspectivas*, Archaeopress, Oxford, 235-248.
- 2012a, «La figure de l'Ibérie d'après le papyrus d'Artémidore: entre tradition hellénistique et mise en place d'un schéma Romain», en Gallazzi, Claudio et al. (eds.), *Intorno al Papiro di Artemidoro (atti del convegno internazionale del 27 novembre 2009 presso la Società Geografica Italiana, Villa Celimontana, Roma II)*, Società Geografica Italiana, Roma, 33-83.
- 2012b, «Artemidoro y la ordenación territorial de Hispania en época republicana», en Santos Yanguas, Juan, Cruz Andreotti, Gonzalo y Cruz Andreotti, Gonzalo (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 425-456.
- 2013, «Colère romaine, fureur barbare: sièges et suicides collectifs dans la troisième décennie de Tite-Live», *Revue des Études Anciennes* 115/2, 477-496.
- Moro Abadía, Óscar, 2007, *Arqueología prehistórica e historia de la ciencia: hacia una historia crítica de la arqueología*, Bellaterra, Barcelona.
- 2010, «Beyond Externalism. Exploring New Directions in the History of Archaeology», *Archaeological Dialogues* 17/2, 215-236.
- 2012, «La nueva historia de la arqueología: un balance crítico», *Complutum* 23, 177-190.
- Morrás, María, 2002, «El debate entre Leonardo Bruni y Alonso de Catagena: las razones de una polémica», *Quaderns* 7, 33-57.
- Morse, Michael A., 2005, *How the Celts Came to Britain: Druids, Ancient Skulls and the Birth of Archaeology*, Tempus, Stroud.
- Mosquera de Barnuevo, Francisco, 1612, *La Numantina*, Imprenta de Luys Estupiñan, Sevilla.
- Most, Glenn W., 2016, «The Rise and Fall of Quellenforschung», en Blair, Ann y Goeing, Anja-Silvia (eds.), *For the Sake of Learning: Essays in Honor of Anthony Grafton*, Brill, Leiden-Boston, vol. 2, 933-954.
- Moya García, Cristina, 2009, *Edición y estudio de la «Valeriana» («Crónica abreviada de España» de Mosén Diego de Valera)*, Fundación Universitaria Española, Madrid.
- Moya Guijarro, Arsenio Jesús, 1994, «Garibay, historiador vasco», *Cuadernos Hispanoamericanos* 533-534, 163-187.
- Mudrovcic, María Inés, 2005, *Historia, narración y memoria: los debates actuales en filosofía de la historia*, Akal, Tres Cantos.
- Muniain Ederra, Sara, 2000, *El programa escultórico del Palacio Real de Madrid y la ilustración española*, Fundación Universitaria Española, Madrid.
- Munslow, Alun, 1997, *Deconstructing History*, Routledge, London-New York.

- Muntz, Charles Edward, 2017, *Diodorus Siculus and the World of the Late Roman Republic*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- Muñiz Coello, Joaquín, 1996, «Riqueza y pobreza en la España prerromana: notas sobre la función social de los objetos suntuarios», *Memorias de Historia Antigua* 17, 157-174.
- 2001, «El heraldo y la piel del lobo: Notas sobre Apiano, Iber. 48», *Habis* 32, 135-147.
- 2004, «El proceso de Galba, las quaestiones y la justicia ordinaria (Roma, siglos II/I a. C.)», *L'Antiquité Classique* 73, 109-126.
- 2016, «Apiano y los pactos con Celtiberia: tópicos y paradigmas», *Rivista Storica dell'Antichità* 46, 57-100.
- Muñoz Fernández, Irene Minerva, 2012, «El vino: diferenciador social y elemento de cohesión en el mundo ibérico», en Cerro Linares, María del Carmen del et al. (eds.), *Ideología, identidades e interacción en el Mundo Antiguo (III Jornadas de Investigación en Historia Antigua, Universidad Autónoma de Madrid)*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 639-647.
- Muñoz Martín, María Nieves (ed.), 1976, *España en la Biblioteca Histórica de Diodoro Sículo*, Universidad de Granada, Granada.
- Murray, Oswyn, 1999, *Sympotica: A Symposium on the Symposion*, Clarendon press, Oxford.
- Murray, Tim y Evans, Christopher (eds.), 2008, *Histories of Archaeology: A Reader in the History of Archaeology*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- Nadeau, Yvan, 2004, *Safe and Subsidized: Vergil and Horace Sing Augustus*, Latomus, Bruxelles.
- Nalle, Sara T., 1989, «Literacy and Culture in Early Modern Castile», *Past & Present* 125, 65-96.
- Nanni, Giovanni, 1515 [1498], *Antiquitatum variarum volumina XVII*, I. Badio, S.I.
- Nash, Daphne, 1976, «Reconstructing Posidonius' Celtic Ethnography: Some Considerations», *Britannia* 7, 111-126.
- Navarrete Martínez, Esperanza, 1999, *La Academia de Bellas Artes de San Fernando y la pintura en la primera mitad del siglo XIX*, Fundación Universitaria Española, Madrid.
- Navarro Antolín, Fernando (ed.), 2010, *Macrobio. Saturnales*, Gredos, Madrid.
- Ndiaye, Emilia, 2005, «L'étranger "barbare" à Rome: essai d'analyse sémique», *L'antiquité classique* 74/1, 119-135.
- Nebrija, Antonio de, 1492, *Gramática castellana*, Juan de Porras, Salamanca.
- 1499, *Muestra de la historia de las antigüedades de España*, Fadrique Biel de Basilea, Burgos.
- Nebrija, Sancho de (ed.), 1545, *Habes in hoc volumine amice lector Aelii Antonii Nebrissensis Rerum [...]*, Xantus et Sebastianus Nebrissensis, Granada.
- Negrete Plano, Almudena (ed.), 2013, *Anton Raphael Mengs y la Antigüedad (exposición organizada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando y la Fundación MAPFRE, del 19 de noviembre de 2013 al 26 de enero de 2014)*, Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Madrid.
- Neira Jiménez, María Luz, 1986, «Aportaciones al estudio de las fuentes literarias antiguas de Sertorio», *Gerión* 4, 189-201.
- Nelson, Max, 2005, *Barbarian's Beverage: A History of Beer in Ancient Europe*, Routledge, London-New York.
- Nenci, Giuseppe, 1990, «L'Occidente "barbarico"», en Reverdin, Olivier (ed.), *Hérodote et les peuples non grecs: neuf exposés suivis de discussions*, Fondation Hardt, Vandoeuvres-Genève, 301-318.
- Neves, Manuel Salema Das, 2010, «Entre nacional e local, entre história e memória: estratégias para uma patrimonialização identitária de Viriato», *Sphera Pública* (nº especial), 211-229.
- Newton, Isaac, 1728, *The Chronology of Antient Kingdoms Amended. To Which Is Prefix'd, a Short Chronicle from the First Memory of Things in Europe, to the Conquest of Persia by*

- Alexander the Great. With Three Plates of the Temple of Solomon*, S. Powell, for George Risk, George Ewing, and William Smith, Dublin.
- Nieto Ibáñez, Jesús María, 1997, *Flavio Josefo. La guerra de los judíos. Libros I-III*, Gredos, Madrid.
- Nieto Soria, José Manuel, 2002, «Lo bárbaro como categoría intelectual en la España bajomedieval», *Cuadernos del CEMYR* 10, 9-26.
- Nörr, Dieter, 1996 [1991], *La Fides en el Derecho internacional romano*, Fundación Seminario de Derecho Romano «Ursicino Álvarez», Madrid.
- Notario Pacheco, Fernando, 2013, *La democracia devorada: ideología, sociología, banquetes y alimentación en la Atenas del siglo IV A.C.*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Núñez, Salvador (ed.), 1997, *Cicerón. La invención retórica*, Gredos, Madrid.
- Núñez Seixas, Xosé M., 2005, «Inventar la región, inventar la nación: acerca de los neorregionalismos autonómicos en la España del último tercio del siglo XX», en Forcadell Álvarez, Carlos y Sabio Alcutén, Alberto (eds.), *Las escalas del pasado*, Instituto de Estudios Altoaragoneses-UNED, Huesca-Barbastro, 45-80.
- Nussbaum, Martha Craven, 2010, *Not for Profit: Why Democracy Needs the Humanities*, Princeton University Press, Princeton.
- Ñaco del Hoyo, Toni, 1998, «La deditio ilergeta del 205 a.C. La solución militar en la gènesi de la política fiscal romana a Hispània», *Pyrenae* 29, 135-146.
- Oakley, Stephen P., 1985, «Single Combat in the Roman Republic», *The Classical Quarterly* 35/2, 392-410.
- Ocampo, Florián de (ed.), 1541, *Las cuatro partes enteras de la Crónica de España, que mando componer el serenissimo rey Don Alonso llamado el Sabio, donde se contienen los acontecimientos y hazañas mayores y mas señaladas que sucedieron en España, desde su primera poblacion, hasta casi los tiempos del dicho senor rey*, Zamora.
- 1543, *Los quatro libros primeros de la Cronica general de España que recopila el maestro Florian do campo criado y cronista del Emperador Rey nuestro señor por mandado de su magestad çesarea*, Juan Pedro Muffetti, Zamora.
- 1553, *Los çinco libros primeros de la Cronica general de España, que recopila el maestro Floriaan do Campo, Cronista del Rey nuestro señor, por mandado de su Magestad*, Guillermo de Millis, Medina del Campo.
- Ocejo Durand, Nel, 2002, «Estudio del grupo escultórico de Viriato de Eduardo Barrón González en Zamora», *Studia Zamorensia* 6, 229-254.
- Oihénart, Arnould, 1638, *Notitia utriusque Vasconiae, tum ibericae, tum aquitanicae [...]*, Sumptibus S. Cramoisy, Parisiis.
- Olabarri Gortazar, Ignacio y Caspistegui, Francisco Javier (eds.), 1996, *La «nueva» historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Olds, Katrina Beth, 2015, *Forging the Past: Invented Histories in Counter-Reformation Spain*, Yale University Press, New Haven.
- Oliver Foix, Arturo, 2000, *La cultura de la alimentación en el mundo ibérico*, Diputación de Castellón, Castellón.
- Ollier, François, 1933, *Le mirage spartiate. 1. Étude sur l'idéalisation de Sparte dans l'antiquité grecque de l'origine jusqu'aux cyniques*, Les Belles Lettres, Paris.
- 1943, *Le mirage spartiate. 2. Étude sur l'idéalisation de Sparte dans l'antiquité grecque du début de l'école cynique jusqu'à la fin de la cité*, Les Belles Lettres, Paris.
- Olmos Romera, Ricardo, 1997, «La reflexión historiográfica en España: ¿una moda o un requerimiento científico?», en Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la*

- arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga, 19-29.
- 2003, «Combates singulares: lenguajes de afirmación de Iberia frente a Roma», en Tortosa Rocamora, Trinidad y Santos Velasco, Juan A (eds.), *Arqueología e iconografía: indagar en las imágenes*, Erma di Bretschneider, Roma, 79-97.
- Oostendorp, Henk, 1978, «Aportación al análisis estructural de la “Numancia Destruída” de Ignacio López de Ayala», *Neophilologus* 62/4, 527-539.
- Ordine, Nuccio, 2013, *L'utilità dell'inutile. Manifesto*, Bompiani, Milano.
- Ordóñez Cuevas, Andrea María, 2016, «La legitimidad de los reyes asturianos en las Crónicas de Alfonso III», *Estudios Medievales Hispánicos* 5, 7-43.
- Orellana Calderón, Raúl, 2013, «El concepto de España en el siglo XV. Perspectiva historiográfica», en Blas Guerrero, Andrés de et al. (eds.), *Historia de la nación y del nacionalismo español*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 76-94.
- Oriel, Charles, 1995, «Cervantes's Numancia: a Speech Act Consideration», *Bulletin of the Comediantes* 47/1, 105-119.
- Oroz Reta, José et al. (eds.), 1982, *Isidoro de Sevilla. Etimologías*, 2 vols., Editorial Católica, Madrid.
- Orsato, Sertorio, 1652, *Monumenta Patauina Sertorii Vrsati studio collecta, digesta, explicata, suisque iconibus expressa*, Paulum Frambottum, Patavii.
- Ortega Ortega, Julián M., 1999, «Dilemas de la democracia: “Expertos”, Celtíberos y Neo-Nazis», *Kalathos: Revista del seminario de arqueología y etnología turolense*/18-19, 107-124.
- Ortiz de Urbina Montoya, Carlos, 1996, *El desarrollo de la Arqueología en Alava: condicionantes y conquistas (siglos XVIII y XIX)*, Diputación Foral de Alava, Alava.
- 1997a, «La Real Sociedad Bascongada y la arqueología del País Vasco del siglo XVIII», en Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga, 77-90.
- 1997b, «La “Historia Nacional” de la Real Sociedad Bascongada de Amigos del País: identificación de dos manuscritos depositados en el Archivo del Territorio», *Sancho el Sabio* 7, 341-346.
- Ortiz y Sanz, Joseph, 1795, *Compendio cronológico de la historia de España, desde los tiempos mas remotos hasta nuestros días*, Imprenta Real, Madrid.
- Ortiz-Díaz, Ernesto, 2013, «Imperialismo y disidencia en Os Lusíadas, La Araucana y Soledades», *Etiopicas* 9, 104-146.
- Ortolà, Àlvar F. y Redondo, Jordi, 2004, «Elements mitològics i folclòrics a la Crònica de Pere-Antoni Beuter», *Estudi General* 23-24, 261-280.
- Ostrowski, Janusz A., 1991, *Les personifications des provinces dans l'art romain*, Tesis Doctoral, Comer, Varsovie.
- Ozaeta y Gallaiztegui, José Hipólito de, 1779, *La Cantabria vindicada y demostrada segun la extensión que tuvo en diferentes tiempos [...]*, Pedro Marin, Madrid.
- Pabón de Acuña, Carmen Teresa (ed.), 2009, *Marco Tulio Cicerón. Las leyes*, Gredos, Madrid.
- Padilla Monge, Aurelio, 2014, «Algunas notas sobre la figura de Argantonio y sus elementos míticos», *Archivo Español de Arqueología* 87, 7-20.
- Padín Portela, Bruno, 2017, «Héroes y traidores de la Antigüedad: dos arquetipos narrativos en la historiografía nacionalista española», *Hispania Antiqua* 41, 389-428.
- Pagán Rodríguez, Flor María, 1999, *Cervantes. Dos suicidios, heroico y pastoril, y una «cancion desesperada»*, Tesis Doctoral, The Pennsylvania State University.

- Pagden, Anthony Robin, 1988 [1982], *La caída del hombre natural: el indio americano y los orígenes de la etnología comparativa*, (traducido por Urrutia Domínguez, Belén) Alianza, Madrid.
- Paniagua Aguilar, David (ed.), 2006, *Vegecio. Compendio de técnica militar*, Cátedra, Madrid.
- Pardo, Madeleine, 2006, *L'historien et ses personnages: études sur l'historiographie espagnole médiévale*, ENS Éditions, Lyons.
- Pasamar Alzuria, Gonzalo, 1991, *Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- 2010, *Apologia and Criticism: Historians and the History of Spain, 1500-2000*, Peter Lang, Oxford-New York.
- Pasamar Alzuria, Gonzalo y Peiró Martín, Ignacio, 1987, *Historiografía y práctica social en España*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- 2002, *Diccionario Akal de historiadores españoles contemporáneos*, Akal, Madrid.
- Pastor Muñoz, Mauricio, 2000, *Viriato: la lucha por la libertad*, Alderabán Ediciones, Madrid.
- 2003, «El bandolerismo en Andalucía durante la época romana», en Merinero Rodríguez, Rafael (ed.), *El bandolerismo en Andalucía (Actas de las VI Jornadas, Jauja 26 y 27 de octubre de 2002)*, Ayuntamiento de Lucena-Fundación para el Desarrollo de los Pueblos de la Ruta del Tempranillo, Lucena, 57-80.
- 2004, *Viriato: el héroe hispano que luchó por la libertad de su pueblo*, La Esfera de los Libros, Madrid.
- 2009, «Viriato: historia compartida, mito disputado», en Gorges, Jean-Gérard et al. (eds.), *Lusitânia romana. Entre o mito e a realidade (Actas da VI Mesa-Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana)*, Câmara Municipal de Cascais, Cascais, 129-148.
- Pastor Reixac, José Manuel, 2014, «“Segontia, la que ahora llaman comúnmente Medinaceli” (Rodrigo Ximenez de Rada, 1170-1247)», en Burillo Mozota, Francisco y Chordá Pérez, Marta (eds.), *VII Simposio sobre Celtíberos: nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Teruel, 103-112.
- Patlagean, Évelyne, 1978, «Byzance, le barbare, l'hérétique et la loi universelle», en Poliakov, Léon (ed.), *Ni juif ni grec: entretiens sur le racisme: actes du colloque tenu du 16 au 20 juin 1975 au Centre culturel international de Cerisy-la-Salle*, Mouton, Paris-New York, 81-90.
- Patterson, Thomas C., 1995, *Toward a Social History of Archaeology in the United States*, Harcourt Brace College Publishers, Fort Worth.
- 2003, *Marx's Ghost: Conversations with Archaeologists*, Berg, Oxford-New York.
- Peillen, Txomin, 1997, «L'identité basque dans l'œuvre de M. de Larramendi, S.J. (1690-1766)», *Lapurdum* 2, 121-128.
- Peiró Martín, Ignacio y Frías Corredor, Carmen (eds.), 2016, *Políticas del pasado y narrativas de la nación: representaciones de la historia en la España contemporánea*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Peiró Martín, Ignacio y Pasamar Alzuria, Gonzalo, 1996, *La Escuela Superior de Diplomática. Los archiveros en la historiografía española contemporánea*, ANABAD, Madrid.
- Pelegrín Campo, Julián, 2000, «La representación de los mercenarios en las Historias de Polibio», *Veleia* 17, 61-78.
- 2003, *Barbarie y frontera: Roma y el valle medio del Ebro durante los siglos III-I a. C.*, Tesis Doctoral, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- 2004, «Tradición e innovación en la imagen polibiana del bárbaro», *Studia Historica. Historia Antigua* 22 (Identidades y culturas en el Imperio Romano), 43-62.
- 2005, «Polibio, Fabio Píctor y el origen del etnónimo “celtíberos”», *Gerión* 23/1, 115-136.

- Pelletier, Agnès, 1986, «Les hispani et l'hispania de Tite Live», *Mélanges de la Casa de Velázquez* 22, 5-25.
- Pellicer de Ossau y Tovar, Joseph, 1671, *Biblioteca formada de los libros, é obras pvblicas de Don Ioseph Pellicer de Ossau, y Tovar [...]*, Geronimo Villagrasa, Valencia.
- 1672, *Población, y lengua primitiua de España [...]*, Benito Macè, Valencia.
- 1673a, *Aparato a la monarchia antigua de las Españas en los tres tiempos del mundo, el adelon, el mithico y el historico*, Benito Macè, Valencia.
- 1673b, *Beroso de Babilonia en Chaldea, distinguido del Beroso de Viterbo en Italia [...]*, Geronimo Vilagrasa, Valencia.
- Pena Gimeno, María José, 1994, «Importance et rôle de la terre dans la première période de la présence romaine dans la Péninsule Ibérique», en Doukellis, Panagiotis N. y Mendoni, Lina G. (eds.), *Structures rurales et sociétés antiques (actes du colloque de Corfou, 14-16 mai 1992)*, Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, Paris, 329-337.
- 1998, «Apuntes sobre los repartos de tierras en la Hispania republicana y las listas de nombres», *Faventia* 20/2, 153-161.
- Penelas, Mayte (ed.), 2001, *Kitab Hurusiyus: traducción árabe de las Historiae adversus paganos de Orosio*, CSIC, Madrid.
- Per Gimeno, Laura, 2012, «Heraldos y embajadas: una aproximación al estudio de la diplomacia en la Hispania indoeuropea», *Antesteria* 1, 511-517.
- 2014, «Interacción institucional en Celtiberia: una aproximación al estudio de los instrumentos y mecanismos diplomáticos», en Burillo Mozota, Francisco y Chordá Pérez, Marta (eds.), *VII Simposio sobre Celtiberos: nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Teruel, 177-183.
- Perea, Alicia (ed.), 1999, *Memoria de Iberia: cuentos, relatos e historias sobre el mundo de los iberos*, Polifemo, Madrid.
- Pereira, Maria Helena Rocha, 2009, «Entre a história e a lenda: a figura de Viriato», en Gorges, Jean-Gérard et al. (eds.), *Lusitânia romana. Entre o mito e a realidade (Actas da VI Mesa-Redonda Internacional sobre a Lusitânia Romana)*, Câmara Municipal de Cascais, Cascais, 11-23.
- Pereña, Luciano y Pérez-Prendes y Muñoz de Arracó, José Manuel (eds.), 1967, *Francisco de Vitoria. Relectio de indis o libertad de los indios*, CSIC, Madrid.
- Pereña Vicente, Luciano, 1956, *Misión de España en América, 1540-1560*, CSIC-Instituto Francisco de Vitoria, Madrid.
- Pérez Abellán, José Antonio, 2006, «Problemática en torno al estudio de la figura de Viriato», *Panta Rei: Revista de Ciencia y Didáctica de la Historia* 1, 45-56.
- Pérez Durà, Francisco Jorge y Estellés i González, José María, 1991, *Sagunt: antigüedad e ilustración*, Alfons el Magnànim. Institució Valenciana d'Estudis i Investigació, València.
- Pérez i Durà, Jordi, 1994, «Un nuevo poema épico latino en los albores del s. XVIII: la Sagvntineida de J. M. Miñana», en Maestre Maestre, José María y Pascual Barea, Joaquín (eds.), *Humanismo y pervivencia de mundo clásico (actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico, Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Instituto de Estudios Turolenses-Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. 2, 775-784.
- Pérez Isasi, Santiago, 2013, «Viriato», en Romero Tobar, Leonardo (ed.), *Temas literarios hispánicos (I)*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza, 293-307.
- Pérez Jiménez, Aurelio y Martínez Díez, Alfonso (eds.), 1978, *Hesíodo. Obras y fragmentos. Teogonía. Trabajos y días. Escudo. Fragmentos. Certamen*, Gredos, Madrid.
- Pérez Jiménez, Aurelio y Ortiz, Paloma (eds.), 2006, *Plutarco. Vidas paralelas III. Coriolano-Alcibiades, Paulo Emilio-Timoleón, Pelópidas- Marcelo*, Gredos, Madrid.
- Pérez Luño, Antonio-Enrique, 1995, *La Polémica sobre el Nuevo Mundo: los clásicos españoles de la filosofía del derecho*, Trotta, Madrid.

- Pérez Magallón, Jesús, 2001, *El teatro neoclásico*, Laberinto, Madrid.
- Pérez Mostazo, Jonatan, 2017a, «La Antigüedad alternativa del primer nacionalismo vasco», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 155-174.
- 2017b, «Ecos de Silio Itálico en el imaginario literario vasco», en Balda Baranda, Aarón y Redondo Moyano, Elena (eds.), *Opera Selecta: estudios sobre el mundo clásico*, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz, 151-158.
- 2017c, «“Cantaber ante omnis”: Silio Itálico en el discurso político y cultural vasco del siglo XIX», *Sancho el Sabio* 40, 9-34.
- Pérez Pastor, Miguel, 1760, *Disertacion sobre el dios Endovellico, y noticia de otras deidades gentílicas de la España antigua*, Joachin Ibarra, Madrid.
- Pérez Rubio, Alberto, 2013, «Mujer y guerra en el Occidente europeo (siglos III a.C.-I d.C.)», en Vidal, Jordi y Antela, Borja (eds.), *Más allá de la batalla: la violencia contra la población en el Mundo Antiguo*, Libros Pórtico, Zaragoza, 97-126.
- Pérez Rubio, Alberto y Aguilera Durán, Tomás, e. p., «Storming the Ivory Tower? Dissemination, Military History and the Social Role of History», en Presses Universitaire de Franche-Comté, Besançon.
- Pérez Sanz, Nuria, 1999, «La función social del vino en los pueblos del norte de la Península Ibérica», en Alonso Ávila, M^a Ángeles et al. (eds.), *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 375-379.
- Pérez Vejo, Tomás, 1996, *Pintura de historia e identidad nacional en España*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Pérez Vilatela, Luciano, 1993, «La onomástica de los apócrifos reyes de España en Annio de Viterbo y su influencia», en Maestre Maestre, José María y Pascual Barea, Joaquín (eds.), *Humanismo y pervivencia de mundo clásico (actas del I Simposio sobre humanismo y pervivencia del mundo clásico, Alcañiz, 8 al 11 de mayo de 1990)*, Instituto de Estudios Turoleses - Universidad de Cádiz, Cádiz, vol. I.2, 807-819.
- 1995, «Los νόστοι en Iberia, según la escuela de Pérgamo», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Griegos e Indoeuropeos* 5, 321-344.
- 1999, «Celtíberos ricos en un país pobre», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía (Daroca, del 25 al 27 de septiembre de 1997)*, Institución «Fernando el Católico»-Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 497-502.
- 2000, *Lusitania: historia y etnología*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- 2002, «La “Saguntineida” de Miñana: ponderando la influencia de Silio Itálico», en Maestre Maestre, José María et al. (eds.), *Humanismo y pervivencia del mundo clásico. Homenaje al profesor Antonio Fontán*, Ediciones del Laberinto, Madrid, vol. 3, 1097-1106.
- 2014-2015, «Prodigios y auspicios en torno a la caída y restauración de Sagunto (219 a.C. y 212 a. C.)», *Arse* 48-49, 269-316.
- Perley, Sara Margaret, 2012, *Fides Romana: Aspects of Fides in Roman Diplomatic Relations during the Conquest of Iberia*, Tesis Doctoral, University of Otago, Dunedin.
- Pezron, Paul-Yves, 1703, *L'Antiquité de la nation et de la langue des Celtes, autrement appelez Gaulois*, J. Boudot, Paris.
- Pi i Margall, Francesc, 1854, «Discurso preliminar», en Pi i Margall, Francesc (ed.), *Obras del padre Juan de Mariana*, M. Rivadeneyra, Madrid, vol. 1, V-XLIX.
- Pimentel Álvarez, Julio (ed.), 2000, *Cicerón. Las paradojas de los estoicos*, Universidad Nacional Autónoma de México, México D.F.
- Pina Polo, Francisco, 2014, «Héroes suicidas. La Iberiké de Apiano y la creación de mitos del nacionalismo español», en Duplá Ansuategui, Antonio et al. (eds.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 571-578.

- Pina Polo, Francisco y Alfayé Villa, Silvia, 2002, «Propuesta de ubicación de los volcanos en el área pirenaica», *Palaeohispanica* 2, 201-211.
- Plácido Suárez, Domingo, 1987, «Estrabón III: el territorio hispano, la geografía griega y el imperialismo romano», *Habis* 18-19, 243-256.
- 1995-1996, «La imagen simbólica de la Península Ibérica en la Antigüedad», *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14.
- 2000, «Los viajes griegos arcaicos a Occidente: los procesos de mitificación», en Fernández Uriel, Pilar et al. (eds.), *Intercambio y comercio preclásico en el Mediterráneo (actas del I. coloquio del CEFYP: Madrid, 9-12 de noviembre, 1998)*, Centro de Estudios Fenicios y Púnicos, Madrid, 267-270.
- 2001, «El impacto de los viajes mediterráneos en el imaginario griego», en López Castro, José Luis (ed.), *Colonos y comerciantes en el occidente mediterráneo*, Universidad de Almería, Almería, 115-129.
- 2002, «La Península Ibérica: arqueología e imagen mítica», *Archivo Español de Arqueología* 75/185, 123-136.
- 2004, «La configuración étnica del occidente peninsular en la perspectiva de los escritores grecorromanos», *Studia Historica. Historia Antigua* 22, 15-42.
- 2005, «La historiografía de la Historia Antigua: las caras del postmodernismo», *Revista de Historiografía* 3, 86-99.
- 2009, «Los pueblos prerromanos y sus observadores», en Sastre Prats, Inés (ed.), *Arqueología espacial: identidades: homenaje a M.ª Dolores Fernández-Posse.*, Seminario de Arqueología y Etnología Turolense, Teruel, 47-62.
- Poinssotte, Jean-Michel, 2002, «L'image du Carthaginois à Rome», en Briand-Ponsart, Claude y Croguiez, Sylvie (eds.), *L'Afrique du nord antique et médiévale: mémoire, identité et imaginaire (Actes des journées d'études organisées par le GRHIS, Université de Rouen, 28 janvier 1998 et 10 mars 1999)*, Université de Rouen, Rouen, 77-86.
- Pomeroy, Arthur J. (ed.), 2017, *A Companion to Ancient Greece and Rome on Screen*, Wiley-Blackwell, Chichester-Malden.
- Portillo Valdés, José M., 2018, «España sin dramatismo», *Revista de Libros* 194, 79-84.
- Poucet, Jacques, 2007, «Sur la "chasse aux têtes" dans l'ethnographie et dans la Rome antique», *Folia Electronica Classica* 13, 1-22.
- Powell, Anton (ed.), 1992, *Roman Poetry and Propaganda in the Age of Augustus*, Bristol Classical Press, London.
- Prandi, Luisa, 1979, «La "fides punica" e il pregiudizio anticartaginese», en Sordi, Marta (ed.), *Conoscenze etniche e rapporti di convivenza nell'antichità*, Vita e pensiero, Milano, 90-97.
- Pratt, Stephanie, 2008, «The American Time Machine: Indians and the Visualization of Ancient Europe», en Smiles, Sam y Moser, Stephanie (eds.), *Envisioning the Past: Archaeology and the Image*, Blackwell Publishing Ltd, 51-71.
- Prieto Arciniega, Alberto, 2004, *La antigüedad filmada*, Ediciones Clásicas, Madrid.
- 2010, *La antigüedad a través del cine*, Universitat de Barcelona, Barcelona.
- Profeti, Maria Grazia, 2009, *Commedie, riscritture, libretti: la Spagna e l'Europa*, Alinea, Firenze.
- Prontera, Francesco, 1984, *Strabone: contributi allo studio della personalità e dell'opera*, 2 vols., Università degli Studi, Perugia.
- 2006, «La Península Ibérica en la "Geografía" de Artemidoro de Efeso», en Cruz Andreotti, Gonzalo et al. (eds.), *La invención de una geografía de la Península Ibérica (Actas del Coloquio internacional celebrado en la Casa de Velázquez de Madrid el 3 y el 4 de abril de 2006)*, CEDMA-Casa de Velázquez, Madrid, vol. 1, 97-116.
- Puyol, Julio (ed.), 1926, *Lucas de Tuy. Crónica de España*, Real Academia de la Historia, Madrid.

- Quesada Sanz, Fernando, 1994a, «La imagen del héroe. Los antiguos íberos en la plástica española del siglo XIX», *Revista de arqueología* 162, 36-47.
- 1994b, «Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss. V-II a.C.)», *Verdolay* 6, 99-124.
- 1995a, «En torno al “Último día de Sagunto” de Francisco Domingo Marqués y el “Mosaico de Alejandro”», *Anuario del Departamento de Historia y Teoría del Arte* 7-8, 223-228.
- 1995b, «Vino y guerreros: banquete, valores aristocráticos y alcohol en Iberia», en Celestino Pérez, Sebastián (ed.), *Arqueología del vino: los orígenes del vino en occidente (Simposio Arqueología del Vino Iº 1994, Jerez de la Frontera)*, Consejo Regulador de las Denominaciones de Origen Jerez-Xeres-Sherry y Manzanilla Sanlúcar de Barrameda, Jerez de la Frontera, 271-296.
- 1996, «La imagen de la Antigüedad hispana en la plástica española del siglo XIX», en Olmos Romera, Ricardo y Martínez Quirce, Francisco Javier (eds.), *Al otro lado del espejo: aproximación a la imagen ibérica*, Pórtico, Zaragoza, 211-238.
- 1997, «La modelació dels herois i l'estatua d'Arc del Pont», en Garcés i Estalló, Ignasi (ed.), *Indíbil i Mandoni: reis i guerrers (oberta del 14 de novembre de 1996 al 5 de gener de 1997 a l'edifici de La Panera, Lleida)*, Ajuntament de Lleida, Llérida, 79-84.
- 1998, «El grupo escultórico supuestamente de Indíbil y Mandonio en Lérida y el Nacionalismo artístico-arqueológico español del siglo XIX», *Ilerda Humanitats* 52/2, 11-20.
- 2006, «Not So Different: Individual Fighting Techniques and Small Unit Tactics of Roman and Iberian Armies», en François, Paul et al. (eds.), *L'hellénisation en Méditerranée occidentale au temps des guerres puniques: (260 - 180 av. J.C.) (actes du colloque international de Toulouse 31 mars - 2 avril 2005)*, Presses Universitaires du Mirail, Toulouse, 245-263.
- 2009, «Los mercenarios hispanos», en Almagro-Gorbea, Martín (ed.), *Historia militar de España 1. Prehistoria y Antigüedad*, Ediciones del Laberinto, Madrid, 165-173.
- 2012, «Sobre caballos, caballeros y sacrificios cruentos en la Roma republicana y en Hispania», en García Huerta, María Rosario y Ruiz Gómez, Francisco (eds.), *Animales simbólicos en la historia: desde la Protohistoria hasta el final de la Edad Media*, Síntesis, Madrid, 111-132.
- 2013, «Aníbal Barca y Publio Cornelio Escipión Africano: vidas divergentes, muertes paralelas», en García Romero, Fernando y Moreno Hernández, Antonio (eds.), *Enemistades peligrosas: encuentros y desencuentros en el Mundo Antiguo*, Sociedad Española de Estudios Clásicos, Madrid, 175-207.
- 2015, «“Mangeons et buvons, car demain nous mourrons”. Banquet et alcool pendant la crise: le cas de la Péninsule Ibérique», en Esposito, Arianna et al. (eds.), *Autour du «banquet»: modèles de consommation et usages sociaux*, , 235-251.
- 2016, «La guerra y el armamento ibérico: estado actual», en Graells i Fabregat, Raimon y Marzoli, Dirce (eds.), *Armas de la Hispania prerromana (actas del encuentro Armamento y arqueología de la guerra en la Península Iberica prerromana (s. VI-I a.C.): problemas, objetivos y estrategias) = Waffen im vorrömischen Hispanien (Akten der Tagung Bewaffnung und Archäologie des Krieges auf der Iberischen Halbinsel in vorrömischer Zeit (6.-1. Jh.v.Chr.): Probleme, Ziele und Strategien)*, Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums, Mainz, 165-192.
- Quesada Sanz, Fernando y Gabaldón Martínez, María del Mar, 2008, «¿Hipolatría, epifanía, protección de un bien valioso? En torno al papel “religioso” de los équidos en la Protohistoria peninsular», en Ferrer Albelda, Eduardo et al. (eds.), *De dioses y bestias: animales y religión en el Mundo Antiguo*, Universidad de Sevilla, Sevilla, 143-162.

- Quesada Sanz, Fernando y Zamora Merchán, Mar (eds.), 2003, *El caballo de la antigua Iberia: estudios sobre los équidos en la Edad del Hierro*, Real Academia de la Historia-Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Quetglas, Pere J. y Calonge, Julio (eds.), 2005, *Julio César: Guerra civil. Autores del corpus cesariano: Guerra de Alejandría, Guerra de África, Guerra de Hispania*, Gredos, Madrid.
- Raaflaub, Kurt A. y Talbert, Richard J. A. (eds.), 2009, *Geography and Ethnography: Perceptions of the World in Pre-Modern Societies*, Wiley-Blackwell, Malden.
- Rallo Gruss, Asunción, 1993, «Antonio de Guevara y el ensayismo del siglo XVI: repercusión formal e ideológica», en Romera Castillo, José et al. (eds.), *Homenaje al profesor José Fradejas Lebrero*, UNED, Madrid, vol. 1, 383-400.
- Ramallo, Américo da Costa, 1994, «Nótula sobre as relações entre Nebrija e Maríneo», en Codoñer Merino, Carmen y González Iglesias, Juan Antonio (eds.), *Antonio de Nebrija: Edad Media y Renacimiento (actas del coloquio celebrado en Salamanca, noviembre de 1992)*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 479-480.
- Ramil-Rego, Pablo y Fernández Rodríguez, Carlos, 1999, «Apéndice. La explotación de los recursos alimenticios en el noroeste ibérico», en García Quintela, Marco Virgilio, *Mitología y mitos de la Hispania prerromana III*, Akal, Tres Cantos, 296-319.
- Ramírez de Verger, Antonio y Agudo Cubas, Rosa María (eds.), 1992, *Suetonio. Vidas de los doce césares I*, Gredos, Madrid.
- Ramírez Goicoechea, Eugenia, 2011, *Etnicidad, identidad, interculturalidad: teorías, conceptos y procesos de la relacionalidad grupal humana*, Centro de Estudios Ramón Areces, Madrid.
- Ramírez Sánchez, Manuel, 2005, «Clientela, hospitum y devotio», en Torre Echávarri, José Ignacio de la y Chaín Galán, Antonio (eds.), *Celtíberos: tras la estela de Numancia*, Diputación Provincial de Soria, Soria, 279-284.
- Ramos, Alcida Rita, 1994, «The Hyperreal Indian», *Critique of Anthropology* 14/2, 153-171.
- Ramos y Loscertales, José María, 1924, «La “devotio” ibérica. Los soldurios», *Anuario de Historia del Derecho Español* 1, 7-26.
- 1942, «Hospicio y clientela en la España céltica», *Emerita* 10, 308-337.
- Ramosino, Laura Cotta, 1999, «Il supplizio della croce in Silio Italico: “Pun.” I 169-181 e VI 539-544», *Aevum* 73/1.
- Rankin, H. David, 1969, «“Eating People Is Right”: Petronius 141 and a ΤΟΠΙΟΣ», *Hermes* 97/3, 381-384.
- 1987, *Celts and the Classical World*, Croom Helm-Areopagitica Press, London-Portland.
- Rawlings, Louis, 1996, «Celts, Spaniards, and Samnites: Warriors in a Soldiers’ War», *Bulletin of the Institute of Classical Studies* 41/s67, 81-95.
- Rawson, Elizabeth, 1969, *The Spartan Tradition in European Thought*, Oxford University Press, Oxford.
- Recio García, Tomás de la Ascensión, 1996, «Hispania en las obras de Horacio», *Helmántica* 47/142-143, 149-160.
- Redel Aguilar, Enrique, *Ambrosio de Morales. Estudio biográfico*, Real Academia de la Historia, Córdoba.
- Redondo, Agustín, 1992, «Les divers visages du thème (wisi)gothique dans l’Espagne des XVIe et XVIIe siècles», en Fontaine, Jacques y Pellistrandi, Christine (eds.), *L’Europe héritière de l’Espagne wisigothique*, Casa Velazquez, Madrid, 353-364.
- Renales, Juan y Renero Arribas, Víctor M., 1999, «Celtiberian Studies and Spanish Celtic Historiography in the Nineteenth Century», en Black, Ronald et al. (eds.), *Celtic Connections (Proceedings of the Tenth International Congress of Celtic Studies)*, Tuckwell Press, East Linton, vol. 1, 108-125.

- Renero Arribas, Víctor M., 1997, «Historiografía e identidad cultural: la recuperación histórica de la Cantabria antigua y su influencia en la Sociedad Montañesa (s. XVIII-XIX)», en Mora Rodríguez, Gloria y Díaz-Andreu García, Margarita (eds.), *La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la arqueología en España*, Universidad de Málaga-Ministerio de Educación y Ciencia-CSIC, Málaga, 91-98.
- 1999, «La influencia de los autores bretones en la historiografía céltica española del siglo XIX», en Cousquer, Yvon et al. (eds.), *Les Celtes et la Péninsule Ibérique (actes du colloque international, Brest, 6-7-8 novembre 1997)*, Centre de Recherche Bretonne et Celtique, Brest, 339-346.
- 2008, «El celtismo y los alfabetos “desconocidos” en un manuscrito de Francisco Fabro Bremundans (1621-1698)», en Mora Rodríguez, Gloria et al. (eds.), *Documentos inéditos para la historia de la arqueología*, Sociedad Española de Historia de la Arqueología, Ciempozuelos, 37-48.
- 2011, «La religión de los celtas en la historiografía española del siglo XIX», en Sánchez Moreno, Eduardo y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Poder, cultura e imagen en el mundo antiguo*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 278-286.
- Requejo Prieto, José María (ed.), 1981, *Cornelio Tácito. Agrícola. Germania. Diálogo sobre los oradores*, Gredos, Madrid.
- Requejo Prieto, José María y Rodríguez-Pantoja, Miguel (eds.), 1990, *M. Tulio Cicerón. Discursos I*, Gredos, Madrid.
- Resende, André de, 1576 [1553], *Historia da antiguidade da Cidade de Evora*, Andre de Burgos, Evora.
- Reyero Hermosilla, Carlos, 1984, «El grabado decimonónico de temática histórica: La “Historia de España” del padre Mariana», *Goya* 181-182, 80-85.
- 1987, *Imagen histórica de España (1850-1900)*, Espasa-Calpe, Madrid.
- 1990, *La pintura de historia en España. Esplendor de un género en el siglo XIX*, Cátedra, Madrid.
- 1992, «Los temas históricos en la Pintura española del siglo XIX», en Díez García, José Luis (ed.), *La pintura de historia del siglo XIX en España*, Museo del Prado, Madrid, 37-68.
- Reyes, Alfonso, 1919, «Cuestiones gongorinas. Pellicer en las cartas de sus contemporáneos», *Revista de Filología Española* 6.
- Riaño Sánchez de la Poza, Álvaro Riaño, 1997, «Heródoto y Argantonio: un testimonio sobre la forma de poder en Tartessos», *Espacio Tiempo y Forma. Serie II, Historia Antigua* 10, 275-284.
- Ribichini, Sergio, 1998, «La proibizione del sacrificio umano cartaginese», en Loretz, Oswald et al. (eds.), *«Und Mose schrieb dieses Lied auf». Studien zum Alten Testament und zum alten Orient*, Ugarit-Verlag, Münster, 655-668.
- 2000, «La questione del “tofet” punico», en Verger, Stéphane (ed.), *Rites et espaces en pays celte et méditerranéen étude comparée à partir du sanctuaire d'Acy-Romance (Ardennes, France) (Actes du Colloque international, Roma, École Française, 18-19 aprile 1997)*, École Française de Rome, Rome, 293-304.
- Rico, Francisco, 1984, *Alfonso el Sabio y la «General estoria»: tres lecciones*, Ariel, Barcelona.
- Rieckhoff, Sabine (ed.), 2006, *Celtes et Gaulois Dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie Moderne (Actes de La Table Ronde de Leipzig, 16-17 Juin 2005)*, Bibracte, Centre archéologique européen, Glux-en-Glenne.
- Riera Vargas, Roger y Principal Ponce, Jordi, 2015, «Sitting on the Fence: Ilergetean Attitudes and Responses to Imperialistic Strategies», en Ñaco del Hoyo, Toni et al. (eds.), *Ancient Disasters and Crisis Management in Classical Antiquity*, Gdansk University, Gdansk, 53-70.

- Riess, Werner, 2011, «The Roman Bandit (Latro) as Criminal and Outsider», en Peachin, Michael (ed.), *The Oxford Handbook of Social Relations in the Roman World*, Oxford University Press, Oxford-New York, 693-714.
- Riquer i Permanyer, Borja de, 2000, *Identitats contemporànies: Catalunya i Espanya*, Eumo, Vic.
- Risco, Manuel, 1779, *El R. P. M. Fr. Henrique Florez, vindicado del Vindicator de la Cantabria, Don Hipolyto de Ozaeta y Gallaiztegui*, Marin, Madrid.
- Rivera Martín, José Ramón, 2000, *Estudio filológico sobre «De rebus hispaniae memorabilibus Libri I-V» de Lucio Marineo Sículo*, Tesis Doctoral, Universidad Complutense de Madrid, Madrid.
- Rivero, Horacio Chiong, 2005, *The Rise of Pseudo-Historical Fiction: Fray Antonio de Guevara's Novelizations*, Peter Lang, New York.
- Roca Barea, María Elvira, 2016, *Imperofobia y la leyenda negra: Roma, Rusia, Estados Unidos y el Imperio español*, Siruela, Madrid.
- Roca Meliá, Ismael (ed.), 1986, *Séneca. Epístolas morales a Lucilio I (libros I-IX, epístolas 1-80)*, Gredos, Madrid.
- Rodgers, Rene Heather, 1999, *Imagery and Ideology: Aspects of Female Representation in Roman Art, with Special Reference to Britain and Gaul*, Tesis Doctoral, Durham University, Durham.
- 2003, «Female Representations in Roman Art: Feminising the Provincial Other», en Scott, Sarah y Webster, Jane (eds.), *Roman Imperialism and Provincial Art*, Cambridge University Press, New York, 69-94.
- Rodríguez Adrados, Francisco, 1946, «La “fides” ibérica», *Emerita* 14, 128-209.
- 1950, «Las rivalidades de las tribus del noreste español y la conquista romana», en *Estudios dedicados a Menéndez Pidal*, CSIC, Madrid, vol. 1, 563-587.
- (ed.) 2011, *Anacreonte. Poemas y fragmentos*, Gredos, Madrid.
- Rodríguez Cuadros, Evangelina, 1981, «Pertinencia, pertenencia, ambigüedad del texto teatral: La Destrucción de Sagunto de Manuel Vidal y Salvador», *Cuadernos de Filología III. Literatura: análisis* 1-2, 321-338.
- 1996a, «La literatura y el teatro como documento: mito e historia en Manuel Vidal y Salvador», en AAVV, *Actes IV Congrès d'Història i Filologia de La Plana*, Ajuntament de Nules-Diputació de Castelló, Nules.
- 1996, «Estudio introductorio», en *La destrucción de Sagunto: comedia nueva*, Antonio Navarro Llopis, Sagunto, 10-81.
- Rodríguez Cuadros, Evangelina y Martín Martínez, José (eds.), 1988, *Lorenzo de Zamora. La Saguntina o Primera parte de la historia de Sagunto, Numancia y Cartago (Alcalá de Henares, 1589)*, Caja de Ahorros de Sagunto, Sagunto.
- Rodríguez de la Peña, Manuel Alejandro, 2008, *Los reyes sabios: cultura y poder en la Antigüedad Tardía y la Alta Edad Media*, Actas, San Sebastián de los Reyes.
- Rodríguez Mohedano, Pedro y Rodríguez Mohedano, Rafael, 1766-1791, *Historia literaria de España [...]*, Joachin Ibarra, Madrid.
- Rodríguez Suárez, Natalia, 2009, *Ambrosio de Morales y la epigrafía medieval*, Corpus Inscriptionum Hispaniarum Mediaevalium, León.
- Rodríguez-Moñino, Antonio, 1973, *Manual bibliográfico de cancioneros y romanceros*, Castalia, Madrid.
- 1997, *Nuevo diccionario bibliográfico de pliegos sueltos poéticos (siglo XVI)*, Castalia-Editora Regional de Extremadura, Madrid-Mérida.
- Rodríguez-Moñino, Antonio y Devoto, Daniel (eds.), 1963, *Juan de Timoneda. Rosas de Romances*, Castalia, Valencia.
- Rodríguez-Noriega Guillén, Lucía (ed.), 1998, *Ateneo. Banquete de los eruditos. Libros I-II*, Gredos, Madrid.

- Royo Alique, Francisco Javier, 2014, «Intelectuales franciscanos y monarquía en la Castilla medieval», *Sémata* 26, 297-318.
- Romero Recio, Mirella, 2005, *Historias antiguas: libros sobre la antigüedad en la España del siglo XVIII*, Actas, San Sebastián de los Reyes.
- 2012, *Viajeros españoles en Pompeya (1748-1936): ecos de un descubrimiento*, Polifemo, Madrid.
- Romero Recio, Mirella y Soria Tomás, Guadalupe (eds.), 2018, *El almacén de la historia: reflexiones historiográficas*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Romero Valiente, Jesús, 2014, «La leyenda de Baucio Caropo», *El Barrio* s. n., 67-91.
- Romm, James S., 1992, *The Edges of the Earth in Ancient Thought: Geography, Exploration, and Fiction*, Princeton University Press, Princeton.
- Roncero López, Victoriano, 1993, «Las “Laudes Hispaniae”: de San Isidoro a Quevedo», *Analecta Malacitana* 16/1, 81-92.
- 1999, «Las fuentes humanísticas en la historiografía quevediana: los reyes primitivos en la España defendida», *La Perinola* 3, 269-292.
- (ed.) 2012, *F. de Quevedo. España defendida*, Instituto de Estudios Auriseculares, New York.
- Rosenthal, Franz, 1992 [1965], *The Classical Heritage in Islam*, Routledge, London-New York.
- Rössner, Michael, 1998, «¿América como exilio para los valores caballerescos? Apuntes sobre la “Numancia” de Cervantes, la “Araucana” de Ercilla y algunos textos americanos en torno al 1600», en Whicker, Jules (ed.), *Actas del XII Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (21-26 de agosto de 1995, Birmingham)*, University of Birmingham, Birmingham, vol. 3, 194-203.
- Rothberg, Irving P., 1957, «Una nota sobre la Antología griega en la Primera Crónica», *Revista de Filología Española* 41/1/4, 425-427.
- Rowland, Ingrid D., 2016, «Annius of Viterbo and the Beginning of Etruscan Studies», en Bell, Sinclair y Carpino, Alexandra Ann (eds.), *A Companion to the Etruscans*, Wiley-Blackwell, Malden-Oxford, 433-445.
- Rubio Fernández, Lisardo (ed.), 1978, *Petronio. El Satiricón*, Gredos, Madrid.
- Rubió i Balaguer, Jordi, 1995 [1929], «Els autors clàssics a la biblioteca de Pere Miquel Carbonell fins a l'any 1484», en *Sobre biblioteques i biblioteconomia*, Generalitat de Catalunya-Publicacions de l'Abadia de Montserrat, Barcelona, 37-57.
- Ruch, Michel, 1972, «Le thème de la croissance organique dans la pensée historique des romains, de Caton à Florus», *Aufstieg und Niedergang der Römischen Welt* 1/2, 827-841.
- Rucquoi, Adeline, 1992, «Les wisigoths fondement de la “nation Espagne”», en Fontaine, Jacques y Pellistrandi, Christine (eds.), *L'Europe héritière de l'Espagne wisigothique*, Casa Velazquez, Madrid, 341-352.
- Ruggeri, Miska, 1999, *Posidonio e i celti*, Firenze Atheneum, Firenze.
- Ruibal González, Alfredo, 2014, «Malos nativos. Una crítica de las arqueologías indígenas y poscoloniales», *Revista de Arqueología* 27/2, 47-63.
- Ruiz de la Peña, Juan Ignacio, 1995, *El Reino de León en la Alta Edad Media, vol. 3. La monarquía astur-leonesa de Pelayo a Alfonso VI (718-1109)*, Centro de Estudios e Investigación «San Isidoro», León.
- Ruiz Gálvez, María Luisa, 1988, «Sobre la pobreza de los celtíberos», en Burillo Mozota, Francisco et al. (eds.), *Celtíberos (exposición organizada por la Diputación Provincial de Zaragoza, Salas del Palacio de Sástago, Zaragoza, 30 de marzo - 28 de abril 1988)*, Departamento de Cultura, Turismo y Deporte de la Diputación de Zaragoza, Zaragoza, 187-188.
- Ruiz Rodríguez, Arturo et al., 2006, *Los archivos de la arqueología ibérica: una arqueología para dos Españas*, Universidad de Jaén, Jaén.

- Ruiz Rodríguez, Arturo Carlos, 1993, «Vida, muerte y resurrección de los Iberos», en Beltrán Fortes, José Luis y Gascó La Calle, Fernando (eds.), *La Antigüedad como argumento. Historiografía de arqueología e historia antigua en Andalucía*, Junta de Andalucía, Sevilla, 191-204.
- Ruiz Soler, Arturo (ed.), 1993, *Catulo. Poemas. Tibulo. Elegías*, Gredos, Madrid.
- Ruiz Zapatero, Gonzalo, 1997, «Héroes de piedra en papel: la Prehistoria en el cómic», *Complutum* 8, 285-310.
- 2003, «Historiografía y “uso público” de los celtas en la España franquista», en Wulff Alonso, Fernando y Álvarez Martí-Aguilar, Manuel (eds.), *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Diputación de Málaga, Málaga, 217-240.
- 2006, «The Celts in Spain. From Archaeology to Modern Identities», en Rieckhoff, Sabine (ed.), *Celtes et Gaulois dans l'histoire, l'historiographie et l'idéologie moderne (Actes de la table ronde de Leipzig, 16-17 juin 2005)*, Bibracte, Centre archéologique européen, Glux-en-Glenne, 197-218.
- 2010, «Roma conquistó la Galia... y Astérix y Obélix conquistaron el mundo. Desenmarañando a los celtas», en Cardete del Olmo, María Cruz (ed.), *La Antigüedad y sus mitos. Narrativas históricas irreverentes, Siglo XXI de España*, Madrid, 97-114.
- (ed.) 2017, *El poder del pasado: 150 años de arqueología en España*, Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid.
- Ryjik, Verónica, 2006, «Mujer, alegoría e imperio en el drama de Miguel de Cervantes El cerco de Numancia», *Anales Cervantinos* 38, 203-219.
- Saavedra, Tina, 1999, «Women as Focalizers of Barbarism in Conquest Texts», *Echoes Du Monde Classique / Classical Views* 18/1, 59-77.
- Sabau y Blanco, José (ed.), 1817-1822, *Jaun de Mariana. Historia general de España: compuesta, enmendada y añadida*, 10 vols., Impr. de Leonardo Núñez de Vargas, Madrid.
- Sabellico, Marco Antonio Coccio, 1498-1504, *Rapsodiae historiarum Enneadum*, Bernardinum et Matheum Venetos, Venetiis.
- Sacks, Kenneth, 1990, *Diodorus Siculus and the First Century*, Princeton University Press, Princeton.
- Sáenz García, Clemente, 1965, «Las dos “Numantinas”», *Celtiberia* 31, 247-279.
- 1968, *Miguel Martel. Canto tercero de La numantina y su comento de la fundación de Soria y origen de sus doce linajes*, Caja General de Ahorros de la Provincia de Soria-Centro de Estudios Sorianos-CSIC, Soria-Madrid.
- Sáenz, Miguel (ed.), 2000, *Bertolt Brecht. Vida de Galileo. Madre Coraje y sus hijos*, Alianza, Madrid.
- Said, Edward Wadie, 1990 [1978], *Orientalismo*, Libertarias-Prodhufo, Madrid.
- 1993, *Culture and Imperialism*, Knopf, New York.
- Saïd, Suzanne, 1985, «Usages de femmes et sauvagerie dans l'ethnographie grecque d'Hérodote à Diodore et Strabon», *Travaux de la Maison de l'Orient* 10/1, 137-150.
- 2007, «Myth and Historiography», en Marincola, John (ed.), *A Companion to Greek and Roman Historiography*, Blackwell, Malden-Oxford, vol. 1, 76-88.
- Sala Sellés, Feliciano y Moratalla, Jesús (eds.), 2014, *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Universidad de Alicante-MARQ-Diputación de Alicante, Alicante.
- Sala Valldaura, Josep María, 2005, *De amor y política: la tragedia neoclásica española*, CSIC, Madrid.
- Salas Álvarez, Jesús, 2009, «La antigüedad clásica en la España Sagrada del Padre Henríquez Flórez de Setién y Huidobro», *Gerión* 27/2, 57-78.
- 2010, *La arqueología en Andalucía durante la Ilustración (1736-1808)*, Diputación Provincial de Málaga-Universidad de Sevilla, Málaga-Sevilla.

- 2014, «La utilización de la arqueología filológica para la ubicación de escenarios bélicos en época antigua: apuntes historiográficos para el estudio del caso concreto de Munda Pompeyana», en Martínez Ruiz, Enrique et al. (eds.), *Perspectivas y novedades de la Historia militar: una aproximación global*, Ministerio de Defensa, Madrid, vol. 1, 155-169.
- Salazar y Castro, Luis de, 1720, *La crisis ferrerica*, s. e., Zaragoza.
- Salcedo Garcés, Fabiola, 1995-1996, «La Hispania bárbara y la Hispania civilizada: la imagen de un concepto», *Studia Historica. Historia Antigua* 13-14, 181-194.
- 1996, «La personificación de Hispania: imagen bárbara y romanización», en Pensabene, Patrizio (ed.), *Colloquia of the XIII International Congress of Prehistoric and Protohistoric Sciences (Forlì (Italia) 8-14 September 1996). 13. The Roman period (in the Provinces and the Barbaric world)*, ABACO, Forlì, 31-43.
- Salinas de Frías, Manuel, 1983, «La función del hospitium y la clientela en la conquista y romanización de Celtiberia», *Studia Historica. Historia Antigua* 1, 21-42.
- 1985, «La religión indígena en la Hispania central y la conquista romana», *Studia Zamorensia* 6, 307-332.
- 1986, *Conquista y romanización de Celtiberia*, Universidad de Salamanca-Museo Numantino de Soria, Salamanca.
- 1989, «Sobre las formas de propiedad comunal en la cuenca del Duero en época prerromana», *Veleia* 6, 103-110.
- 1990, «El colectivismo agrario de los vacceos: una revisión crítica», en AAVV (ed.), *Primer Congreso de Historia de Zamora. Tomo 2. Prehistoria-Mundo Antiguo*, Instituto de Estudios Zamoranos «Florián de Ocampo»-Diputación de Zamora, vol. 2, 429-436.
- 1998, «La guerra de los cántabros y astures, la etnografía de España y la propaganda de Augusto», en Hidalgo de la Vega, María José et al. (eds.), «Romanización» y «Reconquista» en la Península Ibérica: nuevas perspectivas, Universidad de Salamanca, Salamanca, 155-170.
- 1999, «De Polibio a Estrabón: los celtas hispanos en la historiografía clásica», en Alonso Ávila, M^a Ángeles et al. (eds.), *Homenaje al profesor Montenegro: estudios de historia antigua*, Universidad de Valladolid, Valladolid, 191-204.
- 2001, «Fides, hospitium y clientela en Hispania», en Villar, Francisco y Fernández Álvarez, María Pilar (eds.), *Religión, lengua y cultura prerromanas de Hispania*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 241-256.
- 2004, «Los Vacceos en la Biblioteca Histórica de Diodoro de Sicilia», *Conimbriga* 43, 47-62.
- 2008, «La jefatura de Viriato y las sociedades del occidente de la Península Ibérica», *Palaeohispanica* 8, 89-120.
- 2010a, «In finibus Lusitaniae. Imagen y percepción del occidente ibérico en el Imperio Romano», en Cubas Martín, Noemí, Salinas de Frías, Manuel et al. (eds.), *Arqueología, patrimonio, prehistoria e historia antigua de los pueblos «sin pasado»: ecos de la Lusitania en Arribes del Duero*, Universidad de Salamanca, Salamanca, 139-160.
- 2010b, «El proceso contra Galba, la lucha de facciones en Roma y el gobierno de las provincias», en Domínguez Monedero, Adolfo J. y Mora Rodríguez, Gloria (eds.), *Doctrina a magistro discipulis tradita. Estudios en homenaje al Prof. Dr. D. Luis García Iglesias*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 121-136.
- 2010c, «El colectivismo de los vacceos, entre el mito y la realidad histórica», en Sanz Mínguez, Carlos y Romero Carnicero, Fernando (eds.), *De la Región Vaccea a la Arqueología Vaccea*, Centro de Estudios Vacceos «Federico Wattenberg», Valladolid, 105-121.

-
- 2010d, «Mujer, épica y mitos entre los celtíberos», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *Ritos y mitos: actas del VI Simposio sobre Celtiberos (Daroca, del 26 al 29 de noviembre de 2008)*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Mara, 205-212.
- 2011a, «Sobre la memoria histórica en Roma: los Escipiones y la traición de los celtíberos», *Studia historica. Historia antigua*/29, 97-118.
- 2011b, «Las fuentes clásicas y el poblamiento prerromano del occidente peninsular: problemas de etnicidad y cultura», en Ruiz Zapatero, Gonzalo y Álvarez-Sanchís, Jesús (eds.), *Castros y verracos: las gentes de la Edad del Hierro en el occidente de Iberia*, Institución Gran Duque de Alba, Ávila, 129-158.
- 2012, «Los lusitanos y los problemas de definición étnica en el Occidente peninsular», en Santos Yanguas, Juan, Cruz Andreotti, Gonzalo y Cruz Andreotti, Gonzalo (eds.), *Romanización, fronteras y etnias en la Roma Antigua: el caso hispano*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 335-357.
- 2014, «Reflexiones sobre la guerra de Sertorio en la Hispania Citerior y sus fuentes literarias», en Sala Sellés, Feliciano y Moratalla Jávega, Jesús (eds.), *Las guerras civiles romanas en Hispania: una revisión histórica desde la Contestania*, Universidad de Alicante-Diputación de Alicante, Alicante, 23-33.
- Samson, Alexander, 2006, «Florián de Ocampo, Castilian Chronicler and Habsburg Propagandist: Rhetoric, Myth and Genealogy in the Historiography of Early Modern Spain», *Forum for Modern Language Studies* 42/4, 339-354.
- Sánchez Aguirreolea, Daniel, 2006, *El bandolero y la frontera: un caso significativo: Navarra, siglos XVI-XVIII*, Iberoamericana-Universidad de Navarra-Vervuert, Madrid-Pamplona-Frankfurt.
- Sánchez Albornoz, Claudio, 1946, «San Isidoro, Rasis y la Pseudo-Isidoriana», *Cuadernos de Historia de España* 4, 73-113.
- 1967, *Investigaciones sobre historiografía hispana medieval*, Instituto de Historia de España, Buenos Aires.
- Sánchez Alonso, Benito, 1947 [1944], *Historia de la historiografía española*, CSIC, Madrid.
- Sánchez de Arévalo, Rodrigo, 1470, *Compendiosa historia Hispánica*, Udalricus Gallus, Roma.
- Sánchez Espinosa, Gabriel, 2009, «La producción editorial del Despotismo Ilustrado: la Imprenta Real», en Ribagorda, José María (ed.), *Imprenta real: fuentes de la tipografía española*, Agencia Española de Cooperación Internacional, Madrid, 73-85.
- Sánchez Ferro, Pablo, 2016, *El tiempo mítico y la esencia de la nación en Pedro de Medina*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- Sánchez Madrid, Sebastián, 2002, *Arqueología y humanismo: Ambrosio de Morales*, Universidad de Córdoba-Diputación de Córdoba, Córdoba.
- Sánchez Manzano, María Asunción (ed.), 2001, *Veleyo Patérculo. Historia romana*, Gredos, Madrid.
- Sánchez Moreno, Eduardo (ed.), e. p., *Veinticinco estampas de la España antigua cincuenta años después. En torno a una obra singular de Antonio García y Bellido y su actualización científica*, Universidad de Sevilla, Sevilla.
- e. p., «¿Truco o trato? El reparto de tierras a los lusitanos, un opaco en la expansión romana en el Far West», en Torregaray Pagola, Elena (ed.), *Gestionar el fracaso, algunas sombras en la diplomacia romana*, Universidad del País Vasco-Euskal Herriko Unibertsitatea, Vitoria-Gasteiz.
- 1996, «Los vetones en las fuentes literarias: ¿una imagen sesgada?», *Hispania Antiqua* 20, 23-40.
- 1997, «La mujer en las formas de relación entre núcleos y territorios de la Iberia protohistórica: I. Testimonios literarios», *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia Antigua* 10, 285-294.

-
- 1998-1999, «La agricultura vaccea: ¿un topos literario? Ensayo de valoración», *Memorias de Historia Antigua* 19-20, 81-110.
- 2000, *Vetones: historia y arqueología de un pueblo prerromano*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- 2001, «Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (I)», *Habis* 32, 149-169.
- 2002a, «Algunas notas sobre la guerra como estrategia de interacción social en la Hispania prerromana: Viriato, jefe redistributivo (y II)», *Habis* 33, 141-174.
- 2002b, «La hospitalidad en la Hispania prerromana: hacia una disección socio-económica», en Hernández Guerra, Liborio et al. (eds.), *La Península Ibérica hace 2000 años (actas del I Congreso Internacional de Historia Antigua)*, Universidad de Valladolid-Centro Buendía, Valladolid, 383-392.
- 2002c, «El Botín de Viriato: Guerra y Sociedad en Lusitania», *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 42 (homenaje a la Dra. Dña. Encarnación Ruano), 305-331.
- 2005a, «Warfare, Redistribution and Society in Western Iberia», en Parker Pearson, Michael y Thorpe, I. J. N. (eds.), *Warfare, Violence and Slavery in Prehistory: proceedings of a Prehistoric Society conference at Sheffield University*, Archaeopress, Oxford, 107-125.
- 2005b, «Caballo y sociedad en la Hispania céltica: del poder aristocrático a la comunidad política», *Gladius* 25, 237-264.
- 2006, «Ex pastore latro, ex latrone dux... Medioambiente, guerra y poder en el occidente de Iberia», en Ñaco del Hoyo, Toni y Arrayás Morales, Isaías (eds.), *War and territory in the Roman World. (Guerra y territorio en el mundo romano)*, British Archaeological Reports, Oxford, 55-79.
- 2011, «De la resistencia a la negociación: acerca de las actitudes y capacidades de las comunidades hispanas frente al imperialismo romano», en García Ríaza, Enrique (ed.), *De fronteras a provincias: interacción e integración en Occidente (ss. III-I a. C.)*, Universitat de les Illes Balears, Palma de Mallorca, 97-103.
- 2015-2016, «Revisitando un topos: algunas notas sobre el bandolerismo lusitano (y el imperium de Roma)», *Isimu* 18, 349-360.
- 2017, «Las guerras celtibérico-lusitanas (114-93 a.C.) y su dimensión geopolítica», en Principal Ponce, Jordi et al. (eds.), *Roma en la península ibérica presertoriana: escenarios de implantación militar provincial*, Universitat de Barcelona, Barcelona, 59-77.
- Sánchez Moreno, Eduardo y Aguilera Durán, Tomás, 2013, «Bárbaros y vencidos, los otros en la conquista romana de Hispania. Notas para una deconstrucción historiográfica», en Cid López, Rosa María y García Fernández, Estela (eds.), *Debita Verba. Estudios en homenaje al profesor Julio Mangas Manjarrés*, Universidad de Oviedo, Oviedo, vol. 1, 225-244.
- Sánchez Moreno, Eduardo y Gómez-Pantoja, Joaquín, 2007, «Las fuentes literarias y su contexto historiográfico», en Sánchez Moreno, Eduardo (ed.), *Historia de España I. Protohistoria y Antigüedad de la Península Ibérica. Vol. I. Las fuentes y la Iberia colonial*, Sílex, Madrid, 19-50.
- Sánchez Salor, Eustaquio (ed.), 1982a, *Orosio. Historias. Libros I-IV*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1982b, *Orosio. Historias. Libros V-VII*, Gredos, Madrid.
- 1982c, «Introducción general», en Sánchez Salor, Eustaquio (ed.), *Orosio. Historias. Libros I-IV*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 2000, *Fr. Manuel Risco. El Padre Flórez vindicado*, Universidad de Cantabria, Santander.
- Sánchez-Prieto Borja, Pedro (ed.), 2009, *Alfonso X el Sabio. General estoria*, 10 vols., Fundación José Antonio de Castro, Madrid.

- Sancho Montés, Susana, 2005a, «La influència de Plutarc a la Primera Part de la Història de València d'En Pere-Antoni Beuter», *Quaderns de Filologia. Estudis Literaris* 10, 89-102.
- 2005b, «Plutarc a la Primera Part de la Història d'En Pere-Antoni Beuter», en Jufresa Muñoz, Montserrat (ed.), *Plutarc a la seva època: paideia i societat (actas del VIII Simposio Internacional de la Sociedad Española de Plutarquistas, Barcelona 6-8 de noviembre de 2003)*, Sociedad Española de Plutarquistas, Barcelona, 835-842.
- Sancho Rocher, Laura (ed.), 2015, *La Antigüedad como paradigma: espejismos, mitos y silencios en el uso de la historia del mundo clásico por los modernos*, Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- Sancho Royo, Antonio (ed.), 1980, *Apiano. Historia romana I*, Gredos, Madrid.
- Sandys, John Edwin, 1903-1908, *A History of Classical Scholarship*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Santacana, Joan y Durán, Joan, 2011, *Lo sagrado y lo abominable: la cocina de los pueblos prerromanos de España*, Ediciones Trea, Somonte-Cenero (Gijón).
- Santini, Carlo, 1991, *Silius Italicus and His View of the Past*, Gieben, Amsterdam.
- Santos, Maria João Correia, 2007a, «El sacrificio en el occidente de la Hispania Romana: para un nuevo análisis de los ritos de tradición indoeuropea», *Palaeohispánica* 7, 175-217.
- 2007b, «El sacrificio de hombres y caballos en el contexto peninsular: propuestas para un nuevo análisis de las realidades rituales», *Bandue* 1, 215-232.
- Santos Puerto, José, 1999, «La censura de la España Primitiva; una aclaración historiográfica», *Hispania* 59/202, 547-564.
- Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), 2003, *Polibio y la Península Ibérica (actas del Coloquio de Vitoria-Gasteiz, 20 a 21 de Noviembre de 2000)*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz.
- Santos Yanguas, Narciso, 1986-1987, «El testimonio de Floro y la romanización de Asturias», *Studia Historica. Historia Antigua* 4-5, 37-51.
- Santos Yanguas, Narciso Vicente, 1981-1982, «La concepción de la historia de Roma como sucesión de edades en los historiadores latinos», *Cuadernos de Filología Clásica* 17, 173-184.
- 2003, «Las acuñaciones monetales de Publio Carisio, legado de Augusto en Lusitania, y la conquista romana del N.O. peninsular», *Aquila Legionis* 4, 165-188.
- Sanz Mínguez, Carlos y Rodríguez Gutiérrez, Elvira, 2013, «Entierros en el cielo: nuevos datos en el ámbito vacceo», *Anuario Vaccea* 6, 74-80.
- Sanz Mínguez, Carlos y Romero Carnicero, Fernando, 2009, *El vino y el banquete en la Europa prerromana*, Centro de Estudios Vacceos «Federico Wattenberg»-Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Sayas Abengochea, Juan José, 1988, «El bandolerismo lusitano y la falta de tierras», *Espacio, tiempo y forma. Serie I, Prehistoria y arqueología* 1, 701-714.
- Schaps, David, 1982, «The Women of Greece in Wartime», *Classical Philology* 77/3, 193-213.
- Schettino, Maria Teresa, 2006, «Sagunto e lo scoppio della guerra in Silio Italico», *Aevum Antiquum* 6, 53-63.
- Schlanger, Nathan y Nordbladh, Jarl (eds.), 2008, *Archives, Ancestors, Practices: Archaeology in the Light of Its History*, Berghahn Books, New York.
- Schmidt, Rachel, 1995, «The Development of Hispanitas in Spanish Sixteenth-Century Versions of the Fall of Numancia», *Renaissance and Reformation* 31/2, 27-45.
- Schnapp, Alain, 1993, *La conquête du passé: aux origines de l'archéologie*, Carré, Paris.
- Schnetz, Joseph (ed.), 1990 [1940], *Ravennatis Anonymi cosmographia et Guidonis geographica*, Teubner, Stuttgartiae.
- Schrader, Carlos (ed.), 1977, *Heródoto. Historia. Libros I-II*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1979, *Heródoto. Historia. Libros III-IV*, Gredos, Madrid.

- Schulten, Adolf, 1920, «Viriato», (traducido por Pericot García, Luis) *Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo* 2/3 (mayo-junio) 4-6 (julio-diciembre), 126-149, 272-281.
- 2013 [1926], *Sertorio*, (traducido por Carreras, Miguel) Renacimiento, Sevilla.
- Schulten, Adolf y Bosch i Gimpera, Pere, 1922, *Fontes Hispaniae Antiquae. Fascículo I: Avieno ora maritima (periplo massaliota del siglo VI a. de J.C.) junto con los demás testimonios anteriores al año 500 a. de J.C.*, Apud Bosch-Apud Weidmann, Barcelona-Berlín.
- Sebold, Russell P. (ed.), 1971, *Ignacio López de Ayala. Numancia destruida*, Anaya, Salamanca.
- Segura Ramos, Bartolomé (ed.), 1997, *Salustio. Conjuración de Catilina. Guerra de Jugurta. Fragmentos de las «Historias»*, Gredos, Madrid.
- Sepúlveda, Juan Ginés de, 1550, *Apologia Ioannis Genesii Sepuluedae pro libro De iustis belli causis [...]*, Valerium Doricum & Ludouicum fratres Brixienenses, Romae.
- Sepúlveda, Juan Ginés de y Casas, Bartolomé de las, 1552, *Aquí se contiene vna disputa, o controuersia: entre el obispo do[n] fray Bartholome de las Casas, o Casaus, obispo q[ue] fue dela ciudad real de Chiapa, que es en las Indias, parte dela nueva España: y el doctor Gines de Sepulveda coronista del Emperador nuestro señor [...]*, Sebastian Trugillo, Sevilla.
- Sepúlveda, Lorenzo de, 1570, *Cancionero de Romances sacados de las Coronicas antiguas de España con otros hechos por Sepulveda*, Francisco del Canto, Medina del Campo.
- Serna Alonso, Justo y Pons Pons, Anaclet, 2005, *La historia cultural. Autores, obras y lugares*, Akal, Tres Cantos.
- Serrano Muñoz, Lucía y Rodríguez Herranz, Rosa, 2005, «El concepto de matriarcado: una revisión crítica», *ArqueoWeb* 7/2, s. p.
- Seton-Watson, Hugh, 1982, *Nations and States: An Enquiry into the Origins of Nations and the Politics of Nationalism*, Methuen, London.
- Settis, Salvatore et al., 2010, *Warburg continuatus: descripción de una biblioteca*, La Central, Barcelona.
- Shaw, Brent D., 1982, «“Eaters of Flesh, Drinkers of Milk”: The Ancient Mediterranean Ideology of the Pastoral Nomad», *Ancient Society* 13-14, 5-32.
- 1984, «Bandits in the Roman Empire», *Past and Present* 105, 3-52.
- Shivers, George, 1970, «La historicidad de El cerco de Numancia de Miguel de Cervantes Saavedra», *Hispanófila* 39, 1-14.
- Shore, Cris, 2000, *Building Europe: The Cultural Politics of European Integration*, Routledge, London-New York.
- Sierra de Cózar, Ángel, 2012, *Tito Livio*, Gredos, Madrid.
- Sierra Martín, César, 2012, «Anthropos kai kosmos: Diodoro Sículo y la etnografía clásica», *Maia* 64/3, 445-458.
- Signes, Juan, 2005, *Antiquae lectiones: el legado clásico desde la antigüedad hasta la Revolución francesa*, Cátedra, Madrid.
- Siles, Jaime, 1981, «Mayans y la epigrafía ibérica», en AAVV, *Mayans y la ilustración (Simposio Internacional en el Bicentenario de la Muerte de Gregorio Mayans, Valencia - Oliva, 30 sept. - 2. oct. 1981)*, Ayuntamiento de Oliva, Valencia, 363-378.
- Silva, Luis, 2013, *Viriatius and the Lusitanian Resistance to Rome 155-139 BC*, Pen & Sword Military, Barnsley.
- Silva Reneses, Luis, 2016, «Embajadas, rendiciones y tratados: los traslados de ligures apuanos y lusitanos (s. II a. C.)», *Ktèma* 41, 191-210.
- Silva Tena, Teresa, 1967, «El sacrificio humano en la Apologética histórica», *Historia Mexicana* 16/3, 341-357.
- Simerka, Barbara, 1998, «“That the Rulers Should Sleep Without Bad Dreams”: Anti-Epic Discourse in La Numancia and Arauco Domado», *Cervantes* 18/1, 46-70.

- 2003, *Discourses of Empire: Counter-Epic Literature in Early Modern Spain*, Pennsylvania State University Press, University Park.
- 2004, «Dramatizations of Conquest: the Imperial Plays of Rojas Zorrilla and González de Bustos», *Bulletin of Hispanic Studies* 81/1, 5-23.
- Simonetti, A., 1983, «Sacrifici umani e uccisioni rituali nel mondo fenicio-punico. Il contributo delle fonti letterarie classiche», *Rivista di studi fenici* 11, 91-111.
- Sims-Williams, Patrick, 2016, «The Location of the Celts According to Hecateus, Herodotus, and Other Greek Writers», *Études Celtiques* 42, 7-32.
- Skarsten, Roger Christian, 2012, *Singing Arminius, Imagining a German Nation: Narratives of the Liberator Germaniae in Early Modern Europe*, University of Minnesota.
- Skey, Michael y Antonsich, Marco (eds.), 2017, *Everyday Nationhood: Theorising Culture, Identity and Belonging after Banal Nationalism*, Palgrave Macmillan, London.
- Skinner, Joseph E., 2012, *The Invention of Greek Ethnography: From Homer to Herodotus*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- Smiles, Sam, 1994, *The Image of Antiquity: Ancient Britain and the Romantic Imagination*, Yale University Press, New Haven-London.
- Smith, Anthony D., 1998, *Nationalism and Modernism: A Critical Survey of Recent Theories of Nations and Nationalism*, Routledge, London-New York.
- 1999, *Myths and Memories of the Nation*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- 2001, *Nationalism: Theory, Ideology, History*, Polity Press, Malden.
- 2004, *The Antiquity of Nations*, Polity Press, Cambridge-Malden.
- 2009, *Ethno-Symbolism and Nationalism: A Cultural Approach*, Routledge, London.
- Smith, Christopher John y Yarrow, Liv Mariah (eds.), 2012, *Imperialism, Cultural Politics, and Polybius*, Oxford University Press, Oxford.
- Sobaler Seco, María de los Angeles, 1998, *La oligarquía soriana en el marco institucional de los «Doce Linajes» (Siglos XVI y XVII)*, Tesis Doctoral, Universidad de Valladolid, Valladolid.
- Sobrequès Vidal, Santiago, 2006 [1951], *Joan Margarit i Pau: la tràgica fi de l'Edat Mitjana a Catalunya*, Editorial Base, Barcelona.
- Socas, Francisco, 2011, *Antología latina. Repertorio de poemas extraído de códices y libros impresos*, Gredos, Madrid.
- Sopeña Genzor, Gabriel, 1995, *Ética y ritual: aproximación al estudio de la religiosidad de los pueblos celtibéricos*, Institución «Fernando el Católico»-Universidad de Zaragoza, Zaragoza.
- 2008, «Acerca de la amputación de la mano diestra como práctica simbólica: el caso de Hispania en época de las guerras celtibérico-lusitanas», *Salduie* 8, 271-286.
- 2010, «La ideología de la muerte en el ámbito celtibérico: evidencias rituales y nuevas perspectivas», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *Ritos y mitos: actas del VI Simposio sobre Celtiberos (Daroca, del 26 al 29 de noviembre de 2008)*, Centro de Estudios Celtibéricos Segeda, Mara, 245-271.
- Sopeña Genzor, Gabriel y Ramón Palerm, Vicente, 1994, «El anonimato de un dios de los celtiberos: aportaciones críticas en torno a Estrabón III, 4, 16», *Studia Historica. Historia Antigua* 12, 21-34.
- 2002, «Claudio Eliano y el funeral descarnatorio en Celtiberia: reflexiones críticas a propósito de Sobre la naturaleza de los animales, X, 22», *Palaeohispánica* 2, 227-269.
- 2006, «Apiano, los vacceos y la verosimilitud en la historia retórica: precisiones sobre Iberiké 51-54», *Palaeohispánica* 6, 225-236.
- 2014, «Enfermos expuestos en los caminos del Norte. Estrabón III, 3, 7-8», en Duplá Ansuategui, Antonio et al. (eds.), *Miscelánea de estudios en homenaje a Guillermo Fatás Cabeza*, Institución «Fernando el Católico», Zaragoza, 669-674.

- Soriano Sancha, Guillermo, 2013, *Tradición clásica en la Edad Moderna: Quintiliano y la cultura del humanismo*, Instituto de Estudios Riojanos-Ayuntamiento de Calahorra, Logroño.
- Spellmeyer, Kurt, 2003, *Arts of Living: Reinventing the Humanities for the Twenty-First Century*, State University of New York Press, Albany.
- Spivak, Gayatri Chakravorty, 2010 [1999], *Crítica de la razón poscolonial: hacia una historia del presente evanescente*, Akal, Tres Cantos.
- Stadter, Philip A., 1965, *Plutarch's Historical Methods: An Analysis of the Mulierum Virtutes*, Harvard University Press, Cambridge.
- Starks, John H., 1999, «Fides Aeneia: The Transference of Punic Stereotypes in the Aeneid», *Classical Journal* 94/3, 255-283.
- Stenhouse, William, 2005, *Reading Inscriptions and Writing Ancient History: Historical Scholarship in the Late Renaissance*, Institute of Classical Studies, School of Advanced Study, University of London, London.
- Stephens, Walter, 1984, «The Etruscans and the Ancient Theology in Annius of Viterbo», en Brezzi, Paolo y Panizza Lorch, Maristella de (eds.), *Umanesimo a Roma nel Quattrocento: [atti del Convegno su Umanesimo a Roma nel Quattrocento, New York 1-4 dicembre 1981]*, Istituto di Studi Romani, Roma, 309-322.
- 1989, *Giants in Those Days: Folklore, Ancient History, and Nationalism*, University of Nebraska Press, Lincoln.
- 2004, «When Pope Noah Ruled the Etruscans: Annius of Viterbo and His Forged “Antiquities”», *Modern Language Notes* 119/1, 201-223.
- 2011a, «The Antiquities of Annius of Viterbo: A Misinterpreted Genealogical Forgery», *Revista de Historiografía* 15, 56-63.
- 2011b, «Complex Pseudonymity: Annius of Viterbo's Multiple Persona Disorder», *Modern Language Notes* 126/4, 689-708.
- 2013, «From Berossos to Berosus Chaldaeus: The Forgeries of Annius of Viterbo and Their Fortune», en Haubold, Johannes et al. (eds.), *The world of Berossos (proceedings of the 4th International Colloquium on «The ancient Near East between classical and ancient oriental traditions», Hatfield College, Durham 7th-9th July 2010)*, Harrassowitz, Wiesbaden.
- Sterckx, Claude, 2005, *Les mutilations des ennemis chez les Celtes préchrétiens: la tête, les seins, le graal*, Harmattan, París.
- Stiegler, Brian N., 1996, «The Coming of the New Jerusalem: Apocalyptic Vision in Cervantes' La Numancia», *Neophilologus* 80/4, 569-581.
- Stiffoni, Giovanni, 1989, *Verità della storia e ragioni del potere nella Spagna del primo '700*, Franco Angeli, Milano.
- Stocks, Claire, 2014, *The Roman Hannibal: Remembering the Enemy in Silius Italicus' Punica*, Liverpool University Press, Liverpool.
- Strobel, Karl, 2009, «The Galatians in the Roman Empire. Historical Tradition and Ethnic Identity in Hellenistic and Roman Asia Minor», en Derks, Ton y Roymans, Nico (eds.), *Ethnic Constructs in Antiquity: the Role of Power and Tradition*, Amsterdam University Press, Amsterdam.
- Stroud, Matthew D., 1981, «La Numancia como acto secular», en Criado de Val, Manuel (ed.), *Cervantes, su obra y su mundo (actas del I Congreso Internacional sobre Cervantes)*, EDI-6, Madrid, 303-307.
- Stroumsa, Guy, 2010, *A New Science: The Discovery of Religion in the Age of Reason*, Harvard University Press, Cambridge.
- Sulimani, Iris, 2011, *Diodorus' Mythistory and the Pagan Mission: Historiography and Culture-Heroes in the First Pentad of the Bibliothēke*, Brill, Leiden-Boston.

- Sulzer, Alessandra Balco, 2009, «*For the Glory of the Nation*»: *The Reception of Graeco-Roman Antiquities in Eighteenth-Century Spain*, Tesis Doctoral, University of Oxford, Oxford.
- Summerfield, Thea, 2011, «Filling the Gap: Brutus in the Historia Brittonum, Anglo-Saxon MS F and Geoffrey of Monmouth», en Kooper, Erik y Levelt, Sjoerd (eds.), *The Medieval Chronicle VII*, Rodopi, Amsterdam, 85-102.
- Tabernero Galán, Carlos et al., 1999, «Reconstrucción ambiental y dieta de los numantinos», en Burillo Mozota, Francisco (ed.), *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía (Daroca, del 25 al 27 de septiembre de 1997)*, Institución «Fernando el Católico»-Diputación Provincial de Zaragoza, Zaragoza, 481-488.
- Taibo Arias, Carlos, 2014, *Sobre el nacionalismo español*, Los Libros de la Catarata, Madrid.
- Tanner, Marie, 1993, *The Last Descendant of Aeneas: The Hapsburgs and the Mythic Image of the Emperor*, Yale University Press, New Haven.
- Tapia, Rodrigo de (ed.), 1784, *Viage al Parnaso, compuesto por Miguel de Cervantes Saavedra*, Antonio de Sancha, Madrid.
- Taracena Aguirre, Blas, 1943, «Cabezas-trofeo en la España céltica», *Archivo Español de Arqueología* 16, 157-171.
- Tárraga Baldó, María Luisa, 1996, «Los relieves labrados para las sobrepuestas de la Galería principal del Palacio Real», *Archivo Español de Arte* 69/273, 45-67.
- Tate, Robert Brian, 1954, «Mythology in Spanish Historiography of the Middle Ages and the Renaissance», *Hispanic Review* 22/1, 1-18.
- 1956, *Joan Margarit i Pau, Cardinal-Bishop of Gerona: A Biographical Study*, Manchester University Press, Manchester.
- 1957, «Nebrija the Historian», *Bulletin of Hispanic Studies* 34/3, 125.
- 1960, «Rodrigo Sánchez de Arévalo (1404-1470) and his 'Compendiosa Historia Hispanica'», *Nottingham Medieval Studies* 4, 58-80.
- 1970, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, (traducido por Díaz, Jesús) Gredos, Madrid.
- 1976, *Joan Margarit i Pau: cardenal i bisbe de Girona: la seva vida i les seves obres*, (traducido por Lloret, Teresa) Curiel, Barcelona.
- 1989, «Alfonso de Palencia and His Antigüedades de España», *Bulletin of Hispanic Studies* 66/1, 193-196.
- 1992, «Sancho de Nebrija y su antología historiográfica», *Insula* 551, 17-19.
- Telman, D. A. Jeremy, 2007, «Georg Iggers and the Challenge of a Post-Structuralist Historiography», en Wang, Q. Edward y Fillafer, Franz L. (eds.), *The many faces of Clío: cross-cultural approaches to historiography (essays in honor of Georg G. Iggers)*, Berghahn Books, New York, 145-162.
- Thiel, Johannes Hendrik, 1994 [1943], «Punica Fides», en Wallinga, Herman Tammo (ed.), *Studies in ancient history*, J.C. Gieben, Amsterdam, 129-150.
- Thollard, Patrick, 1987, *Barbarie et civilisation chez Strabon: étude critique des livres III et IV de la Géographie*, Belles Lettres, Paris.
- Thomas, Jean-François, 2001, «Le thème de la perfidie carthaginoise dans l'œuvre de Silius Italicus», *Vita Latina* 161/1, 2-14.
- Tierney, James J., 1960, *The Celtic Ethnography of Posidonius*, Hodges, Figgis and Co., Dublin.
- Tigerstedt, Eugène Napoleon, 1964, «Ioannes Annius and Graecia Mendax», en Henderson, Charles (ed.), *Classical, mediaeval, and Renaissance studies in honor of Berthold Louis Ullman*, Edizioni di Storia e Letteratura, Roma, 292-310.
- 1965, *The Legend of Sparta in Classical Antiquity*, Almqvist & Wiksell, Stockholm.
- Timoneda, Joan, 1573, *Rosa gentil. Tercera parte de Romances que tratan hystorias romanas y troyanas*, Joan Timoneda, Valencia.

- Tipping, Ben, 2011, *Exemplary Epic Silius Italicus' Punica*, Oxford University Press, Oxford.
- Todorov, Tzvetan, 2010, *La conquista de América: el problema del otro*, Siglo XXI, Madrid.
- 2014 [2008], *El miedo a los bárbaros. Más allá del choque de civilizaciones*, Galaxia Gutenberg-Círculo de Lectores, Barcelona.
- Tomé Martín, Pedro, 1999, «¿Están locos estos romanos? Relaciones entre el cómic y los contextos culturales», *Revista de Antropología Social* 8, 57-80.
- Tomic, Pere, 1438, «Histories e conquestes dels excellentissims e Catholics Reys de Aragó e de lurs antecessors los Comtes de Barçelona [manuscrito]», s. l.
- Torre Echávarri, José Ignacio de la, 2002, «El pasado y la identidad española, el caso de Numancia», *Arqueoweb. Revista sobre Arqueología en Internet* 4/1, 1-32.
- 2017, «Plumas, cinceles y pinceles: la construcción de la imagen de Numancia», en AAVV, *Numancia eterna, 2150 aniversario: la memoria de un símbolo*, Junta de Castilla y León, Salamanca, 251-274.
- Torrecilla, Jesús, 2008, «Neoclasicismo y patriotismo en la “Numancia destruida”, de López de Ayala», *Dieciocho* 31/1, 45-64.
- Torregaray Pagola, Elena, 1998, *La elaboración de la tradición sobre los Cornelii Scipiones: pasado histórico y conformación simbólica*, Institución «Fernando el Católico»-CSIC-Diputación de Zaragoza, Zaragoza.
- 2002, «Contribución al estudio de la memoria como instrumento en historia antigua: la transmisión de la memoria de los Cornelii Scipiones», *Latomus* 61/2, 295-311.
- 2003, «Estrategias gentilicias y simbolismo geopolítico en la narración polibiana de la conquista de la Península Ibérica», en Santos Yanguas, Juan y Torregaray Pagola, Elena (eds.), *Polibio y la península ibérica (actas del Coloquio de Vitoria-Gasteiz, 20 a 21 de Noviembre de 2000)*, Universidad del País Vasco, Vitoria-Gasteiz, 245-278.
- 2004, «Construcción historiográfica y proyección iconográfica de la representación política de la Hispania romana», en Candau Morón, José Ma et al. (eds.), *Historia y mito. El pasado legendario como fuente de autoridad (actas del simposio internacional celebrado en Sevilla, Valverde del Camino y Huelva entre el 22 y el 25 de abril de 2003)*, Diputación de Málaga, Málaga, 297-326.
- 2005, «Realidad histórica y elaboración retórica en los exempla hispanos de Valerio Máximo», en Troiani, Lucio y Zecchini, Giuseppe (eds.), *Cultura storica nei primi due secoli dell'impero romano (Milano, 3-5 giugno 2004)*, L'Erma di Bretschneider, Roma, 77-98.
- Torrens Álvarez, María Jesús, 2007, «El quehacer historiador de Ambrosio de Morales: algo más sobre sus fuentes y materiales de trabajo», en González de la Peña, María del Val (ed.), *Estudios en memoria del profesor Dr. Carlos Sáez. Homenaje*, Universidad de Alcalá, Alcalá de Henares, 513-525.
- Torrente Fernández, María Isabel, 2002, «Goticismo astur e ideología política», en AAVV, *La época de la monarquía asturiana (actas del simposio celebrado en Covadonga, 8-10 de octubre de 2001)*, Real Instituto de Estudios Asturianos, Oviedo, 295-316.
- Torres Esbarranch, Juan José (ed.), 2004, *Diodoro de Sicilia. Biblioteca Histórica. Libros IV-VIII*, Gredos, Madrid.
- Torres Rodríguez, Casimiro, 1985, *Paulo Orosio, su vida y sus obras*, Fundación «Pedro Barrié de la Maza Conde de Fenosa», A Coruña.
- Tovar Paz, Francisco Javier, 1996-2003, «En torno a las destrucciones de Sagunto y Numancia: las percepciones historiográficas latinas de época imperial», *Norba* 16, 181-190.
- Trigger, Bruce G., 1989, *A History of Archaeological Thought*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Triviño, José María, 1955, «Indíbil. Un reyezuelo ibérico en la encrucijada de dos imperialismos», *Cuadernos de Historia de España* 23-24, 268-306.

- Tucker, Aviezer (ed.), 2009, *A Companion to the Philosophy of History and Historiography*, Wiley-Blackwell, Chichester-Malden.
- Tupet, Anne-Marie, 1980, «Le serment d'Hannibal chez Silius Italicus», *Bulletin de l'Association Guillaume Budé* 1/2, 186-193.
- Tutor y Malo, Pedro, 1690, *Compendio historial de las dos Numancias [...]*, Oficina de Francisco García, Alcalá de Henares.
- Usener, Hermann, 1896, *Götternamen: Versuch einer Lehre von der religiösen Begriffsbildung*, F. Cohen.
- Utrilla Utrilla, Juan F., 2004, «Historia y ficción en las crónicas aragonesas: cronistas y propagandista política en la Edad Media», *Aragón en la Edad Media* 18, 83-116.
- Valdalisio Casanova, Covadonga, 2016, «Los autores de la Suma de crónicas de Pablo García de Santa María. Singularidad, transmisión y resiliencia en la historiografía bajomedieval.», *eHumanista/Conversos* 4, 212-232.
- Valenzuela Matus, Carolina Andrea, 2013, «La búsqueda de emblemas nacionales en la novela histórica: los casos de Viriato y Lautaro», *Revista de Historiografía* 18, 52-60.
- 2014a, *El legado clásico en cronistas y evangelizadores del siglo XVI americano*, Tesis Doctoral, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid.
- 2014b, «Antigüedad grecorromana en las Indias: los sacrificios humanos desde una visión clásica», *Bicentenario* 13/2.
- 2016, *Grecia y Roma en el Nuevo Mundo: la recepción de la antigüedad clásica en cronistas y evangelizadores del siglo XVI americano*, Rubeo, Barcelona.
- 2017, «Una voz crítica en la Indias: el uso de la Antigüedad en los discursos de Bartolomé de las Casas», en Aguilera Durán, Tomás et al. (eds.), *Discursos alternativos en la recepción de la Antigüedad*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid, 61-73.
- Valera, Diego de, 1482, *Cronica de España*, Alonso del Puerto, Sevilla.
- Vallejo Girvés, Margarita, 1994, «El recurso de Roma al bandidaje hispano», *Espacio, tiempo y forma. Serie II, Historia antigua* 7, 165-173.
- Van Hooff, Anton J. L., 1988, «Ancient Robbers. Reflections Behind the Facts», *Ancient Society* 19, 105-124.
- 1990, *From Autothanasia to Suicide: Self-Killing in Classical Antiquity*, Routledge, London-New York.
- Vara Donado, José (ed.), 1997, *Flavio Josefo. Antigüedades judías*, 2 vols., Akal, Torrejón de Ardoz.
- Varela Hervías, Eulogio, 1968, «Francisco Fabro de Bremundans (1621-1698)», en *Conferencias leídas en los días 2, 9, 16 y 23 de mayo con motivo de la conmemoración del cincuentenario de la Hemeroteca Municipal: (1918-1968)*, Ayuntamiento de Madrid, Madrid, 31-54.
- Vázquez Varela, José Manuel, 1986, «Dieta real y dieta imaginaria», en Bermejo Barrera, José Carlos, *Mitología y mitos de la Hispania Prerromana II*, Akal, Madrid, 231-239.
- Vega Blázquez, Miguel, 2012, «El rastro de Himilce», en Congreso de Historia de Linares (ed.), *I Congreso de Historia de Linares: Linares, abril de 2008*, Centro de Estudios Linarenses, Linares, 65-71.
- Vega Carpio, Lope de, 1598, *Arcadia, prosas, y versos*, Luis Sanchez, Madrid.
- Vela Tejada, José (ed.), 1991, *Eneas el táctico. Poliercética. Polieno. Estratagemas*, Gredos, Madrid.
- Velázquez de Angulo y Cruzado, Luis Joseph, 1752, *Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas, que se encuentran en las mas antiguas medallas y monumentos de España*, Oficina de Antonio Sanz, Madrid.
- 1759, *Anales de la nación española desde el tiempo mas remoto hasta la entrada de los romanos [...]*, Martínez de Aguilar, Málaga.

- 1765, *Noticia del viage de España y de una nueva Historia General de la Nación desde el tiempo más remoto hasta el año 1516*, Oficina de D. Gabriel Ramirez, Madrid.
- Velázquez Soriano, Isabel y Ripoll López, Gisela (eds.), 2015, «Isidore de Séville et son temps [Número Especial]», *Antiquité Tardive* 23.
- Veliz, Romina et al., 2010, «En boca de todos: apuntes para divulgar historia», *Interface: a journal for and about social movements* 2/1, 334-380.
- Vellón Lahoz, Javier, 1990, «Manuel Vidal i Salvador: el intelectual valenciano y la corte de los austrias. Un modelo de cultura centripeta», *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura* 56/2, 241-248.
- Vessey, David, 1974, «Silius Italicus on the Fall of Saguntum», *Classical Philology* 69/1, 28-36.
- Viallaneix, Paul y Ehrard, Jean (eds.), 1982, *Nos ancêtres les Gaulois (actes du colloque international de Clermont-Ferrand)*, Faculté des lettres et sciences humaines, Clermont-Ferrand.
- Vicent López, Ignacio M., 2000, «El discurso de la fidelidad durante la Guerra de Sucesión», *Espacio Tiempo y Forma. Serie IV, Historia Moderna* 13, 61-82.
- Vickery, Paul S., 2006, *Bartolomé de Las Casas: Great Prophet of the Americas*, Paulist Press, New York.
- Vidal Beltrán, Eliseo (ed.), 1982, *Abū 'Ubayd al-Bakrī. Geografía de España (Kitāb al-Masālik wa-l-mamālik)*, Anubar-Instituto Hispano-Árabe de Cultura, Zaragoza.
- Vidal, José Luis et al. (eds.), 1990, *P. Virgilio Marón. Bucólicas. Geórgicas*, Gredos, Madrid.
- Vidal, Silvina Paula, 2010, «Los teóricos españoles de la historia: Luis Cabrera de Córdoba (1599-1623)», *Anuario del Centro de Estudios Históricos Prof. Carlos S. A. Segreti* 10, 325-342.
- Vidal y López, Manuel, 1953, «Pedro Antonio Beuter y su “Crónica General de toda España”», *Saitabi* 9/39-42, 47-53.
- Vigo Trascancos, Alfredo, 2010, «Tras las huellas de Hércules. La “Estoria de Espanna”, la Torre de “Crunna” y el Pórtico de la Gloria», *Quintana* 9, 217-233.
- Vilà, Lara, 2001, *Épica e imperio. Imitación virgiliana y propaganda política en la épica española del siglo XVI*, Tesis Doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- 2007, «Los poemas de la “fundación” nacional. La épica del siglo XVII y la idea de imperio», *Conceptos* 4, 53-67.
- Vilallonga Vives, Mariàngela et al. (eds.), 2008, *El cardenal Margarit i l'Europa quatrecentista (actes del Simposi Internacional Universitat de Girona, 14-17 de novembre 2006)*, L'Erma di Bretschneider, Roma.
- Vilar, Pierre, 2001 [1992], *Pensar la historia*, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, México D.F.
- 2015 [1997], *Pensar históricamente: reflexiones y recuerdos*, Crítica, Barcelona.
- Vilariño Rodríguez, José Javier, 2011, «La Península Ibérica y los héroes griegos en la obra estraboniana», *Studia Historica. Historia Antigua* 29, 183-196.
- Villa Prieto, Josué, 2010, «La ideología goticista en los prehumanistas castellanos: Alonso de Cartagena y Rodrigo Sánchez de Arévalo. Sus consideraciones sobre la unidad hispanovisigoda y el reino astur-leonés», *Territorio, Sociedad y Poder* 5, 123-145.
- 2015a, «Los mitos fundacionales de las naciones en las crónicas generales del siglo XV: entre el pasaje bíblico y la leyenda griega», *Roda da Fortuna* 4/1, 211-239.
- 2015b, «La escritura de la Historia en la Baja Edad Media: deseo racional versus propaganda política. La mentalidad de los cronistas», *Historiografías* 10, 65-84.
- Villalba Álvarez, Joaquín (ed.), 2005, *Silio Itálico. La Guerra Púnica*, Akal, Tres Cantos.
- Villar Vidal, José Antonio (ed.), 1990, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros VIII-X*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1993a, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXVI-XXX*, Gredos, Madrid.

- (ed.) 1993b, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXI-XXXV*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1993c, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXXVI-XL*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1993d, *Tito Livio. Historia de Roma desde su fundación. Libros XXI-XXV*, Gredos, Madrid.
- (ed.) 1995, *Tito Livio. Periocas. Periocas de Oxirrinco. Fragmentos. Julio Obsecuente. Libro de los prodigios*, Gredos, Madrid.
- Villard, Pierre, 1990, «Les barbares et la boisson», en Chevallier, Raymond (ed.), *Archéologie de la vigne et du vin (actes du colloque, 28-29 mai 1988)*, De Boccard, Paris, 247-252.
- Villaronga Garriga, Leandre y Benages i Olivé, Jaume, 2011, *Ancient Coinage of the Iberian Peninsula: Greek, Punic, Iberian, Roman = Les monedes de l'Edat Antiga a la Península Ibèrica*, Societat Catalana d'Estudis Numismàtics-Institut d'Estudis Catalans, Barcelona.
- Villarroel González, Óscar, 2016, «Autoridad, legitimidad y honor en la diplomacia: los conflictos anglo-castellanos en los concilios del siglo XV», *Espacio Tiempo y Forma. Serie III, Historia Medieval* 29, 777-813.
- Vindel Pérez, Ingrid (ed.), 2016a, *Crónica de 1344, edición y estudio*, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- 2016b, «Primera redacción de la Crónica de 1344: texto, contenido y fuentes», *e-Spania* 25, s. p.
- Vivar, Francisco, 2000, «El ideal pro patria mori en La Numancia de Cervantes», *Cervantes: Bulletin of the Cervantes Society of America* 20/2, 7-30.
- 2004, *La Numancia de Cervantes y la memoria de un mito*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Vives Ferrer, Gabriel, 2015, «El fenómeno del bandolerismo como sublevación contra Roma: el caso de Hispania en época republicana», *Antesteria* 4, 187-197.
- Vizcaíno Estevan, Antonio, 2014, *Iberos, públicos y cultura de masas. El pasado ibérico en el imaginario colectivo valenciano*, Tesis Doctoral, Universitat de València, Valencia.
- 2016, «Una dama para la región. La Dama de Elche como símbolo del regionalismo valenciano», *ArqueoWeb* 17, 163-181.
- Vlassopoulos, Kostas, 2013, *Greeks and Barbarians*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Voisin, Jean Louis, 1984a, «Les Romains chasseurs de têtes», en *Du châtimeut dans la cité: supplices corporels et peine de mort dans le monde antique*, École Française de Rome, Roma, 241-293.
- 1984b, «Tite-Live, Capoue et les Bacchanales», *Mélanges de l'École Française de Rome* 96/2, 601-653.
- Vranich, Stanko B., 1980, «La evolución de la poesía de las ruinas en la literatura española de los siglos XVI y XVII», en *Actas del Sexto Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas (Toronto, 22 al 26 de agosto de 1977)*, University of Toronto, Toronto, 765-768.
- 1981, *Los cantores de las ruinas en el Siglo de Oro: antología*, Esquío, Ferrol.
- Walbank, Frank W., 2002, *Polybius, Rome, and the Hellenistic World: Essays and Reflections*, Cambridge University Press, Cambridge-New York.
- Wang, Q. Edward y Fillafer, Franz L. (eds.), 2007, *The Many Faces of Clio: Cross-Cultural Approaches to Historiography (Essays in Honor of Georg G. Iggers)*, Berghahn Books, New York.
- Warburg, Aby, 2005 [1932], *El renacimiento del paganismo: aportaciones a la historia cultural del Renacimiento europeo*, (traducido por Pereda, Felipe) Alianza, Madrid.
- 2010 [2003], *Atlas Mnemosyne*, Akal, Tres Cantos.

- Ward, Aengus, 2003, «Rodrigo Ximénez de Rada: auteur et acteur en Castille à la fin du XIII^e siècle», *Cahiers de Linguistique et de Civilisation Hispaniques Médiévales* 26/1, 283-294.
- (ed.) 2016, *Estoria de Espanna Digital*, University of Birmingham, Birmingham.
- Watson, Lindsay, 2009, «Catullus and the Brothel-Creepers: Carmen 37», *Antichthon* 43, 123-136.
- Weber, David J, 2007 [2005], *Bárbaros: los españoles y sus salvajes en la era de la Ilustración*, (traducido por Chaparro, Alejandra y Noriega, Luis) Crítica, Barcelona.
- Webster, Jane, 1996, «Ethnographic Barbarity: Colonial Discourse and ‘Celtic Warrior Societies’», en Webster, Jane y Cooper, Nicholas J. (eds.), *Roman Imperialism: Post-Colonial Perspectives (Proceedings of a Symposium Held at Leicester University in November 1994)*, University of Leicester, Leicester, 111-123.
- Webster, Jane y Cooper, Nicholas J. (eds.), 1996, *Roman Imperialism: Post-Colonial Perspectives (Proceedings of a Symposium Held at Leicester University in November 1994)*, University of Leicester, Leicester.
- Weiner, Jack, 1997, «La Numancia de Cervantes y la alianza entre Dios e Israel», *Neophilologus* 81/1, 63-70.
- Weiss, Roberto, 1962, «Traccia per una biografia di Annio da Viterbo», *Italia Medioevale e Umanistica* 5, 425-441.
- Welch, Kathryn (ed.), 2015, *Appian's Roman History: Empire and Civil War*, The Classical Press of Wales, Swansea.
- West, David y Woodman, Tony (eds.), 1984, *Poetry and Politics in the Age of Augustus*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Whitby, William M., 1962, «The Sacrifice Theme in Cervantes' “Numancia”», *Hispania: American Association of Teachers of Spanish and Portuguese* 45/2, 205-210.
- White, Hayden, 1992 [1973], *Metahistoria: la imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, (traducido por Mastrangelo, Stella) Fondo de Cultura Económica, México.
- 1992 [1987], *El contenido de la forma. Narrativa discurso y representación histórica*, (traducido por Vigil Rubio, Jorge) Paidós, Barcelona.
- 2003, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, ICE Universidad Autónoma de Barcelona, Barcelona.
- Wiedemann, Thomas, 1986, «Between Men and Beast: Barbarians in Ammianus Marcellinus», en Moxon, Ian S. et al. (eds.), *Past Perspectives: Studies in Greek and Roman Historical Writing (Papers Presented at Leeds, 6-8 April 1983)*, Cambridge University Press, Cambridge, 189-201.
- Wiegels, Rainer y Woesler, Winfried (eds.), 1995, *Arminius und die Varusschlacht: Geschichte-Mythos-Literatur*, Schöningh, Paderborn-München-Wien-Zürich.
- Wikander, Stig, 1966, «Los “Almuiuces” en la primera crónica general», *Boletín de la Asociación Española de Orientalistas* 2, 109-116.
- Williams, Craig A., 1999, *Roman Homosexuality: Ideologies of Masculinity in Classical Antiquity*, Oxford University Press, Oxford.
- Wilson, Diana de Armas, 2000, *Cervantes, the Novel, and the New World*, Oxford University Press, Oxford-New York.
- Winter, Tim, 2015, «Heritage and Nationalism: An Unbreachable Couple?», en Waterton, Emma y Watson, Steve (eds.), *The Palgrave Handbook of Contemporary Heritage Research*, Palgrave Macmillan, 331-345.
- Wit, Theo W. A. de, 2016, «Pro Patria Mori: Sacrificing Life in Service of the Political Community», en Duyndam, Joachim (ed.), *Sacrifice in Modernity: Community, Ritual, Identity*, , 33-53.
- Wolf, Eric H., 2009 [1982], *Europa y la gente sin historia*, (traducido por Bárcenas, Agustín) Fondo de Cultura Económica, México.

- Woolf, Greg, 2011, *Tales of the Barbarians: Ethnography and Empire in the Roman West*, Wiley-Blackwell, Chichester-Malden.
- 2013, «Ethnography and the Gods in Tacitus' Germania», en Almagor, Eran y Skinner, Joseph (eds.), *Ancient Ethnography: New Approaches*, Bloomsbury Academic, London, 133-152.
- Wright, Elizabeth R., 2001, *Pilgrimage to Patronage: Lope de Vega and the Court of Philip III, 1598-1621*, Bucknell University Press, Lewisburg.
- Wulff Alonso, Fernando, 2003, *Las esencias patrias: historiografía e historia antigua en la construcción de la identidad española (siglos XVI-XX)*, Crítica, Barcelona.
- 2005, «Identidades, historiografía, un nuevo internacionalismo sin naciones», *Historia Actual Online* 6, 155-168.
- 2007, «¿Unidos contra Roma? Notas historiográficas sobre identidades europeas y Mundo antiguo a partir del caso español», *Revista de historiografía* 6, 14-29.
- 2017, «El fruto de tres nacionalismos hispanos», *La Vanguardia*, 3 de de noviembre de 2017.
- Wulff Alonso, Fernando y Álvarez Martí-Aguilar, Manuel (eds.), 2003, *Antigüedad y franquismo (1936-1975)*, Diputación de Málaga, Málaga.
- Young, James O. y Brunk, Conrad G., 2009, *The Ethics of Cultural Appropriation*, Wiley-Blackwell, Chichester-Malden.
- Zamora, Lorenzo de, 1589, *Primera parte de la historia de Sagvnto, Numancia y Carthago*, Iuan Iñiguez de Lequerica, Alcalá de Henares.
- Zancan, Paola, 1942, *Floro e Livio*, CEDAM, Padova.
- Zanker, Paul, 1992 [1988], *Augusto y el poder de las imágenes*, (traducido por Diener Ojeda, Pablo) Alianza, Madrid.
- Zavala y Zamora, Gaspar, 1800 [1787], *La destrucción de Sagunto: comedia nueva en tres actos*, Imprenta de Ruiz, Madrid.
- Žižek, Slavoj, 1998, «Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional», en Jameson, Fredric, Žižek, Slavoj, *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Paidós, Buenos Aires, 137-188.
- Zurita y Castro, Jerónimo (ed.), 1600, *Itinerarium Antonini Augusti [...]*, Officina Birckmannica, Colonia Agrippinae.

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Denario de Aulo Postumio Albino, 81 a. e. c. (<i>RRC</i> 372.2).	100
Figura 2. Denario de Julio César, 45 a. e. c. (<i>RRC</i> 468).	102
Figura 3. Quinario y denario de Publio Carisio con trofeo hispano, Emerita Augusta, 25-23 a. e. c. (<i>RIC</i> I ² Augustus 1a y <i>RIC</i> I ² Augustus 5).	103
Figura 4. Bloque arquitectónico del Foro augusteo de Tarraco con representación de un bárbaro.	105
Figura 5. Trofeo augusteo de Saint-Bertrand-de-Comminges (Haute-Garonne, Francia), 13-10 a.e.c., reconstrucción del trofeo y personificación de Hispania (Les Olivétains, Conseil Départemental de la Haute-Garonne, Saint-Bertrand-de-Comminges).	105
Figura 6. Extracto de la Guerra de Aníbal en la <i>Cronica</i> de Heredia (BNE MSS/10133, fol. CXXVIIIr).	138
Figura 7. Primera página del manuscrito de <i>El cerco de Numancia</i> de Cervantes, ca. 1590-1596 (BNE MSS/15000).	216
Figura 8. Xilografía con la personificación de Hispania, de la <i>Coronica</i> de Morales (1574, VIv).	217
Figura 9. «Presa de Sagunto», xilografía de la <i>Coronica</i> de Beuter (1546, XLVIv).	229
Figura 10. Portada de <i>La Numantina</i> de Mosquera de Barnuevo (1612).	231
Figura 11. «Arco de Bar» (Bará), fragmento de la ejecución de los ilergetes con xilografía en la <i>Coronica</i> de Beuter (1546. LXVv).	249
Figura 12. Página dedicada a Telongo Bachio en la <i>Cronica</i> de Ocampo (1543, CCXXXIIr).	252
Figura 13. <i>El sitio de Sagunto</i> y <i>El sitio de Numancia</i> , medallones para la Galería principal del Palacio Real de Madrid, de Juan de Villanueva y Antonio Valeriano, respectivamente, ca. 1753-1761 (mármol, 84 x 120 y 85 x 125 cm., Museo del Prado, E000472 y E000461).	296
Figura 14. <i>La destrucción de Numancia</i> , de José de Madrazo, 1807 y 1835-1859, modellino (lápiz, carboncillo, pluma y albayalde sobre papel, 40,5 x 56 cm., Museo del Prado, D06771), boceto (óleo sobre lienzo, 50 x 87,5 cm., colección particular, Asturias) y pintura (óleo sobre lienzo, 460 x 814 cm., Museo del Prado, P7225).	303
Figura 15. «Sagunto destruida», grabado de Blanco y Assensio sobre el diseño de López Enguádanos, para la adaptación española del <i>Compendio</i> de Anquetil (1806, 30).	332
Figura 16. Medalla de plata de 1789 del Ayuntamiento de Soria con motivo de la coronación de Carlos IV, firmada por Martínez y elaborada en la Real Fábrica de Platería.	334
Figura 17. Plano de Numancia levantado por Loperráez y publicado en su <i>Descripcion histórica del Obispado de Osma</i> (1788, tomo 2, 282).	335

Figura 18. <i>Toma de Numancia</i> , de Antonio Guerrero, 1802 (óleo sobre lienzo, 135 x 178 cm., Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 0240).	339
Figura 19. «Irrupción de los cartaginenses», grabado de Blanco y Assensio sobre el diseño de López Enguñados, para la adaptación española del <i>Compendio</i> de Anquetil (1806, 16).	379
Figura 20. Miniatura de la <i>Estoria</i> de Alfonso X, que representa un monumento levantado por Hércules donde Julio César fundaría Sevilla (El, mss. Y.1.2 de El Escorial, fol. 5r).	386
Figura 21. «Seys grandes cloacas en Valencia», xilografía de la <i>Coronica</i> de Pere Beuter (1546, LIVv).	395
Figura 22. Grabado firmado por Moreno del <i>Ensayo sobre los alfabetos de las letras desconocidas</i> de Valdeflores (Velázquez de Angulo y Cruzado 1752, 163).	423
Figura 23. <i>La muerte de Viriato</i> , jefe de los lusitanos, de José de Madrazo, 1807, modellino (aguada, albayalde, pluma, lápiz y tinta parda sobre papel verjurado ahuesado, 42,2 x 56,5 cm., Museo del Prado, D06774) y pintura (óleo sobre lienzo, 307 x 462 cm., Museo del Prado, P04469).	432
Figura 24. <i>Las exequias de Viriato</i> , de José de Madrazo, 1807 (modellino de aguada y lápiz sobre papel verjurado, 48,5 x 69 cm., Museo del Prado, D06748).	433
Figura 25. «El valiente lusitano», grabado de Garrido sobre el diseño de López Enguñados, para la adaptación española del <i>Compendio</i> de Anquetil (1806, 96).	477
Figura 26. Grabado de un hondero balear, un jinete hispano y monedas de Carisio y Venipo, en la <i>Historia</i> de Marín (1776, lám. 1, n. 1).	482
Figura 27. Áureo con la tipología del juramento, Roma, 225-214 a. e. c. (<i>RRC</i> 29.1) y dracma con la adaptación del mismo icono, Hispania, 218-209 a. e. c. (<i>ACIP</i> 537).	525
Figura 28. Denario de Marco Poblacio y tres denarios de Minatio Sabino con personificaciones de Hispania, acuñadas en Hispania, 46-45 a. e. c. (<i>RRC</i> 469, 470.1a, 470.1b y 470.1c).	526
Figura 29. Denarios y un as de Galba con variantes de la personificación de Hispania fidelis, Tarraco (dos primeras), Vindobona (tercera) y Roma (dos últimas), 68-69 e. c. (<i>RIC</i> I2 Galba 1, 15, 19, 86, 190 y 476).	527
Figura 30. Áureo de Vitelio con el tipo Consensus Hispaniarum, Tarraco, 69 e. c. y denario de Vespasiano con personificación de Hispania, Tarraco, 69-70 e. c. (<i>RIC</i> I2 Vespasian 1296).	528
Figura 31. «Mancino», grabado de Garrido sobre el diseño de López Enguñados, para la adaptación española del <i>Compendio</i> de Anquetil (1806, 110).	543
Figura 32. «Viriato arrojándose de la torre», grabado de José Joaquín Fabregat sobre el diseño de Manuel de la Cruz para la publicación <i>Viage al Parnaso</i> , de Miguel de Cervantes (Tapia 1784, 155).	603
Figura 33. <i>La destrucción de Numancia</i> , de Juan Antonio Ribera, 1802 (óleo sobre lienzo, 131 x 166 cm., Museo de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 0396).	608

ÍNDICE DE NOMBRES

A

Abd al-Malik b. Ḥabīb, 144
 Abd al-Raḥmān I, 179
 Abd al-Raḥmān II, 144
 Abd al-Raḥmān III, 179, 466
 Abilix, 516, 517
 Abū Marwān Ibn Ḥayyān, 148, 152, 162, 177, 178, 179, 463, 464, 465, 466
 Adriano, 114, 317, 344, 430, 528
 Afranio, Lucio, 590
 Agripa, Marco Vipsanio, 107, 244
 Agustín de Hipona, 65, 120, 164, 411, 422, 565, 597
 Agustín, Antonio, 194, 422
 Aḥmad al-Rāzī, 145, 146, 147, 148, 149, 155, 162, 170, 177, 178, 179, 180, 465, 621
 Albino, Aulo Postumio, 99, 100, 358
 Aldrete, Bernardo de, 403, 422, 426
 Alejandro Magno, 143, 160, 293
 Alfonso I de Asturias, 169
 Alfonso III de León, 129, 130, 145, 149, 159, 169
 Alfonso V de Aragón, 139, 191
 Alfonso VI de León, 171
 Alfonso VII de León, 167
 Alfonso X de Castilla, 53, 130, 132, 134, 135, 136, 140, 141, 143, 147, 150, 151, 152, 153, 154, 155, 156, 157, 159, 160, 161, 162, 163, 164, 166, 167, 168, 170, 172, 173, 174, 175, 176, 180, 187, 198, 200, 220, 223, 228, 230, 384, 386, 387, 390, 391, 460, 461, 462, 463, 500, 549, 561, 562, 563, 573, 574, 604, 621, 622, 625, 633
 al-Ḥakam II, 145
 Almanzor, 167
 Amílcar Barca, 164, 251, 253, 331
 Anconitano, Ciriaco, 194, 251
 Anfiloco, 66
 Aníbal Barca, 71, 83, 107, 108, 109, 134, 164, 166, 167, 232, 251, 293, 297, 341, 366, 435, 446, 448, 449, 453, 464, 469, 478, 483, 486, 487, 516, 520, 544, 554, 559, 568, 584, 589, 591
 Anquetil, Louis-Pierre, 54, 285, 301, 302, 332, 344, 379, 477, 543
 Antonio, Nicolás, 274
 Apiano de Alejandría, 64, 65, 72, 79, 83, 86, 87, 88, 89, 90, 91, 115, 116, 145, 174, 178, 203, 208, 220, 222, 233, 236, 237, 238, 240, 333, 340, 358, 364, 366, 373, 380, 383, 401, 496, 503, 519, 521, 522, 531, 533, 590, 591, 593, 599, 627
 Arévacos, 108, 369

Argantonio, 68, 253, 316, 318, 352, 369, 429, 430, 450, 474
 Argensola, Bartolomé Leonardo de, 236
 Ariosto, Ludovico, 208
 Aristóteles, 160, 258, 399, 450, 480
 Artaz, 461
 Asdrúbal Barca, 108, 164, 518, 531, 533, 536, 596
 Astapa, 186, 211, 243, 244, 328, 333, 493, 500, 587, 589, 590, 591, 593, 594, 626, 637
 Astures, 49, 108, 109, 127, 130, 159, 162, 169, 221, 224, 389, 448, 621, 633
 Astyr, 109
 Atenea, 361
 Ateneo de Naucratis, 369, 406, 408, 418, 508, 555
 Augusto, Octaviano César, 65, 77, 78, 84, 90, 92, 96, 104, 106, 107, 108, 112, 113, 140, 147, 148, 160, 161, 190, 207, 244, 245, 246, 261, 274, 275, 306, 309, 316, 333, 338, 387, 390, 392, 395, 425, 426, 448, 449, 457, 458, 486, 501, 507, 530, 537, 558, 570, 588, 620
 Aurelio Víctor, Sexto, 453, 558, 559

B

Barcino, 109, 251, 395
 Barros, João de, 239
 Bastetanos, 194, 367, 368
 Baucio Capeto. *Véase* Bocio Capeto
 Berenguela de Castilla, 130
 Berganza y Arce, Francisco, 275
 Beroso el Caldeo, 195, 305, 306
 Bettinelli, Saverio, 283
 Beuter, Pere Antoni, 55, 200, 201, 228, 229, 230, 237, 238, 239, 241, 243, 248, 249, 250, 251, 284, 395, 481, 529, 534, 598, 599, 605
 Bíclaro, Juan de, 144, 145
 Bilbilis, 115, 358, 360
 Blanco y Assensio, Alejandro, 301, 332, 379
 Bletisa, 554, 557, 572
 Bocio Capeto, 186, 222, 249, 250, 314, 394, 474, 626
 Boudicca, 34
 Briareo, 66
 Britania. *Véase* Britanos
 Britanos, 75, 106, 323, 358, 403, 446, 509, 555
 Brito, Bernardo de, 239, 309
 Bruto, Junio, 111, 133, 227, 453, 455, 460, 469, 479, 486, 507, 539
 Buffier, Claude, 285

C

- Cabrera, Luis, 204
 Caco, 152
 Cadalso, José, 288, 292
 Caesarugusta, 230
 Calagurris, 110, 111, 328, 333, 587, 589, 593, 606, 637
 Camões, Luis de, 240
 Cannas, 164, 298, 487, 518
 Cantabria. *Véase* Cántabros
 Cántabros, 24, 55, 90, 96, 97, 104, 106, 107, 108, 110, 114, 161, 168, 200, 219, 245, 255, 261, 280, 309, 326, 337, 338, 357, 363, 369, 370, 372, 373, 378, 392, 393, 396, 397, 401, 402, 406, 409, 410, 411, 412, 444, 445, 448, 449, 455, 457, 478, 483, 530, 554, 570, 572, 578, 582, 588, 593, 594, 595, 635
 Carbonell, Pere Miquel, 191
 Carderera, Vicente de, 299, 300, 345
 Carisio, Publio, 103, 104, 482
 Carlos I de España, 185, 187, 188, 197, 206, 207, 246, 261, 293
 Carlos III de Borbón, 39, 277, 281, 283, 285, 287, 288, 294, 310, 335, 430, 507
 Carlos IV de Borbón, 300, 335
 Carmenión, 116, 358
 Carpetanos, 447, 473, 486
 Cartagineses, 24, 35, 77, 81, 83, 87, 95, 107, 108, 109, 111, 112, 119, 153, 164, 193, 205, 226, 229, 232, 235, 243, 246, 247, 249, 250, 251, 253, 255, 256, 257, 259, 293, 301, 302, 306, 314, 318, 319, 330, 331, 341, 344, 351, 352, 361, 369, 381, 383, 384, 389, 394, 396, 398, 402, 405, 424, 430, 434, 449, 450, 451, 453, 455, 462, 464, 468, 474, 479, 485, 493, 501, 514, 515, 516, 517, 518, 519, 523, 531, 533, 534, 536, 557, 558, 559, 567, 568, 569, 572, 573, 579, 580, 582, 589, 596, 623, 631, 633, 636
 Carthago Nova, 82, 101, 255, 298, 462, 518, 525
 Casas, Bartolomé de las, 186, 206, 207, 258, 259, 260, 264, 265, 381, 382, 399, 400, 491, 506, 549, 571, 572, 573, 574, 575, 606, 607, 629, 636
 Casio, Dion, 84, 244, 362, 507, 530, 590
 Casitérides, 66
 Cástulo, 518, 539, 594
 Cataló, Otger, 191, 278
 Catón, Marco Porcio, 89, 90, 195, 224, 426, 481, 486, 500, 519
 Catulo, 114, 115, 116, 117, 357, 358
 Cauca, 521, 522
 Celtiberia. *Véase* Celtíberos
 Celtíberos, 24, 82, 87, 90, 93, 97, 99, 111, 115, 117, 128, 137, 150, 152, 156, 168, 220, 224, 240, 298, 319, 321, 354, 356, 357, 359, 361, 366, 387, 389, 392, 396, 397, 413, 414, 431, 433, 444, 447, 450, 452, 453, 455, 456, 472, 473, 478, 493, 496, 507, 514, 517, 518, 519, 520, 521, 523, 525, 529, 530, 531, 532, 539, 540, 541, 549, 551, 553, 558, 578, 580, 589, 635
 Ceres, 418, 508
 Cértima, 354, 373, 380, 520, 521, 533
 Cervantes Saavedra, Miguel de, 15, 176, 185, 186, 213, 214, 216, 222, 226, 233, 242, 262, 264, 289, 342, 344, 433, 441, 535, 550, 574, 575, 583, 588, 599, 600, 601, 602, 603, 605, 606, 607, 610, 623, 629
 César, Julio, 85, 96, 101, 102, 103, 104, 132, 133, 147, 148, 161, 170, 177, 178, 179, 293, 297, 344, 366, 384, 386, 387, 395, 444, 457, 461, 462, 463, 464, 465, 501, 525, 530, 560, 562, 563, 584
 Césaro, 248
 Cicerón, 65, 85, 90, 99, 110, 111, 114, 163, 220, 311, 366, 386, 425, 563, 592, 604
 Ciro, 364
 Clavigero, Francisco Xavier, 402, 403
 Clunia, 101, 335, 526, 527
 Clüver, Philipp, 326
 Coleo de Samos, 68
 Columela, 418
 Comella, Luciano Francisco, 290, 291, 339, 340, 341, 342, 408, 409, 412, 414, 435, 436, 438, 440, 441, 479, 480, 487, 492, 510, 541, 542, 543, 544, 545, 615
 Corduba, 101, 525
 Corocotta, 501, 503, 507
 Craso, Publio, 554
 Crisaor, 447
 Cronos, 66
 Cruz, Ramón de la, 290
 Cueva, Juan de la, 210, 211, 291, 308

D

- David, Jacques-Louis, 299, 431, 437
 Decio Mus, Publio, 593
 Delfos, 74
 Deméter, 360
 Didio, Tito, 90, 382, 501, 503, 521, 522
 Digicio, Sexto, 329
 Diodoro de Sicilia, 64, 69, 72, 73, 83, 86, 87, 90, 91, 93, 94, 115, 152, 174, 190, 191, 237, 248, 253, 258, 333, 354, 355, 356, 357, 361, 366, 371, 373, 380, 382, 387, 389, 408, 413, 447, 451, 455, 468, 472, 491, 495, 496, 497, 503, 509, 555, 557, 558, 559, 560, 590, 620, 627
 Dionisio de Halicarnaso, 363
 Duchesne, Jean-Baptiste, 285, 286, 330, 333
 Duero, río, 129, 169, 366, 602
 Dupleix, Scipion, 580

E

Ebro, río, 95, 150, 461, 562, 563
 Eliano, Claudio, 552, 553
 Emérita Augusta, 104, 335
 Emporion, 325
 Endovélico, 290, 550, 579, 580, 583, 584, 636
 Enrique IV de Castilla, 139, 194
 Eratóstenes, 71, 85
 Ercilla, Alonso de, 208, 264, 479
 Eritia, isla, 66, 68
 Erro y Azpiroz, Juan Bautista, 327, 336
 Escipión Africano Mayor, Publio Cornelio, 82, 293, 374, 444, 449, 461, 462, 463, 494, 517, 518, 589
 Escipión Emiliano, Publio Cornelio, 82, 89, 90, 108, 111, 156, 161, 168, 171, 172, 175, 214, 220, 222, 233, 234, 245, 246, 247, 255, 290, 293, 297, 298, 344, 356, 384, 387, 414, 426, 434, 437, 451, 460, 462, 467, 486, 493, 517, 518, 519, 520, 522, 523, 530, 531, 532, 535, 540, 560, 583, 584, 589, 591, 592, 599, 602
 Escipión Násica, Publio Cornelio, 329
 Escipión, Cneo Cornelio, 82, 108, 516, 518, 520, 531
 Escipión, Lucio Cornelio, 108, 449
 Escipión, Publio Cornelio (padre), 82, 301, 518, 520
 Escitas, 106, 107, 220, 364, 365, 369, 448, 496, 509, 556, 557, 595, 607
 Esquilo, 73
 Estrabón de Amasia, 65, 69, 73, 85, 86, 87, 91, 92, 93, 94, 95, 96, 97, 98, 101, 104, 107, 108, 113, 114, 115, 116, 141, 191, 223, 244, 245, 254, 319, 321, 353, 354, 356, 358, 359, 360, 361, 362, 363, 364, 366, 367, 370, 371, 372, 373, 380, 393, 396, 401, 406, 409, 410, 411, 413, 414, 417, 420, 421, 444, 447, 450, 457, 468, 471, 491, 495, 496, 497, 498, 501, 507, 508, 509, 519, 523, 530, 551, 552, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 559, 570, 571, 572, 578, 579, 582, 590, 595, 620

F

Fabro Bremundans, Francisco, 325
 Feijoo, Benito Jerónimo, 272, 279, 281, 311, 331, 419
 Felipe II de España, 185, 187, 188, 197, 208, 218, 262, 263, 342, 421, 622
 Felipe V de Borbón, 273, 274, 287, 337
 Fenelon, François, 429
 Fenicios, 24, 41, 95, 153, 198, 205, 211, 215, 222, 226, 249, 250, 253, 254, 255, 256, 257, 270, 278, 279, 284, 306, 308, 313, 314, 315, 316, 317, 318, 319, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 328, 351, 352, 381, 383, 393, 394, 396, 398, 403, 404, 415, 417, 420, 421, 422, 423, 424, 425, 426, 428, 450, 473,

474, 501, 514, 533, 553, 558, 568, 569, 576, 577, 579, 580, 581, 582, 623, 624, 631, 632, 633
 Fernández de Heredia, Juan, 55, 137, 138, 143, 156, 157, 166, 168, 175, 176, 220
 Fernando II de Aragón, 191, 192, 196
 Fernando III de Castilla, 131, 175
 Fernando VI de Borbón, 273, 294, 310, 430
 Ferreras y García, Juan de, 275, 276, 281, 304, 305, 306, 307, 314, 333, 429, 485, 486, 537, 538, 539, 540, 541, 607
 Filarco, 406
 Flaco, Fulvio, 329, 503
 Flórez de Setién y Huidobro, Henrique, 55, 275, 279, 280, 281, 286, 309, 319, 323, 326, 327, 329, 331, 337, 338, 368, 401, 402, 403, 408, 409, 414, 416, 478, 483, 508, 510, 539, 540, 579
 Floro, 64, 78, 88, 91, 112, 120, 121, 191, 213, 222, 225, 233, 238, 244, 333, 361, 375, 453, 454, 479, 486, 494, 528, 533, 536, 537, 590, 595, 599, 626
 Focea, 68
 Focio, 237
 Frontino, 238, 512

G

Gadeira. *Véase* Gadir
 Gades. *Véase* Gadir
 Gadir, 67, 68, 250, 253, 254, 297, 316, 318, 341, 420, 423, 540, 558, 567, 584
 Galaecia. *Véase* Galaicos
 Galaicos, 24, 108, 109, 151, 389, 448, 508, 549, 551, 554, 571, 578
 Galba, Servio Sulpicio, 81, 82, 89, 90, 91, 101, 122, 134, 217, 237, 238, 355, 382, 384, 460, 503, 505, 514, 521, 522, 526, 527, 530, 534, 540, 542, 554, 570, 626, 627, 631
 Galia. *Véase* Galos
 Galos, 35, 74, 75, 80, 100, 101, 106, 174, 218, 282, 315, 320, 321, 322, 323, 324, 325, 326, 358, 366, 367, 369, 403, 406, 415, 417, 424, 446, 447, 449, 454, 463, 468, 476, 483, 484, 509, 526, 530, 552, 555, 556, 557, 560, 566, 572, 573, 580, 581, 583, 596, 636
 Garcés, Julián, 399, 400, 506, 571, 606
 García de Santa María, Alonso, 139
 García de Santa María, Pablo, 139, 140, 141
 García I de León, 169
 Gárgoris, 305
 Garibay y Zamalloa, Esteban, 55, 199, 200, 201, 202, 220, 221, 223, 224, 225, 226, 237, 238, 239, 243, 244, 245, 246, 250, 251, 254, 255, 260, 265, 280, 326, 336, 337, 338, 377, 381, 382, 383, 384, 389, 392, 393, 394, 397, 398, 473, 500, 501, 505, 533, 565, 566, 568, 569, 570, 574, 575, 588, 599, 605
 Gelio, Aulo, 114

Gerión, 66, 67, 68, 141, 150, 151, 152, 156, 196, 428, 447
 Germanos, 35, 75, 106, 326, 358, 359, 366, 403, 446, 447, 449, 454, 555
 Gil de Zamora, Juan, 47, 120, 122, 135, 136, 150, 151, 152, 156, 157, 160, 164, 166, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 180, 228, 255, 290, 377, 378, 387, 459, 460, 566, 604
 Gimnesias, islas, 361
 González Bustos, Francisco, 215, 242, 263, 264, 409, 436, 491, 505, 506
 Graco, Tiberio Sempronio, 89, 99, 520, 533
 Guerra Astur-Cántabra, 84, 96, 104, 106, 112, 123, 186, 201, 207, 222, 225, 227, 244, 246, 336, 337, 387, 390, 392, 448, 493, 501, 505, 587, 590, 620, 622, 625, 626, 637
 Guerra Celtibérica, 64, 72, 84, 97, 180, 224, 333, 355, 448, 462, 589
 Guerra de Aníbal, 64, 70, 71, 77, 79, 82, 101, 107, 109, 112, 132, 138, 163, 164, 190, 198, 199, 211, 226, 229, 246, 254, 301, 306, 317, 331, 374, 396, 402, 446, 448, 460, 461, 462, 464, 472, 474, 494, 514, 517, 520, 522, 524, 530, 540, 568, 570, 589, 619, 635
 Guerra de Independencia, 46, 269, 287, 292
 Guerra de las Galias, 103, 255
 Guerra de Mitridates, 461
 Guerra de Sucesión, 49, 269, 273
 Guerra de Troya, 66, 95, 235
 Guerra de Viriato, 194, 241, 499, *Véase* Guerra Lusitana
 Guerra Lusitana, 64, 72, 163, 177, 179, 207, 238, 337, 602
 Guerras Civiles, 77, 134, 190
 Guerrero, Antonio, 43, 299, 339, 344
 Guevara, Antonio de, 207, 228, 242, 245, 246, 261, 605, 610
 Guillon-Lethière, Guillaume, 344

H

Habidis, 292, 305
 Hasse, Johann Adolf, 293
 Hecateo de Mileto, 67
 Heracles. *Véase* Hércules
 Hércules, 66, 67, 68, 69, 106, 112, 131, 136, 141, 146, 148, 150, 151, 152, 153, 156, 160, 191, 196, 257, 289, 293, 305, 341, 386, 387, 390, 391, 405, 447, 566, 567, 584
 Heródoto, 63, 67, 68, 73, 74, 220, 364, 369, 371, 372, 552, 556, 559
 Hesíodo, 63, 67
 Hespérides, 66
 Hidacio, 119
 Hilerno, 248, 486

Himilce, 341, 435, 544
 Hispalis, 560
 Hispán, 131, 133, 141, 146, 151, 152, 160, 387
 Horacio, 65, 99, 106, 107, 109, 113, 363, 401, 448, 478
 Huerta y Vega, Francisco Xavier de la, 279, 281
 Hurtado de Mendoza, Antonio, 236

I

Ibáñez de Segovia, Gaspar, 275
 Íberos, 24, 117, 128, 150, 324, 450, 451, 589
 Ilergetes, 201, 246, 247, 249, 331, 389, 449, 473, 494, 517, 523, 540
 Ilipa, 329
 Iliturgi, 518, 539, 594
 Imprenta Real, 286, 301
 Indíbil, 82, 83, 88, 109, 186, 201, 222, 246, 247, 248, 301, 328, 331, 374, 449, 473, 486, 494, 517, 522, 523, 529, 530, 532, 539, 598, 626
 Indígetes, 377
 Indortes, 248
 Intercatia, 82, 83, 451, 521, 522
 Iriarte, Tomás de, 34, 286, 288, 454
 Isabel I de Castilla, 139, 192, 193, 194
 Isidoro de Sevilla, 128, 129, 131, 144, 145, 146, 149, 150, 151, 154, 155, 164, 166, 170, 193, 228, 390
 Isla, José Francisco de, 285
 Istóbriga, 245
 Istolacio, 248
 Itálica, 177, 245

J

Jerjes, 560
 Jerónimo de Estridón, 145, 150
 Josefo, Flavio, 150, 254, 381, 478, 563
 Jovellanos, Gaspar de, 287
 Juan II de Aragón, 191
 Juan II de Castilla, 139
 Júpiter, 574, 583
 Justino, 151, 250, 314, 316, 317, 400, 406, 506, 536, 565
 Juvenal, 110, 163, 593, 604

L

Lacetanos, 389, 447, 493, 500
 Ladrón, Porcio, 115
 Laro, 108, 448, 449, 478
 Larramendi, Manuel de, 280, 309, 326, 327, 338, 401, 402, 410, 478, 578, 579
 Laso de la Vega, Gabriel, 211
 Lastanosa, Vicencio Juan de, 325, 422

- Lhuyd, Edward, 320
Licurgo, 409, 410, 421
Livio, Tito, 64, 65, 72, 77, 78, 79, 83, 84, 88, 89, 90, 91, 102, 104, 107, 108, 111, 120, 122, 123, 137, 191, 208, 220, 222, 228, 233, 243, 246, 247, 250, 259, 321, 329, 363, 447, 449, 450, 462, 481, 492, 493, 494, 497, 504, 516, 517, 518, 519, 520, 521, 522, 523, 525, 528, 529, 531, 532, 533, 534, 536, 540, 554, 555, 591, 593, 594, 597, 627, 635
Longino, Quinto Casio, 194
Loperráez Corvalán, Juan, 335
López de Ayala, Ignacio, 288, 289, 290, 291, 292, 300, 338, 339, 340, 341, 343, 344, 405, 406, 412, 414, 434, 435, 436, 437, 438, 440, 441, 479, 480, 487, 538, 541, 542, 543, 544, 545, 550, 583, 584, 588, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 624
López Enguידanos, Tomás, 301, 332, 379, 477, 543
Lucano, 109, 110, 133, 161, 191, 214, 283, 317, 401, 462, 463, 550, 574, 575, 593
Lúculo, Licinio, 90, 364, 382, 514, 521, 522, 540, 627, 631
Lusitania. *Véase* Lusitanos
Lusitanos, 24, 34, 54, 83, 87, 89, 90, 91, 96, 97, 99, 104, 108, 109, 111, 174, 175, 177, 237, 240, 241, 242, 263, 280, 291, 293, 299, 302, 309, 329, 337, 344, 354, 358, 366, 380, 382, 388, 389, 392, 397, 409, 414, 418, 431, 432, 433, 435, 444, 445, 448, 455, 458, 460, 469, 473, 477, 478, 486, 487, 491, 492, 493, 494, 495, 496, 501, 505, 507, 508, 510, 511, 521, 522, 534, 536, 542, 543, 553, 554, 555, 556, 557, 558, 566, 570, 571, 572, 582, 583, 602, 620, 635
Lutia, 560
- M**
- Mabillon, Jean, 274
Macrobio, 253, 429
Madrado y Agudo, José de, 299, 300, 303, 343, 344, 345, 431, 432, 433, 437, 588, 610, 624, 638
Magón, 418, 424, 517
Mancino, Hostilio, 111, 122, 134, 167, 168, 172, 173, 289, 298, 302, 535, 542, 543
Mandonio, 82, 83, 88, 109, 186, 201, 246, 247, 248, 301, 328, 331, 374, 449, 473, 486, 494, 517, 522, 523, 532, 598, 626
Manlio, Publio, 455, 503, 589
Marcelo, Marco, 521, 522
Marcial, 114, 115, 116, 117, 358, 359, 377, 407, 459
Marcio, Lucio, 455, 517, 589, 590
Margarit i Pau, Joan, 190, 191, 196, 200, 230, 387, 395, 606, 622
Mariana, Juan de, 53, 185, 199, 200, 202, 203, 204, 205, 209, 214, 223, 224, 226, 230, 233, 234, 237, 238, 239, 240, 243, 245, 246, 247, 250, 251, 253, 254, 255, 265, 273, 275, 281, 284, 285, 298, 300, 301, 304, 343, 377, 378, 380, 381, 382, 383, 388, 389, 391, 392, 393, 394, 397, 398, 468, 471, 472, 473, 475, 491, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 514, 530, 532, 533, 535, 564, 566, 567, 569, 570, 575, 599, 609, 610, 623
Marín y Mendoza, Joaquín, 54, 137, 284, 306, 307, 309, 331, 402, 403, 406, 409, 426, 427, 445, 448, 476, 479, 481, 482, 483, 484, 485, 492, 509, 634
Marineo Sículo, Lucio, 54, 191, 192, 193, 196, 197, 284, 330, 387, 395, 414, 622
Marte, 370, 406, 412, 418, 439, 478, 487, 508, 583, 584
Martel, Miguel, 136, 208, 232
Martí y Zaragoza, Manuel, 275
Martí, Manuel, 287
Masalia, 325, 417
Mascarenhas, Brás de, 240
Masdeu y Montero, Juan Francisco, 55, 254, 278, 281, 283, 284, 306, 307, 311, 312, 313, 315, 316, 317, 319, 321, 323, 324, 329, 330, 331, 333, 336, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 413, 414, 416, 417, 418, 420, 421, 423, 425, 428, 430, 475, 477, 478, 483, 487, 507, 508, 510, 511, 512, 536, 537, 538, 539, 540, 541, 550, 575, 576, 577, 578, 579, 580, 581, 582, 583, 607, 623, 631
Mayans i Siscar, Gregorio, 275, 279, 281, 284, 287, 304, 326, 422
Medina, Pedro, 194
Megara, 214, 233, 248, 289, 290, 299, 344, 412, 414, 436, 437, 438, 441, 487, 535, 545, 584, 600, 607, 609, 610, 611, 612, 626
Megarábico, 78
Megástenes, 254
Mela, 113, 191
Mele, Giovanni Battista, 293
Melkart, 567
Memnón, 109
Metastasio, Pietro, 293, 481
Metelo, Cecilio, 194, 486
Miñana, José Manuel, 275, 287, 291
Mondéjar, Marqués de. *Véase* Ibáñez de Segovia, Gaspar
Monmouth, Geoffrey de, 152
Montaigne, Michel de, 606
Montesquieu, 310
Morales, Ambrosio de, 55, 185, 197, 198, 199, 200, 202, 203, 204, 205, 214, 217, 218, 219, 220, 221, 223, 224, 225, 226, 230, 233, 234, 235, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 243, 244, 245, 246, 247, 248, 255, 256, 259, 260, 264, 265, 273, 277, 284, 285, 328, 377, 380, 381, 382, 383, 384, 389, 391, 392, 396, 397, 398, 467, 468, 469, 472, 473, 475, 491, 499, 500, 501, 502, 503, 504, 505, 514, 529, 530,

532, 533, 534, 535, 564, 570, 599, 605, 606, 622, 628
Moratín, Leandro de, 288
More, Thomas, 606
Mosquera de Barnuevo, Francisco, 208, 232, 289, 343
Munda, 103, 194, 560
Museo del Prado, 299, 300

N

Nabucodonosor, 254
Nebrija, Antonio de, 183, 185, 190, 192, 193, 196, 197, 198, 205, 375, 483, 622
Nertóbriga, 89
Nettucci, Agostino, 238
Newton, Isaac, 305, 315
Nicolás Damasceno, 406, 483
Noé, 128, 150, 195, 305, 308, 323, 549, 565, 575, 636
Nucio, Martín, 209
Numa, 170, 421
Numancia, 15, 35, 41, 55, 78, 82, 83, 89, 106, 107, 110, 111, 112, 121, 122, 127, 133, 135, 136, 137, 141, 142, 153, 157, 161, 163, 167, 168, 169, 170, 171, 172, 173, 174, 175, 176, 179, 180, 185, 186, 201, 207, 208, 210, 211, 213, 214, 215, 216, 220, 221, 223, 224, 225, 226, 227, 228, 230, 232, 233, 234, 235, 236, 240, 241, 242, 243, 245, 248, 249, 261, 262, 263, 264, 277, 288, 289, 290, 292, 294, 298, 299, 300, 301, 303, 328, 333, 334, 338, 339, 340, 341, 342, 343, 344, 345, 356, 361, 369, 378, 382, 387, 392, 405, 412, 414, 427, 433, 434, 436, 437, 438, 440, 441, 448, 451, 454, 455, 457, 458, 460, 469, 470, 471, 473, 479, 480, 481, 499, 519, 531, 532, 535, 536, 538, 539, 541, 542, 543, 544, 545, 550, 559, 560, 574, 575, 583, 584, 587, 588, 589, 590, 591, 592, 593, 594, 595, 599, 600, 601, 602, 603, 604, 605, 606, 607, 608, 609, 610, 611, 612, 613, 614, 615, 622, 623, 624, 625, 626, 629, 637, 638

O

Ocampo, Florián de, 185, 187, 196, 197, 198, 199, 200, 202, 205, 208, 211, 220, 223, 226, 228, 229, 230, 249, 250, 251, 252, 253, 254, 255, 259, 265, 284, 304, 307, 308, 315, 316, 341, 351, 375, 376, 377, 378, 380, 381, 384, 388, 389, 393, 394, 396, 397, 398, 445, 468, 469, 472, 473, 474, 475, 501, 502, 514, 531, 533, 534, 565, 566, 568, 569, 570, 573, 574, 575, 576, 605, 622, 630
Ocelas, 66
Odiseo, 66

Oihénart, Arnould, 200, 201
Olíndico, 78, 486
Orosio, Paulo, 65, 112, 118, 119, 120, 122, 123, 133, 137, 144, 145, 147, 149, 154, 156, 160, 161, 163, 165, 167, 168, 170, 172, 173, 174, 175, 180, 191, 193, 213, 222, 225, 227, 228, 232, 233, 236, 244, 246, 255, 302, 356, 361, 390, 391, 406, 444, 457, 460, 461, 462, 465, 521, 528, 533, 553, 590, 599, 604, 605, 625, 626, 627
Ortiz y Sanz, Joseph, 286
Ovidio, 106

P

Palencia, Alonso de, 139, 140
Palos y Navarro, Enrique, 292
Paulino de Nola, 109
Paulo Diácono, 128
Paulo III, Papa, 399, 571, 606
Pauw, Cornelis de, 402
Pellicer de Ossau, Joseph, 205, 253
Pérez de Guzmán, Alonso, 486
Petronio, 110, 593
Pezron, Paul-Yves, 320, 321
Píctor, Fabio, 71, 195
Pirineos, cordillera, 118, 321, 323
Pitiusa, isla, 361
Platón, 369, 450, 592
Plinio, 112, 113, 164, 191, 230, 308, 357, 361, 418, 508, 554, 557
Plutarco, 83, 137, 228, 453, 454, 479, 554, 557, 572, 596
Polibio, 64, 65, 72, 77, 82, 83, 84, 86, 88, 89, 90, 91, 93, 228, 250, 319, 355, 366, 369, 401, 402, 414, 447, 452, 456, 517, 533, 555, 560, 591, 627
Pompeyo Magno, 87, 132, 133, 161, 171, 194, 387, 461, 462, 500, 525, 526
Pompeyo, Cneo, 560
Pompeyo, Quinto, 111, 453, 539, 540
Pompeyo, Sexto, 101
Posidonio de Apamea, 64, 66, 69, 72, 73, 86, 88, 89, 90, 91, 93, 94, 354, 360, 371, 496, 555, 557, 560, 620
Poussin, Nicolas, 344
Prudencio, 119
Ptolomeo, 168, 230

Q

Quevedo, Francisco de, 204, 242

R

Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, 20, 289, 295, 297, 299, 300, 301, 343, 345, 588, 609, 638
 Real Academia de Buenas Letras de Barcelona, 278
 Real Academia de la Historia, 20, 39, 234, 273, 275, 276, 277, 278, 279, 281, 284, 289
 Real Academia Española, 275, 279
 Real Sociedad Bascongada de Amigos del País, 327
 Resende, André de, 55, 239, 241, 329, 409
 Retógenes, 111, 186, 214, 233, 234, 248, 289, 344, 434, 451, 470, 486, 535, 559, 600, 605, 626
 Reyes Católicos, 139, 142, 190, 192, 193, 196, 375
 Ribera, Juan Antonio, 299, 300, 344, 608
 Risco, Manuel, 323, 326
 Rodríguez Mohedano, Rafael y Pedro, 279, 281, 283, 284, 290, 304, 306, 307, 308, 311, 312, 315, 316, 317, 318, 319, 321, 322, 323, 324, 325, 330, 331, 336, 403, 404, 405, 406, 407, 408, 409, 410, 411, 412, 413, 414, 415, 416, 417, 418, 419, 420, 421, 423, 424, 425, 426, 427, 428, 429, 430, 476, 478, 479, 483, 484, 486, 492, 508, 509, 510, 511, 537, 538, 539, 540, 541, 575, 576, 577, 578, 580, 581, 582, 583, 607, 623, 632
 Rojas Zorrilla, Francisco de, 80, 176, 185, 186, 214, 215, 225, 263, 264, 289, 342, 434, 441, 469, 470, 479, 480, 535, 583, 588, 600, 601, 602, 605, 607, 610, 623, 629
 Roso, Andrés, 298
 Rotterdam, Erasmo de, 606

S

Sagunto, 88, 89, 102, 108, 110, 112, 120, 127, 128, 132, 142, 153, 163, 164, 165, 166, 167, 168, 174, 175, 180, 186, 201, 208, 210, 211, 215, 227, 228, 229, 230, 232, 235, 236, 242, 243, 253, 254, 277, 288, 290, 292, 294, 301, 308, 328, 331, 332, 333, 338, 341, 342, 343, 344, 387, 394, 395, 427, 435, 436, 438, 439, 479, 481, 514, 516, 520, 521, 522, 528, 529, 534, 538, 544, 584, 587, 588, 589, 591, 592, 593, 597, 598, 604, 605, 607, 608, 610, 613, 614, 622, 625, 626, 635, 637
 Salazar y Castro, Luis de, 275, 305
 Salustio, 72, 83, 111, 453, 523
 Sánchez de Arévalo, Rodrigo, 139, 140, 141, 151, 156, 158, 192, 378, 387, 529
 Sancho II de Castilla, 169, 171
 Sancho IV de Castilla, 135, 136, 160, 171, 172
 Sarmiento, Martín, 279, 294
 Segeda, 535, 543
 Segóbriga, 335

Segunda Guerra Púnica. *Véase* Guerra de Aníbal, *Véase* Guerra de Aníbal
 Segura, Jacinto, 274
 Séneca, 65, 78, 99, 110, 111, 114, 115, 116, 317, 380, 401, 591, 592, 598
 Sepúlveda, Juan Ginés de, 206, 211, 258, 381, 400, 571, 572, 606, 607
 Sepúlveda, Lorenzo de, 210
 Sertorio, 83, 100, 109, 133, 170, 179, 255, 301, 325, 408, 426, 449, 486, 487, 510, 511, 512, 523, 530, 537, 540, 571, 583, 589
 Serviliano, Quinto Fabio Máximo, 382, 560
 Sifax, 293
 Sila, 83
 Sileno, 71
 Silio Itálico, 65, 99, 107, 108, 109, 112, 208, 228, 230, 248, 293, 314, 341, 363, 370, 401, 406, 448, 455, 478, 480, 534, 538, 553, 554, 568, 606
 Solino, 113
 Solón, 421
 Soraje, Pedro, 298
 Sósilo, 71
 Suetonio, 102, 238, 527, 536

T

Tácito, 117, 359, 366, 371, 454, 555
 Tajo, río, 366
 Tarraco, 102, 104, 105, 527, 528
 Tarteso, 41, 67, 68, 69, 96, 305, 316, 317, 318, 328, 353, 364, 369, 409, 417, 424, 429, 450
 Tasso, Torquato, 208
 Telongo Bachio, 186, 249, 251, 252, 626
 Terón, 211, 253, 429
 Tiberio, 78, 96, 140, 425, 501
 Timoneda, Joan, 176, 210, 222, 233
 Tiraboschi, Girolamo, 283
 Tireso, 137, 156, 168, 172, 223
 Tomiris, 364, 470
 Trajano, 89, 160, 245, 317, 430
 Trogo, Pompeyo, 111
 Túbal, 128, 131, 146, 150, 152, 156, 160, 191, 196, 198, 200, 279, 282, 286, 305, 307, 308, 316, 323, 326, 388, 393, 549, 565, 576, 636
 Tucídides, 137, 423
 Turdetania. *Véase* Turdetanos
 Turdetanos, 24, 69, 70, 95, 96, 97, 250, 306, 324, 353, 359, 364, 365, 396, 420, 421, 450, 474, 493, 519, 572, 620, 633
 Tutor y Malo, Pedro, 232
 Tuy, Lucas de, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 143, 150, 151, 157, 159, 170, 174, 377, 378, 459, 460, 563

U

Uxama, 335

V

Vacceos, 83, 87, 168, 244, 354, 355, 364, 373, 377, 408, 447, 451, 452, 493, 521, 540, 553, 589
 Valdeflores, Marqués de. *Véase* Velázquez de Angulo y Cruzado, Luis Joseph
 Valdés, Menéndez, 287
 Valera, Diego de, 141, 156, 157, 168, 176, 211, 222, 233, 239, 240, 462, 602
 Valeriano Moyano, Antonio, 294
 Valerio Máximo, 99, 110, 111, 233, 451, 455, 523, 529, 530, 538, 559, 594, 605
 Vascones, 108, 448, 578
 Vayrac, Jean de, 330
 Vázquez, Francisco, 285
 Vega Carpio, Lope de, 236, 241, 242, 264, 602
 Vega, Garcilaso de la (padre), 196
 Vega, Pablo de la, 298
 Vegecio, 255
 Velázquez de Angulo, Luis Joseph, 267, 279, 281, 305, 306, 307, 315, 316, 317, 321, 331, 409, 420, 422, 423, 428, 429
 Veleyo Patérculo, 78, 331
 Vercingétorix, 103
 Vespasiano, 102, 527, 528
 Vettones, 194, 353, 409, 416, 493, 508
 Viana, Carlos de, 137, 210
 Vidal y Salvador, Manuel, 215, 291, 308
 Villanueva, Juan de, 294
 Vindex, 101, 526
 Virgilio, 106, 191, 493
 Viriato, 34, 35, 41, 54, 82, 83, 88, 89, 90, 91, 109, 121, 127, 133, 136, 137, 141, 142, 147, 148, 153, 157, 161, 163, 168, 170, 174, 175, 176, 177, 178, 179, 180, 186, 201, 207, 215, 220, 222, 224, 227, 228, 236, 237, 238, 239, 240, 241, 242, 246, 261, 263, 264, 288, 289, 290, 291, 293, 299, 300, 301,

328, 333, 338, 340, 342, 343, 344, 352, 354, 355, 356, 358, 373, 378, 380, 387, 392, 407, 408, 412, 414, 427, 430, 431, 432, 433, 435, 436, 437, 438, 441, 448, 458, 460, 464, 465, 468, 479, 487, 491, 492, 494, 497, 500, 501, 503, 504, 505, 506, 510, 511, 512, 521, 523, 535, 538, 539, 541, 542, 543, 544, 545, 560, 570, 601, 602, 603, 610, 620, 622, 625, 626, 627

Vitelio, 102, 527, 528

Viterbo, Annio de, 54, 195, 196, 198, 201, 204, 205, 221, 270, 278, 282, 286, 304, 305, 306, 307, 308, 315, 415, 565, 566

Vitoria, Francisco de, 206, 399

Vives, Juan Luis, 411, 419, 420, 606

Volcianos, 520, 522, 534, 538

Voltaire, 310

X

Ximénez de Rada, Rodrigo, 125, 130, 131, 132, 133, 134, 135, 136, 140, 141, 143, 147, 149, 150, 151, 152, 155, 156, 157, 159, 162, 163, 166, 167, 174, 175, 189, 200, 223, 387, 391, 464, 602, 604, 621, 622

Y

Yugurta, 289, 341, 435, 479, 541, 544, 609

Yūsuf Abd al-Raḥmān al-Fihri, 179

Z

Zamora, Lorenzo de, 208, 534

Zavala y Zamora, Gaspar, 290, 291, 292, 308, 339, 341, 342, 343, 344, 412, 435, 437, 438, 439, 440, 479, 480, 481, 487, 538, 541, 544, 584, 588, 608, 610, 613, 614, 615

Zeus, 66

Zurita, Jerónimo, 166, 284, 326